H. G. WELLS

ESQUEMA DE LA HISTORIA UNIVERSAL

HISTORIA SENCILLA DE LA VIDA Y DE LA HUMANIDAD








EDICIONES ANACONDA



G. H.
WELLS

ESQUEMA DE LA HISTORIA UNIVERSAL

TOMO
II

BUENOS
AIRES



ESQUEMA DE LA HISTORIA UNIVERSAL

POR H. G. WELLS

TOMO II

VERSION CASTELLANA DE

ENRIQUE DIEZ-CANEDO
Y RICARDO BAEZA

H. G. WELLS

ESQUEMA
DE LA
HISTORIA UNIVERSAL

HISTORIA SENCILLA DE LA
VIDA Y DE LA HUMANIDAD

DESDE SUS ORIGENES HASTA LA FECHA

PUESTA AL DIA POR
J. SALAS SUBIRAT

Y AMPLIADA CON LA
"HISTORIA DE AMERICA"
por ENRIQUE DE GANDIA

TOMO II



EDICIONES ANACONDA
FLORIDA 251 BUENOS AIRES

ESTA OBRA HA SIDO ESCRITA ORIGINALMENTE POR **H. G. WELLS**, CON EL CONSEJO Y LA AYUDA EDITORIAL DE **Mr. ERNEST BARKER**, **Sir H. H. JOHNSTON**, **Sir E. RAY LANKESTER** Y EL PROFESOR **GILBERT MURRAY**.

LA TRADUCCION HA SIDO HECHA POR **ENRIQUE DIEZ-CANEDO** DE LOS CAPITULOS I AL XXXII Y POR **RICARDO BAEZA** LOS CAPITULOS XXXIII AL XLII.

LAS ILUSTRACIONES LINEALES, MAPAS, TABLAS, Etc., FUERON HECHAS JOR **J. F. HORRABIN**, HABIENDOSE TRADUCIDO AL CASTELLANO LAS CORRESPONDIENTES LEYENDAS EN INGLES.

LA PRESENTE EDICION HA SIDO PUESTA AL DIA POR **J. SALAS SUBIRAT**, Y AMPLIADA CON LA "HISTORIA DE AMERICA", ESCRITA ESPECIALMENTE PARA ESTA OBRA, POR **ENRIQUE DE GANDIA**.

IMPRESO Y EDITADO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE

INDICE DE CAPITULOS

HISTORIA DE AMERICA

por Enrique de Gandía

INDICE DE MAPAS Y DIAGRAMAS

INDICE GENERAL

XXXVII

LAS NUEVAS REPUBLICAS DEMOCRATICAS DE AMERICA Y FRANCIA

§ 1. *Inconvenientes del sistema de Grandes Potencias* (1)

CUANDO Gibbon, hace casi siglo y medio, felicitaba al mundo de los hombres cultos y refinados porque ya hubiese pasado la Era de las grandes catástrofes políticas y sociales, descuidaba, sin duda, una porción de indicios y señales que nosotros —con la sabiduría de los hechos consumados— podríamos haberle asegurado presagiaban sacudidas y convulsiones mucho más graves que cuantas él previera. Ya dijimos cómo la lucha por la primacía de los príncipes del XVI y XVII vino a parar en la pugna más artera y complicada de los ministerios extranjeros, idealizados con el disfraz de "Grandes Potencias", tales como trajo consigo el XVIII. El arte intrincado y petulante de la diplomacia se desenvolvió y afinó. El "príncipe" dejó de ser un solo, clandestino y maquiavélico intrigante, para convertirse simplemente en el símbolo coronado de una intriga maquiavélica. Prusia, Rusia y Austria cayeron sobre Polonia y se la repartieron. Francia malgastaba sus energías en recónditos planes contra España.

Inglaterra embrollaba los "designios" de Francia en América y adquiría el Canadá, ganándole igualmente la mano a Francia en la India.

Así estaban las cosas cuando aconteció algo realmente sorprendente, algo que significaba un verdadero bofetón a la diplomacia europea. Las colonias británicas de América negábanse en redondo a seguir tomando parte en el juego de las "Grandes Potencias". Objetaban que no tenían ni voz ni voto, ni mayor interés, en todos aquellos conflictos y tejemanejes de Europa y negábanse a soportar por más tiempo la carga tributaria que aquellas políticas extranjeras suponían. "Impuestos, sin representación, es tiranía"; tal era la idea dominante.

(1) La excelente nueva *History of the United States* de Channing, hasta el vol. IV, ha sido aquí nuestro manual.

Claro está que la decisión de separarse no brotó cabal y precisa del espíritu de los americanos al comienzo de los disturbios. En América, en el siglo XVIII, los mismo que en Inglaterra en el XVII, había una buena voluntad perfecta, un deseo general de dejar los negocios del extranjero en manos del rey y sus ministros. Pero también había un deseo general, igualmente intenso, de no ser gravados con impuestos y fiscalizados en sus asuntos particulares; deseos, como se ve, abiertamente incompatibles. El hombre que pertenece a una comunidad no puede desentenderse de la política mundial y, al propio tiempo, gozar de libertad privada. Pero esta cosa, en apariencia tan sencilla, nos ha costado innumerables generaciones para aprenderla. El primer impulso en la insurrección norteamericana fué, pues, simplemente, un movimiento de protesta contra la imposición tributaria y la ingerencia administrativa que, fatalmente, suponían aquella "política exterior" de Europa, sin que entonces se diera nadie cuenta de lo que, realmente, entrañaba aquella súbita objeción. Sólo cuando la revolución estuvo consumada fué cuando los hombres de las colonias norteamericanas comprendieron que lo que habían repudiado era, en realidad, el sistema de las "Grandes Potencias". La sentencia en que dicha repudiación fué expresada, la tenemos en aquel mandamiento de Wáshington de "evitar alianzas comprometedoras". Durante un siglo entero, las antiguas colonias de Gran Bretaña en Norteamérica, libertadas e independientes bajo el nombre de Estados Unidos de América, mantuviéronse completamente aparte de los sangrientos conflictos e intrigas de las cancillerías europeas. Poco después (de 1810 a 1823) estas colonias independizadas pudieron extender su principio de separación y autonomía al resto del Continente, poniendo todo el Nuevo Mundo a cubierto de los insaciables expansionistas del Viejo. Cuando, al fin, en 1917, se vieron obligados a ingresar de nuevo en la liza de la política intercontinental, fué para traer a ella el nuevo espíritu y los nuevos ideales que su apartamiento les había permitido cultivar en medio de la confusión de las relaciones internacionales. Sin embargo, no fueron ellos los primeros en mantenerse aparte. Ya, desde el tratado de Westfalia (1648), los estados confederados de Suiza, en la fortaleza de sus montes, habían sostenido su derecho a quedar al margen de toda clase de designios y manejos de reyes y emperadores.

Pero puesto que los pueblos de Norteamérica dispónense ahora a desempeñar un papel cada vez más importante en nuestra historia, convendrá consagrar un poco más de atención de lo que hasta ahora hemos hecho a su evolución y desarrollo. Ya antes en el § 8 del capítulo precedente, echamos una ojeada a su historia. Diremos, pues, ahora, algo más en detalle —aunque, huelga

decirlo, también muy esquemáticamente— lo que eran aquellas colonias, cuyo insurgimiento a tal punto desconcertara y sorprendiera al rey y ministros de la Gran Bretaña en su juego diplomático contra el resto de la humanidad.

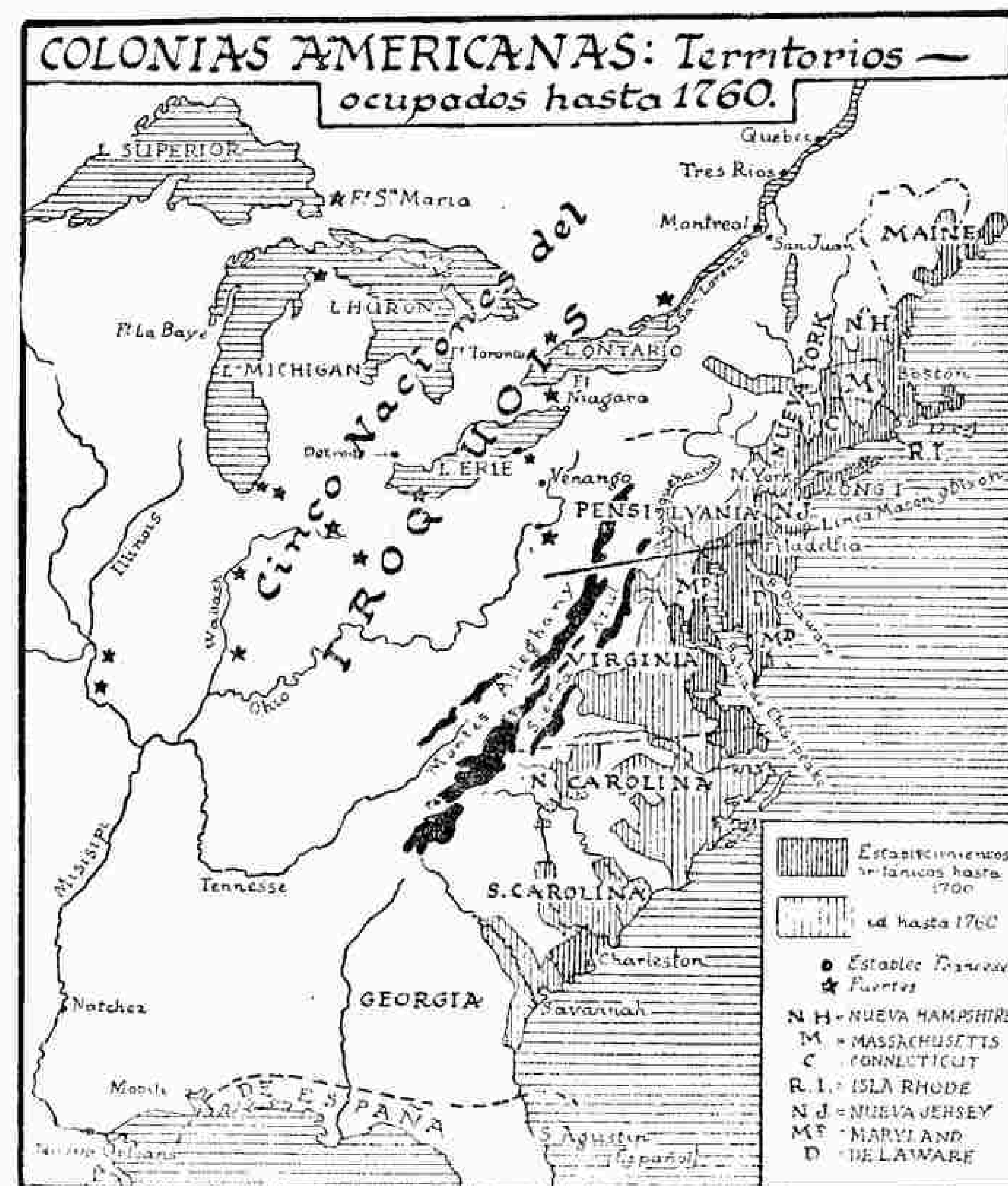
§ 2. *Las Trece Colonias antes de su insurrección.*

El mapa adjunto muestra la extensión de las colonias inglesas en América durante la primera mitad del siglo XVIII.

Lo rayado más obscuro representa los distritos ocupados en 1700; la parte más clara, el crecimiento de esos territorios hasta 1760. Como se verá, las colonias eran una simple franja de población a lo largo de la costa, extendiéndose gradualmente tierra adentro y tropezando en las montañas Azules y Alleghany, con una barrera difícil de franquear. Entre las colonias más antiguas figuraba la colonia de Virginia, cuyo nombre conmemora a la reina Isabel, la Reina Virgen de Inglaterra. La primera expedición para fundar una colonia en Virginia fué llevada a cabo por Sir Walter Raleigh en 1584, pero no se hizo por aquel entonces ninguna fundación de carácter permanente, y los verdaderos comienzos de Virginia datan del establecimiento de la Compañía de Virginia en 1606, durante el reinado de Jaime I (1603-25). La historia de John Smith y los primitivos fundadores de Virginia, y cómo la "princesa" india Pocahontas casó con uno de aquellos *gentlemen*, es ya clásica en Inglaterra. En el cultivo del tabaco encontraron los virginios el comienzo de la prosperidad. Al tiempo que se fundaba la Compañía de Virginia, la Compañía de Plymouth obtenía carta privilegio para la colonización de las tierras al norte de Long Island Sound, pretendidas también por los ingleses. Pero hasta 1620 no empezó a ser colonizada esta región del Norte, y ello con arreglo a nuevas cartas pueblas. Los colonizadores de la región septentrional (Nueva Inglaterra), que formaron las provincias de Connecticut, Nueva Hampshire, Isla de Rhode y Massachusetts, eran hombres de muy distinta laya que los de Virginia: protestantes descontentos de las componendas de la Iglesia anglicana, y republicanos de corazón, contrarios en un todo a la gran monarquía de Jaime I y Carlos I. Su nave exploradora *(pioneer)* era el *Mayflower*, que fundó Nueva Plymouth en 1620. La colonia dominante del Norte era Massachusetts. Divergencias respecto a los métodos religiosos e ideas de tolerancia llevaron a la separación de las otras tres colonias puritanas de Massachusetts. Este detalle muestra ya bien a las claras la pequeña escala de los acontecimientos en aquellos días en que un cierto capitán John Mason reclamaba como de su propiedad la provincia entera de Nueva Hampshire, ofreciéndose a cederla al rey (Car-

los II en 1671) a cambio del derecho de importación, libres de Aduanas, de 300 toneladas de vino francés; ofrecimiento que fué rehusado. El Estado actual de Maine fué comprado por el de Massachusetts a su propietario legal en la suma de 250 libras esterlinas.

Durante la guerra civil, que terminó con la decapitación de Carlos I, las simpatías de Nueva Inglaterra se declararon a favor del Parlamento, en tanto que Virginia sentíase legitimista; pero, afortunadamente, mediaban 400 kilómetros entre ambas colonias y no hubo serias hostilidades. Con la vuelta de la monarquía en 1660, tuvo lugar un vigoroso desarrollo de la colonización inglesa en América. Carlos II y sus asociados estaban ávidos de ganancias, y la corona inglesa no sentía el menor deseo de entregarse a nuevas experiencias de exacción de impuestos ilegales en el interior. Por otra parte, las relaciones indefinidas de las colonias con la corona y el Gobierno inglés, parecían prometer una buena aventura financiera al otro lado del Atlántico. Hubo un rápido desarrollo de las plantaciones y establecimientos coloniales. Lord Baltimore, ya en 1632, había fundado una colonia que, bajo el atrayente nombre de Maryland *(Tierra de María)* al Norte y Este de Virginia, debía ofrecer a los católicos un centro de libertad religiosa; y por el tiempo a que nos referimos el cuáquero Penn, cuyo padre había prestado valiosos servicios a Carlos II, habíase establecido él mismo al Norte de Filadelfia, fundando la colonia de Pensilvania. Sus límites principales con Maryland y Virginia fueron determinados por dos hombres, Mason y Dixon, cuya "línea Mason y Dixon" estaba destinada a ser un importantísimo factor en los asuntos ulteriores de los Estados Unidos. La Carolina, que fué en sus comienzos una colonia francesa protestante de escasa importancia, y que debía su nombre no a Carlos (Carolus) II de Inglaterra, sino a Carlos IX de Francia, había caído en manos de los ingleses y era poblada en varios puntos. Entre Maryland y Nueva Inglaterra, extendíanse unas cuantas pequeñas colonias holandesas y suecas, de las que Nueva Amsterdam era el centro principal. Estas colonias fueron tomadas a los holandeses por los ingleses en 1664, perdidas de nuevo en 1673 y devueltas, por último, a Inglaterra en 1674, por tratado entre ambas potencias. Así, toda la costa, desde Maine a la Carolina, quedó virtualmente en posesión de los ingleses. Al Sur se habían establecido los españoles, con sus cuarteles generales en Fuerte San Agustín de la Florida. En 1732 fué fundada la ciudad de Savannah por un filántropo inglés, Oglethorpe, que, compadeciéndose de los infelices encarcelados por deudas en Inglaterra, había rescatado cierto número de ellos, transportándolos luego a América para que fundasen una nueva colonia, Georgia, que debía constituir un



baluarte contra los españoles. Así, a mediados del siglo XVIII, nos encontramos a lo largo de la costa norteamericana las siguientes colonias: el grupo de puritanos y protestantes libres de Nueva Inglaterra, Maine (perteneciente a Massachusetts), Nueva Hampshire, Connecticut, Isla de Rhode y Massachusetts; el grupo holandés conquistado, que aparecía a la sazón dividido en Nueva York (o sea Nueva Amsterdam en tiempo de los holandeses), Nueva Jersey y Delaware (sueca antes de ser holandesa, y dependiente de Pensilvania en su primera fase británica); luego venía la católica Maryland; Virginia; Carolina (dividida en Norte y Sur), y la Georgia de Oglethorpe. Más tarde, cierto número de tiroleses protestantes buscaron refugio en Georgia, y tuvo lu-

gar una emigración considerable de buenos labriegos alemanes en Pensilvania.

Tal era el origen misceláneo de los ciudadanos de las Trece Colonias. A cualquier observador imparcial de 1760 habríansele antojado muy remotas las posibilidades de un íntimo acercamiento y una unificación progresiva. Además de las diferencias iniciales de origen, la diversidad de climas creaba nuevas diferencias. Al Norte de la línea Mason y Dixon los colonos, blancos en su casi totalidad, practicaban la agricultura a la manera de Inglaterra o la Europa Central, de donde en su mayor parte procedían. Las colonias de Nueva Inglaterra presentaban así una estrecha semejanza con la campiña inglesa, en tanto que grandes extensiones de Pensilvania recordaban las granjas y sembrados de la Alemania meridional. Estas condiciones especiales del Norte debían tener, socialmente, importantes efectos. Pobres y ricos, amos y criados, veíanse obligados a trabajar en común, en regiones apartadas y solitarias, y ello forzosamente creaba una fuerte solidaridad. En un comienzo, no todos eran iguales, ni empezaban en iguales condiciones; en el rol del *Mayflower* figuraban una porción de "sirvientes". Pero, rápidamente, la vida colonial los tornaba iguales, y con análogos derechos: así, por ejemplo, cuando había territorios inocupados que repartir o que tomar, el sirviente tenía igual derecho a ellos que sus amos. El régimen de clases británico desaparecía allí. La vida colonial creó la igualdad "tanto de cuerpo como de alma", y una independencia individual de juicio que no soportaba sin impaciencia la intromisión de Inglaterra. Pero al Sur de la línea Mason y Dixon comenzó el cultivo del tabaco, y el clima, más templado, permitió el establecimiento de grandes plantaciones, que requerían considerables cuadrillas de trabajadores. A este fin, empleáronse pieles rojas prisioneros, que, debido a su natural sanguinario e insumiso, dieron muy escaso resultado; Cromwell envió prisioneros de guerra irlandeses a Virginia, cosa que reconcilió a muchos colonos realistas con la idea republicana; también se exportaron presidiarios, y hubo un comercio considerable de niños raptados o secuestrados, que eran luego enviados a América en calidad de siervos; pero nada dió mejor resultado, en este sistema de trabajo por cuadrillas, que los esclavos negros. Los primeros de éstos que llegaron a América fueron traídos por un barco holandés a Jamestown, en Virginia, el 1620. En 1700, había esclavos negros en todos los Estados, pero Virginia, Maryland y las Carolinas eran sus centros principales, y en tanto que las colectividades del Norte eran colectividades de gentes ni muy ricas ni muy pobres, en las del Sur apareció un tipo de gran propietario y una comunidad blanca de capataces y profesionales que subsistían y medraban a costa del

trabajo de los esclavos. Así, la esclavitud llegó a ser una necesidad del sistema económico y social que prevaleciera en el Sur; mientras, en el Norte, la existencia de esclavos no sólo era innecesaria, sino en ocasiones hasta inconveniente. Por tanto, es natural que los escrúpulos de conciencia respecto a la esclavitud florecieran y se desenvolvieran más libremente y con mayor pujanza en el ambiente norteño. A esta cuestión del renacimiento de la esclavitud en el mundo ya volveremos cuando tengamos que considerar la perplejidades de la democracia americana. Ahora, la traemos a cuento simplemente como un factor más de la heterogeneidad de las colonias británicas.

Pero si los habitantes de las "trece colonias" eran diferentes también por su origen y por sus costumbres y aficiones, tenían, en cambio, tres fortísimos antagonismos en común. En primer lugar, el común interés contra los pieles rojas. En segundo, aunque sólo durante algún tiempo, el temor al dominio y conquista de los franceses. Y, por último, todos ellos se encontraban en pugna con las pretensiones de la corona inglesa y el egoísmo comercial de la mezquina oligarquía que dominaba el Parlamento inglés y la vida de la metrópoli.

En lo que al primer peligro se refiere, es cierto que los indios o pieles rojas eran un mal constante, pero este mal apenas pasaba de ser una amenaza de desastre. Los indios permanecían divididos entre sí, aunque en más de una ocasión mostraran posibilidades de concertarse en mayor escala que la habitual. Las Cinco Naciones de los Iroqueses eran una importantísima liga de tribus. Pero nunca consiguieron oponer los franceses a los ingleses en provecho propio, y ningún Jengis Jan piel roja apareció entre estos nómadas del nuevo mundo. El peligro de una agresión francesa era una amenaza bastante más seria. Los franceses nunca establecieron colonias en América que pudieran, ni con mucho, rivalizar con las inglesas, pero su gobierno emprendió la captación y sometimiento de las colonias de una manera terriblemente sistemática. Los ingleses en América eran colonizadores; los franceses eran exploradores, aventureros, agentes, misioneros, traficantes y soldados. Unicamente en Canadá consiguieron echar raíces. Los estadistas franceses se sentaban ante el mapa a soñar sus sueños, sueños que pueden verse en nuestro mapa en la cadena de fuertes que partiendo de los grandes lagos rastrean hacia el Sur, y partiendo del Mississipi y del Ohio rastrean hacia el Norte. La lucha de Francia e Inglaterra era una pugna mundial, que fué decidida en la India, en Alemania y en el mar. Por la Paz de París (1763), los franceses cedían a Inglaterra el Canadá, y dejaban la Luisiana en las manos inertes de una España en plena decadencia. Ello suponía para Francia el abandono total

de América. La desaparición del peligro francés dejaba a los colonos en libertad de hacer frente, con todas sus energías, al tercer enemigo común: la corona y el gobierno de la madre patria.

§ 3. *La Guerra civil impuesta a las Colonias.*

En el capítulo anterior hemos observado cómo la clase gobernante de Inglaterra fué, de un modo continuo, adquiriendo las tierras y destruyendo la libertad del pueblo durante todo el siglo XVIII, y cuán voraz y ciegamente fué puesta en obra la nueva revolución industrial. También hicimos notar cómo el Parlamento inglés, debido a la decadencia de los métodos representativos en la Cámara de los Comunes, habíase convertido, tanto en su alta cámara como en la baja, en un simple instrumento de gobierno de los grandes terratenientes. Lo mismo estos grandes propietarios que la Corona, estaban profundamente interesados en la aventura de América: aquéllos como aventureros particulares, ésta como fuente probable de ingresos con que atender a la política exterior; el caso es que ni unos ni otra estaban dispuestos a considerar a los colonos, plantadores y demás habitantes de las colonias con más miramientos de los que tenían en casa con los labriegos y pequeños arrendatarios. En el fondo, los intereses del hombre del pueblo en Gran Bretaña, Irlanda y América eran los mismos. Todos ellos estaban siendo estrujados y exprimidos por el mismo sistema. Pero mientras en Inglaterra opresor y oprimido se encontraban íntimamente ligados en un rígido sistema social, en América la Corona y el explotador o colono estaban muy lejos una de otro, y éstos podían agruparse y dar forma a un sentido de solidaridad contra el enemigo común.

Además, el colono americano tenía la importante ventaja de poseer un órgano separado y legal de resistencia contra el gobierno británico en la asamblea o legislatura de su colonia, necesaria para la administración de los asuntos locales. El pueblo, en Inglaterra, burlada y escamoteada su representación en los Comunes, no tenía órgano ni centro de expresión y acción para sus descontentos.

Fácilmente comprenderá el lector que tenga en cuenta la diversidad de las colonias, la serie interminable de disputas, agresiones y conflictos a que forzosamente había de dar lugar esta pugna de la metrópoli con sus colonias. La historia de estas fricciones y dificultades es demasiado intrincada, sutil y difusa para poder hacerle lugar en este ESQUEMA. Baste decir que los entuertos de que se quejaban las colonias pueden repartirse en tres capítulos: Primero, tentativas de asegurar para ciertos aventureros ingleses y para el Gobierno inglés los beneficios de la explotación de

aquellas tierras; segundo, restricciones sistemáticas del comercio, que tenían por objeto el conservar el comercio extranjero de las colonias completamente en manos inglesas, de manera que todas las exportaciones coloniales pasaran por Inglaterra, y todos los productos y mercancías consumidos por las colonias fueran de fabricación inglesa; tercera, tentativas de imposición de contribuciones por el Parlamento inglés como suprema autoridad fiscal del imperio. Bajo la presión de este triple sistema de molestias, los colonos americanos se vieron obligados a cavilar largamente en política. Hombres como Patrick Henry y James Otis empiezan a discutir las ideas fundamentales de gobierno y de asociación política, por modo muy semejante al que fueran discutidas en Inglaterra durante los días gloriosos de la república cromwelliana. Comiénzase a negar tanto el origen divino de la realeza como la supremacía del Parlamento británico, y a decir (Jaime Otis, 1762), cosas como éstas:

"Dios hizo a todos los hombres iguales por naturaleza";

"Las ideas de superioridad terrena provienen de la educación y no son innatas";

"Los reyes fueron hechos para el bien del pueblo, y no el pueblo para ellos";

"Ningún gobierno tiene derecho a esclavizar a sus súbditos";

"Aunque la mayoría de los gobiernos son *de facto* arbitrarios, y por lo tanto la maldición y el escándalo de la naturaleza humana, sin embargo ninguno es arbitrario de *jure*".

Algunas de estas proposiciones son de muy largo alcance.

Este fermentar de las ideas políticas de los americanos fué provocado por levadura inglesa. Un escritor inglés que ejerció gran influencia fué John Locke (1632-1704), cuyos *Dos tratados sobre el Gobierno civil* puede decirse que fueron todo lo que un simple libro puede ser en casos semejantes, el punto de partida de las ideas democráticas modernas. Hijo de un soldado de Cromwell, educado en Christ Church, Oxford, durante el predominio republicano, desterrado luego a Holanda, donde pasara varios años, Locke representa la transición, el puente entre el audaz pensamiento político de aquellos primeros días republicanos y el movimiento revolucionario de América y Francia.

Pero los hombres no entran en acción movidos exclusivamente por teorías. Es siempre un peligro real, una necesidad de orden práctico, un imperativo material, lo que promueve la acción; y sólo después de haber destruído ésta los antiguos vínculos y relaciones y de haber traído un estado de cosas nuevo y sorprendente es cuando viene la teoría, para, a su vez, ser puesta a prueba. El desacuerdo de intereses e ideas entre los colonos se resolvió de modo violento, a causa del desatentado empeño del Par-

lamento británico, a raíz de la paz de 1763, de imponer contribuciones a las colonias americanas. Inglaterra estaba tranquila y triunfante; sus hombres de Estado juzgaron admirable la oportunidad de ajustarles las cuentas a aquellos colonos recalcitrantes. Pero los grandes propietarios ingleses se encontraron con un poder adyacente al de ellos, animado de un espíritu bastante semejante al de ellos, pero un tanto divergente en sus fines, a saber: la Corona, que empezaba a renacer. El rey Jorge III, que comenzara su reinado en 1760, estaba resuelto a ser rey más efectivamente que sus dos predecesores alemanes. Aunque sin una gota perceptible de sangre inglesa, galesa o escocesa en sus venas, podía hablar un inglés pasable y clamar a "la gloria de Britania". Figurósele que en las colonias americanas, y en general, en todas las posesiones de Ultramar, que, o no tenían constitución propia o la tenían bastante indefinida, podría la Corona reclamar la suprema autoridad y obtener recursos y poderes que la aristocracia inglesa, fuerte y celosa de sus derechos, le negaba en absoluto. Esto fué causa de que muchos nobles del partido *whig* o liberal, que de otro modo no lo habrían hecho, mostrasen sus simpatías por los colonos. No es que ellos se opusieran, ni encontrasen censurable la explotación de las colonias en interés de las "empresas privadas" inglesas, pero sí se oponían al robustecimiento de la Corona que esta explotación vendría al cabo a suponer, con la secuela de que así podría también la Corona llegar a independizarse de ellos.

La guerra que estalló fué por tanto, en realidad, no una guerra entre Gran Bretaña y las colonias, sino entre el Gobierno inglés y los colonos, con un contingente de nobles liberales y gran parte de la opinión pública en Inglaterra a favor de los segundos. Un primer movimiento de exacción, después de 1763, fué la pretensión, por parte del Gobierno inglés, de que los periódicos y diversos documentos de las colonias llevasen un sello, a fin de por este medio imponer una contribución indirecta. Pero este movimiento fué enérgicamente resistido, y la ley que imponía la contribución rechazada de plano, sin que la Corona inglesa se atreviera a recurrir a la fuerza (1766). Siendo de advertir que dicha resistencia fué acogida aún con mayor regocijo y festejos en Londres, que en las mismas colonias.

Pero la cuestión de la *Stamp Act* (o *ley del Timbre*) no fué sino un remolino en el torrente tumultuoso de acontecimientos que iban acercando la guerra civil. Con un pretexto u otro, a lo largo de toda la costa americana, los representantes del Gobierno británico no desperdiciaban ocasión de afirmar su autoridad y de hacer intolerable la dominación inglesa. El alojamiento de los soldados ingleses era también una gran molestia para los colonos.

Rhode Island sobresalía especialmente en su repulsa de las restricciones comerciales; sus habitantes eran *free traders* o *librecambistas*, esto es, contrabandistas. Habiendo encallado frente a Providence una goleta del Gobierno, la *Gaspee*, fué tomada de sorpresa, asaltada y capturada por hombres armados, que acudieron en barcas y que, luego de saquearla convenientemente, la quemaron. En 1773, sin tener lo más mínimo en cuenta el comercio de té ya existente, el Parlamento británico concedió especiales privilegios a la Compañía de las Indias para la importación de té en América. Los colonos contestaron a esta resolución rehusando y boicoteando ese té. Y cuando los importadores de Boston se mostraron decididos a descargar sus cargamentos de té, una banda de hombres disfrazados de pieles rojas asaltaron, en presencia de un gran gentío, los tres barcos que venían con el cargamento de té y arrojaron éste por la borda (16 de diciembre de 1773).

Todo el año 1774 pasáronlo unos y otros en allegar recursos para la lucha que se avecinaba. El Parlamento británico acordó en la primavera de dicho año castigar a Boston con la clausura de su puerto. A menos de aceptar aquel té de la Compañía de las Indias, el comercio entero de Boston quedaría destruído. Y en esta decisión del Parlamento inglés podemos ver un ejemplo perfectamente típico de esa famosa e insensata "firmeza" de gobierno, que hace que tantos imperios se vengan abajo.

Para asegurar el cumplimiento de esta medida, concentráronse en Boston las tropas inglesas al mando del general Gage. Los colonos tomaron sus medidas en contra. El primer Congreso colonial reunióse en Filadenfia en el mes de septiembre, con la representación de doce colonias: Massachussetts, Connecticut, Nueva Hampshire, Rhode Island, Nueva York, Nueva Jersey, Pensilvania, Maryland, Delaware, Virginia y Carolina del Norte y del Sur. Georgia no estaba presente. Fiel a las mejores tradiciones inglesas, el Congreso documentó su actitud con una "Declaración de Derechos". De hecho, este Congreso era un Gobierno insurrecto; pero hasta la primavera de 1775 no dió ningún golpe, ni tuvo lugar la primera efusión de sangre.

Dos de los caudillos americanos, Hancok y Samuel Adams, habían sido designados por el Gobierno inglés como reos de traición, acordándose su arrestamiento y proceso. Sabiéndose que, en aquellos momentos, se encontraban en Lexington, a unos diecisiete kilómetros de Boston, el general Gage puso sus fuerzas en movimiento, la noche del 18 de abril de 1775, con objeto de cumplimentar el mandato de prisión.

Aquella noche fué una de las noches memorables de la Historia. Habiendo sido notado el movimiento de las tropas de Gage, desde un campanario de Boston se hicieron señales con una lin-

terna y dos hombres, Dawes y Paul Revere, cruzaron en bote la bahía, y luego, a caballo, se dedicaron a avisar a la gente del campo. Los ingleses cruzaron también la bahía y se dirigieron, en medio de la noche, hacia Lexington; pero ya el cañón de alarma y las campanas de las iglesias les precedían. Al entrar en Lexington al rayar el alba, vieron una pequeña partida de hombres en formación militar. Parece que los ingleses fueron los primeros en



disparar. El caso es que hubo un disparo aislado e inmediatamente una descarga, y la partida de colonos se desbandó, al parecer sin contestar al fuego, dejando ocho muertos y nueve heridos sobre el terreno.

Los ingleses, entonces, marcharon a Concordia, diez y seis kilómetros más allá de Lexington, ocuparon la aldea y dejaron un destacamento en la cabeza de su puente. La expedición había fracasado en su cometido de arrestar a Hancock y Adams, y parece que el comandante inglés no supo exactamente qué es lo que debía hacer. Entretanto, los voluntarios coloniales empezaban a afluir de todas partes, y pronto el destacamento del puente se veía bajo el fuego, cada vez más graneado, de los asaltantes que, guarecidos tras los árboles o las empalizadas, disparaban casi a mansalva. La retirada hacia Boston fué decidida; y hay que confesar que fué una retirada desastrosa. El país en masa se había levantado contra los ingleses; toda aquella mañana habían estado reuniéndose los coloniales. Ambas orillas del camino pululaban ahora de tiradores, parapetados en rocas, setos y cuanto podía servir de reparo; los soldados, exhaustos por una noche de marcha, con sus hermosos uniformes encarnados de vueltas amarillas y polainas y corbatas blancas, debían ofrecer un blanco magnífico en aquel día de primavera. Cada dos pasos caía

un hombre, herido o muerto. El resto patrullaba, o se detenía para hacer una descarga sin el menor resultado. Todo contraataque era imposible. Los enemigos acechaban por todas partes, en una superioridad numérica aplastante. En Lexington había refuerzos ingleses y dos cañones, cosa que permitió, luego de un breve descanso, continuar la retirada en mejor orden. Pero el fuego y la persecución prosiguieron hasta el río, y una vez en Boston las fuerzas inglesas, los voluntarios coloniales se acuartelaron en Cambrigde, disponiéndose al cerco de la ciudad.

§ 4. *La Guerra de la Independencia.*

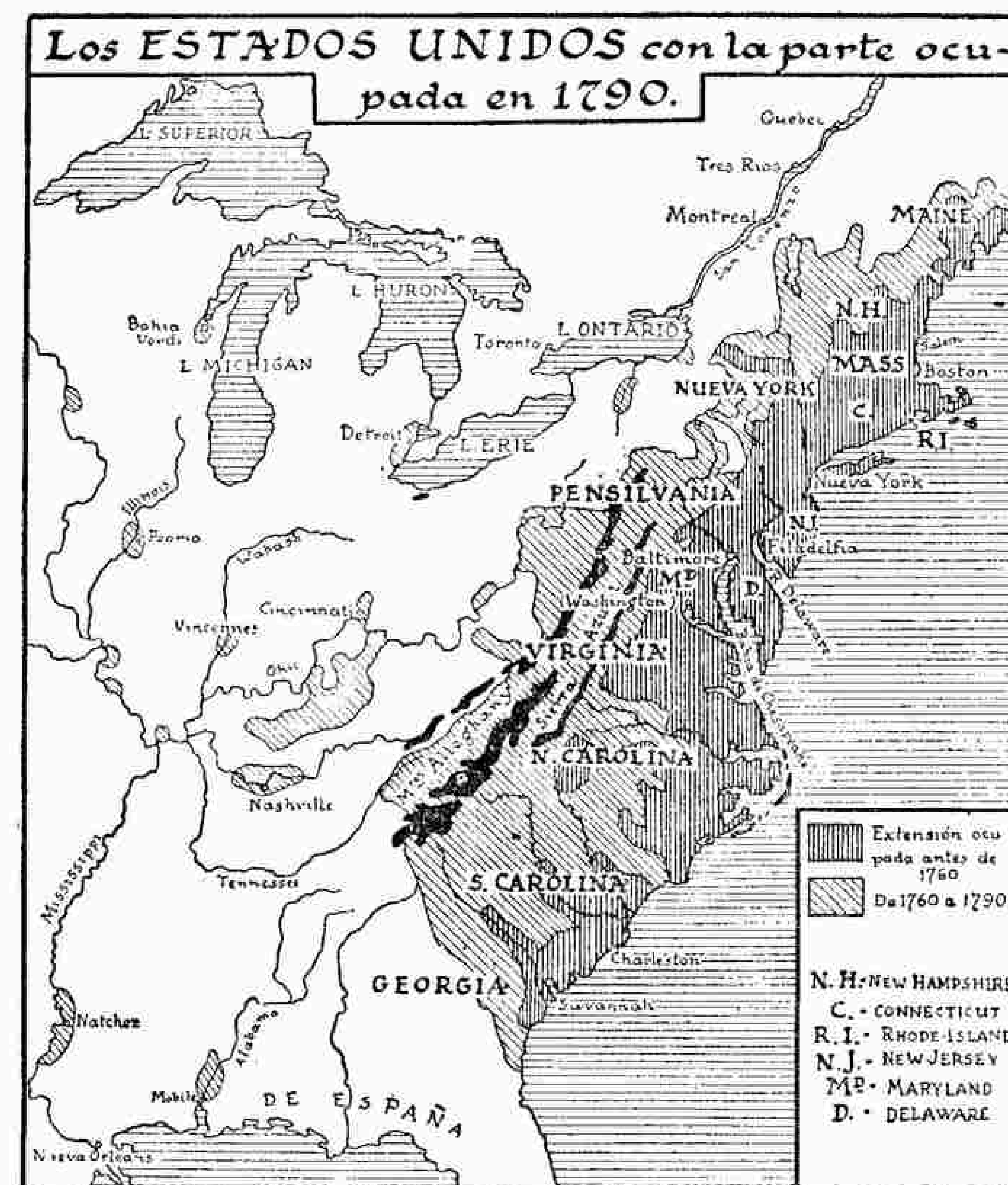
Así dió comienzo la guerra. No era una guerra que prometiese una solución definitiva. Los colonos no tenían ninguna capital vulnerable; diseminados sobre un vasto territorio, con una extensión de tierra virgen y sin límites tras ellos, podían casi resistir indefinidamente. Habían aprendido su táctica en gran parte de los pieles rojas, y sabían sacar partido de su conocimiento del terreno y de la ligereza de movimientos que su misma falta de material les permitía. Pero no puede decirse que tuvieran un ejército disciplinado capaz de hacer frente al inglés en una batalla campal, y estaban mal pertrechados; sin contar que sus contingentes de voluntarios acababan por impacientarse de las penalidades de una campaña prolongada y mostraban tendencia a volverse a sus granjas y aldeas. Los ingleses, en cambio, tenían un ejército bien disciplinado, y su dominio del mar les permitía apoyar sus reservas y su línea de ataque en toda la costa atlántica. En aquel momento, además, Inglaterra estaba en paz con todo el mundo. Pero su rey era imbécil y, como la mayoría de los tontos, ávido de inmiscuirse en todo y sordo al buen consejo; los generales por él favorecidos, en atención a su fortuna o a su alcurnia, eran casi siempre los más incapaces de la milicia; y, sobre todo, el pueblo inglés permanecía, en el fondo del corazón, enteramente ajeno al conflicto y desinteresado de la cuestión. El Gobierno inglés confiaba más bien en bloquear, asolar y someter, por último, a los colonos, que en una conquista y ocupación definitivas del país. Pero los métodos empleados, y particularmente el uso de tropas alemanas mercenarias, que aun conservaban las tradiciones de crueldad de la Guerra de los Treinta Años, y de pieles rojas auxiliares, que pillaban y asesinaban a los colonos aislados, resultaron a la postre más nocivos a los ingleses que a los americanos. El Congreso, reunido por segunda vez en 1775, aprobó la actitud de los colonos de Nueva Inglaterra y nombró a Jorge Wáshington generalísimo americano. En 1777, el general Burgoyne, en un intento de llegar a Nueva York desde el Canadá, fué

derrotado en Freeman's Farm, a orillas del Hudson Superior, y cercado y obligado a capitular en Saratoga con todo su ejército. Este desastre animó a los franceses y españoles a entrar en la guerra, de parte de los colonos. Francia envió al general Lafayette a ayudarles con su consejo, y su flota hizo mucho por reducir al minimum la superioridad de los ingleses en el mar. El general Cornwallis fué apresado en la península de Yorktown, en Virginia, el 1781, y tuvo que capitular con su ejército. El gobierno inglés, actualmente en lucha, y bastante ardua, con Francia y España en Europa, veíase ya al fin de sus recursos.

Al iniciarse la guerra, los colonos, en general, parece estaban tan poco dispuestos a repudiar la monarquía y reclamar la independencia absoluta como estaban los holandeses a comienzo de las persecuciones e insensateces de Felipe II. Los separatistas eran tildados de radicales; la mayoría eran extremadamente demócratas, como diríamos hoy, y sus ideas avanzadas asustaban a muchos de los colonos más pacatos y más adinerados, para quienes los privilegios y distinciones de clases no dejaban de tener su encanto. Pero a comienzos de 1776, un inglés muy inteligente y muy persuasivo, Thomàs Paine, publicó un folleto en Filadelfia titulado *Sentido común*, que ejerció una enorme influencia sobre la opinión pública. Su estilo, según las normas modernas, era retórico. "La sangre de los asesinados, la voz plañidera de la Naturaleza grita: "¡Ya es hora de separarse!", etc., etc., Pero sus efectos fueron grandísimos. Convirtió a muchos millares a la necesidad de la separación. Y el cambio de la opinión pública, una vez iniciado, fué rápido.

Hasta el verano de 1776 no dió el Congreso el paso irrevocable de acordar la separación. "La Declaración de Independencia", otro de esos documentos ejemplares que ha tocado en suerte a los ingleses ofrecer a la humanidad, fué redactado por Thomas Jefferson; y, luego de diversas enmiendas y modificaciones, vino a constituir el documento fundamental y básico de los Estados Unidos. Hubo, sobre todo, dos enmiendas considerables a la redacción de Jefferson. Este había atacado vigorosamente el comercio de esclavos y censurado al gobierno central por oponerse a los diversos intentos coloniales de acabar con él. Ahora bien, este párrafo fué suprimido, así como también otro párrafo referente a los ingleses, que decía: "Debemos esforzarnos en olvidar nuestro antiguo amor por ellos... hubiéramos podido ser un pueblo grande y libre juntos".

Hacia fines de 1782, los artículos preliminares del tratado en que Inglaterra reconocía la absoluta independencia de los Estados Unidos, fueron firmados en París. El final de la guerra fué proclamado el 19 de abril de 1783, ocho años justos después de la



fuga de Paul Revere y la retirada de las fuerzas de Gage hacia Boston. El tratado de paz fué, por último, definitivamente firmado en París, en septiembre del mismo año.

§ 5. *La Constitución de los Estados Unidos.*

Desde el punto de vista de la historia humana, la manera en que los "Trece Estados" adquirieron la independencia es mucho menos importante que el hecho mismo de esta independencia. Pues con el logro de esta independencia, puede decirse que vino al mundo una nueva especie de comunidad. Era una civilización occidental europea, libre de los últimos vestigios del Imperio y de

la Cristiandad, sin la menor huella de monarquía ni de religión de Estado; sin duques, príncipes, condes, ni otras liendres, que, por amor del título, se creyesen con derecho a privilegios especiales. Hasta su unidad era simplemente con un objeto de libertad y de defensa. Era, en suma, desde el punto de vista de la organización política, una situación y un comienzo de vida nacional absolutamente nuevos en el mundo. Es muy de notar, especialmente, la ausencia de todo vínculo religioso obligatorio. Comprendíanse, sin duda, en su ámbito nacional, una porción de formas del cristianismo, y su espíritu era indudablemente cristiano; pero, como un documento oficial de 1796 explícitamente declara, "el gobierno de los Estados Unidos no está en manera alguna fundado sobre la religión cristiana" ([2]). La nueva comunidad había, en efecto, ido derechamente a los verdaderos cimientos de la asociación humana, y sobre ellos trataba de levantar una nueva especie de sociedad y un tipo nuevo de Estado.

Así vemos unos cuatro millones de seres, diseminados en vastísimos territorios, con escasos y muy lentos medios de intercomunicación, pobres aún, pero con la potencialidad de una riqueza ilimitada, aplicados a llevar a cabo en la realidad, y en enorme escala, el mismo proyecto de construcción que, veintidós siglos antes, realizaran en imaginación y teoría los filósofos atenienses.

Ello marca una fase definitiva en la liberación humana de costumbres y prejuicios, y un paso definitivo hacia la reconstrucción deliberada y consciente de sus medios y recursos con arreglo a la satisfacción de sus fines y necesidades. Era, en suma, un nuevo método puesto en práctica. Los modernos Estados europeos habían sido hechos, institución tras institución, lentamente y un tanto al azar, basándose siempre en cosas anteriores. Los Estados Unidos venían a la vida hechos y forjados según un plan.

En un respecto, sin embargo, aparecía seriamente restringida la libertad creadora de la nueva nación. Esta nueva especie de comunidad y Estado no había sido levantada sobre un terreno bien desbrozado y allanado. Las trece colonias, al final de la guerra, tenían todas constituciones que, o bien eran semejantes a las de Connecticut y Rhode Island (que databan de su carta de constitución original de 1662), o bien, como en el caso de los demás Estados, donde un gobernador inglés desempeñaba un papel principal en la administración, habían sido rehechas o refundidas durante el conflicto. Pero podemos considerar estas reconstrucciones como ensayos y experimentos contribuidores al esfuerzo constructivo general.

([2]) El Tratado de Trípoli. V. Channing, vol. III, cap. XVIII.

En este esfuerzo, algunas ideas sobresalían con particular vigor. Una de ellas, la idea de la igualdad social y política. Esta idea, que hemos visto asomar al mundo como una idea extrema y poco menos que inadmisible en los tiempos que median de Buda a Jesús de Nazareth, es afirmada ahora, a fines del siglo XVIII, como una regla o norma positiva en las relaciones humanas. La declaración fundamental de Virginia reza: "Todos los hombres son por naturaleza igualmente libres e independientes, y procede a enumerar sus "derechos" y a afirmar que todos los magistrados y gobernadores no son sino "depositarios y servidores" de la comunidad. Todos los hombres están igualmente autorizados al libre ejercicio de la religión. El rey por derecho divino, el aristócrata, el "esclavo por naturaleza", el rey dios, y el dios, todos han desaparecido de este sistema político, por lo menos en lo que atañe a estas declaraciones. La mayoría de los Estados ofrecieron preludios semejantes a la gobernación. La Declaración de Independencia aseguraba que "todos los hombres son iguales de nacimiento". Doquiera se afirma, en la fraseología peculiar del siglo XVIII, que la nueva comunidad es —para usar los mismos términos que hemos introducido en un capítulo anterior— una comunidad de voluntad y no de obediencia. Pero los pensadores de aquel tiempo tenían un modo algo más rudimentario de presentar las cosas, e imaginaron una especie de elección y de asentimiento individual a la ciudadanía, que, en realidad, jamás acontecía de hecho, o séase el llamado "Contrato social". El preámbulo de la constitución de Massachusetts, por ejemplo, afirma que el Estado es una asociación voluntaria, "por la cual el pueblo entero estipula con cada ciudadano y cada ciudadano con el pueblo entero que todos serán gobernados por ciertas leyes encaminadas al bien común".

Ahora bien: es evidente que la mayoría de estas declaraciones están más que sujetas a caución. Los hombres no son iguales de nacimiento, ni nacen libres; ni nadie es, en la práctica, invitado a firmar el contrato social o, en caso contrario, a retirarse a la soledad. Estos postulados, literalmente interpretados, son tan manifiestamente falsos, que es imposible creer que los hombres que los formularon pretendían que fuesen literalmente interpretados. En realidad, los formularon a fin de expresar ciertas ideas, un tanto ilusorias, pero de máxima importancia; ideas que, al cabo de otro siglo y medio de pensamiento, encuéntrase el mundo en situación de formular mejor. La civilización, como este ESQUEMA ha mostrado, nació como una comunidad de obediencia, y fué esencialmente una comunidad de obediencia. Pero generación tras generación, el espíritu de esta comunidad fué corrompido por cleros y gobernantes. De las selvas, campiñas y estepas venía un



continuo influjo de voluntad de dominio. El espíritu humano había acabado por rebelarse en absoluto contra las ciegas obediencias de la vida común, e intentaba —muy torpemente al principio— lograr una nueva y mejor especie de civilización, que fuese a su vez una comunidad de voluntad. A este fin, era necesario tratar a cada hombre como soberano de sí mismo; su norma tenía, por consiguiente, que ser una norma de compañerismo y no de servidumbre. Su verdadero empleo, su verdadera importancia dependía, pues, de su calidad individual.

El método por el cual estos creadores de la América política trataban de asegurar esta comunidad de voluntad, era en extremo simple y primitivo. Para aquel tiempo, y teniendo en cuenta las circunstancias de América, dieron grandes franquicias políticas. Estas variaban de un Estado a otro, siendo las más amplias las de Pensilvania, donde todo contribuyente varón adulto votaba, pero en comparación con Inglaterra, en todos los Estados Unidos puede decirse que, a fines del siglo XVIII, alboreaba ya el sufragio universal. También estos creadores de América hicieron esfuerzos considerables para su época, aunque bastante mezquinos desde un punto de vista más moderno, por fomentar y extender la instrucción pública.

La historia de las diversas constituciones de los Estados, y de la constitución de los Estados Unidos como un todo, es sumamente intrincada y sólo podemos ocuparnos de ella muy a la ligera.

ra. El punto más notable de ella, visto con un criterio moderno es la omisión de las mujeres como ciudadanas. La comunidad americana era una comunidad en gran parte agrícola, y la mayoría de las mujeres estaban casadas; pareció, pues, natural que fuesen representadas por los parientes varones. Pero Nueva Jersey admitió unas cuantas mujeres, debidamente cal ficadas para ello, a votar. Otro punto de gran interés es la decisión, casi general, de tener dos asambleas gubernativas, confirmándose u oponiéndose una a otra, sobre el modelo de la Cámara de los Lores y la de los Comunes de Inglaterra. Unicamente Pensilvania tenía una sola cámara representativa, cosa que se consideraba fuera sumamente peligrosa y ultrademocrática. Aparte del argumento de que la legislación debe ser algo tan lento como seguro, la verdad es que no se ve claramente la necesidad de esta disposición bicameral. Más bien que un imperativo de la razón, parece haber sido como una moda o un hábito de los "constitucionalistas" del XVIII. La división inglesa era antigua; los Lores, o parlamento originario, era una asamblea de "notables", de los personajes más salientes del reino; la Cámara de los Comunes vino como un factor nuevo, como los representantes elegidos por los burgueses y los pequeños propietarios. Imaginóse en el siglo XVIII, un tanto a la ligera, que la comunidad era susceptible de dejarse arrastrar por impulsos extravagantes y que, por tanto, se precisaba algo que la contuviera; la opinión pública era partidaria de la democracia, en efecto, pero de una democracia con buenos frenos, ya que fuera cuesta abajo o cuesta arriba. Esta idea de una cámara alta que viniese a ser como un reducto de las clases acaudaladas, no atrae ciertamente tanto a los pensadores modernos como a los del siglo XVIII, pero la concepción bicameral, aunque en otra forma, todavía tiene sus defensores. Sostienen éstos que una comunidad puede encontrar una ventaja positiva en considerar sus asuntos desde dos puntos de vista: el de una corporación elegida para representar el comercio, la industria, las profesiones, los servicios públicos, etc., etc., en suma, una corporación representando la *función*, y el de un segundo organismo elegido por las localidades para representar las *comunidades;* debiendo votarse, para la elección de los miembros del primero, por profesiones, y para los del último, por residencia. A juicio de aquéllos, la Cámara de los Lores británica es, en efecto, una entidad que representa la función, en la que la propiedad, la ley y la Iglesia se hallan sin duda desproporcionadamente representadas, pero en la que también, el trabajo, las finanzas, los grandes servicios públicos, el arte, la ciencia y la medicina encuentran lugar; en tanto que la Cámara de los Comunes es meramente geográfica en su referencia. Hasta se ha sugerido en Inglaterra que debería haber

"pares laboristas" elegidos entre los jefes de las grandes *trade unions* (gremios de oficios) industriales. Pero éstas son especulaciones que rebasan nuestro presente objetivo.

El Gobierno Central de los Estados Unidos fué en un comienzo un organismo sumamente endeble, un Congreso de representantes de los trece gobiernos, mantenidos en cohesión por ciertos artículos de la Confederación. Este Congreso era poco más que una conferencia de representantes soberanos; así, por ejemplo, ni tenía el control del comercio exterior de cada Estado, ni podía acuñar moneda, ni imponer contribuciones por su propia autoridad. Cuando John Adams, el primer embajador de los Estados Unidos en Inglaterra, quiso discutir las cláusulas de un tratado comercial con el Ministerio de Estado inglés, se encontró con que éste reclamaba trece representantes norteamericanos, uno por cada uno de los trece Estados de la Unión, y tuvo que verse obligado a confesar su insuficiencia para contratar de un modo valedero. Así, los ingleses tuvieron que empezar a entendérse'as separadamente con cada Estado, haciendo caso omiso del Congreso, y a la incapacidad de éste se debió que consiguieran retener la posesión de cierto número de posiciones en territorio americano, cerca de los grandes lagos. Pero no fué éste el único asunto de importancia en que se mostró patente la invalidez del Congreso. Al Oeste de los trece Estados extendíanse territorios inmensos, a los que, en número cada vez más creciente, empezaban a afluir los colonos. Todos los estados tenían derechos, tan indefinibles como indefinidos, a extenderse hacia el Oeste, y a cualquiera, con un poco de previsión, habría saltado a la vista que el choque de estos derechos tenía, a la larga, que llevar a un conflicto armado, a menos que el Gobierno Central pusiera manos en el asunto e hiciera un reparto equitativo. La debilidad de este Gobierno Central, su falta de concentración, llegaron a ser un obstáculo tan evidente y un peligro tan manifiesto, que hasta hubo secretos conciliábulos sobre la conveniencia de una monarquía, y Nataniel Gorham, de Massachusetts, presidente del Congreso, dió ciertos pasos sobre el particular cerca del príncipe Enrique de Prusia, hermano de Federico el Grande. Al fin, convocóse a una asamblea constitucional en Filadelfia, el año 1787, y allí forjóse, en sus líneas generales, la actual Constitución de los Estados Unidos. Durante los años que mediaron habíase efectuado un gran cambio de espíritu y se había empezado a comprender la necesidad de la unificación.

Al redactarse los artículos de la Confederación, habíase pensado en los habitantes de Virginia, los habitantes de Massachusetts, los de Rhode Island, etc., etc.; pero ahora aparece una concepción: "el pueblo de los Estados Unidos". El nuevo Gobierno,

con el Presidente ejecutivo, los senadores, los diputados y el Tribunal Supremo, que acababa de ser creado, fueron declarados "el Gobierno del pueblo de los Estados Unidos". Es decir, una síntesis y no un mero conglomerado. Decíase: "nos, el pueblo" y no "nos, los Estados", como quejóse amargamente Lee, de Virginia.

El caso es que iba ya a ser un gobierno "federal" y no uno confederado.

Estado por Estado, la nueva Constitución fué ratificada y en la primavera de 1788 el primer Congreso, con arreglo a las nuevas disposiciones, reuníase en Nueva York, bajo la presidencia de Jorge Wáshington, que había sido el generalísimo nacional durante toda la Guerra de la Independencia. La Constitución sufrió entonces una revisión considerable, y la ciudad de Wáshington, a orillas de Potomac, fué elegida como capital federal.

§ 6. *Caracteres primitivos de la Constitución norteamericana.*

En un capítulo hemos descripto la República Romana, y su mezcla de rasgos modernos con oscuras supersticiones y salvajismos primitivos, como la anticipación *neanderthálica* del moderno Estado democrático. Día puede llegar en que se consideren los artificios y el mecanismo general de la Constitución americana como el equivalente político de los utensilios y artificios del hombre neolítico. Es indudable que aquéllos cumplieron su finalidad, y que a su amparo el pueblo de los Estados Unidos ha llegado a ser una de las comunidades más grandes, más poderosas y más civilizadas que ha conocido el mundo; pero esto no es una razón para considerar la Constitución americana como una cosa más definitiva e inalterable que el tipo de ferrocarril urbano que cruza las calles de Nueva York, o el cómodo y excelente patrón de arquitectura casera que aun prevalece en Filadelfia. Todas estas cosas también han cumplido su finalidad, pero, como cosas humanas al fin, tienen sus defectos y pueden ser perfeccionadas. Nuestros instrumentos políticos, lo mismo que nuestros instrumento mecánicos y domésticos, necesitan una constante revisión a medida que el progreso avanza y adelanta el conocimiento humano.

Desde que la Constitución americana fué planeada, nuestra concepción de la Historia y nuestro conocimiento de la psicología colectiva han sufrido un considerable desarrollo. Empezamos ahora a ver en el problema de la gobernación una porción de cosas que no veían los hombres del siglo XVIII; y, por atrevida que fuera su disposición constructiva en relación a todas las creaciones

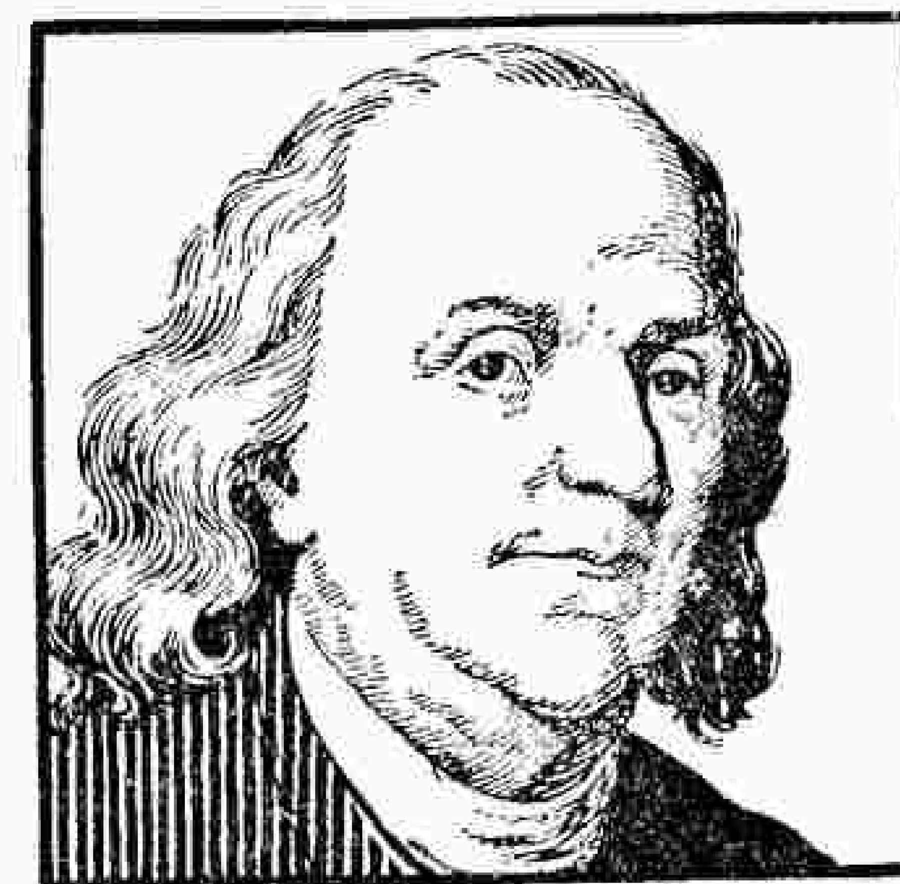
políticas anteriores, resulta insuficiente para lo que hoy en día necesitamos, si es que queremos resolver este gran problema del establecimiento de una comunidad de voluntad civilizada sobre la tierra. Los hombres de aquella época dieron por supuestas y demostradas una porción de cosas que ahora vemos requerían un estudio más científico y un empleo más cauteloso. Pensaron, por ejemplo, que bastaba establecer escuelas y colegios, dotándolos con una concesión de terrenos para su sostenimiento y abandonándolos luego a sí mismos. Pero la instrucción no es una hierba que crezca lozanamente en cualquier terreno, sino una planta tierna y delicada que fácilmente degenera y se agosta. Hoy sabemos, habiéndolo aprendido a nuestra costa, que la atrofia o el insuficiente desarrollo de las universidades y del organismo educacional es como la atrofia del cerebro o de los nervios, que impide el crecimiento total del cuerpo social. Con arreglo al patrón europeo, con arreglo al patrón de los demás Estados existentes, el nivel medio de instrucción pública en los Estados Unidos es bastante elevado; pero, con arreglo al patrón de lo que podía ser, los Estados Unidos son aún un país ineducado. También aquellos padres de Norte América pensaron que bastaba asegurar la libertad de la Prensa para que todo el mundo viviese allí en la luz. Sin comprender que una Prensa libre podría dar lugar a una especie de venalidad constitucional, debida a sus relaciones con los anunciantes, y que los grandes propietarios de periódicos podrían convertirse en filibusteros de la opinión y en malos directores de la conciencia pública. Por último, aquellos creadores de los Estados Unidos no tenían la menor idea de las complejidades del sistema electoral y de las manipulaciones a que se presta el voto. No sabían nada de la necesidad del voto transferible, a fin de evitar el amaño de las elecciones por organizaciones especiales, y los métodos rudimentarios y rígidos que adoptaron dejaron todo su sistema político presa segura de los grandes partidos que despojaron a la democracia norteamericana de la mitad de su libertad y de casi todo su espíritu político. La política se convirtió en un vil comercio; los hombres más capaces y más honrados, pasado el primer momento, se separaron de la política y dedicáronse a los "negocios", y eso que en otro libro ([3]), he llamado "el sentido del Estado" declinó considerablemente. La iniciativa privada se incautó de una porción de materias de interés común, por haber hecho imposible toda iniciativa colectiva la corrupción política existente.

Sin embargo, las deficiencias del gran sistema político creado por los norteamericanos del período revolucionario, no se evidenciaron en seguida. Durante varias generaciones la historia de los Estados Unidos fué una historia de rápida expansión, y de una libertad, bienestar doméstico y enérgico trabajo sin paralelo en la crónica del mundo.

([3]) *El Porvenir de los Estados Unidos.*

E igualmente puede asegurarse que sus anales, durante este último siglo y medio, a pesar de numerosas regresiones hacia la desigualdad y de bastantes dislates y equivocaciones, son tan brillantes y honrosos como los de cualquier otro pueblo contemporáneo.

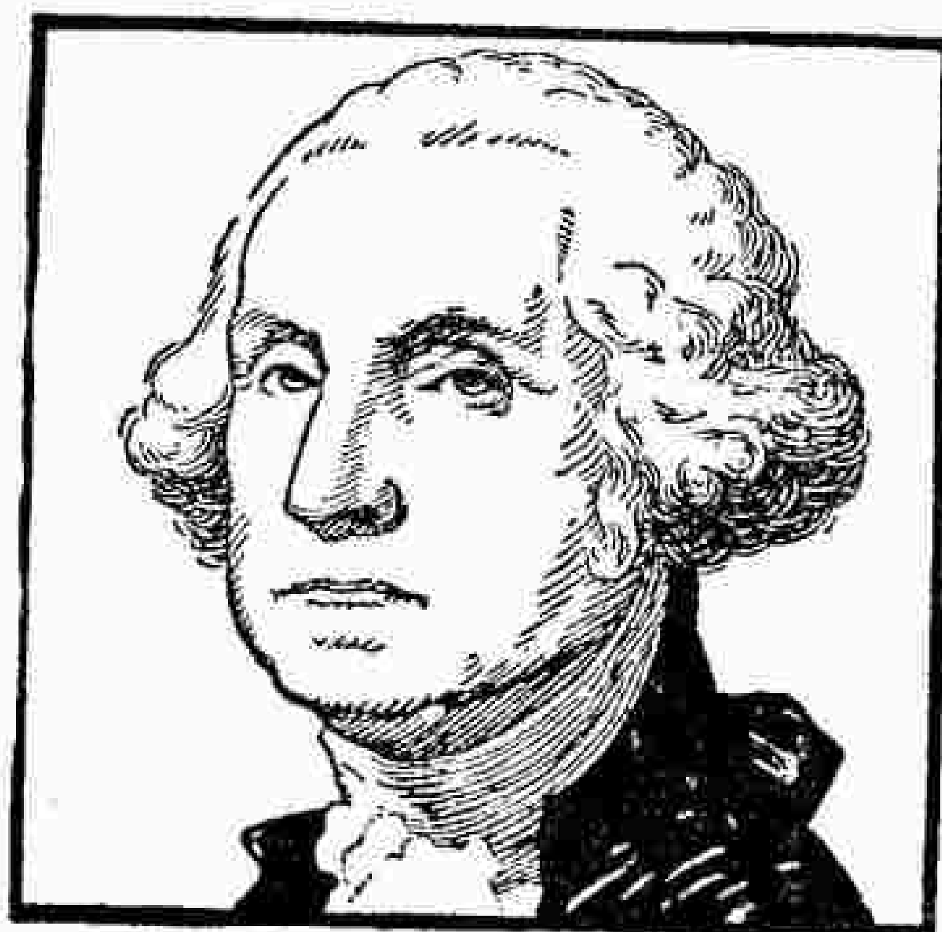
En este breve resumen de la creación de los Estados Unidos apenas si hemos podido más que mencionar algunos nombres de aquel grupo de hombres a quienes la historia de la humanidad debe este nuevo impulso y punto de partida. Hemos nombrado al azar, y a algunos ni siquiera los hemos nombrado, a hombres como Tomás Paine, Benjamín Franklin, Patricio Henry, Tomás Jefferson, los primos Adams, Madison, Alejandro Hamilton y Jorge Wáshington. Es difícil medir a los hombres de una época en relación con los de otra. Algunos escritores, y hasta escritores norteamericanos, impresionados por los artificiales esplendores de las cortes europeas y por las relumbrantes y destructoras hazañas de un Federico el Grande o una Catalina de Rusia, parecen como avergonzarse de estos llanos y grises creadores de América. Comprenden que Benjamín Franklin en la Corte de Luis XVI, con sus cabellos largos y sin empolvar, sus ropas desaliñadas y sus modales palurdos, carecía indudablemente de toda aristocrática distinción. Pero lo que no parecen comprender tanto es que, despojados de todo mundano artificio y reducidos a su simple personalidad humana, apenas si Luis XVI merecería, en punto a capacidad intelectual y nobleza de carácter, ser el ayudante de cámara de Franklin.



Benjamín Franklin

Si la grandeza humana es cuestión de relumbrón y oropeles, no cabe duda entonces de que Alejandro Magno está en el ápice de la grandeza humana. Pero ¿es ésa la verdadera grandeza? ¿No es, acaso, un gran hombre aquel que, en una elevada posición o en medio de circunstancias favorables —y las grandes dotes o capacidades no son, al fin y al cabo, otra cosa que circunstancias favorables—, sirve a Dios y a sus semejantes con humildad de

corazón? Pues si esto es así, ¡de qué desinterés y abnegación no dieron muestra aquellos buenos americanos de la época revolucionaria! Todos ellos eran hombres limitados y falibles: Wáshington, por ejemplo, era un hombre notoriamente indolente; pero en general, todos ellos se cuidaron más de la colectividad que estaban creando que de sus fines y vanidades personales.


Washington

Todos ellos eran hombres limitados. Limitados en conocimiento y en previsión; limitados por las limitaciones de su tiempo. Y sin ningún hombre perfecto entre ellos. Como todos nosotros, eran hombres de móviles complejos y contradictorios; si grandes ideas y buenos impulsos podían animarlos y les animaban con frecuencia, también, cuando la ocasión se presentaba, podían ser envidiosos, tercos, indolentes, codiciosos, egoístas. Si fuéramos a escribir una historia verdadera, total y detallada de la formación de los Estados Unidos, es seguro que tendríamos que hacerlo con el espíritu de indulgencia y de humorismo que requiere una buena comedia. Y en ningún otro respecto encontraríamos tan aparente la rica y tortuosa humanidad de la historia norteamericana como la cuestión de la esclavitud. La esclavitud, en relación a la cuestión general del trabajo, es, por decirlo así, la piedra de toque de este nuevo espíritu en la historia del mundo que es el espíritu norteamericano.

La esclavitud comenzó muy temprano en la historia europea de América, y ninguno de los pueblos europeos que a ella acudieron puede pretender una inocencia absoluta en la materia. En un momento en que los alemanes son todavía la cabeza de turco de Europa, no estará de más recordar que, al menos en esta cuestión, la patente alemana es la más limpia de todas. Puede decirse que los primeros ataques contra la esclavitud de los negros en América provinieron de los colonos alemanes de Pensilvania. Pero también es verdad que el colono alemán trabajaba con jornaleros asalariados, en un país de clima templado, bien al Norte de la zona de las plantaciones; y que, por consiguiente, no estaba en situación de sufrir serias tentaciones en lo que a la cuestión se refería. El esclavismo americano comenzó con el esclavizamiento de los indios para las minas y plantaciones, y es curioso que fuera un hombre en verdad sincerísimo y compasivo, el español Las Casas,

quien lanzara la idea de que debería traerse negros a América a fin de aliviar a sus protegidos los indios del durísimo trabajo a que se les venía sometiendo. La necesidad de brazos en las plantaciones de las Indias Occidentales y del Sur era realmente imperiosa. Cuando las reservas de indios cautivos no resultaban suficientes, los colonos tenían que acudir, no sólo a los negros, sino hasta a los presidios y hospicios de Europa en demanda de brazos. El lector de la novela *Moll Flanders*, de Daniel Defoe, sabe lo que de esta cuestión del esclavismo blanco en Virginia podía pensar un inglés inteligente a comienzos del siglo XVIII. Pero la aparición del negro fué temprana. El mismo año (1620) que vió a los Padres Peregrinos desembarcar en Plymouth de Nueva Inglaterra, veía a un bajel holandés desembarcar su primer cargamento de negros en Jamestown de Virginia. La esclavitud negra era tan vieja como Nueva Inglaterra; durante siglo y medio antes de la Guerra de la Independencia había constituído ya una institución americana. Y aun debía luchar por continuar siéndolo cerca de otro siglo más.

Pero la conciencia de los hombres reflexivos de las colonias nunca estuvo completamente tranquila en este respecto, y una de las acusaciones de Tomás Jefferson contra la Corona y los lores de Gran Bretaña fué precisamente la de que toda tentativa por parte de los colonos para mejorar o restringir el comercio de esclavos, siempre había tropezado con la oposición sistemática de los grandes propietarios de la madre patria, interesados en que continuase aquel vergonzoso estado de cosas ([4]). Con el fermento moral e intelectual de la revolución, la cuestión de la esclavitud negra vino al primer plano de la conciencia pública. El cínico contraste y contradicción se hizo evidente al espíritu de todos. "Todos los hombres son por naturaleza libres e iguales", decía la Declaración de Derechos de Virginia, y afuera, a la luz del sol, bajo el látigo del capataz, penaba el esclavo negro.

Esta cuestión de la esclavitud elevada a problema de conciencia atestigua el gran cambio que habían sufrido las ideas humanas desde que el sistema imperial romano se viniera abajo al impulso de los bárbaros. Las condiciones de la industria, la producción y la propiedad territorial habían, durante largo tiempo, impedido toda recrudescencia de la esclavitud; pero he aquí que las cosas cambian súbitamente y que la resurrección de aquella antigua institución en minas, campos y obras públicas ofrecía enormes e inmediatos beneficios a las clases propietarias y directivas.

([4]) Efectivamente, en 1776 escribía Lord Dartmouth que no debería tolerarse a los colonos que "pusieran obstáculos a un tráfico tan beneficioso para la nación".

La esclavitud, pues, fué resucitada; pero hay que confesar que contra una fuerte oposición. Desde el mismo comienzo hubo protestas, que de día en día fueron creciendo y arreciando. La cosa, realmente, era opuesta a la nueva conciencia de la Humanidad. En algunos respectos, la nueva esclavitud era peor que cuanto conociera el mundo antiguo. La cacería de hombres en el Africa occidental, el natural incremento de guerras que el nuevo comercio de esclavos había de producir entre las tribus negras, y las crueldades del largo viaje trasatlántico, eran cosas realmente horribles. Aquella pobre mercancía humana era bárbaramente hacinada en la bodega de los barcos, como mísera carne de matadero, sin aire, sin luz y apenas con qué alimentarse. Muchos que podían tolerar la esclavitud en las plantaciones encontraban el comercio de esclavos excesivo para su digestión moral. Tres naciones europeas ocupábanse principalmente en este lúgubre tráfico: Inglaterra, España y Portugal, por ser ellas tres las principales propietarias de los nuevos territorios americanos. La relativa inocencia de las otras potencias europeas puede, y hasta debe quizás, ser atribuída en buena parte a sus menores tentaciones e intereses. Como colectividades semejantes que eran, no es arriesgado pensar que en iguales circunstancias se habrían comportado de igual manera.

Durante toda la mitad del siglo XVIII hubo una activa agitación contra la esclavitud negra, tanto en Gran Bretaña como en los Estados Unidos. Calcúlase que en 1770 había quince mil esclavos en Gran Bretaña, la mayoría traídos por sus propietarios de las Indias Occidentales y de Virginia. En 1771, gobernando Lord Mansfield, se produjo un accidente que marcó de modo concluyente la actitud de Inglaterra respecto al particular. Un negro, llamado Jaime Somersett, traído de Virginia a Inglaterra por su propietario, habíase fugado y escondido, sin otro resultado que el de ser poco después capturado y embarcado con dirección a Virginia. Pero en el último momento había sido sacado del barco por un mandamiento de *habeas corpus*. Lord Mansfield declaró que la esclavitud era una situación desconocida a la ley inglesa, una situación "inicua", y Somersett salió del tribunal convertido en un hombre libre.

La Constitución de Massachusetts de 1780 había declarado que "todos los hombres han nacido libres e iguales". Otro negro, llamado Quaco, puso a prueba este texto en 1783, y en aquel año la tierra de Massachusetts tornóse, como la tierra de Gran Bretaña, contra la esclavitud: pisarla equivalía a recobrar la libertad. Por aquella época ningún otro Estado de la Unión se atrevió a seguir el ejemplo. En el censo de 1790, Massachusetts, solo entre todos los demás Estados apareció limpio de esclavos.

El estado de opinión en Virginia es digno de especial consideración, por poner de manifiesto las dificultades particulares de los Estados Unidos del Sur. Los grandes estadistas virginios, como Wáshington y Jefferson, condenaban la institución, pero, no obstante, por no haber otra forma de servicio doméstico, el mismo Wáshington poseía esclavos. Había en Virginia un fuerte partido en favor de la emancipación de los esclavos; pero este mismo partido exigía que los esclavos emancipados abandonasen el Estado antes del año de su manumisión o que, en caso contrario, fuesen declarados fuera de la ley. Como es natural, alarmábales la posibilidad de que una comunidad negra, bárbara y libre, con muchos de sus miembros nacidos en Africa y apegados aún a tradiciones de canibalismo y a secretos y horrendos ritos religiosos, pudiera surgir junto a la comunidad blanca sobre el suelo de Virginia. Y si consideramos este punto de vista, comprenderemos por qué muchos ciudadanos de Virginia eran partidarios de conservar a los negros del país en esclavitud, al propio tiempo que se oponían abiertamente al comercio de esclavos y a la importación de toda nueva sangre de Africa. Realmente, los negros libres muy bien podrían convertirse en un serio mal para el país; y por lo pronto, ya el Estado libre de Massachusetts decidía cerrarles sus fronteras.

Así, la cuestión de la esclavitud, que en el mundo antiguo no era generalmente sino una cuestión de estado civil entre individuos racialmente afines, complicábase en América con la cuestión distinta y más profunda de la relación entre dos razas extremas, las más opuestas de la especie humana y las más contrarias en tradición y en cultura. Si el negro hubiese sido blanco, no hay duda de que la esclavitud de los negros, como la servidumbre de los blancos, habría desaparecido de los Estados Unidos al cabo de una generación de la Declaración de la Independencia, como resultado natural de las manifestaciones de aquella Declaración.

§ 7. *Las ideas revolucionarias en Francia.*

Hemos hablado de la Guerra de la Independencia norteamericana como de la primera gran ruptura con el sistema de monarquías y cancillerías europeas, como de la repudiación por una nueva colectividad del patrón maquiavélico que hasta entonces viniera informando la política del viejo continente. Pues bien: no había transcurrido una década cuando tuvo lugar una segunda y mucho más portentosa revolución contra aquel extraño juego de Grandes Potencias, enredijo de cortes políticas, que obsesionaba a Europa. Pero esta vez la ruptura no acontecía en los ale-

daños del mundo civilizado, sino que se desarrollaba nada menos que en Francia, en el nido y el hogar de la monarquía personal, en el corazón y centro mismo de Europa. Y a diferencia de los colonos americanos, que al fin y al cabo sólo habían repudiado la autoridad de un rey, los franceses, siguiendo las huellas de la revolución británica, decapitaban al suyo.

Al igual de la revolución inglesa y de la de los Estados Unidos, la revolución francesa puede atribuirse a los absurdos y codicias de la monarquía francesa. Los proyectos de engrandecimiento, los propósitos y designios de la monarquía absoluta, requerían un presupuesto de guerra en toda Europa absolutamente desproporcionado con la capacidad tributaria de la época. Sin contar que ya los esplendores de la monarquía eran enormemente costosos, en relación con la productividad nacional. En Francia, lo mismo que en Inglaterra y en los Estados Unidos, el primer movimiento de resistencia no fué contra el monarca como tal monarca, ni contra su política exterior como tal política —ni se tuvo una clara percepción de que uno y otra constituyesen la raíz del conflicto—, sino simplemente contra los prejuicios y cargas que traían a la vida individual. La capacidad tributaria efectiva de Francia debía ser, relativamente, mucho menor que la de Inglaterra, a causa de las diversas exenciones y privilegios de que disfrutaban la nobleza y el clero. La carga, pues, descansando directamente sobre el pueblo, era más pesada. Esto hizo de las clases altas las aliadas del trono, en lugar de ponerlas frente a él, como ocurrió en Inglaterra, y fué causa de que se prolongase el período de despilfarro; pero también cuando vino al fin el momento crítico, la explosión fué mucho más violenta y destructora.

Durante los años de la Guerra de la Independencia norteamericana apenas hubo señales de ninguna explosión inminente en Francia.

Había, sí, mucha miseria entre las clases inferiores, mucha crítica y sátira en la literatura, muchas ideas y fraseologías liberales, pero nada que indicase que las cosas no se iban a prolongar, tal como venían siendo, indefinidamente. El consumo excedía con mucho a la capacidad de producción, pero todavía las clases inarticuladas eran las únicas en sentir el aprieto. Véase, por ejemplo, cómo en el pasaje que hemos citado de Gibbon, el historiador del Bajo Imperio no tenía la menor sospecha de que se estuviese al borde de una crisis de disolución política y social como la que se avecinaba. Y, sin embargo, Gibbon conocía Francia perfectamente, y París le era tan familiar como Londres. Sin duda el mundo abundaba en absurdos e iniquidades, nadie podía negarlo; pero a pesar de todo, tanto desde el punto de vista del

sabio como del particular acomodado, aun resultaba bastante agradable y, al parecer, suficientemente seguro y estable.

A la sazón, puede decirse que los sentimientos e ideas liberales tenían libre curso en Francia, y hasta predominaban en los medios intelectuales. Paralelamente con John Locke en Inglaterra, aunque un poco más tarde, Montesquieu (1689-1755) en Francia, en la primera mitad del siglo XVIII, había sometido las instituciones sociales, políticas y religiosas a la misma investigación y análisis fundamental, especialmente en su *Esprit des Lois*, despojando a la monarquía absoluta de su mágico prestigio. Montesquieu comparte con Locke la gloria de haber acabado con muchas de las falsas ideas que hasta entonces vinieran impidiendo las tentativas deliberadas y conscientes de reconstruir la sociedad humana. No fué culpa suya si en un principio se levantaron precipitadamente las más frágiles e inhabitables cabañas sobre los cimientos por él echados. Pero ya la generación que le siguió, a mediados y en las últimas décadas del siglo XVIII, pudo especular audazmente sobre los terrenos morales e intelectuales que él limpiara de escombros. Un grupo de brillantes escritores, los "Enciclopedistas", en su mayoría espíritus rebeldes salidos de las excelentes escuelas de los jesuítas, emprendieron la tarea, bajo la guía de Diderot, de planear en un grupo de obras un mundo nuevo (1766). La gloria de los Enciclopedistas, dice Mallet, consiste "en su odio a la injusticia, en su denunciación del comercio de esclavos, de las desigualdades del sistema tributario, de la corrupción de los jueces, del despilfarro de las guerras, en sus sueños de progreso social, en su simpatía por el naciente imperio de la industria, que comenzaba ya a transformar el mundo". Su principal error me parece haber sido una hostilidad, irreductible y poco reflexiva, a la religión. Creían al hombre justo y políticamente sensato por naturaleza, sin comprender que, en general, sólo por medio de una educación esencialmente religiosa y de un ambiente de sincera cooperación se consigue que el hombre ponga sus facultades al servicio de la sociedad y se olvide un tanto de sí mismo. Las iniciativas humanas no coordinadas sólo pueden llevar al caos social.

Al lado de los enciclopedistas estaban los *economistas* o *fisiócratas*, ocupados en investigar audazmente la producción y distribución de los alimentos y demás productos. Morelly, el autor del *Código de la Naturaleza*, denunció la institución de la propiedad privada y propuso una organización comunista de la sociedad. Fué el precursor de esa vasta y varia escuela de pensadores colectivistas del siglo XIX que solemos apiñar bajo el nombre común de "socialistas".

Tanto los enciclopedistas como los economistas y fisiócratas exigían un considerable esfuerzo de pensamiento a sus discípulos. Más fácil de comprender, y más popular por tanto, fué Rousseau (1712-78), que a una lógica inflexible unía muy singularmente el más comunicativo entusiasmo sentimental. A él debemos la seductora doctrina de que el estado primitivo del hombre era un estado de virtud y de felicidad, del que le habían hecho decaer las erróneas actividades de sacerdotes, reyes, legisladores y demás liendres. En total, la influencia intelectual de Rousseau fué desmoralizadora. Atacaba, no sólo el edificio social a la sazón existente, sino toda posible organización social. Cuando escribió el *Contrato Social*, más bien parecía excusar las infracciones del pacto que demostrar su necesidad. El hombre está tan lejos de ser perfecto, que un escritor que aparentemente sostenía la tesis de que la casi universal inclinación —contra la cual todos tenemos que fortificarnos— a repudiar nuestras deudas, a dejarnos arrastrar por el libertinaje y a evitar las molestias y los gastos de la propia educación y de la ajena, no es después de todo, un pecado, sino, por el contrario, una linda muestra de Virtud Natural, este escritor estaba destinado a tener más secuaces que ningún otro en todas las clases, altas y bajas, que le leyeran. La inmensa boga de Rousseau contribuyó no poco a popularizar un método sentimental y declamatorio de tratar los problemas políticos y sociales.

Ya hemos hecho observar que hasta ahora ninguna comunidad humana ha empezado a obrar con arreglo a su teoría. Hasta 1788 la fraseología oral y escrita de los pensadores franceses debió parecer tan ineficaz y políticamente insignificante como el socialismo estético de William Morris a fines del siglo XIX. El sistema social y político continuaba incólume e impertérrito, el rey seguía cazando y componiendo sus relojes, la corte seguía divirtiéndose, los financieros intrigando, el rico exprimiendo al pobre, los campesinos trabajando y penando y amasando rencor... Los hombres hablaban... comprendiendo que no hacían sino hablar y que todo eran palabras. Todo se podía decir, por creerse que nada podía acontecer.

§ 8. *La Revolución del 89.*

La primera sacudida a esta aparente placidez se produjo en Francia el año de 1787. Luis XVI (1774-92) era un monarca bastante obtuso e inculto, y tuvo la desgracia de casarse con una mujer bastante tonta y dispendiosa, María Antonieta, hermana del emperador de Austria. La cuestión de la virtud de esta dama parece ser del mayor interés para cierto tipo de historiadores, pero no es cosa que debamos discutir aquí. En cuanto a su de-

cantada belleza, sus facciones eran bastante ordinarias, preciso es reconocerlo, pero no tanto que la hayan impedido aparecer ante la posteridad como una reina hermosa, romántica y altiva. En el momento en que la hacienda pública se hallaba exhausta por la guerra de América (empresa cuyo fin, de la mejor calidad maquiavélica, era el quebrantamiento de Inglaterra), cuando el país entero se veía agitado por el descontento, esta reina tan versallesca empleó toda su influencia para contrarrestar los proyectos de economía de los ministros de Su Majestad, en fomentar toda suerte de dispendios y extravagancias palatinas y en restaurar a la Iglesia y a la nobleza en la privilegiada posición de que gozaran en los gloriosos días de Luis XIV. Con arreglo a este plan, los oficiales que no fueran nobles deberían ser expulsados del ejército, impidiéndoles en lo sucesivo la entrada; el poder de la Iglesia, y su intervención en la vida privada, debería ser acrecentado. María Antonieta encontró en Calonne, un alto funcionario perteneciente a la aristocracia, su ministro de Hacienda ideal. De 1783 a 1787 este hombre maravilloso produjo dinero como por arte de magia; dinero que, también como por arte de magia, no tardaba en desaparecer. Pero, al fin, en 1787 el buen Calonne se vino abajo. Después de haber acumulado empréstito sobre empréstito, no tuvo más remedio que confesar que la gran monarquía que tan magníficamente gobernara Francia desde los días de Luis XIV, estaba ahora en bancarrota. Ya no había manera de conseguir más recursos, y era preciso convocar una reunión de los notables del reino a fin de considerar atentamente el asunto.

A esta reunión de notables, urgentemente convocada, Calonne propuso un proyecto de obtención de subsidios sobre toda la propiedad territorial; proyecto que, como es natural, provocó una gran indignación entre los nobles, que pidieron la convocación de los Estados Generales, organismo algo semejante al Parlamento inglés, que desde 1610 no se había vuelto a reunir. Sin pensar en el órgano de opinión que iban a crear para los descontentos de las clases inferiores, atentos sólo a la proposición indignante de que también los ricos contribuyesen a las cargas del Estado, los notables de Francia insistieron en su exigencia. Y en mayo de 1789 los Estados Generales reuniéronse al fin.

Estos Estados Generales eran una asamblea de representantes de los tres órdenes: los nobles, el clero y el estado llano o "Tercer Estado"; es decir, el pueblo. Para el Tercer Estado, el derecho electoral era muy amplio, al punto que casi todos los contribuyentes de veinticinco años tenían voto. (Los curas párrocos votaban como clero, y la pequeña nobleza como la grande). Los Estados Generales eran un cuerpo sin tradición de procedimiento; punto sobre el que, por una parte, se juzgó oportuno consultar a

los anticuarios de la Academia de Inscripciones. Sus deliberaciones iniciales versaron sobre la cuestión de si debía reunirse como un solo cuerpo, o como tres, cada estado en este caso con un voto equivalente. Como los representantes del clero sumaban 308, los de la nobleza 285, y los diputados del pueblo 621, la primera disposición daba a éstos una mayoría absoluta, en tanto que la segunda no les daba sino un voto contra dos. Por otra parte los Estados Generales no disponían tampoco de local propio en que reunirse. Esto provocó una nueva cuestión, la de si la asamblea tendría lugar en París o en alguna capital de provincia. Al fin, fué elegido Versalles, "a causa de las cacerías reales".

Es indudable que Sus Majestades pensaban tomar toda esta tremolina sobre la hacienda nacional como un verdadero engorro, y que en manera alguna estaban dispuestos a dejarla que alterase el pacífico curso de su rutina palaciega. Así, nos encontramos que las asambleas, aunque celebrándose en palacio, como se había convenido, tenían generalmente lugar en salones de deshecho, en invernaderos, en campos de tennis, etc.

La cuestión de si el voto debía ser por estados o por cabeza, es evidente que revestía una importancia capital. No es extraño, pues, que la discusión durase más de seis semanas. El Tercer Estado, inspirándose en la Cámara de los Comunes inglesa, declaraba por fin que sólo él representaba al país y que ninguna contribución debería imponerse sin su consentimiento. A raíz de cuya declaración el rey mandaba clausurar la sala en que se celebraba la asamblea, intimando a los diputados la conveniencia de que volvieran a sus casas. Pero éstos, en lugar de hacerle caso, se reunían en un juego de pelota, y allí juraban, el famoso juramento del Juego de Pelota, no separarse hasta haber dado una constitución a Francia. El rey tomó la cosa de muy mala manera, e intentó disolver el Tercer Estado por la fuerza. Los soldados se negaron a ello. En vista de lo cual, el rey cedió con una exsiva prontitud, aceptando sin más discusión el principio de que los Tres Estados podían deliberar y votar juntos como una Asamblea Nacional. Entretanto, aparentemente a instigación de la reina, varios regimientos extranjeros a sueldo de Francia, en los que podía confiarse contra el pueblo, eran traídos de provincias, al mando del mariscal de Broglie, y el rey se disponía a retirar sus concesiones y obrar *manu militari*. Acto seguido, París y toda Francia se sublevaban. Broglie vaciló en disparar contra la muchedumbre. El pueblo parisiense creó un Gobierno provisional, y la mayoría de las otras grandes ciudades siguieron su ejemplo, y a su vez estos nuevos organismos municipales crearon una nueva fuerza armada, la Guardia Nacional, cuyo objeto primario y confesado era resistir a las tropas de la Corona.

La revolución de julio de 1789 fué realmente la verdadera revolución francesa. La tenebrosa prisión de la Bastilla, muy débilmente defendida, era tomada al asalto por el pueblo de París, y la insurrección se extendía rápidamente por toda Francia. En las provincias del Este y del Noroeste, los campesinos quemaban una porción de castillos de la nobleza, destruían cuidadosamente sus títulos y expulsaban o asesinaban a sus propietarios. Al mes de estallar la insurrección, el viejo y carcomido sistema nobiliario se había venido a tierra. Muchos de los grandes señores y cortesanos del séquito de la reina huyeron al extranjero. La Asamblea Nacional vióse llamada a crear un nuevo sistema político y social para la nueva Era que empezaba.

§ 9. *La "República coronada" francesa de 1789-91.*

La Asamblea Nacional francesa fué mucho menos afortunada en las circunstancias de su misión que el Congreso norteamericano. Este había tenido para sí medio continente, sin más adversario posible que el Gobierno inglés. Sus organizaciones religiosas y docentes eran varias, colectivamente no muy poderosas, pero en total, favorables. El rey Jorge estaba muy lejos en Inglaterra, y no había gran cosa que temer de la idiotez progresiva que le aquejaba. No obstante, los Estados Unidos tardaron varios años en fraguar una constitución viable. Los franceses, en cambio, se veían rodeados de vecinos hostiles con ideas maquiavélicas, padecían la rémora de un rey y una corte decididos a hacer todo el daño que pudieran, y la Iglesia era una sola organización indisolublemente ligada al antiguo régimen. La reina estaba en estrecha correspondencia con el conde de Artois, el duque de Borbón y los demás príncipes desterrados que trataban de inducir a Austria y Prusia a que hicieran armas contra la nueva nación francesa. Además, Francia estaba en bancarrota, mientras que los Estados Unidos tenían a su disposición recursos ilimitados; y la revolución, alterando las condiciones de la propiedad territorial y el mercado, había producido una desorganización económica sin semejanza posible en el caso de América.

Tales eran las dificultades inevitables de la situación. Pero, por si fueran pocas, la Asamblea Nacional las agravaba con otras de su cosecha, referentes al desorden de sus procedimientos y régimen interno. La Cámara de los Comunes inglesa llevaba más de cinco siglos de experiencia en su obra, y no en vano Mirabeau, uno de los grandes caudillos de la primera revolución, se esforzaba en hacer adoptar a la Asamblea el reglamento inglés. Pero el espíritu de los tiempos prefería las declamaciones dramáticas, las interrupciones sensacionales y otras manifestaciones semejan-

tes de la "Virtud Natural". Por otra parte, el desorden no provenía exclusivamente de los asambleístas. Había también una amplia, demasiado amplia, tribuna pública, y ¿quién iba a impedir a los ciudadanos libres que allí acudían a guisa de espectadores que hicieran oír de cuando en cuando su voz en el debate? ¿Y cómo no iban a tomar en cuenta los representantes del país a una galería tan entusiasta, ávida de emociones y tan dispuesta al aplauso como a la protesta?

En estas condiciones tuvo que ponerse la Asamblea Nacional a su tarea constructiva. El día 4 de agosto conseguía un gran éxito dramático. Presentadas y defendidas por algunos de los nobles más liberales, aprobábase una serie de resoluciones aboliendo la servidumbre, los privilegios, las exenciones tributarias, los diezmos, los tribunales feudales. (En muchos lugares del país, sin embargo, estas resoluciones no entraron en vigor hasta tres o cuatro años después). Inmediatamente, siguieron los títulos y otras renuncias por el estilo. Mucho antes de que Francia fuera república era una ofensa para un noble el firmar su nombre con el título. Luego, durante seis semanas, que se prestaron a un flujo interminable de retórica, la Asamblea se consagró a formular una Declaración de los Derechos del Hombre, sobre el modelo de los *Bills of Rights* que fueron los preliminares ingleses al cambio organizado. Entretanto, la corte conspiraba tramando la reacción, y el pueblo se daba cuenta instintivamente de que la corte conspiraba. Y la historia se complica aquí con las intrigas truhanescas del primo del rey, Felipe de Orleans, que abrigaba la esperanza de aprovechar las discordias del momento para reemplazar a Luis XVI sobre el trono de Francia. Sus jardines en el Palais Royal fueron abiertos al público y se convirtieron en un centro principal de discusiones liberales e ideas avanzadas, mientras sus agentes secretos contribuían en buena parte a intensificar las sospechas y desconfianzas populares contra el rey. Por último, una creciente carestía de productos alimenticios, de que se hizo responsable al gobierno de Su Majestad, vino a exacerbar la situación.

En aquel momento, los leales regimientos de provincias hicieron su aparición en Versalles. La familia real proyectaba alejarse de París, con objeto de deshacer lo hecho y de restablecer la tiranía y el despilfarro. Algunos monárquicos constitucionalistas, como el general Lafayette, se alarmaron. Y precisamente en aquel instante tuvo lugar un estallido de indignación popular contra la carestía de víveres, que, por una transición natural, degeneró en indignación contra la amenaza de reacción legitimista. Creyóse que en Versalles había una gran abundancia de provisiones, y que aquella carestía del mercado de París obedecía a un plan deliberado de reducir al pueblo por hambre. Informes,

acaso exagerados, de un reciente banquete en Versalles, hostil a la nación, habían excitado considerablemente la imaginación popular. Veamos cómo describe Carlyle, en su *Revolución Francesa,* esta desdichada fiesta:

"El patio de la Opera servirá de comedor, y de sala el salón de Hércules. Asistirán no sólo los oficiales de Flandes, sino los de los Suizos, de los Cien Suizos, y aquellos de la Guardia Nacional que conserven en su corazón un resto de la antigua lealtad. ¡Ah, ciertamente que será un banquete como pocos!

"Y, ahora, suponed ya transcurrida la parte sólida de este banquete, y la primera botella descorchada. Imaginad los brindis usuales, el brindis a la salud del rey, el brindis a la salud de la reina, contestados con ¡vivas! ensordecedores; y el brindis "por la nación" *omitido,* y hasta quizás *rechazado.* Imaginad el campagne corriendo a mares, los discursos espirituosos, acompañados por una música marcial; las cabezas de chorlito cada vez más exaltadas y más estrepitosas. Y a Su Majestad la Reina, que parece desusadamente triste esta noche (mientras Su Majestad el Rey yace como abotagado por el cansancio de la cacería), que le dicen que la vista del festín ha de reanimarla sin duda. ¡Atención! ¡Vedla salir de sus habitaciones, como la luna entre las nubes, hermosa y desdichada reina, que no sabe lo que el Destino la tiene en reserva; con el marido y rey al costado y el delfín niño en brazos! ¡Vedla bajar del palco, magnífica y aclamada, y cómo camina regiamente entre las mesas, saludando graciosamente, el aire triste, pero también lleno de gratitud y ardimiento, con la esperanza de Francia descansando sobre su seno maternal! ¡Y la música que rompe a tocar: *O Richard, O mon Roi, l'univers t'abandonne!* ¿Cómo habría podido nadie resistir a la marejada de entusiasmo, de piedad y de fervoroso coraje que invadía los pechos? ¿Cómo habrían podido todas aquellas cabezas mozas y vanas no arrancarse y pisotear la escarapela tricolor, sustituyéndola por la blanca divisa borbónica, tendida por dedos tan finos y hermosos, y cómo no habrían desnudado las espadas y jurado fidelidad eterna, abandonándose cuerpo y alma al ímpetu de exaltación que abrasaba el ambiente y llenaba las huecas molleras...?

"Un banquete común y corriente; sí, inofensivo en tiempos comunes y corrientes, pero fatal en aquellos instantes... ¡Pobre y mal aconsejada María Antonieta; con la vehemencia de la mujer y sin la previsión de la soberana! Sí, todo aquello era tan natural... pero ¡tan imprudente! Y al día siguiente, en un pequeño discurso oficial de ceremonia, Su Majestad se declaraba "encantada de la fiesta del jueves".

Y luego, en uno de esos contrastes a que tan aficionado era el buen Carlyle, véase la viñeta del pueblo:

"En una sórdida buhardilla, al amanecer del lunes despierta la maternidad para oír llorar a los pequeños pidiendo pan. Y la madre tiene que lanzarse a la calle y tomar puesto en la cola que aguarda a la puerta de la panadería, en espera de un pedazo de pan que acaso no llegue hasta ella. Y allí aguarda, impacientemente, con otras desdichadas madres, contándose sus miserias y por momentos desesperando y exasperándose más. Y, sin saber cómo, surge y se propaga y las sacude y se apodera de ellas la idea. ¿Por qué hacer cola a la puerta del panadero, en vez de ir a casa de los ricos, que son la culpa de todo? *Allons!* ¡Vayamos en masa! ¡A la alcaldía; a Versalles!".

Antes de que esta idea se llevase a cabo, hubo no poco vociferar y no pocas idas y venidas. Un tal Maillard, con cierta capacidad organizadora, apareció y asumió en seguida una especie de mando. Es indudable que los jefes revolucionarios, y en particular el general Lafayette, emplearon y organizaron estos disturbios para adueñarse del rey, antes de que pudiera escaparse —como hizo Carlos I con su fuga a Oxford— para desencadenar desde lejos una guerra civil. Oigamos de nuevo a Carlyle sobre esta marcha del pueblo parisién sobre Versalles:

"Maillard había mandado hacer alto a sus ménades desharrapadas al llegar a la cima de la última colina. Versalles, con su castillo y jardines y todo lo que constituía aquel magnífico patrimonio real, extendíase ahora ante los ojos maravillados...

"La explanada de palacio aparece cubierta de grupos de mujeres, vestidas de chorreantes andrajos, pues hace rato que llueve copiosamente; de hombres mal encarados, de largos cabellos lacios, armados con hachas, picas herrumbrosas, viejos mosquetes, estacas ferradas; todos con los rostros descarnados y torvos, verdadera revolución del hambre. La lluvia cae a torrentes; los guardias de corps caracolean con sus caballos, deshaciendo los grupos, que les injurian y apenas disueltos vuelven a reunirse... Innumerables mujeres escuálidas rodean al presidente y a la diputación nombrada para hablar con el rey, insistiendo en acompañarles. ¿Acaso Su Majestad misma no se ha asomado al balcón y ha mandado a preguntar lo que querían? ¿Lo qué querían? ¡Pan, y hablar con el rey!", tal es la respuesta. Doce mujeres son agregadas, entre clamores, a la diputación, y marchan con ella a través de la explanada, por en medio de los grupos disueltos y los guardias caracoleantes, bajo la lluvia torrencial.

"¡Pan, y poca conversación!". Demandas muy naturales.

"Corre el rumor de que se están enganchando las carrozas reales, en marcha para Metz. Y, en efecto, se ven unas carrozas, reales o no, que aguardan en las puertas traseras. Pero las patrullas de Versalles las hacen volver a las cocheras, por orden del vigilante Lecointre...

"Y caen las sombras de la noche, espesadas por la lluvia, y todo queda en tinieblas. Noche más extraña nunca se vió en aquellos lugares, desde aquella noche de San Bartolomé, en que Versalles, como escribe Bassompierre, era sólo un *chétif château.*

"¡Ah, la lira de algún Orfeo, que, con el tañido de sus cuerdas melodiosas, hiciera el orden en estas masas dementes! Pues todo aquí, en una dislocación general, parece anunciar la proximidad de caos. Lo más alto, como en una brusca inversión del mundo, parece entrar en contacto con lo más bajo; ¡la hez de Francia acosando a la realeza de Francia; los *batons ferrés* levantados sobre la corona, y no ciertamente para protegerla! Con las imprecaciones contra la sanguinaria guardia defensora del trono y enemiga del pueblo, óyese entre los aullidos el nombre de una reina.

"La corte aguarda cruzada de brazos, trémula, impotente, viviendo al diapasón de los rumores que llegan de la explanada, alternando la desesperación con la esperanza. Vagas y contradictorias noticias llegan a cada momento de París; tan pronto es la paz como la guerra. Necker y demás ministros celebran consulta, comprendiendo ya que se encuentran en un callejón sin salida. El famoso *OEil-de-Boeuf* es una tempestad de susurros: "huiremos a Metz", no huiremos...". Las carrozas reales intentan de nuevo una salida —¡oh, esta vez sólo como prueba—, mas de nuevo las vigilantes patrullas de Lecointre las obligan a recular".

Pero fuerza nos es enviar al lector al libro de Carlyle, tan vivo y dramático, para que aprenda en detalle cómo aquella misma noche llegó a Versalles la Guardia Nacional capitaneada por el general Lafayette, y el regateo de la Asamblea con el rey, y cómo estalló, al fin, la lucha a la mañana siguiente entre la guardia suiza y los famélicos sitiadores, y cómo estos últimos tomaron por asalto el palacio y estuvieron a pique de entregarse a una matanza general de la real familia. Cosa que casi seguramente habría acontecido, de no llegar oportunamente Lafayette con sus tropas, y sobre todo varias carretadas de pan para ser distribuídas entre la muchedumbre.

Por último, decidióse que el rey trasladaría su residencia momentáneamente a París.

"Muchas marchas procesionales ha visto nuestro mundo: triunfos y ovaciones de Roma, procesiones rituales a son de címbalos, reales cortejos, funerales irlandeses; pero aun quedaba por ver esta procesión de la monarquía francesa marchando hacia su lecho mortuorio...".

Esto acontecía el 6 de octubre de 1789. Durante casi dos años la familia real vivió sin ser molestada en las Tullerías. De haberse la corte mantenido fiel al pueblo, allí habría podido morir el rey, de muerte natural y como tal rey.

De 1789 a 1791, la primera revolución mantuvo sus conquistas; Francia era una monarquía restringida, el rey conservaba, aunque bastante mermado, su fasto en las Tullerías, y la Asamblea Nacional gobernaba en paz el país. El lector que eche una ojeada atrás, a los mapas de Polonia que hemos dado en el anterior capítulo, comprenderá lo que por aquella época ocupaba a Rusia, Prusia y Austria. Mientras Francia hacía sus experiencias de República coronada en Occidente, la última división de la República coronada del Oriente europeo tenía lugar. Francia podía esperar.

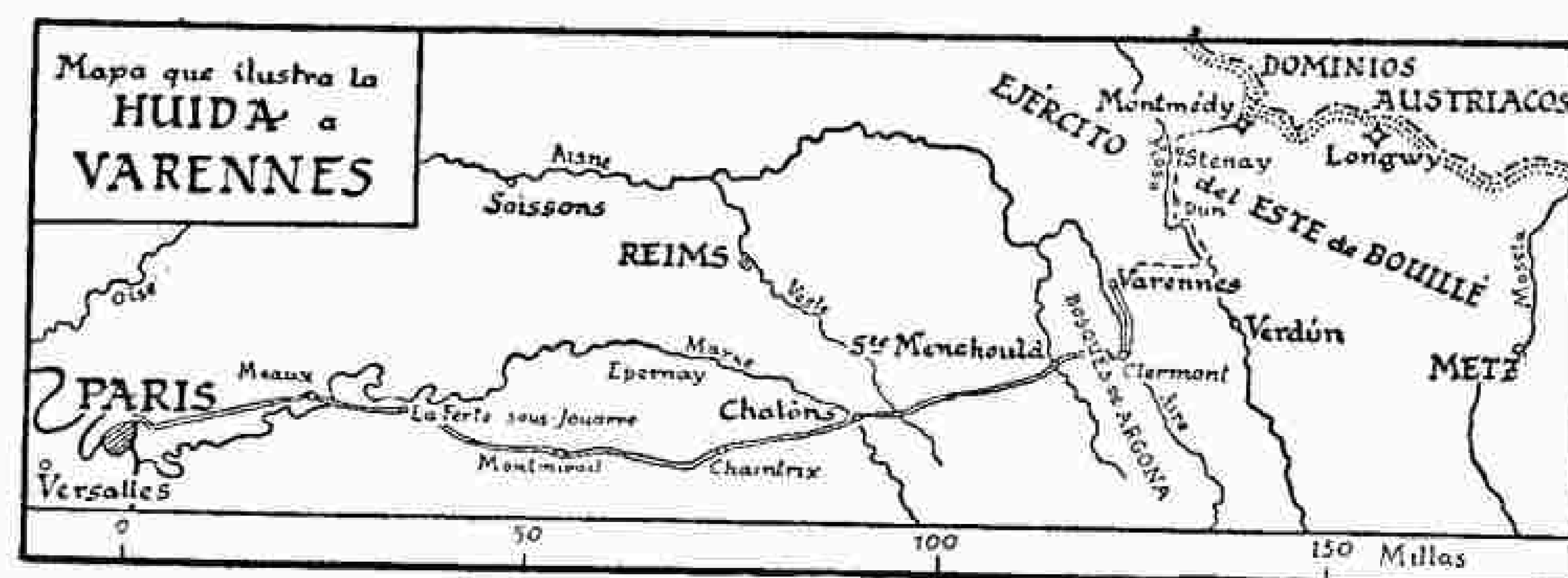
Si tenemos en cuenta su inexperiencia, las condiciones en las cuales se desenvolvía y la complejidad de sus problemas, fuerza nos es conceder que la Asamblea Nacional llevó a cabo una sorprendente obra constructiva. Buena parte de esta obra era discreta y aun dura; otra parte, como es lógico, era experimental y ha tenido que ser deshecha; otra parte, en fin, era francamente desastrosa. El Código Penal sufrió una considerable reforma, aboliéndose la tortura, la prisión arbitraria y la persecución por herejía. Las antiguas provincias de Francia: Normandía, Borgoña, etc., fueron sustituidas por ochenta departamentos. El ascenso, en el ejército, a los más altos grados, fué declarado accesible a los individuos de tropa. Estableciose un excelente cuanto sencillo sistema de Tribunales de justicia, aunque la disposición de que los jueces fuesen designados por elección popular para un corto periodo de ejercicio mermó no poco su eficacia, pues esto hizo de la multitud una especie de Tribunal Supremo, y los jueces, al igual de los diputados de la Asamblea Nacional, se vieron obligados a representar para la galería. Las vastísimas propiedades de la Iglesia fueron confiscadas y administradas por el Estado; lo establecimientos religiosos no dedicados a la enseñanza o a obras de caridad fueron abolidos, y los estipendios del clero declarados a cargo de la Nación. Cosa esta última, que vino a redundar en beneficio del bajo clero francés, que muy a menudo se veía escandalosamente mal pagado en relación con las jerarquías superiores. Pero, además, el nombramiento de párrocos y obispos se hizo electivo, cosa que vino a encontrarse en pugna con la raíz misma de la Iglesia católica, que centralizaba todo en el Papa y en la que toda la autoridad viene de arriba abajo. En realidad, la Asamblea Nacional intentaba hacer, de un golpe, la Iglesia francesa protestante, al menos, ya que no en doctrina, en organización. El resultado fué que, en todo el país, se produjeron

interminables discusiones y conflictos entre los sacerdotes que pudiéramos llamar del Estado, o séase los nombrados por la Asamblea Nacional, y los que pretendían continuar fieles a Roma, no reconociendo otra jurisdicción que la suya.

Una de las cosas más singulares que llevó a cabo la Asamblea Nacional, y que debilitó considerablemente su dirección de los asuntos nacionales, fué el decretar que ninguno de los miembros de la Asamblea podía ser ministro del Poder Ejecutivo. Esto fué hecho, sin duda, a imitación de la Constitución norteamericana, donde también los ministros están separados del Poder legislativo. El sistema inglés ha sido el tener a todos los ministros en el cuerpo legislativo, dispuestos a contestar todas las preguntas y a responder de su interpretación de las leyes y de su dirección de los asuntos nacionales. Pues si el Poder legislativo representa al pueblo soberano, no cabe duda que será necesario para los ministros mantenerse en el más íntimo contacto con dicho soberano. Esta separación del legislativo y el ejecutivo en Francia fué causa de muchos equívocos y suspicacias; el legislativo carecía de dirección, y el ejecutivo carecía de fuerza moral. Esto llevó a tal ineficacia del gobierno central, que no era raro encontrar en muchos distritos, por esta época, comunas y ciudades que venían a ser, de hecho, colectividades autónomas, aceptando o rechazando las órdenes de París según que las juzgaran o no convenientes, rehusando el pago de impuestos y dividiéndose las propiedades de la Iglesia con arreglo a sus apetitos locales.

§ 10. *La Revolución de los jacobinos.*

Es muy posible que con el leal sostén de la Corona y cierto patriotismo por parte de la nobleza, la Asamblea Nacional, no obstante su estrepitosa galería, su rousseaunismo y su inexperiencia, hubiera podido acabar por implantar en Francia una forma estable de Gobierno parlamentario. En Mirabeau tenía un estadista con una idea clara de las necesidades del momento, que conocía la fuerza y las flaquezas del sistema inglés y que, aparentemente, se proponía establecer en Francia una organización política paralela sobre más amplios y sinceros derechos civiles. Verdad es, que, en sus últimos tiempos, se había dejado arrastrar a una especie de romántico *flirt* con la reina, manteniendo con ella secretos conciliábulos y prometiéndola, sin duda, salvar el trono y la dinastía; pero aunque sea aventurado indicar hasta qué punto hubiera ello podido influir en sus designios, llegado el momento, puede asegurarse que sus planes políticos estaban trazados en una mayor escala que las escaleras privadas de las Tullerías. Con su muerte, acaecida en 1791, Francia perdió ciertamen-



te uno de sus estadistas más constructivos, y la Asamblea Nacional su última probabilidad de cooperación con el rey. Donde hay corte hay generalmente conspiración, y los proyectos y las intrigas realistas fueron la última brizna de paja en la balanza contra la Asamblea Nacional. A los realistas se les importaba un bledo lo mismo Mirabeau que Francia; lo único que les preocupaba era volver a entrar en posesión de su perdido paraíso de privilegios, soberanía y despilfarro, y así es como llegaron a imaginar que les bastaría el hacer imposible a la Asamblea Nacional la gobernación del Estado para que el antiguo régimen volviese a recobrar la pasada lozanía. Los muy incautos no sospecharon siquiera la otra alternativa, el abismo de los republicanos extremistas, que no tardaría en abrirse a sus pies.

Una noche de junio de 1791, entre las once y las doce, el rey y la reina con sus dos hijos se deslizaban secretamente fuera de las Tullerías, convenientemente disfrazados, atravesaban París y tomaban al fin la silla de postas que les estaba aguardando en el camino de Chalons. Huían, simplemente, hacia el ejército del Este, en cuya lealtad confiaban; es decir, cuyos generales y oficiales, por lo menos, parecían dispuestos a hacer traición a Francia en favor del rey y de la corte. Esta era, al fin, después de tantos malos ratos, una aventura a gusto de la reina, y es comprensible la agradable excitación de los viajeros al ver ensancharse la distancia entre ellos y París. Unas cuantas leguas más allá, al otro lado de las montañas, aguardábanles de nuevo los besamanos, las reverencias hasta tierra, la realeza reconquistada, en suma. Luego, la vuelta a Versalles; una ligera escabechina de la plebe de París, con intervención de la artillería, si era necesario; unas cuantas ejecuciones —¡oh, de gente sin importancia!—; el *terror blanco* durante unos meses; y, por fin, como resultado de todo esto, la vuelta a la normalidad, a la vida pacífica y regalada de antaño. Hasta es posible que pudiera volver también el buen Calonne, con nuevas ocurrencias financieras. Precisamente en

aquel momento andaba ocupado buscando el apoyo de los monarcas germánicos. Habría, eso sí, que reconstruir una porción de castillos, pero para eso estaban allí quienes los quemaron, y de poco podrían quejarse si el trabajo de reconstrucción les tocaba en suerte...

Todas aquellas brillantes esperanzas se vinieron trágicamente abajo aquella noche en Varennes. El rey había sido reconocido en Sainte Menehould por el encargado de la casa de postas, y al caer de la noche ya resonaban los caminos con el galope de los mensaperos despachados para levantar el país y cortar el paso de los fugitivos. En la aldea superior de Varennes, lo que pudiéramos llamar Varennes Alto, aguardaban caballos frescos de relevo, pero los postillones, que esperaban el relevo en la aldea inferior, o Varennes Bajo, se negaban a seguir adelante, y con ellos tuvo que estar discutiendo media hora el pobre monarca, disfrazado de lacayo. Cuando, al fin, los había convencido de que siguieran adelante, ya era demasiado tarde. Los infortunados viajeros se encontraron al maestro de postas de Sainte Menehould, que les había pasado mientras disputaban los postillones, y a un cierto número de buenos republicanos de Varennes que aquél había logrado reunir, esperándoles a la entrada del puente que separaba las dos mitades de Varennes. Mosquete en mano, les fué exigido el pasaporte a los viajeros.

El rey se rindió sin lucha, y los viajeros fueron internados en casa de un funcionario de la villa. "¡Bueno, aquí me tenéis!", dijo el rey. También parece que hizo observar que tenía hambre. Durante la cena, elogió el vino: "¡un vino excelente!". Lo que dijo la reina no ha pasado a la Historia. Cerca, había algunas tropas realistas, pero no intentaron el rescate. La campana tocó la hora de queda, y la villa se iluminó toda, contra lo que era costumbre, para precaverse de una sorpresa.

Una carretada de abatida realeza valvió a París, donde una inmensa muchedumbre la recibió *en silencio*. Habíase dado la consigna de cualquiera que insultase al rey sería azotado, y condenado a muerte el que se atreviera a vitorearle o aplaudirle.

Hasta después de esta desatinada tentativa puede decirse que la idea de una República no se presentó al espíritu francés. Antes de esta fuga de Varennes había, indudablemente, cierto sentimiento republicano, pero en estado abstracto, y apenas si incidentalmente se había expresado la inclinación a abolir la monarquía. Aun en julio, un mes después de la fuga, una gran reunión popular celebrada en el Campo de Marte para pedir el destronamiento del rey, fué mandada dispersar por las autoridades, y hubo una porción de muertos en la refriega. Pero esta demostración de energía no pudo impedir que la lección de la fuga hi-

ciera profunda mella en los espíritus. Al igual que en Inglaterra en los días de Carlos I, así ahora comprendían los franceses que no era posible confiar en el rey y que éste constituía un peligro. El partido de los jacobinos creció rápidamente en influencia. Sus jefes, Robespierre, Danton, Marat, que hasta entonces pasaran por extremistas imposibles, comenzaron a dominar el campo político.

Estos jacobinos eran los equivalentes de los radicales norteamericanos, hombres de ideas avanzadas y sin trabas. Su fuerza consistía en su rectitud y en su libertad de todo compromiso. Todos ellos eran pobres, sin nada que perder. El partido moderado, de transigencia con lo que quedaba del régimen, era dirigido por hombres de posición consolidada, como el general Lafayette, que había representado a Francia en los Estados Unidos, y Mirabeau, un aristócrata pronto a tomar por modelo a los distinguidos y poderosos aristócratas de Gran Bretaña. En cambio, Robespierre era un pobre leguleyo de Arras, cuya propiedad más preciada era su fe en Rousseau; Danton, apenas en mejor situación, era un abogado de París, inflamado de ímpetu retórico; Marat, de más edad que los anteriores, era un médico suizo de grandes dotes científicas, pero también sin la menor carga de bienes propios. Y conviene insistir sobre la importancia científica de Marat, ya que parece estar a la orden del día entre ciertos escritores, particularmente ingleses, la idea equivocada de que todos los caudillos de los grandes movimientos revolucionarios suelen ser hombres incultos e ignaros. Esto da una visión falsa de los procesos mentales de revolución, y al historiador corresponde poner las cosas en su punto. Así, Marat era un hombre de extensa cultura, que conocía el inglés, el español, el alemán y el italiano; que había vivido unos años en Inglaterra, donde alcanzara el título de doctor en Medicina honorario por la Universidad de San Andrés y que publicara algunos trabajos médicos de valía en inglés. Y en cuanto a sus obras sobre Física, baste decir que interesaron grandemente a Benjamin Franklin y a Gœthe. Tal es el hombre a quien Carlyle ha llamado "perro rabioso", "hombre sórdido y atroz" y "sanguijuela" —esto último acaso como tributo a su ciencia profesional.

La revolución llamó a Marat a la política, y sus primeras aportaciones a la gran discusión fueron verdaderamente acertadas. Combatiendo la ilusión, corriente en Francia, de que Inglaterra era el país de la libertad, su *Cuadro de los vicios de la Constitución de Inglaterra* mostró bien a las claras la realidad inglesa. Sus últimos años fueron hondamente afectados, hasta el punto de llevarle a veces al borde de la locura, por una penosísima enfermedad cutánea, una especie de herpes, que parece adquirió en las alcantarillas de París, donde tuvo que esconderse para escapar a

las consecuencias de sus furibundos ataques al rey, reo de traición y de lesa patria, después de su malhadada escapatoria a Varennes. Para calmar el intolerable prurito que su dolencia le ocasionaba y poder redactar su hoja periódica, *El Amigo del Pueblo*, tenía que pasarse el día metido en su bañera de cobre, donde despachaba sus asuntos y recibía a sus visitantes. La vida había sido muy dura con él, y no es de extrañar que le endureciera; no obstante, su carácter se yergue en la Historia con una aureola de impoluta honradez. La pobreza de su vida parece haber provocado, en particular, la befa de Carlyle.

"¡Cuánto camino andado en el día! Pero aquí le tenemos, de vuelta ya en casa al caer de la noche, a remojo en el zueco de cobre de su bañera, macerando sus mataduras, abrasado por la fiebre de la revolución... Muy doliente y muy usado, el infeliz; por toda fortuna once peniques y medio en asignados, una bañera en forma de pantufla, un taburete de tres patas para escribir y una sórdida lavandera para el cuidado de la casa... Tal es su establecimiento cívico en la calle de la Escuela de Medicina; a este sitio, y no a otro, es adonde le traía su camino... ¡Psss! ¡Llaman a la puerta! Una voz musical de mujer, que se niega a marcharse sin ser recibida: es la ciudadana que quería prestar un servicio a Francia. Marat, reconociéndola desde su cuarto, grita: "¡Qué pase!" Y Carlota Corday entra en el cuarto".

La joven heroína —pues los jefes republicanos son buena caza, y sus asesinas son forzosamente "heroínas" y sus voces "musicales"— le ofreció darle algunos informes necesarios sobre la contrarrevolución de Caen, y en el momento en que Marat tomaba nota de sus palabras, le clavó un cuchillo en el corazón (1792).

Tal era la situación de la mayoría de los jefes del partido jacobino, hombres sin bienes y sin trabas. Estaban, pues, más libres y desembarazados para la acción que los de ningún otro partido; y decididos a llevar las ideas de libertad y de igualdad hasta su lógico extremo. Su patriotismo y su honradez eran patentes y notorios. Y su celo humanitario era tal, que llegaba a tener algo de inhumano. Veían con irritación no disimulada la propensión de los moderados a no violentar demasiado las cosas y a mantener al pueblo en el respeto de la realeza y en su paciencia secular. Las fórmulas rousseunianas cegábanles a la verdad histórica de que el hombre es por naturaleza opresor y oprimido, y que sólo lentamente, por medio de la ley, la educación y el espíritu de amor, se lograría dar a los hombres la libertad y la dicha apetecidas.

Y mientras en los Estados Unidos las fórmulas de la democracia de XVIII eran, en general, estimulantes y beneficiosas, por tratarse de un país de positiva y franca igualdad, por lo menos en

lo que hacía a los blancos, en Francia aquellas fórmulas constituían una mescolanza temeraria y peligrosa para la población urbana, pues gran parte de las ciudades francesas eran barrios bajos, repletos de gentes menesterosas, desmoralizadas, degradadas y amargadas. La plebe parisiense, particularmente, se hallaba en un estado de desesperación sumamente peligroso, ya que casi todas las industrias de París eran industrias de lujo, cuyos empleados vivían realmente de las flaquezas y vicios de los ricos. Y he aquí que de pronto, los ricos habían huído, los turistas ya no acudían al reclamo de una vida de placer que había dejado súbitamente de existir, el mundo de los negocios y de la industria se hallaba dislocado, y la consecuencia era que la gran metrópoli desbordaba de una población desocupada, hambrienta y furiosa.

Pero los realistas, en lugar de comprender la significación de aquellos jacobinos, de su peligrosa integridad y de la peligrosa influencia que estaban llamados a ejercer sobre la imaginación popular, cometieron la imprudencia de creer que podrían servirse de ellos como instrumentos. El momento de reemplazar la Asamblea Nacional por la "Asamblea Legislativa", que disponía la recién creada Constitución, se aproximaba: y cuando los jacobinos, con la idea de inutilizar a los moderados, propusieron que los miembros de la Asamblea Nacional no pudieran ser elegibles para la Asamblea Legislativa, los realistas apoyaron la moción con gran entusiasmo y la hicieron triunfar. Comprendían que la Asamblea Legislativa, así despojada de toda experiencia, resultaría forzosamente un organismo de la mayor ineficacia política. Esperaban, de este modo, convirtiendo en bien el exceso de males que Francia, desconcertada, desarticulada, acabaría por ir a la deriva y volver así a manos de sus dueños legítimos. Así pensaban los realistas, y en consonancia con esta idea hasta llegaron a apoyar la elección de un jacobino para alcalde de París. Realmente, era algo así como si para convencer a nuestra esposa de lo mucho que nos necesita, llevásemos a casa un tigre hambriento. Allí estaba otro organismo, con el cual aquellos infelices realistas no contaron, mucho mejor equipado que la corte para intervenir y ocupar el puesto de una Asamblea Legislativa incompetente, a saber: la fuerte Comuna jacobina de París, instalada en el Ayuntamiento.

Hasta entonces Francia había estado en paz. Ninguno de sus vecinos la había atacado, en vista de que sus disensiones interiores parecían encargarse de irla debilitando progresivamente. Entretanto, Polonia era la que estaba pagando el pato. Pero, realmente, no parecía haber razón para que no insultasen y amenazaran a aquélla, mientras preparaban su posible reparto. En 1791, el rey de Prusia y el emperador de Austria se encontraban en Pillnitz y proclamaban que la restauración del orden y de la monarquía en

Francia era cuestión que interesaba a todos los soberanos. Y se autorizaba a reunirse cerca de la frontera a un ejército de emigrados, compuesto de nobles y oficiales del antiguo régimen, que debían iniciar aquella nueva reconquista.

Fué Francia la que declaró la guerra a Austria. Los motivos de los partidarios de esta decisión eran contradictorios. Muchos republicanos la deseaban por deseo de que el pueblo hermano de Bélgica se librase del yugo austríaco. Muchos realistas también la querían, porque pensaban que acaso la guerra suministraría una posibilidad de restablecer el prestigio de la corona. Marat se opuso acerbamente en su periódico *El Amigo del Pueblo*, no queriendo ver convertido el entusiasmo republicano en fiebre guerrera. Su instinto le advertía de los peligros de un Napoleón. El 20 de abril de 1792, el rey venía a la Asamblea y declaraba la guerra en medio de grandes aplausos.

La guerra comenzó desastrosamente. De tres ejércitos franceses que entraron en Bélgica, dos fueron seriamente derrotados, y el tercero, mandado por Lafayette, tuvo que emprender la retirada. Inmediatamente, Prusia declaró la guerra a Francia, en apoyo de Austria, y las fuerzas aliadas, al mando del duque de Brunswik, se dispusieron a invadir Francia. El duque se creyó obligado a lanzar una de las proclamas más insensatas de la Historia, diciendo que invadía Francia para restablecer la monarquía, y amenazando con un castigo ejemplar a la Asamblea y a París en el caso de que se permitieran un nuevo desacato a su majestad. Como es natural, esto bastó para convertir en republicano al francés más realista —por lo menos mientras duró la guerra.

La nueva fase de la revolución, la revolución jacobina, fué la consecuencia directa de esta proclama. Ella hizo imposible la Asamblea Legislativa, donde predominaban los realistas y los republicanos de orden (girondinos), e igualmente imposible el gobierno que disolviera aquella reunión republicana del Campo de Marte y obligara a Marat a refugiarse en las cloacas. Los sediciosos se reunieron en el Ayuntamiento, y el 10 de agosto la Comuna organizó un asalto del palacio de las Tullerías.

El rey se condujo con una notable torpeza, y con esa indiferencia por la suerte ajena que es una prerrogativa de los reyes. Teniendo consigo una guardia suiza de cerca de mil hombres y otros tantos guardias nacionales, de lealtad dudosa, mantúvose a pie firme hasta que empezó el fuego, momento en el que corrió a la Asamblea adyacente a colocarse él y su familia bajo su protección, en tanto que sus suizos continuaban una lucha tan imposible como estéril. Sin duda esperaba así poner frente a frente a la Asamblea y la Comuna, pero la Asamblea estaba muy lejos de tener el espíritu belicoso del Ayuntamiento. Los reales refugiados fueron alber-

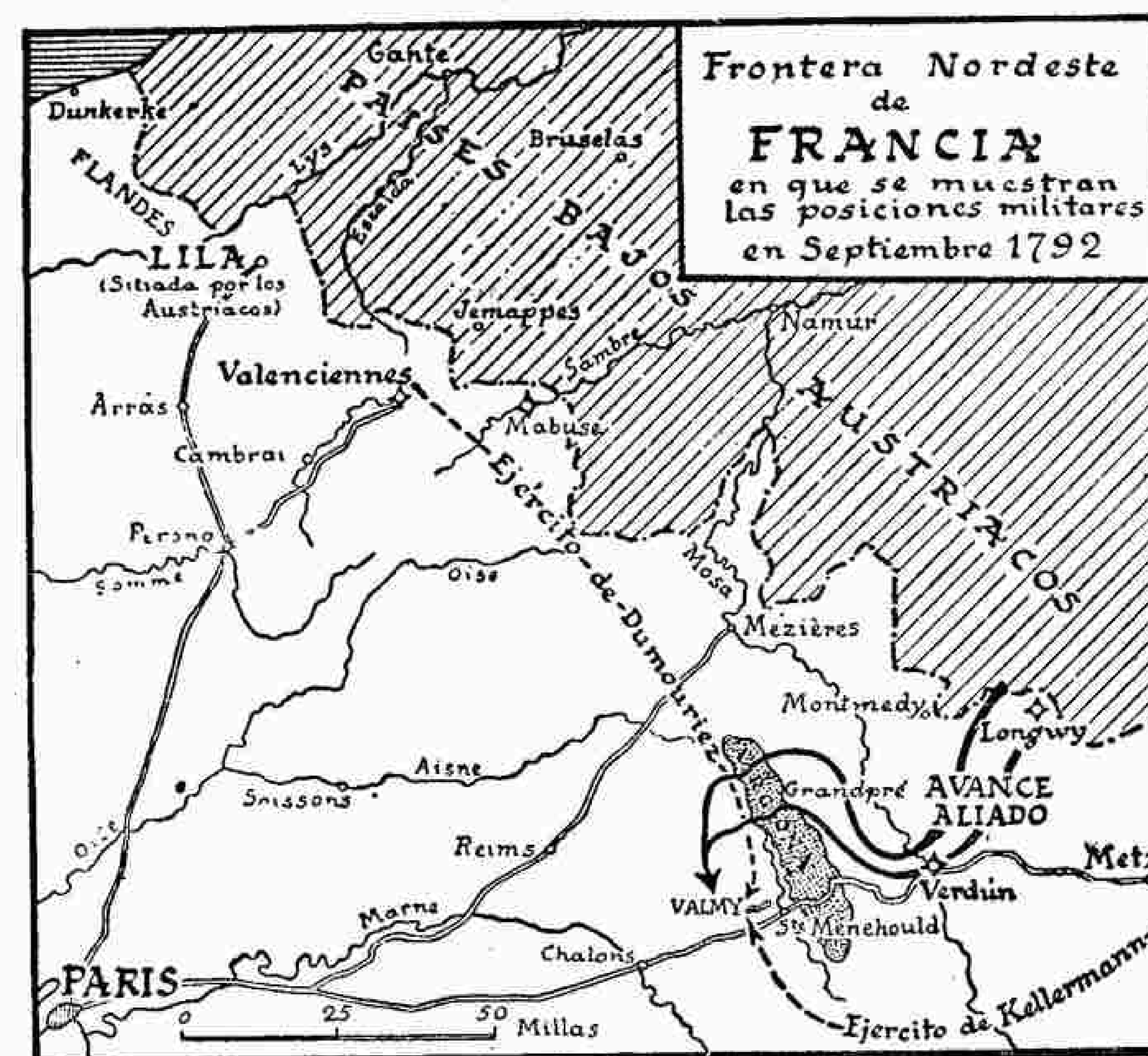
gados en una tribuna reservada a los periodistas, y allí permanecieron diez y seis horas, mientras la Asamblea deliberaba sobre su destino. De afuera llegaban los ecos de una lucha encarnizada. Los infortunados suizos, acorralados por fuerzas mucho mayores, peleaban desesperadamente y vendían caras sus vidas.

La Asamblea no tuvo ánimo para ratificar la acción del Gobierno en el Campo de Marte. El ímpetu de la Comuna era más fuerte que ella y la dominó. El rey no encontró el menor consuelo en la Asamblea, que le reprendió y discutió la conveniencia de su "suspensión". Los suizos lucharon heroicamente hasta que recibieron un mensaje del rey de que se rindiesen, pero de poco les sirvió. La multitud, ebria de sangre y exasperada por aquella carnicería inútil, exterminó a la mayoría de los supervivientes.

La larga y tediosa tentativa para "merovingianizar" a Luis, para convertir en un honrado republicano con corona a un monarca absoluto, mentecato e inadaptable, tocaba ya a su trágico desenlace. La Comuna de París dominaba, de hecho, toda Francia. La Asamblea Legislativa —que, aparentemente, había sufrido un cambio de sentimientos— decretó que el rey quedaba "suspenso" en sus funciones, confinado en el Temple y sustituído por una comisión ejecutiva, y que se convocaba a una Convención ejecutiva, y que se convocaba a una Convención Nacional con objeto de proceder a la redacción de una nueva Constitución.

La tensión patriótica y republicana de Francia tocaba a su ápice. La mayoría de sus ejércitos se replegaban hacia París. Longwy había caído en poder de los enemigos, la gran fortaleza de Verdun no tardó en seguirle, y nada parecía capaz de detener la marcha de los aliados sobre la capital. La convicción de la deslealtad y la traición realista llevó, inmediatamente, a una explosión de furor contra los monárquicos. A toda costa había que asegurarse de ellos e impedir sus manejos. La Comuna emprendió la caza de los realistas, y pronto las cárceles de París desbordaban de ellos. Marat vió el peligro de una matanza en masa, y antes de que fuera demasiado tarde trató de crear unos tribunales extraordinarios que discerniesen los inocentes de los culpables en esta colección miscelánea de intrigantes, sospechosos e inofensivos. Pero no se le hizo caso, y en los primeros días de septiembre tuvo lugar la inevitable carnicería.

Súbitamente fueron apareciendo diferentes bandas de sediciosos que, una tras otra, se posesionaron de todas las prisiones. Constituyóse una especie de tribunal rudimentario, a cuya puerta aguardaba una muchedumbre frenética armada con picos, sables y hachas. Uno por uno, lo mismo hombres que mujeres, los prisioneros fueron sacados de sus celdas, juzgados sumariamente, perdonados al grito de "¡Viva la Nación!", o arrojados a la jauría que espe-



raba afuera. Los cuerpos de los condenados solían ser descuartizados, y sus cabezas, en la punta de una pica, paseadas como trofeos por las calles. Entre otras víctimas notorias, pereció en esta matanza la infortunada princesa de Lamballe, amiga predilecta de la reina, ante cuyas ventanas del Temple pasearon el sangriento despojo.

Mientras esta roja tragedia se desarrollaba en París, el general francés Dumouriez, que al frente del ejército de Flandes había acudido a los bosques del Argonne, impedía el avance de los aliados más allá de Verdun. El 20 de septiembre tuvo lugar una batalla, principalmente de artillería, en Valmy. Cortóse el paso a un avance no muy decidido de los prusianos ([5]), y la infantería francesa, resistió a pie firme sostenida por su artillería, que era mejor que la artillería aliada. Durante diez días después de este ataque rechazado, estuvo vacilando el duque de Brunswick, que al fin decidió batirse en retirada hacia el Rhin. Esta batalla de Valmy

([5]) Las uvas verdes de los viñedos de la Champagne habían sembrado la disentería entre las filas prusianas. — P. G.

—poco más que un cañoneo— fué una de las batallas decisivas en la historia del mundo. La revolución estaba salvada.

La Convención Nacional reunióse el 21 de septiembre de 1792, y acto seguido proclamó la República. El proceso y ejecución del rey se sucedieron como una lógica necesidad de los acontecimientos. Luis XVI murió más bien como un símbolo que como un hombre. Por otra parte, ¿qué hubiera podido hacerse con él? El infeliz era ya un estorbo, inútil y peligroso, sobre la tierra. Francia no podía dejarle que se fuera al extranjero, a alentar las pretensiones y esperanzas monárquicas de los emigrados, ni tampoco podía conservarlo indefinidamente inofensivo en casa; su existencia era una amenaza para la existencia de la república y del nuevo orden de cosas. Marat había encarecido incansablemente la necesidad de su procesamiento; pero con aquella sagaz previsión que le caracterizaba, no permitió que se acusara al rey de ningún delito cometido ante de que firmara la constitución, a fin de que apareciese como un monarca perfectamente legítimo e incapaz de ninguna ilegalidad a la firma de ésta. Realmente, en toda su actuación revolucionaria, dura y hasta cruel, pero casi siempre justa, se nos aparece Marat como un gran hombre: una hermosa inteligencia en una epidermis de fuego; pero, atormentado como vivió por aquel odio orgánico en la sangre, justo es reconocer que ello no fué un producto del espíritu, sino del cuerpo.

Luis XVI fué guillotinado en enero de 1793, pues desde el mes de agosto anterior, la guillotina había sido declarada oficialmente el instrumento de ejecución en Francia.

Danton, en su papel leonino, estuvo muy elocuente en esta ocasión. "¿Los reyes de Europa nos desafían? —rugió—. ¡Pues nosotros les arrojamos la cabeza de un rey!".

§ 11. *La República jacobina, 1792-94.*

Una oleada de entusiasmo patriótico y republicano se apoderó de toda Francia. ¡Acabadas las componendas y medios términos, tanto dentro como fuera del país! Dentro, los realistas, así como toda forma de deslealtad y antipatriotismo, serían barridos de una vez; fuera, en el extranjero, Francia sería una protección y un auxilio para todos los revolucionarios. ¡Europa, el mundo entero, iba a tornarse republicano! La juventud francesa alistóse en masa en el ejército republicano; un nuevo y maravilloso canto, que aún hace hervir la sangre en el pecho, la *Marsellesa* inmortal, resonó de un extremo a otro de Francia. Ante aquel canto y aquellas arrolladoras columnas de bayonetas, sostenidas por una buena artillería, los ejércitos extranjeros emprendieron la retirada; antes de concluir el año de 1792, las armas de Francia rebasaban las conquistas más extremas de Luis XVI, acampando en toda la línea sobre suelo extranjero. La bandera tricolor ondeaba sobre Bruselas, más allá de Saboya, en Maguncia, en el Scheldt holandés. Pero, en ese momento, cuando todo le sonreía, el gobierno francés cometió una imprudencia. Irritado por la expulsión de su representante en Inglaterra, a raíz de la ejecución de Luis XVI, declaró la guerra a Inglaterra. Fué una imprudencia, porque la revolución, que había dotado a Francia de una nueva y magnífica infantería y de una brillante artillería, libres de sus oficiales aristócratas y de tradiciones rutinarias, había, en cambio, destruído la disciplina de su marina de guerra, y los ingleses eran dueños incontestables del mar. Esta provocación, además, unió toda la opinión inglesa contra Francia, en favor de cuyo movimiento revolucionario se manifestaran en un comienzo muchos elementos liberales.

De la lucha que, en los años siguientes, tuvo que sostener Francia contra una Europa coligada, no nos es posible ocuparnos detalladamente. Los austriacos fueron expulsados definitivamente de Bélgica, y Holanda convertida en república. La flota holandesa, inmovilizada por los hielos en el Texel, tuvo que rendirse a un pelotón de caballería francesa, sin disparar siquiera sus cañones Durante algún tiempo, el avance de Francia sobre Italia fué contenido, y hasta 1796 no consiguió un nuevo general, Napoleón Bonaparte, conducir en triunfo sus tropas desharrapadas y hambrientas a través del Piamonte, hasta Mantua y Verona. Un ESQUEMA DE LA HISTORIA no puede detallar campañas ni batallas; pero fuerza nos es tomar nota de la nueva especie de mecanismo militar que había aparecido. Los viejos ejércitos profesionales habían luchado por luchar, tan indolentes a la tarea como cualquier otro obrero asalariado; estos nuevos y maravillosos ejércitos de la Francia republicana luchaban, hambrientos y sedientos y aspeados, por la victoria. Sus enemigos les llamaban "los nuevos franceses". Dice C. F. Atkinson: "Lo que más asombraba a los aliados era el número y la rapidez de movimientos de los republicanos". Estos ejércitos improvisados no tenían, realmente, nada que les entorpeciese la marcha. Las tiendas de campaña resultaban inasequibles por falta de dinero para comprarlas, intransportables por falta del enorme número de carros que habrían requerido, y, por otra parte, innecesarias, pues las penalidades, que habrían hecho desertar en masa a los ejércitos profesionales, eran soportadas alegremente por los hombres del 93.

El aprovisionamiento de un ejército de semejante magnitud, inaudita para la época, era imposible de realizar por medio de convoyes, así que pronto los soldados franceses tuvieron que acostumbrarse a vivir por su cuenta, según los recursos de su ingenio. El año de 1793 puede decirse que nació el moderno sistema de

guerra: rapidez de movimientos, pleno aprovechamiento de las fuerzas nacionales, vivacs, requisiciones y energía, en sustitución de maniobras cautelosas, pequeños ejércitos profesionales, tiendas y racionamientos, etc., etc. El nuevo sistema representaba, indudablemente, el genuino espíritu guerrero, amigo del juego expedito y de las soluciones rotundas, y forzosamente había de triunfar del viejo método (6).

Mientras estas huestes entusiastas y andrajosas cantaban a todo pulmón la Marsellesa y peleaban en cuerpo y alma por *la France*, acaso sin acabar de discernir si estaban libertando o saqueando las comarcas sobre las que fueran precipitadas, el entusiasmo republicano en París se dilapidaba de manera bastante menos gloriosa. Marat, el único hombre de inteligencia directriz entre los jacobinos, acababa de ser asesinado; Danton era una serie de patrióticos tronidos; el estrecho fanatismo de Robespierre dominaba la situación. Este hombre es difícil de juzgar; pero el caso es que, pese a su pobreza física, timidez natural, sectarismo y pedantería, tenía ese raro don, tan necesario para dominar, que es la fe. Creía, no en un dios familiar a los hombres, pero sí en un cierto Ser supremo, cuyo profeta había venido a ser Rousseau. Seguro de que él era el único hombre capaz de ello, consagróse a salvar a la República, tal como él la concebía. A su entender, el espíritu vivo de la República había brotado de la matanza de realistas y de la ejecución del rey. Es verdad que había varias insurrecciones: una al Oeste, en el distrito de la Vendée, donde el pueblo se había sublevado contra el servicio obligatorio y contra la interdicción del clero ortodoxo, insurrección capitaneada por los nobles y los curas; otra al sur, donde Lyon y Marsella se habían levantado, y los realistas de Toulon dado entrada a una guarnición española e inglesa. Pero la solución de estos problemas debió parecer muy sencilla a Robespierre: bastaba con seguir matando realistas.

Nada podía haber sido más del gusto de la baja plebe parisién, ya acostumbrada al sabor de la sangre. El Tribunal Revolucionario puso manos a la obra, y comenzó la matanza sistemática de realistas (7), con ayuda de la buena invención del doctor Guillotín. La reina fué guillotinada; la mayoría de los adversarios de Robespierre, guillotinados; guillotinados los que argüían que no había un Ser Supremo; Danton, por opinar que se abusaba un poco demasiado de la guillotina, guillotinado. Día tras día, semana tras semana, la nueva máquina infernal proseguía cortando cabezas y más cabezas. El reinado de Robespierre parecía mantenerse de sangre, y lo mismo que un tomador de opio necesita ir aumentando la dosis cotidiana de la droga, así cada día reclamaba más cabezas, para satisfacerse, la guillotina.

(6) Artículo sobre las "Guerras de la Revolución Francesa" en la *Encyclopœdia Britannica*.

(7) Durante los trece meses anteriores a junio de 1794 hubo 1.220 ejecuciones, y en las siete semanas siguientes 1.376. P. G.

Danton continuó siendo en la guillotina el Danton leonino y tronitruante de los bancos de la Convención. ¡Danton, nada de debilidades!, exclamó, al entregar su cabeza al verdugo.

Y lo grotesco y horrible de la historia es que, indudablemente, Robespierre era honrado; mucho más honrado y sincero que ninguno de los que le sucedieron.

Animado de una pasión devoradora por el nuevo orden de vida humana a que creía presidir, hizo todo lo posible por *construir*, mediante el Comité de Salud Pública, Gobierno extraordinario de los doce, que arrinconara a la Convención. Y por construir en una escala enorme. Todos los intrincados problemas con los que aún luchamos hoy, encontraron solución tan pronta como somera. Se trató de igualar la propiedad. "La opulencia —dictaminó Saint Just— es una infamia". Las propiedades de los ricos fueron gravadas o confiscadas, con objeto de repartirlas entre los pobres. Todos los hombres debían tener casa segura y un trabajo con que ganarse la vida y mantener a la mujer y los hijos. Se intentó abolir en abstoluto todo *beneficio*, único incentivo del esfuerzo humano desde que el mundo es mundo, y enigma económico cuya adivinanza aún nos tiene perplejos. Se dictaron las leyes más severas contra los especuladores —ejemplo que debía seguir Inglaterra en 1919—. Y el Gobierno jacobino no sólo planeó de nuevo, en elocuentes líneas generales, todo el sistema económico, sino también el social. El divorcio obtuvo las mismas facilidades que el matrimono; la distinción entre hijos legítimos y naturales fué abolida... Creóse un nuevo calendario, con nombres nuevos para los meses, una semana de diez días, etc., que no tardó mucho tiempo en desaparecer; pero, en cambio, el complicado y defectuoso sistema monetario y sistema de pesas y medidas de la vieja Francia fueron sustituidos por el claro y sencillo sistema decimal, que aún perdura... Un grupo de extremistas presentó una proposición para suprimir, entre otras instituciones, a Dios, reemplazándolo por una bonita actriz disfrazada de Diosa Razón. Pero, a esto, se opuso Robespierre, que no era ateo. "El ateísmo —decía— es cosa aristocrática. La idea de un Ser Supremo que vela por la inocencia oprimida y castiga el crimen triunfante es, esencialmente, la idea del pueblo".

En vista de lo cual mandó guillotinar a Hébert, que había celebrado la Fiesta de la Razón, y a toda su banda.

Al aproximarse el verano de 1794 hízose perceptible en Robespierre cierto desorden mental. Por entonces, hallábase muy ocu-

pado con su religión. (Las detenciones y ejecuciones de sospechosos continuaban con la animación de siempre. Todos los días discurría el Terror por las calles de París, con sus carretadas de condenados). A su instigación decretó la Convención que Francia creía en un Ser Supremo, y en la consoladora doctrina de la inmortalidad del alma. En junio, celebró un gran festival, el festival del Ser Supremo. Hubo una procesión en el Campo de Marte presidida por él, en traje de ceremonia, con un gran ramillete de flores y espigas de trigo. Unas figuras, de materia combustible representando el Ateísmo y el Vicio, fueron quemadas solemnemente, y en seguida, mediante un ingenioso mecanismo, pero no sin unos ligeros crujidos, una estatua incombustible de la Sabiduría se elevó en su lugar. Hubo discursos —el principal, como es lógico, pronunciado por Robespierre—, y menos mal que no hubo culto y adoración...

Después de esto, Robespierre pareció alejarse de la cosa pública, transcurriendo un mes sin que apareciera por la Convención.

Al fin, un día del mes de julio, hizo su reaparición y pronunció un extraño discurso que parecía presagiar nuevas persecuciones. "Contemplando la multitud de vicios que el torrente de la Revolución ha arrastrado —exclamó en este su último gran discurso en la Convención—, he temblado a veces por temor a que me mancillase la proximidad de los malvados... Ya sé que es fácil para los tiranos coaligados del mundo vencer a un hombre aislado, pero también sé cuál es el deber de un hombre que sabe morir en defensa de la humanidad...". Frases seguidas de otras vaguedades por el estilo, que parecían amenazar a todos indeterminadamente.

La Convención escuchó este discurso en silencio; luego, al proponerse su impresión y circulación, rompió en una protesta ruidosa y negó la autorización. Robespierre, desbordante de amargura y de resentimiento, se dirigió de allí al círculo de sus partidarios, y *les volvió a leer el discurso*.

Transcurrió la noche entre reuniones, conciliábulos y preparativos, de una parte y de otra, para el día siguiente, y aquella misma mañana levantóse la Convención contra Robespierre. Tallien le amenazó con un puñal, y cuando Robespierre intentó hablar, la asamblea se opuso airadamente y el presidente cubrió sus voces con los repiques de su campanilla. "¡Presidente de los asesinos —gritó Robespierre—, pido la palabra!". Pero la palabra le fué negada. La voz le faltó; empezó a tartamudear y a toser. "¡Es la sangre de Danton, que le ahoga!"— gritó uno.

Inmediatamente, era arrestado allí mismo con sus principales partidarios. Pero la municipalidad, aún marcadamente jacobina, se levantaba contra la Convención y arrancaba de sus garras a Robespierre y sus compañeros. Y transcurría otra noche de agitación y maquinaciones. Al fin, a eso de las tres de la madrugada, las fuerzas de la Convención atacaban a las fuerzas de la Comuna, que guardaban el Ayuntamiento. Henriot, comandante de las tropas jacobinas, después del ajetreo y las emociones del día estaba aún más borracho que de costumbre; no obstante, se parlamentó largamente y, al cabo, después de algunas vacilaciones, los soldados de la Comuna se pasaban al Gobierno. Robespierre y sus últimos compañeros se veían, así, traicionados y cogidos en la ratonera.

Dos o tres de ellos se arrojaban por una ventana, sin conseguir matarse. Otros intentaban también suicidarse. En cuanto a Robespierre, un gendarme le rompía la mandíbula inferior de un pistoletazo. Seguían diez y siete horas de agonía moral y de sufrimiento físico, esperando el desenlace, tendido sobre una mesa, atada la mandíbula con el primer trapo que se encontró a mano, inmóvil, ensangrentado, sin una palabra ni una queja, mientras la Convención deliberaba sobre el destino del que hasta ayer había sido su amo. Al cabo de ese tiempo, él y sus compañeros, aun aquellos que, habiendo saltado por la ventana, con los huesos rotos y casi moribundos, tuvieron que ser subidos en brazos al cadalzo, veintidós en total, eran conduicdos a la guillotina, en lugar de la hornada señalada para aquel día. Durante casi todo el tiempo, cuenta Carlyle, tuvo Robespierre cerrados los ojos, pero al subir al tablado los abrió, contempló la cuchilla triangular y pareció debatirse un momento. Cuando el verdugo le arrancó la venda de la mandíbula, a fin de dejar completamente libre el cuello, lanzó un grito de dolor. Inmediatamente, rápida y misericordiosa, cayó la cuchilla.

El Terror había terminado. Desde su principio a su fin, puede calcularse que habían sido condenadas y ejecutadas unas cuatro mil personas.

§ 12. *El Directorio.*

El que, aun después de haber sido caricaturizados y burlados en la grotesca personalidad y carrera de Robespierre, pudieran seguir fluyendo en torrente creador los nuevos ideales y propósitos que la Relovión francesa pusiera en curso, prueba la inmensa vitalidad y la profunda justicia de ellos. Aun después de su caída, la República continuaba incólume. Sin dirección, ya que los sucesores de Robespierre no eran sino medianías incapaces de la jefatura, a pesar de todos los vaivenes y obstáculos, la República continuaba, mal que bien, en pie, enmarañada, pero invencible.

Y aquí conviene que el lector tenga en cuenta las verdaderas dimensiones de este período llamado del Terror, que tan viva im-

presión ha hecho sobre las imaginaciones, que ello ha sido causa de que se le haya exagerado desmesuradamente, en relación con el resto de la revolución. Desde 1789 a fines de 1791, la Revolución Francesa siguió un proceso ordenado, y a partir de 1794 la República era ya un Estado ordenado y triunfante. El Terror no fué obra de todo el país, sino de la plebe urbana, que debía su existencia y su estado de salvajismo al desgobierno y a la injusticia social del antiguo régimen; y la explosión del Terror no habría tenido, seguramente, lugar sin la persistente deslealtad y traición de los realistas que, al mismo tiempo que excitaban hasta el frenesí a los extremistas, inclinaban a la masa de republicanos moderados a abstenerse de toda intervención. Los ciudadanos mejores se encontraban ocupados en la frontera luchando con austríacos y realistas. Como hemos visto, el total de víctimas del Terror no asciende sino a unos pocos miles, y entre ellos es indudable que se contaban una porción de adversarios activos, a quienes la República, con arreglo a todas las normas de la época, tenía perfecto derecho a suprimir. Entre otros traidores e intrigantes, por ejemplo, figuraba Felipe, duque de Orleans, el del Palais Royal, que había votado por la muerte de Luis XVI, en la esperanza de llegar a sucederle algún día. Sin ir más lejos, más vidas eran malgastadas por los generales ingleses solamente en el día inicial de la ofensiva del Somme, en julio de 1916, que en toda la Revolución Francesa, desde el comienzo al final. Indudablemente, la causa de que se haya hablado tanto, y con tantos aspavientos, de los mártires del Terror, es que se trataba de gentes de posición y bien relacionada, y que convenía aprovechar sus sufrimientos como propaganda conservadora. Pero comparemos la cosa con lo que, por aquel mismo entonces, ocurría en las cárceles y tribunales de las demás partes del mundo, y la realidad se nos aparecerá muy otra. En Inglaterra y en los Estados Unidos, por ejemplo, mientras el Terror reinaba en Francia, mucha más gente era ejecutada por ofensas contra la propiedad —ofensas muy frecuentemente triviales— que por traición al Estado condenaba el Tribunal Revolucionario de París. Claro que aquéllos eran gente vulgarísima; pero no por eso, en sus toscos alcances, dejaban también de sufrir. En Massachusetts, el año 1789, ahorcaban a una muchacha por haberse apoderado a la fuerza del sombrero, zapatos y hebillas de otra muchacha con quien se encontraba en la calle. Allá por 1773, Howard, el filántropo, descubría en las cárceles inglesas una porción de detenidos inocentes, que habían sido juzgados y absueltos, pero que no podían salir de la prisión por no poder pagar los honorarios del carcelero. Y hay que tener en cuenta que estas cárceles eran lugares inmundos, sin ninguna inspección oficial. La tortura estaba todavía en uso en los dominios de Hanover de Su Majestad británica Jorge III,

y en uso había estado en Francia hasta que la suprimió la Asamblea Nacional. Todas estas cosas indican el nivel medio de una época. En cambio, en ninguna parte se registra que nadie fuera deliberadamente torturado por los revolucionarios franceses durante el Terror. Aquellos cientos de aristócratas cayeron en un abismo que la mayoría de ellos, a haber podido, habrían abierto gozosamente para los otros. Fué trágico, sin duda, pero no, en relación a la historia universal, una gran tragedia. El hombre del pueblo, de las clases bajas, vivió mejor, más libre, y más feliz durante el Terror de lo que había vivido en 1787.

La historia de la República, después del verano de 1794, es un enredijo de grupos políticos animados por los más variados designios, desde una república radical hasta una reacción monárquica; pero animados también por un deseo general de llegar a alguna conclusión viable, aun a costa de grandes concesiones. Hubo una serie de insurreciones jacobinas y realistas, apoyadas por una clase, que había llegado a formarse en París, de bajo populacho, dispuesta continuamente a batirse y saquear lo mismo por unos que por otros; pero, a pesar de todo, la Convención logró formar un Gobierno, el Directorio, compuesto por cinco miembros, que mantuvo a Francia en cohesión durante cinco años. La última y más amenazadora rebelión de todas, ocurrida en octubre de 1795, fué suprimida con una gran habilidad y decisión por un general que acababa de aparecer, llamado Napoleón Bonaparte.

El Directorio resultó vencedor en el extranjero, pero estéril en el interior; sus miembros estaban demasiado apegados a las glorias y dulzuras del oficio para preparar una constitución que prescindiera de ellos, y no eran, ni mucho menos, lo suficientemente honrados para emprender la tarea de reconstrucción económica y financiera que requería la situación de Francia. No es preciso citar sino a dos de ellos: Carnot, que era un republicano honrado, y Barras, que era un bribón notorio. Su reinado de cinco años constituyó un curioso interludio en esta historia de grandes mutaciones. El Directorio tomó las cosas tal como las encontró. El celo propagandista de la revolución llevó a los ejércitos franceses a Holanda, Bélgica, Suiza, al Sur de Alemania y al Norte de Italia. En todas partes los reyes eran expulsados e implantada la República. Pero este celo propagandista que animaba al Directorio no le impedía incautarse de los tesoros de los países liberados para alivio de las dificultades financieras del Gobierno francés. Sus guerras cada vez fueron perdiendo más y más el carácter de guerra santa por la libertad, y adquiriendo, en cambio, el carácter de agresión de las guerras del antiguo régimen. El último rasgo o característica de la monarquía absoluta a que Francia estaba dispuesta a renunciar era, sin duda, su tradición de política internacional, política de

presa, marcadamente agresiva y nacionalista. Aún la vemos latir vigorosamente, bajo el Directorio, lo mismo que si no hubiera habido la menor revolución.

§ 13. *Pausa en la reconstrucción y aurora del socialismo moderno.*

El reflujo de esta marea de la revolución en el mundo, marea que había creado la gran República de los Estados Unidos y amenazado sumergir todas las monarquías europeas, se acercaba. Fué como si algo hubiese irrumpido súbitamente del fondo de la sociedad y realizado un esfuerzo tan titánico que la magnitud misma del esfuerzo tuviera que dejarla por algún tiempo agotada. Muchas cosas arcaicas, caducas e injustas habían sido barridas, pero aún quedaban otras muchas por barrer. Muchos problemas habían sido resueltos, pero aún el deseo humano de fraternidad y de orden quedaba frente a frente de problemas mucho más hondos, que parecían acabar de revelarse. Muchas tiranías, persecuciones religiosas, fanatismos, privilegios de clases, habían desaparecido; y lo curioso del caso es que, apenas desvanecidas estas cosas, parecía como si nunca hubiesen tenido la menor importancia. Lo que importaba era que, pese a sus nuevos derechos y franquicias, pese a toda su pasión y esfuerzo, el pueblo aún no era libre ni gozaba de una felicidad equitativa, y la inmensa promesa de un mundo nuevo que la Revolución entrañara, todavía no había sido cumplida.

Sin embargo, a pesar de todo, esa ola de la Revolución había realizado casi todo lo que de ella se esperaba concretamente antes de su venida. Si fracasaba ahora, o flaqueaba, no era por falta de ímpetu, sino por falta de ideas precisas. Muchas cosas que habían oprimido a la Humanidad habían sido reducidas a la nada para siempre; pero, justamente ahora que habían sido apartadas, se evidenciaba lo poco preparados que estaban los hombres para la oportunidad de creación que este triunfo les ofrecía. Y los períodos de revolución son períodos de acción; en ellos recoge el hombre la cosecha de ideas que han crecido durante las épocas intermedias, y deja el terreno en disposición de una nueva sementera; pero es claro que no puede producir súbitamente nuevas ideas, de primer momento maduras y en sazón, con que hacer frente a problemas ni siquiera sospechados.

El haber hecho a un lado a reyes y señores, a curas e inquisidores, a propietarios y recaudadores de contribuciones, dejaba a la masa por primera vez cara a cara con ciertos fundamentalísimos aspectos de la estructura social, relaciones que hasta entonces había dado por incuestionables y sobre las que nunca comprendiera la necesidad de pensar ahincada y constantemente. Instituciones y cosas que parecieran naturales y tan inevitables como el curso de las estaciones o el alternarse de la noche y el día, resultaban ser artificiales, dirigibles, y lo que es más —ahora que la vieja rutina fuera abolida—, urgentemente necesitadas de dirección. El nuevo orden se veía frente a tres enigmas que no estaba preparado para descifrar: la propiedad, el sistema monetario y las relaciones internacionales.

Tomemos estos tres problemas por orden, y veamos qué son y cómo aparecieron en la sociedad humana. La vida de todos los hombres está íntimamente relacionada con ellos e interesada en su solución. Como veremos, el resto de esta Historia apenas es otra cosa que el desenvolvimiento del esfuerzo para resolver estos problemas; es decir, para interpretar la propiedad, para establecer el sistema monetario y para dirigir las reacciones internacionales de manera que llegue a ser posible una mundial, progresiva y armoniosa comunidad de voluntad. Son los tres acertijos de la esfinge del destino a los que tiene que encontrar respuesta la colectividad humana so pena de perecer.

La idea de la propiedad surge de los instintos combativos de la especie. Largo tiempo antes de que el hombre fuera hombre, el simio era ya propietario. La propiedad primitiva es aquello por lo que luchará la bestia. El perro y su hueso, la tigresa y su cubil, el ciervo y su manada, he ahí casos de propiedad flagrantes. Difícil sería encontrar en sociología expresión más vacía de sentido que la de "comunismo primitivo". El anciano de la tribu de los primeros tiempos paleolíticos ya insistía en la propiedad de sus mujeres e hijas, de sus utensillos, de su universo visible, en suma. Y si otro hombre se inmiscuía en este su universo visible, luchaba con él y, si podía, lo mataba. La tribu fué creciendo en el curso de las edades —como ha demostrado convincentemente Atkinson en su *Ley Primordial*—, debido a la gradual tolerancia por parte del anciano de la existencia del mozo, y de su propiedad de las mujeres que arrebatan a otras tribus y de los utensilios y armamentos que fafricaba y de la caza que cazaba. La sociedad humana se desarrolló por el convenio o transacción entre la propiedad de éste y la de aquél. Fué en gran parte un convenio y una alianza impuestos a los hombres por la necesidad de hacer desaparecer otras tribus de su universo visible. Si las montañas o las selvas o los ríos no eran *tu* propiedad ni la *mía*, es porque no tenía más remedio que ser la *nuestra*. Cada uno de nosotros habría preferido que fuese *suya* exclusivamente; pero ello no podía ser, pues en ese caso, los demás compañeros de tribu habrían acabado con nosotros. La sociedad, por tanto, es desde sus comienzos la atenuación de la propiedad. La propiedad en el animal y en el salvaje primitivo era un

sentimiento mucho más fuerte de lo que es en el mundo civilizado de hoy día, por estar más hondamente arraigado en nuestro instinto que en nuestra razón.

En el salvaje natural y en el hombre inculto de hoy —pues conviene no olvidar que el hombre de hoy no está más que a cuatrocientas generaciones del salvaje primordial—, no hay limitación alguna a la esfera de la propiedad. Todo aquello por lo que puede lucharse puede poseerse, sea mujer, cautivo, fiera, terreno, etcétera.

Al desarrollarse la comunidad y aparecer una especie de ley con objeto de restringir la lucha sin cuartel, los hombres inventaron medios toscos, pero expeditos, de determinar la propiedad. Los hombres poseerían aquello que fueran los primeros en hacer, en capturar o en reclamar para sí. Pareció natural que un deudor que no podía pagar su deuda, pasara a ser propiedad del acreedor. Igualmente natural era que, después de reclamar como suya una extensión de terreno, pudiera el propietario exigir pagos y tributos a todo el que quisiera utilizarla. Sólo muy lentamente, a medida que las posibilidades de la vida organizada se abrían paso en el espíritu de los hombres, comenzó a reconocerse como un mal esta propiedad ilimitada. Los hombres se encontraron un día con que venían a un mundo ya todo repartido y poseído; más aún, se encontraron con que ellos mismos ya nacían repartidos y poseídos. Las luchas sociales de las civilizaciones primitivas son difíciles de seguir hoy, pero la historia que hemos expuesto de la República Romana nos muestra una comunidad despertando a la idea de que dichas luchas podrían llegar a ser un daño público y deberían, por tanto, ser evitadas, y de que la propiedad ilimitada de la tierra es también un mal. En los últimos tiempos de Babilonia encontramos severamente restringidos los derechos a la propiedad de esclavos. Y, por último, en la enseñanza de aquel gran revolucionario que fué Jesús de Nazareth, tenemos un ataque a la idea de propiedad como no se había visto nunca. Más fácil era, según sus palabras, a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un gran propietario entrar en el reino de los cielos. Una continua y vigorosa crítica del alcance legítimo de la propiedad parece haber venido teniendo lugar en el mundo durante estos últimos veinticinco o treinta siglos. Mil novecientos años después de Jesucristo encontramos a todo el mundo de acuerdo con la enseñanza cristiana respecto a la imposibilidad de la propiedad de personas. Y también la idea de que "un hombre puede hacer lo que quiera con lo que es suyo", aun en relación con las demás clases de propiedad, ha recibido una fuerte conmoción. Pero este mundo de fines del siglo XVIII todavía se hallaba, respecto a este punto, en su fase interrogativa. Nada estaba aún suficientemente claro, ni mucho menos resuelto, para poder obrar con arreglo a ello. Uno de sus impulsos primarios fué proteger la propiedad contra la codicia y prodigalidad de los reyes y la explotación de los nobles de industria. Y, realmente, fué la protección de la propiedad privada el móvil primero de la revolución. Pero sus fórmulas igualitarias la llevaron a una crítica de la misma propiedad que se había levantado a proteger. ¿Cómo podían los hombres ser libres e iguales cuando una porción de ellos no tenían un palmo de terreno propio ni un pedazo de pan, y los propietarios se negaban a albergarlos y alimentarlos a menos que trabajasen?

A este problema contestaban los jacobinos proponiendo "la repartición". Querían así intensificar y universalizar la propiedad. Tendiendo al mismo fin, aunque por camino diferente, ya había en el siglo XVIII ciertos socialistas primitivos —o, para ser más exactos, comunistas — que querían "abolir" por completo la propiedad privada. El Estado (un Estado democrático, naturalmente) tendría la propiedad de todo. Hasta avanzado el siglo XIX no se empezó a comprender que la propiedad no era una cosa simple, sino un gran complejo de propiedades de diferentes valores y consecuencias, que muchas cosas (tales como los seres humanos, los útiles de un artista, el traje, el cepillo de dientes) son profunda e irremediablemente bienes personales y que hay otras muchísimas; ferrocarriles, maquinarias, muebles, jardines, etc., que necesitan, cada una, ser consideradas muy particularmente, para determinar hasta qué punto y bajo qué limitaciones pueden ser objeto de propiedad privada, y hasta qué punto caen en el dominio público y pueden ser administradas y arrendadas por el Estado en interés de la colectividad. Desde un punto de vista práctico, estas cuestiones pasan al dominio de la política y suscitan el problema de la creación y sostenimiento de una administración eficaz del Estado, al mismo tiempo que provocan otras cuestiones de psicología social y de enseñanza. Hoy tenemos la ventaja de ciento treinta años de discusión sobre la primera generación revolucionaria, pero aun ahora esta crítica de la propiedad es todavía un poderoso y apasionado fermento más bien que una ciencia. En las circunstancias, era imposible que la Francia del siglo XVIII presentase otro espectáculo que el de vagos y confusos movimientos populares luchando por desposeer a los que poseían, y pequeños y grandes propietarios tenazmente aferrados a lo suyo, reclamando, ante todo, orden, legalidad y seguridad, y tratando de aumentar su lote individual de cuanto pudiera ser legalmente poseído

Intimamente relacionada con la vaguedad de las ideas sobre la propiedad estaba la vaguedad de las ideas sobre la circulación monetaria, que tanto en la república francesa como en la norteamericana fué motivo de serias dificultades. Y aquí, de nuevo

tropezamos con algo que no tiene nada de simple, maraña de costumbres, convenciones, leyes y hábitos mentales, de la que se derivan problemas que tampoco admiten soluciones simples y que son todavía de importancia vital para la vida diaria de la comunidad. El valor, o la valorización, del trabajo, es evidentemente de importancia primaria para el funcionamiento de la máquina social. El establecimiento de la confianza en los metales preciosos y en la moneda, hasta generalizarse la seguridad de que el dinero legítimo conservaba su poder adquisitivo en todas partes, fué sin duda laborioso y gradual en la historia del mundo. Y, una vez debidamente establecida, esta confianza estaba de continuo sujeta a grandes alternativas y perplejidades, debidas a la acción de los gobiernos sobre las Bolsas y a la desvalorización de la moneda que tenía lugar cuando aumentaba desproporcionadamente la circulación del papel moneda. Cada época producía cierto número de personas lo bastante listas para comprender las oportunidades de preciosas operaciones que ofrecía el complejo de créditos y ficciones sobre que descansaba el sistema monetario, y lo bastante desaprensivas moralmente para prestar sus mejores energías al cuidado de enriquecerse a costa de los demás, mediante los más variados trucos de la Bolsa y la Banca.

Apenas acontecía alguna seria dislocación política o social, cuando inmediatamente el mecanismo monetario empezaba a marchar con dificultad e irregularmente.

Los Estados Unidos y la República Francesa, ambas dieron comienzo a su carrera en una fase de anormalidad financiera. En todas partes, los gobiernos habían contraído empréstitos a un tipo de interés superior al que, razonablemente, podían pagar. Ambas revoluciones llevaron a un frenético despilfarro público, y al mismo tiempo a una interrupción del cultivo y de la producción que aun disminuyeron con la riqueza imponible, la capacidad contributiva real. Ambos gobiernos, en la imposibilidad de pagar en oro, acudieron a la emisión de papel moneda, con la garantía del territorio por explotar en los Estados Unidos, y de los recién confiscados bienes de la Iglesia en Francia. En ambos casos, la cuantía de lo emitido excedía considerablemente la confianza del contribuyente en la nueva garantía. El oro desapareció, escondido por los más avisados, o fué al extranjero en pago de importaciones, y la gente se encontró con diversas clases de billetes e impresos en lugar de moneda, todo de un valor dudoso y decreciente.

Por complicados que sean los orígenes de la circulación monetaria, su efecto positivo y el fin que tiene que desempeñar en la comunidad puede ser definido, un poco burdamente, en términos generales. El dinero que un hombre recibe por su trabajo, mental o corporal, o por ceder su propiedad de un bien enajenable,

debe, en último término, poder adquirirle para su uso una cantidad más o menos equivalente de bienes enajenables. (Dando a esta frase de "bienes enajenables" su más alto sentido, comprendiendo hasta cosas como un viaje, una conferencia o una función de teatro, el alquiler de la casa, la visita del médico, etc.). Cuando todos en una comunidad están seguros de esto y de que el dinero no ha de perder en poder adquisitivo, entonces la circulación monetaria —y la distribución de los bienes por el comercio— se encuentra en un estado saludable y satisfactorio. Entonces, y sólo entonces, trabajarán los hombres alegremente. La necesidad imperiosa de esta constancia y seguridad de la circulación monetaria es el dato fijo por el cual debe comenzar el estudio científico y el tratamiento de la circulación monetaria. Pero aun en las condiciones más estables siempre habrá fluctuaciones en el valor de la moneda. La suma total de bienes enajenables y consumibles en el mundo en general, y en cada país en particular, varía de año en año y de estación en estación: el otoño, por ejemplo, suele ser una época más rica que la primavera; con un aumento de los bienes disponibles del mundo, el poder adquisitivo de la moneda puede aumentar, a no ser que haya también un aumento de la circulación monetaria. En cambio, si hay una disminución en la producción de bienes consumibles o una grande e inaprovechable destrucción de ellos, como ocurre en la guerra, la parte del total de bienes consumibles representada por una suma de dinero, disminuirá, y los precios y los salarios subirán. En la guerra moderna, la explosión de una sola granada de gran calibre, aunque no haga daño alguno, destruye trabajo y material equivalente, en números redondos, al coste de un hotelito o a la vida de una familia durante un año. Si la granada destruye algo, entonces habrá que añadir esa otra destrucción a la disminución de bienes consumibles. Cada granada que estalló en la pasada guerra disminuyó una pequeña fracción el valor adquisitivo de cada moneda en todo el mundo. Si hay también un aumento de la circulación monetaria durante un período en que se consumen los bienes consumibles sin ser totalmente reemplazados, —y no hay Gobierno guerrero o revolucionario que no lo requiera—, entonces, el alza de precios y la baja en el valor de la moneda, pagada en salarios, es aún mayor. Generalmente, también los Gobiernos en estas circunstancias piden dinero prestado, es decir, emiten empréstitos o bonos con un interés, garantizados por la voluntad y la capacidad de la comunidad en general para soportar las contribuciones que se le impongan. Estas operaciones serían bastante difíciles si fueran llevadas a cabo francamente por hombres de perfecta honradez, a la plena luz de la publicidad y del conocimiento científico. Pero hasta ahora nunca se ha dado el caso; en

todas partes el egoísta avispado, el mal rico, tratan de desviar lo que pueden las cosas en provecho propio. En todas partes también nos encontramos al egoísta estúpido pronto a asustarse y a dejarse arrastrar del pánico. En consecuencia, vemos actualmente al Estado abrumado de un exceso de circulación fiduciaria, que es de hecho una deuda que no paga intereses, y también con una carga enorme de intereses sobre los empréstitos. Tanto el crédito como la moneda comienzan a fluctuar desatentadamente con la evaporación de la confianza pública. Una y otro están, por decirlo así, desmoralizados.

La consecuencia última de una moneda enteramente desmoralizada sería poner fin a todo el trabajo y todo el tráfico que no pudieran llevarse a cabo por medio del pago en especies. Los hombres se negarían a trabajar como no fuese contra alimentos, vestidos, alojamientos, etcétera. La consecuencia inmediata de una moneda parcialmente desmoralizada es subir los precios y volver febrilmente azaroso el tráfico y desconfiado e irritable al trabajador. El hombre sagaz, en estas condiciones, trata de conservar en su poder el dinero el menos tiempo posible; canjeándolo cuanto antes por los productos que necesita. Los que tienen rentas fijas y ahorros acumulados, sufren más que ninguno el alza de precios, y el que recibe un salario se encuentra con que el valor real de éste es cada vez menor. He aquí un estado de cosas en que el deber de toda persona sensata es, a todas luces, el ayudar a arreglarlas. Pero todas las tradiciones de empresa privada, todas las ideas de fines del siglo XVIII, venían a justificar la acción de aquellas gentes astutas y poco escrupulosas que, en medio de la catástrofe económica, miraban exclusivamente por la propia ganancia. El número de hombres comprensivos que en todo el mundo pretendía sincera y honradamente restaurar la circulación monetaria y el crédito era corto e ineficaz. La mayoría de los especuladores y financieros de la época desempeñaban el papel de asaltantes, y no con la sospecha de que estaban obrando mal, sino con la más completa aprobación y aplauso de quienes los rodeaban. El fin de todo hombre avisado era acumular cuanta riqueza realmente negociable pudiera, y luego, solamente luego, trabajar en el advenimiento de una especie de normalidad política que le dejara en el libre disfrute de lo ganado. Aquí estaban los factores de un mal ambiente económico, lleno de suspicacias, de fiebres, de codicias y de espíritu de especulación...

En la tercera dirección en que tampoco se hallaba preparada ni con ideas claras la Revolución, o sea el problema de las relaciones internacionales, debían ocurrir cosas que iban a acabar de agravar este estado de aventura financiera y económica, esta rebatiña y confusión que a la sazón imperaban en Francia. Desde

su cuna, la República se había encontrado en guerra. Durante algún tiempo, esta guerra fué sostenida por las nuevas quintas con un patriotismo y entusiasmo sin ejemplo en la Historia. Pero esto no podía continuar indefinidamente. El Directorio se encontraba a la cabeza de un país victorioso, terriblemente apurado en casa, pero en ocupación de ricos territorios extranjeros, llenos de riqueza apropiable y de magníficas oportunidades materiales y financieras. Todos tenemos una doble naturaleza, y el francés, en particular, parece haber desarrollado lógica y simétricamente ambas. A estas regiones conquistadas, Francia había venido como un libertador, como el maestro que iba a enseñar el republicanismo al mundo. Holanda y Bélgica se convirtieron en la República de Batavia; Génova y su Riviera en la República de Liguria; la Italia septentrional en la República Cisalpina; Suiza fué rebautizada como República Helvética; Mülhausen, Roma y Nápoles fueron igualmente transformadas en Repúblicas. Agrupadas en torno de Francia, estas Repúblicas iban a ser una constelación de libertad alumbrando y conduciendo al mundo... Tal era el lado ideal. Pero al mismo tiempo, el Gobierno francés y funcionarios privados franceses, de acuerdo con el Gobierno, procedían a una completa y minuciosa explotación de los recursos de aquellos países liberados.

Así, al cabo de diez años de la convocación de los Estados Generales, la nueva Francia iba tomando un cariz singularmente parecido al de la vieja. Es verdad que tiene un poco mejor color y un aire más vigoroso, y que lleva un gorro frigio en lugar de una corona, y que tiene un nuevo y poderoso ejército...; pero la flota está muy averiada, unos nuevos ricos han sucedido a los antiguos, una nueva clase campesina trabaja aún más duramente que la antigua y paga más contribuciones, la nueva política exterior se asemeja como una gota de agua a otra gota a la vieja política, y... en total, que el paraíso terrestre está aún muy lejos.

XXXVIII

LA CARRERA DE NAPOLEON BONAPARTE

§ 1. *La familia Bonaparte en Córcega.*

Sobre este fondo de confusión, de violencia y de esperanzas, destácase de pronto una sombría figurilla, anacrónica, dura, sólida, inteligente, imitativa y sin escrúpulos: Napoleón Bonaparte. Había nacido en 1769, en la isla todavía semibárbara de Córcega, hijo de un padre bastante prosaico, leguleyo que en un principio se las diera de patriota corso, contra la monarquía francesa que trataba de subyugar Córcega y que acabara por ponerse del lado del invasor. Su madre era de cepa más fuerte, apasionadamente patriótica y mujer muy despejada y capaz de ingeniárselas sola. (Parece que tenía la costumbre, cuando la ocasión lo requería, de vapulear a sus hijos, y que una vez vapuleó a Napoleón contando éste ya diez y seis años). Eran una porción de hermanos y hermanas, y la familia no dejaba en paz a las autoridades francesas con exigencias de recompensas y empleos. Exceptuando a Napoleón, parece haber sido una familia completamente vulgar y "hambrona". Napoleón por su parte, era inteligente, de mal genio y despótico, habiendo heredado de su madre un romántico patriotismo corso.

Mediante el patronato del gobernador francés de Córcega educóse, primero en la Escuela Militar de Brienne, y luego en la de París, de donde pasó a la Escuela de Artillería en 1785. Fué un buen estudiante en matemáticas y en Historia, dotado de una memoria prodigiosa, y todavía se conservan de él una porción de cuadernos de clase que, por otra parte, no muestran una inteligencia excepcional, aunque contienen diversas composiciones cortas originales —sobre el suicidio y otros tópicos semejantes de la adolescencia—. Desde muy temprano cayó bajo el sortilegio de Rousseau, cuya influencia contribuyó sin duda a desarrollarle la sensibilidad y a inspirarle un cierto desprecio por las corrupciones de la civilización. En 1786 escribió un folleto contra un pastor suizo que se había permitido atacar a su modelo; producción francamente de adolescencia, vulgar, imitativa y retórica. Soñaba en una Córcega independiente, libre de franceses. Cuando estalló

la revolución convirtióse en ardiente republicano y en partidario de un nuevo régimen francés en Córcega. Durante algunos años, hasta la caída de Robespierre, fué jacobino.

§ 2. *Bonaparte, general de la República.*

Pronto ganó la reputación de un buen oficial, inteligente y útil, y al hermano menor de Robespierre debió la primera ocasión de distinguirse en Tolón. Como se recordará, Tolón había sido entregado por los realistas a los ingleses y españoles, y una flota aliada ocupaba su puerto. Bonaparte recibió el mando de la artillería, y bajo su dirección los franceses obligaron a los aliados a abandonar el puerto y la ciudad.

Poco después fué nombrado comandante de la artillería en Italia, pero aún no había tomado el mando cuando la muerte de Robespierre pareció deber también implicar la suya; el caso es que fué detenido como jacobino, y durante algún tiempo estuvo en peligro de ser guillotinado. Pero el peligro pasó. Fué empleado como comandante de la artillería en una incursión contra Córcega, y luego trasladado a París (1795), en no muy brillante estado que digamos. Madame Junot en sus *Memorias* describe su faz escuálida y su desaliñada apariencia en aquel tiempo, "sus cabellos mal peinados y mal empolvados cayéndole sobre la casaca gris", sus manos sin guantes y sus botas deslustradas. Era un momento de extenuación y de reacción, tras las severidades de la república jacobina. "En París —dice Holland Rose— la estrella de la Libertad palidecía ante Mercurio, Marte y Venus", o sea; finanzas, uniformes y encantos sociales. Los hombres mejores —de la clase media, se entiende— estaban en el ejército, al otro lado de las fronteras. Ya hemos mencionado el último levantamiento de los realistas en este año de 1795. Napoleón tuvo la suerte de encontrarse en París y de tropezar, en la represión de este conato monárquico, con su segunda oportunidad de lucimiento, salvando a la República —por lo menos, a la República del Directorio.

Sus talentos militares impresionaron profundamente a Carnot, el más íntegro de los miembros del Directorio. Además, Napoleón acababa de casarse con una viudita encantadora, Madame Josefina de Beauharnais, que tenía una gran influencia con Barras; cosas ambas que probablemente le ayudaron a conseguir el mando del ejército de Italia.

No disponemos aquí de espacio para la historia de sus brillantes campañas de Italia (1796-97), pero del espíritu en que fué efectuada esta invasión de Italia conviene digamos unas palabras, por lo vivamente que ilustran la doble alma de Francia

y de Napoleón, y cómo el idealismo revolucionario iba cediendo a las necesidades prácticas de la situación. El general Bonaparte, en cuanto llegó a Italia, se ocupó de hacer saber a los italianos, por medio de una proclama, que los franceses habían venido a Italia exclusivamente con el objeto de romper sus cadenas. Y escribió al Directorio: "Recaudaremos 20.000.000 de francos en impuestos de este país, que es uno de los más ricos del mundo" en tanto que decía a sus soldados: "Estáis hambrientos y medio desnudos... Yo os llevaré a la llanura más fértil del mundo. Allí encontraréis grandes ciudades, ricas provincias, honores, gloria, fortuna...".

Todos estamos hechos de la misma heterogénea estofa, en todos nosotros las insinuaciones de un mundo nuevo y de un deber superior luchan por paliar y vencer las viejas concupisciencias de nuestro pasado ancestral; pero estos párrafos, escritos por un mozo de veintisiete años, realmente muestran el dorado del idealismo un tanto prematuramente oxidado.

Sus éxitos en Italia fueron brillantísimos y completos, y sin duda contribuyeron no poco a estimular su soberbia y su desprecio por los que le rodeaban. Lector asiduo de las *Vidas* de Plutarco y de la Historia Romana, su activa imaginación —tan activa como poco creadora— le hacía soñar ya con una posible resurrección de las conquistas orientales del Imperio Romano. En consecuencia, lo primero que hizo fué quitar de en medio a Venecia, trinchándola entre Francia y Austria, asegurando para la primera las Islas Jónicas y la flota veneciana.

Esta paz, conocida con el nombre de Paz de Campo Formio, fué por ambas partes una acción verdaderamente indigna y abusiva, y en último resultado un pésimo negocio. La nueva República de Francia ayudó al asesinato de una antigua república —y justo es confesar que Napoleón lo llevó a cabo contra grandes protestas en Francia—, y Austria adquirió Venecia, en cuyo territorio estaba llamada a desangrarse mortalmente en 1918. El tratado contenía también cláusulas secretas, por las cuales tanto Francia como Austria debían quedarse ulteriormente con nuevos territorios en el Sur de Alemania. Pero no era solamente la marcha de Roma hacia Oriente lo que por entonces movía y exaltaba el espíritu de Napoleón. Aquella tierra que pisaba era la tierra de César; y César no era un buen ejemplo para el general victorioso de una república no muy estable.

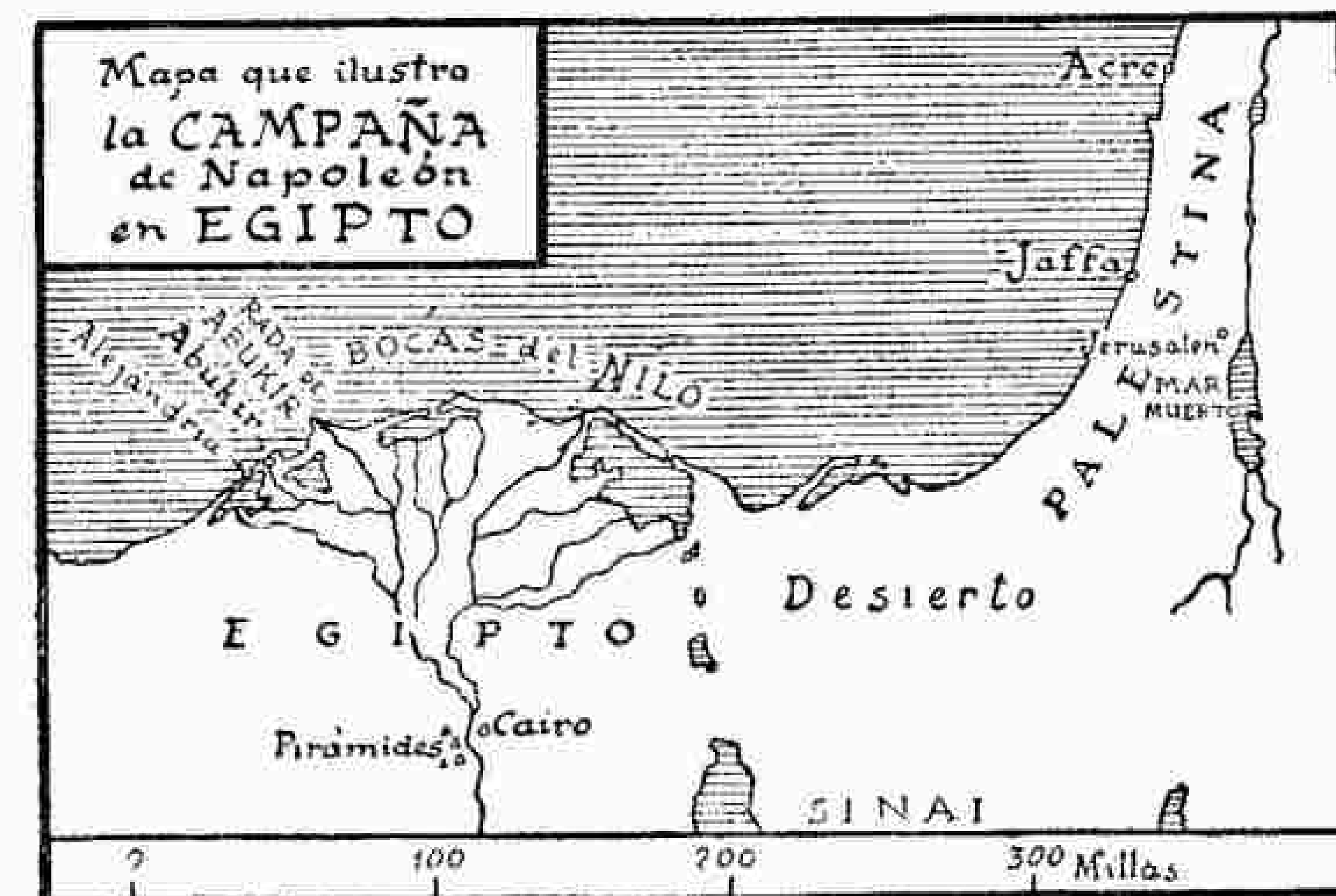
César había vuelto de las Galias a Roma en héroe y conquistador. Su nuevo alumno volvería de Egipto y de la India; Egipto y la India serían sus Galias. Realmente, no hay en esta decisión la menor huella del genio, con que tan a la ligera quieren adornarla los historiadores. Tratábase, simplemente, de una burda y

mal concebida imitación. Todo hacía presumir el fracaso. El camino de Egipto y de la India era marítimo, y los ingleses, a pesar de dos recientes sediciones navales, cuya importancia se exageró Napoleón, eran más fuertes que los franceses en el mar. Además, Egipto formaba parte del imperio turco, que no era una potencia nada desdeñable en aquellos días. No obstante, Napoleón logró convencer al Directorio, que había quedado deslumbrado por las hazañas de Italia, y en mayo del 1798 zarpaba de Tolón una flota, que, después de tomar Malta, tenía la suerte de esquivar la armada inglesa y arribaba a Alejandría. Napoleón desembarcaba presurosamente sus tropas, y la batalla de las Pirámides le hacía dueño de Egipto.

La principal flota inglesa se encontraba en aquel momento en el Atlántico, casi a la altura de Cádiz, pero el almirante había despachado una sección de sus mejores navíos, al mando del vicealmirante Nelson —hombre seguramente de tanto genio naval como éralo militar Napoleón— para que diese caza a la flotilla francesa. Durante algún tiempo buscó inútilmente Nelson a las naves francesas, hasta que, al fin, el día primero de agosto, al anochecer, la encontró fondeada en la bahía de Abukir, desprevenida, con muchos de sus hombres en tierra. Los ingleses celebraron consejo en el navío almirante. Nelson no tenía carta del lugar, y era aventurado navegar en aguas someras con mala luz. El almirante francés indujo, pues, que su adversario no le atacaría antes de la mañana, y en consecuencia no se apresuró a llamar a sus hombres a bordo, hasta que ya era demasiado tarde para ello. Nelson, a pesar de los inconvenientes expuestos, atacó inmediatamente, contra la opinión de algunos de sus capitanes. Solamente un barco encalló en los bajos, marcando, por otra parte, así el lugar peligroso a los demás. Nelson desplegó sus fuerzas en una doble línea, cogiendo a los franceses entre dos fuegos, y avanzó. La noche cerró precisamente en el momento en que ambas flotas entraban en contacto. La batalla se prosiguió en la obscuridad, hasta que el incendio de las naves francesas, y la voladura del barco almirante, el *Orient*, iluminaron la escena... Antes de la media noche la batalla del Nilo concluía, y la flota de Napoleón quedaba destruída. El resultado, aparte de la pérdida de la flota misma, era que Napoleón quedaba aislado de Francia, con las comunicaciones cortadas.

Dice Holland Rose, citando a Thiers, que esta expedición de Egipto es "la tentativa más descabellada que registra la Historia". Napoleón quedó en Egipto haciendo frente a los turcos, que se rehacían rápidamente, y con el ejército diezmado por la peste. Sin embargo, con una absurda terquedad, se empeñó en proseguir durante algún tiempo su sueño de Oriente. En Jaffa logró una victoria de cierta importancia, y, encontrándose escaso de provisiones, *hizo matar a todos los prisioneros*. Luego intentó tomar Acre, donde su propia artillería de sitio acabada de capturar en el mar por los ingleses, fué empleada en contra suya. Al volver, con las orejas gachas, a Egipto, ganó otra brillante victoria en Abukir sobre los turcos, y luego, abandonando a su ejército de Egipto —que resistió hasta 1801, en que tuvo que capitular ante un ejército inglés—, logró escapar a Francia (1799), escapando casi por milagro a un crucero inglés a la altura de Sicilia.

Aquella aventura era suficiente para desacreditar a un general... de haber sido conocida. Pero los mismos cruceros ingle-



ses, que tan a pique estuvieran de cogerle, le ayudaron a impedir que el pueblo francés supiera la verdad exacta de lo ocurrido en Egipto y de la situación que allí quedaba. Podía, perfectamente, adornar y bordar a capricho lo de Abukir y callarse lo de Acre. Por otra parte, las cosas no iban bien en Francia en aquel momento. En algunos puntos había habido fracasos militares; gran parte de la Italia, de la Italia ganada por Bonaparte, se había perdido, y esto volvía los ojos de todos hacia él, como al salvador natural de la situación. Además, había habido una porción de peculados y malversaciones, muchos de los cuales empezaban a hacerse públicos; Francia atravesaba una de sus fases de escándalo financiero (y la verdad es que Napoleón conservaba limpias las manos); el público, en un estado de gran fatiga moral, ansiaba encontrar un hombre fuerte y honrado que curase a la nación de tantos males y arreglara definitivamente las cosas. El pueblo, el pobre pueblo candoroso, se esforzó en convencerse de

que aquel mozo de rostro imperioso que tan providencialmente parecía volver de Egipto era el hombre anhelado, un segundo Wáshington.

Más bien con Julio César que con Wáshington en el fondo de su pensamiento, Napoleón respondía a la demanda de su tiempo. Tramóse cuidadosamente una conspiración para reemplazar al caduco Directorio por tres "Cónsules" —¡la Historia de Roma estaba tan a la moda!—, de los que Napoleón debía ser el jefe. El desarrollo de esta conspiración es una historia demasiado intrincada para el espacio de que disponemos; pero, entre otras cosas, contenía una disolución a lo Cromwell de la Cámara baja (el Consejo de los Quinientos), y por cierto parece que en este punto no estuvo Napoleón a la altura. Los diputados le sisearon y abuchearon abundantemente, y parece que se asustó, tartamudeó, no pudo decir palabra y estuvo a punto de desmayarse. Por fortuna para él, allí estaba su hermano Luciano, que resolvió la situación trayendo a los soldados y disolviendo a la fuerza el Consejo. Pero este pequeño tropiezo no fué obstáculo al éxito de su plan. Los tres Cónsules fueron instalados en el palacio del Luxemburgo, con dos comisarios, para reconstruir la Constitución.

Seguro ya de sí mismo y del apoyo del pueblo, que le suponía un republicano honrado y patriota, capaz de traer la paz y el bienestar a la nación, Napoleón no tardó en imponerse a sus colegas y a los comisarios. Redactóse una Constitución, en la que el primer funcionario ejecutivo, revestido de enormes poderes, recibiría el nombre de Primer Cónsul. Y no hay que decir que éste iba a ser Napoleón; ello formaba parte de la Consttiución. Dicho Primer Cónsul debía ser reelegido o reemplazado cada diez años. Debía ser asistido por un Consejo de Estado, nombrado por él mismo, a quien corresponderían las iniciativas legislativas y el envío de las propuestas a los dos cuerpos, el Cuerpo Legislativo (que podría votar, pero no discutir) y el Tribunado (que podría discutir, pero no votar), que serían *elegidos* por un Senado nombrado entre los miembros de una clase especial, las "notabilidades de Francia que serían elegidos por las notabilidades de las provincias", que serían elegidas por las "notabilidades de la comuna", que serían elegidas por los votantes corrientes. El sufragio para la elección de las "notabilidades de la comuna" era universal. Este era el único vestigio de democracia en toda la estupefaciente pirámide. Dicha Constitución fué producto, principalmente, de un digno filósofo, Sieyès, que era uno de los tres Cónsules, y de Bonaparte. Pero tan cansada estaba Francia de sus disturbios y esfuerzos, y tan confiados todos en la virtud y pericia de este aventurero de Córcega, que cuando, al nacimiento del siglo XIX, fué sometida al país esta Constitución, fué apro-

bada por 3.011.007 votos contra 1.562. Francia se puso enteramente en manos de Napoleón, y se dispuso a vivir pacífica, feliz y gloriosa.

§ 3. *Napoleón, Primer Cónsul, 1799-1804.*

La oportunidad era, seguramente, como jamás se había presentado a ningún hombre. La posición en que Napoleón se encontraba súbitamente colocado implicaba tal autoridad y poder, que cualquier hombre medianamente bien intencionado y consciente de su misión habría sentido la inmensa responsabilidad que sobre él pesaba y tratado, sincera y honradamente, de servir a Dios y a los hombres de lo mejor que sus capacidades le permitieran. El antiguo orden de cosas había muerto o estaba moribundo; nuevas fuerza extrañas agitaban el mundo buscando forma y dirección; la promesa de una república mundial y de una paz duradera se insinuaba en una multitud de espíritus sobrecogidos. De haber tenido este hombre cierta profundidad de visión, cierto poder de imaginación creadora, y de haber sido accesible a una ambición desinteresada, podría haber llevado a cabo en pro de la humanidad una obra tal que su solo recuerdo le habría convertido en el sol mismo de la Historia. Toda Europa y América, conmovidas por la primera promesa de una nueva Era, aguardaban su advenimiento. En su mano, Francia era como un magnífico y dócil instrumento, como una invencible espada, anhelosa de paz, pero templada también para la guerra. Nada faltaba a esta gran ocasión, sino un espíritu noble. Y, falto de éste, Napoleón no pudo hacer otra cosa que pavonearse sobre la cima de esta oportunidad incomparable como un gallo sobre un estercolero. La figura que hace en la Historia es una figura de casi increíble orgullo, de vanidad, concupiscencia y marrullería, de cínico desprecio e indiferencia por cuantos en él confiaron, y de una grandiosa imitación simiesca de César, Alejandro y Carlomagno, que, de no estar chorreando sangre humana, habría resultado simplemente cómica. Hasta, como dijo Víctor Hugo en su altisonante estilo, "hasta Dios estaba harto de él", y no fué seguramente una injusticia que el Destino lo confinase a uno de los últimos rincones de la tierra para que acabara allí sus días machacando a sus familiares lo inteligentes que habían sido sus errores y fracasos, y andando a la greña con el carcelero mal educado que se resistía a rendirle los homenajes a que él se creía con derecho.

Su carrera como Primer Cónsul fué quizás la fase menos deshonrosa de su carrera. Por lo pronto, tomó en manos la cuestión militar, que andaba bastante mal, y después de una complicada campaña en el Norte de Italia, consiguió enderezar de nuevo las

cosas ganando la batalla de Marengo (1800), que por cierto estuvo, en algunos momentos, muy a pique de convertirse en desastre. En diciembre del mismo año el general Moreau, en medio de la nieve, del lodo y de un tiempo abominable, infligía una derrota abrumadora al ejército austríaco en Hohenlinden; batalla, que de haber sido ganada por Napoleón, habría contado entre sus más características y brillantes hazañas. Todo esto hizo posible la paz anhelada, y en 1801 eran firmados los preliminares de esta paz con Inglaterra y Austria. El Tratado de Amiens que aseguraba la paz con Inglaterra, era confirmado en 1802, y Napoleón se quedaba en libertad de consagrarse a la tarea creadora de que Francia, y Europa con Francia, estaban tan necesitadas. La guerra había dado al país nuevos territorios, y el tratado con Inglaterra restauraba el imperio colonial de Francia, al par que la dejaba en una situación de seguridad que ni el mismo Luis XIV soñara. En manos de Napoleón estaba ahora el acabar de crear y consolidad el nuevo orden de cosas al hacer un Estado moderno que sirviera de faro y de inspiración a Europa y a todo el mundo.

Pero Napoleón no intentó siquiera nada de esto. Probablemente, ni aún tenía idea de qué podía ser eso de "Etado moderno". Su corta imaginación imitadora estaba llena de vagos sueños de cesarismo, ¡cómo si este universo pudiera ya tolerar semejantes dislates! Su espíritu andaba tramando el convertirse en emperador, con una corona sobre la cabeza, y todos sus rivales, condiscípulos y amigos a sus pies. Ello no podría darle ningún poder que no ejerciese ya, pero sería mucho más bonito —asombraría, por ejemplo, a su madre—. ¿Qué podía, realmente, una cabeza semejante entender de la espléndida misión creadora que reclamaban los tiempos? Pero, para sus proyectos, Francia tenía, ante todo, que estar próspera. Una Francia hambrienta no soportaría seguramente a un emperador. Así, pues, Napoleón se aplicó a poner en ejecución un antiguo proyecto de caminos que aprobara Luis XV; mandó abrir canales, a imitación de los canales ingleses; reorganizó la policía, restableciendo la seguridad en el país; y, preparando ya el escenario para su drama personal, se dedicó a semejar París a Roma, con arcos de triunfo y columnatas, clásicos monumentos, etc.; aprovechando, para ello, todas las coyunturas financieras y el extraordinario desarrollo que por entonces tomó el sistema bancario. En todas estas cosas, Napoleón no hizo sino moverse al compás de los tiempos; igual habrían acontecido —y con menos autocracia y menos centralización— aunque él no hubiese venido al mundo. Inmediatamente, dedicóse a debilitar a los republicanos, cuyas convicciones fundamentales se disponía a quebrantar. Permitió a los emigrados que volviesen al país, con tal

de que diesen garantías satisfactorias de respetar el nuevo régimen. Muchos de ellos estaban dispuestos a volver en estas condiciones y a desertar a los Borbones. Y, por si todo esto fuera poco, decidió una reconciliación plenaria, un gran Concordato con Roma. Esta le apoyaría a él, y él, a cambio, restauraría la autoridad de Roma en las parroquias. Sin duda pensó que Francia nunca sería obediente y manejable, ni soportaría una nueva monarquía, sin el socorro de la religión. "¿Cómo es posible —adujo en apoyo de su tesis— tener en buen orden un Estado sin religión? La sociedad no puede existir sin la desigualdad de las fortunas, que sólo la religión puede hacer tolerable. Cuando un hombre se está muriendo de hambre junto a otro que padece de hartazgo, ¿cómo podrá resignarse a esa diferencia a menos que haya una autoridad que declare: "Dios así lo quiere; en el mundo tiene que haber ricos y pobres; pero después de aquí, y durante toda la eternidad, la repartición de las cosas tendrá lugar de modo muy distinto?". La religión —especialmente de la última marca de fábrica romana— era, a juicio de Napoleón, un excelente remedio para mantener quieto al pueblo. En sus pasados tiempos de jacobino, más de una vez la denunciara por esta misma razón.

Otra gran consecución, que muestra sus alcances imaginativos y su evaluación de la naturaleza humana, fué la institución de la Legión de Honor, procedimiento admirablemente calculado para alejar a los franceses de manejos subversivos, mediante la compensación de unas cintitas rojas que llevar en el ojal.

Una cosa en que también se interesó Napoleón fué la propaganda cristiana; y aquí tenemos de nuevo la concepción napoleónica de la utilidad política de Cristo, concepción que a partir de entonces ha informado a todas las misiones francesas. "Es mi deseo restablecer la Institución de las Misiones extranjeras; pues los misioneros religiosos pueden serme muy útiles en Asia, Africa y América, por el reconocimiento de los países que visiten. La santidad de sus hábitos no sólo les protegerá, sino que ocultará sus pesquisas políticas y comerciales. Así, el Estado Mayor de estas Misiones no deberá residir más en Roma, sino en París".

Estas son ideas de un comerciante pícaro más bien que de un estadista. En su concepto de la enseñanza encontraremos la misma estrechez de miras, igual ceguera a las realidades de la aurora social que le circundaba. Así, le vemos descuidar casi en absoluto la instrucción primaria, abandonándola a la conciencia de las autoridades locales y disponiendo que el sueldo de los maestros saliese de las cuotas o matrículas de los alumnos. Es evidente que no tenía el menor interés en que el pueblo se educase, y seguramente ni aun de lejos vislumbraría la conveniencia de ello; pero, en cambio, le importaba que hubiese buenas Academias y Escue-

las técnicas, que le suministrase los especialistas y peritos de que iba a necesitar para la gobernación del Estado. Ello suponía un enorme retroceso, con relación al gran plan, redactado en 1792 por Condorcet, para la República, en que se proveía a la enseñanza gratuita de toda la nación. Sin embargo, lenta, pero constantemente, se va realizando el proyecto de Condorcet; las grandes naciones del mundo se van viendo obligadas a ponerlo progresivamente en planta, en tanto que los artificios napoleónicos sobre el particular hace ya tiempo que caducaron. Véase, por ejemplo, como botón de muestra, cuál era, en lo que respecta a la instrucción de las madres y esposas de nuestra raza, la calidad de la sabiduría napoleónica: "No creo que necesitemos preocuparnos con ningún plan de enseñanza para las mujeres, ya que en ningún caso podrían ser mejor educadas que por sus madres. La instrucción pública no es válida para ellas, desde el momento que nunca están llamadas a actuar públicamente. Los buenos modales es todo lo que debe atenderse en ellas, y el matrimonio el único fin que les importa".

No es extraño, pues, que el Primer Cónsul no fuera demasiado generoso con las mujeres en el *Código Napoleón*. Una mujer casada, por ejemplo, no podía disponer en lo más mínimo de su propiedad personal, la propiedad y ella estaban por completo en manos del marido. Dicho Código fué obra, en gran parte, del Consejo de Estado. Napoleón parece haber sido más bien una rémora que una ayuda a sus deliberaciones. Gustaba de acudir inopinadamente a sus sesiones, y de favorecer a sus miembros con largos y egotísticos monólogos, que a menudo no tenían nada que ver con la cuestión de que se estaba tratando. El Consejo le escuchaba con profundo respeto; era todo lo que el Consejo podía hacer. Napoleón, sin gratitud por esta deferencia acostumbraba a tener a los consejeros hasta horas absurdas y se vanagloriaba de resistir al sueño mejor que los infelices. Más tarde, en sus años finales, recordaba con particular satisfacción estas discusiones, y en una ocasión hizo observar que su gloria consistía, más que en haber ganado cuarenta batallas, en haber creado el Código Napoleón. Realmente, descontando algunos inaccesibles misterios legales, que hubieran podido evitarse bien llanamente, este Código fué una buena cosa. Reunió, revisó y aclaró un montón enorme y desordenado de leyes nuevas y viejas. Como toda la obra constructiva de Napoleón, este Código era de una aplicación inmediata, definiendo cosas y relaciones de tal modo que pudieran ponerse en práctica sin necesidad de más aclaraciones. El que muchas veces la definición fuera mala o equivocada, eso ya es harina de otro costal, y desde luego era considerada como de secundaria importancia. Detrás de esta codificación, no había una verdadera fuerza

intelectual; entendiendo por fuerza algo distinto de energía. Todo lo existente era tomado como verdad inconclusa y demostrada. Las ideas fundamentales de la comunidad civilizada y de las condiciones de la cooperación humana atravesaban entonces un proceso de reconstrucción, del que Napoleón no se dió la menor cuenta. Se limitó a aceptar una fase de la transformación, y trató de fijarla para siempre. Todavía hoy se encuentra Francia oprimida y sujeta en esta camisa de fuerza más que secular en que Napoleón la metiera. La situación de la mujer, la del obrero, la del campesino, quedaron definidas por este Código; y mujer, obrero, y campesino todavía siguen debatiéndose en la trampa de sus rígidas definiciones.

Esta tonificación de Francia, demasiado presurosa y forzada para ser eficaz, que como primera providencia emprendiera Napoleón, formaba solamente parte del vasto proyecto egotista que ocupara su espíritu, concentrado en la idea de un nuevo cesarismo. En 1802 se hizo nombrar Primer Cónsul vitalicio, con la facultad de elegir él mismo su sucesor, y su intención manifiesta de anexionarse a Holanda e Italia, no obstante las obligaciones estipuladas, hizo bambolearse terriblemente, desde su mismo comienzo, la Paz de Amiens. Puesto que sus proyectos debían fatalmente provocar una guerra con Inglaterra, lo sensato habría sido mantenerse, a toda costa, tranquilo hasta que su flota hubiese superado a la inglesa; lo que no habría sido difícil, dados los grandes recursos de construcción naval de que disponía y la debilidad del Gobierno inglés a la sazón. Tres o cuatro años habrían sin duda bastado para invertir aquella proporción de las fuerzas navales. Pero, a pesar de su dura experiencia de Egipto, es lo cierto que Napoleón no se había aún dado cuenta de la importancia del dominio del mar, y tampoco tenía la solidez mental necesaria para un juego de paciencia y de preparación. En 1803, su ocupación de Suiza precipitó la crisis, y de nuevo estalló la guerra con el Reino Unido. El endeble Addington fué reemplazado, en el Gobierno inglés, por Pitt, mucho más grande estadista. El resto de la historia de Napoleón gira alrededor de esta guerra.

Durante el período del Consulado, el Primero Cónsul desplegó una gran actividad en fomentar las carreras de sus hermanos y hermanas. Esto era muy humano, muy de tribu y muy corso, y nos ayuda a comprender exactamente cómo valoraba su posición y las oportunidades que se le ofrecían. Pocos de nosotros pueden vivir sin un público que nos contemple, y el primer público de nuestra infancia es, naturalmente, la familia; la mayoría vivimos hasta el final de nuestros días agitados por el deseo de impresionar a nuestros parientes, cercanos y lejanos. Son muy pocas las "cartas a casa" de hombres, o mujeres, triunfantes, en que

aparezcan los encantos de la modestia y del olvido de sí mismo. Unicamente las almas elevadas, como la de Jesús de Nazareth, pueden decir de todo el mundo: "¡Mirad mi madre y mis hermanos!" Un gran factor en la formación de Napoleón fué el deseo de sorprender, de maravillar y de dominar a los demás miembros de la familia Bonaparte, y vecinos. Así, ascendió a sus hermanos a alturas ridículas, pues todos ellos eran hombres vulgarísimos. ¡Los pedigüeños Bonapartes estaban de suerte! ¡Seguramente que toda Córcega estaba con la boca abierta! Pero una persona que le conocía bien a fondo no estaba ni maravillada ni dominada. Esta persona era su madre. Napoleón le enviaba dinero abundante que gastar y con que asombrar a los vecinos; la exhortaba a vivir con fasto, como convenía a la madre de un hijo tan prodigioso. Pero la buena señora, que había vapuleado al Hombre del Destino a los diez y seis años por hacer muecas a su abuela, no se dejaba deslumbrar ni engañar por él a los treinta y dos. Ya podía Francia entera adorarle, que ella no se hacía ilusiones, y ahorraba el dinero que recibía, siguiendo sus hábitos de mujer económica. "Cuando todo eso se acabe —decía—, ya te alegrarás de mis ahorros".

§ 4. *Napoleón I, Emperador, 1804-14*

No detallaremos los pasos por los cuales llegó Napoleón a emperador. Su coronación fué la más extraordinaria resurrección de historia añeja que es posible imaginar. Ya no era César el modelo: Napoleón jugaba ahora a Carlomagno. Así, fué coronado emperador en la catedral de Nuestra Señora de París, con Su Santidad Pío VII expresamente traído de Roma para efectuar la ceremonia; siendo de notar que en el momento supremo de ella Napoleón tomó la corona, apartó a un lado al Papa y se coronó con sus propias manos. El lector atento de este ESQUEMA sabrá que, mil años antes, esto habría tenido una honda significación; pero la verdad es que en 1804 resultó una escena ridícula. En 1806, Napoleón resucitó otra venerable antigualla y, todavía siguiendo las huellas de Carlomagno, coronóse a sí mismo con la corona de Lombardía en la catedral de Milán. Todas estas mojigangas estaban destinadas a ejercer un efecto maravilloso sobre la imaginación de la Alemania occidental, que se esperaba recordase así que también había formado parte del Imperio de Carlomagno.

Las cuatro Repúblicas hermanas de Francia iban ahora a convertirse en reinos; en 1806, Napoleón destinaba a su hermano Luis a Holanda y a su hermano José a Nápoles... Pero la historia de los reinos subordinados que creó en Europa, aunque este libre mangoneo de fronteras ayudó a la ulterior unificación de Italia y Alemania, es demasiado compleja y fugaz para este ESQUEMA.

El pacto entre el nuevo Carlomagno y el nuevo León III no duró mucho tiempo. En 1807 Napoleón empezó a intimidar a Su Santidad, y en 1811 se lo llevó prisionero a Fontainebleau, procedimientos pocos sensatos, que tuvieron por consecuecia enajenarle toda la opinión católica, como su coronación le enajenara toda la opinión liberal. En suma, dejó de ser el hombre tanto de los nuevos como de los viejos. A los nuevos, les había hecho traición; a los viejos, no había sabido atraérselos. Acabó por ser él el único que creía en Napoleón y por no tener, como partidario sincero, más que a sí mismo.



Napoleón I Emperador

Igualmente poco sensato parece que anduvo en la política internacional, que de nuevo sumía a Europa en una serie de contiendas armadas. Habiendo reñido con Inglaterra demasiado pronto, concentró en Boulogne (1804) un gran ejército destinado a la conquista de Inglaterra, sin tener en cuenta la situación naval. Hasta acuñó una medalla y mandó erigir una columna en Boulogne para conmemorar el triunfo de la proyectada invasión. Según este plan, verdaderamente napoleónico, la flota inglesa iba a ser atraída arteramente adonde no estorbase, el ejército de Boulogne iba a cruzar el canal en una flotilla de barcas y almadías, y Londres sería capturado en un abrir y cerrar de ojos. Al mismo tiempo sus agresiones en la Alemania meridional obligaban a Austria y a Rusia a formar una estrecha coalición contra él. En 1805, por si aun podía quedarle alguna esperanza de victoria final, los almirantes ingleses Calder y Nelson le asestaban dos golpes fatales. En el mes de julio, el primero infligía un serio revés a la flota francesa en la bahía de Vizcaya; en el mes de octubre, el segundo destruía las escuadras conjuntas de Francia y España en la batalla de Trafalgar, no sin morir a bordo de su nave *Victory*. Este desastre dejaba a Napoleón frente a Inglaterra convertida en enemiga implacable, invencible e inasequible, en condiciones de atacar a su antojo en todas las costas de Europa.

Pero, durante algún tiempo, la herida mortal de Trafalgar fué cuidadosamente escondida a la opinión francesa, a quien se informó simplemente de que "las tempestades habían ocasionado la pérdida de unos cuantos navíos de línea después de una lucha imprudente". A raíz de la victoria de Calder, Napoleón había sacado

su ejército de Boulogne, y atravesando a la carrera media Europa, había derrotado magníficamente a los ejércitos rusos y austríacos en Ulm y en Austerliz. Bajo estos auspicios poco halagüeños, Prusia entró en guerra contra él, para ser completamente derrotada y hecha pedazos en la batalla de Jenna (1806). Aunque Austria y Prusia estaban deshechas, Rusia continuaba en estado de combatir, y el año siguiente fué consagrado a este innecesario enemigo, contra el cual un gobernante más hábil y más sensato no habría tenido nunca que luchar. No nos es posible seguir en detalle las dificultades de la campaña de Polonia contra Rusia. Napoleón lo pasó bastante mal en Pultuk, lo que no obstó para que fuese anunciada en París como una brillante victoria francesa, y de nuevo en Eylau, pero al fin logró vencer a los rusos en Friedland (1807). Como las armas francesas aún no habían pisado territorio ruso, éstos podían considerarse tan poco vencidos como los ingleses; pero aquí tuvo Napoleón una suerte extraordinaria, que de momento arregló la situación a su conveniencia. Fuera habilidad, fuera azar, fueran ambas cosas, el caso es que logró inducir al zar Alejandro I, joven y ambicioso —acababa precisamente, de cumplir los treinta años— a una alianza. Los dos emperadores celebraron varias entrevistas sobre un pontón, en medio del río Niemen, en Tilsit, y llegaron a una avenencia.


El Zar Alejandro I.

Esta entrevista dió ocasión a que ambos protagonistas cambiasen entre sí una porción de sublimes sandeces. Alejandro se había empapado de liberalismo —un liberalismo muy acomodaticio, desde luego— durante su educación en la corte de Catalina II, y era partidario entusiasta de la libertad, de la enseñanza, y en general, del nuevo orden de ideas— supeditadas, claro está, a su propia preeminencia—. "Él habría dado, con verdadero júbilo, la libertad a todo el mundo, con tal de que todo el mundo hubiese estado dispuesto a hacer lo que a él le pareciera" —decía de él uno de sus íntimos—. Y más de una vez había declarado Alejandro que él habría abolido la servidumbre en Rusia, aunque le hubiera costado la cabeza, "de creer que la civilización hubiera ido ganando con ello". Y si ahora hacía la guerra a Napoleón —decía— es porque Napoleón era un tirano, del que había que librar a Francia. Pero después de Frieldand, ya empezó a ver Napoleón con otros ojos.

Para Napoleón, el encuentro con Alejandro debió ser en exextremo halagüeño. Aqué era su primer coloquio, mano a mano, en condiciones de igualdad, con un emperador. Como todos los hombres de visión limitada, este hombre era un advenedizo hasta los tuétanos, como bien claro lo muestra su continua preocupación de los títulos; y no cabe duda que debió halagarle profundamente el que un emperador de veras, un emperador nato, pareciera tomar en serio su emperaduría de tres años, y equipararla a su auténtico imperialismo moscovita. De todas maneras, el caso es que dos imaginaciones, de tipo bastante semejante, se reconocieron hermanas en aquella entrevista de Tilst, y se remontaron juntas en altas especulaciones políticas. "¿Qué es Europa?" —decía Alejandro—. "¡*Nosotros* somos Europa!". En este estado de ánimo discutieron los asuntos de Prusia y de Austria, se dividieron anticipadamente Turquía, arreglaron la conquista de la India, y en realidad de casi toda Asia, sin contar Filandia, que Rusia arrebataría a los suecos. La única cosa, bastante desagradable, que no tuvieron en cuenta, fué que la mayor parte del planeta era mar, y que sobre el mar la flota inglesa continuaba siendo la dueña de la situación. Otra cosa que también se le pasó enteramente por alto a Napoleón fué la realidad de Polonia, dispuesta a levantarse y a convertirse en el más apasionado aliado de Francia en cuanto Napoleón lo hubiese querido. Pero esta ceguera constante a la situación polaca es una de las características de la historia napoleónica. En suma, aquella jornada de Tilsit fué un día de visiones, sin la menor visión. Por otra parte, parece que, aun entonces, escondió el atrevido pensamiento de casar algún día con una princesa rusa, una verdadera princesa. Pero esto, como iba a aprender a su costa en 1810, era realmente ir un poco demasiado lejos.

Después de Tilsit hubo un perceptible deterioro en la calidad de la fibra napoleónica. El Emperador de los Franceses tornóse cada día más irreflexivo, más impaciente ante los obstáculos, más y más endiosado y más insoportable a todo el mundo.

En 1808 cometió, además, un error craso. España, que era su aliada, estaba de hecho bajo su férula; pero, no bastándole esto, se le ocurrió deponer a su rey Borbón para colocar en su lugar a su hermano José, que ya era rey de las Dos Sicilias, y unir España y Portugal conquistado como ya estaba este último. No contó con los españoles, que se levantaron en masa, animados del más violento furor patriótico, y cercando a un ejército francés en Bailén le obligaron a rendirse, sorprendente solución de continuidad en la carrera triunfal de las armas napoleónicas. Los ingleses no fueron mancos en aprovechar el punto de apoyo que esta insurrección española les ofrecía. Un ejército británico, mandado por

Sir Arthur Wellesley, (más tarde duque de Wéllintgton), desembarcó en Portugal, derrotó a los franceses en Vimiero y les obligó a retirarse a España. La noticia de estos reveses produjo una gran excitación en Alemania y Austria, y el zar asumió una actitud más arrogante con su aliado.

Hubo otro nuevo encuentro de los dos autócratas en Erfurt, en el cual el zar se mostró manfiestamente menos dócil que en el pasado a la deslumbrante táctica de Napoleón. Siguieron cuatro años de inestable "supremacía" para Francia, durante los cuales las fronteras de Europa sufrieron no pocas mudanzas. El imperio personal de Napoleón acrecióse por medio de francas anexiones, que incluían Holanda, gran parte de la Alemania occidental, de Italia y de la costa oriental del Adriático. Pero una tras otra las colonias francesas fueron cayendo en manos de los ingleses, y el ejército español, ayudado por el inglés, poco a poco iba haciendo retroceder hacia el Norte de la Península a las armas francesas. Toda Europa estaba ya cansada de Napoleón e indignada contra sus manejos; ya no eran sus adversarios simplemente monarcas y ministros, sino pueblos en masa. Los prusianos, después del desastre de Jena en 1807, se habían consagrado a poner su casa en orden. Bajo la guía de Freiherr von Stein, habían acabado con su feudalismo, abolido la servidumbre y los privilegios, organizado la instrucción pública y el patriotismo popular; realizado, en fin, sin luchas intestinas, casi todo lo que Francia consiguiera en 1789. Allá por el 1810, una nueva Prusia existía, núcleo de una nueva Alemania. Y Alejandro I, inspirado al parecer por delirios de supremacía mundial aún más insensatos que los de su rival, trataba de aparecer nuevamente como el amigo de la libertad. Por otra parte, en 1810 se producían nuevos roces entre él y Napoleón, por la oposición a las ambiciones matrimoniales de este último, que estaba en tren de divorciarse de Josefina, so pretexto de su esterilidad y de la precisión de asegurar la continuidad de la "dinastía". Defraudado de su princesa rusa, deairado realmente por Alejandro, Napoleón volvióse hacia Austria y contrajo segundas nupcias con la archiduquesa María Luisa. Los estadistas austríacos, que se apresuraron a cederle su princesa, supieron realmente lo que se hacían. Por este matrimonio quedaba conquistado el sistema dinástico. Pudo haber sido el padre de un mundo nuevo y prefirió ser el yerno del antiguo.

Durante los dos años siguientes, Napoleón no hizo sino avanzar a pasos agigantados hacia su desastre final. Nadie creía ya en sus pretensiones. Ya no era el caudillo y el complemento de la revolución, ni el espíritu encarnado de un mundo nuevo, sino simplemente un autócrata más, y más autócrata, si cabe, que los otros. Se había enajenado a todos los hombres de espíritu libre y se ha-



bía puesto enfrente a la Iglesia. Reyes y jacobinos estuvieron de acuerdo cuando llegó el momento de su caída. Sólo la gente vil y venal le sostuvo, por creer aún que tenía el secreto del éxito. Inglaterra era ahora su enemiga implacable, España ardía en contra suya con un fuego que seguramente un corso estaba bien calificado para comprender; no se precisaba más que una ruptura con Alejandro, para que todo su imperio de farsa y de tramoya se viniera ruidosamente a tierra. Y la ruptura llegó. Los sentimientos de Alejandro por Napoleón habían sido siempre muy heterogéneos; envidiaba a Napoleón como rival más brillante, al mismo tiempo que le despreciaba como plebeyo y advenedizo. Alejandro, además, se había creado a sí mismo una especie de aureola tan vaga como sentimental. Entregado a la religión y el misticismo, se le había ocurrido que Dios le tenía en reserva la misión de salvar a Rusia, y al mundo, y, por ende, de destruir a Napoleón. En este respecto, tenía una grandeza imaginativa que faltaba a Napoleón. Bien es verdad que el salvar a Europa le parecía perfectamente compatible con la anexión de Filandia, de media Polonia, de buena parte del imperio turco, etc. El espíritu de este hombre se movía realmente en una especie de niebla luminosa. Además, y muy particularmente, deseaba reanudar el comercio con Inglaterra, al

que Napoleón se opusiera. Pues todo el comercio alemán se había desarticulado y las clases mercantiles estaban amargadas por el "sistema continental" napoleónico, cuyo objeto era arruinar a Inglaterra por la exclusión de los productos ingleses de todos los mercados de Europa. Y Rusia había sufrido las consecuencias aún más que Alemania.

El rompimiento vino en 1811, al retirarse Alejandro del famoso "sistema continental". En 1812 un gran ejército francés, de 600.000 hombres, empezó a moverse hacia Rusia, bajo el mando supremo del mismo emperador. La mitad, próximamente, de estas fuerzas eran francesas; el resto provenía de los aliados de Francia y de los pueblos sometidos. Era un ejército conglomerado, como el ejército de Darío o el de Kavadh. La guerra con España aun continuaba en pie; Napoleón no había hecho la menor tentativa seria para ponerle fin. Sin embargo, esta guerra ocupaba cerca de 250.000 soldados franceses.

Napoleón se abrió paso a través de Polonia y de Rusia hacia Moscou, adonde quería llegar antes de que cerrase el invierno, con el ejército ruso rehusando casi constantemente la batalla y batiéndose paulatinamente en retirada; pero, aun antes de que cerrase el invierno, ya la posición del ejército francés se hizo bastante crítica. Moscou fué tomado, en la esperanza de que ello obligaría a Alejandro a pedir la paz. Pero Alejandro no quiso pedir la paz, y Napoleón se encontró en una posición muy semejante a la en que estuvo Darío 2300 años antes en el Sur de Rusia. Los rusos, todavía invencidos en una acción decisiva, cortaban de continuo las comunicaciones del ejército francés, dificultaban su aprovisionamiento, diezmaban sus filas, esparcían la enfermedad entre ellas: aun antes de llegar a Moscou, ya había perdido Napoleón 150.000 hombres. Pero Napoleón no tenía la prudencia de Darío, y no quiso retirarse. El invierno fué desusadamente benigno en un principio, durante bastante tiempo, y nada le habría impedido de batirse a su vez en retirada; pero en lugar de ello, se quedó en Moscou, urdiendo planes imposibles y perdiendo el tiempo. En todas sus anteriores aventuras militares había tenido, realmente, una suerte milagrosa; pero ahora le había tocado la vez de caer en las redes del Destino, y esta vez no escaparía, como escapó en Egipto. Por un momento, quizás tuvo la idea de invernar en Moscou, pero los rusos incendiaron casi toda la ciudad y fuerza fué abandonarla.

El mes de octubre estaba avanzado, demasiado avanzado, cuando decidió la vuelta. Después de una tentativa ineficaz para romper a través de una nueva línea de retirada hacia el Sudoeste, no tuvo más remedio que tomar por el mismo país que devastara en su avance, al frente de los supervivientes de la *Grande Armée.*

Distancias inmensas le separaban de todo territorio amigo. El invierno no parecía tener gran prisa. Durante una semana, el Gran Ejército batalló entre el cieno: luego vinieron, al fin, las heladas, y luego los primeros copos de nieve, y, por fin, la nieve, la nieve, interminablemente...

Gradualmente, la disciplina fué desapareciendo. El ejército, hambriento, se dispersó en busca de víveres, hasta convertirse en verdaderas bandas de merodeadores. Los campesinos, aunque no hubiera sido sino por defenderse, se levantaron contra ellos, asechándolos y exterminándolos siempre que la ocasión se presentaba. Una nube de caballería ligera —escitas aún, como los de Darío— les daba caza. Esta retirada es una de las grandes tragedias de la Historia.

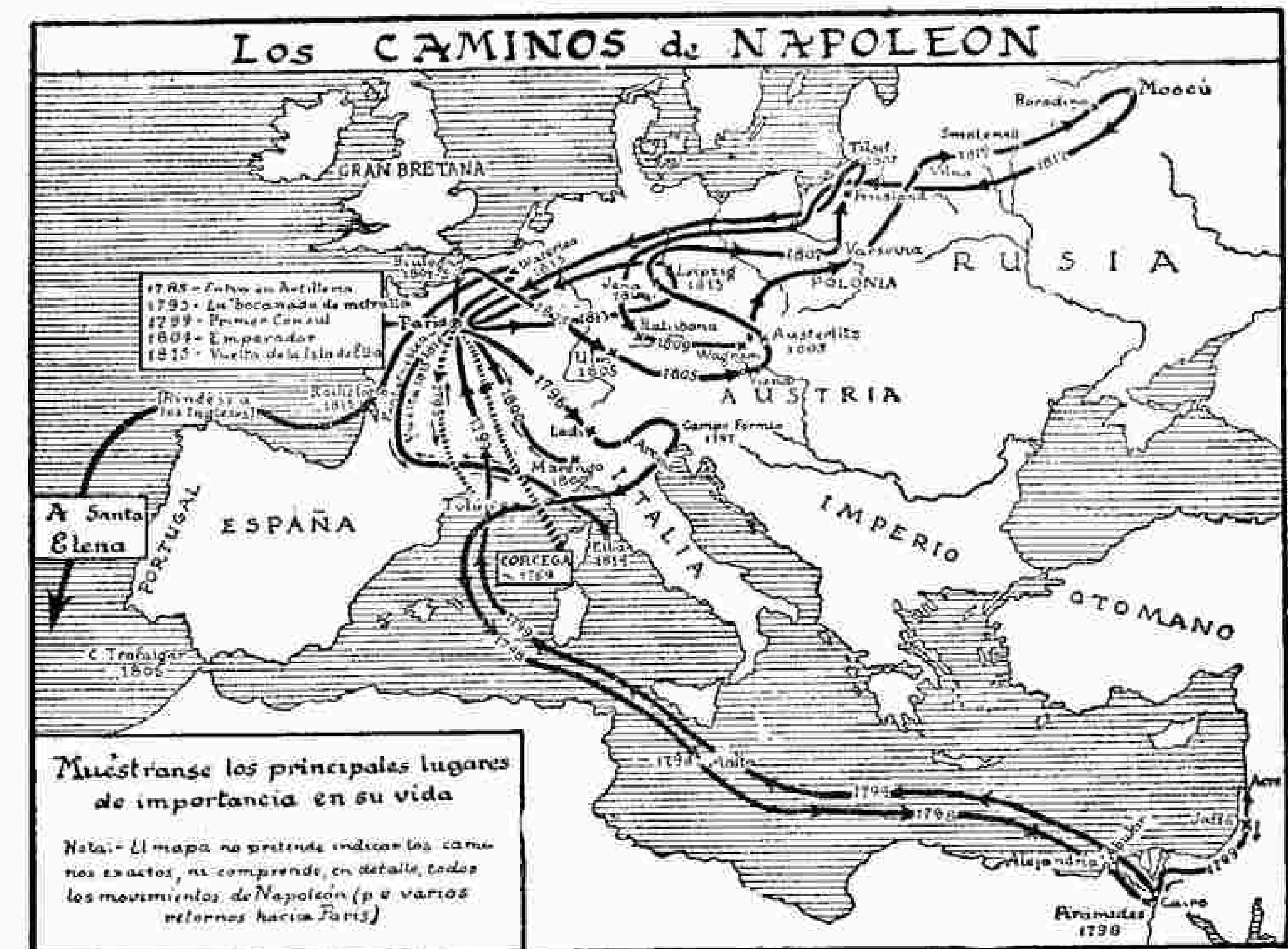
Por fin, Napoleón y su Estado Mayor, con un puñado de guardias y ayudantes, reaparecieron en Alemania, sin más ejército que un pelotón de hombres desmoralizados y exhaustos. El grueso del ejército, *la Grande* Armée, bajo el mando de Murat, llegó a Königsberg en un estado disciplinado, pero solamente en número de un millar, los que fueran 600.000. De Königsber, pasó Murat a Posen. El contingente prusiano se había vendido a los rusos; los austríacos habían huído por el Sur hacia su tierra. Por todas partes, los restos de este brillante ejército, fugitivos, escuálidos, enfermos y harapientos, iban esparciendo las nuevas del desastre.

La magia de Napoleón, su milagroso prestigio, estaban casi extintos, a punto de desvanecerse definitivamente. No atreviéndose a permanecer con sus tropas en Alemania, dirigióse apresuradamente a París; y en medio del naufragio de sus sueños de imperio mundial, resistiéndose a darse por vencido, ordenó nuevas levas de soldados y la formación de nuevos ejércitos. Austria se volvió contra él (1813), y puede decirse que toda Europa estaba ávida de levantarse contra este fideicomiso infiel de la libertad, contra este mero usurpador. El había hecho traición al mundo nuevo en favor del viejo, y he aquí ahora que este viejo mundo salvado y vivificado por él le destruía. Prusia se levantó en armas, y la "Guerra de la Liberación" alemana comenzó. Suecia se unió a sus enemigos. Poco más tarde, rebelóse Holanda. Murat había conseguido reunir unos 14.000 franceses en torno de un núcleo disciplinado de Posen, y este ejército se retiró a través de Alemania, como podría retirarse un hombre que se hubiese metido en una jaula de leones narcotizados y se encontrase con que los efectos del narcótico se estaban evaporando. Napoleón, con fuerza de repuesto, tomó el mando en la primavera, ganó una gran batalla en Dresde, y luego, durante algún tiempo, pareció como si de pronto se hubiese hecho añicos intelectual y moralmente. Su

carácter se tornó de una irritabilidad enfermiza, con verdaderos ataques de inacción. Así, no hizo nada por aprovechar los resultados de la batalla de Dresde. En el mes de septiembre tuvo lugar la "Batalla de las Naciones", alrededor de Leipzig, tras la cual, los sajones, que habían hasta entonces seguido la estrella napoleónica, se pasaron a los aliados. El final del año vió a los franceses obligados a refugiarse, vencidos, en Francia. La campaña de 1814 fué la campaña decisiva. Francia fué invadida por el Este y por el Sur; suecos, alemanes, austríacos y rusos cruzaron el Rhin; los ingleses y los españoles transpusieron los Pirineos. Una vez más, Napoleón se defendió brillantemente, pero inútilmente también. Los ejércitos del Este, más bien que derrotarle, le rebasaron, y París capituló en marzo. Poco más tarde, abdicaba en Fontainebleau el emperador. En Provenza, camino del campo, una turba realista puso en peligro su vida.

§ 5. *Los Cien Días.*

Este era el término propio y natural de la carrera meteórica de Napoleón. Así debía cerrarse esta correría de un intolerable egotista a través de los comienzos desordenados de una nueva Era. Como no podía menos de suceder, su fin había llegado. Y si realmente hubiese en el hombre más prudencia y cordura de la que hay, éste sería el momento en que tuviéramos que contar las hazañas de la ciencia humana y de la buena voluntad aplicadas a remediar la obra de la deslealtad y la soberbia que el nuevo autócrata interrumpiera, la obra de construcción de un sistema mundial de justicia y libre esfuerzo, en lugar de la bancarrota del orden antiguo. Pero, por desgracia, estamos muy lejos de poder contar semejante epopeya. La ciencia y la cordura y aun el más elemental sentido común, brillaban por su ausencia del gran consejo de los Aliados. Allí estaba el vago humanitarismo y la vanidad soñadora del zar Alejandro, allí estaban los un tanto deteriorados Hasbsburgos de Austria, y los rencorosos Hohenzollern de Prusia, y las tradiciones aristocráticas de Inglaterra, todos ellos todavía asustados por la revolución y con la conciencia cargada de pecados grandes y pequeños; pero lo que no vino al Congreso fué ningún pueblo. Sólo monarcas y ministros de Estado. Pero, ¡ay!, que aunque se muela un Ministerio de Estado en el más sangriento de los morteros de guerra, siempre le quedarán sus condenados hábitos diplomáticos. Aun no se había acabado de reunir el Congreso, cuando ya los diplomáticos asistentes se ponían a maquinar, a escondidas unos de otros, secretos tratados y acuerdos. Nada podría igualar la pomposa frivolidad del Congreso que se reunió en Viena, tras una magnífica visita de ceremonia de los



soberanos aliados a Londres. La parte oficial del Congreso era muy importante, las damas abundaban, había una constelación interminable de estrellas y uniformes, las comidas de gala y los bailes no acababan nunca, las brillantes anécdotas, el ingenio y el champagne chispeaban inacabablemente. Si los dos millones de muertos en el campo de batalla reían las graciosas ocurrencias, admiraban las brillantes reuniones y se maravillaban de los diplomáticos, es cosa que no hemos sabido nunca. Pero es de esperar que sus pobres espectros también sacarían algo de la función. El espíritu más brillante de la asamblea era un tal Talleyrand, uno de los príncipes de Napoleón, hombre lucidísimo en verdad, que antes de la revolución fuera clérigo, que después de victoriosa ésta propusiera la confiscación de los bienes eclesiásticos, y que ahora era partidario de volver a traer al trono de Francia a los Borbones.

Los aliados, siguiendo la costumbre de los Congresos de Paz, desperdiciaron preciosamente el tiempo en rapaces disputas; en tanto, los Borbones volvieron a Francia. Con ellos volvió el resto de los emigrados, ávidos de restitución y de venganza. Se había acabado con un gran egotismo, solamente para sustituirlo con una muchedumbre de egotistas pequeños y más mezquinos. El nuevo rey era hermano de Luis XVI; apenas tuvo noticia de que su

sobrino el delfín (Luis XVII) había muerto en el Temple, se apresuró a endosarse el título de Luis XVIII. Era un personaje gotoso y chabacano, quizás no mal intencionado, pero símbolo acabado del antiguo régimen. Todo lo que había de joven y de nuevo en Francia sintió la tremenda amenaza de reacción que venía con él. ¿Dónde estaba la liberación? Todo quedaba reducido a una nueva tiranía, pesada, torpe y sin gloria, en lugar de la tiranía activa y brillante que había sido la napoleónica. ¿Es que no había acaso para Francia otra espernaza que aquélla? Los Borbones mostraron especial malignidad contra los veteranos de "la Grande Armeé", y Francia se veía en aquellos momentos atestada de prisioneros de guerra devueltos, que se encontraban bajo la amenaza de una persecución. Napoleón había sido despachado, con parte de su séquito, a la isla de Elba, donde podía jugar al emperador y a la ínsula Barataria a sus anchas. Se le reconoció el derecho a seguirse llamando Majestad y a conservar cierta pompa. La caballerosidad, o el capricho, de Alejandro I, había insistido en que se tratase con estos miramientos a su rival caído. Los Habsburgos, que adularan servilmente sus triunfos, le habían quitado su emperatriz Habsburgo y se la habían llevado a Viena, parece que sin la menor resistencia por parte de ella. Napoleón no debía volver a verla.

Al cabo de once meses de Elba, Napoleón juzgó que ya Francia había tenido suficiente borbonismo y, logrando burlar la vigilancia de las naves inglesas que guardaban la isla, desembarcó en Cannes, pronto a jugar su última partida con el destino. Su marcha hacia París, fué una procesión triunfal, sobre un camino alfombrado de escarapelas blancas. Durante cien días, "los Cien Días" fué de nuevo el amo de Francia.

Su vuelta creó una situación singularmente embarazosa para todo francés honrado. Por un lado, había este aventurero que hiciera traición a la república; por el otro, la pesada rémora de la vieja monarquía restaurada. Los aliados no querían volver ni siquiera a oír hablar de una nueva experiencia republicana; había pues, que escoger entre los Borbones o Napoleón. ¿Qué de extraño, así, que toda Francia estuviera con Napoleón? Además, éste volvía asegurando que era otro hombre; ya no habría más despotismo, se respetaría el régimen constitucional...

Napoleón reunió un ejército e hizo algunas tentativas de paz con los aliados. Cuando vió que estos esfuerzos eran inútiles, cayó rápidamente sobre los ingleses, holandeses y prusianos en Bélgica, esperando derrotarlos antes de que llegaran los austríacos y los rusos. Realmente, estuvo muy a punto de ello. En Ligny, batió a los prusianos, pero no suficientemente; y, en cambio, fué definitivamente derrotado por la tenacidad de los ingleses, mandados

por Wéllington, en Waterloo (1815), habiendo acabado de decidir la batalla la llegada de los prusianos, al mando de Blücher, que cayó sobre el ala derecha del ejército francés. Waterloo fué un verdadero desastre; Napoleón qudó sin apoyo y sin la menor esperanza de poder rehacerse. El país le abandonó de nuevo; todos los que habían acudido a su llamamiento se apresuraron ahora a atacarle, para borrar así el error. Un gobierno provisional, que se formó en París le ordenó la salida de Francia.

Napoleón pensó en traladarse a los Estados Unidos, pero Rochefort, adonde fué con este objeto, estaba vigilado por los cruceros ingleses. Francia, ya desilusionada y de nuevo, quieras que no, borbónica, no le dejó más tiempo para decidirse. Tuvo que embarcarse en una fragata inglesa, el *Belerofonte*, pidiendo al gobierno inglés le recibieran en calidad de refugiado. Pero, tratado como prisionero fué llevado a Plymouth, y de allí, en línea recta, al lejano y solitario islote tropical de Santa Elena.

Allí permaneció hasta su muerte, de cáncer, en 1821, consagrado principalmente a la preparación de sus *Memorias*, que debían presentar los acontecimientos capitales de su azarosa existencia a una luz engañosa y atrayente, al tiempo que trataban de atenuar y disculpar sus errores. Algunos de sus acompañantes ponían por escrito sus coloquios o monólogos y anotaban sus impresiones.

Estas obras tuvieron una boga inmensa en Francia y el resto de Europa. La Santa Alianza de los monarcas de Rusia, Austria y Prusia (a la que otros monarcas fueron invitados a adherirse) trabajó bajo la ilusión de que, derrotando a Napoleón, habían derrotado a la Revolución, atrasado el reloj del destino y restablecido la monarquía absoluta, esta vez sobre una base santificada y para siempre. El documento cardinal del proyecto de la Santa Alianza, dicen que fué redactado bajo la inspiración de la baronesa de Krüdener, que parece se había convertido en la directora espiritual del zar de Rusia. Comenzaba diciendo: "En nombre de la Santísima e Indivisible Trinidad", y comprometía a los monarcas participantes "a considerarse en relación a sus súbditos y ejércitos como padres de familia", y considerándose unos a otros como compatriotas", a sostenerse unos a otros, a proteger la verdadera religión y a estimular a sus súbditos a fortificarse y ejercitarse en la práctica de los deberes cristianos. Cristo, según se declaraba, era el verdadero rey de todos los pueblos cristianos —un rey verdaderamente merovingio, podría haberse observado— con todos aquellos monarcas reinantes como mayordomos de su palacio. El soberano inglés no pudo firmar este documento; el papa y el sultán no fueron invitados; el resto de los monarcas europeos, incluso el rey de Francia, se adhirieron. Unicamente el rey de Polonia; no firmó, por la buena

razón de que no había tal rey de Polonia; Alejandro, en un estado de piadosa abstracción, continuaba tranquilamente entronizado sobre la mayor parte de Polonia. La Santa Alianza nunca se convirtió en una alianza legal de Estados, antes bien, cedió el lugar a una liga de naciones efectiva, el Concierto de Europa, a la que en 1918 se adhirió Francia, y de la que en 1822 se retiró Inglaterra.

Siguió un período de paz y de pesada opresión en Europa, sobre la cual se erguía Alejandro con sus posturas de ortodoxia, devoción e inagotable contento de sí mismo. Muchos pueblos, en aquellos días desdichados, hasta se sentían dispuestos a considerar a Napoleón con indulgencia y a aceptar como buena su pretensión de que, al afirmarse a sí mismo, había también, por modo un tanto inexplicable, afirmado la Revolución y afirmado a Francia. El caso es que, a su muerte, comenzó ya a desarrollarse su culto, como algo místicamente heroico; verdadero "culto del napoleonismo", que aun perdura en nuestros días.

§ 6. *El Mapa de Europa en* 1815.

Durante cuarenta años, la idea de la Santa Alianza, el Concierto de Europa que de ella brotara, y la serie de congresos y conferencia que sucedieron a dicho Concierto, mantuvieron una paz insegura en la extenuada Europa. Dos cosas, principalmente, impidieron que este período fuera de una completa paz social e internacional, y prepararon el ciclo de guerras de 1854 a 1871. La primera: la tendencia de los gobiernos a restablecer los privilegios injustos y a inmiscuirse en la libertad de pensamiento, de expresión y de enseñanza. La segunda: el imposible sistema de fronteras determinado por los diplomáticos del Congreso de Viena.

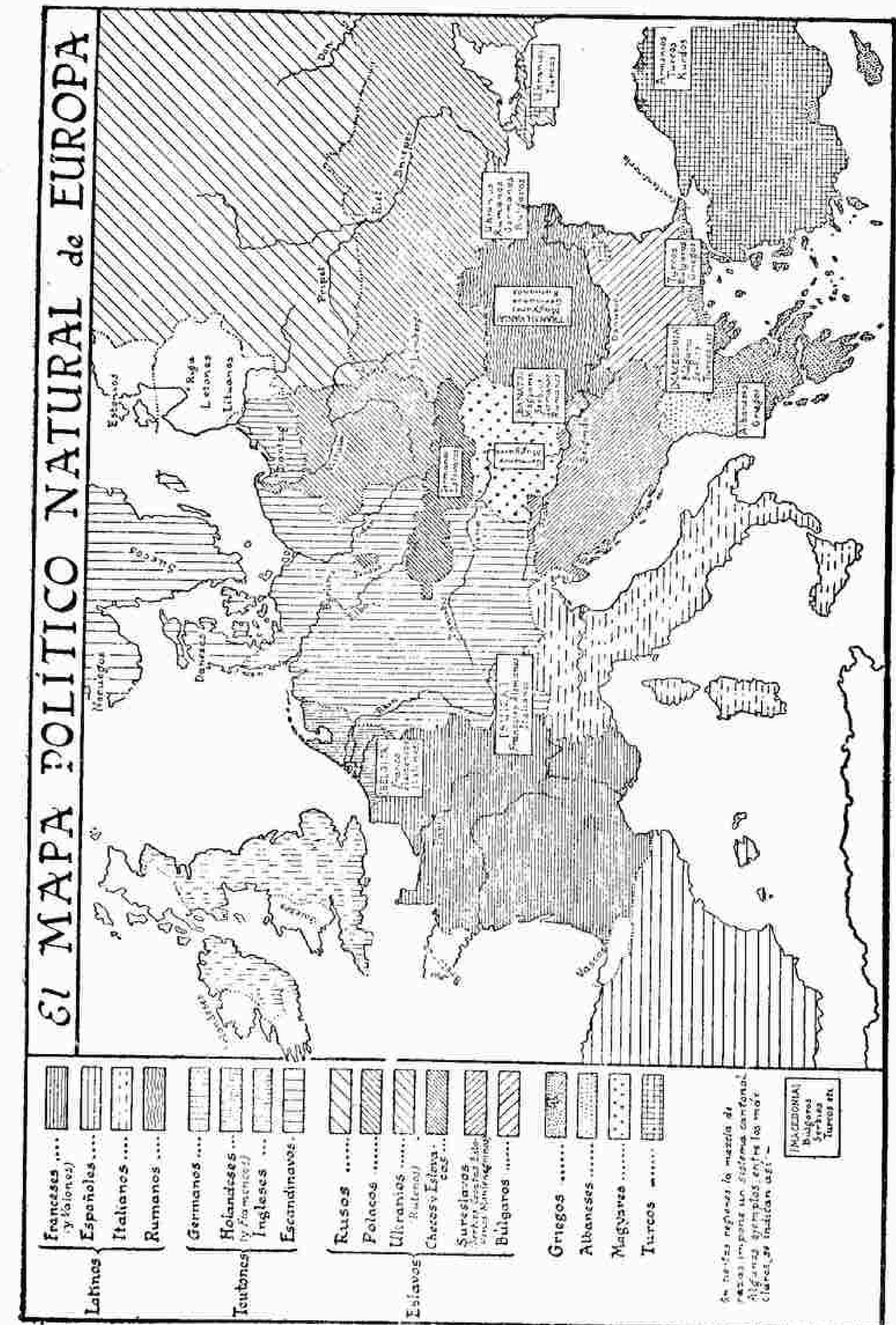
El pertinaz empeño de la monarquía en volver paso atrás, hacia la pasada situación, fué primero, y más especialmente manifiesto, en España donde hasta la Inquisición fué restablecida. Al otro lado del Atlántico, las colonias españolas habían seguido el ejemplo de los Estados Unidos y se habían rebelado contra el sistema europeo de grandes potencias, cuando Napoleón colocara a su hermano José en el trono español (1810). El Wáshington de Sudamérica fué el general Bolívar. España no pudo sofocar aquella rebelión, que fué arrastrando penosamente, de modo muy semejante a la guerra de la Independencia norteamericana, hasta que, por último, se le ocurrió a Austria, de acuerdo con el espíritu de la Santa Alianza, proponer que los monarcas europeos ayudasen a España en aquella contienda. A esto ya se opuso, en Europa, Inglaterra; pero fué la pronta acción del presidente Monroe, de los Estados Unidos, en 1823, la que impidió, por manera rotunda y definitiva, esta proyectada restauración monárquica, anunciando que los Estados Unidos considerarían toda ampliación del sistema europeo en el hemisferio occidental como un acto de hostilidad. Este fué el nacimiento de la "doctrina Monroe", que preservó a América del sistema de Grandes Potencias durante cerca de cien años, permitiendo a las naciones de la América española desenvolver sus destinos con arreglo a una norma propia. Pero si el monarquismo español perdió sus colonias, pudo por lo menos, bajo la protección del Concierto de Europa, hacer lo que le dió la gana en Europa. Una insurrección popular española fué aplastada por un ejército francés en 1823, mediante el mandato de un congreso europeo; y, simultáneamente, Austria suprimía otra revolución en Napoleón. El espíritu activo en esta conspiración de los gobiernos contra los pueblos fué el estadista austriaco Metternich.

En 1824 murió Luis XVIII, siendo sucedido por su hermano menor, aquel conde de Artois que vimos rondar como emigrado por las fronteras francesas en 1789, quien, al subir al trono, tomó el nombre de Carlos X, y se dedicó sin pérdida de momento a destruir la libertad de la Prensa y de las universidades y a restablecer el gobierno absoluto, haciendo votar la suma de mil millones de francos para compensar a los nobles de los castillos incendiados y de los secuestros de 1789. En 1830, París se levantó contra esta personificación del antiguo régimen, reemplazándolo por el hijo de aquel siniestro Felipe, duque de Orleans, cuya ejecución fué uno de los más brillantes hechos del Terror. Las otras monarquías continentales, frente a la franca aprobación del movimiento por Inglaterra y a una intensa fermentación liberal en Alemania y Austria, no se entremetieron en este asunto. Al fin y al cabo, Francia continuaba siendo una monarquía. El nuevo rey, Luis Felipe (1830-48), fué el soberano constitucional de Francia durante dieciocho años. Cayó en 1848, año verdaderamente memorable para Europa, del que nos ocuparemos en el próximo capítulo.

Tales fueron los vaivenes y alternativas de la paz del Congreso de Viena, provocados por los manejos reaccionarios a que más tarde o más temprano, todas las monarquías, movidas por su misma naturaleza, acabaron entregándose. La tensión y el malestar a que dió lugar la irreflexiva y poco científica delimitación de fronteras por los diplomáticos, aún fueron más peligrosas para la paz del mundo. Es extraordinariamente difícil y arriesgado administrar a la vez pueblos que hablan idiomas diferentes y que, por tanto, tienen literaturas e ideas generales diferentes, en particular si estas diferencias son exacerbadas por discusiones religiosas. Unicamente un fuerte interés mutuo como las necesidades defensivas comunes de los montañeses suizos, puede justificar una íntima unión de pueblos de lenguas y creencias religiosas dispares; y aun en Suiza



hay, como compensación, la más amplia autonomía local. Sin contar que, cuando la tradición de grandes potencias esté bien muerta y enterrada, siempre podrán las poblaciones suizas gravitar hacia sus afinidades naturales en Alemania, Francia o Italia. Cuando, como en Macedonia, las poblaciones están mezcladas en un mosaico de aldeas y distritos, el sistema cantonal es una necesidad imperiosa. Pero si el lector contempla el mapa de Europa al clausurarse el Congreso de Viena, verá que sus agrupaciones parecen realmente como si hubieran sido planeadas con el propósito de provocar el máximum de exasperación local. Dicha división destruía, absolutamente sin necesidad, la república holandesa; amontonaba los protestantes holandeses con los católicos de habla francesa de las antiguas Flandes españolas (o austríacas, por mejor decir), y hacia un reino de los Países Bajos; entregaba, no simplemente la vieja república de Venecia, sino todo el Norte de Italia, hasta Milán, a los austríacos; combinaba la Saboya, de habla francesa, con un pedazo de Italia, a fin de restaurar el reino de Cerdeña; el conglomerado de Austria y Hungría, con su mescolanza ya suficientemente explosiva de nacionalidades discordantes, como ale-



manes, checoeslovacos, yugoeslavos, rumanos e italianos, era agravado aún más por la confirmación de las usurpasiones austriacas de Polonia en 1772 y 1795. El pueblo polaco católico y de espíritu republicano, era cedido en su mayor parte al zar de Rusia, cismático y autocrático, aunque una porción, importante también, era reservada a Prusia. El zar era confirmado en su adquisición de Finlandia, país enteramente ajeno a Rusia. Suecia y Noruega, tan desemejantes, eran reunidas bajo un mismo rey. Alemania, como verá el lector, era dejada en un estado particularmente peligroso de confusión. Prusia y Austria quedaban ambas, en parte dentro y en parte fuera de una Confederación germánica, que incluía una porción de Estados menores. El rey de Dinamarca entraba en esta Confederación, por virtud de ciertas posesiones de habla alemana en el Holstein. Luxemburgo era incluído también en ella, aunque su soberano era a la vez rey de los Países Bajos y muchos de sus habitantes hablaban francés. Embrollo absurdo, en suma, verdadero ultraje al sentido común de la humanidad, insensata desatención al hecho de que el pueblo que habla alemán y basa sus ideas sobre la literatura alemana, como el pueblo que habla italiano y basa sus ideas sobre la literatura italiana, y el pueblo que habla polaco y basa sus ideas sobre la literatura polaca, se encontrarán mucho mejor y más a gusto y serán más útiles y menos molestos al resto de la humanidad si se rige cada uno en su propio idioma, dentro del ruedo de su propia habla. ¿Es maravilla, acaso, que precisamente una de las canciones más populares en Alemania a la sazón rezara que "dondequiera se habla alemán, allí está la patria alemana?

Aun hoy mismo, se resisten los hombres a reconocer que las áreas de gobierno, o séase las naciones, no son materia de trato y ajuste entre emperadores, reyes y cancillerías. Hay *un mapa político del mundo natural y necesario* que se impone a estas entidades. Hay *una manera mejor posible, la mejor,* de dividir el mundo en áreas administrativas, y un modo mejor posible de gobierno para cada área, con arreglo al habla y a la raza de sus habitantes, y es el cometido o misión común de todos los hombres inteligentes asegurar aquellas divisiones y establecer aquellas formas de gobierno, haciendo caso omiso de diplomacias y banderas, "derechos" y melodramáticas "fidelidades" y sin tener para nada en cuenta el mapa político actual del mundo. El mapa político natural del mundo se afirma a sí mismo. Palpita, se estremece y se impacienta debajo del mapa artificial como un titán en una camisa de fuerza. En 1830, la Bélgica de habla francesa, estimulada por la corriente revolucionaria francesa, se rebeló contra sus asociados holandeses del reino de los Países Bajos. Las Potencias, aterrorizadas a la posibilidad de una república y de la anexión a Francia, se apresuraron a

pacificar la situación, y dieron a los belgas un soberano, Leopoldo I de Sajonia-Coburgo-Gotha, sacado de aquel rico criadero de monarcas que fué Alemania. También hubo en 1830 otras revoluciones ineficaces en Italia y Alemania, y una mucho más seria en la Polonia rusa. Un Gobierno republicano mantuvo Varsovia durante un año contra Nicolás I (que sucediera a Alejandro en 1825), y fué al fin extinguido con gran violencia y crueldad. El idioma polaco quedó prohibido, y la religión católica fué sustituída por la cismática griega como religión oficial.

Un estallido del mapa político natural europeo, ocurrido en 1821, logró, al fin, el apoyo de Inglaterra, Francia y Rusia, y fué la insurrección de los griegos contra los turcos. Durante seis años lucharon aquéllos desesperadamente, mientras los Gobiernos europeos miraban cruzados de brazos. La opinión liberal protestó contra esta inactividad; de todas partes de Europa vinieron voluntarios a unirse a los insurrectos, y al fin Inglaterra, Francia y Rusia emprendieron una acción conjunta. La flota turca fué destruída por la francesa y la inglesa en la batalla de Navarino (1827), y las tropas invadieron Turquía. Por el tratado de Andrinópolis (1829), Grecia fué declarada libre, pero no se le consintió reasumir sus antiguas tradiciones republicanas. Un rey, alemán como de costumbre, un tal príncipe Otto de Baviera, un tanto demente, pero de apostura suficientemente regia, fué instalado en el nuevo trono —hasta 1862, que habiendo provocado ciertas dudas sobre sus derechos divinos, fué expulsado—, y nombróse gobernadores cristianos para las provincias del Danubio (que son la Rumania actual) y Serbia (una parte de la región yugoeslava). Esta fué una concesión parcial al mapa político natural, pero aún tenía que correr mucha sangre antes de que los turcos fueran expulsados de estos territorios.

Poco más tarde, debía nuevamente afirmarse el mapa político natural en Italia y Alemania.

§ 7. *El Estilo Imperio*

El intento napoleónico de restaurar el Imperio Romano se reflejó con extremada fidelidad en la arquitectura, los trajes, el moblaje y la pintura del periodo. En todas estas cosas había un intento de resucitar las formas y el espíritu de la Roma imperial. Los peinados de las mujeres parecían haber salido de los museos a las calles; las columnatas, los arcos triunfales volvían a los puestos de honor en las grandes ciudades. París tuvo su Arco del Triunfo, y Londres, para no ser menos, su Arco de Mármol. El

barroco y los desarrollos del rococó del Renacimiento se eclipsaron en favor de fachadas más austeras. Canova, italiano, fué el gran escultor de la época. El pintor David se deleitó en heroicos desnudos, Ingres inmortalizó a las princesas Bonaparte como matronas y diosas romanas. Los monumentos públicos de Londres presentan a los respetables estadistas y monarcas como senadores o emperadores. Es natural que los Estados Unidos, cuando tuvieron que elegir un diseño para su escudo, optaran por un águila y pusieran en una de sus garras los rayos de Júpiter.

XXXIX

LAS REALIDADES Y FANTASIAS DEL SIGLO XIX

§ 1. *La Revolución mecánica.*

La carrera y la personalidad de Napoleón I resaltan desproporcionadamente en las historias del siglo XIX. Pero, en realidad, este hombre fué de poca significación en el amplio movimiento progresivo de la humanidad; antes bien, una interrupción, una señal de males latentes, algo así como el bacilo de una peste. Hasta considerado como una peste, como una plaga, puede decirse que no fué de categoría suprema; mató mucha menos gente, por ejemplo, que la epidemia de gripe de 1918, y produjo menos trastornos políticos y sociales que la peste de Justiniano. Todo ello, lo mismo el entremés napoleónico que el embrollo sucesivo del Concierto de Europa, eran inevitables, desde el momento que no había un sistema de ideas viables sobre el que poder construir un mundo nuevo. Y eso que, aun el Concierto de Europa, entrañaba un elemento de progreso. Por lo menos, apartó a un lado el individualismo de la monarquía maquiavélica y declaró que existía una comunidad humana, o europea al menos. Y si dividió el mundo entre los reyes, hizo algunos gestos respetuosos para la unidad humana y el servicio de Dios y del hombre.

La misión efectiva y permanente que se ofrecía al hombre, y que tenía que ser llevada a cabo antes de que fuera posible una construcción política y social duradera, la misión en la que la inteligencia humana, a pesar de todas las interrupciones, trastornos y peligros, se halla todavía empeñada, era, y es, la de crear y aplicar una Ciencia de la Propiedad como base de la libertad y de la justicia social; una Ciencia de la Circulación Monetaria que asegure y preserve un medio económico eficiente; una Ciencia del Gobierno y de las Operaciones Colectivas que enseñe en todas las comunidades a los hombres a armonizar sus intereses comunes; una Ciencia Política Internacional, que ponga fin al insensato despilfarro y crueldad de las guerras entre razas, pueblos y naciones, y que coloque los intereses comunes de la humanidad, bajo una dirección común, y sobre todo, un Sistema de Instrucción Mundial

que sostenga la voluntad y el interés del hombre en su común aventura humana. Los verdaderos creadores de la historia en el siglo XIX, aquellos cuyas consecuencias será la determinación de la vida humana con un siglo de antelación, fueron los que adelantaron y contribuyeron a este quíntuple esfuerzo. Comparados con ellos, cancilleres, "estadistas" y políticos de este período, no fueron sino una banda de colegiales revoltosos, y a veces hasta incendiarios —con algunos ladrones de metal, de añadidura—, jugando y enredando entre los materiales acumulados de un gran edificio en construcción, cuya finalidad y naturaleza no alcanzaban a comprender.

Y mientras durante todo el siglo XIX, el espíritu de la civilización occidental, que el Renacimiento pusiera en libertad, se consagraba a la tarea de la reconstrucción política y social, que aún se le ofrece, corría a través del mundo una oleada de transformación universal de las facultades humanas y de las condiciones materiales de la vida, que los primeros esfuerzos científicos de aquel espíritu libertado hiciera posible. Las profecías de Roger Bacon comenzaban a realizarse. Los conocimientos y la confianza acumulados de aquella rara progenie de hombres a cuyo cargo había estado el desenvolvimiento de la Ciencia, empezaban ahora a dar un fruto del que todos los hombres podían participar. El más evidente de estos primeros frutos fué la máquina de vapor. Las primeras máquinas de vapor del siglo XVIII fueron las bombas de sacar agua, que se emplearon en las recién abiertas minas de carbón, cuya explotación tenía por objeto el suministrar el coque a la industria siderúrgica, que hasta entonces marchara con carbón vegetal. Fué Jaime Watt, fabricante de instrumentos matemáticos de Glasgow, quien perfeccionó esta bomba de vapor y logró adaptar la fuerza motriz del vapor a la maquinaria. La primera máquina de la nueva especie fué instalada en una fábrica de tejidos de algodón de Not tinghan en 1785. En 1804, Trevithick adaptó la máquina de Watt a la tracción y creó la primera locomotora. En 1825, se inauguraba la primera vía férrea entre Stockton y Darlington, y todavía puede verse la máquina original adornando, como una curiosidad arqueológica, el andén de Darlington. A mediados de siglo, una considerable red ferroviaria extendíase ya por toda Europa.

Esto produjo un cambio súbito en lo que, durante largo tiempo, había sido una condición precisa de la vida humana, a saber: la máxima rapidez del transporte terrestre. Después del desastre de Rusia, Napoleón viajó desde cerca de Vilna a París en trescientas doce horas, que tardó en recorrer la distancia de 2.240 kilómetros. Como es natural, viajaba en las mejores condiciones posibles, a una velocidad media de unos ocho kilómetros por hora, poco más o menos. Un viajero corriente no hubiera podido recorrer esta distancia ni en el doble de tiempo. Estas velocidades medias y extremas eran, poco más o menos, las mismas que regían entre las Galias y Roma, en el siglo I, por ejemplo, o entre Sardis y Susa, en el siglo IV antes de Jesucristo. Esto experimentó bruscamente un cambio enorme. El ferrocarril redujo aquel mismo viaje de Napoleón, para cualquier viajero ordinario, a menos de cuarenta y ocho horas. Es decir, que las principales distancias europeas quedaron reducidas, aproximadamente, a una décima parte de lo que habían sido. El ferrocarril hizo posible llevar a cabo una obra administrativa en extensiones diez veces mayores de las que hasta entonces fueran asequibles a cualquier administración. El pleno significado y alcance de estas posibilidades aún no se ha acabado de comprender en Europa, que todavía se halla enredada en fronteras trazadas durante la Era del caballo y el camino real. En la América del Norte, en cambio, los efectos son inmediatos. Para los Estados Unidos, que se iban extendiendo hacia el Oeste, significaban la posibilidad de un continuo acceso a Wáshington, por lejos que quedase la frontera. Significaba, en una palabra, la unidad, sostenida en una escala que de otro modo no habría sido posible.

El barco de vapor, en sus primeras fases, todavía se había anticipado un poco a la locomotora. En 1802, ya hubo un barco de vapor, el *Charlote Dundas*, sobre el canal de Clyde, y en 1807 un norteamericano llamado Fulton tenía un barco de vapor de pasajeros, *The Clermont*, con máquinas de fabricación inglesa, navegando por el río Hudson. El primer barco de vapor que se hizo a la mar fué también norteamericano, el *Phoenix*, que hacía la travesía de Nueva York (Hoboken) a Filadelfia. Y también lo era el primero (aunque éste también tenía velas) que cruzó el Atlántico en 1819, el *Savannah*. Todos ellos eran vapores de ruedas, que como es sabido, no están hechos para afrontar el mal tiempo. El vapor de hélice tardó relativamente en llegar. Antes de que la hélice fuera algo viable, hubo que vencer una porción de dificultades. Hasta mediado el siglo no consiguió el tonelaje de los vapores marítimos alcanzar el tonelaje de los veleros. Después, ya la evolución de los transportes marítimos fué rápida. Por primera vez empezaron los hombres a cruzar los mares y océanos con cierta seguridad, respecto a la fecha de su llegada. La travesía trasatlántica, que había sido hasta entonces una incierta aventura de varias semanas —y hasta de meses, en algunas desdichadas ocasiones—, fué progresivamente acelerada hasta llegar, en 1910, a no durar, en los vapores más rápidos, más que cinco días y a poderse precisar, casi por exactitud, la hora de llegada. En todos los mares hubo la misma reducción de tiempo e igual certidumbre en las comunicaciones.

Paralelamente con el desarrollo de los transportes por el vapor, terrestres y marítimos, una nueva y maravillosa adición a las facilidades del intercambio humano resultó de las investigaciones, por Volta, Galvani y Faraday, de los diversos fenómenos eléctricos. En 1835 hacía su aparición el primer telégrafo eléctrico. El primer cable submarino se tendía en 1851, entre Francia e Inglaterra. En unos pocos años habíase extendido el telégrafo por todo el mundo civilizado, y noticias que antes viajaban lentamente de un punto a otro eran ahora conocidas simultáneamente en toda la tierra.

Estas cosas, ferrocarril y telégrafo, constituían para la imaginación popular de mediados del siglo XIX los inventos más asombrosos y revolucionarios; pero, en realidad, sólo eran los primeros frutos, más evidentes y rudimentarios, de un proceso mucho más trascendental. La Ciencia y la destreza técnica se desarrollaban con extraordinaria rapidez, determinadas hasta un punto no menos extraordinario por los progresos de épocas anteriores. Mucho menos sobresaliente, al principio, en la vida cotidiana, pero en último término mucho más importante, era el creciente dominio humano sobre diversos materiales de construcción. Antes de mediados del siglo XVIII, el hierro era extraído del mineral por medio del carbón vegetal, fundido en trozos pequeños y martillado y forjado en la forma que se quería. Su manejo era trabajo realmente de artífice. La calidad del producto dependía enormemente de la experiencia y la destreza del trabajador. Las masas más pesadas de hierro que podían producirse en estas condiciones llegaban a lo sumo (en el siglo XVI) a dos o tres toneladas. (Lo que, como es consiguiente, ponía un límite infranqueable al calibre de los cañones). Los altos hornos hicieron su aparición en el siglo XVIII, y se desarrollaron con el uso del carbón de coque. Hasta el siglo XVIII no encontraremos hierro en láminas (1728) ni hierro prensado en barras (1783). El martillo de vapor de Nasmyth no vino hasta 1838. El mundo antiguo, a causa de su inferioridad metalúrgica, no pudo emplear el vapor. La máquina de vapor, ni siquiera la primitiva pompa de vapor, hubieran podido existir antes del hierro en lámina. Las primeras máquinas parecen a los ojos modernos lamentables chapuzas de ferretería, pero realmente eran todo lo que la ciencia metalúrgica del tiempo podía hacer. Hasta 1856 no apareció el procedimiento Bessemer, seguido en 1864 de otro nuevo y más avanzado procedimiento (de horno abierto), que permitió que el acero y toda clase de hierro fuera fundido, purificado y colado, en una escala y manera de que hasta entonces no se había tenido ni sospecha. Hoy día, en el horno eléctrico pueden verse toneladas de acero incandescente hirviendo como leche en un perol. Ninguno de los adelantos prácticos anteriores de la Humanidad es comparable en

sus consecuencias al dominio completo de las enormes masas de acero y de hierro, al propio tiempo que de su contextura y calidad, que el hombre ha alcanzado actualmente. Los ferrocarriles y las primitivas máquinas eran simplemente los primeros triunfos de los nuevos métodos metalúrgicos. Más tarde debían venir los barcos de hierro y acero, los puentes enormes, y un nuevo tipo de construcción de acero en una escala gigantesca. Los hombres se dieron cuenta demasiado tarde de que habían planeado sus ferrocarriles demasiado tímidamente y que podrían haber organizado sus transportes con mucha más seguridad y comodidad sobre una mucho mayor escala.

Antes del siglo XIX, no había en el mundo barcos de mucho más de 2.000 toneladas; actualmente un trasatlántico de 50.000 no es cosa extraordinaria. Hay gente que se burla de esta especie de progreso, como si fuera un progreso de "simple tamaño", pero esta especie de burla lo que demuestra simplemente es la cortedad intelectual de los que se entregan a ella. El trasatlántico enorme o el edificio de acero y cemento no son, como ellos se figuran, la versión agrandada del barco o del edificio pretérito, sino algo distinto en especie, más ligera y más fuertemente construído, con materiales más sólidos y mejores; en lugar de una cosa hecha por rutina y a lo que saliere, es producto de cálculos sutiles y complicados. En la casa o en el barco antiguos, predominaba la materia; el material y sus necesidades tenían que ser servilmente obedecidos. En la casa o el barco modernos, la materia había sido captada, transformada, esclavizada. ¡Pensad en el carbón y el hierro y la arena extraídos del yacimiento, triturados, fundidos, forjados, moldeados para lanzarse al fin, esbelto y resplandeciente pináculo de cristal y acero, a 200 metros sobre la ciudad tumultuosa!

Hemos dado estos detalles sobre el progreso humano en la metalurgia del acero y sus reultados por vía de ilustración. Una historia paralela podría contarse de la metalurgia del cobre y del estaño, y de una porción de metales, níquel y aluminio, por ejemplo, para no nombrar más que dos, desconocidos antes de que el siglo XIX alborease. Sobre este creciente, y ya grande, dominio de la materia se apoya la revolución mecánica, cuyos triunfos han cambiado, en cierto modo, el aspecto de la existencia humana. Y eso que todavía puede decirse que no hemos pasado de la fase inicial. Disponemos ya, es cierto, de un poderío considerable, pero aún nos queda por aprender a emplearlo. Muchas de las primeras utilizaciones o aplicaciones de estas fuerzas que la Ciencia ha colocado al alcance del hombre han sido torpes, vulgares, estúpidas y hasta horribles. El artista y el adaptador apenas si han comenzado a trabajar con la infinita variedad de substancias actualmente a su disposición.

Parejamente con este desarrollo de las posibilidades mecánicas, tuvo lugar el desenvolvimiento de la nueva ciencia de la electricidad. Súbitamente aparecieron la luz y la tracción eléctricas y la transmutación de fuerzas, la posibilidad de enviar, por un hilo de cobre, *energía*, que podía ser transformada a voluntad, en movimiento mecánico, luz o calor.

Los ingleses y los franceses fueron en un momienzo los que llevaron la dirección de este gran movimiento científico; pero los alemanes, que habían aprendido con Napoleón a ser humildes, no tardaron en irles a la zaga, y, con el tiempo, tal fué su celo y constancia en la investigación científica, que preciso es confesar sobrepasaron a sus maestros. La ciencia inglesa fué, en gran parte, creación de los ingleses y escoceses [1] que trabajaban fuera de los centros usuales de cultura [2]. Ya dijimos cómo en Inglaterra las Universidades, después de la Reporma, dejaron de tener un vasto radio de acción popular, convirtiéndose en el vedado de la nobleza y alta burguesía y en el baluarte de la Iglesia. Un pseudo humanismo vacuo y pretencioso regía a estas Universidades degeneradas, que a su vez regían a las clases altas y medias. La única cultura reconocida era el conocimiento textual y acrítico de algunos clásicos griegos y latinos, y la prueba de un buen estilo era su abundancia en citas, alusiones y expresiones estereotipadas. El movimiento inicial de la ciencia británica, se realizó, pues, a despecho de la organización docente oficial y contra la hostilidad declarada de la enseñanza y las profesiones eclesiásticas. La instrucción pública francesa también estaba dominada por la tradición clásica de los jesuítas, así que no fué difícil a los alemanes organizar un cuerpo de investigadores, pequeño ciertamente en relación con las posibilidades del caso, pero grande en comparación de la exigua banda de inventores y experimentadores ingleses y franceses. Y aunque esta obra de investigación y experimentación estaba convirtiendo a Inglaterra y Francia en los dos países más ricos y poderosos del mundo, no por eso hacía ricos y poderosos a los hombres de ciencia y de inventiva. Y es que en el verdadero hombre de ciencia hay siempre una falta de mundanidad; demasiado preocupado con sus investigaciones, no tiene tiempo para pensar en el medio de sacar dinero de ellas. La explotación económica de sus descubrimiento cae, pues, fatalmente, en manos del hombre de tipo adquisitivo; y así tenemos que la cosecha de ricos

(1) Con excepción, entre otras, de Boyle y Sir William Hamilton, que eran irlandeses.

(2) Es de notar que casi todos los grandes inventores ingleses del siglo XVIII fueron trabajadores y que los inventos procedían del taller y no del laboratorio. También es digno de mención que solamente dos de estos inventores consiguieron reunir una fortuna y fundar una familia.

que cada nueva fase del progreso científico y técnico produce en todas partes, aunque no hayan mostrado un deseo tan violento de insultar y matar a la gallina de los huevos de oro como las profesiones escolásticas y clericales, sí han tenido siempre especial empeño en dejar morir de hambre a aquellas mismas criaturas a quienes, al fin y al cabo, debían su riqueza. A juicio de ellos, descubridores e inventores habían nacido, por ley natural, para que ellos se lucrasen con sus descubrimientos e invenciones.

En esta materia, los alemanes fueron algo más discretos. El alemán "culto" no mostró el mismo odio vehemente por la nueva cultura y permitió su desenvolvimiento. Ni tampoco los negociantes e industriales alemanes sintieron tanto desprecio por el hombre de ciencia como sus competidores de Inglaterra. La cultura, según estos alemanes, podía rendir una buena cosecha a sus cultivadores. En vista de ello, no tuvieron inconveniente en conceder ciertas facilidades al espíritu científico; sus gastos públicos en apoyo de la obra científica fueron mayores y hay que reconocer que estos gastos fueron espléndidamente recompensados. En la última mitad del siglo XIX ya los trabajadores científicos alemanes habían hecho del alemán un idioma necesario para todo estudiante de Ciencias que desease estar en contacto con los últimos trabajos de su especialidad, y en algunas ramas, y particularmente en la Química, Alemania adquiría una superioridad indiscutible sobre sus vecinos del Occidente. Este esfuerzo científico, por otra parte, no tardó en ser recompensado por la mayor prosperidad técnica e industrial, conseguida sobre Inglaterra y Francia.

En un ESQUEMA DE LA HISTORIA como éste, no es posible trazar la red de complejos procesos mentales que llegaron a la incesante ampliación de cultura y de fuerza a que asistimos; todo lo que podemos hacer es llamar la atención del lector sobre los puntos más salientes. Ya hemos hablado de los comienzos de la investigación y experimentación sistemática, y cómo, cuando el sistema plutocrático romano y su imperialismo resultante hubo vuelto y desaparecido de nuevo, este proceso de investigación fué renovado. Hemos expuesto la transformación de este espíritu científico, que de un concepto de misterio y de beneficio personal, había pasado a la idea de publicidad y de una hermandad universal de la cultura y hemos anotado la fundación de la Real Sociedad Británica, la Sociedad Florentina y otras semejantes, como consecuencia de esta socialización del pensamiento. Todo esto constituía la raíz de la revolución mecánica, y mientras la raíz del espíritu científico puro viva, esta revolución progresará. La revolución mecánica misma, podemos decir que empezó con el agotamiento del combustible vegetal en las fundiciones de Inglaterra. Este llevó al empleo del carbón de piedra, la mina de carbón llevó a la bomba de

vapor, el perfeccionamiento de ésta por Watt en máquina de tracción a la locomotora y al barco de vapor. Una segunda fase de la revolución mecánica comenzó con la aplicación de la ciencia eléctrica a los problemas prácticos y el desarrollo de la luz, la trasmisión y la tracción eléctrica.

Una tercera fase puede ser señalada con el advenimiento de un nuevo tipo de máquina, en que la fuerza de una mezcla explosiva vino a sustituir a la fuerza expansiva del vapor. Los motores, ligeros y poderosos, que se crearon así, fueron aplicados al automóvil, y perfeccionados, por último, hasta tal punto de ingravidez y de fuerza, que la aviación, cuya posibilidad era conocida desde hacía tiempo, pudo convertirse al fin en una realización positiva. Una máquina voladora —aunque no lo bastante grande para poder sostener un cuerpo humano— fué construída por el profesor Langley, del Smithsonian Institute de Wáshington, en 1897. En 1909, ya era el aeroplano utilizable para la locomoción humana. Con el perfeccionamiento del ferrocarril y del automóvil, pareció, un momento, haberse llegado al límite de la velocidad humana; pero he aquí que con el avión y el dirigible aparecía una nueva reducción de la distancia efectiva entre un punto cualquiera del planeta y otro. En el siglo XVIII, la distancia de Londres a Edimburgo era de ocho días de silla de posta; en 1918, la Comisión Civil Inglesa de Transportes Aéreos declaraba que el viaje de Londres a Melbourne, es decir, alrededor de la mitad de la tierra, podría, seguramente, dentro de unos pocos años, realizarse en el mismo término de ocho días.

No hay que dar demasiada importancia a estas sorprendentes reducciones de tiempo en las distancias terrestres. Son, simplemente, un aspecto de una ampliación mucho más profunda y trascendental de las posibilidades humanas. La ciencia de la agricultura y la química agrícola, por ejemplo, hicieron adelantos semejantes durante el siglo XIX. Los hombres aprendieron a fertilizar el suelo de tal manera que pudiese producir cosechas cuádruples y quíntuples de las que producía en el siglo XVII. En la ciencia médica, aún hubo un adelanto más extraordinario: la duración media de la vida se elevó, la eficiencia diaria aumentó, el despilfarro de vida debido a la falta de salud disminuyó.

En suma, nos encontramos con tales cambios en la vida humana, que constituyen una fase nueva de la Historia. En poco más de un siglo, esta revolución mecánica había tenido lugar. En este tiempo, el hombre había dado un paso hacia adelante, en lo que a las condiciones materiales de la vida se refiere, más vasto que todo el transcurrido desde la edad paleolítica a la edad del cultivo, o entre los días de Pepi en Egipto y los de Jorge III en Inglaterra. Un nuevo y gigantesco marco material de la vida humana había venido al mundo. Huelga decir que nuevos ajustes y adaptaciones de todos nuestros métodos sociales, políticos y económicos al nuevo marco eran requeridos con urgencia. Pero hay que confesar que, desgraciadamente, estos reajustes y readaptaciones no se encuentran aún sino en su fase inicial.

§ 2. *Relación de la Revolución mecánica con la Revolución industrial.*

Hay en muchas historias cierta tendencia a confundir lo que aquí hemos llamado la *revolución mecánica*, que fué algo completamente nuevo en la experiencia humana, debido al desarrollo de la ciencia organizada, un nuevo paso como la invención de la agricultura o el descubrimiento de los metales, con otro movimiento, absolutamente distinto en sus orígenes, al que ya había un precedente histórico, a saber: el desenvolvimiento social y financiero que ha sido llamado *revolución industrial*.

Los dos procesos se seguían paralelamente, reaccionando de continuo uno sobre otro, pero en raíz y en esencia eran distintos. Habría habido una revolución industrial de mercaderías aunque no hubiese habido carbón, ni vapor, ni maquinaria, pero, en este caso, probablemente habría seguido mucho más de cerca la pauta de la evolución social y económica de los años posteriores de la República romana. Habríase repetido la historia de los labriegos desposeídos, de los grandes latifundios, de las grandes fortunas financieras, y un proceso económico socialmente destructor. Hasta el sistema de fábricas y talleres vino antes que la maquinaria y la energía motriz. Las fábricas fueron el resultado, no de la máquina, sino de la "división del trabajo". Ya, antes de que la máquina apareciese, había jornaleros disciplinados y mal pagados en una porción de manufacturas. En Roma, en tiempos de Augusto, ya existían las fábricas. Los libros nuevos, por ejemplo, eran dictados a cuadrillas de copistas en los talleres de los libreros. El lector atento de Defoe y de los libelos políticos de Fieldin, se dará cuenta de que la idea de reunir manadas de pobres en un local y hacerlos trabajar colectivamente por un jornal que les permitiera seguir malviviendo era ya corriente en Inglaterra antes de fines del siglo XVII. Y hasta en la *Utopía* de More (1516) podríamos encontrar atisbos de ello.

Tratábase, por tanto, de una consecuencia o incidencia de la evolución social, y no de la mecánica.

Hasta pasada la mitad del siglo XVIII la historia social y económica del Occidente europeo no hizo otra cosa que repetir el camino que recorriera el Estado romano durante los tres últimos siglos anteriores a la Era cristiana. América era, en muchos res-

pectos, una nueva España, y China, y la India un nuevo Egipto. Pero las disensiones políticas de Europa, las convulsiones políticas contra la monarquía, la recalcitrancia del pueblo y acaso también la mayor accesibilidad de la inteligencia occidental europea a las ideas e invenciones mecánicas, dirigió la marcha del proceso por derroteros absolutamente nuevos. Las ideas de solidaridad humana, gracias al Cristianismo, se hallaban mucho más difundidas en este nuevo mundo europeo que en aquel antiguo, y el poder político no estaba tan concentrado, de manera que el hombre enérgico, ávido de enriquecerse, pudo, de muy buen grado, apartar su espíritu de las ideas del esclavo y del trabajo asalariado, para aplicarlo a la idea de fuerza mecánica y a la máquina.

La revolución mecánica, el proceso de invención mecánica y de descubrimiento, era algo nuevo en la experiencia humana, y prosiguió su marcha indiferente a las consecuencias sociales, políticas, económicas e industriales que pudiera tener. La revolución industrial, en cambio, como la mayoría de las demás cosas humanas, era — y es, cada día más—, algo que la constante variación de las circunstancias humanas originada por la revolución mecánica tuerce y altera profundamente. Y la diferencia esencial entre la acumulación de riquezas y la extinción de los pequeños cultivadores y pequeños negociantes y la época de alta finanza de los últimos siglos de la República romana, por un lado, y la análoga concentración del capital en los siglos XVIII y XIX, por otro, consiste en la profunda diferencia que la revolución mecánica estaba operando en el carácter del trabajo. La *energía*, en el mundo antiguo, era energía humana; todo dependía, en último término, de la fuerza propulsora del músculo humano, del músculo del hombre ignorante y supeditado, con una leve contribución del músculo animal, representada por la tracción bovina o equina, etc. Donde había un peso que levantar, era el hombre quien lo levantaba; donde había una roca que partir, era el hombre quien la partía; y así sucesivamente. El equivalente romano, por ejemplo, del barco de vapor, era la galera con sus bancos de remeros sudorosos. Así, en las civilizaciones antiguas, una gran parte de la humanidad estaba empleado en faenas puramente mecánicas. En sus comienzos, la revolución mecánica no parecía prometer una cierta liberación de estas faenas animales. Numerosas cuadrillas de trabajadores aparecían empleados en abrir canales, en construir ferrocarriles, en explotar minas, etc. El número de mineros, sobre todo, había aumentado enormemente. Pero la difusión de las facilidades y comodidades de la vida aumentó todavía mucho más. Y, al avanzar el siglo XIX la simple lógica de la nueva situación se afirmó más claramente. Ya los seres humanos no eran necesitados como un manantial de simple energía ciega.

Lo que un ser humano podía hacer mecánicamente, podía hacerlo más de prisa y mejor una máquina. Ya no se precisaba al ser humano sino para aquello en que se requería la inteligencia y el criterio. Los seres humanos no hacían ya falta sino como seres humanos. El ganapán, el esclavo manual, sobre el que todas las civilizaciones anteriores reposaran, el ser de simple obediencia, el hombre cuyo cerebro resultaba superfluo, se había hecho innecesario al bienestar de la humanidad.

Esto era tan cierto respecto a faenas tan antiguas como la agricultura y la minería, como respecto a los más modernos procedimientos metalúrgicos. En cuanto a la labranza, la siembra y la cosecha, habían aparecido unas máquinas tan rápidas, que cada una podía realizar el trabajo de veinte o treinta hombres [3]. La civilización romana estaba basada sobre muchedumbres degradadas y baratas; la civilización moderna, se está reedificando sobre energía mecánica barata. Desde hace cien años, la energía mecánica ha ido bajando cada día de precio, y el trabajo humano subiendo. Si durante una generación, o cosa así, ha tenido la máquina que esperar su turno en las minas, fué simplemente, debido a que durante algún tiempo los hombres eran más baratos que las máquinas [4].

Nos encontramos, pues, con un cambio de importancia primordial en la vida humana. El principial cuidado de los poderosos y de los gobernantes en la antigua civilización, había sido mantener cierto surtido o provisión de lo que hemos llamado esclavos manuales o ganapanes. Al avanzar el siglo XIX, cada vez fué comprendiendo más claramente la clase directiva que el pueblo, la clase baja, tenía que ser ahora algo más que hombres de carga. No había más remedio que instruirlos, hasta cierto punto, cuando menos para asegurar la "eficiencia industrial". Era preciso que se diese cuenta de lo que tenía entre manos. Desde los tiempos de la primera propaganda cristiana, la idea de la instrucción popular había venido incubándose en Asia dondequiera puso su planta el Islam, debido a la necesidad de hacer comprender al creyente algo siquiera de la creencia que se le inculcaba como salvadora y de permitirle la lectura de los libros sagrados donde aquella creencia se contenía. Las controversias cristianas, con sus intrincadas e inacabables polémicas teológicas y canónicas, habían labrado el suelo, preparándolo para la cosecha de la instrucción popular. En

(3) En esto los Estados Unidos iban a la cabeza del viejo continente.
(4) En Northumberland y Durham, en los primeros tiempos de explotación de las minas de hulla, eran los hombres estimados en tan poco, que no se solía realizar ninguna indagación respecto a los cadáveres de las víctimas causadas por las explosiones de grisú, derrumbamientos y demás catástrofes mineras.

Inglaterra, por ejemplo, aún no mediado el siglo XIX, ya las discusiones de las diversas sectas y la natural necesidad del proselitismo habían traído consigo una gran abundancia de escuelas nocturnas, escuelas dominicales, y una serie de organizaciones docentes infantiles en competencia: las Escuelas Inglesas disidentes, las Escuelas Nacionales eclesiásticas, las Escuelas Elementales Católicas Romanas, etc. Los primeros y menos avisados industriales, incapaces de una visión amplia de sus propios intereses, detestaron instintivamente estas escuelas y se opusieron a ellas. Pero una vez más la menesterosa Alemania sirvió de guía a sus ricos vecinos. El maestro (en Inglaterra) encontróse de pronto al logrero de su lado, inesperadamente ancioso de que la comunidad adquiriese, si no precisamente instrucción, por lo menos aquellas nociones que la levantaran a un nivel superior de eficiencia económica.

La segunda mitad del siglo XIX fué un período de rápido progreso de la instrucción popular en todo el mundo occidental. En la instrucción de las clases superiores no hubo un progreso paralelo; es decir, que, aunque desde luego adelantaron algo, este adelanto no correspondió al de las clases populares; de manera que el gran abismo que hasta entonces dividiera el mundo en dos masas, de letrados e iletrados quedó reducido a una muy leve diferencia en el nivel cultural. Detrás de este proceso estaba la revolución mecánica, indiferente en apariencia a las condiciones sociales, pero, en realidad, insistiendo inexorablemente sobre la abolición total en todo el mundo de la masa analfabeta.

La revolución económica de la República romana nunca había sido claramente comprendida por el pueblo de Roma. El ciudadano corriente nunca vió, tan claro y totalmente como lo vemos nosotros, los cambios y transformaciones en que se desenvolvió su vida. Pero la revolución industrial, a medida que se iba acercando al final del siglo XIX, cada vez iba siendo *vista* de modo más preciso, y como un proceso general, por la masa afectada, ya que esta masa podía leer y comunicar y discutir y ver las cosas como ninguna comunidad pudiera anteriormente.

En este Esquema de la Historia hemos cuidado de indicar la gradual aparición del pueblo bajo, del *pueblo* en una palabra, como clase con una voluntad e ideas en común. Es creencia del que esto escribe que los movimientos colectivos del "pueblo" en grandes extensiones únicamente son posibles como resultado de las religiones de propaganda, el Cristianismo y el Islam, y de su insistencia sobre el respeto de sí mismo individual. Y en apoyo de ello citamos el entusiasmo de la comunidad por la primera Cruzada como marcando una época nueva en la historia social. Pero, antes del siglo XIX, aun estos mismos movimientos colectivos eran relativamente limitados. Las insurrecciones igualitarias de los campesinos, desde el período de Wycliffe en adelante, se limitaban a las comunidades campesinas de localidades determinadas, y sólo lentamente se propagaban a otros distritos afectados por fuerzas similares. El artesano de la ciudad se amotinaba, es cierto, pero sólo localmente. Los castillos incendiados de la Revolución Francesa no fueron el acto de una clase campesina que había derribado un gobierno, sino el acto de una clase campesina libertada por el derrumbamiento de un gobierno. La Comuna de París fué la primera aparición efectiva del artesano urbano como fuerza política, y la masa parisiense de la primera Revolución fué una masa muy mezclada, primitiva y salvaje, si la comparamos con cualquier otra del Occidente europeo después de 1830.

Pero la revolución mecánica no sólo imponía a la masa la necesidad de instruirse, sino que llevaba a un capitalismo y a una reorganización de la industria en gran escala, que debía tener por consecuencia un nuevo y preciso sistema de ideas en el pueblo, en lugar del simple malestar y rudimentarias rebeldías de una masa analfabeta. Ya hicimos observar cómo la revolución industrial había escindido la clase productora, que hasta entonces había sido una clase bastante mixta e indeterminada, en dos secciones perfectamente diferenciadas: los *patronos*, que se iban progresivamente enriqueciendo lo bastante para alternar y mezclarse con las clases propietarias, financieras y mercantiles, y los *obreros*, que progresivamente también iban resbalando a un estado cada vez más cercano del antiguo siervo o pechero. Y a medida que el obrero industrial bajaba de nivel, el trabajador agrícola, debido a la introducción de la maquinaria agrícola y el aumento de su productividad individual, iba subiendo. A mediados del siglo XIX, Karl Marx (1818-83), sabio judío alemán (que llevara a cabo gran parte de su obra en la biblioteca del British Museum de Londres), señalaba que la organización de las clases trabajadoras por el grupo, incesantemente centralizador, de propietarios capitalistas, iba dando lugar a una nueva clasificación social, que reemplazaría los sistemas de clases, más complejos, del pasado. La propiedad, en lo que significaba de fuerza, se iba concentrando relativamente en pocas manos, en manos de los ricos, esto es, de la clase capitalista; en tanto que quedaba una gran mescolanza de obreros, con poca o ninguna propiedad, a quienes Marx llamaba los "expropiados" o "proletarios" —aplicación errónea del vocablo—, que se veían obligados, forzosamente, a una especie de "conciencia de clase" común, que les mostraba el conflicto de sus intereses con los de aquella clase privilegiada.

Diferencias de educación y de tradición entre los varios elementos sociales más antiguos que estaban en vías de ser fundidos en la nueva clase de expropiados, parecieron durante algún tiempo con-

tradecir esta generalización irrebatible; las tradiciones profesionales, los pequeños patronos, el pequeño cultivador, etc., eran todos muy distintos unos de otros y de las diversas tradiciones gremiales de los obreros; pero con la difusión de la enseñanza y el abaratamiento de la literatura, aquella generalización marxista se fué haciendo cada vez más aceptable. Estas clases, unidas sólo en un comienzo por un común empobrecimiento, se vieron, y se ven, reducidas o levantadas al mismo patrón de vida, obligadas a leer los mismos libros y a compartir iguales vicisitudes. Un sentido de solidaridad entre todas las clases de hombres pobres y desamparados, al igual que contra la clase explotadora, va haciéndose cada vez más evidente en nuestro mundo. Las viejas diferencias desaparecen. la diferencia entre el artesano y el trabajador al aire libre, entre la chaqueta y la blusa, entre el cura pobre y el maestro de escuela, entre el policía y el cochero... Todos ellos tienen, más o menos, que comer lo mismo, y que vivir en casa igualmente baratas; sus hijos e hijas se mezclarán y casarán unos con otros; cada vez el salir de la pobreza y ascender a una clase superior es cosa más difícil e improbable. Marx, que más que abogar por la guerra de clases, la guerra de la masa expropiada contra el puñado de expropiadores, lo que hizo fué preverla, cada día se ve más justificado y confirmado por los hechos ([5]).

§ 3. *La Fermentación de las Ideas, 1848.*

Trazar en un rápido compendio la fermentación de las ideas que tuvo lugar durante la revolución mecánica e industrial del siglo XIX no es tarea nada fácil. Pero fuerza nos es intentarla si queremos ligar la historia pretérita a las circunstancias del mundo presente.

Será conveniente distinguir dos períodos principales en los cien años que median entre 1814 y 1914. Primero vino el período 1814-48, en el que hubo mucho pensamiento liberal y no poca literatura del mismo tenor *en círculos restringidos*, pero durante el cual no hubo grandes cambios o desarrollos de pensamiento en la masa general del pueblo. Durante todo este período, el mundo estuvo viendo, por decirlo así, de su antiguo capital intelectual, en acuerdo con las ideas directrices de la Revolución y la contrarrevolución. Las ideas liberales dominantes eran la libertad y un cierto vago igualitarismo; las ideas conservadoras: monarquía, religión organizada, privilegios sociales y obediencia.

([5]) A veces se arguye contra Marx que la proposición de gentes que han conseguido acumular sus ahorros, o séase de pequeños *capitalistas*, ha aumentado en muchas colectividades modernas; hecho que se supone contradice la afirmación marxista de que la propiedad se va concentrando cada vez en menos manos. Marx empleaba muchos de sus términos descuidadamente y los escogía mal, y sus ideas eran superiores a sus palabras. Cuando escribió *propiedad*, quiso decir, o sobreentendió: "la propiedad en lo que significa de fuerza", o sea: "la propiedad como fuerza". Y ¿dónde está la fuerza del pequeño capitalista y de sus cortos ahorros?

Hasta 1848, el espíritu de la Santa Alianza, el espíritu de Metternich, lucharon por impedir un renacimiento de la Revolución europea, que Napoleón traicionara e hiciera retroceder. En cambio, en América, tanto en el Norte como en el Sur, la Revolución había triunfado y el liberalismo del siglo XIX reinaba sin oposición. Inglaterra era un país inquieto, nunca del todo reaccionario ni del todo progresista, ni lealmente monárquico ni lealmente republicano; el país de Cromwell, sí, pero también de Carlos, el "monarca alegre"; por otra parte, país antiaustríaco, antiborbónico y antipapista. Ya dijimos la primera serie de tormentas liberales que habían estallado en Europa alrededor del 1830; en Inglaterra, en 1832, una Ley de Reforma, extendiendo considerablemente los derechos civiles y restaurando hasta cierto punto el carácter representativo de la Cámara de los Comunes, vino a aliviar la situación. En torno de 1848 ocurrió una segunda serie, mucho más grave, de convulsiones políticas, que derribaron la monarquía de los Orleans y establecieron una segunda República en Francia (1848-52), levantaron la Italia septentrional y Hungría contra Austria, y a los polacos, en Posen, contra los alemanes, y obligaron al Papa a huír de los republicanos de Roma. Una interesante Conferencia Pan-Eslavista, celebrada en Praga, auguró ya algunas de las composturas territoriales de 1919; Conferencia que, a raíz de una insurrección en la misma Praga, fué disuelta por las tropas austríacas.

Todas aquellas insurrecciones acabaron en el fracaso; el sistema reinante se había tambaleado sobre sus pies, pero no se había venido a tierra. Sin duda, bajo aquellas rebeliones, había graves descontentos sociales, pero aún, excepto en el caso de París, ninguno de ellos había cristalizado en una forma definida; y esta tempestad del 48, por lo menos en lo que se refiere al resto de Europa, puede ser descrita, en una frase, como la rebelión del mapa político natural contra las disposiciones artificiales de los diplomáticos de Viena y el sistema de supresiones que aquellas disposiciones implicaban.

La historia de Europa pues, del 1815 al 1848, fué en términos generales, una secuela de la historia de Europa del 1789 al 1814. No había, realmente, ningún *motivo* nuevo en la composición. El disturbio principal continuaba siendo la lucha —aunque, generalmente, ciega y mal dirigida— de los intereses del pueblo contra el sistema de Grandes Potencias, que encogía y oprimía la vida de la Humanidad.

Pero después de 1848, de 1848 a 1914, aunque el arreglo del mapa tendía aún hacia una Italia libre y unificada y una Alemania también unificada, comenzó una fase nueva en el proceso de adaptación política y mental a los nuevos conocimientos y a las nuevas fuerzas materiales de la Humanidad. Sobrevino una gran irrupción de nuevas ideas sociales, religiosas y políticas en el espíritu general europeo. En las próximas tres secciones examinaremos el origen y cualidad de estas irrupciones, que echaron los cimientos sobre los que basamos nuestro pensamiento político hoy día, pero que durante algún tiempo no ejercieron gran influencia que digamos sobre la política contemporánea. Esta continuó deslizándose sobre los viejos carriles; pero cada vez con un apoyo menor en las convicciones intelectuales y en la conciencia de los hombres. En su lugar dijimos cómo un hondo proceso intelectual fué minando el régimen de la monarquía absoluta en Francia hasta llegar al 1789. Pues bien, un proceso semejante de zapa tuvo lugar en toda Europa durante el período de Grandes Potencias que va de 1848 a 1914. Profundas dudas sobre el sistema de gobierno y la legitimidad de muchas formas de propiedad en el sistema económico fueron difundiéndose por todo el cuerpo social. Luego sobrevino la más gigantesca y más desorganizadora guerra de la Historia, al punto que aun es imposible evaluar la fuerza y el alcance de las nuevas ideas acumuladas durante estos sesenta y seis años. Hemos pasado a través de una catástrofe todavía mayor que la catástrofe napoleónica, y nos encontramos en un período de remanso que corresponde al período 1815-30. Nuestro 1830 y nuestro 1848 aun tienen que venir a mostrarnos en qué punto, exactamente, de nuestra evolución nos encontramos.

§ 4. *El Desenvolvimiento de la idea del Socialismo.*

A través de toda esta historia hemos venido tratando la gradual restricción de la idea de propiedad desde la primera pretensión ilimitada del hombre fuerte a poseerlo todo, y la gradual comprensión de la idea de fraternidad como algo que trasciende del interés personal. Los hombres fueron en un comienzo llevados a una sociedad más amplia que la tribu por el temor al monarca y a la deidad. Solamente desde hace tres o, a lo sumo, cuatro mil años, tiene el hombre una percepción clara de que la entrega voluntaria a un fin superior al personal, sin salario ni recompensa, es una idea digna de ser seguida. Más tarde encontramos difundiéndose por el haz de la tierra, como un elemento vivificador, la idea de que hay una felicidad en la abnegación o sacrificio de sí propio mayor que todo triunfo o goce personal, y una vida de la Humanidad más grande y más importante que la suma de todas las

vidas individuales en ella. Hemos visto cómo esta idea se volvía resplandeciente como un faro en las enseñanzas de Buda, de Lao-Tsé y, más claramente que en todos, en Jesús de Nazareth. A través de todas sus variantes y corrupciones, el Cristianismo nunca ha perdido la sugestión de una devoción a la comunidad de Dios que hace las pompas personales de monarcas y gobernantes semejantes a la insolencia de un criado vestido de gran señor y los esplendores y goces de la riqueza como un despilfarro de ladrones. Ningún hombre que viva en una comunidad donde la religión de Cristo o del Islam hayan entrado podrá nunca ser completamente un esclavo; hay en estas religiones una inextirpable cualidad que obliga al hombre a juzgar a sus superiores y a darse cuenta de su responsabilidad ante el mundo.

Al irse abriendo los hombres camino hacia este nuevo estado de espíritu desde la feroz, egoísta e instintiva pugnacidad de la familia paleolítica, han tratado de expresar el rumbo de sus pensamientos y necesidades por modo muy diverso. Al encontrarse en desacuerdo y conflicto con las ideas establecidas de antiguo, han sentido una tendencia natural a contradecir en redondo estas ideas y a situarse en el polo opuesto de ellas. Frente a un mundo en el que la ley, orden y clases no parecen creados sino para servicio del egoísmo personal y de la opresión inicua, el primer movimiento instintivo era declararse en pro de una igualdad universal y una anarquía práctica. Frente a un mundo en el que la propiedad no parecía sino una protección para el egoísmo y un método de esclavizar al prójimo, era lógico y natural repudiar toda propiedad. Nuestra historia muestra un impulso creciente a rebelarse contra los Gobiernos y contra la propiedad. Hemos presentado la imagen de este ímpetu de rebeldía, en la Edad Media, quemando los castillos de los ricos y lanzándose a obscuros experimentos de teocracia y de comunismo. En la Revolución Francesa, esta doble rebelión está bien clara y patente. En Francia encontramos juntos, inspirados por el mismo espíritu y como partes integrantes del mismo movimiento revolucionario, hombres que, atentos a los impuestos del gobernante, declaraban que la propiedad debía ser inviolable, y otros que, atentos a los duros tratos del patrono, declaraban que la propiedad debía ser abolida. Pero contra lo que unos y otros se rebelaban, en cada caso, es contra el hecho de que gobernante y patrono, en lugar de servir, como es su deber, a la comunidad, continúan siendo, como la mayoría de los hombres, individuos egoístas y opresores.

En todas las épocas y edades encontramos arraigada en el espíritu del hombre la creencia de que es posible arreglar de tal manera las leyes y poderes que pueda establecerse la ley y el orden al tiempo que se limita el egotismo del gobernante y de la clase

directora, y posible también el determinar la propiedad de modo que haya libertad para todos, sin ningún poder opresor. Hoy día empezamos a comprender que estos fines sólo pueden alcanzarse mediante un complejo esfuerzo constructivo, ya que tienen su origen en el conflicto de las nuevas necesidades humanas contra la ignorancia y la vieja naturaleza humana; pero durante el siglo XIX hubo una pertinaz inclinación a resolver el problema mediante una fórmula simple. (Y a ser ya eternamente felices; sin comprender que toda vida humana, toda vida en suma, no es, a través del tiempo, sino la persistente solución de un persistente problema sintético).

La primera mitad del siglo XIX vió diversos experimentos o ensayos de formación de sociedades humanas de un nuevo género. Entre los más importantes, históricamente, están los experimentos e ideas de Robert Owen (1771-1858), fabricante de tejidos de algodón de Manchester. Considérasele generalmente como el fundador del moderno socialismo, y en relación con su obra fué por primera vez pronunciada esta palabra de "socialismo", más o menos allá por 1835.

Robert Owen parece haber sido un hombre de negocios realmente competente; llevó a cabo varias innovaciones en la industria de los tejidos de algodón, y en edad temprana había ya logrado adquirir una bonita fortuna. Apesadumbrado por la dilapidación de posibilidades humanas que advirtió entre sus obreros, dedicóse a mejorar su situación y las relaciones de patrono y obrero, cosa que intentó primero en su fábrica de Manchester y luego en New Lanark, donde dirigía un establecimiento que empleaba unos dos mil obreros. Entre 1808 y 1828 realizó diversas innovaciones muy considerables: redujo las horas de trabajo, hizo su fábrica salubre y agradable, abolió el empleo de los niños demasiado jóvenes, proveyó al mantenimiento de sus obreros sin trabajo durante un periode de depresión comercial, mejoró la técnica de sus obreros, estableció un sistema de escuelas, e hizo de New Lanark un modelo de industrialismo muy superior al existente, todo ello sosteniendo ampliamente su prosperidad financiera. Escribió vigorosamente para defender a la masa contra los cargos de intemperancia e imprevisión que se aducían para justificar las iniquidades económicas de la época. Sostuvo que hombres y mujeres son en gran parte producto de su ambiente educativo, tesis que no necesita hoy de más apoyo. Y él mismo se dedicó a la propaganda de las ideas que la experiencia de New Lanark había sobradamente justificado. Atacó la indolencia egoísta de sus colegas en industria, y en 1819, en gran parte bajo su influjo, fué aprobada la primera ley de Fábricas (*Factory Act*), primera tentativa para impedir que los patronos abusaran del modo más estúpido e intolerable de la pobreza

de sus obreros. Algunas de las restricciones de esta ley de Fábricas nos llenan hoy de asombro. Actualmente nos parece increíble que haya sido nunca necesario proteger a los niños de *nueve años* del trabajo en las fábricas, o limitar la jornada nominal de los tales obreros a *doce horas*.

La gente es, quizás, demasiado aficionada a escribir sobre la revolución industrial como si llevase a la esclavitud y al agotamiento por exceso de trabajo de los pobres niños, hasta entonces libres y dichosos. Pero esto no es entender la Historia. Desde los comienzos mismos de la civilización, los niños de los pobres se habían visto obligados a trabajar duramente. La fábrica, lo único que hizo fué reunir todo este trabajo infantil y hacerlo sistemático, evidente y escandaloso. La ley de Fábricas inglesa del 1819, por endeble que hoy pueda parecernos, fué, sin embargo, la Magna Carta de la infancia; a partir de ella comenzó la protección de los niños pobres, primero del trabajo aniquilador, más tarde del hambre y de la ignorancia.

No nos es posible narrar aquí en detalle la historia de la vida y obra de Robert Owen. Su obra en New Lanark, a juicio suyo, había sido únicamente un ensayo en pequeño. Pero lo que él había podido hacer por una comunidad industrial, ¿por qué no iba a poder hacerse por todas las comunidades industriales del país? En consecuencia, Owen abogó por una completa refundición de la población industrial, con arreglo al modelo de New Lanark. Por un momento pareció haberse apoderado de la atención del mundo. El *Times* y el *Morning Post* apoyaron sus proposiciones; entre los visitantes de New Lanark estaba el gran duque Nicolás, que sucedió a Alejandro I como zar; y uno de los primeros y más decididos amigos del proyecto era el duque de Kent, hijo de Jorge III y padre de la reina Victoria. Pero todos los enemigos de lo nuevo y todos los celosos de los pobres —que siempre, por absurdo que sea, abundan— y todos los patronos a quienes la innovación podía perturbar en sus proyectos, no esperaban sino un pretexto para atacar a Owen, y al fin lo encontraron en la expresión de sus ideas religiosas, que eran hostiles al cristianismo oficial, y de las que aquéllos se sirvieron victoriosamente para desacreditarlo. No obstante, Owen prosiguió su propaganda y sus experimentos, de los cuales fué el principal una comunidad en Nueva Harmonía (Indiana, Estados Unidos) en la que invirtió casi todo su capital. Sus asociados consiguieron comprarle su participación y apartarle del negocio de New Lanark en 1828.

Los experimentos e ideas de Owen eran muy vastos y variados y no es posible reducirlos a una sola fórmula. Su ensayo de New Lanark fué el primero de una serie de "negocios benéficos" en el mundo. Las empresas de Lord Leverhulme, Cadbury y Ford son

ejemplos contemporáneos de ellos. En realidad no fué, en lo más mínimo, un experimento socialista, sino un experimento "paternal". Pero sus proyectos de establecimientos nacionales fueron de lo que hoy llamaríamos socialismo de Estado. Su experimento de América y sus últimos escritos sí apuntan ya a una forma más completa de socialismo, y se separan mucho más del actual estado de cosas. Como es natural, el problema del sistema monetario fué uno de los que más preocuparon a Owen. Comprendió que no nos es posible esperar una justicia económica real mientras paguemos el trabajo con una moneda de valor fluctuante, del mismo modo que no podríamos esperar un mundo puntual si hubiese una variación constante en la duración de la hora. Uno de sus experimentos fué una tentativa de circulación de "billetes de trabajo", representando una, cinco, diez, veinte horas de trabajo. Las sociedades cooperativas de hoy día, sociedades de hombres pobres que se reúnen para la compra y distribución colectiva de artículos y productos o para la manufactura colectiva o la explotación agrícola, nacieron directamente de su iniciativa, aunque las primeras sociedades cooperativas de su tiempo fueron un fracaso. Sus sucesoras se han difundido hoy por todo el mundo, y cuentan hoy con unos treinta o cuarenta millones de asociados.

Un punto que notar en este socialismo inicial de Owen es que, en sus comienzos, no tuvo nada de *democrático*. Su iniciativa era benéfica; su forma primera, patriarcal. Era, en suma, algo que los patronos y capitalistas de alma generosa debían conceder a sus obreros. De manera que este primer socialismo no era un movimiento obrero, sino un movimiento patronal.

Al mismo tiempo que esta labor de Owen, tenía lugar en América e Inglaterra otra serie de movimientos, absolutamente independientes del de Owen, que estaban llamados en último término, a entrar en pugna con las ideas socialistas de éste. La ley inglesa desde hacía tiempo había prohibido toda combinación que tendiera a forzar o limitar el comercio, y a hacer subir los precios o los salarios por medio de una acción concertada. Estas prohibiciones no habían supuesto gran opresión que digamos, hasta que los cambios agrarios e industriales del siglo XVIII dejaron en libertad un verdadero enjambre de trabajadores que vivían a duras penas y contendiendo por un trabajo a todas luces insuficiente. En estas nuevas condiciones, los obreros de una porción de industrias se encontraron inicuamente explotados. Los patronos, aprovechándose del exceso de brazos, rebajaban continuamente los jornales, cambiando cuando era preciso de personal; ningún obrero podía ya estar seguro de su salario ni de sus horas de trabajo, en la ignorancia de qué concesiones no se encontraría dispuesto a hacer su compañero sin trabajo, a fin de sustituirle y poder siquiera no morirse de hambre. En estas circunstancias se hizo de una necesidad vital para los obreros el reunirse y concertarse —por ilegal que, según la ley, pudiera ello ser— a fin de impedir este tráfico abominable. En un principio, estos convenios tuvieron que hacerse y mantenerse clandestinos, creándose al efecto sociedades secretas. O bien los círculos obreros, establecidos ostensiblemente para otros fines, como círculos de recreos, sociedades funerarias, etc., servían para disfrazar esta protección de los salarios. El hecho mismo de la ilegalidad de estas asociaciones las predisponía a la violencia, y más de una vez se entregaron a salvajes excesos contra los "blacklegs" y "rats" (obreros no asociados, u obreros que se prestan a sustituir a los huelguistas, lo que llamamos en España, tomándolo del catalán, *esquirols*) que se negaban a unírseles, y más aún contra los traidores o renegados. En 1824, la Cámara de los Comunes reconoció la conveniencia de aflojar la tensión existente por la concesión a los obreros del derecho a formar agrupaciones que pudieran "tratar colectivamente" con los patronos. Esto permitió a las *Trade Unions* desenvolverse con bastante libertad. En un comienzo organizaciones primitivas y burdas y con libertades muy restringidas, las *Trade Unions* se han ido elevando gradualmente hasta llegar a constituir un verdadero Cuarto Poder en el país, un vasto sistema de cuerpos representativos de la masa de trabajadores industriales.

Originarios de Inglaterra y de los Estados Unidos, estos organismos con las naturales modificaciones nacionales, y en diversas condiciones legales, se han difundido en Francia, Alemania y demás comunidades occidentales.

Organizadas en principio para sostener los salarios y limitar el exceso de horas de trabajo, el movimiento *tradeunionista* fué al comienzo algo absolutamente distinto del socialismo. El tradeunionista trataba de sacar las mayores ventajas posibles para sí mismo del capitalismo existente y de las circunstancias industriales; el socialista, en cambio, proponía cambiar el sistema. Fué la imaginación y la capacidad generalizadora de Karl Marx lo que puso estos dos movimientos en relación. Marx era un hombre de fuerte sentido histórico; fué el primero en percibir que las viejas clases sociales que habían venido persistiendo desde los comienzos de la civilización se hallaban ahora en proceso de disolución y reforma. Su mercantilismo racial judío le mostraba claramente el antagonismo de la propiedad y del trabajo. Y su educación en Alemania —donde, como ya indicamos, la tendencia de clase a convertirse en casta era más evidente que en ningún otro país europeo— le hizo pensar que la clase trabajadora empezaba a darse cuenta de su "conciencia de clase" y de su antagonismo colectivo a las clases propietarias y acaparadoras. Y en el movimiento tradeunionista que se

estaba extendiendo por el mundo, creyó ver el florecimiento de esta conciencia de clase de la masa obrera.

¿Cuál sería —se preguntó Marx— el resultado de esta "guerra de clases" del capitalista y el proletariado? Los aventureros del capitalismo, aducía él, debido a su inherente codicia y pugnacidad, tratarían de reunir el capital cada vez en menor número de manos, hasta concentrar al fin todos los medios de producción, comunicación, etc. en una forma asequible a los obreros, cuya conciencia de clase y solidaridad se habría ido desarrollando *pari passu* bajo el mismo proceso de organización y concentración de la industria. Al llegar este momento, los obreros se apoderarían del capital y lo trabajarían por sí mismos. Esta sería la revolución social. Luego serían restablecidas la propiedad, y la libertad individuales, basadas en la común posesión de la tierra y la administración por la comunidad como un todo de los grandes servicios productivos que el capitalista privado organizara y concentrara. Tal sería el término del sistema "capitalista", pero no el término del sistema de capitalismo. El capitalismo del Estado sustituiría al capitalismo de la propiedad privada.

Esto marca ya un gran paso desde el socialismo de Owen. Este, como Platón, fiaba al sentido común del hombre —fuera cual fuera la clase a que perteneciese— la reorganización de la defectuosa y azarosa estructura social, política y económica. Marx encontró una fuerza propulsora mayor en su hostilidad de clases, basada en la expropiación y la injusticia. Y hay que tener en cuenta que Marx no era simplemente un teórico profeta, sino también un propagandista de la revolución obrera, la revolución del llamado "proletariado". La masa obrera, a su juicio, tenía un interés común contra el capitalista en todas partes, aunque bajo el influjo de las guerras de la época (guerras provocadas por el sistema de Grandes Potencias), y particularmente de la liberación de Italia, demostró no alcanzar a comprender el común interés para la masa obrera de todos los países de conservar la paz mundial. Pero con la revolución social como norte, consiguió inspirar la formación de una liga internacional de trabajadores, la Primera Internacional.

La historia posterior del socialismo oscila entre la tradición inglesa de Owen y el sentimiento de clase alemán de Marx. Lo que se llama Socialismo Fabiano, o sea la exposición del socialismo por la Sociedad Fabiana de Londres, se dirige a los hombres razonables de todas las clases. Los llamados "revisionistas" en el socialismo alemán siguen, con pequeñas diferencias, el mismo rumbo. Pero, en general, es Marx quien ha ganado la batalla, y la inclinación de los socialistas de todo el mundo es a considerar la organización de la masa obrera, y exclusivamente de la masa

obrera, como única llamada a arrebatar las fuerzas políticas y económicas de manos de los más o menos irresponsables aventureros de la propiedad privada que hoy las detentan indebidamente.

Tales eran las líneas generales de la idea que fué llamada *Socialismo*. En nuestra próxima sección discutiremos sus defectos e insuficiencias. Acaso era inevitable que el socialismo fuera considerablemente perturbado y subdividido por dudas y discusiones que habían de dar lugar a diversas sectas y escuelas, que, al fin y al cabo, no son sino síntomas de crecimiento. Aquí no podemos más que echar una ojeada a la diferencia entre socialismo de Estado, que es aquel que dirigía los asuntos económicos de un país mediante su gobierno político, y las más recientes escuelas de sindicalismo y socialismo gremial, que confiarían en gran parte el gobierno de cada industria a los trabajadores de todos los grados —incluso directores y gerentes— pertenecientes a dicha industria. Este "socialismo gremial" viene a ser, en realidad, una nueva especie de capitalismo con un comité de obreros y oficiales reemplazando en cada industria a los antiguos propietarios privados. Es decir, el *personal* convertido en capitalista colectivo.

§ 5. *Deficiencias del Socialismo como sistema de Sociedad humana.*

Todos somos hoy socialistas, decía sir William Harcourt hace años; y hay que confesar que esto cada día es más cierto. Muy pocos serán ya los que no se den cuenta de la naturaleza provisional y de la peligrosa inestabilidad de nuestro actual sistema político y económico, y aun serán menos los que crean, con los individualistas doctrinarios, que la simple actividad individual, bien encauzada, es capaz de guiar a la humanidad a puerto seguro. Grandes cambios y modificaciones se hacen necesarios, así como una sistemática subordinación legal del interés personal al bien público. Actualmente, la mayoría de los hombres sensatos son socialistas. Pero éstas son simples proposiciones preliminares. ¿Hasta dónde han llegado el ocialismo y el pensamiento moderno en la realización de este nuevo orden político y social, que tan urgentemente precisa nuestro mundo? A esta pregunta, nos veremos obligados a contestar honradamente que no hay todavía un concepto claro del nuevo Estado hacia el que vagamente nos esforzamos, que nuestra ciencia de las relaciones humanas es aún tan rudimentaria y tan especulativa, que nos deja sin guía definida en una porción de cuestiones de importancia primordial. En 1920 nos encontramos tan incapaces de establecer un sistema político científicamente concebido como lo estarían los hombres de 1820 de establecer una

fábrica de electricidad, aunque de ello hubiera dependido la salvación de sus vidas.

El sistema marxista tiende a una acumulación de fuerzas revolucionarias en el mundo. Y estas fuerzas tenderán continuamente, como es lógico, hacia la revolución. Pero Marx supuso, demasiado a la ligera, que un impulso revolucionario necesariamente produciría un Estado ordenado, de nueva y superior calidad. Una revolución puede quedarse a mitad de camino, habiendo destruído solamente. Ninguna secta socialista ha definido todavía claramente su proyectado gobierno; los bolchevistas, en su experimento ruso, parecen haber sido guiados por una frase: "la dictadura del proletariado", y en la práctica, según se nos cuenta, Trotsky y Lenín han resultado tan autócratas como el menos inteligente, pero igualmente bien intencionado, Alejandro I, zar de todas las Rusias. Nos ha costado bastante trabajo mostrar, en nuestro breve examen de la Revolución francesa, que una revolución no puede establecer nada permanente que no haya sido antes pensado y comprendido por el espíritu público. La República francesa, frente a inesperadas dificultades económicas, monetarias e internacionales, vino a caer en manos de los egotismos del Directorio y, por último, en el egotismo napoleónico. La ley, un plan definido, y mantenido con firmeza, son más necesarios aún en los tiempos revolucionarios que en los tiempos normales, pues en aquellos la sociedad degenera mucho más rápidamente en una simple rebatiña, bajo el influjo de los violentos y los astutos.

Si, en términos generales, hacemos inventario de la ciencia política y social de nuestra época, nos será fácil medir aproximadamente la tarea intelectual preliminar que es preciso llevar a cabo antes de poder esperar ver ninguna construcción permanente brotar del simple tradicionalismo y espíritu de aventura que gobierna nuestra vida colectiva actual. Este socialismo, que se pretende una teoría completa de un nuevo orden social, pronto descubriremos, a poco que miremos en él, que no es sino una teoría parcial de la propiedad —por muy inteligente que sea esta teoría—. Ya discutimos las relaciones de la evolución social con la restricción de la idea de propiedad. Ahora bien, hay varias escuelas ideológicas que querrían restringir la propiedad más o menos completamente. El comunismo es la proposición de abolir en absoluto la propiedad, o, en otras palabras, de poseer todas las cosas en común. El moderno socialismo, en cambio —o, para darle un nombre más preciso, el "colectivismo"—, distingue claramente entre la propiedad personal y la propiedad colectiva. El *quid* de la proposición socialista es que la tierra y todos los medios naturales de producción, comunicación y distribución, deberían ser colectiva-

mente poseídos. Dentro de estos límites queda mucha libre propiedad privada y una libertad personal sin límites. Dada una administración eficiente, podría dudarse si mucha gente hoy se opondría a esta propuesta. Pero el socialismo nunca ha descendido a examinar atentamente este requisito de la administración eficiente.

Una vez más, ¿qué comunidad es esa que debe poseer la propiedad colectiva: será el soberano, o el municipio, o la provincia, o la nación, o la humanidad? El socialismo no da a ello una respuesta clara. Los socialistas son muy amigos de usar a diestra y a siniestra la palabra "nacionalizar"; pero precisamente en este ESQUEMA hemos sometido las ideas de "nación" y de "nacionalismo" a una crítica bastante corrosiva. Si los socialistas se oponen a que un solo individuo reclame una mina o un extenso terreno como propiedad individual, con derecho a negar o regatear a los demás su uso y provecho, ¿por qué permitirían a una sola nación que monopolizara las minas o las carreteras o la riqueza natural de los territorios en que vive, contra todo el resto de la humanidad? Sobre este punto, realmente parece reinar una gran confusión en las teorías socialistas. Y, a menos que la vida humana se convierta en una reunión de la especie en sesión permanente, ¿cómo va la comunidad a nombrar los funcionarios encargados de llevar a cabo su cometido colectivo? Después de todo, el propietario privado de un terreno, o de un negocio, o de cualquier otra cosa por el estilo, es una especie de funcionario público en cuanto su propiedad es sancionada y protegida por la comunidad.

En vez de pagársele un sueldo o unos honorarios, se le permite sacar provecho de su propiedad. La única razón válida para dejarle cesante en su propiedad, sería que la nueva gerencia que le iba a sustituir fuera más eficiente y más provechosa y satisfactoria para la comunidad. Y, al ser dejado cesante en su propiedad, tendría, por lo menos, el mismo derecho a cierta consideración por parte de la comunidad que la que él mismo mostró en el pasado por el obrero, dejado sin trabajo a causa de un invento mecánico.

Esta cuestión de la administración, barrera sólida y adecuada a una socialización demasiado brusca, nos lleva al problema, aun en gran parte sin resolver, de la asociación humana. ¿Cómo podremos asegurar la mejor dirección de la vida humana y el máximum de cooperación voluntaria con esta dirección? Este es, en último término, un complejo problema de psicología, pero es absurdo pretender que no tiene solución. Mas si no es insoluble, igualmente poco discreto es pretender que ha sido resuelto. El problema, en su totalidad, implica la implantación de los mejores métodos en los siguientes departamentos, y su absoluta correlación:

I) *Instrucción Pública.* — Preparación del individuo para la comprensión y cooperación voluntaria con la sociedad humana.

II) *Información.* — Continua presentación, fiel y exacta, de la vida pública al individuo, para su juicio y aprobación. Intimamente relacionada con esta necesidad de información corriente está la codificación de la ley, el problema de mantener la ley pura, clara y asequible a todos.

III) *Representación.* — Selección de representantes y agentes destinados a obrar en el interés colectivo, en armonía con la voluntad general basada sobre esta instrucción e información públicas.

IV) *El Ejecutivo.* — Nombramiento de agentes ejecutivos y sostenimiento de medios para hacerlos responsables ante la comunidad, sin al propio tiempo ser obstáculo a las iniciativas inteligentes.

V) *Pensamiento e Investigación.* — Crítica sistemática de los acontecimientos y leyes, a fin de suministrar datos en que pueda apoyarse el juicio popular, y aprovechamiento de estos juicios para asegurar la mejora secular de la organización humana.

Tales son los cinco capítulos o títulos bajo los que se ofrece a nosotros el vasto problema de la asociación humana. En el mundo que nos rodea, vemos soluciones interinas de todas estas ramas, mal coordinadas unas con otras y poco satisfactorias en sí mismas. Vemos un sistema docente mezquinamente retribuído y equipado, mal organizado y coaccionado de continuo por las intervenciones y hostilidades de los organismos religiosos; vemos la información popular suministrada principalmente por una Prensa venal dependiente de anuncios y subsidios; vemos los más grotescos métodos electorales trayendo una y otra vez al poder a políticos tan poco representativos del pueblo como lo sería cualquier gobernante hereditario o conquistador de azar; en todas partes el poder ejecutivo más o menos influenciado y dirigido por grupos de aventureros ricos; y la ciencia política y social y la crítica pública, obra todavía de unos cuantos individuos abnegados y excéntricos, más bien que función reconocida y honrada del Estado. Una gigantesca tarea de limpieza y purificación del establo político se ofrece a los hombres bien pensados y bien intencionados; y hasta que se lleve a cabo, ninguna realización completa del socialismo será posible. Mientras los aventureros particulares dominen la vida política del Estado, es ridículo pensar que el Estado pueda tomar de manos de los aventureros particulares los intereses económicos de la colectividad.

No solamente no ha conseguido hasta ahora el socialismo producir un plan científico razonado para la correlación de la instrucción pública, la ley y el ejercicio del Poder público, sino que hasta

en el campo económico, como ya indicamos, las fuerzas creadoras aguardan la concepción de una buena organización del crédito y un buen método de pago e intercambio. Es una perogrullada que la buena voluntad del trabajador depende, entre otras cosas, de su absoluta confianza en el poder adquisitivo de la moneda en que le pagan . Al desaparecer esta confianza, el trabajo cesa, a menos que se pueda retribuirlo en productos. Pero no hay ciencia de la circulación monetaria ni psicología de los negocios suficientes a impedir que los gobiernos se entreguen a las más perturbadoras intromisiones en el crédito público y la circulación. Intromisiones que llevan en línea recta a la cesación del trabajo, o sea de la producción de cosas necesarias. Sobre estas cuestiones prácticas, de importancia tan vital, puede asegurarse, sin temor a exageración, que esa masa de socialistas, que tan dispuestos parecen a refundir el mundo, no tienen aún la menor idea definida. Sin embargo, en un mundo socialista, lo mismo que en cualquier otro mundo, la gente tendrá que ser pagada por su trabajo con dinero y no con especies, si es que la libertad personal está llamada a continuar. He aquí un punto que, como otros muchos, no habrá más remedio que resolver. Y hasta que se resuelva, la historia en estas materias seguirá siendo, más que un registro de experimentos, un registro de vacilaciones y tropiezos.

En otra dirección también el pensamiento social y político del siglo XIX fué, en comparación de la magnitud de la revolución mecánica, tímido, limitado e insuficiente, y es en lo que atañe a las relaciones internacionales. El lector de literatura socialista encontrará, sin duda, que los socialistas se pasan la vida hablando y escribiendo sobre el "Estado" sin darse cuenta, al parecer, de que en el concepto de "Estado" caben toda clase de organizaciones y toda clase de territorios, desde la república de San Marino al Imperial Británico. Es verdad que Karl Marx entendía que había una solidaridad de intereses entre los trabajadores de todos los países industriales, pero en el socialismo marxista apenas hay atisbo, si es que hay alguno, del corolario lógico de esto, a saber: el establecimiento de un gobierno democrático federal y mundial (con gobiernos de "Estados" nacionales o provinciales), como consecuencia natural de su proyectada revolución mundial. A lo más, hay una vaga aspiración. Pero si hay alguna lógica en los marxistas, su finalidad política declarada sería el objeto de su incesante esfuerzo. Probados con la piedra de toque de la Gran Guerra, los socialistas de casi todos los países de Europa demostraron que su internacionalismo y su conciencia de clase apenas si eran un baño tenuísimo sobre sus sentimientos patrióticos, a los que en manera alguna habían reemplazado. En todas partes, durante la Gran Guerra, los socialistas denunciaron a los gobiernos

capitalistas como responsables de la guerra; pero de poco o nada sirve denunciar un sistema de gobierno o de sociedad mientras no se tenga una idea viable de un sistema mejor para reemplazarlo.

Apuntamos aquí todo esto por tratarse de hechos, y de una parte viva y necesaria de la historia humana, tal como hoy podemos examinarla. No es nuestra misión defender ni combatir el socialismo. Pero sí nos toca observar que la vida política y social es, y permanecerá, caótica y desastrosa en tanto no se desarrolle y precise un plan constructivo semejante al que el socialismo no hace sino apuntar vagamente; plan constructivo del que todavía se halla muy lejos el mundo actual. Un inmenso trabajo intelectual y no pocos años —y quién sabe si siglos— de discusiones y enseñanzas tendrán que transcurrir antes de que un nuevo orden, tan exactamente planeado como una red ferroviaria, logre implantarse en el mundo. Y hasta que este orden nuevo sea una realidad, la vida humana, como mostraremos con el cuadro de las guerras europeas desde 1854 a la fecha, será cada vez más azarosa, peligrosa y catastrófica, a causa de los métodos de guerra y destrucción que el incesante progreso mecánico va haciendo cada día más poderosos y mortíferos.

§ 6. *De cómo el Darwinismo afectó las ideas religiosas y políticas* (6)

Mientras la revolución mecánica, que el progreso de las ciencias físicas había hecho posible, destruía la antigua clasificación social del estado civilizado que había venido evolucionando durante miles de años, y creando nuevas posibilidades y nuevos ideales de una comunidad humana y justa y de un orden mundial equitativo, un cambio por lo menos tan trascendental y tan nuevo tenía también lugar en el campo del pensamiento religioso. Este mismo desarrollo del conocimiento científico, del que había brotado la revolución mecánica, era la causa motriz de estos trastornos religiosos.

En los capítulos iniciales de este ESQUEMA dimos la historia esencial de lo que llamamos el "Archivo de las Rocas" y mostramos el lento y misterioso aparecer de la vida y de la conciencia en la infinitud del tiempo y del espacio. Pero antes de finales del siglo XVIII, esta inmensa perspectiva del pasado que llena a todo espíritu consciente actual de humildad y de esperanza sin límites, estaba oculta a la conciencia general de nuestra especie, velada por la cortina de una leyenda sumeria. Los cielos no eran

(6) Para una visión estrechamente paralela de la aquí presentada, véanse los *Outspoken Essays*, del Deán Inge, Ensayos VIII y IX sobre *San Pablo* y sobre *Institucionalismo y Misticismo*.

sino un telón de fondo a un pequeño drama de reyes y reyezuelos. Los hombres habían andado demasiado ocupados con sus pasioncillas privadas y sus asuntos personales para atender a los indicios de su gran destino, que en todas partes yacían a su alrededor.

Aprendieron su verdadera situación en el espacio mucho antes de aprender a situarse en el tiempo. Ya nombramos a los primeros astrónomos y dijimos cómo Galileo fué obligado a retractarse de su afirmación de que la tierra se movía alrededor del sol. Fué obligado a ello por la Iglesia, y ésta se vió movida a obligarle porque toda duda de que el mundo fuera el centro del Universo parecía fatalmente atentatoria a la autoridad del Cristianismo.

Ahora bien: ésta es una materia sobre la que el historiador moderno se ve obligado a ser a la vez cauteloso y atrevido, obligado a escoger su camino entre la evasiva cobarde de un lado, y el espíritu partidario del otro. En lo posible, su deber es limitarse a los hechos y opinar lo menos que pueda. Sin embargo, conviene tener en cuenta que hay ocasiones en que no hay más remedio que opinar. El que esto escribe tiene sus convicciones terminantes y firmísimas, como le es permitido a todo lector tenerlas, y su deber es no rehuirlas medrosamente cuando la ocasión lo exige. Es un hecho en la Historia que la enseñanza de Jesús de Nazareth traía en sí algo profundamente nuevo y creativo, y que predicó un nuevo Reino de los Cielos en los corazones y el mundo de los hombres. Nada había en su doctrina, a lo que podemos juzgar desde esta distancia de siglos, que chocara o se opusiera a ningún descubrimiento o expansión de la historia del mundo y de la humanidad. Pero es igualmente un hecho en la Historia que San Pablo y sus sucesores añadieron, o completaron, o superpusieron, o sustituyeron —según mejor os parezca— otra doctrina a la clara y profundamente revolucionaria de Jesús, exponiendo una sutil y compleja teoría de la salvación, salvación que podía ser alcanzada en buena parte mediante creencias y ceremonias, sin grave alteración de las costumbres y ocupaciones usuales del creyente, y no cabe duda tampoco de que esta enseñanza paulina implicaba ciertos postulados terminantes sobre la historia del mundo y de la humanidad. No es misión del historiador rebatir o explicar estas cuestiones, cuyo último significado es del dominio del teólogo; el historiador no tiene que ver sino con el hecho de que el cristianismo oficial adoptó en todo el mundo la idea de San Pablo, tan patentemente expuesta en sus epístolas como inhallable en los Evangelios, de que el sentido de la religión no yace en el futuro, sino en el pasado, y de que Jesús, más que un maestro de nuevas y maravillosas enseñanzas, fué una sangre divina y sacratísima predestinada al sacrificio, en expiación de un cierto hecho histórico de desobediencia al Creador

realizado por nuestros primeros padres, Adán y Eva, en respuesta a la tentación de una serpiente en el jardín de Edén. Sobre la creencia en este Pecado Original como un hecho, y no sobre la personalidad de Jesús de Nazareth, sobre las teorías de Pablo y no sobre la predicación de Cristo, descansa el cristianismo doctrinal.

Ya apuntamos que esta historia de la creación especial del mundo y de Adán y Eva y la serpiente era también una antigua historia babilónica, y probablemente una historia sumeria todavía más antigua, y que los libros sagrados judíos eran el medio por el que esta viejísima y "heliolítica" leyenda de la serpiente entró en el cristianismo. Adondequiera ha ido el cristianismo oficial, ha llevado consigo esta historia, a la que podríamos, realmente, decir que se ha atado indisolublemente. Hasta hace menos de un siglo todo el mundo cristiano se sentía obligado a creer, y creía, que el universo había sido especialmente creado en el curso de seis días por la palabra de Dios unos cuantos miles de años antes —4004 a. d. J. C., según el obispo Ussher. (La *Historia Universal*, en 42 volúmenes, publicada en 1779 por un grupo de libreros londinenses, discute si la fecha precisa del primer día de la Creación fué el 21 de marzo o el 21 de septiembre, 4004 a. d. J. C., y se inclina a la opinión de que la segunda es la más probable).

Sobre esta suposición histórica descansaba el edificio religioso de la civilización occidental y occidentalizada, a pesar de que el mundo estaba atestado, montañas, llanuras y mares, de pruebas evidentes de su absoluta absurdidad. La vida religiosa de las naciones directrices, aún muy intensa y sincera, transcurría en una morada histórica construida sobre arena.

No obstante, en la literatura clásica hay atisbos de una cosmogonía más sensata. Aristóteles tenía conciencia de los principios generales de la moderna geología, que se traslucen también en las especulaciones de Lucrecio; y a Leonardo da Vinci (1452-1519) debemos una lúcida interpretación de los fósiles. Un francés, Descartes (1596-1650), especuló audazmente sobre los comienzos incandescentes de nuestro globo, y un danés, Steno (1631-87), dió comienzo a la colección de fósiles y a la descripción de los estratos. Pero hasta fines del siglo XVIII no asumió el estudio sistemático de la geología proporciones que pudieran afectar la autoridad general de la versión bíblica de la vieja leyenda sumeria. Contemporáneamente a la *Historia Universal* antes citada, un gran naturalista francés, Buffon, escribía sobre las épocas de la Naturaleza (1778), y extendía audazmente la edad del mundo a 70.000 ó 75.000 años, dividiendo su historia en seis épocas para concordar con los seis días de la Creación. Estos días, se argüía, eran días figurados o alegóricos; en realidad, eran

épocas. Por esta solución acomodaticia, la geología quedaba en paz con la enseñanza ortodoxa, que duró hasta mediados del siglo XIX.

No nos es posible traer aquí a cuento los trabajos de hombres como Hutton, Playfair y Sir Charles Lyell, y de los franceses Lamark y Cuvier, en lo que atañe al progresivo descubrimiento de este archivo de las rocas. Sólo lentamente fué despertando la inteligencia del mundo occidental a estos dos hechos desconcertantes: primero, que la sucesión de la vida en el registro geológico no correspondía a los actos de los seis días de la Creación: y segundo, que el registro, de acuerdo con una masa de hechos biológicos, se separaba de la afirmación bíblica de una creación separada de las especies, apuntando a una relación genética entre todas las formas de la vida, *en la cual hasta el hombre era incluido*. La importancia de esta última conclusión para el sistema doctrinal existente era manifiesta. Si todos los animales y el hombre habían evolucionado de esta manera ascendente, entonces adiós primeros padres, adiós Edén, adiós Pecado Original. Y si no había habido Pecado Original, entonces todo el edificio histórico del cristianismo, la historia del primer pecado y la razón de su expiación, sobre la cual la enseñanza vigente basaba la emoción y la moral cristiana, se venían abajo como un castillo de naipes.

Fué, pues, con algo semejante al horror, que muchos hombres honrados y de espíritu piadoso acogieron la obra del gran naturalista inglés Carlos Darwin (1809-82), que en 1859 publicó su *Origen de las Especies por medio de la Selección Natural*, exposición poderosa y de valor permanente de aquella concepción del cambio y desenvolvimiento de las especies que expusimos sucintamente anteriormente y en 1871, completó el esquema de su obra con el *Origen del Hombre (Descent of man)*, que incluyó definitivamente al hombre en el mismo proceso evolutivo que el resto de los seres vivos.

Muchas personas aún en vida podrán recordar la consternación y la angustia que cundió en las comunidades occidentales, y no entre los ignorantes y los necios —que a éstos nada hay en el mundo de las ideas que pueda quebrantarles—, sino entre el haz de los intelectuales y letrados, al plantearse el invencible pleito de los biólogos y geólogos contra la cosmogonía ortodoxa. Muchos espíritus resistieron a la nueva tesis instintiva e irracionalmente. Su edificio moral entero estaba construido sobre historia falsa, pero ellos ya estaban demasiado viejos para emprender la reedificación. Ellos sentían, además, la verdad práctica de sus convicciones morales, y esta nueva verdad se les antojaba incompatible con aquélla. Creyeron que asentir a ella equival-

dría a preparar el derrumbamiento moral del mundo. Y prefirieron, pues, causar el derrumbamiento moral no asintiendo a ella. Las universidades inglesas en particular, esencialmente clericales en su constitución, resistieron a la nueva verdad denodadamente. Una borrascosa controversia agitó todo el mundo civilizado durante un cuarto de siglo. La calidad de las discusiones y la fatal ignorancia de la Iglesia pueden apreciarse leyendo la descripción, en el *Commonplace Book* de Hackett, de una reunión de la *British Association* en 1860, en la cual el obispo Wilberforce atacó a Huxley, el gran campeón de las teorías darwinianas, en la forma siguiente: "Volviéndose a Huxley con una sonriente insolencia, le rogó les comunicase *si era por línea de su abuelo o de su abuela que aseguraba descender de un mico*". Huxley volvióse a su vecino y dijo: "El señor lo ha puesto en mis manos". Luego se puso en pie ante nosotros y pronunció estas tremendas palabras: "Él no se avergonzaba de tener un mono por antepasado; pero, en cambio, se avergonzaría de estar emparentado con un hombre que empleaba grandes dones para oscurecer la verdad". (Otra versión reza: "Es verdad que he dicho que un hombre no tiene por qué avergonzarse de tener un mono por antepasado. Si hay antepasado de quien me avergonzaría descender, sería más bien de aquel hombre de inteligencia inquieta y versátil que se adentra en cuestiones científicas de las que no tiene conocimiento bastante, únicamente para oscurecerlas con una retórica sin objeto y distraer la atención de sus oyentes del verdadero tema en cuestión por medio de elocuentes disgresiones y una mañosa adulación de los prejuicios"). Estas palabras fueron sin duda pronunciadas con vehemencia. La escena fué sumamente movida. Una dama se desmayó, dice Hackett... Tal era el espíritu que presidía esta controversia.

El movimiento darwiniano cogió desprevenido, repentinamente, al cristianismo oficial, que se veía de pronto enfrentado con el error, claramente demostrable, de una de sus afirmaciones teológicas. Los teólogos cristianos no fueron ni lo bastante prudentes ni lo suficientemente avispados para aceptar la nueva verdad, modificar sus fórmulas e insistir sobre la eterna y no menguada vitalidad de la realidad religiosa que aquellas fórmulas bastaran hasta entonces a expresar. Pues el descubrimiento de la descendencia del hombre de formas sobrehumanas no menoscaba ni remotamente la doctrina del Reino de los Cielos. Sin embargo, curas y obispos se revolvieron frenéticamente contra Darwin, y se hicieron las más absurdas tentativas para suprimir la literatura darwiniana y denigrar hasta el descrédito personal a los expositores de la nueva teoría. ¡Y qué no se diría sobre el "antagonismo" de la religión y de la ciencia! ¡Como si en todas las edades, desde su nacimiento hasta nuestros días, no hubiera tenido el cristianismo sus escépticos! El emperador Federico II no cabe duda que era uno de ellos; en el siglo XVIII, Gibbon y Voltaire fueron abiertamente anticristianos, y sus obras influyeron sobre buen número de lectores dispersos. Pero aquéllos eran hombres de excepción se dirá... Ahora, era la cristiandad en masa la que llevaba trazas de volverse escéptica. Esta nueva controversia llegaba a todo el que leía un libro o escuchaba una conversación inteligente. Una nueva gneración venía al mundo, una juventud impetuosa y ávida de conocimiento, que se encontraba a los defensores del cristianismo en un estado de ánimo singularmente irritable, luchando por su causa sin dignidad ni lealtad. Lo que los nuevos adelantos científicos habían realmente comprometido era la teología dogmática, pero los teólogos encolerizados se empeñaban en declarar que era la religión.

Al final es muy posible que los hombres lleguen a descubrir que la pérdida de sus ropajes doctrinales no ha hecho sino hacer brillar más resplandeciente la verdad, pero a los jóvenes les pareció como si realmente hubiese habido el tal conflicto entre la religión y la ciencia, y como si en el conflicto hubiese ganado la ciencia.

El efecto inmediato de esta gran disputa sobre las ideas y métodos de la gente en las clases prósperas e influyentes de todo el mundo occidentalizado fué realmente bastante nocivo. La nueva ciencia biológica no traía aún nada constructivo para reemplazar la vieja moral, de lo cual resultó una verdadera desmoralización. El nivel general de la vida social en aquellas clases era bastante más elevado a principios del siglo XX que del siglo XVII, pero en cuanto a desinterés y conciencia es probable que esta última llevase ventaja a aquélla. En las clases propietarias y activas del siglo XVII, a pesar de unos cuantos "infieles" y empedernidos, había probablemente un porcentaje mucho más crecido de hombres y mujeres que rezaban sinceramente, que hacían un escrupuloso examen de conciencia y que estaban dispuestos a sufrir y a sacrificarse por lo que a ellos les parecía el bien, que en el siglo XX. Es indudable que, a partir de 1859, hubo una pérdida de fe positiva. El oro puro de la religión era en muchos casos arrojado con la bolsa raída que hasta entonces lo contuviera, y rarísima vez era recuperado. A fines del siglo XIX, una burda y equivocada interpretación del darwinismo habíase convertido en la pitanza intelectual por excelencia de la gran masa de los pseudo-cultos en todas las latitudes. Los reyes, propietarios, gobernantes y caudillos del siglo XVII abrigaban, en el fondo, la idea de que era la voluntad de Dios la que les hacía prevalecer; y, en consecuencia, le temían, mantenían generosamente un clero que abogase por ellos

ante la divina presencia, y cuando eran malos u obraban perversamente trataban de no pensar en él.

Pero la antigua fe de los reyes, propietarios y gobernantes del siglo XX se había marchitado bajo la luz actínica de la crítica científica. Los pueblos predominantes a fines del siglo XIX creían predominar por virtud de la "Lucha por la Existencia", en la que el fuerte y el astuto vence al débil y al confiado. Y creían, además, que tenían que ser fuertes, enérgicos, insensibles, "prácticos" y egoístas, en suma, ya que Dios había muerto, y había estado siempre muerto —al parecer—, lo que era, realmente, ir mucho más allá de lo que autorizaba la nueva ciencia.

La primera interpretación popular, burda y errónea, del darwinismo, o sea la idea de que el hombre ha venido al mundo sólo para sí, no tardó en ser rebasada; pero el avance se detuvo en la siguiente etapa. Decidióse que el hombre era un animal social, sí, pero a la manera del perro de caza. Y lo mismo que en una jauría es necesario amedrentar y dominar a los más jóvenes y a los más débiles para bien general, así pareció justo que los grandes mastines de la jauría humana amedrentasen y dominaran. De aquí un nuevo desprecio por las ideas de democracia que habían gobernado los primeros tiempos del siglo XIX, y de aquí una admiración renaciente por los despóticos y los crueles.

Fué verdaderamente sintomático de la época el que Mr. Rudyard Kipling volviese a los hijos de las clases altas y medias de Inglaterra a la Selva a aprender "la Ley", y que en su libro *Stalky y Compañía* diera una tan gustosa descripción del suplicio de dos muchachos por otros tres compañeros de colegio, que mediante un subterfugio han reducido a sus víctimas a la más completa impotencia, antes de descubrir sus intenciones hostiles.

Vale la pena de prestar cierta atención a este incidente de *Stalky y Compañía*, por lo vívidamente que nos ilustra sobre la psicología política del Imperio Británico a fines del siglo XIX. La historia de la última mitad de siglo no podrá ser comprendida sin una comprensión exacta de la... *peculiaridad* (seamos eufemistas) mental a que esta historia sirve de ejemplo. Los dos muchachos torturados son dos "matoncillos" del colegio, lo que ya es una excusa para los atormentadores, que además han sido incitados a la orgía por un cura. Nada podrá, pues, cohibir el entusiasmo con que los muchachos (y Mr. Kipling con ellos) ponen manos a la obra. La moraleja del cuento parece ser que, antes de acudir a la tortura, conviene dar muestras de cierta justificable indignación moral, mediante la cual todo irá bien. Y si se tiene a las autoridades de parte de uno, ¿quién se atreverá a censurar? Tal, aparentemente, es la simple doctrina de este imperialismo típico. Pero el caso es que no ha habido "matón" que no siguiera,

lo mejor que le permitieron sus facultades, esta doctrina tan cómoda, desde que el animal humano desarrolló lo bastante su inteligencia para ser conscientemente cruel.

Otro extremo del cuento es también sumamente significativo, y es que el director del colegio, lo mismo que su ayudante clerical, son presentados como cómplices en cierto modo del atentado. Ambos *desean* que aquella *represión* ocurra; pero, en lugar de ejercer su propia autoridad, emplean a aquellos muchachos, que son los héroes de Mr. Kipling, para castigar a las dos víctimas. Director y cura hacen oídos de mercader a las quejas de una madre indignada.

Todo lo cual Mr. Kipling lo presenta como un estado ideal de cosas.

Sin embargo, en esto, tan insignificante al parecer, encontramos la clave de la más fea, retrógrada y, en último término, fatal idea del moderno imperialismo, la idea de *una conspiración tácita entre la ley y la violencia ilegal*. De la misma manera que el Zarismo precipitó su ruina por el apoyo clandestino prestado a aquellas siniestras bandas de asesinos que pasaban a cuchillo a los judíos y demás supuestos enemigos del Zar, así el buen nombre del Gobierno Imperial británico ha sido mancillado —y aún lo sigue— por la incursión ilegal realizada por el doctor Jameson en el Transvaal antes de la guerra anglo-boer, y por las aventuras que luego describiremos de Sir Eduardo Carson y Mr. F. E. Smith (hoy Lord Birkenhead) en Irlanda. Con traiciones semejantes contra sus súbditos es como se vienen abajo los Imperios. La verdadera fuerza de los gobernantes y de los Imperios reside, no en ejércitos ni en armadas, sino en la creencia por parte de los hombres de que son sinceros, veraces y legales. Tan pronto como un Gobierno se separa de esta línea de conducta cesa de ser otra cosa que una cuadrilla de usurpadores en el Poder y puede asegurarse que sus días están contados.

§ 7. *La Idea del Nacionalismo.*

Ya hemos hablado de la necesidad de un mapa político natural del mundo que divida y agrupe geográficamente, del mejor modo posible, las distintas nacionalidades. Toda otra división política del mundo que no sea la de este mapa natural será forzosamente un error, que tendrá por consecuencia violentas tensiones e insurrecciones tendiendo a restablecer las fronteras indicadas por aquel mapa natural. Pero esto que hoy nos parece tan evidente y axiomático, no pareció lo mismo a los diplomáticos del Congreso de Viena, que se creyeron en libertad de cortar el mundo lo mismo que se corta un queso. La mayor parte de las convulsiones y con-

flictos que dieron principio en Europa al reponerse el mundo del agotamiento de las guerras napoleónicas fueron tentativas inequívocas de los pueblos para librarse de Gobiernos tan poco pertinentes al país en cuestión la mayoría de las veces, que resultaban intolerables. En general, los Gobiernos existentes en casi toda Europa no eran los que correspondían, por no resultar socialmente representativos y ser causa así de dificultades en la producción y del despilfarro de energía humana. Pero cuando a estas molestias generales venían a sumarse diferencias de religión, de cultura y de raza entre gobernantes y gobernados (como en casi toda Irlanda), o diferencias de raza y de idioma (como en la Italia septentrional perteneciente a Austria y en la mayor parte del Imperio austríaco), o diferencias en todos estos respectos a la vez (como en Polonia y en la Turquía europea), la exasperación acababa siempre en derramamientos de sangre. Europa era un sistema de máquinas gobernantes pésimamente montadas. Y de las dificultades producidas por esta falta de ajuste puede decirse que sacaron su fuerza motriz los diversos movimientos "nacionalistas" que tan importante papel desempeñaron en la historia del siglo XIX.

¿Qué es una nación? ¿Qué es la nacionalidad? Si nuestra historia del mundo ha demostrado algo, ha sido, sin duda, la mescolanza de razas y pueblos, la inestabilidad de las divisiones humanas, la variedad giratoria de los agrupamientos humanos y de las humanas ideas de asociación. Una nación, se ha dicho, es una acumulación de seres humanos que se figuran constituir un pueblo; pero se nos dice luego que Irlanda es una nación, y seguramente que sus provincias protestantes del Ulster no compartirán esta idea; e Italia no pensó que era un pueblo hasta bastante después de realizada su unidad. Cuando el autor se encontraba en Italia en año 1916, solía oír decir a la gente: "Esta guerra hará de nosotros una nación". Por otra parte, los ingleses, ¿son una nación, o se han fundido simplemente en una nacionalidad británica"? Los escoceses no parecen creer mucho que digamos en esta nacionalidad británica. No puede ser una comunidad de raza o de idioma lo que constituye una nación, pues en ese caso los habitantes de Gales y de las tierras bajas de Escocia constituirían una "nación" escocesa; no puede ser tampoco una religión común, pues en Inglaterra hay una porción de ellas; ni una literatura común, pues ¿por qué estarían entonces separadas Inglaterra y los Estados Unidos, España y la República Argentina? Podríamos, quizá, sugerir que una nación es, en efecto, una asamblea, mixtura o confusión de gentes que, o bien se ven aquejadas, o bien desean verse aquejadas, por un Ministerio de Estado propio, a fin de poder obrar colectivamente como si sus necesidades, de-

seos y vanidades fueran, sin punto de comparación, más importantes que el bienestar general de la humanidad. Ya indicamos el desenvolvimiento de las monarquías maquiavélicas en el gobierno de sus cancillerías, desempeñando el papel de "Potencias". La "nacionalidad" que dominaba el pensamiento político del siglo XIX no era en realidad otra cosa que la exageración romántica y emocional de los trastornos producidos por el desacuerdo del mapa natural potílico con los arreglos políticos inadecuados en interés de las tales "Potencias".

Durante todo el siglo XIX, y particularmente en su segunda mitad, habia habido una gran actividad de este nacionalismo en el mundo. Todos los hombres son, por naturaleza, partidistas y patriotas, pero su natural espíritu de tribu de los hombres del siglo XIX estaba anormalmente desarrollado, y se vió excitado, inflamado y fundido al fin en el molde nacionalista. El nacionalismo era enseñado en las escuelas, exaltado por los periódicos, predicado y remedado y cantado en todo momento. A tal punto, que acabó por convertirse en un fanatismo monstruoso, que vino a acabar de oscurecer la vida humana. Acostumbróse a los hombres a sentir que era tan indecente andar por el mundo sin un nacionalismo como sin un vestido. Los pueblos orientales, que nunca hasta entonces oyeran hablar de nacionalismo, se aficionaron a él como se aficionaron a los pitillos y a los sombreros de Occidente. India, mosaico de razas, religiones y culturas diversas, aria, mongólica y dravidica, convirtióse de la noche a la mañana en una "nación". Claro que también habia casos sumamente dudosos y complejos, como cuando un judihuelo de White Chapel tenía que decidir entre pertenecer a la nación británica o a la israelita. La caricatura y el dibujo políticos desempeñaron un importante papel en el culto de estos nuevos y más poderosos dioses de tribu —pues tales son, en verdad, las "naciones" modernas—, dándoles forma definida en la imaginación popular. Si hojeamos las páginas del *Punch*, este curioso registro contemporáneo del alma inglesa, que viene perdurando desde 1841, allí encontraremos las figuras de Britania, Hibernia, Francia y Germania abrazándose, disputando, injuriándose, regocijándose, condoliéndose. El llevar la política en esta forma a la inteligencia recelosa del pueblo ayudó no poco a los diplomáticos a proseguir su juego de Grandes Potencias. Al hombre del pueblo, resentido de que se le llevase al hijo al extranjero para "morir por la patria", se le hacía creer así que, en lugar de ser esto simplemente el resultado de la obstinación y la codicia de dos cancillerías rivales, era realmente parte necesaria de una lucha justa, inevitable y gigantesca entre dos de aquellas misteriosas divinidades. Francia habia sido agraviada por Germania, o Italia estaba reivindicando sus sagrados dere-



chos ante Austria. La muerte del hijo cesaba, así, de aparecer como una injuria al sentido común y asumía una especie de dignidad mitológica. Y la insurrección podía disfrazarse con el mismo romántico ropaje de la diplomacia. Irlanda se convertía en la diosa cenicienta, "Catleen ni Houlihan", desbordante de sufrimientos seculares y agravios imperdonables; la joven India hacía trascender sus realidades en el culto de Bande Mataram.

La idea esencial del nacionalismo del siglo XIX era el "derecho legítimo" de cada nación a la completa soberanía, el derecho de cada nación a administrarse por sí misma, dentro de su propio territorio, indiferente a todas las demás naciones. El único lunar o mácula de esta idea es que los asuntos e intereses de todas las comunidades modernas se extienden a los más lejanos rincones de la tierra. El asesinato de Sarajevo en 1914, por ejemplo, produjo los mayores daños entre las tribus indias de la península del Labrador, a causa de haber interrumpido la guerra el mercado de pieles, sobre cuyo producto contaban para necesidades tan primarias como la compra de municiones, sin las cuales no podían procurarse el suficiente alimento. Un mundo de naciones soberanas independientes significa, por consiguiente, un mundo de perpetuos conflictos, un mundo de Estados en constante preparación para la guerra. Pero al mismo tiempo, y en discordancia con la predicación de este nacionalismo, había entre las más fuertes nacionalidades, una vigorosa propaganda de otra serie de ideas, las ideas de imperialismo, en que se concedía a una nación poderosa y adelantada el derecho a dominar a otras naciones menos adelantadas o menos políticamente desarrolladas, o a pueblos cuya nacionalidad estaba aún en embrión, y que la nación dominante esperaba agradeciese la protección que tan generosamente se le

ofrecía. Este empleo de la palabra "imperio" evidentemente era distinto de su primera significación universal. Los nuevos Imperios ni siquiera pretendían ser una continuación del Imperio mundial de Roma, habiendo perdido la última conexión entre la idea del Imperio y la paz del mundo.

Estas dos ideas de nacionalismo y, como corona del éxito nacional, de "Imperio", gobernaron el pensamiento político europeo y, en realidad, el pensamiento político del mundo, durante la segunda mitad del siglo XIX, y puede decirse que lo gobernaron con exclusión de toda concepción más amplia de un común bienestar humano. Pero estas ideas, de peligrosa actividad, no representaban nada fundamental e inalterable en la naturaleza humana, y no respondieron a las nuevas necesidades de dirección y de seguridad mundiales que la revolución mecánica hacía cada día más imperativas. Si fueron aceptadas es porque la gente en general no tenía las ideas de ancho horizonte que un estudio de la historia universal pueden procurar, ni la caridad comprensiva de una religión mundial. El peligro que entrañaban para todas las rutinas de la vida corriente no fué percibido hasta que ya era demasiado tarde.

§ 8. *La Exposición Universal de 1851.*

Después de mediado el siglo XIX, este mundo de nuevas potencias y viejas ideas, este vino nuevo fermentado en las viejas cubas de la diplomacia, estalló en una serie de guerras y conflictos armados, sin que las fútiles contenciones del Tratado de Viena sirvieran de nada. Por una irónica incidencia, el nuevo sistema de perturbación fué precedido por un festival de la Paz en Londres, la Exposición Universal de 1851.

El espíritu motor de esta Exposición fué el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha, sobrino de Leopoldo I, el rey alemán que fuera colocado sobre el trono belga en 1831, tío materno, por cierto, de la joven reina Victoria de Inglaterra. Esta había sido coronada en 1837, a la edad de diez y ocho años. Los dos primos, que eran de la misma edad, se casaron en 1840, bajo los auspicios del tío, y el príncipe Alberto fué conocido a los súbditos británicos por el nombre de "el príncipe consorte". Este, por otra parte, era un mozo de gran inteligencia y excepcional cultura, y parece ser que le afligía profundamente el estancamiento mental en que Inglaterra había caído. Oxford y Cambridge, las dos luminarias de antaño, aún se recobraban lentamente del reflujo intelectual que a fines del siglo anterior se iniciara. Ni en una ni en otra Universidad pasaban ya anualmente las matrículas de las cuatrocientas. En cuanto a los exámenes, en su mayor parte no eran sino simples ceremo-

nias *viva voce*. Exceptuando dos colegios en Londres (la Universidad de Londres) y uno en Durham, ésta era toda la educación universitaria que podía ofrecer Inglaterra. Fué en gran parte la iniciativa de este mozo alemán que casara con la reina inglesa, y a quien escandalizara tanta incultura, lo que dió lugar a la comisión universitaria de 1850, y seguramente el deseo de sacar a Inglaterra de su marasmo contribuyó no poco a que promoviese aquella primera Exposición Universal, que debía procurar la oportunidad de hacer una comparación entre las producciones artísticas e industriales de los diversos países europeos.

El proyecto tropezó con una oposición encarnizada. En la Cámara de los Comunes se profetizó que Inglaterra quedaría infestada por una plaga de pícaros y revolucionarios extranjeros que corromperían la moral del pueblo y destruirían toda fe y lealtad en el país.

La Exposición se celebró en Hyde Park, en una inmensa construcción de hierro y cristal —que, después, reconstruída, conocen hoy los londinenses con el nombre de Palacio de Cristal—. Económicamente, fué un gran éxito. Hizo que muchos ingleses se dieran cuenta, por primera vez en su vida, de que Inglaterra no era el único país industrial del mundo y que la prosperidad comercial no era un monopolio británico por voluntad divina. Fué la prueba patente de que Europa se estaba recobrando rápidamente del desastre de las guerras napoleónicas y disponiéndose a arrebatar a Inglaterra su primacía comercial e industrial. De esta Exposición data la organización del Departamento de Ciencias y Artes (1853), cuyo objeto era recuperar, si aun era posible, la dirección educacional que Inglaterra había perdido.

La Exposición, como era de esperar, dió lugar a exhibir, además de los productos, los más efusivos sentimientos internacionalistas. Sentimientos que ya encontraran expresión en la obra de algunos poetas jóvenes como Tennyson, que habían tenido una vislumbre del futuro.

"Till the war-drums throb'd no longer, and the battle-flags were furled...
In the Parliament of man, the Federation of the world..." (7)

La visión era prematura. Bajo la paz aparente de aquel intervalo de liberalismo y de ilustración superficial, las simientes de una nueva cosecha de conflictos internacionales empezaba a germinar. Francia era nominalmente una república liberal. Pero su presidente eran un Bonaparte, el sobrino del primer Napoleón, hombre de gran astucia e iniciativa, destinado a traer sobre Francia y Europa desastres aun mayores que los logrados por su tío medio siglo antes.

(7) "Hasta que los tambores de guerra dejen de redoblar, y las banderas de combate se enrollen... En el Parlamento del hombre, la Federación del mundo..."

§ 9. *La Carrera de Napoleón III.*

La república francesa que en 1848 había reemplazado a la monarquía de los Orleans tuvo una carrera breve y turbulenta. Desde el comienzo se vió embarazada por burdas proposiciones de carácter socialista, que fueron causa de una gran desorganización económica y de no poca ansiedad financiera. Este segundo Napoleón Bonaparte, dándoselas de liberal a toda prueba, que quería establecer la confianza pública y estabilizar la vida nacional, logró asegurar su elección como Presidente en octubre de aquel año. Juró como Presidente, ser fiel a la política democrática y considerar como enemigos a cuantos intentaran cambiar la forma de gobierno. Dos años después (diciembre de 1852), era emperador de Francia.

Al principio fué mirado con marcada desconfianza por la reina Victoria o, más bien, por el barón Stockmar, el amigo y servidor del rey Leopoldo de Bélgica, y guardián de la conciencia internacional de la soberana británica y su consorte. Todo este grupo de familia Sajonia-Coburgo-Gotha sentía un razonable y generoso entusiasmo por la unidad y bienestar de Alemania —sentimiento de corte liberal, naturalmente—, y estaban dispuestos a alarmarse de este renacimiento bonapartista.

Lord Palmerston, ministro de Estado de Gran Bretaña, fué, en cambio, favorable al usurpador desde un comienzo, y ofendió a Su Graciosa Majestad por el envío de amigables despachos al Presidente francés sin someterlos antes a la aprobación de la soberana, que a su vez los habría sometido a la aprobación de Stockmar; olvido que obligó al noble lord a presentar su dimisión. Pero, más adelante, la corte británica viró en redondo y adoptó una actitud más cordial con el nuevo aventurero.

Los años iniciales de su reinado prometieron una monarquía liberal más bien que una carrera napoleónica, un gobierno de "pan barato, grandes obras públicas y días de fiestas" (8), y el mismo soberano se expresó calurosamente en favor de la idea de nacionalismo, idea, naturalmente, muy aceptable a toda inteligencia liberal germánica. Presisamente, en 1848 había habido un breve parlamento pan-germánico, derribado en 1849 por la monarquía prusiana.

(8) Albert Thomas en la *Encyclopædia Britannica*.



Antes de 1848 todas las cortes europeas del convenio de Viena habían permanecido en una especie de alianza por temor a una segunda y más universal revolución democrática. Después de los fracasos de 1848 y de la restauración de la monarquía en Francia, este temor fué desapareciendo, y las cortes susodichas se vieron en libertad de volver a las intrigas y contraintrigas de los buenos tiempos anteriores a 1789, ahora con los ejércitos y armadas mucho más poderosos que la primera época napoleónica les había dado. Después de un intervalo de sesenta años, reanudóse con verdadero entusiasmo el juego de Grandes Potencias, cuyo resultado presenciamos en la catástrofe de 1914.

Durante algún tiempo el nuevo Napoleón procedió cautelosamente. Fué el zar de Rusia, Nicolás I, quien hizo el primer movimiento hacia la guerra reanudando la pretensión tradicional de Pedro el Grande sobre Constantinopla. Nicolás inventó la frase de "el enfermo de Europa", aludiendo al Sultán; y, encontrando

un pretexto en el desgobierno de Turquía y en los malos tratos infligidos a la población cristiana del imperio turco, ocupó los principados del Danubio en 1853.

Realmente, fué un retroceso internacional. Los diplomáticos europeos se encontraron con una cuestión de tipo completamente dieciochesco. Entendióse que los designios de Rusia chocaban con los de Francia en Siria y amenazaban la ruta mediterránea hacia la India de Inglaterra, y la consecuencia fué una alianza de Francia y Gran Bretaña para apoyar a Turquía y una guerra, la guerra de Crimea, que acabó con la derrota de Rusia. Cualquiera habría pensado que el refrenar los ímpetus de Rusia era cosa que tocaba más bien a Austria y Alemania, pero la afición de las cancillerías francesa e inglesa a quemarse los dedos en las cuestiones rusas ha sido siempre muy difícil de dominar. Y el nuevo Napoleón vió en esta guerra una oportunidad para asegurar su dudosa amistad con Inglaterra y la corte inglesa, que hasta entonces se mantuvieran alejadas de él.

La siguiente fase de interés en esta reposición del drama de Grandes Potencias fué la explotación, por el emperador Napoleón III y el rey del pequeño reino de Cerdeña en el Norte de Italia, de las dificultades y miserias de Italia, tan dividida y caótica a la sazón, y, particularmente, de la dominación austríaca en el Norte de la península. El rey de Cerdeña, Víctor Manuel, hizo un trato de los antiguos tiempos con Napoleón, estipulando su ayuda a cambio de las provincias de Niza y de Saboya. Francia se quedaría con éstas, y Cerdeña recibiría compensación en el resto de Italia.

La guerra entre Francia y Cerdeña por un lado, y Austria por otro, estalló en 1859 y se resolvió en unas cuantas semanas. Los austríacos fueron completamente derrotados en Magenta y Solferino. Luego, en vista de que Prusia le amenazaba sobre el Rhin, Napoleón hizo la paz, dejando a Cerdeña enriquecida con la Lombardía.

La jugada siguiente en la partida de Víctor Manuel y de su primer ministro, Cavour, fué un movimiento insurreccionario en Sicilia, acaudillado por el gran patriota italiano Garibaldi. Sicilia y Nápoles fueron libertadas, y toda Italia, con la excepción de Roma (que continuó fiel al Papa) y de Venecia (que permanecía en poder de los austríacos), quedó en manos del rey de Cerdeña. Un parlamento general fué convocado en Turín en 1861, y Víctor Manuel se convirtió en el primer rey de Italia.

Pero, ahora, el interés en este juego de la diplomacia europea les cupo en suerte a los alemanes. Ya el sentido común del mapa natural político había hecho sus primeras pruebas, En 1848, toda

Alemania, incluso, naturalmente, el Austria alemana, había estado por lagún tiempo unida bajo el Parlamento de Frankfort. Pero esta clase de unión era particularmente ofensiva para todas las cortes y cancillerías alemanas, que no querían una Alemania unida por la voluntad del pueblo, sino por la acción monárquica y diplomática, como estaba Italia en vías de unirse. En 1848, el Parlamento alemán había insistido en que las provincias, en gran parte alemanas, de Schleswig y de Holstein, a la sazón danesas, debían



pertenecer a Alemania. A este fin, había ordenado al ejército prusiano que las ocupara, pero el rey de Prusia se había negado a recibir órdenes del Parlamento alemán, precipitando así la caída de este organismo. Ahora bien, el rey de Dinamarca, Cristián IX, por ningún motivo concecible, fuera de la natural insensatez de los reyes, se embarcó en una campaña de pequeñas molestias y engorros contra los alemanes en estas dos provincias. Los asuntos de Prusia estaban por aquel entonces en manos de un ministro a lo siglo XVII, von Bismark (conde en 1865, príncipe en 1871), que

vió una brillante oportunidad en las circunstancias. Convirtiéndose en campeón de la nacionalidad alemana en aquellos dos ducados —y aquí conviene recordar que el rey de Prusia se había negado antes a asumir este papel en representación de la Alemania democrática de 1848—, persuadió a Austria de que se pusiera a su lado en una intervención militar.

¿Qué podía hacer Dinamarca contra estas dos grandes potencias? Huelga decir que fué fácilmente derrotada y obligada a entregar los dos ducados.

Entonces, Bismarck provocó una querella con Austria por la posesión de aquellas dos modestas provincias, que trajo como resultado una guerra innecesaria y fratricida de los alemanes por la mayor gloria de Prusia y la supremacía de la dinastía Hohenzollern en Alemania. Esta, pues, por obra de Bismarck, quedó consolidada bajo los prusianos Hohenzollern. Los escritores alemanes de espíritu romántico representan a Bismarck como un gran estadista, que planeara la unidad alemana; pero, en realidad, no hay tal cosa. La unidad alemana era ya un hecho en 1848. Estaba y está en la naturaleza de las cosas. La monarquía prusiana no hizo otra cosa que ir demorando lo inevitable a fin de parecer realizarlo a la manera prusiana. Esto es por lo que, cuando al fin Alemania fué unificada, en vez de presentar la apariencia de un pueblo moderno civilizado, se presentó al mundo con la faz de aquel anacrónico Bismarck, mostachudo, calzado de enormes espolones, con un casco de punta en la cabeza y un gran sable en la mano.


Bismarck

En esta guerra entre Prusia y Austria, Prusia tuvo por aliada a Italia, mientras la mayoría de los pequeños Estados alemanes, que temían los ambiciosos proyectos de Prusia, lucharon del lado de Austria. El lector, como es natural, querrá saber por qué Napoleón III no aprovechó esta admirable ocasión para entrar en la guerra, a ver lo que se pescaba.

Todas las reglas del juego de Grandes Potencias parecían requerilo así. Sin contar que era peligroso el permitir que se levantara en Europa un rival de Francia tan poderoso como podía llegar a ser Prusia. ¿Es que Napoleón no iba a hacer algo para impedirlo? Desgraciadamente, Napoleón se había nejado coger los dedos en

una trampa al otro lado del Atlántico, y no se encontraba por el momento en situación de intervenir.

Por desdicha para él, América le había tentado. El desacuerdo entre los intereses de los Estados del Norte y del Sur en Norteamérica, debido a las diferencias económicas basadas en la esclavitud, habían acabado al fin en la guerra civil. En nuestra próxima sección nos ocuparemos más detalladamente de esta guerra civil; baste ahora decir que duró cuatro años, y que acabó, por último, en los actuales Estados Unidos. Todos los elementos de la reacción en Europa se regocijaron grandemente durante estos cuatro años de disensión republicana; la aristocracia británica tomó abiertamente partido por los Estados confederados, y el Gobierno inglés permitió a diversos barcos corsarios, de pabellón inglés, y particularmente el *Alabana*, atacar a la marina federal.

Napoleón III fué todavía más temerario en su suposición de que, al fin y al cabo, el Nuevo Mundo había caído postrado ante el Viejo. Hasta entonces los Estados Unidos habían prohibido la intervención de Europa en el continente americano. Esto era, por decirlo así, una regla fija de la política norteamericana. Pero Napoleón III se imaginó que aquel seguro escudo de la doctrina Monroe acababa de quebrarse definitivamente y que ya las Grandes Potencias podrían inmiscuirse de nuevo en América y restablecer en ella las bendiciones del régimen monárquico.

Ciertas libertades del presidente de Méjico con la propiedad de los extranjeros suministraron el pretexto de la intervención. Una expedición conjunta de franceses, ingleses y españoles ocupó Veracruz, pero los proyectos de Napoleón resultaron demasiado atrevidos para sus aliados, que, al darse cuenta de que aquél proyectaba nada menos que el establecimiento de un imperio mejicano, se retiraron de la aventura. Sin embargo, Napoleón III no cejó en sus propósitos y, después de no poco batallar, logró nombrar al archiduque Maximiliano de Austria emperador de Méjico en 1864. A pesar de ello, las tropas francesas continuaron ocupando el país, y una nube de especuladores franceses cayó sobre Méjico para explotar sus minas y demás riquezas naturales.

Pero en abril de 1865 terminó la guerra civil norteamericana y el grupo de extranjeros que ocupaba Méjico se encontró frente a un Gobierno de los Estados Unidos victorioso, con un gran ejército en la mano y propósitos francamente hostiles respecto a su actuación. En una palabra, los imperialistas franceses se vieron bruscamente colocados ante la alternativa de una guerra con los Estados Unidos o el abandono inmediato de América. A esta situación se debe que Napoleón III no interviniera entre Prusia y

Austria en 1866, y tal fué el motivo de que Bismarck precipitara la lucha con Austria.

Mientras Prusia se las entendía con Austria, Napoleón III se esforzaba en salir con dignidad de las zarzas de Méjico. A este fin inventó una riña por motivos financieros con Maximiliano y retiró las tropas francesas. Entonces, con arreglo al uso y al sentido común, Maximiliano debería de haber abdicado. Pero, en vez de hacerlo así, se empeñó en defender la corona contra sus súbditos sublevados, siendo, al fin, derrotado por éstos, cogido prisionero y fusilado en 1867. Y así la paz del presidente Monroe volvió a reinar sobre el nuevo mundo.

Pero mientras Napoleón andaba ocupado con su percance americano, Prusia e Italia ganaban victoria sobre victoria contra Austria (1866). Italia, es cierto, fué derrotada en Custozza y en la batalla naval de Lissa, pero el ejército austriaco quedó a tal punto aplastado por los prusianos en Sadowa, que Austria no tuvo más remedio que rendirse a discresión. Italia salió ganando la provincia de Venecia, dando así un paso más hacia la unificación completa —únicamente Roma, Trieste y unas cuantas villas y villorrios de las fronteras Norte y Noroeste quedaban aún fuera del reino— y Prusia se convertía en la cabeza de una Confederación Alemana del Norte, de la que sólo Baviera, Württemberg, Baden, Hesse y Austria eran excluídas.

Esta victoria de Prusia, que, en sustitución de Austria, la convertía en cabeza nominal de los pueblos germánicos, esta restauración de la supremacía del reino de Federico el Grande, ponía a Prusia y Francia frente a frente. Así daba comienzo una rivalidad llamada a tener por consecuencia la más grande y funesta guerra de toda la Historia. El que Francia y Prusia llegasen, fatalmente, a las manos, era sólo cuestión de tiempo. Una y otra se armaron para la lucha, pero Prusia tenía mejores maestros de escuela y una disciplina de obediencia y eficiencia superior a Francia. La guerra estuvo a punto de estallar en 1867, en que, apenas libre de Méjico, Napoleón trató de buscar pendencia con motivo del Luxemburgo. Pero si esta vez pudo evitarse, no ocurrió lo mismo en 1870, en que (lo mismo que si se estuviera en el siglo XVIII) una discusión sobre los candidatos al trono vacante de España, suministró la causa o el pretexto. Napoleón abrigaba la creencia de que Austria, Baviera, Württemberg y los demás Estados que no pertenecían a la Confederación Alemana del Norte, se pondrían a su lado en una guerra contra Prusia. Probablemente, el deseo de que las cosas ocurrieran así era el único motivo para la tal creencia. Pero el caso es que se equivocó de medio a medio. Ya desde 1848, en lo que se refiere a entendérselas con el extranjero,

los pueblos germánicos estaban espiritualmente unidos. Bismarck no había hecho sino imponer la monarquía Hohenzollern, con gran pompa, ceremonias y efusión de sangre, sobre un hecho consumado. Toda Alemania, pues, se puso al lado de Prusia contra Francia.

A comienzos de agosto de 1870, las fuerzas unidas de Alemania invadían Francia. En número, disciplina, material y dirección, demostraron ser superiores a las francesas. La catástrofe de Francia fué rápida y completa. A raíz de las batallas de Wörth y de Gravelotte, un ejército francés, al mando de Bazaine, se vió sitiado en Metz, y tuvo al fin que capitular; y el día 1.º de septiembre un segundo ejército, con el que iba Napoleón III, fué derrotado y obligado a rendirse en Sedán. Napoleón III cayó prisionero. París se encontraba indefenso ante el invasor. Por segunda vez, las promesas del napoleonismo llevaban a Francia al desastre.

El 4 de septiembre, Francia proclamaba de nuevo la república y, así regenerada se disponía a luchar por la existencia contra el prusianismo triunfante. Pues aunque había sido una Alemania unida la que venciera al imperialismo francés, Prusia era la que llevaba las riendas. El ejército de Metz capituló en octubre; París, después de un asedio y bombardeo tenaz, tuvo que capitular también en enero de 1871, y Francia pidió la paz.

Con gran pompa y ceremonia, en la Galería de los Espejos de Versalles, en medio de una magnífica exhibición de uniformes militares, el rey de Prusia fué proclamado Emperador de Alemania, y Bismarck y la espada de los Hohenzollern reclamaron la gloria de esta unidad germánica, que ya un idioma y una literatura comunes había desde hacía largo tiempo asegurado.

La Paz de Frankfort, que siguió, fué una paz a lo Hohenzollern. Bismarck se había aprovechado del sentimiento nacional de Alemania para asegurarse la ayuda de los Estados alemanes del Sur, pero, en realidad, no tenía en su mano las fuerzas esenciales que procuraran, a él y a su imperial señor, la victoria. La fuerza que había llevado a Prusia a la victoria era la fuerza del mapa natural político de Europa, empeñada en la unidad de los pueblos de habla alemana. Al Este, ya estaba Alemania pecando contra aquel mapa natural, con su administración de Posen y de los demás distritos polacos. Codiciosa ahora de territorios, y particularmente de minas de hierro, se anexó una extensión considerable de la Lorena francesa, incluyendo Metz, y la Alsacia, que, a pesar de su habla germánica, era mucho más francesa que alemana en sentimiento.

Inevitablemente, hubo un choque entre la administración alemana y los súbditos franceses en estas provincias anexadas;

inevitablemente, los agravios y sinrazones sufridos por la Lorena francesa tuvieron un eco en París y mantuvieron vivo el apasionado resentimiento de Francia.

Como, al fin, ello estalló en un gran desquite (la famosa "Révanche), es cosa que diremos más adelante.

Napoleón III se refugió en Inglaterra, y murió allí un año, poco más o menos, después de su derrumbamiento.

Así concluyó el segundo régimen bonapartista en Francia.

§ 10. *Lincoln y la Guerra Civil de los Estados Unidos.*

Realmente, es un consuelo volverse de las desastrosa hazañas de este aventurero bonapartista en Francia y del triunfo temporal de la familia Hohenzollern sobre el movimiento popular en Alemania hacia una gran figura verdaderamente grande y significativa como la de Abraham Lincoln, en torno del cual pueden convenientemente agruparse los incidentes de la gran guerra de secesión norteamericana.


Abraham Lincoln

La primera mitad del siglo XIX, que había sido una época de reacción y de convalecencia en Europa, había sido un período de anormal crecimiento en América. Los nuevos medios de comunicación, el trasatlántico y el ferrocarril, y más tarde el telégrafo eléctrico, vinieron justo a tiempo de llevar adelante el movimiento de la población a través del continente. De no haber sido por estas ayudas mecánicas, los Estados Unidos no hubieran podido pasar, en dirección al Oeste, de las Montañas Rocosas, y un pueblo absolutamente distinto podría hoy encontrarse en posesión de la costa occidental.

Es cosa que todavía no han llegado a comprender los políticos sino muy imperfectamente hasta qué punto dependen los territorios limitados por fronteras gobernamentales y administrativas de los medios de comunicación existentes y del carácter del país en relación con los transportes. El Imperio Romano era un imperio de carreteras y carros, y sus divisiones, separaciones y caída debiéronse a la imposibilidad de mantener comunicaciones rápidas entre unas partes y otras. La Europa occidental que surgió de la tor-

menta napoleónica aparecía dividida en Estados nacionales que acaso eran ya todo lo grandes que podían llegar a ser sin pérdida de solidaridad, con la tracción animal como medio de relación más rápido. Pero si la población de los Estados Unidos se hubiese extendido por el continente americano sin otro medio de comunicación que la tracción animal, parece inevitable que las diferencias de condiciones económicas locales habrían dado lugar a tipos sociales muy diversos, que la excesiva separación habría fomentado las diferencias de dialecto y borrado la mutua simpatía, y que la dificultad de asistir al Congreso de Wáshington habría aumentado a medida que la población fuera avanzando hacia el Oeste, hasta hacer, por último, que los Estados de la Unión se hubiesen fragmentado en una serie de naciones, independientes de hecho y quién sabe si discordes. Disputas y guerras por las riquezas mineras, por el acceso al mar, etc., habrían, naturalmente, sobrevenido, y América hubiera quedado convertida en una segunda Europa.

Pero la navegación de vapor fluvial, el ferrocarril y el telégrafo llegaron a tiempo de prevenir esta disolución, y los Estados Unidos se convirtieron en el primer Estado de un nuevo tipo de comunicaciones, mucho más vasto, más poderoso y más consciente que todos los Estados que Europa conociera hasta entonces. Pues la tendencia actual en los Estados Unidos no es a diferenciarse, sino a asemejarse, y los ciudadanos de todos los Estados que integran la nación, cada vez se van unificando más en habla, pensamiento y costumbres. Los Estados Unidos no son, realmente, comparables a una Potencia europea, como Francia o Italia, sino que son un tipo nuevo y mucho mayor de organización política.

Imperios ha habido antes en el mundo comparables en extensión y población a los Estados Unidos, pero estos imperios eran simples acumulaciones de diversos pueblos tributarios unidos por el vínculo de un mismo gobierno. La unidad de los Estados Unidos es inherente, congénita. Es una comunidad de posibilidades de más de cien millones de hombres. Los ferrocarriles, que intensificaron los conflictos y congestiones de Europa, los inventos que aumentaron la distancia ofensiva de los ejércitos europeos y les dieron todavía mayor poder destructivo, al punto que no parece haber hoy otra alternativa para el Occidente europeo que la unificación voluntaria o la unificación forzosa bajo una Potencia predominante, o el caos y la destrucción, confirmaron, en cambio, la libre fusión de los Estados Unidos republicanos. A Europa el vapor llevó la congestión; a América, todas las posibilidades.

Pero en su marcha hacia la actual grandeza y seguridad, el pueblo norteamericano pasó a través de una época de terrible ansiedad. Los vapores fluviales, los ferrocarriles, el telégrafo, y demás facilidades asociadas, no vinieron lo bastante pronto para



evitar el cada vez más hondo conflicto de intereses e ideas entre los Estados esclavistas del Sur y los no esclavistas del Norte. Por el contrario, los vapores y ferrocarriles no hicieron, en un principio, sino agudizar este conflicto. Realmente, había una profunda diferencia de espíritu entre ambas secciones de los Estados Unidos, y la creciente unificación debida a los nuevos medios de transporte hizo cada vez más urgente la cuestión de cuál prevalecería, si el espíritu del Norte o el del Sur. Apenas había posibilidad de acuerdo ni de componenda. El espíritu del Norte era libre e individualista; el del Sur, diametralmente opuesto, como correspondía a una minoría de grandes propietarios, verdaderos reyezuelos que gobernaban despóticamente sus masas de esclavos negros. Las simpatías del liberalismo y del radicalismo inglés estaban con los del Norte; en cambio, las simpatías de los propietarios y de la clase gobernante de Inglaterra se inclinaban del lado de los del Sur.

Cada territorio organizado en Estado, cada nueva incorporación al país, no tardaba en convertirse en un campo de batalla entre las dos ideas, ya se convirtiese en un Estado de ciudadanos libres o ya prevaleciese el otro sistema. Desde 1833, una sociedad americana antiesclavista, no sólo se ocupaba de resistir a la propagación de la institución, sino que hacía propaganda en todo el país para su completa abolición. Las cosas llegaron a un conflicto abierto con la admisión de Tejas en la Unión. Tejas había, en

un principio, formado parte de la república mejicana, pero estaba colonizada en gran parte por norteamericanos de los Estados esclavistas, y decidió separarse de Méjico y proclamar su independencia en 1835. Una vigorosa agitación en pro de la anexión de Tejas siguió a aquellos acontecimientos y al fin Tejas fué anexionada en 1844 y admitida como Estado en 1845. Bajo la ley mejicana, la esclavitud había sido prohibida en Tejas, pero ahora el Sur reclamaba Tejas como estado esclavista, y lo conseguía.

Además, una guerra con Méjico, consecutiva a la anexión de Tepas, había añadido Nuevo Méjico y otros territorios a los Estados Unidos, y en todas aquellas regiones también había sido permitida la esclavitud, y una Ley de Fuga, dictada en favor de los propietarios de esclavos, aumentó la eficacia de los métodos para la captura y recuperación de los esclavos que huyeran a los Estados libres. Pero mientras tanto el desarrollo de la navegación transoceánica traía un enjambre creciente de emigrantes europeos, que venían a aumentar la población de los Estados del Norte, y el ascenso de Iowa, Wisconsin, Minnesota y Oregon, todos ellos territorios agrícolas septentrionales, al nivel de Estados, daba al Norte antiesclavista la posibilidad de predominar tanto en el Senado como en la Cámara de Representantes. El Sur, irritado por la creciente amenaza del movimiento abolicionista, y temiendo su predominio en el Congreso, empezó a hablar de separarse de la Unión. Los sudistas se dieron a soñar en anexiones al Sur de ellos, en Méjico y las Indias Occidentales, y en la constitución de un gran Estado esclavista, separado del Norte y que llegaría desde la línea Mason y Dixon hasta Panamá.

Kansas fué la región en que debía pronunciarse la decisión definitiva. La cuestión del esclavismo sumió el territorio de Kansas en una verdadera guerra civil, entre colonos de los Estados libres e inmigrantes de los Estados esclavistas, guerra que continuó hasta 1857 y se terminó con la victoria de los colonos antiesclavistas. Pero hasta 1861 no debía Kansas ser elevada a la dignidad de Estado de la Unión. La extensión de la esclavitud fué la cuestión principal que se ofreció al país en las elecciones presidenciales de 1860, y la elección de Abraham Lincoln, como presidente anti-extensionista fué lo que decidió al Sur a separarse de la Unión. La Carolina del Sur aprobó una "ordenanza de secesión", y se dispuso para la guerra. Mississippi, Florida, Alabama, Georgia, Luisiana y Tejas se unieron a ella a principios del 1861, y una convención, reunida en Montgomery (Alabama), eligió a Jefferson Davis presidente de los "Estados Confederados" de América y adoptó una Constitución semejante a la de los Estados Unidos, pero especificando "la institución de la esclavitud de los negros"

Tal era la situación política a que tuvo que hacer frente Abraham Lincoln en calidad de presidente de la Unión. Lincoln era un tipo acabado de la nueva generación que había seguido a la guerra de la independencia. Su familia era gente completamente del pueblo. su padre no había aprendido a leer y escribir hasta después de casado, y su madre se dice que era hija natural. En todo caso, era una mujer de inteligencia y carácter excepcionales. Los primeros años de Lincoln transcurrieron completamente en la oscuridad. Nacido en Kentucky en 1809, fué llevado niño a Indiana, y más tarde a Illinois. La vida era dura en los montes de Indiana en aquellos días; la casa no era sino una choza de madera en medio de la soledad, y la instrucción que recibía en la escuela, a que de cuando en cuando podía asistir, ya se comprenderá que no podía ser muy brillante. Pero su madre le enseñó a leer desde muy temprano, y el muchacho no tardó en convertirse en un voraz lector. A los diez y siete años era un mocetón atlético, gran luchador y corredor. A los diez y nueve bajó por el río hasta Nueva Orleans, como remero a sueldo en una barca. Durante algún tiempo trabajó como empleado en un almacén, sirvió como voluntario en una guerra contra los pieles rojas, puso un pequeño comercio con un consocio demasiado dado a la bebida y contrajo deudas que durante quince años estuvo pagando. Por fin, a los veinticuatro años, consiguió un puesto de agente al servicio del inspector provincial de la provincia de Sangamon, empleo que le permitió vivir más tranquilamente.

Durante todo este tiempo había seguido leyendo abundantemente. Sus primeros libros, esos primeros libros que son los que forman el espíritu, parecen haber sido pocos, pero buenos. Leía cuanto podía procurarse, y así fué como llegó a conocer bien a Shakespeare y Burns, la vida de Wáshington, una Historia de los Estados Unidos, etc. Tenía, además, el instinto de la expresión, y desde su infancia escribió versos y ensayos, al tiempo que estudiaba, la mayor parte de ello, claro está, sin ninguna importancia. La política no tardó en atraerle. En 1834, contando sólo veinticinco años, fué elegido miembro de la Cámara de Representantes por el Estado de Illinois. úntonces hizo oposiciones a la abogacía, y fué admitido a la profesión en 1836. Durante algún tiempo, trabajó más en el estudio de las leyes que en la política.

Pero la gran cuestión que pesaba sobre los Estados Unidos se imponía a la atención de todos sus ciudadanos inteligentes. Este hombre autodidacto y de entendimiento serio y profundo, tan típicamente representativo de su país, no podía dejar de interesarse apasionadamente en las cuestiones de la esclavitud y de la posible secesión. En Illinois, particularmente, la cuestión apasionaba qui-

zás más que en ningún sitio, pues el gran caudillo en el Congreso de los partidarios de la extensión del esclavismo era el senador Douglas, de Illinois. Entre éste y Lincoln había, además, una rivalidad personal: ambos habían cortejado a la muchacha que fué luego esposa de Lincoln. Douglas era hombre de gran habilidad y prestigio, y durante algnos años Lincoln le combatió de palabra y por escrito, primero en Illinois y después en todos los Estados orientales, elevándose gradualmente a la situación de su más formidable y al fin triunfante adversario. El momento culminante de la lucha entre ambos fué la campaña presidencial de 1860, y cuando el 4 de marzo de 1861 inauguraba Lincoln su presidencia, ya los Estados del Sur se encontraban en activa secesión y puede decirse que habían roto las hostilidades.

La primera medida de los secesionistas fué el apoderarse de todos los fuertes y almacenes federales comprendidos en sus territorios, proclamando su derecho a "recuperar" su propiedad, ya que el terreno sobre el que se hallaban construídos pertenecía a los respectivos Estados. La guarnición del Fuerte Sumter, en Charlestown, resistió, y la guerra comenzó con el bombardeo de este fuerte el 12 de abril de 1861. Los Estados Unidos, en aquella época, tenían sólo un ejército regular muy pequeño, que permaneció fiel al Presidente, y estas operaciones iniciales fueron realizadas con tropas recién reclutadas por los Estados rebeldes. El presidente Lincoln llamó inmediatamente a filas a 75.000 hombres, y Tennessee, Arkansas, Carolina del Norte y Virginia se pasaron acto seguido a la Confederación, que había arbolado ya su propia bandera, las "estrellas y las barras", contra las "estrellas y las listas".

Así empezó la guerra civil de los Estados Unidos. Sostuviéronla ejércitos improvisados que, de unas cuantas decenas de miles, fueron creciendo rápidamente a cientos de millares, hásta que, por último, las fuerzas federales pasaron de un millón de hombres. El campo de batalla constituíalo un área vastísima entre Nuevo Méjico y el mar oriental, con Wáshington y Richmond como objetivos principales. No cabe en el plan de este ESQUEMA narrar esta épica lucha, una de las más tenaces de la Historia, que durante cuatro años rodara entre los montes y selvas de Tennessee y Virginia y Mississippi abajo. Fué una terrible y mortífera dilapidación de hombres. Cada ataque era seguido de un contraataque; la energía era igual por ambas partes, y no tardó en trocarse en ferocidad; la esperanza cedía bruscamente a la desesperación, para renacer de nuevo y de nuevo ser abatida, interminablemente. A veces Wáshington parecía ya casi en manos de los confederados, como tan pronto las tropas federales parecían a

punto de apresar Richmond. Los confederados, inferiores en número y mucho más pobres de recursos, luchaban al mando de un general de suprema habilidad, el general Lee. El generalato de la Unión era muy inferior. Durante largo tiempo Lincoln sostuvo al general McClellan, el "joven Napoleón", pedante, moroso e incompetente. El mando cambió una porción de veces de manos, hasta que al fin, con Sherman y Grant, llegó la victoria sobre el Sur, ya agotado y reducido a la última extremidad. En octubre de 1864 un ejército federal, con Sherman a su cabeza, rompía la izquierda de los confederados y bajaba desde Tennessee, a través de Georgia, hacia la costa, cruzaba el territorio confederado, y luego volvía a subir atravesando las Carolinas, para caer sobre la retaguardia de las tropas confederadas. Entretanto, Grant mantenía a Lee ante Richmond, hasta que Sherman completaba el movimiento envolvente.

El 2 de abril las tropas confederadas evacuaban Richmond; el 9 de abril (de 1865) Lee y su ejército se rendían en Appomattox, y al cabo de un mes todas las restantes tropas secesionistas deponían las armas y la Confederación tocaba a su fin.

Pero estos cuatro años de lucha habían significado un inmenso esfuerzo físico y moral para el pueblo de los Estados Unidos. En muchos Estados, en Maryland y Kentucky, por ejemplo, la opinión sobre la guerra estaba muy dividida. El principio de autonomía de cada Estado contaba con muchos partidarios, y el Norte parecía, en efecto, imponer la abolición al Sur. Muchos eran contrarios a la esclavitud, pero también lo eran a la intromisión en los asuntos particulares de cada Estado, muy dueño, según ellos, de componérselas como mejor le pareciera. En los Estados fronterizos acontecía a veces que hermanos y primos, y hasta padres e hijos, tomaban partidos opuestos y se encontraban luchando en ejércitos contrarios. Pero en cuanto a Lincoln, sí que no había duda alguna, hombre de espíritu claro en medio de tanta confusión. Él era partidario de la Unión, y de la gran paz americana. Aunque opuesto a la esclavitud, ésta no era para él sino una cuestión secundaria. Su finalidad primordial era que los Estados Unidos no se viesen desgarrados en dos fracciones enemigas y beligerantes. Así, durante aquellos cuatro interminables años de lucha, ni su convicción ni su voluntad flaquearon un instante o cedieron un ápice.

Cuando en la fase inicial de la guerra el Congreso y los generales federales se lanzaron a una emancipación de los esclavos precipitada, Lincoln se opuso y mitigó su entusiasmo. Él era partidario de una emancipación gradual y con compensación. Hasta enero de 1865 la situación, a su juicio, no había llegado al punto de madurez necesario para que el Congreso pudiera proponer la abolición definitiva de la esclavitud por medio de una enmienda

constitucional, y ya, antes de que el Estado ratificara esta enmienda, había terminado la guerra.

A medida que la guerra avanzaba penosamente, a través del 1862 y 63, las primeras pasiones y entusiasmos que suscitara se iban desvaneciendo, y los ciudadanos de Norteamérica conocieron todas las fases del cansancio y de la repugnancia que traen consigo las guerras largas. El servicio obligatorio reemplazó al voluntario, y cambió el espíritu de la lucha tanto en el Norte como en el Sur.

La guerra se convirtió en una contienda fraticida, lúgubre e inacabable. El mes de julio de 1863 vió las turbas de Nueva York amotinándose contra las nuevas quintas, y el partido democrático en el Norte intentó ganar las elecciones presidenciales con el programa de que había que dar fin a la guerra, en vista de que había sido un fracaso. Cosa que, como es natural, habría supuesto un triunfo efectivo para el Sur. También se organizaron conspiraciones para acabar con el servicio obligatorio. Lincoln mismo, en la Casa Blanca, se encontró rodeado de derrotistas y traidores, generales destituídos, politicastros tortuosos, un pueblo cansado y suspicaz detrás, y en el campo de batalla caudillos incompetentes y tropas deprimidas; y como único consuelo el saber que su adversario Jefferson Davis no lo estaba pasando mejor en Richmond. El gobierno inglés se había conducido ilegalmente, permitiendo a los agentes confederados en Inglaterra botar al agua y armar tres veloces corsarios —el *Alabama* es el que dejó más recuerdo de ellos— que estaban acabando con la navegación de los Estados Unidos en todos los mares. El ejército francés en Méjico, por su parte, se ocupaba en hollar a mansalva la doctrina de Monroe. Así las cosas, se recibieron sutiles proposiciones de Richmond para dar por terminada la guerra, dejando las cuestiones que ésta implicaba a una ulterior discusión y, aliados federales y confederados, caer sobre los franceses en Méjico. Pero Lincoln se negó a dar oídos a semejantes proposiciones mientras la supremacía de la Unión no fuera reconocida por los confederados. Los norteamericanos podían hacer aquello como un solo pueblo, pero no como dos; tal era el principio inquebrantable de Lincoln.

Este hombre austero e inflexible consiguió mantener en cohesión los Estados Unidos durante todos aquellos meses interminables de reveses y de esfuerzo ineficaz, a través de las más negras crisis de depresión y discordia, sin que un solo instante decayera su indomable tenacidad, ni cejara un ápice en sus propósitos. Había días y semanas de forzasa inactividad, en que se encerraba en la Casa Blanca, aislado, inmóvil, silencioso, abstraído en sus pensamientos; otras veces expansionaba su ánimo con bro-

mas y anécdotas de buen humor. Tenía un cierto humorismo sardónico pero tierno y compasivo a la vez, completamente personal. Cuando algún enemigo de Grant venía a contarle que el general se emborrachaba, solía preguntarle la marca de whisky... "para recomendarla a los amigos". Pues él era de una perfecta templanza en sus costumbres y capaz lo mismo de un enorme trabajo que de una inmensa paciencia. Al fin, en los primeros meses de 1865, se vió segura la victoria, y Lincoln se aplicó con todas sus fuerzas a facilitar la capitulación de los vencidos y a hacer del trato acordado al enemigo el comienzo de una reconciliación. Su santo y seña era siempre la palabra "unión". Y no tardó en tener que habérselas con los extremistas de su propio partido, que deseaban una paz vindicativa.

Lincoln vió la Unión triunfante. Al día siguiente de rendirse Richmond entró en la ciudad y oyó la capitulación de Lee. Luego regresó a Wáshington, y el 11 de abril pronunció su último discurso, cuya tema fué la reconciliación y la reconstrucción del gobierno féderal en los Estados vencidos. La noche del 14 de abril, en ocasión de asistir al teatro Ford, de Wáshington, estando mirando a la escena, un actor llamado Booth, que se suponía víctima de imaginarios agravios por parte del Presidente, logró deslizarse sin ser visto en el palco presidencial y le pegó un tiro en la nuca, a traición. Lincoln murió instantáneamente.

Si la curación de los Estados Unidos sufrió más de una recaída, y si el país sufrió más perturbaciones de las necesarias en los años siguieron a la guerra, fué sin duda debido a la muerte de Lincoln. Pero su obra quedaba hecha y la Unión salvada definitivamente. Al comienzo de la guerra no había ferrocarril al Pacífico; inmediatamente, la red ferroviaria empezó a extenderse como una planta de rápido crecimiento, hasta que todos los vastos territorios de los Estados Unidos quedaron enlazados y fundidos en una unidad material y espiritual indisoluble.

Desde aquel tiempo la consolidación de los Estados Unidos no ha hecho sino prosperar incesantemente. Al cabo de medio siglo su población había rebasado los cien millones. Y no hay la menor señal de que este crecimiento y desarrollo hayan llegado aún a su límite. Está gigantesca democracia, sin rey ni política internacional definida, es —conviene repetirlo— algo completamente nuevo en la experiencia del mundo. No es una Gran Potencia, en el sentido en que esta frase se emplea en Europa. Es algo más moderno en su naturaleza, y más grande, y con un destino más trascendental.

§ 11. *La Guerra Ruso-Turca y el Tratado de Berlín.*

Una nueva erupción de lo que hemos llamado el mapa natural político tuvo comienzo en 1875, con el levantamiento e insurrección de las razas cristianas, y particularmente de los búlgaros, en los Balcanes. Los turcos adoptaron medidas represivas extremas y se lanzaron a la matanza de búlgaros en gran escala.

Rusia intervino (1877), y después de un año de costoso batallar, obligó a los turcos a firmar el tratado de San Stefano, que era, en conjunto, un tratado bastante sensato, que quebrantaba la unidad artificial del imperio turco y restablecía, en gran parte, el mapa natural. Pero, ya se había convertido en tradición de la política inglesa el contrariar "los designios de Rusia" —¡Dios sabe por qué!—, cada vez que ésta daba muestra de alguno, y la cancillería británica, bajo la presidencia de Lord Beaconsfield, intervino con una amenaza de guerra si no se devolvía a los turcos buena parte de las facilidades de exacción, persecución y matanza. Durante algún tiempo la guerra pareció inminente. Los music-halls ingleses, lámparas de la política internacional británica, ardían con patriótico fuego, y los golfillos de Londres, animados de la sobria dignidad de un gran pueblo consciente de sus altos destinos, se pasaban el día cantando una inspirada cancioncilla en que se declaraba que:

We don't want to fight, but, by Jingo ([9]), *if we do,*
We got the ships, we got the men, we got the munn-aye too... ([10])
y así hasta llegar al momento culminante:
The Russ'ns shall not'ave Con-stan-te-no... ple. ([11]).

A causa de esta oposición británica, reunióse en 1878 una conferencia en Berlín con objeto de revisar el Tratado de San Stefano, principalmente en interés de las monarquías turca y austríaca. Los ingleses se quedaron con la isla de Chipre, a la que no tenían el menor derecho, y que nunca les ha servido absolutamente de nada, y Lord Beaconsfield volvió triunfante de la conferencia, para exasperación de Mr. Glasdtone, con lo que los ingleses llamaban en aquel tiempo "paz con honra". Este Tratado de Berlín fué el segundo factor capital, ya que la paz de Frankfort había sido el primero, a que debemos la Gran Guerra de 1914-18.

([9]) Y de ahí *jingoista*, partidario de una política exterior agresiva.
([10]) "Nosotros no queremos luchar, pero, ¡por Jingo!, si lo hacemos, nuestros son los barcos, nuestros los soldados, nuestro también el dinero", etc.
([11]) "Los rusos no tendrán Cons-tan-ti-no... pla".

§ 12. *La (Segunda) Contienda por los Imperios de Ultramar.*

Ya anteriormente indicamos que en la historia política de Europa entre 1848 y 1878, la revolución mecánica no había producido aún cambios muy revolucionarios que digamos. Las Grandes Potencias post-revolucionarias continuaban, poco más o menos, con las mismas o parecidas fronteras que en los tiempos prerrevolucionarios. Por donde el aumento de celeridad y seguridad en los transportes y las comunicaciones telegráficas estaban ya produciendo considerables cambios de situación y de régimen era en las empresas ultramarinas de Inglaterra y las demás Potencias europeas, y en la reacción de Asia y Africa sobre Europa.

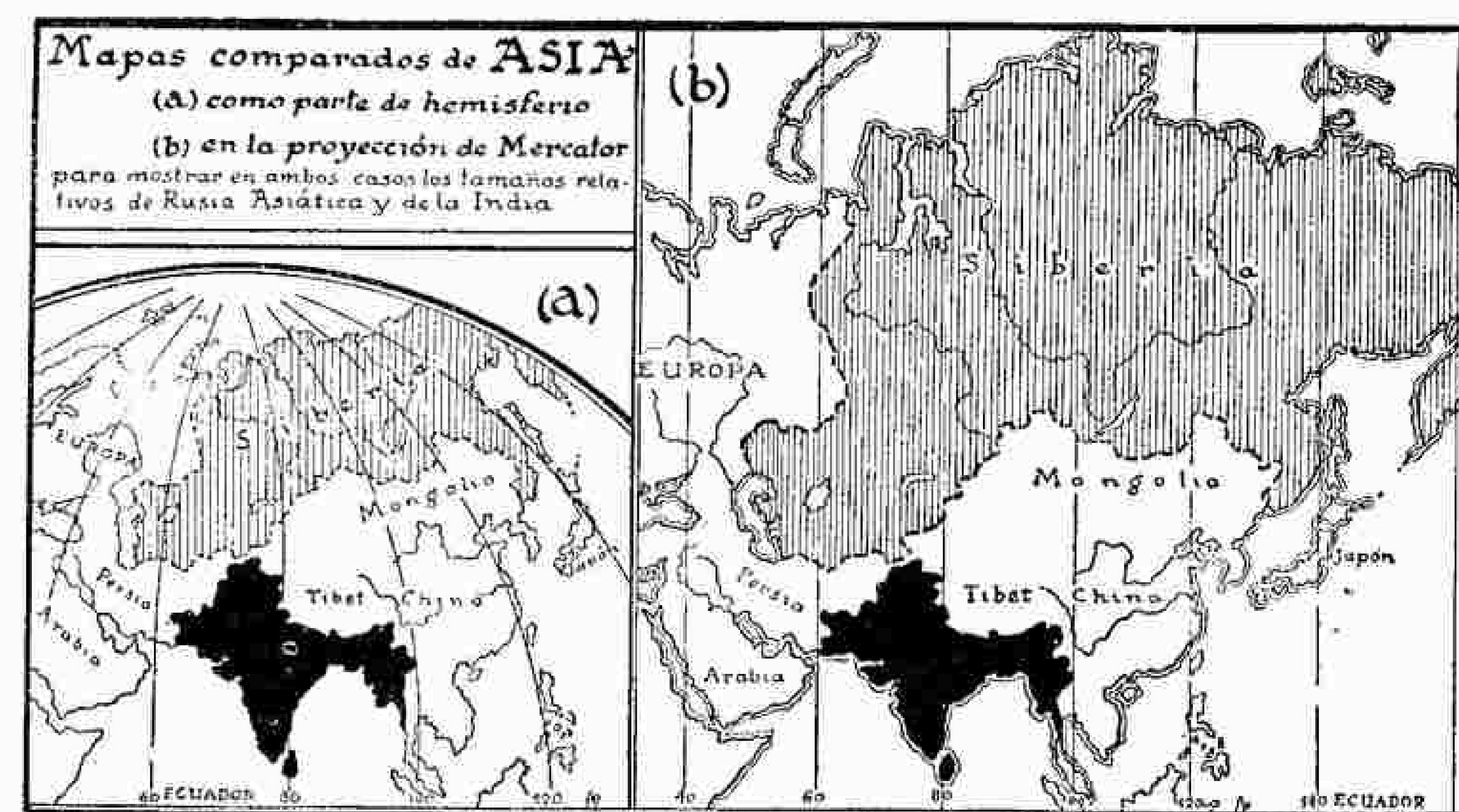


El final del siglo XVIII fué un período de imperios en quiebra y de expansionistas desilusionados. El largo y tedioso viaje entre Inglaterra o España y sus colonias de América, impidió todo verdadero intercambio personal entre la madre patria y los países filiales, de manera que, poco a poco, las colonias fueron

constituyendo nuevas y distintas comunidades, con diferentes ideas e intereses y hasta modos de hablar. Y a medida que iban creciendo, este vínculo marítimo, ya bastante endeble e inseguro, no hizo sino irse aflojando cada vez más. Simples factorías comerciales casi en el desierto, como las de Francia en el Canadá, o establecimientos mercantiles aislados en medio de grandes comunidades extranjeras, tenían forzosamente que apegarse para seguir nada más que subsistiendo a las naciones que les habían dado ayuda y la razón de existencia. A esto parecía deber quedar reducido, a juicio de muchos pensadores del incipiente siglo XIX, el imperio de Ultramar. En 1820, los abocetados grandes "imperios" europeos fuera de Europa, que tan buena figura habían hecho sobre los mapas de mediados del siglo XVIII, habíanse contraído a muy escasas dimensiones. Unicamente, el ruso continuaba extendiéndose tan enorme como siempre a través de Asia. Más enorme aún que en la realidad, en la imaginación de muchos europeos, acostumbrados a estudiar la geografía del mundo sobre la proyección de Mercator, que exageraba desproporcionadamente la extensión de Siberia.

El imperio británico, en 1815, consistía en las regiones ribereñas fluviales y lacustres del Canadá, escasísimamente pobladas, y en una vasta extensión interior de yermos y tierras vírgenes, donde las únicas colonias eran las factorías, dedicadas al comercio de pieles, de la Compañía de la bahía de Hudson; un tercio, aproximadamente, de la península indostánica, bajo la administración de la Compañía de Indias; los distritos costeros del Cabo de Buena Esperanza, habitados por negros y colonos holandeses de espíritu levantisco; unas cuantas factorías en la costa del Africa Occidental, el Peñón de Gibraltar, la isla de Malta, Jamaica, unas cuantas posesiones sin importancia en las Indias Occidentales, la Guayana inglesa en Sudamérica y dos establecimientos penitenciarios en Botany Bay (Australia) y Tasmania. España conservaba Cuba y las islas Filipinas. Portugal tenía en Africa algunos vestigios de sus antiguos dominios. Holanda unas cuantas islas y posesiones en las Indias Orientales y la Guayana holandesa; Dinamarca, una isla o cosa así en las Indias Occidentales; Francia, otras dos islas también en las Indias Occidentales y la Guayana francesa. Esto parecía todo lo que las potencias europeas necesitaban o, por lo menos, todo lo que parecía posible consiguieran del resto del mundo. Unicamente, la Compañía de Indias (The East Indian Company) mostraba cierto espíritu de expansión.

En la India, como ya dijimos, un imperio de índole muy particular aparecía en vías de construcción, y no por el pueblo ni por el Gobierno inglés, sino por esta Compañía de aventureros privados, con su monopolio oficial y su real cédula. El período



de disensión interior y de inseguridad, que siguió al desastre indio después de la muerte de Aurangzeb en 1707 obligó a la Compañía a convertirse en una potencia militar y política. Y durante el siglo XVIII aprendió a comerciar en Estados y pueblos. Clive fundó y Warren Hastings organizó esta nueva y singular clase de imperio. La competencia francesa fué derrotada, como ya dijimos, y en 1798, Lord Mornington, después marqués de Wellesley —hermano mayor de aquel general Wellesley que fué más tarde duque de Wellington—, nombrado gobernador general de la India, se dedicó a dar forma definitiva a la política de la Compañía, sobre la idea directriz de reemplazar el moribundo imperio del Gran Mogul, o séase la idea o vínculo político que este significaba, por la administración de la Compañía. La expedición de Napoleón a Egipto era un ataque directo contra el imperio de esta Compañía británica. Mientras Europa estaba afanada con las guerras napoleónicas, la Compañía de Indias, con su sucesión de gobernadores generales, desempeñaba en la India, poco más o menos, el mismo papel que habían desempeñado antes los turcomanos y demás invasores del Norte. Y después de la paz de Viena, que para nada tuvo que ver con ella, la Compañía continuó como en lo pasado, recaudando sus impuestos, haciendo sus guerras, enviando embajadores a las potencias asiáticas, Estado casi independiente en realidad, aunque con una marcada tendencia a enviar sus riquezas hacia Occidente.

En un capítulo anterior esbozamos la disolución del imperio del Gran Mogul y la aparición de los Estados Mahratta, los principados Rajput, los reinos musulmanes de Oudh y Bengala, y los



El IMPERIO BRITÁNICO en 1815 [Proyección de Mercator]

Sikhs. Desgraciadamente, no podemos contar en detalle cómo la Compañía de Indias se las arregló para conseguir la supremacía, tan pronto como aliada de esta potencia, tan pronto como aliada de aquélla y, finalmente, como conquistadora de todas. Su dominación se extendió a Assam, Sindh y Oudh. El mapa de la India comenzó a tomar los perfiles familiares a los colegiales ingleses de hoy día, mosaico de Estados indígenas circundados y mantenidos en cohesión por las grandes provincias bajo el gobierno inmediato de los ingleses.

Ahora bien: a medida que este imperio de la Compañía, tan singular y sin precedentes, se desarrollaba y crecía durante el período que va de 1800 a 1858, la revolución mecánica iba aboliendo tranquilamente la gran distancia que antaño separaba la India de Inglaterra. Hasta entonces, la administración de la Compañía apenas se había inmiscuído en la vida doméstica de los Estados indígenas, contentándose con dar a la India amos extranjeros; pero la India estaba acostumbrada a los amos extranjeros, y siempre había acabado por asimilárselos; aquellos ingleses venían jóvenes al país, se pasaban allí casi toda la vida y terminaban por formar parte de su organismo. Pero la revolución mecánica comenzó a alterar este estado de cosas. Cada vez se hacía más fácil a los empleados ingleses volver a la madre patria y pasarse en Inglaterra las vacaciones, y más fácil también el traerse consigo a la familia; poco a poco cesaron de indianizarse; cada vez fueron permaneciendo más evidentemente occidentales y extranjeros, y cada vez iban viniendo más de ellos. Y para colmo de desdichas, cada vez fueron interviniendo más en las costumbres indias. Cosas tan

mágicas y terribles como el telégrafo y el ferrocarril hicieron su aparición. Las misiones cristianas empezaron a desarrollar una actividad ofensiva. Si no convertían a muchos, por lo menos, hacían escépticos entre los adherentes a las viejas doctrinas. La juventud de las ciudades principió a "europeizarse", con gran descontento de sus mayores.

La India había sufrido frecuentes cambios de dominadores, pero nunca un cambio de la clase que todo aquello suponía. Los predicadores musulmanes, lo mismo que los brahmanes, comenzaban a alarmarse, y se censuraba a los ingleses por los progresos de la Humanidad, de que se les hacía responsables. Los conflictos de intereses económicos, con el súbito acercamiento de Europa, se agudizaron; las indutrias indígenas y particularmente la antigua industria de los tejidos de algodón, se resistieron a una legislación que favorecía abiertamente al fabricante de Inglaterra. Un acto de increíble insensatez de la Compañía precipitó el estallido. Como sabe casi todo el mundo, para el brahmán la vaca es un animal sagrado, y para el musulmán el cerdo un animal impuro. Pues bien, en esto los soldados indígenas de la Compañía fueron armados con un nuevo modelo de fusil que necesitaba cartuchos engrasados, que tenían los hombres que romper con los dientes antes de usarlos. ¡Imagínese cuál no sería la indignación de aquellos indios, brahmánicos los unos y musulmanes los otros, al descubrir que los cartuchos estaban engrasados con grasa de vaca y de cerdo! Este descubrimiento provocó y precipitó una sublevación de las tropas de la Compañía, la famosa insurrección india de 1857. Primero, las tropas se amotinaron en Meerut. Poco después, Delhi se sublevaba, con objeto declarado de restablecer el imperio del Gran Mogul...

El público inglés descubrió súbitamente la India. Se enteró de la existencia de aquella pequeña guarnición inglesa, lejos de la patria, en aquel extraño país de clima abrasador, luchando por salvar la vida contra oscuras muchedumbres agresoras. Cómo se encontraban allí y con qué derecho, es cosa que, muy discretamente, evitaba preguntarse el público inglés. El amor a un compatriota en peligro está por encima de esas averiguaciones. El 1857 fué un año de apasionada ansiedad en Gran Bretaña. Con unos cuantos puñados de soldados nada más los caudillos ingleses, especialmente Lawrence y Nicholson, hicieron verdaderos milagros. Lejor de limitarse al papel de sitiados, mientras los insurrectos se organizaban y ganaban prestigio —cosa que habría acarreado la pérdida definitiva de la India para Inglaterra—, se lazaban metódicamente al ataque de un enemigo aplastante en número. Los Sikss, los Gurkhas, las tropas de Punjab se mantuvieron fieles a los ingleses. El sur permaneció tranquilo. De las matanzas de

Cawnpore y Lucknow en Oudh, y de cómo las tropas británicas tomaron por asalto Delhi a un enemigo muchísimo más numeroso, no podemos ocuparnos aquí. Baste decir que en abril de 1859, las últimas brasas de la hoguera habían sido extinguidas, y que los ingleses eran dueños otra vez de la India. En ningún sentido había constituído la insurrección un levantamiento popular. Ello no fué otra cosa que una sublevación del ejército de Bengala, debida en buena parte a la falta de imaginación de los administradores de la Compañía. Su crónica abunda en ejemplos de ayuda por parte de los indios y de muestras de bondad con los fugitivos ingleses. Pero fué una advertencia.

El resultado directo de la insurrección fué la anexión del imperio de la India a la Corona británica. Por una ley titulada *Una ley para el mejor gobierno de la India*, el gobernador general quedó convertido en virrey, representante del soberano, y el lugar de la Compañía fué ocupado por un Secretario de Estado de la India (un ministro, como quien dice), responsable ante el Parlamento. En 1877, Lord Beaconsfield, para completar esta obra, hizo proclamar a la reina Victoria emperatriz de la India.

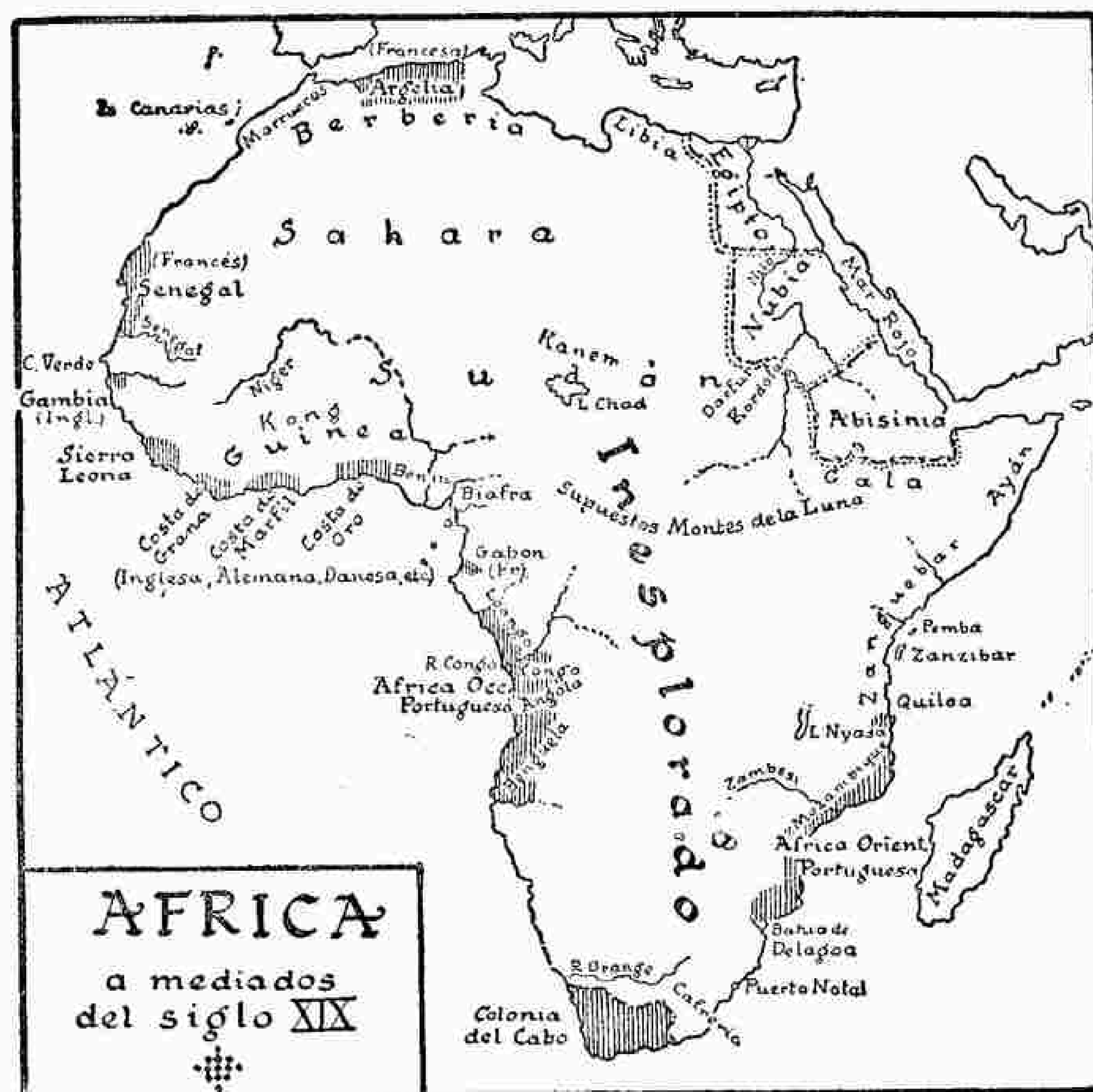
De esta manera, bastante extraordinaria, están hoy ligadas Gran Bretaña y la India. La India continúa siendo el imperio del Gran Mogul, pero el Gran Mogul ha sido reemplazado por la "república coronada" de Gran Bretaña. La India es una autocracia sin un autócrata. Su régimen combina las desventajas de la monarquía absoluta con la impersonalidad e irresponsabilidad del oficialismo democrático. El indio se encuentra sin un monarca visible al que acudir; su emperador no es sino un dorado símbolo; si tiene alguna reclamación que hacer, no tiene más remedio que hacer circular folletos u hojas impresas, exponiendo el caso, en Inglaterra, o conseguir de un diptuado que haga una interpelación en la Cámara de los Comunes. Mientras más ocupado esté el Parlamento con los asuntos del Reino Unido, menos atención ha de prestar, forzosamente, a los asuntos de la India, y más se encontrará ésta a la merced de su cónclave de altos funcionarios.

Este estado de cosas no puede ser, de toda evidencia, permanente. La vida de la India, cualquiera que sean sus trabas, se mueve y avanza con la del resto del mundo; India tiene un servicio creciente de periódicos, un número creciente de personas cultas al tanto de las ideas occidentales, y un sentimiento común cada día más fuerte contra su gobernación extranjera. En cambio, puede decirse que no ha habido un progreso correspondiente en la cultura y calidad del funcionario inglés enviado a la India durante estos últimos cincuenta años. No es que el funcionario inglés sea malo en sí, muy al contrario, y a veces puede ser un hombre de cualidades excepcionales; pero el sistema, en conjunto, carece de

flexibilidad y de imaginación. Además, el poder militar que está detrás de esos funcionarios, no ha progresado ni en carácter ni en inteligencia durante todo ese tiempo. Ninguna otra clase en Inglaterra ha sufrido el estancamiento intelectual como la casta militar. Frente a una India más culta, el militar inglés, difícilmente consciente de sus deficiencias culturales, y en un constante temor del ridículo, ha dado muestras en estos últimos años de una predisposición a la violencia espasmódica que, por desgracia, ya ha sido causa de algunos incidentes lamentabilísimos. Durante algún tiempo, la Gran Guerra distrajo la poca atención que ya prestaba el público inglés a las cuestiones indias y apartó del servicio en la India a los militares más inteligentes. En esos años, y en los no menos febriles de inseguridad que siguieron, ocurrieron cosas en la India —la matanza de una muchedumbre inerme en Amritzar, en la que resultaron muertos o heridos cerca de dos mil indígenas; fustigaciones y otras formas de violencia humillantes, una especie de terror oficial— que produjeron una honda conmoción moral cuando, al fin, la Comisión Hunter las hizo públicas en 1919. En los ingleses de espíritu liberal, que se habían acostumbrado a considerar su Imperio Británico como una liga incipiente de pueblos libres, esta revelación de la bárbara condición de sus administradores causó un comprensible desaliento y aflicción.

Pero aun no ha llegado el momento de escribir el capítulo de historia que la India se está abriendo... No nos es posible discutir aquí en detalle los problemas todavía indeterminados de la nueva India que actualmente se fragua. Ya en la Ley para el Gobierno de la India de 1919, tenemos quizás la inauguración de una Era nueva y más feliz, que acaso pueda culminar en el agrupamiento libre y voluntario de los pueblos indios ocupando su puesto, en un pie de igualdad, entre los Estados confederados del mundo...

El desarrollo del Imperio Británico en otras direcciones, aparte de la India, en manera alguna fué tan rápido durante la primera mitad del siglo XIX. Una considerable escuela de pensadores políticos ingleses propendía a considerar las posesiones de ultramar como una causa de debilitación del Reino Unido. Las colonias australianas se desenvolvieron lentamente hasta que en 1842 el descubrimiento de unas valiosas minas de cobre, y en 1851, de oro, les dieron una nueva importancia. El adelanto de las comunicaciones contribuyó también a abrir un gran mercado en Europa a la lana australiana. Por su parte, el Canadá no progresó sensiblemente hasta 1849. La diferencia de población inglesa y francesa fué causa de disensiones y aun de graves disturbios, y hasta 1867 no vino una nueva Constitución, que creaba un Dominio Federal del Canadá, a aliviar estas discordias intestinas. Real-



AFRICA a mediados del siglo XIX

mente, el ferrocarril fué lo que alteró la perspectiva política y económica del país, permitiendo al Canadá, como lo permitiera a los Estados Unidos, extenderse hacia el Oeste, vender su trigo y demás productos en Europa y, a pesar de su rápido y progresivo crecimiento, permanecer en idioma, sentimientos e intereses estrechamente unidos en una sola comunidad. El ferrocarril, el vapor y el cable telegráfico estaban, realmente, cambiando todas las condiciones del desenvolvimiento colonial.

Antes de 1840, las colonias inglesas habían ya comenzado en Nueva Zelandia, y una *New Zealand Land Company* se había constituído para explotar las posibilidades de la isla, que en 1840 fué definitivamente agregada a las posesiones coloniales de la Corona británica.

El Canadá, como con anterioridad indicamos, fué la primera de las posesiones británicas que respondió con largueza a las nuevas posibilidades económicas que estaban inaugurando los nuevos medios de transportes. Inmediatamente, las repúblicas sudamericanas, y en particular la República Argentina, empezaron a sentir, en su comercio de ganado y de café, el acercamiento del mercado europeo. Hasta entonces, los productos que principalmente habían atraído a las Potencias europeas a las regiones inhabitadas o bárbaras, habían sido el oro y otros metales, las especies, el marfil o los esclavos. Pero en el último cuarto del siglo XIX, el aumento de población en las naciones europeas estaba obligando a sus gobiernos a dirigirse al extranjero en busca de productos alimenticios; y el desarrollo del industrialismo científico creaba una demanda de nuevas materias primas, grasas, caucho y otras substancias en las que hasta entonces no se fijara la atención. Era indudable que Inglaterra, Holanda y Portugal sacaban una grande y creciente ventaja comercial de su dominio sobre los países tropicales y subtropicales, productores de estos artículos. Después de 1871, Alemania, e inmediatamente Francia, y más tarde Italia, empezaron a buscar territorios de esta clase que todavía no estuviesen anexados, y también países de Oriente susceptibles de una remuneradora modernización.

De esta manera comenzó una nueva contienda en todo el mundo —excepto en los países americanos donde la doctrina de Monroe vedaba tales aventuras— por la dominación y explotación de aquellas comarcas políticamente indefensas y de cuya voluntad se hacía caso omiso, so pretexto de que, estando habitadas por razas de civilización inferior, mal podían tener una voluntad nacional. Cerca de Europa, bien al alcance de la mano, estaba Africa, el continente negro, lleno de vagas posibilidades y acaso de ignoradas riquezas. En 1850 era un continente misterioso y extraño, del que sólo Egipto y la costa eran territorios conocidos. Un mapa cualquiera de la época mostrará la magnitud de la ignorancia europea respecto a este punto. Se precisaría un libro mayor que este ESQUEMA para hacer justicia a la maravillosa epopeya de los exploradores y aventureros que primero penetraron estas tinieblas, y a los agentes políticos, administradores, comerciantes, colonos y hombres de ciencia que siguieron sus huellas. Razas extraordinarias de hombres, como los pigmeos; extraños animales, como el okapi; frutos, flores e insectos maravillosos, terribles enfermedades, paisajes asombrosos de selva y de montaña, enormes mares interiores y cascadas y ríos gigantescos; todo un mundo nuevo, en fin, fué revelado a Europa. Hasta se descubrieron, aquí y allá, restos de civilizaciones totalmente ignoradas y desaparecidas, vestigios singularísimos de pueblos primitivos de una civilización superior a la actual de aquellas mismas regiones. En 1900, como puede verse por nuestro segundo mapa, toda Africa estaba cartografiada, explorada, valorada y repartida, después de no pocas disputas y regateos, en porciones que, a la postre, dejaban descontenta



a cada una de ellas. En cuanto al bienestar de los indígenas, hay que confesar que nadie se había preocupado gran cosa en esta general rebatiña. El tratante en esclavos árabe, verdadero azote de aquellas regiones infelices, más bien que expulsado, era inspeccionado; y la codicia del caucho, que se exigía a los indígenas del Congo belga, obligándoles, quiera que no, a recogerlo y entregarlo (codicia avivada por la implacable concupiscencia del rey de Bélgica), a la par que el choque de los inexpertos administradores europeos con la población indígena en las otras colonias africanas, llevaron a la comisión de las más horribles atrocidades. Ninguna Potencia europea tiene las manos limpias en esta materia.

No disponemos aquí de espacio para contar en detalle cómo Inglaterra se posesionó de Egipto en 1883, permaneciendo allí no obstante formar parte Egipto del imperio turco; ni cómo esta cuestión estuvo a punto de provocar una guerra en 1898 entre Francia e Inglaterra, cuando un tal coronel Marchand, atravesando el Africa central desde la costa occidental, intentó en Fashoda, apoderarse de la región superior del Nilo. En Uganda, los misioneros católicos franceses y los anglicanos ingleses difundieron una forma de cristianismo tan fuertemente impregnada de espíritu napoleónico y tan insistente sobre los matices doctrinales, que pocos años después de su primer atisbo de la civilización europea, Mengo, la capital de Uganda, aparecía cubierta de cadáveres "católicos" y "protestantes", muy difíciles, en verdad, de distinguir de los guerreros, tan poco espirituales, del antiguo régimen.

Ni tampoco podemos decir cómo el gobierno inglés dejó a los boers, o colonos holandeses del distrito de Orange y del Transvaal, establecer dos repúblicas independientes en el interior de Sud Africa, para luego arrepentirse y anexionarse la república de Transvaal en 1877; ni cómo los boers del Transvaal lucharon por la libertad hasta ganarla, después de la batalla de Majuba, en 1881. Pero una campaña de prensa persistente no cesó de hacer resonar esta batalla de Majuda a los oídos del público inglés, y en 1899 estallaba la guerra anglo-boer, guerra que duró tres años, enormemente costosa para el pueblo inglés, que acabó con la rendición de ambas repúblicas.

Su período de sometimiento, por otra parte, fué corto. En 1907, después de la caída del gobierno imperialista que las conquistara, los liberales tomaron en manos el problema del Africa del Sur, y aquellas dos ex-repúblicas recobraron la libertad y se asociaron voluntariamente con la Colonia del Cabo y el Natal en una confederación de todos los Estados del Sur de Africa como una república autónoma bajo la protección de la Corona británica.

En un cuarto de siglo el reparto de Africa quedó consumado. Sólo quedaron sin anexionar tres países, relativamente pequeños: Liberia, colonia de esclavos negros libertos, situada en la costa occidental; Marruecos, bajo el cetro de un sultán musulmán [12], y Abisinia, país singular, con una antigua forma de cristianismo, que consiguió mantener victoriosamente su independencia contra los italianos en la batalla de Adowa (1896).

§ 13. *El Precedente indio en Asia.*

Cuesta trabajo creer que hubiera muchos que realmente aceptasen esta precipitada iluminación del mapa de Africa con los colores europeos como una solución de carácter permanente, pero deber es del historiador registrar que así fué. El espíritu europeo del siglo XIX no tenía sino un fondo histórico muy somero, apenas

(12) Hoy convertido en un protectorado francés, con una zona de influencia española.

algún sentido de lo que constituye un sistema político duradero y ninguna costumbre de crítica un tanto aguda. Las ventajas puramente temporales que el comienzo de la revolución mecánica en Occidente había dado a las Grandes Potencias europeas sobre el resto del antiguo mundo, eran consideradas por la gente, absolutamente ignorante de las grandes conquistas mongolas del siglo XIII y siglos sucesivos, como pruebas fehacientes de una segura y eterna supremacía. Estas gentes no tenían la menor idea de la transferencia de la ciencia y de sus frutos. No comprendían que los chinos y los indios podían llevar a cabo la obra de investigación lo mismo que un francés o un inglés, figurándose que había una especie de superioridad intelectual innata en Occidente, y una indolencia y estancamiento congénitos en Oriente, que aseguraban a los europeos el predominio mundial *per soecula soeculorum*.

La consecuencia de esta idea equivocada fué que las diversas cancillerías europeas empezaron, no ya a disputar a los ingleses la posesión de aquellas regiones salvajes e incivilizadas, sino también a tratar los países populosos y civilizados de Asia como si no fueran otra cosa que materia prima para la explotación europea. El imperialismo, interiormente bastante precario, pero espléndido en su exterior, de la clase gobernante inglesa sobre la India, y las extensas y pingües posesiones de Holanda, imbuyeron a las clases gobernantes y mercantiles de las Grandes Potencias rivales los más placenteros sueños de glorias similares en Persia, en el imperio otomano, al parecer en franca disolución, y en el Extremo Oriente. A fines del siglo XIX era una idea corriente, como puede comprobar el lector examinando la literatura de la época sobre el particular, que, fatal e inevitablemente, todo el resto del mundo estaba llamado a caer bajo el dominio de Europa. Son la mayor hipocresía, afectando tomarlo como un penoso deber civilizador, disponíase el espíritu europeo a tomar sobre sí lo que Mr. Rudyard Kipling ha llamado "la carga del hombre blanco", o séase: el pillaje y señorío de la tierra. Las Potencias pusieron manos a la obra apresuradamente, atropellándose unas a otras, sin tener para nada en cuenta que sus propios países estaban aún a medio civilizar, que apenas si en cada uno de ellos había un grupo de hombres consagrados a la investigación científica, que sus sistemas políticos internos atravesaban una fase de tensión o de transformación convulsiva, que su régimen económico se hallaba en crisis y que su sentimiento religioso cada día andaba más decaído y ruinoso. Realmente — tal es la insensatez humana—, se figuraron que aquello podía durar hasta que ellos quisieran y que las vastísimas colectividades del Asia Oriental podrían permanecer eternamente subordinadas a una Europa semejante.

Hoy mismo hay mucha gente que no alcanza a comprender los hechos esenciales de la situación. No comprenden que, en Asia, el nivel medio de inteligencia no es, ni mucho menos, inferior al nivel medio europeo; que la historia nos enseña que los asiáticos son tan animosos, tan fuertes, tan generosos, tan abnegados y tan capaces de una intensa acción colectiva como los europeos, y que hay y seguirá habiendo muchos más asiáticos en el mundo que europeos. Siempre ha sido difícil impedir la filtración del conocimiento del progreso científico y cultural de un país a otro, y en la actualidad se ha hecho imposible. En las circunstancias de hoy día, la igualdad o nivelación económica y cultural en todo el mundo es, a la larga, inevitable. En los momentos presentes tiene lugar en Asia una unión intelectual y moral de todos los pueblos asiáticos. Unas cuantas décadas pueden bastar para cubrir la distancia que aun los separa de la cultura europea. Hoy mismo, por ejemplo, cualquier europeo que conozca bien China o esté en íntimo contacto con el movimiento social e intelectual chino, podría decirnos que hay ya millares de chinos tan familiares con lo que significa la vida y la cultura europeas como cualquier europeo. El balance cultural en favor de la India todavía es mayor. La diferencia es que la India envía a Inglaterra estudiantes, e Inglaterra envía a la India funcionarios. Todavía no existe la menor organización para enviar estudiantes ingleses como tales estudiantes, a enterarse sobre el terreno de las cuestiones indias, de su historia, de su arqueología, de su espíritu.

Desde el año 1898, el año en que los alemanes se apoderaron de Kiau-Chau y los ingleses de Wei-hai-wei, y un año después de tomar los rusos Port-Arthur, los sucesos en China han marchado más de prisa que en ningún otro país, si exceptuamos el Japón. Un gran rencor contra los europeos se apoderó del espíritu chino, hasta el punto de constituirse una sociedad política que tenía por objeto su expulsión, la sociedad de los Boxers, que fué creciendo y fortificándose hasta estallar en las terribles violencias de 1900. Esta insurrección boxer costó la vida a 250 europeos y, según parece a unos 30.000 cristianos. China, y no por primera vez en la Historia, se hallaba a la sazón bajo el cetro de una emperatriz viuda, mujer ignorante y cruel, pero de gran carácter y en estrechas relaciones con los boxers. Lejos de oponerse a las atrocidades de éstos, los apoyó y protegió lo que pudo. Todo este asunto de los boxers fué, en suma, completamente de corte arcaico, y lo mismo podría haber acontecido contra los hunos que quinientos años antes de J. C.

Las cosas, como hemos dicho, llegaron a su punto culminante en 1900, en que la actitud de los boxers se volvía de día en día

más amenazadora para los europeos. La tentativa de reforzar la guardia europea de las legaciones en Pekín no hizo sino precipitar los acontecimientos. El embajador alemán fué asesinado a tiros en las calles de Pekín por un soldado de la guardia imperial. El resto de los diplomáticos extranjeros se reunieron e hicieron fuertes en una de las embajadas mejor situadas para la defensa y mantuvieron un sitio de dos meses. Un cuerpo de ejército, compuesto de distintas fuerzas europeas, en número de 20.000, al mando de un general alemán, marchó al fin sobre Pekín y salvó a las legaciones, mientras la emperatriz viuda huía hacia el Noroeste. Algunas de las tropas europeas, sensible es confesarlo, cometieron a sus vez graves atrocidades contra la población civil china ([13]).

A esto siguió la anexión efectiva de Manchuria por Rusia, una trifulca entre las Potencias, y en 1904, una invasión inglesa del Tibet, hasta entonces comarca sagrada y vedada al extranjero. Pero lo que no aparecía en la superficie de estos acontecimientos, y lo que los hacía fundamentalmente diferentes, era que China contenía a la sazón un número considerable de hombres lo suficientemente preparados, con una instrucción europea y un conocimiento exacto de Europa. La insurreción boxer fué extinguida, y entonces empezó a mostrarse la influencia de este nuevo factor en un propósito de Constitución (1906), en una campaña contra la costumbre de fumar opio y en diversas reformas pedagógicas. En 1909 era aprobada una Constitución de tipo de la japonesa, que convertía a China en una monarquía limitada. Pero China es de un patrón muy distinto del japonés, y el movimiento revolucionario continuó. El Japón, al reorganizarse, y de acuerdo con su propio temperamento, había vuelto sus ojos hacia el Occidente monárquico, pero China miraba ahora hacia el otro lado del Pacífico. En 1911 comenzaba la verdadera revolución china. En 1912 abdicaba el emperador, y la más grande comunidad del mundo se convertía en República. La caída del emperador suponía también la caída de la dinastía manchú, y la coleta mongólica, que había sido llevada por los chinos desde 1644, en señal de sumisión, dejaba de ser obligatoria; no obstante lo cual, todavía la siguen llevando muchos.

En el momento actual, a pesar de sus caos político y de la lucha de unos cuantos prohombres por la supremacía, es probable que haya en China más buena intención y entendimiento y más hombres honestos consagrados a la modernización y reorganización de la civilización china que en muchos países europeos. China no

([13]) V. el libro de Putnam Weale: *Indiscreet letters from Pekin;* obra en parte novelesca, pero muy viva y fiel en sus descripciones.

tardará seguramente en tener una escritura modernizada, y al alcance de todos, una Prensa propia y eficiente, nuevas y excelentes Universidades, un sistema industrial reorganizado y un cuerpo cada vez mayor de investigación científica y económica. El natural ingenio y laboriosidad de su enorme población serán puestos en condiciones de cooperar en términos de igualdad con el mundo occidental. Es muy posible que todavía la aguarden grandes dificultades internas, pero sean cuales sean, no puede estar muy lejos el momento en que los Estados Federados de China marchen de consuno con los Estados Unidos de América y una Europa reconciliada y pacificada, unidos en la santa tarea de abrir a la Humanidad un camino cada vez más llano, ancho y seguro.

§ 14. *La Historia del Japón.*

Sin embargo, el pueblo que inició y que iba a la cabeza de este renacimiento asiático no fué China, sino el Japón. Al contar antes la historia de China nos hemos pasado de largo en el curso cronológico de nuestro ESQUEMA, y fuerza nos es ahora volver un poco atrás para hablar del Japón. Hasta aquí, apenas si el Japón ha desempeñado algún papel en este sumario histórico; su civilización apartada y tan cerrada, no ha contribuído gran cosa a la formación general de los destinos humanos; si recibió mucho, ha dado, en cambio, muy poco. Los habitantes aborígenes del archipiélago japonés fueron probablemente un pueblo septentrional de remotas afinidades nórdicas, los *ainos vellosos*. Pero los japoneses propiamente dichos son de raza mongólica. Físicamente se parecen a los merindios, y hay muchas curiosas semejanzas entre el arte prehistórico del Japón (especialmente la alfarerería) y el del Perú incaico. Realmente no es imposible que sean un reflujo de la marea transpacífica de la primitiva cultura heliolítica, pero también pueden haber absorbido del Sur algún elemento malayo y hasta negrito.

Sea cual fuere el origen de los japoneses, no hay duda que su civilización, escritura y tradiciones literarias y artísticas se derivan directamente de China. En los siglos II y III de la Era Cristina estaban saliendo ya del período de barbarie, y uno de sus primeros actos nacionales fuera de su propio país fué una invasión de Corea, bajo el reinado de una tal reina Jingo, que parece haber desempeñado un papel muy importante en el afianzamiento de su civilización. La historia japonesa es muy interesante y romántica, de régimen feudal y tradición caballeresca; y sus ataques contra Corea y China podrían considerarse como un equivalente oriental de las guerras inglesas en Francia. El primer contacto del Japón con Europa fué en el siglo XVI. En 1542 llegaron a él

los tripulantes portugueses de un junco chino, y en 1549, un misionero jesuíta, después canonizado, Francisco Javier, comenzó allí su predicación. Las crónicas jesuítas nos describen un país continuamente asolado por las guerras feudales. Durante algún tiempo el Japón acogió bien el intercambio europeo, y los misioneros cristianos hicieron un gran número de conversos. Un cierto William Adams, de Gillingham (Kent), llegó a ser el más apreciado consejero europeo de los japoneses, y les enseñó a construir naves grandes. En estas naves de construcción japonesa se realizaron viajes a la India y al Perú. Desgraciadamente, surgieron graves disensiones y pendencias entre los dominicos españoles, los jesuítas portugueses y los protestantes ingleses y holandeses, todos ellos poniendo en guardia a los japoneses contra los pérfidos designios políticos de los demás. Los jesuítas, además, en un momento de predominio o de influencia, se dedicaron a perseguir e insultar encarnizadamente a los budistas. Estas perturbaciones vinieron a agravar los conflictos feudales de la época y, al cabo, los japoneses llegaron a la conclusión de que los europeos y su cristianismo eran un mal intolerable, y que especialmente el catolicismo era un simple encubridor de los delirios políticos del papa y de la monarquía española, ya en posesión de las islas Filipinas. Hubo una grande y definitiva persecución de los cristianos, y en 1638 el Japón, con la sola excepción de una mísera factoría holandesa en el islote de Deshima (bahía de Nagasaki), quedaba cerrado en absoluto a los europeos, y cerrado estuvo por más de doscientos años. Los holandeses de Deshima, por su parte, tuvieron que soportar toda clase de indignidades, sin más relación con los japoneses que a través de los funcionarios imperiales nombrados al efecto. Durante dos siglos el Japón permaneció tan separado del resto del mundo como si viviese en otro planeta. Baste decir que estaba prohibido construir ningún barco que excediese de las dimensiones requeridas para la navegación de cabotaje. Ningún japonés podía salir fuera del Japón, ni ningún europeo entrar en él.

Durante dos siglos el Japón permaneció, por decirlo así, al margen de la Historia Universal, viviendo en un estado de pintoresco feudalismo, en el que un cinco por ciento, más o menos, de la población, los *samurai* u hombres de armas, y los nobles y sus familias, tiranizaban a mansalva al resto de la población. Cuando un noble pasaba, el pueblo tenía que arrodillarse; la menor falta de respeto hubiera sido exponerse a que alguno de sus *samurai* lo dejase muerto en el sitio. Las clases elegidas vivían una vida de romántica aventura, consagrada por la tradición; amaban, asesinaban y se entregaban a las más sutiles cuestiones de honor, que, probablemente, debían hastiar no poco a los más inteligentes. Puede imaginarse la tortura de los espíritus curiosos, acuciados, por

el deseo de viaje y de conocimiento obligados, quieras que no, a permanecer en aquellas islas de monótono romance.

Entretanto, el gran mundo continuaba, fuera, su vida, cada vez hacia más amplios horizontes y fuerzas nuevas. Las naves extranjeras, cada vez más frecuentes, pasaban a la vista de las costas japonesas, sin jamás tocar en ellas; únicamente, a veces, las tempestades hacían naufragar a alguna, y los tripulantes supervivientes no tenían más remedio que buscar su salvación en la costa. A través de la colonia holandesa de Deshima, único eslabón con el mundo exterior, llegaban de cuando en cuando rumores de que el Japón no iba al mismo paso que el mundo occidental y se iba quedando muy rezagado en punto a civilización. En 1837, entraba en la bahía de Yedo un barco, enarbolando una extraña bandera de listas y estrellas, con unos cuantos náufragos japoneses recogidos en el Pacífico. Un disparo de cañón lo ahuyentaba; pero la misma bandera no tardó en reaparecer, de cuando en cuando, sobre otros barcos. Uno de ellos, en 1849, entraba a pedir la entrega de dieciocho náufragos norteamericanos recogidos por los japoneses. Mar tarde, en 1853, venían cuatro barcos de guerra de los Estados Unidos, mandados por el comodoro Perry, y se negaban a levar anchas de las aguas prohibidas, enviando mensajes a los dos monarcas que a la sazón compartían el trono japonés. En 1854, volvía el mismo comodoro Perry al frente de diez barcos, naves asombrosas movidas a vapor y armadas con enormes cañones, y hacía proposiciones de comercio e intercambio de relaciones, que el Japón no tenía más remedio que aceptar. El comodoro Perry desembarcaba con una guardia de 500 hombres para firmar el tratado. Una muchedumbre, incrédula del prodigio, contemplaba a estos visitantes del mundo exterior caminando por las calles de la capital.

Rusia, Holanda e Inglaterra siguieron la iniciativa de los Estados Unidos. Los extranjeros empezaron a acudir al Japón, y no tardaron en estallar algunos conflictos entre ellos y los caballeros japoneses de espíritu más agresivo. Un súbdito inglés perdió la vida en una pendencia callejera, y una ciudad japonesa fué bombardeada por los ingleses (1863). Un nombre, de posición muy encumbrada, cuyas posesiones dominaban los estrechos de Shimonoseki, encontró divertido disparar sobre los barcos extranjeros, y ello llevó a un segundo bombardeo por una escuadra inglesa, francesa, holandesa y norteamericana, que destruyó las baterías y dispersó a los guerreros del belicoso potentado. Por último, una escuadrilla aliada, al ancla en aguas de Kioto (1865), impuso una ratificación de los tratados que abrían el Japón al mundo.

La humillación de los japoneses, ante estos sucesos, fué grande y hondamente sentida. (Realmente, se diría que la salvación

de los pueblos depende en buena parte de estas humillaciones). Con asombrosa energía e inteligencia pusiéronse a elevar su cultura y organización al nivel de las Potencias europeas. Jamás, en toda la historia de la humanidad, ha dado ninguna nación un paso semejante al que dió el Japón. En 1866 era un pueblo medieval, una fantástica caricatura del feudalismo romántico; en 1899 era una nación completamente occidentalizada en cierto sentido, a la altura de las Potencias europeas más adelantadas; más adelantada, por ejemplo, que Rusia. Su ejemplo sirvió para desvanecer por completo la convicción de que Asia estaba llamada, irrevocablemente, a ir a la zaga de Europa. En su comparación, el progreso de todos los países europeos pareció singularmente tardo y dificultoso.

No nos es posible exponer aquí en detalle la guerra chino-japonesa de 1894-5, que puso bien de manifiesto la occidentalización de los japoneses. Estos disponían de un considerable ejército perfectamente occidentalizado, y de una pequeña escuadra; pero el significado de su renacimiento, aunque estimado en su justo valor por Inglaterra y los Estados Unidos, que ya trataban al Japón como si fuera una nación europea, no fué comprendido por las demás Grandes Potencias empeñadas en la adquisición de nuevas Indias en Asia. Rusia empujaba a través de Manchuria hacia Corea. Francia ya hacía tiempo que se había establecido al Sur en Tonkín y Annam. Alemania husmeaba ávidamente por un lugar en que afirmarse. Estas tres Potencias se pusieron de acuerdo para impedir que el Japón sacase ningún fruto de su victoria sobre China, prohibiéndole particularmente que se estableciese sobre la costa china, en aquellos puntos que dominaban el mar del Japón. Este se hallaba extenuado por la guerra, y como aquellas Potencias le amenazasen con una nueva guerra, no tuvo más remedio que someterse.

En 1898, Alemania, tomando como pretexto el asesinato de dos misioneros alemanes, se anexionó un pedazo de la provincia de Shangtung. Inmediatamente Rusia se apoderó de la península de Liaotung, y arrancó a China el permiso para prolongar su ferrocarril transiberiano hasta Port-Arthur; y en 1910 ocupó Manchuria. Inglaterra no pudo resistir el impulso de imitación, y se apoderó del puerto de Wei-hai-wei (1868). Lo alarmante que estos movimientos tenían que resultar a todo japonés inteligente, fácilmente se comprenderá, con sólo echar una ojeada al mapa. Fatalmente, como no podía menos de suceder, llevaron a una guerra entre el Japón y Rusia que marca una época en la historia de Asia y el final del período de arrogancia europea. El pueblo ruso, naturalmente, nada sabía ni tenía que ver con los disparates de su Gobierno, y todos los estadistas rusos discretos eran



contrarios a ellos; pero una cuadrilla de aventureros financieros rodeaba al Zar, incluyendo en dicha cuadrilla a la mayor parte de los Grandes Duques sus parientes. Estos aventureros soñaban con el botín que podían sacar de Manchuria y China, y por nada del mundo habrían renunciado a sus proyectos. Comenzó, pues, el transporte, a través del mar, de grandes ejércitos japoneses a Port-Arthur y Corea, y el envío, a través de las estepas siberianas, de

interminables trenes cargados de campesinos rusos, condenados a morir en aquellos lejanos campos de batalla.

Los rusos, mal dirigidos y peor aprovisionados, fueron vencidos en mar y tierra. La escuadra rusa del Báltico, después de dar la vuelta a Africa y de un viaje tan largo como penoso, fué completamente destruída en los estrechos de Tshushima. Un movimiento revolucionario del pueblo, enfurecido por aquella carnicería remota e insensata, obligó al Zar a dar por terminada la guerra (1905). Rusia devolvió la mitad Sur de la isla de Saghalien, de la que se apoderara en 1875, evacuó Manchuria y entregó Corea al Japón. El "hombre blanco" empezaba a soltar su "carga" en el extremo Oriente asiático. Durante algunos años, sin embargo, Alemania continuó en la precaria posesión de Kiau-Chau.

§ 15. *Fin del Período de Expansión ultramarina.*

Ya anteriormente dijimos cómo la tentativa de apropiación de Abisinia por los italianos terminó con la derrota de éstos en la terrible batalla de Adowa (1896), que les costó más de 3.000 bajas y 4.000 prisioneros. El período de expansión imperialista a costa de los Estados no europeos organizados tocaba evidentemente a su fin, no sin haber enmarañado más de la cuenta los problemas sociales y políticos, ya en sí bien difíciles, de Inglaterra, Francia, España, Italia, Alemania y Rusia con no pocos pueblos extranjeros, a todas luces inasimilables, creando el consiguiente rencor y desconfianza. Inglaterra se encontraba con Egipto (aun sin anexionar oficialmente), India, Birmania y otros cuantos problemas menores, como Malta y Shanghai. Francia se había echado encima el Tonkín y Annam, además de Argelia y Túnez. España se veía de nuevo enredada en Marruecos. Italia, para no ser menos que los demás, se había buscado sus complicaciones con Trípoli. Y el imperialismo alemán ultramarino, aunque su "lugar al sol" parecía un tanto mezquino, sacaba las satisfacciones que podía de la perspectiva de una guerra con el Japón por causa de Kiau-Chau. Todos estos países "sometidos" tenían una población cuyo nivel intelectual apenas si era un tanto inferior al de los países ocupantes; en todos ellos era manifiestamente inevitable el desarrollo de una Prensa indígena, de una conciencia colectiva y de una aspiración autonómica; pero los estadistas europeos habían andado demasiado afanados con la consecución de aquellos "Imperios" para tener una idea clara de lo que harían con ellos una vez que los hubiesen conseguido.

Las democracias occidentales, al despertarse a la libertad, se descubrían "imperialistas", y el descubrimiento las dejaba un tanto

perplejas y confusas. El Oriente acudía a las capitales de Occidente con demandas ciertamente embarazosas. En Londres, el inglés del pueblo, muy preocupado con huelgas, enigmas económicos, cuestiones de nacionalización, municipalización, etc., se encontraba cortado el camino y frecuentados sus *meetings* por un número crecido, y creciente, de hombres de tez oscura, con turbantes, feces y otros tocados exóticos, que venían a decirles: "Ya nos tenéis. El pueblo que representa nuestro gobierno ha destruído el gobierno nuestro y nos impide rehacerlo. ¿Qué es lo que pensáis hacer de nosotros?"

§ 16. *El Imperio Británico en* 1914.

Aquí podemos anotar sumariamente la naturaleza diversísima de los elementos integrantes del Imperio Británico, combinación política absolutamente única y sin precedentes en la Historia del mundo.

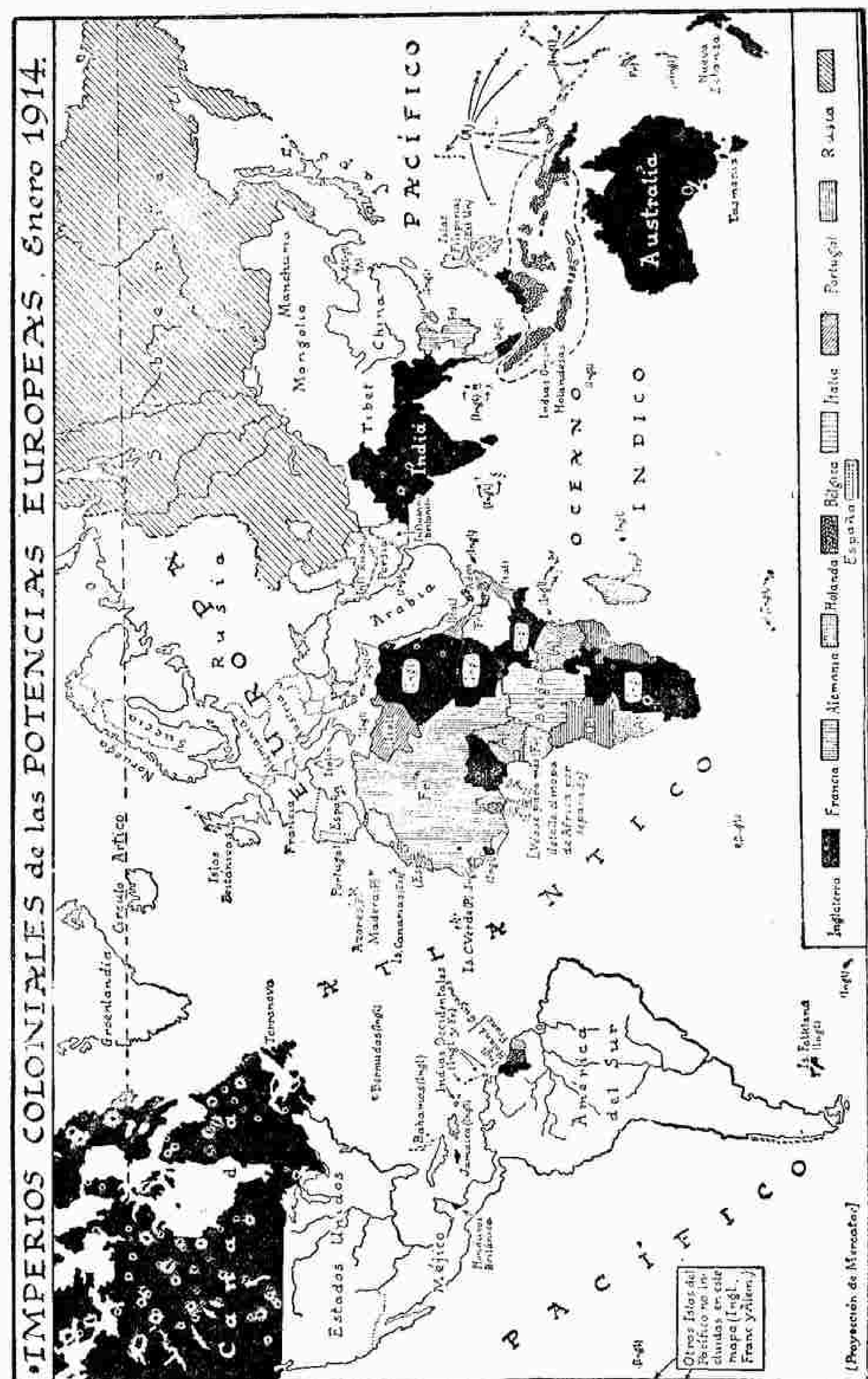
Primeramente, y como eje de todo el sistema, estaba la "República coronada" del Reino Unido, incluyendo (bien contra la voluntad de la mayoría de su población) a Irlanda. La mayoría del Parlamento británico, constituido por los tres Parlamentos unidos de Inglaterra, Escocia e Irlanda, determina la presidencia, la cualidad y la política del ministerio, y lo determina basándose en gran parte en consideraciones que afectan a la política doméstica del reino. Este ministerio es el gobierno efectivo supremo, con plenos poderes de paz y de guerra sobre todo el resto del Imperio.

Inmediatamente, en orden de importancia política, vienen las "Repúblicas coronadas" de Australia, Canadá, Terranova (la más antigua posesión británica, datando de 1583), Nueva Zelandia y Africa del Sur, todas ellas independientes de hecho y Estados autónomos en alianza con Gran Bretaña, pero cada uno con un representante de la Corona nombrado por el Gobierno.

Luego, viene el Imperio de la India, prolongación del Imperio del Gran Mogul, con sus Estados dependientes y "protegidos", que alcanzan en la actualidad desde el Beluchistán hasta Birmania, con Aden de añadidura, en todo cuyo Imperio la Corona británica y el "Indian Office" (bajo el control parlamentario) han desempeñado el papel de la primitiva dinastía turcomana.

A continuación, el ambiguo dominio de Egipto todavía parte, nominalmente, del Imperio turco y conservando aún su propio monarca, el Jedive, pero bajo la férula oficial casi despótica de Inglaterra [14].

(14) La situación de Egipto ha cambiado posteriormente, viéndose obligada Inglaterra, a causa del intenso movimiento nacionalista, a concederle la



Después, la aun más ambigua provincia "angloegipcia" del Sudán, ocupada y administrada conjuntamente por los ingleses y el Gobierno egipcio.

Después cierto número de comunidades en partes autónomas, unas inglesas de origen y otras no, con Parlamentos electivos y un poder ejecutivo nombrado, tales como Malta, Jamaica, las Bahamas y Bermuda; aunque Malta, por una nueva y más liberal Constitución, promulgada en 1920, ha venido a quedar elevada al nivel de colonia autónoma.

Luego, las Colonias de la Corona, en que la administración del Gobierno central inglés (por mediación del Ministerio de las Colonias) raya en autocrática. A esta categoría pertenecen Ceylán, Trinidad, Fiji (donde hay un concejo gobernante), Gibraltar y Santa Elena, estas dos últimas con su gobernador correspondiente.

Por último, grandes extensiones, principalmente tropicales, tierras productoras de materias primas, con comunidades indígenas incivilizadas y sin fuerza política, que son nominalmente protectorados, administrados bien por un Alto Comisario (como en Basutolandia, por ejemplo), bien por una compañía privilegiada por real autorización (como en Rhodesia). En algunos casos el Ministerio de Estado: en otros, el Ministerio de las Colonias, y en otros, el Ministerio de la India, han sido los adquisidores de las posesiones de esta última y menos definida categoría, pero en su mayor parte, el Ministerio de las Colonias es hoy el responsable.

Es, pues, evidente, que el Imperio Británico no forma, ni ha formado nunca, un todo homogéneo. Ha sido y es, en realidad, una simple mescolanza, hecha por acumulación, absolutamente distinta de todo lo que hasta ahora haya podido merecer el nombre de "Imperio". Garantizaba una paz y una seguridad estables, y esto es la causa de que haya sido soportado y mantenido por muchos hombres de las razas "sometidas", a pesar de las tiranías y deficiencias oficiales y de la escasa atención de la administración central. Como el "Imperio ateniense", era un Imperio de ultramar, sus caminos eran rutas marítimas, y su vínculo común la flota británica. Como en todos los imperios su cohesión dependía físicamente de un sistema de comunicación; los progresos de la navegación, de la construcción naval y del vapor del siglo XVI al XIX habían hecho posible y conveniente la *Pax Britannica*, pero igualmente, los ulteriores progresos de la navegación aérea y submarina

autonomía, separadamente ya del Imperio turco. Egipto tiene hoy su rey propio y disfruta de una situación política casi análoga a la de los *dominios* británicos, pero su situación política y social es aún bastante confusa y agitada, entre otras causas, por su pretensión al Sudán, que todavía retiene Inglaterra.

y los nuevos métodos y recursos de guerra podían, en un momento dado, hacerla inconveniente e imposible.

§ 17. *La Pintura, la Escultura y la Arquitectura en el siglo XIX.*

Hemos venido refiriéndonos al siglo XIX porque se trata de un término conveniente en uso, pero debe entender el lector que el período que abarca este capítulo no va realmente del 1800 al 1900, sino desde 1815 hasta 1914. Entre estas dos fechas no hubo ninguna gran catástrofe, ningún punto de ruptura. Los cambios que se operaron fueron desde luego muy considerables, pero no fueron bruscos ni tampoco modificaron en ningún sentido el proceso general.

Antes de que nos ocupemos de la convulsión con que terminó este siglo de progreso y de invenciones, será conveniente dedicar tres capitulillos a las formas artísticas en que el mismo hubo de expresarse. Nos hemos ocupado ya del desarrollo de sus conocimientos científicos y su filosofía política; echaremos, pues, ahora una ojeada, primero a su arte plástico y pictórico, luego a su vida musical y por último a su literatura creadora y expresiva.

La historia de la pintura europea en la primera mitad del siglo XIX refleja los cambios sociales de su tiempo. Se trata de un período en que la clase media, el tipo de comerciante serio, fué creciendo en riqueza e importancia: fué un tiempo de fabricantes enriquecidos y de hombres de negocios triunfantes. Llegaron los ferrocarriles, los trasatlánticos, el comercio de materias primas de ultramar y las grandes fortunas que nacieron directa o indirectamente de la especulación en todo ello. Las Cortes europeas restauradas se distinguieron por su predisposición a favorecer y asociarse a esta riqueza nueva. El industrial progresista se convirtió en el patrono típico de la pintura y la arquitectura. Trató de asimilarse a la vida social. Prefirió cuadros hechos por caballeros para caballeros, antes que la fuerza perturbadora o la belleza desconcertante. Deseaba cuadros ante los cuales pudiera comer o tomar su té cómodamente, y estaba dispuesto a pagarlos bien. Goya, el proteico y maravilloso español (1746-1828), los grandes paisajistas ingleses Constable (1776-1837) y Turner (1775-1851), Ingres y David, de los cuales hemos hablado como expresiones del espíritu del Imperio Francés, pasaron sin dejar detrás quien los igualara. Pero la pintura se convirtió en una profesión importante. La Real Academia Británica, el Salón Francés, celebraron exposiciones anuales de cuadros pintados para agradar, los artistas compraron casas magníficas y vivieron con un lujo extraordinario. Muchos fueron hasta incorporados a la nobleza en Inglaterra. La escultura

siguió la misma dirección. La afición a los cuadros, si bien dejó de ser intensa, ganó en extensión. Para una gran parte del público inglés, el peregrinaje anual a Londres "para visitar la Academia" se hizo casi obligatorio.

Pero hacia mediados del siglo, la misma tendencia que había perturbado las rutinas religiosas y sociales de Europa, apareció en el mundo del arte. Ruskin (1819-1900) y William Morris (1834-1896) en Inglaterra criticaron las inanidades académicas del arte y la decoración contemporáneos con perturbadora efectividad. Se produjeron cismas entre los profesionales de la pintura; aparecieron nuevas escuelas, entre las cuales se destacó la de los prerrafaelistas, que preconizaron el retorno a los métodos de los antiguos tiempos en que pintar no era una cosa distinguida. Con la aprobación de Ruskin y Morris, volvieron sus miradas hacia la Edad Media y pintaron héroes del tiempo del Rey Artús y damiselas anacrónicas. Otros, más rebeldes aún, volvieron los ojos del espíritu hacia el mundo que les rodeaba. Corot (1796-1875) mantuvo su vigor de visión a través de este período de flojedad, y después del desastre de 1870-71 Francia asistió al resurgimiento de los tiempos de Rembrandt y Velázquez en la obra de maestros como Degas, Manet y Renoir. Con ellos debe mencionarse al gran americano Whistler (1834-1903). El público, cansado casi inconscientemente de la pintura amanerada, no toleró en la arquitectura privada que se reservase espacio en las paredes para cuadros al óleo. Al cerrarse el período, la demanda de cuadros de caballete que se compraban y colgaban en cualquier parte sufrió una sensible declinación, y los esfuerzos de los estudiantes se dirigieron con creciente éxito hacia más modestas y plausibles realizaciones en las artes decorativas.

En los últimos años del siglo XIX había ya signos evidentes de que el afán de la representación exacta había pasado. La reproducción de flores y figuras desapareció de las alfombras, tapicerías y objetos de adorno; la representación se convirtió en cosa secundaria en la pintura y la escultura. Ya pudimos observar un período anterior de realismo en tiempos de Akhnaton en Egipto, y otros durante el lapso grecorromano, y apuntamos que esta última fase pasó a la rigidez, vaciedad y simbolismo del arte gótico y bizantino y a los métodos formales y geométricos de la decoración musulmana. En época más antigua aún el vívido impresionismo del último período paleolítico fué seguido por el formalismo del primitivo arte neolítico. Nuevamente ahora, en las dos primeras décadas del siglo, vemos al arte desplazarse para salir de su estancamiento, huyendo de la realidad como ahito de ella, despreocupándose de las formas exteriores para buscar ante todo la emoción, y volviéndose cada vez más analítico y simbólico. Esta corriente

parece continuar, favorecida también por la creciente eficiencia de la fotografía para satisfacer todo anhelo de precisión circunstancial.

El siglo comenzó con una manifestación de chatura arquitectónica. La tradición clásica, sostenida por la pedantería clasicista en las escuelas, había dominado gradualmente y detenido el libre desenvolvimiento del estilo renacentista, y la mayoría de los edificios nuevos dejaban traslucir su nostalgia de una edad desaparecida dos mil años antes. Por todas partes aparecían fachadas blancas con columnatas de estuco. Luego, con el resurgimiento romántico en literatura, del cual volveremos a ocuparnos, y con el derrumbe del intento napoleónico para revivir la Roma imperial, se produjo un viraje de la atención, que pasó de este período imitativo a la Edad Media. Vino un resurgimiento gótico después del resurgimiento clásico, que fué particularmente vigoroso en Gran Bretaña y que produjo, entre otras notables manifestaciones, los actuales palacios del Parlamento. Luego, el período Reina Ana, que se había distinguido por un desarrollo notable de las modas renacentistas aún sobrevivientes, fué exhumado. Los arquitectos ingleses construyeron portadas o casas en el estilo clásico, gótico, antiguo escocés o Reina Ana. El único estilo que no aparecía por ninguna parte era el estilo siglo XIX. Los ingleses andaban con pantalón y sombrero de copa y llevaban ropas de colores severos, modernas y sobrias, pero sus casas y sus edificios públicos se vestían a la moda de un pasado desvanecido, como para una jocosa mascarada.

En Francia y Alemania hubo mucha más iniciativa arquitectónica; el estilo Renacimiento todavía vivía y se desarrollaba en Francia. Sin embargo, problemas tan interesantes como los que ofrecía la construcción de estaciones y puentes ferroviarios, aduanas, fábricas, etc., no fueron afrontados seriamente en ninguna parte, quizá con la excepción de Alemania. Una fealdad ineficiente fué la regla de tales edificios. Parecía como si la premura de las nuevas necesidades, nuevos materiales y nuevas oportunidades hubiera embotado el coraje arquitectónico de aquella generación. Uno de los más curiosos y representativos productos de este período desvaído es el puente de la Torre de Londres, en el cual una elegante y sólida estructura de acero aparece emplastada con la pesadez de la mampostería flamenca y el anacronismo de los castillos medievales. Todos los edificios públicos del siglo XIX en Gran Bretaña presentan las huellas de un arte senil y anacrónico.

La arquitectura privada degeneró aún más que la arquitectura pública durante una buena parte del siglo. El gran aumento de las poblaciones de Europa, que absorbió la mayoría de los crecientes recursos de la época, condujo a una lamentable proliferación de casuchas en ciudades cada vez más extensas; interminables filas

de minúsculos tugurios en Inglaterra; lúgubres casas de inquilinato para gente pobre en la mayoría de los demás países europeos. Solamente al terminar el siglo, con una disminución de la natalidad y la llegada del automóvil, se produjo un esparcimiento de la población, que hasta entonces había crecido congestionándose alrededor de las estaciones ferroviarias. Renació el interés general por la arquitectura privada y apareció un moderno y agradable estilo de viviendas y casas de campo.

En los días de la colonización, América había producido un tipo de viviendas de campo, excelente, particularmente en Virginia y en el Sur, que era una adaptación de la arquitectura rural británica a las necesidades locales, brotada del fecundo tallo del Renacimiento. Hemos mencionado ya la contribución de Sir Christopher Wren a este desarrollo. Aparte del sector privado, la arquitectura americana fué principalmente un trasplante del modelo europeo hasta las últimas décadas del siglo. El Capitolio de Wáshington, por ejemplo, es una obra francesa. Podía muy bien haber sido construído en París o en Bruselas. La mayoría, por otra parte, de la edificación privada fué frívola y adocenada. Cuando Inglaterra adoptó la ventana de guillotina, Norteamérica conservó la ventana de dos hojas. Pero en las dos últimas décadas del siglo la riqueza y confianza en sí mismo del nuevo mundo, cada día mayores, se resolvieron en nuevas y vigorosas iniciativas arquitectónicas. América empezó a usar el acero, el vidrio y el cemento en las nuevas construcciones con creciente éxito y audacia. Estos materiales y el invento del "ascensor" hicieron posible la construcción de edificios de altura y dimensiones sin precedentes. En 1870 apenas existía una arquitectura americana; en 1910 América iba muy delante de cualquier otro país en el mundo por la frescura y el arrojo de sus nuevos edificios. Alemania vino después, a cierta distancia. Los nombres de Richardson (1838-1886) y de Stanford White (1853-1906) se destacan entre los arquitectos americanos de este nuevo período.

Tenemos que dirigir nuestras miradas hacia los Estados Unidos para hallar una expresión gradual de las nuevas fuerzas y recursos que el siglo XIX reveló a la humanidad en lo que respecta a la vivienda y la construcción; es, pues, razonable esperar, junto con este desarrollo de la arquitectura, un desarrollo similar en la escultura, la pintura y las artes decorativas en general. En ese continente se presentarán las más grandes oportunidades, la mayor riqueza, la mayor libertad del espíritu.

§ 18. *La Música en el siglo XIX.*

El flujo de creación musical, que se hallaba en desarrollo durante el siglo XVIII sufrió pocas trabas u obstáculos en el transcurso del período tratado en este capítulo. Hemos nombrado a Mozart y a Beethoven como figuras culminantes del siglo XVIII. Beethoven nos lleva al siglo XIX, y al lado de él debemos colocar a su contemporáneo Weber (1786-1825), experimentador e innovador de cardinal importancia, y un poco más tarde las importantes figuras de Schubert (1797-1828), Mendelssohn (1809-1847) y Schumann (1810-1856). No podemos ignorar a César Franck (1822-1890) con sus "catedrales de sonido". La música pasaba ahora cada vez más del dominio real y del tutelaje de la nobleza a las Salas de Conciertos, en demanda de los sufragios de un público cultivado. Paralelamente con la ópera, hubo una creciente producción de piezas para canto y piano con destino a las casas de gusto refinado y de música bailable para las reuniones sociales. No hubo un progreso equivalente en la música religiosa desde los días de Handel y Bach. Pero el patrocinio de la realeza fué todavía de importancia para el compositor de grandes óperas, y las Cortes rusas y bávaras fueron especialmente los lugares de adopción de una nueva "ópera-drama" y de una nueva concepción del *ballet*.

Puede seguirse en la música del siglo el crecimiento de las aspiraciones de la época. Los compositores empezaron a buscar nuevos temas y nueva inspiración en la música folklórica de los pueblos al Este y al Oeste de Europa.

Chopin (1809-1849) utilizó fuentes de inspiración polacas, Liszt (1811-1886) y Joachim (1831-1897) fuentes húngaras, y Brahms (1833-1897) fué aún más lejos a buscar en la India material que incorporar a su urdimbre esencialmente clásica. Wagner nació en 1813 y murió en 1883. Siguió los pasos de Weber. Rompió la tradición establecida en la ópera y, dramatizando, ampliando y expandiendo el radio de la música instrumental, la llenó de nueva pasión y nueva fuerza. Más tarde, en Rusia, Tchaicowsky (1840-1893), Mussorgsky (1835-1881), y Rimsky-Korsakov (1844-1908) fueron los encargados de descubrir nuevos mundos de color y deleite.

Aquí, en el limitado espacio de que disponemos, no dejaremos de nombrar al checo Dvorák (1841-1904), la vívida creación de Ricardo Strauss (nacido en 1864), y la fresca belleza de Debussy (1862-1918).

América ha contribuído poco a la música reconocida como grande. Pero de la misma manera que los Estados Unidos saltaron

bruscamente de la nimiedad arquitectónica a la gran arquitectura moderna, las construcciones de acero y los nuevos materiales de la última década del siglo XIX, también es posible que de un momento a otro pueda convertirse en la aurora de nuevas formas musicales emancipadas de Occidente. Durante algún tiempo se ha importado ruido de América a Europa en volumen creciente —y hay que reconocer que a veces se trata de un ruido muy alegre. El espíritu negro ha tenido gran influencia en los salones de danza y en los music-halls.

Puede llegar el tiempo en que, por lo menos en los Salones de Concierto, los americanos lleguen a enorgullecerse y tengan que sentirse agradecidos a esta corriente negra del Sur. Pero aquí no podemos discurrir del "jazz" y sus derivados.

No hablaremos más de música en este ESQUEMA. El presente período se caracteriza por la gran difusión de lo que en un tiempo fué el privilegio de una clase cultivada. El fonógrafo, la pianola y los receptores de radio están haciendo familiares a todo el mundo los mejores y más grandes compositores.

§ 19. *El predominio de la novela en la literatura.*

En el espacio que aquí tenemos a nuestra disposición no es posible dar sino una nota ligera y muy simplificada del gran flujo de actividades literarias mediante las cuales las nuevas fuerzas de este siglo de expansión buscaron su expresión. Hemos tratado ya de las principales ideas de los fundadores y realizadores del socialismo y de la influencia de la creciente visión científica sobre las ideas religiosas, políticas y sociales. Pero nos es imposible hacer plena justicia a la significación y a la influencia que aún persiste de tan grandes pensadores como Adam Smith (1723-1790), Malthus (1766-1834), y sus sucesores, o de tan profundas y penetrantes especulaciones como las de Schopenhauer (1788-1860) y Nietzsche (1844-1900) en Alemania. Hegel (1770-1831) también, es para nosotros como un plato tentador al final de un menú demasiado largo. Debemos dejarlo. Desvió la corriente del pensamiento moderno de un modo muy curioso, pero éste se está recobrando de la desviación.

No discutiremos ahora aquí los accidentes del gusto y los absurdos de interpretación que hicieron de Lord Byron (1788-1824), trovador satírico con la filosofía de un hombre de ciudad, una gran figura en la concepción literaria del siglo XIX en toda Europa, ni pondremos en la balanza el valor de Goethe (1749-1832), que fué durante muchos años el dios intelectual y estético de Alemania. Ya no goza de esa preeminencia. Atiborró la mente germánica de una vasta riqueza de clasicismo desarraigado y tras-

plantado. Fué grande, elegante e industrioso. Fué el noble intendente de la literatura, como Byron fué el noble rebelde.

El siglo se inició con un considerable florecimiento de la poesía, particularmente en Gran Bretaña. Fué una poesía con características propias; hubo un nuevo concepto de la naturaleza en su relación emocional con el hombre, una inconsciente despreocupación de los credos y un aproximamiento sin restricciones a las más profundas cuestiones acerca de la vida, como si, casi inadvertidamente, el poeta pasara de las ideas establecidas y aceptadas a un universo libre. Los poemas de esta fase tienen generalmente un hilo narrativo que a veces se reduce a una sombra, y el pensamiento vaga en ellos grácil, polémico y vario. Shelley (1792-1822), Keats (1795-1821), Wordsworth (1770-1850) son los nombres sobresalientes en esta época de la expresión poética inglesa. Wordsworth, con una voz de arte muy variable expresó un panteísmo místico, un profundo sentido de Dios en la naturaleza. Shelley fué el primero y el más grande de los poetas modernos. Su pensamiento estaba saturado de ideas científicas y su percepción de la naturaleza transitoria de las instituciones políticas de su tiempo se anticipó extraordinariamente a la de cualquier contemporáneo. El impulso poético fué sostenido en Inglaterra en la generación siguiente con mayor melodía y belleza y menos trascendentalismo por Tennyson (1809-1892), quien alcanzó una gran popularidad, halagó a la Reina Victoria y fué el primero entre los poetas británicos que obtuvo el título de par del Reino por su poesía. Su *Muerte de Artús* merece figurar al lado de la arquitectura de la época. La fama de Longfellow (1807-1882) fué, más que un equivalente americano, una réplica americana de Tennyson.

Desarrollándose más lentamente y oponiéndose al decaimiento del mundo escolástico, académico y crítico, las formas de la ficción en prosa se fueron elevando hasta igualar, y sobrepasar después, las creaciones poéticas. Era lo que el público deseaba, y también lo que exigía la época. El gran libro en prosa retratando la vida, con una progresión narrativa en su substancia, ya delineado por Rabelais y desarrollado en las novelas digresivas de Fielding y Sterne, emergió lentamente, perfeccionándose y gozando de mayor aceptación a medida que avanzaba el siglo. Al par que la novela crecía en extensión y fuerza, la novela corta y el cuento aparecían paralelamente.

Las primeras novelas eran relatos de acontecimientos y costumbres. Fanny Burney (1752-1840) nos retrotrae al mundo del Dr. Johnson. Jane Austen (1775-1817) opera dentro de los estrechos límites de la observación femenina expresada delicadamente. Dentro de las restricciones y limitaciones de esta suerte de relatos

de costumbres, vemos a la novela inglesa desarrollarse a medida que el pensamiento del siglo va rebasando sus limitaciones.

Una figura central, y de gran significación en el desenvolvimiento de la novela, es la del escritor alemán Juan Pablo Richter (1763-1825). Su arte narrativo es un simple cañamazo para digresiones decorativas y brillantes. Otro gran escritor alemán fué Heine (1797-1856). Richter influenció profundamente la obra del escritor inglés Thomas Carlyle. A través de Carlyle la influencia rica y discursiva de Richter alcanzó a Carlos Dickens (1812-1870) y a Jorge Meredith (1828-1909). Thackeray (1811-1863), el gran rival de Dickens, divagó y filosofó y entretuvo al lector, pero en una forma que deriva más de Sterne que de los alemanes. Carlos Reade (1814-1884), en su *El Claustro y el Hogar*, presentó los conflictos, todavía existentes en Europa, entre el protestantismo y el catolicismo, en la trama de una gran novela. Tanto Thackeray como Carlyle encontraron su cauce en la libre discusión, que los apartó de la forma de la ficción, llevándolos a la interpretación de los aspectos históricos. Existe una relación natural y necesaria entre la gran novela de tipo inglés y la historia. La *Revolución Francesa* y *Federico el Grande* de Carlyle se leían como novelas, y Macaulay (1800-1859) obtuvo un gran éxito con su historia del último período de los Estuardos. Si la historia no es leída más generalmente es más por culpa de los historiadores que del público. Escritores de temas históricos brillantes como Lytton Strachey, Guedalla y Belloc son tan populares como los novelistas en Inglaterra y Norteamérica.

En Francia, las mismas necesidades e inquietudes que difundieron y nutrieron la novela, convirtiéndola, de un mero episodio en una interpretación de la vida, inspiraron a Balzac (1797-1850) la vasta empresa de su *Comedia Humana*. A gran distancia por debajo de él, su sucesor Zola (1840-1902) escribió su ciclo de la familia de los Rougon-Macquart, un grupo de novelas que traza los episodios de una copiosa familia francesa a través de varias generaciones. Víctor Hugo (1802-1885) se alza independiente, exuberante, audaz, florido y alguna veces chabacano, erupcionando dramas, poemas, novelas y disquisiciones políticas. Pero en Francia la influencia de la Academia, la tradición clásica y la tradición de la disciplina escolástica, a pesar de que no pudo contener estos casos excepcionales, domina por lo general el arte de la ficción. Tiene que haber una "forma", dicen los pedagogos. Y tiene que ser "estricta". No debe perderse en digresiones. Debe ser cortesmente impersonal en sus modales. Así, la novela francesa fué dificultada en su avance hacia las libertades ilimitadas de experimentación de que gozó la escuela británica. Dentro de los límites

determinados por esa modalidad. Flaubert (1821-1880) es el más sutil y perfecto de los escritores franceses.

Thomas Hardy (1840-1928), el último de los grandes novelistas victorianos, pertenece más a la escuela clásica francesa que a la tradición británica de la ficción. En sus últimos años se rebeló contra las limitaciones que él mismo había establecido, abandonó por completo la forma novelada, y en *Los Dinastas*, representación de la vida entera de Napoleón en forma de drama, consiguió realizar su obra maestra, otro ejemplo de la estrecha afinidad entre el gran novelista y el historiador interpretativo.

El deseo de conocer la vida y lo que ocurre en ella, la propensión a analizar la vida de cerca y profundamente, que inquietó a los británicos cansados de las restricciones formales de la poesía y elevó la novela y sus formas afines al predominio literario, se difundió por todos los países europeos. Alemania, Rusia, Escandinavia, particularmente, produjeron una gran literatura en esta forma. El nombre que más se destaca entre una multitud de excelentes novelistas alemanes es el de Gustavo Freytag (1816-1895). Noruega produjo su Björnson (1832-1910); Rusia una gran constelación de espléndidos escritores, de Gogol (1809-1852) a Dostoievsky (1821-1881), Turgueniev (1818-1883), Toltoy (1828-1900) y Chekhov (1860-1904).

Pero no todos los lectores del siglo XIX tenían interés y curiosidad. Entremezclados con los tipos y clases cuya mente se inclinaba a la duda y el progreso, había un sector y un estrato social de activa resistencia a las ideas progresivas. Colateralmente a una grande y creciente literatura acuciadora y estimulante, había en Europa y América una vasta producción de material impreso con todos los perfeccionamientos técnicos, destinada a divertir, agradar y tranquilizar. El público había aprendido a leer, había tiempo y necesidad de leer, y se leía más para estancar lo ya sabido que para avivar la corriente.

Sir Walter Scott es una figura cuyo enorme prestigio contemporáneo, como el de Lord Byron, deja perpleja a la posteridad. Empezó su carrera literaria como poeta y escribió dos largos y dilatados poemas narrativos; luego escribió una serie de novelas históricas, glorificando el pasado romántico, exaltando la lealtad a la monarquía, la riqueza de la tradición. Ello tuvo gran aceptación entre la alta sociedad y las gentes pudientes, alarmadas por la fría incertidumbre de un presente cambiante y dudoso. Y engendró una ola de ficción romántica y deplorable, no sólo entre el mundo de habla inglesa sino a través de toda Europa.

En el continente, estos dos escritores, muy traducidos y parafraseados, fueron utilizados como símbolos de una grande y vaga marea de influencias, compleja en su origen, incoherente en sus

aspiraciones y calidad, y ya felizmente desaparecida, lo mismo que el movimiento romántico. Esta tendencia significaba medioevalismo, colorido rico y florido, aventuras en cota de mallas y la desaprobación de las modas e intereses contemporáneos. Era el instinto contra la razón y la emoción en contra de la ciencia. Su inclinación al lenguaje arcaico era temperada por la indolencia de sus exponentes. Tenía más de la naturaleza de una borrachera camorrista que de una fase de progreso intelectual y estético. Se oponía no solamente a las realidades del presente, sino también al pasado clásico. Era una literatura católica, individualista, revivía cuentos de hadas y se rebozaba en falsas leyendas; era cualquier cosa; y en resumen, nada.

En Alemania se escribía pesada y enormemente, pero aquella literatura invadió Europa. Shakespeare fué aclamado como un romántico; hubo una muelle "Filosofía Romántica" y una "Teología Romántica". Invadió el mercado una vasta producción de novelas de "disfraces" en inglés, paralelo mental del resurgimiento inglés de la arquitectura gótica, y los especuladores de Bolsa y los cansados hombres de negocios pudieron olvidar las responsabilidades de sus actividades comerciales y la pregunta de hacia dónde iban, si es que iban a alguna parte, soñando ser ellos mismos los gallardos cruzados, soldados, bandoleros y rescatadores de damiselas cautivas que figuraban como héroes de estos relatos. No había la menor intención de analizar las apariencias y el significado del período de este festival indumentario. Pero éste era justamente su encanto. Fué el refugio de los cerebros ansiosos de no pensar. La mentalidad de los protagonistas era la mentalidad de la próspera clase media, purificada e idealizada.

R. L. Stevenson (1850-1894), el último de una dinastía de escritores románticos, se confesó a sí mismo capacitado para mejores cosas y se acusó de prostituta mental, como en realidad lo era. La novela de "trajes" fué cultivada en el Continente, pero nunca se convirtió en una industria como en el sistema de habla inglesa, porque el rápido desarrollo de una próspera clase media de lectores se manifestó más tarde en el Continente y en condiciones mentalmente más estimulantes.

Como un desarrollo más reciente, podemos anotar que, luego de una detención en su crecimiento, la novela acusó una tendencia al agrupamiento de las mismas en trilogías o a extenderse en serie, se produjo una nueva expansión, rejuvenecida, de esta forma. La novela parece convertirse en un cuadro del mundo en su integridad, visto a través de los ojos de algún individuo típico. La más notable de estas nuevas novelas largas ha sido el *Juan Cristóbal* de Romain Rolland (1866-1943), que fué publicada en diez volúmenes sucesivos. Intimamente asociada con este acrecentamiento

se halla la aparición de vastos, informes, interminables libros de reminiscencias, comentarios y descripciones, de los cuales el escritor típico es Proust (1871-1922). Una figura que se yergue casi sola en la literatura universal de esta edad es la de Anatole France (1844-1924), cuya serie de Bergeret despliega la misma tendencia a reemplazar la novela aislada por un comentario flúido de las cosas en general.

Un cambio interesante en la novela, al pasar del siglo XIX al siglo XX, es el planteamiento cada vez mayor de los temas sociales, políticos y religiosos. Los novelistas del período de Dickens y Thackeray escribieron para un público cuyas ideas y valores sociales eran definitivos. No discutían: aceptaban el paisaje moral y se concentraban en el carácter, en las idiosincrasias personales. Thackeray no discutía; predicaba, que es una cosa muy distinta. En la novela del siglo XIX, los "personajes" y su conducta constituían toda la substancia de su armazón. Pero la inestabilidad intelectual del presente se encuentra reflejada en la novela como discusión de ideas. Pensamientos y teorías entran en el drama. Aumentan el interés, pero oscurecen esa solemne "caracterización", más vívida que la vida, que constituye la suprema excelencia de la ficción victoriana.

Anticipos de este desarrollo de la novela moderna, en la dirección de una crítica dispersa y fácil de la vida y los puntos de vista acerca de la vida pueden descubrirse, sin duda, en la literatura de tiempos más antiguos, a partir del *Asno de oro*; pero ninguna de las anticipaciones de su forma y alcance dió nada parecido a la variedad y el volumen de los escritos del siglo XIX que son, más o menos, novelas, y todas ellas carecen de la peculiar calidad de libertad y de juicio indirecto de la vida en su totalidad y en sus detalles que distingue el espíritu del siglo XIX de todas las fases precedentes.

El drama había dependido hasta ese momento, para sostenerse, de la existencia de una sociedad estabilizada, con hábitos y convicciones fijas, capaz de suministrar auditorios regulares y acogedores. En un siglo de desorganización y reconstrucción social, los cánones del teatro fueron abandonados, y durante más de medio siglo los diversos sectores del pueblo que pensaban, discutían y buscaban cosas nuevas, fueron apenas presentados a los espectadores de la época. El teatro europeo pasó por un lapso de trivialidades e insignificancias, del mismo orden que las novelas populares y romancerías en su predisposición a perder el tiempo agradablemente.

El drama francés era pulcro, pero vacío. En Inglaterra también era vacío, pero en modo alguno pulcro. Muy gradualmente y enfrentando una inmensa oposición de la crítica llegaron a la escena

las grandes corrientes que exigían estudio e ideas. El noruego Ibsen (1828-1906) fué la figura central en el retorno del drama a la discusión de la realidad contemporánea. La agradable fantasía de Barrie hizo mucho para quebrar la estirada tradición de la "pieza bien hecha" en Inglaterra, y lentamente Bernard Shaw (nacido en 1856) fué imponiendo su predominio e influencia. Hauptmann (1862-1946) y Sudermann (1857-1928) son figuras prominentes entre los dramaturgos alemanes de esta nueva fase de sinceridad y de fuerza. La Gran Guerra limitó las iniciativas dramáticas durante un tiempo, pero su fin dió salida a una gran abundancia de energía vital y promisora a ambos lados del Atlántico. Actualmente, tanto en Europa como en América el arte escénico se halla en pleno desarrollo, vigoroso e innovador.

Al observar el desarrollo de la literatura norteamericana, debemos distinguir entre dos fases de profundo contraste: la fase del predominio europeo, inglés y francés, y la fase de liberación. Durante un largo período las actividades literarias de Estados Unidos se concentraron en la nueva Inglaterra y no fueron más que una rama, una vigorosa rama desde luego, de la literatura inglesa y europea en general. Tuvo su centro en Boston. Los escritores de este grupo se ocuparon mucho de la Declaración de la Independencia, pero por lo que se refiere a la forma y el método empleados no parecieron haberse enterado de tal acontecimiento. Norteamérica tuvo sus gustos propios; aceptó a Carlyle más pronto que Inglaterra; puso una nota propia en los ensayos de Emerson (1803-1882); pero Longfellow no fué sino un poeta inglés casualmente nacido en América y que escribió sobre temas americanos. Edgardo Allan Poe (1809-1849) fué menos inglés que europeo en sus métodos, y Hawthorne (1804-1864) mostró una veta consciente de seducción teutónica. W. D. Howells (1837-1920) escribió una serie de hermosas novelas austeras que, en una clasificación general de la novela, lo colocarían al lado de Thomas Hardy bajo la escuela francesa. Henry James (1843-1916) fué un americano que no escribió ni como inglés ni como americano, sino como un americano trasplantado a ambientes europeos: su escenario fué siempre europeo y su tema favorito el contraste de la ingenuidad americana con las complejidades de las civilizaciones más viejas. Quizá el escritor más esencialmente americano del siglo XIX fué Mark Twain (1835-1910).

Hasta el nuevo siglo los escritores americanos, como conjunto, no acometieron los fenómenos de la nueva vida social y sus problemas en América con el vigoroso desenfado de la mejor tradición europea. Libros como *Calle Mayor* y *Babbit* de Sinclair Lewis y *Tragedia Americana* de Dreiser ponen en evidencia una mentalidad norteamericana, interesada directa y simplemente en las cosas de

América y que deja de mirar hacia el Este, ya sea buscando métodos o endosándolos. Realmente la poesía y las letras en general de los Estados Unidos se han vuelto agresivamente independientes ahora y escritores críticos, como Mencken, tratan de impresionar al mundo con su frescura y delicadeza de visión, apasionada, ruidosa y vehementemente. Escritores como Sherwood Anderson y James Branch Cabell revelan también una renovación y valor de iniciativa llenos de promesas. Aun cuando no puedan señalarse verdaderos grandes nombres en las modernas letras americanas, ni tampoco muchas realizaciones conseguidas, sin embargo, en vista de la riqueza, abundancia y singular curiosidad de ese nuevo gran público lector, cabe razonablemente esperar que una literatura de primer orden acabará por hacer su aparición.

No es fácil al presente para un escritor europeo estimar la calidad de las actividades literarias en la India durante el último siglo. La tendencia británica es la de ignorar o disminuir el esfuerzo intelectual hindú, y existen pocas traducciones del considerable número de relatos y novelas vernáculos acerca de la vida contemporánea producidos en los años recientes. Rabindranath Tagore (1861-1941) es vastamente conocido en Occidente, pero más como poeta que como novelista y publicista. El Oriente parece estar siguiendo al Occidente en su desarrollo económico y social, y así como las grandes fuerzas que han hecho de la gran novela, la novela corta, el relato corto y la poesía corta las formas vivientes de la expresión literaria en Occidente van haciéndose efectivas en Asia, así es de presumir que habrán de producir resultados similares. En Japón y China avanza una gran fermentación literaria. El arte y la organización de la traducción e interpretación entre Oriente y Occidente no han alcanzado aún un punto satisfactorio, pero se está adelantando mucho en ese sentido, y no transcurrirá mucho tiempo sin que por lo menos los escritores en prosa, ya que no los líricos, puedan contar desde el principio de su carrera con un auditorio universal.

La investigación científica, el pensamiento filosófico, la actividad literaria general de este período que acabamos de considerar, ha sido mucho más abundante, mucho más alta en su calidad general y llegó a mucha más gente y a una proporción mucho mayor de la población del mundo que en ninguna época precedente. No hay ningún motivo para pensar que pueda producirse una solución de continuidad importante ni una resaca en esta marea mental cada día más vasta.

XL

LA CATASTROFE DEL MODERNO IMPERIALISMO

§ 1. *La paz armada antes de la Gran Guerra.*

Durante treinta y seis años después del tratado de San Stéfano y de la Conferencia de Berlín, Europa consiguió, aunque bastante precariamente, mantener la paz dentro de sus fronteras; por lo menos, no hubo durante este período ninguna guerra entre las Potencias que podríamos llamar directivas. Se dieron algunos encontronazos, se miraron de cuando en cuando con ceño torvo y hasta se amenazaron, pero, no llegaron a las manos. Después de la guerra francoalemana del 70, todo el mundo comprendió que la guerra moderna era cosa mucho más seria de lo que había sido en el pasado, que la guerra significaba ya el esfuerzo de todo un pueblo o, mejor dicho, de dos o más pueblos, en los que ni un solo elemento dejaba de intervenir, de un modo o de otro, en la lucha, cuyas consecuencias muy bien podían hacer que se viniese abajo toda la estructura social; una aventura, en fin, en la que ya no era posible embarcarse precipitadamente. La revolución mecánica proporcionaba continuamente armas marítimas y terrestres cada vez más poderosas (y más costosas), y los medios de transporte se hacían cada día más rápidos. Todo, realmente, hacía más y más imposible el sostener una guerra sin la completa dislocación de la vida económica de la colectividad. Hasta las cancillerías empezaron a sentir el temor de la guerra.

Pero aunque ésta fuera ya temida como no lo había sido nunca en la historia del género humano, no por ello se dió ningún paso hacia el establecimiento de una especie de control federal que impidiese la posibilidad de los conflictos armados internacionales. Es verdad que en 1898 el joven zar Nicolás II (1894-1917) publicó una comunicación invitando a las demás Grandes Potencias a una conferencia de Estados, "que tratase de hacer triunfar la gran idea de la paz universal sobre los elementos de perturbación y de discordia"; documento que recuerda aquella declaración de su antecesor Alejandro I que sirvió de base a la Santa Alianza y que vicia la misma suposición de que la paz puede ser establecida por acuer-

do de los gobiernos más bien que por una vasta apelación a las necesidades y derechos comunes de toda la humanidad. La lección de los Estados Unidos que demostró claramente que no podía haber unidad de acción ni paz hasta que el pensamiento del "pueblo de Virginia o del pueblo de Massachusetts" hubiera cedido el sitio al pensamiento del "pueblo de los Estados Unidos", no sirvió absolutamente de nada a las tentativas europeas de pacipicación. De todas maneras, celebráronse dos conferencias en la Haya, una en 1899 y otra en 1907, estado representadas en esta última casi todas las naciones del mundo. Es decir, representadas diplomáticamente; pero no se dirigió la atención general hacia sus deliberaciones, ni en ningún país se enteró siquiera el pueblo de que se estaba celebrando tal conferencia. Por otra parte, los representantes allí congregados arguyeron largamente sobre una porción de puntos de derecho internacional, pero no se ocuparon lo más mínimo de la abolición de la guerra, considerándola como una simple quimera. Los asambleístas de La Haya no hicieron el menor esfuerzo para desterrar la idea de que la vida internacional es, y tiene que ser, forzosamente, una competencia o lucha por la existencia, en lugar de una ayuda mutua. Tampoco hicieron nada por fomentar la conciencia de una comunidad mundial superior a monarquías y cancillerías. Los juristas y estadistas internacionales que asistieron a aquellas reuniones estaban, poco más o menos, respecto a la adopción de esta idea de comunidad mundial sobre una base semejante, en la misma situación que aquellos estadistas prusianos del 1848 respecto a la idea de un parlamento pangermánico supeditando los derechos y la "política" del rey de Prusia.

En América una serie de tres conferencias panamericanas, en 1889, 1901 y 1906, parecía, en cambio, adelantar la implantación de un proyecto de arbitraje internacional para todo el continente americano.

No discutiremos aquí el carácter ni la buena fe de Nicolás II, que iniciara aquellas reuniones de La Haya. Pero de la repugnancia general de las Grandes Potencias frente al proyecto de una fusión de los poderes soberanos, sin la cual todo propósito de paz permanente es absurdo, sí que no puede caber la menor duda. Lo que las Grandes Potencias deseaban no era la abolición de la competencia y rivalidad internacional, con sus crisis guerreras, sino simplemente el abaratamiento de la guerra, que se estaba volviendo demasiado costosa. Todas ellas, cada una por su parte, querían evitarse el dispendio superfluo de las disputas y conflictos menores, y establecer a la vez unas leyes internacionales susceptibles de embarazar, en caso de guerra, a los adversarios más temibles, sin molestarlas demasiado a ellas. Tales eran los fines prácticos con que cada Gran Potencia acudió a La Haya. Aunque, realmente, más que con un fin práctico, si acudieron fué en deferencia a la invitación de Nicolás II, exactamente como los monarcas europeos de la época suscribieron a las proposiciones de la Santa Alianza por complacer a Alejandro I. Claro que, una vez allí, era natural que cada una tratase de sacar su propia ventaja y el perjuicio ajeno. No se acaba así como así, y menos por andanzas de diplomáticos, con las malas tradiciones de una mala política.

§ 2. *La Alemania Imperial.*

La paz de Frankfort había dejado a Alemania prusianizada y unida, y la más formidable de todas las Grandes Potencias europeas. Francia, en cambio, había quedado mutilada y humillada. Y su desliz al republicanismo parecía haberla dejado sin un solo amigo entre las cortes de Europa. Italia no era aún sino una adolescente, en período de crecimiento. Austria había pasado rápidamente a la posición de simple aliada de la política alemana. Rusia era enorme, pero aun por desarrollar, y el Imperio Británico no era poderoso más que sobre el mar. Fuera de Europa, el único poderío que podía compararse con el de Alemania era el de los Estados Unidos, ya una gran nación industrial, pero sin ejército ni marina de guerra capaces de hacer frente a los de las Grandes Potencias europeas.

La nueva Alemania que encarnaba el Imperio creado en Versalles era una mezcla compleja y singularísima de las nuevas fuerzas intelectuales y materiales del mundo, al servicio de las tradiciones políticas más estrechas del sistema europeo. Al mismo tiempo era la nación con un ideal docente más activo, el Estado donde la instrucción pública había llegado a un nivel más alto, que realmente servía de patrón y pauta a los países vecinos y rivales. El lector inglés mismo puede recordar lo mucho que debió su país, en punto a estímulo cultural y pedagógico, primero al Príncipe Consorte y luego, en general, a la competencia alemana. Aquellos celos mezquinos del hombre culto medio perteneciente a la clase británica gobernante, que ningún amor propio patriótico ni ningún impulso generoso lograran vencer, cedió al creciente temor de la superioridad alemana. Y Alemania emprendió la organización de la investigación científica y de la aplicación de los métodos científicos al desenvolvimiento industrial y social con una fe y energía de que ninguna comunidad diera muestras hasta entonces. Durante todo este período de la paz armada, Alemania se ocupó en sembrar y cosechar incesantemente los frutos del cono-

cimiento y del progreso libremente enseñado en sus escuelas, universidades y laboratorios. Rápidamente logró elevarse a la altura de una Gran Potencia industrial y mercantil; su producción de acero pronto superó la de Inglaterra; en cien nuevos campos de producción y comercio, donde la inteligencia y el método eran más eficaces que la simple astucia del traficante, en la manufactura de cristal óptico, de tintes, etc., y en una porción de productos químicos y de nuevos procedimientos industriales, Alemania era la nación que iba a la cabeza del mundo.

Al fabricante inglés, acostumbrado a que las nuevas invenciones o descubrimientos acudiesen a ellos suplicando humildemente la adopción, este sistema alemán de sostener y pagar a los hombres de ciencia tenía que parecerles injusto y lamentable. A su entender, aquello era animar a los intelectuales, clase inútil y holgazana, a inmiscuirse en los asuntos de los hombres de negocios, base sólida y genuina de la sociedad. La ciencia, como una pobre cenicienta, tenía que emigrar al extranjero en busca de mejor suerte. Así fué como la espléndida industria química de Alemania tuvo sus cimientos en los trabajos del inglés Sir William Perk'n, que no consiguió encontrar en toda Inglaterra un solo negociante "práctico" que le apoyase. También en muchas formas de legislación social iba Alemania a la cabeza, habiendo sido la primera en comprender que el trabajo es un capital nacional, que la falta de trabajo trae consigo la decadencia de éste y que, por bien público, hay que atender a su organización y mejora y a su desenvolvimiento fuera ya del trabajo en sí mismo, es decir, considerado como existencia de una clase fundamental de la sociedad. El patrono inglés padecía aún el error de creer que el *obrerismo* no tenía por qué existir más que en relación del trabajo, y que, mientras peor fuera su existencia exterior, eso iría ganando la clase patronal. Debido, sin duda, a su general incultura, el patrono inglés era marcadamente individualista; sintiéndose en rivalidad con los demás mortales, lo mismo odiaba a sus compañeros de clase que a sus obreros y, aun podríamos añadir, que a sus clientes. Los industriales alemanes, en cambio, estaban convencidos de las grandes ventajas de la asociación y de la urbanidad; sus empresas cada vez tendían más al concierto y a asumir el carácter de empresas nacionales.

Esta Alemania docente, científica y organizadora, era la natural consecuencia de la Alemania liberal de 1848, con sus raíces en el esfuerzo regenerador que se produjo como reacción de la conquista napoleónica. Todo lo bueno y todo lo grande de esta moderna Alemania era la obra, realmente, de sus maestros de escuela y de sus profesores. Pero este espíritu científico y orga-

nizador era solamente uno de los factores que habían creado el nuevo Imperio alemán. El otro factor era la monarquía Hohenzollern que había sobrevivido a Jena, que había frustrado la revolución del 48 y que, bajo la guía de Bismarck, había asumido la representación legal de toda Alemania. Con excepción del zarismo ruso, ningún otro Estado europeo había conservado la tradición de la monarquía absoluta del siglo XVIII como Prusia. A través de la tradición de Federico el Grande, he aquí que Maquiavelo reinaba ahora en Alemania. A la cabeza de este gran Estado moderno, por consiguiente, no aparecía ningún gran espíritu moderno que lo guiase a una supremacía mundial en beneficio del mundo, sino una vieja araña sedienta de poderío. La prusianizada Alemania era a la vez la más nueva y la más anticuada de las naciones occidentales, el mejor y el peor Estado de su tiempo.

La psicología de las naciones es aún una ciencia rudimentaria. Apenas si los psicólogos han comenzado a estudiar al individuo como ciudadano. Pero es de la máxima importancia para nuestro objeto que el estudiante de Historia Universal consagre cierta atención al desarrollo mental de las generaciones alemanas cultas, a partir de las victorias de 1871. Como es natural, el éxito tan rotundo de sus armas y la rápida ascensión de una relativa pobreza a la abundancia, habíales engreído considerablemente. Realmente, habría sido extrahumano el exigirles que no hubiesen dado curso a ciertos excesos de vanidad patriótica. Pero este movimiento natural fué inmediata y deliberadamente recogido, fomentado y desarrollado por una explotación y dirección sistemáticas de la escuela y el colegio, la literatura y la Prensa, en lo que se supuso interés de la dinastía Hohenzollern. Un maestro, un profesor que no enseñase y predicase, viniera a cuento o no, la superioridad étnica, moral, intelectual y física de los alemanes sobre todo los demás pueblos, su extraordinaria devoción a la guerra y a su dinastía, y su predestinación bajo esta dinastía a gobernar el mundo, era un hombre de antemano consagrado al fracaso y a la oscuridad. La enseñanza de la Historia en Alemania convirtióse en una inmensa falsificación sistemática del pasado humano, con vistas al futuro de los Hohenzollern. Todas las demás naciones, indistintamente, fueron presentadas como incompetentes y en decadencia; los prusianos eran los llamados a ser los regeneradores y guías del género humano. El niño alemán leía esto en sus libros de escuela, lo oía en la iglesia, lo encontraba en cuanto leía, día tras día todos sus profesores vertían la especie en sus oídos inocentes, hasta la lección de biología o de matemáticas solía apartarse de su tema específico para lanzarse en altisonantes parrafadas patrióticas e imperialistas. Unicamente los espíritus de estructura muy sólida

y de originalidad a toda prueba eran capaces de resistir a este torrente de sugestión. Insensiblemente, íbase formando en el espíritu alemán una concepción de Alemania y su emperador como de algo a tal punto magnífico y sobresaliente, que jamás el mundo había conocido nada semejante, nación realmente divina en su armadura resplandeciente y su "invencible espada alemana" en medio de un mundo de pueblos inferiores y hostiles. (El lector podrá juzgar por sí mismo, con arreglo a la historia de Europa que hemos expuesto, si, realmente, el resplandor de la espada alemana es a tal punto cegador). Pero el caso es que Alemania, con toda esta retórica patriótica, se iba deliberadamente intoxicando, embriagándose sistemática y progresivamente. Esta continua intromisión de la Corona en la instrucción popular, y especialmente en la enseñanza de la Historia, se me antoja el mayor de los crímenes de los Hohenzollern. Ningún otro pueblo moderno ha pecado tanto contra la instrucción pública. La oligarquía de la república coronada de Gran Bretaña puede haber lisiado y matado de hambre la enseñanza, pero la monarquía de los Hohenzollern la corrompió y prostituyó.

Nunca se dirá bastante que el hecho más importante en la historia de la segunda mitad del siglo XIX es que el pueblo alemán fuera metódicamente adoctrinado con la idea de una supremacía mundial alemana basada en la fuerza, y con la teoría de que la guerra era algo necesario en la vida. La clave de la enseñanza histórica alemana puede encontrarse en la máxima del conde de Moltke: "La paz perpetua es un sueño, y ni siquiera un sueño hermoso. La guerra es un elemento del orden universal ordenado por Dios. Sin la guerra, el mundo se estancaría y se perdería en el materialismo". Y el filósofo alemán anticristiano Nietzsche se encontró completamente de acuerdo con el piadoso Feld-mariscal cuando dijo: "Es simple ilusión y sentimentalismo esperar mucho (y aun nada) de la humanidad si ésta olvida el cómo hacer la guerra. Todavía no se conoce ningún medio que empuje tanto a la acción como una gran guerra, esta ruda energía nacida del campamento, esta profunda impersonalidad nacida del odio, esta conciencia nacida de la matanza y de la sangre fría, este fervor nacido del esfuerzo en la aniquilación del enemigo, esta altiva indiferencia a perder, a la vida propia, a la vida ajena, este terremoto del alma que necesita un pueblo cuando empieza a perder su vitalidad".(1).

(1) Estas citas están tomadas del artículo "Paz", por Sir Thomas Barclay, de la *Encyclopoedia Britannica*.

(Conviene que el lector no se deje extraviar por esta aparente concordancia de Nietzche con Moltke. Nada podía haber desagradado más al genial autor de *La Voluntad de Poderío*; ni nada más lejos de la verdad. El concepto de *guerra* nietzscheano no es precisamente el militar de la palabra. Mr. Wells, al establecer dicha concordancia, interpreta erróneamente el pensamiento nietzscheano. Por otra parte, igualmente errónea fué la interpretación de la juventud alemana de 1914, incluyendo y venerando a Nietzsche entre los apóstoles del imperialismo; y el error se ha repetido —verdadera contumacia— en el Tercer Reich. La crítica posterior ha puesto suficientemente en claro esta equivocación. — *Nota del Tr.)*.

Esta enseñanza, que penetró el Imperio Alemán de un extremo a otro, tenía que ser notada en el extranjero, que alarmar a todas las demás Potencias y que provocar una coalición antigermánica, máxime si se tiene en cuenta la ostentación de preparativos militares y navales, amenazadores tanto para Francia como para Rusia e Inglaterra. Y huelga insistir sobre el efecto que dicha propaganda tenía, forzosamente, que producir sobre el pensamiento, la moral y hasta los modales alemanes. A partir del 71, el alemán en el extranjero empezó a pisar más recio y a hablar más alto de lo que tenía por costumbre. Hasta las simples operaciones comerciales eran llevadas a cabo con cierta arrogancia. Sus máquinas aparecían en el mercado y sus barcos se hacían a la mar con un aire de reto. Sus mismas cualidades y méritos eran presentados como elementos de una ofensiva general. Por otra parte, es probable que los otros pueblos, si se hubieran encontrado en la misma situación y dispuesto de los mismos recursos, se habrían comportado de manera muy parecida.



El Emperador Guillermo II.

Uno de esos accidentes de la Historia que personifican y precipitan las catástrofes, hizo que el monarca a la sazón reinante en Alemania, el emperador Guillermo II, encarnase el nuevo espíritu de su pueblo y la tradición de los Hohenzollern de manera acabadísima. Había subido al trono en 1888, a los veintinueve años; su padre, Federico III, había sucedido a su abuelo, Guillermo I, en marzo de aquel mismo año, para morir en el siguiente mes de junio. Guillermo II era

nieto de la reina Victoria de Inglaterra por la rama materna, pero su temperamento no presentaba la menor traza de la tradición liberal alemana que distinguía a la familia Sajonia-Coburgo-Gotha, y en cambio desbordaba de todas las vacuidades e insanias del imperialismo, que sin duda le fueron cuidadosamente inculcadas. Su ascención al trono fué señalada por una alocución al ejército y a la armada; la alocución al pueblo siguió tres días después.

Una y otra daban muestras de un franco desprecio por la democracia. "El soldado y el ejército, no las mayorías parlamentarias, son los que han creado el Imperio Alemán. Mi confianza está depositada en el ejército", declaraba abiertamente. Así desmentía el trabajo paciente d elos mastros alemanes y se declaraba a sí mismo triunfante el Hohenzollern que iba a presidir los destinos del Imperio Alemán.

La hazaña subsiguiente del joven monarca era la riña con el viejo "Canciller de hierro", Bismarck, el verdadero factor del nuevo Imperio Alemán, a quien Guillermo II obligaba a retirarse de la vida pública. No es que entre uno y otro hubiera grandes diferencias de criterio, pero el joven emperador, como Bismarck dijo, quería ser su propio canciller y gobernar sin intervención de nadie.

Estos no fueron sino los actos iniciales de una carrera actívisima y agresiva. Guillermo II estaba resuelto a meter mucho ruido en el mundo, más ruido que ningún otro monarca presente ni pasado. Pronto fué familiar a toda Europa la figura del nuevo monarca, invariablemente en su uniforme militar, siempre brillantísimo, arrogante, bizarro, con un gesto dominador y unos magníficos mostachos, que no tardaron en copiar por todo el continente los más belicosos conquistadores de charreteras. Todo en este hombre revelaba una marcada inquietud. Era evidente que se consideraba a sí mismo como un hombre extraordinario, llamado a grandes cosas, aunque durante algún tiempo no se supiera exactamente qué grandes cosas podrían ser éstas. Ya no había ningún oráculo en Delfos que pudiera decirle que estaba llamado a destruir un gran Imperio.

La notable teatralidad que había en todo él y la despedida de Bismarck alarmaron a muchos de sus súbditos, pero no tardó en tranquilizarles la idea de que estaba empleando su influencia en la causa de la paz y en consolidar Alemania. Guillermo II se dedicó a viajar; visitó Londres, Viena, Roma (donde tuvo varias entrevistas privadas con el papa a pesar de ser un monarca protestante), Atenas (donde su hermana casó con el rey de Grecia en 1889) y Constantinopla. Fué el primer monarca cristiano huésped de un sultán otomano. También recorrió Palestina. En Jerusalén hubo que abrir una puerta en la antigua muralla a fin de que

pudiera entrar a caballo, en vista de que su dignidad no le permitía hacerlo a pie como los demás mortales. Convenció al sultán de Turquía de que reorganizase el ejército turco con arreglo al patrón alemán y bajo la dirección de oficiales alemanes. En 1895 anunció que Alemania era una "Potencia mundial" y que "el futuro de Alemania estaba en el mar", indiferente al hecho de que los ingleses se creían ya en posesión de él, y en consecuencia comenzó a interesarse cada día más en la construcción de una gran escuadra alemana. Tomó también bajo su cuidado el arte y la literatura alemana, usando toda su influencia para conservar en los libros el antiguo tipo de letra alemán, tan distinto del tipo latino empleado en las demás comunidades occidentales, y apoyó el movimiento pangermánico, que reclamaba a holandeses, escandinavos, flamencos de Bélgica y suizos alemanes como miembros de la gran hermandad germánica, materia asimilable para un Imperio joven y habriento, ávido de desarrollarse. Todos los demás monarcas europeos, en suma, se fueron eclipsando ante la personalidad avasalladora de este Hohenzollern tronitruante.

Aprovechando la general hostilidad contra Inglaterra que suscitara en toda Europa la guerra anglo-boer, Guillermo II llevó adelante sus proyectos navales, cosa que, unida a la rápida y atrevida extensión del Imperio colonial alemán en Africa y el Océano Pacífico, alarmó e irritó considerablemente a los ingleses. La opinión liberal británica, en particular, veíase bajo la exasperante necesidad de apoyar un presupuesto naval cada año más crecido. "No he de descansar —había declarado el césar alemán— hasta que haya puesto mi escuadra a la misma altura que mi ejército". El más pacífico de los isleños no podía ignorar lo que significaba esta amenaza.

En 1890, Guillermo II compró el islote de Heligoland a Inglaterra y lo convirtió en una fortaleza naval formidable. Al mismo tiempo, las construcciones navales se intensificaban. Y a medida que su escuadra crecía, crecía también su espíritu de empresa. En su estilo bíblico (realmente, el Antiguo Testamento parece haber influido poderosamente en su espíritu, y más de una vez, sin duda, debió imaginarse como un nuevo "Dios de los Ejércitos", o por lo menos como su intendente más autorizado sobre el planeta), proclamó a los alemanes "la sal de la tierra". Estos no debían "cejar en la obra civilizadora: Alemania, como el espíritu de la Roma imperial, estaba llamada a extenderse y a afirmarse sobre el mundo". Esto lo decía pisando el suelo polaco, en apoyo de los esfuerzos tenaces que estaban realizando los alemanes para abolir la cultura y el idioma polacos y germanizar su porción de Polonia. De Dios solía hablar como de "su divino aliado". Hasta

entonces, en las antiguas autocracias, el monarca, o era Dios o el agente legítimo de Dios; aquí Dios pasaba a ser algo así como el apoderado del Kaiser, su hombre de confianza. "Nuestro amigo Dios", acostumbraba a decir afectuosamente. Cuando los alemanes se apoderaron de Kiau-Chau, aprovechó la ocasión para hablar del "puño enguantado de hierro" de Alemania. Y cuando apoyó a Austria contra Rusia, completó la imagen de Alemania en su "resplandeciente armadura".

Los desastres de Rusia en Manchuria (1905) incitaron al imperialismo alemán a agresiones más atrevidas. El temor de un ataque conjunto por parte de Francia y Rusia parecía alejarse. El emperador llevó a cabo una especie de peregrinación imperial por los Santos Lugares, desembarcó en Tánger para asegurar al sultán de Marruecos su apoyo contra los franceses y, como remate de injurias, infligió a Francia la humillación de obligarla a despedir, so pena de una guerra, a su ministro de Negocios Extranjeros, Delcassé. Estrechando los lazos de Alemania con Austria, dió lugar a que ésta, en 1908, confiada en el apoyo de aquélla, desafiara el resto de Europa, anexionándose las provincias yugoeslavas de Bosnia y Herzegovina, arrebatadas a los turcos. De esta manera, por su competencia naval con Inglaterra y estas agresiones contra Francia y los eslavos, fué causa de que Inglaterra, Francia y Rusia llegaran a un acuerdo defensivo contra Alemania. La anexión de Bosnia, además, tuvo por consecuencia ulterior el enajenarle las simpatías de Italia, que hasta entonces fuera su aliada, y que continuó siéndolo hasta que llegara la ocasión propicia de dejar de serlo.

Tal era la personalidad que la mala estrella de Alemania puso a su frente para estimular, organizar y hacer intolerable al resto del mundo la soberbia natural y la confianza en sí mismo de un gran pueblo que, al fin, tras largos siglos de disensiones y flaquezas, lograra escapar de una maraña de reyes y reyezuelos y conseguir su unidad y el respeto del mundo. Era natural que los directores comerciales e industriales de esta nueva Alemania enriquecida, los financieros atentos a las hazañas de Ultramar, los funcionarios y el vulgo, encontraran muy de su gusto a tan brillante caudillo, pensando que realmente llevaba a Alemania a los más altos destinos. Hasta aquellos alemanes que, en su fuero interno, abominaban de este exhibicionismo y espíritu de violencia y de astucia, apoyábanle públicamente por creerlo un deber patriótico. *Hoch der Kaiser!*

Alemania, sin embargo, no cedía sin resistencia a esta marejada imperialista. Elementos muy importantes de la vida alemana luchaban contra la invasión de esta nueva autocracia. Las viejas naciones germánicas, y especialmente los bávaros, se negaban a

ser absorbidos por el prusianismo. Y con la difusión de la enseñanza y la rápida industrialización de Alemania, el obrerismo organizado desarrollaba sus ideas y un firme antagonismo a la bambolla militar y patriotera de su emperador. Un nuevo partido político, los socialdemócratas, profesando las doctrinas de Marx, había aparecido y crecido rápidamente en fuerza e influencia, no obstante la encarnizada oposición de las organizaciones oficiales y las violentas leyes represivas dictadas contra su organización y propaganda. El Kaiser, sobre todo, no cejaba en sus ataques, enviando a los directores y jefes del partido a la cárcel o al destierro. Pero todo ello no sirvió sino para fortificar a los socialdemócratas. Cuando Guillermo II subió al trono, éstos no contaban sino escasamente con medio millón de votos; en 1907, pasaban los tres millones. En vista de esto Guillermo II concedió diversas reformas sociales, como el seguro de la vejez y de enfermedades, etc. Pero esta *conversión*, que diríamos de S. M. I. al socialismo, no convirtió a ningún socialista al imperialismo. Sus ambiciones navales fueron hábil y virulentamente denunciadas, y las aventuras coloniales de los nuevos capitalistas alemanes fueron incesantemente atacadas por este partido del sentido común. Al ejército, en cambio, le otorgaron cierto apoyo moderado, pues, por mucho que aborrecieran a su propio autócrata, aun odiaban y temían más la autocracia bárbara y retrógrada de Rusia, que amenazaba su frontera oriental.

El peligro que se ofrecía francamente a Alemania era que este estrepitoso imperialismo empujara a Inglaterra, Francia y Rusia a un ataque combinado, una ofensiva-defensiva. El Kaiser titubeaba en su actitud con Inglaterra, tan pronto mostrándole una faz hostil, tan pronto tratando torpemente de conciliársela, mientras su escuadra crecía y su ejército se preparaba para una lucha preliminar con Francia y Rusia. Cuando en 1913 el Gobierno británico propuso una cesación por ambas partes de construcciones navales durante un año, Alemania se negó en redondo. Por si él era ya poco, el Kaiser padecía un hijo y heredero aún más Hohenzollern, más imperialista y más pangermanista que su padre, nutrido como había estado, desde su primera papilla de propaganda imperialista. El haber superado a su padre en posturas patrióticas y belicosas le había ganado cierta popularidad prematura. El Kaiser, a juicio suyo y de muchos otros *junkers*, se estaba tornando con la edad demasiado cauto y medroso. Afortunadamente, allí estaba el Kronprinz para sostener y renovar el fuego sagrado. Según él, nunca había sido Alemania tan fuerte, tan preparada para una gran epopeya y una cosecha de nuevos laureles. Los rusos, como él sabía pertinentemente, estaban en plena decadencia, los franceses en una espantosa corrupción, podridos hasta la médula, y los ingleses al

borde de una guerra civil. Por otra parte, este joven Kronprinz no era sino un brillante ejemplar de la juventud de la clase alta alemana anterior al 1914. Todos habían bebido en la misma fuente y estaban embriagados del mismo espirituoso veneno. Sus maestros y profesores, sus oradores y jefes políticos, sus madres y sus novias, todos, en fin, les habían estado preparando para la gran ocasión que no iba a tardar en presentarse. Todos ellos palpitaban con la misma trémula esperanza del conflicto inminente, del clarín, llamándoles a las más extraordinarias proezas, a la victoria sobre el resto del género humano y al triunfo sobre los trabajadores de dentro y de fuera de Alemania. Como un atleta al término de su entrenamiento, el país entero estaba ávido de pelea, ansioso de demostrar su superioridad sobre sus contrarios.

§ 3. *El espíritu imperialista en Inglaterra e Irlanda.*

Durante todo el período de la paz armada, Alemania había sido el Estado que sirviera de patrón a Europa y por el que se rigiera la vida internacional europea. La influencia de sus nuevas doctrinas de imperialismo agresivo fué particularmente intensa sobre el espírtu británico, mal preparado para resistir un fuerte impulso intelectual que viniera del exterior. El ímpetu cultural que diera el Príncipe Consorte había muerto con él; las universidades de Oxford y Cambridge se encontraban impedidas en su tarea de revisión efectiva de la instrucción de las clases superiores por los temores y prejuicios que el llamado "conflicto entre la religión y la ciencia" provocara en el clero, que de hecho las dominaba; la instrucción popular aparecía también frustrada y mercamada por las querellas religiosas, la extrema economía de las autoridades públicas, la demanda de trabajo infantil en las fábricas y la objeción individualista a "educar a los hijos de los demás". La añeja tradición inglesa, la tradición de claridad, legalidad, caballerosidad y una cierta libertad republicana se había marchitado considerablemente durante los malos tiempos de las guerras napoleónicas; el romanticismo, cuyo principal factor fuera el gran novelista Sir Walter Scott, había infestado el espíritu nacional con una afición desmedida a lo hazañoso y pintoresco. "Mr. Briggs", el inglés cómico del *Punch*, vestido con su gracioso traje escocés y cazando venados, representaba acabadamente el espíritu del nuevo movimiento. Y a la sazón, un hecho, realmente rico en sugestiones, que hasta entonces no observara, empezaba a alborear sobre el entendimiento de Mr. Briggs, a saber: que el sol no se ponía en sus dominios. El país que antaño procesara a Clive y a Warren Hastings por sospecharlos de malos tratos a los indios, convencíase ahora de que debía considerarlos como grandes figuras, de hom-

bres caballeros y abnegados. Eran, según la nueva terminología, "constructores del Imperio". Bajo el sortilegio de la imaginación oriental de Disraeli, que convirtiera a la reina Victoria en "emperatriz", el inglés se volvía de muy buena gana hacia las vagas exaltaciones del moderno imperialismo.

La etnología pervertida y la historia deformada que estaban convenciendo a los alemanes de que eran una raza maravillosa y aparte, fueron imitadas por algunos (demasiados) escritores ingleses, que comenzaron a exaltar una nueva invención etnológica, el "anglo-sajón". Esta notabilísima mezcla fué presentada como el ápice de la humanidad, corona y premio del esfuerzo acumulado de griegos, romanos, egipcios, asirios, judíos, mongoles y demás ruines precursores de su esplendor blanco. La insensata leyenda de la superioridad germánica contribuyó bastante a exacerbar la irritación de los polacos de Posen y de los franceses en Lorena.

La leyenda, aun más ridícula, de la sublimidad anglo-sajona, no sólo aumentó el malestar de la dominación inglesa en Irlanda, sino que rebajó positivamente el nivel de las relaciones de Inglaterra con sus "dominios" en todo el mundo. Pues el cultivo de la "superioridad" y el fin del respeto a los demás como iguales es el fin de la justicia y de la urbanidad. En los primeros tiempos de la dominación inglesa en la India, los funcionarios y empleados ingleses iban a ella modestamente, como a un país maravilloso en que aprender y vivir; ahora, iban ya como muestras o ejemplares de un pueblo semidivino, como faros de luz a las tinieblas, a predominar y a explotar.

La imitación de los errores patrióticos alemanes no concluyeron con este invento del "anglo-sajón". Los inteligentes mozos y mozalbetes de las universidades inglesas, aburridos de la platitud y la insinceridad de la política doméstica, sintiéronse movidos a la imitación y la competencia por esta nueva enseñanza de un imperialismo arrogante, sutil y forzosamente nacionalista; por esta mixtura de Maquiavelo y Atila, que con tanto entusiasmo se inculcaba al pensamiento y las actividades de la joven Germania, Britania también, pensaron aquellos mozos y mozalbetes, que tenía que tener su armadura resplandeciente y que blandir su espada bien templada. El nuevo imperialismo británico encontró su poeta en Mr. Rudyard Kipling y su apoyo práctico en una porción de intereses económicos y financieros, cuyo camino a monopolios y demás explotaciones iluminaba brillantemente el resplandor de este flamante imperialismo. Estos ingleses prusianizados llevaron la imitación de Alemania a los más absurdos extremos. Tal aconteció, por ejemplo, con la cuestión aduanera. La Europa central constituye un sistema económico continuo, articulado unitariamente, así que la nueva Alemania había podido llegar a una gran unión aduanera, una

Zollverein, de todos sus Estados integrantes. Natural y lógicamente, por la fuerza de las circunstancias, constituyó un sistema compacto, como un puño apretado. El Imperio Británico, en cambio, se extendía como una mano abierta por todo el mundo, con miembros diferentes en naturaleza, necesidades y relaciones, sin más interés común que la común garantía de protección y seguridad. Pero los imperialistas ingleses de nuevo cuño no percibieron la diferencia. Puesto que Alemania tenía una *Zollverein*, el Imperio Británico debía tener otra... Y éste no es sino un caso entre muchos.

Sin embargo, el movimiento imperialista en Inglaterra nunca tuvo la autoridad ni la unanimidad que el de Alemania. No era un producto natural de ninguno de los tres pueblos, unidos aunque diversos, de la Gran Bretaña; no les era congénito. Ni la reina Victoria ni sus sucesores Eduardo VII y Jorge V, eran propios, ni por tradición ni por temperamento, a llevar "armaduras resplandecientes", a blandir "buenas espadas" o a levantar "el puño enguantado de hierro", a la manera Hohenzollern.

Tenían, además, la discreción de no ingerirse aparatosamente en las ideas y sentimientos públicos. Y este movimiento imperialista "británico" había provocado desde el primer momento la hostilidad de casi todos los escritores escoseses, irlandeses, galeses y aun ingleses, que se negaban a reconocer aquella nueva nacionalidad "británica" y a aceptar la teoría de que ellos eran aquellos superhombres "anglo-sajones". Además, muchos intereses en Inglaterra, y especialmente los intereses navieros, se habían basado sobre el librecambio, y consideraban, por tanto, las proposiciones fiscales de los nuevos imperialistas con la misma justificada desconfianza que a los nuevos aventureros mercantiles y financieros que la sostenían. En cambio, estas ideas corrieron como un reguero de pólvora entre la clase militar, la burocracia inglesa de la India y demás taifas. Hasta entonces siempre el hombre de armas, el militar, había tenido en Inglaterra algo así como un aire apologético, un aire de disculpa, como si no fuera inherente a aquel suelo. Pero aquel movimiento prometía darle una importancia y preeminencia semejantes a las de su camarada prusiano. Como era de esperar, también encontró apoyo la idea imperialista en aquella Prensa popular barata que había venido a la existencia para proveer a la nueva zona de lectores creados por la instrucción rudimentaria. Esta clase de Prensa necesitaba ideas llanas, simples y brillantes, que respondiesen a las necesidades de una clase de lectores que apenas si había empezado a pensar.

A pesar de este apoyo y de su particular halago a la vanidad naconal, el imperialismo británico nunca acabó de saturar la masa de los pueblos británicos. El inglés no es un pueblo mental-

mente dócil, y el entusiasmo estrepitoso y un tanto forzado por la idea imperialista y el aumento de los aranceles del viejo partido *tory*, la clase militar, el clero rural, los cafés cantantes, el extranjero asimilado, el rico ordinario y el nuevo tipo de patrono en gran escala, inclinaban al vulgo, y especialmente al obrerismo organizado, a adoptar una actitud de desconfianza. Si la llaga mendicamente avivada de la derrota de Majuba acababa por precipitar al país en la innecesaria, inicua y costosa guerra con las repúblicas Boers, también, al mismo tiempo, la aventura producía una reacción benéfica en el espíritu público, limpiando un poco la atmósfera política, restableciendo en el poder al partido liberal y enderezando hasta cierto mundo aquel tuerto con la creación de la Confederación Sud-Africana. A estos progresos siguieron otros, aun más considerables, en lo que atañe a la instrucción popular y el interés público en general, y durante estos años de la paz armada, los tres pueblos del Reino Unido llegaron casi a una solución, justa y razonable, de la ardua cuestión secular del nacionalismo irlandés. Por desgracia, la Gran Guerra los sorprendió en el momento crítico de sus esfuerzos.

Al igual del Japón, apenas si ha figurado Irlanda en este Esquema de la Historia, y precisamente por la misma razón de ser un país insular y extremo, recibiendo mucho pero apenas contribuyendo nada al drama general. Su población es sumamente mixta, con sus raíces — y quizás compuetsa de ella en su mayor parte—, en aquella raza "mediterránea", morena, prenórdica y prearia, de que ya hemos hablado, semejante, por tanto, a los vascos y a los portugueses e italianos del Sur. Sobre esta base originaria, pasó, unos seis siglos antes de J. C. —no sabemos, a ciencia cierta, con qué intensidad—, una oleada de pueblos célticos, que por lo menos perduraron lo suficiente para imponer un idioma celta, el gaélico irlandés. Luego, hubo una porción de idas y venidas, invasiones y contrainvasiones de este o aquel pueblo celta, o celtizado, entre Irlanda, Escocia, Gales e Inglaterra. En el siglo V fué cristianizada la isla. Más tarde, la costa oriental fué invadida y colonizada por hombres del Norte, pero no sabemos hasta qué punto alteraron los caracteres raciales. El normando inglés hizo su aparición en 1169, en tiempos de Enrique II, y siguió viniendo de allí en adelante.

La veta teutónica acaso es tan fuerte, y hasta más fuerte, que la céltica en la Irlanda actual. Hasta entonces Irlanda había sido un país bárbaro y de tribus, con unos cuantos centros de seguridad, donde las tendencias artísticas de la raza más antigua se manifestaron en los trabajos en metal y la iluminación de los libros sagrados. En el siglo XII la Corona inglesa llevó a cabo

una conquista incompleta de la isla, y algunas colonias de normandos y de ingleses se diseminaron por el país. Desde el comienzo evidenciáronse profundas diferencias temperamentales entre irlandeses e ingleses, diferencias exacerbadas por el idioma distinto y que aun se ahondaron más después de la Reforma. Los ingleses se hicieron protestantes, en tanto que los irlandeses, por un espíritu de reacción natural, continuaron fieles a la Iglesia católica.

La dominación inglesa en Irlanda había sido desde un principio una guerra civil intermitente, debida, sobre todo, a la diferencia de idiomas, de leyes consuetudinarias y de religión. Las rebeliones, matanzas y atropellos de la desgraciada isla durante los reinados de Isabel y de Jacobo I, es cosa de que no podemos ocuparnos aquí, pero bajo este último monarca surgió una nueva discordia con la confiscación de grandes territorios en el Ulster y su colonización con escoceses presbiterianos, que formaron una colectividad protestante en conflicto permanente con la Irlanda católica.

En los conflictos políticos del reinado de Carlos I y de la República, y de Jacobo II y Guillermo y María, ambas partes encontraron sus correspondientes partidarios en Irlanda. Es un dicho popular en Irlanda que la desgracia de Inglaterra es la oportunidad de Irlanda, y los disturbios civiles ingleses que llevaron a la ejecución de Strafford dieron también ocasión a una matanza de ingleses en Irlanda (1641). Matanza que, más tarde vengó Cromwell no dando cuartel a nadie que fuera encontrado con armas, severa represalia que fué acerbadamente recordada por los católicos irlandeses durante siglos. Entre 1689 y 1691, Irlanda se vió de nuevo desgarrada por la guerra civil. Jacobo II buscó el apoyo de los irlandeses católicos contra Guillermo III, y sus secuaces fueron durante derrotados en las batallas del Boyne (1690) y de Aughrim (1691).

Entonces tuvo lugar un convenio, el Tratado de Limerick, en que el gobierno inglés prometió mucho, sobre todo en punto a tolerancia del catolicismo, y no cumplió nada. No es, pues, extraño que Limerick continúe siendo un recuerdo cardinal en la larga historia de los agravios y tuertos de Irlanda. En Inglaterra no son muchos los que han oído hablar de este desdichado convenio, pero en Irlanda no hay oído en que no continúe sonando fatídicamente, aun hoy día, el nombre de Limerick.

El siglo XVIII fué un siglo de agravios acumulados. La envidia comercial inglesa impuso pesadas trabas al comercio irlandés, y el desarrollo de la industria de los tejidos de lana fué arbitrariamente abolido en el Sur y el Oeste. Los protestantes

ulsterianos no fueron mucho mejor tratados que los católicos en estas materias, de manera que figuraron en primera fila de los rebeldes. Y durante el siglo XVIII hubo más insurrección agraria en el Norte que en el Sur de la isla.

Conviene que expongamos con toda la claridad que el espacio de que disponemos nos permite los paralelismos y los contrastes de la situación inglesa e irlandesa en aquellos tiempos. Irlanda tenía un parlamento, pero era un parlamento protestante, aun más romo y corrompido que el parlamento inglés de la época. En torno de Dublín había un importante movimiento cultural, y una gran actividad literaria y científica, en lengua inglesa, cuyo centro principal era la universidad protestante de Trinity College. Esta era la Irlanda de Swift, Goldsmith, Burke, Berkeley y Boyle. Esta cultura era, en realidad, parte integrante de la cultura inglesa, sin nada específicamente irlandés en ella. La religión católica y la lengua irlandesa eran a la sazón cosas proscritas y perseguidas en la oscuridad.

De esta Irlanda de las tinieblas es de donde ha brotado, realmente, la Irlanda del siglo XX. El parlamento irlandés, su gran literatura, su ciencia, toda su cultura, gravitaban, por ley natural, hacia Londres, puesto que formaban parte inseparable de aquel mundo. Los propietarios irlandeses más acaudalados se iban a vivir a Inglaterra, y educaban en ella a sus hijos. Esto significaba una absorción considerable de riqueza irlandesa por parte de Inglaterra, en forma de renta, gastada o invertida en el país. Las crecientes facilidades de comunicación no hacían sino fomentar esta inclinación, empobreciendo progresivamente a Irlanda. La ley de Unión (1.° de enero de 1801) fué la fusión natural de dos sistemas absolutamente afines, del parlamento anglo-irlandés con el parlamento británico, ambos oligárquicos, ambos políticamente corrompidos de la misma manera. La unión encontró una enérgica oposición, no tanto de parte de los irlandeses de fuera como de los protestantes establecidos en Irlanda, y hubo una insurrección insignificante dirigida por Roberto Emmet en 1903. Dublín, que había sido una hermosa ciudad anglo-irlandesa a mediados del siglo XVIII, fué paulatinamente desertada por su vida intelectual y política. Su vida ciudadana se fué haciendo cada vez más oficial, concentrándose en torno del Gobierno militar, y su espiritualidad estuvo a pique de extinguirse por completo.

Pero así como la Irlanda de Swift y Goldsmith era parte y hermana de la Inglaterra de Pope, el Dr. Johnson y Sir Joshua Reynods, así como no ha habido nunca ni hay otra diferencia real y definida que la geográfica entre la "clase directiva" de Irlanda y la de Inglaterra, en cambio el pueblo bajo irlandés y el

inglés difieren de manera esencial. La lucha ascencional de la "democracia" inglesa hacia la instrucción, hacia el reconocimiento de sus derechos políticos, era diferente en varios sentidos de la lucha de las clases inferiores irlandesas. Inglaterra estaba produciendo una gran población industrial, protestante o escéptica; tenía trabajadores agrícolas, pero no campesinos en su verdadera acepción. Irlanda, sin minas de carbón, con una tierra pobre y propietarios que vivían en Inglaterra, se había convertido en un país de campesinos arrendatarios. Su agricultura fué degenerando, o, mejor dicho, se dejó que degenerara, cada vez más, en el cultivo de la patata y la cría de cerdos, simplemente. Excepto el whisky, cuando podía adquirirse, y un poco de pelea, puede decirse que la vida de familia era la única distracción del pueblo irlandés. Véanse las aterradoras consecuencias: la población de Irlanda era:

En 1785	. . . . . .	2.845.932 almas
En 1803	. . . . . .	5.536.594 „
En 1845	. . . . . .	8.295.061 „

fecha en que el cultivo de la patata se hundió bajo el peso de los impuestos crecientes y en que hubo un hambre terrible en todo el país. Muchísimos murieron, otros emigraron, sobre todo a los Estados Unidos; tal fué, realmente, la corriente emigratoria, que durante algún tiempo, Irlanda pareció exclusivamente un país de viejos y de hogares vacíos.

Esta unión de los parlamentos supuso la emancipación simultánea de ingleses e irlandeses. La emancipación católica en Inglaterra significaba la emancipación católica en Irlanda. Los ingleses adquirieron el voto porque así lo querían; los irlandeses lo adquirieron porque así lo querían los ingleses. Irlanda estaba representada con exceso en el Parlamento de la Unión, por ser en un principio más fácil de manipular para la clase gobernante los puestos irlandeses que los de Inglaterra. Y así aconteció que esta Irlanda irlandesa y católica, que no había tenido hasta entonces el menor instrumento político, y que jamás lo había pretendido, se encontró de buenas a primeras con la facultad de lanzar una pequeña legión de representantes en la legislatura de Gran Bretaña. Después de las elecciones generales de 1874, el antiguo tipo de diputado irlandés venal fué barrido, y la recién emancipada "democracia" de Inglaterra se encontró frente a frente con una extraña "democracia" irlandesa, diferente en religión, tradiciones y necesidades, que clamaba a todos los vientos una porción de agravios y entuertos, de los que el pueblo inglés no tenía la menor noticia, y reclamaba ávidamente una separación, cuya necesi-

dad tampoco comprendían los ingleses, pero que, de todos modos, se les antojaba revestía un marcado cariz de hostilidad.

El egotismo nacional del irlandés es intenso. En general, los irlandeses se mostraron incapaces de darse cuenta del estado de cosas en Inglaterra; el nuevo partido irlandés acudía exclusivamente al parlamento de Londres para hacer obstrucción, crear el mayor número posible de conflictos al gobierno británico y reclamar a grito pelado la libertad de Irlanda. Este espíritu, por otra parte, convenía perfectamente a la oligarquía que aun gobernaba el Imperio Británico. Aliándose con los protestantes "leales" del Norte de Irlanda —"leales" al gobierno imperial, naturalmente, y ello a causa de su temor de una preponderancia católica en Irlanda—, vigilaban y coadyuvaban a la gradual exasperación del pueblo inglés por esta hostilidad sistemática del pueblo irlandés.

La historia de las relaciones angloirlandesas durante los últimos cincuenta años desacredita realmente a la clase gobernante inglesa, pero no tiene por qué avergonzar al pueblo inglés, a lo que se dice el *pueblo*. Este ha dado, una y otra vez, repetidas pruebas de buena voluntad. La legislación inglesa, en relación con Irlanda, ofrece durante este último medio siglo una serie constante de tentativas —un poco desmañadas, es cierto— del partido liberal, frente a la oposición encarnizada del partido conservador y de los ulsterianos, para dar satisfacción a las reclamaciones irlandesas e inaugurar una era de compañerismo. El nombre de Parnell, un irlandés protestante, sobresale como el del principal caudillo del movimiento autonomista. En 1886, Gladstone, el gran ministro liberal inglés, se atrajo un verdadero desastre político por introducir la primera ley de autonomía irlandesa (*Irish Home Rule Bill*), intento sincero de resolver la cuestión irlandesa *por primera vez en la historia* de Irlanda. Esta ley dividió tan gravemente el partido liberal, que un gobierno de coalición, el gobierno *unionista* tuvo que reemplazarlo en el poder.

Esta disgresión en la historia de Irlanda nos trae ahora a los tiempos del contagioso imperialismo europeo. El gobierno unionista, que sustituyó a Mr. Gladstone, estaba compuesto en su mayor parte de elementos conservadores, y era en espíritu más imperialista que lo fuera hasta entonces ningún gobierno británico. La historia política inglesa en los años subsiguientes es, en gran parte, una historia del conflicto entre el nuevo imperialismo, por medio del cual un arrogante nacionalismo británico trataba de imponerse al resto del Imperio, y el liberalismo y sentido común naturales al pueblo inglés que tendían a transformar el Imperio en una confederación de aliados libres y voluntarios. Como es natural, los imperialistas "británicos" querían una Irlanda some-

tida y vasalla; como también es natural, los liberales ingleses querían una Irlanda libre y participante. En 1892, Gladstone conseguía volver al poder, con una pequeña minoría autonomista; y en 1893 su segunda Ley de Autonomía era aprobada en la Cámara de los Comunes y rechazada por la Cámara de los Lores. Hasta 1895, sin embargo, no subió al poder un gobierno netamente imperialista. El partido que le sostenía no se llamaba par-



tido imperialista, sino "unionista" —nombre bastante singular, si se tiene en cuenta los esfuerzos frenéticos que había llevado a cabo para destruir toda posibilidad de una unidad imperial—. Estos imperialistas permanecieron en el poder diez años. Ya hablamos, en su lugar, de cómo conquistaron el Sur de Africa. En 1905 fueron derrotados, al intentar establecer una muralla arancelaria de patrón teutónico. El gobierno liberal que le sucedió tuvo el acuerdo discretísimo de crear el "dominio" autónomo de Africa del Sur, pacificando así definitivamente a los conquistados holandeses. Después de lo cual se lanzó a una lucha larga y azarosa contra la Cámara de los Lores, que continuaba siendo imperialista a machamartillo.

Esto significaba una lucha a fondo. De un lado estaba la mayoría liberal del pueblo inglés, honrada y sensatamente ansioso de colocar la cuestión irlandesa sobre un pie más viable y, si era posible, de trocar el rencor de los irlandeses en una buena amistad; de otro, estaban todos los factores de este nuevo imperialismo británico, resueltos, a toda costa, y a pesar de todo veredicto electoral, legalmente, si era posible, y si no ilegalmente, a mantener su preponderancia sobre el Reino Unido y el resto del Imperio. Bajo un nombre nuevo, era la secular lucha interna de la comunidad inglesa; aquel mismo conflicto de una colectividad de espíritu liberal contra los "potentados" y aventureros de que ya nos hemos ocupado al tratar de la emancipación de los Estados Unidos. Irlanda no era sino un campo de batalla, como lo fueran los Estados Unidos. En India, en Irlanda, en Inglaterra, la clase gobernante y sus aventureros asociados estaban animados por la misma idea; pero el pueblo irlandés, gracias a su diferencia religiosa, apenas se sentía en solidaridad con los ingleses. No obstante, algunos estadistas irlandeses, como Redmond, por ejemplo, jefe del partido irlandés en la Cámara de los Comunes, dejaron a un lado esta estrechez nacionalista por un momento y respondieron generosamente a las buenas intenciones inglesas. Lenta, pero firmemente, fué derribada la barrera de la Cámara de los Comunes, y en 1912, Mr. Asquith, Primer Ministro a la sazón, presentaba un tercer proyecto de Autonomía irlandesa. Durante todo el año 1913 y comienzos del 1914, este proyecto era atacado y defendido encarnizadamente en el Parlamento. Al principio, dicho proyecto concedía la autonomía a toda Irlanda; pero, más tarde, se presentaba una enmienda excluyendo al Ulster en ciertas condiciones. Esta lucha duraba hasta que estallaba la Gran Guerra. Y dicho proyecto de ley recibía, después de iniciada aquélla, la aprobación regia, así como la ley que suspendía el efecto legal del referido proyecto de autonomía hasta que hubiese concluído la guerra.

Pero a partir de la introducción de esta tercera Ley de Autonomía, la oposición había asumido un carácter violento y extremado. Sir Edward Carson, abogado dublinés, con ejercicio en Londres, que había ocupado un puerto jurídico en el ministerio de Mr. Gladstone (antes de la escisión producida por el proyecto de Autonomía), y en el posterior gobierno imperialista, fué el organizador y el jefe de esta resistencia a una reconciliación de los dos pueblos. A pesar de su origen dublinés, se puso al frente de los protestantes del Ulster, trayendo al conflicto ese desprecio por la ley que tan frecuente es en los abogados de éxito, y aquellas dotes de hostilidad tenaz, ciega e irreductible que caracterizan a

cierto tipo de irlandeses. Sir Edward Carson era el menos inglés de los hombres, moreno, romántico y violento; y desde el comienzo de la lucha predicó, con verdadero regocijo, la resistencia armada a aquella libre unión de los ingleses e irlandeses, que la tercera Ley de Autonomía esperaba como resultado. Un cuerpo de voluntarios había sido organizado en el Ulster, equipado con armas pasadas de contrabando, y Sr. Edward Carson y un incipiente abogado de nombre F. E. Smith, ataviados en estilo semimilitar, se dedicaron a recorrer el Ulster, inspeccionando a los voluntarios e inflamando las pasiones locales. Las armas de aquellos futuros rebeldes eran obtenidas en Alemania, y varias declaraciones de los asociados de Sir Edward Carson parecían prometer la ayuda de "un gran monarca protestante". En comparación con el Ulster, el resto de Irlanda era a la sazón un país de orden y de legalidad, confiado en su gran jefe político Redmond y en la buena fe de los tres pueblos británicos.

Estas amenazas de guerra civil de Irlanda no eran, en sí, nada excepcional en la historia de esta infortunada isla; lo que las hace significativas en la historia mundial de la época es el apoyo vehemente que encontraban en las clases inglesas militares y gobernantes, y la inmunidad de que gozaban Sr. Edward Carson y sus secuaces. El virus de la reacción, procedente de los éxitos y el esplendor del imperialismo alemán, habíase extendido, y profundamente infiltrado, entre las clases predominantes de Gran Bretaña. La nueva generación, olvidando las altas tradiciones de sus antepasados, parecía dispuesta a cambiar la grandeza de la equidad y la libertad inglesas por el más abigarrado y soez de los imperialismos. Un fondo de un millón de libras esterlinas, suscritas principalmente en Inglaterra, habíase constituído, para sufragar la insurrección del Ulster; un Gobierno Provisional del Ulster se había formado, una porción de prohombres ingleses se habían mezclado a la querella y recorrían en automóvil el Ulster predicando y ayudando a la introducción de fusiles, y se tiene la prueba evidente de que varios oficiales y generales ingleses estaban dispuestos a un pronunciamiento de carácter sudamericano. El resultado natural de todas estas maquinaciones de las clases altas fué a armar al resto de Irlanda, ya, naturalmente, hostil a Inglaterra. La Irlanda católica y autonomista empezó a su vez a organizar sus "voluntarios nacionales" y a importar armas de contrabando. Las autoridades militares se mostraron mucho más severas en la supresión del alijo nacionalista que del ulsteriano, y en julio de 1914 una tentativa de contrabando en Howth, cerca de Dublín, tuvo por consecuencia una sangrienta refriega en las ca-

lles de la capital. Las islas británicas estaban, realmente, al borde de una guerra civil.

Tal es en compendio la historia del movimiento revolucionario imperialista en Gran Bretaña hasta la víspera de la Gran Guerra. Pues no sabe duda de que este movimiento de Sir Edward Carson y comparsa era un movimiento revolucionario, siendo, como era, una inequívoca tentativa para sustituir, con la ayuda del ejército, el gobierno parlamentario y las libertades, aun rudimentarias, de los pueblos británicos, por un tipo prusiano de gobierno, aprovechando el conflicto irlandés como punto de partida: esfuerzo reaccionario de unos cuantos miles de hombres para detener el avance mundial hacia una legislación democrática y una justicia social, estrictamente paralelo y en íntima simpatía con el nuevo imperialismo de los *junkers* y capitalistas alemanes. Pero el imperialismo británico difería en un punto esencialismo del imperialismo germánico. Este giraba alrededor de la Corona; sus abogados más conspicuos y más bulliciosos eran el Kaiser y su heredero. En Inglaterra, el rey se mantenía completamente aparte. No puede recordarse un solo acto público en el que Jorge V manifestase la más leve aprobación del nuevo movimiento, y la conducta del príncipe de Gales, su hijo y heredero, era igualmente correcta. En agosto de 1914, la tempestad de la Gran Guerra estalló sobre el mundo. En el mes de septiembre Sir Edward Carson denunciaba la inclusión del *Home Rule Bill* (o Ley de Autonomía) en el *Statute Book* (o Libro de los Estatutos). Su vigencia era suspendida hasta el término de la guerra. El mismo día, Mr. John Redmond, jefe de la mayoría irlandesa, representante genuino de Irlanda, hacía un llamamiento al pueblo irlandés a fin de que desempeñase su papel y aceptara el esfuerzo que le tocaba en la guerra. Durante algún tiempo Irlanda desempeñó bien este papel en la guerra, junto a Inglaterra, leal y eficazmente, hasta que en 1915, el gobierno liberal era reemplazado por una coalición en la que, debido a la flaqueza moral de Mr. Asquith, Primer ministro, el nefasto Sir Edward Carson figuraba como Fiscal de la Corona (*Attorney General*, con un sueldo de 7.000 libras y honorarios suplementarios), para ser sustituído de allí a poco por su asociado en la sedición ulsteriana, Sir F. E. Smith.

Nunca un pueblo amigo había sufrido insulto más grosero. La obra de reconciliación, comenzada por Gladstone en 1885, y llevada casi a buen término en 1914, se venía a tierra de golpe y definitivamente.

En la primavera de 1916, Dublín se insurreccionaba, sin éxito, contra este nuevo gobierno. Los cabecillas de esta insurrección, muchos de ellos simples muchachos, eran fusilados sumariamente,

con un rigor e inflexibilidad que, en comparación con la indulgencia que se mostrara a los cabecillas de la rebelión ulsteriana, tenía que parecer a toda Irlanda de una odiosa injusticia. Uno de los traidores, Sir Roger Casement, creado *baronet* por anteriores servicios al Imperio, era juzgado y ejecutado, merecidamente, sin duda, pero dada la deplorable casualidad que su acusador era el Sir F. E. Smith de la insurrección ulsteriana. El movimiento revolucionario de Dublín apenas había tenido apoyo en el resto de Irlanda, pero a partir de él la aspiración a una república irlandesa independiente fué tomando cuerpo y fortaleciéndose rápidamente, hasta alcanzar grandes proporciones. Contra esta fuerte corriente emocional luchaban las ideas más moderadas de algunos estadistas irlandeses, como Sir Horace Plunkett, que deseaban la conversión de Irlanda en un "dominio", esto es, una "república coronada" como las demás que integraban el Imperio Británico, en un pie de igualdad con Canadá y Australia.

§ 4. *El imperialismo en Francia, Italia y los Balkanes.*

El estudio del moderno imperialismo en Alemania e Inglaterra evidencia ciertas fuerzas comunes a ambos países, fuerzas que hallaremos igualmente activas, en distintos grados y con diversas variantes, en el caso de las demás grandes colectividades modernas a que ahora echaremos una ojeada. Este moderno imperialismo no es un movimiento sintético y unificador como el antiguo imperialismo, sino que es, en esencia, un *nacionalismo megalómano,* un nacionalismo al que la prosperidad ha hecho agresivo. En todas partes hallaremos su principal apoyo en las castas militares y oficiales, en los financieros y hombres de negocios; y sus principales críticos y adversarios en los pobres cultos, en los campesinos y en la masa obrera. Acepta la monarquía donde la encuentra, pero no es forzosamente un movimiento monárquico. Sin embargo, necesita una cancillería del tipo tradicional para su pleno desarrollo. Su origen, que hemos trazado cuidadosamente en esta parte de nuestra Historia, lo evidencia bien a las claras. El imperialismo moderno es la consecuencia del sistema de Grandes Potencias que brotó, con la política cancilleresca, de las monarquías maquiavélicas, a raíz de la disolución de la Cristiandad. Y sólo acabará cuando las relaciones de Estados y pueblos por medio de embajadas y cancillerías sean sustituídas por una asamblea de representantes electos en contacto inmediato con sus respectivos pueblos.

El imperialismo francés durante el período de la paz armada europea fué, como es natural, de un tipo menos rotundo que el alemán. En vez de imperialismo tomó el nombre de "nacionalismo",

dedicándose, por un llamamiento continuo al orgullo nacional, a neutralizar los esfuerzos de aquellos socialistas y racionalistas que trataban de ponerse en contacto con los elementos liberales de Alemania. El desquite, *la Révanche,* se convirtió en el tópico constante de la vida francesa. Aunque, por otra parte, esta absorbente preocupación no impidió a Francia proseguir también sus aventuras de anexión y explotación en el Extremo Oriente y en Africa, sin contar el sueño de apropiarse de Siria; aventuras coloniales que estuvieron a punto de precipitarla en una guerra con Gran Bretaña, a causa del incidente de Fashoda (1898).

La fiebre imperialista también contagió, como no podía menos de suceder, a Italia; aunque el contratiempo de Adowa enfrió sus ímpetus durante algún tiempo. Pero el mal recuerdo pasó, y en 1911 tuvo lugar la ruptura de hostilidades con Turquía y la anexión de Trípoli. Los imperialistas italianos exhortaron a sus compatriotas a olvidar las enseñanzas de Mazzini y a recordar las de Julio César. ¿No eran ellos acaso los herederos del Imperio Romano?

Tampoco los Balkanes se eximieron de la infección imperialista. Pueblos exiguos, y en esclavitud apenas cien años antes, comenzaron a dar muestras de los más exaltados propósitos. El rey Fernando de Bulgaria asumió el título, más rimbombante, de Zar, último de los pseudos césares, y en los escaparates de Atenas el transeúnte curioso podía admirar unos hermosos mapas donde se dibujaba el magnífico sueño de un vasto Imperio griego asiático-europeo.

En 1912, los tres Estados de Servia, Bulgaria y Grecia cayeron sobre Turquía, ya debilitada por su guerra con Italia y la despojaron de todas sus posesiones europeas, con excepción del territorio entre Andrinópolis y Constantinopla. Luego, en aquel mismo año, se querellaron entre sí por cuestión del reparto del botín; Rumania se unió a Servia y Grecia, y entre las tres aplastaron a Bulgaria.

Turquía recuperó Andrinópolis. Mientras tanto, los imperialismos mayores de Austria, Rusia e Italia vigilaban a aquellos imperialismos menores y no se perdían de vista uno a otro.

§ 5. *Rusia, monarquía absoluta.*

En tanto que todo el mundo a su Occidente se transformaba con una rapidez pasmosa, Rusia, durante todo el siglo XIX, evolucionaba, en cambio, con marcada lentitud. A fines del siglo XIX, lo mismo que a su comienzo, continuaba siendo una monarquía absoluta de tipo dieciochesco, sobre una base de barbarie,

en aquella fase en que las relaciones internacionales estaban a merced de intrigas cortesanas y favoritas imperiales.

Es cierto que había construido una inmensa vía férrea a través de Siberia (para encontrar a su término los desastres de la guerra ruso-japonesa); es cierto que empleaba métodos modernos y armas modernas, todo lo que su incipiente industrialismo y su



corto número de hombres cultos le permitía; y que escritores como Dostoievsky habían inventado una especie de imperialismo místico sobre la idea de la Santa Rusia y su misión providencial, idea impregnada de ilusiones raciales y de pasión antisemita; pero como los acontecimientos se iban a encargar de demostrar, nada de esto había entrado hondamente en la imaginación del pueblo ruso, de la masa. Un vago y primitivo cristianismo, muy mezclado de superstición, envolvía la vida del campesino analfabeto. Era algo así como la vida del campesino anterior a la Reforma en Francia o Alemania.

Admitíase, sin discusión, que el *mujik* ruso adoraba y reverenciaba al Zar (al *padrecito*, como popularmente se le llamaba) y amaba a sus señores; todavía en 1913 algunos escritores ingleses de la derecha se hacían lenguas de la inquebrantable y conmovedora lealtad de este buen campesino ruso. Pero, lo mismo que en el caso del campesino occidental de aquellas insurrecciones aldeanas, esta reverencia por el monarca iba unida a la idea de que el monarca y el noble tenían que ser buenos, y esta sencilla leal ad podía, llegado el caso contrario, convertirse en la misma implacable intolerancia de la injusticia social que había llevado a incendiar los castillos de los señores durante la *Jacquerie* y a instaurar el régimen teocrático de Münster (véase tomo II, cap. II). Una vez enfurecida y desatada la masa campesina en Rusia, no había más fuerza capaz de contenerla que las ametralladoras; recurso a que el gobierno no tenía el menor escrúpulo en apelar. Para las clases altas de Rusia, las clases inferiores constituían realmente una familia zoológica distinta, un animal al que se podía extirpar imponemente. En estas condiciones, no es de extrañar que las masas rusas estuvieran tres siglos retrazadas en comparación con un imperialismo como el alemán, por ejemplo.

En otro respecto también difería Rusia radicalmente de la Europa moderna, hasta el punto de continuar en su época medieval, y era en el hecho de que sus universidades eran el refugio de estudiantes pobres, y aun más que pobres, misérrimos, completamente ajenos a la autocracia burocrática. Antes de 1917, la significación de la proximidad de estos dos factores de revolución: el combustible del descontento y la mecha encendida de las ideas de libertad, era completamente ignorada en el pensamiento europeo, y eran muy pocos los que se daban cuenta de que en Rusia, más que en ningún otro país, yacían las posibilidades de una revolución fundamental.

§ 6. *Los Estados Unidos y la idea imperialista.*

Cuando volvemos la vista de estas Grandes Potencias europeas, con su herencia de cancillerías y políticas nacionalistas, a los Estados Unidos que tan radicalmente se separaron del sistema de Grandes Potencias en 1776, nos encontramos con el más interesante contraste respecto a la actuación de las fuerzas que trajeron consigo el imperialismo expansivo de Europa. Para América, lo mismo que para Europa, la revolución mecánica había puesto el resto del mundo al alcance de unos cuantos días de viaje. Los Estados Unidos, como las otras Grandes Potencias, tenían vastos intereses mundiales financieros y mercantiles; el enorme industria-

lismo que se había desarrollado en ellos necesitaba mercados en Ultramar; las mismas crisis doctrinales que habían conmovido la solidaridad moral de Europa habían tenido lugar en el mundo americano. El pueblo de los Estados Unidos era tan patriótico y tan arrojado como cualquier otro pueblo. ¿Por qué, pues, no iban los Estados Unidos a desenvolver una crisis política agresiva y los correspondientes armamentos? ¿Por qué la bandera de las listas y las estrellas no iba a tremolar sobre Méjico y a presidir en China un sistema semejante al de Inglaterra en la India? Los norteamericanos eran quienes habían abierto al mundo el Japón, dejándolo luego en libertad de europeizarse a sus anchas y de convertirse en una Potencia formidable. Esto solo era suficiente para hacer estremecer en su tumba a Maquiavelo, padre de la moderna política internacional. Si en lugar de los Estados Unidos hubiese estado una Gran Potencia europeizada, Inglaterra habría tenido que fortificar la frontera canadiense de una punta a otra —frontera completamente desguarnecida en la actualidad— y que mantener un enorme arsenal en San Lorenzo. Todos los Estados de la América Central y del Sur habrían sido ,desde hace largo tiempo sometidos y colocados bajo la dirección disciplinaria de los funcionarios norteamericanos; habríase seguido una incesante campaña para "americanizar" Australia y Nueva Zelandia, y el Africa tropical habría tenido un aspirante más.

Además, por una singular casualidad, los Estados Unidos habían producido en el presidente Roosevelt, (presidente de 1901 a 1908) un hombre de tan inquieta energía como el Kaiser alemán, ávido de grandes empresas, exuberante, elocuente, aventurero, con la afición de la política internacional y de los armamentos; el hombre indicado al parecer, para precipitar a su país en una epopeya de conquistas ultramarinas.

Realmente la única explicación de la moderación y abstinencia de que, en medio del vértigo mundial, dieron muestras los Estados Unidos, parece ser su diferencia fundamental de instituciones y tradiciones, en relación con los Estados europeos. En primer lugar, el gobierno de los Estados Unidos no tiene una cancillería ni un cuerpo diplomático del tipo europeo, esto es, un organismo de "peritos" encargados de mantener la tradición de una política agresiva. El Presidente tiene grandes poderes, pero estos poderes son contrastados por los poderes del Senado, que es elegido directamente por el pueblo. Todo tratado con una potencia extranjera tiene que ser aprobado por el Senado. Las relaciones internacionales del país quedan sometidas así a la opinión pública. Con un sistema semejante son imposibles los tratados secretos, cosa que hace que las potencias extranjeras se hayan quejado más de una vez de la dificultad e incertidumbre de

"entenderse" con los Estados Unidos, estado de cosas cuya excelencia huelga ponderar. Los Estados Unidos se ven, por consiguiente, en la incapacidad constitucional de entregarse a esa política internacional que durante tanto tiempo ha tenido a Europa al borde mismo de la guerra.

Y, en segundo lugar, no había existido hasta entonces en los Estados Unidos ninguna organización ni tradición de lo que pudiéramos llamar posesiones no asimilables. Donde no hay Corona, mal puede haber colonias de la Corona. Al extenderse por el continente americano, los Estados Unidos habían empleado un método personalísimo en sus relaciones con los nuevos territorios, excelentísimo para comarcas no colonizadas, pero sumamente expuesto en el caso de aplicarse demasiado libremente a países ya ocupados por una población extranjera. Este método estaba basado sobre la idea de que no puede haber en el régimen de los Estados Unidos un pueblo permanentemente sometido. La primera fase del proceso usual de asimilación había sido la creación de un "territorio" bajo el dominio del gobierno federal, en gran parte autónomo, con un delegado (sin voto) en el Congreso, y destinado, en el curso natural de las cosas, a medida que el país se fuera colonizando y aumentando de población, a adquirir finalmente la categoría de Estado. Tal había sido el proceso evolutivo de todos los Estados posteriores de la Unión; habiendo sido Arizona y Nuevo Méjico los últimos en conseguir dicha categoría, allá por el 1910. Las glaciales soledades de Alaska, compradas a Rusia, continuaban políticamente en mantillas, a causa de su insuficiente población, que no les permitía la organización de un Estado. Como las anexiones de Alemania y de Inglaterra en el Pacífico amenazaban privar a la escuadra de los Estados Unidos de toda estación de carboneo en este océano, no hubo más remedio que anexionarse parte de las islas Samoas (1889) y de las islas Sandwich (Hawaii, 1898). Por primera vez, pues, tuvieron los Estados Unidos que habérselas con una población sometida. Pero, en la carencia de una clase burocrática semejante a la de los funcionarios anglo-indios, los Estados Unidos siguieron ateniéndose a su sistema "territorial". Se trató, por todos los medios, de civilizar a los indígenas, hasta llegar a ponerlos al nivel de los Estados Unidos, y se estableció una legislación interior con arreglo al patrón ,'territorial", organizada de tal manera, que, con el tiempo, aquellos isleños hasta hace poco salvajes, llegarán a obtener la plena ciudadanía norteamericana. Mientras tanto, un administrador naval de los Estados Unidos se ocupa de los islotes Samoas.

En 1895 tuvo lugar una querella entre los Estados Unidos e Inglaterra con motivo de Venezuela, y el presidente Cleveland

tuvo que sustentar firmemente la doctrina de Monroe. Entonces, y después en los diversos congresos panamericanos que se han verificado, pareció evidente que una política internacional de alianza y de ayuda mutua estaba en vías de consolidarse en toda América. Diferentes convenios de arbitraje tuvieron lugar en todo el continente y realmente el futuro parece tender a un desarrollo progresivo de organización intercontinental, una Paz Americana, de todos los pueblos de habla inglesa y de habla española, en que los Estados Unidos desempeñarán el papel de hermano mayor; algo semejante al imperio británico, sólo que muy superior a él en la igualdad y fraternidad de sus elementos integrantes.

De acuerdo con esta idea de un común bienestar americano, los Estados Unidos intervinieron, en 1898, en los asuntos de Cuba, que desde hacía largo tiempo se hallaba en un estado de insurrección crónica contra España, a causa de la abusiva administración de que era objeto por parte de los funcionarios burocráticos y militares que enviaba, a manera de plaga, el gobierno español. Una campaña, breve y expeditiva, acababa con la adquisición de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas. Cuba es en la actualidad una república independiente. Puerto Rico y las Filipinas eran sujetas a un régimen especial, con una Cámara popular electiva y un organismo superior compuesto de miembros nombrados en un principio por el Senado de los Estados Unidos. No es probable que ni las Filipinas ni Puerto Rico lleguen nunca a ser Estados de la Unión. Más bien serán Estados independientes en una alianza o federación general de la América latina y anglosajona.

Tanto Cuba como Puerto Rico acogieron alegremente la intervención de los Estados Unidos; pero las Filipinas, apenas terminada la guerra, reclamaron la libertad inmediata y absoluta y ofrecieron una marcada resistencia a la administración militar norteamericana. Aquí fué donde los Estados Unidos se acercaron más al tipo de imperialismo de las grandes potencias europeas, y éste es el punto menos limpio de toda su crónica internacional. Por otra parte, hay que reconocer que en los mismos Estados de la Unión hubo una fuerte corriente de simpatía por los insurrectos filipinos. Y véase cómo se expresa sobre el particular el ex presidente Roosevelt en su *Autobiografía* (1913):

"Por lo que se refiere a las Filipinas, mi creencia era que debíamos prepararlas para la autonomía lo más rápidamente posible, y entonces dejarlas en libertad de decidir por sí mismas sobre sus propios destinos. No me pareció oportuno señalar un límite de tiempo para la concesión de la independencia, por no parecerme discreto ni posible predecir cuándo estarían en condiciones de gobernarse a sí mismos; y es obvio que, una vez hecha la promesa, no habría habido más remedio que cumplirla. A los

pocos meses de subir yo a la presidencia, toda resistencia armada de los filipinos, que no fuera de carácter esporádico, había sido extinguida; y, apenas asegurada la paz, consagrábamos todas nuestras energías a mejorar la situación de las islas, atendiendo exclusivamente al interés de los indígenas. Creamos escuelas en todo el país; abrimos caminos; administramos justicia; hicimos todo lo posible para fomentar la agricultura y la industria; empleamos cada vez más a los indígenas en la administración local y, por último, organizamos una Cámara legislativa... En suma gobernamos, y hemos siempre gobernado, las islas en interés de los mismos filipinos. Si, cuando llegue el momento, los filipinos deciden que no quieren ser gobernados así, confío en que no habrá el menor inconveniente por nuestra parte en dejarles que se gobiernen a su gusto; pero, en ese caso, entiéndese bien que los Estados Unidos no conservarán ningún protectorado sobre las islas, ni aislada ni conjuntamente, ni garantizarán, en manera alguna, su seguridad; en suma, que quedaremos absolutamente exentos de toda responsabilidad en lo que afecte al porvenir de las islas."

Como puede advertirse, éste es un punto de vista enteramente distinto del de una cancillería o un ministerio colonal británico o francés. Pero no del espíritu que creó los "dominios" del Canadá, Africa del Sur y Australia, y que forjó los tres proyectos de autonomía de Irlanda. Está, en suma, dentro de la vieja y característica tradición inglesa, de que proviene, al fin y al cabo, la Declaración de Independencia; tradición que anula la abominable idea de "pueblos sometidos o vasallos".

No nos meteremos ahora en complicaciones políticas respecto a la construcción del canal de Panamá, ya que no arrojan luz alguna sobre esta interesante cuestión de los métodos norteamericanos en la política mundial. La historia de Panamá es historia exclusivamente americana. Pero, evidentemente, lo mismo que la estructura política de los Estados Unidos era algo nuevo en el mundo, así lo eran igualmente sus relaciones con el mundo más allá de sus fronteras.

§ 7. *Las causas inmediatas de la Gran Guerra.*

Nos ha costado algún trabajo examinar el estado espiritual de Europa y América respecto a las relaciones internacionales en los años que llevaron a la tragedia mundial de 1914, ya que, como cada vez se va viendo más claramente, esta gran guerra, o una guerra semejante, era la consecuencia necesaria de la mentalidad de la época. Todo lo que hacen los hombres, lo mismo que los pueblos, es el resultado de causas instintivas que reaccionan sobre las ideas que las conversaciones, los libros, los periódicos, los

maestros de escuela, los profesores, etc., inculcan en la cabeza de la gente. Las necesidades físicas, las plagas, los cambios de clima y demás accidentes externos, pueden desviar y deformar el desarrollo de la historia humana, pero su raíz viva es el pensamiento.

Toda la historia humana es, fundamentalmente, una historia de ideas. Entre el hombre de hoy día y el de Cro-Magnon, las diferencias físicas y mentales son muy ligeras; su diferencia esencial radica en la extensión y el contenido del fondo mental que hemos adquirido en las quinientas o seiscientas generaciones que nos separan.

Estamos demasiado próximos a los acontecimientos de la Gran Guerra para pretender que este ESQUEMA pueda registrar el veredicto de la Historia sobre ella; pero sí podemos aventurar la suposición de que, cuando las pasiones de la lucha se hayan extinguido, será Alemania la que cargue con más tanto de culpa, y no por ser moral e intelectualmente muy distinta de sus vecinos, sino por presentar la común epidemia del imperialismo en su forma más acabada y virulenta. Ningún historiador que se respete un poco, por superficiales y populacheros que sean sus fines, podrá sostener la leyenda, creada por las violencias y exageraciones de la guerra, de que el alemán es una especie de ser humano más cruel y abominable que todos los demás. La verdad es que todos los grandes Estados de Europa anteriores al 1914 se encontraban en una situación de nacionalismo agresivo, propenso, por ley natural, a la guerra. El gobierno de Alemania no hizo sino dirigir el movimiento general, dar el primer traspié y ser el primero en rodar al abismo, convirtiéndose así en el nefando ejemplo que todos sus compañeros en pecado pudieron señalar a la vindicta pública. Pero... "todos en él pusisteis vuestras manos".

Desde hacía tiempo, Alemania y Austria habían venido conspirando para extender la influencia germánica en Oriente, a través del Asia Menor. La idea alemana estaba cristalizada en la frase "Berlín-Bagdad". Antagónicos de los sueños germánicos estaban los de Rusia, que proyectaba a su vez una extensión del predominio eslavo hasta Constantinopla y, a través de Servia, hasta el Adriático. Estas ambiciones, como es natural, eran incompatibles y se contradecían mutuamente. El estado febril de cosas en los Balkanes era en gran parte la consecuencia de las intrigas y propagandas sostenidas por rusos y alemanes. Turquía se volvía en demanda de auxilio a Alemania; Servia a Rusia. Rumania e Italia, ambas latinas de tradición y aliadas nominalmente de Alemania, perseguían en común fines más profundos y remotos. Fernando, el zar de Bulgaria, perseguía un objetivo aun más oscuro; y los sórdidos misterios de la corte griega, cuyo soberano era

cuñado del Kaiser alemán, rebasan nuestras actuales facultades de investigación.

Pero el embrollo no acabó con Alemania por un lado y Rusia por otro. La rapacidad alemana en 1871 había hecho de Francia una enemiga acérrima. El pueblo francés, convencido de su incapacidad para recuperar por sí solo las provincias perdidas, había concebido una idea exagerada de la fuerza de Rusia y de su ayuda. Los franceses habían hecho enormes empréstitos a Rusia; ésta se había convertido en la aliada de Francia. De manera que si Alemania declaraba la guerra a Rusia, era seguro que Francia aprovecharía la ocasión para atacarla.

La frontera oriental francesa, limítrofe con Alemania, estaba en la actualidad formidablemente defendida y fortificada. En caso de ataque, era más que improbable que Alemania pudiera repetir sus éxitos del 1870 contra esta barrera. Pero, en cambio, la frontera francobelga era más extensa y estaba mucho menos defendida. Un ataque, en grandes masas, lanzadas contra esta frontera, a través de Bélgica, podía quizás tener el éxito apetecido y procurar a Alemania una victoria comparable a la del 70, y en mayor escala. De esta manera, la izquierda francesa podría ser empujada hacia el Sudeste, tomando Verdun como eje, hasta aplastarla contra el ala derecha, como quien cierra de golpe una navaja de afeitar abierta. Los estrategos alemanes habían preparado este plan con el máximo cuidado, aunque su ejecución implicaba una violación de tratados, ya que Alemania se había comprometido solemnemente a garantizar la neutralidad de Bélgica, y no tenía además motivo alguno de pendencia contra ella. Y, lo que era más grave, implicaba también un probable choque con Inglaterra, que se había comprometido igualmente a garantizar la neutralidad de Bélgica. Pero los alemanes se figuraban que su escuadra, casi tan poderosa como la británica, haría vacilar a Inglaterra en su intervención, y con un optimismo considerable, pensando que la lucha quedaría restringida a Francia y Rusia, habían construído ya una extensa red de ferrocarriles estratégicos hasta la frontera belga, y tomado todas las medidas para la ejecución de su proyecto. Este consistía en caer como el rayo sobre Francia, aniquilándola de golpe y quedando así en condiciones de volver todas sus fuerzas contra Rusia.

Todo, en 1914, parecía en favor de las dos Potencias centrales. Rusia, es cierto, se había ido recobrando desde 1906, pero muy lentamente; y diversos escándalos financieros absorbían toda la atención de Francia. El extraordinario asesinato de M. Calmette, director de *Le Figaro*, por Mme. Caillaux, llevaban a su ápice estos escándalos en el mes de marzo. Inglaterra por su parte, según se repetía a saciedad en Alemania, estaba en víspera de una

guerra civil con Irlanda. Tanto en Inglaterra como en el extranjero, se hacían repetidos esfuerzos para averiguar cuál sería la actitud de Inglaterra en el caso de que Alemania y Austria atacasen a Francia y Rusia; pero Sir Edward Grey, ministro de Estado británico, respondía con evasivas y ambigüedades hasta el mismo día en que Gran Bretaña entraba en la guerra. Esta actitud hacía suponer en el Continente que Inglaterra haría todo lo posible por mantenerse neutral, en caso de una contienda, y ello sin duda contribuyó mucho a la decisión de Alemania. El asesinato del archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de Austria, el 28 de junio, en ocasión de su visita a Sarajevo, capital de Bosnia, precipitó los acontecimientos. Allí estaba el ansiado pretexto para poner en movimiento la máquina militar. "Ahora, o nunca", parece que dijo el emperador alemán —según nos informa Kautsky, en su estudio sobre los orígenes de la guerra—. Servia fué acusada de instigadora del crimen, y aunque los comisionados austríacos informaron en el sentido de que no había la menor prueba de que el Gobierno servio fuera culpable, el Gobierno austrohúngaro decidió tenerlo por tal. El 23 de julio, Austria presentaba un *ultimatum* a Servia y, a pesar de la actitud conciliadora de ésta, y de los esfuerzos de Sir Edward Grey en favor de una conferencia de las Grandes Potencias, el Gobierno austríaco declaraba la guerra a Servia el día 28 de julio.

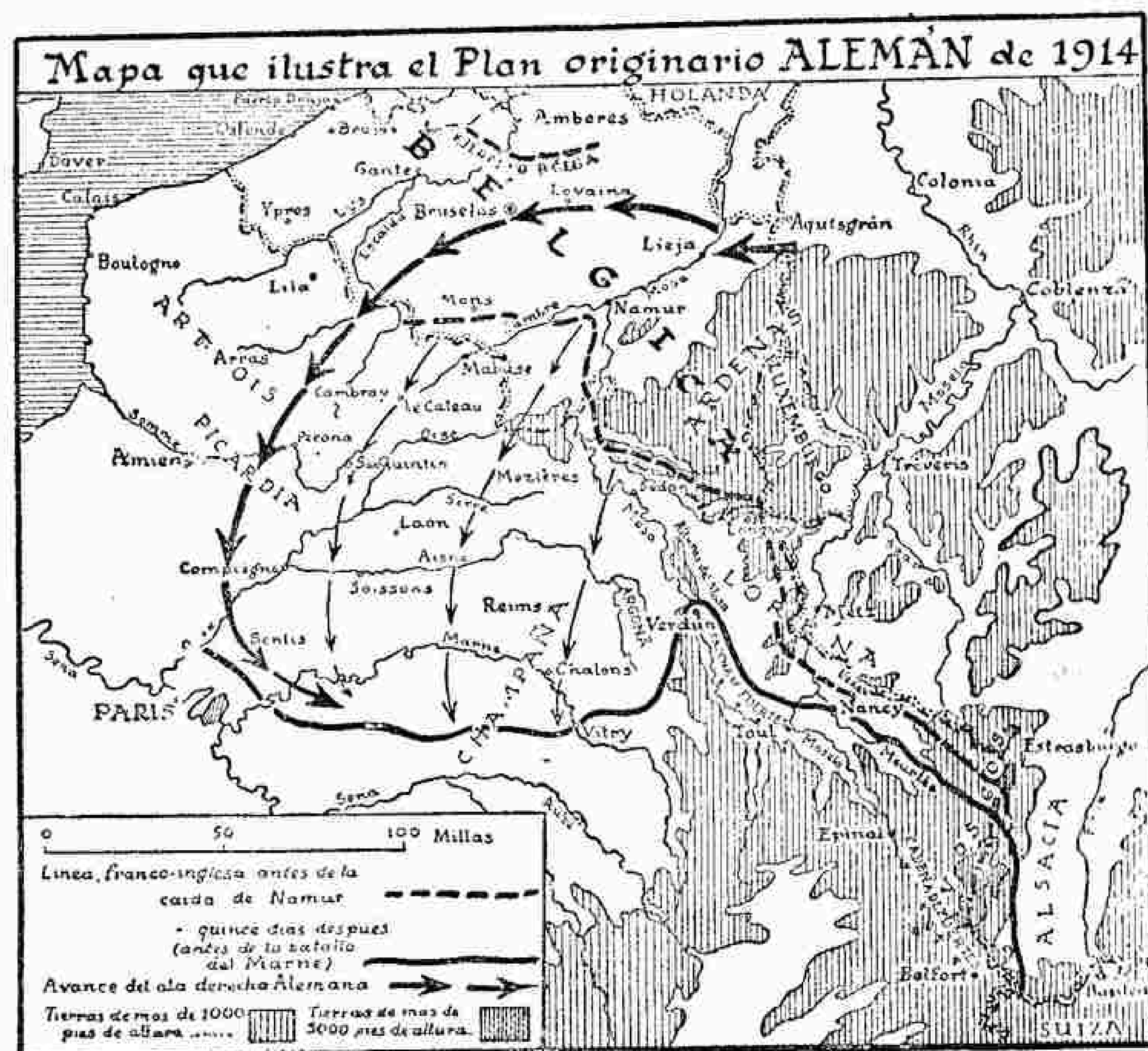
El 30 del mismo mes, Rusia movilizaba su ejército, y el 1.º de agosto Alemania declaraba la guerra a Rusia. Al día siguiente las tropas alemanas pisaban tierra de Francia, y el gran movimiento envolvente, a través de Luxenburgo y de Bélgica, comenzaba. Las avanzadas alemanas, millares de automóviles atestados de soldados, se precipitaban hacia el Oeste. Enormes columnas de infantería, la flor de la juventud alemana, muchos de ellos recién salidos, en una brusca interrupción de estudios, de las aulas universitarias, vinieron detrás. "Aquello era la guerra, y la guerra es la guerra", se les instruía. Lo que significaba que había que ser lo más valientes y brutales posible. Y hay que reconocer que muchos de ellos se esforzaron cumplidamente en llevar a cabo al pie de la letra las instrucciones recibidas a costa de los malhadados belgas.

Se ha concedido una importancia desproporcionada a las atrocidades alemanas en Bélgica; esto es, desproporcionada en relación con la atrocidad fundamental e inicial de agosto de 1914, que fué la invasión de Bélgica. Una vez efectuada ésta, los fusilamientos y pillajes, el frenesí de destrucción, los excesos orgiásticos y demás barbaridades no eran sino la consecuencia fatal e inevitable. Solamente los muy simples de espíritu podrán imaginarse que un ejército en campaña es capaz de comportarse equitativa y

decentemente, como podría hacerlo una comunidad pacífica. Sin contar que la tradición de la Guerra de los Treinta Años todavía influenciaba el ejército prusiano. Ha sido cosa usual entre los aliados hablar de estas atrocidades cometidas por los alemanes durante su ocupación de Bélgica como si nunca hubiese ocurrido nada semejante en la Historia y ello fuera debido a una perversidad especial de la raza germánica. Desde el primer momento se les aplicó el remoquete de "hunos" y se evocó la sombra sanguinaria de Atila. Pero, en realidad, nada más desemejante a la destrucción sistemática de aquellos nómadas, que un día se propusieran la completa exterminación de China, que los crímenes alemanes en Bélgica. Muchos de estos crímenes fueron obra de la ebria brutalidad de hombres que por primera vez en su vida se veían en el libre uso de armas mortales que no estaban acostumbrados a manejar; otros eran obra de la violencia histérica de hombres inconscientes de sus mismos actos y aterrados a la idea de la venganza que aquella población torturada pudiera un día tomarse, y otros, en fin, eran cometidos bajo la influencia de la teoría de que la guerra es una cosa terrible y cruenta, y que las poblaciones conquistadas deben ser sometidas por el terror. Esto no es exculpar a los alemanes, y es indudable que las tropas del Kaiser cometieron una porción de horrores y abominaciones. Pero también es indudable que cualquier pueblo que hubiese sido preparado para la guerra y llevado a la guerra como lo fueron los alemanes, habría cometido los mismos horrores y abominaciones.

La noche del 4 de agosto, mientras casi toda Europa, aun en la sosegada inercia de medio siglo de paz, todavía en el habitual disfrute de una abundancia, baratura y libertad como ningún mortal viviente volverá a disfrutar, entreteníase en hacer planes para su veraneo, la aldehuela belga de Visé era incendiada por los alemanes, y los aldeanos, estupefactos y creyendo soñar, eran arrojados de sus viviendas y muchos de ellos fusilados, so pretexto de que algunos habían hecho fuego contra las tropas del Kaiser. Los oficiales que ordenaron estos actos, como los soldados que los ejecutaron, debieron, sin duda, en su fuero interno, sentirse extrañados y espantados de todo aquello. La mayoría de ellos nunca habían visto una muerte violenta. Y, realmente, no habían pegado fuego a un simple villorrio belga, sino a todo un mundo. Aquella noche era el comienzo del fin de una época de progreso, de comodidad, de confianza y de buenos modales en Europa.

Tan pronto como se vió que Bélgica era invadida, Inglaterra cesó de titubear, y (a las once de la noche del 4 de agosto) declaró la guerra a Alemania. Al día siguiente ya el crucero inglés



Mapa que ilustra el Plan originario ALEMÁN de 1914

Amphion sorprendía y echaba a pique en la desembocadura del Támesis a un barco alemán ocupado en la colocación de minas submarinas: primera vez en la Historia que ingleses y alemanes entraban en lucha a banderas desplegadas...

Toda Europa aun recuerda la extraña atmósfera de aquellos memorables días de agosto que marcaron el final de la paz armada. Durante casi medio siglo el mundo occidental había permanecido tranquilo y, al parecer, en seguridad. Solamente unas cuantas personas, ya de edad, en Francia, tenían cierta experiencia práctica de lo que era la guerra continental. Los periódicos hablaban de una catástrofe mundial, pero ello no significaba gran cosa para aquellos a quienes el mundo había parecido siempre seguro, y que, realmente, eran incapaces de imaginarlo de otra manera. En Inglaterra, sobre todo, la rutina de la paz continuó su marcha durante unas cuantas semanas inalterablemente. Era algo así como un hombre que caminase por el mundo inconsciente de haber contraído una enfermedad fatal llamada a alterar todos

los hábitos y rutinas de su vida. La gente seguía planeando sus veraneos; las tiendas tranquilizaban a sus parroquianos con el anuncio de que "todo continuaba lo mismo". Cuando llegaban los periódicos, se hablaba con un poco más de excitación que de costumbre, pero todo ello era cosa de espectadores, que se sienten sin la menor participación en la catástrofe, que no iba a tardar en arrastrarlos en su vórtice a todos.

§ 8. *Sumario de la Gran Guerra hasta 1917.*

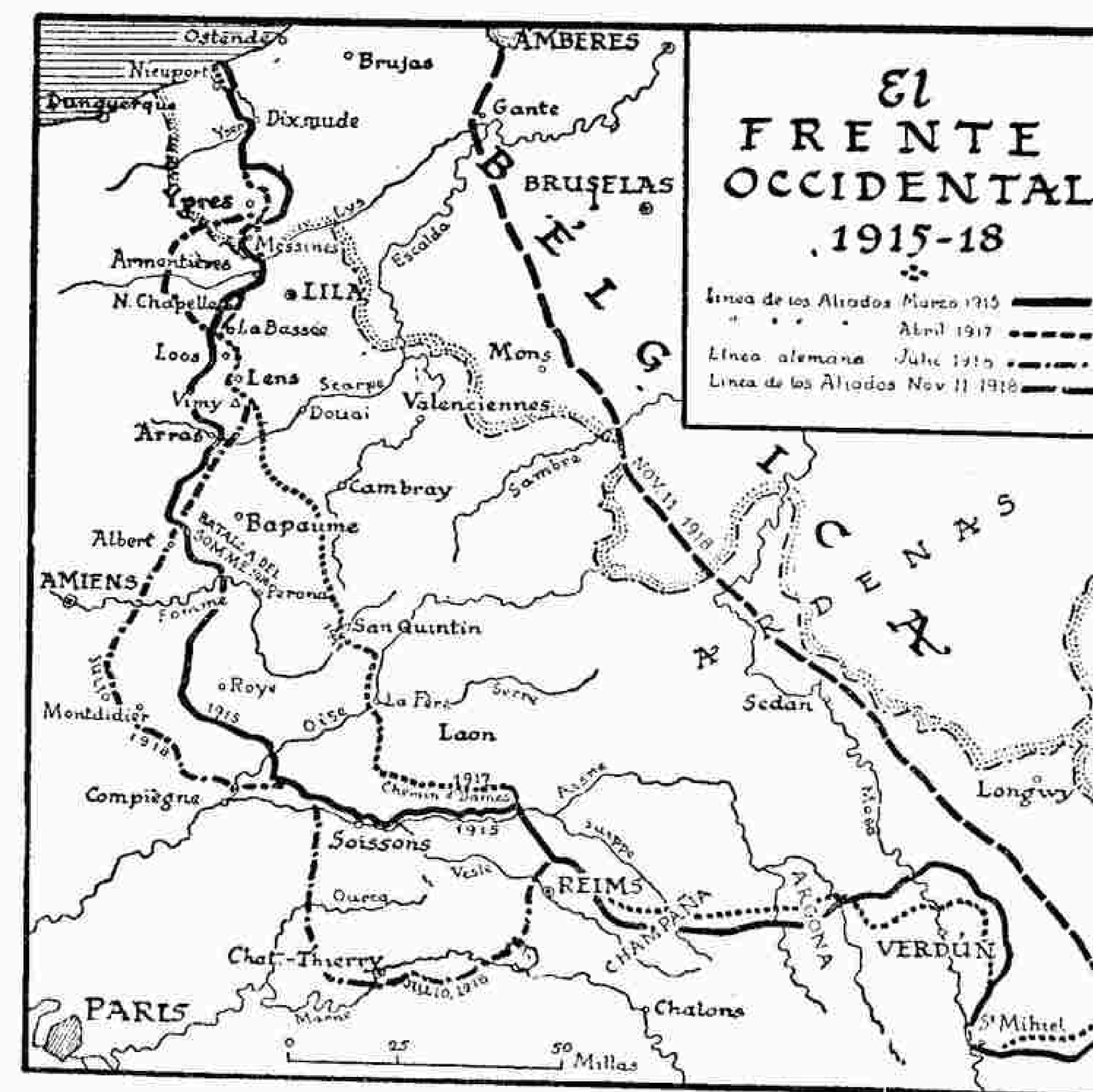
Vamos ahora a registrar, muy sumariamente, las fases principales de la lucha mundial que así había empezado. Planeada por Alemania, comenzó con un ataque fulminante destinado a poner a Francia fuera de combate antes de que Rusia pudiera concentrar sus fuerzas en el Este. Al principio todo fué bien. La ciencia militar nunca está al día en las circunstancias actuales, debido a que la clase militar carece fundamentalmente de imaginación y siempre hay algo, desdeñado por la inteligencia militar, capaz, en el último momento, de perturbar todas las prácticas estratégicas. El plan alemán había estudiado y madurado durante una porción de años; lo que quiere decir que era un plan rancio y anticuado. Es probable que el empleo adecuado de las trincheras, las alambradas de púas y las ametralladoras habría bastado a hacerlo fracasar desde un comienzo; pero los franceses estaban menos avanzados en la ciencia militar que los alemanes y confiaban en la guerra a campo abierto, en la antigua batalla campal, completamente mandada retirar, dados los medios modernos de combate. No tenían ni las bastantes ametralladoras ni la provisión necesaria de alambres barbados, y había la tradición ridícula de que los terraplenes y demás obras de ingeniería impedían al soldado francés desplegar sus *magníficas* facultades combativas. La frontera belga estaba defendida por la fortaleza de Lieja, diez o doce años anticuada, con fuertes cuyo armamento y defensas habían sido dispuestos en su mayor parte por contratistas alemanes; y la frontera Nordeste francesa aun estaba peor defendida. Como es natural, la casa Krupp alemana había forjado los correspondientes cascanueces para estas avellanas, en la forma de grandes cañones, de mayor calibre que el conocido hasta entonces y con granadas de altos explosivos, todo ello cuidadosamente mantenido en secreto por el Estado Mayor alemán. Las susodichas fortificaciones, tenidas casi por inexpugnables al declararse la guerra, resultaron simples ratoneras para sus infelices guarniciones. En vista de ello, y del avance alemán, los franceses atacaron al Sur de las Ardennes, pero fueron derrotados. Las huestes alemanas desbordaron la izquierda francesa con un ímpetu irresistible; el último

fuerte de Lieja caía el 15 de agosto. Bruselas era tomada el 20 y el pequeño ejército inglés de 70.000 hombres, que había desembarcado en Bélgica, se estrellaba en Mons contra una fuerza abrumadora y tenía que batirse en retirada, a pesar de la mortífera táctica de fusilería que aprendiera en la guerra angloboer. Las tropas inglesas eran empujadas hacia el Sur, y el ala derecha alemana avanzaba como una ola, arrollándolo todo a su paso, desbordando París por el Norte y dejando atrás al ejército francés.

Tan seguro estaba de la victoria en este momento el alto mando alemán que, a fines de agosto, ya mandaba retirar las tropas del frente occidental para enviarlas al oriental, donde las tropas rusas comenzaban a asolar la frontera prusiana. Pero, en ese mismo momento, tuvo lugar el contraataque aliado. Los franceses sacaron inesperadamente un ejército en su izquierda, y las fuerzas inglesas, quebrantadas, pero reforzadas, pudieron aún desempeñar un papel honroso. La derecha alemana sufría un golpe rudísimo, perdía su cohesión y tenía que batirse en retirada del Marne hasta el Aisne (batalla del Marne: 6 al 10 de septiembre), y aun habría tenido que retroceder más si no hubiera sido por el sistema de atrincheramiento que tenían los alemanes en reserva. Los cañones de gran calibre, las granadas de altos explosivos, los tanques que hubieran hecho falta a los aliados para batir esta línea de trincheras del Aisne, aun no existían.

La batalla del Marne echó por tierra el primitivo plan alemán. Por algún tiempo, Francia estaba salvada. Pero los alemanes no estaban vencidos; aun conservaban una gran superioridad ofensiva en hombres y en armamento. Además, los rusos habían sufrido una tremenda derrota en Tannenberg. La fase siguiente en el plan alemán fué una campaña temeraria y peor preparada que la anterior para tomar de flanco la izquierda enemiga, apoderarse de los puertos del Canal de la Mancha y cortar así el aprovisionamiento y los refuerzos ingleses. Ambos ejércitos se prolongaron en dirección Oeste, en una especie de carrera hacia la costa. Los alemanes, con su evidente superioridad numérica y de artillería, cayeron sobre los ingleses en Ypres, y estuvieron a punto de romper su línea, pero los ingleses lograron resistir y mantenerse en su puesto.

La guerra en el frente occidental quedó pronto reducida a una guerra de trincheras. Ni uno ni otro ejército tenía la ciencia ni los recursos necesarios para romper los atrincheramientos y defensas enemigas, y ambos tuvieron que acudir a los hombres de ciencia, a los inventores, en busca de consejo y ayuda. Sin embargo, en aquel momento, el problema de la guerra de trincheras estaba ya resuelto; así, por ejemplo, ya existía en Inglaterra un modelo de tanque, que habría proporcionado a los aliados una victoria fácil



e inmediata, antes de 1916; pero el espíritu profesional militar es, inevitablemente, un espíritu inferior y desprovisto de imaginación; ningún hombre de altas dotes intelectuales podrá avenirse nunca, voluntariamente, a confinarla dentro de un uniforme, por vistoso que éste sea; casi todos los grandes generales han sido o bien mozos inexpertos y geniales como Alejandro, Napoleón y Hoche, o nómadas como los caudillos hunos y mongoles, o aficionados como Cromwell y Wáshington. No es extraño, pues, que, después de cincuenta años de militarismo, esta guerra fuese, irremisiblemente, una guerra profesional, y que, desde un principio, fuera imposible emanciparla de manos de los militares de carrera, generales y Estados Mayores, resueltos, tanto de un lado como de otro, a no tomar en consideración nada que viniese a contradecir sus métodos tradicionales de hacer la guerra. El tanque, no sólo suponía una novedad desagradable a estos profesio-

nales, sino que suministraba una protección fuera de toda regla al soldado que iba dentro. Los alemanes, sin embargo, se permitieron algunas innovaciones. En el mes de febrero de 1915 (el 28, exactamente) sacaron a relucir una novedad bastante fútil: el lanzallamas, que si no hacía gran daño al enemigo, en cambio, el que lo manejaba estaba en constante peligro de ser quemado vivo; y en el mes de abril, a comienzo de la segunda gran ofensiva contra los ingleses (segunda batalla de Ypres: 22 de abril al 24 de mayo), emplearon la primera nube de gases asfixiantes. Este horrible ardid fué empleado primeramente contra las tropas argelinas y canadienses; es indudable que les infligió un tremendo sufrimiento físico y que hizo una porción de víctimas, pero tampoco consiguió romper sus filas. Durante unas cuantas semanas, los químicos tuvieron más importancia que los soldados en el frente aliado, y no pasó mucho tiempo sin que se proveyera a las tropas de las mascarillas y medios defensivos necesarios para hacer frente a esta nueva plaga.

Durante año y medio, hasta julio de 1916, el frente occidental permaneció en un estado de tensión indecisa, con violentos ataques por una y otra parte, que acababan siempre siendo rechazados, a veces con enormes pérdidas. Los franceses llevaron a cabo una costosa pero gloriosa ofensiva en Arras y Champagne, en 1915, y los ingleses en Loos. Desde Suiza hasta el mar del Norte extendíanse dos líneas paralelas de trincheras, a distancia a veces de un par de kilómetros y a veces de unos cuantos metros (en Arras, por ejemplo), hasta el punto de que los alemanes podían oír a los franceses de la trinchera de enfrente, y viceversa. En estas trincheras trabajaban y penaban millones de hombres, esperando el momento de morir en las ofensivas parciales que, de cuando en cuando, desencadenaba el alto mando, sin otra razón, muchas veces, que la de hacer acto de presencia. En épocas anteriores, el estancamiento de estas enormes masas habría engendrado, irremisiblemente, diversas epidemias, pero también en esto la ciencia moderna había alterado las condiciones de la guerra.

Es cierto que algunas enfermedades nuevas, como la podagra de trinchera, producida por la estancia continuada de pie en las trincheras inundadas, y formas nuevas de disentería y otras dolencias, hicieron su aparición, pero ninguna alcanzó tales proporciones que pudieran significar un grave peligro para las fuerzas combatientes. Detrás de ambos frentes, la vida entera de las naciones beligerantes concentróse cada vez más en el trabajo de aprovisionamiento de víveres y municiones para los ejércitos respectivos, sin contar la preocupación, obsesionante, de llenar las bajas producidas diariamente por el enemigo. Los alemanes tenían la suerte de poseer un número considerable de grandes cañones

de sitio destinados a abatir las fortalezas de la frontera, y que servían, ahora, para aplastar las trincheras aliadas, uso, seguramente, para el que no fueron creados. Los aliados durante los primeros años de la guerra, estuvieron en franca inferioridad de artillería y municiones, y sus pérdidas eran, por consiguiente, mayores que las alemanas. Mr. Asquith, primer ministro británico, aunque brillante parlamentario, carecía de facultades creadoras y organizadoras y es probable que sin Mr. Lloyd George (que lo sustituyó en diciembre de 1916), y sin el clamoreo de la Prensa inglesa, esta inferioridad de material habría tardado más en ser rectificada.

Durante los primeros meses de 1916 hubo una espantosa matanza de franceses en torno de Verdun, aunque los alemanes también sufrieron enormes pérdidas y fueron contenidos en su avance a los pocos kilómetros. *Ils ne passeront pas*, fué el estribillo de la infantería francesa; y hay que reconocer que mantuvieron heroicamente su palabra.

El frente oriental alemán era más extenso y menos sistemáticamente atrincherado que el occidental. Durante algún tiempo, los ejércitos rusos, a pesar del desastre de Tannenberg, continuaron empujando hacia el Oeste, conquistaron toda Galizia a los austríacos, y tomaron Lemberg el 2 de septiembre de 1914, y la gran fortaleza de Przemysl el 22 de marzo de 1915. Pero los alemanes, una vez fracasados en su intento de romper el frente occidental y después de una inútil ofensiva aliada, llevada a cabo sin el material adecuado, se volvieron contra Rusia, cuyos ejércitos sufrieron una serie de graves derrotas, primero en el Sur, y luego al Norte de su frente. El 22 de junio era recobrado Przemysl, y toda la línea rusa tenía que retroceder, hasta que el 2 de septiembre caía Vilna en manos de los alemanes.

El 23 de marzo de 1915 entraba Italia en la lucha a favor de los aliados, declarando la guerra a Austria. (Aunque hasta un año después no declaraba la guerra a Alemania). Inmediatamente llevaba su frontera hasta Gorizia (que caía en el verano de 1916), pero hay que reconocer que su intervención apenas servía de nada, por entonces, ni a los rusos ni a las Potencias occidentales, limitando su papel a establecer una nueva línea de trincheras en la comarca montañosa y pintoresca de su frontera Nordeste.

Mientras los frentes de los adversarios principales se encontraban, por así decirlo, en este callejón sin salida, unos y otros se esforzaban en herir al enemigo más allá de su línea de combate. Así, los alemanes organizaban sus "raids", primero de zeppelines, y luego de aeroplanos, contra París y el Este de Inglaterra, tomando como blanco principal los depósitos de municiones, fábricas de artillería y demás puntos de importancia militar, aunque, en la

imposibilidad de apuntar eficazmente, muchas veces caían las bombas en lugares deshabitados. Al principio, estas bombas no eran muy mortíferas que digamos, pero poco a poco, su calibre y su eficacia fueron aumentando y pronto llegaron a causar gran número de víctimas en la población civil. Estos ataques produjeron una indignación extraordinaria en el pueblo inglés. Aunque hacía años que los alemanes tenían zeppelines, a sabiendas de todo el mundo, a nadie se le había ocurrido, en Inglaterra, pensar en los medios de contrarrestarlos, y hasta bien entrado el año de 1916 no se dispuso de la artillería antiaérea necesaria ni se organizaron los contraataques de aeroplanos indicados. Entonces, sobrevinieron varios desastres continuados de zeppelines, y a partir de la primavera de 1917 cesaron éstos de ser empleados para la obra de bombardeo, usándose exclusivamente para la vigilancia marítima, y en su lugar entraron en acción los grandes aviones de combate (los *Gothas*). Los "raids" de éstos contra Londres y el Este de Inglaterra hiciéronse sistemáticos, a partir del verano de 1917. Los londinenses pudieron así disfrutar, sin moverse de casa, de las delicias de la guerra.

Mientras tanto, los alemanes atacaban el comercio británico de Ultramar por todos los medios a su alcance. Al comienzo de la guerra, diversas unidades navales, cuidadosamente apostadas por todos los mares, y sobre todo una escuadrilla de cruceros modernos en el Pacífico, compuesta por el *Scharnhorst*, el *Gneisenau*, el *Leipzig*, el *Nürnberg* y el *Dresden*, hacían un daño considerable a la marina mercante aliada, sobresaliendo entre todos el tristemente célebre *Emdem*, que durante bastante tiempo desafiara todas las persecuciones. La escuadrilla del Pacífico sorprendía, el 1.° de noviembre de 1914, a un destacamente naval británico, inferior en fuerza, y hundía al *Good Hope* y al *Monmouth* frente a las costas de Chile. Un mes después, aquellos mismos cruceros alemanes (con excepción del *Dresden*) eran hundidos por una escuadrilla británica, al mando del almirante Sturdee, en la batalla de las islas Falkland. Después de este encuentro quedaban los aliados dueños absolutos de la superficie del mar, supremacía que la gran batalla de Jutlandia (1.° de mayo de 1916) no hizo sino confirmar. Los alemanes, en vista de ello, concentraron toda su atención en la campaña submarina que desde el principio de la guerra les había proporcionado grandes éxitos. En un solo día, el 22 de septiembre de 1914, echaron a pique tres grandes cruceros, el *Aboukir*, el *Hogue* y el *Cressy*, accidente que costó la vida a 1.473 tripulantes. Al principio, los submarinos alemanes detenían a los barcos mercantes y examinaban su nacionalidad y su cargamento, dándoles tiempo a las tripulaciones de ponerse a salvo; pero pronto abandonaron esta práctica, por temor a las ce-

ladas, y a partir de la primavera de 1915 empezaron a torpedear los barcos, sin previo aviso ni más examen. En mayo de dicho año hundieron, sin el menor aviso, el gran transatlántico *Lusitania*, donde murieron una porción de norteamericanos. Esto acabó de excitar a los Estados Unidos en su contra; pero la perspectiva de vencer y rendir a Inglaterra por medio del bloqueo submarino era tan halagüeña, que lejos de atenuar la campaña submarina, no hicieron sino intensificarla más y más, indiferentes al peligro de arrastrar a la guerra a los Estados Unidos.

Entretanto, un ejército turco, muy mal pertrechado por cierto, amenazaba a Egipto desde el desierto de Sinaí.

Y mientras los alemanes atacaban así por el aire y por debajo del mar a Inglaterra, el menos accesible y más formidable de sus adversarios, ingleses y franceses se lanzaban a un ataque de flanco contra las Potencias centrales a través de Turquía. La campaña de Gallipoli había sido excelentemente planeada, pero desastrosamente llevada a cabo. De haber tenido éxito, los aliados habrían capturado Constantinopla en 1915. Pero los turcos habían adivinado el proyecto dos meses antes, por un prematuro bombardeo de los Dardanelos en febrero; la corte griega también, probablemente, les había dado noticia de él, y el caso es que cuando las fuerzas aliadas desembarcaron al fin en la península de Gallipoli el mes de abril, se encontraron con un ejército turco bien atrincherado y mejor pertrechado para la guerra de trincheras que los mismos aliados. Estos habían confiado demasiado en la artillería gruesa de los acorazados, sin contar que realmente no era de gran uso contra el sistema de trincheras, y, en cambio, no habían previsto el daño que podían causarles los submarinos enemigos. Esta imprevisión costó a los aliados varias unidades de combate, que se hundieron en las mismas aguas transparentes en que se hundieran las naves de Jerjes. La historia de la campaña de Gallipoli, por parte de los aliados, es tan heroica como lamentable; historia de valor y de incompetencia, de vidas, de material y de prestigio despilfarrados estúpidamente, todo ello para acabar en la retirada de enero de 1916.

Estrechamente relacionada con las vacilaciones de Grecia durante todo este tiempo está la entrada de Bulgaria en la guerra, el 12 de octubre de 1915. El rey de Bulgaria había estado titubeando durante más de un año entre qué partido tomar, si el de los alemanes o el de los aliados. El evidente fracaso de éstos en Gallipoli, unido a la gran ofensiva austro-alemana contra Servia, le decidió al fin a favor de las Potencias centrales, suponiendo acabarían por ganar la guerra. Mientras los servios se veían acosados por los invasores austro-alemanes, que habían cruzado el Danubio, Bulgaria cayó sobre la retaguardia servia, y en pocas

semanas todo el país quedaba conquistado. El ejército servio tenía que efectuar una desastrosa retirada a través de las montañas de Albania hacia la costa, donde la escuadra aliada protegía lo poco que de él quedaba.

Un ejército aliado desembarcaba en Grecia, en Salónica y avanzaba hacia Monastir, pero su auxilio apenas era de ningún socorro a los servios; fracaso que acababa de decidir la retirada de Gallipoli.

En Oriente, los ingleses, empleando tropas indias, llevaban a cabo un ataque todavía más remoto contra los alemanes, en tierra de Mesopotamia. Un ejército, pésimamente equipado para la campaña, desembarcaba en Basra, en noviembre de 1914 y avanzaba hacia Bagdad al año siguiente. En Ctesifon, la antigua capital arsácida y sasánida, situada a 40 kilómetros de Bagdad, los ingleses ganaban una victoria, pero los turcos, habiendo recibido grandes refuerzos, les obligaban a replegarse sobre Kut, donde el ejército inglés, al mando del general Townshend, era cercado, sitiado por hambre y obligado, al fin, a rendirse el 29 de abril de 1916.

Todas estas campañas aéreas, submarinas, orientales, turcas y rusas, eran realmente secundarias; el frente decisivo continuaba siendo el occidental, entre Suiza y el mar del Norte, donde varios millones de aliados y de alemanes seguían metidos en sus trincheras, aprendiendo lentamente el nuevo método científico de hacerse la guerra. El empleo de los aeroplanos progresó con gran rapidez. Al comienzo de la guerra se le había usado solamente para la vigilancia e inspección del campo enemigo y para dirigir el fuego de la artillería, y la lucha aérea era cosa en que ni siquiera se había soñado. Pero en 1916 los aviones iban ya armados de ametralladoras y comenzaba la lucha en los aires. Igualmente, había aumentado su importancia como instrumento de bombardeo, y un nuevo arte, de fotografía aérea, se había desarrollado rápidamente. Pero el espíritu militar continuaba aún resistiéndose al empleo del tanque, indudablemente el arma indicada y decisiva en la guerra de trincheras.

Muchas personas inteligentes, ajenas a los círculos militares, se daban clara cuenta de ello. Era evidente que el uso del tanque contra las trincheras tenía que dar buen resultado. Leonardo da Vinci mismo inventó un tanque primitivo, entre sus muchos inventos, pero ¿qué "perito" militar se habría tomado el trabajo de estudiar a Leonardo? Poco después de la guerra sud-africana, en 1903, aparecieron diversos cuentos de revistas en que ya figuraban los tanques, y Mr. J. A. Corry, de Leeds, presentó un modelo acabado de tanque a las autoridades militares inglesas, que —inútil decirlo— se apresuraron a rechazarlo. El tanque, pues, había sido

inventado y reinventado antes de que la guerra empezase. Pero de haber quedado el asunto en manos de los militares, es seguro que jamás habrían entrado en acción los tanques. Fué Mr. Winston Churchill, que estaba al frente del Almirantazgo británico en 1915-16, quien insistió en la fabricación de los primeros tanques y en su envío al frente francés, pese a la oposición encarnizada de los profesionales del ejército. A la marina británica, pues, y no al ejército, debe la ciencia militar el empleo de estos artificios. Las autoridades militares alemanas, por su parte, eran igualmente enemigas del tanque. En julio de 1916, Sir Douglas Haig, general en jefe de las fuerzas británicas, desencadenó una gran ofensiva, que estuvo a punto de romper la línea alemana. En algunos puntos avanzó el frente inglés varios kilómetros y en otros fracasó por completo. Hubo una terrible carnicería de las nuevas tropas británicas; pero no por eso se le ocurrió a Sir Douglas Haig emplear los tanques que tenía en su posesión.

En septiembre, cuando ya la estación estaba demasiado adelantada para una ofensiva sostenida, fué que los tanques hicieron su primera aparición sobre el campo de batalla, lanzados por los generales ingleses. Aunque hay que confesar que no fueron empleados muy inteligentemente, ni se sacó de ellos el partido que se debió haber sacado, su efecto sobre las tropas alemanas fué enorme, causando en ellas un veradero pánico. Es indudable que de haber sido empleados en número suficiente y del modo adecuado en la ofensiva de julio, la guerra habría terminado entonces. En aquel momento, los aliados disponían de mayores fuerzas que los alemanes, hasta el punto de estar en una proporción de siete contra cuatro; Rusia, aunque ya a punto de agotarse, aun se mantenía en pie; Italia desempeñaba airosamente su papel contra los austríacos, y Rumanía acababa de entrar en la guerra a favor de los aliados. Pero el despilfarro de hombres en aquella desastrosa ofensiva de julio y la incompetencia del alto mando británico, llevó a los aliados al borde mismo de la catástrofe.

El fracaso británico de julio había reanimado a los alemanes a tal punto, que, cayendo en masa sobre los rumanos, el invierno de 1916 vió en Rumania el mismo desastre que viera en Servia el invierno de 1915. El año que había empezado con la retirada de Gallipoli y la rendición de Kut acabó con el aplastamiento de Rumania y con el fuego de fusilería abierto en Atenas por una muchedumbre realista contra una partida de marineros ingleses y franceses que había desembarcado. Por un momento, pareció como si el rey Constantino se decidiera a seguir las huellas de su colega de Bulgaria. Pero las costas de Grecia son muy extensas y estaban demasiado expuestas a una acción naval de los aliados. Grecia fué bloqueada, y un cuerpo de ejército francés, desembarcando en

Salónica, se dió las manos con otro italiano desembarcado en Valona, separando así al soberano griego de sus amigos germánicos. En julio de 1917, los aliados obligaron a abdicar a Constantino, y su hijo Alejandro le reemplazaba en el trono.

En total, la perspectiva era mucho más risueña para el imperialismo Hohenzollern a fines de 1916 que lo fuera después del fracaso inicial del Marne. Los aliados habían malgastado estúpidamente dos años enteros de circunstancias favorables. Bélgica, Servia y Rumania, y grandes extensiones de Francia y Rusia, estaban ocupadas por las tropas austroalemanas. Todos los contraataques aliados habían fracasado, y Rusia marchaba ahora rápidamente a su derrumbamiento. De haber estado gobernada Alemania en aquel momento por un estadista prudente, es seguro que habría podido conseguir una paz, no sólo honrosa, sino hasta favorable. Pero el éxito, o la apariencia del éxito, había embriagado a sus imperialistas hasta hacerles perder el juicio. Ya no era el bienestar de Alemania lo que deseaban, sino la victoria completa, el imperio mundial. *Deutschland über alles.* "O César, o nada", tal era su forma de gobierno, que, como es lógico, no dejaba a sus adversarios otra alternativa que una lucha desesperada, a muerte.

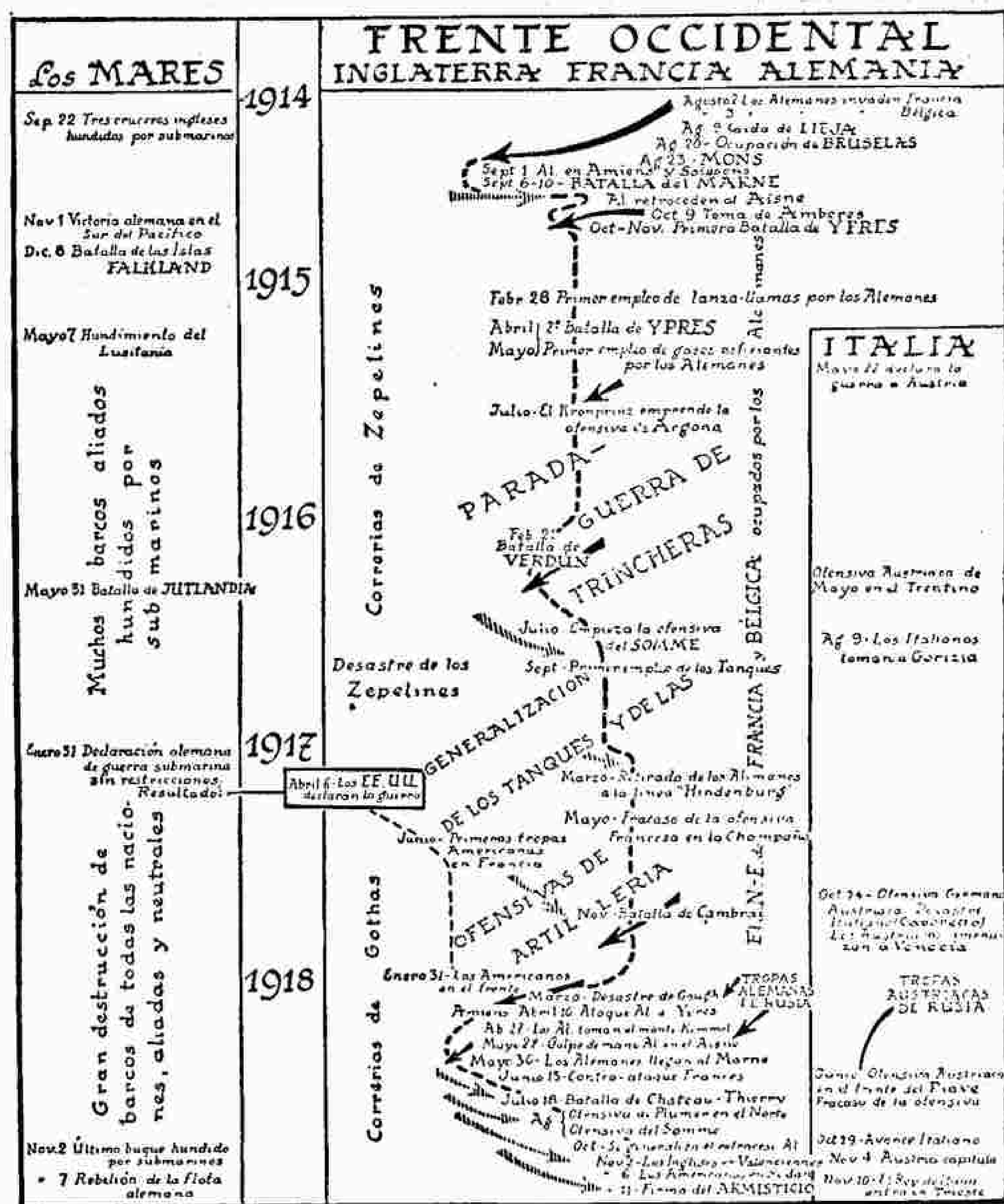
§ 9. *La Gran Guerra desde el derrumbamiento de Rusia hasta el Armisticio.*

En los primeros meses de 1917, Rusia se vino abajo.

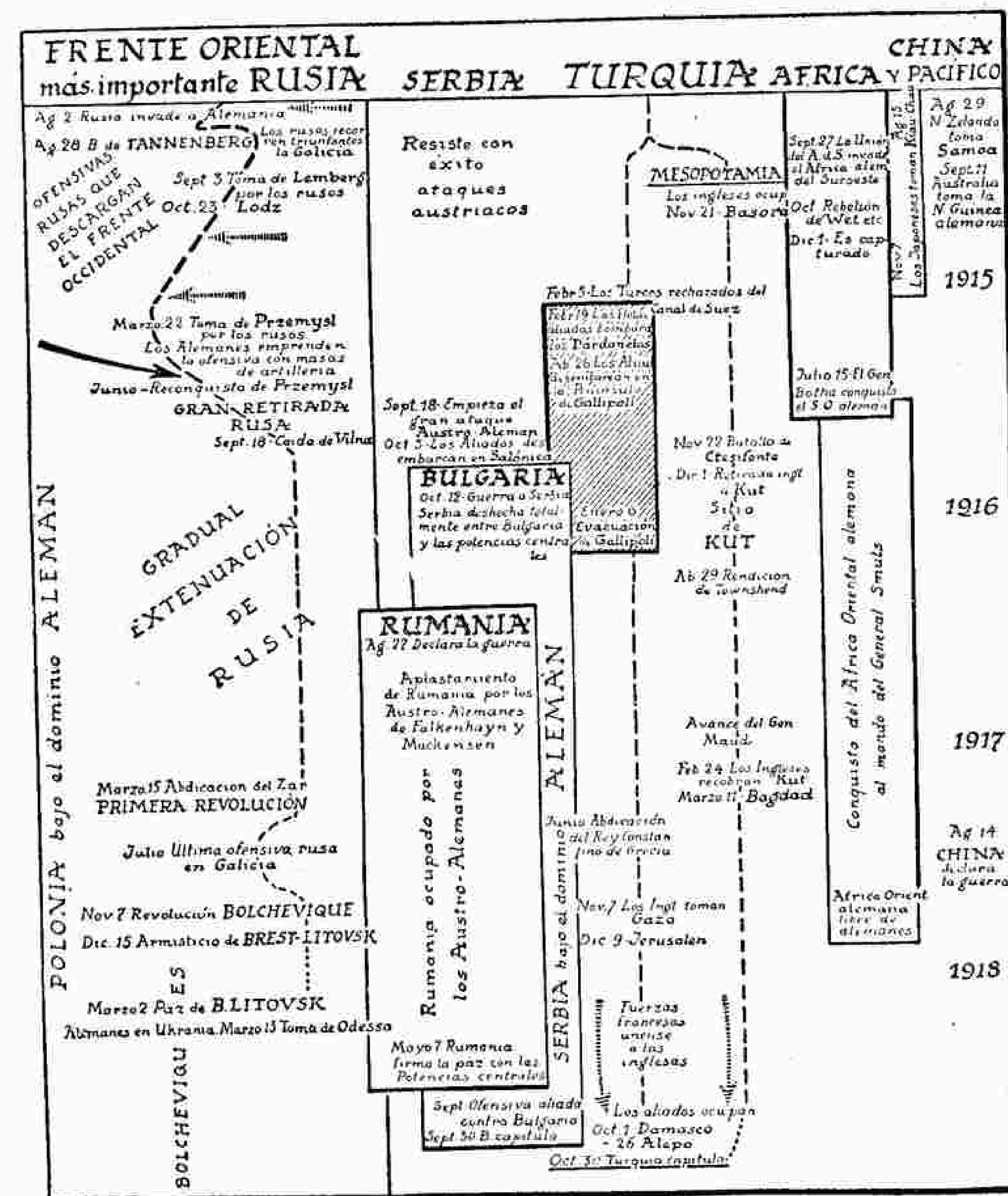
Ya, por entonces, la guerra pesaba terriblemente sobre todas las naciones europeas. En todas ellas había habido una gran desorganización del sistema de comunicaciones; las reparaciones y reposiciones del material ferroviario, naviero, etc., habían sufrido un brusco paro; la producción de materias alimenticias había disminuido considerablemente; grandes masas de trabajadores habían sido, por así decirlo, hurtadas a la industria y al comercio en beneficio de la guerra; la labor docente y cultural había igualmente sufrido, no ya una parada, sino un retroceso; toda la obra de la civilización, en suma, atravesaba una crisis que podía serle fatal. La brutalidad del orden militar había sustituído a las disciplinas sutiles de la paz, y la vida humana había sido trastornada de arriba abajo. Los pueblos beligerantes, y en menor grado los neutrales, se veían transportados a un estado de cosas absolutamente distinto del habitual y profundamente depresivo y desmoralizador. Pero Rusia fué la que más pronto sufrió de este brusco desarraigo de la civilización. La autocracia rusa era a la vez criminal e incompetente. El zar, como muchos de sus antecesores, se había entregado a una devoción rayana en el fanatismo, y la corte rusa

aparecía dominada por un impostor religioso, Rasputín, cuyo culto, obsceno y delirante, era buena prueba de la corrupción y la demencia a que había resbalado la aristocracia rusa, con la familia imperial a la cabeza. Bajo la capa de este repugnante misticismo se escondían una indolencia, una ignorancia y una mala fe políticas que dirigían tan dispartadamente la guerra, que todo el mundo, al tanto de lo que ocurría en Rusia, podía prever el próximo desastre y la traición a los aliados que se iba incubando. Los soldados rusos eran enviados al frente sin artillería que les apoyase, muchas veces hasta sin fusiles, sacrificados estúpida y criminalmente por el alto mando. Durante algún tiempo, aquella carne de matadero sufrió en silencio, resignadamente, como sufren los animales; pero la paciencia y la resignación humanas tienen un límite, y un profundo descontento y aversión por el Gobierno que así los enviaba a la matanza empezó a cundir entre aquellos ejércitos malgastados y vendidos. Desde fines del 1915 empezó Rusia a ser una fuente de honda ansiedad para las naciones aliadas. Durante todo el año de 1916 tuvo ya que permanecer a la defensiva, incapaz de un serio ataque contra el frente enemigo, y con frecuencia corrieron rumores de una paz separada con Alemania. Tal era el mal estado de su situación militar que, cuando el desastre de Rumania, no pudo prestarle ninguna ayuda eficaz.

El 29 de diciembre de 1916, el pseudo-monje Rasputín, sin duda uno de los personajes más siniestros y repulsivos de la historia rusa, era asesinado en casa del príncipe Yusupov, en una fiesta organizada con ese fin, y unos cuantos hombres de buena voluntad hacían un esfuerzo, desgraciadamente tardío, para poner en orden la situación militar y política. Pero, a pesar de todo, el proceso de descomposición continuó rápidamente, y en el mes de marzo había llegado a tal punto que, evidentemente, todo remedio era ya imposible. En San Petersburgo estallaron varios motines por causa de la insuficiencia de víveres, motines que inmediatamente degeneraron en revolución; se intentó suprimir la Duma, cuerpo representativo de la nación; se detuvo a unos cuantos cabecillas liberales, para luego ponerlos en libertad; formóse un Gobierno provisional presidido por el príncipe Lvoff, y al cabo, como último recurso, el día 15 de marzo abdicó el zar. Durante algún tiempo pareció como si fuera posible una revolución moderada y dirigida, acaso, bajo un nuevo zar. Pero, evidentemente, las cosas habían ido demasiado lejos y el pueblo estaba demasiado desconfiado y desmoralizado para que ello fuera posible. Campesinos, obreros y burgueses rusos estaban ya hartos del antiguo régimen, de zares, guerras y Grandes Potencias, y sedientos de libertad y de paz. La guerra, además, una guerra para la que no estaba preparado el pueblo ruso, demasiado primitivo y desorga-



nizado, había agravado sus miserias hasta un punto irresistible. Los aliados no se daban la menor cuenta de la realidad de la situación en Rusia; sus diplomáticos eran tan ignorantes de estas realidades como los demás diplomáticos de todo el mundo, que a lo sumo saben lo que pasa en la corte, pero no en el pueblo. Además, los diplomáticos, en general, simpatizan muy poco con el republicanismo, y en este caso trataron de poner al Gobierno provisional ruso todas las piedras que pudieron en su camino. A la cabeza del Gobierno ruso se encontraba un político elocuente



y pintoresco, Kerensky, que se vió asaltado en el interior por las fuerzas de un movimiento revolucionario más hondo que el que lo llevara al poder: la "revolución social", y poco menos que abandonado por los Gobiernos aliados en el exterior. Franceses e ingleses le acosaron para que lanzase contra el frente alemán una nueva ofensiva, que descongestionaría el frente occidental; pero cuando los alemanes atacaron Riga por mar y tierra, el Almirantazgo británico retrocedió ante la perspectiva de una expedición naval de socorro en el Báltico. La nueva república rusa tuvo que

luchar aisladamente, sin apoyo de ninguna clase. A pesar de su incontestable supremacía naval y de las amargas protestas del gran almiraite inglés Lord Fisher (1841-1920), es de observar que los aliados, con excepción de algunos ataques submarinos, dejaron a los alemanes el completo dominio del Báltico durante toda la guerra.

Las masas rusas estaban resueltas a terminar la guerra. Habíase constituído en Petrogrado un organismo representando a los obreros y a los soldados, el Soviet, que reclamaba una conferencia internacional de socialistas en Stokholmo. A la sazón, estaban ocurriendo en Berlín diversos motines motivados por las subsistencias, el cansancio de la guerra era profundo en Alemania y Austria, y, a juzgar por los sucesos posteriores, no cabe duda que esta conferencia habría precipitado una paz razonable, de tipo democrático, en 1917, y una revolución alemana. Kerensky suplicó a sus aliados occidentales que permitieran que esta conferencia tuviese lugar, pero temerosos de un estallido socialista y republicano en todo el mundo, los aliados se negaron, no obstante la respuesta favorable a la proposición de una pequeña mayoría del partido laborista británico. A pesar de no contar con la ayuda física ni moral de los aliados, la república "moderada" de Rusia continuó luchando e hizo un último esfuerzo desesperado en la ofensiva de julio, que, después de algunos éxitos preliminares, fracasó como las otras con la consiguiente carnicería de soldados rusos.

La resistencia de Rusia había llegado a su extremo límite. La rebelión se declaró en el ejército ruso, especialmente en el frente Norte, y el 7 de noviembre de 1917 el Gobierno de Kerensky era derribado y el Gobierno de los Soviets subía al poder, dominado por los socialistas bolcheviques, acaudillados por Lenin, y se comprometía a concertar la paz con las Potencias Centrales sin tener para nada en cuenta a sus ex aliados. Rusia quedaba, definitivamente, "fuera de la guerra".

En la primavera de 1917, los franceses habían llevado a cabo una gran ofensiva en la Champagne, absolutamente ineficaz, que les costara enormes pérdidas. Así, pues, a fines de 1917, la situación era sumamente favorable para Alemania, de haber tenido su Gobierno la sensatez de luchar por la seguridad y el bienestar del país más bien que por la soberbia de un predominio mundial. Pero hasta el último momento, hasta el agotamiento absoluto, puede decirse que las Potencias Centrales no pensaron sino en su antiguo sueño imperialista, tan criminal como imposible.

Durante todo 1916, la campaña submarina había ido aumentando en intensidad, pero hasta entonces había respetado a los barcos de los países neutrales. En enero de 1917, Alemania declaró el "bloqueo" absoluto de Francia e Inglaterra, y las Potencias neutrales fueron advertidas de cesar toda comunicación marítima y todo tráfico en los mares británicos. Este torpedeamiento a diestra y siniestra, sin tener en cuenta la nacionalidad de los barcos hundidos, obligó a los Estados Unidos a entrar en la guerra, el 6 de abril de 1917. Durante todo este año, mientras Rusia se acababa de venir abajo, el pueblo de los Estados Unidos se convertía rápida y seguramente en una gran nación militar. Y la campaña alemana submarina sin restricciones, que hiciera a los imperialistas alemanes correr el riesgo de este nuevo adversario, resultaba, al fin y al cabo, mucho menos eficaz y decisiva de lo que se había esperado. La marina de guerra británica demostraba una inventiva y una imaginación muy superiores a las de su ejército, creando rápidamente medios defensivos y ofensivos, tanto marítimos como aéreos, contra los submarinos alemanes, y al poco tiempo el número de torpedeamientos disminuía, al par que disminuía el número de submarinos alemanes, apresados o destruídos por la escuadra inglesa. Hacía ya tiempo que la cuestión alimenticia se había convertido en un verdadero problema en Inglaterra, y no hubo más remedio que recurrir al sistema de racionamiento; pero la administración pública se comportaba hábilmente, el pueblo demostraba un espíritu excelente, aceptando sin contradicción las disposiciones reglamentarias, y todo peligro de hambre y de desórdenes sociales parecía enteramente conjurado.

A pesar de todo, el gobierno imperial alemán persistía en su línea de coducta, sin dar su brazo a torcer. Si la campaña submarina no daba todos los resultados que se habían esperado de ella, y si los ejércitos americanos empezaban a llegar en grandes masas al frente occidental, en cambio Rusia se había venido definitivamente abajo y, en octubre de 1917, la misma suerte que había cabido a Servia y Rumania parecía a punto de caber a Italia, quebrantada por una terrible ofensiva austroalemana. El frente italiano se derrumbaba, a raíz de la derrota de Caporetto, y los ejércitos germánicos llegaban en su avance triunfal casi a tiro de cañón de Venecia. Alemania, más firme en su orgullo que nunca, se creía en situación de dictar la ley a los rusos, y la paz de Brest-Litovsk (2 de marzo de 1918), una de las más abusivas y exorbitantes de la Historia, daba a los aliados una ligera idea de lo que podría ser para ellos una victoria alemana.

Durante todo el invierno, no habían cesado los alemanes de transportar las tropas del frente oriental al occidental, y todo el mundo comprendió, en la primavera de 1918, que el esfuerzo máximo, decisivo, de las Potencias Centrales, hambrientas, exasperadas, a punto de extenuación por aquellos cuatro años de lucha, iba a tener lugar. El imperialismo alemán iba a realizar su esfuerzo supremo por ganar la guerra, a jugarse la última carta. Desde

hacía varios meses, las tropas americanas desembarcaban regularmente en Francia, provistas de un material formidable, pero el grueso del ejército norteamericano aun no se había reunido aquende el Atlántico. Si los alemanes iban a descargar un golpe decisivo sobre el frente occidental, éste era el momento; cada semana disminuían sus probabilidades de triunfo y aumentaba la fuerza de los aliados. El primer ataque fué proyectado contra el frente británico en la región del Somme. Los generales de caballería, no muy brillantes que digamos en punto a inteligencia (sin contar que la caballería era un cuerpo que, en este campo de batalla occidental, más que de ayuda, de lo que servía era de engorro), que mandaban este frente, fueron cogidos, por decirlo así, de sorpresa, y el 21 de marzo, fecha del "desastre de Gough", el quinto cuerpo de ejército británico retrocedía en desorden casi hasta Amiens. Las envidias y celillos profesionales de los generales franceses e ingleses había impedido la unificación del mando de los ejércitos aliados en Francia, y detrás de Gough no había la menor reserva. Los aliados perdían un millar de cañones y una porción de miles de prisioneros. Durante todo abril y mayo los alemanes desarticularon el frente aliado con ofensivas parciales. En el Norte estuvieron a punto de romper la línea aliada, y ésta se veía obligada a replegarse sobre el Marne, adonde llegaban de nuevo las tropas alemanas el 30 de mayo de 1918.

Este momento marcó el ápice del esfuerzo alemán, detrás de cuyo ejército estaba un país exhausto y casi aniquilado por el hambre y toda suerte de penalidades. El mariscal Foch fué nombrado general en jefe de los ejércitos aliados, realizándose así la unidad de mando suspirada por todas las personas sensatas. Nuevas tropas británicas cruzaban el Canal de la Mancha, y los Estados Unidos, ya completamente organizados para la guerra, desembarcaban diariamente en Francia cientos de miles de soldados. En el mes de junio, los austríacos, aún más agotados que los alemanes, hacían su último esfuerzo en Italia y se venían abajo ante un contraataque italiano. A primeros de junio, Foch, por su parte, desencadenaba una ofensiva contra el frente alemán. En julio, ya se habían vuelto las tornas y los alemanes empezaban a retroceder. La batalla de Château-Thierry (18 de julio) demostraba la excelente calidad de las tropas norteamericanas. En agosto, los ingleses lanzaban un vigoroso ataque en masa, y el grueso de las fuerzas alemanas, en el frente de Amiens, se declaraba en retirada. "El día 8 de agosto —declara Ludendorf— fué un día negro en la historia del ejército alemán". El ataque británico contra la línea Hindenburg, en septiembre, acababa de asegurar la victoria de los aliados.

Alemania estaba vencida. El espíritu de combatividad, sin el cual es imposible toda guerra, había desaparecido de sus ejércitos, y el mes de octubre vió una derrota y retirada general en todo el frente. A primeros de noviembre, las tropas británicas llegaban a Valenciennes y las norteamericanas a Sedán. En Italia, igualmente, las tropas austríacas se habían declarado en franca y desordenada retirada. En todas partes, las armas de los Hohenzollern y los Habsburgos se venían estrepitosamente a tierra. La catástrofe final fué singularmente rápida. Franceses e ingleses no podían dar crédito a sus ojos cuando, diariamente, leían en sus periódicos cómo los ejércitos aliados avanzaban capturando millares de cañones y miles y miles de prisioneros.

En septiembre, una gran ofensiva aliada contra Bulgaria había ocasionado una revolución y proposiciones de paz. Turquía siguió el ejemplo, capitulando a fines de octubre, y Austria-Hungría hizo lo propio el 4 de noviembre. Los alemanes hicieron una última tentativa para sacar su escuadra de Kiel y echarla a pelear con la inglesa, pero los marineros, comprendiendo la inutilidad de ello y cuidando de su pellejo más que sus jefes, se amotinaron el 7 de noviembre.

El Kaiser y el Kronprinz, renunciando a toda postura heroica y sin un ápice de dignidad, pusieron pies en polvorosa y se refugiaron apresuradamente en Holanda. El 11 de noviembre se firmaba un armisticio y la espantosa pesadilla de la Gran Guerra tocaba a su fin.

Cuatro años y tres meses había durado esta pesadilla, arrastratando poco a poco en su vórtice a casi todas las naciones occidentales. Más de diez millones de hombres habían muerto en el campo de batalla, y otros veinte o veinticinco millones habían perdido la vida a causa de ella. Y cientos de millones habían sufrido sus penalidades, se habían visto atenazados por el hambre, el frío, la miseria, el dolor moral, el terror a las consecuencias de una derrota... La mayoría de los hombres vivos y aptos para el trabajo se encontraban empleados en la obra guerrera, en la fabricación de armamentos, en los hospitales, sustituyendo a los que estaban en filas y trabajando en las peores condiciones. Los mismos hombres de negocios habían tenido que adaptarse al nuevo régimen económico y financiero y a la situación de un mundo en crisis. La guerra se había convertido, por decirlo así, en una costumbre, en un ambiente, en un nuevo orden social, que, de pronto, bruscamente, terminaba, dejándolo todo en un estado de caos.

En Londres, el armisticio fué proclamado a eso de las once del 11 de noviembre. La rutina, ya habitual, de la vida adquirida durante tantos meses, pareció detenerse y cambiar su curso repentinamente. Los empleados se precipitaron fuera de sus oficinas

como si ya no pensaran volver nunca a ellas, los dependientes abandonaron las tiendas y se lanzaron igualmente a la calle, los autobuses y los camiones militares parecieron olvidar su ruta y su destino y circularon al azar por la ciudad, cargados de transeúntes, que fraternizaban con los conductores, todos ellos en un estado de semiinconsciencia. Enormes muchedumbres llenaban las calles, impidiendo la circulación, y todas las casas y tiendas que disponían de banderas y colgaduras se apresuraron a exhibirlas para festejar el acontecimiento. Al llegar la noche, las calles principales, que desde hacía meses permanecieron a oscuras por temor a los "raids" nocturnos, se iluminaron espléndidamente. Era verdaderamente extraño ver otra vez aquellas muchedumbres reunidas a la luz artificial. Todo el mundo se sentía en una especie de atonía, como al salir de una terrible pesadilla, sin acabar de comprender que ésta ha terminado. Ya no habría más matanzas en Francia, ya no caerían más bombas de las alturas... todo iba a ir mejor. La gente no sabía si llorar o si reír, no pudiendo ni una cosa ni otra. Procesiones de mozos y soldados con permiso, muchos de ellos aun convalescientes de sus heridas, recorrían las calles cantando y delirando. Un cañón alemán capturado, y enviado a Londres como trofeo, era izado sobre el pedestal de la columna de Nelson en la plaza de Trafalgar, y despedazada y quemada su cureña. El aire vibraba de cohetes y fuegos artificiales. Pero en medio de todo este bullicio, había muy poca alegría verdadera. Todo el mundo había sufrido demasiado para poder regocijarse como se regocija un pueblo victorioso al día siguiente del triunfo...

XLI

VEINTE AÑOS DE INDECISION Y SUS CONSECUENCIAS

§ 1. *Una fase de decaimiento moral.*

El mundo de las civilizaciones europeas occidentales, en los años que siguieron inmediatamente a la Gran Guerra, se encontraba, por decirlo así, en la situación de un hombre al que se acaba de realizar, muy burdamente, una operación quirúrgica de importancia vital, y que aún no está seguro de si podrá continuar viviendo o si el daño es de tal índole que no tendrá más remedio que resignarse a morir. Era un mundo deslumbrado y aturdido. El imperialismo militarista alemán había sido, en efecto, vencido, pero ¡a qué costa!; y, eso, después de haber estado a dos dedos de la victoria. Ahora, que la violencia de la lucha había cesado, las cosas volvían, mal que bien, a marchar, pero al paso firme de antaño había sucedido un general titubeo, una general incertidumbre y debilidad; y la calma aparente no hacía sino mal encubrir un humor borrascoso y una universal atrabilis. Sin embargo, y ello constituía la mejor esperanza del momento, todo el mundo estaba sinceramente anheloso de paz, y todos de acuerdo en añorar la libertad, seguridad y bienestar de aquellos benditos tiempos anteriores a la guerra, que, después de cuatro años de sufrimiento físico y moral ante el enigma de un porvenir amenazador, parecían formar ya un pasado luminoso y magnífico, muy lejano; una especie de paraíso social al que ya no podría volverse.

Lo mismo que en la República Romana bajo la larga presión de las Guerras Púnicas, había habido ahora un despilfarro de violencia y de crueldad y una honda mella en la moral financiera y económica. Los espíritus generosos se habían sacrificado libremente a las urgentes demandas de la guerra, pero los taimados y los viles, tanto en el mundo de las finanzas como en el de la industria, vigilando atentamente las oportunidades convulsivas de la época, habían sabido poner la zarpa sobre los recursos y el poder político de sus respectivos países. En todas partes, hombres que antes del 1914 habrían pasado por aventureros equívocos, aparecían ahora revestidos de poderío y de influencia, mientras los mejores se

afanaban en un trabajo improductivo. Hombres, por ejemplo, como Lord Rhondda, el interventor de víveres inglés, se mataban a fuerza de trabajo, en tanto que el acaparador o el especulador de guerra, harto de ocios y dineros, se pavoneaba sobre el tablado del mundo y gobernaba prensa y partidos políticos.

Durante la guerra, en casi todos los países beligerantes se habían llevado a cabo extraordinarios experimentos de organización colectiva, comprendiéndose que los expedientes usuales del comercio en tiempo de paz eran incompatibles con las rápidas necesidades de la guerra. Los transportes, combustibles, víveres, y la distribución de primeras materias, todo ello había sido colocado bajo la administración pública. Los arrendatarios no habían podido ya subarrendar, el ganado había sido requisado y grandes extensiones de pradera y aun de parques habían sido convertidas en campos labrantíos, con o sin la aprobación del propietario. La edificación de lujo y la promoción de las Compañías de especulación habían sido limitadas. En efecto, una especie de estado socialista de urgencia había sido implantado en toda la Europa beligerante. Claro que era una organización todavía muy burda y precaria; pero, de todos modos, más eficaz que la maraña especuladora, acaparadora, incoherente e improductiva de la "empresa privada".

En los primeros años de la guerra, en todos los Estados beligerantes se promovió un vasto sentimiento de fraternidad y de intereses comunes. En todas partes el hombre del pueblo sacrificaba la vida y la salud en pro de lo que él creía el bien común del Estado. A cambio de ello, se les prometía que, cuando concluyese la guerra, habría menos injusticia social, una devoción más universal al bienestar común. En Inglaterra, por ejemplo, Mr. Lloyd George se cuidó de insistir muy particularmente sobre su intención de hacer de la Gran Bretaña de la posguerra "un país adecuado para los héroes". En discursos de gran hermosura y elocuencia preveía y apoyaba la continuación de este nuevo comunismo de guerra en la Era de paz. A este fin, el Gobierno inglés creó un Ministerio de Reconstrucción, cuyo objeto sería planear un nuevo y más generoso orden social, mejores condiciones para el trabajo, mejores viviendas, una instrucción pública más extensiva, una revisión total y científica del sistema económico. Esperanzas semejantes de un mundo mejor sostenían a los soldados de Francia, de Alemania, de Italia. Una desilusión prematura fué lo que produjo el derrumbamiento de Rusia. De manera que, a fines de la guerra, puede decirse que dos corrientes de anticipación mutuamente peligrosas cruzaban el espíritu de los hombres de Occidente. Los ricos y los aventureros, y particularmente los nuevos especuladores de guerra, tramaban sus planes para impedir que algunas nuevas ramas de actividad creadas por la guerra, como las comunicaciones aéreas, por ejemplo, quedasen en poder del Estado, y para recobrar las fábricas, arsenales, ferrocarriles, servicios públicos y comercio de materias primas de manos de la comunidad, asegurándose a este efecto la prensa y los partidos políticos. En tanto el pueblo, la masa en general, esperaba confiadamente el advenimiento de una nueva sociedad, planeada en su interés y con arreglo a unas cuantas ideas generales muy generosas y consoladoras. La historia de 1919 es, en gran parte, la historia del choque de estas dos corrientes de anticipaciones. En todas partes, fuerza es confesarlo, una vez concluída la guerra, los respectivos Gobiernos se apresuraron a liquidar todas las empresas públicas remuneradoras en favor de los especuladores privados...

A mediados de 1919 las masas obreras hallábanse en todo el mundo evidentemente desilusionadas y de pésimo humor. El "Ministerio de reconstrucción" inglés y sus equivalentes extranjeros eran denunciados como una franca impostura. El pueblo, el trabajador, comprendió que, una vez más, había sido estafado. No iba a haber tal reconstrucción; a lo sumo, una restauración del antiguo orden, y eso en una forma aún más áspera, que la miseria de los nuevos tiempos parecía requerir.

Durante cuatro años el drama de la guerra había oscurecido la cuestión social que viniera planteándose a la civilización de Occidente a través de todo el siglo XIX. Pero, una vez concluída la guerra, esta cuestión reaparecía automáticamente, en primer plano, más cruda y terrible que antes.

Las irritaciones y penalidades y la inseguridad general de la nueva Era aparecían exacerbadas por una honda perturbación de la circulación monetaria y del crédito. El dinero, complicado desarrollo de convenciones más que sistema de valores, se había visto privado en los países beligerantes del apoyo de un patrón oro. El oro había sido reservado exclusivamente para el comercio internacional, y todos los Gobiernos habían producido cantidades excesivas de papel moneda para el uso interior. Cuando las barreras del tiempo de guerra se vinieron abajo, el cambio internacional se convirtió en un verdadero caos, en una confusión de fluctuaciones fantásticas, manantial de ruina para todos, con excepción de un puñado de jugadores y especuladores de la peor especie. Los precios subieron y subieron, enfureciendo más y más al jornalero y a todos aquellos que tenían que regular su vida por un salario uniforme. De un lado, el patrono, resistiéndose a toda petición de aumento; y de otro, la comida, la casa, el vestir, acorralándole implacablemente. Y —lo que constituía el peligro esencial de la situación— este jornalero *había perdido toda confianza de que la paciencia o la buena voluntad industrial de que pudiese dar pruebas influyeran para nada en la mitigación de sus males.*

En la mayoría de los países europeos había una urgente necesidad de casas. Durante la guerra hubo una interrupción, no sólo de construcciones, sino de reparaciones. La falta de casas en los últimos meses de 1919 ascendió a una cantidad que oscilaba entre 250.000 y un millón en Gran Bretaña solamente. La situación en Francia y Alemania era todavía peor. Multitudes enteras vivían en un estado de exasperante congestión, y una desvergonzada especulación tenía lugar con las casas y departamentos. Era una situación difícil pero no imposible de sobrellevar. Con la aplicación del mismo entusiasmo, energía y espíritu de sacrificio puestos de manifiesto durante la monstruosa crisis de 1916, la tarea mucho más fácil de proveer un millón de casas podría haberse cumplido en algo más de un año. Pero habíase producido el acaparamiento de materiales de construcción, el transporte estaba desorganizado, y no resultaba de provecho para las empresas privadas construir casas, cualquiera que fuese la renta posible dentro de los escasos medios de la gente que las necesitaba. Las empresas privadas, en consecuencia, antes que preocuparte por la necesidad pública de casas, no hizo otra cosa que monopolizar y especular con los arrendamientos y subarrendamientos. Pedían ahora subvenciones al Estado para construir con algún provecho.

Y, como otro ejemplo de lo inadecuado del sistema especulativo para resolver los problemas de la época, había una gran acumulación y deterioro de mercaderías en los depósitos, debido a la insuficiencia de transportes. Había una perentoria necesidad de automóviles baratos para trasladar mercaderías y obreros. Pero la industria privada automovilística pensó que era mucho más provechoso producir automóviles espléndidos y costosos destinados a los que se habían enriquecido con la guerra. Las fábricas de municiones construidas con abundancia de dinero pudieron haber sido rápida y fácilmente convertidas en fábricas para la producción en masa de automóviles baratos, pero las empresas privadas habían insistido en que estas fábricas fueran vendidas por el Estado, y no querían ni satisfacer las necesidades públicas ni permitir que el Estado lo hiciera. De igual modo, con el mundo sufriendo de carencia de barcos, las empresas privadas insistieron en la clausura de los astilleros del Estado recientemente construídos.

El sistema fiduciario se hallaba dislocado en todas partes, pero el capital privado estaba muy entretenido comprando y vendiendo francos o marcos e intensificando el desorden.

Estos son hechos que el historiador se ve obligado a anotar, con el mínimo comentario posible. El caso innegable es que la iniciativa privada en Europa durante 1919 y 1920, no dió pruebas ni de la voluntad ni de la inteligencia necesarias para atender a las necesidades urgentísimas del momento. Apenas se vió libre de la intervención oficial precipitóse de nuevo, como por ley natural[1], en la especulación, el acaparamiento y la producción de lujo, siguiendo la dirección del máximo beneficio. Sin el menor sentido del peligro, y desconociendo su propio interés, resistióse a toda tentativa de limitar y moderar sus beneficios y de hacerse útil a la colectividad.

Y, esto, frente a las más inequívocas manifestaciones del extremo descontento que se iba apoderando del proletariado europeo ante la prolongación indefinida de las privaciones y sufrimientos de que era víctima. En 1913 estas masas vivían como habían venido viviendo desde su nacimiento, acostumbradas ya a esa vida. Las masas de 1919, en cambio, se habían visto desarraigadas en todas partes, para entrar en el ejército, en las fábricas de municiones, etc. Habían perdido sus hábitos de conformidad, endureciéndose y tornándose más capaces de una acción desesperada. Enormes muchedumbres humanas habían pasado por un entrenamiento tan brutal como la disciplina militar y la guerra de trincheras, aprendiendo a ser feroces y a importárseles cada vez menos matar y morir. Como es lógico, ello había hecho mucho más peligrosa la inquietud social.

Todo parecía indicar que el estado de cosas que viniera manteniéndose durante tantos años no podría prolongarse ya mucho tiempo, por negarse a ello las masas proletarias. A menos que los favorecidos por la fortuna, los ricos y los educados, las clases directivas, en suma, no consiguieron rápidamente supeditar la iniciativa privada al bien común, dando a la idea de "negocio" un sentido primordial de servicio público y no de beneficio particular; a menos que no lograran en su propio interés una seguridad de paz general, que acabase con toda compentencia de armamentos y todo preparativo de guerra, era muy de temer que las huelgas y las insurrecciones se sucedieran una tras otra hasta el completo derrumbamiento del orden político y social. Ello no quiere decir que las masas tuvieran, o creyeran tener, el plan de un nuevo sistema social, político y económico.

No; ni lo tenían, ni creían tenerlo. Los defectos del proyecto socialista, que hemos anteriormente apuntado, no eran un secreto para ellas. La situación era aún mucho más grave que todo eso. Las masas habían llegado a asquearse a tal punto del sistema vigente, de su estúpido lujo, de su despilfarro universal y de su miseria general, que, indiferentes a cuanto pudiera sobrevenir luego, no pensaban ya sino en destruirlo. Era, en suma, un estado de espíritu muy semejante al que, siglos atrás, hiciera posible la caída y disolución del Imperio Romano.

Las fuerzas de la revolución social empezaron a moverse por

todas partes en Europa, y más particularmente en Italia y Alemania. El comunismo desplegó una agresividad excepcional en Italia. En varias partes de este país aparecieron alcaldes comunistas, y en Bolonia hubo un violento intento para poner en vigor los principios comunistas. En julio de 1920 Giolitti, un neutralista que se había opuesto a la guerra, reemplazó al señor Nitti como jefe del gobierno. Hizo varios experimentos de cooperación entre los obreros industriales y sus patrones. En septiembre muchas fundiciones de acero y otra fábricas fueron tomadas por los trabajadores, que las empezaron a hacer trabajar con arreglo a principios socialistas, recibiendo la aquiescencia y el apoyo del gobierno.

La inclinación hacia el comunismo continuó durante 1921 enfrentando a una creciente oposición, y se produjeron tumultos y violencias en Florencia, Trieste, Puglia, Pisa y muchos otros sitios. Las medidas socializadoras de Giolitti habían producido una violenta reacción entre las clases interesadas en la propiedad privada, una asociación de jóvenes habíase desarrollado, los fascistas, que adoptaron la cachiporra, la camisa negra, el nacionalismo más extremado y el antisocialismo. Enfrentando la violencia con la violencia la llevaron a nuevos extremos; establecieron el terror antisocialista. Hallaron un dirigente de gran energía y pocos escrúpulos en Benito Mussolini, un ex periodista radical. Bajo su hábil dirección los fascistas sobrepasaron rápidamente los esporádicos y sentimentales avances de los comunistas. Se desalojó a los dirigentes liberales y a los escritores a golpes de cachiporra. Un método favorito de los fascistas fué la administración de grandes dosis de aceite de ricino a los que criticaban desfavorablemente sus actividades. El asesinato, las palizas, la tortura y el incendio de las propiedades privadas de los pensadores liberales se convirtieron en el sistema de control en Italia. La sombra del comunismo fué reemplazada por la realidad de la ley de los bandidos.

Hacia octubre de 1922 los fascistas habían adquirido tanta fuerza que se convirtieron en un verdadero ejército, y así pudieron marchar sobre Roma. El gabinete proclamó la ley marcial y se dispuso a luchar, pero el rey rehusó su consentimiento a tales medidas e invitó a Mussolini a tomar la dirección del gobierno. Así lo hizo él. Se convirtió en jefe del gobierno y convino en disolver su legión de camisas negras, promesa que nunca fué cumplida. Los fascistas tuvieron el control de la policía y de las fuerzas armadas del país, la libertad de prensa fué avasallada, las elecciones se convirtieron en una farsa, los opositores políticos siguieron siendo asaltados, aterrorizados, asesinados; y Mussolini, bajo el título de *Il Duce*, se convirtió en dictador virtual, siendo el rey relegado a un término de muy segundo plano.

Durante un tiempo se restauró en Italia cierta burda eficiencia económica relativa, pero hasta hoy las perspectivas sociales de ese gran país siguen sombrías e inciertas [1]. La situación italiana sigue interesando profundamente al mundo, porque en ella se manifiestan las más ásperas y crudas formas de la extrema izquierda y la extrema derecha en los negocios humanos contemporáneos, la impracticabilidad e incapacidad de la primera, y la rapidez con que la propiedad y las empresas privadas al ponerse a la defensa pueden degenerar en violencia y bandidaje. Italia, como Rusia, se ha convertido en una prisión para toda persona de pensamiento liberal. La aviesa ponzona de la ilegalidad, respecto de la cual hemos expresado ya nuestra animadversión en la crítica de *Stalky y Compañía*, está en pleno florecimiento en esos dos países. Pero Italia no es la única nación en esas condiciones; constituye el ejemplo más evolucionado de la tendencia universal de los tiempos actuales. En Alemania, Francia y Gran Bretaña los fascistas han encontrado rivales e imitadores, pero durante un tiempo sus actividades en esos países fueron más una molestia que una tiranía.

§ 2. *El Presidente Wilson en Versailles.*

Como habrá visto el lector, nos hemos ocupado del desorden social y económico de las comunidades europeas durante los años que siguieron a la guerra, aún antes de haber examinado la obra de reconstrucción mundial que se ofreció a la Conferencia de la Paz, pues el estado de preocupación y de temor con referencia a los problemas particulares de renta, precios, impuestos, trabajo, etc., en que acudieron todos los asistentes, explica en buena parte la atmósfera de cansancio y de desconfianza en que la Coferencia acometió la vastísima tarea que se le presentaba. Realmente, no es posible esperar una vida pública lozana y vigorosa cuando las vidas individuales se hallan en un estado de confusión y desaliento.

La historia de la Conferencia gira muy principalmente en torno de un hombre, uno de esos hombres a quienes el azar o las cualidades personales elevan a la posición de símbolo o tipo representativo, aligerando así la pesada misión del historiador. Así, en el curso de este ESQUEMA hemos encontrado en ocasiones sumamente útil el concentrar nuestra atención sobre algunas individualidades eminentes, como Buda, Alejandro Magno, Yuan Chuang, Federico II, Carlos V, Napoleón I, dejándolos iluminar por el reflejo del período en que vivieron. De igual modo, la conclusión de la Gran Guerra puede verse como el encumbramiento del presidente Wilson, presidente de los Estados Unidos, al puesto

(1) Téngase en cuenta que Wells escribió esto antes de la última guerra mundial. — *(N. del Tr.).*

de honor en la atención y las esperanzas del mundo, y su fracaso en justificar la elevación a dicho puesto.

El presidente Wilson, nacido en 1856 († 1924), al mismo tiempo que un político militante, era un especialista eminente en historia, derecho político y ciencias políticas en general. En este concepto había desempeñado diversas cátedras universitarias y el rectorado de la Universidad de Princenton (Nueva Jersey). Contaba en su haber una larga lista de publicaciones, que muestran un espíritu casi exclusivamente concentrado en la historia y la política americana, indifente y casi ignorante del orden de cosas anterior a aquel de que su nuevo mundo había brotado. Retirándose de la vida docente, fué nombrado gobernador de Nueva Jersey en 1910. En 1912 aparecía como candidato a la presidencia por el partido demócrata, y a consecuencia de una violenta querella entre el ex presidente Roosevelt y el presidente Taft, que producía una escisión dentro del partido republicano, ganaba las elecciones y era proclamado presidente de los Estados Unidos.

Los sucesos de agosto de 1914 parece tomaron al presidente Wilson, lo mismo que al resto de sus compatriotas, de sorpresa. Así, le vemos ofreciendo por telégrafo sus buenos servicios como mediador el 3 de dicho mes. Luego, durante algún tiempo, él y los Estados Unidos contemplaron el desenvolvimiento y curso de la pugna. En un comienzo, ni el pueblo norteamericano ni su presidente parecen haber tenido una comprensión clara y profunda de aquella catástrofe durante tanto tiempo preparada. La tradición nacional, de un siglo a la fecha, había sido la absoluta indiferencia por los problemas del Viejo Mundo, y no se acaba en un momento con tradiciones de esta índole. La insolencia militarista de la corte alemana y la necia afición de las autoridades militares alemanas a los "espantos" melodramáticos, su invasión de Bélgica, el empleo de los gases ponzoñosos y la molestia de su campaña submarina, fueron creando, a medida que la guerra avanzaba, una hostilidad cada vez más honda de los Estados Unidos contra la liga germánica; pero la tradición de abstinencia política y la convicción profundamente arraigada de que los Estados Unidos se hallaban en posesión de una moral política absolutamente superior a los conflictos europeos, impidieron al presidente una intervención activa y le llevaron a adoptar el tono altivo y desprendido de quien truena en las alturas. Con arreglo a este diapasón declaróse incapaz de juzgar los motivos y la justicia de la Gran Guerra. Esta actitud pacifista fué en gran parte, lo que aseguró su reelección a la presidencia.

Pero no se arregla el mundo simplemente con mirar a los malhechores con una cierta expresión dubitativa de censura. A fines de 1916, los alemanes habían podido llegar a creer que, en

manera alguna, intervendrían jamás los Estados Unidos en la lucha, y en 1917 comenzaron su campaña submarina a ultranza, torpedeando sin previo aviso navíos norteamericanos. Esta suprema insensatez arrastró a la guerra al pueblo norteamericano y a su presidente, que también se vieron llevados —no sin cierta resistencia, preciso es confesarlo— a intentar definir sus relaciones con la política del Viejo Mundo en otros términos que los del simple apartamiento. Sus ideas y carácter sufrieron un cambio casi instantáneo. Entraron, sí, en la guerra de parte de los aliados, pero no en pacto alguno con ellos. Vinieron a la lucha en nombre de su propia moderna civilización, a castigar y poner término a una situación política y militar intolerable.

Los juicios tardos y trasnochados son a veces los mejores. En una serie de "notas", demasiado largas y diversas para una reseña detallada en este ESQUEMA, pensando, por decirlo así en voz alta, al alcance de los oídos de toda la humanidad, el presidente Wilson trató de señalar las diferencias esenciales que separaban a los Estados Unidos de las grandes potencias del Viejo Mundo: diferencias, por cierto, cuyo proceso y desarrollo nos ha costado no poco poner claramente de relieve en este compendio histórico. El presidente Wilson expuso una nueva concepción de las relaciones internacionales, que fué acogida como un evangelio, como la esperanza de un mundo mejor, por todo el hemisferio oriental.

Con arreglo a ella, los tratados secretos desaparecían en absoluto, las "naciones" quedarían en plena libertad de decidir sus propios destinos, las agresiones militares dejarían de existir, los caminos del mar serían abiertos a toda la humanidad, sin predominio de nadie. Estos tópicos del pensamiento norteamericano, estos secretos deseos de todo hombre sano de espíritu, cayeron como una gran luz sobre las tinieblas de la ira y el caos de la lucha en Europa. Por fin, pensaron los hombres, las filas de la diplomacia iban a ser rotas, los velos de la poltiica de Grandes Potencias iban a ser rasgados de arriba abajo. Allí, firmemente expresados y sin ambages, con toda la autoridad y la fuerza de una gran nación, joven y poderosísima, aparecía latente detrás, el deseo del hombre del pueblo, de la masa, en el mundo entero.

Evidentemente necesitábase un instrumento supremo de gobierno para implantar la ley mundial y mantener aquellas amplias y liberales generalizaciones sobre la sociedad humana. Realmente, el fin era tan seductor y de tal importancia, que no es de extrañar que ya el espíritu utopista del hombre se viniese aplicando, de bien atrás, a la imaginación de diversos proyectos capaces de lograr este *desideratum*. Entre estos proyectos descollaba cierto movimiento en pro de la formación de una liga mundial, una "Liga de las Naciones". El presidente norteamericano adoptó la deno-

minación y trató de llevarla a cabo. Este órgano federal debía, a su entender, constituir una condición esencial de la paz que él perseguía. Dicha Liga de Naciones debería ser el tribunal supremo en todas las cuestiones internacionales, y la consecución capital de la paz. Y aquí, de nuevo, al lanzar esta resonante proposición, su voz despertó un eco inmenso.

Por algún tiempo, el presidente Wilson fué el representante y portavoz de una nueva Era. Durante toda la guerra, y aun algunos meses después de conclusa, mantúvose, en lo que al Viejo Mundo se refiere, en este puesto preeminente. Pero en los Estados Unidos, donde, como es natural, le conocían mejor, había sus dudas. Dudas que, escribiendo, como escribimos ahora, con la experiencia de los sucesos posteriores, podemos comprender perfectamente. Los Estados Unidos, durante más de un siglo de apartamiento y de seguridad, habían producido nuevos ideales y fórmulas políticas, sin darse cuenta exacta y profunda de que, colocados en otras condiciones de violencia y de peligro, es muy posible que dichos ideales y fórmulas habrían requerido, para su nacimiento y sustento, un esfuerzo mucho más intenso y apasionado que el empleado. Así, muchas cosas que a las comunidades del Viejo Mundo, enzarzadas todavía en sus conflictos políticos, se les antojaban un evangelio salvador, para la comunidad norteamericana eran simples lugares comunes. El presidente Wilson, al hablar como lo hacía, limitábase a responder al pensamiento y a las condiciones de su propio pueblo, basados en una tradición liberal que encontrara por primera vez su plena expresión en el habla inglesa; pero a Europa y Asia haciales pensar y decir, por primera vez en la Historia, cosas hasta entonces ignoradas y secretas. Y es muy posible que él mismo se dejara, al cabo, llevar de este erróneo concepto.

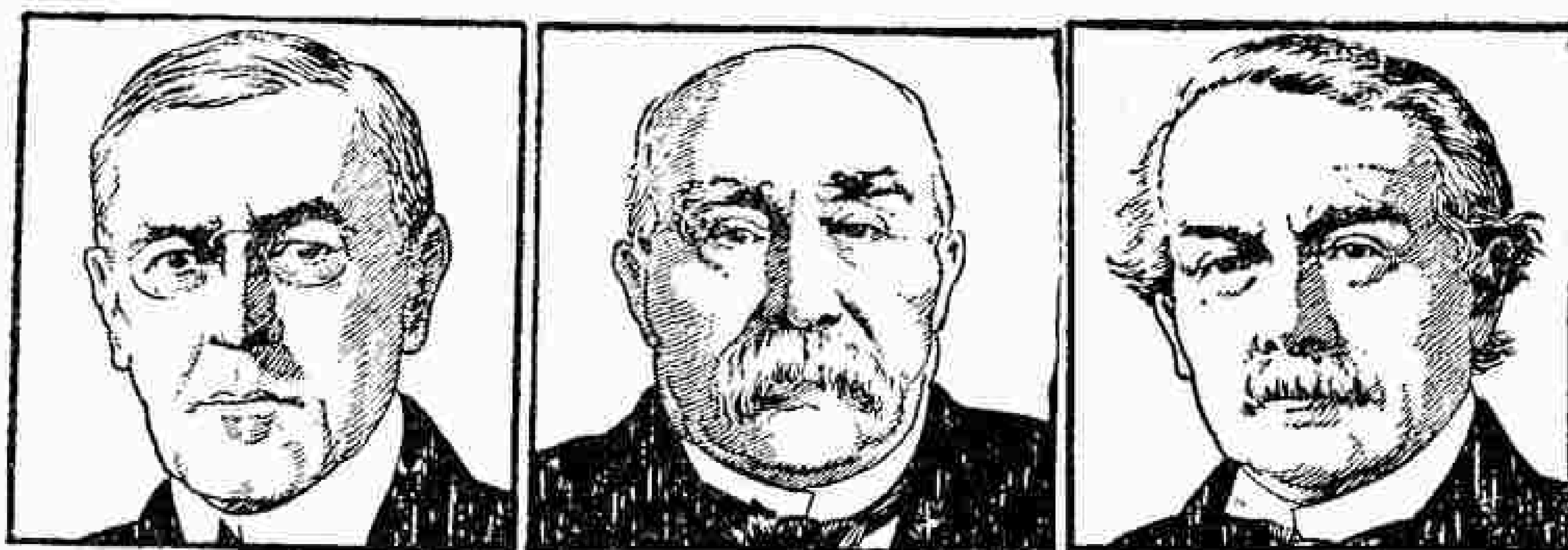
Realmente, nos encontramos en este caso del presidente Wilson con un excelente y docto profesor de ciencias políticas que no se dió cuenta acabada de lo que debía a sus contemporáneos y a la atmósfera literaria y política en que había trascurrido toda su vida, y que pasó, con excesiva premura, después de su reelección como presidente, de la actitud mental de un jefe político a la de un Mesías. Sus "notas" son una serie de exploraciones de los elementos de la situación mundial. Cuando, al fin, en su discurso del Congreso el 8 de enero de 1918, estableció sus famosos "catorce puntos" como una exposición definitiva y terminante de las intenciones de los Estados Unidos respecto a la paz, hay que confesar que, como tal exposición, ella estaba bastante mejor en punto al espíritu que la animaba que en cuanto a la letra y al contenido efectivo.

Este documento pedía el público acuerdo entre sí de las naciones y el término de la clandestinidad diplomática, la libre navegación de los mares, el comercio libre, el desarme y unas cuantas composturas políticas en favor de las nacionalidades oprimidas Por último, en el "punto" catorce, se reclamaba "una asociación general de las naciones", a fin de garantizar la paz del mundo. Pensaba en una "paz sin victoria".

Estos "catorce puntos" tuvieron una acogida entusiasta en todo el mundo. Aquélla era, al fin, la paz que ansiaban los hombres sensatos de todo el mundo, una paz tan excelente y aceptable para los alemanes honrados y decentes, como para los ingleses, franceses y belgas de igual índole. Durante unos meses, la fe en Wilson iluminó brillantemente el mundo. Y no sabe duda que, si se hubiese hecho de ellos la base de un convenio mundial en 1919, habrían abierto una nueva Era en la historia del mundo, más clara y dichosa que las anteriores.

Pero, como ahora diremos, no ocurrió nada de esto. En el presidente Wilson había cierto estrecho egotismo; y en la generación de los Estados Unidos a que se ofreció esta gran ocasión —generación nacida en la seguridad más completa, criada en la plenitud y, por lo que a la Historia se refiere, en la ignorancia; generación alejada de los trágicos problemas que habían pesado sobre Europa— había cierta superficialidad y frivolidad de espíritu. No es que el pueblo norteamericano fuera superficial por naturaleza y por necesidad, sino que la idea de una comunidad humana más amplia que la nacional propia no se había impuesto nunca profundamente a su imaginación o, mejor dicho, a su corazón. Al punto que dicha idea de una gran comunidad humana podía, a lo sumo, ser en ellos una convicción intelectual pero no moral. Así nos encontramos, de un lado, a este pueblo nuevo de un nuevo mundo, con sus nuevas ideas, más puras y elevadas, sobre la paz y la justicia mundiales; y, de otro lado, los pueblos decrépitos, amargados e inextricablemente enmarañados del sistema que hemos llamado de "Gran Potencia"; los primeros un tanto burdos y pueriles en su inmensa inexperiencia, y los segundos cansados, viciados y perdidos en un caos social y político.

El tema de este choque del idealista en agraz de una nueva época con la senectud experimentada de la antigua, fué ya tratado, hace años, por el gran novelista norteamericano Henry James, en su verdaderamente característica narración titulada *Daisy Miller*, patética historia de una muchacha norteamericana, de espíritu franco, confiado y elevado, pero un tanto simple, con una genuina propensión a la rectitud y un gran deseo de felicidad, que viene a Europa, donde no tarda en ser víctima de las complejas falacias y obstinadas limitaciones del Viejo Mundo.


El Presidente Wilson — M. Clemenceau — Mr. Lloyd George

Este tema ha encontrado mil y una variantes en la vida real, y han sido incontables las tragedias trasatlánticas de este género. La historia del presidente Wilson es una de ellas. Pero que no vaya a suponerse que porque la cosa nueva sucumba bajo la acción de las viejas infecciones, ésta sea la condena definitiva de ella.

Probablemente ningún ser humano, y como tal humano falible, manifiestamente anheloso de dar lo mejor de sí en medio de circunstancias abrumadoras, se ha visto sujeto a una crítica tan minuciosa, fiscalizadora e implacable como el presidente Wilson. Se le ha censurado acerbadamente el haber conducido la guerra y las negociaciones de la paz con arreglo exclusivamente a una norma partidista. Se le ha acusado de haber seguido siendo el representante del Partido Demócrata norteamericano en el momento en que las circunstancias concurrían a hacer de él el representante de los intereses generales de la humanidad. Verdad es que no hizo la menor tentativa para incorporar a su esfuerzo el de otros grandes estadistas norteamericanos, como el ex presidente Roosevelt y el ex presidente Taft, y que no hizo rendir a los Estados de la Unión el máximum de sus recursos morales e intelectuales; hizo la cuestión demasiado personal, y rodeóse exclusivamente de sus partidarios y allegados. Y su decisión de venir él mismo a la Conferencia de la Paz fué un grave error.

Casi todos los críticos experimentados parecen ser de opinión de que debería haber permanecido en América, en el papel de los Estados Unidos, hablando cuando la ocasión lo requiriera como habla una nación. Este método, durante los últimos años de la guerra, había sido precisamente lo que le exaltara a una posición sin semejante en la historia del mundo.

Dice el doctor Dillon (2): "Europa, cuando el presidente Wilson arribó a sus costas, era como arcilla, pronta para las manos del alfarero creador. Jamás habían estado las naciones tan ávidas de seguir a un Moisés que las guiase a la tierra de promisión, tanto tiempo prometida, donde no hay guerras ni bloqueos. A juicio de ellas, el presidente Wilson era este gran guía. En Francia, las gentes se inclinaban ante él con temor y veneración. Los jefes socialistas de París me contaron cómo derramaron lágrimas de alegría en su presencia, y cómo sus camaradas habrían caminado sobre brasas para ayudarle a realizar sus nobles proyectos. Para las clases obreras de Italia su nombre era como un clarín celestial, a cuyo son la tierra iba a ser renovada. Los alemanes le consideraban, escudado en su doctrina panhumana, como su áncora de salvación. Herr Muehlon, hombre sin miedo, pudo escribir: "Si el presidente Wilson enjuiciase a Alemania y pronunciara contra ella una dura sentencia, ésta la aceptaría con resignación, sin un murmullo de protesta, y pondría manos a la obra inmediatamente". En Austria, su fama era la de un redentor, y la simple mención de su nombre era como un bálsamo para los quebrantados y una tregua de dolor para los afligidos..."

(2) *La Conferencia de la Paz.*

Tales eran la expetación y las esperanzas desmesuradas del auditorio ante el cual preparábase a comparecer el presidente Wilson, que, a bordo del *George Washington*, entraba en aguas francesas el mes de diciembre de 1918.

Con el presidente Wilson vino su esposa, cosa que, sin duda, parecía naturalísima al espíritu norteamericano, cuyos representantes siguieron en su mayoría el ejemplo presidencial. Desgraciadamente, estas damas, respetabilísimas en sí, introdujeron en la solución del magno problema mundial una especie de carácter social, casi turístico, diríamos. Siendo como eran limitadas las facilidades de transporte, la mayoría de ellas llegaron a Europa con un aire radiante de privilegio. Venían, realmente, como quien viene a una excursión de placer, a una fiesta. Como no dejó de insinuarse, iban a ver Europa en circunstancias de excepcional interés. *De paso*, visitarían Chester, o Warwick, o Windsor (pues sabe Dios si se les presentaría ocasión de volver a ver estos parajes famosos). Algunas entrevistas y sesiones importantes podrían abreviarse o interrumpirse para visitar los monumentos históricos más curiosos. Esta cuestión puede, a primera vista, parecer demasiado trivial para darle cabida en una Historia de la Humanidad, pero minucias de este fuste fueron las que crearon un ambiente de frivolidad en torno de la Conferencia de la Paz de 1919. El caso es que no se tardó mucho en descubrir que Wilson, la Esperanza de la Humanidad, se había como evaporado, en tanto que todos los periódicos ilustrados desbordaban de fotografías de un buen turista extasiado, en compañía de su esposa, sonrientemente agrupados con testas coronadas y otras eminencias de

la alta sociedad... Pero la verdad es que es muy fácil ser cuerdo *a posteriori* y ver que no debería haber cruzado el Atlántico.

Los hombres con los que el presidente Wilson tenía que habérselas, por ejemplo, M. Clemenceau (Francia), Mr. Lloyd George y Mister Balfour (Inglaterra), Barón Sonnino y Signor Orlando (Italia), eran hombres de la mayor disparidad en punto a tradiciones históricas.

Pero en un respecto se parecían a él y despertaban su simpatía. Ellos, también, eran, en parte, políticos, que habían conducido su país a través de la guerra. Al igual de Wilson, no se habían percatado de la necesidad de confiar la obra de reconstrucción a hombres más especialmente calificados para ella.

"Estos hombres eran, en realidad, simples novicios en cuestiones internacionales. La geografía, etnología, psicología e historia política, eran libros sellados para ellos. Como aquel rector de la Universidad de Lovaina, que declarara a Oliver Goldsmith que, ya que él había conseguido llegar a la cabeza de aquella institución sin saber griego, no veía razón ni necesidad de que éste fuera allí enseñado, del mismo modo aquellos eximios estadistas, habiendo obtenido el más alto puesto en sus respectivos países sin más que un leve atisbo de las cuestiones internacionales, eran incapaces de comprender la importancia de conocerlas a fondo o la imposibilidad de reparar la omisión en un momento...

"Esta omisión, no obstante, habría podido, en cierto modo, ser cumplida tomando como asesores a otros hombres versados en aquellas materias. Pero, si así tuvieron que hacerlo, la elección, recayó infalible y deliberadamente en las más inútiles mediocridades. Si es señal de los hombres de genio el rodearse de buenos servidores, fuerza es reconocer que ello no caracterizó a los plenipotenciarios de la Conferencia. La casi totalidad de los adjuntos y apuntadores que circundaban a aquellas primeras figuras y que aparecían ante las candilejas del escenario mundial eran hombres de escaso meollo y preparación insuficiente.

"Como los delegados de los principales gobiernos presentábanse implícitamente como los representantes del género humano, e investidos de poderes ilimitados, conviene anotar que esta pretensión era enérgicamente combatida por la Prensa popular. Casi todos los periódicos leídos por las masas opusiéronse desde un comienzo a la dictadura de aquel grupo de Primeros Ministros, con la sola excepción de Mr. Wilson..." (3).

Restricciones de espacio nos impiden contar en este ESQUEMA cómo la Conferencia de la Paz se redujo de un Consejo de Los

(3) Dillon. *The Peace Conference.*

Diez a un Consejo de los Cuatro (Wilson, Clemenceau, Lloyd George y Orlando), y cómo esta Conferencia fué progresivamente dejando de ser una abierta y franca discusión del futuro de la humanidad, para convertirse paulatinamente en una conspiración diplomática al antiguo estilo. ¡Grandes y maravillosas esperanzas las que se habían congregado en París! "El París de la Conferencia —dice el doctor Dillon— dejó de ser la capital de Francia. Convirtióse en una inmensa cosmópolis, desbordante de vida y de agitación, pululante de ejemplares de las razas, tribus y hablas de los cuatro continentes, venidos a contemplar y esperar el misterioso mañana.

"Los extraños visitantes de Tartaria y el Kurdistán, Corea y Aderbeijan, Armenia, Persia y el Hedjaz —hombres de barbas patriarcales y nariz de cimitarra—, y otros muchos del desierto, y los oasis, de Samarcanda y de Bukhara, comunicaban al panorama occidental un vago relente miliunanochesco. Turbantes y feces, bonetes cónicos y mitras de apariencia episcopal, viejos uniformes militares confeccionados para los ejércitos embrionarios de nuevos Estados en víspera de la paz perpetua, albornoces blancos como la nieve, mantos flotantes y vestiduras que recordaban la gracia sencilla de la toga romana, contribuían a formar un ambiente de irrealidad soñada en la ciudad donde las más crudas y ásperas realidades se iban a ver frente a frente y a contender con desesperada energía.

"Luego venían los hombres del dinero, de la inteligencia, de la iniciativa industrial y los sembradores del nuevo orden ético, miembros de los comités económicos de los Estados Unidos, Inglaterra, Italia, Polonia, Rusia, India y Japón, representantes de las industrias petrolíferas y de las lejanas minas de carbón, peregrinos, fanáticos y charlatanes de todos los climas, sacerdotes de todas las religiones, predicadores de todas las doctrinas entremezclados con los príncipes, mariscales, estadistas, anarquistas, constructores y destructores. Todos ellos ardiendo en deseos de estar junto al crisol en que los sistemas políticos y sociales del mundo se estaban fundiendo, para ser forjados de nuevo.

"Diariamente, en el paseo, en mi domicilio, en el restaurant, me econtraba con emisarios de países y pueblos cuyos nombres apenas si habían antes ni sonado en Occidente. Una delegación de los griegos del Ponto-Euxino vino a verme, para hablarme de sus antiguas ciudades de Trebisonda, Samsun, Trípoli, Kerassun, en las cuales yo residiera una porción de años antes, informándome de que también ellos deseaban ser constituídos en una república griega independiente, y que ése era el fin que les había traído a la Conferencia. Los albaneses estaban representados por mi viejo amigo Turkhan Pachá, de un lado, y por mi otro amigo Essad

Pachá, de otro: el primero deseoso de la protección de Italia, el segundo reclamando la independencia absoluta. Chinos, japoneses, coreanos, indios, kirghises, lesghios, circasianos, mingrelianos, buryats, malayos y negros y negroides de Africa y de América, figuraban entre las tribus y lenguas congregadas en París para observar la reedificación del sistema político del mundo y ver dónde les *tocaba* a ellos...".

A este París hormigueante y pletórico, anheloso de un mundo nuevo, llegó el presidente Wilson, para encontrar su ambiente político dominado por una personalidad más estrecha, por todos conceptos más limitada y sin comparación más enérgica que la suya, a saber: el presidente del Consejo de Ministros francés, monsieur Clemenceau. A instancias del presidente Wilson, M. Clemenceau fué elegido presidente de la Conferencia, "tributo especial —según palabras del mismo presidente Wilson— a los sufrimientos y sacrificios de Francia". Hecho éste que nos da la nota dominante de la Conferencia, cuya única preocupación debería haber sido el porvenir de la humanidad.

Georges Benjamin Clemenceau era un antiguo periodista y político, gran denunciador de abusos, gran demoledor de gobiernos, médico además que, mientras desempeñara el cargo de concejal, mantuviera abierta una clínica gratuita, y duelista valiente y experimentado. Verdad es que ninguno de sus duelos acabó nunca muy cruentamente, pero ello no quita que monsieur Clemenceau los afrontara con la mayor intrepidez. De la Escuela de Medicina, monsieur Clemenceau había pasado al periodismo republicano en los días del segundo Imperio, situándose desde el primer momento en la extrema izquierda. Durante algún tiempo fué profesor en América, y con una americana casó y divorció más adelante. En el año memorable de 1871, M. Clemenceau cumplía los treinta años. Después de Sedán volvió a Francia, lanzándose con gran vigor y entusiasmo en la política tempestuosa de la nación derrotada. Desde ese momento, Francia fué su mundo, la Francia del periodismo agitado, de las querellas, de los personalismos, de las escenas dramáticas, de los efectismos, del *bon mot* a toda costa. Dotado de una gran acometividad, duro, inflexible, encarnizado, intransigente, pronto obtuvo el mote de "el tigre", sobrenombre del que parece se sintió siempre muy orgulloso. Patriota profesional más bien que estadista y pensador, tal era el hombre al que los azares de la guerra habían llevado a representar (tan equivocadamente) la fina mentalidad y el generoso espíritu de Francia.

Sus limitaciones ejercieron un efecto profundo sobre la Conferencia, que puso más de relieve la determinación teatral de firmar el tratado en la misma Galería de los Espejos de Versalles, donde casi medio siglo antes se pavoneara la Alemania triunfante, pro-

clamando su victoria y su unificación. Allí, en la misma estancia, se vieron obligados, a su vez, los alemanes a firmar.

No es de extrañar que, colocados en aquel ambiente, tanto para M. Clemenceau como para Francia, la guerra cesara de parecer una guerra mundial, para convertirse simplemente en la secuela del anterior desastre del Año Terrible, la caída y el castigo de la Alemania ofensora, el desenlace, al fin, del tan suspirado desquite. "Era preciso colocar el mundo en condiciones de que la democracia pudiera vivir en absoluta seguridad", dijo el presidente Wilson. Esto, desde el punto de vista expresado por M. Clemenceau, era "hablar como Jesucristo".

Realmente, lo que tenía que vivir en absoluta seguridad era París. Y "hablar como Jesucristo", no podía dejar de parecer sumamente ridículo a todos aquellos diplomáticos y políticos, más brillantes que profundos, que hicieron del año 1919 un año supremo en la historia de la incompetencia humana.

(Otro destello del ingenio del "Tigre", digno de mención, fué que el presidente Wilson, con sus "catorce puntos", era peor que el Todopoderoso. Al fin y al cabo, "le bon Dieu" no tenía más que diez...).

M. Clemenceau sentóse con el signor Orlando en los dos sillones centrales de un semicírculo de cuatro, frente al fuego, nos dice Mr. Keynes (4). Llevaba una levita negra y guantes grises de Suecia, que no se quitó en toda la conferencia. Y es de observar que, de aquellos cuatro reconstructores del mundo, él era el único que entendía y hablaba el francés y el inglés.

Los fines de M. Clemenceau eran sencillos y, en cierto modo, asequibles. Deseaba, simplemente, deshacer todo lo hecho en 1871, y castigar a Alemania, como si ésta fuera la única nación pecadora y Francia un país mártir y sin mácula, arruinándola y devastándola de tal modo, que ya no pudiera nunca hacer frente a Francia, y humillándola todavía más de lo que ésta fuera humillada en el 71. A M. Clemenceau, por otra parte, se le importaba un ardite que, al quebrantar a Alemania, pudiera quedar también quebrantada Europa; su espíritu no iba más allá del Rhin en la comprensión de esta posibilidad. Si aceptaba la proposición wilsoniana de una Liga de Naciones, era en la esperanza de que garantizaría la seguridad de Francia, hiciera ésta lo que hiciera, pero habría con mucho preferido una alianza con los Estados Unidos e Inglaterra para mantener, acrecentar y glorificar Francia en todas las circunstancias que pudieran producirse. Deseaba también más amplias oportunidades para la explotación de Siria, el Norte de Africa, etc., por los grupos financieros de París.

(4) En su libro *The Economic consequences of the Peace*, 1919.

Deseaba una fabulosa indemnización para el restablecimiento de la economía francesa; deseaba préstamos, donaciones, tributos, homenajes, pleitesías y glorias... Francia había sufrido, y Francia tenía que ser recompensada. Bélgica, Rusia, Servia, Polonia, Armenia, Gran Bretaña, Alemania y Austria, también habían sufrido, y cierto que, en realidad, toda la humanidad había sufrido, pero ¿qué podía ello importar a M. Clemenceau? Aquello no era de su incumbencia. Esos otros países no eran, sin duda, a sus ojos, sino los comparsas de un drama, cuyo único protagonista era Francia... Y en un espíritu muy semejante parece haber buscado el signor Orlando el bienestar de Italia.

Mr. Lloyd George trajo al Consejo de los Cuatro la sutileza de un galés, la complejidad de un europeo y una urgente necesidad de respetar el egotismo nacionalista de los imperialistas y capitalistas británicos que le elevaran al poder. En el secreto de este Consejo entró el presidente Wilson con los nobilísimos designios de su recién descubierta política mundial norteamericana, sus "catorce puntos", coleccionados quizás con un exceso de premura, y una intención, más bien que un proyecto, de una Liga de Naciones.

"Rara vez habrá existido un estadista de primera fila más incompetente que el presidente Wilson en las argucias del salón de Consejo" ([5]). De las tinieblas susurrantes y de las discusiones junto al hogar de este Consejo, y tras no pocas idas y venidas, que no podemos detenernos a apuntar, al fin salió nuestro presidente con sus "catorce puntos" hechos trizas, pero con una Liga de Naciones en mantillas, que lo mismo podía morir que vivir y prosperar, ¡quién sabe! Y menos mal que, siquiera, había conseguido salvar esto del desastre...

§ 3. *Constitución de la Liga de las Naciones.*

Este homúnculo en una botella que se esperaba pudiera convertirse al fin en el Gobernador de la tierra, esta Liga de Naciones, tal como fué encarnada en el Convenio del 28 de abril de 1919, no era, ni mucho menos, una liga de pueblos, sino, como no tardó en descubrir el mundo, una liga de "Estados, *dominios* o colonias". Estipulóse que éstas serían "plenamente autónomas", pero sin definir en parte alguna esta frase. No se aprobó ninguna medida distinada a poner coto a la limitación de derechos políticos, ni para garantizar el control directo del pueblo en Estado alguno. Probablemente, la India figuraba como un "Estado plenamente autónomo". Y como no había restricción alguna a un privilegio ilimitado, ni disposición que determinara la dirección

([5]) Maynard Keynes: *Op. cit.*

inmediata por el pueblo de ningún Estado, sin duda una autocracia habría sido admisible como una democracia "plenamente autónoma", con un privilegio limitado a una sola persona. La Liga del Convenio de 1919 era, de hecho, una liga de "representantes" de las cancillerías extranjeras, y ni siquiera abolía las embajadas en cada capital. El Imperio Británico aparecía como un todo, y luego la India (!) y los cuatro *dominios* de Canadá, Australia, Africa del Sur y Nueva Zelandia aparecían separadamente como Estados soberanos. Más tarde Irlanda obtuvo un estatuto separado. Claro que el representante indio sería, en realidad, nombrado por Inglaterra, en tanto que los otros serían políticos coloniales. Pero ya que se iba a disecar así el Imperio Británico, ¿por qué no sustituir el representante del Imperio por un representante simplemente de Gran Bretaña, dando entrada al mismo tiempo en la Liga a un representante de Egipto? Sin contar que, puestos en este terreno, tan Estados soberanos son casi, histórica y legalmente, el Estado de Nueva York o el de Virginia como Nueva Zelandia o el Canadá. La inclusión de la India, por su parte, provocó, lógicamente, una pretensión análoga de Africa y el Asia francesas. Y un representante francés llegó a proponer un voto separado en pro de la admisión del pequeño prinicipado de Mónaco.

Se decidió que habría una asamblea de la Liga en la que cada Estado miembro de ella estaría representado y tendría voz y voto igual a los demás, pero la dirección activa y operante de la Liga correspondería a un Consejo, que estaría compuesto por los representantes de los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia y Japón, más otros cuatro miembros elegidos por la Asamblea. El Consejo se reuniría una vez al año; las reuniones de la Asamblea se celebrarían a "intervalos establecidos", que no se establecieron.

Excepto en ciertos casos especificados, las decisiones de esta Liga de Naciones tendrían que ser unánimes. Un solo desidente dentro del Consejo podría oponerse a toda propuesta, con arreglo al derecho de *liberum veto*. Este artículo resultó especialmente desastroso. Ante muchos espíritus hizo aparecer el convenio de la Liga como más lamentable aún que la ausencia de toda Liga. Realmente, equivalía a reconocer implícitamente la soberanía inalienable de los Estados y a repudiar la idea de una comunidad humana superior a todos los nacionalismos. De hecho, este artículo cortaba el camino a toda enmienda y mejora de la constitución de la Liga en lo futuro, dejando solamente a los Estados miembros, partidarios de una modificación, el recurso de retirarse simultáneamente de esta Liga para constituir otra nueva, sobre nuevas bases. Puede decirse que el Convenio de su fundación hacía inevitable esta disolución final de la Liga que creaba, y hay que reconocer que, quizás, era lo que había en él de mejor.

Alemania, Austria, Rusia y lo que quedaba del Imperio Turco, quedarían de momento excluídos de la Liga, aunque más adelante, con el consentimiento de los dos tercios de la Asamblea, podrían ser admitidos. Los miembros fundadores especificados en el convenio eran: los Estados Unidos, Bélgica, Bolivia, Brasil, Checoeslovaquia, China, Cuba, Ecuador, Francia, Grecia, Guatemala, Haití, el Hedjaz, Honduras, el Imperio Británico (Canadá, Australia, Sud Africa, Nueva Zelandia y la India), Italia, Japón, Liberia, Nicaragua, Panamá, Perú, Polonia, Portugal, Rumania, el Estado Servio-Croata-Esloveno, Siam y Uruguay. A los cuales había que añadir, por invitación, las siguientes Potencias, que habían permanecido neutrales: Argentina, Chile, Colombia, Dinamarca, España, Holanda, Noruega, Paraguay, Persia, Salvador, Suecia, Suiza y Venezuela.

Con esta constitución, no es de extrañar que los poderes de la Liga fueran especiales y limitados. Esta Liga, a la que se señaló como sede la ciudad de Ginebra, no tenía siquiera facultades para inspeccionar los preparativos militares de sus Estados constituyentes, ni para instruir un personal militar y naval que planease la cooperación armada que requería el mantenimiento de la paz en el mundo.

El representante francés en la Comisión de la Liga de Naciones, M. León Bourgeois, insistió lucida y reiteradamente en la necesidad lógica de tales facultades o poderes; aunque, como orador, fuese un tanto prolijo y carente de aquellas eficaces especias con que M. Clamenceau sabía sazonar sus argucias. La escena final de la sesión plenaria del 28 de abril, anterior a la adopción del Convenio, con su salón de banquetes del Quai d'Orsay, atestado de gente, sus mesas para los delegados, sus secretarios y escribientes alineados a lo largo de las paredes y una masa compacta de periodistas al otro extremo de la sala, nos ha sido sucintamente descrita por Mr. Wilson Harris: "A la cabeza del salón, los "tres grandes" *hacían un aparte en voz baja*, a expensas del digno M. Bourgeois, embarcado a la sazón, con ayuda de un voluminoso haz de notas, en la quinta tirada de su discurso en apoyo de sus famosas enmiendas".

Realmente, hay que confesar que aquellos tres hombres, a quienes Dios ofreciera en balde la más grande oportunidad de la Historia, se pasaron casi todo el tiempo en "hacer apartes en voz baja". Keynes nos ofrece otros ejemplos semejantes de las ligerezas, vulgaridades, descuidos, faltas de atención y de competencia de aquellas desdichadas reuniones.

Este infeliz Convenio de fundación de la Liga, conseguido de esta manera, volvió con el presidente Wilson a los Estados Unidos y allí sufrió la resentida oposición del partido republicano

y todo el antagonismo de los hombres que habían sido dejados de lado en la excursión europea. El Senado se negó a ratificar el Convenio, y la primera reunión del Consejo de la Liga tuvo, pues, que celebrarse sin los representantes norteamericanos.

A fines de 1919 y en los primeros meses de 1920, se pudo observar un curioso cambio de sentimiento en el pueblo norteamericano, después de los entusiasmos francófilos y anglófilos del período de la guerra. Las negociaciones de la paz recordaron a los Estados Unidos de un modo un tanto confuso, pero sumamente irritante, las profundas diferencias respecto a cuestiones internacionales que les separaban de todas las Potencias europeas, disparidad que la guerra ayudara durante algún tiempo a olvidar. Comprendieron que se les había "metido" en una porción de cosas sin la debida reflexión.

Por una natural reacción, experimentaron una violenta revulsión hacia aquella tradicional política de apartamiento que infringieran en 1917. Así, el final de 1919 vió una fase, perfectamente comprensible, de apasionado y aun violento "americanismo", para el cual tanto el imperialismo como el socialismo europeos eran igual objeto de anatema. Es muy posible que haya habido algún elemento sórdido y mezquino en esta inclinación de los norteamericanos a "cortar" las responsabilidades morales en que los Estados Unidos incurrieran en el antiguo continente, y a aprovechar las enormes ventajas financieras y políticas que la guerra concediera al Nuevo Mundo; pero el instinto natural y genuino del pueblo norteamericano parece haber sido tan sagaz como sano en su desconfianza por la liquidación propuesta.

§ 4. *Los tratados de 1919-20.*

Las decisiones de Versalles comprendieron un grupo de tratados. Damos primero aquí un mapa de los aspectos territoriales del tratado de paz con Alemania. La pluma lúcida de Mr. Horrabin da los hechos esenciales con mayor claridad de lo que pudiera hacer cualquier disertación. Además fué estipulado que Alemania sería radicalmente desarmada, su flota sería entregada, pagaría una gran indemnización de guerra, y grandes sumas para la reparación de los daños de guerra. El desarme sería controlado por una comisión aliada. La flota debió haber sido entregada a los ingleses el 21 de junio de 1919, pero los oficiales y la tripulación, no pudiendo resignarse a ello, la volaron y echaron a pique en Scapa Flow, a la vista de los ingleses.

El imperio Austro-Hungaro fué desarticulado completamente. Quedó una pequeña Austria, comprometida a no unirse a Alemania; una Hungría cercenada y mutilada; Rumania se expandió más

allá de sus legítimos límites en Transilvania; Polonia recibió la mayor parte de Galitzia; Bohemia, con el agregado de Eslovaquia y Moravia, reapareció como Checoeslovaquia. Los servios, croatas, y montenegrinos (estos últimos protestando débilmente), se convirtieron en un nuevo Estado yugoeslavo, y en seguida entró en un violento conflicto con Italia con motivo del puerto de Fiume, que los italianos reclamaron sin ningún derecho.

Bulgaria sobrevivió, con la pérdida a favor de Grecia del recientemente adquirido territorio de Tracia. Grecia, a pesar de su traición de la expedición de Galipoli, fué durante un tiempo el niño mimado de los diplomáticos de Versalles. Se le dieron territorios quitados a Bulgaria, se le permitió avanzar hasta cerca de Constantinopla, y una gran porción de tierra alrededor de Esmirna cayó en su poder. No se le dieron de vuelta, en cambio, Rodas y otras islas del Dodecaneso, a pesar de ser característicamente griegas. Estaban en el lote destinado a Italia, y los ingleses se reservaron Chipre.

El tratado turco fué de difícil factura e imposible de poner en vigor. Un gobierno turco nominal en Constantinopla lo firmó, pero un segundo gobierno real se estableció en Angora y rehusó firmarlo. Un ejército griego invadió el distrito de Esmirna, y un segundo tratado turco, el tratado de Sèvres (agosto de 1920), reemplazó al primero. Un control interaliado se estableció en Constantinopla (enero de 1921), el gobierno turco de Constantinopla se evaporó y el gobierno turco vital de Angora inició sus relaciones con los bolcheviques de Moscú. Los griegos se volvieron más y más agresivos, con toda suerte de vagos impulsos alentadores a sus espaldas. En este período de inflamadas ambiciones los griegos hicieron un intento de tomar Constantinopla. Se embarcaron en una gran ofensiva contra Angora que debía terminar para siempre con los turcos. El ataque llegó cerca de Angora y fracasó. Desde agosto de 1922 no hicieron más que retirarse y huir de los turcos. Una impresionante población de griegos asiáticos partió con los ejércitos. Nada se mantuvo en Asia. Esmirna fué evacuada antes de terminar septiembre, y cerca de un millón de fugitivos de raza y lengua griega abandonaron Asia, para no volver jamás.

La vitalidad del turco en esta ocasión fué notable. No solamente rechazó a los griegos atacantes, sino que hizo una matanza de armenios siguiendo su añeja tradición y expulsó a los franceses de Cilicia. Entre otras nacientes veleidades de modernismo, los turcos se deshicieron del sultán y adoptaron una forma republicana de gobierno. Lucharon en la zona de los estrechos y recobraron Constantinopla. Se vió claramente que fué para ellos una fuente de fuerza antes que de debilidad el hecho de habérselos librado de su tradicional conflicto con los árabes. Siria y Mesopotamia



se separaron enteramente del dominio turco. Palestina, que había sido primeramente destinada a sede nacional de los judíos, fué convertida en un Estado separado dentro de la esfera de influencia británica. Una corriente de emigrantes judíos pobres se precipitó hacia la tierra prometida y entró rápidamente en serios conflictos con la población árabe. Los árabes se habían consolidado contra los turcos y se inspiraban en una concepción de unidad nacional bajo la dirección de un joven alumno de Oxford, el coronel Lawrence. Su sueño de un reino árabe con Damasco por capital fué rápidamente hecho trizas por el ansia de mandatos territoriales de los franceses e ingleses, y al final su reino árabe fué reducido al reino del desierto de Hedjaz y varios otros pequeños e inseguros califatos, emiratos y sultanatos. Si alguna vez se unen y se incorporan a la civilización, no será bajo los auspicios de Occidente.

Cuando consideramos lo transitorio de los arreglos hechos por los diplomáticos, salta a la vista en seguida la debilidad de su diplomacia y la evidencia de las poderosas e indestructibles fuerzas que dieron en tierra con sus maniobras y arreglos. Más impresiona todavía la inefectividad del nuevo idealismo internacional importado en las relaciones europeas por el presidente Wilson. Sus catorce puntos quedaron por estos tratados en las mismas

condiciones que una hilera de casas arruinadas o descalabradas en una aldea después de un bombardeo. Algunos desaparecieron del todo. Otros fueron desnaturalizados hasta volverse irreconocibles. El primer intento de producir una ley internacional pasó como una explosión de risotadas en una taberna.

Entre los obstáculos existentes, que por un tiempo redujeron a la nada el gran proyecto de una unidad mundial y el deseo universal de una paz organizada, se destaca la absoluta falta de preparación y carencia de buena voluntad de esa preexistente liga de naciones, la situación de los Estados vasallos y los territorios en explotación, y la oposición del Imperio Británico a someterse a cualquier limitación o adaptación de su sistema, o a cualquier control de su armamento naval y aéreo. Otra causa que gravitó especialmente para que esto fuera así es la falta de preparación de la mentalidad americana para intervenir con su ascendiente de los Estados Unidos en el mundo nuevo.

Ninguna de esas grandes potencias, que necesariamente eran las fuerzas dominantes y dirigentes en París, pensó bien lo que implicaba la Liga de las Naciones con relación a esas situaciones y su preexistentes y por eso su apoyo a tal proyecto tuvo, para la mayoría de los observadores europeos, un aire de hipocresía; era como si dichas potencias quisieran retener y asegurarse su vasto predominio y seguridad, mientras al mismo tiempo restringían a cualquier otro poder aquellas expansiones, anexiones y alianzas que pudieran crear un imperialismo rival y competidor. Su fracaso en establecer un ejemplo de confianza internacional destruyó toda posibilidad de confianza en las otras naciones representadas en París.

Más infortunada aún fué la negativa de los americanos a aceptar la demanda de los japoneses para el reconocimiento de una igualdad racial.

Por lo demás, los ministerios de Relaciones Exteriores de los ingleses, franceses e italianos estaban obsesionados por planes tradicionales de agresión enteramente incompatibles con las nuevas ideas.

Los puntos de vista francés e italiano estaban aun muy por debajo de los ingleses y americanos por la intensidad de su egoísmo nacional. Una liga de naciones que haya de ser de algún valor para la humanidad tiene que superar los imperialismos: o es un superimperialismo, un mundo liberal, imperio o unión de Estados, participantes o bajo tutela, o no es nada; pero poca gente en la conferencia de París tenía el vigor mental necesario para aceptar siquiera esta consecuencia obvia de la liga propuesta. Todos querían, estar a la vez obligados y en libertad; asegurar la paz para siempre, pero conservar sus armas en la mano.



En consecuencia los viejos proyectos de anexión del período de las grandes potencias habían sido burda e insuficientemente camuflados en las proyectadas leyes de este enclenque engendro del 28 de abril. La Liga recién nacida y apenas dotada de alma fué presentada como si estuviera distribuyendo, con toda la munificencia de un papa cautivo, "mandatos" a los viejos imperialismos, a los cuales, de haber sido el joven Hércules que deseábamos, seguramente habría estrangulado en su propia cuna.

Inglaterra debía tener extensos "mandatos" en la Mesopotamia y el Africa oriental; Francia otro tanto en Siria; Italia todas sus conquistas al oeste y sudoeste de Egipto consolidadas como territorios bajo mandato.

Como es lógico, si la endeble criatura tan celosamente atendida en su cuna de Ginebra, acababa por sucumbir a la debilidad infantil propia de todas las instituciones nacidas sin pasión, todos estos mandatos se convertirían en francas anexiones. Además, todas las potencias lucharon con uñas y dientes en la conferencia por la obtención de fronteras "estratégicas": el peor síntoma de todos. ¿Para qué necesita un Estado fronteras estratégicas si no prevé una guerra? En esta demanda, Italia insistió, por ejemplo, con respecto a una población de minorías alemanas en el Tirol septentrional, y otra de yugoeslavos en Dalmacia.



Mucho más grave a la larga que estos malos ajustes territoriales fué la imposición de una carga para "reparaciones" sobre Alemania que excedía de con mucho a sus posibilidades de pago, y en contravención con lo que se entendiera al rendirse ésta. Fué colocada en una situación de esclavitud económica. Fué abrumada con la responsabilidad de inmensos pagos periódicos y fué desarmada, inevitable inferioridad que la dejaría prácticamente expuesta a cuaquier agresión de parte de sus acreedores. La fuerza real de estos arreglos sólo se puso en evidencia alrededor de un año después. Entonces fallaron los pagos alemanes, y en enero de 1923 los franceses ocuparon el valle del Ruhr, permaneciendo allí hasta agosto de 1925, haciendo trabajar las minas lo mejor que pudieron, administrando los ferrocarriles y manteniendo abiertas las heridas de los alemanes mediante cien mezquinas e inevitables tiranías y actos de violencia.

No entraremos aquí en una descripción detallada de las consecuencias posteriores de las precipitaciones y demasías de Versalles: cómo el Presidente Wilson cedió a los japoneses y consintió en que reemplazaran a los alemanes en Kiau Chau, propiedad de China; cómo la ciudad de Dantzig, casi puramente alemana, fué prácticamente, si no legalmente, anexada a Polonia; y cómo las

Potencias disputaron sobre las pretensiones de los imperialistas italianos, pretensiones fortalecidas por estos ejemplos, de tomar el puerto yugoeslavo de Fiume y privar a los yugoeslavos de una buena salida al Adriático. Voluntarios italianos al mando del retórico escritor D'Annunzio ocuparon esa ciudad, hasta que finalmente la anexaron a Italia en enero de 1921.

No haremos tampoco más que señalar los complejos arreglos y justificaciones que pusieron a los franceses en posesión del valle del Sarre, que es territorio alemán, o el rechazo inicuo del derecho de "autodeterminación", que impidió al Austria alemana unirse —como es natural y razonable que quiera unirse— con el resto de Alemania.

§ 5. *Los bolcheviques en Rusia.*

Ya hemos señalado las dos revoluciones rusas de 1917. Ha llegado el momento de tratar un poco más detenidamente el extraordinario cambio de orientación que se produjo en Rusia en ese momento. Fué nada menos que un derrumbamiento de la moderna civilización occidental en lo que a Rusia concernía. Fué mucho más que un experimento socialista adueñándose del pueblo ruso. Tuvo un aire, un aire solapado, de ser una prueba final y concluyente de la idea socialista occidental puesta en práctica. Pero, en la práctica, demostró las insuficiencias de la teoría socialista a la cual hemos ya dedicado nuestra atención, y particularmente demostró la esterilidad de la escuela marxista del socialismo. Demostró una vez más la verdad del principio de que *una revolución no puede probar nada que no haya sido plenamente estudiado, planeado, meditado y explicado de antemano.* De otro modo una revolución no hace más que destruir un gobierno, una dinastía, una organización, según sea el caso. Una revolución es una operación excretoria, no creadora.

Hemos dado cuenta del crecimiento de las ideas socialistas en la segunda mitad del siglo diecinueve, y de la gran parte que le cupo a Carlos Marx en el desarrollo de las ideas de "lucha de clases". Estas ideas halagaron el orgullo y estimularon la ambición de las personalidades más enérgicas y descontentas de todas las regiones industriales del mundo. El marxismo se convirtió en el credo del incansable trabajador industrial en todas partes. Pero, como la fórmula socialista no ofrece un gran atractivo para el campesino que posee o desea poseer la tierra que cultiva, y como las comunidades de las grandes ciudades de Europa occidental y América son de una mentalidad más de clase media que industrial, los marxistas vieron pronto que la revolución social y económica que deseaban no podía aguardar a métodos parlamentarios

y votos de la mayoría, sino que debía ser esencialmente el trabajo de una minoría, una minoría de obreros industriales, que debían tomar el poder, establecer instituciones comunistas y embarcar así al resto del mundo en la felicidad del milenio que vendría a continuación. Esta fase del gobierno de una minoría que habría de traer el milenio, fué proclamada en la fraseología marxista la "dictadura del proletariado".

En todas partes, con una intensa energía propagandista, hombres fanáticos dedicaron gratuitamente sus vidas y sus energías a difundir esta idea. En la primera década del siglo veinte había quizás un millón o más de hombres en el mundo convencidos de que, si esta "dictadura del proletariado" vagamente concebida podía ser llevada a la práctica, un nuevo y mayor orden social sería el resultado punto menos que automático. Ya en nuestro estudio del socialismo, hemos señalado cuán ilusoria era esta idea.

Los marxistas no tenían planes claros y definidos sobre el pago del trabajador o la discusión pública, o la administración económica, cuando el "capitalismo" fuera destruído. Todas estas cosas habían sido tenidas en cuenta, sin duda, en forma muy empírica e injusta, pero no obstante viable, en el sistema capitalista individualista. Los marxistas nunca habían preparado un método alternativo de hacer estas cosas, y ni parecían comprender que esa alternativa era necesaria. Se contentaban con decir a los trabajadores: "Dadnos el poder y todo se hará". Y Rusia, torturada, exhausta y traicionada por los aliados, a quienes había servido tan bien, se entregó, desesperadamente, a la "dictadura del proletariado".

El partido comunista en Rusia había fluctuado en su número: hasta muy recientemente nunca había declarado más de 800.000 adherentes y en el tiempo a que aludimos probablemente eran menos de 250.000. Pero esta organización comparativamente pequeña, debido a su resolución y espíritu de sacrificio, y porque no existía nada más honrado, decidido y competente en todo aquel desorganizado país que pudiera oponérsele, fué capaz de establecerse en San Petersburgo, Moscú y la mayoría de las ciudades de Rusia, asegurarse la adhesión de los marinos de la flota (que habían dado muerte a la mayoría de los oficiales y ocupado las fortalezas de Sebastopol y Kronstadt) y quedar convertido *de facto* en el gobierno de Rusia.

Hubo una fase de gobierno terrorista. Los bolcheviques declararan que era inevitable que al principio gobernaran por el terror. La desorganización social del país era extrema. En grandes extensiones los campesinos se habían levantado contra los propietarios, y se produjo un reparto de tierras y una ola de incendios,

siguiendo un proceso paralelo al de la primera Revolución Francesa. Hubo muchas atrocidades abominables. Los campesinos tomaron las tierras y se las repartieron entre ellos, completamente ignorantes de las enseñanzas de Carlos Marx al respecto. Al mismo tiempo centenares de miles de soldados armados vagaban por los campos de vuelta a sus hogares desde la zona de guerra. El gobierno zarista había llamado a filas más de ocho millones de hombres en conjunto —muchos más hombres de los que podía equipar o llevar al frente—; los había arrancado de raíz de sus aldeas, y grandes multitudes de estos conscriptos eran ahora de hecho bandidos que vivían del merodeo. En octubre y noviembre de 1917 Moscú se vió invadido por tales hombres. Andaban juntos en bandas, asaltaban las casas y se dedicaban al pillaje, sin que nadie lo impidiera. La ley y la administración habíanse desvanecido. Los hombres asaltados y asesinados, yacían en las calles olvidados durante días enteros.

Debemos recordar que esta era la situación cuando los bolcheviques llegaron al poder, y que no fué producida por su usurpación. Durante un tiempo, en sus esfuerzos para restablecer el orden, fusilaban a todo aquel que encontraban con armas. Millares de hombres fueron apresados y fusilados, y es dudoso que hubiera podido restablecerse en Moscú una apariencia siquiera de orden sin tal violencia. El desastre de la Rusia zarista fué tan completo que desaparecieron la estructura y la costumbre misma del orden. "Tenían que fusilar", dijo una vez el presidente Masaryk al que esto escribe. Y agregó: "Después siguieron fusilando, irrazonablemente, cruelmente".

En la primavera de 1918 los bolcheviques habíanse asegurado el control de las principales ciudades, los ferrocarriles, y los bancos de la mayor parte de Rusia. En enero había sido disuelta y dispersada una Asamblea Constituyente; los bolcheviques no podían hacer nada con ella; sus demandas y opiniones, alegaron, eran demasiado dispares para una acción vigorosa; y en marzo se firmó en Brest-Litovsk la paz, una paz de sometimiento, con Alemania.

A la cabeza de la dictadura bolchevique, que se había puesto a gobernar Rusia, estaba Lenin, hombre muy enérgico e inteligente que pasó la mayor parte de su vida exilado en Londres y Ginebra, empeñado en especulaciones políticas y en oscuras intrigas de las organizaciones rusas marxistas. Era un doctrinario perfectamente honrado, de vida simple e infatigable, sin la menor experiencia de administración práctica. Asociado a él estaba Trotsky, un exilado de Nueva York, que iba pronto a dar muestras de una gran habilidad militar. Radek, Lunacharsky, Zinoviev, Zorin, Kamenev y Krassin fueron otros miembros conspicuos del pequeño

grupo que se impuso la tarea de reorganizar Rusia y encauzarla, de la desastrosa situación a que la había conducido la guerra, hacia el milenio comunista.

Al principio la ambición de los dirigentes comunistas iba más allá de Rusia. Rusia no era una tarea bastante grande para ellos. Proclamaron la revolución social en el mundo entero, e invitaron a los trabajadores de todas partes a unirse, a derribar el sistema capitalista y a implantar así el improvisado e informe paraíso marxista. Pero este procedimiento los puso naturalmente en conflicto con los demás países. Agregó a su tarea de establecer el comunismo en Rusia la labor de mantenerse contra una serie de contraataques a los cuales se expuso por su repudio de los gobiernos extranjeros.

En dos o tres años se produjo el fracaso de los bolcheviques y de la implantación de un comunismo operante; y la demostración de la esterilidad de la doctrina comunista fué completa. No consiguieron hacer recuperar a Rusia su estabilidad. Fueron absolutamente incapaces de poner en marcha la destrozada industria rusa. La mayoría de los dirigentes era del tipo verbal y literato, sin ninguna experiencia directiva.

Al iniciarse su gobierno, su estrecho odio de clase los llevó a destruir casi todo lo que quedaba en Rusia de la clase de directores de fábricas, especialistas, técnicos, capataces y demás. No tenían un conocimiento sistemático y el fanatismo de los doctrinarios marxistas les hizo despreciar todo conocimiento que ellos no poseyeran de la psicología del trabajador en su trabajo. No tenían siquiera el conocimiento práctico del trabajo de los antiguos capitalistas que suscitaban su desprecio. Todo lo que sabían sobre el particular era la psicología del trabajador en los mítines. Trataron de gobernar Rusia mediante exhortaciones, y ni el trabajador cuando volvió a la fábrica, ni el campesino cuando tomó de nuevo el arado respondieron con ningún resultado práctico. El transporte y la producción mecánica en las ciudades cayó en el dislocamiento y la descomposición, y los campesinos producían para sus propias necesidades y escondían los excedentes.

Cuando el autor visitó San Petersburgo en 1920 contempló un impresionante espectáculo de desolación. Era la primera vez que una ciudad moderna sufría un derrumbamiento de esta clase. En cuatro años nada había sido reparado. En las calles había grandes agujeros y el pavimento había caído en los cráteres abiertos; los postes del alumbrado yacían como habían caído; ni una tienda estaba abierta y en muchas se habían cubierto con tablas las vidrieras rotas; la resaca de gente que andaba por las calles llevaba vestimentas andrajosas e incongruentes, pues en Rusia no había ropas nuevas ni botas nuevas. Muchos llevaban los pies burdamente envueltos con trapos. La gente, la ciudad, todo estaba harapiento y raído. Hasta los comisarios bolcheviques tenían barbas estropajosas, porque las navajas y otras cosas por el estilo no se hacían allí ni se importaban. La mortalidad era enorme, y la población de esta ciudad de las cúpulas caía por centenares de miles cada año.

Hay muchas razones para creer que aún en 1918 y 1919 la dictadura bolchevique habría reconocido el error de sus procedimientos y habría empezado a adaptarse a los factores no previstos en la situación que se encontraba. Eran estrechos y doctrinarios, pero muchos de ellos eran hombres de imaginación y de flexibilidad intelectual, y no puede discutirse que, pese al mal que hicieron, eran sinceros en sus intenciones y abnegados en sus métodos. Si se los hubiera dejado solos, quizás habrían llevado a la práctica un experimento de gran valor para la humanidad. Se habrían visto obligados a eslabonar su sistema en la tradición del sistema monetario, y a entrar en arreglos con el incurable individualismo del cultivador campesino. Pero no se los dejó solos. Desde el principio mismo de su carrera se levantó una ola de oposición en Europa occidental y en América. Ni un asomo de la tolerancia que se había demostrado con el igualmente inapto y desastroso régimen del Zar fué ejercido con los aventureros marxistas. Fueron universalmente boicoteados, y los gobiernos reaccionarios de Francia y Gran Bretaña dieron subsidios y ayudaron a toda suerte de aventureros dentro y fuera de Rusia a combatirlos.

Una campaña periodística confundió a la opinión pública con una corriente de fantasías y sugerencias mal intencionadas acerca de los bolcheviques. Eran, es verdad, hombres doctrinarios incapaces, con una mala teoría social y económica, encharcándose en un país destrozado. Entre sus subordinados había hombres brutales y viles. Cualquier gobierno habría tenido en Rusia un pobre material para su administración y pocas fuerzas de control sobre él. Pero la propaganda antibolchevique representaba a los aventureros de Moscú como una abominación sin precedentes en la historia del mundo, lo que implicaba que su simple reemplazo habría sido suficiente para restaurar la felicidad en Rusia. Se alentó algo así como una cruzada contra Rusia, y una vívida reacción en su favor se produjo en las mentes de los pensadores liberales, que de otra manera habrían conservado un mayor espíritu crítico.

Como una consecuencia de esta hostilidad organizada los bolcheviques fueron obligados en Rusia a tomar desde el principio una actitud de defensa contra la agresión extranjera. La hostilidad de los gobiernos occidentales los fortaleció notablemente en Rusia. En contraste con las teorías internacionalistas de los marxistas, el gobierno bolchevique de Moscú se convirtió en un

gobierno patriota que se defendía contra los extranjeros, defensor muy especialmente del campesino contra la vuelta de los terratenientes y recaudadores de rentas. Era una situación paradójica: el comunismo creó en Rusia propietarios campesinos. Y Trotsky, que había sido un pacifista, se vió obligado a convertirse a pesar suyo en un gran general.

Pero este militarismo y este patriotismo que se impuso al gobierno de Lenin, esta concentración de cuidado en las fronteras, impedía una reconstrucción efectiva de métodos policiales y disciplinarios en el interior, aunque los bolcheviques hubieran sido capaces de tal reconstrucción. La vieja policía zarista, inquisitorial y tiránica, fué prácticamente continuada bajo el nuevo gobierno. Un sistema detectivesco burdo y sombrío, con poderes sumarios y tradiciones sanguinarias, luchó contra los emisarios extranjeros del exterior y contra la sedición, el temor y la traición en el interior, satisfaciendo incidentalmente su ansia instintiva de castigo. En julio de 1918, el Zar y su familia —que había peligro de que fueran rescatados por las tropas reaccionarias— fueron asesinados a instancias de un funcionario menor. En enero de 1919 cuatro grandes duques, sobrinos del Zar, fueron ejecutados en San Petersburgo por la comisión policial, en franco desafío al indulto de Lenin.

Durante cinco años el pueblo ruso, bajo este extraño régimen sin precedentes, mantuvo su solidaridad contra cualquier intento de dividirlo y subyugarlo. En agosto de 1918, fuerzas francesas e inglesas desembarcaron en Arcángel de donde tuvieron que ser retiradas en septiembre de 1919. Los japoneses hicieron desesperados esfuerzos, de 1918 en adelante, para establecerse en la Siberia oriental. En 1919 los rusos no peleaban solamente contra los ingleses en Arcángel y contra los japoneses, sino que tenían contra ellos una fuerza reaccionaria a las órdenes del almirante Koltchak en Siberia, a los rumanos en el sur con contingentes franceses y griegos, y al general Denikin con un ejército de rusos reaccionarios y enormes suministros de material de guerra inglés y francés, con el apoyo de la flota francesa en la Crimea.

En julio Koltchak y Denikin habían unido y dominado el sur de Rusia desde Odessa hasta Ufa, y un ejército estoniano al mando del general Yudenitch marchaba sobre San Petersburgo. Parecía que el fin del bolchevismo no era más que cuestión de semanas o días. Sin embargo, al terminar el año Yudenitch había sido derrotado y olvidado, Koltchak estaba en plena retirada hacia Siberia, y Denikin hacia el Mar Negro. Denikin y el resto de sus fuerzas fué evacuado por barcos británicos y franceses a principio de 1920, y Koltchak fué capturado y fusilado en Siberia.

Pero Rusia no había de tener descanso. Los polacos, incitados por los franceses, iniciaron una nueva campaña en abril de 1920, y un incursor reaccionario, el general Wrangel, reasumió la tarea de Denikin de invadir y devastar su propio país. Los polacos, después de haber sido obligados a retroceder hasta Varsovia, se recobraron con la ayuda y los aprovisionamientos franceses e hicieron un avance victorioso por territorio ruso, y en octubre de 1920 se hizo un tratado en Riga con grandes ventajas territoriales para Polonia. Wrangel después de destruir las cosechas y los alimentos en grandes extensiones de territorio, sufrió la suerte de Denikin, y se acogió a la hospitalidad de las potencias occidentales al terminar el año. En marzo de 1921, el gobierno bolchevique tuvo que suprimir, y suprimió, una insurrección de los marineros de Kronstadt, "la Guardia Pretoriana del Bolchevismo".

Durante 1920 la hostilidad hacia los bolcheviques en Europa occidental y América fué cediendo lentamente, dando lugar a concepciones más sanas de la situación. Había muchos obstáculos en el camino para "reconocer" al gobierno bolchevique de lleno y completamente, dificultades que debían atribuirse principalmente a la falta de sensatez que también prevalecía del lado bolchevique, pero al final de 1920 una especie de paz incivil existía entre Rusia y la mayor parte del resto del mundo e investigadores americanos, ingleses y franceses podían entrar y salir del país. A principios de 1921 tanto Inglaterra como Italia hicieron convenios comerciales con Rusia; los representantes rusos, en forma de "delegaciones comerciales", reanudaron las comunicaciones entre la tierra repudiada y el resto del mundo.

Pero ahora un nuevo y aún peor desastre se preparaba para este trágico pueblo. En 1921 hubo una sequía sin precedentes. El lector atento de esta historia habrá notado ya qué cosa precaria y fluctuante es el clima de las grandes áreas en torno del Mar Caspio. Naturalmente se trata de tierras de nómadas y es dudoso que lleguen a ser nunca seguras para una gran población agrícola. Ahora, con la sequía, las cosechas en vastas áreas de la Rusia septentrional fracasaron absolutamente y el hambre más terrible en toda la historia del mundo fué su secuela. Murieron millones. Multitudes, pueblos enteros y habitantes de las ciudades permanecían en sus hogares resignados a morir, y morían. Muchos comieron paja y tierra e indescriptibles inmundicias. Los hombres escarbaban en los cementerios y se convertían en caníbales. Grandes regiones quedaron despobladas.

Sin embargo había cereales para quemar, no solamente en América sino también en la Ucrania, Rumania y Hungría. Pero las comunicaciones de esos países habían sido despiadadamente destruidas por las operaciones de Koltchak, Denikin y Wrangel, y

el gobierno bolchevique no contaba con los recursos ni con la idoneidad necesaria para copar este monstruoso desastre. Una comisión norteamericana y una bajo la dirección del Dr. Nansen, el gran explorador ártico, organizaron el auxilio con el asentimiento y la asistencia del gobierno, y abundantes y generosas provisiones americanas inundaron el país. Pero los principales gobiernos europeos respondieron de mala gana o no respondieron a la crítica situación. El gobierno británico, que había gastado cien millones en operaciones militares ilegítimas contra su antiguo aliado, mancilló el buen nombre inglés ante el mundo al rehusar cualquier contribución al trabajo de salvamento. Tan poco efecto tuvo, como siempre, la lección de solidaridad humana que la gran guerra debió haber enseñado a la humanidad.

Mientras las desventuradas multitudes perecían en Rusia, los cereales se pudrían en los graneros a unos centenares de millas de distancia, en Europa occidental los barcos estaban detenidos por falta de carga, las fundiciones de acero que podían haber construído rieles y maquinarias permanecían ociosas, y millones de trabajadores estaban sin empleo porque, según decían los hombres de negocios, "no había nada que hacer". Y millares de millas cuadradas de la Rusia meridional se convirtieron en un desierto y en aldeas de la muerte.

Sin embargo, en medio de la desolación, el gobierno bolchevique se mantuvo. Y gradualmente, la necesidad de reconocer y tratar a esta extraña clase de Estado, por mucho que no pudiera congeniarse con él, se fué abriendo paso en la mentalidad europea. Hasta el día de hoy el mundo occidental todavía forcejea con esa necesidad. En el momento de escribir estas líneas, el problema de combinar un sistema capitalista con un sistema comunista sobre un mismo planeta, en el cual las separaciones de las grandes distancias se desvanecen, permanece sin solución.

La propaganda bolchevique, apartándose del occidente hostil, se muestra crecientemente dispuesta a dirigirse a las masas de la población indigente de la India y China. Siempre hubo dos direcciones en el bolchevismo; la de los "occidentalistas", que quieren usar la ciencia, la maquinaria y las grandes organizaciones productivas, de la cual Lenin y Trotsky eran los prototipos, y la de los "orientalistas", cuyo espíritu es militante, primitivo y místico, de la cual Zinoviev era el jefe. La política de los gobiernos inglés y francés ha hecho que el gobierno bolchevique se inclinara firmemente hacia el Este. Bajo la influencia de su ejemplo, el mundo del Islam parece reanudar su desarrollo largamente detenido. Cada vez más, la actitud del régimen bolchevique hacia las civilizaciones atlánticas, las cuales han dominado el mundo durante dos siglos y medio, se asemeja a la del Islam. Ambas se vuelven implacables y obstruccionistas. Las potencias occidentales, divididas entre ellas por acerbas rivalidades e intereses en pugna, encuentran también una creciente resistencia a sus métodos y explotación en Rusia, Turquía, Africa del Norte y toda el Asia. Esta creciente resistencia y la menguante energía que puede oponérsele dan la medida real de la catástrofe de 1914-1918. Los días del predominio mundial de la Europa occidental tocan a su fin.

En 1924 murió Lenin. Fué sucedido por Stalin, un georgiano de recio espíritu que suprimió o expulsó a muchos de sus antiguos colegas, y en particular a ese hábil salvador de la República Soviética en su lamentable necesidad militar que fué Trotsky. Stalin es evidentemente un comunista determinado, intransigente, resuelto a detener cualquier veleidad de la comunidad rusa, ya sea hacia el capitalismo o hacia la cristiandad. Bajo su dirección ha habido una gran demolición de iglesias y lo que podría llamarse una persecución, tanto de los oficios formales del judaísmo como del cristianismo. Después de las extremas penurias de 1920-21, Lenin había cedido hacia una tolerancia de la propiedad privada y las empresas privadas. Su nueva política económica (la N. E. P.) creó un estado de cosas en Rusia casi parecido al estado de cosas en los Estados Unidos de América cien años antes. Algunos campesinos, bajo la nueva libertad de comercio, comenzaron a volverse más ricos que sus amigos y a buscar ventajas para sus familias. Estos campesinos más ricos son conocidos por el nombre de "kulaks". Comerciantes y pequeños fabricantes aparecieron y prosperaron. Stalin se impuso contra esta restauración de la desigualdad. El gobierno ruso procedió impacientemente y con severidad a destruir a los "kulaks" que su precedente N. E. P. hizo surgir. El conjunto de la Unión Soviética se lanzó a la lucha de un gran experimento, el experimento más extraordinario y de mayores alcances que jamás se haya hecho para reconstruir la vida económica. Se le llamó el Plan Quinquenal y empezó en octubre de 1928. Si el plan tenía éxito, Rusia debía convertirse en una tierra de enormes Estados dirigidos por el gobierno del pueblo. El campesino había de convertirse en obrero, un obrero expropiado, como lo fuera en Inglaterra durante dos centurias, pero un trabajador bajo un régimen comunista. Había de ser asimilado al obrero industrial de las ciudades. La Unión Soviética debía convertirse en una vasta organización productora, un capitalismo de Estado, trabajando sus Estados para el beneficio común.

Así Rusia en trece años superó tres revoluciones, bajo el control del mismo grupo dirigente; ha visto realizarse por turno los ideales del comunismo, de un socialismo liberal, y de un capitalismo de Estado rígidamente disciplinado, y en esta última situación continúa.

§ 6. *El Estado Libre de Irlanda.*

El Imperio Británico emergió de la gran guerra gravemente lesionado física y moralmente. La flor de la generación joven había muerto o estaba debilitada por las heridas y las dispersiones derivadas del yugo militar. Sus hábitos de gobierno y de libertad habían sido considerablemente desorganizados por la legislación de emergencia necesaria en los tiempos de lucha, y su periodismo había quedado lastimosamente desordenado por su dedicación a la propaganda. Las noticias de cosas extranjeras habíanse notablemente deteriorado. El común del público estaba no solamente mal informado respecto a sus responsabilidades imperiales, sino demasiado preocupado por los cataclismos de los negocios como para poder prestar atención a esas responsabilidades. Era un momento de grandes oportunidades para los funcionarios necios y engreídos, y éstos sacaron de él todo el provecho posible.

Por todas partes en el imperio, excepto en aquellas que ya tenían gobierno propio, hubo un proceso similar en acción: una casi sistemática exasperación del hombre del pueblo por restricciones, reglamentos y otras formas análogas de privación de la libertad. En todas partes las clases militares y oficiales se extralimitaban. En todas partes el viejo elemento *tory* parece haberse propuesto provocar una explosión.

Esto era igualmente cierto en la India, Egipto e Irlanda. Una política de represión, ruptura de promesas a los nativos e ilusorias reformas para tranquilizar la conciencia en la madre patria, irritó aun a la pacífica población de la India, hasta un punto cercano a la rebelión, en estos años de negligencia y debilitamiento del control central. Las advertencias y las protestas fueron desoídas durante un tiempo. Los burdos métodos de reclutamiento de la administración del Punjab habían convertido esta parte de la India, de una de las más leales, en una de las más inquietas provincias índicas. Hubo revueltas y ataques a los europeos, y una especie de terrorismo oficial culminó en la matanza de Amritsar (abril de 1919), en que una gran multitud, la mayor parte desarmada, fué ametrallada: hubo 379 muertos y más de mil heridos. La noticia de este atropello no llegó al público inglés hasta la publicación del informe de Hunter, a fines de 1919. Entonces, durante un tiempo, los mejores elementos de la vida inglesa se hicieron sentir. Sin embargo, un régimen de conciliación bajo Lord Reading como Virrey fué mistificado y falseado por los elementos reaccionarios del gobierno. En 1922 Gandhi, una especie de santo predicador de la resistencia pasiva, fué sentenciado a seis años de encarcelamiento y convertido así en un mártir.

Un conflicto similar tuvo lugar en Egipto. La disposición conciliatoria fué anulada y deformada por el impulso creciente a la represión. Pero el episodio más trágico y lastimoso de todo este período deplorable de ineptitud británica en momentos de magníficas oportunidades es el del profundo abismo que se fué haciendo cada día mayor entre los pueblos irlandés e inglés.

En los días de aquellos grandes y generosos estadistas irlandeses, los hermanos Redmond, pareció todavía posible para las dos islas vivir lado a lado, cooperando libre y voluntariamente en un estado de amigable unidad equitativa, compartiendo las responsabilidades imperiales de Inglaterra y enfrentando el mundo juntas. Su proximidad exige un lazo extrecho. La prosperidad de Irlanda e Inglaterra es como la prosperidad de los hermanos siameses, cuyos cuerpos están unidos por arterias. Los errores y los conflictos religiosos del pasado no deberían impedir una inteligente cooperación integral. Pero no se trata de errores del pasado, sino del presente, que llevaron a Inglaterra hacia la separación. Ya hemos relatado cómo Sir Edward Carson, ese genio maligno de los pueblos británicos, se entrometió en los asuntos de Irlanda y puso en movimiento un horrible proceso de violencia y de represalias; cómo el gobierno inglés, del cual era jefe Mr. Asquith, ciega o deliberadamente insultó a Irlanda incluyendo a este hombre sanguinario y sedicioso en el gobierno de coalición. Hemos relatado, también, cómo fué sofocada y castigada la rebelión de Dublín, y cómo posteriormente se emponzoñó a Irlanda. Los resultados aparecen claros en las páginas de la historia.

En 1914 Irlanda entró en la guerra tan libre y entusiastamente como Inglaterra. Era todavía un país civilizado y ordenado. Al final de esa lucha Irlanda era un país rebelde y dominado por la fuerza. El imperialismo extremo había traído la reacción de un nacionalismo extremo. Irlanda se proponía ahora convertirse en una república enteramente independiente de Gran Bretaña.

En 1920 el parlamento británico aprobó un nuevo estatuto de Home Rule. Establecía dos parlamentos separados, uno en Ulster y otro en el resto de Irlanda, pero con previsiones para su cooperación y posible fusión. Como modelo previo para un estatuto de Home Rule fué una medida generosa. Pero los irlandeses no quisieron saber nada de ello. Los Sinn Feiners que habían sido elegidos al parlamento en 1919 ni siquiera se presentarían al parlamento para discutir. Y, mientras tanto, los métodos de exasperación e insurrección por una parte, y una política de represión por la otra, convertían al país entero en un campo de guerrillas. Los insurgentes hacían incursiones, se emboscaban, asesinaban y finalmente daban verdaderas batallas contra los pequeños destacamentos de tropas. Las tropas inglesas, contemporizadoras al principio, fueron

ahora estimuladas a las "represalias". Una policía auxiliar especial, los "Black and Tans", fué organizada, y se distinguió por sus métodos expeditivos.

Se produjo un firme *crescendo* de violencia. Cada asesinato conducía a nuevos asesinatos, tanto de una parte como de la otra. Si un soldado o un "Black and Tan" era muerto, se maltrataba a otro del otro bando, que podía o no haber tomado parte en la matanza inicial. Cada una de las partes parecía sobrepujar a la otra en la crueldad y tesón de su animadversión. Al final ninguno estaba a salvo en su casa o en su lecho. Durante la noche los hombres de una u otra facción podían venir a golpear la puerta con alguna acusación real o inventada. Los hombres eran fusilados en la puerta de sus casas; familias enteras eran exterminadas. En diciembre de 1920, en represalia por una emboscada contra once cadetes militares cerca de Cork, los militares hicieron una salida, matando y devastando, y la destrucción ascendió al valor de tres millones de libras. En tal atmósfera el robo y el bandidaje florecieron.

El Home Rule se convirtió en ley en 1921, creando dos parlamentos irlandeses, uno para el Norte y el otro para el Sur. El del Norte fué elegido oportunamente, y abierto por el Rey como Estado el 22 de mayo de 1921. Los irlandeses del Sur no quisieron tener nada que ver con su parlamento y éste nunca se reunió. En su lugar, se constituyó en Dublín un cuerpo autónomo, el Dail Eireann, declarándose que era el parlamento de Irlanda libre, y eligiendo como su presidente al señor De Valera, que había sido su principal creador.

El Rey, al abrir el parlamento del Norte, había pronunciado un discurso extremadamente conciliador. Mr. Lloyd George, primer ministro británico, aprovechando la ocasión invitó al señor De Valera y a Sir James Craig a una conferencia en Londres para tratar los asuntos irlandeses; se propuso una tregua a la violencia, tregua que fué mantenida tanto como lo permitiera el ya desorganizado estado del país, y el 11 de octubre de 1921 se abrió una conferencia en Londres, en la cual el señor De Valera y sus colegas electos del Dail Eireann, prácticamente con el mismo carácter de hombres que hubieran conducido una insurrección armada con éxito, trataron con los representantes del gobierno británico respecto al estatuto futuro de Irlanda.

Esta fué una cosa tan agradable para los ingleses informados como habría sido para un americano en 1863 haber visto a Jefferson Davis tratando con Abraham Lincoln en Wáshington sobre el estatuto futuro de los Estados algodoneros. Porque la separación completa de Irlanda y Gran Bretaña prometía no solamente ser una cosa inconveniente, sino algo muy peligroso y, hasta desastroso, para ambos países. Pero esta admisión tácita de derrota fué una píldora que el inglés había permitido que sus dilectos amigos los Carsonitas fabricaran para él, y tuvo que tragársela con la mayor elegancia posible. El espectáculo en el Salón Blanco, durante la conferencia de Downing Street en octubre de 1921, fué muy curioso. Hubo un despliegue de banderas y símbolos nacionales irlandeses grande y desafiante, y la conducta de la multitud londinense fué no solamente tolerante, sino amigable y simpática.

Después de muchas disputas se llegó a un arreglo que fué confirmado tanto por el parlamento británico como —con resistencia y oposición— por el Dail Eireann. Sujeto a una fidelidad a la corona británica y a ciertas restricciones navales y aéreas, toda Irlanda, con la excepción del Ulster protestante bajo el parlamento del Norte, se convirtió en un Estado independiente, el Estado Libre de Irlanda. Este fué un gran triunfo de la razón y del deseo de paz. Concedía prácticamente la libertad, reservándose tan solo una unión formal. Pero la situación era amenazadora por ambos lados.

El señor De Valera lo objetó porque dividía a Irlanda y por no ser suficientemente humillante para Inglaterra, y así incitó a sus correligionarios a rebelarse contra el Estado Libre. Sir Edward Carson, a la sazón juez y Lord, hicieron también todo lo posible, a pesar del decoro habitual en los jueces, para mantener vivo el espíritu de violencia y de matanza en Ulster. De esta manera el Estado Libre de Irlanda vino a la vida en medio de dificultades y al son de las descargas nocturnas y las refriegas. El país estaba lleno de jóvenes que no sabían de otra cosa que de guerrillas; los hábitos de desorden y violencia habían echado raíces entre la población, y sobrevino un estado de guerra civil entre los republicanos a las órdenes de De Valera y el ejército del Estado Libre.

Así de breve fué el episodio de la separación efectiva de Irlanda e Inglaterra. A menos que se produzca algún gran cambio en los métodos del Imperio Británico respecto a sus poblaciones vasallas, ésta no será más que la primera de resistencias desintegradoras aún mayores. Esta debe ser para los ingleses y americanos una fuente de profunda ansiedad y lamentaciones.

Durante un tiempo pareció que el Imperio Británico estaba destinado a ser la madre adoptiva de una grande y ejemplar Confederación de naciones libres, ya de habla inglesa o que utilizaran el inglés como una *lengua franca*, destinada a desarrollar una gran tradición de libre palabra, buen entendimiento y justicia en el mundo. Durante un tiempo había parecido que este gran organismo, afianzado por un profundo entendimiento y una cooperación más y más estrecha con los Estados Unidos de América, podía jugar un papel directivo en la tarea de llevar al mundo a una uni-

dad aún mayor. El autor acarició tales sueños también. Pero el historiador tiene que poner los hechos como son; y los que aquí se relatan marchan bien en desacuerdo con esos sueños.

La educación de las clases dirigentes británicas parece no ser lo bastante amplia y adecuada para sus oportunidades. Los ingleses en cuestión, no tienen la grandeza necesaria ni son lo bastante caballeros para asumir las responsabilidades en que se hallan comprometidos. El mundo no puede esperar a los ingleses para que lo dirijan. Los pueblos de habla inglesa han fracasado en desarrollar la organización educacional y la grandeza moral que habría justificado la aspiración a ser los conductores de la humanidad, y la oportunidad se burla de ellos y pasa de largo. Razas y pueblos que fueron en un tiempo los alumnos voluntarios de la civilización occidental, experimentan ahora y piensan por su propia cuenta con arreglo a sus propios designios. El frente del progreso se amplía, y aquellos que en un tiempo fueron los dirigentes deben darse por contentos con marchar a la par de los otros.

§ 7. *El Japón y el Renacimiento de China.*

Hemos mencionado ya la caída del dominio Manchú en China en 1911. Este acontecimiento marca la comprensión, por parte de la inteligencia china, de la naturaleza anticuada del antiguo sistema imperial. Las viejas vestiduras fueron arrojadas a un lado. Pero no había vestiduras nuevas que ponerse. La gran masa de la población siguió comportándose como lo había hecho siglo tras siglo, industriosa, analfabeta, prolífica, pobre, pacífica y conservadora, y por encima de ella la minoría culta luchaba por descubrir nuevas formas aptas para reemplazar al gobierno supremo que había vegetado en el descrédito hasta desvanecerse.

Un republicanismo occidentalista se difundió en el Sur bajo la dirección del Dr. Sun Yat Sen, y el nuevo gobierno establecido en Pekín era republicano y parlamentario. En realidad, el poder siguió en manos de los que tenían el control de las fuerzas armadas del país, y pareció probable durante un tiempo que una nueva dinastía sería establecida bajo un gran estadista y funcionario, Yuan Shih-K'ai. En realidad, se restauró la monarquía en 1915, pero se desvaneció al año siguiente. Los japoneses tomaron parte diplomáticamente en las inevitables disensiones entre los chinos: apoyaron primero a este partido y luego al otro, siguiendo una política dirigida a impedir la consolidación de la China renaciente.

De un modo tardío e inefectivo, China se unió a los aliados contra Alemania en 1917, en la esperanza de asegurarse una situación que pudiera protegerla contra la inamistosa presión japonesa.

A partir de la muerte de Yuan Shih-K'ai la historia de China se vuelve cada vez más confusa. Numerosos líderes militares surgieron y dominaron grandes regiones, luchando unos contra otros por el poder supremo. Gobiernos rivales chinos enviaron sus representantes a Europa. Los Estados Unidos, el Japón y las principales potencias europeas dirigieron complicadas intrigas, apoyando a tal o cual hombre. Mientras tanto, la vida general continuaba por sus caminos tradicionales, y había un gran desarrollo de la producción industrial y de las finanzas. La educación fué modernizada y se hicieron experimentos para la simplificación de la escritura. Hay algo profundamente impresionante para la imaginación histórica en el espectáculo de esta vasta población que rompe los antiguos lazos de su contextura administrativa y busca ciegamente y tanteando nuevas posibilidades de organización social y poder colectivo.

China fué condenada después de los trastornos de los Boxers a pagar indemnizaciones a las diversas potencias cuyos individuos sufrieron en aquellos levantamientos. Los americanos, con gran sabiduría, condonaron los pagos adeudados con la condición de que fueran destinados a la educación, y una considerable cantidad de estudiantes chinos fueron enviados a colegios americanos como primer fruto de esta generosa idea. Los franceses se inclinaron más por las empresas financieras y ferroviarias. Los británicos y japoneses distribuyeron vagamente su parte en obras educacionales, sanitarias, económicas y de beneficencia. Los americanos parecieron convertirse en los padres espirituales de la nueva China, aun cuando la propaganda bolchevique aminora o reemplaza su influencia.

Durante algunos años los problemas chinos parecieron insolubles. Las masas de la población, analfabeta y desorganizada, desarrollaron un odio intensivo hacia todos los extranjeros, y particularmente los británicos y japoneses. Esto llegó a un punto culminante en 1915, en que un oficial británico de policía hizo fuego en Shanghai contra una demostración realizada en el barrio extranjero en señal de protesta contra la muerte de un obrero chino en una fábrica japonesa de dicha ciudad. La minoría más inteligente, cuyas principales ideas derivaban principalmente de fuentes americanas y rusas, lucharon por desarrollar una ideología directora sobre la cual China pudiera ser organizada. Esta tarea, aun en condiciones pacíficas, habría sido colosal. La vasta fermentación mental en China presagió lo que está por ocurrir en Europa, anticipándose a lo que ocurrirá allí después que termine la presente guerra. Se trata de algo que ningún occidental inteligente puede atreverse a ignorar. Porque nuestras ideas corrientes son escasamente más aptas para enfrentar las necesidades de la nueva edad que la erudición de los mandarines. Fué notable el legado intelectual de Sun Yat Sen (que murió en 1925), encar-

nado en esa gran organización para el renacimiento intelectual, el kuomintang. El kuomintang ha fluctuado entre las ideas liberales creadoras pero patrióticas de su fundador y un comunismo doctrinario, apoyado enérgicamente por Miguel Borodin y reforzado por la dirección militar y la ayuda de la Rusia Soviética. A la larga el conflicto de ideas y de las fuerzas sociales y políticas empezaron a cristalizar alrededor de la habilidad militar y política del general Chiang-Kai-Shek y su esposa, hermana de la señora Sun Yat Sen, tan capaz como él. Era cristiana, y Chiang-Kai-Shek, educado en la mejor tradición budista, también se convirtió al cristianismo (1930). La rápida consolidación y modernización de China debe ser atribuída a esta singular pareja, y al temor y la exasperación causados por la agresión japonesa. Durante un tiempo Chiang-Kai-Shek evitó un conflicto directo con el Japón y se concentró en la reorganización de los recursos chinos y la renovación del equipo del ejército chino. Los japoneses comprendieron sólo muy gradualmente que el nuevo kuomintang se estaba convirtiendo en un poder formidable, y continuaron con sus agresiones progresivas tendientes a desacreditar la influencia americana, rusa y británica, a desmoralizar la vida social china y a apoderarse de una China dividida, provincia tras provincia. En esto fueron alentados por el fracaso de los británicos y americanos para cooperar en una protección efectiva de la comunidad china. Los británicos se abstuvieron de acompañar a los Estados Unidos en una protesta contra la agresión japonesa en Manchuria, y habría ido contra las más caras tradiciones tanto del Senado americano como del Foreing Office británico aceptar cualquier plan de acción común, por urgente que fuera su necesidad. La esquizofrenia del mundo de habla inglesa parece ser incurable.

En 1933 el Japón, ya firmemente establecido en Manchuria, invadió la provincia de Jehol, inmediatamente al Norte de la Gran Muralla. Esto fué desaprobado por la Liga de las Naciones, a consecuencia de lo cual Japón se retiró de la Liga y continuó su presión en China. Después de una breve pausa en la Gran Muralla, las tropas japonesas lanzaron una ofensiva contra Pekin. Parecería que la casta militar japonesa despertaba para comprender la efectividad de la reorganización nacional de Chiang-Kai-Shek y la necesidad de detener el proceso. Había también considerables desórdenes sociales internos, y nada es tan efectivo para restaurar la disciplina social como una guerra. La progresiva intensificación de la lucha para dominar China es una larga y complicada historia. Los japoneses presionaron a lo largo de las líneas ferroviarias, capturaron ciudad tras ciudad y bombardearon a las poblaciones civiles, demente y abominablemente. Los chinos desenvolvieron una sistemática guerra de guerrillas que enmarañó a la

conquista japonesa en las redes de una lucha sorda contra una población hostil. Detrás de esta incansable guerra de guerrillas, Chiang-Kai-Shek organizó su ejército regular, hasta que en 1937 pudo emprender una ofensiva decidida, y alcanzar en 1938 su primera victoria militar de importancia en Taierchwang. Recibía municiones desde América, Gran Bretaña (a través de Hong Kong y después de 1939 por el recientemente construído camino de Birmania), Francia (por Cochinchina) y Rusia, y hasta el derrumbamiento moral de Francia en la batalla de Francia y la amenaza de invasión a Gran Bretaña en 1940 sus perspectivas de conseguir el establecimiento de una China libre y liberal crecieron firmemente. Entonces pareció que sus abastecimientos podrían ser restringidos por una repetición de la perfidia en España. Los franceses en Cochinchina se mostraron sensibles a las amenazas japonesas, y los británicos —inseguros como siempre de la participación de América en los conflictos de ultramar— recurrieron a la misma política ambigua que los llevaron a la vergüenza y al desastre en España. En el momento de escribirse estas líneas todavía están "apaciguando" al Japón. Por otro lado, la mente americana parece permitirse comprender lentamente que los sufrimientos de China son principalmente debidos al petróleo y otros suministros de guerra procurados a los japoneses por América. Pero al escribir esto todavía no hay guerra. Y por tal razón suspendemos aquí la cuestión, con un interrogante, refiriendo al lector a sus periódicos.

Pero aun cuando esta parte termina en tal incertidumbre, cabe poca duda de que el Japón, por lejos que vaya su conquista formal antes del final, está forjando una China nueva, unida y modernizada, muy lejos de sus más remotas posibilidades de controlarla

§ 8. *El fermento de Islam.*

La misma infiltración de la ideología occidental sobre métodos y recursos que ha liquidado la antigua civilización de China, ha estado trabajando en todo el cercano Oriente con fuerza siempre creciente desde la Gran Guerra. El largo, intolerante y fatalista dormitar del Islam parece estar llegando a su fin. El mundo musulmán utiliza ahora los periódicos, el telégrafo, la radio y los recursos de la educación y la propaganda modernas. Ya hemos dado cuenta en parte de la reconstrucción de los turcos después de su derrota, y de la transitoria unidad de los árabes. En Persia podemos señalar una vigorización paralela de la resistencia del Islam a la mera explotación por el Occidente.

Antes de la guerra, Persia fué un feliz terreno de caza para las obsesiones de la diplomacia europea y una tierra desgraciada

para los hombres y mujeres que la habitaban. Rusia presionaba sobre el infortunado país desde el Norte, Gran Bretaña desde el golfo pérsico; cada uno hacía lo que podía para desacreditar y perjudicar al otro; grandes yacimientos de petróleo fueron descubiertos y los intereses petrolíferos americanos siguieron tortuosas rutas de investigaciones y apoyos. Bajo el Sha existía una parodia de gobierno parlamentario occidental, y la realidad del poder oscilaba entre una cantidad de jefes feudales en pugna. Se perseguían y asesinaban uno a otro. Los rusos habían emplazado una brigada cosaca, destinada nominalmente a obedecer al gobierno, pero destinada en realidad a controlarlo. Los británicos crearon un cuerpo de vigilancia, una *gendarmerie* con oficiales suecos, que se presumía inspirada de un espíritu internacional. Estos cuerpos antagónicos conspiraban y asesinaban en nombre del orden occidental. Los alemanes intrigaban a través de los turcos contra los británicos y los franceses.

La protección, sabotaje o destrucción de los oleoductos es la clave de la compleja estrategia de la situación. La Gran Guerra fué para Persia una historia de razzias, marchas y capturas de las fuerzas cosacas, alemanas, británicas y nativas. Mientras la victoria fluctuaba entre Alemania y sus antagonistas, los persas, que no tenían ningún interés por estas disputas europeas, propiciaban o atacaban a los británicos. Durante un tiempo después de la guerra los británicos tuvieron ascendiente en Persia, pero en 1920 su posición empezó a verse seriamente amenazada por la invasión bolchevique, que continuó las antiguas presiones del sistema zarista. Pero gradualmente algo más autóctono y más alejado de las convenciones de la diplomacia se impuso por sí mismo. La conciencia nacional persa crecía, y el prestigio del occidente se desvanecía. Apareció un hombre fuerte, Riza Khan, quien se apoderó del gobierno en 1921, bajo la dirección nominal del Sha. Hizo un tratado con la Rusia Soviética que colocó al país sobre un pie de mayor independencia que la que había disfrutado desde hacía muchos años. En 1926 dejó de ser dictador y reemplazó al Sha.

Desde Persia en el Este hasta la costa atlántica de Marruecos, a lo largo de toda la línea de contacto entre el antiguo dominio cristiano y el mundo mahometano, estos años de posguerra desplegaron un complejo de disturbios y conflictos entre el Islam y las potencias europeas, y aparentemente se advierte más solidaridad y unidad de propósitos, y aun mayor unidad de acción, en el Islam que en el sector europeo. Las potencias europeas, ciegas a los crecientes peligros, continuaron intrigando unas contras otras, sobre las mismas líneas de los siglos XVII y XVIII. El comercio de armas, franco o furtivo, florece. Se hace cada vez más difícil contar con la lealtad de las levas nativas. La armada, incómoda

e ininteligente Europa, ya sea Gran Bretaña, Francia, España o Italia, es resistida y saboteada.

En Marruecos, España sostiene una dispendiosa e interminable guerra contra una creciente insurrección equipada con armas europeas y americanas. Hubo desastres, derrotas y retiradas, y un tal Abd-el-Krim se alzó como líder en el Riff. Mientras tanto, los franceses conservan Fez y dilatan y sostienen sus dominios en el Sur de las tribus del Riff, absteniéndose de cualquier cooperación con los españoles hasta que en 1925 Abd-el-Krim volvió sus cañones y rifles contra ellos y abrió las perspectivas de una larga y peligrosa guerra.

Ciento noventa mil hombres fueron rápidamente comprometidos en la lucha del lado francés. Los choques franceses en Marruecos produjeron una repercusión en los territorios bajo mandato de Siria. Los drusos se levantaron contra los franceses y les infligieron serias pérdidas. La población árabe se volvió incontenible y peligrosa. El peligro sobre Fez se convirtió también en un peligro sobre Damasco. En el Sur, los árabes wahabitas pudieron obligar al rey de Hedjaz protegido por los ingleses a que renunciara y se fuera al exilio. Tomaron la Meca y extendieron lenta pero firmemente su poder dentro del territorio tutelado. En Egipto hubo casi incesante efervescencia. Los egipcios fueron, bajo la dominación británica, como leche hirviendo bajo una tapadera.

En todas partes del mundo musulmán, Italia, Francia, Gran Bretaña y Alemania han estado destruyendo el prestigio del occidente mediante sus actividades de propaganda, despertando el Islam a una conciencia propia. Los turcos, los árabes, egipcios y la India musulmana discuten juntos el imperialismo europeo y descubren un interés común en sobreseerlo. La presión de los franceses en Marruecos fué últimamente intensificada por el genio administrativo del Mariscal Lyautey, y Abd-el-Krim fué capturado y exilado en 1926. El gobierno británico, con su aire habitual de conceder a la fuerza y bajo presión lo que el liberalismo natural de su población estaba dispuesto a otorgar, consintió, después de una larga lucha contra Zaghlul Pachá y la organización nacionalista llamada la Wafd, la abolición del protectorado británico y la declaración egipcia de independencia (1928), plenamente efectiva. El viejo protectorado fué reemplazado por un tratado de alianza defensiva y ofensiva, proyectado primero en 1930 y firmado en 1937, por el cual Egipto fué admitido en la Liga de las Naciones como un poder libre y soberano. La situación en el Mediterráneo occidental fué complicada por los ingleses en Palestina debido a esa esquizofrenia del Foreing Office que había hecho promesas contradictorias a los árabes y a los judíos sionistas. La larga e intrincada lucha de cierto sector de la comunidad universal de

judíos para volver a un país que había dejado de ser, hasta nominalmente, judío en los días de Alejandro el Grande, y en el cual (véase capítulo 18, parágrafos 2 y 3) es muy probable que el grueso de sus antepasados jamás haya vivido, atestigua la preponderancia de los asertos históricos sobre los hechos reales. No puede haber dudas de que para un gran número de judíos ortodoxos modernos, que han sido unidos en una comunidad de hábitos, conducta y ayuda mutua por el Viejo Testamento y el Talmud, el establecimiento de un pequeño Estado independiente de habla hebrea es un asunto de suprema importancia, tanto que en sus mentes ello es un impedimento para las más grandes posibilidades de unificación humana que la humanidad afronta en el momento actual. Se mantienen apartados de la modernización de las comunidades semíticas e islámicas, con las cuales podía esperarse que hallarían una forma de congeniar. Hago estos comentarios obvios aquí. Los hago colateralmente a una crítica mucho más cruda de las ideas y métodos británicos, pero no espero ni por asomo que puedan ser leídos por un solo judío activo sin ira y resentimiento, y sin la acusación de que soy un "anglófilo" propagandista de la más ínfima categoría.

§ 9. *La tragedia española.*

En abril de 1931 la monarquía española cayó y España se convirtió en república. La familia real se retiró sin ser molestada, y hubo muy escaso conflicto armado o violencia.

España se había estado preparando para una revolución liberal la mayor parte de un siglo. Poco hemos dicho hasta ahora de los acontecimientos ocurridos allí después de la caída de Napoleón. Es una época de decadencia y humillación, de ignorancia en toda la nación, de incompetencia y descuido en la educación bajo la dominación de la Iglesia católica romana. Es quizá hasta ahora el más completo ejemplo de descomposición y caída del imperialismo. Hemos hablado ya del general Bolívar, de la pérdida de las vastas colonias de España en América, y de cómo por una vez Gran Bretaña y los Estados Unidos entraron en una cooperación inteligente para la protección de la democracia en el Nuevo Mundo. Ese gran estadista que fué Canning dijo que las repúblicas americanas serían las encargadas de "restablecer el equilibrio del Viejo Mundo". Solamente Cuba quedó bajo el control de España. En el mismo capítulo se refiere la contrarrevolución en Europa durante cerca de cuarenta años. Es una época que debe hacer reflexionar a los hombres inteligentes del tiempo actual.

La lucha por la libertad humana y por la idea liberal fué ardua en toda Europa, menos desesperada que en otras partes tal

vez en Gran Bretaña, exceptuando América. Las fuerzas opresoras se manifestaron en España en su forma más pesada y torpe; pero la liberación de Sudamérica mantuvo despierto el espíritu de rebeldía. Durante este largo intermedio de aristocrática y pía decadencia España debe haber sido un verdadero infierno para los patriotas inteligentes. Fases de indignadas y no muy hábiles sediciones alternaron con períodos de estrangulamiento y robo. Hubo una sucesión de conflictos disparatados entre Borbones, Carlistas, etc., generales absolutistas posando como "hombres fuertes" y la intrusión del electo rey Amadeo de Saboya, etc., etc. Cuba estuvo en estado de insurrección desde 1869 en adelante. Hubo algunas concesiones falaces a los cubanos, y fueron enviados algunos "hombres fuertes" para aplastar las insurrecciones.

En 1897 los Estados Unidos empezaron a sentirse afectados por las brutalidades de un represor particularmente severo, el general Weyler, y hablaron claro al gobierno español. Este último se mostró contemporizador, pero bruscamente se precipitó la guerra por la voladura del barco de guerra de los Estados Unidos "Maine" en el puerto de La Habana. Los Estados Unidos exigieron la inmediata evacuación de Cuba por los españoles, y España les declaró la guerra (1898). La flota oriental española fué destruida por el almirante Dewey en la bahía de Manila, la flota española de las indias occidentales en Santiago de Cuba; Cuba se rindió a los americanos, y la guerra tuvo fin. El gobierno español, fiel hijo de la Iglesia, apeló en vano al Papa y a varias monarquías reaccionarias para que intervinieran, y en un tratado subsiguiente cedió Cuba, Puerto Rico, las Islas Filipinas, y en realidad todo lo que le quedaba de su imperio de ultramar, excepto Marruecos y Fernando Po.

Hubo revueltas populares en Barcelona y Zaragoza, y ellas fueron sofocadas por el general Weyler. Pero el movimiento por una España liberal crecía en fuerza, y numerosos escritores y pensadores españoles se empeñaron en el problema de organizar una nueva España. Alfonso XIII subió al trono en 1902. Se casó con la princesa inglesa Victoria Eugenia, sobrina del Rey Eduardo VII, que se convirtió al catolicismo con ese objeto, siéndole concedida la "rosa de oro" como una muestra especial de favor por parte del Papa. Una monarquía clerical sostenida por militares debía tener naturalmente alguna guerra en alguna parte, y Marruecos era ahora el único terreno que les quedaba disponible, tanto a ellos como a los concesionarios con quiénes están siempre tan dispuestos a asociarse.

Marruecos absorbió una multitud de jóvenes soldados que jamás regresaron, y ante la demanda de nuevos soldados y nuevos

impuestos la paciencia popular se agotó. Hubo una revuelta en Barcelona, y el pueblo, con una visión muy clara del origen de sus calamidades, quemó iglesias y conventos. Sabía que las congregaciones no pagaban impuestos, las iglesias eran los símbolos de una despiadada supresión de las ideas, y era natural que se las considerara también el símbolo de la decadencia nacional. En cualquier disturbio que ocurra en España, donde el pueblo es tan inclinado a las vías de hecho y a la violencia, siempre se produce el incendio de iglesias y conventos. Es lamentable, pero no se puede evitar.

La revuelta de Barcelona fué espontánea y mal organizada y quedó aplastada después de tres días de lucha. Terminado todo ya, fué arrestado y fusilado un distinguido educacionista español, Ferrer, quien había fundado "escuelas laicas" en Cataluña, pero que no había tenido parte alguna en la insurrección (1909). En su país los reaccionarios podían luchar, pero en Marruecos el caso era distinto. Unos días antes del asesinato de Ferrer las tribus del Riff habían infligido una seria derrota al General Marina. Antes y después de la guerra de 1914-1918 el pueblo español continuó derramando sangre en Marruecos, hasta que en 1921 sufrió un desastre completo a manos de Abd-el-Krim. Un ejército de 19.000 hombres fué vencido y exterminado; sólo 9.000 escaparon a territorio francés.

Pero ya se ha dicho bastante para explicar por qué el movimiento republicano adquirió fuerza, por qué obtuvo una gran mayoría en las Cortes vueltas a convocar después de no haberlo sido durante ocho años, cómo el Rey Alfonso previó la revolución inminente, y cómo, al sentir tiroteos en las calles, hizo sus valijas y se marchó, dejando a su princesa británica que lo siguiera un día o dos después, sin ser molestada, con su "rosa de oro" y su familia (1931). Siguió un régimen republicano bajo la presidencia de Niceto Alcalá Zamora, con Azaña como primer ministro. Se vieron abocados a una gigantesca tarea de saneamiento social.

El país había sido dejado exhausto por el clero y la nobleza: estaba doscientos años atrasado con respecto a la época. Se necesitaban miles de escuelas elementales, hacía falta una reconstrucción completa de la enseñanza, los vastos feudos en estado de abandono por la negligencia de los nobles y del clero debían ser distribuídos, y la industria rescatada de las garras de los concesionarios monopolizadores. Esto sólo era ya una empresa enorme. Pero el nuevo gobierno tenía también que entrar en arreglos con el separatismo de los catalanes y los vascos y con la cruda impaciencia de los analfabetos que estaba liberando. Alcalá Zamora dió muestras de una propensión reaccionaria y se produjeron revueltas monárquicas que exacerbaron el antagonismo de la derecha y la izquierda. Azaña encarnó la opinión liberal de izquierda. En 1934

fué arrestado. En 1936 subió a la presidencia en reemplazo de Alcalá Zamora. Pero entonces el vuelco hacia la izquierda se hizo más violento. Fué imposible contener a las masas de las ciudades contra las iglesias y conventos. El desagrado de los campesinos por los curas parroquiales tomó también caracteres amenazantes. Al nuevo gobierno le fué imposible improvisar un paraíso. Fué atacado por no ir ni bastante aprisa ni bastante lejos. Tuvo que afrontar huelgas irracionales y, particularmente, el sindicalismo anárquico, una suerte de rousseaunismo con una tendencia a los métodos violentos. (Se hallará una excelente referencia a esta exaltación desmedida en *"Los Siete Domingos Rojos"*, de Ramón Sender, un libro realmente fundamental). Sin embargo, este gobierno se mantuvo firmemente, y si no hubiera sido asediado por las fuerzas concurrentes de la reacción podría haber llevado a España a una cooperación efectiva con las democracias atlánticas.

Un aventurero militar llamado Franco ([6]), al frente de un grupo de generales y jefes militares reaccionarios, se sublevó contra el luchador gobierno de Madrid (1936). Invadió España con tropas marroquíes, pretendiendo restaurar el orden, el cristianismo, el derecho a la propiedad y cualquier otra cosa que pudiera ser un llamado a las fuerzas de la reacción. Fué apoyado abiertamente por los gobiernos totalitarios de Alemania e Italia, que vieron en España las posibilidades de un trabajo preparatorio para la próxima lucha contra las semiliberales potencias del Atlántico. Recibieron también la bendición del Vaticano y, lo que es un hecho de fundamental importancia en la situación actual, la simpatía efectiva de los elementos reaccionarios de los gobiernos británico y francés. Desde el primer momento éstos hicieron todo lo posible para impedir el trámite de ayuda y municiones destinadas al gobierno legal español, y Franco fué reconocido por todos los hombres de la clase acomodada como un "caballero cristiano". Hizo una larga ofensiva hacia Madrid, donde fué enfrentado y detenido; y España se convirtió de hecho en el campo experimental de disputa de los tres principales grupos de fuerzas que perturban a la humanidad de hoy.

Tomándolos en su orden histórico, estaba primero el gran complejo de las tradiciones, intereses, prestigios y privilegios que datan de los días anteriores a la reforma protestante, la declaración americana de independencia y la Revolución Francesa. Esto, con su clericalismo, monarquía, fuerzas armadas, los ricos y los po-

([6]) Por haber muerto el general Sanjurjo (ya sublevado contra la república en 1932 y condenado a muerte y graciado luego por el gobierno republicano) víctima de un accidente de aviación al partir de Portugal para ponerse al frente de la rebelión, cuyo jefe debía ser.

bres, puede ser considerado el viejo orden. Hemos referido en esta historia cómo el espíritu de libertad en el hombre ha luchado para librarse de la rémora del pasado y cómo de tiempo en tiempo las fuerzas de reacción se han arrastrado solapadamente para recobrar el viejo control. En seguida, hemos destacado el segundo elemento: el militarismo, el conquistador aventurero, el soldado *gangster* que, como mercenario, nómada viniendo de afuera, o vocinglero patriota desde el interior, ha organizado ante todo una fuerza combatiente temporaria irresistible y luego se ha apoderado del sistema social. No trae consigo ideas constructivas; no insiste más que en la servidumbre y la obediencia y, tarde o temprano, el viejo orden resucita mediante él. Este es el ritmo de la historia. Sólo sirve dentro de su uniforme; tiene que obtener las satisfacciones de la vida a un precio. Los sacerdotes y espoliadores lo servirán: las mujeres aristocráticas se muestran demasiado dispuestas a suavizar sus costumbres. La Iglesia católica, como siempre, cede al César lo que es del César. Así, al precio de algunas humillaciones individuales, el viejo régimen se reconcilia con los nuevos matones, y la temida reconstrucción del mundo y la emancipación del hombre del pueblo es pospuesta por otra generación.

Actualmente este complejo reaccionario no cree en una conquista nazi del mundo. Saben que lo que se denomina hitlerismo va terminando, y están echando sus planes, quizás demasiado sutiles, para su propia reinstalación, tanto si esta guerra termina en alguna forma de victoria del totalitarismo o alguna suerte de derrota totalitaria.

El tercer grupo de fuerzas en los negocios humanos es todavía más complicado que los otros dos. En este esquema hemos trazado su desarrollo desde el nacimiento de la idea en Grecia, en Palestina, en la India, China y en todas partes donde había una *mejor vida posible para los hombres*. En realidad, éste es el relato esencial de este libro, eslabonándose al progresivo engrandecimiento material de la comunidad humana. Este esquema no fué planeado de esta manera; se produjo así. Pero la aspiración por una mayor hermandad nunca se ha manifestado por sí misma, sino localmente con intermitencias y de un modo incoherente. Ahora, ante el vívido cuadro de España, todas estas tendencias hacia una vida mejor para el hombre, dispersas y carentes de organización, fueron galvanizadas y unidas, para llegar a comprender en seguida la comunidad de su espíritu y la urgente y lamentable necesidad de una fórmula común que llenara sus aspiraciones. De todos los rincones de la tierra concurrieron voluntarios en ayuda de la izquierda española, para descubrir que su espíritu era uniforme pero sus métodos lamentablemente distintos. Aun

en presencia de un ataque directo, no acertaron a consolidarse. Se pelearon entre ellos detrás del frente. Después de los más heroicos esfuerzos, participaron al fin en una derrota común.

Así distinguimos las tres principales divisiones en la lucha humana de hoy, tal como se revelaron en España. Ninguna de estas divisiones despliega una unanimidad realmente poderosa de propósitos. Son todavía divisiones instintivas y predispuestas favorablemente, más que divisiones de voluntad razonada. En todas partes, hay posibilidades de grandes intercambios de fuerza. En todas partes sus manifestaciones permanecen oscuras y su rendimiento no es decisivo.

Y sin embargo, la fe de la humanidad en un nuevo orden de libertad y hermandad prosigue con inmortal obstinación. Es ciega, pero puede llegar un momento en que sea solamente corta de vista, un momento en que comprenda claramente el propósito común de su impulso. Trazar la historia de la humanidad durante los últimos diez mil años, como lo hemos hecho, nos hace comprender que, con una infalibilidad casi astronómica, nos movemos *hacia* una unificación universal basada en una revolución social fundamental. Quizá debido a la indefinición casi universal del pensamiento humano de hoy, esa revolución parece destinada a costar a nuestra especie una incalculable y agotadora serie de desgastes y sufrimientos. Puede haber un límite a la vitalidad humana. Puede concebirse que esa revolución no llegará a cumplirse, y nuestra especie puede detenerse a mitad de camino hacia su meta, y caer y perecer. No hay nada en la historia que pueda hacernos suponer que el hombre está exceptuado de la ley universal de que un fracaso en la adaptación significa la extinción. ¿Nos estamos adaptando? ¿Nos adaptamos bastante aprisa frente a nuestros desórdenes actuales?

He dedicado todo este espacio a un estudio de la situación general de estos elementos en el momento actual, debido a que el conflicto español los puso al descubierto. La historia detallada de esos tres años de lucha sería un relato épico de heroísmo confuso que sobrepasaría el compás de este esquema. Franco dió la batalla en los arrabales de Madrid y llegó a la nueva Ciudad Universitaria antes de terminar el año 1936, pero fué detenido allí hasta el final del conflicto en 1939. Durante este período los Ministerios de Relaciones Exteriores reaccionarios de Francia y Gran Bretaña mantuvieron una apariencia de legalidad y no intervención que fué de muy grande ayuda para Franco. Este fué abiertamente apoyado por Alemania e Italia, y el gobierno legal casi del mismo modo por Rusia. España se convirtió en el ruedo donde esas grandes potencias, ensayaron despiadadamente nuevas tácticas y nuevas máquinas. Alemania e Italia pelearon abiertamente

lado a lado con los moros del sultán de Marruecos, en nombre del nacionalismo español. Guernica, la ciudad santa de los vascos, fué destruída con toda su población por los bombarderos germánicos en 1937, anticipándose así a la gran matanza de Rotterdam en 1940. El pueblo vasco, compuesto de sinceros católicos romanos, hizo un desesperado, patético y completamente inútil llamamiento de socorro al Vaticano. El gobierno republicano luchó hasta abril de 1939. Entonces, Franco entró triunfalmente en Madrid.

Cuando se reinició la guerra mundial en 1939, la actitud de este gobierno fué, naturalmente, de creciente amistad hacia sus dos anteriores aliados. El gobierno conservador de Gran Bretaña se vió enfrentado con demostraciones estudiantiles organizadas en Madrid, que exigían la entrega de Gibraltar y el abandono de la línea vital del imperialismo en el Mediterráneo. Una prensa del gobierno, persistentemente hostil, organizó el desprecio por Gran Bretaña, América y todo lo que tuviera visos de democracia. En el momento de escribir estas líneas, los reaccionarios británicos están esperando preocupados algún cambio de táctica de su amigo el "caballero cristiano" y, *inter alia,* permiten discretamente que España importe petróleo en cantidad que excede a sus necesidades, para revenderlo a Alemania... Pero también aquí suspenderemos nuestro relato para remitir al lector a sus periódicos.

§ 10. *Deudas, dinero y estabilización.*

En nuestra referencia a la primera Revolución Francesa, hemos discutido las relaciones elementales del crédito y el cambio con la vida social. Pero la dislocación social ocasionada en Francia por la Revolución y las guerras que la siguieron, fué insignificante en comparación con los inmensos desplazamientos en Europa después de la Gran Guerra. La comunidad del final del siglo XVIII fué en su conjunto más simple y autónoma que la intrincada y complicada comunidad europea de los tiempos presentes. Su vida económica y social estaba contenida en sus propios límites. Pero la dificultad peculiar de la situación moderna estriba en que, mientras las relaciones y reacciones económicas, debido al vasto cambio en los medios de comunicación, han trascendido desde hace tiempo las fronteras de los Estados existentes, pues ahora los artículos de consumo y trabajo pueden trasladarse en masa casi desde cualquier parte del mundo a otra —cosa nunca vista anteriormente, excepto en el caso de los suministros de alimentos de la Roma Imperial— los hombres todavía se someten a las divisiones políticas mezquinas que los Estados soberanos han establecido en condiciones caprichosas.

El error de la soberanía nacional, con sus correlativos fanatismos por "Dios, el Rey y la Patria" y demás frases hechas por el estilo, es la más monstruosa de todas las supersticiones actualmente vivas en el mundo. Cada Estado debe ser libre para hacer su dinero, regular su propio crédito, dificultar el transporte a través de su territorio y levantar barreras arancelarias al flujo del comercio. Cada uno puede entrar en deudas y ser obstrusivo, hostil, y armarse hasta los dientes contra sus vecinos similares. Cada uno debe mantener su propio sistema educacional, referir una historia parcial y aislada e inocular un venenoso orgullo nacional y una venenosa hostilidad hacia el extranjero en cada nueva generación.

La consecuencia para Europa de esta calamitosa herencia de Estados soberanos no federalizados, fué que cuando el proceso de confusión y depresión económica que hizo su aparición en Francia después de la Revolución Francesa, se recrudeció en Europa en una escala más vasta después de la Gran Guerra, se vió enormemente complicado por la confusión internacional. Cada Estado se halló empobrecido, pero cada Estado contrajo deudas con otros Estados para la ayuda nacional después de la guerra en que eran aliados, y se cargó con deudas fantásticas a los vencidos.

Aun cuando los Estados Unidos fueron antagonistas de Alemania en las últimas etapas de la guerra y sufrieron menos que ningún otro de los Estados comprometidos en ella, las municiones americanas habían sido suministradas a precios exagerados a todos sus aliados, y Europa estaba ahora endeudada con Norteamérica de un modo fabuloso.

Un franco repudio de la mayoría de estas deudas de guerra habría aclarado la atmósfera para todo el mundo, pero solamente un poderoso gobierno federal europeo podría haber sido tan franco y audaz. Europa no tenía gobierno federal, ni políticos universales, ni líderes de gran mentalidad, sino reyes de estrecho espíritu localista, estadistas, políticos y hombres de negocios sostenidos por las tarifas, diarios de visión limitada a su idioma y a sus áreas de distribución, maestros mantenidos por el Estado, universidades nacionales y grupos de "patrióticos" financieros; y todos se sentían horripilados a la sola idea de cualquier gran sistema que barriese las ventajas personales que usufructuaban a expensas de la comunidad europea. No querían tener una Europa común; no querían siquiera oír hablar de ella; antes, una Europa muerta que una Europa desnacionalizada. Tanto habría valido esperar que las moscas suprimieran un montón de estiércol.

Así, toda la Europa al occidente de Rusia entró en una etapa de Shylock; planes para el pago de esas fantásticas deudas de guerra consumían el espíritu público; y mientras tanto, cada Es-

tado soberano seguía sus propios planes con la moneda. Mucha gente empobreció catastróficamente, muchos se volvieron ricos con la especulación y pareció más inteligente gastar dinero que acumularlo. Si bien había falta de recursos para casas destinadas al común del pueblo, no había limitaciones ni impedimentos para la construcción y modernización de lujosos hoteles; nunca hubo en Europa tanta danza y tampoco tanta asiduidad en los deportes y las diversiones. La faz de Europa mostraba el arrebol de una fiebre de malversación.

El colapso monetario se produjo primero en Rusia. Allí fué fomentado y bien recibido por el gobierno comunista. Los rublos fueron impresos sin restricción, el cambio cayó y los precios subieron hasta el punto de que un huevo o una manzana se vendía a 10.000 rublos, y el campesino no tuvo más estímulo para acumular o para trabajar con objeto de acumular. La intención de los comunistas radicales fué la de abolir toda libertad de comprar y de vender. El dinero debía perder su valor, y el trabajo de los ciudadanos sería reconocido por la entrega periódica de cupones, generalmente intransferibles, pero válidos para obtener alimentos, vestidos, libros, viajes y demás. Pero ya en 1921 el gobierno bolchevique estaba convencido de la necesidad de recuperar esa fluidez económica que sólo puede dar el dinero, y apareció un nuevo rublo de intercambio, uno de los cuales valía por 10.000 de los viejos. Éste fué reemplazado en 1923 por el chervonetz, un rublo oro de igual valor que el rublo zarista de antes de la guerra. Esta es la base de la moneda legal actual. Pone en evidencia la ineptitud del sistema económico bolchevique para desprenderse de la complejidad de métodos, intercambios y deudas del occidente. El problema monetario del mundo es uno solo, y solamente puede ser resuelto encarándolo como un problema cosmopolita.

Al occidente de Rusia no se hizo ningún intento para librarse del todo del uso de la moneda, pero hubo menor o mayor inflación en todos los países. Las experiencias monetarias de Alemania fueron extremas, y siguieron el proceso general en su forma más completa. Incapaz de conseguir suficiente dinero mediante impuestos para afrontar sus obligaciones internacionales y sus necesidades internas, el gobierno recurrió al papel impreso. Al aumentarse el número de marcos en circulación, el costo de la administración y el precio de las divisas extranjeras necesarias para pagar las reparaciones se elevó, y esto llevó a tener que recurrir de nuevo al papel moneda. En enero de 1923, el dólar, que a la par había valido cinco marcos oro, llegó a 7.260. Entonces sobrevino un rápido colapso. En febrero valía 21.210 marcos papel. En julio pasó de un millón. Al final del año valía cuatro billones de marcos papel.

Los efectos sociales de este fantástico cambio, desde el dinero con valor hasta el papel sin ningún valor, fueron profundos. Toda la clase social que vivía de inversiones a un tipo fijo de interés, jubilados, viudas y huérfanos con pensiones y demás, quedaron empobrecidos y condenados a los expedientes más abyectos para sobrevivir; todas las actividades científicas, literarias y educacionales dependientes de subvenciones cesaron. Empleados, maestros, profesionales y todas las personas dependientes de sueldos o derechos fijos, nunca pudieron aumentar sus estipendios en la misma proporción del alza de los precios. Se produjo, de hecho, una suerte de exterminio económico del pobre instruído. Las rentas se desvanecieron, pero los precios de todos los artículos subieron fantásticamente.

Por otra parte, todo deudor hipotecario y toda compañía comercial estuvieron en condiciones de pagar sus deudas con papeles sin valor y la deuda interna y los empréstitos municipales se evaporaron. Durante un tiempo los negocios de exportación fueron febrilmente estimulados. Hubo que tomar severas medidas para detener la exportación de todo lo que fuera de algún valor en el país. Pero la importación de alimentos y materias primas disminuyó hasta cero y los empleos, luego de un auge inicial, decrecieron rápidamente. El alimento escaseó en las ciudades, porque los campesinos comprendiendo la inutilidad del dinero, sólo aceptaban ahora el trueque. El hambre, la miseria y las preocupaciones, fué la cosecha que obtuvo la masa de la clase media y el discreto ciudadano de hábitos ahorrativos. El promedio de suicidios subió con celeridad. La natalidad bajó un 15 % en comparación al año precedente. A pesar de esto, la mortalidad infantil aumentó en un 21 %.

Por todas partes estallaron desórdenes políticos, movimientos de reacción e insurrección. Posiblemente ningún otro pueblo que no hubiera sido el alemán, ordenado, educado y disciplinado, podría haber sorteado el temporal. En noviembre, el gobierno creó otra moneda. Introdujo un nuevo "Rentenmark" respaldado por los bienes generales del país, y con esto se detuvo la reimpresión de los antiguos marcos. Un Rentenmark valía un billón de marcos papel. Restringiendo severamente la emisión, el Rentenmark fué obteniendo éxito gradualmente, y así Alemania pudo volver, también, a su anterior ajuste al patrón oro. El Reichsmark oro reemplazó al Rentenmark en 1925, a igual valor, y el Rentenmark fué desapareciendo gradualmente.

En algunos países, como por ejemplo Austria y Polonia, la crisis monetaria había sido casi tan trágica como en Alemania. Ambas volvieron a su moneda reajustada del presente. Los aus-

tríacos adoptaron una nueva moneda de intercambio, el schelling; los polacos el zloty, ambos basados sobre el oro. Países meridionales como Checoeslovaquia, Grecia, Finlandia, aun cuando sufrieron la inflación, ésta fué moderada, y retuvieron su unidad monetaria original en una suerte de estabilidad de un quinto o un sexto de su primitivo valor oro. Italia, Francia y Bélgica mantuvieron la inflación dentro de límites todavía más estrechos. La lira cayó de 25 ¼ a 100 por libra esterlina antes de la época de Mussolini y, luego de un período de dudosa estabilidad, fué descendiendo gradualmente a 110, 120, 130; se la puso bajo un régimen de severa restricción y fué "estabilizada" a un nuevo nivel de algo más de un cuarto de su valor original. El franco francés, el franco belga y la peseta española cayeron todavía más lentamente. El franco pasó el límite de cien por libra esterlina en 1925, y entonces, después de una crisis y un pánico, fué ajustado en más o menos a un quinto de su valor adquisitivo de antes de la guerra.

La libra inglesa cayó con respecto a su valor oro después de la guerra, pero nunca en la proporción de perder más de un tercio de su valor, y en 1924-25, después de denodados esfuerzos, una restricción del crédito, un control de las empresas comerciales y una grave crisis de desocupación, fué obligada a volver a su antigua paridad con el dólar oro. Los países escandinavos sufrieron relativamente pocas alzas y depresiones de la moneda.

Esta es la historia en forma aritmética. El lector puede imaginarse por sí mismo el enorme volumen de temores, ansiedades, crueles desilusiones, trágicas bancarrotas, quebrantos, privaciones, enfermedades, desesperaciones y muertes que estas fluctuaciones barométricas de las monedas europeas significaron, si ellas pudieran ser traducidas en términos de sentimiento humano.

Gran Bretaña luchó durante un tiempo por el patrón oro. Este no representaba un curso legal ideal, pero pareció ser el único standard posible en el mundo, mientras el dinero fuese todavía controlado por multitud de gobiernos independientes. No habiendo un gobierno cosmopolita, un gobierno federal universal capaz de controlar estos asuntos, parecía necesario conceder la dirección económica de la tierra a un metal. Era un objeto muerto; no podía responder a crecimientos y decrecimientos de la riqueza real; hacía pagar tributo a los provechos del pasado a toda nueva actividad productiva, pero por lo menos no conspiraba y mentía, ni tenía prejuicios patrióticos.

Pero podía ser tomado y aprisionado. Los enormes pagos hechos por deudas de guerra a Estados Unidos y Francia acumularon vastas cantidades de oro en estos dos países. Fué acumulado de tal manera que el valor del dólar acuñado en oro se volvió inferior al valor del "dólar oro" papel. El retorno al patrón oro en un momento en que la producción de los artículos en general sobrepasó la disponibilidad de oro para moneda fué de beneficio directo para el acreedor. Los precios cayeron. Aquél cosechó más de lo que había sembrado y las empresas sufrieron un descalabro.

Todo esto lo encontrará expuesto y explicado completamente el lector en *El Trabajo, la Riqueza y la Felicidad Humanas* (7).

Las reparaciones impuestas a Alemania y Austria por los vencedores de Versailles fueron —como lo demostró Mr. J. M. Keynes, oportunamente— tan pesadas como para llegar a lo prácticamente insoportable. Pero con cada caída de los precios, debido a la acumulación de oro, la declinación de su valor y el aumento de la producción, la carga de estas deudas sobre el productor europeo se volvió cada vez más pesada. Tuvo que desarrollarse, producir y vender más y más, para obtener la misma cantidad de oro para sus pagos. A pesar de todos sus esfuerzos descubrió que podía vender menos. Altas tarifas aduaneras pusieron barreras a sus ventas. El Plan Dawes (1924), el Plan Young (1929), fueron revisiones de las deudas europeas y modificaciones de los métodos de pago, necesarios por este continuo recargo de los saldos en favor del acreedor. El alivio que proporcionó cada uno de ellos se desvaneció en la continua desinflación. Hacia 1931 Europa en general, y Alemania y Austria en particular, estaban al borde de un completo colapso económico, y en junio de ese año el presidente Hoover, aunque tarde, propuso una moratoria de doce meses para el pago de las deudas. Se dijo que esta propuesta se relacionaba, en las intenciones del Presidente, con una extensiva pacificación política y económica de Europa, pero la actitud de Francia respecto a la moratoria no lo alentó a presionar para llevar estos proyectos adelante. Francia había sido irritada y alarmada por la botadura de un pequeño pero muy poderoso barco de guerra por Alemania, pues con eso revivieron todos sus temores de una *revanche* alemana. Debido a las objeciones francesas a cualquier alivio de Alemania con respecto a la carga de sus deudas, se produjo cierta dilación en hacer efectiva la propuesta de Hoover, y el alivio vino demasiado tarde para prevenir una serie de bancarrotas en Alemania y Austria. Londres había estado ayudando al crédito alemán con préstamos a corto plazo, utilizando para ello dinero francés de préstamos a corto plazo. La bancarrota alemana inmovilizó el dinero inglés en Alemania y el acreedor francés empezó a retirar sus créditos de Londres. Esto creó una inestabilidad sin precedentes en la situación de las finanzas británicas. En el mes de agosto renunció el gobierno laborista y se formó un gobierno nacional de emergencia formado por todos

(7) Libro escrito por el autor, publicado en 1932.

los partidos para "salvar la libra" y mantenerla en el patrón oro. Mr. Ramsay Macdonald, anterior dirigente laborista, quedó como primer ministro. El intento de salvar la libra duró veintitrés días. Entre las medidas económicas, se hicieron vigorosas reducciones en las pensiones a los desocupados, en los pagos de las fuerzas armadas del Imperio, la policía y los maestros. Desgraciadamente, estos sacrificios al patrón oro no consiguieron restaurar la confianza en el extranjero. Una protesta de la armada contra la reducción de las pagas fué exagerada en las bolsas extranjeras hasta atribuírsele las proporciones de un grave motín, y se habló del colapso de Gran Bretaña y de una posible revolución, y en consecuencia la disminución del poder adquisitivo del oro. En septiembre Gran Bretaña fué desalojada del patrón oro, al cual había retornado con tanta precipitación y falta de juicio en 1924-25. El valor de la libra bajó de cerca de cinco dólares a un poco menos de cuatro.

Esto es todo lo que podemos decir aquí con respecto a las alternativas y fluctuaciones de la moneda en el transcurso del período de posguerra. Un informe más completo y un análisis más claro se hallará en *El Trabajo, la Riqueza y la Felicidad Humanas*. Aquí hemos dicho lo suficiente de este episodio como para demostrar los crecientes inconvenientes para la humanidad que se derivan de la dirección dividida de los asuntos monetarios del mundo entre un número de gobiernos soberanos en competencia. En nuestro relato de la decadencia y caída de Roma hemos visto el papel desempeñado por las deudas en aquella vasta disolución. Queda por ver hasta qué punto nuestra presente civilización será capaz de eludir un proceso similar de estrangulación por deudas y colapso económico.

§ 11. *La paradoja de la superproducción y la miseria.*

En las últimas décadas del siglo ciertas dificultades económicas nuevas empezaron a confundir y aún siguen confundiendo a la humanidad. No surgieron directamente del nacionalismo financiero y la consiguiente estrangulación del crédito y de la moneda que acabamos de describir, aun cuando esas dificultades fueron enormemente aumentadas por esos motivos. Pero las raíces eran más hondas que todo eso. En un mundo unificado, con el sistema comercial cosmopolita más completo imaginable, ellas habrían aparecido de todas maneras, pero quizás en una forma más simple y más controlable. Eran inherentes a los mismos métodos comerciales y a la expansión social del siglo XIX.

En el siglo XIX hubo una especie de equilibrio entre la producción y el consumo. En cierta forma, el mundo se vestía y se

alimentaba y era provisto de todo lo que se consideraba necesario y adecuado mediante el empleo de una gran parte de la población. En los países más avanzados la producción de muchos artículos manufacturados excedía el poder adquisitivo interno, pero esto se equilibraba con la exportación del exceso y la importación, en cambio, de mercaderías no obtenibles de otra manera. Pero el progreso de los métodos industriales fué rápido: hubo un firme crecimiento de la eficiencia productiva, y ello significó que el mismo monto de producción exigiera cada vez menos trabajadores. Una fábrica en 1830 estaba llena de obreros trabajando hombro con hombro. Vivían poco menos que en la miseria, pero tenían trabajo. Una fábrica equivalente en 1930 presentaba el espectáculo de hileras de máquinas en movimiento, con uno o dos cuidadores razonablemente bien pagados, paseando y vigilando su funcionamiento. En la calle aumentaba la afluencia de crecientes filas de desocupados. Como consecuencia se produjo un aumento en la producción y un decrecimiento en los empleos. La industria aumenta continuamente en eficiencia y desaloja gente del trabajo.

Este proceso surgió primero en Gran Bretaña, debido a la mayor importancia de las estadísticas industriales británicas. En los tiempos de preguerra la proporción de desocupados con respecto a los obreros con trabajo había sido corrientemente de más o menos un 5 a un 7 por ciento. Se descubrió que había aumentado a un 12 ó 15 por ciento. En 1927 había en Inglaterra más de un millón de desocupados; hacia 1930 la cifra excedía de los dos millones. En ese tiempo Alemania estaba en la misma situación. En 1930 había allí tres millones de obreros desocupados, que sobrepasaron los cuatro millones en 1931. Las estadísticas públicas fueron presentadas de modo diferente en Francia; pero, bajo la superficie, la desocupación se extendía, y autoridades dignas de confianza la calculaban en un millón como mínimo en 1930. La febril prosperidad de América culminó en una gran tormenta de venta de títulos en 1929, y siguió una serie de pánicos y corridas. En 1930 la desocupación americana fué estimada en una cifra que oscilaba entre los 4 y los 8 millones.

La gente comprendió que las cosas giraban en un círculo vicioso. La creciente eficiencia comercial aumentaba la desocupación. La falta de trabajo significaba una baja en los salarios; cada vez ganaba salarios menos gente. De todo había demasiado, y así el público se veía privado de la capacidad de comprar y consumir. Esto condujo a stocks de mercaderías sin vender y a una disminución de la producción, lo que a su vez tuvo por consecuencia más desocupación y menos demanda. Cuanto más tenía el mundo más se necesitaba. El año 1930 presenció un mundo en el cual por un lado había demasiado trigo, demasiado hierro y acero, demasiado

cobre, demasiado caucho; y por el otro una creciente multitud de gente que no podía satisfacer sus necesidades más apremiantes.

El sistema de producción destinado a obtener dividendos llegó a un punto muerto. Pero es el sistema de producción para obtener beneficios lo que ha construído el mundo en que vivimos, que nos ha dado nuestras ideas de comercio y proceso industrial, y nos encontramos sin ninguna solución realmente válida y satisfactoria para el problema a que nos ha conducido el sistema de producción destinada a obtener utilidades. Parece increíble que este mundo de la humanidad, que ha hecho tantas cosas maravillosas, no encuentre manera de salir de este callejón sin salida en que estamos sufriendo hoy, con más de lo que se necesita de todas las cosas necesarias a nuestro alcance. Pero hasta ahora no se vislumbra un modo de resolver todas estas cosas. Este dislocamiento económico invade ahora el mundo: llena la mente de los hombres de una desesperada impaciencia y hace ese otro gran problema, el problema de la unificación mundial, que es la principal tarea que considera el ESQUEMA DE LA HISTORIA, mucho más peligroso y difícil de lo que sería de otra manera.

Quizá haya un rayo de esperanza en una frase que se difunde en las ideas actuales, la frase "Consumo de la masa" o, en otras palabras, "Gasto de la comunidad". El comprador individual disminuye en número, pero no hay razón por la cual, en materia de vivienda, transporte, investigaciones científicas, agricultura, minería, educación y aun diversiones, la comunidad como un todo no pueda hallar métodos de comprar, emplear y hacer utilizable el trabajo, el material y la imaginación ahora restringidos y frustrados. Podemos estar entrando en una era de reconstrucción de las ciudades de extraordinaria maravilla y belleza.

§ 12. *El surgimiento del nacionalsocialismo en Alemania.*

En la aventura de la humanidad de que hemos venido dando cuenta hasta ahora, hemos podido relacionar los grandes cambios en la experiencia humana con los orígenes y las semillas que los generaron, porque cada cambio, mientras se cumplía, reveló sus raíces y sus puntos de partida. Pero el cálculo de las fuerzas cuyo desarrollo se oculta en el futuro es un problema de calidad enteramente distinta. En nuestro relato hemos descrito una larga lucha entre la innovación racional y la tradición.

Desde Platón con su utopismo, optimista respecto al poder del hombre para cambiar su condición, y Aristóteles, con su insistencia

sobre la supremacía de la razón y la evidencia de los hechos comprobados, hasta el esfuerzo constructivo y la ciencia moderna, hemos seguido en la mente humana abriéndose camino hacia la libertad creadora. Y siempre las fuerzas del conservadorismo instintivo, del privilegio y la autoridad dogmática han resistido o impedido ese avance. A la verdad, hay un gran desarrollo de ideas políticas, sociales y morales de alcance universal, pero, ¿darán fruto? Los ejércitos marchan, las banderas flamean, los patriotas se desgañitan. ¿Es el nacionalismo un mero fantasma histérico o se trata de una constante realidad destructiva, y la unidad humana tan sólo una aspiración pasajera? Se trata de un fantasma muy vívido, ruidoso fantasma, sí, en realidad, es un fantasma.

Tómese cualquier periódico corriente y mídase qué proporción de espacio es destinado a la educación (al pensamiento, a las cosas del futuro). Obsérvese cualquier grupo de gente común y descúbrase cuántos minutos por semana destinan a pensar en el progreso del mundo.

Sin embargo el progreso científico y material avanza, y en particular la ciencia de la psicología social y el análisis mental. Puede hacerse necesaria, en el próximo movimiento de avance de los asuntos humanos, una concepción nueva y más veraz de la voluntad y la imaginación humanas, y aparentemente nos vamos acercando a ella. La masa está en retraso, pero en las últimas décadas hemos aprendido cada vez con más claridad que la masa es movible. Si bien aprende poco, también olvida fácilmente. Puede ser vaciada en nuevos moldes y tomará rápidamente la estructura de nuevas instituciones. Sus patriotismos, su lealtades, sus hostilidades, y aun sus creencias más apasionadamente expresadas, no tienen más que una profundidad epidérmica. Todos los medios y métodos de inculcar ideas en la mente del pueblo, presentarle puntos de vista, ayudarlo para aclarar su misión, son incomparablemente más eficientes de lo que jamás fueron anteriormente.

Estamos rebasando esa cruda concepción inicial de una democracia que esperaba iniciativas y dirección de la masa de votantes. Comprendemos cada vez mejor y con mayor claridad que el futuro se prepara en el laboratorio y el estudio, y no en la calle. El nacionalismo que hoy domina el mundo es como un bravucón borracho que escandaliza y ensordece a la gente dentro de una habitación, hasta que se le echa fuera de un empujón y todo el mundo se asombra entonces de haber podido tolerarlo. La vehemencia y violencia con la cual el patriotismo exteriorizó sus bravatas y asesinó en Italia, Alemania y Japón, e intenta desaforarse en Francia, Gran Bretaña, los Estados Unidos e Irlanda, constituye la medida de esta pregunta final.

Un aspecto del problema humano corriente que domina la presente situación es la gran disponibilidad de energía humana debida a la siempre creciente eficiencia de la producción: esa energía sin aplicación explica el problema y lo hace realmente casi inevitable, en tal forma que cada vez se necesitarán menos y menos trabajadores para el suministro de una provisión siempre creciente de cosas materiales. En un mundo con sentido común y con suficiente educación moral como para restringir la predisposición innata de las almas vulgares a dominar otros seres humanos lo más posible, es natural que este inmenso aumento de poder significaría un reino de libertad tan plena, creadora y llena de oportunidades como ningún ser viviente ha conocido jamás. Pero en un mundo donde la tierra y todo recurso natural se halla bajo el control de propietarios privados y dirigentes sin control, esto no significa otra cosa que la desocupación y una proporción siempre creciente de hombres jóvenes sin ninguna perspectiva de llegar a disfrutar de las más humildes satisfacciones normales y comodidades familiares, y mucho menos de aventuras honorables y oportunidades satisfactorias. Lo que podría ser una cosa enteramente buena, se convierte en algo desastroso. Los hombres jóvenes descontentos se acumulan por todas partes en la sociedad humana, como un explosivo, prontos a ser convencidos por cualquier promesa de liberación y de ventajas. Los desmesurados ejércitos, los enormes armamentos cuyo crecimiento durante los últimos cien años hemos señalado, son simplemente las primeras manifestaciones de esta acumulación. Esas manifestaciones fueron insuficientes, y la tensión creció con cada nuevo paso de la eficiencia industrial. La sangría de 1914-1918 y la epidemia de gripe que la siguió, lograron una mejoría meramente momentánea. En pocos años el mundo se había recobrado con exceso de sus pérdidas materiales, y la producción de mercaderías, así como el crecimiento de energía juvenil, inutilizable bajo el sistema industrial contemporáneo, fué mayor que nunca.

Exigiría una digresión demasiado amplia explicar cómo este problema de vigor insatisfecho se hizo presente en las violencias sociales y políticas de América, Irlanda, China, Japón y en general en todo el mundo. Tenemos en Alemania la más completa demostración del terrible peligro de la juventud frustrada, y sin duda el ejemplo es suficiente.

El estado mental de un joven alemán en los días siguientes a la guerra lo hallamos en un libro: *"¿Y ahora qué, hombrecito?"*, por Hans Fallada, uno de esos libros en que el novelista sobrepasa al historiador en su presentación de una atmósfera en la cual, y por la cual, las cosas ocurren. Su "Hombrecito" está sin trabajo, humillado, exasperado, llevado inevitablemente a la rebelión. Ama, y su paternidad es vergonzante, y las perspectivas para cualquier niño que él engendre son la desnutrición y la servidumbre. No hay salida para él, ningún mundo a través de los mares, en el cual un hombre pueda rehacer su vida. ¿Qué es lo que ha traído todo esto? No hay nadie que le explique el arrogante desatino de 1914, y todo lo que lee y oye está saturado con la sugestión de que el tratado de Versalles fué absolutamente injusto. Y no sería humano si no aceptara la agradable sugestión de que los ejércitos alemanes no fueron vencidos en 1918, como desde luego lo fueron, sino que fueron traicionados por la insidiosa propaganda británica y por la defección interna. Y ahora toda esta pobreza es debida al inicuo bloqueo, al monstruoso fardo de las indemnizaciones, a las maquinaciones de las finanzas cosmopolitas y principalmente judías y al predominio de los judíos. Muchos de los patrones a quienes acude tan sin esperanzas encuentra que son judíos —o parecen serlo. Judíos emboscados en la pobreza y floreciendo en la prosperidad. Algunos pueden haber prosperado un poco demasiado de prisa en los años siguientes a la guerra. El "Hombrecito" que era un niño en 1918, que no oyó hablar más que de victorias gloriosas hasta el derrumbamiento y el hambre, atisba los restoranes, estudia los escaparates de las tiendas. ¿Se volverá bolchevique? ¡Pero los social-demócratas y los comunistas estaban en la conspiración que hizo caer el frente interno! Los social-demócratas hicieron toda clase de concesiones a los franceses e ingleses, pero no consiguieron nada en cambio *—nada que me permita una salida.* Tal era el estado mental de una nueva generación entera de alemanes, de millones de jóvenes defraudados, acorralados. Acumularon fuerza explosiva durante los días del colapso monetario que precipitó a toda la burguesía joven en el emponzoñado estrato de la miseria. La forma particular que tomó la explosión fué un mero accidente individual, aunque tomó la forma de la más desastrosa convulsión guerrera que la humanidad haya experimentado hasta ahora.

La tea que ocasionalmente puso fuego a este supercargado polvorín humano se llamó Adolfo Hitler, una criatura excitable y vociferante con una vena de vesania evidente en su estructura. Se ha dicho algunas veces que su nombre era originariamente Schücklgruber, pero esto no es más que una difamación. Fué el hijo de un tal Alois Schücklgruber, que era el hijo ilegítimo de una mujer llamada Schücklgruber, pero este Alois fué criado en la casa de su padre putativo, Hietler, empleado de un molino, que más adelante, a la edad de cuarenta años, tomó su nombre y se convirtió en Schücklgruber-Hitler. Más tarde el Schücklgruber fué dejado de lado, tal vez por razones de presunción. Alois era una persona de cierta energía y ambición; tuvo tres esposas y cierta

confusión de hijos legítimos e ilegítimos, pero alcanzó la elegante posición y el título de Herr Oberofficial Hitler en el cuerpo de aduanas. Puso siempre especial empeño en el Herr Oberofficial. Murió repentinamente cuando su hijo estaba aún en el colegio, y dejó a su viuda en bastante mala situación económica.

Estos hechos, y muchos de los comienzos de la carrera inicial de Hitler, han sido muy cuidadosamente desenterrados con imparcialidad por el Dr. Rudolf Olden (*Hitler the Pawn*). Muchas de las afirmaciones sobre su educación, ambiciones, méritos militares, etc., hechas en *Mein Kampf*, o ante periodistas privilegiados son ya completas mentiras o descaradas tergiversaciones de los hechos. Como estudiante Hitler fué un completo fracaso: no pudo clasificarse para ingresar en la escuela de arte de la Academia de Viena. Algo tenebroso ocurrió en su mente al final de su adolescencia, y desarrolló una conocida forma de vesania caracterizada entre otras cosas, por un odio obsceno hacia los hombres extranjeros. En los Estados Unidos del Sur se le encuentra en relación con los negros y lleva muy frecuentemente al homicidio por individuos o al linchamiento por grupos; en el caso de Hitler los celos insanos se concentraron en los judíos. Una obsesión de esta naturaleza deshumaniza a un hombre, canaliza sus actividades y se convierte en una fuente de energía morbosa. Había sido rechazado en el ejército antes de 1914, pero se presentó como voluntario al estallar la guerra y actuó de asistente. Nunca pasó del grado de cabo. Poseía una cruz de hierro de primera clase, pero las referencias respecto a cómo la obtuvo varían notablemente. Su hoja de servicios de la Reichswehr ha sido destruída.

Durante los oscuros años anteriores a la guerra, este personaje inestable deambuló entre quimeras y autorrecriminaciones; parece no haberse ganado nunca la vida por sus propios medios y haber descendido a la vagancia y a los asilos de mendicantes; fué rechazado por inapto por el ejército austríaco, pero ingresó como voluntario en 1914; y se convirtió en algo así como un energúmeno vociferador entre sus camaradas en el frente. Más tarde se puso de manifiesto en Munich su creciente facilidad de palabra. Inmediatamente después de 1918 Baviera estaba en fermentación. Hubo dos Repúblicas Soviéticas y luego una reacción militar. El Estado Mayor bávaro organizó cursos políticos para educar al pueblo contra el comunismo y el pacifismo. En una de estas reuniones en un cuartel del ejército Hitler tuvo ocasión de lanzar un violento y eficaz ataque contra los judíos. Como consecuencia fué designado "oficial educador". Dejó de ser un simple orador irresponsable.

Tomó con entusiasmo su nueva tarea. Invadió los cuarteles y cafés de Munich con su torrencial elocuencia. Formó sucesivamente el Partido Alemán de Trabajadores, que luego se convirtió en el Partido Nacional Socialista. Su mezcla de socialismo, patriotismo, antisemitismo, actividades terroristas y estupendas promesas era todo lo que el "hombrecito" necesitaba.

El ejército había empollado un huevo mayor de lo que se había propuesto. En 1923 el Partido Nacional Socialista crecía en proporciones generales, y Hitler había formado una alianza con el general Ludendorff, quien conservaba viva todavía la idea de una guerra de revancha. Hubo un Putsch, un mal concebido intento de apoderarse del poder en Munich y marchar luego sobre Berlín. Fracasó ignominiosamente; los nacionalsocialistas tomaron el palacio del ayuntamiento, pelearon y marcharon sobre los cuarteles militares. Allí la policía hizo fuego. Hitler se tiró a tierra, se dislocó un brazo y echó a correr. Göring, su socio, fué herido y desapareció también. El viejo y gallardo Ludendorff, marchó derecho hacia los tiradores y fué tomado prisionero respetuosamente.

Todo ello no habría pasado de un accidente sin importancia y Hitler se habría desvanecido de la historia allí y en aquel momento, si no hubiera sido por esa masa de jóvenes que le servían de fondo, y que no permanecieron inactivos. Aparecieron en el proceso para defenderlo, y gritaron y marcharon por toda Alemania, y Hitler fué a la prisión de Landsberg por seis meses, y escribió *Mein Kampf*, un aborto de colegial, confuso, mal escrito, vulgar como una borrachera de cerveza en una mesa de café. Su lectura se ha hecho obligatoria en todo el mundo germano. Aun hoy, bajo un régimen de terror, los muchachos mayores muestran los dientes al leerlo.

Desde el encarcelamiento de Hitler en 1924 hasta su recrudescencia política en 1929, se produce el período de Stresemann en la historia de Alemania. Gustavo Stresemann empezó como apasionado patriota alemán: sus primeras actividades fueron dedicadas a la agitación en pro de una marina alemana que fuera una amenaza efectiva contra Gran Bretaña si ésta intervenía en la guerra contra Francia y Rusia que se planeó antes de 1914. Stresemann llevó adelante su extremado patriotismo durante la guerra, y también cuando empezó a comprender las oportunidades y peligros reales de la situación de Alemania después de 1918. Entonces, y debido en gran parte a la hábil diplomacia del embajador británico, Lord D'Abernon, adoptó una línea de tolerancia y comprensión. Se las compuso para asegurar disminuciones progresivas en el pago de las deudas impuestas a su país, y se empeñó en libertar el suelo alemán de la ocupación extranjera. Su mentalidad se hizo más amplia con la experiencia; se convirtió en un amigo personal de Monsieur Briand y, por lo que puede juzgarse, un abogado sincero, junto con él, de la federación europea. El territorio ocupado iba a ser desocupado de las últimas

tropas extranjeras en 1931. No vivió para ver ese día: murió en 1929. De tal manera pudo apenas sentir los comienzos de la tormenta económica mundial que se estaba formando a su alrededor. Tampoco comprendió la fuerza de esas incansables bandas de jóvenes que sembraban la agitación en todas las ciudades del país. Su mente estaba demasiado ocupada con las ideas de la vieja diplomacia. El número de alemanes desocupados alcanzó el nivel máximo de seis millones en 1932.

Ya hemos hablado en las dos partes precedentes de este capítulo del colapso monetario de postguerra que culminó en 1923. Cómo durante un tiempo hubo una rehabilitación inestable de los métodos monetarios, y cómo al fin en 1930-31 todo el sistema se vino abajo en un desastre financiero que alcanzó a todo el mundo. Con esto vino la segunda oportunidad de Hitler. Su material más inmediato fueron los varios movimientos de la juventud que, con considerables variantes en el espíritu y en los objetos, había florecido en Alemania paralelamente al movimiento de los Boy Scouts en el Imperio Británico. Para organizar una fuerza armada uniforme, con este material, necesitaba apoyo monetario, y éste lo obtuvo de los financieros con intereses en las industrias pesadas, que necesitaban el rearme para florecer, y que se oponían por tanto resueltamente a la política pacifista de Stresemann. Apareció para estos magnates, principalmente, como un eficaz rompehuelgas y un útil instrumento para convertir la desesperación de las masas, dispuestas a ir a la revolución social, en una cruzada pangermanista. Se aseguró el apoyo de Hugenberg, el director gerente de la gran firma de los Krupp, creador y dirigente del "Partido Nacionalista Alemán".

Hugenberg había comprado una vasta red de periódicos, cinematógrafos y demás; era un furibundo dogmático, pequeño, de cabellos grises, y creyó que había comprado a Hitler. Pero en eso se equivocaba. Roehm también creyó que se había asegurado a Hitler para que le diera a él y a sus S. A. el control del renaciente y vigoroso ejército.

Hitler y sus principales compañeros, con los industriales detrás de ellos, tenían ahora los más grandes recursos disponibles para una intensa campaña para restaurar el espíritu agresivo en Alemania, y se lanzaron a ella con inmensa energía. Se organizó la violencia en todo el país, contra los judíos, contra los intelectuales, contra los comunistas. Estos últimos fueron amenazados con el exterminio. Fué una completa imitación de la campaña de brutalidad y terror con que el fascismo subió al poder en Italia, pero más sistemática, extensiva y brutal. En 1930 el Partido Nacional Socialista tenía doce miembros en el Reichstag, restantes de los catorce originales (1924). En la elección de septiembre de 1930,

reapareció con ciento siete, que representaban seis millones y medio de votos. Y así Hitler subió debido a los trece millones que lo votaron como presidente en 1932, contra los diecinueve millones obtenidos por el mariscal Hindenburg.

Las alternativas políticas que siguieron son demasiado complejas para que las tratemos en detalle. En enero de 1933 el presidente Hindenburg, que contaba a la sazón más de ochenta y cinco años y se hallaba en decadencia senil, se desdijo de sus repetidas declaraciones —"doy mi palabra de honor como general prusiano"— de que no haría tal cosa, y nombró a Hitler Canciller Imperial. Probablemente el anciano no se acordaba.

Pero Hitler se hallaba todavía en manos del ejército y los industriales y muy lejos aún de la dictadura. El grupo de sus íntimos decidió dar un golpe. Incendiaron el Reichstag el 27 de febrero, declararon que ello era parte de una conspiración comunista con ramificaciones en todo el país, y lanzaron una salvaje tempestad de violencia anticomunista y antisemita. Los sindicatos obreros y los centros de trabajadores fueron abolidos. Ochenta y un miembros comunistas reelegidos para el Reichstag fueron tomados presos y obligados a esconderse o emigrar al extranjero. Esta abolición dejó a Hitler con una mayoría efectiva en el Reichstag.

Siguió un curioso episodio. El arma del terror del Partido Nacional Socialista era el S. A., el destacamento de asalto, las ilegales tropas de Asalto, organizadas por Roehm en tiempos del desarme general alemán. Ahora que el país se rearmaba abiertamente desafiando las obligaciones de su tratado, el S. A. se volvió, desde el punto de vista del creciente ejército regular (la Reichswehr), innecesario y molesto. Y Hitler decidió sacrificarlo. Roehm, Gregor Strasser y una cantidad de hombres que habían sido sus más leales y allegados colegas de los primeros días, junto con el general von Schleicher y su esposa y una multitud de dirigentes S. A. de menor cuantía, fueron asesinados durante la "purga sangrienta" del 30 de junio de 1934. Desde ese momento Hitler se convirtió, no tanto en el dirigente como en la divinidad ostensible del pueblo alemán. Y desde ese momento, Alemania se fué inclinando más y más definidamente hacia la guerra.

Quizás él es el dirigente y la encarnación de todo lo que puede llamarse realmente alemán. Pero ese no es el juicio universal. Séame permitido repetir el título del libro de Rudolf Olden: *Hitler the Pawn* ("Hitler el peón", de ajedrez), porque Rudolf Olden es un hombre erudito muy inteligente. Una cosa mucho más permanente que Hitler es el profundo militarismo de la mentalidad alemana. Esa mentalidad prevalecerá ahora en el mundo, o de lo contrario la mentalidad germana debe ser reacondicionada y rehumanizada por una completa derrota y una severa reeducación.

§ 13. *La Liga de las Naciones se esfuma.*

Al principio de este capítulo, en los §§ 3 y 4, nos hemos referido al origen y a las dolencias precoces de la Liga de las Naciones. Esas partes fueron escritas mucho antes de 1930, pero su contenido es profético y, salvo una variante de tiempo, no necesitan ser reescritas para la presente edición (1940). La Liga no dió con ningún remedio para las siempre crecientes tensiones del mundo, ni tampoco con ninguna solución para la siempre creciente presión de la juventud frustrada. Se plantó en el camino de cualquier intento de pacificación del mundo como una farsa obstruccionista, como una masa inerte y pretenciosa. Tenía una autoridad discutible, pero tampoco dió muestras de la más mínima imaginación. Debemos anotar que sólo al final del período de Stresemann, Alemania se incorporó a la Liga, y que, cuando su intención de tergiversar los resultados de la gran guerra se hicieron manifiestos y se le quiso poner coto, se retiró de ella; Italia y Japón asumieron una similar actitud arrogante. Los franceses y los ingleses fracasaron y no pudieron infundir ningún vigor a la frágil Liga.

En 1933 China apeló a Ginebra, como miembro de la Liga, contra la invasión por parte del Japón. La Liga no pudo hacer nada. En 1935 Abisinia, invadida por Italia, hizo igual demanda, y apenas obtuvo la menor satisfacción en los debates de la Liga con respecto a las sanciones. En 1936 el gobierno republicano español fué desilusionado igualmente con respecto al poder protector de la Liga, y en 1938 Checoeslovaquia, a su vez, pudo comprobar la inutilidad de ser miembro de la Liga. Todavía en 1940 Mr. Anthony Eden, el ministro de Relaciones Exteriores inglés, puede continuar diciendo cosas sin sentido acerca de la rehabilitación de la Liga como un medio posible para la restauración de la paz mundial.

Es evidente que la Liga no fué bastante apta. Fué organizada no para satisfacer una necesidad universal, sino para burlarla.

Nació frente a una comprensión humana universal de que la única alternativa para detener un estado crónico de guerra intensiva es una organización de unidad humana con una autoridad infinitamente superior e infinitamente más poderosa y mucho mejor equipada que esa miserable farsa de parlamento universal que ahora está expirando de insinceridad congénita en la irrespirable atmósfera de Ginebra. El mundo necesita algo más vigoroso para cualquier rebelión contra su paz. En otras palabras, necesita un gobierno federal universal que encierre una nueva concepción de la vida humana como un todo. Debemos volver a la

naturaleza definida de esa unidad universal después que hayamos considerado los principales elementos constitutivos de la guerra mundial que ahora sigue su curso.

§ 14. *Se reanuda la conflagración en Europa.*

Desde 1933 en adelante la intención claramente declarada del pueblo alemán, movilizado bajo Hitler y sostenido por todas las organizaciones militares y educacionales del país, era de agresión guerrera, con arreglo a líneas definitivamente indicadas, en *Mein Kampf*. Sin embargo, ni Francia ni Gran Bretaña, las potencias más directamente amenazadas, demostraron tener sentido de las proporciones del peligro que las amenazaba. Ya hemos pasado revista, en el § 9, a los tres principales grupos de objetivos en el problema humano de hoy, tal como se pusieron de manifiesto en el conflicto español. Vimos allí la naturaleza triangular de los problemas contemporáneos y el significado de la nueva dirección hacia una lógica revolución universal. Esta se hallaba en profundo contraste con el estado de cosas de hace veinte años.

La guerra de 1914-18 fué esencialmente una guerra entre un joven imperialismo militar agresivo y los viejos imperialismos de Francia, Gran Bretaña y Rusia, todos esencialmente a la defensiva. El tercer factor, la idea de un mundo racionalmente reconstruído, es decir, una revolución mundial, apareció solamente en su fase final.

Pero ese tercer factor tomó creciente y vigorosa importancia después de la segunda Revolución Rusa en 1917, la Revolución de Octubre. A partir del tratado de Versalles, hubo una nueva y profunda escisión en todas las comunidades del mundo entre la reacción decadente de los elementos sociales prósperos, explotadores y autoritarios por un lado y las todavía imperfectamente organizadas y concurrentes fuerzas del socialismo universal. La reacción vió esa tendencia apremiante en la terrorífica forma del comunismo principalmente; su temor y su odio eran genuinos, y fué debido a este antagonismo fundamental que aventureros como Mussolini y Hitler encontraron su oportunidad. Posaron como apasionados enemigos del comunismo, el liberalismo y la libertad intelectual y, con el amplio apoyo de la medrosa clase rica y el ejército en resurgimiento, implantaron un despotismo autocrático tanto en Alemania como en Italia.

Fuerzas paralelas trabajaban en el Japón: allí había una fuerte corriente hacia el comunismo campesino en el campo y de liberalismo en las ciudades, y los grandes intereses industriales participaban de las ansiedades de Hugenberg, pero en el Japón no surgió ningún dirigente; sólo la clase militar retrocedió a la

tradición violenta de los Samurai (véase capítulo 38, § 14) y tomó directamente el control como casta patriótica. De este modo, mientras la reacción militarista y la construcción revolucionaria se enfrentaban directamente en el Japón y no dejaban oportunidad alguna para el hombre medio, debido a la inmensa gravitación tradicional de los hombres de espada, en Europa la tarea de desviar los desórdenes revolucionarios hacia un patriotismo militante se hacía cada vez más intrincada.

La tarea de Mussolini para llevar a los italianos, que nunca fueron muy militaristas, hacia la agresión imperialista, era muy dificultosa, y podrá quedar en la historia en la actitud de una figura gesticulante, con una gran variedad de uniformes llamativos, exhortando en vano al águila romana a recordar su imperio y su pasada grandeza. En Alemania el temperamento del pueblo ha sido siempre más afecto a los soldados, el oficial profesional tiene un nivel más alto de eficiencia y el ejército ha atraído a una mayor proporción de hombres capaces y ambiciosos que ninguna otra fuerza en el mundo. La magia guerrera prendió en el romanticismo de Hitler. Existe evidentemente un rasgo de militarismo patriótico en su confusa formación, y la acción más clara y sincera de su vida parece haber sido su rápida incorporación en 1914. De tal manera, la cuestión de si Hitler no es más que un instrumento en los engranajes de la resucitada maquinaria bélica alemana, o si, por una natural predisposición, ha dado a esa máquina la máxima eficiencia, es cosa secundaria. Prácticamente hablando tiene poca importancia saber si la máquina guerrera le hace hacer cosas o si simplemente le muestra cómo hacerlas. Lo que resulta evidente es que el mundo no tiene que habérselas con un solo demente fanático del cual puede esperarse cualquier clase de desatino, sino de una vasta y unánime organización de inteligencias directivas y capaces, que tienen el control de recursos sin precedentes, empeñadas en llevar una agresiva máquina de guerra contra el resto de la humanidad, hasta su completo agotamiento o su derrota. Nada podrá detenerlas, y han convencido al mundo de tal manera respecto a su falta de escrúpulos, que ninguna paz puede concertarse con ellas. Esta vez la gente comprende, aún más claramente de lo que lo comprendió en 1914-18, que esta es una guerra para terminar con la guerra y que debe ser sobrellevada hasta el final.

En nuestro estudio de la guerra no hablaremos más de Hitler o de los nazis. Toda Alemania es ahora nazi, y la swástika (véase capítulo 12, § 4) es un emblema. Es tonto para los alemanes, como pueblo, aceptar la bandera swástika, que no les corresponde, y lanzarse a una siembra de sangre, odio y hambre sobre el mundo entero; pero, puesto que ellos insisten, no queda otro remedio que resistirlos, modificarlos o destruirlos, o bien sucumbir ante ellos.

La guerra que hacen es la guerra total; esto equivale a decir una guerra en la cual se aprovechan todas las ventajas y en la que ninguna regla es respetada. Ninguna de las declaraciones que formulan son sino trucos de guerra; sus tratados son celadas. Y utilizan toda suerte de espionaje: con la ayuda de agentes que engañan, sobornan, deslumbran o intimidan de entrada, se consigue por anticipado el debilitamiento de cada país que se proponen atacar. Esta inescrupulosidad conduce, indudablemente, al éxito inmediato, pero provoca la ira de toda la humanidad, y lo que a la larga se volverá quizás más desastroso, no sólo para los alemanes, sino para todos nosotros, una justificable xenofobia, una profunda desconfianza y hostilidad hacia todos los extranjeros, las que pueden envenenar la vida social y hacer imposibles o desagradables los viajes por muchos años después que haya terminado la lucha.

En el § 12 hemos llevado la historia alemana hasta la purga sangrienta de 1934. Desde entonces Alemania marchó firmemente hacia el presente conflicto. En marzo de 1935 admitió que poseía aeroplanos navales y militares (en contradicción con el tratado de Versalles) y se introdujo el servicio militar obligatorio. En 1936 el general Goering anunció el nuevo plan de cuatro años que estaba destinado a poner a Alemania al mismo nivel de Gran Bretaña. "Ocurra lo que ocurra, debemos terminar nuestro rearme. Cuanto más fuertes seamos más seguros estaremos". La construcción de naves de guerra empezó después de un acuerdo naval con Gran Bretaña, e inmediatamente fué más allá de lo convenido, sobrepasando el radio de construcción británico. En 1936 Goebbels, el Ministro de Propaganda, declaró que era preferible tener escasez de manteca que escasez de cañones. Cañones antes que manteca se convirtió en un lema para el pueblo alemán. Dirigió su propaganda principalmente contra el bolchevismo y las potencias que hacían pactos con Rusia. El primer experimento del nuevo equipo alemán empezó en España como hemos dicho en el § 9.

Las autoridades militares británicas y francesas parecen no haber hecho ningún estudio efectivo de esta campaña experimental. En 1939, tres años después, se vieron todos tomados de sorpresa por estos métodos nuevos adoptados para la destrucción de la España liberal. Ya en 1936 el gobierno de Mr. Baldwin estaba perfectamente enterado del inmenso desarrollo del arma aérea alemana, y él hizo los más inadecuados preparativos para ajustar el paso a ella. Al contrario, sintiendo que el grueso de la opinión

del país estaba en favor de la tranquilidad, tanto Mr. Baldwin como su sucesor Mr. Chamberlain, en interés de su partido, hicieron todo lo que pudieron para "tranquilizar" al país. Disputas pedantes acerca del devocionario, de la vida privada de Mrs. Wallie Simpson, con quien quería casarse el Rey Eduardo VIII, y otras futesas por el estilo, llenaban los periódicos y distraían la atención de los peligros que se acumulaban.

La primera agresión positiva de parte de Alemania, el Anschluss con Austria, tenía, como hemos admitido ya en el § 4, cierta justificación. Pero, con el desarrollo de la doctrina nazi y la situación en Alemania, se hizo efectiva la descomposición de muchos factores de la vida austríaca, opuestos a comprometer sus fortunas en una beligerancia común.

En Austria, como en España, apareció el mismo triángulo de tendencias. Durante un tiempo el régimen austríaco fué definidamente socialista y Viena se convirtió en un ejemplo de civilización socialista liberal tan brillante como Estocolmo. Su nivel de libertad y prosperidad se dejó sentir en el "manteca en vez de cañones" del duro régimen hitleriano.

Y como un rival al modernizante totalitarismo de Alemania propiamente dicho, apareció el totalitarismo del Vaticano, favoreciendo una restauración del Imperio de los Habsburgos y representado por la pequeña pero valiente figura de Dollfuss. Los nazis esperaron confiadamente que las derechas y las izquierdas se destruyeran recíprocamente. Dollfuss asaltó el régimen socialista, abatió el barrio obrero modelo que era el orgullo de la Viena democrática, y fué asesinado tan pronto como los socialistas fueron derrotados. Pero el Vaticano, e Italia en su apoyo, todavía se afirmaba en su sueño de una reconstrucción católica de Europa con su centro en Viena, y Alemania no era aún lo bastante fuerte para oponerse. Dollfuss fué sucedido por el Dr. von Schuschnigg, quien continuó en general la política católica, pero más tarde intentó revivir el movimiento socialista para apoyar su propio régimen. Tanto Alemania como Italia expresaron su determinación de respetar la independencia de Austria. Sólo cuando Italia estuvo profundamente comprometida en la conquista de Etiopía, y aislada del Oeste por la forzada y débil actitud de Francia y Gran Bretaña, Alemania se sintió bastante fuerte como para salvar a Austria del "comunismo" y de una conducta antinazi. Circularon copiosas mentiras acerca de estos movimientos antinazis. La invasión de Austria se produjo al atardecer del 11 de marzo, el Dr. von Schuschnigg renunció, y su ministro del interior, Dr. Seyss Inquart, se pasó a los nazis y tomó el cargo de canciller de Austria en su reemplazo. Desde entonces se desconoce la suerte del Dr. Schuschnigg. Los

gobiernos francés y británico protestaron con vacua vehemencia y no hicieron nada.

En marzo de 1938 el señor Litvinov propuso que los gobiernos de Gran Bretaña, Francia, América y Rusia Soviética conferenciaran sobre la necesidad de ponerse de acuerdo para una acción común para prevenir subsiguientes agresiones, particularmente en la Europa Central. Alemania, Italia y Japón no fueron invitadas a participar en esta consulta, puesto que, decía el señor Litvinov, "no deseamos discutir la agresión con el agresor".

Esta era una sugestión clara y directa, que pudo haber evitado la batalla europea enteramente o hacerla abortar al nacer, pero la manía anticomunista de la mayoría conservadora británica era mucho más poderosa que su aprehensión del peligro alemán.

Hasta el mismo principio de la declaración de la guerra contra Alemania, esta proposición, que fué repetida por Stalin en marzo de 1939 y por Molotov en mayo —con la declaración adicional de que Gran Bretaña y Francia habían rehusado garantizar los estados balcánicos conjuntamente con Rusia contra la agresión alemana— se convirtió en la política manifiesta y consecuente de Rusia.

El paso siguiente en el programa alemán era la destrucción de Checoeslovaquia. La anexión de Austria encerró a ese interesante e industrioso país por tres lados, y entonces empezó una violenta propaganda en defensa de las poblaciones alemanas que el tratado de Versalles, persiguiendo su concepción de fronteras estratégicas, sobre la cual hemos llamado la atención (§ 4), insistió al incorporarle a Bohemia. Siguieron amenazas de guerra y algunas fantásticas negociaciones. Pues realmente fueron fantásticas. Si Alemania había elegido para enfrentar al mundo a un implacable, agresivo lunático, Gran Bretaña por su parte eligió en Mr. Chamberlain a uno de los hombres más hueros, vanidosos, ingenuos y estúpidamente tercos que pueden imaginarse. Sus idas y venidas a Alemania en septiembre de 1938 son ahora materia de amarga pesadumbre y recriminaciones para todo inglés inteligente; pero no olvidemos que, cuando volvió al aeródromo de Heston después de abandonar al señor Benes, rechazando la clara necesidad de una rápida supresión colectiva de Alemania por Rusia, Francia, Gran Bretaña y Checoeslovaquia, entregando todas las ventajas militares que poseía Checoeslovaquia a cambio de un pedazo de papel sin valor firmado por Hitler, y anunciando a la multitud reunida en Downing Street que "esto era la paz para nuestra generación, mis buenos amigos. Y ahora os recomiendo volver a vuestras casas y dormir tranquilos en vuestras camas", fué recibido con estruendosos aplausos. No lo olvidemos nunca. Ellos se retiraron a sus casas para entregarse al sueño. En el duro régimen de la naturaleza los

castigos a la locura y la debilidad han sido siempre tan graves como los castigos al crimen, y ahora Gran Bretaña y toda la humanidad están pagando su miserable evasión para cumplir lo que exigía su honor y su deber. Porque Alemania no cumplió sus compromisos ni un solo instante, y parece increíble ahora que alguien haya sido tan crédulo como para pensar que lo haría. Alemania siguió alerta, e Inglaterra y la "buena gente" de Mr. Chamberlain se fueron a la cama. Los ejércitos alemanes avanzaron por las regiones de Checoeslovaquia concedidas, y luego siguieron avanzando ante el indignado balbuceo de Mr. Chamberlain. En marzo de 1939 Checoeslovaquia había cesado de existir, y las fábricas Skoda producían municiones para los siempre crecientes ejércitos alemanes. Polonia y Hungría, inconscientes de su inminente avasallamiento, saltaron vorazmente sobre el postrado país. Polonia se apoderó del distrito de Teschen y Hungría tomó posesión de una faja de tierra ucraniana.

Polonia no debía permanecer mucho tiempo en pacífico usufructo de sus nuevas posesiones. Era el próximo objetivo del avance alemán. La infaltable excusa fué encontrada en la cuestión de Dantzig. A medida que la situación tomaba proporciones, la vacilación de la Inglaterra de Mr. Chamberlain se volvía más y más lastimosa. Había desertado en la defensa de Checoeslovaquia, principalmente por su temor y suspicacias hacia el bolchevismo. Ahora todavía se apoyaba aparentemente en las sugestiones de Hitler de que su deseo real era la destrucción del comunismo, esperando todavía que Alemania seguiría marchando hacia el Este mientras la reacción de occidente jugaba el papel indigno pero lucrativo de observador. Pero Polonia había sido y todavía era totalitaria; era reaccionaria, era católica y era antirrusa. Por lo demás, Mr. Chamberlain se dolía de la creciente impopularidad de sus hazañas de Munich y despertaba en él un gran espíritu vindicativo hacia Hitler. Se iniciaron nuevamente negociaciones para concertar una frenada de Alemania, pero se estropearon por la manifiesta aversión de las clases superiores británicas a cualquier cooperación sincera con Rusia. Su terror fundamental estaba representado por la Revolución Social y no por Alemania.

En marzo el puerto lituano de Memel fué agregado al Reich alemán. En abril de 1939 los italianos, desafiando tranquilamente a la Liga de las Naciones, se anexaron bruscamente a Albania en medio de la usual explosión de fútiles protestas, y quedó otro lugar vacante en las reuniones de la Liga. En mayo el señor Litvinov, el comisario ruso de Relaciones Exteriores, que había mantenido siempre una clara y consistente actitud de cooperación con la democracia occidental, hizo su último gesto de advertencia a las potencias occidentales presentando su renuncia. Pasó a segundo tér-

mino, perspicaz, experimentado y digno de confianza, pero fué reemplazado por el señor Molotov, que era más definidamente un imperialista ruso que un occidentalista como su predecesor. El gesto de Litvinov no dijo nada al Foreign Office británico, el cual, a la verdad, desde la Revolución Rusa nunca pareció observar nada de lo que ocurría en Rusia. Su deseo de que Rusia no existiera era claro y terminante.

Los preparativos de Alemania para la guerra siguieron un ritmo acelerado durante el verano, mientras la "buena gente" de Inglaterra se abandonaba dulcemente al sueño.

Desde América llegó la voz del Presidente Roosevelt denunciando la agresión con gran coraje y vigor, mientras el petróleo y las municiones fluían libremente desde América al Japón. Era como una hermosa voz viniendo de un mundo mejor, *vox et praeterea nihil*. El Vaticano también dijo algunas bonitas cosas ambiguas contra la guerra anticristiana, y se inclinó pesadamente hacia la Derecha mientras tanto.

El 24 de agosto, a las once, el Foreign Office británico firmó un pacto de asistencia mutua con Polonia. Este había sido precedido por un pacto de no agresión entre Alemania y Rusia. El Ministro de Relaciones Exteriores alemán, Ribbentrop, fué a Rusia, y evidentemente pudo convencer a Stalin y a Molotov del doble juego británico. Rusia, a manera de irritada y justificable suspicacia, volvió la espalda a las democracias, y Alemania abandonó todas las pretensiones del Anti-Comintern, que hasta ese momento había jugado un importante papel sosteniendo una actitud nazista en sectores influyentes de Francia y Gran Bretaña. Habían cumplido su cometido. Los alemanes cruzaron la frontera polaca el 1.° de septiembre y Gran Bretaña y Francia declararon la guerra el 3 de septiembre. De este modo la "buena gente" de Inglaterra despertó para encontrarse en guerra con la nación combatiente más eficientemente organizada que haya jamás existido, y se hallaron mal preparados y mal equipados, bajo la dirección de un gobierno manifiestamente inepto y digno de desconfianza, y con sus más poderosos posibles aliados completamente alejados. Sin embargo, durante otros seis meses los ingleses permanecieron aletargados, porque se les tenía mal informados, desprevenidos, sin preparación y deshonorablemente "tranquilizados".

La campaña alemana contra Polonia fué breve pero eficaz. Hubo probablemente una considerable actividad de la "quinta columna", y la mayoría de los aeródromos fueron bombardeados y puestos fuera de combate mediante ataques en masa. Los ejércitos polacos, luchando firmemente, fueron traspasados por una infiltración de tanques alemanes y por la abrumadora superioridad del equipo, y el Alto Comando Alemán anunció (12 de septiembre)

que las ciudades abiertas, aldeas y caseríos serían bombardeados y arrasados para "aplastar la resistencia de la población civil". Hubo matanzas en masa de ciudadanos polacos. No se intentó el más pequeño esfuerzo por parte de las fuerzas aéreas de Francia e Inglaterra para aliviar la presión bombardeando a Alemania. Las tropas polacas se retiraron entonces a Lituania, Hungría y Rumania. El gobierno huyó a Rumania, y Varsovia cayó el 28 de septiembre.

El 16 de septiembre, el gobierno ruso, comprendiendo que Polonia estaba prácticamente vencida, cruzó la frontera polaca, hallando muy pequeña resistencia. Las fuerzas rusas avanzaron hasta las fronteras que Rusia había poseído antes del ataque polaco de 1920 (§ 5), y muy poco del territorio del que volvió a tomar posesión tenía población polaca. Vilna, que fuera tomada a Lituania desafiando a la Liga de las Naciones, fué devuelta a sus antiguos dueños. Rusia celebró entonces tratados con los tres países bálticos (a los cuales Francia e Inglaterra, como hemos visto, habían rehusado dar una garantía conjunta), lo que significó prácticamente el control de sus defensas costeras y aéreas por las fuerzas rusas. Apareció claro que Rusia intentaba aprovechar la situación para consolidar su dominio de las costas del Báltico. Siempre había abrigado el temor de un ataque concertado entre los estados "capitalistas", y no le faltaba cierta razón para considerar a Finlandia la probable punta de lanza de ese ataque. Pueden haber sido temores exagerados. En realidad los cañones fineses estaban tan cerca de San Petersburgo como ninguna otra potencia lo habría tolerado. Resulta imposible imaginar a Estados Unidos tolerando una poderosa fortificación extranjera en Staten Island con resignación paciente. Comenzó una serie de conversaciones que no dió ningún resultado, y el 30 de noviembre Rusia abrió la guerra con una serie de bombardeos aéreos sobre las ciudades finesas. Fué una brutalidad que Rusia podía muy bien haberse ahorrado. La guerra resultó difícil y costosa para los Soviets, pero al final, después de tres meses y medio de dura lucha, Finlandia admitió la derrota e hizo la paz. Mientras tanto, la guerra en el Oeste se concentró principalmente en el mar. Los franceses y los alemanes se enfrentaron detrás de sus pesadas líneas de fortificación, la Maginot y la Sigfrido. Hubo una débil ofensiva francesa en el ala norte del frente. La reanudación de la guerra submarina fué prácticamente un fracaso para Alemania. La armada británica, utilizando nuevos recursos técnicos, persiguió esta plaga con gran energía y sufrió solamente unas pocas pérdidas inevitables, alguna nave de guerra, un gran portaaviones, el *Courageous* y embarcaciones de segundo orden. Las pérdidas de barcos en convoy fueron mucho menores de lo que podía haberse esperado, y abundantes provisiones llegaron a Gran Bretaña. Los ingleses capturaron más barcos que los que perdieron. El

Graf Spee fué interceptado y puesto fuera de combate por tres naves más pequeñas y débiles, el *Exeter, el Achilles* y el *Ajax*, y pocos días después fué hundido antes de que reanudara el combate. Su comandante se suicidó.

La situación continuó indecisa en el frente occidental cerca de medio año. La energía de los preparativos ingleses continuó, y más y más tropas, así como una concentración de cañones y materiales, cruzó el Canal.

Una actividad durante este intermedio que Francia había de lamentar más tarde fué una severa cacería y persecución de los dirigentes comunistas e izquierdistas. Pareció extenderse no solamente a los comunistas, sino también a los dirigentes obreros. Los cincuenta y pico de diputados comunistas de la Cámara fueron arrestados u obligados a esconderse, y los municipios comunistas en el país fueron reemplazados por funcionarios especiales. Esta acción fué por lo menos, poco recomendable, pues la mentalidad socialista de izquierda estaba muy difundida entre los soldados y la oficialidad francesa, procedente tanto del campo como de las ciudades. Para muchos de ellos Rusia era todavía el símbolo de la revolución social. Empezaron a preguntar si peleaban meramente por la Francia de los ricos, y el espíritu de sabotaje se difundió no sólo en el ejército sino también en las fábricas de municiones. Una vez más el agresor estuvo en condiciones de meter una cuña entre la reacción y el impulso revolucionario de la masa. Porque en el ala derecha de Daladier se fraguó también la traición, traición de una clase mucho más formidable, insospechada e incontrastada.

El invierno fué de una crudeza no usual, expuso a las tropas a considerables contratiempos y la perspectiva para la cosecha en Europa se presentó muy por debajo de las condiciones normales. A mediados de febrero la atención fué atraída por Noruega. La neutralidad de ese país se hizo dudosa. El Rey Haakon era lealmente anglófilo, y el espíritu del pueblo democrático. Pero repentinamente los aliados descubrieron que la estrecha faja de agua a lo largo de la costa hasta un límite de tres millas venía siendo utilizada como un canal a lo largo del cual los barcos alemanes llevaban provisiones de materiales y salían subrepticiamente para atacar a los ingleses. Las cosas culminaron en el incidente conocido con el nombre de *Altmark*. Cerca de trescientos a cuatrocientos marineros provenientes de barcos hundidos por el *Almirante Graf Spee* antes de su destrucción eran pasados de contrabando por ese canal con la connivencia de las autoridades portuarias noruegas. Un destructor inglés fué enviado en persecución, y, a pesar de las protestas de dos barcos de guerra noruegos y la negativa de los oficiales portuarios noruegos de que no había prisioneros a bordo, entraron en el fiord de Josing,

abordaron la nave sospechosa, cuya tripulación huyó a tierra durante la operación, y libertó a los prisioneros.

A partir de ese momento la situación escandinava siguió rápidamente su curso. Los alemanes invadieron Noruega y Dinamarca simultáneamente. Dinamarca se rindió en seguida. Oslo resistió, pero fué traicionada por el sector fascista de su propio pueblo. Siguieron algunas semanas de lucha confusa. Durante un tiempo el público británico fué alimentado de mentiras y fanfarronerías. Mr. Chamberlain y Sir Edmundo Ironside, Jefe del Estado Mayor Imperial, se superaron uno al otro en sus bravatas. El general Ironside dijo que Hitler había "perdido el ómnibus". Mr. Chamberlain repitió esta frase inspirada. Ahora Hitler se había mostrado; ahora la tortuga había extendido la cabeza; ahora Inglaterra debía luchar. El general Ironside dijo que el ejército alemán era una buena máquina, pero que ningún oficial había servido en la última guerra más allá del grado de capitán. Los ingleses, en cambio, tenían a sus veteranos, avezados Ironsides. La invasión alemana de Noruega y Dinamarca ocurrió el 9 de abril. El 8 de mayo la Cámara de los Comunes británica hizo una interpelación referente a la completa derrota. Los planes y métodos de los "generales experimentados" del Estado Mayor habían sido punto menos que idiotas. He aquí algunas frases de un discurso de Mr. Lloyd George.

"Hitler ha tenido éxito al colocar a su país en una posición mucho mejor que sus predecesores de 1914 desde el punto de vista estratégico. Escandinavia y Noruega, una de las grandes posibilidades estratégicas de la guerra, estaban en manos alemanas. No había por qué criticar a Suecia, que ahora estaba con Alemania a la izquierda y Rusia a la derecha. ¿Qué derecho teníamos nosotros a criticar a las pequeñas potencias? Habíamos prometido ayudarlas y protegerlas. Jamás hemos enviado un aeroplano a Polonia, llegamos tarde a Noruega. ¿Puede alguien dudar de que nuestro prestigio ha sido menoscabado? Habíamos prometido a Checoeslovaquia, a Polonia, a Finlandia. Nuestras notas de promesas eran ahora basura en los mercados...

"Se nos prometió el rearme en 1935, y en 1936 se presentaron propuestas concretas a la Cámara. Todo el mundo sabía que a regañadientes, ineficazmente, sin dirección y sin inteligencia. Entonces vino la guerra. Sin embargo, apenas se aceleró el ritmo. Había la misma pereza e ineficacia. Todo el mundo sabía que estábamos colocados en la peor posición estratégica que este país haya tenido que afrontar jamás...

"Mr. Chamberlain ha dicho: "He conseguido amigos". No se trata de quiénes pueden ser los amigos del Primer Ministro. Se

trata de algo mucho más importante. El Primer Ministro debe recordar que ha tratado con este formidable enemigo nuestro en la paz y en la guerra, y que siempre ha sido para peor. Ha pedido sacrificios. La nación está preparada para hacerlos a condición de que se la dirija. Digo ahora, solemnemente, que el Primer Ministro puede dar un ejemplo de sacrificio, porque no hay nada que pueda contribuir tanto a la victoria como si él sacrifica la jefatura del Ministerio".

Mientras Inglaterra seguía tediosamente quitando la máscara sofocante de Mr. Chamberlain como Primer Ministro, la encarnación de Alemania en la fiera y terrible trilogía de Goering, Goebbels y Hitler continuaba sin descanso. La derrota y devastación de la esperanza humana seguía. Sir Edmund Ironside no fué ni siquiera depuesto. Mantuvo descaradamente su puesto para participar en un nuevo y mayor desastre en Francia. El nuevo golpe a la caduca ciencia militar de Francia y Gran Bretaña se produjo el 10 de mayo, en que Alemania invadió simultáneamente Holanda, Bélgica y Luxemburgo.

Por maravilloso que pueda parecer a los estudiantes de historia en los años venideros, si hay estudiantes de historia en los años venideros, ninguno de estos tres países había preparado ningún plan de defensa en común con Francia e Inglaterra, a pesar de tener claramente a la vista estas posibilidades. Los mismos elementos menguados y desleales jugaron su parte en el desastre subsiguiente. Los franceses nunca habían prolongado la Línea Maginot más allá de la frontera belga, y el plan de los aliados para una guerra de movimientos en el expuesto flanco izquierdo era muy incompleto. Los leales holandeses y belgas dieron una firme batalla, pero fueron vencidos por la traición detrás del frente y por un tremendo uso de paracaidistas, para lo cual la imaginación militar aliada, que había tenido nada más de cinco o seis años a su disposición para estudiar el problema, estaba en absoluto sin preparación. Grandes áreas de Rotterdam sufrieron el bombardeo de Guernica, multitud de gente fué enterrada bajo los escombros, y en cuatro días cayó la resistencia holandesa. La reina voló a Inglaterra y transmitió por radio un llamado heroico desde el Buckingham Palace.

La presión alemana en las contraídas líneas aliadas continuó. Una de las armas más efectivas fueron en sus manos los tanques Skoda que Mr. Chamberlain les había regalado el año anterior. La línea francesa empezó a romperse cerca de Sedan, y los alemanes irrumpieron hacia el Este por la creciente brecha abierta

Dejaron París a su izquierda y empujaron hacia el Canal y hacia Inglaterra. Los aliados fueron incapaces de cerrar la brecha, de manera que una gran fuerza anglo-franco-belga en el Norte fué cortada del grueso de la defensa en Francia y su captura fué inminente. Una gran parte de este ejército del Norte era británico, por lo cual su pérdida habría dejado a Inglaterra en descubierto. El rey Leopoldo, que había recurrido en demanda de auxilio a Francia e Inglaterra cuando su país fué invadido, entendió ahora que el momento era oportuno para un acto de suprema traición y cobardía. Sin informar a sus aliados, despreciando la opinión unánime de su gobierno, "sin un solo pensamiento para los soldados británicos y franceses que habían venido en auxilio de su país respondiendo a su angustioso llamado", inició negociaciones con los alemanes y ordenó a sus ejércitos cesar el fuego (mayo 28).


Winston Churchill

El ejército británico fué casi copado, pero la admirable calidad de sus hombres lo salvó de la capitulación. Destrozado y traicionado, con su flanco izquierdo descubierto ahora, se abrió camino retrocediendo hacia Dunkerque, se mantuvo en Dunkerque durante unos días realmente críticos y, enfrentando una inmensa concentración de fuerzas alemanas, cruzó el canal juntamente con tropas francesas y belgas leales, hacia Inglaterra. La moral del ejército fué tan elevada y el transporte de esta gran masa de hombres presentó tales ejemplos de pintoresco coraje, que el público británico fué más exaltado que acobardado. "El éxito de una retirada no es una victoria" advirtió Mr. Winston Churchill, que finalmente había reemplazado a Mr. Chamberlain como Primer Ministro. Se perdió una inmensa cantidad de armamentos y otros materiales, y la principal resistencia francesa estaba dando muestras crecientes de colapso.

La modalidad de la retirada se hizo contagiosa. Mr. Churchill fué tan mal aconsejado que pareció sugerir que el Imperio Británico podría retirarse a Canadá. Dijo esto para advertir a los alemanes

que el Imperio Británico pelearía sin desmayo, aun si Inglaterra fuera tomada, pero sus palabras fueron mal interpretadas, y las clases más ricas e influyentes, tomándolas al pie de la letra, iniciaron una indigna y precipitada retirada para irse a Canadá con sus niños. En toda Gran Bretaña se produjeron estas evacuaciones y, cualquiera sea el resultado de la guerra, es dudoso que estos exilados voluntarios tengan un entusiasta regreso.

Este era realmente el momento para que Mussolini declarara la guerra, y así lo hizo el 10 de junio. Tropas italianas gesticularon en las vertientes alpinas y el Duce fué fotografiado en territorio francés. La derrota de las tropas francesas se convirtió en huída. París fué abandonado y el gobierno francés se fué a Burdeos. Monsieur Reynaud hizo un último desesperado llamamiento de auxilio al Presidente Roosevelt el 13 de junio. La lucha, dijo, era por "la vida misma de Francia". El Presidente replicó en seguida, expresando la más exaltada simpatía y prometiendo ayuda material, pero terminando con las palabras significativas: "Sé que usted comprenderá que estas manifestaciones no implican compromisos de ayuda militar. Sólo el Congreso puede contraer tales compromisos".

Monsieur Reynaud renunció entonces, y fué sucedido por el anciano Mariscal Pétain como Jefe de Gobierno y el aún más anciano Mariscal Weygand como Ministro de la Defensa Nacional. El nuevo gobierno procedió entonces a rendir su país al enemigo con una plenitud casi entusiasta. A última hora el gobierno británico hizo la proposición de una Ley de Unión con Francia. Los ingleses y franceses se habían comprometido a no hacer una paz por separado, pero esto fué olvidado, y una vez más los ingleses se vieron obligados a retirar tropas de Francia. Los triunfantes ejércitos alemanes se esparcieron por Francia, y las Islas del Canal, último resto del Ducado de Normandía que había pertenecido a la Corona Británica desde 1066, cayeron, ante la perplejidad de los ingleses, en manos de los alemanes. La guerra se volvía ahora realmente seria para los ingleses, y un nuevo vigor y energía surgió durante un tiempo, hallando su exponente en Mr. Churchill. Los puertos navales de Francia y sobre todo la escuadra francesa constituían una amenaza que no podía ignorarse. Algunos navíos franceses se pasaron voluntariamente a Inglaterra, y un Comité Nacional Francés se estableció en Londres bajo el General de Gaulle para organizar la restauración de Francia. El resto de la flota francesa fué tomado, desarmado o puesto fuera de combate. Una fuerza recalcitrante en Orán, incluyendo dos cruceros de batalla de primera clase, el *Strassbourg* y el *Dunkerque*, fué copada y puesta fuera de combate por el Almirante Somerville. En el primer encuentro naval serio con la flota italiana fué atacado y hundido por el crucero australiano *Sidney* el cru-

cero *Bartolomeo Colleoni*, de primera clase, a pesar de ser considerado el más rápido navío de guerra del mundo. Reducidos a su propia isla y al aire y el mar, particularmente al aire, el metal británico pareció irse librando de la herrumbre que había acumulado durante sus largos años de decadencia. Una cierta repugnancia puede haber afectado a algunas almas dubitativas cuando Sir Edmund Ironside volvió a Inglaterra para organizar la defensa del país, pero fué ascendido al rango de Mariscal y puesto a media paga y en la imposibilidad de seguir haciendo daño. La Guardia Nacional creció en eficiencia y los temores y aprensiones dieron lugar a esperanzas optimistas. La superioridad de las fuerzas aéreas británicas se fué haciendo más evidente cada vez. Se formaban ahora pilotos de todos los niveles sociales y la calidad demostró ser tan alta como siempre. La posibilidad de una invasión efectiva se hacía más dudosa con cada día que se postergaba la misma.

La atención se desvió ahora hacia España, hacia el Mediterráneo, y se inclinó de nuevo hacia el Este. Se volvió cada vez más evidente que Rusia tenía una concepción de su propio futuro que le impedía inclinarse tanto hacia Alemania como hacia la clase inglesa gobernante. Reinició el proceso de consolidar su frontera contra Alemania y su posición en el Danubio y en el Mar Negro. Pidió ahora firmemente el retorno de las regiones de Besarabia y la Bucovina Septentrional, que Rumania había tomado en 1918, y Rumania, después de recurrir en vano a Alemania, accedió. En seguida, respondiendo a un movimiento social en los Estados Bálticos, curiosamente oportuno, incorporó tres de ellos a la Unión Soviética...

Esta acción despertó el alto sentido moral del gobierno de los Estados Unidos. Este desaprobó la desaparición de estos países, aún más de lo que había desaprobado la eliminación del dominio finlandés en el estuario del Neva. Mr. Cordell Hull, el Secretario Americano de Estado, habló vigorosamente contra la anexión, y el señor Molotov, Comisario ruso de Relaciones Exteriores, replicó agriamente en los términos habituales de la ideología comunista. América podía ocuparse de sus propios asuntos. La brecha entre estas dos grandes potencias, interesadas igualmente en la causa de la paz, y cada una de ellas incapaz de obtenerla sin la otra, se ensanchó. Sin embargo no existía nada que pudiera mantenerlas separadas, excepto una falta de comprensión imaginativa.

Si bien en el verano de 1940 la Confederación Británica de Estados estaba por fin concentrando sus fuerzas para luchar decididamente, seguía manteniéndose extremadamente vaga y mal aconsejada en sus actividades de propaganda. Un cuerpo misterioso y semi secreto, el Comité Swinton, fué creado para tratar con

la multitud de refugiados y extranjeros en Gran Bretaña. La cabeza visible de este comité fué un cierto Mr. Lloyd-Greame, que había tomado el nombre de Cunliffe-Lister en 1924 y elevado a la dignidad de par en 1929. Pareció haber cumplido su tarea de un modo que sugería el temperamento de un xenófobo sadista o un agente nazi. Siguió una persecución cruel y violenta de las personas que Gran Bretaña debía haber cuidado más en su lucha para restaurar la libertad de Europa. Fueron tratadas con una malignidad y brutalidad irracionales que hicieron un daño irreparable al nombre británico. Enemigos irreconciliables del nacionalsocialismo y del fascismo fueron internados en condiciones realmente horribles, separados de sus esposas y familias, deportados; muchos fueron arrastrados al suicidio. En el gran pasado de los Canning, Palmerston y Melbourne, frente a la Santa Alianza, la política de Gran Bretaña había sido de amistad, acogida y socorro de los movimientos revolucionarios en cada país europeo. Había suprimido el comercio de esclavos, y fué el orgullo de Inglaterra la afirmación de que allí donde flameara su bandera los hombres eran libres. Ahora, un mundo estupefacto se preguntaba si Inglaterra lo había olvidado. ¿No sería todo aquel hablar de democracia simple cháchara y ficción?

A este mal efecto producido por su comportamiento persecutorio debía agregarse que, desde el estallido de la guerra, el gobierno británico se rehusó firmemente a hacer ninguna definición clara de sus finalidades en la lucha. Todas las fuerzas liberales del mundo, dentro y fuera del Imperio, habían pedido que esa declaración fuera hecha. Pero todavía los pueblos británicos que están despertando eran incapaces de librar sus manos de las trabas del reaccionarismo obstinado conque la guerra los había maniatado...

Y aquí la historia se quiebra otra vez.

XLII

LA PRESENTE PERSPECTIVA PARA LA HUMANIDAD

§ 1.

De este modo nuestra historia de la humanidad, en cuanto se refiere a individuos, naciones, poderes y sistemas, termina en una nota de interrogación. Cualquier cosa puede suceder con estos valores fluctuantes. El ritmo de los cambios en las últimas partes del capítulo precedente se ha vuelto terrorífico. Las soberanías, los regímenes se han convertido en fantasmas que aparecen y desaparecen de semana a semana; y la guerra total, seguro precursor del hambre y la peste, se balancea como una guadaña o corre como el fuego a través de la cosecha de las edades. El mapa del viejo mundo cambia como un caleidoscopio. Las banderas ondean triunfalmente y son pisoteadas. Ya no se escribe respecto a la "Declinación y Caída" de los Imperios. Estallan como huevos podridos. Resulta imposible predecir bajo qué bandera o bajo qué censura estas palabras serán impresas.

Pero el biólogo humano estudia la consecuencia de los acontecimientos desde un punto de vista más alejado, y las banderas, dirigentes y declaraciones se convierten en remotos acontecimientos en el bullir de una termitera en la que se ha clavado una pica. Aunque sea verdad que siempre puede ocurrir "algo imprevisto" a cualquier grupo o individuo, también lo es que, a medida que la multitud reemplaza al individuo, las vastas fuerzas que mueven a la masa se hacen cada vez más evidentes.

Ya hemos distinguido una triangularidad en la situación general humana. Dos posibilidades finales surgen de esa triple naturaleza abierta ante nosotros. O bien el esfuerzo para controlar el futuro humano, esa gran necesidad revolucionaria de empezar una nueva vida para la humanidad, que ha ido avanzando durante veinticinco siglos y que nos ha dado todos los principios religiosos en el mundo, desde el budismo hasta el comunismo, se recuperará por fin y alcanzará su victoria largamente frustrada, o de lo contrario fracasará. Conquistará al mundo o será vencido por la alianza en su contra de las viejas y las nuevas formas de esclavitud.

El hombre puede todavía hacer grandes cosas; es un ser más poderoso de lo que ha sido jamás en el pasado: pero no hay la seguridad de que haga las cosas como es debido. Si el *Homo Sapiens* perece, perecerá no de debilidad o inanición, sino de plétora. Morirá como un hombre muere de "congestión" porque sus impulsos viscerales, sus órganos de circulación y estímulo se han vuelto más poderosos que la delicada complejidad de su cerebro.

En el momento actual ciertas cosas ocurren bien claramente ante nuestros ojos. Hay tres grandes fuerzas en el mundo: los aliados anti-Comintern, la Alemania nazi, la Italia fascista y el Japón beligerante, los cuales son agresivamente militantes, pero ninguna de ellas posee el control del aire, del acero o de los recursos de metales de la tierra, ni del petróleo, ni de los alimentos, como para estar en condiciones de conquistar y dominar el mundo si se les presenta una adecuada resistencia. Las poblaciones que dominan ascienden por lo menos a una décima parte de la humanidad y de estos doscientos millones o menos, solo una mínima parte pueden ser sinceramente devotos a este fantástico asalto contra la libertad y el orden del mundo. En todas partes de Alemania, de Italia y de España debe de haber hombres que esperan ansiosamente "habérselas" con los nazis, fascistas o falangistas locales. La arremetida de esta guerra es como un fuego que inevitablemente deberá arder hasta consumirse. Del otro lado hay cuatro grandes sistemas políticos que comprenden más de los nueve décimos de la humanidad que no demuestran deseos guerreros y manifiestan tendencias no agresivas: América en su totalidad, el Imperio Británico, China y Rusia. En realidad Rusia ha avanzado recientemente sus fronteras, pero todo lo que ha hecho es de una naturaleza de preparativos precaucionales para una lucha contra los tres agresores. No hay en ese país propaganda alguna de conquista, no hay amenaza de ataque en su educación o en su prensa... Estos cuatro sistemas pacifistas tienen en realidad las más amplias diferencias en su estructura interna. El Imperio Británico sufre profundamente de su inexpurgado conservadorismo y tanto allí como en América existe una compleja maraña finaciera e industrial que se resiste a su modernización y sociabilización con gran sutileza y obstinación. Rusia está tullida por las supresiones de libertad que se hicieron forzosas durante su lucha revolucionaria, y China todavía está a medio salir del caos de la guerra civil. Sin embargo, todos estos grandes sistemas tienen un interés común en una paz mundial, y la pregunta más fundamental que contestarán las próximas décadas es la de si la inteligencia de que disponen es suficiente para que cooperen pronto en un pacificación común de la tierra.

Una cosa que la presente conflagración ha puesto de relieve es que nunca puede haber paz en ninguna parte de este planeta mientras una sola potencia esté en condiciones de preparar, más o menos secretamente, un ataque aéreo contra sus vecinos. Traiga lo que traiga esta guerra, no traerá una paz permanente, *a menos que todo el mundo contribuya a establecer una comisión aérea mundial permanente, única, que tenga absoluta autoridad sobre la aviación civil, privada y pública, sobre todo los aeropuertos, sobre la fabricación de aviones de todas clases.* Debe llegarse a esta federación, y si hay un empeño conjunto aunque sea solamente de parte de Estados Unidos y Rusia en este sentido, será perfectamente posible llevarlo a cabo: una exigencia conjunta de Estados Unidos y Rusia, si es que es posible conseguirlo. Si esta guerra y el agotamiento de los países beligerantes sigue el ritmo actual, y si esas dos potencias conservan intacto su poder, estarán en situación de dictar las condiciones del armisticio final y de establecer la paz aérea para siempre. Será mucho más fácil para los países combatientes consentir en el desarme aéreo si no tienen que hacerlo ante un antagonista victorioso, sino como parte de un armisticio general depositando el control en una nueva organización en que ellos tengan también representantes. Y el sentido común indica que la nueva organización debe ser federal e internacional en el más amplio sentido de la palabra. No debe ser sobre la base de contingentes separados de las varias potencias, sino una organización universal desde el comienzo mismo, formada por una mezcla indiscriminada de pilotos, guarniciones de tierra, inspectores y demás.

Por otra parte, si es posible federalizar el aire, entonces será posible federalizar la estructura general de la fabricación de armamentos. El mundo ha organizado ya un control de drogas y venenos y una restricción de las enfermedades infecciosas. Será mucho más fácil para una poderosa organización federalizada tomar todo el legado de los armamentos usados que dejará la guerra, monopolizarlos, desmilitarizarlos en conjunto paso a paso, y hacer los ajustes necesarios para que ningún arma letal más mortífera que las que puedan requerir esos altos guardianes haya de fabricarse, y para que ningún arma, de cualquier clase que sea, pueda llegar a manos privadas. No hay necesidad de tales cosas en la vida normal. Son motivo de universal inquietud. Tal desarme podría ser incluido ahora en las condiciones de un armisticio impuesto, y debería ser presentado a los gobiernos combatientes inmediatamente que llegue la ineludible fase de agotamiento. A condición de que Estados Unidos y Rusia convinieran en ello.

Las condiciones de tal armisticio podrían ser consideradas ahora plena y libremente por Estados Unidos y Rusia, si no fuera por

los inexplicables malentendidos y confusiones respecto a los objetivos que impiden su cooperación, y así los estados combatientes podrían ser invitados a aceptarlas a medida que se acercan a su agotamiento y completa desorganización. El mismo día que fuesen aceptadas, las comisiones universales necesarias podrían formarse y empezar la ordenación del mundo. Esto no es un sueño utópico; es una visión perfectamente sensata de lo que debe hacerse hoy. Es una necesidad tan perentoria como la de arar, sembrar y hacer vestidos. Es la situación del mundo en su aspecto más simple.

Hay otros asuntos, como por ejemplo la repatriación de las personas, o el restablecimiento de los artículos alimenticios y de la higiene, que podrían asimismo ser colocados entre las bases de tal armisticio, pero no es necesario que los tratemos ahora. En realidad, ninguna paz de menos alcances que eso sería otra cosa que una solución de continuidad entre los dos períodos de hostilidades. En consecuencia, el armisticio, más tarde o más temprano, debe llegar, o de lo contrario la humanidad habría de caer en el dislate absurdo de una interminable conflagración destructiva.

Pero un tal armisticio de paz no será más que la conquista de un lapso de respiro. Las energías de nuestra especie seguirán acumulándose otra vez desde el instante mismo en que cese el fuego. De ahí en adelante, sobre los escombros, deberán echarse los cimientos del Estado Universal del futuro.

La humanidad no puede permanecer donde se halla; no puede permanecer en el nivel actual. Sólo podrá poner fin a la guerra si encauza su siempre creciente energía, y particularmente la energía de su gente joven, en otra dirección. Si el hombre no se precipita hacia abajo en las próximas décadas, será porque al fin habrá desarrollado sus facultades para ascender firmemente. Si no pelea, deberá hacer y crear como nunca lo ha hecho en el pasado. Puede volver al infierno o al cielo, pero la incertidumbre ha terminado para siempre.

§ 2.

Apenas puede dudarse de que el logro de una federación de toda la humanidad, juntamente con una medida suficiente de justicia social para garantizar la salud, la educación y una equidad rudimentaria en las oportunidades para la mayoría de los niños que nacieran en el mundo, significaría un alivio y un aumento de la energía humana capaz de abrir una nueva fase en la historia del hombre. Cesaría el enorme despilfarro ocasionado por los perjuicios que se ocasionan mutuamente las grandes potencias competidoras, y los aun mayores perjuicios debidos a la improductividad de grandes masas de gente, ya por ser demasiado ricas como para sentir algún estímulo, o por ser demasiado pobres como para poder trabajar eficazmente. Habría un vasto aumento en la provisión para las necesidades humanas, una elevación del standard de vida y en las ideas de los hombres con respecto a lo que debe considerarse necesario, un desarrollo de los transportes y de toda clase de elementos; y multitud de gente pasaría de la producción de bajo nivel a un trabajo más alto, como el arte, la enseñanza, las investigaciones científicas, etc.

Sobre toda la superficie de la tierra habría una libre concurrencia de la capacidad humana, tal como ahora se ha producido solamente en sitios pequeños y en lapsos de limitada prosperidad y seguridad. A menos que supongamos que en el pasado se ha producido la generación espontánea de superhombres, es razonable llegar a la conclusión de que la Atenas de Pericles, la Florencia de los Médicis, la Inglaterra de Isabel y los grandes períodos de Asoka, Tang y Ming en el arte, no son más que muestras de lo que un mundo en prosperidad sostenida rendiría de continuo y acumulativamente. Sin suponer ningún cambio en la calidad humana, sino simplemente con imaginarla libertada del actual sistema de desorden, la historia justifica plenamente esta esperanza.

Hemos visto cómo, desde la liberación del pensamiento humano en los siglos XV y XVI, una cantidad comparativamente reducida de hombres curiosos e inteligentes, principalmente en Europa occidental, ha producido una visión del mundo y un acervo de ciencia que están hoy, en el aspecto material, revolucionando la vida. La mayoría de estos hombres ha tenido que luchar contra el descorazonamiento, con recursos insuficientes y sin la ayuda o el apoyo de la masa de la humanidad. Es imposible creer que estos hombres constituían la cosecha máxima intelectual posible de su generación. Sólo Inglaterra debe haber producido decenas de Newtons que nunca aprendieron a leer, centenares de Fultons, Darwins, Bacons y Huxleys que murieron malogrados en cabañas, o que nunca tuvieron la oportunidad de probar su calidad.

En todo el mundo debe haber habido miríadas de investigadores de primera clase en potencia, artistas espléndidos, mentes creadoras, que nunca tuvieron un destello o una oportunidad de inspiración, por cada uno de su clase que ha dejado su marca en la historia. En la presente conflagración millares de grandes hombres en potencia mueren en ciernes. En cambio, un mundo donde reinen la paz y una cierta justicia social, es seguro que, con la sementera y el arado de una educación y cultura generales ha de producir una cosecha de inteligencias y capacidades infinitamente mayor que cuanto ha conocido el mundo hasta ahora.

Son las consideraciones como ésta, sin embargo, las que justifican la concentración del esfuerzo en un futuro próximo, destinado a la construcción de un nuevo estado universal de equidad, libre de las confusiones presentes. La guerra es una cosa terrible, y cada vez más terrible y pavorosa, de modo que, si no se acaba con ella, ella acabará con la sociedad humana. La injusticia social y la visión de los seres humanos deformes y de limitadas posibilidades que ella produce, atormentan el alma; pero el incentivo más poderoso para un espíritu imaginativo se halla, no tanto en la mera esperanza de eludir los peligros, como en la oportunidad para grandes empresas que su supresión abrirá a nuestra especie. Necesitamos desembarazarnos del militarista, no sólo porque hiere y mata, sino porque es un intolerable mentecato que vociferando y baladroneando se yergue en medio de nuestro camino hacia el futuro.

Necesitamos abolir muchas extravagancias de la propiedad privada, de la misma manera que aboliríamos a un guardián idiota que se rehusara a dejarnos entrar en un taller donde tuviéramos grandes cosas que hacer.

Hay gente que parece imaginar que un orden y una ley universal de justicia terminarían con las empresas y aventuras humanas. En realidad, no harían sino darles comienzo. Pero en lugar de las empresas del pasado, la "novela" del cinematógrafo, la perpetua reiteración de las trilladas reacciones sexuales, la lucha incesante por el dinero, sería una inacabable exploración en el terreno de la experiencia. Hasta ahora el hombre ha vivido en un tugurio, entre disputas, venganzas, vanidades, vergüenzas y corrupciones, deseos bestiales y voraces apetitos. Apenas ha probado todavía la dulzura del aire libre y las inmensas perspectivas del mundo que la ciencia ha ampliado para él.

Trazarnos el cuadro de algunas de las cosas de la vida plena que un mundo unificado pondría a nuestra disposición es una especulación muy atrayente. La vida se desarrollaría desde luego con un pulso más fuerte, respiraría más profundamente, porque habría eliminado y vencido centenares de infecciones del cuerpo y de la mente que lo condenan a la invalidez y al raquitismo. Ya hemos obtenido un alivio con la vasta eliminación de la servidumbre en la vida humana mediante la creación de una raza de esclavos: las máquinas. Esto, más la desaparición de la guerra y la terminación de las interminables restricciones y contenciones, por medio de ajustes económicos y sociales, aligerarán el pesado fardo del trabajo rutinario y abrumador que ha sido el precio de la existencia humana desde el nacimiento de las primeras civilizaciones, aliviando los hombros de nuestros hijos. Lo cual no significa que éstos cesarán de trabajar sino que dejarán de hacer obligatoriamente un trabajo inferior o penoso, y trabajarán libremente, proyectando, haciendo y creando de acuerdo a sus dotes e instintos. Lucharán con la naturaleza, pero no ya como oscuros soldados del pico y del arado, sino para una espléndida conquista. Sólo nuestra actual falta de ardimiento y la crisis de depresión que atravesamos pueden cegarnos a las claras insinuaciones de nuestra razón, que nos dice cómo en el curso de unas cuantas generaciones cada villorrio se convertiría en una pequeña Atenas, cada ser humano sería sano de cuerpo y alma, y la tierra la mina del hombre, y sus más apartadas regiones sus lugares de esparcimiento.

En este *Esquema* hemos tratado de mostrar dos grandes sistemas de desenvolvimiento, influyéndose recíprocamente en la historia de la sociedad humana. Brotando de aquella cultura neolítica posterior, hemos visto aparecer la cultura heliolítica en las regiones aluviales más cálidas del mundo, dando lugar a las grandes civilizaciones primordiales, sistemas fecundos de dominación y obediencias, vastas multiplicaciones de hombres laboriosos y subordinados. Hemos mostrado la relación necesaria de aquellas civilizaciones primitivas con los primeros templos y los dioses - reyes y reyes - dioses. Al mismo tiempo hemos trazado la evolución que va de aquella rudimentaria cultura neolítica de los pueblos errantes, que fueron luego los pueblos nómadas, a aquellos grandes grupos de los arios nórdicos y los pueblos huno-mongoles del Nordeste y Noroeste y (a través de una fase heliolítica) los semitas de los desiertos arábigos. Nuestra historia nos ha hablado de cómo estos pueblos más intrépidos, independientes y rudos de las estepas y el desierto han invadido y renovado repetidamente las civilizaciones originariamente de raza morena meridional. Ya indicamos cómo estas constantes inyecciones nómadas alteraron invariablemente las civilizaciones primordiales, tanto en sangre como en espíritu; y cómo las religiones de hoy día, y lo que actualmente llamamos democracia, la audacia de la moderna investigación científica y una inquietud universal, son debidas a esta "nomadización" de la civilización. Las antiguas civilizaciones crearon la tradición, y vivieron por la tradición. Hoy día el poder de la tradición ha sido abolido. El cuerpo de nuestro Estado es aún civilización, pero su espíritu es el espíritu del mundo nómada, el espíritu de las grandes llanuras y el mar libre.

A tal punto es esto cierto, que, seguramente, apenas una misma ley rigiese toda la tierra y desapareciesen las asperezas de nuestro actual régimen de fronteras, no tardaríamos en abandonarnos libremente a esa extraña comezón de mudanza y de viaje que se apodera de nosotros en primavera y otoño. Obedeceríamos al reclamo de los pastos de estío y de invierno que nos late oscuramente en las venas, al reclamo de las montañas, del desierto y de los mares. Para algunos de nosotros también, de un diferente

linaje, habría el reclamo de la selva, y también existen aquellos que cazarían durante el verano y volverían a los campos para la labranza. Pero esto no quiere decir que los hombres se tornarían todos vagabundos y sin hogar, viviendo a la deriva.

La vida nómada normal no es una vida sin hogar, sino un movimiento, un ir y venir entre diversos hogares. Los kalmukos, hoy día, al igual que las golondrinas, recorren anualmente millares de kilómetros de un hogar al otro. Las ciudades de la edad futura, tendrán, probablemente, sus estaciones de vida desbordante, y sus estaciones en que parecerán dormidas. La vida fluirá y refluirá, como una inmensa marea, de una a otra región, con arreglo a las estaciones y según que el interés de cada región florezca o decaiga.

Apenas habrá ningún trabajo rudo o penoso en este mundo mejor ordenado. Las fuerzas naturales, recogidas y aprovechadas por las máquinas, serán las esclavas a quienes se encomienda la faena cansadora. Y aquellas labores todavía duras que no pudieron desempeñar las máquinas, se llevarán a cabo como un servicio y deber público durante unos cuantos años o meses de cada vida. Y no solamente la mayoría de estos trabajos penosos, sino otras muchas clases de hombres y de maneras de vivir que en la actual sociedad aparecen como imprescindibles, irán disminuyendo en importancia y hasta llegarán a desaparecer por completo. Habrá pocos o ningún combatiente de profesión; las aduanas serán suprimidas; la muchedumbre creciente de maestros habrá abolido los grandes contingentes policíacos y casi todo el personal penitenciario; los manicomios serán cada vez más raros, hasta dejar de existir; una autoridad sanitaria mundial habrá disminuído la proporción de hospitales, asilos, etc.; y una justicia económica mundial habrá hecho casi desaparecer la población flotante de rateros, estafadores, ladrones, jugadores, parásitos, especuladores y demás aficionados al bien ajeno. Pero nada de ello quiere decir, como piensan algunos, que este mundo de los días venideros será monótono y aburrido, sin elementos ya de aventura y de vida imaginativa. Las pesquerías marítimas y la incesante insurrección del mar, por ejemplo, requerirán siempre hombres aguerridos y fuertes; el dominio de los aires y la conquista cada vez más completa de la naturaleza, exigirán una humanidad más ardida y capacitada que la actual.

Los hombres se volverán de nuevo, y con un nuevo interés, hacia el mundo animal. En estos días actuales de desorden, tiene lugar una matanza, tan estúpida como irrefrenable, de las especies animales; hasta el punto de constituir, desde ciertos puntos de vista, una tragedia mayor aún que la de las miserias humanas. Durante el siglo XIX, docenas de especies animales y algunas

de ellas interesantísimas, han sido exterminadas. Ahora bien, uno de los primeros frutos de un Estado Mundial efectivo sería la mejor protección de los que hoy llamamos animales salvajes. Es curioso, en la historia humana, observar lo poco que se ha hecho desde la Edad del Bronce en punto a la domesticación, empleo, acercamiento y estimación de la vida animal que nos rodea. Pero esa necia carnicería que hoy llamamos "deporte", será, inevitablemente, sustituida, en una comunidad mundial mejor educada, por una modificación de los instintos primitivos que hallan expresión en esta actividad, cambiándolos por un interés no ya en la muerte, sino en la vida de los animales, conducente a nuevos intentos, acaso muy singulares y hermosos, de acercar a nosotros estas pobres criaturas afines e inferiores, dejando de temerlas como enemigas, de odiarlas como rivales y de necesitarlas como esclavas.

Tampoco un Estado Mundial y una justicia universal significan la reclusión de nuestra especie en un orden uniforme, monótono y estrecho, desprovisto de color y de movimiento. Siempre habrá montañas, y el mar, y grandes selvas, y tierras vírgenes, que constituirán el patrimonio, mejor cuidado que antes, del hombre; y las grandes llanuras se abrirán ante nuestros pasos y los grandes vientos seguirán envolviendo en su abrazo a la tierra. Pero, sobre todo, los hombres no odiarán ya como odiaban, ni temerán como temían, ni se engañarán unos a otros desesperadamente; y mantendrán mucho más limpios espíritu y cuerpo.

La fusión del género humano en una sola comunidad no implica la creación de una comunidad homogénea, sino más bien lo contrario: la acogida y la utilización adecuada de cualidades características y distintivas en un ambiente de comprensión. Son los malos modos casi universales de la época presente lo que hace que las razas sean intolerables unas a otras. La comunidad hacia la cual nos encaminamos será más heterogénea —lo que no supone necesariamente una promiscuidad— más variada y más interesante que ninguna comunidad existente. Las comunidades cortadas por un mismo patrón, como cajas de soldados de juguete, son más bien cosas del pasado que del futuro.

Pero una de las tareas más arduas e imposibles que puede imponerse un escritor es el pintar la vida de la gente mejor educada, más feliz, libre y sana que él. Hoy sabemos lo bastante para comprender que hay todavía un margen enorme de perfectibilidad en todo lo humano. Lo único que se necesita es el esfuerzo colectivo. Nuestra pobreza, nuestras limitaciones, nuestras infecciones e indigestiones, nuestras querellas y equívocos, todo ello es dirigible y suprimible por medio de una acción humana concertada; y en cuanto a la cuestión planteada por algunos pesimistas, de si la

vida podría pasarse sin todo ello, claro está que apenas podemos saber nada, del mismo modo que una pobre criatura humana, habituada a la mugre y a los malos tratos aunque de alma todavía altiva, nacida y criada entre la crueldad y la inmundicia de un suburbio europeo, mal podría imaginarse lo que sería bañarse todos los días, ir siempre bien vestida, escalar los montes por gusto, volar, no tratar sino gente agradable y bien educada, etc., etc. Sin embargo, tiempo puede venir, y más cercano de lo que pensamos, en que todo esto que aún parece sueño se torne en realidad palpable. Y todo el que crea en su advenimiento, lo apresura, así como lo retrasa todo aquel que no consiga elevarse a esta gran esperanza.

No es posible predecir las sorpresas y las desilusiones que el futuro nos reserva. Antes que este capítulo del Estado Mundial pueda dar comienzo en nuestras historias acaso haya que escribir otros capítulos todavía insospechados, tan extensos y llenos de conflictos y luchas como nuestra relación del desarrollo y rivalidades de las grandes potencias y la insurrección del totalitarismo gangster. Aún puede haber trágicas contiendas económicas, sangrientos choques de raza con raza y clase con clase. Quizás esta famosa "iniciativa privada" se niegue a aprender la lección de servicio sin una previa y catastrófica revolución. No sabemos; no podemos decir.

Estos desastres son innecesarios, pero acaso también son inevitables. La historia humana se asemeja cada vez más a una carrera en competencia entre la educación y la catástrofe. Contra el esfuerzo unificador del cristianismo y contra la influencia unificadora de la revolución mecánica, la catástrofe quedó vencedora. No es posible prever aún cuántas veces puede ganar todavía la catástrofe. Aún pueden brotar nuevos fraudes y engaños que mantengan por algún tiempo a los hombres en una mentirosa apariencia de orden, antes de venirse abajo en medio del sufrimiento y la carnicería de otras generaciones.

No obstante, con pie torpe o ágil, el mundo parece progresar, y seguirá progresando. En este *Esquema,* al hablar del hombre paleolítico, transcribimos una descripción, de Mr. Worthington Smith, del tipo más alto de vida en el mundo de hace cincuenta mil años; vida completamente bestial, como recordará el lector. También hubimos de esbozar la escena de un sacrificio humano hace quince mil años, escena de una crueldad casi increíble para cualquier lector civilizado de hoy día.

Sin embargo, no hace más de quinientos años que el gran imperio de los aztecas aún creía que sólo derramando sangre humana podía seguir viviendo. Cada año, centenares de víctimas perecían en Méjico de esta suerte: el cuerpo era tendido sobre

la piedra del sacrificio, el pecho abierto con una cuchilla de obsidiana, y el corazón, todavía palpitante, arrancado por la mano implacable del sacerdote. Pero día puede llegar, y acaso muy próximo, en que dejemos de desgarrar el corazón de los hombres, aun cuando sea por causa de nuestros dioses nacionales. Acuda el lector a los mapas de los tiempos primitivos que hemos dado en esta historia, y verá la verdadera medida y transitoriedad de todas las luchas, privaciones y miserias de este período actual de transformación, lúgubre y doloroso en sí, es cierto, pero también, en total, lleno de esperanzas y grandes promesas.

§ 3. *Las etapas futuras.*

La Historia es, y tiene siempre que ser, solamente un registro y relación de iniciaciones y comienzos. Podemos aventurarnos a profetizar que los próximos capítulos por escribir dirán, aunque acaso con largos intervalos de retroceso y desastre, la consecución final de la unidad política y social del mundo. Pero cuando ésta sea alcanzada, ello no querrá decir que se ha llegado a una etapa definitiva, ni siquiera a una etapa de descanso, antes del proceso de una nueva lucha y de nuevos y más vastos esfuerzos. Los hombres se unirán únicamente para intensificar la busca del conocimiento y la fuerza, y vivir en espera de nuevas oportunidades. La vida animal y vegetal, los oscuros procesos de la psicología, la íntima estructura de la materia y el interior de nuestra tierra, entregarán sus secretos y enriquecerán a su conquistador. La vida empieza de continuo. Reunida al fin bajo la guía del hombre, estudiante y maestro del universo, unificada, disciplinada, armada con los poderes secretos del átomo y con una ciencia que hoy ni podemos soñar, la Vida, eternamente muriendo para resucitar de nuevo eternamente, por los siglos de los siglos joven y ávida, acabará por ponerse en pie sobre la tierra como sobre un escabel y extenderá su reino por entre las estrellas.

XLIII

ACONTECIMIENTOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL A PARTIR DE LA RETIRADA DE DUNKERQUE, Y *PANORAMA* ACTUAL

Suplemento escrito especialmente para esta edición por

J. SALAS SUBIRAT

§ 1. *La batalla de Inglaterra.*

En julio de 1940 el Reich está listo, con un ejército de 600.000 hombres, para el ataque sobre Inglaterra. En marzo 23 Churchill había declarado que era muy grave la situación que afrontaba Gran Bretaña. El 10 de junio Italia había declarado la guerra a Francia e Inglaterra, diecisiete días después de haberse decretado en Londres la detención de Sir Oswald Mosley y otros jefes fascistas, en momentos en que la batalla de Flandes ganaba en violencia bajo la creciente presión alemana. Mussolini, desde el balcón del palacio Venecia, lanza la siguiente proclama:

"Combatientes de tierra, mar y aire; camisas negras de la revolución y de la legión; hombres y mujeres de Italia, del Imperio y del reino de Albania, escuchad: La hora señalada por el destino suena en el cielo de nuestra patria. Es una hora de decisiones irrevocables. Una declaración de guerra ha sido ya entregada a los embajadores de Gran Bretaña y Francia. Bajaremos a la liza contra las democracias plutocráticas y reaccionarias de Occidente, que en todos los tiempos han obstruído la marcha del pueblo italiano, y a veces han atentado contra su existencia misma con insidia. Los lustres de la historia más recientes pueden resumirse en estas palabras: frases, promesas, amenazas, extorsión y, finalmente, como remate del innoble edificio, el asedio de cincuenta y dos naciones de la Liga. Nuestra conciencia está tranquila. Con nosotros, el mundo entero es testigo de que Italia ha hecho todo lo humanamente posible por evitar la tormenta que se cierne sobre Europa. Basta con mirar nuevamente los tratados para comprender que no eran adecuados a los tiempos, y que tenían que ser cambiados. Los aliados debieron haber aceptado las propuestas de Hitler antes

de la campaña polaca. Hoy hemos decidido afrontar los sacrificios y los riesgos de la guerra para resguardar nuestro honor, nuestros intereses y nuestro porvenir, porque un gran pueblo lo es solamente si considera sagrados los compromisos que determinan la historia. Empuñáis las armas para cuidar nuestras fronteras y para resolver los problemas marítimos. Queremos romper las cadenas que tienen cerrados nuestros mares, porque 45.000.000 de almas no son libres a menos que tengan libre acceso al océano. Este gigantesco conflicto sólo es una fase del lógico desarrollo de la lucha.

Es un conflicto de los pueblos pobres y numerosos que trabajan, contra los explotadores que se aferran ferozmente al monopolio de todas las riquezas, de todo el oro de la tierra. Es un conflicto de los pueblos fructíferos y útiles contra los pueblos que declinan. Es un conflicto entre dos edades, dos ideas. Este gigantesco esfuerzo es la lucha de un pueblo rico y fecundo contra quienes no tienen nada, pero ricos en armas y en el derecho al trabajo. Ahora la suerte está echada y nuestra voluntad ha quemado los puentes detrás de nosotros. Declaro solemnemente que Italia no se propone arrastrar a la guerra a otros pueblos que lindan con ella por tierra o por mar. Tomen nota de estas palabras mías y confíen en ellas Suiza, Yugoeslavia, Grecia, Turquía y Egipto.

A ellas corresponde por entero que se confirmen rigurosamente estas palabras. Italianos: En el memorable mitin de Berlín dije que, de acuerdo con las reglas de la moral fascista, cuando se tiene un amigo se marcha con él hasta el fin. Esto es lo que hemos hecho y haremos: con Alemania, con sus victoriosas fuerzas armadas, marcharemos. En esta víspera de un acontecimiento de importancia secular dirigimos nuestros pensamientos a S. M. el rey emperador, que ha interpretado como siempre el pensamiento de la patria. Saludamos, por fin, al jefe del gran aliado, Alemania. Italia, proletaria y fascista, se ha erguido por tercera vez fuerte, poderosa y compacta como nunca. Hay una sola orden. Es categórica y obligatoria para todos. Ya levanta y enciende los corazones desde los Alpes al Océano Indico: Vencer. Y venceremos para dar finalmente un largo periodo de paz a Italia, a Europa y al mundo. Pueblo italiano: ¡A las armas y a demostrar vuestra tenacidad, vuestro coraje, vuestro valor!"

Doce días después se firma en Burdeos el armisticio franco-alemán. Roosevelt ha prometido su ayuda a los aliados, Egipto ha roto sus relaciones diplomáticas con Italia, los alemanes han entrado en París (14 de junio de 1940), las tropas soviéticas se han apoderado de Lituania, Pétain ha formado un nuevo ministerio, el general De Gaulle incita a proseguir la lucha. Las condiciones del armisticio franco-alemán son las siguientes:

Art. 1.º — Las hostilidades cesarán inmediatamente. Las tropas francesas ya rodeadas depondrán las armas

Art. 2.º — Para la seguridad de los intereses alemanes, el territorio al norte y al oeste de la siguiente línea será ocupado: Ginebra, Dole, Chalons-Sur Saone, Paray, le Monial, Moulins, Bourges, Vierzon, y después hasta 20 Km. al este de Tours y luego paralelamente al ferrocarril de Angulema, al sur, hasta Mont de Marsan y Saint Jean Pied-de-Porc. Las zonas no ocupadas todavía en este territorio serán ocupadas inmediatamente después de concluída la presente convención.

Art. 3.º — En la zona ocupada, Alemania tendrá todos los derechos de la potencia ocupadora, excluyendo la administración local. El gobierno francés procurará todas las facilidades necesarias. Alemania reducirá al mínimo la ocupación de la costa occidental después de cesar las hostilidades contra Gran Bretaña. El gobierno francés quedará en libertad de escoger como sede del gobierno, un punto del territorio no ocupado, o aun trasladarse a París si así lo desea. En este último caso, Alemania procurará las condiciones necesarias para que se administre desde París el territorio ocupado y el no ocupado.

Art. 4.º — La fuerza naval, militar y aérea de Francia será desmovilizada y desarmada en un periodo que se decidirá más adelante, con la excepción de las tropas necesarias para mantener el orden. Su número y armamento serán decididos por Alemania e Italia. Las tropas armadas francesas en el territorio de ocupación serán desarmadas y desmovilizadas. Estas tropas habrán depuesto primeramente sus armas y materiales en los lugares donde estén en el momento del armisticio.

Art. 5.º — Como garantía, Alemania puede exigir la entrega en buen estado, de toda la artillería, tanques, armas, antitanques, aviones, armamentos de infantería, tractores y municiones en el territorio que no se ocupara. Alemania decidirá el alcance de estas entregas.

Art. 6.º — Todas las armas y material bélico restantes en territorio no ocupado que no se dejen para su empleo por las fuerzas francesas autorizadas se guardarán en depósito bajo vigilancia alemana e italiana. Se suspenderá inmediatamente la fabricación de material de guerra en territorio no ocupado.

Art. 7.º — Las defensas terrestres y costeras con su armamento, etc., en territorio de ocupación, serán entregadas en buen estado. Se entregarán también todos los planos de fortificaciones y detalles sobres minas, etcétera.

Art. 8.º — La flota francesa, salvo la parte que quede en libertad a fin de resguardar los intereses franceses en el imperio colonial, se reunirá en los puertos donde será fiscalizada, desmo-

vilizada y desarmada bajo control alemán e italiano. El gobierno alemán declara solemnemente que no tiene intención de emplear para sus fines durante la guerra, la flota francesa estacionada en los puertos bajo control alemán o italiano, salvo las unidades necesarias para la vigilancia de costas y para recoger minas. Salvo la parte (que se determinará) de la flota francesa destinada a la protección de los intereses coloniales, todos los buques fuera de aguas territoriales francesas deben ser llamados a Francia.

Art. 9.° — Toda la información acerca de minas y defensas navales será entregada a Alemania. El retiro de minas será realizado por fuerzas francesas.

Art. 10. — El gobierno francés no emprenderá ningún acto hostil con las fuerzas armadas restantes. Se impedirá a los miembros de las fuerzas francesas que abandonen el territorio francés. No se conducirá material alguno a Gran Bretaña. Ningún francés luchará contra Alemania al servicio de otra potencia.

Art. 11. — Ningún buque mercante francés zarpará de puerto. La reanudación del tránsito comercial estará sujeta a la autorización previa de los gobiernos alemán e italiano. Los buques mercantes fuera de Francia serán llamados o, si no es posible, irán a puertos neutrales.

Art. 12. — Ningún aeroplano francés levantará vuelo. Los aeródromos quedarán bajo el control alemán e italiano. Todos los aviones extranjeros en territorio no ocupado serán entregados a las autoridades alemanas.

Art. 13. — Todos los establecimientos y herramientas y existencias militares en territorio ocupado se entregarán intactos. Los puertos, fortificaciones permanentes, astilleros navales, etc., se dejarán en su estado actual y no serán destruídos o dañados. Lo mismo se hará con todos los medios de comunicación, particularmente ferrocarriles, caminos, canales, teléfonos, telégrafos y señales para la navegación o para marcar las costas. Se entregará también material para reparaciones.

Art. 14. — Cesarán de funcionar todas las estaciones transmisoras inalámbricas en territorio francés.

Art. 15. — El gobierno francés facilitará el transporte de mercancías entre Alemania e Italia a través del territorio no ocupado.

Art. 16. — El gobierno francés repatriará a la población correspondiente al territorio ocupado.

Art. 17. — El gobierno francés impedirá la transferencias de valores y existencias del territorio ocupado al no ocupado, o al extranjero.

Art. 18. — El gobierno francés pagará el costo de mantenimiento de tropas alemanas de ocupación.

Art. 19. — Todos los alemanes prisioneros de guerra quedarán en libertad. El gobierno entregará a todos los ciudadanos alemanes que indique el gobierno alemán y que se encuentren en Francia o en el territorio francés de ultramar.

Art. 20. — Todos los franceses prisioneros de guerra en poder de Alemania lo seguirán estando hasta la conclusión de la paz.

Art. 21. —Se establecen medidas para el cuidado del material que se entregue.

Art. 22. — Una comisión alemana ejecutará el armisticio y lo coordinará con el armisticio franco-italiano.

Art. 23. —El armisticio entrará en vigor tan pronto como el gobierno francés haya concluído un acuerdo similar con el gobierno italiano. Las hostilidades cesarán 6 horas después de que el gobierno italiano notifique su conclusión. El gobierno alemán lo anunciará por radiotelefonía.

Art. 24. — El presente armisticio será válido hasta la conclusión del tratado de paz, y podrá ser denunciado en cualquier momento si el gobierno francés no cumple sus obligaciones.

Apenas siete meses después de estallada la segunda guerra mundial, Francia está de rodillas y a merced de la Gestapo alemana. El estupefaciente de la línea Maginot, el monumento más grande de la estrategia antigua, desarrollo desorbitado de una idea nacida en la guerra de trincheras, entre el vaho de los "poilus" y los "boches" del 14, aparece hoy tan curioso y anticuado como las pirámides de Egipto. El genio militar alemán ha inventado la "Blitzkrieg", y como un alarde de camouflage ha puesto ante las miradas encandiladas de Francia el inerte simulacro de una línea Sigfrido, finta que paraliza toda posibilidad de defensa cuando las divisiones "panzer" y los "stuka" en picada invaden Luxemburgo, Bélgica y Holanda, obtienen la rendición de Leopoldo III, y provocan la angustiosa retirada de Dunkerque, entrando por Sedán en territorio francés. La guerra relámpago que impunemente había mostrado su terrible efectividad, primero como un simple simulacro de maniobras clandestinas en España y luego con la impudicia de la impunidad en Polonia, da su salto decisivo en el frente occidental, y mientras los ingleses, en una epopeya que pone a prueba la serenidad y la riqueza de reacción de un pueblo, rescatan en Dunkerque a sus hombres, los alemanes recomponen su maquinaria para caer sobre las Islas Británicas.

El 8 de agosto de 1940 comienza la batalla de Inglaterra: la *Luftwaffe* ataca durante 12 horas un convoy inglés en el Canal, consiguiendo los ingleses derribar 70 aviones. La costa de Inglaterra, desde Dover hasta Portland, es intensamente bombardeada por centenares de aviones, y a partir del día 13 las incursiones en masa de la aviación germana ametrallan y bombardean los subur-

bios de Londres sobre ambas márgenes del Támesis. El día 23 se produce el primer "raid" nocturno sobre Londres. Debido a la proximidad de los aeródromos a disposición de los alemanes, ahora sobre la costa francesa del Canal de la Mancha, éstos pueden imprimir una violencia y una duración sin precentes a sus incursiones.

El bombardeo del 26 de agosto se prolongó más de seis horas. Este fué el momento álgido de la segunda fase de la batalla de Inglaterra, que el Ministerio de Aviación británico describió posteriormente dividiéndola en cuatro partes bien definidas: la primera está caracterizada por un ataque de destrucción total sobre la navegación en el Canal de la Mancha y sobre los puertos y aeródromos situados sobre la costa sudoeste, y comprende los días del 8 al 18 de agosto; la segunda parte comprende el ataque aéreo que incide sobre los aeródromos del interior del país, desde el 19 de agosto al 5 de septiembre; la tercera incluye el ataque más intenso sobre Londres, desde el 6 de septiembre hasta el 5 de octubre, directamente dirigido al corazón de Gran Bretaña; la cuarta, cuya mayor intensidad se registra entre los días 6 y 31 de octubre; y que en realidad culminó con el ataque en masa a Coventry, perpetrado en la noche trágica del 15 de noviembre. Fabricábanse allí diversos materiales bélicos, especialmente accesorios para aviones. El "raid" del día 19 del mismo mes dió por resultado la destrucción completa de la ciudad y la creación del neologismo *coventrizar*, que Goering utilizó para definir su programa de acción sobre todo el territorio de Gran Bretaña, y en son de amenaza para imponer a los ingleses la rendición.

Pero la tenaz resistencia de Gran Bretaña en 1940 hizo posible, en el 1945, la victoria definitiva de los aliados en su larga lucha contra el totalitarismo europeo. Al producirse la capitulación de Petain, simultáneamente con la entrada de Italia en la guerra, Europa va hacia el "Nuevo Orden" y la *Luftwaffe* se lanza con todo su tremendo potencial aéreo sobre Inglaterra: "ahora domino el aire sobre Londres", manifestó Goering el día 7 de septiembre. Durante ese día y el anterior hubo en Londres alrdedor de 1.000 muertos, y Berlín anunció que la fuerza que castigó a la metrópoli había sido la concentración más poderosa en los anales de la aviación militar. La batalla de Inglaterra es uno de los símbolos heroicos de la segunda guerra mundial. Pocas veces se ha visto en la historia de la humanidad un ejemplo tan alto de serenidad, capacidad, valor y resignada voluntad, decidida a soportar y absorber el castigo, y persistir en la resistencia. Mientras los edificios se derrumbaban y la gente era destrozada en las calles, bajo el estruendo y el ulular de los "Stuka", en medio de los incendios, el desorden, la desorganización y desintegración de las ciudades, la

flema británica planeaba tozudamente la defensa y trazaba planes meticulosos para devolver, en un futuro incierto, la ola de fuego y desvastación de que era objeto. En aquellos días el pueblo de Londres estudiaba, con una serenidad difícil de concebir, la manera de "ganar la guerra en el 44 ó el 45".

Tanto la batalla de Londres como el curso posterior de la guerra puso claramente en evidencia las características distintivas de dos pueblos: la ingenua obcecación disciplinada del alemán, y la iniciativa serena y persistente del inglés. El alemán dirigente se atiene a un programa inflexible de conducta y lo sigue místicamente al pie de la letra en su ejecución material, sin que pueda detenerlo ninguna premisa de orden moral, que jamás considerará atendible por basarse en su ingenua creencia de haber alcanzado una verdad irrevisable; esto en cuanto al dirigente. En lo que se refiere a la masa del pueblo, también ésta, una vez aceptado como bueno el dirigente, hace de él una entidad mística y se atiene a sus directivas con una absoluta impermeabilidad de revisión. *"Las órdenes se cumplen, no se discuten"*. Este concepto de obediencia obcecada tiene hondas raíces místicas en la psicología mental del alemán: no es una actitud reflexiva que anule temporalmente la iniciativa individual debido a una comprensión inteligente de las ventajas de la disciplina para llevar adelante una empresa, sino un sentimiento ingenuo de que ésa es una ley humana irrevisable. El alemán no obedece porque entienda que eso es útil y bueno: obedece porque la obediencia resuelve y elimina todos sus problemas psicológicos. Esta condición, que es su característica fundamental, le permite desarrollar *cuantitativamente*, hasta extremos extraordinarios, todo nuevo descubrimiento técnico y llevarlo a sus aplicaciones más completas. Así, la práctica del atraco gangster norteamericano de los años de la prohibición se convierte en la *blitzkrieg*, las formaciones fascistas en tropas de asalto, la quinta columna nacida en España en un arma secreta de posibilidades imprevistas. Torquemada, la Ukrana, luego transformada en Checa y G. P. U., sirven de materia prima para la Gestapo, y el paracaidismo *amateur* en una táctica militar de características propias y con aplicaciones definidas en su sistema de guerra. Es natural que en posesión de una mentalidad así no haya coersión alguna para el sacrificio de material humano, y Goering, mariscal del aire del III Reich, reproduce, en la batalla de Inglaterra, el conocido episodio citado por Larra: "El enemigo está a la vista, mi general". "Tírele un cañonazo". "Lo hemos tirado, pero no le llega; está fuera de alcance". "Tírele dos".

"Dado que el armamento extensivo de los aeroplanos ingleses era de público conocimiento —comenta el mayor Seversky—, *la enorme dotación alemana de bombarderos virtualmente sin defensa*

revela una falta de comprensión básica de las realidades tácticas de la guerra aérea y una terca confianza en la eficacia de la simple cantidad".

Los aviones de Hitler se multiplicaban sobre Inglaterra. Un mar de fuego cayó sobre la ciudad; pero el pueblo londinense permanecía impávido, concurriendo a los cinematógrafos subterráneos que a la vez servian de refugios. Mientras tanto, la R. A. F., no permanecía ociosa: desde el 8 de agosto hasta el 31 de octubre, los alemanes perdieron dos mil trescientos setenta y cinco aviones sobre Inglaterra en luchas diurnas. En un sólo día, el 15 de septiembre, la Luftwaffe dejó en las islas británicas ciento ochenta y cinco de sus aviones. El número de los *Spitfire* —el avión que salvó a Inglaterra, se ha dicho— y de los *Hurricane* aumentaba día a día. La ofensiva aérea alemana se estrelló contra el heroísmo y la capacidad de resistencia de los ingleses. Londres se convirtió así en el primer escollo imbatible para las fuerzas desatadas del nazismo. En los días que siguieron a la caída de Francia, los pilotos británicos, inferiores en número a los del enemigo, enfrentaron y derrotaron a la aviación alemana. Puede decirse sin temor a dudas que sin la Real Fuerza Aérea no habría habido victoria. Ya en el verano de 1940, la R. A. F. enfrentó y derrotó a las cuadrillas de la entonces poderosa *Luftwaffe*, librando así a Gran Bretaña de la invasión. Los destrozos causados en Londres, y otras ciudades son enormes, pero también sufren grandes pérdidas los atacantes, tanto en aviones como en tripulantes bien entrenados, que es imposible reponer rápidamente. Si Gran Bretaña hubiera caído vencida en la batalla de Inglaterra, con ella habría desaparecido el último baluarte de Europa. La R. A. F. permitió a los ingleses mantenerse durante un crítico período, mientras sus fábricas trabajaban afanosamente para hacer de las islas una base aérea central y un campo donde debían agruparse las fuerzas de las naciones unidas que más tarde podrían iniciar y completar la liberación de Europa. Esas fábricas y esa fuerza aérea fueron la fuente generadora de aquellos ataques por aire, que abatieron finalmente a la Luftwaffe y minaron la capacidad productora de Alemania. Los aviones británicos y norteamericanos aplastaron las industrias alemanas, operando día y noche desde las bases de Gran Bretaña. Esos golpes jamás habrían podido ser asestados si dichas bases hubieran sido anuladas en el primer año de guerra. Durante la batalla de Inglaterra, los alemanes se ven imposibilitados de aprovechar la estación propicia para el cruce del canal, y sus planes tienen que ser postergados. Pasado ese instante, la desproporción de las fuerzas disminuye rápidamente, debido al aporte cada vez mayor que llegó desde los Estados Unidos y el Canadá. En 1941, ya en guerra con Rusia, Alemania tiene que

distraer gran cantidad de aviones para atender el extenso frente oriental, lo que acentúa aún más el equilibrio de las fuerzas británicas y su posterior preponderancia en el dominio aéreo: los ataques a la Europa dominada por los alemanes recrudecen día a día, se hacen más frecuentes y sostenidos.

§ 2. *Africa.*

El 12 de junio de 1940, Egipto rompe las relaciones diplomáticas con Italia y el 29 del mismo mes unidades británicas hacen incursiones en la frontera de Eritrea, territorio bajo el dominio de Italia. El 3 de julio la escuadra inglesa ataca en Orán a los barcos franceses que no quieren rendirse, y del 1.° al 19 de agosto, la Somalia Británica es invadida por fuerzas italianas, mientras el 27 del mismo mes el Camerún y el Africa Ecuatorial Francesa se unen a los franceses libres de De Gaulle. El ejército italiano en Africa Oriental se calcula en ese momento en 300.000 hombres bien equipados, que enfrentan fuerzas británicas numéricamente inferiores; partiendo de Libia, los italianos penetran en Egipto en dirección a Suez. El Imperio Colonial Francés se ha plegado al movimiento de los franceses libres; pero, después de un intento infructuoso de desembarco de sus tropas francesas en Dakar, el general De Gaulle se retira para evitar derramamientos de sangre entre compatriotas, pues el gobierno de Vichy ha ordenado a las tropas de ese punto oponerse a los franceses libres. El 24 de octubre los ingleses atacan por sorpresa a los italianos en Sudán y les causan grandes pérdidas. Del 6 al 13 de noviembre los ingleses, que el día 11 han infligido graves daños a la flota italiana en la batalla de Tarento, afectando en forma decisiva el equilibrio de fuerzas en el Mediterráneo, atacan con éxito a los italianos en Sudán.

El 28 de octubre Italia ha invadido a Grecia después de su negativa a la exigencia de autorización para ocupar sitios estratégicos en su territorio. Es rechazado el ultimátum de tres horas dado por los italianos, que son enfrentados decididamente por los griegos, que los mantienen a raya, rechazándolos firmemente el 3 de noviembre, para cuya fecha han llegado en su auxilio los ingleses. Los griegos toman muchos prisioneros y en su ofensiva avanzan sobre Albania. Del 3 al 8 de diciembre continúan en su avance sobre este territorio y capturan Argirocastro. A renglón seguido, el día 9 de diciembre, comienza la ofensiva del ejército británico en Africa del Norte, contra los italianos que han invadido Egipto, de donde los desalojan, cayendo prisioneros muchos millares de italianos. El 15 de diciembre los ingleses han iniciado

la invasión de Libia. Los italianos empiezan a perder en Africa sus materiales bélicos, sus hombres, su prestigio y su imperio.

El 5 de enero de 1941, los aliados capturan Bardia y toman 30.000 prisioneros italianos, mientras en Albania continúa el avance griego. Quince días después se produce la invasión de Eritrea por los británicos, que el día 22 toman Tobruk. Del 7 al 9 de febrero toman Bengasi y El Agheila. A fines de marzo los ingleses, con el general Wavell al frente de una pequeña fuerza de 30.000 hombres, han ocupado el Sud de Abisinia, derrotado un ejército italiano diez veces mayor y tomado más de 130.000 prisioneros.

En el ínterin, el 2 de marzo, tropas nazis atravesaron Bulgaria en dirección a Grecia. El 28 tiene lugar la gran batalla marítima de Matapán, en la cual la armada británica hunde varios cruceros y destructores italianos.

El 1.º de abril cae en poder de los ingleses Asmara, la capital de Eritrea, y el día 5 le llega su turno a Addis Abeba, que un mes después recibe al Emperador Hailé Selassie. Como se recordará, los italianos habían tomado Addis Abeba el 5 de marzo de 1936, después de la invasión de Abisinia, que se inició el 3 de octubre de 1935.

El eje recapturó Bengasi el 4 de abril de 1941, y el día 6 Alemania invade Yugoeslavia y Grecia. El 8 se rinde el ejército yugoeslavo del sud, dejando descubierto el flanco izquierdo de Grecia. El 13 los alemanes ocupan Belgrado, mientras los griegos y los ingleses, que han llegado a Grecia el día 6 para cooperar a la acción de la R. F. A., retroceden.

El 17 capitula el ejército de Yugoeslavia y cinco días después hace lo propio el ejército griego del Epiro, entrando las tropas alemanas en Atenas el día 27.

El 2 de mayo Grecia es evacuada por las tropas británicas. En Africa, éstas se hacen fuertes en Tobruk, en tanto que el eje captura Sollum y Bardia el día 14. El 16 los alemanes e italianos son desalojados de Sollum por los británicos. El 20 los paracaidistas alemanes caen sobre Creta, donde se ha refugiado el gobierno griego. Las tropas británicas que se hallaban allí son evacuadas y trasladadas a Egipto el 1.º de junio.

A partir de ese momento la atención del mundo se concentra sobre la invasión de Rusia por Alemania, que inició su ataque el 22 de junio. El 14 de agosto, tras la entrevista que celebraron en alta mar Churchill y Roosevelt se firma la carta del Atlántico (1), y en septiembre, 11 submarinos del eje hunden varios barcos de carga de EE. UU., ordenando Roosevelt que se haga

Nota: La Carta Magna del Atlántico, (ver pág. 351).

fuego contra ellos. El 17 del mismo mes, el gobierno de EE. UU. previene que sus buques de guerra escoltan a los barcos que llevan materiales bélicos por el Atlántico Norte. En la Carta del Atlántico, al refirmarse las cuatro libertades esenciales, por las cuales luchan las naciones unidas, EE. UU. modifica de hecho su posición de neutral, lo que se hace evidente al asumir aquel país la defensa de Islandia, al restringir la expansión económica del Japón, al ordenar la persecución de los submarinos del eje que atacan sus buques y al escoltar con sus naves de guerra los barcos que llevan materiales bélicos a Gran Bretaña.

Como se verá más adelante, esta modificación en la actitud de los EE. UU., tendrá a fines del año 42 y principios del 43, una gravitación definitiva en las operaciones del Africa.

Mientras tanto, en noviembre de 1941, entre el 19 y el 27, los ingleses lanzan una gran ofensiva en Libia. Tropas del ejército británico del Sud, establecen contacto con los defensores de Tobruk, poniendo término a un sitio de 33 semanas, tomando 35.000 prisioneros italianos y haciendo retroceder a Rommel. La campaña de Cirenaica entra en su fase que la caracteriza: los ejércitos de ambos bandos en lucha tienen, intermitentemente, triunfos y derrotas, y se ven obligados a replegarse con ingentes pérdidas de hombres y materiales en los desiertos y las ciudades del Africa; esta situación se prolonga hasta octubre del año siguiente, 1942, en que el 8.º ejército, dirigido por el general Montgomery, vence a los ítalo-germanos, al mando del general Rommel, en un encuentro decisivo.

La ofensiva más firme de Rommel se inició el 21 de enero de 1942, y del 28 al 30 recaptura Bengasi. El 3 de febrero el 8.º ejército consigue detener el avance alemán hacia Egipto cerca de Tobruk, y el Africa Korps reinicia la ofensiva en Libia el 27 de mayo, que continúa en franco progreso en la segunda quincena de junio: el general Rommel captura Tobruk y avanza a través de la frontera egipcia; toma Mersa Matruch y llega a 144 kilómetros de Alejandría. El general Auchilenck asume el mando de las fuerzas británicas y, desde el 11 al 19 de julio, éstas consolidan sus posiciones, tomando gran cantidad de prisioneros. El 23 de octubre el 8.º ejército ya bajo el mando de Montgomery, se lanza al ataque de El Alamein, y el 4 de noviembre los británicos obtienen su gran victoria en Egipto, después de once días de intensa lucha. Las tropas del eje están en completa retirada, vencidas. Casi simultáneamente, del 7 al 13 de noviembre de 1942, como fruto de un plan meticulosamente preparado, se produce la invasión del Africa del Norte por fuerzas anglo-norteamericanas, que penetran en Argel, Orán, Casablanca y otras ciudades importantes. La resistencia en estos puntos cesa unos días después,

mientras en el otro extremo del Africa del Norte, continúa la retirada alemana. Tobruk y Bardia son reconquistadas.

El 26 de noviembre se inicia la ofensiva contra Bizerta y Túnez por las fuerzas desembarcadas allí el día 10 del mismo mes. Desde el 13 al 25 de diciembre se intensifica la retirada del eje desde El Agheila hacia Tripolitania, donde entra el general Montgomery y ocupa Sirte.

La invasión del Africa del Norte por las fuerzas anglo-norteamericanas de desembarco constituye una de las empresas más notables y mejor organizadas en la historia de la guerra, pues las mismas llegan a tierra llevando todo su equipo de abastecimiento militar, con precisión cronométrica y con perfecta sincronización respecto a la victoriosa ofensiva del 8.° ejército al mando de Montgomery; en tal forma, que el ejército alemán, perseguido por un ejército victorioso, huye hacia el extremo norte del continente africano, donde aparecen las tropas de invasión de las naciones unidas. Hitler, obligado a despachar tropas a Túnez para reforzar sus maltrechos ejércitos, ocupa toda Francia, violando así el acuerdo de Vichy.

Al cumplirse el año del ataque japonés a Pearl Harbour, resulta evidente que la coordinación de todas las actividades de la industria norteamericana, junto al asombroso esfuerzo bélico del pueblo británico, ha desencadenado la más gigantesca ofensiva de la historia.

El 22 de enero de 1943 el 8.° ejército entra en Trípoli, mientras las fuerzas de Rommel huyen hacia Túnez. El 26 de febrero los aliados ocupan el paso de Kasserine en Túnez y del 23 al 30 de marzo las fuerzas de Montgomery penetran en la línea Mareth. Sigue el repliegue de los alemanes hacia Bizerta y Túnez; hasta que , del 4 al 7 de abril de 1943, el 8.° ejército toma contacto con el ejército norteamericano, y Túnez y Bizerta son ocupadas totalmente. El alto comando alemán se rinde en Túnez el 12 de mayo y los prisioneros del eje ascienden a 290.000 hombres.

El Africa Korps ha sido aniquilado y los aliados, después de haber batido a Rommel, que abandonó el continente africano poco antes de la derrota, son dueños de la costa norte y noroeste del Africa. El valor estratégico de este punto es supremo, pues representa el control virtual del Mediterráneo y permite disponer de las bases aéreas necesarias para saltar a Sicilia y atacar las costas del sud de Europa.

CARTA DEL ATLANTICO

Documento firmado conjuntamente por Roosevelt y Churchill a bordo del acorazado "Príncipe de Gales", después de la entrevista que ambos sostuvieron en alta mar, el 14 de agosto de 1941. Consta de ocho puntos, en los cuales ambos, en nombre de sus respectivos países, declaran que:

I. Las Naciones Unidas no buscan engrandecimiento alguno, en el orden territorial ni de otra especie.

II. No desean ver cambios territoriales que no estén de acuerdo con los deseos, libremente expresados, de los pueblos respectivos.

III. Respetarán el derecho de todos los pueblos para elegir la forma de gobierno bajo la cual habrán de vivir, y desean ver restituídos los derechos soberanos y de gobierno propio a aquellas naciones que hayan sido privadas de ellos por la fuerza.

IV. Tratarán, respetando las obligaciones existentes, de que todos los Estados, grandes o pequeños, vencedores o vencidos, tengan acceso en igualdad de condiciones al comercio y a las materias primas del mundo, que sean necesarias para su prosperidad económica.

V. Desean lograr la mayor colaboración entre las naciones en el campo económico, con el objeto de asegurar, para todos, los sistemas perfeccionados de trabajo, la prosperidad económica y la seguridad social.

VI. Después de la destrucción final de la tiranía nazi, esperan ver establecida una paz que permita a todas las naciones los medios de vivir tranquilamente dentro de sus propias fronteras y que habrá de proporcionar a todos los hombres la seguridad en cuanto a una existencia liberada del temor y de la necesidad.

VII. Una condición de esa paz será que todos los hombres puedan utilizar todos los mares y océanos sin hallar obstáculos.

VIII. Proclaman la creencia de que todas las naciones del mundo, tanto por razones realistas como por razones espirituales, deben llegar al abandono del uso de la fuerza. No siendo posible el mantenimiento de una paz

futura si las naciones agresoras continúan empleando armamentos aéreos, terrestres o marítimos, consideran que para el establecimiento de un sistema de seguridad general es esencial el desarme de tales naciones.

§ 3. *La campaña de Italia.*

El 10 de julio de 1943 se inicia el ataque contra la isla de Sicilia. Los desembarcos de fuerzas aliadas continúan intensamente hasta el día 17 y las ciudades de la isla caen en su poder una tras otra.

El 25 de julio de 1943, Mussolini renuncia al poder, que el Rey Víctor Manuel reasume en la persona del Mariscal Badoglio.

El día 18 de agosto cae Messina, con lo que queda completada la conquista de Sicilia, donde las fuerzas aliadas se organizan para invadir la península italiana el 3 de septiembre. La conquista de Siciclia ha insumido 38 días de lucha, y al entrar el 8.° ejército en tierra firme de Italia, ésta se rinde incondicionalmente. En septiembre 9 el 5.° ejército aliado desembarca en Salerno y se inicia el avance en dirección a Roma. Los alemanes se ven obligados a oponer 50 divisiones para hacer frente a la invasión y proteger el frente vulnerable de los Balcanes. De hecho, Italia es una nación que se ha rendido a los invasores y que, por otra parte, es un país ocupado por las fuerzas alemanas que se oponen al avance aliado. La cooperación aliada a la defensa rusa se traduce así en una reducción de las fuerzas alemanas en el frente de Rusia, de medio millón de hombres. El 10 de septiembre los aliados toman la base italiana de Tarento, y los alemanes, se apoderan de Roma y otras ciudades italianas. El 11 la flota italiana se entrega en puertos aliados y el 12 Mussolini, prisionero, es rescatado por paracaidistas alemanes.

El 19 de septiembre los alemanes evacúan Cerdeña, y el 1.° de octubre el 5.° ejército captura Nápoles. Doce días después, Italia declara la guerra a Alemania y vuelve a estar en guerra, esta vez con su ex aliada.

En diciembre 2 es quebrada la línea alemana por el 8.° ejército, sobre el río Sangro. Las posiciones aliadas en Italia se consolidan y prosiguen su avance. Del 15 al 22 de enero de 1944 el 5.° ejército prosigue su avance, y tropas pertenecientes al mismo desembarcan al sud de Roma, tomando Nettuno y Anzio, y atravesando la línea Gustavo, al norte de Cassino, el 30 de ese mes.

El gobierno italiano, que el 11 de frebrero ha tomado jurisdicción al sud de Potenza y Salerno, Sicilia y Cerdeña, anuncia, el 13 de marzo, el establecimiento de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.

Hasta el mes de marzo de 1944, las posiciones de los ejércitos aliados y alemanes en Italia sufren pocas variantes, hasta que el día 9, el 8.° ejército avanza en la región del Adriático, y el 13 se inicia la gran ofensiva aliada, que penetra por la línea Gustavo y quiebra la línea Hitler; toman Cassino fuerzas británicas, el Cerro Monasterio los polacos, Ausonia y San Giorgio los franceses, y Formia, Gaeta, Itri y Fondi los norteamericanos. Del 3 al 5 de junio se retira precipitadamente el ejército alemán, y Víctor Manuel III delega el poder en el Príncipe Humberto de Savoya, su hijo. Cae Roma en poder de los aliados.

Simultáneamente se ha producido el 5 de junio de 1944, la invasión de los aliados en el norte de Francia, entre Cherburgo y Caen. Los días 7 y 8 de junio los aliados toman Civitavecchia y otros centros vitales del norte de Roma. El 20 cae Perusa, el 12 de agosto Florencia, el 2 de septiembre Pisa. Cruzan el río Arno y traspasan la línea gótica en el sector del Adriático; el 23 de septiembre los británicos cruzan el río Rubicón, del 18 al 25 de noviembre el 8.° ejército cruza los ríos Montone y Cosina, y el 13 de abril de 1945, con intensa cooperación aérea, los ríos Senio y Santerno, entrando en el valle del Po el 21 de ese mes, cruzan el Adigio y llegan los aliados a Génova después de apoderarse de muchas ciudades, entre ellas Milán y Como, que han sido liberadas por patriotas italianos. El 28 de abril Mussolini es ejecutado por los patriotas.

El 2 de mayo de 1945 Italia queda libre de alemanes con la rendición del ejército alemán, formado por un millón de hombres, a las fuerzas que manda el general Alexander.

§ 4. *La invasión a Rusia.*

Los planes de Alemania para la invasión de Rusia están estrechamente unidos al aterrizaje del paracaidista Rudolf Hess, lugarteniente de Hitler en tierra de Escocia, el 10 de mayo de 1941. La llegada de Hess a Inglaterra sorprende al mundo. Este episodio constituye otro de los grandes errores psicológicos de Alemania.

Fracasada la batalla de Inglaterra, Hitler estimó que no podía demorar la invasión de Rusia, y buscó la manera de entenderse con Gran Bretaña para estar en condiciones de volcar todo su poderío bélico en el Este. Después de una serie de complicadas negociaciones, en que intervinieron los servicios de espionaje de ambos países, los ingleses, en connivencia con los Estados Unidos, pusieron en conocimiento de Rusia los planes de Alemania, y el episodio de Hess entró en la penumbra, eclipsado por los importantes acontecimientos de la segunda guerra mundial.

El 22 de junio los alemanes invadieron a Rusia. Gran Bretaña promete ayudar a ésta última, y cinco días después llega la primera Misión Británica a Moscú. Stalin recomienda a su pueblo la política de tierra arrasada y los ejércitos rusos resisten al invasor en un frente de tres mil kilómetros de extensión. El 12 de julio se firma el pacto Anglo-Ruso de ayuda mutua y el compromiso de no aceptar la paz por separado. Quebrada la resistencia rusa, la "Blitzkrieg" alemana avanza a mediados de agosto hacia Leningrado, se acerca a Kiev, llega al Mar Negro y aísla a Odesa. Es el momento (14 de agosto) en que Roosevelt y Churchill firman la "Carta del Atlántico". El pueblo ruso se defiende contra el invasor en un lucha sin cuartel, y la guerra relámpago pierde su eficacia debido a la vastedad del territorio ruso, que permite una retirada que ha de ser más tarde de fatales consecuencias para el invasor. El 18 de septiembre, mientras contraatacan los rusos en Leningrado, proclaman la aceptación de la Carta del Atlántico en la Conferencia de los aliados en Londres. El 1.º de octubre, la Conferencia de Moscú tiene por resultado la resolución anglonorteamericana de poner a disposición de Rusia los recursos que ésta necesite para su defensa. Del 6 al 20 de ese mes la gran ofensiva alemana se intensifica en dirección a Moscú, y obliga a los rusos a evacuar Orel, Maringol y Odesa. El gobierno soviético se traslada a Kuybishev y Moscú levanta barricadas en las calles para la defensa. La Unión Soviética recibe tanques británicos. Rechazados de Moscú, los alemanes avanzan hacia Rostov y Crimea. Se produce la evacuación de Kharkov el día 31. Un mes después, el 29 de noviembre de 1941, los rusos recuperan Rostov, alejando el peligro alemán de la región del Cáucaso. Cinco días después recapturan Taganrog y siguen conteniendo al invasor en la región de Moscú.


José Stalin

Japón aprovecha ese instante (7 de diciembre de 1941) para lanzar su ataque sorpresivo contra Pearl Harbour.

Pero el 16 de diciembre los rusos recuperan Kalinic y el 31 Berlín anuncia que sus tropas se retiran en todo el frente ruso. Se inicia la ofensiva rusa en Crimea. Ha pasado el momento de mayor peligro para Rusia y la arremetida germana ha fracasado. Rusia da el más grande ejemplo de integridad con la moral asombrosa demostrada por sus ejércitos. Al iniciar la retirada, Hitler declara que reiniciará la campaña el verano próximo.

El mes de enero de 1942 es el principio de la reacción definitiva de Rusia.

El día 2 ventiséis naciones suscriben la Carta del Atlántico y antes de febrero los rusos han recuperado la península de Kerch y Mojaisk, rechazando a los alemanes de las proximidades de Moscú. 2.000 poblaciones rusas son liberadas.

El 25 de febrero los rusos copan al 16.º ejército alemán en Staraya Rusa y el 1.º de marzo lanzan una nueva ofensiva en la península de Kerch. El ejército ruso, a favor del invierno, asesta rudos golpes a los germanos.

En la primavera de 1942, del 11 al 26 de mayo, los alemanes lanzan una nueva ofensiva en la península de Kerch, que hace retroceder a los rusos. La presión alemana se desplaza fuertemente hacia Stalingrado y los yacimientos petrolíferos del Cáucaso. Se firma en Londres, el 26 de mayo, un pacto de ayuda mutua anglo-soviética. El 11 de junio Molotov firma en Wáshington el acuerdo de Préstamo y Arriendo con los EE. UU. El día anterior los alemanes han destruído por completo a Lídice, en Checoeslovaquia, fusilando a todos los hombres de la ciudad y encerrando en campos de concentración a las mujeres y los niños.

Es el momento más sombrío para los aliados, pues el avance germano por el Sud de Rusia coincide con la ofensiva de los mismos a través de Egipto, en procura del petróleo y los víveres del Cáucaso y del Medio Oriente.

Los ataques alemanes a Sebastopol, que recrudecieron los días 14 al 17 de junio, tienen como resultado la caída de este punto, última plaza fuerte rusa en Crimea, el 1.º de julio, después de un sitio que ha durado ocho meses. Del 17 al 27 de julio se desarrolla una encarnizada lucha en la región de Voroneth, los alemanes vuelven a capturar Rostov y avanzan hacia el Cáucaso. El 5 de agosto toman Voroshilovsk y el 6 llegan a Katelnikovo, amenazando a Stalingrado en su marcha hacia el Cáucaso. Del 16 al 24, después de tomar Maikop, ciudad petrolífera del Cáucaso, cruzan el río Kuban y el Don, empleando gran cantidad de tanques. Ha comenzado la batalla de Stalingrado. Hasta mediados de septiembre se lucha furiosamente en Stalingrado y el 17 los rusos anuncian que los alemanes han penetrado en la ciudad. A la vez que ceden terreno allí, presionan fuertemente en Moscú y

el 29 cruzan el Volga en Rzhev y recuperan 25 poblaciones. En noviembre, respondiendo a la segunda ofensiva emprendida por los alemanes en el verano (julio de 1942), que permitió a éstos presionar fuertemente a través de 70.000 kilómetros cuadrados en su avance hacia Stalingrado, la Ciudad llave del Volga, y hacia los yacimientos petrolíferos del Cáucaso, las fuerzas del ejército rojo inician la segunda contraofensiva invernal, y avanzan continuamente, haciendo 63.000 prisioneros. El 28 de noviembre se desencadena la ofensiva rusa en el sector central y un mes después los alemanes pierden la importante ciudad de Kotelnikovo sobre el Don. Los rusos, que sólo han permitido a los alemanes entrar en una parte de Stalingrado, dirigen poderosos ataques contra los invasores en esa zona.

El año 1943 deja un saldo favorable para los rusos, que terminan la batalla de Stalingrado en los primeros meses del año; esta operación ha resultado el revés más severo para los alemanes, que tienen allí un total de 300.000 bajas y pierden 24 generales que quedan prisioneros de los rusos. La épica batalla se resuelve en una retirada general de los germanos, en el levantamiento del cerco que rodeaba a Leningrado y en la reconquista de gran número de ciudades. El 22 de mayo de este año Moscú anuncia la disolución de la Internacional Comunista, lo que constituye una nueva orientación en la política internacional de Stalin.

El 5 de julio se inicia una nueva ofensiva de verano de los alemanes en la región de Orel-Kursk-Belgorod, y los rusos responden con un vigoroso contraataque que corona el éxito. El 6 de agosto han tomado Orel, que es una base vital para las operaciones de los ejércitos de Hitler; el 30 han recobrado Kharkov y Taganrog, puerto que constituye la base de operaciones en el mar de Azov; y el 26 de septiembre retoman Smolensko y cruzan el Dnieper. El vigor de la contraofensiva rusa es sorprendente y sobrepasa todo cálculo. El 1.° de noviembre toman Perekop, entran en Armiansk y cortan las comunicaciones alemanas con Crimea; el 9 ha caído en su poder Kiev, y el 30 de diciembre Stalin anuncia un avance de 50 a 100 kilómetros en la saliente de ese punto. Han capturado importantes sectores estratégicos y continúan en sus avances espectaculares.

En los primeros días de enero de 1944 el ejército ruso cruza la frontera polaca de 1939 y lanza una poderosa ofensiva en el codo del Dnieper. El gobierno ruso propone una nueva línea de fronteras con Polonia, basada en la "línea Curzon". Para el 20 de ese mes continúan con todo éxito sus avances, tanto en Polonia como en la Rusia Blanca y obtiene victorias sucesivas en el frente de Leningrado. El avance es decisivo también en el norte, y el 5 de febrero el ejército rojo obtiene una gran victoria en Ucrania. Llega a 80 kilómetros de la "línea Curzon". Entra en Estonia. Diez divisiones alemanas han sido atrapadas en el bolsón de Kanyev. Han sido reconquistadas Kingisepp, Kovno, Lutzk y otras ciudades. El Soviet Supremo adopta un nuevo estatuto para las repúblicas que forman la Unión Soviética, con ejércitos y servicios diplomáticos separados. El 29 los rusos han recuperado Staraya Rusa y Gdov, eliminando el bolsón de Kanyev. Los muertos alemanes ascienden a 55.000 en esa batalla, y los prisioneros a 18.000. El 10 de marzo, después de progresar en el norte de Rusia, en Estonia y en el codo del Dnieper, lanzan una poderosa ofensiva en Ucrania. Del 12 al 17 el ejército rojo ha llegado al río Dniester y a la frontera de Besarabia, ha cruzado el río Bug, y presiona hacia Lwow en Lemberg; el 25 de marzo avanza en Besarabia; el 31 rebasa la frontera de Rumania por el río Puth y llega a los Cárpatos; en los primeros días de abril se registran notables progresos en Rumania y Polonia; el 10 toman Odesa en Ucrania, llegan a la frontera Checoeslovaca y siguen avanzando en Rumania; el 12 de abril el mariscal Tito comienza una ofensiva general con un ejército de 300.000 patriotas yugoeslavos, atacando a los alemanes y búlgaros, lo que sirve de ayuda al avance ruso en los Balcanes; el 13 de abril los rusos recobran Simferopol, capital de Crimea; el 4 de mayo lanzan una nueva ofensiva en el frente que va desde Stanislavov al Mar Negro; el 9 recapturan Sebastopol después de una encarnizada batalla que se prolonga durante 3 días: queda así liberada toda la península de Crimea; las fuerzas de Tito han desbaratado, el día 14 de mayo, la ofensiva lanzada por los alemanes en Yugoeslavia.

El 12 de junio, cinco días después de la invasión del norte de Francia por los aliados, las fuerzas rusas avanzan en Finlandia; el 20 recapturan Viborg, y el 28 numerosos centros vitales en la Rusia Blanca. Sebastopol y Roma han sido liberadas el 9 de mayo y el 5 de junio respectivamente; en el Pacífico la suerte de la guerra se vuelca decididamente a favor de los aliados, y el 6 de junio se ha iniciado la invasión en Francia, con la toma de Cherburgo en el transcurso de ese mes, con lo que los aliados disponen de un puerto de primer orden para sus desembarcos.

El 22 de julio los ejércitos rusos han cruzado el río Bug en Ucrania en la línea Curzon entre Polonia y Rusia, y avanzan en Letonia, Lituania y la Ucrania occidental, y al ser liberada París, el 23 de agosto, vencen a los alemanes en Rumania y Besarabia. Es liberada también Bucarest, y Rumania acepta el armisticio ofrecido por los soviéticos declarando la guerra a Alemania. El 25 los patriotas polacos, cuyo movimiento subterráneo se ha convertido en lucha abierta el 5 del mismo mes, piden ayuda para pro-

seguir su empresa en Varsovia. El 30 las fuerzas rusas, que prosiguen su avance en Ucrania, entran por otra línea en la Transilvania tomada por Bulgaria, y ocupan toda la región petrolera de Rumania. El 4 de septiembre los patriotas que luchan en Varsovia son desalojados por los alemanes de la antigua ciudad de ese nombre.

Siguiendo el ejemplo de Rumania, el 19 de septiembre Finlandia firma su armisticio con los aliados y rompe las relaciones con los satélites de Alemania. Bulgaria, al serle declarada la guerra por Rusia el día 5 de Septiembre, pide a ésta un armisticio y declara a su vez la guerra a Alemania, lo que permite que el día 8 entren las fuerzas rusas, sin hallar oposición, en Bulgaria.

El día 9 de septiembre se inicia un fuerte apoyo de la aviación aliada del Mediterráneo a la ofensiva del mariscal Tito en Yugoeslavia. El día 13 es firmado el armisticio entre las Naciones Unidas y Rumania, y aviones rusos abastecen a los patriotas polacos que se mantienen aun en algunas posiciones de Varsovia, en cuyo suburbio de Praga consiguen penetrar los soviéticos. Diez días después prosigue la batalla de Varsovia, y los patriotas polacos han establecido contacto con el ejército ruso. El 30 de septiembre continúa con toda intensidad la batalla de Varsovia, y en esa fecha el ejército soviético entra en Yugoeslavia en un frente de 65 kilómetros. El mismo día el ejército británico avanza en Holanda, Calais cae también en su poder; las bombas voladoras han arreciado sobre Inglaterra, y la aviación aliada ataca innumerables bases japonesas en el Pacífico, en las islas Célebes, las Filipinas, Marshall, Marianas y Carolinas; el comando supremo del general Eisenhower queda establecido en territorio alemán.

El 6 de octubre llega a su fin, trágicamente, la resistencia de los patriotas polacos en Varsovia, después de una resistencia que ha durado 63 días. Los rusos no han podido quebrantar las líneas alemanas para acudir en su ayuda. En Yugoeslavia las fuerzas rusas avanzan y se unen al ejército yugoeslavo de liberación. Del 7 al 14 los soviétivos avanzan en los estados Bálticos, llegando a la costa de Memel y prosiguen su marcha en los Balcanes y en Hungría. Del 9 al 20 tiene lugar en Moscú la conferencia de Churchill y Eden con el mariscal Stalin. El 15 el regente Horthy pide el armisticio para Hungría, pero el partido fascista se apodera del poder y ordena seguir la lucha; el primer ejército de Hungría se une a las fuerzas rusas, que para el 28 de octubre han capturado 400 poblaciones en Prusia Oriental, y han liberado totalmente Transilvania (25 de octubre): ese día Moscú firma el armisticio con Bulgaria.

El 11 de noviembre, cuatro días después de haber sido elegido Roosevelt por cuarta vez Presidente de los EE. UU., las fuerzas rusas y yugoeslavas cruzan el Danubio.


Franklin D. Roosevelt

Entre el 2 y el 17 de diciembre el general De Gaulle firma en Moscú un tratado de alianza y asistencia mutua por veinte años entre Francia y Rusia.

El 5 de enero de 1945 la Unión Soviética reconoce al Gobierno Provisional de Polonia en Lublin, a pesar del pedido de Gran Bretaña y EE. UU. en el sentido de esperar la reunión de los tres grande antes de dar ese paso. Del 8 al 14 se produce en Polonia la última gran ofensiva soviética, capturándose allí más de 350 poblaciones; los rusos se acercan a Silesia y avanzan en Prusia Oriental y Checoeslovaquia; el 17 liberan a Varsovia y avanzan como un avalancha desde el Báltico hasta los Cárpatos. El 30 libran a Lituania de la ocupación alemana, capturan Memel sobre el Báltico y provocan la evacuación en masa del este de Alemania. Millones de civiles alemanes huyen hacia el interior de Alemania en columnas de 65 kilómetros de longitud. Koenisberg, sitiada, arde. Las fuerzas rusas están a 80 kilómetros de Berlín el día 5 de febrero. El colapso de Alemania es inminente. El comité de Lublin se instala como gobierno de Polonia. El día 6 los soviéticos cruzan el Oder, el 13 ocupan Budapest, el 22 llegan al río Neisse, el 5 de marzo llegan a la costa báltica en Pomerania y avanzan en Stettin y Dantzig: el 17 su avance prosigue en territorio alemán y en Checoeslovaquia. El 21 de marzo Rusia denuncia el tratado turco-ruso de neutralidad y amistad de 1925, diez días después sus tropas toman Dantzig y las que vienen del frente de Ucrania capturan ciudades de Hungría y entran en Austria. El 7 de abril los rusos están en la región de Viena. El 5 de ese mes la Unión Soviética ha denunciado el pacto de neutralidad firmado

con el Japón en abril de 1941. El 13 los soldados del ejército rojo capturan Königsberg y Viena, prosiguiendo su avance en los Cárpatos, para proseguir los días siguientes en su avance sobre territorios de Austria y Moravia.

El 26 de abril de 1945 las fuerzas norteamericanas y rusas se ponen en contacto en Torgan, el 2.º ejército británico toma la ciudad y el puerto de Bremen. El 26 de abril Himmler, en representación del Reich, ha ofrecido la rendición a los aliados occidentales, quienes la han rechazado porque Alemania no se rinde también a Rusia.

El día 2 de mayo de 1945 Berlín cae en poder de los ejércitos de Rusia.

§ 5. *La guerra en el Pacífico.*

Mientras en Wáshington se realizan conferencias para mantener la paz entre el Japón y Estados Unidos, el 7 de diciembre de 1941 los japoneses lanzan su ataque sobre Pearl Harbour: simultáneamente con esa agresión, inician la guerra relámpago sobre las Islas Filipinas, las Indias Orientales Holandesas y la Malasia, anunciando hallarse en guerra con Gran Bretaña y los Estados Unidos. Durante los días subsiguientes declaran la guerra a Alemania, Italia y el Japón las siguientes naciones: Panamá, El Salvador, Costa Rica, Cuba, la República Dominicana, Guatemala, Nicaragua, Haití y Honduras, y rompen relaciones con dichos países: Méjico, Colombia y Venezuela.

El 13 de diciembre el Japón ocupa la base naval de Guan, y el 25, después de siete días de lucha se rinde la guarnición británica de Hong Kong.

Octubre y noviembre de 1941 fueron los meses más peligrosos para Rusia. La invasión alemana, iniciada el 22 de junio, ha llegado a su grado álgido; pero no se registra el más leve indicio de debilitamiento en la alta moral de los ejércitos soviéticos. Fracasada su ofensiva, Hitler anuncia, 24 días después del ataque de Pearl Harbour por los japoneses, que abandona la campaña hasta el próximo verano.

Al iniciarse el año 1942 la guerra ha llegado a las Américas, y 22 naciones han suscrito la Carta del Atlántico; el día 11 de enero los japoneses han tomado Manila, capital de las Islas Filipinas, mientras las tropas filipinas y estadounidenses se retiran hacia Bataan. El Japón invade las Indias Orientales Holandesas, y el 19, desde bases en Thailandia, también el territorio de Birmania; el 31 de enero ha efectuado desembarcos en Nueva Bretaña, al norte de Nueva Guinea, completado la conquista de la

península de Malaca e iniciado el sitio de Singapur, que se rinde el 15 de febrero, después de un asedio de dos semanas.

Desde el 15 al 30 se produce la ruptura de relaciones con el Eje de parte de Perú, Uruguay, Bolivia, Brasil, Ecuador y Paraguay. Desde el 20 hasta el 28 de febrero tiene lugar la batalla de Java, favorable a los japoneses, quienes invaden las islas de Bali y Timor, amenazando a Port Darwin, en Australia. Ocho días después desembarcan en la isla de Java; del 7 al 23 de marzo ocupan Rangún, capital de Birmania, se apoderan de la Isla de Java en el Pacífico, y desembarcan en Nueva Guinea y las Islas Salomón. Ocupan además las islas de Andaman en la bahía de Bengala.

En esos momentos los rusos inflingen a Alemania la mayor derrota desde el comienzo de la guerra. Aprovechando el invierno ruso, el ejército rojo asesta los primeros golpes a las fuerzas alemanas. La campaña submarina de los nazis arrecia en el Atlántico, a pesar de lo cual los británicos efectúan un atrevido desembarco en territorio francés de Saint Nazaire. La aviación inglesa ataca repetidamente, de día y de noche, importantes y numerosos objetivos militares en Alemania, en las fábricas Renault del norte de Francia, sobre el canal de la Mancha, en Grecia, Creta y Birmania. La aviación aliada golpea incesantemente al enemigo en todos los puntos conquistados por los japoneses.

El 9 de abril cae en poder del Japón la península de Bataan. 3.000 defensores son evacuados a la Isla del Corregidor y caen prisioneros de los japoneses más de 30.000 estadounidenses y filipinos.

El día 18 de abril de 1942 una escuadrilla aérea al mando de Doolittle bombardea Tokio y otras ciudades japonesas.

El 30 los japoneses cortan la carretera de Birmania al ocupar Lashio.

El 6 de mayo se rinde la última plaza fuerte de los estadounidenses en las Filipinas, la Isla del Corregidor, después de una resistencia que ha durado cinco meses. El 8 del mismo mes tiene lugar la batalla del Mar de Coral: una flota japonesa de invasión es derrotada por los estadounidenses en una batalla que duró cinco días, entre Nueva Guinea y las Islas Salomón.

El 1.º de junio Méjico declara la guerra al Eje y del 4 al 7 los japoneses pierden cuatro portaaviones y otros veinte barcos en la batalla de Midway. El 12 se produce un desembarco japonés en las islas de Attu y Kiska, del grupo de las Aleutianas. Para contrarrestar un avance japonés contra la base de Madagascar, los británicos se apoderan de ella, ya que habría constituido un punto de sumo valor estratégico para la campaña de aquellos hacia Oriente.

El 22 de julio los japoneses desembarcan en Gona y Buna, Nueva Guinea, y el 7 de agosto los norteamericanos inician la contraofensiva contra el Japón, desembarcando tropas en las islas de Guadalcanal y la Florida, del grupo de las Salamón.

El 22 de agosto el Brasil declara la guerra a Italia y Alemania, a raíz del hundimiento de otros seis buques brasileños por submarinos alemanes.

El 11 de octubre los japoneses sufren una derrota naval en el cabo Esperanza, de las islas Salomón, y del 26 al 30 son nuevamente batidos en una batalla en esas islas, a consecuencia de lo cual la flota japonesa se retira. El 14 de noviembre los nipones son derrotados nuevamente frente a la isla de Guadalcanal.

El panorama general al terminar el año 1942 queda descripto por la frase de Churchill: se ha llegado "al fin del principio". Los rusos resisten heróicamente y la ofensiva germana queda detenida una vez más, los norteamericanos empiezan a desalojar a los japoneses del Pacífico, los británicos derrotan al Afrika Korps de Rommel al norte del Africa, simultáneameste con la llegada a ese continente de los dos convoyes militares más impresionantes en el transcurso de la guerra. El esfuerzo bélico británico es casi inconcebible: sus 30.000 fábricas trabajan día y noche, y el 80 % de su producción es llevada a través de los mares.

El 9 de febrero de 1943 ha terminado la resistencia japonesa en Guadalcanal, después de una tenaz resistencia y de repetidas tentativas para contraatacar, durante seis meses, de parte de los nipones.

El 7 de abril Bolivia declara la guerra al Eje.

El 15 de mayo los norteamericanos desembarcan en la isla Attu, en las Aleutianas y a principios de agosto los aliados toman la base de Munda, así como Kiska en las islas Aleutianas, con lo que se aleja la amenaza contra el Canadá y los EE. UU.

El 13 de octubre ha caído también en manos de los aliados el grupo de las islas de la Nueva Georgia del archipiélago de las Salomón, y el 1.° de noviembre se produce el desembarco norteamericano en Bougainville, islas Salomón, acción seguida del 21 al 24 del mismo mes, por la captura de Faragua y Makin, en las islas Gilbert, con lo que se inicia el avance hacia Truk, considerada el "Pearl Harbour" del Japón.

El año 1943 se cierra con el excelente resultado obtenido por los aliados en las históricas Conferencias de Moscú, El Cairo y Teheran, en las que se han reunido los estadistas dirigentes de Gran Bretaña, Estados Unidos, China y Rusia, pues el solo hecho de que las mismas hayan tenido lugar destruye las esperanzas del Eje de separar a los aliados, unidos para oponerse a su dominio del mundo.

El 26 de enero de 1944 el gobierno argentino rompe relaciones con el Japón, y el 4 de febrero con Vichy, Bulgaria, Rumania y Hungría.

Del 3 al 6 de febrero los norteamericanos capturan la isla Namur y otras islas del grupo de las Marshall, mientras las fuerzas chinas avanzan en el norte de Birmania y tropas japonesas, a su vez, atacan en Arakán, también en Birmania, para ser derrotadas allí el día 25 del mismo mes. Siguen atacando los chinos, y del 4 al 7 de marzo toman Maingkwan, simultáneamente con la captura de Walawbum por tropas de los EE.UU. Las fuerzas de ambas nacionalidades establecen contacto y capturan a 2.000 soldados japoneses. Del 13 al 18 de marzo los británicos desalojan a los japoneses de una fuerte posición en Birmania Central valiéndose de fuerzas aerotransportadas. A renglón seguido, y hasta el 22 de marzo, en que cruzan la frontera india hacia Imphal, los japoneses cruzan el río Chindwin en Birmania y presionan camino a la India. La lucha es intensa en el estado de Manipur. El 23 las fuerzas del general Stilwell entran en el valle de Mogaung.

El 4 de abril la ofensiva aliada en el Pacífico va en franco progreso, y todas las islas Marshall han caído prácticamente en sus manos. Los norteamericanos obtienen una victoria en las Carolinas. El 10 obtienen un nuevo triunfo en las Islas Palau, y dominan en la isla de Nueva Bretaña.

Mientras tanto, los japoneses avanzan en la India, en la región de Manipur.

El 18 los chinos, a su vez, avanzan en Birmania.

Desde el 22 hasta el 26, los norteamericanos y australianos desembarcan en el norte de Nueva Guinea, aislan a 100.000 japoneses, y siguen avanzando.

En apoyo de los chinos, los aliados envían un segundo contingente de tropas por aire del 24 al 30 del mismo mes a la región de Birmania Central. Consolidan posiciones los británicos y avanzan en Kohima.

Al terminar el primer trimestre de 1944 los japoneses registran poderosos golpes aliados en el Pacífico, en la China, la India, y especialmente en la zona de Birmania, donde se sigue combatiendo intensamente al iniciarse el mes de mayo. Luego de encarnizados combates, los aliados avanzan en Kohima, valle de Mogaung, y en Arakán.

Desde el 11 al 14 de ese mes los japoneses lanzan una ofensiva en Honan, cortando la línea ferroviaria Peiping-Hankow y la de Lunghai en la China.

Del 22 al 29 los norteamericanos toman la isla Biak, a 900 millas de las Filipinas, y los japoneses retroceden además en Kokima, la India.

Del 20 al 26 de junio, dos semanas después de haber iniciado los aliados la invasión en el norte de Francia, los invasores japoneses son desalojados de Manipur, y tropas aliadas conquistan Mogaung, en Birmania. El 22 la flota norteamericana ha obtenido una gran victoria sobre los japoneses, y del 23 al 26 la británica ha atacado objetivos japoneses en las islas Andaman, en la bahía de Bengala.

En el mes de agosto los norteamericanos capturan Guam, cesa toda la resistencia japonesa en la India, los británicos cruzan la frontera de Birmania y los japoneses son desalojados de Mampur.

El 23 de este mes ha sido liberado París.

Desde el 5 hasta el 7 de septiembre los bombarderos aliados hunden 75 barcos japoneses en una acción entre Nueva Guinea y las Filipinas. Del 16 al 23 fuerzas norteamericanas desembarcan en las islas Palau en el Pacífico, y el día 30 la aviación aliada ataca en el Pacífico las bases japonesas de las islas Célebes, las Filipinas, Marshall, Marianas, Carolinas y otras.

El 23 de octubre, liberada Tacoblan, capital de Leyte, se instala allí el presidente filipino señor Osmeña, y del 18 al 25 de noviembre la aviación norteamericana destruye objetivos en territorio japonés. El 26 de diciembre Leyte queda totalmente liberada.

Termina el año 1944 con resultados netamente favorables para los norteamericanos en el frente del Pacífico: siguen su campaña expulsando a los japoneses de las islas que ocupan, y llegan a bombardear, sin oposición seria, le territorio metropolitano japonés.

En el mes de enero de 1945 se producen desembarcos en Luzón (el 8 y el 31), y en Birmania los británicos llegan a 120 kilómetros de Mandalay, se registran desembarcos aliados al norte de Akyab (día 13), y el 15 se termina la ruta de Ledo, con lo que queda reabierta la comunicación terrestre con China.

En los primeros días de febrero hay nuevos desembarcos en Luzón, prosigue la lucha en Manila, tropas australianas efectúan a su vez desembarcos en la isla de Nueva Bretaña y luchan en Nueva Guinea y en las Salomón. Desde el 9 hasta el 22 Paraguay, Ecuador, Perú, Chile, Venezuela, Uruguay y Turquía declaran la guerra a Alemania y al Japón. Del 16 al 19 fuerzas norteamericanas ocupan Bataan y realizan desembarcos en Corregidor e Iwo. El 25, 200 superfortlezas estadounidenses bombardean Tokio: el 28 es liberada la isla del Corregidor y se producen nuevos desembarcos en las Filipinas, mientras el 14.º ejército captura Meiktila en Birmania y corta el ferrocarril de Rangún a Mandalay.

Durante la primera quincena de marzo siguen los progresos de los australianos en las islas Salomón, Nueva Guinea: los norteamericanos bombardean Singapur, ocupan totalmente Iwo Jima y

avanzan en Mindanao. El día 20 la flota japonesa sufre grandes pérdidas en el Pacífico y el 14.º ejército se apodera de Mandalay.

A principios de abril desembarcan fuerzas de EE. UU. en la isla de Okinawa, la Unión Soviética denuncia el Pacto de Neutralidad con Japón de abril de 1941 y en Birmania Central son derrotados los nipones. Tokio, Nogoya y Koruyania son intensamente bombardeadas. En la segunda quincena de este mes termina la campaña de Arakán, en Birmania, con el triunfo aliado.

El 2 de mayo desembarcan en Tarakán, Borneo, fuerzas australianas y norteamericanas; el 3 es capturada Rangún, continúa el avance en Birmania y se producen nuevos desembarcos de tropas británicas.

Durante el mes de julio se va cerrando el cerco alrededor de los japoneses. La zona exterior de defensa de los nipones, desde Birmania a través de Malaca, las Indias Orientales Holandesas, Timor y Nueva Guinea hasta las Salomón, cae en pedazos. Birmania ha caído ante el empuje del 14.º ejército británico, la Nueva Guinea y las Salomón están en poder de los australianos y norteamericanos en su casi totalidad: las demás islas del Pacífico han perdido toda esperanza de recibir abastecimientos y refuerzos de los territorios metropolitanos japoneses. En cuanto a la zona anterior, ha sido también castigada severamente. Las divisiones australianas 7.ª y 9.ª se han establecido firmemente delante de Borneo y las operaciones para la reconquista de esta isla progresan satisfactoriamente.

Las islas Carolinas y las Palau han sido perdidas por los japoneses; los norteamericanos, al apoderarse de Iwo Jima y Okinawa, después de una lucha costosísima para ambos bandos, han hecho pie en las islas de los grupos Volcán y Ryukyu; tanto en territorio metropolitano del Japón como Formosa y la costa china están abiertos a la invasión inminente, y la aviación enemiga ha causado serios destrozos a la industria bélica japonesa. Durante los tres años de guerra el Japón ha perdido más de un millón de hombres, pero en cuanto a potencial humano, puede decirse que el Japón se halla en buenas condiciones: su ejército alcanza a 4.000.000 de hombres y las reservas posiblemente al doble. La moral de los soldados, a pesar de los contrastes experimentados durante el curso de la guerra, es excelente. La tarea de destruir al ejército japonés, en tales condiciones, no parece una tarea fácil.

El 29 de julio, el jefe de estado mayor de la quinta flota naval, contraalmirante D. C. Ramsey, declara por radiotelefonía que la invasión aliada será realizada por fuerzas nunca vistas en la historia de la guerra, que el Japón está bloqueado y sus comunicaciones con Manchuria cortadas, lo mismo que con Corea y China, y que el bloqueo es también efectivo entre sus cuatro islas

principales. El teniente general Doolitle, jefe del "raid" sobre Tokio en 1942, revela también que las primeras superfortalezas 13-29, apoyadas por aviones de combate de gran radio de acción, y con base en Okinawa, entrarán en acción a breve plazo.

Pero el 6 de agosto de 1945 los norteamericanos lanzan su primera bomba atómica sobre el Japón, en la ciudad de Hiroshima, arrasando una superficie de 10 kilómetros cuadrados. A renglón seguido, una formación de trescientos bombarderos pesados ataca el día 8 dos importantes ciudades de la isla Kyushu. El día 9 otra bomba atómica es arrojada sobre la ciudad de Nagasaki, situada en dicha isla, con resultados tan demoledores como la que cayó sobre Hiroshima. Al mismo tiempo, los rusos lanzan repentinamente un ataque contra las tropas japonesas en la frontera oriental soviético-manchuriana.

El 10 de agosto Japón ofrece la rendición, que se firma oficialmente a bordo del Missouri, en la Bahía de Tokio, el 2 de septiembre de 1945.

El documento es firmado por el señor Shigemitsu y el general Umezh en nombre del Japón, y por el general Mac Arthur en nombre de las Naciones Unidas.

§ 6. *La batalla del Atlántico.*

La defección de Francia y la entrada de Italia en la guerra al lado de Alemania, exige de Inglaterra la distribución del grueso de su escuadra en el Mediterráneo, situación que es aprovechada por Alemania para intensificar sus ataques contra los convoyes que transitan el Atlántico y que, pobremente escoltados, son fácil presa para el ataque de los submarinos y los aviones que atacan en picada. Los alemanes recrudecen en su táctica de la guerra anterior, con el agravante, para los aliados, del mayor radio de acción de los submarinos y los aviones desde sus bases de aprovisionamiento, Al finalizar el año 1940 las cifras de tonelaje aliado hundido alcanzan proporciones que ponen en serio peligro el abastecimiento de Gran Bretaña. El 26 de octubre ha sido hundido el transatlántico *Empress of Britain*, de 42.000 toneladas de desplazamiento: incendiado por un avión germano, es torpedeado por los submarinos cuando se intentaba salvarle. El 5 de noviembre un *acorazado de bolsillo* sorprende a un convoy de 38 buques en el Atlántico, y consigue hundir a cuatro unidades. El crucero auxiliar *Jervis Bay* presenta batalla a la nave germana, sin ninguna probabilidad a su favor, pero su sacrificio da tiempo a la dispersión del convoy, y a que de este modo se pongan a salvo los barcos.

A principios de 1941 los dos cruceros acorazados germanos *Scharnhorst y Gneisenau* atacan y hunden un buen número de barcos de gran tonelaje. A raíz de estas operaciones los EE. UU. amplían su radio de patrullaje y, de común acuerdo con Inglaterra, ocupan bases en Islandia. En el verano de 1941, el promedio de hundimientos de barcos aliados se acerca al medio millón de toneladas mensuales. La batalla del Atlántico pone a dura prueba la potencialidad marítima de ambos bandos en lucha en la primera mitad del año 1941. Gracias al apoyo de EE. UU., que vende a Inglaterra más de un millón de toneladas de buques, y mediante la incorporación de barcos provenientes de los países ocupados por Alemania, Gran Bretaña agrega a su flota un tonelaje de barcos americanos, daneses, griegos y noruegos que vienen a equilibrar, quizá con ventaja, el tonelaje hundido desde el estallido de la guerra que puede calcularse en siete millones.



Harry Truman

Al mismo tiempo es abandonada Londres como puerto terminal, reemplazándosela por Glasgow, Bristol y Liverpool, con lo que el peligro de los hundimientos disminuye.

En cuanto al Eje, las pérdidas de submarinos en el Atlántico debilitan a ojos vistas la guerra de corso emprendida, pues juntamente con el tonelaje de sumergibles pierde una cantidad irrecuperable de hombres especialmente adiestrados con ese destino y de difícil reposición. La guerra en el Africa obliga al Eje a abastecer a los ejércitos que luchan en Libia y en el Adriático a las tropas que luchan en Albania. Estas líneas de abastecimientos son puntos vulnerables a los ataques aliados y las pérdidas del Eje alcanzan a tres millones y medio de toneladas, a las que se agrega cerca de un millón de toneladas de barcos internados en puertos americanos desde el estallido de la guerra.

En enero de 1941 el crucero *Southampton* es hundido en el Mediterráneo por las fuerzas aéreas del Eje, que causan también grandes averías al portaaviones inglés *Illustrious*. La escuadra italiana, después de la batalla de Tarento, se muestra muy poco

efectiva, lo que permite a la flota británica enviar, con cierta holgura, grandes convoyes de pertrechos a la región de Suez, los que son hostigados especialmente por la aviación enemiga al cruzar el estrecho entre Sicilia y el Africa. A fines de marzo tiene lugar la gran batalla marítima de Matapán, al sur del Peloponeso, en Grecia. Varios cruceros y destructores italianos son destruídos por la armada británica. El *Vittorio Veneto*, uno de los más grandes acorazados italianos, queda seriamente dañado por los aviones torpederos. Se produce un encuentro nocturno entre cruceros italianos y tres acorazados británicos. Son hundidos rápidamente los cruceros pesados de 10.000 toneladas *Pola*, *Fiume* y *Zara*, junto con tres destructores italianos. En junio Italia sufre la voladura del crucero *Gorizia*. Los convoyes británicos que hacen la travesía a Suez son hostigados solamente por la aviación del Eje a partir de ese momento.

La isla de Malta proporciona a los ingleses una base de primer orden en medio del Mediterráneo, y soporta más de 500 ataques aéreos en el curso de la guerra. El 14 de enero de 1942 Malta rechaza 17 ataques aéreos en el término de 24 horas.

En el mes de mayo de 1941 navega en aguas del Atlántico Norte el acorazado germano *Bismarck*, con objeto de atacar a los convoyes que se dirigen a Inglaterra por la ruta de Terranova. Localizada la poderosa nave por los cruceros y aviones que el almirantazgo británico ha puesto en movimiento con tal objeto, se produce un encuentro de la nave alemana y el crucero acorazado británico *Hood*. Son considerados entre las unidades más grandes del mundo. El *Hood*, alcanzado por un impacto en la santabárbara vuela en pedazos. El *Bismarck* es localizado dos días después, el 26 de mayo de 1941, y, tras dramática persecución, es alcanzado con dos torpedos por los aviones procedentes del portaaviones *Ark Royal*. Sin timón, hubo de enfrentar horas más tarde al *Prince of Wales* y al *King George*, que lo hundieron disparándole tres torpedos más. La nave germana desapareció junto con su tripulación de 2.500 hombres.

Los EE. UU. llegan a un acuerdo con Gran Bretaña para instalar bases aéronavales en las islas del Atlántico, con objeto de proteger las rutas de abastecimiento de Inglaterra. Estas bases son las de Terranova, Bahamas, Jamaica, Bermudas, Santa Lucía, Trinidad y Guayana. El 11 de marzo quedó convertido en ley el proyecto de "Préstamo y Arriendo", lo que permite conceder a Gran Bretaña, de parte de los EE. UU., un crédito de diecisiete mil millones de dólares. Los astilleros norteamericanos entran en febril actividad y se construye una cantidad sorprendente de buques, que llenan fácilmente los claros producidos en la flota a consecuencia de la guerra submarina. Igual cosa ocurre con la

producción en serie de aviones, que son llevados directamente a Inglaterra por vía aérea. Los Estados Unidos de Norteamérica se convierten en el "arsenal de la democracia" y en el astillero para reparaciones de los barcos ingleses. Con el consentimiento de Gran Bretaña, los EE. UU. ocupan, en julio de 1941, Islandia, y también en Groenlandia. Se modernizan las bases de San Diego, Pearl Harbour y Puerto Rico, y en el Canal de Panamá, que es cerrado a la navegación japonesa, se construye un tercer juego de esclusas. El nuevo plan de construcciones navales de EE. UU. de setiembre de 1941 incluye 368 unidades de combate, 7 buques de línea de 52.000 toneladas cada uno, 8 portaviones de 26.000, varios cruceros de 20.000 y 2.000 buques auxiliares.

El 17 de octubre es torpedeado frente a Islandia el destructor estadounidense *Kearney*. Aun cuando EE. UU. no declara la guerra al Eje, debido a la influencia de los aislacionistas, su ayuda a Gran Bretaña es decidida.

Al iniciarse el año 1942, los submarinos llegan hasta las aguas territoriales de EE. UU. Los alemanes empiezan a enviar a esa costa atlántica escuadrillas compuestas a veces de cerca de cincuenta unidades. El número de barcos hundidos hasta promediar el año llegó a quinientos. La armada norteamericana no disponía de caza torpederos para hacerles frente, porque todos los de su escuadra destinados a ese mar estaban ocupados en mantener expeditas las rutas a Inglaterra y a Rusia, vía Murmansk, de importancia vital ambas para los aliados. No estaba en condiciones de distraer fuerzas para prevenir los ataques de submarinos alemanes en la proximidad del Continente americano. Los norteamericanos establecieron entonces la que se llamó "frontera marítima del Este", una faja de agua que se internaba varias millas mar adentro desde la costa del Canadá hasta el norte de La Florida. Esta zona, de la que se usó con preferencia en la navegación sobre el litoral Atlántico del país, fué patrullada cada vez con mayor eficacia por una flotilla antisubmarina. Esta medida dió buenos resultados, pues de los 481 barcos hundidos en los siete primeros meses de 1942 por los submarinos alemanes en la zona del Atlántico al norte del Ecuador y al oeste de una línea desde Groenlandia al extremo oriental de Sudamérica, solamente 101 fueron echados a pique en la "frontera marítima del Este". Brasil sufre la pérdida de barcos mercantes, y el 22 de agosto de 1942 declara la guerra a Alemania e Italia a raíz del hundimiento de seis buques. En julio de ese año el almirantazgo británico anunció que el tonelaje hundido, capturado o dañado al Eje alcanza a los siete millones.

Aun cuando el tránsito por el Mediterráneo es difícil a la altura de Sicilia, puede decirse que los aliados dominan ese mar.

A causa de los ataques de la aviación italiana y alemana los ingleses sufren pérdidas relativamente elevadas. Se registran en 1942 el hundimiento del portaaviones *Ark Royal*, que participara el año anterior en la persecución del *Bismarck* en el Atlántico Norte, y del acorazado *Barhan*. Las bases de la isla de Malta permiten a la fuerza aeronaval inglesa hostigar a los convoyes del Eje que llevan refuerzos y pertrechos a Libia.

Alemania es vencida en la batalla del Atlántico, pues el año 1942, en que los daños causados a la navegación aliada por los submarinos alemanes llegan al máximo, senala la superación decisiva de la campaña de sumergibles alemanes. Portugal ha cedido las islas Azores a los aliados, que emplean gran número de portaaviones y que protegen además sus convoyes con corbetas, fragatas y destructores de gran velocidad y agilidad en la maniobra.

Los ataques en masa de los submarinos alemanes son contrarrestados con grandes pérdidas para éstos, que alcanzan el promedio de un submarino diario. Las pérdidas experimentadas en el tonelaje aliado son enormes, pero la reposición con nuevas embarcaciones llenó los claros rápidamente. Desde setiembre de 1939 hasta marzo de 1942 más de 100.000 barcos aliados cruzaron el Atlántico con una pérdida de tonelaje inferior al 12 %. De este modo Gran Bretaña ha estado en condiciones de abastecer a los ejércitos destacados en todos los frentes.

El aporte norteamericano a la marina de guerra desempeñó también un papel de vital importancia en la derrota del Eje, durante la batalla del Atlántico y en todas las acciones posteriores, hasta llegar a la defección del Japón. La marina de EE. UU. no se detuvo en las costas de Gran Bretaña, Europa y Africa. Se internó en los ríos de Europa, con el fin de acelerar la caída del Eje. Marineros norteamericanos, dirigiendo elementos anfibios, llevaron a los soldados a través del Rin, para decidir la última fase de la guerra europea. Buques, aviones y cañones puestos a disposición de hombres extraordinariamente adiestrados llegaron a los más distantes campos de batalla y mantuvieron expeditas las rutas del mar, derrotando e inutilizando a los enjambres de submarinos que se habían distribuido en el océano Atlántico y repeliendo las embestidas de la aviación germana tanto allí como en el Mediterráneo. La marina de guerra de los EE. UU. llevó a Europa, al Africa, al lejano Oriente, a la zona ártica de Rusia y a todas partes donde la guerra lo exigiera, sus convoyes cargados de abastecimientos vitales. Habiendo comenzado con una fuerza reducida, tal como ocurrió con la aviación inglesa, la marina de guerra de los EE. UU. se convirtió en la fuerza naval más poderosa con una velocidad extraordinaria y en escala gigantesca. Las naves combatientes sumaban millares al final de la guerra.

y millones sus tripulantes. Su poderío se extendió sobre los siete mares. La flota norteamericana entró en la guerra con poco más de 300.000 hombres y llegó al fin de la misma con 4.000.000. Sus acorazados pasaron de 16 a 23, sus cruceros de 38 a 67, sus destructores de 173 a 386; creó los destructores escolta, de los que llegó a disponer de 365, los submarinos pasaron de 112 a 240. Al producirse la agresión de Pearl Harbour poseía seis portaaviones, los que a mediados de 1945 se contaban por decenas; entre los últimos de esta clase se cuenta el superportaaviones Franklin Delano Roosevelt, bautizado así en homenaje al gran presidente desaparecido: su desplazamiento alcanza a las 45.000 toneladas.

Este dominio del océano permite la invasión que las fuerzas Anglo-norteamericanas llevan al Africa del Norte, para penetrar en Argel, Orán, Casablanca y otras ciudades importantes, lo cual no impide que en enero de 1943 un gran convoy aliado sea atacado en el Atlántico 35 veces en cuatro días por gran número de submarinos alemanes; pero éstos son repelidos. El 30 de junio Churchill anuncia que durante el mes de mayo anterior fueron hundidos 30 submarinos del Eje. El 26 de diciembre el acorazado alemán *Scharnhorst* es hundido por unidades de la flota británica que custodiaban un convoy ruso.

En el primer trimestre de 1944 ha desaparecido virtualmente para los aliados el peligro submarino en el Atlántico, y los convoyes de tropas llegan constantemente a Gran Bretaña, donde se está acumulando y equipando una enorme fuerza destinada a la invasión de la llamada "fortaleza europea".

§ 7. *Los Comandos.*

Durante la guerra de Transvaal, los Boers formaron grupos de tropas suicidas, a las que llamaron "Comandos". En la segunda guerra mundial los "Comandos" aparecieron como una novedad militar, constituyendo una superación de la patrulla clásica y de las guerrillas modernizadas y de alcances destructivos mucho mayores. Los "Comandos" hacen la función de patrulla de reconocimiento y a la vez de arma destructora, rápida, sorpresiva y eficaz. La guerrilla es generalmente una pequeña tropa de paisanos que ataca por sorpresa, aparte del ejército regular e independiente de éste. Los "Comandos" constituyen una fuerza orgánica, preparada científicamente, y en los cuales intervienen, combinadas, las armas marítimas, terrestres y aéreas.

Cuando los alemanes ocupan Europa, los "Comandos" se inician realizando pequeñas operaciones en el litoral de Francia y en Holanda. Diez días después de la capitulación de Francia,

Gran Bretaña envía a través del Canal de la Mancha sus primeros "Comandos" de reconocimiento. 120 hombres desembarcaron en las inmediaciones de Boulogne armados de ametralladoras portátiles y granadas de mano. Todos regresaron después de haber recogido las informaciones pedidas por el Estado Mayor británico. Desde ese momento, pequeñas fuerzas de Comandos, compuestas de dos, tres, y raramente de más de seis hombres realizan, con sorprendente éxito, incursiones casi todas las noches sobre la costa norte de Francia, Bélgica y Holanda, convirtiéndose en la pesadilla de las fuerzas de ocupación alemana que nunca lograron organizar una defensa eficaz contra esos combatientes fantasmas.

El desarrollo y perfeccionamiento de los "Comandos" tiene lugar en 1941, y el 3 de marzo de ese año se efectúa el primer "raid" anunciado oficialmente, levantándose así el secreto sobre su actuación. Fuerzas combinadas, compuestas de cinco destructores y dos transportes de infantería de desembarco atacan grandes destilerías de petróleo controladas por los alemanes en las islas Lofoten, en Noruega. El saldo de esta incursión es el destrozo de once destilerías, una planta de energía eléctrica y depósitos que contenían 300.000 toneladas de petróleo. Los "Comandos" capturan 223 prisioneros y hunden cinco naves enemigas con un desplazamiento de 18.900 toneladas en conjunto. En agosto del mismo año los canadienses destruyen en Spitzberg cinco importantes minas de carbón, maquinarias vitales, y vuelan además 450.000 toneladas de carbón y 275.000 toneladas de petróleo.

Un soldado de comandos, dice Quentin Reynolds, comienza donde terminan los soldados comunes de infantería. Empieza en condiciones físicas perfectas y con el entrenamiento y los conocimientos usuales de un buen soldado. Entonces aprende a hacer guerra anfibia: cómo nadar con todo el equipo, cómo llegar a tierra a salvo desde toda clase de embarcaciones, y cómo manejar esas embarcaciones. Aprende a hacer guerra de guerrillas, señales, a comunicarse por radio, a usar vehículos terrestres, a utilizar correctamente los explosivos y a aplicarlos a las alambradas y otras barreras. El soldado común de infantería lleva un par de tijeras para cortar el alambre de púa, pero no hay tijeras que puedan abrirse paso a través de las alambradas con que los alemanes protegen sus playas. Si uno encuentra una pared cubierta por alambre de púa de dos pies de alto y tres pies de ancho, sólo los explosivos pueden franquearla. Los comandos llevan torpedos Farington y saben exactamente qué cantidad de esta peligrosa arma hay que usar en cada caso. Están entrenados en el uso de las armas alemanas, de modo que todas las que capturan pueden usarlas contra el enemigo. Cuando entran en acción son arsenales vivientes: llevan granadas, revólveres, rifles, cuchillos, fusiles-ametralladoras y cuerdas. Saben cómo arrastrarse silenciosamente hacia un enemigo y cómo ponerlo fuera de combate sin hacer el menor ruido. Son el grupo mejor entrenado del mundo, están entrenados para matar, y son magníficos asesinos. Algunas veces, como en Lofoten y Dieppe llevan zapatos fuertes y pesados. Otras, como en Boulogne, usan zapatillas de suela de goma. Cada "raid" exige distintas armas y distintas tácticas. Algunas veces usan cascos de acero; más a menudo llevan gorros de punto, negros o marrones. Generalmente se ennegrecen la cara al comenzar una expedición. Toman todas las precauciones para evitar ser descubiertos prematuramente.

Los "Comandos" son soldados voluntarios de diversos países, a los que se somete a rigurosas pruebas, antes de permitírseles tomar parte en las operaciones combinadas que lanzan sus golpes sobre territorio enemigo, bajo la dirección de Louis Mountbatten.

El 28 de marzo de 1942 se realiza la primera incursión en gran escala de los "Comandos" sobre la base alemana de submarinos de Saint Nazaire. Intervinieron el *Campbelltown*, dos destructores de escolta, una cañonera, una lancha torpedera y diez y seis lanchas a motor. Cuatro de éstas llevaban torpedos, en tanto que las demás fueron utilizadas como transportes para una fuerza de choque compuesta de 44 oficiales y 224 soldados.

El tonelaje hundido por los submarinos nazis durante el mes de febrero había alcanzado cifras imponentes, y el acorazado alemán *Tirpitz* estaba a punto de partir de una base de Noruega para entrar en aguas del Atlántico, desguarnecido en esos momentos por el traslado de la mayor parte de las unidades británicas al Mediterráneo. La artillería del *Tirpitz* era mucho más poderosa que la de los buques armados que los ingleses utilizaban como escolta de sus convoyes. De este modo, la presencia del buque alemán en el Atlántico podía desarticular el sistema de abastecimiento de los aliados, lo que forzaría al Almirantazgo a organizar la caza del acorazado alemán con grandes buques de guerra necesarios en otros lugares. El gran astillero francés de Saint Nazaire contaba con el único dique seco de toda la costa atlántica donde podía caber el *Tirpitz*. Si se lograba destruir ese dique, el acorazado alemán se encontraría sin base de reparaciones cercana a su zona de acción, puesto que el acceso a los puertos del Mar del Norte en poder del Reich sería impedido por la escuadra inglesa metropolitana, por las zonas minadas en aquel mar y el Canal de la Mancha, y por los aviones de la R. A. F. El dique de Saint Nazaire constituía, en consecuencia, la clave del problema. Los

bombarderos aéreos habían intentado inutilizar el puerto, pero fracasaron.

Durante el asalto de los "Comandos" a Saint Nazaire, el *Campbelltown* se introdujo en la verja de cierre del dique seco, donde fué echado a pique por sus tripulantes. Llevaba a bordo cinco toneladas de potentes explosivos, que estallaron mediante una espoleta de acción retardada, luego que los soldados que iban a bordo abandonaron el barco. Esta empresa había sido precedida por el ataque de los aviones, que continuaron su bombardeo hasta que los hombres sobrevivientes de los "Comandos" pudieron ponerse a salvo en las lanchas que los aguardaban. En marzo de 1943 pudo comprobarse que todavía no habían sido reparados los daños causados por los "Comandos" en Saint Nazaire.

El 19 de agosto de 1942 tiene lugar la incursión en Dieppe del Comando de Operaciones Combinadas. Esta expedición estaba integrada por tropas canadienses, británicas, francesas, inglesas y norteamericanas. En el discurso pronunciado por Churchill en la Cámara de los Comunes en setiembre 8 de ese año, éste declaró que el mérito militar de la operación correspondió a las tropas canadienses, que constituían las cinco sextas partes de las fuerzas atacantes.

Esta incursión, además de su valor por las informaciones obtenidas y los reconocimientos hechos, dió lugar a un combate aéreo en que las pérdidas de aparatos fueron elevadísimas para ambas partes.

Es indudable que la finalidad perseguida en la operación fué la de aliviar la presión ejercida por los alemanes sobre el frente ruso, y también la de responder al creciente clamor de los soviéticos por la apertura del "segundo frente". Si bien es indudable que en este último sentido la excursión a Dieppe fué un fracaso, parece ser que los británicos lo descontaban así, a pesar de lo cual lanzaron el ataque, con la idea de obligar a los alemanes a distraer fuerzas, especialmente fuerzas aéreas, para guarnecer la costa francesa del Canal de la Mancha ante la amenaza de nuevas incursiones de gran envergadura, de las que Dieppe fué una muestra, a la vez que una advertencia de lo que podía hacer el Comando de Operaciones Combinadas en ese sentido. "Personalmente —expresó Churchill— considero el ataque a Dieppe, al que presté mi aprobación, como preliminar indispensable de operaciones en gran escala. No tengo el propósito de dar detalles sobre las operaciones y sólo he dicho lo que acabo de expresar, porque el enemigo, con sus reconocimientos aéreos diarios, puede ver en nuestros puertos muchas señales de movimiento que no podemos ocultar a sus fotógrafos. Lo que él ignora es cómo, dónde, cuándo, con qué fuerzas y en qué forma será atacado, y so-

bre este punto es de desear que el enemigo sea dejado en la duda, sin la ayuda de comentarios o aclaraciones británicas o norteamericanas".

Las características de la invasión llevada un año después al norte del Africa por las fuerzas anglo-norteamericanas que desembarcaron en Argel, Orán, Casablanca y otros puntos importantes, guardan estrecha relación con la experiencia recogida en Dieppe y las ideas expresadas por Churchill en su discurso de la Cámara de los Comunes, pues ni siquiera los participantes en ella, en su inmensa mayoría, tenían la menor idea de que se dirigían al Africa. La impresión general era la de que se trataba de una expedición al norte de Europa, y gracias a la extremada reserva que se guardó al respecto por parte de quienes dirigían la empresa, la invasión allí fué una verdadera sorpresa para el Eje.

Estos antecedentes sirven también para explicar la forma en que se produjo la invasión de Europa por las fuerzas aliadas el 6 de junio de 1944.

§ 8. *La Invasión de Francia.*

La aviación británica fué posiblemente el factor decisivo para la terminación de la segunda guerra mundial. En el verano de 1940 enfrentó y derrotó a la entonces poderosa Luftwaffe, librando a Gran Bretaña de la invasión. La R. A. F. permitió a Inglaterra mantenerse mientras trabajaba afanosamente, para convertir sus islas en una base aérea central de extraordinarias proporciones y en un campo de operaciones y abastecimientos desde el cual las naciones unidas iniciarían y terminarían la liberación de Europa.

Desde esa base partieron los millares de aviones ingleses y norteamericanos que desorganizaron y aplastaron las industrias bélicas alemanas, anulando finalmente las posibilidades de resistencia de los nazis. En total, la superficie cubierta por las pistas de vuelo y las carreteras de acceso a los aeródromos británicos se calcula que alcanzaba en 1944 a los 132.800 kilómetros cuadrados; esto equivale a una carretera de 14.455 kilómetros de largo por nueve metros de ancho. Se habían gastado 615 millones de libras para la construcción de alrededor de 200 aeródromos. En el primer semestre de 1944 los aviones del comando de bombardeo aliado arrojaron 1.000.000 de toneladas de bombas de alto poder explosivo e incendiario sobre la maquinaria bélica alemana. Durante 10 días, en los meses de julio y agosto, el puerto de Hamburgo quedó destruído en sus tres cuartas partes. Con ello se le causó al enemigo una pérdida equivalente a 400.000.000 de horas de trabajo. Como consecuencia de los ataques combinados que día y noche realizaron los bombarderos británicos y norteamericanos, la

Luftwaffe tuvo que mantener en acción, sobre el frente occidental, el 80 % de sus aviones de caza.

La invasión del 6 de junio de 1944 fué precedida por terribles golpes asestados por la aviación contra las estaciones de radio y los grandes emplazamientos de la artillería que defendía la costa. Diez poderosos emplazamientos de artillería ubicados en la zona elegida para el desembarco habían quedado destrozados cuando las tropas de asalto aliadas llegaron a tierra, y los incesantes ataques aéreos desorganizaron en tal forma las rutas de abastecimiento de los alemanes que sus refuerzos no pudieron llegar al frente de batalla. En agosto siguiente, cuando se produjo el derrumbe de las líneas germanas en Caen, un contraataque preparado por los alemanes fué anulado antes de que se produjera, gracias a la acción de proyectiles cohetes arrojados por los aparatos Typhoon de la R. A. F. La una vez poderosa Luftwaffe, que debía preparar el camino para la conquista del mundo por los nazis, fué impotente para enfrentar las incursiones de los bombarderos, cazasbombarderos y aviones lanzacohetes, que operaron por millares desde las bases establecidas en Francia, a escasa distancia de sus objetivos. En los primeros momentos de la guerra la R. A. F. estableció una competencia de calidad contra cantidad, y cuando a la calidad pudo agregarse la cantidad, la suerte de la guerra quedó decidida. Gracias a un entrenamiento minucioso y a la producción en masa de aviones, la fuerza aérea aliada consiguió la victoria más aplastante y decisiva que se registra en la historia militar.

Cuatro años antes de la invasión de Europa, antes de que el último soldado inglés abandonara la playa de Dunkerque, se encargó a un grupo de oficiales la confección de planes concretos para volver al continente. El lugar en que debía realizarse el primer ataque fué fijado con un año de anticipación y aprobado en la reunión que Roosevelt, Churchill y los jefes del estado mayor aliado celebraron en Quebec, en agosto de 1943. La fecha aproximada fué comunicada por Roosevelt a Stalin en noviembre de 1943, durante la Conferencia de Teherán. La fijación del día exacto quedó a cargo del general Eisenhower. Este, después de un estudio detenido de los planes, de los materiales de que se dispondría y las fechas en que se concentrarían en los lugares prefijados, fijó la fecha de la invasión entre el 3 y el 10 de junio de 1944. Los ataques aéreos preliminares empezaron ocho semanas antes, y el 6 de junio ya habían sido inutilizados por la aviación 82 centros ferroviarios alemanes de valor estratégico a retaguardia de la Muralla del Atlántico, y la mayor parte de los puentes, carreteras y ferrocarriles que conducen a la península de Cherburgo. Se dió orden de arrojar en lugares ajenos al señalado

para el desembarco, dos bombas por cada una que fuese lanzada en el objetivo verdadero, con el propósito de inducir en error a los alemanes. Un doble del general Montgomery fué enviado al Africa, con objeto de engañar al servicio de espionaje alemán, que descontaba la intervención del vencedor de Rommel cuando se intentara el desembarco en Francia. Unos días antes de iniciarse la campaña destructores y aeroplanos aliados recorrieron las aguas del Canal, mientras otras escuadrillas de las dos armas lo mantenían cerrado a la navegación en ambos extremos. Se obligó a los cañoneros y torpederos alemanes a refugiarse en sus fondeaderos, y los submarinos que salían a la superficie para cargar sus baterías eran atacados de inmediato. Grandes barcos de la escuadra montaban guardia a la entrada del mar del Norte, para impedir el paso a los barcos de guerra alemanes. Quedaron así eliminadas todas las probabilidades de que los alemanes pudieran hacer alguna salida importante contra la flota invasora.

Desde el 29 de marzo habían empezado a trasladarse las tropas a las zonas de concentración. Alrededor de mil trenes fueron los encargados de llevarlas hasta la costa, luego de haberlas sometido a un intenso entrenamiento; las maniobras y simulacros fueron hechos con municiones reales y no con balas de fogueo. Los ingenieros se habían ejercitado también para destruir o sobrepasar los obstáculos ideados por Rommel. Utilizando las enseñanzas recogidas en operaciones anteriores, como la de Dieppe y Saint Nazaire, se montaron baterías especiales de piezas-cohetes en las naves de desembarco destinadas a pulverizar los emplazamientos de artillería de la costa.

Paralelamente a estos grandes preparativos para la invasión se realizó un trabajo metódico por las organizaciones secretas inglesas, francesas y norteamericanas, para lograr una explosión sincronizada de la resistencia francesa. Se convenció a los grupos de sabotaje franceses de la necesidad de abstenerse de todo acto aislado de violencia y aceptar las misiones específicas emanadas del cuartel general en Londres. Fueron seleccionados con tal fin millares de franceses bajo la ocupación y el terror de la Gestapo. Su misión fué la de cortar las comunicaciones, volar los ferrocarriles y retardar la marcha de la divisiones germanas en el momento oportuno. El cuartel general de Londres proporcionó a cada sección de estas fuerzas que actuaban en la sombra mapas detallados de las zonas respectivas, en los que se indicaban los objetivos a su cargo. La aviación lanzó paracaidistas instructores que enseñaron a los campesinos la manera en que deberían desempeñarse. Unos días antes de la invasión el mapa de Francia en el cuartel general aliado estaba cubierto de señales que indicaban los lugares ocupados por patriotas franceses listos para entrar

en acción tan pronto como recibieran la señal. Así fué como el extraño mensaje transmitido la noche del 5 de junio de 1944 por la British Broadcasting Corporation de Londres tenía un significado definido para más de 5.000 patriotas franceses que entraron inmediatamente en acción. El mensaje fué éste: "Elena se casa con José. Repito. Elena se casa con José. La brújula apunta al norte. Repito. La brújula apunta al norte". Esa misma noche, antes de que un solo soldado aliado hubiese puesto los pies en las playas normandas, una fuerza oculta hasta ese momento voló puentes y represas, destruyó rieles de ferrocarril, dirigió locomotoras por vías equivocadas, derrivó árboles sobre las carreteras e interrumpió las comunicaciones telefónicas. El resultado fué que las fuerzas alemanas que debían rechazar la invasión sufrieron un retraso de cuarenta y ocho horas. Además, Londres conocía con dos días de anticipación todos los movimientos importantes de tropas, lo que permitió a la aviación aliada bombardear a casi todos los trenes que transportaban efectivos hacia Normandía.

En cuatro meses, los aviones llevaron a Francia, valiéndose de paracaídas, seis millones de kilos de armas de fuego, granadas y elementos sanitarios, junto con equipos de instructores formados por oficiales ingleses, franceses y norteamericanos que tuvieron a su cargo la dirección y el apoyo de medio millón de *maquis* que ardían de impaciencia en las regiones montañosas por entrar en acción.

Cinco mil embarcaciones tomaron parte en la invasión de Normandía, procedentes de distintos puertos ingleses y sujetas a un horario estricto, navegando por estrechos canales que los barreminas habían despejado unas horas antes. A todo lo largo de una faja de cien kilómetros aterrizaron las tropas de paracaidistas encargadas de librar el terreno de postes y minas. Las bajas registradas por los primeros contingentes fueron elevadas. A renglón seguido los desembarcos de "Comandos" se multiplicaron en toda la costa. A las 3 horas del día D una escuadrilla de la R. A. F. dejó caer sobre las playas una catarata de luces de bengala. A las 5 y 40 los barcos de guerra abrieron el fuego contra las defensas costeras. 600 bocas de fuego, procedentes de 80 barcos, descargaron 2.000 toneladas de explosivos. Las baterías y posiciones fortificadas alemanas fueron batidas en un orden previsto de antemano. Los pequeños aeroplanos de observación, en vuelo rasante, fueron los encargados de comunicar los efectos y las rectificaciones de tiro necesarias. Luego se dirigieron a tierra las barcazas cargadas de tropas y los lanchones de tanques. Las pérdidas que experimentaron los invasores fueron considerables, pero las barcazas de desembarco hundían sus proas en la arena unas tras otras, bajaban sus rampas y descargaban inagotables contin-

gentes de soldados que corrían agazapados al ataque. Los seguían los tanques artillados. Durante todo ese día fluían del mar, incesantemente, hombres y más hombres. Los proyectiles de los alemanes levantaban grandes columnas de agua y las naves alcanzadas por ellos estallaban.

Los nazis habían preparado sus planes para el día de la invasión, y contaban indudablemente con la imposibilidad en que se hallarían los aliados, pasado el primer momento, para seguir desembarcando, sin disponer de un puerto de primer orden, todo el material pesado para llevar adelante la batalla sobre el continente. Pero los atacantes se habían reservado un arma secreta imprevista: dos puertos artificiales completos, cada uno de ellos de tanta capacidad como el de Dover. Las tormentas en el Canal y el furioso oleaje que es su característica, habrían hecho imposible la empresa de invasión si no se hubiese contado con esos puertos artificiales. Los ingleses construyeron 150 bloques de hormigón de grandes proporciones, de seis tamaños distintos de acuerdo al calado necesario. Los más pequeños tenían un peso de 1672 toneladas y los más pesados de 6044. Se confeccionaron once kilómetros de muelles en secciones de 160 metros, que fueron remolcados a través del Canal. Como escolleras rompeolas se emplearon flotadores de acero con un peso total de 15.000 toneladas. Los trabajos comenzaron en noviembre de 1943 en 27 lugares de las islas británicas simultáneamente: De los 20.000 obreros que trabajaron en este detalle de la invasión ninguno sabía el destino ni la índole del trabajo que efectuaban. Los aviadores alemanes no sospecharon el objeto de esas construcciones. Por otra parte, se concentraron barcos viejos procedentes de todas las latitudes en puertos de Inglaterra y Escocia, los que se hicieron al mar el día de la invasión y fueron hundidos todos a 400 metros de la costa de Normandía. Las olas rompían sobre ellos, y el agua, perdida su fuerza, ofreció un fondeadero adecuado para los botes y barcazas de desembarco. A la vez 165 remolcadores zarparon de cinco lugares distintos, arrastrando los bloques de hormigón. Cada bloque contaba con una torrecilla de acero servida por una dotación de artilleros, que fueron los encargados de repeler, con intenso fuego antiaéreo, los ataques que la aviación alemana llevó contra ellos durante los varios días que duró la travesía. Estos ataques consiguieron hundir un número importante de remolcadores y algunos de los bloques, pero esas pérdidas habían sido previstas. Mediante un sistema de compuertas, los bloques fueron hundidos en los sitios prefijados de antemano, a una velocidad también calculada para que conservaran el equilibrio y la verticalidad. Cada bloque tardaba alrededor de una hora en tocar fondo. Cuatro días después de la invasión llegaban

ya los bloques a las playas de Francia y el muro de hormigón se alargaba: los grandes barcos podían realizar ahora, dentro de sus límites, las operaciones de descarga, cualquiera que fuese el oleaje en el Canal. Los flotadores de acero fueron anclados a una distancia de un kilómetro y medio del perímetro de hormigón, lo que proporcionó un abrigo para los barcos que, fuera del puerto artificial, aguardaban su turno de descarga o para salir en convoy de regreso a las islas británicas. Las grandes olas, serenadas al saltar sobre los flotadores, dejaron de constituir el peligro de que los bloques de hormigón fueran destruidos y de que los barcos situados fuera del puerto artificial se precipitaran contra sus muros. La dificultad representada por las bajantes y crecientes de la marea fué allanada con la instalación de muelles montados sobre pilotes-boyas de acero, que se conservaban siempre al nivel corriente de los barcos.

§ 9. *Camino a Berlín.*

Después de haber contribuído eficazmente al éxito de los desembarcos, este puerto artificial fué destruído por una violenta galerna, en la parte que servía a los desembarcos norteamericanos. El puerto inglés, en cambio, pudo continuar prestando servicios.

El día 6 de junio Eisenhower anuncia que en la madrugada comenzó la invasión de Francia entre Cherburgo y Caen, en la desembocadura del Sena, y el 8 veinte divisiones aliadas operan ya en Normandía. Los guerrilleros entran en acción desde el primer momento y los alemanes se repliegan, mientras las autoridades francesas toman enérgicas medidas para impedir que los patriotas ayuden a los aliados. Simultáneamente, Civitavecchia y otros centros vitales al norte de Roma son ocupados por los aliados. El día 12 Churchill visita el frente de Normandía. En esa fecha los rusos avanzan en Finlandia y es lanzado un "raid" gigantesco por los aliados en la zona de invasión, en el que intervienen 10.000 aeroplanos. Los días 13 y 14 tiene lugar una furiosa batalla de tanques cerca de Caen. Ambos bandos reciben poderosos refuerzos. El rey Leopoldo de Bélgica es trasladado a Alemania. El día 16, mientras los ejércitos rusos rompen las líneas finesas, el Rey de Inglaterra, acompañado por el general Eisenhower, visita el frente de Normandía, se confirma la matanza de 3.000 judíos checos con gases letales por los alemanes, y Gran Bretaña es atacada por las bombas voladoras que lanzan los germanos. El 17 las tropas francesas de Argel desembarcan en la isla de Elba, el Gobierno Británico levanta la prohibición de salida del país que rigió durante el tiempo que duraron los preparativos para la invasión de Normandía y los actos de sabotaje de

los patriotas en Francia toman proporciones cada vez mayores. El 20 atacan objetivos vitales en Alemania y Francia 2.500 aviones aliados y también algunas bases de bombas voladoras. En esa fecha los rusos toman Viborg en Finlandia y los aliados Perusa en Italia; estos últimos están a 115 kilómetros de Florencia. El día 22 la Flota de EE. UU. ha obtenido una gran victoria sobre los japoneses. El 26 Cherburgo es dominado y los aliados hacen 9.000 prisioneros, Vilebsk cae en poder de los rusos, los invasores japoneses son desalojados de Manipur, tropas aliadas conquistan Mogaung en Birmania y la flota británica ataca objetivos japoneses en las islas Andaman, en la bahía de Bengala. El 1.° de julio termina toda resistencia en la península de Cherburgo: desde el día de la invasión los aliados han tomado 40.000 prisioneros. El 3 Minsk es ocupada por el ejército soviético; el 4 cae Polosk y el 13 Vilna. El 16 los rusos toman Grodno, los aliados Arezzo, y Tito Teslic, en Bosnia. El 2 Rommel ha lanzado infructuosos ataques cerca de Caen, punto que cae en poder de los británicos y canadienses el 9. Montgomery ha completado la primera fase de su ofensiva en dirección a París. El 20 de junio un grupo de oficiales alemanes atenta contra la vida de Hitler en su cuartel general. El cabecilla de la tentativa, Coronel Conde von Stanffenburg, es ejecutado. En un discurso Hitler afirma que castigará despiadadamente a todos los jefes rebeldes. Anuncia también el nombramiento de Himmler como jefe de las fuerzas del interior. El 22 los aliados han efectuado los más grandes ataques aéreos de la guerra y el 25 el mariscal Montgomery lanza su nueva ofensiva en Normandía. Hitler dispone la movilización total en el Reich y en los territorios ocupados. Se encargaron de ella el mariscal Goering y el doctor Goebbels. El 27 los ejércitos rusos han llegado al Vístula y avanzan sobre Varsovia: ocupan Lemberg, Stanislaowow, Dvinsk, Bialystok, Siauloi. Los yanquis rompen las líneas de defensa alemanas al sud de Saint Lo, en Normandía y el 29 llega allí Churchill en visita de inspección; el 30 las fuerzas británicas emprenden una ofensiva en gran escala desde el sud y el oeste de Caumont.

El mes de agosto se inicia con la llegada de los rusos al Báltico en las cercanías de Riga y la dimisión de Ryti, presidente de Finlandia, a quien sucede el mariscal Mannerheim. Hasta ese momento los alemanes han lanzado hacia Inglaterra 5.340 bombas voladoras, causando 4.735 muertos y dañando 800.000 casas.

Los aliados siguen en su ofensiva, y el 3 pasan, en su avance, de Normandía a Bretaña, tomando las localidades de Rennes y Vire. El 8 es roto el frente germano al sud de Caen y el 9 son ocupados en Francia Saint-Malo y Le Mans; 257.000 personas han sido evacuadas del sud de Inglaterra ante el flagelo de las

bombas voladoras por el gobierno, y otros miles de criaturas, ancianos e inválidos por los particulares: los guerrilleros actúan intensamente en la región de Vichy. El 12 los alemanes se repliegan hacia París, y en dirección a Burdeos desde el Loira. El 15, simultáneamente con la apertura de otro frente por los aliados, que desembarcan en el sud de Francia entre Tolón y Niza; cerca de Cannes, el general Charles De Gaulle, desde Argel, hace un llamado a la rebelión al pueblo francés. Sigue el 16 el avance sobre París, y el 17 los aliados entran en Dreux, Orleans, Chartres y Chateaudun. En ese momento los rusos llegan a la frontera de Prusia Oriental. El 20 estalla la revuelta de la población de París contra el ocupante alemán. Fuerzas norteamericanas llegan a la margen oriental del Sena. El 22 sucede otro tanto en Dinamarca, donde la población se vuelve contra la ocupación alemana con protestas y sabotajes en toda la nación, mientras las fuerzas francesas del interior han entrado en Tolón, libertando a la vez 8 departamentos en Bretaña, Los Pirineos, Los Alpes y el Macizo Central; los aliados efectúan un nuevo desembarco en la costa atlántica, los rusos toman Jassy en Rumania y Florencia es ocupada totalmente en Italia por los aliados; alrededor de 100.000 germanos de las fuerzas de Von Kluge están cercados en Normandía, al norte de Falaise.

El 23 de agosto de 1944, después de cuatro días de lucha, los patriotas franceses, con Leclerq a su frente, liberan París, los guerrilleros despejan de alemanes Perpiñan; Marsella y Grenoble son ocupadas por las fuerzas del general Delattre de Tassigny y del general Patch. Rumania anuncia el mismo día que hace la paz con Rusia: Antonescu renuncia, y el nuevo gobierno, encabezado por el general Senatescu, denuncia el "dictado" de Viena, impuesto por Hitler en 1940, declarando la guerra a Alemania. Bucarest es liberada y prosigue el avance ruso en Ucrania. El día 25, mientras los patriotas polacos en Varsovia piden ayuda, el comandante alemán de París se rinde al general Leclerq y De Gaulle llega a la capital de Francia, desde donde habla por radio a la nación. El 26 las tropas de Patch entran en Aviñón, Tarascón y Arlés. En su avance, los aliados se apoderan también de Reinms y Troyes; Vichy ha caído en manos de las fuerzas del interior; el 27 Delattre de Tassigny ocupa la ciudad meridional de Tolón después de un sitio de nueve días; el 29 los aliados han cruzado el Mosa y el Marne. El 29 es constituido el nuevo gobierno provisional francés, presidido por De Gaulle. El 30 los checoeslovacos se sublevan, unidades armadas se levantan contra el gobierno de Tiso y los rusos ocupan Ploesti, la valiosa región petrolera rumana que abastece al Reich: el 31 caen en poder del II ejército británico las ciudades de Beauvais y Amiens, tratando

de eliminar la pesadilla que significa para Londres las bombas voladoras germanas: durante agosto éstos han causado 1.103 muertos y 2.921 heridos en Gran Bretaña.

El 1.º de setiembre entra en Verdún el III ejército al mando del general Patton y continúa la retirada general del ejército alemán ante el avance de las fuerzas aliadas que ya traspasan la frontera belga, ocupando también Arrás y Sedán. Los ataques aéreos a objetivos del Reich continúan sin interrupción; el día 2, al tiempo que los británicos toman Pisa en Italia, cruzan el río Arno y traspasan la línea gótica en el sector del Adriático, las tropas norteamericanas cruzan por Maubeuge la frontera belga y ocupan Tournai; el día 3 son ocupadas Metz y Nancy, luego que las tropas de Patton cruzan el Mosela, mientras Eisenhower anuncia la invasión a poblaciones de Holanda y Bélgica; Lyon es ocupada por los aliados desembarcados en la Riviera; a las 8 horas del día 4 cesan las hostilidades entre Rusia y Finlandia; y éste rompe sus relaciones con Alemania, que debe evacuar sus tropas de ese país; Bruselas es liberada por los aliados, que además ocupan Lila. El 5 Rusia declara la guerra a Bulgaria, pero el 6 ésta pide el armisticio y a su vez declara la guerra a Alemania; ese mismo día tropas soviéticas llegan a Turnu Severin y se sitúan en la frontera yugoeslava; el 7 los bombarderos aliados han hundido 75 barcos japoneses en tres días de acción entre Nueva Guinea y las Filipinas, los aliados cruzan el Canal Alberto liberando poblaciones en Bélgica, y en Londres se aminoran las restricciones en la iluminación, se reduce el servicio civil de bomberos y se suspende el entrenamiento de la guardia metropolitana; el 8 después de ocupar la ciudad de Lieja, el I ejército norteamericano avanza en dirección a Alemania, fuerzas rusas entran sin oposición en Bulgaria, apoderándose del puerto de Yarna, y Tolbukhin llega a Yugoeslavia desde Bulgaria; el 11 las tropas aliadas al mando del general Hodges invaden a Alemania frente a Treveris; Luxemburgo ha sido liberada el día anterior y la guarnición alemana en el Havre se rinde: por otro lado, las fuerzas británicas entran en Holanda; Churchill y Roosevelt inician sus conversaciones en Quebec; el 12 los aliados entran en Alemania frente a Aquisgrán, el 14 el Comité Nacional Polaco de Liberación con asiento en Lublin anuncia que Boleslao Bierut ha sido designado presidente de la República Polaca; el 15 los ejércitos aliados llegan en Holanda a Maestricht; en Polonia, después de un asedio de siete semanas, Praga, suburbio de Varsovia, es ocupada por el ejército de Rocossovsky, y en el Pacífico, en la mayor operación combinada de esa guerra, el almirante Nimitz y el general Mac Arthur emprenden la invasión de la base japonesa de Palau; del 16 al 21 tiene lugar en Dinamarca una huelga general en señal de protesta contra la deportación de pri-

sioneros dinamarqueses a Alemania; el 17, fuerzas aliadas transportadas en 1.000 aviones y planeadores descienden en el sector de Arnhem, en Holanda. El 22, después de seis días de recia lucha, los británicos se hallan frente a fuerzas superiores en número, sin que las tropas del general Dempsey, que se abren paso desde Nimega, puedan unírseles. La I división británica, a pesar de haber sido reforzada con nuevas unidades conducidas por aire, es derrotada, y el 27, después de once días de lucha, el general Urquhart, que está al mando de ella, retira sus restos a la margen sud del Bajo Rhin. El 25 la artillería pesada y 1.300 bombarderos cuatrimotores han iniciado un recio ataque contra la línea Sigfrido; el 28 Ensenhower dirige una proclama a Alemania invadida; el 30 los canadienses vencen la resistencia alemana y entran en el puerto de Calais.

Al empezar octubre se acentúa la embestida de los aliados contra la línea Sigfrido, que es atacada simultáneamente en varios puntos y sobrepasada por las tropas norteamericanas; el 20 los aliados se apoderan de Aquisgrán, al tiempo que los rusos entran en Belgrado; el 23 es reconocido por los aliados el gobierno del general De Gaulle. Desde el día de la invasión, los aliados han hecho 637.544 prisioneros alemanes.

El 4 de noviembre Grecia ha quedado libre de tropas alemanas. El 18 las fuerzas de Patton irrumpen en la plaza fortificada de Metz, Capital de Lorena, y el 23 los franceses entran en Estrasburgo. El 3 de diciembre las tropas de EE. UU. cruzan el Sarre; el 5 los canadienses del VIII ejército toman Ravena; el 8 el general Patton penetra 3 kilómetros en la línea Sigfrido; el 11 y el 12, durante 48 horas, los aviones aliados descargan 18.000 toneladas de explosivos sobre el Reich.

Del 3 al 6 de diciembre ha estallado la guerra Civil en Grecia. Fuerzas del partido "Elas" se posesionan de varios barrios en Atenas y el Pireo, donde se afirman. El 10 de diciembre el primer ministro Papandreou rechaza exigencias de los del "Elas". Desembarcan refuerzos británicos en Atenas, y el general Scobie que tiene a su cargo esas fuerzas, recibe a Porphyrogennis, representante del Comité del "Eam" que dirige las fuerzas de "Elas". Fracasadas las negociaciones ante la exigencia de Scobie de que deben cesar toda resistencia y entregar las armas, las fuerzas del "Elas" emprenden un ataque general en Atenas. Los ataques del "Elas" son contenidos y la sublevación es dominada paulatinamente. El 25 de diciembre Churchill, acompañado por Eden, llega a Atenas para tratar de resolver el problema creado. Después de conferenciar con los jefes de los distintos partidos, el arzobispo de Atenas, Demaskinos, es nombrado regente. El general Plastiras constituye el ministerio.

El 17 de diciembre los alemanes, al mando de von Rundstedt, inician una contraofensiva a lo largo de un frente de 120 kilómetros de las Ardenas. Se internan 64 kilómetros en Bélgica las divisiones de Rundstedt. El 26 cinco mil aviones aliados atacan las líneas de comunicaciones enemigas para anular su ataque, y el 30 han caído prisioneros en poder de los aliados 13.273 alemanes. Desde el 6 de junio, día del desembarco aliado, se han tomado 800.000 prisioneros germanos en el frente occidental. El 31 los ejércitos aliados reanudan su rápido avance a través de Bélgica y Luxemburgo y se cierra aún más la brecha alemana en Bélgica con la ocupación de Rochefort y Libramont por las fuerzas de Hodges y de Patton.

Hitler habla por radio en la noche de fin de año, prometiendo al pueblo alemán la victoria.

Al comenzar el año 1945 los norteamericanos tienen cerca de 12.000.000 de hombres bajo las armas. Fracia firma la declaración de las naciones unidas. Nagoya y Osaka, centro de la industria de guerra nipona, son atacadas por centenares de aviones estadounidenses. Turquía rompe sus relaciones diplomáticas con el Japón. Los alemanes atacan desde Komarom, al norte de Budapest. Los aliados han detenido la ofensiva alemana en Alsacia. Los alemanes tienen 100.000 bajas en las Ardenas. En Birmania avanzan los británicos, que llegan a 120 kilómetros de Mandalay. El 11 de enero von Rundstedt logra retirar el resto de sus fuerzas hacia la frontera del Reich, y en Grecia se firma un armisticio entre representantes del "Elas" y del ejército británico. El 12 las fuerzas de Montgomery establecen contacto con las de Patton en Saint Hubert, la saliente alemana de Bélgica, El 27 se produce un nuevo avance aliado, después de haber anulado definitivamente la saliente alemana en las Ardenas.

El 5 de febrero los rusos se hallan a 80 kilómetros de Berlín. El 11 los anglo canadienses toman la ciudad de Cleves, y los norteamericanos, al mando de Patton, ocupan Prum, a pesar de que los alemanes han hecho volar las represas del Roer. El 13 los rusos ocupan Budapest, después de un asedio de seis semanas. El 21 empieza la conferencia de Chapultepec, en Méjico, y en esa misma fecha el general Patton inicia una ofensiva desde Prum hasta el ángulo Mosela-Sarre, sobre un frente de 80 kilómetros. El 22 los aliados cruzan el Sarre y el Roer y lanzan la incursión aérea más poderosa de la guerra con 7.000 aviones que atacan el territorio alemán en una superficie de 65.000 kilómetros cuadrados, desde Hannover hasta Berlín y desde Nuremberg hasta Lübeck. El 24 Manila es totalmente liberada y 200 superfortalezas volantes atacan el día 25 la zona industrial de Tokio. El 26 cuatro ejércitos aliados irrumpen a través de la Sigfrido entre Goch y Tréveris.

El 27 se produce un espectacular avance norteamericano en la zona del Rhin, en dirección a Colonia. Al terminar febrero se hace cada vez más evidente el colapso de Alemania. La resistencia germana es inferior a lo que preveían los militares aliados.

Marzo se inicia con la llegada al Rhin, a la altura de Neuss, del IX ejército al mando del general estadounidense Simpson, que se une al primer ejército canadiense, al ser tomada la ciudad fronteriza holandesa de Venlo. El primer ejército francés ocupa Colmar y grandes formaciones de la VIII fuerza aérea aliada atacan las instalaciones petrolíferas de Misburg, Ruhland y Mandeburgo. Los patriotas daneses obstaculizan los movimientos de tropas alemanas en su país, atacando los centros ferroviarios. El 5 el primer ejército norteamericano, al mando del general Hodges, entra en Colonia y el 7 algunas unidades del mismo cruzan el Rhin al Sud de Colonia, mientras que las fuerzas blindadas de Patton llegan también al mismo río en las cercanías de Coblenza, en cuya ciudad entran el 17, a la vez que el tercer ejército de Rusia Blanca toma Brandeburgo. Patton ocupa el 20 Kaiserlantern y Worms, el 21 Ludwigshafen, el 25 Darmstadt y el 26 Frankfort. El 28 el II ejército de Rusia Blanca ocupa Gdynia, en Polonia, y cae sin lucha la ciudad de Wiesbaden; el 29 los rusos penetran en territorio de Austria, y el 30 Rokosovsky ocupa la ciudad de Danzig, en tanto que el primer ejército norteamericano toma Paderborn. Los avances de los aliados en el mes de marzo han sido espectaculares. El ejército alemán se desintegra. Los norteamericanos han penetrado 160 kilómetros más allá del Rhin. 1.500 transportes aéreos lanzan tropas paracaidistas en la llanura de Westfalia. Berlín es atacada en pleno día por la aviación aliada, que el 18 de ese mes sufrió la incursión diurna de 1.300 aviones *Liberator* y Fortalezas volantes, escoltados por 700 aparatos de caza *Mustang*. Unos 12.000 aparatos aliados actúan en el asalto en masa contra Alemania, transportando tropas, arrojando abastecimientos a los ejércitos, aniquilando las formaciones enemigas, las plazas fuertes, las posiciones de artillería y los aeródromos, centros ferroviarios y carreteras.

El 1.° de abril arrecia la ofensiva canadiense en Holanda, los americanos cruzan el río Weser, el Ruhr es circundado, todos los ejércitos han cruzado el Rhin y siguen avanzando. El ejército ruso, por su parte captura ciudades en Silesia, Eslovaquia, Hungría y Austria, y llega a la región de Viena. Las fuerzas del 5.° y 8.° ejércitos lanzan fuertes ataques en Italia. El 9 los rusos irrumpen en Koenisberg y el 10 las tropas de Simpson se apoderan de Hannover, el 11 de Essen y el 12 entran en Weimar las fuerzas de Patton, mientras los franceses toman Rastadt y Baden - Baden. El 13 Tolbukhin y Malinovsky ocupan la ciudad de Viena. El 16 el 7.° ejército norteamericano entra en Nurenberg, y el 18 las fuerzas de Simpson en Magdeburgo. Los aliados están en Leipzig y Düsseldorf el 19 de abril; y el 21, al tiempo que los aliados ocupan Bolonia en Italia, los rusos penetran en la capital de Alemania y las fuerzas del general Patton entran en Checoeslovaquia. Himmler y Keitel dan a sus tropas la orden de no rendirse, mientras Hitler hace un llamado a la Wehrmacht para que salve a Berlín. El 22 los franceses ocupan la ciudad de Stuttgart; el 23 el primer ejército de la Unión entra en Dessau, el grupo de ejércitos de Devers en Friburgo, y el primero de Rusia Blanca en Frankfort del Oder. El 26 el segundo ejército británico ocupa Bremen, los franceses Constanza, las tropas de Patton Regensburgo y el 5.° ejército Parma, Verona y Reggio Emilia en Italia; los patriotas italianos, bajo la dirección del general Rafael Cadorna, liberan a Milán, Turín, Génova y otras ciudades del Norte; el 27 rusos y norteamericanos se unen en Torgau, el centro de Alemania; los rusos toman Potsdam y el 5.° ejército entra en Génova. Se anuncia la rendición del Reich. El 28 son desmentidos los rumores de rendición. El 29 el 8.° ejército de la Unión entra en Munich, tropas británicas al mando de Dempsey cruzan el Elba, 40 kilómetros al sudeste de Hamburgo; el 5.° ejército entra en Milán y el 8.° en Venecia, al tiempo que los patriotas liberan a Mantua, y en Viena se forma un gobierno presidido por Karl Renner. Mussolini, junto con varios de sus compañeros, es ejecutado por las milicias populares, que los apresan al intentar huir. El 30 los ejércitos 1.° y 9.° de la Unión, al mando de Hodges y Simpson respectivamente, establecen nuevos contactos con las fuerzas rusas. Berlín está ocupada casi totalmente por los rusos, pero la lucha prosigue.

La radiotelefonía alemana anuncia desde Hamburgo la muerte de Hitler el 1.° de mayo. El almirante Doenitz, jefe de la flota alemana, asume el poder y da orden de continuar la lucha. En el norte de Italia y al oeste de Austria el ejército alemán se rinde. Se calcula en 1.000.000 aproximadamente el número de hombres que deponen las armas. Las fuerzas británicas del 2.° ejército llegan al Báltico por los puertos de Lübeck y Wismar, con lo que queda aislada Dinamarca. Berlín cae en poder de los ejércitos de Rusia Blanca y Ucrania. Ese día, la 5.ª sesión plenaria a la Conferencia de San Francisco decide invitar a la Argentina a participar en ella. Berlín ha capitulado incondicionalmente, entregándose 140.000 prisioneros a los rusos; también se rinden incondicionalmente las fuerzas alemanas de Italia y de la región occidental de Austria; el mariscal von Rundstedt es apresado por las tropas de Patch; los neocelandeses llegan a Trieste. El día 3 se derrumba el frente de los alemanes en el norte; los británicos entran en

Hamburgo, declarada ciudad abierta por los alemanes, a la vez que fuerzas británicas y rusas toman contacto sobre el Báltico. Tropas inglesas cruzan asimismo el canal de Kiel entrando en Dinamarca; en Checoeslovaquia los ejércitos soviéticos han proseguido su avance, y en todas partes las fuerzas del Reich se rinden a los aliados.

El 4 de mayo de 1945 el comandante en jefe de los ejércitos aliados declara solemnemente que Alemania está vencida por mar, aire y tierra. Moscú afirma también que las tropas de la libertad han triunfado definitivamente sobre los sostenedores de la opresión, y que las operaciones que falta realizar son simples trabajos de limpieza destinados a "barrer el nazismo". Capitulan los alemanes en Dinamarca. Holanda, Heligoland, en las islas Frisias y en el noroeste de Alemania; el general Patch entra en Italia por el paso del Brenero y cae Berchtesgaden.

PANORAMA

§ 1. *El triunfo de la fuerza.*

APARENTEMENTE, la humanidad acaba de despertar de una espantosa pesadilla. Las torturas, los campos de concentración, las matanzas de rehenes, y las masacres de poblaciones enteras eran los elementos de esa pesadilla. Pero ésta era debida a la alta temperatura provocada por la enfermedad que padece la civilización. Los remedios drásticos suministrados al enfermo han hecho bajar la temperatura transitoriamente, y la pesadilla se ha interrumpido. Pero la enfermedad de la civilización no ha sido curada, así como la aspirina aleja el dolor pero es incapaz de eliminar la enfermedad.

El nazi-fascismo es la expresión transitoria de una honda dolencia. En él se ha concretado, como en un forúnculo resumido, todo el pus de un organismo enfermo. Observemos que el método terapéutico empleado no ha sido más que un servicio de emergencia. La ola de amoralidad no ha sido enfrentada por una prédica de moralidad. La no ética del nazifascismo ha cedido tan sólo a una violencia mayor de parte de las naciones unidas. La camisa de fuerza pone término a los desmanes de un loco, pero no elimina su locura. El nazi-fascismo ha sido y es aún el producto de la crisis del capitalismo y del sistema de las "Grandes Potencias", al que tantas referencias ha hecho Wells en el curso de su ESQUEMA.

Ha sido necesario que las naciones unidas pusieran en la balanza la gravitación de sus ejércitos y sus olas de aviones. Las industrias se volcaron todas en el esfuerzo bélico y todos los recursos científicos y económicos, morales y materiales, se incorporaron a la empresa de enfrentar primero y aplastar después la compleja y eficiente máquina guerrera montada por las potencias del Eje. Y es natural que así fuera, porque frente a los tanques alemanes eran necesarios otros tanques. No podía enfrentarse a la muerte y al exterminio con odas a la libertad de los pueblos, con recursos de dialéctica ni con métodos persuasivos. Nada puede objetarse a ese respecto; aún más, cualquier objeción que se oiga en ese sentido sirve tan sólo para diagnosticar, en quien la formula, la presencia del filonazismo, vergonzante y arteramente insidioso en el mejor de los casos; pero las naciones unidas están

muy lejos de haber combatido esencialmente contra el nazi-fascismo, sino contra sus formas más agudizadas, que se manifestaron en Italia, Alemania y el Japón. Tanto los gobiernos de las grandes potencias como los de las naciones que fueron sojuzgadas representan en su mayoría a las clases dirigentes que detentan el poder desde la segunda mitad del siglo XIX, todas ellas de tendencia nazi-fascista. Lo demostraron con su negligencia criminal y su falta de visión en los prolegómenos de la segunda guerra mundial, y lo siguen demostrando con su tolerancia y benevolencia hacia gobiernos de corte netamente fascista, como los de España, Portugal, Turquía y un sin número de países latinoamericanos. El caso de España es el más flagrante: hasta el 1.º de septiembre de 1939 las que más tarde formaron el conjunto de las Naciones unidas, toleraron la permanencia de Franco en el poder "para evitar una guerra". El apoyo abierto, material y ostensible de Italia y Alemania a los rebeldes franquistas, con ser tan incalificable, fué todavía superado en ignominia y desaprensión, por la aviesa "no intervención" *activa* de Inglaterra y Francia y por la sórdida complicidad del Vaticano. ¿Cómo se explica, pues, la permanencia de ese gobierno a partir del estallido de la guerra? En el año 1946, luego de haberse sacrificado cerca de cincuenta millones de vidas humanas en el término de seis años para librar a Europa del nazi-fascismo, el gobierno de España continúa en manos de los hombres impuestos al pueblo español por los ejércitos nazi-fascistas de Alemania e Italia. Gran Bretaña, con un gobierno laborista que desde el llano prometiera a los republicanos españoles su auxilio para la restauración de la legalidad, muestra una impresionante inoperancia con respecto al problema español: "Hemos enviado un mensaje de esperanza para cada una de las democracias de todo el mundo —dijo Laski, presidente del partido laborista, de quien Churchill había afirmado que una victoria de dicho partido lo convertiría en el dueño del país, durante la celebración de esa victoria—. "Es el pueblo británico el que ha hablado hoy. Al fin vamos a estar en condiciones de hacer justicia a nuestros camaradas españoles".

La entrada de cada una de las grandes potencias en la lucha no tuvo por objeto destruir el nazi-fascismo, sino a los gobiernos agresores de las naciones del Eje. Si esos gobiernos hubieran sido "razonables" y contemporizadores, la tarea de apaciguamiento a que se dedicaron Francia y Gran Bretaña como consecuencia de la proclamación del estado del Manchukuo por parte del Japón, de la invasión de Etiopía por Italia, de la intervención de Italia y Alemania en la revolución española y del Anschluss que unió Austria a Alemania, habría tenido como consecuencia la impunidad para las actividades de los dirigentes nazi-fascistas. El dictado de

Munich, que no tuvo otro objeto que "salvar las apariencias", lo demuestra holgadamente.

La explicación de esta conducta es que el nazi-fascismo constituye el último baluarte del capitalismo, en guerra declarada contra el comunismo. Astutamente, el nazismo se disfraza de socialismo. El material de propaganda utilizado por Hitler para adueñarse del poder en Alemania fueron el racismo y el antisemitismo, pero su fuerza y sus recursos le fueron proporcionados por el fascismo capitalista internacional. Mal podían los países capitalistas, en tales condiciones, ganar una guerra con una terapéutica de contenido ético en que se proclamaran los principios de libertad de los pueblos, premisas convertidas en falacias de política y diplomacia internacional que a nadie merece fe.

Las características de exclusiva gravitación del derecho del más fuerte fueron implícitamente aceptadas por las potencias democráticas, inclusive los Estados Unidos de América y la Rusia Soviética, y el corolario que corresponde a la terminación de la segunda guerra mundial en el año 1945 es también el de que las fuerzas materiales han sido las únicas que han decidido los resultados. Hay que insistir en que ha sido preciso llevar la destrucción la sangre y el fuego hasta el corazón de Italia, Alemania y el Japón para conseguir que el Eje depusiera las armas. Italia arrasada y convertida en campo de batalla, reproducción en cierto grado de lo ocurrido en España, la destrucción en todo el territorio alemán, desde sus fronteras orientales y occidentales hasta la avenida Unter der Linden en Berlín, y los dos impactos decisivos de la bomba atómica sobre el Japón han sido argumentos que han dado fin a la guerra, y no otros. La capacidad admirable de reacción de Gran Bretaña después de la épica retirada de Dunkerque, la epopeya de los maquis en Francia y el rebote de Pearl Harbour, que puso en pie de guerra a todo el pueblo de Estados Unidos son valores morales de orden episódico y de auto defensa elocuentes en sí y limitados a demostrar la entereza con que los pueblos pueden aunar sus voluntades y sus posibilidades de sacrificio para escapar a un destino aciago; pero, desgraciadamente no demuestran nada en cuanto se mira el panorama de conjunto, con la perspectiva necesaria para cotizar los valores morales que han gravitado en los prolegómenos y en el transcurso de la contienda. Si la obstinación y el sacrificio material fuesen elementos de ética, también podría ponerse en un mismo plano la retirada de Dunkerque, el sitio de Leningrado, la toma de Berlín y la obstinada y suicida risistencia japonesa. La segunda guerra mundial ha sido ganada por el derecho del más fuerte. Afortunadamente ese derecho ha estado, en última instancia, del lado de las naciones que enarbolan el estandarte de la libertad de los pueblos y no de aquellas que han

preconizado la superioridad de unas razas sobre otras y de las minorías sociales adueñadas del poder por vía de fetichismos guerreros y el desprecio del individuo. El concepto de nación, como nuevo Moloch sediento de vidas humanas, acaba de perder la batalla en esta encrucijada de la historia, pero las fuerzas morales de un mundo que se debate en las tinieblas han demostrado una vez más su inoperancia, pasando a ocupar un lugar de segundo plano en un litigio que ha sido resuelto por la sola fuerza de las armas.

§ 2. *La crisis de las fuerzas morales.*

El hecho de que esta guerra haya sido ganada por la superioridad material significa que las democracias de corte capitalista que insisten en apañar al nazi-fascismo han perdido la guerra. Y la han perdido porque lo que pueden ofrecer a los pueblos de la tierra dista mucho de ser un orden social en que el derecho, la justicia y el respeto por la libertad individual queden garantizados. Al terminar la primera guerra mundial, cuando los soldados sobrevivientes regresaron de los frentes de batalla y la situación real se manifestó en toda su gravedad al dispersarse la niebla de la heroicidad y el patriotismo, los pueblos, perdedores y ganadores, descubrieron que se les había mentido. ¿Cuál era el premio de sus sacrificios? Un retorno a las angustias económicas que habían sufrido la clase media y las clases trabajadoras, agravadas por las pérdidas materiales experimentadas durante el conflicto. Después del sacrificio en los frentes de batalla eran necesarios nuevos sacrificios al regreso al hogar. Frente a esta situación caótica, representada por la desocupación y el encarecimiento de la vida, un sector de la sociedad usufructaba descaradamente las ventajas derivadas de la especulación y de la propiedad privada: los nuevos ricos y los que habían podido conservarse ricos, eran los verdaderos beneficiarios del desastre. El impacto del fascismo y del nazismo tenía que ser forzosamente registrado y absorbido en ese medio mentalmente propicio. "Para eliminar a los socialistas —dijeron los nazis— hay que incorporar sus demandas a nuestro propio programa. Nadie piensa en cumplir ese programa. Sirve solamente para las elecciones". Y esas demandas fueron utilizadas como un arma de dos filos por los dictadores. A la vez que sustentaban su prédica sobre el programa socialista, con lo que obtenían el apoyo de las masas, se ofrecían a las clases acomodadas como el único dique de contención contra el comunismo. Todas las alternativas de la dilatada lucha por el poder de parte de Mussolini y de Hitler giran alrededor de esos dos extremos. Por otro lado, una política ambigua, mezcla de concesiones más aparentes que

reales y de protestas puramente formales de parte de las grandes potencias, llevó a la encrucijada que hizo crisis en septiembre de 1939, al desencadenarse la segunda conflagración. La insolvencia ética y moral de las dictaduras recurrió a los recursos de la oratoria vacua y a la exaltación de los símbolos nacionalistas, alimentando el misticismo primario de los mediocres, y a la vez echó mano de las prédicas de justicia social, a las que habían de ser especialmente sensibles las clases explotadas. Y una insolvencia parecida de la burguesía recurrió al espantajo del comunismo y también a los símbolos del orden y el respeto por la propiedad privada. Planteada así la lucha, la batalla debía ser perdida, en la segunda guerra mundial, por la parte que cometiera más torpezas. Como es natural, las mayores torpezas fueron cometidas por las dictaduras. La primera de ellas fué la subestimación de los valores morales del hombre. El desprecio por el fuero personal, que en las democracias es repudiado ostensiblemente, aparte de que los principios de libertad individual son relativamente respetados en la forma, hicieron que, respondiendo a una propaganda, a veces bien inspirada por los intelectuales y otras veces sabiameste aprovechada por las clases pudientes, se volcara en definitiva la mayor cantidad de poder del lado de las democracias. En los dos primeros años de esta segunda guerra hubo momentos en que el equilibrio de ambos bandos antagónicos hizo abrigar serias dudas con respecto al desenlace final. Pero la descabellada insistencia de Alemania en basar su régimen en el terror, en el racismo y en el desprecio de los valores espirituales sirvió para amalgamar la unión de las democracias. La agresión contra la Unión Soviética y el ataque a los Estados Unidos por el Japón pusieron ante el mundo sobrecogido una verdad que por momentos pareció ser olvidada por las grandes potencias: Un régimen que se sustenta interiormente en el terror no tiene más salida, en sus relaciones con el exterior, que la agresión y la guerra. Este principio fué sistemáticamente ignorado por Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos, porque las clases dirigentes de esos países creían ver garantizados sus privilegios por el nazi-fascismo, hasta que la dura realidad de los hechos consumados y del ataque directo a sus intereses les hizo comprender que corrían un peligro más inmediato que el representado por el comunismo.

Aparentemente la desmedida audacia de las potencias del Eje fué la responsable de su derrota, pero es indudable que esa audacia, traducida en "blitzkrieg" y en el éxito de las agresiones, habría sido más bien un factor de triunfo, si ese éxito no hubiera tenido que sobrellevar el peso muerto de la prédica racial, —válida en Alemania pero no en el exterior— el desprecio por los

valores morales tradicionales en el mundo civilizado y la sistematización de las masacres y las torturas.

La conclusión de esta guerra demuestra que la base de sustentación de las dictaduras lleva en sí misma el fermento que ha de destruirlas, y pone en evidencia también que las democracias pudieron oponer la fuerza necesaria, no por poseer un acerbo mayor de recursos morales, sino por haber podido congregar mayores elementos materiales debido a las perspectivas terríficas que ofrecía a la humanidad el triunfo de las dictaduras. En lo moral la guerra fué perdida por las potencias del Eje. En lo material fué ganada por las naciones unidas. Esto significa que la fuerza ha cesado en las primeras y que la amoralidad del nazi-fascismo capitalista subsiste en las segundas.

§ 3. *Equilibrio entre el Estado y el Individuo.*

La sociedad capitalista creó el liberalismo. Pero el liberalismo degeneró en el auge de los monopolios, que con su gravitación en la conducta del Estado vinieron a atentar contra el fuero del individuo. La libertad de poseer ilimitadamente trajo consigo el usufructo de los beneficios de la técnica por un sector social reducido. Como consecuencia de esa usurpación se enfrentan hoy con el liberalismo dos reacciones en dirección opuesta: la dictadura fascista, que intenta prolongar el monopolio con un capitalismo de estado, y la dictadura comunista, que organiza el socialismo con el monopolio de la técnica y el trabajo, también por el estado.

La democracia basada en el equilibrio de los tres poderes: legislativo, ejecutivo y judicial es teóricamente la forma de gobierno que garantiza el respecto del fuero personal y la libertad relativa a que el individuo tiene derecho dentro de la sociedad: la libertad sólo limitada por la de los demás habitantes. Pero la coerción ejercida en la práctica por los intereses creados y por los manejos políticos del capital ha convertido a la democracia en una institución fácilmente atacable por las tendencias totalitarias, que si bien hacen escarnio de ella, sólo pueden ofrecer en su reemplazo la franca liminación de la libertad individual.

El error del liberalismo fué creer que la libertad elimina todas las tiranías, sin comprender que si ella ampara también el abuso en la posesión de los recursos económicos y los rendimientos de la técnica moderna, no tarda en atentarse contra el fuero del individuo, que sufre el cercenamiento de su libertad. La maquinaria desplaza al elemento humano, y el beneficio que esto trae consigo por el abaratamiento de la mano de obra no se reparte entre el conjunto social. De este modo, cuanto mayores son los beneficios de los que poseen la maquinaria, también son mayores los perjuicios experimentados por la masa trabajadora, que no tiene cabida en las tareas en que el obrero es reemplazado por la máquina.

Este desequilibrio producido por el progreso en las democracias se ha visto agravado por el temor y el odio de las clases monopolizadoras. El hombre asustado nunca alcanza a ver lejos, y los capitalistas se convirtieron en hombres asustados por la amenaza de la revolución social. La única forma evidente, comprobada en la práctica, de que los pueblos pudieran resolver este estado de cosas, está contenida aparentemente en la fórmula comunista. Y los poseedores del capital, sacrificando los intereses de sus conciudadanos y de la humanidad, no titubearon en volcarse hacia el totalitarismo de las derechas para escapar al de las izquierdas.

Es así como al terminar la primera guerra mundial se inició un interludio que debía preparar la segunda. Aparentemente no han desaparecido las causas que dieron lugar a ambas conflagraciones, porque estas causas están contenidas en el conflicto entre el capital y el trabajo que acaba de señalarse.

El comportamiento actual de las clases favorecidas por este mal de las democracias, acusa una resistencia contumaz a comprender que debe darse un paso decisivo en la limitación de la libertad de poseer riquezas. Como se ha dicho, el abuso de esa libertad restringe la de un sector mayoritario de la población. Se olvida que en un régimen ideal —que es teóricamente la democracia— la libertad de cada uno termina donde empieza la del otro, y que el monopolio afecta directamente la libertad de todos a poseer los beneficios del progreso.

Las naciones no van a la guerra, en última instancia, para resolver problemas que afectan a toda la nación, sino problemas que afectan a las clases dirigentes. Esos problemas provienen de las tendencias, simpatías, intereses y conformación ética de los que componen los sectores dominantes de los respectivos países. Una falacia común, utilizada arteramente por las clases dirigentes, es la de equiparar el concepto de "pueblo" al de "estado". Si bien cada país se expresa, como nación, por medio del poder reconocido como estado, no aparecen claras en cada caso las causas por las cuales gobiernan unos hombres y no otros. Ellas dependen, más que de la habilidad de los que gobiernan, de la mayor o menor competencia de la mayoría de los individuos que forman el pueblo para decidir al respecto. Las situaciones que se producen guardan estrecha relación con los antecedentes históricos, culturales y geográficos de cada país. Así, la propaganda sabiamente elaborada y los intereses creados dan en el predominio de la clase capitalista en las democracias; la absorsión del poder por la clase trabajadora

en el predominio del proletariado en la Unión Soviética; y las aspiraciones místico mesiánicas de un pueblo en que la ingenuidad, la tradición guerrera y el bajo nivel cultural de la mayoría de los habitantes corren parejos, la usurpación del poder por un grupo de megalómanos, visionarios y degenerados: este último es el caso de la Alemania nazi.

Esta detentación del poder por hombres que no representan al elemento humano mejor y más evolucionado de cada pueblo es lo que ha producido las dos últimas guerras mundiales, y puede pensarse con justa razón que si el gobierno de los pueblos continúa, con las variantes que se quieran, en manos de elementos afines a los que gobernaban en 1914 y en 1939, nos hallamos a las puertas de un tercer conflicto de proyecciones imprevisibles para el destino de la humanidad. Ambas guerras, y la que vendrá en tal caso, no son otra cosa que etapas de una revolución universal provocada por el fracaso del sistema capitalista. Si los usufructuarios de este sistema no saben aprovechar las lecciones de la experiencia y no se deciden a renunciar a su preponderancia en la vida de los pueblos, éstos buscarán instintivamente una salida a la situación que los ahoga, y el caos en que ya se halla el mundo podrá retrotraer la civilización a sus más lejanos orígenes.

La misma desintegración de que son víctimas los pueblos de Italia, Alemania y el Japón en este momento de la historia, es la perspectiva que presenta el panorama mundial para todas las demás naciones, a menos que la cultura política universal sufra un cambio decisivo.

El justo equilibrio entre las necesidades de libertad y de subsistencia en cada individuo y el papel meramente administrador del orden de parte del estado, es la única esperanza que existe para serenar el caos en que se debate el mundo.

§ 4. *El perfeccionamiento individual.*

En este momento de la historia se registra la presencia de un afán constructivo, nunca registrado antes en tales proporciones, de búsqueda y superación de los sistemas sociales. Los individuos mentalmente más evolucionados de todas las naciones vencedoras perciben con claridad las necesidades reales de la época en que viven: éstas consisten en una distribución más equitativa de los beneficios que brinda el desarrollo de la técnica y los beneficios que reporta la aplicación de grandes capitales. Comprenden que debe terminar la desproporción del bienestar material de unas capas sociales sobre otras. Comprenden que deben cesar la acumulación de

la riqueza en manos de unos pocos, porque el dilema es de hierro: o se pone coto a la libertad de poseer ilimitadamente, o la inquietud provocada por la penuria económica de las masas puede desviarse hacia la descomposición social definitiva, de la que podrán valerse las fuerzas caóticas que ansían la sensualidad del poder y el endiosamiento de directores hábiles y sin escrúpulos, que a su vez, cuentan con la experiencia de las últimas décadas de dictaduras y totalitarismos. Comprenden que los imperialismos económicos deben cesar, porque no es suficiente ya la libertad física de los individuos si esa libertad es restringida hasta descender a la inocuidad debido a la miseria, el hambre y el malestar de la mayoría de la población del mundo. Comprenden que la libertad individual no puede ser ejercida en la práctica si la esclavitud económica impide el acceso a los recursos que hacen la vida digna de ser vivida.

La labor en que se hallan empeñados estos hombres de visión clara y razonable se ve entorpecida y retardada por la incomprensión y la cobardía de aquellos que ocupan los altos sitiales de la economía mundial. Estos últimos son hombres que registran el peligro en que vive el mundo, pero son incapaces de aligerarse de su cobardía para afrontar la lucha sin ventajas extraordinarias. Hubo un momento, al principio de la última guerra, en que el valor del dinero pareció a punto de sucumbir: la advertencia parece haber sido desoída. Se produjo un caso similar al de aquellos pasajeros de un trasatlántico salvados en un bote. En medio del océano, el multimillonario confraterniza con el humilde marinero y le cede, de palabra, la mitad de sus bienes. Pero salvados, ya en tierra, el multimillonario se hace el desentendido y manda poner preso al marinero que lo molesta con su exigencia de cumplir lo convenido. ¿Es un mal sujeto el multimillonario? No; simplemente es un cobarde, que no tiene el valor de afrontar el futuro con sólo la mitad de sus ventajas económicas. Quiere conservar todas las ventajas: el peligro ha desaparecido. En los últimos tiempos, todos los que poseen riquezas pasan del sobresalto y el renunciamiento, en los momentos de peligro, a la exigencia y el egoísmo tan pronto como amainan los temporales sociales.

Así es como, en última instancia, el destino de la humanidad depende del uso que sepan hacer de su libertad actual aquellos que podrían compartirla voluntariamente con los que carecen de ella.

§ 5. *Los elementos positivos.*

A pesar de todo, se advierte un movimiento definido de opinión universal que intenta abrirse paso a través de una maraña de

mal entendidos; porque el totalitarismo sólo puede atraer, por un lado, a los incapaces que necesitan que se los dirija y se los mande, y por otro, a la minoría de parásitos que están siempre prontos para actuar de matones y para valerse de la impunidad que ofrece todo desorden social. Este movimiento que intenta abrirse paso hacia un orden más equitativo es el de un mayor interés por la cultura política de parte de los hombres de ciencia. Es verdad que en un medio corrompido por el nazismo se ha dado el caso de que los hombres de ciencia hayan hecho causa común con la barbarie hitleriana. Lo comprueban los mil episodios de la última guerra mundial, en que hombres de laboratorio, químicos y cirujanos alemanes han cooperado activamente en la obra del nazismo; pero esta cooperación de parte de los cerebros humanos más evolucionados es insignificante a la luz de la estadística. Ha sido sobrepasada la época en que el análisis de las causas del malestar social era calificado de herejía y acusado de racionalismo. Pertenecen ya a la historia las procesiones y rogativas destinadas a resolver crisis económicas provocadas por los hombres y antaño atribuídas a los espíritus del mal. Los estudiosos de los fenómenos sociales eliminan ya la superstición de las soberanías nacionales, porque el agotamiento moral de los pueblos ya no es posible. Las colectividades no pueden progresar si no progresan los individuos. Y los individuos no pueden aceptar que el atentado a las leyes de la moral sea punible para el ciudadano y no lo sea para un estado que se escuda en la soberanía nacional. Las actividades colectivas son negativas si lo son las de los individuos que forman esas colectividades. Cada día es más evidente la carencia de sentido de frases como "el bien del pueblo", "la grandeza de la patria", "los intereses públicos", si quienes las utilizan oprimen a sus pueblos y pretenden disimular las violencias, las matanzas de hombres, mujeres, niños y ancianos, los impuestos exagerados, los fraudes electorales, la corrupción, el prevaricato y la ilegalidad en todas sus formas. La condena y el castigo de todos estos actos no pueden ya detenerse por razones de fronteras y soberanías nacionales detentadas por caudillos, aventureros y capitalistas sin moral ni conciencia.

En tiempos pasados el repudio de los elementos políticos por los hombres honrados, ha hecho caer a éstos en la ligereza de resistirse a intervenir en la administración pública; pero ya se ha visto que tal prescindencia no tiene otro resultado que dejar los resortes del poder en manos de malhechores.

Hasta hace poco el sólo hecho de poseer riquezas permitía detentar el gobierno de los pueblos, en forma directa o indirecta.

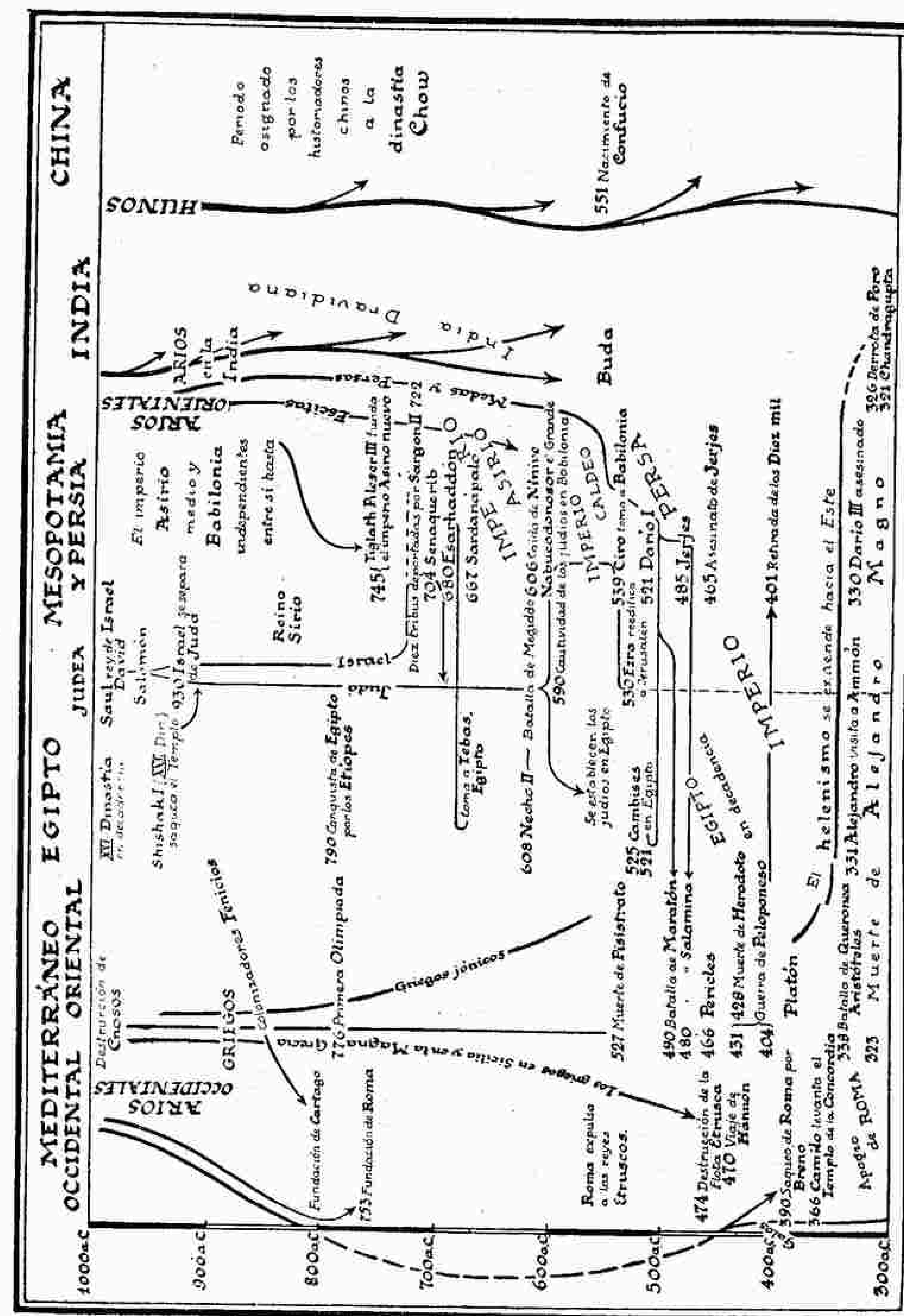
Pero se ha comprobado que con habilidad y audacia es también posible utilizar el dinero de las clases acomodadas, así como los intereses creados por el dinero, para llegar al poder, y desde allí anular también el poder del dinero. Mussolini y Hitler lo han demostrado. Los primeros baluartes del poder fueron tomados en Italia y Alemania con el apoyo del capitalismo. Y llegó un momento en que la posesión del poder y la disponibilidad de los medios y los elementos materiales hizo retornar el valor del dinero a su condición convencional de fuerza que se vuelve inoperante por sí, porque nada significa si no existen los materiales necesarios para repeler la agresión de las armas. Después de la retirada de Dunkerque la posesión de dinero habría sido inocua para la Gran Bretaña si Alemania hubiera contado con más barcos y más y mejores aviones, o tal vez si hubiera concentrado un poco más de esfuerzo bélico sobre las Islas Británicas. Los aliados se salvaron porque pudieron disponer de tiempo; sin ese elemento, que habría sido anulado por un poco más de fuerza del agresor, el dinero no habría tenido aplicación para la defensa.

Las armas y los ejércitos, en poder de un gobierno dictatorial, pueden imponerse a las oligarquías poseedoras de la mayor riqueza en valores convencionales derivados de la acumulación de dinero.

Los hombres capacitados por sus conocimientos históricos y económico-sociales tienen a su cargo en esta etapa de la historia la difícil tarea de llevar adelante un nuevo orden social impuesto por el razonamiento lógico: este nuevo orden no es otro que el de un sistema democrático planificado. Los intentos más definidos en esa dirección fueron la aplicación del "New Deal" y todas las leyes de igual tendencia preconizadas por Roosevelt, el plan Beveridge y la nacionalización de las principales industrias con que ha iniciado su gobierno el Partido Laborista en Inglaterra. La experiencia más aleccionadora a este respecto la ofrece la Unión Soviética. La dictadura comunista ha demostrado los alcances de un sistema planificado en una sociedad que se basa en la propiedad común de los instrumentos de la producción. Posiblemente éste sea el hecho que explica la resistencia opuesta en los países capitalistas a la estructura de una democracia planificada.

Pero aquí es donde se plantea la verdadera batalla entre los elementos positivos, que son los hombres inteligentes de buena voluntad, y las fuerzas retardatarias, constituídas por los que hasta ayer podían cancelar impunemente la libertad de los sombres y los pueblos, ocultando la verdadera naturaleza de su imperialismo económico en falaces sofismas democráticos, aptos para disimular los abusos cometidos en nombre de la libertad que preconizaban a la vez que la desacreditaban, amparándose en ella para destruirla.

De todas maneras, los hombres bien intencionados que hoy se deciden a pensar seriamente en los problemas sociales y a incorporar su pensamiento creador a la curación de los males de nuestra civilización tienden a aunar cada vez más sus esfuerzos hacia un mundo mejor, y esto permite, en última instancia, mirar con optimismo hacia los días por venir, en los que se ha de consolidar —si la humanidad ha de ser alguna vez capaz de aprender la dura lección de la historia— una democracia verdadera, sin demagogos facciosos, falsos profetas, hombres providenciales o salvadores de la patria ambiciosos del poder.



EUROPA OCCIDENTAL · ORIENTAL · RUSIA · EGIPTO · ASIA MENOR · JUDEA · ARABIA · TURKESTÁN · PERSIA · INDIA · CHINA

400 a.C. · 300 a.C. · 200 a.C. · 100 a.C. · J.C. · 100 d.C. · 200 d.C. · 300 d.C.

GALOS
390 Breno saquea Roma
El Helenismo se extiende hacia el Este
366 Camilo edifica el Templo de la Concordia
338 B. de Queronea
330 M. de Darío
326 Derrota de Poro
321 Chandragupta
HUNOS
321 B. de las Horcas Caudinas
323 Muerte de Alejandro Magno
280 B. de Heraclea
281 Pirro (Italia invade)
278 - Incursión de los Galos - en el Asia Menor ----> Galacia
264 1ª Guerra Púnica
240 B. de las Islas Egateas
219 2ª Guerra Púnica
216 B. de Cannas
202 B. de Zama
225 Los Romanos en Iliria
PTOLOMEOS
SELEUCIDAS
PARTOS
264 } Asoka
223
251 Shi-Huang-Ti
Gran Muralla
190 B. de Magnesia
146 Destrucción de Cartago
146 Destrucción de Corinto
133 Muerte de T. Graco
121 " " C. Graco
Yugurta
133 Entrega de Pérgamo
149 Yue-Chi cruza el Pamir
Movimiento de los nómadas mongoles hacia el Oeste
DINASTÍA HAN
Conquista de la Galia
89 Muerte de Mario
78 " " Sila
44 " " César
27 Augusto César
IMPERIO ROMANO
31 B. de Accio
67 Pompeyo llega al Caspio
ALANOS
65 Mitrídates
53 B. de Carras
A.C. 4 Nace Jesús de Nazaret
30 + San Pablo
14 Tiberio
GODOS
Conquista de Bretaña
54 Nerón
61 Boadicea
69 Vespasiano
70 Tito destruye Jerusalén
ARSACIDAS
102 Pan-Chau llega al Caspio
HUNOS
140 Indo-Escitas
150 Kanishka India
117 Hadriano
161 M. Aurelio
La gran peste
Emperatriz Jingo en el Japón
IMPERIO ROMANO EN DECADENCIA
247 Los Godos cruzan el Danubio
251 Muerte de Decio
Toma Antioquía
Valeriano prisionero
272 --- Odenato
Zenobia prisionera de Aureliano
227 Ardasher (Sasanida)
242 N. Mani
260 Sapor I
277 Mani +
220 Fin de la dinastía Han
COMIENZAN 400 AÑOS DE DIVISIÓN
284 Diocleciano

EUROPA OCCIDENTAL · ORIENTAL · RUSIA en ASIA · ARABIA · ASIA OCCIDENTAL · INDIA · CHINA ORIENTAL

200 D.C. · 300 D.C. · 400 D.C. · 500 D.C. · 600 D.C. · 700 D.C. · 800 D.C. · 900 D.C.

Incursiones de 236 Francos y Alemanes en el Imperio
247 Los Godos cruzan el Danubio
251 Decio asesinado
Fin de los ARSACIDAS
227 Ardasher I
242 Nace Mani
260 Toma de Antioquía por Sapor I
272 " " Palmira " Aureliano
277 Mani +
HUNOS
INDIA DIVIDIDA ENTRE VARIOS PRINCIPES
NÓMADAS MONGOLES
220 Fin de la Dinastía Han
Emperatriz Jingo en el Japón
400 AÑOS DE DIVISIONES Y CONFUSIÓN
IMPERIO DE OCCIDENTE EN DECADENCIA
284 Diocleciano
VANDALOS
DESAROLLO DEL CRISTIANISMO
303 Persecución de Diocleciano
312 Constantino el Grande
GODOS
HUNOS
379 Teodosio el Grande
SASANIDAS
TURCOS
Los Vándalos
409 en España
429 en África
410 Toma de Roma por Alarico
453
455 Saco de Roma por los Vándalos
452 Fundación de Venecia
Imperio de Atila
BÚLGAROS
HÚNGAROS
EL CRISTIANISMO NESTORIANO SE EXTIENDE HACIA EL ESTE
Correrías de los Eftalitas por la India
Separados el Norte y el Sur de la China
466 Clodoveo
511
REINO GÓTICO EN ITALIA
San Benito
512
528 Mihiragula
Los Turcos en la China Septentrional y Central
Justiniano
IMPERIO BIZANTINO
531 } Cosroes I
579
Los Turcos destruyen a los Eftalitas
553 expulsa a los Godos
565 Los Lombardos en Italia
Casiodoro
590 Gregorio el Grande, Papa. (Grandes plagas)
MEROVINGIOS
590 } Cosroes II
628
misión
590 Dinastía Suy
600
NORMANDOS
Heraclio
Mahoma
carta a
Yuan Chwang va a la India en busca de las reliquias Búdicas
622 } Tai-Tsung
649
Anglo-Sajona Inglaterra
RETROCEDE LA CRISTIANDAD
632 Abu Bekr
634 Batalla de Yar Muk
Osmán
711 Los Árabes en España
Carlos Martel
732 B. de Tours
CALIFATO OMEYA
749 Abul Abbas
Harún al Raschid
TURCOS OCCIDENTALES
PROSPERIDAD Y CRECIMIENTO DE LOS NÓMADAS EN EL ASIA CENTRAL
DINASTÍA TANG
751 Rey Pepino
CARLO-
771 Carlomagno
VINGIOS
Egberto a 814 Inglaterra
828
Ludovico 840 Pío
PRIMER RESURGIMIENTO DEL SACRO ROMANO IMPERIO
Rurik
RUSOS
(El Asia Menor sigue siendo Bizantina hasta los Montes Tauros)
CALIFAS ABASIDAS
PRIMER PERIODO DE DECADENCIA DEL ISLAM
(VESTIGIOS DE CRISTIANISMO NESTORIANO)
Daneses
Tratado de Wedmore
Islandia y América

EUROPA OCCIDENTAL — EUROPA ORIENTAL — AFRICA PALESTINA OCCIDENTAL — ASIA ORIENTAL — CHINA

800 D.C. · 900 D.C. · 1000 D.C. · 1100 D.C. · 1200 D.C. · 1300 D.C. · 1400 D.C. · 1500 D.C.

BIZANTINO — CALIFAS ABASIDAS — TURCOS SELYÚCIDAS — RESURGIMIENTO DEL ISLAM — EDAD DE LOS MONGOLES — PESTE NEGRA — IMPERIO OTOMANO — DINASTÍA TANG EN DECADENCIA — SUNG — DINASTÍA YUAN — DINASTÍA MING

AMÉRICA — EUROPA OCCIDENTAL — EUROPA ORIENTAL — AFRICA — ASIA OCCIDENTAL — INDIA — ORIENTAL

1220 D.C. · 1320 D.C. · 1420 D.C. · 1520 D.C. · 1620 D.C. · 1720 D.C. · 1820 D.C. · 1920 D.C.

IMPERIO INCA DEL PERÚ — IMPERIO AZTECA — CONQUISTAS MONGÓLICAS — LA PESTE NEGRA — IMPERIO OTOMANO — IMPERIO MOGUL — LUCHAS EUROPEAS POR EL IMPERIO COLONIAL — REVOLUCIÓN MECÁNICA — LA GRAN GUERRA — DINASTÍA YUAN — DINASTÍA MING — DINASTÍA MANCHÚ — IMPERIO INDO-BRITÁNICO

INDICE CRONOLOGICO
Y
CUADROS SINOPTICOS

INDICE CRONOLOGICO Y CUADROS SINOPTICOS

PARA terminar este ESQUEMA damos aquí un Índice de acontecimientos principales desde el año 800 (a. d. J. C.) hasta nuestros días. A continuación van cinco cuadros sinópticos que abarcan desde el año 1000 (a. d. J. C.) en adelante, presentando el curso de los hechos en una forma gráfica.

Conviene que el lector tenga bien presente las verdaderas proporciones de los tiempos históricos comparados con los geológicos. La escala de los cinco diagramas finales es tal, que, con arreglo a ella, el diagrama cronológico de la página 28, sería unas ocho veces y media más largo, es decir, un metro treinta y tantos centímetros; el de la página 51, indicando el intervalo que media desde los eolitos, unos ciento ochenta y cinco metros, y el de la página 143, representando el total del tiempo geológico, entre diez y nueve y, según el cálculo más probable y más largo, cuatrocientos diez y seis kilómetros. Tome, pues, el lector uno de estos cuadros cronológicos que damos, e imagínelo extendido sobre una larga faja de papel hasta una distancia de diez y ocho metros. Tendría, en ese caso, que recorrer aproximadamente esa distancia para observar la fecha de las pinturas rupestres de Altamira, y diez veces esa distancia junto a la misma estrecha faja para llegar a los primeros hombres de Neanderthal. A un kilómetro y medio o cosa así del punto de partida (aunque probablemente mucho más allá), podría encontrarse registrado el último de los dinosaurios. Y esto en una escala que representa el tiempo transcurrido desde Colón hasta nosotros en siete centímetros de espacio [1].

---

(1) A fin de comprender la luz que el descubrimiento de la enorme antigüedad del hombre proyecta sobre nuestra actual situación, nuestra relación con el pasado y nuestras esperanzas en el porvenir, adoptemos, con algunas ligeras modificaciones (de Heinrich Schmidt, uno de los discípulos de Haeckel), un ingenioso artificio para poner de relieve la moderna perspectiva histórica.

La cronología sólo empieza a ser lo bastante precisa para especificar el año exacto de un acontecimiento después de la determinación de la Primera Olimpiada y de la fundación de Roma.

Alrededor del año 1000 (a. d. J. C.), los pueblos arios hallábanse colonizando las penínsulas de España, Italia y los Balkanes, y se encontraban establecidos en el Norte de la India. Cnossos ya había sido destruída y los grandes tiempos de Egipto, de Thotmes III, Amenofis III y Ramsés II habían quedado tres o cuatro siglos atrás. Los monarcas endebles de la Dinastía XXI reinaban a la sazón en el valle del Nilo. Israel aparecía unida bajo sus primeros reyes; Saul o David, o acaso Salomón, ocupaban quizás el trono. Sargón (2750 antes de J. C.) del Imperio Aqueo Sumerio era un recuerdo remoto en la historia de Babilonia, más remoto de lo que queda Constantino el Grande de hoy día. Hammurabi hacía mil años que había debido morir. Los asirios dominaban ya a los babilonios, menos guerreros que ellos. En el 1100 (a d. J. C.), Tiglath Pileser I se había apoderado de Babilonia. Pero esta conquista no fué permanente; Asiria y Babilonia eran aún imperios separados. En China, la nueva Dinastía Chau florecía a la sazón. Stonehenge en Inglaterra contaba ya mil años de antigüedad.

Los dos siglos siguientes vieron el renacimiento de Egipto bajo la Dinastía XXII, la escisión del pequeño reino hebreo de Salomón, la difusión de los griegos por los Balkanes, la Italia meridional y el Asia Menor, y los días del predominio etrusco en el centro de Italia. Podemos dar comienzo a nuestra lista de fechas seguras con:

Imaginemos la historia entera de la humanidad acumulada en doce horas y que nos encontramos viviendo a mediodía de este largo día humano. Supongamos, en interés de una cuenta moderada y razonable, que el hombre ha sido tal hombre, esto es, que ha andado vertical y ha estado empeñado en una obra de invención durante doscientos cuarenta mil años solamente. Cada hora de nuestro reloj representará, pues, veinte mil años; cada minuto, trescientos treinta y tres y un tercio. Durante más de once horas y media no se registró absolutamente nada. Nada sabemos, durante ese tiempo, ni de personas ni de sucesos. Nos limitamos a inferir que el hombre vivía sobre la tierra por el hallazgo de sus utensilios de piedra, de fragmentos de sus cacharros y de sus pinturas de mammuts y bisontes. Hasta veinte minutos antes de las doce, hora en que nos encontramos, no empiezan a aparecer los primeros vestigios de las civilizaciones egipcias y babilónicas. La literatura, filosofía y ciencia griegas, de las que solemos hablar como "antiguas", apenas tendrán siete minutos de antigüedad. Un minuto antes de las doce escribió Lord Bacon su *Advancement of Learning* ("*Adelantamiento del Saber*") y no habrá transcurrido medio minuto desde que el hombre empezó a hacer trabajar por él la máquina de vapor." — J. H. Robinson.

A. D. J. C.

800. Fundación de Cartago.
790. Conquista de Egipto por los Etíopes (fundación de la Dinastía XXV).
776. Primera Olimpiada.
753. Fundación de Roma.
745. Tiglath Pileser III conquista Babilonia y funda el nuevo Imperio Asirio.
738. Menahem, rey de Israel, compra su libertad a Tiglath Pileser III.
735. Establecimiento de los griegos en Sicilia.
722. Sargón II arma a los asirios con armas de hierro.
721. Deporta a los israelitas.
704. Senaquerib.
701. El ejército de éste es destruído por una pestilencia en su marcha contra Egipto.
680. Esarhaddón se apodera de Tebas de Egipto (derribando a la Dinastía etíope XXV).
667. Sardanápalo.
664. Psamético I restaura la libertad de Egipto y funda la Dinastía XXVI (hasta 610). Es asistido contra Siria por tropas lidias que envía Giges.
608. Neko, de Egipto, derrota a Josías, rey de Judea, en la batalla de Megiddo.
606. Captura de Nínive por los caldeos y medas. Fundación del Imperio Caldeo.
604. Neko se ve obligado a retroceder hasta el Eufrates y es derribado por Nabucodonosor II.
586. Nabucodonosor se lleva a los judíos a Babilonia. Muchos de ellos huyen a Egipto y se establecen allí.
550. Ciro el Persa sucede a Cyaxares el Meda.
Ciro vence a Creso.
Por este tiempo viven Buda, Confucio y Lao-Tse.
539. Ciro toma Babilonia y funda el Imperio Persa.
527. Muerte de Pisístrato.
525. Cambises conquista Egipto.
521. Darío I, hijo de Hystaspes, reina desde el Helesponto hasta el Indo.
Su expedición a Escitia.
490. Batalla de Maratón.
484. Nacimiento de Herodoto. Esquilo gana su primer premio en la tragedia.
480. Batallas de las Termópilas y de Salamina.
479. Las batallas de Platea y de Mycale completan la derrota y retirada de los persas.

A. D. J. C.

474. La flota etrusca es destruída por los griegos de Sicilia.
470. Periplo de Hannón.
466. Pericles.
465. Asesinato de Jerjes.
438. Herodoto recita su Historia en Atenas.
431. Comienzo de la guerra del Peloponeso (hasta 404).
428. Muerte de Pericles y de Herodoto.
427. Aristófanes comienza su carrera. Nacimiento de Platón (que vive hasta 347).
401. Retirada de los Diez Mil.
390. Breno saquea Roma.
366. Camilo edifica el Templo de la Concordia.
359. Filipo, rey de Macedonia.
338. Batalla de Queronea.
336. Las tropas macedonias entran en Asia. Asesinato de Filipo.
334. Batalla del Gránico.
333. Batalla del Icso.
332. Alejandro en Egipto.
331. Batalla de Arbela.
330. Muerte de Dario III.
323. Muerte de Alejandro Magno.
321. Aparición de Chandragupta en el Punjab. Los romanos son completamente derrotados por los samnitas en la batalla de las Horcas Caudinas.
303. Chandragupta rechaza a Seleuco.
285. Muerte de Ptolomeo Soter.
281. Pirro invade Italia.
280. Batalla de Heraclea.
279. Batalla de Ausculum.
278. Incursión de los galos en Asia Menor y establecimiento en la Galacia.
275. Pirro abandona Italia.
264. Primera Guerra Púnica. (Asoka empieza a reinar en Behar —hasta 227.) Primeros combates de gladiadores en Roma.
260. Batalla de Mylæ.
256. Batalla de Ecnomo.
246. Shi Huang-ti, rey de Ts'in.
241. Batalla de las islas Ægates. Fin de la Primera Guerra Púnica.
225. Batalla de Telamon. Ejércitos romanos en Iliria.
220. Shi Huang-ti, emperador de China.
219. Segunda Guerra Púnica.
216. Batallas de Cannas.

A. D. J. C.

214. Se empieza la Gran Muralla de la China.
210. Muerte de Shi-Huang-Ti.
202. Batalla de Zama.
201. Fin de la Segunda Guerra Púnica.
200-197. Duración de la guerra entre Roma y Macedonia.
192. Guerra con los Seleucidas.
190. Batalla de Magnesia.
149. Tercera Guerra Púnica. (Los Yueh-Chi entran en el Turquestán Occidental.)
146. Cartago, destruída. Corinto, destruída.
133. Atalo hace donación de Pérgamo a Roma. Muerte de Tiberio Graco.
121. Muerte de Cayo Graco.
118. Guerra con Yugurta.
106. Final de la guerra con Yugurta.
102. Mario hace retroceder a los Germanos.
100. Triunfo de Mario. (Wu-Ti conquista el valle de Tarim.)
91. Guerra social.
89. Todos los italianos son hechos ciudadanos romanos.
86. Muerte de Mario.
78. Muerte de Sila.
73. Rebelión de los esclavos al mando de Espartaco.
71. Derrota y fin de Espartaco.
66. Pompeyo conduce a las tropas romanas al Caspio y al Eufrates.
64. Muerte de Mitrídates, del Ponto.
53. Muerte de Craso en Carras. Elementos mongoles con los parthos.
48. Julio César derrota a Pompeyo en Farsalia.
44. Asesinato de Julio César.
31. Batalla de Accio.
27. Augusto, emperador (hasta el 14 después de J. C.).
4. Verdadera fecha del nacimiento de Jesús de Nazareth.

ERA CRISTIANA

6. Creación de la provincia de Mœsia.
9. Creación de la provincia de Panonia. Las fronteras imperiales llevadas hasta el Danubio.
14. Muerte de Augusto. Tiberio, emperador.
30. Crucifixión de Jesús de Nazareth.
37. Calígula sucede a Tiberio.
41. Claudio (primer emperador de las legiones), proclamado emperador por la guardia pretoriana después del asesinato de Calígula.
54. Nerón sucede a Claudio.

ERA CRISTIANA

61. Boadicea pasa a cuchillo la guarnición romana de Britania.
68. Suicidio de Nerón. (Sucédenle Galba, Otón y Vitelio).
69. Vespasiano inicia la llamada dinastía Flavia.
79. Tito sucede a Vespasiano.
81. Domiciano.
84. Anexión de la Britania Septentrional.
96. Nerva inicia la llamada dinastía de los Antoninos.
98. Trajano sucede a Nerva.
102. Pan Chau en el Mar Caspio. (Invasión indo-escita de la India septentrional).
117. Adriano sucede a Trajano. Máxima extensión del Imperio Romano.
138. Antonino Pío sucede a Adriano. (Por esta época, los indo-escitas destruyen los últimos vestigios de la dominación helénica en la India.)
150. (Por este tiempo reina Kanishka en la India, Kashgar, Yarkanda y Kotan.)
161. Marco Aurelio sucede a Antonino Pío.
164. Comienzo de la gran peste, que dura hasta la muerte de Marco Aurelio (180) y devasta también toda Asia.
180. Muerte de Marco Aurelio.
(Comienzo de una época de guerra y desórdenes en el Imperio Romano, que dura cerca de un siglo.)
220. Fin de la dinastía Han. Comienzo de una época de disensiones en China, que dura cuatrocientos años.
227. Ardashir I (primer Shah sasánida) pone fin al linaje arsácida en Persia.
242. Mani comienza su predicación.
247. Los godos cruzan el Danubio en una gran incursión.
251. Gran victoria de los godos. Muerte del emperador Decio.
260. Sapor I (segundo Shah sasánida) toma Antioquía y captura al emperador Valeriano, siendo cortada su retirada del Asia Menor por Odenato, rey de Palmira.
269. El emperador Claudio derrota a los godos en Nish.
270. Aureliano es proclamado emperador.
272. Zenobia, llevada cautiva a Roma. Fin de las breves glorias de Palmira.
275. Probo sucede a Aureliano.
276. Los godos en el Ponto. El emperador Probo obliga a retroceder a francos y alemanes.
277. Mani es crucificado en Persia.
284. Diocleciano, emperador.
303. Persecución de los cristianos por Diocleciano.
311. Galerio abandona la persecución de los cristianos.

ERA CRISTIANA

312. Constantino el Grande, emperador.
313. Constantino preside un Concilio cristiano en Arlés.
321. Nuevas incursiones góticas rechazadas.
323. Constantino preside el Concilio de Nicea.
337. Los vándalos, conducidos por los godos, obtienen permiso para establecerse en Panonia.
Constantino es bautizado en su lecho de muerte.
354. Nacimiento de San Agustín.
361-3. Juliano el Apóstata intenta sustituir el cristianismo por el mitraismo.
379. Teodosio el Grande (español), emperador.
390. La estatua de Serapis en Alejandría es destrozada.
392. Teodosio el Grande, emperador del Oriente y Occidente.
395. Muerte de Teodosio el Grande. Honorio y Arcadio dividen de nuevo el Imperio, con Estílico y Alarico como amos y protectores.
410. Los visigodos, al mando de Alarico, se apoderan de Roma.
425. Los vándalos se establecen en el Sur de España; los hunos, en Panonia; los godos, en Dalmacia; los visigodos y suevos, en Portugal y el Norte de España. Los anglos invaden Britania.
429. Los vándalos, mandados por Genserico, invaden Africa.
439. Los vándalos toman Cartago.
448. Prisco visita a Atila.
451. Atila asola las Galias y es derrotado por los francos, alemanes y romanos en Troyes.
453. Muerte de Atila.
455. Los vándalos saquean Roma.
470. Incursión de Eftalites contra la India.
476. Odoacer, rey de una coalición de tribus teutónicas, informa a Constantinopla de que no hay emperador en Occidente. Fin del Imperio de Occidente.
480. Nacimiento de San Benedicto.
481. Clovis en Francia. Los merovingios.
483. La Iglesia Nestoriana se separa de la Iglesia Ortodoxa Cristiana.
493. Teodorico el Ostrogodo conquista Italia y proclámase rey de Italia, aunque nominalmente vasallo de Constantinopla. (Reyes góticos en Italia. Los godos se instalan en calidad de guarnición sobre territorios confiscados especiales.)
527. Justiniano, emperador.
528. Mihiragula, el Atila (eftalita) de la India, es derribado.
529. Justiniano cierra las escuelas de Atenas, que vinieran flo-

reciendo desde hacía casi mil años. Su general Belisario se apodera de Nápoles.
531. Cosroes I comienza su reinado.
543. Gran peste en Constantinopla.
544. Muerte de San Benedicto.
553. Los godos son expulsados de Italia por Justiniano. Casiodoro funda su monasterio.
565. Muerte de Justiniano. Los lombardos conquistan la mayor parte del Norte de Italia (dejando Rávena y Roma bizantinas). Los turcos derrotan a los eftalitas en el Turquestán Occidental.
570. Nacimiento de Mahoma.
579. Muerte de Cosroes I.
(Predominio de los lombardos en Italia).
590. Gran Peste en Roma. (Gregorio I el Grande, y la visión del Santo Ángel). Comienzo del reinado de Cosroes II.
610. Comienzo del reinado de Heraclio.
619. Cosroes II domina Egipto, Jerusalén y Damasco, y sus ejércitos ocupan el Helesponto. Comienzo de la dinastía Tang en China.
622. La Hégira.
623. Batalla de Badr.
627. Gran derrota persa en Nínive por Heraclio. Los aliados de la Meca asedian Medina. Tai-Tsung, emperador de China.
628. Kavadh II sucede a su padre Cosroes II y es asesinado. Mahoma dirige epístolas a todos los reyes de la tierra.
629. Yuan Chwang parte para la India. Mahoma vuelve a la Meca.
632. Muerte de Mahoma. Abu Bekr, califa.
634. Batalla del Yarmuk. Los musulmanes se apoderan de Siria. Omar, segundo califa.
635. Tai-Tsung recibe a los misioneros nestorianos.
637. Batalla de Kadessia.
638. Jerusalén se rinde a Omar.
642. Muerte de Heraclio.
643. Otman, tercer califa.
645. Yuan Chwang vuelve a Singan.
655. Derrota de la armada bizantina por los musulmanes.
656. Otman es asesinado en Medina.
661. Asesinato de Alí.
662. Moawiya, califa. (Primero de los califas Omeyas).
668. El califa Moawiya ataca Constantinopla por mar. Teodoro de Tarso es nombrado arzobispo de Canterbury.

675. Ultimo de los ataques marítimos de Moawiya contra Constantinopla.
687. Pepino de Hersthal, alcaide del palacio, realiza la unión de Austrasia y Neustria.
711. Invasión de España por un ejército musulmán de África.
714. Carlos Martel, alcaide del palacio.
715. Los dominios del califa Walid I se extienden desde los Pirineos hasta China.
717-18. Solimán, hijo y sucesor de Walid, fracasa en su ataque contra Constantinopla. El linaje Omeya alcanza su apogeo.
732. Carlos Martel derrota en Poitiers a los musulmanes.
735. Muerte del venerable Beda.
743. Walid II, califa (el califa ateo).
749. Caída de los Omeyas. Abdul Abbas, primer califa Abbasida. España permanece Omeya. Comienzo de la escisión del Imperio árabe.
751. Pepino es coronado rey de los franceses.
755. Martirio de San Bonifacio.
768. Muerte de Pepino.
771. Carlomagno, único rey.
774. Carlomagno conquista Lombardía.
776. Carlomagno en Dalmacia.
786. Harún-al-Raschid, califa Abbasida de Bagdad (hasta 809).
795. León III, Papa (hasta 816).
800. El Papa León III corona a Carlomagno Emperador de Occidente.
802. Egberto, ex refugiado inglés en la corte de Carlomagno, proclámase rey del Wessex.
810. Krum de Bulgaria derrota y mata al emperador Nicéforo.
814. Muerte de Carlomagno. Luis el Piadoso le sucede.
828. Egberto, primer rey de Inglaterra.
843. Muerte de Luis el Piadoso y fragmentación del Imperio carlovingio. Hasta 962 no hay sucesión regular al Sacro Romano Imperio, aunque el título aparece de cuando en cuando.
850. Por esta época, Rurik (un hombre del Norte) erígese en señor de Novgorod y Kieff.
852. Boris, primer rey cristiano de Bulgaria (hasta 884).
865. La armada rusa amenaza Constantinopla.
886. Tratado de Alfredo de Inglaterra y Guthrum el Danés.
904. La armada rusa frente a Constantinopla.
912. Rolf el Cuadrillero se establece en Normandía.

ERA CRISTIANA

919. Enrique el Pajarero es elegido rey de Alemania.
928. Marozia pone prisionero al Papa Juan X.
931. Juan XI, Papa (hasta 936).
936. Otón I, rey de Alemania en sucesión a su padre, Enrique el Pajarero.
941. La armada rusa amenaza de nuevo Constantinopla.
955. Juan XII, Papa.
960. Comienzo de la dinastía Sung septentrional en China.
962. Otón I, rey de Alemania, coronado Emperador (primer emperador sajón) por Juan XII.
963. Otón depone a Juan XII.
969. Califato Fatimita independiente en Egipto.
973. Otón II.
983. Otón III.
987. Hugo Capeto, rey de Francia. Fin del linaje carlovingio en los reyes franceses.
1016. Canuto, rey de Inglaterra, Dinamarca y Noruega.
1037. Muerte de Avicena de Bujara, Príncipe de los médicos.
1043. La armada rusa amenaza Constantinopla.
1066. Conquista de Inglaterra por Guillermo, duque de Normandía.
1071. Renacimiento del Islam bajo los turcos selyúcidas. Batalla de Melasgird.
1073. Hildebrando, Papa (con el nombre de Gregorio VII), hasta 1085.
1077. Enrique IV hace penitencia en Canossa.
1082. Roberto Guiscard toma Durazzo.
1084. Roberto Guiscard saquea Roma.
1087-99. Urbano II, Papa.
1094. Gran peste.
1095. Urbano II, en Clermont, convoca a la Primera Cruzada.
1096. Matanza de la Cruzada del Pueblo.
1099. Godofredo de Bouillon captura Jerusalén. Pascual II, Papa (hasta 1118).
1138. Florecimiento del Imperio Kin. La capital Sung, trasladada de Nanking a Hang Chau.
1147. Segunda Cruzada. Fundación del Reino Cristiano de Portugal.
1169. Saladino, sultán de Egipto.
1176. Federico Barbarroja reconoce la supremacía del Papa (Alejandro III) en Venecia.
1187. Saladino toma Jerusalén.
1189. Tercera Cruzada.

ERA CRISTIANA

1198. Muerte de Averroes de Córdoba, el filósofo árabe. Inocencio III, Papa (hasta 1216). Federico II (de edad de cuatro años), rey de Sicilia, es colocado bajo su tutela.
1202. La Cuarta Cruzada ataca el Imperio de Oriente.
1204. Toma de Constantinopla por los latinos.
1206. Kutub funda el Estado musulmán de Delhi.
1212. La Cruzada de los Niños.
1214. Jengis Jan toma Pekín.
1215. Firma de la Magna Carta.
1216. Honorio III, Papa.
1218. Jengis Jan invade la Jarismia.
1221. Fracaso y regreso de la Quinta Cruzada. Muerte de Santo Domingo (los Dominicanos).
1226. Muerte de San Francisco de Asís (los Franciscanos).
1227. Muerte de Jengis Jan, Jan desde el Caspio al Pacífico, siendo sucedido por Ogdai Jan.
1227. Gregorio IX, Papa.
1228. Federico II se lanza a la Sexta Cruzada y adquiere Jerusalén.
1234. Los mongoles completan la conquista del Imperio Kin con ayuda del Imperio Sung.
1239. Federico II es excomulgado por segunda vez.
1240. Los mongoles destruyen Kieff. Rusia, tributaria de los mongoles.
1241. Victoria de los mongoles en Liegnitz (Silesia).
1244. El sultán de Egipto reconquista Jerusalén, dando lugar así a la Séptima Cruzada.
1245. Federico II es nuevamente excomulgado. Los habitantes de Schwyz queman el castillo de Nueva Habsburgo.
1250. San Luis de Francia es rescatado. Muerte de Federico II, último emperador Hohenstaufen. Interregno alemán hasta 1273.
1251. Mangu Jan, proclamado Gran Jan. Kublay Jan, gobernador de China.
1258. Hulagu Jan toma y destruye Bagdad.
1260. Kublay Jan, proclamado Gran Jan. Ketboga, derrotado en Palestina.
1261. Los griegos reconquistan Constantinopla a los latinos.
1269. Kublay Jan envía un mensaje al papa por los venecianos Nicolás y Mateo Polo.
1271. Marco Polo da comienzo a su viaje.
1273. Rodolfo de Habsburgo es elegido emperador. Los suizos constituyen su Liga Perpetua.
1280. Kublay Jan funda la dinastía Yuan en China.

ERA CRISTIANA

1292. Muerte de Kublay Jan.
1293. Muerte de Roger Bacon, profeta de la ciencia experimental.
1294. Bonifacio VIII, papa (hasta 1303).
1295. Regreso de Marco Polo a Venecia.
1303. Muerte del papa Bonifacio VIII, después del ultraje de Anagni por Guillermo de Nogaret.
1305. Clemente V, papa. La corte pontificia es trasladada a Avignon.
1308. Muerte de Dun Escoto.
1318. Cuatro franciscanos son quemados por herejía en Marsella.
1347. Muerte de Occam.
1348. La Gran Peste (la Muerte Negra).
1358. La *Facquerie* en Francia.
1360. Caída de la dinastía mongólica (o Yuan) en China, sucedida por la dinastía Ming (hasta 1644).
1369. Tamerlán toma el título de Gran Jan.
1377. El papa Gregorio XI vuelve a Roma.
1378. El Gran Cisma. Urbano VI en Roma, Clemente VII en Avignon.
1381. Insurrección campesina en Inglaterra. Wat Tyler es asesinado en presencia del rey Ricardo II.
1384. Muerte de Wycliffe.
1398. Huss predica el wycliffismo en Praga.
1405. Muerte de Tamerlán.
1414-18. Concilio de Costanza. Muerte de Huss en la hoguera (1415).
1417. Fin del Gran Cisma. Martín V, papa.
1420. Rebelión de los hussitas. Martín V predica una cruzada contra ellos.
1431. Los hussitas disuelven a los cruzados católicos en Domazlice. Comienzo del Concilio de Basilea.
1436. Los hussitas pactan con la Iglesia.
1439. El Concilio de Basilea origina un nuevo cisma en la Iglesia.
1445. Descubrimiento de Cabo Verde por los portugueses.
1446. Primeros libros impresos (Coster en Haarlem).
1449. Fin del Concilio de Basilea.
1453. Los turcos otomanos, al mando de Mohamed II, toman Constantinopla.
1480. Iván III, gran duque de Moscovia, sacude el yugo musulmán.
1481. Muerte del sultán Mohamed II, mientras se apercibía a la conquista de Italia. Bayaceto II, sultán de Turquía (hasta 1512).
1486. Díaz da la vuelta al cabo de Buena Esperanza.

ERA CRISTIANA

1492. Colón atraviesa el Atlántico y descubre América. Rodrigo Borgia es elegido papa, bajo el nombre de Alejandro VI (hasta 1503).
1493. Maximiliano I, emperador.
1498. Vasco de Gama llega a la India dando la vuelta al cabo de Buena Esperanza.
1499. Suiza, república independiente.
1500. Nacimiento de Carlos V.
1509. Enrique VIII, rey de Inglaterra.
1512. Selim, sultán (hasta 1520). Compra el título de Califa. Caída de Soderini (y de Maquiavelo) en Florencia.
1513. León X, papa.
1515. Francisco I, rey de Francia.
1517. Selim se anexiona Egipto. Lutero propugna sus tesis en Witenberga.
1519. Muerte de Leonardo da Vinci. Partida de la expedición de Magallanes. Entrada de Cortés en la ciudad de Méjico.
1520. Solimán el Magnífico, sultán (hasta 1566). Su reino se extiende desde Bagdad hasta Hungría. Carlos V, emperador.
1521. Lutero en la Dieta de Worms. Ignacio de Loyola es herido en Pamplona.
1525. Baber gana la batalla de Panipat, toma Delhi y funda el Imperio Mogul.
1527. Las tropas alemanas en Italia, bajo el mando del condestable de Borbón, toman y saquean Roma.
1529. Solimán pone sitio a Viena.
1530. Pizarro invade el Perú. Carlos V es coronado por el papa. Enrique VIII de Inglaterra inicia su querella con el papado.
1532. Los anabaptistas se apoderan de Münster.
1535. Fin de la dominación anabaptista en Münster.
1539. Fundación de la Compañía de Jesús.
1543. Muerte de Copérnico.
1545. El Concilio de Trento (que dura hasta 1563) se reúne, a fin de poner en orden los asuntos de la Iglesia.
1546. Muerte de Martín Lutero.
1547. Iván IV (el Terrible) asume el título de Zar de Rusia. Muerte de Francisco I.
1549. Llegada a América de las primeras misiones jesuitas.
1552. Tratado de Passau. Pacificación temporal de Alemania.
1556. Abdicación de Carlos V. Akbar, Gran Mogul (hasta 1605). Muerte de Ignacio de Loyola.

ERA CRISTIANA

1558. Muerte de Carlos V.
1563. Fin del Concilio de Trento y reforma de la Iglesia Católica.
1564. Nacimiento de Galileo.
1566. Muerte de Solimán el Magnífico.
1567. Insurrección de los Países Bajos.
1568. Ejecución de los condes de Egmont y de Horn.
1571. Nacimiento de Kepler.
1573. Sitio de Alkmaar.
1578. Nacimiento de Harvey.
1583. Expedición a Virginia de Sir Walter Raleigh.
1601. Muerte de Tycho Brahe.
1603. Jaime I, rey de Inglaterra y Escocia. Muerte del doctor Gilbert.
1605. Jehangir, Gran Mogul.
1606. Fundación de la Compañía de Virginia.
1609. Holanda, independiente.
1618. Comienza la Guerra de los Treinta Años.
1620. Expedición del *Mayflower* y fundación de Nueva Plymouth. Los primeros esclavos negros son desembarcados en Jamestown.
1625. Carlos I de Inglaterra.
1626. Muerte de Sir Francis Bacon (Lord Verulam).
1628. Shah Jehan, Gran Mogul. La *Petición de Derechos* inglesa.
1629. Carlos I comienza su undécimo año de reinado sin Parlamento.
1630. Muerte de Kepler.
1632. Nacimiento de Leeuwenhoek. Muerte de Gustavo Adolfo en la batalla de Lützen.
1634. Asesinato de Wallenstein.
1638. El Japón, cerrado a los europeos (hasta 1865).
1640. Carlos I de Inglaterra convoca el Parlamento Largo.
1641. Matanza de los ingleses en Irlanda.
1642. Muerte de Galileo. Nacimiento de Newton.
1643. Luis XIV inaugura su reinado de setenta y dos años.
1644. Los manchúes acaban con la dinastía Ming.
1645. Demolición de las pocilgas de la ciudad interior de Leipzig.
1648. Tratado de Westfalia, por el que Holanda y Suiza son reconocidas independientes y Prusia adquiere importancia. El Tratado no dió la victoria completa ni a la Corona imperial ni a los príncipes.
Guerra de la Fronda, que termina en el triunfo absoluto de la Corona de Francia.
1649. Ejecución de Carlos I de Inglaterra.

ERA CRISTIANA

1658. Aurungzeb, Gran Mogul. Muerte de Cromwell.
1660. Carlos II de Inglaterra.
1674. Nieuw Amsterdam acaba, al fin, siendo inglesa por tratado y es rebautizada con el nombre de Nueva York.
1683. El último ataque turco contra Viena es contrarrestado por Juan III de Polonia.
1688. Revolución inglesa. Fuga de Jaime II. Guillermo y María empiezan su reinado.
1689. Pedro el Grande de Rusia (hasta 1725).
1690. Batalla del Boyne en Irlanda.
1694. Nacimiento de Voltaire.
1701. Federico I, primer rey de Prusia.
1704. Muerte de John Locke, padre de la moderna teoría democrática.
1707. Muerte de Aurungzeb. Desintegración del Imperio del Gran Mogul.
1713. Nacimiento de Federico el Grande de Prusia.
1714. Jorge I de Inglaterra.
1715. Luis XV de Francia.
1727. Muerte de Newton. Jorge II de Inglaterra.
1732. Oglethorpe funda Georgia.
1736. Nadir Shah asola la India. (Comienzo de un período de veinte años de incursiones y desórdenes en la India).
1740. Comienzo del reinado de María Teresa. (Siendo mujer, no podía ser proclamada emperatriz. Su marido, Francisco I, fué emperador desde 1745 hasta su muerte en 1756, en que su hijo, José II, le sucedió).
1740. Sube al trono Federico el Grande, rey de Prusia.
1741. Comienzo del reinado de la emperatriz Isabel de Rusia.
1755-63 Lucha de Inglaterra y Francia por América y la India. Francia en alianza con Austria y Rusia, contra Prusia e Inglaterra (1756-63): Guerra de los Siete Años.
1757. Batalla de Plassey.
1759. El general inglés Wolfe se apodera de Quebec.
1760. Jorge III de Inglaterra.
1762. Muerte de la emperatriz Isabel de Rusia. Asesinato del zar Pablo, y advenimiento de Catalina la Grande de Rusia (hasta 1796).
1763. Paz de París; Canadá, cedido a Inglaterra. Los ingleses, predominantes en la India.
1764. Batalla de Buxar.
1769. Nacimiento de Napoleón Bonaparte.
1774. Comienzo del reinado de Luis XVI. Suicidio de Clive. Comienzo del drama revolucionario americano.

ERA CRISTIANA

1775. Batalla de Lexington.
1776. Declaración de Independencia por los Estados Unidos.
1778. Muerte de Juan Jacobo Rousseau.
1780. Fin del reinado de María Teresa. El emperador José (1765 a 1790) la sucede en los dominios hereditarios de los Habsburgos.
1783. Tratado de Paz entre Inglaterra y los nuevos Estados Unidos de América. Quaco, libertado en Massachusetts.
1787. La Convención Constitucional de Filadelfia establece el Gobierno federal de los Estados Unidos. Francia, en bancarrota. Asamblea de los Notables.
1788. Primer Congreso Federal de los Estados Unidos en Nueva York.
1789. Reunión de los Estados generales de Francia. Toma de la Bastilla.
1791. La revolución jacobina. La fuga a Varennes.
1792. Francia declara la guerra a Austria. Prusia declara la guerra a Francia. Batalla de Valmy. Francia, república.
1793. Decapitación de Luis XVI.
1794. Ejecución de Robespierre y fin de la república jacobina. Gobierno de la Convención.
1795. El Directorio. Bonaparte reprime una revolución y va a Italia como general en jefe.
1797. Por la paz de Campo Formio, Bonaparte acaba con la república de Venecia.
1798. Bonaparte en Egipto. Batalla del Nilo.
1799. Regreso de Napoleón a Francia. Es nombrado Primer Cónsul con enormes poderes.
1800. Unión legislativa de Irlanda e Inglaterra puesta en vigor el 1.° de enero de 1801.
Campaña de Napoleón contra Austria. Batallas de Marengo (en Italia) y Hohenlinden (victoria de Moreau).
1801. Firma de los preliminares de paz entre Francia, Inglaterra y Austria.
1803. Bonaparte ocupa Suiza, precipitando así la guerra.
1804. Bonaparte, coronado Emperador. Francisco II toma el título de emperador de Austria en 1805, y en 1806 renuncia al título de emperador del Sacro Romano Imperio, que toca así a su término.
1805. Batalla de Trafalgar. Batallas de Ulm y Austerlitz.
1806. Prusia es derribada en Jena.
1807. Batallas de Eylau y Friedland y Tratado de Tilsit.
1808. Napoleón nombra a su hermano José rey de España.
1810. La América española se hace republicana.

ERA CRISTIANA

1811. Alejandro I de Rusia se retira del "Sistema Continental".
1812. Retirada napoleónica de Rusia.
1814. Abdicación de Napoleón. Subida al trono de Luis XVIII.
1815. Campaña de Waterloo. Tratado de Viena.
1819. Gracias a los esfuerzos de Roberto Owen se aprueba la primera Ley de Fábricas.
1821. Muerte de Napoleón. Insurrección griega.
1824. Carlos X de Francia.
1825. Nicolás I de Rusia. Primer ferrocarril (de Stockton a Darlington).
1827. Batalla de Navarino.
1829. Grecia, independiente.
1830. Año de disturbios. Luis Felipe expulsa a Carlos X y lo sustituye. Bélgica se separa de Holanda, y toma por rey a Leopoldo de Sajonia-Coburgo-Gotha. La Polonia rusa se insurrecciona inútilmente.
1832. La primera Ley de Reforma en Inglaterra devuelve su carácter democrático al Parlamento británico.
1835. La palabra "Socialismo" es usada por vez primera.
1837. La Reina Victoria.
1840. Casamiento de la Reina Victoria con el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha.
1848. Otro año de disturbios. República en Francia y en Roma. Conferencia paneslavista en Praga. Toda Alemania, unificada bajo un parlamento en Frankfort. La unidad alemana, destruída por el rey de Prusia.
1851. La Gran Exposición de Londres.
1852. Napoleón III, emperador de Francia.
1854. Desembarco de Perry (segunda expedición) en el Japón. Nicolás I ocupa las provincias turcas del Danubio.
1856. Alejandro II de Rusia.
1854-6. Guerra de Crimea.
1857. Insurrección de la India.
1858. Muerte de Roberto Owen.
1859. Guerra franco-austriaca. Batallas de Magenta y Solferino.
1861. Víctor Manuel I, primer rey de Italia. Abraham Lincoln, Presidente de los Estados Unidos. Comienzo de la Guerra de Secesión norteamericana.
1863. Los ingleses bombardean una ciudad japonesa.
1864. Maximiliano, emperador de Méjico.
1865. Rendición de las tropas secesionistas norteamericanas en Appomattox. El Japón, abierto al mundo.
1866. Prusia e Italia atacan a Austria (y a los Estados del Sur de Alemania en alianza con ésta). Batalla de Sadowa.

ERA CRISTIANA

1867. Fusilamiento del emperador Maximiliano.
1870. Napoleón III declara la guerra a Prusia.
1871. Rendición de París (en enero). El rey de Prusia conviértese en Guillermo I, "Emperador de Alemania". Paz de Frankfort.
1875. Las "atrocidades búlgaras".
1877. Guerra ruso-turca. Tratado de San Stefano. La reina Victoria, emperatriz de la India.
1878. Tratado de Berlín. Comienzo de la "paz armada" del Occidente europeo, que dura cuarenta y seis años.
1881. Batalla de Majuba. El Transvaal, libre.
1883. Ocupación de Egipto por Inglaterra.
1886. Primer proyecto de Home Rule para Irlanda presentado por Gladstone.
1888. Federico II, emperador de Alemania (mes de marzo). En el mes de junio sucédele en el trono Guillermo II.
1890. Bismarck es despedido. Heligoland, cedido a Alemania por Lord Salisbury.
1894-5. Guerra chino-japonesa.
1895. Gobierno "unionista" (imperialista) en Inglaterra.
1896. Batalla de Adowa.
1898. Querella de Fashoda entre Francia e Inglaterra. Adquisición de Kiau-Chau por Alemania.
1899. Comienzo de la guerra anglo-boer.
1900. Insurrección Boxer en China. Sitio de las Legaciones en Pekín.
1904. Invasión inglesa del Tibet.
1904-5. Guerra ruso-japonesa.
1906. El partido "unionista" inglés es derrotado por los liberales en la cuestión arancelaria.
1907. Creación de la Confederación del Sur de África.
1908. Austria se anexiona la Bosnia y la Herzegovina.
1909. Blériot vuela en un aeroplano de Francia a Inglaterra.
1911. Italia declara la guerra a Turquía y se apodera de Trípoli.
1912. China, convertida en república.
1913. La coalición balkánica emprende la guerra contra Turquía. Sangrientos disturbios en Londonderry (Irlanda), producidos por los armamentos unionistas.
1914. Comienzo de la Gran Guerra Europea.
1917. Las dos revoluciones rusas. Instauración del régimen bolchevique en Rusia.
1918. El Armisticio (mes de noviembre).
1919-20. Paz de Versalles.

ERA CRISTIANA

1919. El retiro británico de Arkángel. Denikin es derrotado. Yudenitch casi toma San Petersburgo y fracasa. La flota alemana sale para rendirse a los británicos, pero es hundida por sus propios oficiales en Scapa Flow.
1920. Primera reunión de la Liga de las Naciones, de la cual fueron excluidas Alemania, Austria, Rusia y Turquía, y en la cual los Estados Unidos no estuvieron representados. Koltchak es derrotado por los bolcheviques y fusilado. Polonia ataca a Rusia, y Wrangel la invade desde el sud y es rechazado. En Persia llega Pasha Riaz al poder.
1921. Control interaliado en Constantinopla. Conferencia sobre desarme naval en Wáshington bajo el Presidente Harding.
1922. Gran hambre en Rusia. Conferencia de Génova, en la cual los alemanes y rusos estuvieron presentes. Aumento del desorden de las finanzas alemanas e imposibilidad de pagar las excesivas indemnizaciones de guerra. Fracaso militar griego en Asia Menor. Separación de Irlanda del Sud de Gran Bretaña.
1923. Ocupación del valle del Ruhr por los franceses y derrumbe monetario en Alemania. Se introduce el Rentenmark. Gran Bretaña restablece para su moneda el patrón oro de la pre-guerra.
1924. Primer gobierno Laborista en Gran Bretaña. Es sucedido por un gobierno Conservador en noviembre después de las elecciones generales. Muere Lenín. Asesinato de Matteotti, un escritor liberal italiano, por los fascistas. Plan de Dawes para la reducción de las deudas de guerra alemanas.
1925. Los franceses son atacados en Marruecos por Abd-el-Krim y en Siria por Druses. Reichsmark en Alemania. Pacto de Locarno. Destitución del Shah de Persia por Alí Riza Khan. Riza Khan se hace Shah.
1926. Huelga general en Gran Bretaña originada por el lock-out en las minas de carbón. El franco francés baja a un valor menor que el penique inglés, pero su descenso fué detenido y su valor restablecido a dos peniques por una Confederación del gobierno formada para encarar la crisis. Derrumbamiento de Abd-el-Krim.
1927. El gobierno británico allana las oficinas comerciales del gobierno de Rusia en Londres y rompe las relaciones diplomáticas. Fracaso de la conferencia de desarme de Ginebra.

1828. Mr. Kellogg, Secretario de Estado del Presidente Coolidge, crea un sistema de tratados por el cual todas las grandes potencias del mundo renunciaran a la guerra. Actividad sin disminución en la industria armamentista. Continúa la mecanización de los ejércitos y el estudio intensivo de la guerra de gases y bacterias. En Rusia comienza el Plan Quinquenal.

1929. Segundo gobierno Laborista en Gran Bretaña después de elecciones generales. Reanudación de relaciones entre Inglaterra y Rusia. Muerte de Stresemann. Hoover es presidente de los Estados Unidos. El fenómeno de la caída de los precios y el continuo aumento de la desocupación se manifiesta en todas partes. Plan Young para la reducción de las deudas de guerra alemanas.

1930. Una conferencia sobre desarme naval se reune en Londres con resultados insignificantes. Un nuevo y formidable partido fascista aparece en el Reichstag alemán conducido por un austríaco llamado Hitler. Fundación del Banco Internacional de Ajustes.

1931. España proclama la república (abril). Se agudiza la miseria en Alemania, y el Presidente Hoover propone un "Año de Moratoria" para el pago de las deudas de guerra. La crisis financiera continúa en Gran Bretaña. El gobierno Laborista da lugar a un gobierno "Nacional" de emergencia empeñado en sostener el patrón oro. Después de veintitrés días de economías histéricas es abandonado. Mr. Ramsay Macdonald, el primer leader del partido Laborista, retiene el cargo de Primer Ministro muy hábilmente durante estas fluctuaciones políticas.

1932. Organización de la Corporación de Finanzas para Reconstrucción en los Estados Unidos destinada a prestar dinero a los bancos, ferrocarriles y compañías de seguros. Franklin D. Roosevelt (N. 1882. Dem.) es elegido presidente de los Estados Unidos. Hindenburg es reelegido presidente de Alemania con 19 millones de votos; Hitler 13 millones. Thaelman (comunista) 3 3/4 millones de votos. Constante auge del partido Nazi en Alemania. Conferencia del desarme en Ginebra. Alemania no asiste a la Conferencia.

1933. Inauguración del "Nuevo Tratado". Reformas económicas y sociales de largo alcance emprendidas por el Presidente Roosevelt. Hitler se hace Canciller del Reich y Alemania un estado Nazi. Inútil conferencia económica

mundial en Londres. Inauguración del segundo Plan Quinquenal en Rusia. La Liga de las Naciones condena a Japón por la invasión de Jehol y la creación del estado títere de Manchukuo.

1934. El valor del dólar es establecido a 59.06 % de su original (1900) valor a la par. Declaración de la independencia de Austria por Hitler y Mussolini en su reunión de Venecia. Purga de Hitler a sus adversarios políticos. Dollfus es asesinado por los nazis. El Presidente Hindenburg muere. Adolfo Hitler leader y canciller. La Entente de los Balcanes concluye entre Turquía, Grecia, Rumania y Yugoeslavia por mantener el status quo en los Balcanes.

1935. La N. R. A. es declarada inconstitucional por la Corte Suprema de los Estados Unidos. Establecimiento del Comité para la Organización Industrial (C. I. O.) Alemania obtiene la región del Sarre por plebiscito. Abisinia es atacada y conquistada por Italia.

1936. El Presidente Roosevelt es reelegido. El Frente Popular triunfa en Francia. León Blum Primer Ministro. Remilitarización de la zona del Rhin por Hitler. Guerra civil en España. Sublevación dirigida por el General Franco con la ayuda de Alemania, Italia y, menos abiertamente, por el partido Conservador británico.

1937. El Presidente Roosevelt fracasa en un intento de reorganizar la Suprema Corte. Guerra no declarada entre Japón y China. Alianza de Alemania, Italia y Japón contra el Comunismo. El "Anti-Comintern Pact". El ejército del Generalísimo Franco triunfante en el norte de España. Las tropas italianas desastrosamente vencidas en Guadalajara por las tropas leales. Coronación del Rey Jorge VI de Inglaterra. Neville Chamberlain Primer Ministro de Inglaterra.

1938. Alemania anexa Austria. Conferencia en Munich para salvar las apariencias, por medio de la cual Francia y Gran Bretaña dan su consentimiento a las demandas territoriales de Hitler en Checoeslovaquia. Amplio triunfo de los ejércitos de Franco en la guerra civil española. La resistencia china a la agresión japonesa es firmemente consolidada por el General Chiang Kai Shek.

1939. Toma de posesión de Checoeslovaquia por Alemania. Final del movimiento pacifista en Inglaterra. Italia anexa Albania. El bando de Franco gana finalmente la guerra

civil española. Alianza militar por el eje Roma-Berlín. Se firma el pacto de no agresión ruso-alemán. Alemania invade y arrolla a Polonia. Gran Bretaña y Francia declaran la guerra a Italia. Aprobación del Acta de Neutralidad en Estados Unidos. Rusia anexa parte de Polonia. Rusia invade Finlandia.

1940. Rusia hace la paz con Finlandia. Alemania invade a Dinamarca y luego a Noruega. Alemania invade triunfante Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia. Neville Chamberlain renuncia a su cargo de Primer Ministro de Gran Bretaña y da su lugar a Winston Churchill. Italia declara la guerra a Francia e Inglaterra. El Mariscal Pétain se hace Primer Ministro y pronto pide una tregua a Alemania, la cual le es concedida. El Congreso de los Estados Unidos aprueba grandes sumas para un tremendo programa de rearme. La armada británica destruye el 40 % de la flota francesa en Orán. Las Reales Fuerzas Aéreas Británicas evitan la invasión alemana, manteniendo la supremacía del aire sobre Gran Bretaña. El Congreso de los Estados Unidos autoriza la Conscripción Militar. Franklin D. Roosevelt es reelegido presidente de los Estados Unidos por un tercer período. Italia ataca a Grecia. Los ejércitos italianos son derrotados en Libia y Abisinia por fuerzas británicas. Italia invade y conquista zonas del Imperio Británico en Somalia y Kenia y entra en Egipto. Estados Unidos empieza a tomar precauciones y se convierte en el arsenal de las democracias. Gran Bretaña decide la ocupación de Islandia.

1941. Los británicos, al mando de Wavell, llegan hasta Libia después de ocupar la Sirenaica. Estados Unidos sanciona la ley de préstamos y arriendos. El Reich ocupa Grecia y Yugoeslavia; Gran Bretaña el Irak. Creta es invadida por aire por los alemanes. El acorazado alemán Bismark hunde al gran crucero Hood y tres días más tarde es hundido a su vez por los ingleses. Gran Bretaña y Francia Libre recuperan Siria. Rudolf Hess llega espectacularmente a Gran Bretaña. Los alemanes invaden Rusia: Caen Besarabia, Bucobina y Ucrania. Finlandia reanuda su guerra con Rusia. El Japón ataca Pearl Harbour inutilizando a la gran flota norteamericna del pacífico. Los nipones llegan a Australia.

1942. Los japoneses toman Manila, la peninsula de Málaca, las islas Célebes, ponen sitio a Singapur y entran en Birmania. Los rusos realizan una ofensiva de invierno y los Estados Unidos desembarcan un gran ejército en Irlanda del norte. En abril se produce el primer ataque aéreo a Tokio por los norteamericanos. Los japoneses toman la carretera a Birmania. Hitler reconoce que la guerra se alarga. Romel, al frente del Afrika Corps vuelca a su favor la lucha en el desierto con una ofensiva en Sirenaica que se extiende hasta Egipto. Los japoneses son derrotados en Midway. Cae Sebastopol. Los británicos detienen a los alemanes en El Alamein, a diez kilómetros del Nilo. Los norteamericanos comienzan su contraofensiva en el pacífico desembarcando en Guadalcanal. Desembarco de los ingleses en Diepe. Batalla de Stalingrado. Los aliados desembarcan en Marruecos y Argelia, invaden a Túnez y obligan a Romel a abandonar Egipto, Sirenaica y Libia. La flota francesa es hundida en Tolón y Alemania ocupa Francia en su totalidad.

1943. Los rusos logran la rendición de un poderoso ejército alemán totalmente derrotado en Stalingrado. Los alemanes se defienden en Túnez. Los aliados toman Trípoli. A mitad de año los alemanes intentan una desesperada ofensiva en Orel-Kursck, pero fracasa y retroceden. Invasión de Sicilia por los aliados. Mussolini abandona el poder después de 20 años de dictadura. Los alemanes liberan a Mussolini y crean una ficción de gobierno en el norte de Italia.

1944. Los rusos entran en Polonia, recuperan Sebastopol y entran en Odesa. Los norteamericanos invaden las islas Marshall y las Marianas. Cae Roma en poder de los aliados después del desembarco de éstos en Normandía. Rusia es desembarazada de soldados alemanes. En Alemania se ejecuta a altos jefes del ejército a raíz del frustado atentado contra Hitler. Comienza la evacuación de Francia por los alemanes. El 25 de Agosto se libera a París. Bulgaria se proclama neutral y Rumania declara la guerra a su ex-aliada Alemania, entrando los rusos en pleno centro de Rumania y en Transilvania, ocupada por Hungría. Los aliados cruzan la frontera de Alemania y ocupan Bruselas. Finlandia firma la paz con Rusia. Los rusos entran en Checoeslovaquia y en Hungría. Los ingleses penetran en Grecia. Mac Arthur penetra en las Filipinas y los rusos en Prusia oriental. Al finalizar el año Tokio y los demás centros industriales nipones son

intensamente bombardeados. Los alemanes intentan una temeraria ofensiva en Bélgica y Luxemburgo, que fracasa con fuertes pérdidas a pesar de su éxito inicial.

1945. Mussolini es ejecutado por los patriotas italianos. Se rinde Alemania después de ser invadida en su casi totalidad. Berlín cae luego de una incruenta batalla. Los altos jefes del nazismo son hechos prisioneros por los aliados, excepto Hitler y Goebels, cuyo suicidio se descuenta: sus cadáveres no pueden ser hallados. Los norteamericanos arrojan dos bombas atómicas sobre el Japón, en Okinawa y Nagasaki. Rusia declara la guerra al Japón. El Japón se rinde a su vez. Triunfo laborista en Gran Bretaña y derrota electoral de los conservadores ingleses.

CONFERENCIAS INTERNACIONALES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Buenos Aires	— 1.° al 23 de diciembre de 1936.
Lima	— 9 al 27 de diciembre de 1938.
Panamá	— 23 de septiembre al 3 de octubre de 1939.
Washington	— 15 de noviembre de 1939.
Río de Janeiro	— Noviembre de 1939.
La Habana	— 21 al 29 de julio de 1940.
Moscú	— 12 de julio de 1941.
Atlántico	— 14 de agosto de 1941.
Moscú	— 29 de septiembre al 1.° de octubre de 1941.
Washington	— 22 al 26 de diciembre de 1941.
Moscú	— Diciembre de 1941.
Washington	— 2 de enero de 1942.
Río de Janeiro	— 15 al 30 de enero de 1942.
Londres	— 26 de mayo de 1942.
Washington	— 19 al 25 de junio de 1942.
Casablanca	— 13 al 25 de enero de 1943.
Islas Bermudas	— 19 al 29 de abril de 1943.
Washington	— 11 al 20 de mayo de 1943.
Hot Springs	— 18 de mayo al 3 de junio de 1943.
Argelia	— 3 de junio de 1943.
Quebec	— 10 al 24 de agosto de 1943.
Moscú	— 18 al 30 de octubre de 1943.
Atlantic City	— 11 de noviembre al 1.° de diciembre de 1943.
El Cairo	— 22 al 26 de noviembre de 1943.
Teherán	— 28 de noviembre al 1.° de diciembre de 1943.
Moscú	— 12 de diciembre de 1943.
Bretton Woods	— 1.° al 22 de julio de 1944.
Londres	— 15 al 17 de agosto de 1944.
Dumbarton Oaks	— 21 de agosto al 7 de octubre de 1944.
Quebec	— 12 al 15 de septiembre de 1944.
Montreal	— 15 al 26 de septiembre de 1944.
Moscú	— 9 al 18 de octubre de 1944.
Chicago	— 1.° al 20 de noviembre de 1944.
Rye (EE. UU.)	— 10 al 20 de noviembre de 1944.
Yalta (Crimea)	— 3 al 10 de febrero de 1945.
México	— 21 de febrero al 8 de marzo de 1945.
San Francisco	— Mayo de 1945.
Potsdam	— Julio de 1945.

HISTORIA DE AMERICA

POR

ENRIQUE DE GANDIA

I

LA IDEA DE LOS ANTIPODAS EN LA POESIA MEDIEVAL ITALIANA

§ 1. *Antes de Dante.*

La idea de los antípodas es tan antigua como la idea de la esfericidad de la tierra. Una idea es consecuencia de la otra. Pitágoras resume los conceptos de los antiguos sobre la esfericidad. En la Edad Media, los grandes enciclopedistas católicos admiten la idea de la redondez del mundo. San Isidoro de Sevilla, el monje Beda, Scoto Erigena, Remi de Auxerre, Abelardo de Bath, Onorato de Autun, Guillermo de Conques y otros sabios medievales creían firmemente en la esfericidad de la tierra. Son éstas nociones corrientes que se repiten en los tratados. Algunos enciclopedistas, como Macrobio, Guillermo de Conques y Geoffroy de Saint Victor admitían la existencia de dos continentes en cada hemisferio, boreal y austral. Muy pocos Padres de la Iglesia negaron la redondez de la tierra. Ellos fueron Lactancio y San Agustín: buenos teólogos, como reconoció en tiempos de los Reyes Católicos el legado del Papa, Geraldini, pero muy malos cosmógrafos y geógrafos. En el siglo IX, Rabano Mauro suponía que la circunferencia terrestre llevaba inscrito un cuadrado formado por los cuatro puntos cardinales. Cosmas había desarrollado este concepto presentando la tierra como un gran plano sobre el cual se levantaban cuatro paredes que sostenían la bóveda celeste. Estas ideas no eran admitidas por la gran mayoría de los sabios medievales. En todos los epiritus anidaba la convicción de que el mundo era redondo, que existían regiones ignoradas y que todas, incluso los antípodas, eran habitables.

La cuestión de la habitabilidad de los antípodas y otras tierras desconocidas ha sido debatida en muchas oportunidades. Estudiosos modernos sostienen la tesis de que los sabios medievales creían inhabitables los antípodas, las tierras tórridas y las polares. En realidad, pocos fueron los enciclopedistas de la Edad Media que afirmaron la no habitabilidad de las tierras remotas. Como una consecuencia de este hecho, todas las tierras habitadas, por más lejanas que estuviesen, debían llegar a ser descubiertas para que en ellas se expandiese la fe de Cristo. No podía concebirse que existiesen tierras habitadas e inaccesibles porque ello suponía la

perdición irremediable, definitiva de infinitas gentes. O se trataba de hombres que no pertenecían a la estirpe de Adán o las tierras tenían que llegar a ser descubiertas. Lactancio, muerto en el año 340, fué el primero en sostener en su *Divinarum Institutionum libri VII* que el mundo debía ser totalmente conquistado por el cristianismo.

Dante, el enciclopedista más grande de la Edad Media, admitió y defendió la existencia de tierras incógnitas y antípodas: todas habitadas. Sus ideas, analizadas principalmente en *La Divina Comedia*, no muestran su amplitud verdadera. Pero para comprender algunos pasajes de su poema máximo es preciso conocer las teorías que él defendió en sus obras menores. Vemos, así, en su estudio *De Vulgari eloquio sive idiomate Libri duo*, que Dante admite la existencia de idiomas más atrayentes que el italiano y de ciudades y regiones más hermosas que las de Florencia y Toscana, entre uno y otro polo y el círculo del Ecuador. En el capítulo VI, *Sub quo idiomate primun locutus est homo, et unde fuit autor hujus operis* (Qué idioma habló primero el hombre, y dónde fué el autor de esta obra) sostiene que fué Adán; "pero nosotros —agrega— a quienes el mundo es patria, como a los peces el mar, aunque hemos bebido el agua del Arno antes que tuviésemos dientes, y que amamos tanto a Florencia... no obstante las espaldas de nuestro juicio más a la razón que al sentido apoyamos. Y aunque según nuestro placer, o sea según la calma de nuestra sensualidad, no haya en tierra lugar más ameno que Florencia; no obstante revolviendo los volúmenes de los poetas y de los otros escritores, en los cuales el mundo universalmente y particularmente se describe, *y discurriendo entre nosotros los varios puntos de los lugares del mundo y sus costumbres entre uno y el otro polo y el círculo Ecuador, firmemente comprendo, y creo, muchas regiones y ciudades ser más nobles y deliciosas que Toscana y Florencia, de donde soy oriundo y ciudadano*, y muchas naciones y muchas gentes usar más atrayentes y más útil idioma que los italianos" (*...ratiocinantesque in nobis situationes varias mundi locorum, et eorum habitudinem ad utrumque polum et circulum aequatorum, multas ese perpendimus, firmiterque censemus, et magis nobiles, et magis delitiosas et regiones et urbes quam Thusian et Florentiam, unde sum oriundus et civis...*) En el capítulo VIII, en que trata la *Subdivisio idiomatis per orbem et praecique in Europa* (Subdivisión del hablar por el mundo y especialmente en Europa) aclara que "por la dicha precedente confusión de lenguas no ligeramente juzgamos que entonces primeramente los hombres fueron esparcidos por todos los climas del mundo y por todas sus regiones y ángulos" (*Ex praecedenti memorata confusione linguarum non leviter opinamur,*

per universa mundi climata, climatunque plagas incolendas et angulus, tune hominis primun fuisse dispersos).

Es seguro que Dante reconocía la habitabilidad de todos los climas y de todas las regiones de la tierra. La obra *De Vulgari eloquio* fué escrita por Dante, según Boccaccio, "già vicino alla sua morte", después de haber compuesto *La Divina Comedia*. El 20 de enero de 1320, defendió en la iglesia de Santa Elena, de Verona, en presencia del clero, sus tesis sobre la *Quaestio de acqua et terra*. En este discurso, Dante declaró la esfericidad de la tierra, habló de su centro y explicó que la tierra es más alta que el agua. Años antes, entre el 1307 y el 1308, largo tiempo después de haber escrito la *Vità nova*, redactó cuatro tratados de los catorce que se había propuesto, sobre otras tantas canciones morales. Estos cuatro tratados llevan el nombre de *Convivio* o *Convito* y pueden considerarse como una síntesis de los conocimientos filosóficos de su época. Es, por tanto, la más importante de sus obras, excluyendo *La Divina Comedia*. En el *Trattato Terzo*, parte V, comenta la canción que empieza *Non vede il sol che tutto'l mondo gira*, y explica que Pitágoras y sus secuaces afirmaban que el mundo era una estrella que tenía enfrente una contraestrella llamada Antistona. Ambas estrellas, según Pitágoras, se hallaban en una esfera que se volvía al occidente desde el oriente. A causa de esta revolución, el sol giraba en torno a nosotros y a ratos se veía y a ratos no. El fuego estaba en medio de las estrellas. Dante, al exponer las doctrinas de Pitágoras, no hace más que sintetizar las enseñanzas de Aristóteles en su obra *De Coelo*. También demuestra conocer a Platón, en la parte del *Timeo* traducida por Caleidio. Sabido es que las otras obras de Platón fueron ignoradas hasta la mitad del siglo XV. Sólo Apuleyo, San Agustín y algunos autores árabes, judíos y cristianos trascribieron trozos de Platón. Dante sólo glosa las opiniones de Platón expuestas en el *Timeo*: la tierra y el mar, centro de todo; pero la periferia giraba en torno a su centro, siguiendo el primer movimiento del cielo. También explica que Platón, en otra obra, sostuvo que la tierra está fija y estable eternamente y no gira y ella y el mar son el centro del cielo. Dante, sin citarlo, repite a Alfragano y sostiene que el cielo gira en torno de la tierra, que es el centro. Los polos, firmes, están a igual distancia de un círculo máximo. De estos dos polos, uno es conocido "quasi a tutta la terra discoperta, cioé questo settentrionale; l'altro é quasi a tutta a discoperta terra celato, cioé lo meridionale". El sol gira en torno al círculo colocado entre ambos polos.

La idea de los antípodas es en Dante clara y firme. La explicación que hace en el *Convivio* merece ser sintetizada. Dante afirma que si una piedra pudiese caer del polo Norte, caería en el Océano, en un punto en el cual, si hubiese un hombre, tendría una

estrella siempre sobre su cabeza. De Roma a este lugar, en línea recta hacia el Norte, debe haber dos mil seiscientas millas. En este punto, Dante imagina una ciudad llamada María. Y si del polo meridional cayese otra piedra, ella caería en el punto opuesto del Océano al de la ciudad María. De Roma hacia este otro lugar, en dirección al mediodía, debe haber siete mil quinientas millas. Y aquí Dante imagina, para su explicación, otra ciudad: Lucía. De espacio, de cualquier lado que se tire la cuerda, debe haber diez mil doscientas millas; mitad de la circunferencia terrestre, "si che li cittadini di Maria tengono le piante contre le piante di que'di Lucia": *de modo que los ciudadanos de María tienen las plantas contra las de aquellos de Lucía.* La circunferencia terrestre debe medir, por tanto, el doble: veinte mil cuatrocientas millas. María y Lucía tienen un día al año de seis meses y una noche de la misma duración, "e quando l'uno ha lo giorno, e l'altro ha la notte". En cualquiera de sus puntos, este globo en que vivimos recibe tanta luz como tiniebla. Son, exactamente, las doctrinas de Alfragano. Así lo reconocen los comentaristas de Dante más autorizados. Otras fuentes tuvo Dante: Alberto Magno, con su obra *De natura Locorum*, y la *Pharsalia* de Lucano. Los párrafos en que Dante explica cómo gira el sol en torno a la tierra fueron juzgados por Angelitti, en el *Bullettino della Società dantesca italiana* (7.137) como el trozo "más admirable de prosa científica que posea la literatura italiana, no inferior a las páginas más hermosas de Galileo".

Es indudable, como acabamos de demostrar, que Dante admitía la esfericidad de la tierra y la existencia real de los antípodas. Esta comprobación puede ilustrarnos acerca del verdadero sentido de algunos pasajes de *La Divina Comedia*, diversamente interpretados. El primero es el que se refiere al viaje de Ulises en el Canto XXVI del *Infierno*. Algunos críticos (el jesuita Giovanni Maria Cornoldi, Alberto Guglielmotti en su *Storia della Marina Pontificia*, P. L. Ginguené, en su *Histoire Littéraire d'Italie*, y Gaspare Finali, en su opúsculo *Cristoforo Colombo e il viaggio di Ulisse nel poema di Dante*) han explicado el viaje de Ulises en el canto XXVI del Infierno como un itinerario hacia América o una alusión a la Atlántida. Se trata de suposiciones infundadas. La Atlántida no aparece y el viaje a América es, simplemente, un absurdo. Ulises refiere que en una nave, con sus compañeros, vió las costas de España, el fin de Marruecos, la isla de los sardos y llegó

a quella foce stretta,
Ov'Erco'e segnò li suoi riguardi,
A ciò che l'uom più oltre non si metta:

pero él dejó Sibilia (Sevilla) a la mano derecha, y Setta (Ceuta) a la izquierda y dijo a sus compañeros:

O frati —dissi— che, per cento miglia
Perigli siete giunti all'occidente;
A questa tanto picciola vigilia
De' vostri sensi, ch'è del rimanente,
Non vogliate negar l'esperienza,
Diretro al sol, del mondo senza gente!

Los hermanos, que a través de cien mil peligros habían llegado al Occidente, siguieron a Ulises, detrás del sol, para no negar la experiencia del mundo sin gente; hicieron alas de los remos, siempre avanzando del lado izquierdo, hasta que en la noche se veían todas las estrellas del otro polo, y el nuestro, o sea el del Norte, no sobresalía sobre el mar. A los cinco meses de navegar descubrieron "una montagna"; pero cuando empezaron a alegrarse, un torbellino que nació de la "nuova terra", alzó tres veces la nave y a la cuarta la hundió.

La historia de Ulises parece, en efecto, un viaje hasta América y un naufragio frente a sus costas; pero no se trata de un predescubrimiento del Nuevo Mundo. Tampoco se trata de un viaje a una tierra imaginaria o alegórica. No hay razón para suponer que Ulises se dirigió al Paraíso. Dante, en el *Purgatorio* (Canto I, vers. 100) dice que el monte del purgatorio es una pequeña isla en medio del Océano y que en la cima del monte se hallaba el paraíso. Todo esto es alegórico. El viaje de Ulises, en cambio, tiene un sentido geográfico. Es un viaje fuera de las columnas de Hércules, que dura cinco meses y termina, con un naufragio, frente a una montaña. Ulises no es para Dante un personaje alegórico, sino histórico. A nuestro juicio, Dante quiso hacer peregrinar a Ulises hasta las tierras del Oriente por la vía del Occidente —exactamente igual a lo que hizo siglos más tarde Cristóbal Colón—. Esta interpretación nuestra es la primera vez que se expone en los estudios dantescos y creemos poderla sostener con pruebas difíciles de refutar. En primer término, los viajes al Oriente y a los antípodas no eran imposibles para los poetas de la época de Dante. En el siglo XII, Gualterio, en el *Alessandreido*, refiere que el emperador Alejandro, después de la conquista de la India, incitó a sus soldados a buscar "los pueblos de los antípodas, que viven bajo otro sol, a fin de que nuestra gloria y nuestra virtud no dejen de adquirir experiencia de cosa ninguna, para que pueda crecer y merecer canto perpetuo". La alusión a la *experiencia* recuerda las palabras que más tarde escribió Dante. Ya se ve que Dante pudo, como Gualterio, un siglo antes, hacer viajar a Ulises hasta los antípodas. Por otra parte, fué el propio Dante quien señaló por el primero en la historia de la geografía la ruta del Occidente, sobre el Atlántico, para llegar al Oriente. El itinerario está expuesto en *La Questione dell'Acqua*

e della terra (XIX). Dice Dante: "Ritiensi da tutti comunmente, questa terra abitabile si estende per una linea di longitudine da Cadice, posta sopra i confini occidentali da Ercole, fino alle foci del fiume Gange, come scrisse Orosio. La quale longitudine é tanta, che tramontando il sole, mentre si trova nella linea equinoziale, per quelli che somo in uno dei termini, nasce per quelli che sono nell'altro, siccome fu riconosciuto dagli astrologi per mezzo dell'eclissi della luna".

§ 2. *Después de Dante.*

El gran historiador español Pablo Orosio, el primero en concebir un sistema de historia universal a comienzos del siglo V, dió a Dante, siete siglos más tarde, la teoría y el conocimiento de la habitabilidad de la tierra y de la posible comunicación de los confines occidentales de Europa con la boca del río Ganges, en la India. La ruta del Oriente por el Occidente expuesta por Orosio y repetida por Dante es exactamente la misma que en el siglo XV defendió Toscanelli y realizó Cristóbal Colón. Es probable que Dante, al referir el viaje de Ulises, lo haya hecho peregrinar, no hasta América, entonces inconcebida, sino hasta el Oriente, conforme había enseñado Orosio y admitían Gualterio y otros poetas y cosmógrafos de su tiempo. Por estas razones creemos también que las cuatro estrellas de que habla Dante y que posteriormente fueron identificadas con la Cruz del Sur, son realmente esta constelación y no cuatro estrellas alegóricas. Los geógrafos de la Edad Media, dividían la superficie habitable de la tierra en *climates*, o siete zonas con climas diferentes. Dante no creía en tierras no habitables por calor o frío, como ciertos geógrafos, sino en habitables y no habitables por ser descubiertas o no serlo. Por ello señala sus límites desde Cádiz al Ganges: todo en torno de la tierra. El *mondo zanza gente* no es un mundo inhabitable, sino un mundo no descubierto, es decir: las lejanas tierras orientales bañadas por el mismo Océano que se extendía frente a Cádiz. Por ello Ulises siguió el camino señalado por Orosio, detrás del sol, hasta ese mundo lejano, sin gente y nunca descubierto. El término empleado de cinco meses era el que en teoría se necesitaba para cruzar el Océano desde Cádiz hasta la India: en realidad, el término exacto que habría empleado una nave a vela en hacer el viaje si en el trayecto no hubiese existido América.

La concepción de Orosio y de Dante se encuentra, a mediados del siglo XIV, en el poeta Petrarca. Es sabido que Petrarca representa, en la Edad Media, una reacción contra el escolasticismo. Escéptico y erudito, tuvo en su tiempo actitudes modernistas. Admitía la existencia de la Atlántida y trataba de identificar la isla de Thule. Su conocimiento de Platón y otros autores de la antigüedad era mayor que el de Dante; pero nunca pudo saber que Thule era Islandia y no tuvo conocimiento de Groenlandia. En su poema *Affrica* se inspiró en las descripciones de Pomponio Mela. Lo que interesa de su información es su idea exacta de los antípodas. Se trata de unos antípodas perfectamente habitados. He aquí sus palabras, de una claridad y perfección admirables:

...il di nostro vola
a gente che di lá forse l'aspetta
....
quando la sera scaccia il chiaro giorno
e le tenebre nostre altrui fann'alba...

Petrarca pensaba que otra gente podía habitar en los antípodas, puesto que la tierra era redonda, y explicaba que nuestro día vuela a gente que del otro lado tal vez lo espera, y que cuando el atardecer hace huir el claro día, nuestras tinieblas se convierten para otros en alba.

A principios del siglo XV, otro poeta italiano, Goro Dati, tradujo, en 1435, los *Comentarii super libros Metheorum Aristotelis* de su hermano Leonardo, muerto once años antes. Esta traducción, titulada *Sfera*, es una descripción perfecta de la tierra con sus polos helados, la parte tórrida, central, y, entre la parte tórrida y los polos, en cada hemisferio, los lugares habitados:

Dall'opposita parte é l'altro polo,
simile a questo freddo di natura,
che non si puo mirar dal nostro suolo,
perché tra noi e quello ha grande arsura
la quale é sempre sotto un cerchio solo,
che fa le notti e i di d'egual misura,
tra questa, calda, e le due fredde zone
zono i luoghi abitati e le persone.

El conocimiento de la tierra, de sus zonas frías y cálidas, de sus partes habitadas, en cada hemisferio, de la duración de los días y de las noches y de los antípodas no podía ser más amplio y perfecto. No debe sorprendernos, por tanto, si a fines del mismo siglo XV, en 1470 ó 1471, Luigi Pulci empezó a escribir *Il Morgante* con una noción del mundo y de la grandiosidad del Oriente digna de admiración.

Luigi Pulsi publicó en 1481 los primeros veinte cantos de su poema. El 7 de febrero de 1483 dió a luz la edición completa de veintiocho cantos. Es esta segunda parte, impresa después de 1481, donde se encuentra la más asombrosa afirmación medieval de antípodas habitados, con imperios y ciudades. Es una alusión induda-

ble a las tierras que dos siglos antes había visitado Marco Polo. Los versos dicen:

Passato il fiume Bagrade, ch'io dico,
presso allo stretto son di Gibilterra,
dove pose i suoi segni il Greco antico,
Abila e Galpe, a dimostrar ch'egli erra
non per iscogli, o per vento nimico,
ma perché il globo cala della terra.
Chi va più oltre c'non trova poi fondo,
tanto che cade giú nel basso mondo.

Rinaldo allor, riconosciuto il loco,
perché altra volta l'avea veduto,
dicea con Astarotte: dimmi un poco
a quel che questo segno ha proveduto.
Disse Astarotte: un error lungo e fioco,
per molti secol non ben conosciuto,
fa che si dice d'Escol le Colonne,
che più lá molti periti sonné.

Estamos frente a una explicación mgnífica. Rinaldo, al llegar a las columnas de Hércules, pregunta a Astarot si es cierto que no se puede avanzar más allá de Gibraltar. Astarot le contesta que es un error de muchos siglos, flojo, y agrega:

Sappi che questa opinione é vana,
perché più oltre navicar si puote,
pero che l'acque in ogni parte e piana,
benché la terra abbi formi di ruote.
Era più grosso allor la gente umana,
tal che potrebbe arrosirne le gote
Ercole ancor d'aver posti que' segni
perché più oltre passeranno i legni.

Es decir: la opinión de que no se puede navegar más allá de las columnas de Hércules es vana: se puede ir más allá, pues el agua en todas partes es plana aunque la tierra tenga forma de rueda. No se trata de simples alusiones a los viajes que se hacían más allá de Gibraltar, tanto hacia el Norte como hacia el Sud, ampliamente señalados en el atlas catalán del 1375 y en otros mapas del siglo XIV y del siglo XV. Es el pleno dominio de la tierra por el hombre el que anuncia Luigi Pulci.

E puossi andar giú nell'altro emisperio,
pero che al centro ogni cosa reprime:
si che la terra, per divin misterio,
sospesa sta fra le stelle sublime.

"Se puede ir abajo, en el otro hemisferio, puesto que al centro cada cosa retiene: de modo que la tierra, por divino misterio, suspendida está entre las estrellas sublimes". Es la afirmación ro-

tunda de que puede navegarse al otro hemisferio y que la tierra, redonda, está suspendida entre las estrellas con su fuerza centrípeta. En seguida viene la revelación asombrosa:

E laggiú son cittá, castella e imperio;

"Y allá abajo hay ciudades, castillos e imperios";

ma non conobbon quelle gente prime:
vedi che il sol di caminar s'affretta
dove io ti dico, che laggiú s'aspetta.
E come un segno surge in Oriente,
un altro cada con mirabil arte,
como si vede qua nell'occidente,
pero che el ciel giustamente comparte.
Antipodi appellata é quelle gente,
adora il Sole e Juppiter e Marte;
e piante e animal como voi hanno,
e spesso insieme gran battaglie fanno.

Los antípodas son paganos, combaten entre ellos y tienen las mismas plantas y animales de los hombres de Europa. Luego Rinaldo quiere saber si los habitantes de los antípodas pertenecen a la estirpe de Adán:

Disse Rinaldo: poi che a questo simo,
dimmi, Astarotte, una'ltra cosa ancora:
se questi son della stirpe d'Adamo,
e perché varie cose vi s'adora,
se si posson salvar qual noi possiamo.

Astarot satisface la inquietud de Rinaldo, después de reprocharle sus gruesas preguntas, y le explica que al final todos los hombres se han de salvar.

Disse Astarotte: non tentar più ora,
perché più oltre dichiarar non posso,
e par che tu domandi come uom grosso.
Dunque sarebbe partigiano stato
in questa parte il vostro Redentore,
che Adam per voi fosse quassú formato,
e crucifisso lui per vostro amore:
sappi ch'ognum per la Croce e salvato·
forse che'l vero dopo lungo errore
adorete tutti di concordia,
e troverete ognum misericordia.
. . . .
Tanto é: chi servirá ben la sua legge,
potrebbe ancor aver redenzione,
come de'Padri del Limbo si legge;
e che nulla non fe'sanza cagione
quel primo Padre ch'ogni cosa regge;
si che il mondo non fe'sanza persone,
dove tu vedi andare giú le stelle,

pianeti, segni e tante cose belle.
Non fue quello emisperio fatto a caso,
ne'il sol tanta fatica indarno dura,
la notte e il di, dall'uno all'altro ocasso,
che il sommo Giove non arebe cura,
se fussi colaggiú voto rimaso;
e nota che l'angelica natura,
poi che a te piace di sapper piú a dentro,
da quella parte roviná nel centro.
Vera è la parte sola de'Cristiani,
e gista legge, e ben fondate e santa:
tutti i vostri dottor son giusti e piani,
e ció appunto da Scrittura santa:
e tutti i Giudei perfidi e i Pagani,
se la graccia del Ciel qui non rammanta,
dannati sono, e le lor leggi tutte
dell'Alcoran, de'matti e del Talmutte.

Luiggi Pulci resume los conocimientos de su época sobre el mundo. Eran los años de Pablo del Pozzo Toscanelli, de su amigo, el canónigo de Lisboa, Fernando Martín, y de Cristóbal Colón. Se sabia, sin ninguna duda, que avanzando más allá de las columnas de Hércules, siempre en dirección al Occidente, se llegaba a las tierras maravillosas del Oriente, donde había ciudades e imperios de paganos. La vieja concepción del mundo, de Pablo Orosio, en el siglo V, fué desarrollada por Dante en el siglo XIII, la sostuvo Petrarca en el siglo XIV y la repitió Pulci en el siglo XV. A fines del mismo siglo, Cristóbal Colón, con idéntica concepción, emprendió su gran viaje como el Ulises de Dante y creyó haber llegado a los castillos, a las ciudades y a los imperios de Marco Polo cantados por Pulci. El descubrimiento de América, en su génesis espiritual, es un viejo ensueño científico italiano, en el siglo V, fué el más lejano y directo precursor de la concepción colombina. Mil años más tarde, España llevó a la práctica la enseñanza de Orosio. Italia conservó y desenvolvió esta teoria a lo largo de diez siglos. Por ello puede decirse que América surgió del genio unido de España e Italia.

II

VIAJES MARITIMOS ANTERIORES A COLON

§ 1. *Los Viajes en la edad Griego-Romana.*

La historia de los viajes marítimos anteriores a Colón suele comenzarse, generalmente, con la indagación de los conocimientos que los pueblos de la antigüedad podían tener de las tierras situadas al Oeste del Océano Atlántico. Esta tarea es más propia de mitógrafos que de historiadores, pues se limita a analizar los mitos, las leyendas y las tradiciones conservadas en las obras clásicas.

Ante todo debemos aclarar que no se trata de remontarse a los orígenes más remotos, porque ello equivaldría a investigar la forma en que se pobló el Nuevo Mundo, lo cual nos sacaría del campo de la historia para llevarnos a otras disciplinas. Nos concretamos a los viajes legendarios desde la civilización griego-romana hasta la plena Edad Media. No es posible negar que navegantes osados de la antigüedad hayan cruzado el Océano Atlántico hasta las costas orientales de América y que otros hayan ido desde la India y la China hasta las tierras occidentales del Nuevo Mundo. Las comunicaciones de los pueblos polinésicos con las costas americanas del Pacífico, tocando en la isla de Pascua, son hechos acerca de los cuales ya no es admitido dudar. Pero lo que a nosotros interesa no es la llegada accidental, debida a un error o a una tormenta, de un hombre europeo a América: hecho aislado que en sí solo nada significa porque el navegante desconocido o no regresó al Viejo Mundo o no supo dar cuenta de dónde había estado. El interés histórico de los viajes anteriores a Colón en el Atlántico, aunque no hayan tocado en las tierras americanas, no reside en su realización, sino en la influencia que tuvieron en otros descubrimientos y en la formación de leyendas y tradiciones que hablaban de tierras misteriosas al Occidente del Atlántico.

Los mitos, leyendas y tradiciones más antiguas no se referían precisamente a viajes, sino a continentes desaparecidos. El conocimiento de la existencia de estos continentes implicaba por fuerza la realización de viajes ignorados.

Estos continentes, acerca de los cuales existe una abundante bibliografía, eran la Atlántida, el continente Croniano y la Merópida. Todos ellos fueron imaginarios. No nos corresponde en este lugar discutir su existencia; pero podemos asegurar que sus únicos sostenedores modernos son simples aficionados y que no se hallará un estudioso de seriedad científica reconocida que se incline a admitirlos.

La no existencia de estos continentes no impide que las leyendas que se refieren a ellos se hayan originado de viajes auténticamente realizados desde Europa a América en tiempos anteriores a Colón. Esta posibilidad nos llevaría a tocar el problema de la ubicación de la Atlántida, del continente Croniano y de la Merópida. El tema es inmenso y entre las innumerables opiniones no faltaron los primeros cronistas de Indias que identificaron la Atlántida con América y lanzaron la tesis de que el conocimiento que Platón tuvo de la Atlántida provenía de viajes remotísimos llevados a cabo por los fenicios, los egipcios o los griegos a las cosas del Nuevo Mundo. Estas teorías han hallado desde hace cuatro siglos cándidos defensores que las han sostenido con infinidad de argumentos pseudocientíficos. Hoy en día se ha llegado a la conclusión de que la Atlántida es una bella alegoría histórica. Nació de la fantasía de Platón y en cuanto a las muchas identidades culturales que se advierte entre las civilizaciones prehistóricas del antiguo y del Nuevo Mundo ellas no provienen —como han supuesto tantos soñadores— de un tronco común desaparecido que existía en pleno Océano Atlántico, sino de la corriente humana y cultural que ha unido América y Europa a través del Asia y del Pacífico.

Más reales que la Atlántida son el continente Croniano mencionado por Plutarco y la Merópida citada por Eliano. En el relato de Plutarco, si se separa la parte mítica de la parte geográfica, podría identificarse algunas de las islas mencionadas con las Feroe y también con Islandia y Groenlandia, especialmente por el dato de las largas noches claras. El continente que se hallaba a una gran distancia de estas islas sería América. Así lo interpretó el geógrafo Ortelius en su obra *De orbe terrarum*. Los modernos no podemos llegar más que a dos conclusiones: o admitir un fondo de realidad en la leyenda repetida por Plutarco y reconocer que los griegos tenían la reminiscencia de un continente ignoto al Oeste del Océano Atlántico, o si no a considerar el relato como una simple alegoría.

En cuanto a la Merópida, recordada por Eliano a través de un pasaje de Teopompo, es otra tradición semejante en su forma y en su fondo a la de Plutarco. Algunos comentadores han visto en ella las tierras de México y hasta las del Perú. Trátase de exageraciones. Lo único admisible —como máximo— es que sea un vago

recuerdo de las costas americanas entrevistas por viajeros antiquísimos de los cuales la historia no conserva noticia.

Estos viajes prehistóricos de navegantes de la antigüedad a tierras de América habríanse originado principalmente por el azar de las tormentas y de las corrientes. Experimentos hechos por el príncipe Alberto de Mónaco han demostrado que ciertos flotadores han sido arrastrados por las corrientes a distancias inmensas. En la práctica no hay ningún obstáculo en admitir la llegada accidental de navíos europeos a las costas americanas. La dificultad consiste en el regreso. Más improbable es suponer la realización de viajes organizados con el fin de ir a las tierras occidentales del Océano Atlántico y volver al viejo mundo. Los primeros navegantes a quienes se ha supuesto capaces de una empresa semejante es a los fenicios. Ellos fueron, según conjeturas, los primeros que cruzaron las columnas de Hércules. Hannon navegó a lo largo de las costas de Africa e Himilcon siguió las del Norte de Europa. De sus viajes al Occidente del Océano Atlántico no ha quedado memoria. Dícese —con el testimonio de Estabón— que guardaban el secreto de las tierras por ellos visitadas a fin de que otros navegantes no llegasen a sus mismos lugares y que aumentaban las dificultades de la navegación para aterrorizar a los competidores. Sus viajes, como los de los portugueses, siglos después, habrían sido clandestinos. Como punto de partida de estas expediciones se señala la ciudad de Gades (Cádiz). Su primera etapa era las islas Canarias. De allí habrían llegado a las islas Azores, o al Archipiélago de Madera. Algunas de estas islas, posiblemente, las Azores, serían las Casiteridas descritas por Herodoto. Algunos críticos admiten que los fenicios llegaron a América, o, cuando menos, que conocieron el Mar de los Sargasos. De este último hecho no hay dudas, pues tanto Aristóteles, como Teofrasto y otros autores antiguos describen las algas que flotaban en el Océano Atlántico, al Oeste de la Península Ibérica. Lo que está en duda es que los fenicios hayan tocado realmente las tierras de América. Diodoro Sículo habla de una isla visitada por los cartagineses al Oeste de las columnas de Hércules. Algunos historiadores la han identificado con América. Otros suponen, simplemente, que se trata de las Canarias o de Madera. Sin embargo, la descripción de esa tierra, con ríos navegables, no coincide en lo más mínimo con las islas mencionadas. Se trataría, en último caso, de una visión de América que algunos críticos intentan confirmar con las tradiciones que existían en América, al tiempo de su descubrimiento, de la llegada de hombres procedentes de Europa; pero estas reminiscencias, así como el mito de Votán, no pueden ser aceptadas como pruebas de ninguna especie. Son leyendas indígenas, deformadas por los cronistas que las recogieron, acerca de las cuales no se ha hecho aún un estudio crítico definiti-

vo. En su mayor parte son mitos propios de las culturas indígenas referentes a los héroes civilizadores: personajes imaginarios que nada tienen que ver con realidades históricas.

En cuanto a las inscripciones y esculturas fenicias halladas en Norte América y en el Brasil, se ha probado que han sido fraudes groseros hechos para burlarse de ciertos estudiosos. Las perlas agri. de fabricación veneciana, se han encontrado desde mediados del siglo pasado en muchas partes de América, desde los Estados Unidos hasta Río Grande do Sul. Algunos aficionados las presentaron, hace años, como prueba de la llegada de los fenicios a América. Desde medio siglo se sabe que su origen en el Nuevo Mundo se debe a los españoles que las traían para contratar con los indígenas. Sin embargo no ha faltado un arqueólogo, en Bolivia, que las haya presentado hace un par de años como un testimonio de la llegada de los venecianos al Perú antes del descubrimiento de América. Y lo que es peor, estas lucubraciones hallaron en seguida una titulada Sociedad de Historia Argentina que las editó y presentó al mundo científico como un descubrimiento sensacional...

Los judíos, que según algunos cronistas llegaron a América en tiempos remotísimos y hasta fueron el origen de su población, nunca llevaron sus navegaciones fuera del Mediterráneo. La identificación de Perú con Ophir y la ubicación de Tarsis (Tartesos) en América, son argumentos ridículos. Igual cosa decimos de todas las sutilezas acumuladas por MENASSEH BEN ISRAEL en su *Origen de los Americanos, esto es Esperanza de Israel,* impreso en Amsterdan en 1650. Los autores modernos que repiten sus conclusiones con nuevos agregados no hacen más que buscar una publicidad periodística y no merecen una refutación científica. La creencia de los antiguos en los antípodas parece confirmar la idea que ellos tenían de tierras occidentales. Anaxágoras, Pitágoras, Philolaus, Platón, Aristóteles y Cicerón admitían los antípodas. Macrobio, comentando a Cicerón, dividía el globo en cuatro partes habitables, e igual cosa, siguiendo sus enseñanzas, hicieron Estrabón, Pomponio Mela y otros geógrafos de la antigüedad. No vamos a insistir sobre estos testimonios porque ello nos llevaría fuera de nuestro tema y entraríamos a estudiar las ideas cosmográficas de los antiguos en vez de sus viajes. Si hemos expuesto los testimonios anteriores fué para demostrar cómo durante los siglos de la civilización griego-romana en Europa se presentía la existencia de América, lo cual, indiscutiblemente, no pudo haber ocurrido sin que viajes misteriosos hayan comprobado la realidad de las tierras occidentales. No sólo había intuición en las afirmaciones de los antiguos, sino también una certeza proveniente de hechos positivos.

Plutarco, en la *Vida de Sertorius,* refiere que cuando éste llegó a Gades, unos navegantes españoles le revelaron que al otro

lado del mar había tierras a las cuales ellos llegaban. No hay pruebas que se hayan referido a América. Es posible que hayan indicado las islas Afortunadas, de las cuales hablaron Horacio y otros poetas latinos. Tolomeo fué el primero en darles el nombre de islas Canarias y hay testimonios de que a ellas llegaban no pocos viajeros. Según Pausanias, Euphemos de Cario habría llegado a unas islas Satyridas que algunos críticos han pretendido identificar con las Antillas y que, en verdad, no se sabe qué islas puedan ser.

Como se ve, no hay ninguna prueba de que los griegos y romanos hayan llegado a América en sus viajes por el Océano. Sus excursiones no pasaron al Oeste de las Canarias y, a lo sumo de las Azores; pero en cambio, en épocas anteriores a ellos, tal vez fenicias, navegantes ignorados tocaron en las costas del Nuevo Mundo. No se explicarían de otro modo las tradiciones legendarias que los antiguos tenían de islas y continentes occidentales que no eran ni las Canarias, ni las de Cabo Verde, ni las Azores. Estos viajes legendarios se pierden en la lejanía brumosa de la historia, tienen un aspecto mítico; pero, como dijimos, encierran un fondo de realidad acerca del cual nunca sabremos nada.

No es extraño, por tanto, que Séneca haya escrito en su drama *Medea* aquellos versos que tanto impresionaron a Colón:

Venient annis saecula seris,
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens pateat tellus
Typhisque novos detegat orbes
Nec sit terris ultima Thule.

§ 2. *Los Viajes en la Edad Media.*

Es una noción corriente que durante la Edad Media los descubrimientos geográficos se paralizaron casi por completo. Así se afirma en obras científicas y se repite en manuales. No obstante, creemos que durante la Edad Media los descubrimientos geográficos progresaron enormemente. La confusión de quienes sostienen lo contrario reside en el hecho de que pretenden estudiar los conocimientos geográficos de la Edad Media en las obras que se escribían en los conventos. Ello es una desorientación, por no decir un error. Los conventos eran centros de cultura religiosa, teológica, filosófica e histórica; pero no de exploraciones geográficas. El monje llevaba una vida contemplativa, encerrado en su cenobio. Los benedictinos eran los únicos que se consagraban al estudio de las materias que hemos mencionado, a las cuales debe agregarse la iluminación de salterios, biblias, bestiarios y otras obras de historia natural. Todo lo que se refería a la lejanía les inspiraba desconfianza y temor. En el afán de investigar lo lejano veían un pecado

o un peligro para las almas. Lo principal era vivir y morir donde se había nacido rezando para lograr la salvación del alma. Es así cómo empezó a dudarse de los antípodas aceptados sin vacilación por los antiguos. Los contados monjes que admitieron su existencia por el testimonio de los clásicos fueron tachados de herejes. En el siglo X hablar de antípodas equivalía a atraerse la excomunión. Al mismo tiempo se exageraban los calores de la zona tórrida diciendo que las aguas del Océano hervían y que los navíos que se aventurasen sobre ellas habrían sido quemados por el sol. Larguísimo sería mencionar las opiniones de los sabios eclesiásticos de la Edad Media que hablaban de monstruos, de calores horribles y otras absurdidades en el Océano como si con esas palabras quisiesen disuadir a los osados de aventurarse sobre el mar.

Sin embargo, es necesario reconocer que algunos sabios religiosos de la Edad Media, como San Isidoro de Sevilla, el monje Beda, Rábano Mauro y Juan de Sacrobosco sostuvieron, cada uno en su tiempo, la redondez de la tierra, y que Alberto el Grande afirmó que la zona tórrida era perfectamente habitable. Pero no hablaron de tierras al Occidente del Océano Atlántico o, a lo sumo, se limitaron, algunos, a repetir las opiniones de los antiguos. Sólo Vicente de Beauvais, contemporáneo del rey San Luis, y Roger Bacón, sostuvieron que debía haber una cuarta parte del mundo. Bacón la situaba entre el Occidente de Europa y el Oriente de la India. Para hacer esta afirmación no se basaba en el resultado de viajes, sino en razonamientos. También Santo Tomás opinaba que el mar que bañaba las costas de la India y de España y Africa era el mismo, sin otros argumentos que deducciones. En idéntica forma se expresaba el cardenal Pierre d'Ailly en su *Imago Mundi* que tanta influencia tuvo en la vida de Colón.

Ahora bien: es preciso distinguir en la Edad Media los conocimientos teóricos que tenían los monjes en las bibliotecas de los conventos y los conocimientos empíricos de los navegantes, basados en la experiencia y en las tradiciones de los antepasados. En las obras salidas de las plumas de los monjes no se hallarán más que ecos del pasado, repeticiones o deducciones más o menos lógicas, sin una novedad, sin un dato concreto. Dante, el más grande y más profundo enciclopedista de la Edad Media, rompe esa oscuridad con unas alusiones que dejan entrever la realización de viajes lejanos. En el *Infierno* comienza el Canto XXVI con aquellos versos:

Godi, Fiorenza, poi che se'si grande
Che, per mare e per terra, batti l'ali...

suficientes para darnos una idea de las actividades marítimas de Florencia.

Sin embargo, los versos más citados de Dante son aquellos en que Ulises habla del siguiente modo, también en el Canto XXVI:

O frati —dissi— che, por centomilia
Perigli, siete giunti all'occidente;
A questa tanto picciola vigilia
De vostri sensi, ch'è del rimanente,
Non vogliate negar l'esperienza,
Diretro al sol, del mondo senza gente.

Este mundo inhabitado no es, como han supuesto algunos comentaristas, una tierra real a la cual hayan podido llegar navegantes. Se trata de los antípodas que en tiempos de Dante se creían totalmente deshabitados. Ristoro d'Arezzo, contemporáneo de Dante, en *La composizione del mondo*, exponía esta tesis que Dante repitió en el *Convivio* (III, 5) y en *La Divina Comedia*, a pesar de que en el siglo XIV todavía se leía el poema del siglo XII, *Alessandreide*, de Gualterio, en que Alejandro el Macedón aparece proponiendo a sus soldados, después de la conquista de la India, la búsqueda de los pueblos de los antípodas. Más sugestivos son los versos del Canto I del *Purgatorio* en que se ha señalado la presencia de la Cruz del Sud:

Io mi volsi a man destra, e posi mente
All'altro polo, e vidi quattro stelle
Non viste mai, four che alla prima gente.
Goder pareve, il ciel, di lor fiammelle:
O settentrional vedove sito,
Poi che privato se'di mirar quelle!

En tiempo de Dante los viajeros italianos habían llegado al Egipto y a la India donde la Cruz del Sud es visible. Los árabes la habían señalado en planisferios que Dante pudo muy bien conocer, Aristóteles aludió a ella al decir que en Egipto se veían estrellas que en Europa eran desconocidas; pero, por el contexto de los versos citados, parece más bien, que Dante habló de las estrellas en forma alegórica. Así como el polo Norte está señalado por unas estrellas, Dante imaginó que el polo Sud también debía tener sus estrellas particulares. No obstante, aunque en el mismo Canto I vuelve a mencionar las estrellas como *quattro luci sante*, no sería extraño que dichas estrellas no fuesen alegóricas, sino reales, y que su conocimiento proviniese de informes de viajeros que hubiesen avanzado lo mismo por las tierras del Oriente que a lo largo de las costas de Africa bañadas por el Océano Atlántico. Así lo creemos, en definitiva.

Las verdaderas enciclopedias geográficas de la Edad Media son los portulanos y los mapas de los siglos XIV y XV. En estas cartas se hallaban contenidos todos los datos que los monjes en-

cerrados en los conventos ignoraban por completo. Los portulanos y las cartas de navegar de la Edad Media son documentos preciosos que nos consignan los viajes indiscutidos de navegantes cuyos nombres, en la mayor parte, la historia no ha podido conservar. Estos viajes se deducen por la presencia de islas misteriosas en los portulanos y en las cartas: islas nacidas de la imaginación popular, algunas, y otras de hechos auténticos. El monumento cartográfico de la época de los grandes descubrimientos medievales es sin duda alguna el atlas catalán del año 1375. Conforme reconoció Luis Ulloa este atlas no debe considerarse como una enciclopedia de los descubrimientos catalanes, sino que tiene un carácter internacional. Fué atribuído a un judío llamado Cresques, el cual podría ser un mallorquín de nombre Jaffuda Crespes. Sin embargo, en 1891, Hamy hizo observar que un año antes (en 1380) de la fecha en que se dice que el atlas en cuestión fué obsequiado por Juan I el Cazador a su primo Carlos VI, hijo de Carlos V de Francia, ya figuraba en el inventario que Juan Blanchet hizo de los bienes del difunto Carlos V. Esto probaría que el atlas que se hallaba en poder de Carlos V antes de 1380 no era obra de Cresques. El mapamundi de este último obsequiado en 1381 sería otro mapa que hoy nos es desconocido. De cualquier modo, lo que a nosotros interesa es comprobar qué tierras del Océano Atlántico habían sido redescubiertas por los navegantes de la Edad Media antes del año 1375. Las revelaciones de este atlas son en verdad extraordinarias.

Las islas Azores, cuyo descubrimiento en la Edad Media se atribuía al flamenco Van der Berg entre los años 1431 a 1444 — el cual lo habría comunicado al rey de Portugal — aparecen en el mapa de Picignano de 1367 con nombres de origen italiano, lo cual demuestra que antes de esta fecha habían llegado a ellas navegantes genoveses, pisanos o venecianos, como parece confirmarlo el portulano laurenciano de 1351, donde también figuran. En el atlas catalán de 1375 vuelven a aparecer y junto a ellas se encuentra una Insula Salvatges. El mejor comentador del atlas catalán de 1375 — Ricardo Carreras y Valls — opina que las islas Salvajes podrían ser las tierras de América entrevistas por algún navegante que las confundió con islas y les dio el nombre de Salvajes por los hombres que las habitaban; pero la suposición es dudosa, y mientras no se confirme con otros testimonios [illegible] cilísimo, no puede admitirse completamente. Lo mismo decimos de la isla Brazil, situada entre otras islas y que por su situación sería fácil identificar con las Azores. Esta isla, según Carreras y Valls, sería un trozo del continente Sudamericano, donde los mercaderes catalanes iban a buscar el palo [illegible] llamado Brasil. La afirmación queda en el aire; pero, si bien no puede probarse de

un modo definitivo el conocimiento de América antes del viaje de Colón, puede, en cambio, probarse de un modo incuestionable cómo entre las costas occidentales de España y de Africa y las orientales del Extremo Oriente, que en el atlas catalán de 1375 aparecen perfectamente dibujadas con las ciudades de Zaytón (Cantón) y Chambaiet (Pequín) había islas misteriosas con los nombres de Man, Brasil y Salvatges cuya existencia es una terrible interrogante para los estudiosos de la geografía medieval.

Las islas Canarias ya hemos dicho que eran conocidas por los antiguos con el nombre de Afortunadas. San Beato de Liébana, a fines del siglo VIII, las dibujó en un mapa que acompaña un comentario del Apocalipsis. Los árabes las conocieron y el geógrafo Edrisi habla de una expedición a dichas islas en el siglo XII. A fines del siglo siguiente las visitaron los hermanos Vivaldi. Por este tiempo, sin que pueda precisarse la fecha exacta, estuvieron en ellas los genoveses Lanzarotto Malocello, Tedisio Doria, Nicolás de Recco y otros. Petrarca atestiguaba que antes que él naciese, en 1304, una flota genovesa había llegado a las Canarias.

En 1342 y en 1346 los catalanes Francesc des Valers y Jaume Ferrer también llegaron a las Canarias. El Papa Clemente VI autorizó al infante Luis de la Cerda a conquistar las Canarias y en 1402, Juan de Bethencourt inició esa empresa. No es de extrañar, por tanto, que las islas Canarias figuren en los mapas catalanes de 1339, de Angeli Dulcert, y en el de 1375. En el mapa de Dulcert las Canarias están representadas por dos islas con los nombres de Lanzaroto y Maloxelo y otra con el nombre de Fuerte Ventura. La primera tiene al lado del nombre Lanzaroto el escudo de Génova.

La comparación de los mapas catalanes de 1339 y 1375 nos prueba que el redescubrimiento de las Azores por los navegantes de la Edad Media se realizó entre esas fechas límites sin que pueda afirmarse quiénes fueron los marinos que divulgaron su existencia en Europa antes del año 1375.

La navegación de las costas occidentales del Africa, de Norte a Sud, hácese comenzar con el viaje del cartaginés Hannon, unos 500 años antes de Cristo. Dúdase, con sobrados motivos, del número de sesenta bajeles y de treinta mil personas embarcadas; pero la descripción hecha en lengua púnica y más tarde vertida al griego, de las costas occidentales del Africa hasta una alta montaña que no puede ser otra que el Kakulima de la actual Guinea francesa, prueba que los navíos cartagineses debieron llegar cuando menos hasta la actual Sierra Leona. Desde entonces ningún navegante costeó el Africa hasta fines del siglo XIII en que los hermanos Vivaldi, según el Itinerario de Uso di Mare, salieron de Génova para llegar a la India circunnavegando el Africa. Unos

diez años después del viaje de estos Vivaldi, otros hermanos Vivaldi, también genoveses, habrían repetido el intento de sus predecesores; pero estos viajes no están suficientemente probados. En cambio, el atlas catalán de 1375 dibuja la costa occidental de Africa hasta el Sud de las Canarias, donde aparece, frente al Senegal, un navío con la bandera catalana y una inscripción en que se lee que es el bajel de Jaume Ferrer partido el 10 de agosto de 1346, día de Sant Llorenc, en dirección al Río de Oro. Tenemos, pues, la prueba incuestionable de que antes del año 1375, probablemente en 1346, los catalanes recorrieron la costa occidental de Africa hasta el Senegal. El dato tiene suma importancia porque él nos demuestra que las expediciones al Africa de los años 1412 y 1430 no fueron, conforme se ha creído generalmente, las primeras que visitaron el Africa a fines de la Edad Media. Debe, también, recordarse que el príncipe portugués, Enrique el Navegante, ordenaba no pasar al Sud del Cabo Bojador por creer que más allá habría tempestades terribles, mientras que el atlas de 1375 prueba que cerca de un siglo antes Jaume Ferrer llegó hasta el Senegal. Los portugueses sólo doblaron el Cabo Bojador en 1433 con Gil Yanez de Lagos.

El Senegal fué, por tanto, reconocido por los catalanes en 1346. Los árabes, según el testimonio de Abulfeda, llegaron a esos lugares con Ibn Fátima. En cuanto a los supuestos viajes de los normandos de Dieppe no pueden tomarse en cuenta, pues se habló de ellos por primera vez en el año 1667.

El atlas catalán de 1375 nos revela las rutas comerciales que los mercaderes de la Edad Media seguían a través del Africa y del Oriente hasta los más lejanos confines del mundo. Las ciudades del Africa Occidental, como Melli y otras visitadas por Ibn Batuta en 1352, aparecen perfectamente señaladas. Los mercaderes llegaban hasta Timbuctú, en el centro del Sahara, el Egipto, o sea, la región bañada por el Nilo, que entonces era denominada Africa (sabido es que este nombre se extendió luego a todo el continente) y la Nubia. También visitaban ciudades como La Meca, Medina y Aden; las ciudades de la India, como Delhi, Colomfo, etc.; Ceilán, llamada Illa Jana, con "milts arbres leny, eyloes, camphors, sandels, species, subtils, garenga, nou moscada, arbres de canyela, la qual es pus preciosa de qual se vol altra de tota la India"; la isla Sumatra, llamada Trapobana: el desierto de Gobi, el Mar Caspio y las principales ciudades de la China y del Extremo Oriente.

Es indudable que el autor del atlas catalán de 1375 compuso su obra basado en los informes de los grandes viajeros medievales que recorrieron el Oriente en largos años de peregrinación, como Benjamín de Tudela, Marco Polo, Ibn Batuta y otros que no

viene el caso mencionar; pero no hay duda, también, que debió tener informes de mercaderes y navegantes desconocidos. Leemos en el atlas de 1375 que en los mares del Extremo Oriente "navega gran navili de diverses gens". Esto podría demostrarnos que no fué después del descubrimiento de América que los navegantes del Mediterráneo llegaron al extremo Oriente, sino antes del 1375. Anotemos la inscripción que figura en cierto lugar del Asia: "Aci senyoreya lo rey Steve, christia: Aci es lo cors de Sent Thomas apostol; mira per la ciutat Butifilis". CARRERAS Y VALLS hace observar, muy finamente, que en la carta del rey Don Manuel de Portugal en que da cuenta a los Reyes Católicos del viaje de Alvarez Cabral, del 29 de julio de 1501, se lee: "A Colecut: en la ciudad de Cuthin hay muchas naos y supo que dos mercaderes solamente tenían cincuenta naos. En aquel reino hay muchos cristianos verdaderos de la conversión de Santo Tomás y los sacerdotes... y tienen iglesias en que dicen misas... Y halló cierta noticia donde yace el cuerpo de Santo Tomás que es ciento cincuenta leguas de allí en la costa de la mar, en una ciudad que se llama Meilapur y me trajo tierra de su sepultura y todos los cristianos y así los moros e los gentiles por los grandes milagros que hace van a su casa en romería y así nos trajo dos cristianos los cuales vinieron por su placer e con licencia de su prelado, para que los enviáramos a Roma y Hierusalem..."

Vemos, pues, cómo la tradición de la muerte de Santo Tomás en extremo Oriente, hallada por los mercaderes europeos antes del 1375, sobrevivió hasta que la encontró de nuevo Pedro Alvarez Cabral.

También el Gran Can se encuentra señalado en este atlas con la siguiente leyenda: "Le major princep de tods los Tartres ha nom Holubeim, que vol dir Gran Ca. Aquest emperador es molt pus rich de tots los altres emperadores de tot el mon. Aquest emperador guarden XII mil cavalles; et han IIII capitans; aquels ab XII millia cavalles; a cascun capitan va en la cort ab sa companya per III mesos de l'any e dixi dels altres per ordra".

§ 3. *Los Viajes inciertos.*

A los pocos años de la terminación del gran atlas catalán de 1375, supónese que tuvo lugar un viaje por muchos conceptos extraordinario de los hermanos venecianos Nicoló y Antonio Zeno. Ambos personajes, así como muchos de sus antepasados, son perfectamente históricos y existe acerca de ellos una abundante documentación. Lo que ha originado fuertes dudas es la expedición que ambos habrían realizado en el último cuarto del siglo XIV a las tierras del Norte de Europa.

Según los relatos llegados hasta nosotros Nicolò habría partido de Venecia en el año 1388 y después de un viaje aventurero habría llegado a Frislandia, desde donde mandó llamar a su hermano Antonio, el cual se le habría unido al poco tiempo. Pasamos por alto los detalles de las largas navegaciones en compañía del jefe Sichmni, los encuentros con monjes de Islandia y Noruega que hablaban latín, etc., para detenernos sobre la cuestión de su autenticidad y veracidad. Los eruditos han discutido largamente estos puntos. El hecho de que sólo se hayan descubierto y publicado las cartas de ambos hermanos a mediados del siglo XVI, cuando la conquista de América tenía mayores ecos, ha hecho que algunos estudiosos las tacharan de falsas, inventadas por el editor; pero un examen atento de los pormenores del viaje, del modo cómo se hizo la edición, de la honorabilidad de la familia Zeni, etc., parece probar que el viaje es auténtico en su fondo, aunque poco verídico o, mejor dicho, confuso, en algunos detalles. El hecho se explica por la confusión de los recuerdos de quien escribió las cartas y la alteración de los nombres al ser traducidos al italiano. Lo que puede afirmarse es que, en efecto, los hermanos Zeni recorrieron las tierras que ellos llamaron Frislandia, Estland, Engroenaland, Estotilanda, Icaria y Drogeo; Frislandia ha sido señalada como las islas Feroe; Estland sería el archipiélago Estotilandia, América; Icaria, traducción de una palabra esquimal que significa golfo, sería la región de San Lorenzo; y Drogeo, otra costa del Nuevo Mundo. Lo que hace indiscutible el viaje de los Zeni son las coincidencias, tan frecuentes, de los nombres de los puertos y cabos de las tierras por ellos recorridas con los que existen en realidad. Esto prueba, sin dejar lugar a dudas, la posibilidad de sus excursiones hasta Groenlandia. En cuanto a su llegada al Vinland, o tierras de América, donde se habrían hallado con descendientes de los antiguos normandos, el hecho es muy factible y para nosotros resulta perfectamente auténtico. Fácil será discutir pormenores o lanzar, sin fundamentos, palabras de dudas; pero muy difícil probar la no autenticidad de la empresa.

Los portulanos medievales contienen una isla misteriosa, para muchos críticos imaginaria y para otros perfectamente real: la Antilia. La primera mención de la isla Antilia se ha pretendido hallarla en el mapa de Pizzigani, del año 1367; pero la inscripción que la menciona, como muy bien hizo observar GAFFAREL, es de difícil lectura y lo mismo puede decir *Ad ripas Antilliae* que *Ad ripas Atullio* o *Ad ripas istius insulae*. Martín Behaim anota en su mapamundi de 1492 que en 1414 un navío español se acercó a la Isla Antilia. No sabemos sobre qué fundamentos se apoya la tradición recogida por Behaim; pero lo indudable es que la Antilia aparece en el mapa veneciano de Andrea Bianco, de 1436; en el

del genovés Bartolomé Pareto, de 1456; en el mapamundo de Fra Mauro, de 1457; en el portulano de Ancona, de 1474; en el mapa de Andrea Benincasa, de 1476; en el portulano del genovés Beccaria y en otras cartas del siglo XV.

Hay dos mapas de Bianco: uno de 1436 y otro de 1448. Ahora nos ocupamos del primero. El nos demuestra que a comienzos del siglo XV aparece en los mapas de fines de la Edad Media una isla ignota cuyos descubridores se desconocen. ¿Se trata de una isla imaginaria o de una tierra real? La cuestión fué debatida hace tiempo entre YULE OLDAHN, CARLO ERRERA Y BATALHA REIS. ERRERA sostenía que era una isla imaginaria; los otros dos estudiosos, una tierra real. La solución quedó reducida a las soluciones de unos y de otros. Para nosotros el problema puede resolverse en una forma definitiva con el testimonio del mismo mapa de Bianco de 1436. En efecto: en este mapa aparece al Occidente del Océano Atlántico otra isla: la "Isola Stocafixa", la isla del *stock fish*, el bacalao. En este caso no se puede ni admitir la suposición de que la "Isola Stocafixa" sea imaginaria, pues sabemos que los pescadores del Cantábrico y del Norte de Europa se aventuraban sobre el Océano persiguiendo a las ballenas desde tiempos remotísimos y en los primeros años del descubrimiento de América llegaban con toda naturalidad a Terra Nova y a las costas del Labrador para pescar el bacalao. Hemos hecho sobre los navegantes del Cantábrico un estudio minucioso, basado en documentos no utilizados por otros historiadores, y podemos afirmar que los viajes que realizaban a las costas de América a fines del siglo XV y comienzos del XVI no fueron originados por el descubrimiento de Colón, sino que databan de mucho tiempo antes. La pesca de la ballena y del bacalao era practicada en las provincias vascongadas desde la Edad Media y no debe sorprendernos, por tanto, que las costas de América, a las cuales se dirigían los navegantes del Cantábrico, según documentos de comienzos del siglo XVI, aparezcan por primera vez dibujadas como una isla con el nombre de "Isola Stocafixa" en el mapa de Bianco de 1436. No hay, pues, ninguna duda de que antes de esta fecha navegantes ignorados —simples pescadores de ballenas y bacalao— llegaban a las costas del Labrador y Terra Nova.

Ahora bien: si el mapa de Bianco de 1436 al señalar la "Isola Stocafixa" no hace más que consignar una verdad histórica incuestionable, es decir: el resultado de viajes al otro lado del Océano regularmente realizados, no hay ninguna razón de peso para dudar de que la isla Antilia no haya sido también ella el reflejo de una tierra visitada por marinos europeos antes del año 1436.

Hay testimonios que aparentemente confirmarían el conocimiento de la existencia de América antes del viaje de Colón, como

ser el pretendido viaje de Cousin al Amazonas en 1488, el de Juan Scolvus en una fecha incierta —personaje dinamarqués o noruego que LUIS ULLOA trató inútilmente de identificar con Colón— y la presencia de unos negros en el Nuevo Mundo cuando llegaron los primeros conquistadores, según el dicho de Pedro Mártir de Angleria; pero todos ellos hállanse en fuentes posteriores al descubrimiento de América y por tanto no pueden tomarse como pruebas seguras. Por el contrario, hay que dejarlos en estudio hasta tanto no aparezcan documentos que los confirmen o los nieguen del todo.

Los mapas medievales a los cuales nos hemos referido anteriormente ofrecen un gran peligro a los estudiosos porque al mismo tiempo que consignan descubrimientos reales como los de la isla Stocafixa y la isla Antilia, dan cabida a leyendas de navegantes cuyo origen posiblemente se halle en hechos históricos deformados por la tradición y la influencia cristiana. Tales son la Isla de la Mano de Satanás (*La Man Satanasio*), materialización de una leyenda que colocaba el infierno en un rincón del Océano y de otra que hacía salir una mano del fondo del mar para arrastrar los marineros al abismo; y la isla de San Brandan. Esta tiene un origen histórico basado en los viajes de ciertos monjes que buscaban tierras en donde difundir la fe de Cristo; pero no en descubrimientos auténticos. En efecto: según leyendas populares irlandesas anteriores al siglo X y repetidas posteriormente, al Occidente del Océano Atlántico existía una gran tierra, especie de eliseo o edén occidental, llamado Mag Mell. A estas tierras y a otras igualmente fabulosas se habrían dirigido nobles y aventureros irlandeses atraídos por extrañas mujeres de belleza enloquecedora. Pero el viaje más extraordinario fué el de San Brandan con un grupo de monjes en busca de las islas encantadas del Atlántico. Suprimiremos los detalles de esta leyenda popularísima en toda la Edad Media. En ella hay pormenores maravillosos, como la llegada a una isla donde se levantaba un castillo lleno de objetos de oro, y otros de extrema candidez, como el reposo sobre otra isla que resultó una ballena. Los críticos han hallado en la historia de Sindbad, de *Las mil y una noches*, gran semejanza con la aventura de San Brandan. El hecho no es extraño, pues la leyenda se difundió por toda Europa y pasó al Oriente. Prescindiendo de sus detalles fantásticos, aumentados cada siglo por la imaginación popular, diremos que en la aventura de San Brandan y en las de otros monjes armoricanos de Finisterre que encontraron en una isla a los patriarcas Elías y Enoch, se halla el fundamento histórico de las excursiones de monjes irlandeses hechas en el siglo VII según documentos históricos incuestionables. Estos viajes, originados por cuestiones litúrgicas y de disciplina eclesiástica, no tenían el

carácter de empresas transoceánicas; pero en los siglos posteriores los viajes de los monjes irlandeses se hicieron más frecuentes por otros motivos y entonces el pueblo, al referirlos, los fué mezclando con leyendas. A estas excursiones de los monjes irlandeses por las islas y costas de Gran Bretaña hay que agregar las navegaciones de otros personajes irlandeses, como el príncipe Madoc, semi fabuloso, que según algunos críticos, entre ellos GAFFAREL, habría llegado a América a fines del siglo XII. No entramos a discutir este último punto que, por el momento, no podemos aceptar. Sólo nos interesa dejar constancia que la isla de San Brandan, figurada en los mapas medievales, se ha originado de los viajes de ciertos monjes irlandeses en épocas remotas; pero no señala en absoluto ninguna tierra auténtica ni es el resultado de ninguna navegación a través del Atlántico, mientras que la isla Antilia, y posiblemente otras islas de los mapas medievales, como las Salvajes, etc. —y sobre todo— la isla Stocafixa son la señalación exacta, precisa y auténtica de las costas del Nuevo Mundo visitadas por navegantes ignorados en los primeros años del siglo XIV.

La fortuna de la isla de San Brandan no fué nunca comparable a la Antilia y, menos, a la isla Stocafixa. Desde el año 1130, Honoris d'Autun mencionaba la isla de San Brandan en pleno Océano y siguieron señalándola tantos autores religiosos como cartógrafos durante toda la Edad Media; pero siempre en forma fabulosa. En el siglo XIII Vicente de Beauvais en su *Speculum historiale* hablaba de la isla de San Brandan como de una historia falsa desde todos los puntos de vista. En cambio, la isla Antilia mereció el respeto de los estudiosos, de los críticos y de los navegantes. En 1492, Martín Behaim recogió una antigua leyenda cristiana según la cual al invadir los árabes a España siete obispos se habrían ido a refugiar en una isla del Océano Atlántico y sostuvo, sin más fundamentos que sus propias suposiciones, que habían llegado a la isla Antilia, fundando en ella siete ciudades, por lo cual se denominó a la Antilia algunas veces Isla de las Siete Ciudades; pero esta invención de Behaim no disminuye en lo más mínimo lo que hemos dicho de la Antilia.

La historia de los viajes de los normandos a Islandia, Groenlandia y el Vinland, identificado con las cosas septentrionales de América, es materia que no entra en los límites de esta monografía, cuyo fin es estudiar los viajes marítimos anteriores a Colón en el Atlántico central y no en el Norte de Europa. El tema, desde la época de RAFN (1837) ha sido estudiado a fondo por eruditos eminentes y hoy parece totalmente agotado. No hay duda alguna que los noruegos tocaron las costas de Norte América probablemente en el año 1000 al mando de un groenlandés llamado Leif

Ericson, hijo de Eric Rauda y de Thorhilda. Es de hacer notar que los diezmos del Vinland todavía llegaban a Roma en la primera mitad del siglo XIV. Algunos eruditos creen que la principal de sus colonias llamábase Norambega.

El mapa de fra Mauro del año 1457 es un documento precioso que a pesar de lo mucho que ha sido comentado aún no cuenta con un estudio definitivo. No vamos a intentar, en estas páginas de síntesis, semejante labor. Diremos tan sólo que encierra un misterio en lo que se refiere al cabo Diab, o sea, la extremidad meridional del Africa correspondiente al actual Cabo de Buena Esperanza. Hay allí una gran masa boreal y en una inscripción que tiene al canto se lee que el estrecho que divide al Cabo Diab y la tierra boreal está flanqueado por altas montañas y selvas frondosas y el agua hace remolinos peligrosos. En el Cabo de Buena Esperanza no existe este estrecho. La isla de Madagascar no constituye una explicación suficiente. El hecho no tiene otra solución que la de admitir que algún nauta desconocido, arrojado por las tormentas hasta el estrecho de Magallanes, al volver a Europa y referir su ventura, como no se sospechaba la existencia de América, los geógrafos situaron ese estrecho en el único lugar del mundo entonces conocido donde era posible situarlo: en la extremidad del Africa aún no descubierta y que por esa relación se supuso separada por un estrecho de una gran tierra boreal.

De admitirse esta explicación nos encontraríamos con un viaje misterioso realizado hasta el extremo Sud del continente americano antes del año 1457.

El hallazgo, por otra parte, no sería tan absurdo si consideramos la época avanzada de la Edad Media en que habría tenido lugar. Estamos en la segunda mitad del siglo XV y desde comienzos del mismo siglo empiezan las exploraciones sistemáticas del Océano, hacia el Occidente, por parte de los navegantes portugueses. El rey Don Dinis (1279-1325) trajo a Portugal al genovés micer Manuel Pezagno, maestro en el arte de navegar, del cual aún hay descendientes que llevan el nombre de Pessanhas. El rey don Fernando (1367-1383) fué un protector de la marina y creó los seguros marítimos. El príncipe don Enrique el Navegante (1394-1460) trató de doblar el Africa para llegar a la India donde suponía existir el preste Juan. Este personaje fabuloso, de origen histórico, nació de las cruzadas y en el siglo XIII enloqueció la fantasía de papas, emperadores, reyes, monjes y viajeros. Acerca del preste Juan hay una abundante bibliografía y un sinfín de interpretaciones. Muchas las hemos consignado en nuestra *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*. Ahora sintetizaremos la de GIBBON.

Según este historiador, el preste Juan habría sido —conforme entrevió fray Guillermo de Rubruquis en su viaje a Tartaria— un khan o jefe de una tribu de keraitas, habitantes de los valles de Imans y orillas del Selniga, a quien los nestorianos habrían convertido y ordenado sacerdote en el siglo XI. Este rey oriental y sacerdote cristiano habría dado origen a la leyenda secular y errante que situaba tanto en la India como en Abisinia una imprecisa dinastía de monarcas pontífices. En la leyenda se descubren también los rasgos característicos del Gran Lama del Tibet que se agregaron posteriormente a la primitiva visión del preste Juan. Si el origen de esta leyenda no se fijara seguramente entre los nestorianos del Asia occidental en el siglo XI, podría aventurarse la tesis de que el preste Juan fué en un principio el emperador cristiano de Etiopía. Véase la inscripción referente al preste Juan que tiene el atlas catalán de 1375 en el territorio de Nybia (Nubia): "...de Sarrayns, ciutat de Nubia. Aquest Rey está tots temps en guerra e armas an los chrestians de Nubia qui sont tots la senyoria de lemperador de Eitiopia de la terra del preste Johan". Debemos de hacer notar que en el atlas de Vallesqua, más antiguo que el citado, hay una leyenda semejante. Esto basta para demostrar que durante un largo tiempo el emperador de Etiopía fué confundido con el preste Juan.

§ 4. *Los Viajes reales.*

En 1427 Felipe Façadell y Pedro da Bonia se dirigieron como embajadores del rey Alfonso de Aragón al emperador Isach, preste Juan de Etiopía. En 1489 el portugués Covilham partió en busca del Preste Juan de Etiopía y trás él siguieron, en años posteriores, otros viajeros portugueses con idéntica misión. Entretanto los portugueses avanzaban sus descubrimientos en otras regiones de Africa y del Atlántico: en 1418 Bartolomé Perestrello llegaba a Porto Santo; en 1419 Gonçalves Zarco y Tristao Vaz alcanzaban la isla de Madera; en 1434 Gil Eannes, después de doce tentativas, doblaba el Cabo Bojador; el 15 de agosto de 1435 Gonçalo Velho tocaba en la isla de Santa María de las Azores; en 1439 Denis llegó [illegible] el Senegal, sobrepasado poco después por Vicente Días y Cadamosto; en 1447 otros portugueses llegaron a Cabo Verde y Río Grande; en 1452 Diego de Teive y Pedro Velasco avanzaron más de ciento cincuenta millas al Oeste de la isla de Fayal; en 1457 el rey Alfonso V dió cartas patentes a su sobrino Fernando, duque de Beja, para el descubrimiento de las islas del Océano; en 1468 Alfonso V dió otra concesión a João Vogado para llegar hasta dos islas que éste pretendía haber descubierto; en el mismo año Gonzalo Fernández de Tavira ase-

guraba al infante don Fernando haber visto una isla al noroeste de las Canarias; en 1471 los portugueses llegaban a La Mina y a Annobón; en 1473, Alfonso V autorizó a Ruy Gonçalves de Cámera a descubrir unas islas en el Océano; en 1474 ó 1475 Alfonso V confirmó la cesión de sus derechos para descubrir la isla de las Flores que Diego de Teive hizo a Fernao Téllez; el 10 de noviembre de 1475 Alfonso V otorgó una nueva concesión a Téllez autorizándolo a descubrir islas "cultivadas y pobladas" en el Océano; pero no en los mares de Guinea; en 1476 Antonio Leme, de Madera, aseguró haber descubierto tres islas al Oeste de la isla Terceira y Joao y Alvaro da Fonte, de las Azores, hicieron grandes esfuerzos para llegar a dichas islas; en 1484 los portugueses llegaron al Congo; en el mismo año un portugués le pedía a Juan II una carabela para dirigirse a una isla que aseguraba haber visto al Oeste de las Azores, y Fernando Domínguez de Arco era nombrado gobernador de la isla que se proponía descubrir en el Océano; en 1486 Fernao d'Ulmo y Juan Affonso do Estreito recibieron autorización para descubrir islas en el Océano; en 1486 Pedro Vâzquez de la Frontera habría acompañado a un infante de Portugal hasta el Mar de los Sargasos; y en los años siguientes hubo aún otras expediciones en busca de las tierras que se suponía existir al Occidente del Océano Atlántico. Desde el mes de febrero de 1488 a julio de 1489 —el período del reinado de don Juan II— hubo cincuenta y tres expediciones que partieron con destino a Marruecos y a las costas occidentales de Africa; pero el viaje de fines del siglo XV que más interés ofrece al estudioso es el de Joao Vaz Corte Real. Los mejores trabajos de investigación sobre este punto son los de Henry Harrisse y la síntesis más clara del problema, la de Fidelino de Figueiredo. El asunto es el siguiente: según las *Saudades da Terra* de Gaspar Fructuoso, obra compuesta entre los años 1580 a 1591 y durante largo tiempo inédita, Joao Vaz Corte Real habría descubierto *Terra Nova dos Bacalhaus*, por lo cual doña Beatriz, viuda de don Fernando, gran maestre de la Orden de Cristo, a cuyo cargo estaban los descubrimientos, le habría dado, en recompensa, la capitanía de Angra, en 1474. El descubrimiento habría tenido lugar en una época anterior; pero la carta de donación no habla de tal viaje sino de servicios prestados, que lo mismo podían ser náuticos que privados. Luego, los hijos de Joao, Gaspar y Miguel, nunca recordaron semejante gloria y tampoco la consignó en su mapamundi de 1492 Martín Behaim, cuñado de Manuel d'Utra Corte Real. Además, Fructuoso atribuye a este Corte Real descubrimientos que positivamente se sabe que nunca realizó. Por tanto, este viaje a la Tierra de los Bacalaos antes del año 1474 es indudable que nunca se realizó.

En esta época salieron desde Inglaterra algunas expediciones en dirección al Occidente del Océano Atlántico y entre ellas merece citarse la de Thomas Lleyde o Lloyd, en el año 1480; pero lo que debe preocuparnos —llegados a este punto— es el carácter clandestino que tenían las expediciones portuguesas.

Portugal era en el siglo XV un país pequeño. En 1495 sábese que contaba con un millón de habitantes. Su poderío se hallaba en el mar por el impulso que a la navegación habían dado varios de sus reyes. España era una rival siempre pronta a caer sobre sus descubrimientos. Por ello Portugal trataba de mantener secretos los viajes de exploración y los hallazgos de tierras nuevas. La actividad marítima de Portugal y el silencio en que se trataba de conservarla se ponen de manifiesto en el hecho de que son muy pocos los historiadores que se refieren a los viajes de los grandes navegantes. Gomes Eannes de Zurara (1410-1474), segundo cronista mayor del reino, es el primer historiador que registró en su *Chrónica de descubrimiento e conquista de Guiné* los viajes al Africa de los portugueses. Síguele Damiao de Goes y luego vienen otros cronistas que por la época más moderna en que vivieron no interesan en el caso presente. Antes de Gomes Eannes de Zurara los cronistas portugueses mantenían en secreto las expediciones de los navegantes para no revelarlas a los españoles, venecianos, pisanos y genoveses.

Los *fazedores de cartas de marear* o *maestres de cartas de marear* casi no existieron durante la Edad Media en Portugal. Sólo puede citarse el mapa de un tratado de geografía del monje bernardo fray Baltasar de Villa Franca, de fines del siglo XIII. La verdadera escuela portuguesa de cartografía empezó con el infante don Enrique, el cual se hizo asesorar por el cartógrafo Jacome de Maiorca que según OLIVEIRA MARTINS, fundado en los estudios de Gabriel Llabrés, sería el judío Jafuda Cresques.

Los conocimientos astronómicos de los portugueses basábanse en los *Libros del Saber*, de Alfonso el Sabio, y eran, por tanto, de origen árabe. Diego Gómez de Cintra fué el primer portugués que determinó la latitud, en 1462, por medio del cuadrante y la estrella polar. En 1471 se pasó el Ecuador y entonces se determinó la latitud por la Cruz del Sud. En 1485, José Vizinho calculó la latitud por la altura del sol utilizando por primera vez el astrolabio. Bartolomé Díaz tomó la altura del sol en el Cabo de Buena Esperanza en su viaje del 1487 a 1489. Vasco de Gama también calculaba la latitud por la altura del sol en su expedición del 1497 al 1499. Fué Américo Vespuccio quien hizo conocer en España el uso del *Regimiento de Astrolabio*. Es indudable, pues, que a fines del siglo XV Portugal se hallaba en mejores condiciones que España para avanzar en los descubrimientos marítimos.

Todos estos hechos —unidos a las concesiones que los monarcas portugueses hicieron en las fechas citadas en páginas anteriores para descubrir tierras al Occidente del Atlántico— dejan vislumbrar no sólo la certeza de que los reyes de Portugal tenían de que en el Occidente se hallaban tierras desconocidas, sino la posibilidad de que alguno de sus navegantes haya llegado realmente a ellas y el descubrimiento se haya mantenido secreto. Confirmaría esta suposición el hecho de que los portugueses al mismo tiempo que no abandonaban la exploración del Atlántico, intensificaban la navegación costera del Africa, lo cual significaría, en otras palabras, que ellos sabían muy bien que las tierras posibles de hallar en el Atlántico no eran ni la India ni el Oriente y que para llegar a ellas no había otra ruta que la del Africa por el Cabo de Buena Esperanza; todo ello exactísimo, conforme se comprobó después del descubrimiento de América.

No debemos pasar en silencio, a propósito de estas suposiciones, el hecho, muy significativo, de que Portugal a medida que avanzaba en sus navegaciones y anunciaba oficialmente un descubrimiento, trataba en seguida de asegurárselo por medio de una concesión papal. En 1344 Clemente XI concedió las islas Canarias al infante español don Luis de la Cerda, a pesar de las protestas portuguesas; pero en 1420 Martín V otorgó a Portugal las tierras que descubriese en Africa; en 1436, 1437 y 1443 Eugenio IV amplió la anterior concesión; en 1454 Nicolás V hizo dueños a los portugueses de todas las tierras descubiertas y por descubrir desde el Cabo Bojador hacia el Sud, excluyendo la competición de otras naciones; en 1456 Calixto III confirmó aún más ampliamente los anteriores derechos, y por último, en 1481 el papa Sixto IV aprobó el tratado de Alcaçovas celebrado entre los monarcas de España y Portugal mediante el cual los primeros quedaban dueños de las Canarias y del Océano hasta ese punto, y todo el resto del amplio mar desconocido, con lo que se descubriese en él, hallábase colocado definitivamente bajo el dominio portugués. Hay que reconocer que por medio de estos tratados Portugal llegó once años antes del descubrimiento de Colón a ser el dueño jurídico de las tierras occidentales, es decir, de América. Si con tanto afán Portugal se aseguró el dominio de un continente sólo representado en los mapas medievales por las islas Antilia, Bracir y otras es porque, indudablemente, debía tener pruebas seguras de su existencia.

Es por las razones expuestas que cuando Colón llegó a Lisboa, en 1493, de regreso de su descubrimiento, el rey de Portugal no creyó que hubiese encontrado la isla Cipango y elevó sus protestas por ese hallazgo de tierras en una zona que le pertenecía. Algunos críticos opinan que don Juan II protestó porque creyó

que Colón hubiese hallado tierras en el camino de la India; pero no era así: el camino a la India se conocía hasta el Cabo de Buena Esperanza desde 1484 por el viaje de Bartolomé Díaz. Lo que el rey de Portugal temió fué lo que en realidad ocurrió: el hallazgo no de Cipango, como aseguraba Colón —pues en Portugal se sabía muy bien que al Oriente había que ir por otro camino— sino el de las tierras occidentales que había en el Océano Atlántico y que más tarde se llamaron América.

Durante largo tiempo se creyó que Joao Fernández Lavrador se había adelantado a Colón en un viaje al Nuevo Mundo en el año 1491 ó 1492. Hoy se sabe perfectamente que el viaje de Fernández Lavrador tuvo lugar en 1492, simultáneamente al de Colón, por un documento del año 1506 en que un Pedro Barcellos, de la Isla Tercera, dice que "houve un mandado d'el rei para ir a descobrir eu e um Joao Fernández Lavrador, no qual descobrimento andamos bons tres annos. . ." Ahora bien: como por los mismos documentos consta que Barcellos se hallaba de regreso en 1495, es indudable que su viaje con Fernández Lavrador debió comenzar en el año 1492.

La prueba indudable de que los monarcas portugueses tenían plena seguridad de la existencia de tierras occidentales en el Océano Atlántico la hallamos no sólo en las razones que los indujeron a conseguir el Tratado de Tordesillas, del 1494, sino en otros documentos, por ejemplo, la carta que los reyes Católicos escribieron a Colón en septiembre de 1493. En ella se lee exactamente lo que vamos a transcribir: "Y porque después de la venida de los portugueses (los representantes de don Juan II) en la plática que con ellos se ha habido algunos quieren decir que lo que está en medio desde la punta que los portugueses llaman de Buena Esperanza, que está en la rota que ellos llevan por la Mina del Oro a Guinea abajo hasta la raya que vos dijistes que debía venir en la Bula del Papa, *piensan que podrá haber islas y aún tierra firme*, que según en la parte del sol que está, se cree que serán provechosas y más ricas que todas las otras. . .".

El último documento cartográfico que nos queda para analizar anterior al viaje de Colón es el mapa de Martín Behaim de 1492. Behaim había nacido en 1430 y murió en 1506. Sin entrar en sus pormenores biográficos —admirablemente estudiados por ALEJANDRO DE HUMBOLDT— diremos que por sus viajes, parentescos y amistades fué el hombre que en su época conoció con mayor amplitud los descubrimientos geográficos realizados hasta entonces. En su globo hace figurar la Antilia y otras islas misteriosas del Océano Atlántico y consigna acerca de ellas datos históricos que no se encuentran en otros documentos y demuestran que dispuso de fuentes hoy perdidas o conoció tradiciones

que sólo por él se salvaron. Debemos tener muy en cuenta que algunos datos que hoy a nosotros nos parecen fábulas en aquellos tiempos eran historia. Tales, v. gr., las leyendas medievales que, en su fondo, tenían un núcleo de verdad. Este mapa, síntesis de los conocimientos geográficos de la época, contiene la misma visión del mundo entonces conocido que Pablo del Pozo Toscanelli había expuesto en su auténtica carta del año 1474. Un autor argentino, cuyas fantásticas afirmaciones sobre estos temas le trajeron el descrédito que ellas se merecen, sostuvo que la carta de Toscanelli había sido inventada por el P. Las Casas sobre la base del mapa de Behaim. La afirmación no puede ser más absurda y basta para demostrar su inconsistencia, sin necesidad de acudir a muchas otras pruebas, el hecho de que tanto la carta de Toscanelli de 1474 como el mapa de Behaim de 1492 no hacen más que repetir en sus términos y en sus lineamientos el atlas catalán del año 1375. Esta triple comparación, que nosotros somos los primeros en señalar, no sólo explica la autenticidad de la carta de Toscanelli, sino que demuestra la continuidad, a través de más de un siglo, de los mismos conocimientos geográficos y de la idéntica concepción del mundo.

Nos quedaría para exponer la tesis de LUIS ULLOA, según la cual Colón habría llegado a América en forma clandestina entre los años 1477 y 1483; pero no deseamos tocar este punto porque no se halla encuadrado dentro del tema que nos ha correspondido desenvolver.

El estudio de los viajes sobre el Océano desde la más remota antigüedad hasta la gran empresa de Colón nos demuestra que el descubrimiento de América no es un hecho ni extraordinario ni milagroso. Cuando se conoce la historia de sus antecedentes y de su época se comprende que su naturalidad es su mayor mérito y que la perseverancia de Colón, que lo llevó a triunfar en una hazaña en la cual fracasaron tantos de sus otros predecesores, es su gloria de hombre y de genio más humana y más verdadera. Esta perseverancia nace de la tradición secular de tierras occidentales: la única fuerza que daba a Colón esa falta de dudas, esa certeza indiscutible que tenía de hallar un mundo: convicción firme como ninguna que hasta llegó a hacerlo considerar un verdadero inspirado de Dios.

§ 5. *Los navegantes del Cantábrico.*

Las naos vascas tienen una tradición gloriosa en la historia del mundo. Sus proas enderezaron a los mares más lejanos cuando otros pueblos no osaban apartarse de las costas. La humanidad, durante siglos, vivió aislada en sus continentes. Las migraciones

eran inconscientes: pueblos que se trasladaban por tierra impulsados por otros pueblos o por fuerzas geográficas. El mar era el gran misterio. Muy pocos se atrevían a avanzar sobre sus ondas. En el Pacífico, los navegantes de la Polinesia, de isla en isla, recorrieron grandes distancias en épocas prehistóricas. Los pueblos cultos del Oriente y de Europa navegaron a la vista de las costas. Los normandos, como excepción, llegaron en el año mil, desde Groenlandia, a las tierras de América; pero pronto su hazaña cayó en el olvido. La navegación en el Mediterráneo, intensificada por tantos nautas, no ofrecía dificultades. El Mediterráneo fué un lago durante el esplendor de Grecia y de Roma. Los árabes lo dominaron. Entre tanto, el Océano seguía tenebroso e inexplorado. En las costas de España estaba el fin de la tierra. Las islas Británicas, conquistadas por los normandos, veían espejismos en los horizontes lejanos. Algunos monjes viajeros dieron origen a la leyenda de San Brandan. Sólo los vascos se atrevieron a empresas supremas. Naos tripuladas por hombres de un valor inaudito, perseguían a los monstruos del mar y develaban misterios. La pesca de la ballena asombró a los pueblos de Europa. Eran hazañas audaces como hechos de guerra. Son las únicas acciones, de esta naturaleza, que pasaron a la heráldica y perduran en los escudos de ciudades y villas. Los vascos no han tenido un cantor, como los autores de las sagas del Norte, que recogiera sus empresas, sus tradiciones y sus sueños en poemas violentos y emocionados. El recuerdo de sus viajes se fué diluyendo en la memoria de las generaciones. Los archivos del Cantábrico, destruídos y quemados muchas veces, perdieron documentos preciosos de los siglos más lejanos. Quedan rastros y pruebas en épocas más recientes; alusiones en cartas reales, que se refieren al comercio y a las mercancías; indicaciones en mapas: detalles aislados, al parecer insignificantes, que, una vez reunidos, muestran una acción heroica y extraordinaria, olvidada en las historias de Europa y en las mismas historias de España.

Ballenas y bacalaos llevaron las naos vascas al otro extremo del Océano. Otros pueblos del Cantábrico, como los bretones, acompañaron a veces a los vascos. Ellos enseñaron la pesca de ballenas y bacalaos a los holandeses e ingleses. Era el oficio más duro y dramático. Los lances de los guerreros palidecían a su lado. Lucha continua, de noche y de día, durante meses y meses, sobre naves frágiles y pequeñas. Viento, frío, golpes de mar. El sueño no se concebía; la comida apenas para vivir. Muchas eran las naves que no volvían. En la iglesia de su pueblo se encendía una vela a su memoria. Algún pescador enfermo moría en Terranova y allá se le enterraba.

Los pescadores vascos tocaron las costas de América cuando los viajes de los normandos habíanse olvidado y ningún otro pueblo imaginaba una travesía comparable. Los navegantes del Mediterráneo no se atrevían a seguir en el Océano. El primer italiano, en la Edad Media, que fué a construir naves sobre una costa del Atlántico, fué llamado por el obispo de Compostela. Más tarde llegaron a Inglaterra y también a Islandia, pero en barcos no italianos. El Atlántico horrorizaba a quienes no nacían en sus orillas. Hay una psicología distinta en los navegantes de cada mar y de cada océano. Este estudio no ha sido hecho. Cuando se haga se comprenderán los por qué de tantas características; las causas de fracasos y de éxitos, y muchas razones de hechos históricos. Cada psicología es expresión de una tradición y una historia. Hasta sería posible aislar, en grupos, los rasgos distintivos de cada navegante y de cada época, para saber, con su concurso, a qué pueblo pertenecía una nave y en qué siglo navegaba.

El descubrimiento de América intensificó los viajes a Terranova. Después del 1492 las dudas sobre su realización desaparecen. Los documentos del Cantábrico contienen datos innumerables que permiten enumerar expediciones sin olvidar detalles de hombres, itinerarios y cargamentos. Un cementerio de Terranova conserva tumbas con inscripciones vascas. Las costas de la isla están salpicadas de nombres vascos. Pronto surgieron conflictos con otros navegantes. Francia e Inglaterra disputaron a los vascos su pesca en las costas de América. Las naos vascas buscaron otro rumbo y se fueron a las inmediaciones del Polo, a los mares del Spitzberg. Era una ruta que ya habían hecho en tiempos anteriores, oscuros e imprecisos. En el Spitzberg arponeaban las ballenas con el cuerpo desnudo, entre los hielos, cargaban sus naves y volvían al Cantábrico huyendo de la persecución de fuertes barcos ingleses.

La rivalidad de otras naciones terminó por ahogar su comercio y sus hazañas. España, envuelta en todas las luchas políticas de Europa y del mundo, no pudo proteger a unos pobres pescadores que habían abierto rutas nuevas en el Océano. Hizo por ellos lo que pudo y terminó por abandonarlos a su suerte. Los astilleros vascos, que habían construído las mejores naves de España, fueron decayendo. Su misma gloria empezó a ser olvidada. Eruditos modernos quisieron negar sus empresas, presentando, tan sólo, testimonios fantásticos de cronistas indocumentados. Las hazañas de los vascos fueron miradas como fantasías y se afirmó que sólo llegaron a América después de Colón. Hoy se ha comprobado, incuestionablemente, que tocaban en Terranova en el siglo XV y tal vez antes. No se aceptan, es cierto, con razón, ciertas afirmaciones de otros tiempos, nacidas de confusiones y tradiciones deformadas, pero no hay duda que sucedieron a los normandos en sus visitas a Terranova.

Los marinos vascos siempre se hallaron en las empresas más duras. Su llegada a América no significa su descubrimiento. Era un punto de pesca: eran bancos como los de otras zonas del Atlántico. No tenían conciencia de su hazaña ni de su heroísmo. Trabajaban para vivir: su único fin. Cuando América llamó a todos los audaces de España, los vascos fueron los primeros en subir a los navíos que cruzaban el mar. Empresas de constancia infinita sostenidas por una ilusión. Fuerza que guió a Elcano a través de todos los Océanos y dió al Hombre, por vez primera en su historia, el dominio del planeta.

La tierra puede decirse que fué vencida por los vascos. Sobresalieron entre los exploradores, conquistadores y colonizadores. Sus nombres cubren el Nuevo Mundo y gran parte de Oceanía. Ciudades, ríos, desiertos, costas, los vieron llegar en peregrinaciones sobrehumanas. Abrieron nuevos caminos, fundaron nuevas cuidades, crearon nuevas provincias. En todas partes los acompañaba el tesoro de su libertad.

Desde el fondo de la Edad Media el nombre de los marinos vascos aparece como elemento decisivo en toda hazaña suprema. Terranova, las proximidades del polo, la conquista de las Canarias, las luchas contra franceses e ingleses, el descubrimiento de América, los grandes viajes de exploración y la vuelta al mundo. Poema inmenso de misterio, de ensueño y de heroísmo. Pequeño pueblo, perdido en el enigma de su origen, tan antiguo como el hombre y la tierra, ha vivido desafiando distancias. Sus barcos diminutos han sido y son ejemplo de temeridad. Pueblo que simboliza la lucha del hombre contra el mar y el triunfo de la audacia y la ilusión. Su historia es la crónica de los más grandes viajes, es el doblar las páginas de heroicas acciones. Ahí queda su estela en los mares del mundo, en los escudos de piedra, en los pergaminos amarillentos, en las viejas canciones, en el viento que canta. Nombres históricos, estampados en plazas y calles, y nombres desconocidos, borrados por el golpear de las olas, más grandes que los grandes, más eternos que los inmortales. Ellos sirvieron de guía a los hacedores de rutas, perforaron horizontes, fueron siempre más allá. Ahora navegan en la tradición y el recuerdo, entre las nubes del cielo, con sus bajeles transformados en mitos, con sus pilotos convertidos en símbolos. La Humanidad ve en ellos a los vencedores de la tierra, a los hombres que unieron todas las distancias.

III

CRISTOBAL COLON, EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA Y LAS ULTIMAS INVESTIGACIONES HISTORICAS

§ 1. *La Unión del Oriente con el Occidente.*

LA historia es la más nueva y la más insegura de las ciencias. Nada sabemos del hombre en sus épocas más remotas. Durante miles de años la humanidad ha dejado vestigios insignificantes de su paso por la tierra. El misterio del tiempo ha arrastrado culturas e imperios. Nos quedan trozos de columnas, estatuas mutiladas, inscripciones indescifrables. El hombre se dilató por la tierra como las plantas y los animales, inconscientes de sus migraciones. Cada pueblo, al llegar a una cultura avanzada, creyó que su vida era el centro del mundo. La concepción integral de las actividades del hombre en el pasado era inconcebible y desconocida. La historia preliteraria es una conquista de nuestros años. En 1860, John Lubbock fué el primero en dividir la edad de piedra en paleolítica y neolítica. Miles de años fueron necesarios para que el hombre descubriese la existencia del tiempo y concibiese la cronología. Todavía no se sabe cuál es la fecha histórica más antigua, pues se discute entre una del año 2776 y otra del 4236 antes de Cristo. Fuera de estas fechas aisladas, la historia comienza muchos siglos más tarde. Donde no hay crónica no hay historia propiamente dicha. El Oriente del Mediterráneo, Grecia y Roma son unos puntos luminosos en un planeta en sombras. Los otros pueblos de la tierra viven como si no existieran. La filosofía cristiana dió a la historia una grandeza y un destino. Cristo significó la unión de la historia divina y de la historia terrena. Su nacimiento representó el hecho histórico y real de mayor transcendencia: fué la universalidad del hombre y la concepción ecuménica de la historia. El hombre, por primera vez en un sistema de filosofía histórica, fué elevado a una categoría superior y se halló frente a un destino. La tierra era enigmas por todas partes; pero existía un mandato y una voluntad de iluminar las tinieblas. Todos los hombres, tarde o temprano, debían llegar a convertirse. No podían existir tierras inalcanzables pobladas por

hombre [illegible] de Adán. Esta perspectiva histórica lleva en sí la voluntad de dar al hombre el dominio de la tierra. Nótese que estamos, tan sólo, a mil novecientos cuarenta y cinco años del instante presente. En otras palabras: hace menos de veinte siglos, la historia integral del hombre y el dominio del planeta eran tan sólo una voluntad. A fines del siglo IV y principios del siglo V, un español, Pablo Orosio, concluyó la primera historia universal. La concepción ecuménica de la historia nace, por tanto, en España, entre los años 415 y 418 y hállase contenida en la obra de Pablo Orosio, *Los siete libros de la historia en contra de los paganos*. Mil setenta y cuatro años más tarde, la fuerza de expansión de España y la constancia de un navegante italiano dan al hombre el entero dominio del planeta. La historia universal deja de ser una voluntad para convertirse en una realidad. El descubrimiento de América es el instante supremo en que el hombre se transforma en dueño de la tierra. Es el instante en que empieza a escribirse la historia universal. Es el instante más transcendente de la vida del hombre, después de otro instante en que, por Cristo, se unió a la historia divina. Es, también, el instante trágico en que el hombre comienza a sentirse estrecho en esta tierra que antes le parecía tan llena de misterios e inmensidades. Cuatro siglos y medio tiene el hombre de historia universal. Cuatro siglos y medio que ha consagrado a su total destrucción o a su total salvación, en lucha consigo mismo, sin saber cuál es su destino. Antes, cuando los horizontes parecían insondables, el hombre vivía feliz con su inconsciencia, primero, y sus aspiraciones, después. Más tarde, cuando hubo satisfecho todas sus curiosidades y todos sus sueños, como en el mito de Adán y de Eva, se halló frente a su propia desgracia y a un drama sin solución. Al salir de nuestro encierro hemos salido de nuestro paraíso terrenal. Quién sabe si la historia bíblica no fué una historia profética que se refería a nuestro tiempo. Los hombres, hoy, dueños de nuestra historia universal, es decir, de nuestro destino, no sabemos adónde vamos. Sólo nos queda mirar hacia atrás, saber cómo se produjo aquel instante supremo en que el hombre, por vez primera desde que fué creado, encerró en un abrazo toda la tierra.

El hallazgo de América, en el Océano Tenebroso, fué un hecho imprevisto. Los hombres de Europa jamás imaginaron su existencia. Todo cuanto se dice de viajes misteriosos de fenicios y cartagineses, griegos y romanos, árabes y africanos, es un conjunto de errores y leyendas. Dos pueblos de Europa tocaron las costas de América sin darse cuenta del valor de sus navegaciones: los normandos, en el año mil, y los pescadores de ballenas del Cantábrico, en el siglo XV. Las excursiones de los normandos fueron pronto olvidadas. Las pescas de los vascos no tuvieron

transcendencia. Es muy posible que en el siglo XV los portugueses hayan tocado algún punto de América en viajes clandestinos. Portugal rechazó el ofrecimiento de Colón, no por impracticable, sino porque sabía que las tierras del Atlántico no eran las del Asia y las de la India. El predescubrimiento de América por los portugueses en el siglo XV es un hecho que jamás podrá ser aclarado de un modo definitivo. Portugal trataba de llegar a la India por la vía del Africa y, al mismo tiempo, se aseguraba la posesión jurídica de las tierras que se descubriese en el Atlántico. Son indicios impresionantes; pero no definitivos, para afirmaciones rotundas. Lo indudable es que América fué encontrada cuando los hombres no pensaban encontrarla. Su búsqueda no preocupó a nadie. Lo que constituyó una obsesión fué la necesidad de unir el Oriente con el Occidente. Este ensueño comienza a incubarse como posible desde los tiempos de Pitágoras, en que el hombre descubrió que la tierra era redonda. Todas las veces que los geógrafos griegos calculaban la circunferencia terrestre, soñaban con la posibilidad de recorrerla. No era un misterio que todos los mares se comunicaban y que las costas occidentales de Europa se hallaban frente a las orientales del Asia. La génesis exacta del viaje de Colón tiene, por tanto, antecedentes remotos. El primer hombre que habla de la posibilidad de navegar desde el puerto de Cádiz hasta la desembocadura del río Ganges, en la India, es Pablo Orosio, español, a comienzos del siglo V. Setecientos años más tarde, Dante Alighieri repite la concepción de Orosio, con sus mismas palabras y citando su nombre en *La cuestión del agua y de la tierra*. La idea de los antípodas y la habitabilidad de todas las zonas terrestres fué en los poetas [illegible] de la Edad Media una noción amplia y corriente. Luigi Pulci, en los años de Colón, explicaba cómo era posible navegar más allá de las columnas de Hércules y llegar al otro hemisferio, donde había castillos, ciudades e imperios. Esta era la expansión espiritual del hombre sobre la tierra, la conquista teórica de las rutas oceánicas y terrestres para lograr la completa posesión del planeta. La conquista material, después de la parálisis del imperio romano, comienza en el siglo XIII con San Francisco de Asís. Nosotros fuimos los primeros en traer su nombre a la historia de la geografía. San Francisco puso a la humanidad en marcha. Su idea maravillosa nació de las peregrinaciones a Santiago de Compostela. San Francisco comprendió que era necesario dirigir esas peregrinaciones a las tierras de los infieles y reanudar la misión de los apóstoles: desparramarse sobre el mundo y predicar la fe de Cristo. Fué el inventor de las cruzadas y dió el ejemplo con su viaje a Tierra Santa. Su obra fué perfeccionada por otro santo: Raimundo Lulio, mallorquín, el creador de los primeros colegios de lenguas

orientales. Los frailes viajeros y diplomáticos partieron al Oriente con un bagaje espiritual y lingüístico suficiente para explorar los confines de la tierra. Por primera vez en la Edad Media las fronteras de los infieles se abrieron para dejar paso a esos hombres que en vez de levantar una espada mostraban la cruz. Tras los viajeros siguieron los comerciantes. Marco Polo divulgó en Europa las maravillas del Oriente. Por fin, cuando los turcos tomaron Constantinopla y las rutas del Oriente volvieron a cerrarse, impenetrables, para frailes y comerciantes, Europa tornó a pensar en caminos nuevos para alcanzar el Oriente por el Occidente. En Italia, los humanistas no podían olvidar las enseñanzas de Dante y el camino por él señalado, en forma perfecta, desde Cádiz hasta las bocas del Ganges. Ya hemos dicho que Pulci desarrolló esta idea e indicó en el otro hemisferio, es decir, en el Asia, los castillos, las ciudades y los imperios. Pulci era contemporáneo y amigo de Pablo del Pozo Toscanelli, humanista teórico y práctico, pues unía a sus estudios científicos de la cosmografía un conocimiento amplio del Oriente por sus conversaciones directas con muchos viajeros. Estamos en un instante crítico a fines de la Edad Media en que la teoría y la práctica hállanse a punto de realizar la unión de los extremos del mundo. No debe sorprendernos si pocos meses antes del descubrimiento de América, un geógrafo bohemio, Martín Behaim, dibujaba un mapamundi en que Europa se hallaba frente al Asia, separada por el Atlántico y unida por unas islas desconocidas, y si poco después del descubrimiento, pero antes que en Alemania se supiese su realización, un viajero alemán, Jerónimo Müntzer, proponía al rey de Portugal un viaje idéntico al que acababa de cumplir Cristóbal Colón. La concepción del mundo, dibujada por Behaim, era la misma de Pablo Orosio, en el siglo V; de Dante, en el siglo XIII, y de Pulci, en el siglo XV. Un cartógrafo judío, llamado Cresques, dibujó en el año 1375 el mapamundi más extraordinario de la Edad Media y en él mostró el fin del Asia con las islas innumerables que un siglo antes había descripto Marco Polo. Estas islas aparecen también en el mapamundi de Behaim un siglo después. Entre Cresques y Behaim, Toscanelli dibujó igual concepción en un mapa que utilizó Colón y hoy se ha perdido. Toscanelli, además, transmitió estas ideas, que no eran suyas, sino del ambietne, a su amigo Fernando Martins, canónigo de Lisboa. La amistad de Toscanelli y Martins fué tan estrecha que ambos firmaron como testigos en el testamento del célebre humanista Nicolás de Cusa. La carta que Toscanelli envió a su amigo Martins, en Lisboa, es la expresión de los conocimientos de Orosio, de Dante, de Petrarca, de Marco Polo y de Pulci, sobre la base de la geografía de Ptolomeo. Nada contiene de anacrónico ni de imposible. Los

críticos que han negado su autenticidad sólo merecen conmiseración, por su ignorancia, y desprecio, cuando a la ignorancia se unen la terquedad y el orgullo. El hombre conquistó la tierra primero con su cerebro y luego con sus naves. Por ello podemos decir que el triunfo del hombre sobre la tierra es el triunfo de su cultura.

La unión del Oriente con el Occidente y, como consecuencia, el hallazgo de América, fueron hechos seguros, inevitables, desde el instante en que Portugal inició la navegación costera del Africa. El mérito de esta iniciativa pertenece a Enrique el Navegante. Portugal estuvo frente a la India, a América y al mundo cuando dobló el Cabo de Buena Esperanza. Bartolomé Díaz abrió la ruta a Vasco de Gama. La conquista de la India habría significado el total dominio de la tierra si un navegante audaz y genial no se hubiera adelantado a Vasco de Gama y a los proyectos portugueses en un viaje científicamente destinado al fracaso, que tropezó con una tierra imprevista y revolucionó todos los planes de Portugal. Los historiadores hablan constantemente de este viaje fracasado, que en vez de unir los extremos del mundo, como se había propuesto, terminó antes de la mitad del camino con una barrera insospechada, y olvidan la conquista de la India, científicamente planeada y realizada, porque lo imprevisto, lo que nadie imaginaba que podía existir en el Océano, resultó más extraordinario que las tierras del Asia decantadas por la Edad Media.

El viaje de Vasco de Gama y la conquista de las Indias Orientales son empresas supremas de las cuales, en nuestra patria, pocas veces se ha hablado. El mundo parece ignorar la hazaña inmensa y maravillosa que los portugueses realizaron en la India, en China y en el Japón. Fué un asombro comparable y aun superior al asombro de América. Todo el esplendor deslumbrante del Oriente abierto, como un sueño, ante los ojos de los portugueses. Eran realmente las tierras fabulosas del Asia las que ellos veían; pero la historia olvida aquella conquista. América, la inesperada, surgió en el mundo como un nueva Atlántida. El autor de este milagro, autor inconsciente, fué Cristóbal Colón.

§ 2. *La figura de Colón*

Hay en la vida del Descubridor un heroísmo que sus biógrafos no han sabido destacar. Colón, héroe, no ha sido concebido por ningún historiador. Los críticos, arrastrados por fobias y manías, han discutido su patria, sus viajes, sus propósitos, su cultura y otros detalles. Han perdido el tiempo, tristemente, en querer hallar falsedades, engaños y mentiras donde sólo brillaba la verdad. La vida de Colón era mejor conocida hace cuatro siglos que

en las obras de sus biógrafos modernos. Por fortuna, una crítica honrada y severa ha limpiado la literatura colombina de los ignorantes que deformaban la figura del gran descubridor. Hemos vuelto a aceptar la palabra de fray Bartolomé de las Casas y de don Hernando Colón, de los documentos emanados de los reyes y de las cartas del almirante. Los archivos, en todos los casos, han confirmado la tradición de los antiguos. La patria genovesa no puede volver a discutirse. Los esfuerzos de quienes quisieron dividir a Cristóbal Colón en dos personalidades irreconocibles: un almirante y un tejedor de paños, se han esfumado por sí solos. El enlace de los documentos italianos con los españoles es tan perfecto que las vacilaciones caen deshechas. Hoy sabemos que las supuestas cartas autógrafas del almirante, con palabras gallegas, catalanas y portuguesas, fueron escritas por secretarios. Las llamadas notas de su puño y letra, que le eran atribuídas, en los márgenes de muchos libros y que tantos historiadores tomaron como fundamento de un Colón nunca existido, se ha comprobado que pertenecen a otros autores. Una de estas notas, por ejemplo, escrita en español cuatro años antes de llegar por vez primera Colón a España, hizo imaginar a uno de sus últimos biógrafos que el almirante podía ser de origen sefardí. La nota se ha comprobado que ni siquiera fué conocida por Colón. Estos análisis son las únicas conquistas serias que ha logrado la crítica en cuatro siglos y medio. La valoración de las fuentes es la base de los estudios colombinos. Lo que ellas contienen es lo único que la historia puede afirmar. Es por estas razones que los críticos empeñados en destruir la figura de Colón atacan en primer término los cimientos inconmovibles. Afirman, por ejemplo, con una audacia que linda en la psicopatología, que la vida del almirante escrita por su hijo don Hernando Colón es un engendro falsificado e inventado por el Padre Las Casas. Nos ha correspondido la tarea de probar lo injusto de esta acusación. Hemos demostrado que las teorías cosmográficas sostenidas, en contra de todas las opiniones, por don Hernando Colón, en documentos inéditos hasta hace unos pocos años y no conocidas fuera de unos círculos oficiales muy limitados, son las mismas que se hallan en la vida del almirante cuya paternidad le es negada. También hemos probado que el prólogo del diario de a bordo, que se suponía inventado por el Padre Las Casas, no contiene los errores cronológicos que se le atribuían en lo referente a la expulsión de los judíos. Nuestros aportes críticos al sostenimiento de la historia tradicional colombina han venido a agregarse a las comprobaciones magníficas de sabios italianos, españoles y estadounidenses. Las últimas investigaciones históricas revelan la unidad perfecta de esta escuela internacional ítalo-hispano-americana. La llamada escuela

antitradicionalista, respetable, en otros tiempos, por la agudeza y la seriedad de sus investigaciones, ha caído en el descrédito más profundo por culpa de un hipercrítico compatriota nuestro. Este profesor aumentó la decadencia del antitradicionalismo con dos esfuerzos inútiles. El primero tiende a presentar al Padre Las Casas como al inventor de las cartas de Toscanelli, de la vida del almirante escrita por don Hernando Colón y de los principales documentos sobre los cuales se asienta la historia de la empresa descubridora. El segundo es el de negar la búsqueda del Oriente por el Occidente y sostener que Colón quiso hallar unas islas de poca monta próximas a las Canarias.

Perder tiempo en estas refutaciones es tarea superflua y desagradable. La crítica unánime de todos los centros de investigación ha echado el ridículo sobre estas teorías. La atribución al Padre Las Casas de tantas falsificaciones obedece a una obsesión de plagios y supercherías. Se ha comprobado, por el contrario, que el Padre Las Casas ha salvado para la historia colombina documentos preciosos y que, lejos de adulterarlos, los ha transcripto con una fidelidad maravillosa. En efecto: todos los documentos reproducidos por Las Casas cuyos originales se han ido hallando en los archivos, están exactamente copiados. Las Casas merece la gratitud de la historia por su labor en verdad providencial y por constituir la columna fundamental de la biografía de Colón. Sus exageraciones, en otro orden de cosas, publicadas en un folleto de carácter polémico titulado *La destrucción de las Indias*, nacieron de disputas amargas sostenidas entre frailes y entre religiosos y encomenderos, para obtener, unos sobre los otros, el gobierno de los indígenas. Era preciso exagerar los errores ajenos y esta fué la causa de ciertas generalizaciones que los enemigos de España se han encargado de difundir. Fuera de este error, inspirado por una razón evangélica, no puede achacarse al Padre Las Casas la más mínima de las falsificaciones. Todo cuanto se diga en este sentido será, simplemente, calumnia.

El segundo esfuerzo, de querer presentar como meta de la empresa colombina unas islas imaginarias próximas a las Canarias, es una derivación, empequeñecida, del propósito principal que animó la escuela antitradicionalista. Esta escuela sostenía que Colón se movió a emprender su gran viaje para descubrir la isla Antilla. Esta isla figuraba en muchos mapas de los últimos siglos de la Edad Media. Isla misteriosa, próxima a otras islas igualmente misteriosas o imaginarias, puede decirse que nació de un enigma. Muchas teorías pretenden explicar su aparición en los mapas de la Edad Media. Nosotros aceptamos la de los viajes clandestinos. La Antilla puede ser un punto de América visto por algún nauta ignorado que a su regreso a Europa contó la historia de su aventura.

Hay dos hechos fundamentales que nos hacen creer que las llamadas islas fantásticas del Océano Atlántico son puntos mal conocidos de las tierras de América. En primer término estas islas se hallan en una posición del Atlántico que corresponde al continente americano. En segundo término, un navegante portugués que tenía autorización para poblarlas, dejó constancia que de Portugal a ellas se necesitaban unos cuarenta días de navegación y es sabido que Colón empleó en su viaje un número aproximado de días: treinta y tres. La escuela antitradicionalista explicaba que Colón no había partido para unir el Oriente con el Occidente, sino para alcanzar estas islas. Los secuaces de esta escuela disminuyen aún más el propósito colombino al decir que Colón no tenía otro fin que el de hallar una isla en las vecindades de las Canarias.

Estas teorías surgen de una incomprensión completa del problema colombino y de una ignorancia total de las causas que inspiraron el gran viaje de Colón. Sus defensores desconocen en forma absoluta el valor de la genealogía espiritual y material del descubrimiento de América, o sea, de la unión del Oriente y el Occidente, con el pensamiento de Orosio, recogido por Dante, repetido por Pulci y desarrollado por Toscanelli, y con la atracción del Oriente, despertada por San Francisco y hecha asombro con Marco Polo. Pretenden negar la realidad, indiscutible, de los términos de los documentos en que los Reyes de España autorizaron a Colón a emprender su gran viaje. En ellos se dice que Colón se dirige "hacia las partes de la India" a descubrir "islas y tierra firme". Es el Asia, son las islas, innumerables, que se hallaban frente a las costas del Asia en el mapamundi catalán del 1375 y en el de Behaim del 1492; es la India de Orosio y de Dante, cuando dijeron que se podía llegar al Ganges navegando directamente desde Cádiz.

Colón, héroe de la Edad Media, con un heroísmo ignorado, sistemáticamente, por sus biógrafos, y con una mentalidad italiana nutrida en una tradición tan grande como Dante y como Polo, concibió la empresa más audaz y más heroica que entonces podía concebirse: la de unir con un solo viaje los extremos de la tierra separados por el Océano. Este propósito, el único que guió su empresa, nos muestra a Colón como un representante típico de su raza, como el genio aventurero de Italia lanzado sobre el mar, como un descendiente espiritual de Marco Polo, como un lector exaltado de Dante Alighieri.

Muchos críticos han querido explicar la constancia de Colón en proponer su viaje y la seguridad que él tenía de llevarlo a cabo. Han emitido teorías pueriles y teorías falsas. La más impresionante es la del predescubrimiento de América en 1476-77. En estos años, como es notorio, Colón hizo un viaje a Islandia. Este

viaje ha sido puesto en duda inútilmente. Hoy la crítica lo acepta en forma plena. Hemos contribuído a esta aceptación con algunos argumentos nuevos que demuestran su perfecta historicidad. Algunos críticos piensan que el viaje de Colón a Islandia ha perdurado en las crónicas danesas con el nombre de un piloto llamado Juan Scolno. En otras palabras: que Colón y Scolno son un mismo personaje. El viaje de Scolno, en efecto, tuvo lugar también en 1477, el año en que viajó Colón. Esta identificación no ha podido confirmarse. Los mismos críticos suponen que Colón, al decir que navegó cien leguas más allá de Islandia, llegó a Groenlandia y a las costas de Terra Nova. Hasta aquí todo es posible; pero los críticos entran en el campo de la fantasía cuando agregan que de Terra Nova avanzó hacia el Sud, hasta las Antillas y desde ellas regresó a España en forma misteriosa. El hecho no es imposible; pero no puede probarse. Debemos descartar este predescubrimiento y reconocer que la seguridad de Colón, de hallar tierras en el Occidente, tenía otro origen.

Desde los tiempos del Padre Las Casas, una tradición ampliamente divulgada, ha explicado que un náufrago desconocido reveló a Colón la existencia de América. Otra tradición, conservada por el poeta cronista Juan de Castellanos, ha dicho que ese náufrago era el propio Colón y que él así lo reveló a sus hombres, en el viaje del 1492, cuando intentaron sublevarse. Son hechos que la tradición ha recogido como posibles; pero que la crítica no puede confirmar como históricos. La constancia y la firmeza de Colón tenían un origen científico. Colón no ignoraba las teorías cosmográficas de su tiempo sobre la redondez de la tierra, la existencia de los antípodas y la posibilidad de navegar directamente desde Cádiz hasta la desembocadura del Ganges. Sabía que los caminos del Oriente estaban cerrados y que un solo mar unía las costas de España y del Asia. Además, existía una autoridad científica que fué la causa de su error y de su gloria: el geógrafo Ptolomeo. Este geógrafo había enseñado durante siglos a toda Europa que la circunferencia terrestre era de veintiocho mil trescientos cincuenta kilómetros. En igual error había insistido Estrabón. Otros geógrafos griegos, como Erastótenes, se habían aproximado a la verdad, unos cuarenta mil kilómetros; pero la fama de Estrabón y de Ptolomeo hacía aceptar sus medidas con fe absoluta. Colón fué uno de sus discípulos y creyentes. En España, la ciencia cosmográfica había rectificado a Ptolomeo desde los tiempos de Alfonso el Sabio. nadie creía en su autoridad y cualquier cosmógrafo sabía con precisión la exacta medida de la circunferencia terrestre. Es por estas razones que Colón, firme en su error, daba al Océano una extensión muy limitada, y los sabios españoles, por el contrario, sostenían que la amplitud del Océano era inmensa, infranqueable

para las naves de aquel entonces. La verdad estaba de parte de los sabios españoles. Si antes de la mitad del camino no hubiese aparecido un mundo insospechado, las naves de Colón nunca habrían podido llegar a su destino, pero el navegante genovés tenía demasiada fe en Estrabón y en Ptolomeo, en la concepción italiana del mundo, explicada por Dante y por Pulci, y en la palabra de Toscanelli al canónigo de Lisboa Fernando Martins.

El nombre de los Martins tiene en el descubrimiento de América una transcendencia que los historiadores no han sabido destacar. El amigo de Toscanelli, Fernando Martins, canónigo de Lisboa, era pariente de Vasco Martins Moniz, abuelo de Felipa Moniz Perestrello, primera mujer de Cristóbal Colón. Por otra parte no debe olvidarse un hecho decisivo: cuando Colón, a la muerte de su mujer abandonó Portugal, se dirigió a Palos de Moguer donde vivía una cuñada, Violante Moniz, y los célebres marinos Pinzón, cuyo apellido originario era el de Martins. Los Martins pusieron a Colón en comunicación con Toscanelli e hicieron posible su expedición. En Palos, además, vivía un navegante que había explorado el Océano con el infante de Portugal. Llamábase Pero Vázquez de la Frontera y aconsejó a Colón y a los Martín Pinzón que no abandonaran su proyecto, pues hallarían, con toda seguridad, tierras en el Atlántico.

Las grandes empresas ofrecen en sus comienzos dificultades pequeñas al parecer insuperables. La vida de Colón es una peregrinación dolorosa, consagrada a convencer a sabios y a ignorantes. Colón halló en España algunos escépticos, especialmente entre los hombres de ciencia, que no dudaban de la verdadera grandeza de no temieron lanzarse a la expedición más extraordinaria de la la tierra; pero también halló espíritus aventureros y heroicos que seguidos en contra de los infieles. No buscó unas islas en las historia humana. España continuó su cruzada de ochocientos años proximidades de las Canarias, como han dicho críticos mezquinos e ignorantes, emprendió la conquista del mundo: de la India y de la tierra firme del Asia. Esta conquista es de un heroísmo inconcebible: de un heroísmo que sólo podían tener españoles y un hombre como Colón: el héroe más grande de la historia de Italia.

Las últimas investigaciones históricas han devuelto a Colón la gloria que un grupo de antitradicionalistas había pretendido arrancarle. La crítica, severa y honrada, ha hecho de Colón una figura humana y heroica. Hoy, los pormenores de la biografía de Colón han sido todos aclarados. No se duda de su patria, ni del año de su nacimiento, ni de quiénes eran sus antepasados, ni de sus primeros viajes... Se sabe cómo se preparó la expedición, con dinero español y católico; quiénes intervinieron en ella, cómo

se cumplió el primer viaje, cómo vivió y cómo murió el gran almirante, y cómo están en Santo Domingo, y no en otra parte, sus restos mortales. Todo esto es biografía que la historia ha analizado y domina. Lo que la historia no había sabido explicar, hasta estos momentos, era la génesis teórica de la expansión del mundo; la idea, sencilla y grandiosa, concebida por un español, Orosio, y elevada por Dante, que unió los extremos del Oriente y del Occidente a través del Atlántico, y la inspiración de un navegante genovés y de unos reyes españoles que se atrevieron a realizar un ensueño tan antiguo como el primer conocimiento de la redondez de la tierra.

América, repetimos, nació del propósito más heroico y audaz que los hombres pudieron concebir; el dominio total del planeta. Es por ello que América, surgida en mitad de este camino, se presenta a los hombres como una tierra de promisión y tiene en la historia un destino superior: es el continente que inclina a las luchas del mundo en bien de la justicia y de la libertad.

IV

LA ANTILLA, LA INDIA Y CIPANGO

§ 1. *Las Teorías de Vignaud*

La crónica tradicional del descubrimiento de América, enseñó en todo tiempo que Cristóbal Colón se hizo a la vela para alcanzar las costas de la India y de Cipango: en otras palabras: para llegar al Oriente por la vía del Occidente. El objetivo de la empresa colombina es clarísimo; pero Henry Vignaud, primero en monografías y luego en su conocida obra de 1911, *Histoire critique de la grande entreprise de Christophe Colomb...*, rompió la tradición. Era su teoría que el descubridor no tuvo por fin llegar al Oriente, y sólo partió con el proyecto de descubrir la isla Antilla. Después del descubrimiento de América, Colón creyó haber alcanzado la India e inventó la tesis de que él había partido con el propósito firme de unir el Oriente con el Occidente.

Las demostraciones de Vignaud tenían el mérito de basarse en razonamientos aparentemente lógicos, estaban hechas con cierta elegancia erudita, en ningún momento eran oscuras y convencían con facilidad al lector poco especializado y ávido de novedades. No hay duda que las teorías de Vignaud desarrollaron la crítica, estimularon a los estudiosos y llamaron la atención sobre temas que parecían olvidados desde el 1892; pero hoy en día han perdido su originalidad y su valor. Han sido destruidas científicamente; de ellas no ha quedado más que el recuerdo de polémicas agrias y agudas, y la historia tradicional del viaje de Colón a Islandia, de la intervención de Toscanelli y de la búsqueda del Oriente por el Occidente ha salido más reforzada que nunca. Sin embargo, al lado de los nuevos estudiosos que han deshecho los sofismas y apuntalado la historia antigua con hondos análisis críticos, no faltan los llamados hipercríticos que aún tratan de prolongar las teorías de Vignaud y esgrimen argumentaciones falsas tendientes a obtener una momentánea publicidad.

La isla Antilla, según Vignaud y sus continuadores, habría sido el único móvil del viaje de Colón. Para algunos estudiosos, la isla Antilla es una transformación del mito de la Atlántida y para otros representa el resultado de viajes clandestinos e ignorados a las tierras americanas y hacen notar que su situación co-

rresponde a la isla de Cuba y que las pequeñas islas que en ciertos mapas medievales se hallan a su derredor coinciden con Jamaica, la extremidad de la Florida y una de las Bahamas. Para otros, todavía, la Antilla no es más que un error de cartógrafos primitivos y Serra lo interpreta como el recuerdo de una antigua leyenda genovesa. Mientras unos etimologistas han visto el nombre Antilla como una variante de Al-Tin (*La isla del mar de les dragones*, Humbolt) y de Anteilha (*Isla adyacente a la costa de una mayor*, Kretschmer), otros declaran que sólo equivale a *isla*. Brasseur de Bourbourg, seguido, en esta interpretación, por León de Rosny, explica que *An* significa "qui est monté, qui aide, qui supporte autre chose, qui s'est élevé, qui est avant. De là le mot *Anti*, lieu élevé, monté, soutenu, nom original des Andes; de là encore celui des Antilles: *an-ti-ili-a*, lieu élevé, entouré d'eau". Por último no faltan quienes hacen notar que la inscripción del mapa de Pizigano, de 1367 (original en la Biblioteca de Parma) no contiene el nombre de Antilla escrito en esta exacta forma, sino esta inscripción: "Aquí están las estatuas que se levantan ante las costas de Atulia (ante ripas *Atuliac*) y que han sido colocadas para seguridad de los marineros; más alá se encuentra el mar vil, que los marineros no pueden navegar". Según Kretschmer sobre la A se distingue una abreviatura, por lo cual hay que leer "Antullia". La inscripción no acompaña a ninguna isla; pero es probable que en mapas posteriores haya comenzado a dibujarse una isla en el lugar de la inscripción. En efecto: el mapa de Battista Beccario, de 1435, figura un grupo de islas llamadas Antilia, Satanaxio, Royllo y Tanmar con el agregado "Insule de nove r'pte" (reperte), y el mapa de Andrea Bianco, de 1436, señala la "Ya de Antillia". En los mapas siguientes la isla Antillia o Antilla se confunde con la de las Siete Ciudades, refugio de siete obispos godos huídos con sus pueblos desde Portugal ante el avance de los moros. Estas comprobaciones han llevado a G. R. Crone a intentar una explicación de las mismas y del nombre Antilla. A su juicio la inscripción del mapa de Pizigano alude a la leyenda de las columnas de Hércules que señalaban el fin del mar navegable. En el mapa de fra Mauro de 1459 otra inscripción sobre la costa occidental de Africa indicaba que esa estatua "con una mano" marcaba el límite hasta donde se podía navegar. Crone supone que la inscripción del mapa de Pizigano "ante ripas Antulliae" se refiere al estrecho de Gibraltar y a la región occidental del Africa llamada Getulia. El nombre Antulliae sería una transformación, debida a un descuido de un copista, del nombre Getulliae. La isla Antillia, en consecuencia, nunca habría existido y su figuración en los mapas sólo obedecería a una traslación por

el ensanche de la zona navegable. La frase "insule de novo reperte" se referiría a las Azores descubiertas poco después.

Esta teoría es original; pero no destruye la suposición de quienes ven en la Antilla el testimonio de viajes desconocidos a las islas americanas (Babcock, Nordensqiöld, etc.). Sea lo que fuere, la Antilla, isla real o fantástica, no faltó en la mayoría de los mapas medievales y fué una atracción poderosa para los navegantes. Desde Portugal e Inglaterra partieron expediciones en su busca; mas no todas las naves que zarparon de Portugal con autorizaciones de los reyes para descubrir islas y tierra firme en el Océano tenían por fin buscar la Antilla. Es esta una aclaración que pocas veces se ha hecho y es preciso tener muy en cuenta para comprender el verdadero significado de ciertos viajes. La Antilla fué una meta para muchas expediciones; pero no para todas. Los navegantes portugueses partían a menudo en busca de islas y tierras cultivadas que por sus características no pueden confundirse con la Antilla. Sin embargo, Vignaud supuso que todas las expediciones medievales en dirección al Occidente del Atlántico tenían por fin descubrir la Antilla y, basado en esta generalización, desarrolló la tesis de que Colón —al igual que todos los marinos de los siglos XIV y XV— no tuvo otro proyecto que el de alcanzar la isla de las siete ciudades.

El nombre de Antillas que actualmente tienen las islas del Mar Caribe arranca de la creencia portuguesa de que Colón había descubierto la isla Antilla. Pedro Mártir de Anghiera fué el primero en proponer que se llamase Antilla a la isla Española o de Santo Domingo. Pedro Mártir sabía que Colón no había llegado al Asia y por tanto propuso que aquella isla desconocida se le diese el nombre de la Antilla, que aparecía, en ese mismo lugar, en los mapas medievales. En 1502 las Lucayas figuraron por primera vez con el nombre de Antilla en el mapa de Cantino, hecho en Portugal. Este mapa es también el primero que muestra el continente con su extremidad meridional alargada antes de que la reconociese ningún navegante. Ello se debe a la antigua convicción de que todos los continentes se adelgazaban en dirección al Sud.

Nos hemos referido al verdadero objetivo del viaje de Colón al ocuparnos de las juntas de sabios españoles que examinaron su proyecto y al tratar la valoración de las fuentes. Hemos expresado en ambas partes que es completamente antihistórico el suponer que Colón y los Reyes de España pudieron iniciar el viaje de 1492 sin el fin único y manifiesto de unir el Oriente con el Occidente. Era entonces sumamente improbable que los Reyes Católicos auspiciaran un viaje destinado a descubrir islas perdidas en el océano. El afán de prolongar las cruzadas contra los infie-

les y el apresuramiento de componer una gramática española para que los pueblos próximos a ser descubiertos y conquistados aprendiesen la lengua española y se convirtiesen al cristianismo, demuestra que la expedición de Colón tenía por meta las tierras infieles y pobladas del Asia y no la isla Antilla en la cual se decía que vivían siete obispos cristianos con siete pueblos portugueses. Estas observaciones, que nosotros hemos presentado por primera vez a la consideración de los estudiosos, confirman la teoría tradicional de que Colón se propuso unir el Oriente con el Occidente por la vía del Atlántico. Por otra parte, Colón jamás aludió a la isla Antilla, ni mencionándola con este nombre ni con el de las Siete Ciudades, ni en ninguna otra forma. Este solo hecho debería bastar para excluir la idea de que Colón no tuvo otro propósito que de perseguir la Antilla; pero Vignaud creó en torno al fantasma de la Antilla una teoría brillante, hecha de suposiciones y de inducciones, que se desmorona al primer embate crítico. Hemos de reconocer que en la teoría de Vignaud hay un solo dato cierto que se refiere a la Antilla y que podría tener algún valor si en realidad se relacionase con los propósitos del descubridor. Se trata de las declaraciones de algunos tripulantes del primer viaje, hechas en los pleitos de Colón, según los cuales, para inducirlos a embarcar, se les había dicho que descubrirían islas muy ricas de oro y que esas islas "entonces nombraban Antilia". Este testimonio es muy posterior al descubrimiento y si hubiéramos de valorarlo con el criterio de Vignaud deberíamos desecharlo de inmediato. No es extraño ni imposible que, en efecto, a algunas personas, para decidirlas a embarcar, se les haya dicho que encontrarían la isla Antilla y volverían cargadas de oro. Muchas otras promesas, sin duda, habrán hecho los jefes a los marinos indecisos, mas estas promesas no significan que los proyectos de Colón hayan sido precisamente los de buscar la isla Antilla. A lo sumo puede admitirse que haya considerado la posibilidad de encontrarla de paso en el viaje hasta las tierras del extremo Oriente. Los argumentos que presenta Vignaud para probar su tesis son atrayentes, pero débiles y falsos. En Lisboa Ruy de Pina y García de Resende declararon que Colón volvía de la Antilla y Cipango. También sabemos por Las Casas (Capítulo CLXXIX) que los portugueses, aún en el 1500, llamaban a la isla Española isla Anteila. Este testimonio demuestra que no bien Colón hubo tocado tierra europea se divulgó la noticia de que había llegado al Oriente y, en el camino, había hallado la Antilla; pero no prueba que, al partir, Colón no haya tenido el proyecto de alcanzar el Oriente; por el contrario, lo confirma. Colón siguió, en su viaje, el paralelo de la Gomera que, en algunos mapas medievales, se encontraba con la Antilla. Este paralelo no

sólo conducía a la hipotética Antilla, sino a las costas del Asia. Para unir el Oriente con el Occidente no era lógico enderezar ni hacia el Norte ni hacia el Sud. En caso de no hallar tierras, Colón habría vuelto a las Canarias guiándose por el mismo paralelo. Era el modo más fácil de asegurarse el camino del retorno. No hay, en consecuencia, ninguna razón para suponer que la dirección de este paralelo revela la isla Antilla como única meta del viaje. En muchos mapas de la edad media, como el de Andrea Bianco, del 1436; en el de Bartolomeo Pareto, del 1455 y en el de Grazioso Benincasa, del 1482, la isla Antilla es un rectángulo orientado de Norte a Sud que se halla en pleno Océano frente a las costas de Portugal y de las Azores, muy al Norte del paralelo seguido por Colón.

El 17 de septiembre Colón buscó una isla que figuraba en un mapa que él llevaba. Vignaud opina que esa isla debía ser la Antilla. Es muy posible; pero también es cierto que al no hallarla siguió avanzando hacia el Oeste. Ello puede demostrar que la Antilla fué buscada en el trayecto con muy poco empeño y qué, al no aparecer en seguida, Colón no torció su ruta, sino que siguió en dirección Oeste hacia el Occidente. Los cronistas no pudieron referir claramente que Colón había partido para unir los extremos del mundo porque el descubrimiento de América les hizo discurrir acerca de la seguridad que podía tener el descubridor de hallar ese continente ignorado. El descubrimiento torció la interpretación y la crítica de los cronistas. Sin embargo algunos aludieron al propósito de Colón de llegar a Oriente por el Occidente; por ejemplo, Joao de Barros y Francisco López de Gomara. Este último escribe que "los que tienen por gran cosmógrafo a Colón, piensan que las llamó Indias por la India Oriental, creyendo que cuando descubrió las Indias iba buscando la isla Cipango, que cae a la par de la China o Catayo, y que se movió a ir tras el Sol por llegar más aína que contra él; aunque muchos creen que no hay tal isla (de Cipango)". Colón expuso su sistema cosmográfico, basado en la supuesta proximidad de las costas orientales del Asia, después del descubrimiento. Es muy lógico y no puede ser de otra manera, pues es bien sabido que nunca quiso expresarse con claridad antes de emprender el viaje. En la cédula de los Reyes Católicos que concede las armas a Colón se enumeran sus servicios, pero no se menciona el camino de la India. No puede ser de otra manera, puesto que el camino a la India no había sido hallado y en cambio había aparecido el Nuevo Continente. En el memorial de agravios del año 1501 Colón tampoco recuerda su descubrimiento de la ruta de las Indias. Se debe a las mismas causas del hecho anterior. Colón no había podido descubrir ese camino, no había unido Europa con las Indias, sino

realizado otra empresa muy diferente. La palabra Indias en el diario de Colón fué empleada por Las Casas en su análisis de dicho diario. Esta es una suposición de Vignaud. No sabemos si en el original Colón escribió o no escribió la palabra Indias. Todo induce a creer que sí y lo confirma el hecho de que Las Casas respetó esa palabra y siguió empleándola a pesar de no ser las Indias el Nuevo Mundo. Ninguna razón podía inducir a Las Casas a atribuir al descubridor un propósito tan simple como el de navegar desde Europa a las tierras de Marco Polo. Más transcendental hubiera sido afirmar que Colón sabía que el Nuevo Mundo no era el Oriente y que por ello quiso descubrirlo a los hombres, etc.; pero esta teoría nunca fué emitida porque Colón jamás la concibió. Entre 1513 y 1534 muchos testigos declararon que al partir con Colón lo habían hecho para llegar a las Indias. A juicio de Vignaud estas declaraciones demuestran que se trataba de las tierras que entre 1513 y 1534 se llamaban Indias Occidentales y no de las Indias Orientales. El argumento puede presentarse en sentido contrario: los testigos dicen bien claro que habían partido para llegar a las Indias y no especifican si se trataba de las Occidentales u Orientales. Si hubiesen tenido otra meta no se explica cómo todos, unánimemente, la ocultaron, la olvidaron o dejaron de declarar. En la carta del 4 de enero de 1493 en que Colón hizo saber al escribano de ración, Luis de Santangel, que había llevado a cabo su descubrimiento, le dice que volvía de las Indias; pero no que había sido enviado a las Indias. Se trata de un argumento inconsistente, pues si bien es verdad que no expresa que se había comprometido a descubrir las Indias, en cambio declara que había llegado a ellas. No tenía obligación de recordar a qué había partido. Se sobreentiende que había cumplido su compromiso al dar cuenta que volvía de la India. Si hubiese partido para descubrir la Antilla habría declarado que en vez de encontrar esta isla había llegado a la India, etc; pero esta aclaración, esta disculpa, nunca fué hecha. No bien hubo arribado a Palos, el 15 de marzo de 1493, Colón escribió a los Reyes Católicos que volvía de la India. Los Reyes le contestaron diciéndole que habían recibido su carta en que les comunicaba que había regresado de la India. Este testimonio es decisivo en favor de la teoría tradicional de que Colón partió para unir el Oriente con el Occidente; pero Vignaud opina que cuando Colón escribió esa carta se había autosugestionado de que había sido enviado a buscar las Indias. No explica Vignaud cómo se sugestionaron también los Reyes y no lo desmintieron en su carta. Entre otros argumentos menores, Vignaud recuerda que Luis de Santangel, al convencer a la reina Isabel de la necesidad de ayudar a Colón, no le dijo que éste pensaba llegar al Oriente por el Occidente.

Le habló de lo útil que sería para España aprovecharse del posible éxito del descubridor y no le especificó en qué consistía porque tanto la reina como él lo sabían perfectamente. Por otra parte las razones de Santangel sólo son conservadas por don Hernando y Las Casas, los cuales no las conocieron en el momento que fueron expuestas, sino largos años después del descubrimiento.

Vignaud hizo gala, en sus estudios, de un gran ingenio; pero no pudo dejar de reconocer un hecho importantísimo para explicar el viaje de 1492. Este hecho es más que suficiente para demostrar que el viaje que dió por resultado el descubrimiento de América no tuvo como objetivo la Antilla, sino el Oriente. Vignaud reconoce que Martín Alonso Pinzón, el compañero del Almirante, había partido en 1492 con el propósito de descubrir la isla Cipango, el Japón, de la cual Marco Polo había hablado maravillosamente. Las declaraciones del hijo de Pinzón y de otros marinos en los pleitos de Colón, parecen no dejar lugar a dudas a este respecto. Vignaud admite que Pinzón pudo tener informes de la isla de Cipango por personas que habían leído a Marco Polo y reconoce que pudo alimentar el firme propósito de alcanzarla. No se detiene a reflexionar que las declaraciones de los pleitos fueron hechas largos años después del descubrimiento, por partes interesadas y por testigos que obedecían a esas partes para disminuir los méritos de Colón y hacer creer que Pinzón se había formado un proyecto idéntico al del descubridor. Vignaud no supo aplicar su crítica a las propias ideas. No se dió cuenta que todo lo que se atribuye a Pinzón, respecto a Cipango, no es más que un reflejo de los propósitos de Colón. En cambio inventó la tesis de que entre Pinzón y Colón pudo haber un acuerdo verbal y secreto consistente en incluir Cipango entre las islas que debían de cubrir. Este acuerdo es una suposición de Vignaud, no lo documenta ningún testimonio y no hay un solo indicio que permita pensar en él. Un hijo de Pinzón afirmó que el almirante había prometido a su padre dividir las ganancias del descubrimiento. Esa afirmación —que ningún documento confirma— no ha sido aceptada ni por Vignaud, tan dispuesto, siempre, a dar plena fe a todo lo que se refiere a Pinzón. Colón jamás hizo ninguna promesa a Pinzón, y menos creíble es que le manifestara estar dispuesto a compartir con él la gloria y las ganancias del viaje equiparando a Pinzón a los mismos Reyes Católicos. Más improbable es que semejante convenio, por su importancia, nunca haya sido escrito y que tanto Colón como Pinzón lo dejasen librado al viento. Se trata de fantasías divulgadas por los descendientes de Pinzón y que en su tiempo no tuvieron ningún eco. Ellas sólo demuestran el afán de apropiarse la gloria del descubridor y disminuir la originalidad de su proyecto haciendo creer que Pinzón había tenido una idea seme-

jante. En este caso, la calumnia sólo ha servido para hacer brillar con mayor claridad los verdaderos propósitos que animaron a Colón antes del 12 de octubre de 1492.

§ 2. *Otros defensores de la Antilla*

Hemos comprobado la endeblez de los argumentos de Vignaud y cómo, sometiéndolos a un ligero examen se deshacen sin dejar rastro. Ahora debemos descender a sus imitadores y repetidores. El éxito de Vignaud indujo a algunos hipercríticos a igualar sus sofismas. Ninguno ha llegado a la altura del sabio norteamericano. El profesor argentino Rómulo D. Carbia lo sigue con unos procedimientos desusados en la historiografía científica. Vignaud merecía respeto porque sus argumentos eran ingeniosos, estaban fundados en una sólida erudición y nunca envolvían una manifiesta mala fe. No puede decirse lo mismo de su repetidor. Hay en el señor Carbia, más que incultura, una pasión que lo lleva a emitir teorías absurdas. Estos casos no asombran a quienes están acostumbrados a tratar con críticos extraviados; pero a veces la lucidez de los maniáticos convence a los lectores ingenuos o poco especializados. José de la Riva Agüero describió con acierto al precursor de las aberraciones colombinas, el expresbítero don Manuel González de la Rosa que en 1900, publicó en París su sonado libro *La solution de tous les problèmes relatifs à Christophe Colomb*: obra que sólo tuvo un adepto: Henry Vignaud: "El verdadero iniciador y maestro de Vignaud dice Riva Agüero— fué aquí González de la Rosa. Este presbítero limeño era hombre estudioso y versado en historia americana, pero sus investigaciones e hipótesis resultan casi siempre inutilizables, por desordenadas y contradictorias. Aquejado de continuo por las fobias de la falsificación y el plagio, comenzó acusando al eminente D. Marcos Jiménez de la Espada de haber aprovechado con dolo su edición de la segunda parte de Cieza. Fantaseó luego sobre la lengua y escritura etruscas. Inspiró más tarde las cavilaciones del mencionado Vignaud, a quien acabó acriminando de apropiarse fraudulentamente del fruto de sus trabajos, y que, para aplacar sus iras reivindicatorias, le dedicó con grandes elogios su principal obra. De regreso al Perú, donde en su vejez lo conocimos y tratamos mucho, imaginó que tan contradictorias fuentes, como los *Comentarios* del Inca Garcilaso y las *Memorias Históricas* de Montesinos, provenían de la adulteración y oculto aprovechamiento de los papeles de Blas Valera. Improbo esfuerzo nos costó desenredar la maraña de cargos y suposiciones que amontonaba contra la vida y escritos del gran cronista cuzqueño. En sus últimos meses, todavía inventaba otro intrincado plagio, el del *Evangelio en triunfo* de Olavide, que sin grave fundamento

sostuvo copiado de un insignificante y olvidadísimo libro francés. Tal es el apasionado y enfermizo impugnador de la correspondencia toscanelliana".

La semejanza mental del señor Carbia con la de González de la Rosa, se agudiza hasta en el hecho de ser el primero un ex-seminarista y haber sido el segundo un ex-presbítero. La obsesión de las supercherías, de los plagios y de las falsificaciones ha llegado en Carbia a extremos morbosos. Sus tesis descabelladas ponen en evidencia sus manías: Colón es un impostor que ha engañado a sus contemporáneos haciéndoles creer que había querido llegar a la India; Las Casas es un plagiario infame, un loco torturado por la envidia, que inventa las cartas de Toscanelli, todas las cartas de Colón que figuran en su *Historia* y todos los documentos que le dan la razón, que fragua el prólogo del diario de a bordo, que adultera este mismo diario, que se apropia de la obra de Pérez de Oliva, la falsea a su gusto y la hace firmar por un muerto —don Hernando Colón—, desnaturaliza un texto que atribuye a Bartolomé Colón, tergiversa las declaraciones que aparecen en los pleitos de Colón y comete un sin fin de "acomodos", "adulteraciones", "complicidades", "desnaturalizaciones", "supercherías", "manipuleos" y "fraudes", todo por el odio terrible que lo mueve en contra de Gonzalo Fernádez de Oviedo. Estas teorías y el vocabulario que emplea en sus polémicas quitan toda seriedad a sus estudios. Sin embargo como curiosidad, vamos a exponer sus tesis principales, sobre la nueva historia del descubrimiento de América.

Colón, antes de 1492, no tuvo otro "objetivo que el de la búsqueda de islas en lugares que no eran, precisamente, los del mar Indico". En contra de esta afirmación, ya sostenida por Vignaud, se levantan dos testimonios: la carta de merced del 30 de abril de 1492 en que se lee que Colón "va por nuestro mandato a descubrir e ganar con ciertas fustas nuestras e con nuestras gentes ciertas islas e tierra firme en la mar oceana", y el llamado pasaporte en que consta "Mittimus impresentia V. nobilem cristoforum colon cun tribus caravelis armatis per maria oceana a partes Indie". No hay duda ninguna de que si Colón se dirigía a buscar "islas e tierra firme en la mar oceana", esta tierra firme no podía ser otra que el Asia, y si se dirigía "ad partes Indie" era porque se encaminaba hacia la India, hacia las partes de la India, y no a una isla próxima à las Canarias. Todo esto es de una lógica y de una evidencia indestructibles. Nadie negará que el mar Océano en donde Colón debía hacer su descubrimiento llegaba hasta el Oriente. No hay ninguna contradicción entre "islas e tierra firme en la mar oceana" y "ad partes Indie". La tierra firme, repetimos, era el continente asiático; las islas eran las innumerables que se hallaban frente a las costas del Asia, que se ven perfectamente dibujadas en

todos los mapas que figuran al extremo Oriente y aparecen con suma claridad en el de Behaim de 1492 y "ad partes Indie" significa que tanto esa tierra firme —o sea, las costas de la China— como las islas —Cipango, entre ellas— se hallaban próximas a la India, hacia las partes de la India. Estas frases indican en forma definitiva que el proyecto de Colón consistía en llegar a las islas y tierra firme del Océano que se encontraban hacia las partes de la India. No es Colón quien escribe estas palabras, sino los Reyes Católicos en las capitulaciones y el llamado pasaporte: documentos oficiales, de autenticidad incuestionable y anteriores al descubrimiento. Es evidente que nadie puede atreverse a sostener que la tierra firme del Océano y las islas que se hallaban hacia la parte de la India eran la Antilla próxima a las Canarias. Sin embargo, Carbia defiende esta tesis con procedimientos polémicos inaceptables en crítica histórica. Alega que la frase "ad partes Indie" responde "a la necesidad de ajustarse a lo convenido con Portugal en 1480, en el tratado de Toledo, y de conformidad con el cual Castilla no podía hacer descubrimientos en las vecindades de Africa, ni en ninguna zona que cayera dentro de una línea que dividía el mar desde Madeira a las islas del Cabo Verde, excepción hecha de las Canarias". Carbia comete un lapsus risueño. Exhibe un argumento preciso para demostrar que Colón no podía buscar una isla en las vecindades del Africa, entre Madeira y las islas de Cabo Verde, y que estaba obligado a alejarse de esa zona e ir "ad partes Indie". Es lo que sostenemos los partidarios de la búsqueda de Oriente por el Occidente. Carbia —en un instante de distracción o extravío— se ha convertido en adversario de su propia tesis. Pero en seguida reacciona pensando que los Reyes y Colón entendían que el descubrimiento de islas y "tierra firme" (sic) podía hacerse cerca de las islas Canarias, en un radio limitadísimo, pues los españoles no podían acercarse ni al Africa ni a la zona comprendida entre Madeira y las islas de Cabo Verde. Pensar que el viaje de Colón no debía apartarse de las aguas de las Canarias, que allí mismo podía encontrarse la tierra firme y que "ad partes Indie" no significaba más que la jurisdicción de las Canarias es un absurdo histórico y geográfico inadmisible, como hemos dicho, en polémicas serias. Las citas de Giuliano Datti, de Florencia, que en 1493 escribió un poema titulado "Questa é la hystoria della inventione delle diese Isole di Canaria in Indiane", y de Allegreto Allegretti, que en abril de 1493, dió la noticia de que "quest'anno il re di Spagna a trovate molte isole di nuovo, ció in Canaria, oltre alle colonne d'Ercole..." —ambas extraídas de la Raccolta Colombiana— sólo documentan la ignorancia de Carbia y de quienes aceptan sus despropósitos. Las islas Canarias —últimas tierras occidentales conocidas en el Océano sobre la latitud del nuevo descubrimiento— servían a maravilla para indicar la dirección en que se habían hecho los hallazgos. Ni Datti ni Allegretti sabían a qué distancia de las Canarias había sido encontrado el Nuevo Mundo. Pero hay más: Magnaghi, en un severo examen de las opiniones de Carbia, demostró que este autor no se dió cuenta que el poema publicado en Roma, el 15 de junio de 1493, es una traducción en verso de la carta de Colón a Santangel. Ahora bien: como la carta está fechada en las Canarias, el traductor repitió este nombre para las nuevas islas. En el texto del poema ni una sola vez se vuelve a hablar de las Canarias. Por el contrario, se habla de las Indias. Carbia citó esta obra sin leerla. Magnaghi también probó que el título de la obra contiene un error tipográfico y es, exactamente, este: "Questa é la historia della invenzione delle diese isole di Canaria in India": o sea: "Esta es la historia de la invención de las diez islas *desde las Canarias a la India*".

Las palabras "tierra firme" indican, como es natural, el continente asiático: pero Carbia opina que puede significar alguna otra cosa. Al efecto recuerda que en la autorización dada en 1486 por el rey de Portugal a D'Ulmo y Estreito para hacer un viaje de exploración en el Océano, hacia el Oeste, se les hablaba de "qualquer ylha ou ylhas e terra firme" y que no debe entenderse, "como se sospechará, que por usar la expresión marcada se les facultaba para dirigirse al Asia". Es precisamente esto último lo que debe entenderse en la autorización a D'Ulmo y Estreito: ellos partieron en un viaje hacia el Oeste y eran ya muchos años que se sabía a la perfección —hasta por los informes de Toscanelli— que avanzando hacia el Occidente podía llegarse al continente asiático. La proximidad o lejanía del extremo Oriente se ignoraba. Por ello el rey de Portugal tuvo qué prever en la autorización a D'Ulmo y Estreito los derechos que podían corresponderle en caso de tocar en algún punto de la única tierra firme que, según los conocimientos de la época, podía hallarse en el Oeste: las costas del Asia.

Hemos visto que en el llamado pasaporte de Colón se le autoriza a navegar "ad partes Indie". Pues bien: cuando Colón dió cuenta de su descubrimiento a Sánchez y a Luis Santangel, les escribió que había llegado al "mar Indico". Colón estaba convencido de haber cumplido su promesa y así lo hizo saber a las primeras personas a quienes escribió. No dijo entonces, ni en ningún otro momento de su vida, haber descubierto la Antilla. Los partidarios de la Antilla deben reconocer este hecho tremendo. Ni antes ni después del descubrimiento Colón se refirió a la Antilla. La India, en cambio, aparece en los documentos oficiales y es el punto adonde cree haber llegado el descubridor. No puede insinuarse la teoría de que Colón afirmó haber alcanzado la India cuando tocó las tierras de América y que al partir había tenido como objetivo la

Antilla. Si antes de hacerse a la vela se le autorizó a dirigirse a la "tierra firme" que se hallaba "ad partes Indie" y después de haber encontrado una "tierra firme" y unas "islas", Colón aseguró haber hallado la India y navegar en el "mar Indico", no puede sostenerse que el descubridor inventó su hallazgo de la India sólo después del descubrimiento. Cierto es que algunos autores de la época, como Fernández de Santaella, se dieron cuenta que las Indias descubiertas por Colón no eran la verdadera India asiática; pero ahora no estudiamos la evolución de los conocimientos geográficos, sino los pensamientos y proyectos de Colón relativos a su viaje de 1492. Es bien sabido que el descubridor murió con la convicción de haber cumplido su propósito de navegar "ad partes Indie" y haber descubierto las Indias, es decir, haber unido Europa a las costas orientales del Asia a través del Océano. Por esta razón se explica que fuera de España y Portugal se mencionase las tierras descubiertas por Colón como "insule novo repertis" —islas halladas nuevamente—, y en los poderes con que los representantes portugueses se presentaron en Tordesilla, en 1493, a tratar con los diplomáticos españoles la variación de la línea de Alejandro VI, se denominase el hallazgo de Colón tierras "descubiertas e halladas nuevamente". Sólo se pensaba en el Asia y como el extremo Oriente había sido visitado por muchos viajeros, se dejaba constancia que esas costas habían sido descubiertas nuevamente.

Además de la carta de merced del 30 de abril de 1492 y el llamado pasaporte de Colón, que contienen las frases "islas y tierra firme en la parte oceana" y "ad partes Indie", existe otro documento que corrobora los anteriores y demuestra que el viaje de Colón estaba dirigido a las costas del Asia y no a este lugar. Es la llamada carta al Gran Khan. Carbia hizo notar que esta carta contiene el nombre del destinatario en blanco; que después de las palabras "Serenissimo principe" se halla un espacio para escribir un nombre, y que al final de la carta hay una nota que dice: "Et fuerunt triplicate", es decir, que de ella se sacaron tres copias. Por estas razones Carbia concluye que no se trata de una carta al Gran Khan, sino de una circular, pues así lo evidenciaría la mención "et fueron triplicate". Estos argumentos no pueden ser más insignificantes. En primer lugar nos consta que la carta fué dirigida al Gran Khan por los testimonios de don Hernando Colón y el P. Las Casas. En segundo lugar no se sabe qué nombre o nombres se inscribieron en las tres copias que se sacaron para Colón. En tercer lugar puede suponerse que los espacios se dejaron en blanco para que el descubridor escribiese los nombres al conocer los de los monarcas a cuyas tierras llegaba. En cuarto lugar, las tres copias pudieron destinarse a las tres carabelas que componían la expedición. Por último, si estas copias hubiesen sido una circular,

en vez de tener el nombre en blanco, habrían sido dirigidas a "todos los monarcas, príncipes, señores, etc. que ésta leyeren, etc.". Este género de comunicaciones con el nombre del destinatario en blanco, para ser llenado por el portador cuando supiese el nombre de la persona a quien estaba destinada, eran comunes en la época de Colón, especialmente cuando los viajeros o emisarios se dirigían a lejanos países. El mismo Colón recibió una carta semejante el 14 de marzo de 1502 para el "capitán del serenísimo rey de Portugal" que hallase en el camino y quisiese impedirle la navegación. Este pasaporte es igual al del Gran Khan y tiene, como aquél, el nombre del destinatario en blanco.

§ 3. *El Verdadero Objetivo del Viaje de Colón*

No puede negarse que los documentos del 1492, anteriores a la partida de España y al descubrimiento, prueban en forma definitiva que Colón se hizo a la vela para descubrir "islas e tierra firme" a las partes de la India, "ad partes Indie", y que en estas tierras pensaba encontrarse con un "serenissimo principe" que según don Fernando y el P. Las Casas era el Gran Khan.

Estas conclusiones —demostradas por documentos anteriores al descubrimiento— se confirman con testimonios igualmente valiosos. Son los que vamos a mencionar:

En la parte incuestionable y auténtica del mayorazgo de Colón, éste recuerda que la Santísima Trinidad "me puso en memoria y después llegó a perfecta inteligencia que podría navegar e yr a las Indias desde España, passando el mar Oceano al poniente..." No creemos necesario repetir que Colón murió con la convicción de que había llegado a las Indias Orientales.

En el prólogo al diario de a bordo, Colón escribe que "por la información que yo había dado a vuestras altezas de las tierras de la India y de un príncipe que es llamado Gran Khan... vuestras altezas... pensaron enviarme a mí, Cristóbal Colón, a las dichas partidas de India, para ver los dichos principes..." Carbia juzga falso e inventado por Las Casas este prólogo. Alega que en él hay frases semejantes a otras de la epístola de Toscanelli y hasta unas referencias contenidas en una carta de Colón fechada en Jamaica en 1503. Exacto; pero esto no debe interpretarse en el sentido de que el autor del prólogo del diario de a bordo fué el mismo que escribió la carta de Toscanelli y que, además se inspiró en una carta de Colón de 1503, sino, por el contrario, debe suponerse que Colón recordó la epístola de Toscanelli por haber influído en él grandemente y que años después, en 1503, repitió los conceptos que había emitido en el prólogo citado. Confirma esta interpretación el hecho de que Colón, en el

prólogo del diario de a bordo, habla de las Indias (recuérdese la frase "ad partes Indies") y del príncipe Gran Khan (recuérdese "serenissimo príncipe"). No hay duda, pues, que el prólogo no sólo es auténtico, como hemos demostrado en otro lugar, sino que confirma y explica la letra de los documentos oficiales anteriores al descubrimiento.

El duque de Medinaceli, no bien hubo llegado Colón con la noticia del hallazgo, escribió al gran cardenal de España —el 19 de marzo de 1493— recordándole que él había mantenido en su casa al almirante y había conocido el proyecto de "ir a buscar las Indias". Sólo sofismas se pueden inventar en contra de este testimonio.

En los primeros meses de 1493, Aníbal Januarius escribió a Italia que Colón había partido dispuesto a navegar "per dritta linea per Ponente per fine che venesse allo Oriente". La afirmación no puede ser más contundente e indiscutible.

Los Reyes Católicos, en la carta de merced fechada en Barcelona el 27 de mayo de 1493, llaman a las tierras halladas por Colón, "islas e tierras firme en el mar Oceano a la parte de las Indias", y en la real provisión de siete días antes, que aumentaba con un castillo y un león las armas del descubridor; las denominan "islas e tierra firme por nuestro mandato descubiertas e por descubrir en el Mar Oceano en la parte de las Indias". Aquí se ve que para los reyes "a la parte de las Indias" y "en la parte de las Indias" era una misma cosa. Siempre el 20 de mayo fueron perdonados dos criminales que habían embarcado en el viaje descubridor —Juan de Moguer y Pedro Izquierdo— y el 26 del mismo mes se concedió el perdón a otros dos delincuentes —Bartolomé de Torres y Alonso Clavijo. A Torres se le dijo: "...avjades ydo por nos servir ponjendo vra. persona a mucho peligro (con) don Xpoual Colón nro. almirante del mar oceano a descubrir las yslas de las yndias..." En los perdones de Moguer, Izquierdo y Clavijo consta: "...especialmente q. por nro. mandado j serujcio fujstes a descobrir las yslas de las yndias por el mar oceano". Estas islas de las Indias, como veremos oportunamente, no podían ser otras que las innumerables que figuraban frente a las costas del Asia en la mayoría de los mapas de la Edad Media.

El 28 de mayo de 1493 los Reyes dijeron a Colón, al confirmarle su título: "E agora porque plugo a nuestro Señor que vos fallastes muchas de las dichas yslas e esperemos con la ayuda suya que fallereys e descobrireys otras yslas e tierra firme en el dicho mar oceano a la dicha parte de las Indias..."

En la confirmación de la capitulación —17 de abril de 1493— se designa a Colón "nuestro almirante e viso rey e gobernador de

las yslas e tierra firme descubiertas e por descubrir en el mar oceano, en la parte de las Yndias..."

En una bula papal del mes de mayo de 1493 se lee que el descubrimiento tuvo lugar "per partes occidentales, ut dicitur, versus Indos, in mari Oceano..." El mismo Alejandro VI mencionó a Juan Boyl, el 25 de junio de 1493, las "terris et insulis per eos (los reyes) de novo versus partes Orientales et mare Oceanum repertis..."

Los Reyes Católicos, en un documento destinado a Juan de Fonseca y fechado en Barcelona el 12 de julio de 1493, llaman a las tierras descubiertas por Colón "yslas e tierra firme descubiertas e por descubrir en el mar oceano. A la parte de las Indias..."

Estos testimonios —muy bien conocidos por Carbia— demuestran cuán monstruoso es el suponer y enseñar que el convencimiento de que Colón había llegado a las tierras e islas de la India nació de una leyenda y que esta leyenda, como quiere Carbia, la forjó en 1552 el cronista portugués Joao de Barros en su obra *Asia* y la hizo suya el P. Las Casas. Hemos visto cómo las designaciones "islas e tierra firme en el mar oceano, ad partes Indie" aparecen antes del descubrimiento y se continúan en los años siguientes, a tal punto que en 1493 ó 1494 se habla del dinero entregado al arzobispo de Granada, Fray Hernando de Talavera, "para la paga de las caravelas que sus altezas mandaron a las Indias". Pues bien, para Carbia, cuando se lee "islas e tierra firme en el mar oceano, ad partes Indie", debe tenerse la absoluta seguridad de "que la meta no era la India, sino el mar océano, y, dentro de éste, la parte que caía hacia el lado del Asia". No creemos que pueda escribirse un despropósito y una contradicción semejantes: La meta eran "islas y tierra firme". No podía serlo un trozo de Océano desierto. Esto no puede negarlo ninguna persona de entendimiento normal. Luego, si se admite que las naves debían dirigirse a "la parte que caía hacia el lado del Asia", no es necesario insistir con tanto empeño —como lo hace Carbia— en que las naves no podían, en ningún caso, alejarse de las proximidades de las islas Canarias. Es innegable que Carbia escribe a ciegas y se contradice en forma ruidosa. Por último, ningún lector que conozca la cartografía medieval dejará de admitir que las islas "ad partes Indie" ("la parte que caía hacia el lado del Asia", como confiesa Carbia) no podían ser otras para Colón y todos los estudiosos y cartógrafos de aquel tiempo, que las que figuraban en los mapas medievales frente a las costas del Asia. El cronista fray Antonio de Aspa también confirmó que Colón llevó a cabo su viaje porque no ignoraba "que a las partes occidentales avia ynfinitas yslas".

La búsqueda del Oriente por el Occidente es una verdad que la tradición no ignoró en ningún instante y que sólo una mal orientada hipercrítica ha podido poner en duda. Entre los historiadores modernos que sostienen y demuestran el propósito colombino de llegar a la India no puede olvidarse el nombre de Alberto Magnaghi. En un examen aniquilador de las teorías de Vignaud y Carbia, ha recordado testimonios luminosos en favor de la India como meta. Por ejemplo: Pedro Mártir de Anghiera se anticipó a Las Casas en afirmar que Colón tuvo por fin buscar las Indias. Alonso de Santa Cruz atestigua que Colón partió a descubrir islas y tierra firme donde había muchas riquezas de oro, plata, piedras preciosas, perlas y especería: todo lo que existía en Oriente. Battista Fregoso, genovés, en su obra *De dictis factisque memorabilibus*, del año 1493, declara que Colón fué el primero que llegó a la India. Andrés Bernáldez refiere menudamente cómo Colón partió para las Indias, descubrió a las Indias y trató de llegar a la ciudad de Catayo, que es del Gran Khan, etcétera. Angelo Trevisano, en una carta fechada en Granada el 21 de agosto de 1501, recuerda que Colón, en España, "si offeriva trovar per ponente insule finitime a la India". Giacomo Filippo Foresti da Bergamo, en el *Supplementum Supplementi Chronicarum*, desde el comienzo del mundo al 1502 aparecido en Venecia en 1503, confirma que Colón partió al mar de la India, al "Indicum mare". En el mapa de Contarini, del 1506, y en la edición de Ptolomeo hecha en Roma en 1508 por el monje Marco Beneventano, las tierras descubiertas por Colón son diferentes a las señaladas por Vespucci y coinciden con el Asia. Agustino Giustiniani, obispo de Nebbio, en Córcega, refiere en su *Psalterium*, publicado en Génova, en 1516, que Colón se dirigió a las últimas tierras de la India, y en su obra *Castigatissimi Annali della Republica di Genova*, del 1537, escribe que en 1493 volvieron a España, Francesco Marchesio y Giovanni Antonio Grimaldo, los cuales refirieron cómo Colón era el inventor "della navigatione qual si fa di Spagna alli Indie".

No debemos olvidar un argumento falso, traído por Carbia para sostener su tesis de que Colón no pudo partir en busca de las Indias. El argumento consiste en afirmar que la palabra Indias, en plural, empezó a usarse después del 1493. Esta muestra de ignorancia fué refutada admirablemente por Magnaghi. El crítico italiano demostró que en mapas del siglo XIV se habla del Preste Juan, "senyor de les Indies", que en varios mapas catalanes del siglo XV se describía el "mar de les illes delles Indies" y el principio "de les Indies", que en toda la Edad Media se tuvo amplias noticias de tres Indias y que a fines del siglo XIII Ricobaldo de Ferrara ya decía que "Asia ad mediam frontem orientes

habet Indias". La suposición de Carbia, de que en la época de Colón el nombre Indias se aplicaba también a Etiopía, es un grueso error. Colón al volver de las Indias no necesitaba haber llegado al Mar Rojo, como pretende Carbia, ignorantemente. Magnaghi recuerda que fra Mauro, en 1459, coloca tres Indias en Asia y ninguna en Africa, que Enricus Martellus, en 1489 substituye el nombre de India en Africa por el de Ethiopia sub Aegipto, y que el globo de Behaim, del 1492, tampoco coloca ninguna India en Africa.

No hemos hecho ningún esfuerzo de interpretación en estas páginas. Las interpretaciones que no surgen de los mismos documentos o van en contra de su contenido, o suelen ser peligrosas o falsas. Los documentos nos han dicho antes y después del hallazgo del Nuevo Mundo que la meta de las naves de Colón era el conjunto de islas y la tierra firme que se hallaban en el mar Océano, al Oeste, hacia las partes de la India y en la India. La Antilla no aparece en ningún documento oficial relacionado con el viaje de Colón. Entre la atracción de la India, del Oriente maravilloso, y de la Antilla, la primera era mil veces más fuerte. La India, el Oriente, eran fuentes de riquezas, tierras asombrosas de las cuales habían hablado grandes viajeros medievales y cuyas relaciones eran por todos conocidas. La Antilla no ofrecía más aliciente que algunas vagas leyendas, sin brillo y demasiado antiguas. A lo sumo podía confiarse en ella como en un punto de descanso en el camino del Oriente por el Occidente; pero nunca, como creyó Vignaud y repitió Carbia, la Antilla fué un imán más poderoso que la India. El Oriente interesaba a reyes y a mercaderes; la Antilla, ni siquiera a los navegantes. Podía ser una curiosidad; pero nunca una necesidad y, menos, un fin.

Se ha dicho —para arrancar una declaración contraria— que si la meta de Colón era el Oriente, el viaje de 1492 fué un fracaso porque en realidad no terminó en las costas del Asia, y se agrega —formando un ingenuo sofisma— que si el descubrimiento hubiese sido un fracaso, los enemigos de Colón no habrían dejado de hacerlo notar en los pleitos. Colón fracasó en su empeño de unir el Oriente con el Occidente por la vía del Atlántico; pero ninguno de sus enemigos se atrevió a hablar de este fracaso porque la aparente derrota había resultado una gloria infinitamente superior al primer objetivo. Colón no había llegado a las tierras de Marco Polo y el fantástico Mandeville, popularizadas por la literatura del tiempo; pero en cambio había descubierto un mundo nuevo que cada día se revelaba a la humanidad más esplendoroso que todo el Oriente. Colón murió sin darse cuenta de lo grandioso de su hazaña; pero cuando se debatían los pleitos y hasta el último aldeano sabía que las Indias Occidentales eran más

grandes y ricas que las Orientales, ningún enemigo de Colón se atrevió a hablar del supuesto fracaso del descubridor, de ese fracaso que convertía a España en dueña de un continente infinito. El silencio de los enemigos sobre este punto fué completo. Por ello, Vignaud inventó la tesis de la Antilla, y espíritus como el de Carbia, sostienen que "el destino verdadero de la empresa de 1492" es "una simple aventura por mares desconocidos —igual a otras realizadas con anterioridad por algunos portugueses y a la proyectada poco antes por Pinzón..."

La aventura de Colón fué el viaje más extraordinario que concibió un hombre sobre la tierra, y su llamado fracaso, la conquista más grande de la Humanidad.

§ 4. *Cristóbal Colón en la Inmortalidad*

Cristóbal Colón vive una gloria incomprendida. Los siglos le dan colores distintos. Hubo un tiempo en que fué un santo; otro en que apareció como un corsario. El nombre de aventurero jamás lo ha abandonado. Los hombres ven en su historia tantos misterios que su figura, transparente y real, se convierte en fantasma. Es un espectro que vaga, a través de libros y mentes, sin conocerse a sí mismo. Destino trágico de descubridor. La hazaña, cada vez más grande a medida que avanzan las épocas, desnaturaliza la esencia del héroe. Es el relato más maravilloso del mundo: el grumete humilde, hijo de padres vendedores de telas, que descubre islas paradisíacas, llega a almirante y muere sin saber que ha realizado algo muy próximo a lo divino: es el primer ser humano, desde que existe la tierra, que ha dado al Hombre el entero dominio del planeta. Su fama sólo puede seguir a la de Cristo, que dió a los hombres una morada en el cielo.

Los historiadores han llevado a Colón de los extremos de la gloria a los extremos de la vileza. Han querido hacerlo un santo y han pretendido que robó a un muerto el secreto de América. Lo han disminuído, también, al punto de hacerle buscar unas islas insignificantes próximas a las Canarias. Incomprensiones y errores. La historia es la más difícil de las ciencias porque obliga a abarcar el panorama de todos los conocimientos. Para comprender a Colón no basta estudiar su existencia. Es preciso abarcar su tiempo y salir de su época y de la historia para buscar en otros siglos, en la literatura, en la filosofía y en la cosmografía las fuerzas que impulsaron sus ideales. Colón se une a Pablo Orosio con una línea que abarca simplemente mil años. Colón es un discípulo de San Francisco. Colón cumple lo que soñaba Raimundo Lulio. Colón continúa, con el mismo fin, el viaje de Marco Polo. Colón razona, sin haberlos leído, como Dante, como

Petrarca y como Pulci. Colón coincide con un gramático: Nebrija. Los hombres están unidos por más lazos que los que ellos suponen. Hay sólo una ciencia que los estudiosos dividen en mil especialidades. Fragmentos que nos dan una idea del conjunto deshecho. Cuando los trozos se unen y la gran figura aparece, es fácil comprenderla y admirarla. Labor difícil, siempre llena de peligros, porque a veces un trozo, mal colocado, da a un rostro divino aspecto de monstruo.

La vida y la obra de Cristóbal Colón eran más conocidas en su tiempo que en el nuestro. Al decir su tiempo nos encerramos en España. Los cronistas españoles colocaron a Colón después de Cristo, como al más grande de los inmortales. Ellos fueron los únicos en no equivocarse; los únicos a quienes los historiadores del presente y del futuro deben seguir humildemente. Fuera de España, Colón fué un ignorado. En Italia no se sabía ni su nombre ni el año exacto de su descubrimiento. En el resto de Europa la noticia de tierras nuevas, en el Océano, tardó años en divulgarse. Erasmo, amigo de don Hernando Colón, el historiador de su padre, no dedicó una palabra a la existencia de América. Montaigne le consagró una frase. Sólo una enfermedad, que se suponía americana, hizo hablar de guayacán, como remedio infalible. Luego, América, fuera de España, fué un conjunto de leyendas, una tradición de oro y un continuo relato de piratas. España, entretanto, construía una nueva Europa en tierras salvajes y agrandaba la fama de Colón. Fama inmortal que comenzó a obscurecerse cuatro siglos más tarde. Primero tocó el turno a los parientes de Colón: sencillos burgueses de Génova y Savona que de vendedores de paños y quesos fueron transformados en terribles corsarios. Aclaradas las confusiones, comenzó a discutirse la patria de Colón y el objeto de su viaje. Por último, su religión. Ahora, a los cuatro siglos y medio del nacimiento de América, Europa olvida, salvo España, la gloria de Colón. Tal vez no se repita conmemoración tan triste y opaca. Guerras, odios políticos, rivalidades de historiadores, todo contribuyó a que la celebración del noveno cincuentenario del descubrimiento de América pasase inadvertida en medio del incendio guerrero que devora al mundo. Hay en Europa mucha gente que maldice el nacimiento de Colón. Es porque este hombre extraordinario, con su constancia maravillosa, revolucionó la Historia y la geografía y dió para siempre, a la humanidad, una nueva patria de hombres libres que enterró a la Edad Media.

Nada más absurdo, erróneo y antihistórico, que reducir el objetivo del viaje de Colón a una excursión en torno a las Canarias. Esta tesis, divulgada hace años, hoy no halla investigadores serios que la repitan. Su refutación es innecesaria. Se le-

vanta en su contra, sencillamente, la historia de la concepción que los hombres tuvieron de la tierra. Primero: la esfericidad del planeta, admitida, sin vacilaciones, desde Pitágoras. Segundo: la existencia segura de los antípodas. Tercero: la comprobación teórica de que era posible, con un solo viaje, unir, a través del Océano, las costas de Europa con las de la India. Pablo Orosio, en el siglo V, desarrolló esta posibilidad. Concepción española que en el siglo XIII hace suya Dante Alighieri. En *La cuestión del agua y de la tierra*, Dante explica, basado en Orosio, cómo es posible navegar, directamente, desde Cádiz a las bocas del Ganges, en la India. Luego, en el *Infierno*, Dante hace cumplir este viaje, en forma alegórica, a Ulises. En el siglo siguiente, Petrarca insiste sobre los antípodas y la redondez de la tierra. En el siglo XV, esta tradición es desenvuelta con amplitud por Goro Dati y por Luigi Pulci. Este último habla como Marco Polo, como su contemporáneo Toscanelli y como Colón: dice que más allá de las columnas de Hércules, en el otro hemisferio, hay castillos, ciudades e imperios. Es la teoría de Orosio, es el camino que se necesitaba para llegar al Oriente descripto por Marco Polo. San Francisco había enseñado a penetrar en las tierras de los infieles con la predicación. Raimundo Lulio había preparado a los misioneros, con el conocimiento de las lenguas orientales, para que no fracasasen en sus excursiones. La cristianización del Oriente era una aspiración española que se superaba siglo tras siglo. Marco Polo despertó mil vocaciones. España, con su expansión en el Mediterráneo, su conquista de Grecia, Albania y el Asia Menor, primero, y de Granada, después, pudo continuar su dominio sobre el Oriente por el camino del Occidente. Era la concepción de todos los humanistas y cosmógrafos de la Edad Media. Toscanelli fué un simple divulgador de esta verdad que databa de siglos, que estaba patente en los mapas y que nadie discutía. La historia del comercio en la Europa medieval muestra el ansia que existía por lograr esta expansión. Los viajes clandestinos de Portugal, sobre el Océano, son otra prueba indirecta. La unión del Oriente con el Occidente, por el Atlántico, era una necesidad impostergable. Ptolomeo afirmaba que la tierra medía un cuarto menos de lo que es. Colón no podía concebir dudas. Sólo en España se sabía que la tierra, en su circunferencia, tiene diez mil kilómetros más de lo que creía Ptolomeo y repetía Colón. Por ello las vacilaciones de los sabios españoles y la seguridad de Colón. Al último, un ensayo: tres carabelas confiadas al navegante genovés. Un gramático, apresuradamente, antes de la partida de Colón, compone la primera gramática española. Es Nebrija y dice que la escribe para que los pueblos de peregrinas lenguas, próximos a ser conquistados, aprendan el español, las leyes y la

religión de España. Los documentos del gran viaje no desdicen todo lo expuesto: autorizan a Colón a viajar a la parte de la India, a las islas innumerables que se hallaban frente a las costas del Asia y aparecen, maravillosamente dibujadas, en el atlas catalán del 1375 y en el de Behaim del 1492.

El viaje del descubrimiento y la vida toda de Colón demuestran que el navegante genovés partió con el propósito secular de unir el Oriente con el Occidente. Es lo que aprendimos de niños, lo que dijo el almirante, lo que enseñaron el Padre Bartolomé de las Casas, don Hernando Colón y todos los cronistas. Verdad incuestionable, sólo puesta en duda por una crítica estéril. A los cuatrocientos años del descubrimiento de América empezó a dudarse de todo. Era, por otra parte, la época de las dudas. Medio siglo después, los eruditos de hoy en día confirman la verdad tradicional. Es una verdad que sale más pura de las pruebas a que fué sometida. No hay que lamentar los ataques de los hipercríticos. Sin ser necesarios sirvieron para afianzar una verdad aún no sometida a los análisis. Lo mismo ocurrió con todo lo relativo al nacimiento de Colón, su viaje a Islandia, la leyenda de un nauta anónimo que le reveló la existencia de América, su religión católica, etc. Su nacimiento en Génova, en 1451, es el hecho más firme e irrefutable de toda la vida de Colón. El viaje a Islandia, negado tantas veces, resiste a todos los análisis críticos. La leyenda del navegante desconocido dió origen a complicadas teorías explicativas. Un historiador peruano, con un ingenio innegable, exhumó el testimonio del cronista poeta Juan de Castellanos para explicar que el nauta de la leyenda era el propio Colón. Según Castellanos, Colón habría llegado a América en un viaje anterior al 1492. Afirma Luis Ulloa que Colón, en este predescubrimiento, partió desde Islandia, en su viaje del 1476. El predescubrimiento explicaría una frase dudosa de la capitulación de Colón que dice "lo que ha descubierto en el Océano" en vez de "lo que ha de descubrir". Este viaje de predescubrimiento no es posible confirmarlo y la frase "que ha descubierto" sin duda fué escrita después del 1492, cuando fué inscripta la capitulación en el registro. Nosotros creemos haber aclarado el verdadero fundamento histórico de la leyenda del nauta informador de Colón. Fué Pero Vázquez de la Frontera, marino de Palos, bien conocido por sus viajes con el infante de Portugal y por sus conversaciones con el descubridor y los tripulantes del primer viaje. Muchos de los testigos de los *Pleitos* se refirieron a él. Se dijo, claramente, que Pero Vázquez había señalado a Colón la ruta y el modo de descubrir las Indias. El Padre Las Casas recogió la versión, algo desfigurada, y desde entonces la han repetido infinidad de cronistas. Se precisa ser ciegos para no ver en Pero Vázquez de la

Frontera al único y auténtico protagonista de la leyenda del nauta desconocido que reveló al almirante las tierras del Nuevo Mundo. La leyenda dice que el navegante murió al regreso de su viaje, poco después de haber descubierto a Colón su gran secreto. La verdad histórica es más dramática y más misteriosa. Pero Vázquez de la Frontera fué asesinado, después de sus viajes, mientras Colón discutía en Santa Fe las condiciones de su empresa. Lo mató un tal Juan de Cota y lo extraordinario de este hecho es que las autoridades de Palos, inexplicablemente, pusieron en libertad al asesino y facilitaron su huída a las Canarias.

La religión católica de Colón, puesta en duda y hasta negada por todos los sostenedores de su patria gallega, catalana, etc., es tan absoluta que no merece ser defendida. También se ha disipado la supuesta ayuda de capitalistas judíos e italianos. La empresa fué costeada única y exclusivamente con dinero español y cristiano. Hoy se sabe, sin dejar lugar a dudas, que el tesorero de la Santa Hermandad, Luis de Santangel, adelantó de los fondos de dicha Hermandad un millón ciento cuarenta mil maravedís. Martín Alonso Pinzón prestó a Colón otro medio millón de maravedís. Todo cuanto se ha agregado de préstamos hechos por banqueros y mercaderes italianos y judíos se basa en leyendas o en errores. Los préstamos que Colón recibió de un mercader florentino llamado Juanoto Berardi y de otros italianos son posteriores al descubrimiento. Hay sobre esto una seguridad completa. En cuanto al famoso Luis de Santangel, se sabe que los reyes de España le devolvieron con buenos intereses hasta el último maravedí. Por otra parte, Luis de Santangel, a quien se llama y se seguirá llamando "judío convertido", se ha probado que no lo era y que tampoco lo fueron sus antepasados. El error arranca del Padre Las Casas, quien lo confundió con un homónimo aragonés, de los Santagel convertidos de Aragón. El tesorero de la Hermandad, en cambio, era valenciano y pertenecía a una familia de caballeros de Santiago, antiguos y puros católicos. Por último, es posible que el primo de Beatriz Enríquez, la segunda mujer de Colón, llamado Diego de Arana, haya contribuído a la expedición con veinte mil maravedís, importe de una casa de su mujer. Los documentos revelan que la venta fué hecha en forma irregular y no dicen, en contra de lo acostumbrado, en qué se empleó el dinero. Todo hace creer que ayudaron a preparar la armada descubridora.

En síntesis, después de cuatro siglos y medio de estudios, la historia ha logrado demostrar que el descubrimiento de América fué un hecho casual, nacido de una aspiración de siglos que consistía en unir el Oriente con el Occidente por medio del Atlántico. Un genio italiano consiguió la realización de este proyecto

y reveló la existencia de América. España fué la nación heroica que dió a los hombres el inmenso milagro.

§ 5. *Historia de cuatro estrellas*

Hace miles de años, los habitantes de Europa veían en el cielo cuatro estrellas en forma de cruz. Dos siglos después de Cristo, Ptolomeo podía contemplar estas cuatro estrellas desde el Mediterráneo meridional. En el siglo IV, sabemos por San Anastasio y San Basilio que los cristianos de la Tebaida aún las veían. Unos siglos más tarde, los viajeros de Europa tenían que dirigirse a Egipto, Persia y Arabia para admirar aquellas estrellas. Después, los hombres de Europa perdieron su visión. Sólo Dante, a fines del siglo XIII, las recordó como un ensueño lejano. Sus versos, en el Canto I del *Purgatorio*, dicen así:

Io mi volsi a man destra, e posi mente
All'altro polo, e vidi quattro stelle
Non viste mai, fuor ch'alla prima gente.

Algunos críticos han querido decir que estas estrellas son alegóricas. Se trata de un error. Dante había leído en el libro II de la obra de Aristóteles, *De Coelo*, la existencia de la Cruz del Sud y sabía muy bien que los primitivos habitantes de Europa la habían visto cerca del polo Norte. También sabía, por fuentes musulmanas, que aquellas cuatro estrellas, sólo vistas por la antigua gente, se acercaban cada vez más al otro polo: el Sud.

La identificación de estas cuatro estrellas con la Cruz del Sud ha sido negada por algunos autores. Hay quien sostiene que Dante habla de estrellas simbólicas y quien dice, como Luciano Pereira da Silva *(A arte de navegar dos portugueses)* que las cuatro estrellas del *Purgatorio* no pueden ser la Cruz del Sud por una serie de deducciones astronómicas. El profesor de la Universidad de Palermo, Angelitti, en un estudio publicado en la *Rivista di Astronomia*, de Turín (vol. VI: *Sugli accenni danteschi ai segni, alle costellazioni ed al moto del cielo stellato da occidente in oriente, di un grado in cento anni*) afirma que las cuatro estrellas de Dante pueden ser las de la constelación de Ara, llamada de las Llamas. Los investigadores portugueses tienen especial empeño en negar que Dante pudo conocer la existencia de la Cruz del Sud. Este problema no es astronómico, sino histórico. Basta saber que Dante leyó textos en que la Cruz del Sud era mencionada para no dudar que pudo referirse a ella y no a otras estrellas.

Cristóbal Colón fué el primer hombre de Europa que en el año 1500 reconoció haber hecho un viaje a un "nuevo cielo y

mundo". En el mismo año de 1500, el 1.° de mayo, el piloto portugués maestre Juan, dió en una carta al rey Manuel el nombre de Cruz a la que sería más tarde Cruz del Sud. En el año 1502, Américo Vespucio dijo que al llegar a los 32 grados de Latitud austral "ya habíamos perdido completamente la Osa Menor, y la Mayor estaba muy baja, casi en la línea del horizonte: nos dirigimos por las estrellas del otro polo, el del Sud, que son mucho más grandes y más brillantes que las de nuestro polo. De la mayor parte de ellas traje dibujos, y especialmente de las que eran de mayor magnitud, con la descripción de sus órbitas, que hacen alrededor del polo Sud, y con la declaración de sus diámetros y semidiámetros como se podrá ver en mis *Cuatro jornadas*".

Américo Vespucio fué, por tanto, el primer viajero que dibujó las estrellas nuevas, desconocidas a los hombres de Europa, que cubrían el mundo recién descubierto. En el año 1506, los pilotos portugueses Juan de Lisboa y Pedro Anes observaron en Cochín la Cruz del Sud. En 1511, la imagen del nuevo cielo fué repetida por el humanista italiano Pedro Mártir de Anghiera en la década I, libro IX de su obra *De orbe novo*. Era el deslumbramiento y el misterio de un cielo nunca visto que sorprendía cada vez más a los eruditos de Europa. Pero la Cruz del Sud propiamente dicha, las cuatro estrellas que había cantado Dante, no fueron dibujadas hasta el día 6 de enero del año 1515. Este dibujo es el más antiguo que se conserva, pues no han llegado hasta nosotros los verdaderos de Vespucio. En la fecha indicada, Andrea Corsali, viajero italiano, describió la Cruz del Sud en una nota que se encuentra original en el códice Magliabechiano, de la Biblioteca Nacional de Florencia. La descripción es esta: "Sopra di queste apparisce una croce maravigliosa nel mezzo de cinque stelle che la circondano (com'il barra la Tramontana) con altre stelle, che con esse vanno intorno al Polo girandole lontanto circa 30 gradi et fa suo corso in 24 hore, et é di tanta bellezza che non mi pare ad alcuno segno celeste doverla comparare, come nelle forma qui di sotto appare". Andrea Corsali presenta un dibujo exacto de la Cruz del Sud.

Otro viajero italiano, florentino, vió y dibujó la Cruz del Sud en Cochín, el 1.° de enero de 1519. Sus palabras son las siguientes: "Di poi incomminciammo a vedere segnali dell'altra Ursa, anzi il Carro detto Antartico, ció una croce di stelle, la figura delle quale in questo sará disegnata, che veramente danno tanto conforto alla vista che nessuno viene che non rinfranchi l'animo, parendo miglior hemisperio che il nostro, come certamente si fa, talmente che io sono di ferma opinione che Dante, dove nel primo canto del Purgatorio dice che vide quattro stelle dell'altro Polo, volessi dire queste, le quali prima ci si mostrarono, che sono due delle croce et dua che stanno sopra detta croce, come qui da pié saranno figurate, ancora che altre stelle sieno vicine, sono tanto piccole che prima iscoprimo sono le contrasegnate".

Pietro di Dino, viajero en Cochín, no olvidaba la palabra de Dante. La influencia del más grande poeta italiano hacía que los viajeros italianos, en todo el mundo, escrutaran el cielo y admiraran la Cruz del Sud. Es un hecho curioso y notable, a la vez, que tantos italianos hayan hablado de estas cuatro estrellas, desde Dante a Pigafetta. Cuando el caballero Antonio Pigafetta, gentilhombre de Vicencio que acompañó a Elcano en su vuelta al mundo, hubo pasado el estrecho de las Once Mil Vírgenes, descubierto por Magallanes, escribió en enero de 1521 que "el polo Antártico no tiene las mismas estrellas que el Artico; se ven allí dos aglomeraciones de estrellitas nebulosas, que semejan nebéculas, a poca distancia una de otra. En medio de estas aglomeraciones se descubren dos muy grandes y muy brillantes, mas cuyo movimiento es poco aparente: las dos indican el polo Antártico". La Cruz del Sud todavía no había sido descubierta por los compañeros de Magallanes y Elcano. Pigafetta recuerda que la vieron tiempo después: "Estando en alta mar descubrimos al Oeste cinco estrellas muy brillantes, colocadas exactamente en forma de cruz".

Después de Pigafetta los viajeros y poetas no vuelven a hablar de la Cruz del Sud. Los poetas repiten la imagen de las estrellas nuevas. Pedro Henríquez Ureña, en un trabajo paciente y hermoso, indicó los poetas que se hicieron eco de las imágenes *estrellas nuevas y nuevo cielo*. Fueron, cronológicamente, Girolamo Fracastoro, en el año 1530, en su poema *Syphilis sive Morbus gallicus;* Etienne de la Boetie, en su epístola *Ad Belotium et Montanum*, del año 1550; Luis de Camoens, en *Os Lusiadas*, del 1572; Ercilla, en *La Araucana*, del año 1589; Bernardo de Valbuena, en *La grandeza mexicana*, del año 1604, y Geraldini, en su *Itinerarium ad regiones sud sequinoctiali plaga constitutas*, del año 1631.

Los viajeros y poetas italianos fueron los primeros en cantar la Cruz del Sud. Los portugueses, los primeros en descubrirla después del viaje de Colón. Unos y otros la dejaron en el cielo, sin soñar que ningún mortal podía hacerla suya. Esta audacia sublime, este acto extraordinario de arrancar al cielo las estrellas —sus más bellas estrellas— y ponerlas en un escudo, como símbolo del triunfo del hombre sobre la tierra, fué hecho por un español.

Sólo un conquistador e historiador español podía, como es natural, atreverse a este rapto inaudito. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo dibujó también él en su *Historia* del descubri-

miento y conquista las cuatro estrellas cantadas por Dante y escribió, con su hablar rudo y preciso, de poeta conquistador, que el rey se las dió "por mejoramiento de mis armas, para que yo e mis subcesores las pusiésemos juntamente con las nuestras antiguas de Valdés, aviendo respecto a lo que yo he servido en estas partes e Indias e primero en la casa real de Castilla".

La Cruz del Sud bajó del cielo, por orden del rey de España, para figurar en el escudo del cronista Fernández de Oviedo y Valdés. "Las cuales armas —dice el poeta conquistador— estarán en fin deste tractado, pues es escripto en estas partes donde tantos trabajos padesen los hombres que veen estas estrellas, e donde yo he gastado lo mejor de mi vida".

Europa no pierde la esperanza de volver algún día a admirar en su cielo la Cruz del Sud. Fué la precisión de los equinoccios que la llevó en forma insensible, en cientos de años, desde el polo Norte al polo Sud. En 1891, el profesor Messedaglia, en una conferencia tenida en Roma en la Academia dei Lincei, llegó a demostrar, en forma matemática, que las estrellas que se veían en Europa hace muchos siglos se verán otra vez en el futuro. Tal vez cuando ello ocurra, los hombres ya se habrán lanzado a la conquista de las estrellas.

V

ESPAÑA, SEÑORA DEL MUNDO

§ 1. *Génesis del siglo XVI*

España en el siglo XVI es la nación más poderosa del mundo. Su dominio político se extiende sobre tres cuartas parte de la tierra. El arte, las letras y la ciencia alcanzan niveles insuperables. Decir España en el siglo XVI es decir lo más grande que los hombres hicieron en toda su historia. La magnitud de España, en los infinitos complejos de su desarrollo, es algo tan inmenso que se confunde en las perspectivas. Los críticos no han sabido separar las fibras de esta enorme grandeza. Han vivido deslumbrados por brillos cegadores. En el siglo XVI coinciden las corrientes de todas las fuerzas que hacen de España una nación incomparable, única. Estas corrientes no nacen de improviso, como han dicho algunos historiadores. Tienen sus raíces en el pasado de España, en las luchas y en los ideales que la llevaron a través de los siglos a su naturaleza suprema. Es por ello que para comprender a España en el siglo XVI es preciso contemplarla desde sus tiempos remotos y seguirla hasta la época moderna. España en la prehistoria fué el centro de los grandes descubrimientos culturales del hombre primitivo. El arte de las cuevas de Altamira es la maravilla del mundo en la edad de piedra. España empieza, en los albores de la humanidad, por ser la cuna del arte y revelar una cultura como no hubo otra sobre la tierra. En el período neolítico la cerámica española es tan perfecta como la del Egeo. El arte de la piedra tallada pasa de España a Francia, a Inglaterra, a Dinamarca y a Suecia. España, en la llamada edad de piedra, es el centro de una cultura que posee más ejemplares artísticos que los de toda Europa juntos. Esta elevación de España sobre Europa se continúa en la época de los metales. El arte ibero es el más deslumbrante e incomprendido de aquellos tiempos. Ejemplo imponente de belleza y de riqueza es la dama de Elche. Las influencias fenicias, griegas y cartaginesas hicieron de España, hacia el final de su prehistoria, una región única por la complejidad de su cultura. España entra, de este modo, en la romanización de Europa, con una fuerza cultural tan intensa e individual, que no sólo deja sen-

tir sus efectos en la civilización romana, sino que da al imperio los emperadores de mayor trascendencia en su destino.

Esta España de la prehistoria y de los tiempos clásicos es la España que culmina en el siglo de oro después de la dominación visigoda y de la invasión arábiga. Hemos visto cómo conviven en ella dos características culturales y raciales que parecen rechazarse y, en cambio se complementan, que son su unidad y, a la vez, su sentido universal: su nacionalismo y su internacionalismo. España irradió desde su suelo y los comienzos de la cultura humana, una luz poderosa, esencialmente española, sobre toda Europa prehistórica y romana. Podemos afirmar que la cultura prehistórica europea de las edades de la piedra y del metal es una cultura de tipo español. Roma y la Edad Media recibieron de España irradiaciones poderosas. La música árabe, por ejemplo, que en realidad debemos llamar música andaluza, es la que hacían oír las Cantigas de Alfonso el Sabio, la que expandieron por toda Europa los trovadores franceses y los minnesinger alemanes, la que se descubre en algunas sonatas de Beethoven y la que aún se oye en cantos populares vascongados, suecos, noruegos, del Norte de Inglaterra y de los países musulmanes del Oriente. El arte, en la Edad Media, halla en España sus moldes definitivos y de España se extiende sobre el resto de Europa. Así ocurre con los elementos del arte románico, que se estructuran en España, y con los pórticos de las catedrales góticas, que desde Santiago de Compostela, a lo largo de los caminos internacionales de peregrinación, se reproducen en todos los países de religión católica. España tiene el don de amalgamar lo internacional y de expandirse fuera de sus fronteras sin alterar sus más puras esencias nacionales. En lo que respecta a la raza, España puede mostrar el caso extraordinario, único en el mundo, del pueblo vasco. Nuevos estudios están desvelando, de un modo claro y definitivo, el viejo misterio de los vascos. Los euscaldunes no han venido ni del Cáucaso ni del Norte de Africa ni de ninguna otra parte. Hace años se pensó que eran el resto de un pueblo mediterránico, sumergido en su casi totalidad, excepto en las provincias vascongadas, por invasiones extranjeras. Hoy se ha ampliado este concepto; el pueblo vasco es el pueblo viviente más antiguo de Europa, muy anterior a los arios o indoeuropeos. Los nombres de picos y ríos de gran parte de Europa —es decir, la toponimia más antigua del mundo—, sin excluir el Norte de Africa, sólo pueden interpretarse por medio del euskera. El idioma vasco es el único que emplea la palabra piedra en los nombres de armas e instrumentos de labranza y de trabajo: prueba de que datan de la época lítica. La cruz svástica, que hasta hoy se supone propia de los arios y de los germanos, es, en cambio, un signo pre ario, propio de la cultura an-

terior a la indoeuropea que se extendía desde Europa hasta la India, que fué asimilada por los arios y cuyos únicos representantes son los vascos del Cantábrico. La tetraskele, signo de cuatro piernas dobladas que indican la marcha, el movimiento, y cuya estilización dió origen a la svástica, sólo se encuentra en un lugar de la tierra: en las provincias vascongadas.

El arte llamado tan injustamente extranjero, semita y árabe, hoy está probado que es exclusivamente un arte español, andaluz. Es preciso terminar con esta leyenda de sabios ignorantes que separan lo árabe de lo español y sostienen que si España llegó a ser, en el siglo X, la nación más culta de Europa es porque en ella floreció la cultura árabe, importada y extranjera. La verdad histórica es, exactamente, todo lo contrario. La cultura árabe es una cultura en gran parte española. Esta afirmación parecerá una herejía a arabistas anticuados. No lo es, en cambio, a la luz de la ciencia. España era un país de tres religiones y tres derechos: el católico, el musulmán y el judío. Sus pobladores hablaban por igual el romance español. Antes que la lengua española comenzase a escribirse los escritores árabes recogían en sus escritos palabras españolas semejante a las actuales. Los españoles no dejaban de ser españoles porque creyeran en Cristo o en Mahoma. El viejo arte español que arrancaba desde los tiempos de Tartesos no murió en España con las sucesivas invasiones. Por el contrario: se desarrolló, evolucionó y culminó durante la dominación musulmana. Las industrias de la minería y de la metalurgia tuvieron en España períodos de verdadero esplendor. Hoy no sabemos cómo era la arquitectura, cómo eran los tapices, cómo era la orfebrería de los árabes primitivos de la Arabia Feliz, del Yemen y del Sanaa. Todo cuanto de grande, de hermoso y de característico han hecho los árabes es lo que ha nacido en España, lo que ha salido de Andalucía y lo que han creado los españoles. Es ésta una comprobación impresionante que cambia radicalmente los conceptos de muchos críticos sobre la cultura de los árabes. Cuando los árabes invadieron España, en el año 711, eran un pueblo guerrero y fanático del cual no se conoce un solo elemento de cultura superior. En Andalucía alcanzaron un brillo supremo en los campos del arte y del pensamiento. Y de Andalucía llevaron a su imperio las creaciones nacidas en el territorio español. El arco de herradura, por ejemplo, es una incuestionable creación española. Se le encuentra en los nichos discoideos del interior de la cueva de los Siete Altares, en Villaseca, Segovia; pasa a las estelas alargadas romanas, de León, que reviven antiguos motivos ibéricos, y, por último, de motivo decorativo se transforma en motivo arquitectónico. Más tarde, los arcos cruzados salieron de España para cubrir Argelia y Sicilia y llegaron hasta la Apulia y la Lom-

bardía. En Oriente, el influjo occidental español se descubre en las bóvedas andaluzas octogonales de una capilla sepulcral próxima al Eufrates, en El Cairo, en la alta Mesopotamia, en el Cáucaso, en Armenia y hasta en Bachipur, en la India. Esta expansión del llamado arte árabe, o sea, puro arte andaluz, desde España al Oriente, fué acompañado, en muchos aspectos, por una expansión de los mismos andaluces. A principios del siglo IX, los andaluces de Córdoba emigraron de la Península y conquistaron la ciudad de Alejandría, en Egipto, y se mantuvieron en ella por espacio de catorce años musulmanes. De Alejandría pasaron a Creta y dominaron en la isla durante ciento veinte años musulmanes. Otros andaluces desterrados de España por Al-Hákem pasaron al Africa y fundaron las ciudades de Fez, uno de sus grandes barrios todavía es llamado barrio de los andaluces. La ciudad de Orán también fué fundada por españoles musulmanes emigrados de Andalucía. Los granadinos dominaron un tiempo en Rabat y en Salé y tomaron parte en la conquista de Tombuctú, la ciudad misteriosa del desierto de Sahara.

Es necesario, para comprender la esencia de lo español y su culminación en el siglo XVI, demostrar que todo cuanto ha vivido y brillado en la Península Española ha salido del crisol hispano. El arte árabe andaluz es un conjunto de influencias mediterránicas. España aportó la decoración ibero-romana y el arco de herradura; Asia Menor, las influencias persas y bizantinas; Africa, la decoración romano bereber; Persia, las armaduras arquitectónicas aqueménidas y la bóveda sasanida; Siria, la estereotomía y las proporciones; Egipto, las masas clásicas y las plantas, y el arte copto, la ornamentación. En España los españoles musulmanes llegaron en el siglo X a las más grandes conquistas científicas y literarias. Córdoba y Constantinopla eran las capitales espirituales del mundo. La poesía arábigoandaluza no tuvo igual en la Edad Media. Son cientos los poetas andaluces semidesconocidos que compusieron poesías maravillosas mientras Europa dormitaba en sombras. Y lo mismo decimos de los historiadores y de los geógrafos, de los teólogos y de los filósofos. En filosofía, la primitiva ciencia cristiana de los grandes padres de la Iglesia dió por igual, a cristianos y musulmanes, las fuentes básicas de su saber y de sus ideas. Otro tanto ocurrió con la cultura judía, enquitada en los centros cristianos y en los musulmanes. Las tres religiones y los tres derechos impedían, en forma absoluta, los contactos de sangre con los judíos. No ocurría esto, en cambio, entre católicos y musulmanes porque tanto unos como otros eran españoles, mientras que los judíos, aunque establecidos desde siglos, eran considerados extranjeros. Prueba de ello son los mudéjares y los mozárabes.

La nacionalidad española que tenían por igual católicos y musulmanes no es una deducción de críticos modernos. La demuestran la historia y la etnografía y la confirma la política de los reyes de España. Hemos hallado en monedas de Alfonso VIII, del año 1158 al 1214, inscripciones árabes para los musulmanes que dependían de su gobierno. En una moneda de oro de Alfonso VIII, por ejemplo, se lee en árabe, en el anverso, esta inscripción: "El Imán de la Iglesia del Mundo es el Papa Romano" y "En nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, Dios es único". En el reverso dice: "El Emir de los católicos, Alfonso ben Sanch está ayudado de Dios y Dios le protege. Este dinar ha sido acuñado en Medina Tolestola, en el año 1225 de la era de Saphar". No debemos de olvidar que así como un rey español católico se dirigía en árabe a los españoles católicos que sólo hablaban árabe, había españoles musulmanes que no sabían el árabe y sólo se expresaban en lengua aljamiada o romance. En los dominios musulmanes del Sud de España eran comunes las dos lenguas: la romanceada y la árabe. El pueblo, los poetas y hasta los jueces de las ciudades andaluzas, bajo el poder musulmán, hablaban principalmente el español. Muchos cristianos que vivían entre los sarracenos, o sea, mozárabes, escribían en latín. Insistimos sobre estos particulares porque está muy arraigado, entre ciertos estudiosos, el prejuicio de que los musulmanes de España no eran españoles. Se sabe perfectamente que a principios del siglo XIV en la ciudad de Granada había más de doscientos mil musulmanes y que sólo quinientos eran realmente moros de raza. Los demás eran hijos o nietos de cristianos. Menéndez Pidal ha estudiado estos hechos con su acostumbrada erudicción y agrega que la lengua árabe de los granadinos tenían gran mescolanza de romance.

Toda España se caracterizaba por estas mezclas y por este españolismo intenso. En Toledo convivían mozárabes, castellanos y francos. Los franceses tenían barrios en las ciudades de Navarra y Logroño. Los vascos se fueron romanizando, es decir, aprendieron el español. Santiago de Compostela atrajo a cruzados de media Europa que acudían a combatir contra los moros. Muchos peregrinos no volvían a sus países y se quedan en las ciudades que cruzaban las rutas de peregrinación. España daba una patria a quienes vivían y combatían en su territorio. Era un espíritu con hondas raíces históricas que se extendía por igual a los pobladores de la Península. Toda investigación de psicología histórica que se haga en este sentido ha de confirmar nuestras palabras. Baste decir que la lucha política, religiosa y jurídica que dividió a los españoles católicos y a los españoles musulmanes creó en España, en la Edad Media, el único concepto de patria

y de nacionalidad que hubo en Europa. La patria de los griegos y de los romanos murió con el nacimiento del cristianismo. Las costumbres feudales disolvieron la idea de nación en Europa. Sólo España, con sus luchas internas, llevó al grado más alto el amor a la tierra por la cual se combatía. Los sentimientos modernos del nacionalismo y del patriotismo son una pura e indiscutible creación española. No se ha escrito, todavía, una historia de los sentimientos y de los ideales políticos; pero cuando se haga se descubrirá que la historia de España, con sus guerras católico-musulmanas, alargadas durante ocho siglos consecutivos, creó —además del patriotismo y del nacionalismo— el heroísmo español y el misticismo.

El análisis del sentimiento heroico en la antigüedad y en la Edad Media nos muestra varios géneros de heroísmos. Todos dependen del ideal que los impulsa. Hay una diferencia enorme entre el gladiador romano, el caballero que se luce en un torneo, el aventurero que se lanza a las cruzadas y el español que combate por su fe, por su tierra, por su rey y por su derecho. Son cuatro ideales superiores que lo mueven, cuatro fuerzas que no se encuentran reunidas en ningún otro héroe de la antigüedad y de la Edad Media. Es por ello que los héroes españoles de los romances son héroes históricos, auténticos, libres de fantasías e imaginaciones, y que los héroes de los poemas europeos de la Edad Media son personajes nunca existidos o deformados hasta lo inverosímil por leyendas y pinceladas de poetas. El heroísmo español es un heroísmo típico, que no tiene comparación en el mundo, y que hace, por tanto, de la historia de España una historia también única. Este heroísmo español explica la conquista de América. España fué la nación conquistadora y colonizadora por excelencia porque tenía tras de sí ocho siglos de práctica guerrera y civilizadora. Es inútil decir que sin España otros pueblos habrían colonizado el Nuevo Mundo. España dió a la humanidad la maravilla de veinte naciones que hoy deciden los destinos de la tierra. Sin España, América sería un continente como Africa o una inmensa región como la India. El milagro lo hizo el heroísmo español.

Y junto al heroísmo se forjó en España el sentimiento sublime del misticismo. Nótese que sólo una nación —en toda la historia humana— tiene frente a frente héroes y místicos arrastrados por una misma fuerza espiritual. Hemos dicho cuál fué el origen del heroísmo español: mágico resultado de la lucha por la reconquista. Ahora diremos que esta misma lucha dió origen al misticismo; pero no en el campo de los católicos españoles, sino en el de los españoles musulmanes. El avance continuo de los cristianos sobre las tierras del Sud, la pérdida de las más bellas ciu-

dades, la conciencia de la propia derrota, produjeron en los poetas musulmanes una tristeza y un misticismo hondamente sutiles. A estos sentimientos poéticos de los musulmanes se agregó el natural misticismo de su religión. No deseamos, en estos instantes, detenernos sobre la influencia del místico murciano Abenarabi, continuador de la ideología iluminista del cordobés Abenmasarra, en Dante Alighieri, ni ahondar la filosofía mística de los filósofos musulmanes españoles. Tomamos otro camino. Los musulmanes españoles se han distinguido de los musulmanes orientales en el carácter de su amor. Mientras los del Oriente hacían un culto del amor sensual, los de España llevaban el amor platónico, en la corte de los califas, a un fino extremo de pureza y elevación. Se adelantaron, en su espiritualismo, a los trovadores provenzales y tuvieron acentos comparables a los del marqués de Santillana. Los muertos por amor fueron infinitos entre los musulmanes españoles. El misticismo hispano musulmán termina en España —exactamente— con el florecimiento del gran misticismo católico español. No se ha estudiado, a pesar de la enorme bibliografía existente, las posibles influencias del misticismo hispano musulmán en el misticismo católico español. No queremos sostener ni una transmisión directa ni una herencia. Ambos tienen genealogías distintas y paralelas con un fondo común: el pensamiento bíblico y de los primeros filósofos cristianos que da por igual motivos de inspiración —luego desarrollados independientemente— a católicos y a musulmanes. Pero no hay duda que ambos misticismos tienen también un mismo suelo además de una lejana y única raíz.

La España del siglo XVI se comprende cuando se ha seguido su evolución histórica anterior. El siglo de oro es el resultado de muchos otros siglos de luchas, de ideales, de influencias innumerables y de una alquimia maravillosa que sólo existe en España y se explica por España.

§ 2. *El siglo de Oro*

En el siglo XVI, el triunfo político y militar de los Reyes Católicos españoles significa la expulsión de los españoles musulmanes. Eran españoles; pero obedecían a otros reyes, a otra religión y a otro derecho. O se sometían a Fernando e Isabel y a sus leyes y a la religión de Roma o abandonaban España. La medida no era nueva ni fué inventada por los Reyes Católicos. En el año 1164 el sultán almohade Abdelmumen arrojó de sus dominios a todos los cristianos y judíos que no se convirtieron al islamismo. La intolerancia religiosa era absoluta y terrible bajo ciertos príncipes musulmanes. En realidad, la verdadera inquisi-

ción nació entre los árabes musulmanes, no para perseguir a cristianos y a judíos, sino para ahogar las herejías que nacían dentro del islamismo. España, con la cristianización de la Península, no hizo más que cumplir un destino histórico. La religión y el dominio de los musulmanes entraron en España por una invasión. Su presencia en la Península significó la lucha con los antiguos dueños de la tierra. Comenzó la reconquista. Esta expansión tuvo tres grandes etapas. Primero —desde comienzos del siglo VIII a fines del siglo XIII— fué una expansión peninsular. Durante el siglo XIV la expansión abarcó el Mediterráneo y los catalanes, aragoneses y navarros conquistaron Grecia, el Asia Menor y Albania. En el siglo XV España completa la reconquista de su territorio y en el siglo XVI, sin un instante de reposo, la expansión española se extiende sobre toda América y Oceanía y se hace mundial. En el siglo XVI, además, España termina su lucha de ochocientos años en contra de los musulmanes del África y del Oriente. En la batalla de Lepanto, las galeras españolas, unidas a las de Roma y de Venecia, hunden para siempre el orgullo musulmán. España cumple, de este modo, un destino histórico que encierra, en su trayectoria, toda la esencia de la historia de Europa. Vamos a decir una osadía; pero una osadía que es una gran verdad. Si en un cataclismo inverosímil desapareciesen del mundo todos los testimonios de la historia europea, excepto los de España, con la historia de España el erudito y el filósofo del futuro podría comprender en su esencia la historia del hombre, en su cultura y en su evolución a través de los siglos desde los tiempos prehistóricos hasta la actualidad; pero si en el mismo cataclismo sólo se perdiese la historia de España, el resto de la historia de Europa no sería suficiente para dejar una impresión tan completa, tan nítida y tan rica. Por ello todas las historias universales que por odios políticos dedican a España una mínima parte son historias fallidas, inconclusas, que no permiten tener una idea de lo que el hombre ha luchado sobre la tierra.

En el siglo XVI España cumple el milagro histórico de ser a la vez universal y nacional. Hemos hablado, al comienzo de este capítulo, del carácter internacional y nacional de la cultura y de la historia de España. Ahora nos corresponde explicar el porqué de esta doble dualidad de lo español. Es muy sencillo: se debe a su religión cristiana y a su derecho. El catolicismo es amplio, llama a su seno a todos los hombres y ofrece el perdón a quien lo combate. Es, por ejemplo, una religión contraria al judaísmo, que no busca nuevos adeptos y sólo se reserva para sus fieles. El catolicismo explica, por lo tanto, la amplia y generosa universalidad de todo lo español. Y sus leyes, nacidas de los derechos que cada español conquistó para sí mismo, con sus luchas y sus triunfos, en

guerras seculares, dieron a los hombres el respeto y el dominio de su individualidad. Cada persona, en España, disfrutó de leyes que le aseguraban los derechos fundamentales del hombre: la voluntad de testar, la inviolabilidad del hogar, etc. Estos derechos afianzaron en nacionalismo; la conciencia del valor del propio esfuerzo exaltó el patriotismo, y la fe en la religión ensanchó los horizontes a todo el mundo. Así se explica por qué el español es tan autóctono, tan personal e inconfundible en todas sus características, y tan universal en su adaptación y en sus conquistas. La explicación es aún más fácil si no se olvida que el español nunca se diluye en su amplitud ni nada pierde con su universalidad. Es porque el español, aunque vaya a la tierra más lejana, siempre lleva la esencia de España dentro de sí y nunca deja de ser español. En otras palabras: no es el español quien se adapta al mundo, sino el mundo que se torna español.

Nuestra teoría interpretativa podría confirmarse con muchos ejemplos históricos: el príncipe alemán Carlos V que vivirá siempre en la historia como el más español de los españoles; el pintor griego Domingo Theotocupuli, que se convierte en el pintor místico español llamado El Greco, y toda la realidad de Filipinas y Centro y Sud América, sin contar gran parte de los actuales Estados Unidos —por no citar más— que no perderán nunca su alma española.

El Renacimiento puso frente a frente, en una intensificación de culturas, Italia y España. No se trata de hacer paralelos. Las dos grandes naciones del Mediterráneo superaron todo cuanto han hecho los hombres en el resto de la tierra y sus luces han de alumbrar por siglos a la humanidad. Queremos insistir sobre la auténtica patria del Renacimiento. La resurrección de las formas clásicas no nace en España, sino en Italia. El Renacimiento, por tanto, es un movimiento italiano. España conoció el Renacimiento como ideal importado. No tuvo un Renacimiento porque no tuvo ninguna decadencia. Y por la misma razón no tuvo tampoco una Edad Media. Estos nombres o divisiones de manuales pertenecen únicamente a la historia italiana. Fueron autores alemanes, con sus sistemas de divisiones, que los extendieron en forma impropia al resto de Europa. En España el Renacimiento fué un reflejo de imitación. Lo difundieron artistas y literatos italianos, protegidos por los reyes españoles. La moda cundió y tuvo sus adeptos. El Renacimiento de la antigüedad brilló en España con tanto vigor como en Italia; pero en España la intensificación de los estudios dió origen a una corriente nueva que no se encuentra en ningún otro país. El robustecimiento de la tradición nacional. España no conoció las exageraciones que la adoración de la antigüedad produjo en Italia. Es preciso confesar que la imitación de lo an-

tiguo no ha dejado en la literatura italiana del Renacimiento una pieza notable. Las obras del cardenal Bembo, de Sadoleto y de Pico de la Mirándola sólo se citan como una curiosidad. Los escritores italianos del Renacimiento que han sobrevivido, como Machiavelli, son productos de su tiempo y no miran tanto a la Roma y a la Grecia del pasado. Otros escritores de aquella época italiana, como Benvenuto Cellini, se citan como documentos históricos, por sus memorias. España no se dejó manchar por la inmoralidad de los escritores del Renacimiento italiano. Tampoco cayó en la erudicción fría e inútil de Erasmo de Roterdam. Sus hombres de letras eran enciclopedistas admirables, como Arias Montano, Lebrija y Vives. Ninguno de estos hombres escribió cartas al sultán de Turquía llamándolo libertador del mundo. Los humanistas españoles agrandaban la conciencia y la tradición nacional. Continuaban los períodos de esplendor de la cultura hispano goda e hispano musulmana. Llegaban a una culminación. No descubrían con asombro la antigüedad porque siempre la habían conocido en los textos griegos y latinos. Mientras Dante y Petrarca sólo habían podido leer a Platón en traducciones latinas, en España, en la corte de don Juan II, no habían faltado literatos conocedores del griego. Las corrientes griegas, oriental y latina habían regado la cultura española desde los tiempos de San Isidro y de Alfonso el Sabio. Los pensadores españoles de la época llamada en Italia Renacimiento no se caracterizaron, por cierto, como los italianos, por un espíritu escéptico e impío. Esta irreligiosidad de los italianos explica un aspecto de la reforma de Lutero. Lo que en Alemania fué rebelión, en España fué sentido de justicia. Lutero, en octubre de 1517, publicó en Wittenberga sus noventa y cinco tesis teológicas sobre las indulgencias e inició, así, la ruptura con Roma. La reforma alemana es un movimiento espiritual con causas económicas. El descubrimiento de América fué su origen indirecto. Lutero quiso hacer una Alemania para los alemanes, a costa de los católicos y de los no alemanes. No le importó romper la unidad espiritual de Europa con tal de salvar el centralismo de su nación. Los españoles, en cambio, reaccionaron de muy distinta manera: Ignacio de Loyola creó una orden para sotener el tambaleante edificio católico; el Padre Mariana, poco después, defendió la teoría de regicidio para impedir que los reyes se convirtiesen en tiranos, y el Padre Victoria echó las bases del derecho internacional. Es por estas razones que los movimientos espirituales del siglo XVI tienen en Italia el nombre de Renacimiento y en España definen el Siglo de oro.

El pensamiento español, en el deslumbrante siglo de oro, abarca todos los aspectos del saber humano y coloca a España a una altura jamás superada. Los sabios españoles enseñaban en

las Universidades de Italia, de Francia, de Alemania y de Inglaterra. Estudiantes y humanistas de toda Europa acudían a las Universidades españolas. Siglos de cultura y de ideales habían hecho de España un país único por la originalidad de su arte y de sus ideas. Los sentimientos religiosos, patrióticos, heroicos y de estimación personal constituían el idealismo español. A su lado se levantaba un maravilloso realismo. España fué siempre —y seguirá siéndolo— el país donde más se acercan y se confunden el cielo y la tierra. El arte del siglo de oro muestra cual ninguno esta mezcla de idealismo y de realismo. La escultura y la pintura exhiben la influencia enorme que en ellas tuvieron la ascética y la mística. A menudo, un mismo autor es ejemplo patente de idealismo y de realismo. El Greco, tan espiritualista, tan empeñado en reproducir lo místico, ha pintado Vírgenes de mantilla. La conquista de América es una empresa de idealistas y soñadores. Idealismo y realismo fueron las fuerzas más poderosas que han puesto en juego el siglo de oro español. Fruto de estos sentimientos es también el drama español. El teatro alcanzó en el siglo de oro un desarrollo que por sí solo supera la historia de todos los dramas del mundo. La filosofía llegó, también, por ejemplo con Luis Vives, a concepciones que se anticiparon a todo cuanto han hecho, posteriormente, los filósofos de la tierra. A fines del siglo XV, la dialéctica española era la más sutil y eficaz de todas las escuelas. Cuando España dió al Hombre el entero dominio del planeta, los viejos sistemas filosóficos comenzaron a tambalear. Luis Vives puede presentarse como un ejemplo de esta renovación. Estamos en el siglo XVI, cuando los descubrimientos de tierras nuevas son una fiebre. En el siglo siguiente la humanidad se cansó de recorrer los mismos mares y de no hallar en los horizontes más que una vuelta al punto de partida. Quiso ver más allá y la filosofía empezó a apartarse de los viejos caminos. Descartes ha sido presentado, en el siglo XVII, como el iniciador de una filosofía revolucionaria. En el siglo XVII Descartes comprendió la dualidad de lo terreno y de lo extraterreno y trató de separar lo irreal de lo real del mismo modo que los conquistadores habían separado el mundo de las leyendas medievales del mundo de las revelaciones modernas. Esta doble concepción de la vida y de la filosofía separada de la teología la vemos en la propia existencia de Descartes: primero hubo en él un deseo de morder la vida, de combatir como militar en el sitio de la Rochela; luego sufrió una crisis de soledad y ansió aislarse, huir de París y recluirse en Holanda para meditar mejor. Es, exactamente, la evolución que experimentaban los españoles: primero héroes de la conquista; luego monjes en un convento. Es, también, la filosofía de Vives, expuesta admirablemente, como verdadero precursor y maestro de

Descartes, en el libro primero *De las causas de la corrupción de los estudios*. Vives y muchos otros españoles, más de un siglo antes de Descartes, declararon que la verdad debía imponerse a la autoridad. Sus obras, rara vez comprendidas, enseñaban todos los principios de la moderna filosofía. Descartes y Bacon, en el siglo XVII, no fueron creadores, sino simples sistematizadores.

La edad de oro española abarca doscientos años: del 1500 al 1700. En ella, el florecimiento político y religioso coincidió con el de todas las artes. La severidad religiosa y la libertad de pensamiento marcharon unidas. En España la religión nunca puso obstáculos a la creación artística y a la investigación científica. Carlos V deshizo el poder de ciertos nobles que aspiraban mantenerse como feudatarios y quitó a las ciudades prerrogativas exageradas. El pueblo vivió dentro de una auténtica democracia. Cada región conservó sus fueros y sus leyes antiguas sin perder sus libertades. El clero no fué nunca corrompido como en otras partes de Europa. La facultad que los reyes de España tenían de nombrar cada dignidad eclesiástica explica la unidad del clero español y su adhesión a la Corona. El rey era, en España, una especie de Papa. Podía revisar, por medio del Consejo de Castilla, las sentencias de los tribunales eclesiásticos y también le estaba permitido ejercer su censura sobre las bulas pontificias. El catolicismo español se distinguió siempre por su orden y su disciplina. Nunca se conocieron en España las herejías monstruosas y ridículas de otros países. La unidad religiosa española no llegó jamás al fanatismo. Fueron esta unidad y esta cultura del clero español que salvaron el Concilio de Trento. Los teólogos españoles propusieron en el famoso Concilio las reformas más necesarias y fuertes. El Concilio de Trento, a su vez, salvó de un desastre a la Iglesia Católica. Todo esto hizo España en el siglo XVI. En un instante, España pudo ser, incuestionablemente, la dueña del mundo. Pero perdió el comercio, junto con la armada invencible, e Inglaterra y Holanda se apropiaron de lo que la tempestad estrelló contras las rocas. Con la pérdida de la armada invencible, Inglaterra adquirió un dominio sobre los mares y una ventaja comercial que aún hoy representan su fuerza mayor.

La llamada decadencia española es una resultante lógica del descubrimiento de América. Además, esta supuesta decadencia no fué tampoco un fenómeno local, sino europeo. No decayó España: decayó el mundo, es decir, la cultura occidental en su conjunto. En esta decadencia colectiva, España siguió a la cabeza de los más poderosos Estados. España no tuvo nunca una revolución francesa, que significó la máxima disolución del gobierno, de la sociedad y de la religión; no permaneció dividida durante siglos en municipios indefensos, que debían pagar soldados mercenarios,

como Italia; no sufrió absolutismos tétricos, como los de Rusia; ni soportó reyes con ocho mujeres, como Inglaterra; ni se sumergió en tristes guerras de religión, como los países del Norte. España se empobreció en las Indias. Su emigración fué su ruina. Este hecho es tan cierto que hoy ya no se discute. España perdió en pocos años la mitad de sus habitantes. El oro de las Indias sólo contribuyó a aumentar los precios, a hacer disminuir el valor de las antiguas rentas y a poner el comercio en manos de los judíos. Los cruzados que se habían hecho conquistadores volvieron del Nuevo Mundo pobres como mendigos. El fin del imperio español fué, simplemente, el fin de un intenso período histórico. Cuando España no tuvo más tierras que conquistar, su esplendor pareció oscurecerse. La disgregación del imperio, en los primeros años del siglo XIX, fué una consecuencia de la crisis que sufría Europa. La llamada ruina del imperio español fué el nacimiento de veinte naciones. Lo que hasta ayer se consideró una muerte, hoy se comprueba que fué la salvación del mundo.

La historia española y la valoración de su fecunda creación artística han entrado, desde hace unos años, en una nueva era de crítica, y de análisis. Hoy es un hecho indiscutible que en la Península Española han tenido su nacimiento innumerables creaciones artísticas, literarias y jurídicas que en otros tiempos se suponía extranjeras e importadas. Estudios recientísimos nos revelan a cada instante hallazgos sorprendentes que prueban cuán numerosas y profundas han sido las capas de la cultura española en todos los órdenes del saber humano. Desde los tiempos antiguos España es en el Mediterráneo la continuadora de las civilizaciones griega y romana; pero no como repetidora, sino como refundidora y creadora. En España la cultura espiritual y material del Mediterráneo adquirió formas nuevas bajo la influencia del cristianismo y de sus fuerzas autóctonas. En la Edad Media, especialmente, España fué la gran innovadora. El arte le debe las formas más puras de la estatuaria gótica; el derecho, los principios de libertad; la filosofía, el sentido de lo humano y de la crítica: la música, la estabilización y superación de temas primitivos; la literatura, todo un mundo de creaciones. No es extraño que España decidiera los momentos culminantes de la historia humana: emprendiendo las primeras cruzadas contra los moros y ensanchando las fronteras de la tierra en toda su amplitud.

La conquista de América demuestra que el pueblo que la llevó a cabo había alcanzado los más altos niveles en todos los aspectos de la fuerza y del saber. No se realiza el sometimiento de un continente y no se logra su perfecta civilización sin ser dueños de un espíritu superior e inigualable. América fué el escenario para los grandes actores que había en el pueblo español. Así

como España dió a la literatura universal la más rica y esplendorosa producción dramática, llevó a ese escenario de selvas, de desiertos y de ríos llamado América los personajes más grandes del inmenso drama de la historia humana. El escenario de Europa era pequeño para los actores españoles. Ellos necesitaron un mundo nuevo y en ese mundo representaron la escena de la conquista, la más asombrosa de las escenas históricas que hubo en la tierra. Al igual que en los dramas del teatro había en los actores de la conquista una infinita ilusión que los llevaba a la muerte. La muerte es, en los conquistadores españoles, como una aspiración inconsciente, primero, y ansiada, después, que constituye todo su poema interno. Aquellos hombres estaban tan acostumbrados a sentirse morir y a ver morir, que la muerte era en ella tan natural como el vivir. Este desprecio a la muerte es lo que más ha caracterizado al pueblo español. Si algún historiador tuviese que escribir la historia del alma española, señalaría siempre ese rasgo dominante que con tanta claridad explica el desenfado, el desinterés, la generosidad, la hidalguía y el heroísmo de cada español. El cruzado que combatía contra los moros y el conquistador que se lanzaba al descubrimiento de un mundo son la misma alma que vive inmutable a través de los siglos y tanto ayer como hoy persigue una ilusión e ignora el miedo de morir.

Es por estas razones que España dejó en todas partes un nombre de gloria e inmortalidad.

§ 3. *Carácter de la historia de España*

Guizot dijo, hace un siglo, que la historia de Europa podía prescindir de la historia de España. Hoy se reconoce todo lo contrario: la historia de Europa puede escribirse sin Europa, sólo con la historia de España. La historia de España no necesita apologías, sino el reconocimiento de su verdad. Esta verdad es la más difícil de restablecer, pues ha sido, y sigue siendo, la más incomprendida y la más calumniada. La historia no es lo que imagina la literatura ni lo que conviene a la política. España es la nación que más influencia ha tenido en Europa y en el mundo. Sus hombres, por su grandeza, se convierten en símbolos. Su derecho es el primero, en la alta Edad Media, que asegura la inviolabilidad de las personas. En el siglo XIII, cuando florecen San Francisco y Dante, las fuerzas católicas españolas demuestran ser superiores a las musulmanas en la gran batalla de las Navas de Tolosa. La cruzada contra los moros no termina con la toma de Granada, en 1492: los levantamientos siguieron produciéndose entre los musulmanes, aparentemente sometidos. La toma de Granada fué un triunfo español, definitivo, que arrojó el poder musulmán de la

Península y barrió las conspiraciones judías; pero no fué el fin de la cruzada. Faltaba la batalla de Lepanto que daría a los cristianos, por obra de Felipe II, el dominio del Mediterráneo. Sin Lepanto, los turcos habrían conquistado Austria y tal vez Alemania. El destino de las viejas cruzadas de la Edad Media fué torcido por Venecia: primero desvió los fines de la cuarta cruzada, haciendo combatir a los cruzados contra los bizantinos, que le debían dinero, en vez de echarlos sobre los turcos. Este hecho originó la separación de las iglesias de Oriente y Occidente. La separación fué para siempre. Sólo habrían podido unir a Bizancio y España las expediciones de los catalanes, aragoneses y navarros si el Papa no se hubiera opuesto para evitar el engrandecimiento de la casa de Aragón. En segundo término el éxito de Lepanto no tuvo proyecciones más grandes, sobre el Oriente, por intrigas de Venecia. Las cruzadas terminaron en Lepanto; pero no debe olvidarse que tres siglos antes de que comenzaran, España había empezado a enseñar a Europa cómo se combatía a los infieles.

En el siglo XIII la humanidad empezó a moverse con San Francisco. Raimundo Lulio, a mediados del mismo siglo, enseñó a los misioneros los idiomas orientales y la exploración científica del Oriente ya no tuvo obstáculos. En el siglo XIV, los exploradores, viajeros y misioneros sondean los horizontes lejanos. El hombre está inquieto, siente curiosidad por conocer lo que hay más allá. Se dirige al Oriente y navega sobre el mar. Las Canarias, las Azores, las islas de Cabo Verde —en realidad primeras islas de América— son vistas y se piensa en tierras más lejanas. Los catalanes y aragoneses conquistan Grecia, Asia Menor y Albania. Los descubrimientos materiales coinciden con las dudas espirituales. Más domina el hombre a la tierra, más parece alejarse del cielo. A fines de la Edad Media, grandes epidemias interrumpieron los esfuerzos de muchos príncipes, diezmaron las poblaciones y debilitaron los Estados. Es en estas circunstancias cuando surge el renacimiento italiano. La fe, en Italia, no tiene la unidad de España. El renacimiento es típicamente italiano. Las otras naciones de Europa no tuvieron renacimiento. Unas lo recibieron de reflejo; otras coincidieron con él a través de una larga evolución. Por ello el renacimiento fué, en Italia, brote de herejías. El hombre deseaba saber y crear cada día más, y su falta de cultura auténtica, de conocimientos profundos, lo llevaba a buscar respuestas en las herejías, en la magia y en la alquimia. España no perdió tiempo con estas inquietudes y vacilaciones. Su cultura era antigua y sólida. Los concilios de Toledo, durante la monarquía visigoda, habían sido los centros de cultura más intensa de Europa. La invasión de los árabes arruinó en un principio la cultura visigoda; pero ésta no tardó en hacer florecer la cultura hispano-

andaluza. Los árabes llegaron a España desnudos de sabiduría. Cuando salieron de España se comprobó que su cultura no se repetía y siempre había sido española. Los monasterios españoles fueron los focos de cultura más brillantes de Europa. Los estudios de los astrónomos españoles —presentados en un luminoso informe— permitieron a Gregorio XIII la reforma del calendario. España, en determinado momento, fué la única nación de Europa que no prohibió el estudio de las obras de Copérnico. La Universidad de Salamanca fué también la única, en el siglo XVI, que explicó el sistema copernicano. En todas las ciencias, España tuvo los más firmes precursores. El primer jardín botánico de Europa, en los tiempos modernos, fué el de Aranjuez, fundado por Felipe II en 1555. Ese mismo rey y emperador fué el organizador de los modernos sistemas de correos. En 1592 decretó la inviolabilidad de la correspondencia con penas terribles para los desobedientes. El siglo XVI tiene una luz deslumbrante en todos los aspectos del saber humano: España. Sin España el siglo XVI no puede tener un carácter ni una definición. Los hombres de España fueron en el siglo XVI los hombres más extraordinarios del mundo; sus descubrimientos, los más audaces; su cultura, la más elevada. Felipe II, expresión máxima de la leyenda negra, dió a España, en los cuarenta años de su reinado, la gloria más grande que puede ambicionar nación alguna. Mientras Europa se debilitaba en disputas heréticas, España, firme en su fe, llevaba a cabo la conquista de América. El descubrimiento de América revolucionó el mundo, la ciencia y la sociedad. Las naciones del Atlántico se elevaron a un primer plano. Italia y Alemania sufrieron enormemente en su comercio. Alemania llegó a la pobreza. Comenzó a sentir el peso de las rentas que debía a la Iglesia y reaccionó contra las indulgencias. Lutero fué el intérprete del nacionalismo alemán, de su espíritu y de sus necesidades. Roma perdió su autoridad frente al cincuenta por ciento de los alemanes. La fe cayó. Los castigos espirituales fueron recibidos con escarnio, y los corporales, con las armas. La protesta de Lutero enriqueció a los nobles alemanes a costa del clero. España vivió una historia separada, de grandeza y de superación. En primer término no sostuvo luchas inútiles. La guerra de los cien años, por ejemplo, entre Francia e Inglaterra, por el dominio que los reyes ingleses pretendían sobre las tierras francesas, fué una guerra de empobrecimiento recíproco, inútil para la cultura y la formación de un gran Estado occidental. Los esfuerzos de España en América crearon una nueva Europa, reserva y refugio de la cultura mundial, e introdujeron en las relaciones de los hombres el dominio de la riqueza. Italia había sido el país del comercio, de los bancos y

de los grandes especuladores. Con España y América el oro y el comercio ultramarino transformaron la vida humana.

El espíritu tuvo en España el campo más inmenso de libertad y de expansión. Durante la Edad Media las libertades religiosas más amplias fueron las que existieron en España. Felipe II fué, en materia de fe, el monarca más tolerante de su época. Todo lo que se ha dicho en contrario emana de errores y de calumnias. La política de Felipe II, en los países donde ejerció su dominio, fué de una tolerancia excesiva. No persiguió los sentimientos nacionales, no protegió a las minorías españolas, no reveló el más insignificante afán de despotismo. Durante su gobierno, los representantes del pueblo, reunidos en las Cortes, eran los que resolvían los más graves problemas. Contra ellas jamás se levantaron los deseos de Felipe II. Si este rey defendió la religión católica fué porque ella significaba la unidad espiritual del imperio; el baluarte contra los enemigos musulmanes y protestantes, y el mantenimiento y extensión de la cultura occidental.

La recta, inflexible y alta justicia civil española era una imagen de la justicia religiosa. Dios juzgaba a los hombres, no por su poder o riqueza, sino por sus culpas y sus faltas. Carlos V aconsejó a Felipe II a no "admitir ruegos —en cuestiones religiosas— ni tener respeto a persona alguna". La inquisición igualaba al primer magnate y al último infiel. Y las leyes hacían lo mismo. Eran, además, las más suaves, en sus castigos, de toda Europa. España jamás conoció los horrendos martirios judiciales que se hacían, normalmente, en cualquier nación europea. En la Edad Media, el hombre tenía un lugar en las clases populares, en la nobleza y en los gremios. Estaba "encastado", clasificado, y difícilmente podía dejar de ser lo que había nacido. En España los hombres tenían libres los caminos para los más altos destinos. Durante la reconquista contra los moros adquirían escudos e hidalguía. En América, los más humildes fundadores fueron reconocidos hidalgos y hasta los caciques que contribuían a la colonización recibían escudos como el más noble español. Felipe II trataba de que los nobles no tuviesen ni altos ni muchos empleos. El desastre de la armada invencible se atribuyó a la cantidad de nobles que mandaba en ella. Quevedo dijo que "la nobleza junta es peligrosísima: ni sabe mandar ni obedecer". Los Reyes Católicos iniciaron la política de dividir a los nobles, que tantos daños causaron a España en la Edad Media. Sus sucesores hicieron lo mismo. En Francia, los reyes observaron una política semejante para no ser dominados por los señores feudales. Felipe II se expresaba con desdén de los "poderosos que no saben doblar el cuello a la ley" y aconsejaba a su hijo que igualase ante la justicia a nobles, ricos y pobres. Es por estas razones que la justi-

cia española fué la más recta e igualitaria de todas las justicias. Por ello la inquisición española fué el tribunal de justicia más benigno de todos los que funcionaron en Europa mientras ella existió. Por ello Carlos V y Felipe II tuvieron consejeros admirables y nunca impusieron su propia voluntad, sino el resultado de innumerables consultas.

La cultura española no tuvo rivales. A comienzos del siglo XVII funcionaban en España treinta y dos universidades. Era, entonces, España, la nación más culta del mundo. Los primeros métodos de enseñar a los niños con amor y por medio de juegos fueron enunciados por pedagogos españoles y hasta por el propio Felipe II. Este rey dispuso, en 1512, que la enseñanza primaria fuese obligatoria y que los padres que no enviasen sus hijos a la escuela pagasen una multa. En 1560 se prohibió que en Galicia pudiesen ser alcaldes los analfabetos. En el siglo XVI las ideas pedagógicas y educacionales de los españoles fueron las más avanzadas y perfectas de Europa. Luis Vives puede presentarse, en este siglo, como el mejor tratadista de la educación de la mujer. Los pedagogos españoles enseñaban en las principales ciudades de Europa. Calasanz fundó en Roma las escuelas Pías y fué el primero que dividió la enseñanza en ciclos primario, secundario y superior.

Soldados y frailes dieron a España una fisonomía singular en la historia del mundo. Los soldados eran conquistadores y colonizadores. Cuando marchaban a América era para morir allá y dejar junto a sus huesos sus fortunas. En 1543 una Real Cédula aconsejó a los españoles residentes en América que no legasen sus fortunas a "los lugares donde nacieron y se criaron", sino "a las tierras donde, además de haberse sustentado han ganado lo que dejan... en favor de las ciudades donde han formado su fortuna, para mayor merecimiento y satisfacción de sus almas". Los españoles sólo llevaban a España sus desengaños. La leyenda del oro y de las minas ha tenido una influencia nefasta en la comprensión de la historia hispanoamericana. Todo cuanto se escribe del oro de América descansa sobre afirmaciones, no sobre documentos que prueben la verdad de lo dicho. No fué el oro, sino la plata, la que se extrajo en alguna cantidad de las minas americanas. La plata no empezó a tener importancia hasta el 1545. Más tarde, la producción de oro y plata del Nuevo Mundo pasó en gran parte a Francia y a Inglaterra, dió origen al capitalismo moderno, revolucionó las industrias por medio de las máquinas e hizo desarrollar las teorías socialistas y comunistas. La fama del oro, de la plata y de grandes riquezas nació de leyendas, como las del Dorado, de los Césares, del lago donde dormía el sol, de las siete ciudades encantadas, etc. No nació de una auténtica rea-

lidad. Las riquezas metalíferas de América beneficiaron a pocos. Lo que fué realmente grande no fué su cantidad, sino su renombre, su fama, su leyenda. América hizo que las riquezas de Europa, acumuladas en Italia, principalmente por el comercio del Mediterráneo, y en Alemania, por su influencia sobre la Europa central, pasaran a Holanda, Inglaterra y Francia. España fué —como se ha dicho tantas veces— un puente entre América y el resto de Europa. Sus barcos enriquecían a los corsarios ingleses, franceses y holandeses. Los "quintos" y los "vigésimos" que del oro de América correspondían al rey, no bastaban para los gastos de la monarquía, no porque estos gastos fueran muchos, sino porque las remesas eran pocas. El oro y la plata, en sus cuatro quintas partes, se quedaban en América, para la administración americana, para sus dueños y sus trabajadores. El Estado español en el siglo XVI vivió con grandes apuros económicos. Sus rentas provenían de muchas partes; pero las de América eran las menores. Así lo reconocieron perfectamente los embajadores venecianos en sus relaciones. España daba un millón y medio de escudos de renta; Nápoles, un millón; Milán y Sicilia, otro; Flandes y los Países Bajos, otro, y América, medio. En total: cinco millones de escudos de oro al año, no habiendo guerras. La inmensidad de América era la parte del imperio español que menos contribuía a su sostenimiento.

Los religiosos españoles, tan calumniados, representan, en el alma española, el complemento del heroísmo. La abundancia de órdenes religiosas contribuyó a la multiplicación e intensificación de los sistemas teológicos y doctrinarios. España fué mística y ascética en el siglo XVI, cuando más grande era su poderío material. No lo fué en la Edad Media ni desde el siglo XVIII en adelante, cuando su unidad no existía y su grandeza comenzaba a decaer. Misticismo, ascetismo y heroísmo se elevaron juntos en el siglo de la gloria española. La vida mística es la vida interior, oculta, que se entrega a Dios o a ideales superiores. Los místicos dirigían su acción, no a la doctrina, sino al alma. Interesaba el hombre como individuo, no como ser. La conversión, la perfección, la salvación eran sus fines. No se presentaban a grupos selectos, cerrados, sino al pueblo y a cada hombre en particular. Sus palabras excelsas llegaban a las masas en idioma vulgar, no en latín, y de España pasaban al resto de Europa donde eran largamente imitadas. El arte español no fué místico —si se exceptúa el Greco— sino realista y ascético, es decir: profundamente humano e histórico, pues reproducía la verdad, lo que exactamente tenían los pintores ante los ojos: bellas mujeres, conquistadores, seres que sufrían y se atormentaban en la soledad y la oración. Los

místicos españoles eran partidarios del libre albedrío, del culto al ser humano, del bien al prójimo y de la lucha constante.

La vida ascética es la vida severa, sacrificada, consagrada a la oración o al deber. En España dominó la vida ascética sobre la mística; la literatura ascética, asimismo, es inmensamente superior a la mística. La ascética y la mística españolas se exaltaron durante los últimos años de la guerra contra los moros. En conjunto produjeron más de tres mil obras. La ascética tenía en España una gran tradición: era la vida diaria de cada español. La mística fué breve e intensa: como una reacción contra las luchas continuas. No hay influencias extranjeras en la mística española. El precursor de los místicos, Raimundo Lulio, nada aprendió de los árabes. Sus fuentes fueron los Padres de la Iglesia. Los judíos tampoco nada le enseñaron. Por el contrario: la influencia de los místicos españoles fué grande en las obras de los místicos musulmanes y judíos. La mística española fué una mística activa, piadosa, ética, humana. El místico era un héroe porque no temía ni la lucha ni el martirio. Místicos y ascetas eran los hombres del convento y los hombres de la espada.

Los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II fueron los reyes más grandes de la historia de Europa. Felipe II dió impulsos poderosos a todas las empresas humanas: la guerra, los viajes, la ciencia, el derecho y el arte. España, en su tiempo, fué la maestra de Europa. Los Borja, los más grandes hombres del renacimiento italiano, fueron españoles. El *Príncipe*, de Maquiavelo, era precisamente César Borja. El sentimiento y el ideal patrios que hicieron de Italia una nación unida, creáronse del ejemplo de unidad que ofreció la dominación española. El heroísmo español no fué sólo heroísmo en América: fué heroísmo en Flandes, en Italia, en Hungría, en Francia, en Africa, en Oceanía, y antes lo había sido en Grecia, en Albania, en Asia Menor y en la misma España, contra los moros. Un millón y medio de españoles pasó a América en el siglo XVI; otro tanto se calcula en el siglo XVII y, sin duda, también para el XVIII.

España es la única nación en el mundo que llevó a cabo sus conquistas espirituales y materiales con españoles. La India fué conquistada por tropas hindúes dirigidas por ingleses, y el Africa, por negros mandados por oficiales europeos. La fama de la cultura española sólo se debe a sus propios autores. Lope de Vega escribió dos mil doscientas obras dramáticas que llevaron el nombre de España a todos los países de Europa. Shakespeare recibió fuertes influencias de los dramaturgos españoles. A los cincuenta años del descubrimiento de América, España ya había fundado universidades en el Perú y México con todas las prerrogativas de las más antiguas de España. El odio contra España lo creó una

oposición religiosa. No debe olvidarse que el Concilio de Trento fué movido por los sacerdotes españoles. España mantuvo vivo el catolicismo cuando más próxima estaba su ruina. En el siglo XVI el protestantismo halló en España la más fuerte barrera contra sus ataques y entonces se dedicó a calumniarla y a combatirla. Los edictos de Carlos V contra los luteranos de Holanda, en 1520, prepara la oposición frente a España. Fué una lucha religiosa que tomó caracteres políticos. Los Países Bajos no habían sido conquistados. Pertenecían de derecho al rey de España por el casamiento de doña Juana la Loca con el archiduque de Austria, Felipe el Hermoso. Felipe II amplió la persecución contra los protestantes y la tirantez se hizo mayor. Las guerras de religión convirtieron a España en campeona del catolicismo y en blanco de odios. El poder de España en Flandes y otras partes de Europa fué mirado como un poder, no español, sino católico, y, como tal, fué combatido y calumniado. La España liberal, democrática y justiciera fué presentada como absolutista, fantásticamente aristocrática y arbitraria. Nadie comprendió, por ejemplo, que fueron unos reyes no españoles quienes empezaron a ahogar las viejas libertades españolas y pretendieron, inútilmente, cambiar el alma de España. Los Borbones, supuestos liberales, echaron cadenas al liberalismo del tiempo de Carlos V y de Felipe II. Toda la rebeldía española se concentró, así, en las guerras de la independencia. Fué un estallido de liberalismo, un ansia antigua de independencia civil. Españoles y Americanos combatieron juntos, en España y en América, por la libertad. En España, la provincia de Guipuzcoa estuvo a punto de independizarse a fines del siglo XVIII —1793 y 94— cuando los precursores americanos comenzaban a agitar las primeras ilusiones. Por último, en 1810, los liberales hispanoamericanos, en su lucha contra los absolutistas, también hispanoamericanos, salvaron América de caer bajo un dominio extranjero, y la inmensa España, a uno y otro lado del mar, se convirtió en una España Peninsular y en veinte Españas Americanas.

VI

ORIGENES COLONIALES DE LA DEMOCRACIA AMERICANA

§ 1. *Democracia y Argirocracia*

El descubrimiento de América transformó la historia de la humanidad. La concepción del mundo cambió radicalmente. Fué la revolución más grande de los siglos, el vuelco más dramático de las cónciencias, los regimenes y los ideales. Las teorías antiguas cayeron deshechas. Todo lo que el hombre había creado sobre la tierra fué sacudido. Sòlo una nación halló en el descubrimiento de América un campo inmenso para su grandeza: España. Y sólo una conquista del espíritu pudo multiplicarse al infinito: la Libertad. España representa una prolongación geográfica y racial entre el Viejo y el Nuevo Mundo. La libertad es un vínculo eterno que los hombres de España extendieron sobre el Océano. América, en la historia de España, no fué ni una transformación ni una revolución. Mientras las naciones de Europa experimentaban, en todas sus fibras, un estremecimiento espantoso, España ampliaba en Améca el horizonte de su destino. Esta diferencia fundamental que existe entre la historia de España y la historia de las demás naciones de Europa señala para España otra característica inconfundible: España no tuvo una edad media, ni un renacimiento, ni un principio de edad moderna. Estas clasificaciones existen para el resto de Europa y, en especial, para Italia. Los historiadores del siglo XIX han cometido el error de extender a toda Europa y hasta a España las divisiones de una historia exclusivamente italiana. En España estas divisiones son artificiales, convencionales, y no coinciden con una realidad histórica. España no creó la civilización grecorromana y sólo la recbió de reflejo. Tampoco se produjo en España el renacimiento italiano. Penetró en la península como un elemento importado. La edad moderna comenzó en Europa cuando el descubrimiento de América revolucionó el mundo. España no sufrió ninguna transformación con el hallazgo de nuevas tierras. Lo único que hizo fué multiplicarse y continuar allende el Océano la expansión peninsular que había iniciado en Covadonga, ochocientos años antes;

y las conquistas en Grecia y Asia Menor del siglo XIV. La historia de España comienza en los tiempos prehistóricos de los iberos. En la península, continúa. En América termina, políticamente, con la independencia de cada república. La historia de América es una rama que arranca de un tronco. Nuestra cultura, hoy internacional, es en su origen una cultura española. Y también son españolas nuestra democracia y nuestra libertad.

La historia de la democracia en América no ha sido escrita en forma agotadora. Por lo general se confunden los movimientos democráticos con los movimientos separatistas y con los actos de rebeldía. No todas las sublevaciones de la colonia han tenido el mismo fin. También han sido muy diferentes las causas que las han originado. Los ensayos de sistematización son escasos. En la Argentina sólo puede señalarse un trabajo serio, bien fundado y meditado: *Los orígenes de la democracia argentina*, del doctor Ricardo Levene, impreso en Buenos Aires en 1911. En el resto del Continente ningún historiador ha metodizado en un libro la historia de la democracia. Cuando se habla de democracia se piensa en la independencia de los Estados Unidos o de las repúblicas sudamericanas. También se salta a España, para estudiar las leyes y las costumbres españolas. Otros historiadores y sociólogos, más desorientados acuden a la Revolución Francesa. El doctor Ricardo Levene ha buscado con acierto los orígenes de la democracia argentina en los primeros tiempos de la conquista del Río de la Plata. Todos los ensayos tienen una utilidad. Lo que ahora falta es indagar los orígenes coloniales de la democracia americana.

La historia de América es una historia de demócratas y de argirócratas. Democracia y argirocracia se han dividido los destinos del Nuevo Mundo. En los libros de sociología y de política americanas no se hace distinción entre estas tendencias. Tampoco se explica con claridad su significado. No basta decir que democracia es la forma de gobierno, de leyes dictadas por el pueblo, que existía en los antiguos *demos* o cantones de Atica, y que argirocracia es el conjunto de la gente rica o su gobierno. Es preciso demostrar cómo en el Nuevo Mundo la aristocracia, o sea, la nobleza de sangre o de privilegio, no tuvo influencias trascendentales frente a la fuerza de la democracia, o sea, del pueblo que imponía su voluntad, y de la argirocracia, es decir, de los ricos que obtenían ventajas económicas y comerciales. En la historia de América, argirocracia no debe confundirse tampoco con plutocracia, gente o gobierno de dinero. El nombre de plutócratas no se adapta para los comerciantes, hacendados y mineros de los primeros tiempos de la colonia y corresponde, más bien, a los adinerados de Grecia o cualquier otro país. En el Nuevo Mundo, demócratas y

argirócratas se unieron a menudo para salvar sus derechos o conveniencias. El Estado luchó con frecuencia en su contra, y ellos según las circunstancias, invocaron el nombre del rey para impugnar las leyes que consideraban funestas, o se rebelaron contra el rey y el Estado para obtener su independencia. Esta es, en síntesis, la historia de la colonia: período de intensas fermentaciones que estallaron en distintos siglos y en distintos puntos hasta lograr, en todo el continente, un autogobierno y una autolibertad que comenzaron a cubrirse de sangre en tiempos de Cristóbal Colón.

§ 2. *Francisco Roldán, Primer Demócrata del Nuevo Mundo*

Todos los sociólogos e historiadores, sin excepción, que han estudiado los orígenes de la democracia en América, han olvidado el nombre de Francisco Roldán. Y, sin embargo, Francisco Roldán fué el primer demócrata americano, el primer hombre que hizo oír su voz en defensa de los españoles y de los indios, el primer caudillo del Nuevo Mundo, el primer reformador; en una palabra: el primer rebelde. Su nombre debería encabezar todos los tratados de sociología y de ciencia política del Nuevo Mundo. El olvido sistemático de este personaje, trascendental en la historia americana, se debe a un defecto de especialización. Quienes estudian solamente una materia suelen ignorar, hasta por principios, las nociones más elementales de otras materias. No es extraño, por tanto, que historiadores y sociólogos hayan olvidado, en forma unánime, el nombre de Francisco Roldán, ligado, exclusivamente, al nombre de Colón. Quienes han mencionado a Roldán, en la biografía de Colón, lo han hecho para calumniarlo. Sobre Roldán pesa una injusticia de siglos. Lo envuelve una ignorancia de incontables repetidores. Su memoria se halla sepultada bajo un cúmulo de mentiras. Todo ello no debe sorprendernos: era un español, y sobre España se ha amontonado, siempre, el odio, la superstición y el desconocimiento de los enemigos políticos, conscientes de su obra, y de los enemigos de su cultura.

Francisco Roldán no sólo es un personaje histórico, sino un personaje simbólico. Representa el espíritu de la libertad y democracia del pueblo español, sus derechos y sus prerrogativas. No debemos de olvidar que los derechos fundamentales nacieron en España antes que en ninguna otra nación europea, que España fué, en la Edad Media, el país de la justicia y de la libertad y que el alto concepto que todo hombre español tenía de sus prerrogativas hacía de las masas españolas las depositarias de la soberanía popular. El español de la conquista luchaba en América por el triunfo de sus derechos. Era un perfecto jurista que no admitía opresiones extrañas, ni actos que lesionasen su libertad. En sus rebelio-

nes invocaba el nombre del rey como fuente de toda justicia. Si llegaba al separatismo era por desesperación. La independencia no interesaba, ni podía concebirse. Lo que se buscaba era el gobierno propio, el respeto de las vidas y del trabajo y la autonomía. Se luchaba contra la injusticia y la tiranía. Estos eran los ideales de los españoles libres y éste fué el programa de Francisco Roldán.

El primer demócrata del Nuevo Mundo tuvo la desgracia de enfrentarse con Colón. La historia de su vida ha sido escrita por sus enemigos: por el hijo del descubridor, don Hernando Colón, y por el más grande panegirista del almirante, el Padre Bartolomé de las Casas. Otras fuentes hay más imparciales; pero breves y tardías, como Gonzalo Fernández de Oviedo. Los historiadores modernos sólo han sido repetidores. Durante cuatro siglos y medio la figura de Roldán no ha salido de su marco de calumnias y de incomprensión. La autoridad de sus acusadores, de los amigos y parientes de Colón, ha sido muy grande y ningún historiador, hasta este momento, ha sabido ver, en las acusaciones, la verdad de los hechos y el porqué de la rebelión. Hoy en día la historia de América tiene en su vida dos aspectos: el de marino genial, constante y heroico, y el de colonizador improvizado. El primer aspecto trae sobre Colón la admiración de los siglos; el segundo lo hace digno de lástima. Colón introdujo en la colonización del Nuevo Mundo todos los sistemas que, por un instante y en un solo lugar de América, convirtieron la conquista en un infierno: las matanzas de indios, la esclavitud y los tributos. No fueron los españoles quienes inventaron estos horrores, ni fueron tampoco los tiempos que los llevaron a América: fué la obra de un hombre que en un día se halló frente a un mundo, con el más grande poder en las manos, como en un sueño oriental, sin saber cómo administrar millones de seres y de leguas. Cristóbal Colón inventó también la costumbre de perseguir a los indios con perros furiosos. Es el propio Padre Las Casas, su mayor defensor, quien reconoce y relata estos hechos. El mal gobierno de Colón y de su hermano Bartolomé no se limitó a la destrucción de los indios, sino que alcanzó, con su excesiva dureza, a los propios españoles. Colón vivía obsesionado por una idea fija: la de hallar oro, inmensas cantidades de oro, para deslumbrar a los reyes y a los escépticos que habían quedado en España. Esta obsesión no tardó en contagiarse a muchos conquistadores. Aquellos hombres obedecían las órdenes del almirante con la esperanza de volver también ellos cargados de oro. El caos se extendía: en vez de trabajar en los campos, los conquistadores obligaban a los indios a que les entregasen sus alimentos y buscasen en todas partes, inútilmente, trozos de oro. Las rebeliones no tardaron en producirse. Las primeras guerras hispano-indígenas se originaron por culpa de Colón. El temor a las revueltas y el afán

de aterrorizar a los naturales hacían decir a los conquistadores que por cada español que los indios matasen ellos habían de quitar la vida a cien indígenas. Estos excesos indignaron a los hombres sensatos. Las quejas contra Colón y su hermano no tardaron en llegar a Castilla, a oídos de los Reyes. De este modo comenzó a definirse el destino triste del descubridor de América.

Cristóbal Colón fué una víctima de su propia obra. Pretendió, y obtuvo, el gobierno de las tierras que descubriese. Había soñado mandar sobre miles de vasallos y vió su sueño convertido en realidad. Los reyes de España cumplieron con Colón todos sus compromisos. En América, la conquista y la colonización dirigidas por el almirante resultaron un fracaso. Colón era un marino iluminado, un genio que había propuesto una ruta nueva para alcanzar las riquezas del Oriente. El asombro del Nuevo Mundo lo colocó frente a un hallazgo superior a su fantasía. Si el gobierno de las Indias hubiese estado, desde el primer instante, en manos de los adelantados españoles, prácticos en administrar las tierras arrancadas a los moros, el carácter de la conquista americana habría sido muy diferente; pero Colón, aferrado a sus derechos y a sus sueños, dió a la conquista y a la colonización un sentido absurdo. Empezó por hacer lo que ningún español jamás hizo en toda la historia de España. Enseñó a aquellos hombres crueldades y exigencias que ellos nunca habían concebido. Es por estos motivos que la conquista de las islas y tierras donde mandó el almirante o donde alcanzó su sistema, tiene un carácter tan diferente al de los lugares donde los españoles obraron según sus leyes y tradiciones. Cuando se habla de crueldades y se citan los episodios que generaliza el Padre Las Casas, no hay que olvidarse de señalar las zonas geográficas y los años en que sucedieron. En esta forma se descubrirá la mano o el espíritu de Colón. Y también podrá comprobarse que fuera de esos años y de esas zonas la conquista es otra, como si en la pacificación del Nuevo Mundo hubiesen intervenido dos clases de hombres: unos sanguinarios, diabólicos, y otros bondadosos, angelicales, empeñados en abrir caminos y fundar ciudades.

Isabel y Fernando —los Reyes Católicos— no aprobaron en ningún momento los desastres que el delirio y la falta de experiencia de Colón producían en América. Son conocidas sus órdenes y hasta el propio testamento de Isabel, en que prohiben, bajo penas severísimas, la esclavitud y el mal trato de los indios. El catolicismo reconocía por igual un alma a todos los hombres. El derecho español admitía como súbditos de los reyes a todos los habitantes del Nuevo Mundo. Una ley castigaba con más severidad al español que delinquía contra un indio que al español que causaba un daño a otro español. El espíritu de la legislación indiana es el mismo durante más de trescientos años. Cuando Isabel y Fernando oyeron

con asombro y con pena los desaciertos del almirante, los crímenes que se cometían y la triste condición en que se hallaban los españoles que habían emigrado al Nuevo Mundo, enviaron a emisarios para que observasen lo que ocurría y les diesen informes exactos, verdaderos. Uno de estos emisarios fué Juan Aguado. Los reyes lo recomendaron a Colón con una carta fechada en Madrid el 9 de abril de 1495. Cuando Aguado llegó a la isla de Santo Domingo los españoles estaban desesperados, hambrientos y enfermos. Dice el Padre Las Casas que "no se juraba otro juramento sino "así Dios me lleve a Castilla" y "no tenían otra cosa que comer sino la ración que les daban de la albóndiga del Rey, que era una escudilla de trigo... y una tajada de tocino rancioso o de queso podrido, y no sé cuantas habas o garbanzos, vino, como si no lo hubiera en el mundo". Colón, inquebrantable en su disciplina, "mandábalos trabajar, hambrientos y flacos, y algunos enfermos, en hacer la fortaleza y la casa del almirante y otros edificios, por manera que estaban todos angustiados y atribulados y desesperados, por lo cual se quejaban al Juan Aguado". Los hombres sanos, no sabiendo dónde hallar comida, tiranizaban a los indios. Para colmo de desgracias, un huracán destruyó las naves que había en el puerto. Este hecho entristeció aún más a los españoles, pues alejaba las posibilidades de un retorno a la patria. Entonces Cristóbal Colón hizo construir dos carabelas y embarcó rumbo a España. Temía las relaciones de Juan Aguado. Sabía que poco antes habían partido unos frailes, enemigos suyos, con buenas listas de desaciertos. El pobre Colón, extranjero en medio de tantos españoles, se sentía muy solo, muy odiado y envidiado. Sus únicos amigos y protectores eran los reyes, Fernando e Isabel, y corrió hacia ellos, para neutralizar a Aguado, prometerles futuras riquezas y explicarles, a su modo, el porqué de aquellos desastres, a su juicio momentáneos; de aquella miseria, para todos inconcebible, y de aquella desesperación que enloquecía a los españoles. Antes de partir dió el mando de la ciudad de Isabela y de la isla de Santo Domingo a un conquistador: al que le inspiró más confianza, al que le pareció más sensato, más justo, más honesto y más fiel. Era ùn español oscuro, cuyo único mérito consistía en ser su escudero. Dice el Padre Las Casas que era "bien entendido, aunque no letrado, natural de la Torres de don Jimeno, que es cabe Jaén". Se llamaba Francisco Roldán.

El primer demócrata del Nuevo Mundo entra en escena como alcalde mayor de la isla de Santo Domingo. Comenzó a gobernar el jueves, 10 de marzo de 1496: día en que Colón salió del puerto de Isabela rumbo a España. Colón llegó a Cádiz el 11 de junio. Era su segundo viaje completo. En este tiempo los reyes habían preparado una armada de tres navíos con todo género de bastimentos: trigo, vino, tocino, carne salada, habas, garbanzos y otras cosas para los españoles del Nuevo Mundo. Un lugar común en la biografía de Colón repite que el descubridor trataba de hallar oro en gran cantidad para deslumbrar a los reyes y a otros personajes de la corte. Esto es cierto en lo que respecta los propósitos de Colón; pero no lo es en lo que se refiere a los verdaderos deseos de los reyes españoles. Ni Fernando ni Isabel esperaban ese oro que Colón deseaba hallar con tanta pasión. Sin duda el almirante estaba equivocado en su interpretación de los deseos de los reyes. Lo indudable es que en ningún documento consta jamás que los reyes exigieran o esperaran oro de las Indias. Los sostenedores de esta tesis deberían basarse en alguna prueba sólida, o cuando meno en un indicio, y no en interpretaciones de terceras personas. lo que consta de un modo bien evidente es, por ejemplo, que los reyes, cuando se entrevistaron con Colón, acordaron mantener a su costa, en la isla de Santo Domingo, "cuarenta escuderos, cien peones de guerra e de trabajo, treinta marineros, treinta grumetes, veinte artifices, o que supiesen labrar de oro, cincuenta labradores de campo, diez hortelanos, veinte oficiales de todos oficios y treinta mujeres". También mandaron los reyes "religiosos e clèricos, buenas personas, para que administrasen los Santos Sacramentos a los cristianos que acá estuviesen y para que procurasen convertir a nuestra sancta fe católica a los indios naturales destas Indias... Un físico, e un boticario, e un herbolario, y también algunos instrumentos músicos, para que se alegrasen y pasasen tiempo la gente que acá había de estar..." Los labradores recibieron en préstamo cincuenta fanegas de trigo. Mientras se construían molinos y atahonas, los reyes dispusieron que se llevasen a Santo Domingo cincuenta cahices de harina y mil quintales de bizcocho y veinte yuntas de vacas, yeguas y asnos "para poder labrar los labradores la tierra". El interés que los reyes tenían en el oro era insignificante. Así lo demuestran las disposiciones tomadas en Madrid el 10 de abril de 1495. El oro que se sacase de las minas debía dividirse en tres partes: una para los colonos y las otras dos para los oficiales reales. De todas las otras cosas de provecho que se hallasen en las islas los españoles debían dar a los reyes solamente la décima parte. Cristóbal Colón, en su afán de llevar gente al Nuevo Mundo, propuso a los reyes una medida denigrante. Dejemos la palabra al Padre Las Casas: "suplicó, pues, a los Reyes, que tuviesen por bien de que los malhechores que en estos reinos hobiese, les perdonase sus delitos con tal condición, que viniesen a servir algunos años en esta isla, en lo que el almirante, de su parte, les mandase". Por último resolvieron dejar pasar a América a algunos procesados. La real provisión fué despachada en Medina del Campo el 22 de junio de 1497. En ella se dispuso que los delincuentes condenados a muerte y que sirviesen dos años en América quedasen perdonados de sus delitos. Los

no condenados a muerte podían volver a España, libres, después de un año de trabajo. No debe olvidarse que quedaban completamente excluidos de pasar a América y de estos perdones, los hombres y mujeres culpables de herejía, de lesa majestad, de traición, de muerte segura o hecha con fuego o con saeta, de falsificación de moneda, de sodomía y de sacar moneda de oro, plata y cosas prohibidas fuera del reino. En otras palabras: los delincuentes autorizados a purgar sus culpas en América no eran ni herejes, ni traidores, ni ciminales, ni incendiarios, ni falsificadores, ni inmorales, ni ladrones del Estado. Pasaron unos pocos, no incluidos en los delitos anteriores. El Padre Las Casas recuerda que "destos cognocí yo en esta isla a algunos, y aun alguno desorejado, y siempre le cognoscí harto hombre de bien". Pasaron, asimismo, los condenados a destierro. Para que nada faltase a los nuevos colonos, los reyes les concedieron "que el Almirante les repartiese tierras, y montes, y aguas; para hacer casa, heredades, huertas, viñas, algodonados, olivares, cañaverales para hacer azúcar y otros árboles, molinos e ingenios para el dicho azúcar, y otros edificios necesarios para sí propios..." Este era el verdadero oro que buscaba Fernando e Isabel: colonización perfecta de las tierras, con cultivos, animales, molinos y casas. Don Bartolomé Colón, en cambio, no bien llegaron a Santo Domingo los tres navíos, llenos de provisiones, que habían enviado los reyes, los devolvió con trescientos esclavos indios, acusados de haber dado muerte a unos cristianos. También se dedicó a cobrar tributos a los indios y a hacer trabajar con exceso a los españoles. Don Bartolomé Colón y su otro hermano don Diego se atrajeron todas las antipatías. Los españoles, conscientes de su derechos y de sus libertades, volvieron los ojos al alcalde mayor. Francisco Roldán se convirtió, de este modo, en jefe de los descontentos.

§ 3. *La primera rebelión democrática*

La rebelión comenzó a hacerse visible cuando don Diego, hermano del descubridor, ordenó poner en seco una carabela. Era la única que había en el puerto. Los españoles creyeron que los Colones trataban de que nadie volviese a España y diese noticias de la isla. Esta suposición no era infundada. El mismo Padre Las Casas, defensor de los Colones, reconoce que, en efecto, tanto don Bartolomé como don Diego temían que los conquistadores abandonasen la tierra. El descontento se hizo agudo entre la "gente trabajadora y marineros y la demás gente baja". Es el Padre Las Casas quien escribe estas palabras y nos descubre, tal vez sin proponérselo, el verdadero motivo de los desórdenes. Los españoles, dice, querían enviar a España la carabela "con cartas a los reyes, pues el almirante no venía, para hacerles saber sus hambres y necesidades y los

proveyesen, y que si no se hacía, que todos habían en esta isla de perecer, o de hambre, o que los indios los habían de consumir.

Aquellas cartas revelaban otros hechos: don Bartolomé y don Diego Colón pretendían tener a los españoles "por esclavos, sirviéndose dellos en hacer sus casas y fortalezas", sacar tributos a los indios y "hacerse ricos del oro de la tierra". Don Hernando Colón, el hijo del descubridor, nos repite también las protestas de los sublevados: don Bartolomé y don Diego Colón se oponían a que se echase al mar la carabela "porque deseaban retener el dominio del país, y a ellos continuamente sometidos, sin que allí hubiese a gún navío con el que pudiesen hacer saber a los Reyes Católicos tal rebelión y tiranía, pues ya sabían con certeza lo muy cruel y terrible que era el adelantado; la trabajosa y mala vida que les daba en labrar la tierras y fortalezas, y pues estaban sin alguna esperanza de la vuelta del Almirante con socorros, era bien que tomasen aquella carabela, buscaran su libertad, y no permitiesen que con pretexto de un sueldo que nunca les era pagado, estuviesen sujetos a un ex ranjero, pudiendo gozar de una vida buena y reposada, y de grandísimo provecho". Esto era lo que argüían los españoles. También consta, por los mismos amigos de Colón, que aquellos hombres hicieron sus protestas por escrito y pidieron que no se cobrasen los tributos a los indios, pues los infelices no podían satisfacerlos. Los rebeldes eran Francisco Roldán y setenta compañeros. Aun no habían empuñado las armas y sólo elevaban sus voces y sus consejos. Don Diego Colón mantenía toda su autoridad. En vez de acceder a las súplicas, envió a Francisco Roldán con un grupo de españoles a la ciudad de la Concepción, a dominar a los indios del cacique Guarionex, alborotados por culpa de los tributos. Francisco Roldán se puso en camino; pero el pueblo del cacique Marque inició la revuelta armada.

Hemos visto cómo la primera sublevación que tuvo lugar en América fué originada por los malos tratos que los hermanos don Bartolomé y don Diego Colón daban a los españoles y a los indígenas. Los testimonios de los enemigos de Francisco Roldán están de acuerdo en reconocer que los españoles protestaban por el hambre, los trabajos excesivos y los tributos de los indios. Francisco Roldán y sus compañeros fueron los primeros protectores de los naturales de la isla de Santo Domingo. Don Hernando Colón y el Padre Las Casas refieren episodios triviales de los primeros pasos de la rebelión de Roldán. Dicen que los españoles tenían el propósito de matar a don Diego Colón y que gustaban ir a las tierras del cacique Xaraguá "por ser las mujeres de allí mucho más hermosas y de agradable trato que en otra parte". También refieren que los rebeldes se comieron unas vacas y tomaron para su uso algunas yeguas y caballos. En la ciudad de Isabela saquearon la alhóndiga y se apoderaron

de las armas, paños y vituallas. Don Diego Colón, encerrado en la fortaleza, presenció impotente estos desmanes. Luego los sublevados se dirigieron a la ciudad de la Concepción, donde se hallaba el adelantado don Bartolomé. No se detuvieron largo tiempo. Dejaron a don Bartolomé en la Concepción y empezaron a recorrer la isla al grito de "¡Viva el Rey!" Llamaban a los indios y les explicaban que ellos eran sus libertadores y protectores, que habían suprimido los tributos y no volverían a obedecer al adelantado. Decían, por ejemplo, que don Bartolomé era "Hombre de condición terrible y vengativo, lo mismo con los cristianos que con los indios; avaro en alto grado; insoportable por las muchas cargas y tributos que les echaba, de modo que si le hubiesen pagado ordenadamente la suma que pedía, cada año la aumentaría, aunque esto fuera contra la voluntad de los Reyes Católicos, que no pedían a sus vasallos más que obediencia y libertad". Don Hernando Colón, al repetir estas palabras como una gran calumnia, confiesa, sin saberlo, una buena parte de la verdad. El hecho triste es que cuando Cristóbal Colón llegó en su tercer viaje a Santo Domingo, con la vista casi perdida por las continuas vigilias, en vez de hallar a los españoles felices y tranquilos, los econtró en gran tumulto y sedición, enfermos del mal francés y sublevados con Roldán. Los hombres más principales de la isla, como Diego de Escobar y el hidalgo Adrián de Múxica, iban a engrosar los setenta sublevados, protectores de los indios. El infeliz descubridor debió pensar que aquellas tierras estaban embrujadas.

La historia ha conservado, con claridad y precisión, el testimonio de lo que pretendía Francisco Roldán y de lo que a sus propuestas respondían los hermanos Colón. Antes de que llegara el alm rante tuvieron un diálogo don Bartolomé Colón y Francisco Roldán. Don Bartolomé estaba encerrado en la fortaleza de la Concepción y hablaba de pie desde una ventana. Roldán se hallaba en el campo, rodeado de sus hombres. El Padre Las Casas ha reproducido el diálogo. Dijo don Bartolomé Colón: "¿Por qué juntas con tanto escándalo aquella gente e inquietas la isla?" Respondió Roldán: "No la junto para deservicio de los Reyes, sino para defendernos del que me han dicho que nos quiere cortar las cabezas". "Ello no es verdad" replicó don Bartolomé. "Entonces —declaró Roldán— puesto que yo y mis compañeros estamos al servicio del rey, que se nos diga dónde manda, que iremos a servirlo". La paz estaba a punto de hacerse: pero la incomprensión o mala voluntad de don Bartolomé perdió esta oportunidad: "Id a las tierras del cacique que tiene por nombre Diego Colón", díjoles don Bartolomé. "No podemos ir allí porque no hay qué comer", explicó Roldán. Esta negativa exasperó a don Bartolomé; gritó a Roldán "que no fuese más alcalde, ni se llamase alcalde y que lo privaba de tal oficio". Roldán "se fué mofando y más soberbio que vino". Este fué el resultado del primer intento de paz. Poco después llegaron de España unos navíos al mando de Juan Antonio Colón, pariente del almirante. Cuarenta hombres se pasaron en seguida a las filas de Roldán. Los sublevados llegaron, de este modo, a un centenar. No pretendían mantenerse en armas, sino reducirse a la obediencia. Francisco Roldán escribió a unos amigos suyos, que se hallaban con don Bartolomé Colón, que intercediesen ante don Cristóbal y lo aplacasen, pues "él quería a la obediencia prístina reducirse". Cristóbal Colón llegó al puerto de Santo Domingo el 31 de agosto de 1498. Eran dos años y medio que faltaba de la isla. Oyó con dolor las noticias que le daban de Francisco Roldán y para contentar a la gente hizo pregonar que permitía a todos, cuando quisiesen, la vuelta a España. Al mismo tiempo llenó de esclavos cinco navíos, pues un cacique, exhausto, había suspendido el pago de los tributos. Este hecho indignó a los españoles. Francisco Roldán lo supo poco antes de llegar a Santo Domingo. El alcaide Miguel Ballester, de parte de Cristóbal Colón, salió a su encuentro, a ofrecerle un perdón; pero Francisco Roldán y sus cien compañeros cambiaron sus antiguos propósitos de paz. Dijeron, en forma rotunda, que no admitían ningún arreglo mientras Colón no pusiese en libertad a los indios esclavos. Luego renunciaron a sus sueldos y escribieron a Colón una carta admirable por lo serena y justa. Esta misiva está fechada en el Bonao, el miércoles 17 de octubre de 1498. En ella los cabecillas Francisco Roldán, Diego de Escobar y Adriano y Pedro Gámez se quejaron a Colón "de la ira" de don Bartolomé y de "los agravios" recibidos. Fefiriéronle que los españoles, pretendían matar a su hermano y que ellos, "mirando el servicio de vuestra señoría... hemos trabajado en sostener en concordia y en amor toda la gente que en esta compañía está, poniéndoles muchas razones e diciendo cuánto cumplía al servicio del Rey e de la Reina, nuestros señores, no se entendiese en cosa ninguna, hasta que vuestra señoría viniese." Por esto, para que los juzgase don Cristóbal, ellos se habían mantenido alejados, y se extrañaban mucho de que, a pesar de haber transcurrido un mes, no les escribiese "mandándonos qué es lo que hubiésemos de hacer". Declaraban que habían sabido sus intenciones de castigarlos duramente, "no mirando cuánto le hemos servido en evitar algún daño que pudiera hallar hecho. E pues que así es, hemos acordado, por remedio de nuestras honras e vidas, de no nos consentir maltratar, lo cual no podemos hacer limpiamente si fuésemos suyos, por ende suplicamos a vuestra señoría nos mande dar licencia, que de hoy en adelante no nos tenga por suyos, e así, nos despedimos de la vivienda que con vuestra señoría teníamos asentada, aunque se nos hace muy grave, pero esnos forzado por cumplir con nuestras honras". La actitud no podía ser más noble. Cristóbal Colón, comprensivo y paciente, contestó a Roldán que fuese a hablar con él. Llevaron esta carta al alcaide Ba-

llester y Alonso Sánchez de Carvajal. Roldán y los cabecillas estaban dispuestos a entrevistarse con Colón; pero los otros hombres juraron "que si concierto se había de hacer fuese allí público a todos, pues a todos tocaba". El alcaide Ballester hizo saber esta resolución a Colón. Además le aconsejó que permitiese a los sublevados volver a España, "porque me parece que lo que dicen es verdad, que se han de pasar los más a ellos". Los hidalgos, terminaba Ballester, estarían siempre al lado de Colón; pero no ocurriría lo mismo con "la otra gente de común". El almirante pudo comprobarlo, prácticamente, cuando quiso reunir soldados para combatir a Roldán: sólo setenta estuvieron dispuestos a tomar las armas. Los otros se excusaban haciéndose los enfermos o diciendo que tenían con Roldán algún pariente o amigo. Ningún epañol honesto aprobaba la conducta del almirante y la esclavitud de los indios.

§ 4. *Las cadenas de Colón*

Cristóbal Colón era prudente. Cuando advirtió que toda la isla de Santo Domingo se hallaba en su contra dió un indulto general para los sublevados que en determinado número de días volviesen a su obediencia, y despachó un salvaconducto a Francisco Roldán para que se presentase a pactar las condiciones de paz. Eran medidas muy justas. Pero Cristóbal Colón estaba ciego ante una mancha de su vida que constituyó su desgracia y su ruina: la esclavitud de los indios. Mientras ofrecía un idulto a los españoles los llenaba de horror con el espectáculo de cinco navíos cargados de indios esclavos. Los indios morían de tristeza, de hambre, de sed. Agonizaban bajo las cubiertas de los navíos, sin aire, sin luz, con un calor espantoso, todos amontonados, sin poder mover los brazos ni las piernas. Sus cadáveres eran echados al río que los llevaba a la mar. En España nunca se habían visto tantas crueldades. Cuando las cinco carabelas llegaron a Sevilla, con su horrendo cargamento, la gente se estremeció y los reyes palidecieron. No había un instante que perder y en el acto enviaron un juez a las Indias para evitar tantos desastres. Cristóbal Colón, ingenuamente, comunicaba a los reyes que había distribuído los indios entre los cristianos.

Los españoles hallaban más cómodo avecindarse y hacerse servir por los indios, que cobrar los sueldos que daba el rey. Colón inventó, de este modo, las famosas encomiendas que luego se extendieron por toda América, y cometió el error de mandar indios a la península para que fuesen vendidos como esclavos. Francisco Roldán y sus amigos lograron hacer esconder algunas cartas en las carabelas que llevaban a los indios. Todo lo que ocurría en la isla de Santo Domingo se supo en España por las cartas de Roldán y del mismo Colón, por lo que contaban los españoles y por el espectácu-

lo de los indios esclavos. En el destino de Colón comenzaban a dibujarse unas cadenas.

La rebelión de Francisco Roldán no produjo un solo muerto. Fué una revolución jurídica, hecha a base de escritos y conversaciones. Los sublevados se mantenían en armas, lejos de las ciudades, haciendo valer sus derechos y pidiendo justicia para los indios; pero no atacaban a los españoles que seguían fieles a Cristóbal Colón y a sus hermanos. En cuanto a estos hombres también se negaron a combatir contra sus amigos rebeldes y, en cierto modo, apoyaban pasivamente su actitud. Roldán no rechazó el salvaconducto que le envió Colón. Con unos compañeros se dirigió a Santo Domingo y mantuvo una larga plática con el almirante. La conversación no dió ningún resultado. No sabemos qué se trató en ella, ni qué contenían las cartas que ambos se escribieron en los días siguientes. El hecho es que al corto tiempo Roldán regresó al Bonao. Colón despachó tras suyo a Diego de Salamanca para que reanudase las conversaciones. Salamanca volvió con unos capítulos que el Padre Las Casas llama indiscretos y no honestos. Colón contestó con otras propuestas que llevó Alonso Sánchez de Carvajal. El sábado, 17 de noviembre de 1498, Roldán firmó un convenio. En este documento, conservado por don Hernando, los representantes de Colón establecieron que el almirante daría a los sublevados un navío, en el puerto de Xaragua, para que volviesen a España; que cada cual recibiría su sueldo, un testimonio de sus servicios y unos indios esclavos, "y porque algunos de la compañía tienen mujeres preñadas o paridas, si éstas quisieren irse con ellos, sean en lugar de los esclavos que habían de llevar, y los hijos sean libres y los lleven consigo". Estas líneas son el primer contrato matrimonial del Nuevo Mundo entre hombres de España y mujeres indígenas. Adviértase cómo los españoles no querían desprenderse de sus mujeres próximas a ser madres, o de las que ya lo eran, y de sus hijos, a los cuales se apresuraban a asegurar la libertad y a llevar consigo. Ellos preferían sus mujeres a los esclavos. Es muy posible que hayan admitido el número de esclavos que Colón repartió a todos los españoles para poderlos substituir por sus mujeres. Esta sospecha parece confirmarse con otro capítulo cuya inclusión exigió Francisco Roldán y que hace honor a aquellos sublevados: "Ninguno de los esclavos de la merced que se nos ha concedido será llevado por fuerza". Colón firmó este convenio; pero el viaje de Roldán a España no pudo realizarse. Las carabelas llegaron tarde al puerto de Xaragua. Además estaban carcomidas y amenazaban hundirse. Los rebeldes, en este tiempo, habían consumido las provisiones. Los términos del convenio no pudieron cumplirse. Colón creyó que la malicia estaba de parte de Roldán, y éste supuso que la culpa correspondía al almirante. Fué necearia otra entrevista, en el puerto de Azúa, entre Colón y Roldán. Firmóse un nuevo com-

promiso. Muchos españoles resolvieron quedarse y labrar la tierra. Roldán fué confirmado en su puesto de alcalde mayor. La paz pareció renacer; pero Colón no podía conformarse con una situación que le había sido impuesta por la fuerza. Escribió a los Reyes Católicos todo el rencor que tenía contra Roldán y explicó que los convenios carecían de valor por fútiles razones. Roldán envió a España otros escritos y entretanto pidió a Colón permiso para establecerse, con un centenar de hombres, en las tierras de Xaragua. Los españoles querían sembrar los campos y vivir pacíficamente; pero Colón no aceptó sus buenos propósitos. Entonces se dividieron, sumisos, entre la villa del Bonao, la Vega y la ciudad de Santiago. Colón desconfiaba de todas las intenciones. Sus deseos de venganza esperaban una oportunidad. El momento, tan ansiado, se presentó con la llegada de Alonso de Ojeda. Este conquistador no tenía licencia para tocar en la isla donde gobernaba Colón. Sin embargo, desembarcó en Santo Domingo. Roldán salió a su encuentro, en defensa de los derechos del almirante. Ojeda prometió abandonar la isla apenas estuviese en condiciones de hacerlo; pero, entretanto, se alió a un enemigo de Roldán y de Colón: don Hernando de Guevara. Este Guevara estaba enemistado con Roldán porque no le había permitido casarse con la hija de un cacique. Convenció a unos hombres y planeó la muerte de Colón y de Roldán. Era el mes de junio del año 1500. Colón reaccionó con valentía. Cuando supo que Roldán había prendido a Guevara, sorprendió a otro de los conjurados: Adrián de Múxica, y lo condenó a la horca. Múxica, para ganar tiempo, pidió que lo dejasen confesar. Vino un clérigo y, cuando estaba por tomarle la confesión, decía que no se acordaba de sus pecados. Colón, enfurecido, mandó arrojar a Múxica desde lo alto de la torre. La venganza comenzaba. Otros españoles, amigos de Roldán, fueron ahorcados. Don Bartolomé Colón prendió a dieciséis hombres y los metió en un pozo, para ahorcarlos. En Santo Domingo, el tercer hermano de Colón, don Diego, ahorcó a siete españoles y encerró a cinco para ahorcarlos más adelante. Desde el descubrimiento de América nunca se habían visto tantas ejecuciones. Estas muertes comenzaron en el mes de junio del año 1500 y llegaron a su punto máximo en el mes de agosto. Al mismo tiempo Colón restableció los tributos de los indios, que Roldán había suprimido, y puso la isla en completo terror. Fué en estos momentos, el 23 de agosto del año 1500, entre las siete y ocho de la mañana, cuando aparecieron en el puerto de Santo Domingo dos naves desconocidas. En una de ellas venía el pesquisidor de los Reyes Católicos, don Francisco de Bobadilla, comendador de la orden de Calatrava. Desde la cubierta de su nave, el juez de los Reyes Católicos vió a la orilla del río, cerca del palacio de Colón, dos horcas con dos españoles ahorcados.

Esta es la historia de las cadenas de Colón, del primer demócrata y defensor de los indios y de las primeras luchas por la libertad y la justicia en el Nuevo Mundo. Lo que ahora sigue es lo que todos los historiadores han teatralizado y que nosotros callaremos. Colón con cadenas en los pies rumbo a España. La reina Isabel, aquella reina que lloraba cuando veía llegar los indios esclavos y decía llena de enojo: "¿Qué poder mío tiene el Almirante para dar a nadie mis vasallos?", recibió a Colón con los brazos abiertos, desaprobó los actos de Bobadilla y devolvió al almirante todo su favor y toda su confianza. Los Reyes de España cerraron los ojos, obstinadamente, frente a las acusaciones que de todas partes caían sobre Colón. Eran muy graves; pero el destino quiso que los procesos se perdieran en un naufragio y también se hundieron el comendador Bobadilla y Francisco Roldán. Colón vió desaparecer a sus enemigos en las mismas ondas que a él habían dado la inmortalidad. Todo esto es historia vieja que los manuales se encargan de repetir. Lo que no dicen los manuales, ni las obras de especialización, es que el pueblo español, desde el primer instante que desembarcó en las tierras de América, luchó contra Cristóbal Colón para impedir que los indios fuesen sumidos en la esclavitud. Lo que también olvidan las historias es que en esta lucha por la libertad, Colón fué encadenado y remitido preso a España por tiranizar a los españoles y esclavizar a los indígenas. Lo que no explican los tratados es que si las encomiendas progresaron no fué por un afán de lucro, sino por la obligación que las leyes imponían a los encomenderos de civilizar a los indígenas. Y lo que todos los libros siempre han ignorado es que el primer hombre que se levantó en América en defensa de la democracia, o sea, de los derechos del pueblo colonizador, y de las libertad de los indios, fué el alcalde de Santo Domingo, Francisco Roldán. Su nombre, callado durante tantos siglos, hoy se incorpora de nuevo a la Historia, no como el de un rebelde ambicioso, sino como el del primer protector de los indios y el primer demócrata de nuestra América.

§ 5. *La españolización por el amor.*

"Muchas veces he pensado en la excelencia que tiene la lengua castellana, entre otras lenguas, tanto que en todas partes es entendida y aún hablada". Así escribía, en el siglo XVI, Rafael Martín de Viciana. La expansión de la lengua española no ha sido objeto de hondos estudios. La forma en que se hizo y el porqué pudo hacerse son temas que han pasado inadvertidos a historiadores, sociólogos y filósofos. En vano se buscará en los libros la presentación de este problema y su clara respuesta. Un espíritu muy culto y muy sútil —el del sociólogo griego Adamantios Deimesisme— planteó la

interrogante al comparar las conquistas de los griegos con las de los españoles. Descubrimos entonces —permítase la frase— que sólo dos pueblos en el mundo —el griego y el español— realizaron el verdadero milagro de imponer su idioma a naciones diversas e inmensas regiones. Roma extendió grandemente el latín; pero esta lengua no logró sobrevivir, se transformó y hoy es un idioma muerto. Los indoeuropeos, anteriormente, no impusieron su lengua, sino que, también, crearon otros idiomas. Alejandro el Macedón llevó el griego hasta el Penchab, en el Norte de la India. Desde el siglo III antes de Cristo hasta el primer siglo de nuestra era se habló el griego desde Grecia hasta la India conjuntamente con los idiomas propios de esas tierras. Las invasiones de los hunos, en el siglo V, significaron la declinación. El griego se fué perdiendo y los antiguos idiomas locales volvieron a surgir. Todavía hoy, en algunos puntos del Norte de la India, sobreviven los restos de antiguos dialectos griegos. Es todo lo que queda de las conquistas de Alejandro.

España ha superado a Grecia en una enorme proporción. Las conquistas de Epaña no tienen similares en la historia. Además, han realizado lo que ninguna otra nación pudo cumplir: imponer su idioma, para siempre, a pueblos indígenas de todo un continente. En otras palabras: hispanizar una parte del mundo.

Este hecho histórico, en verdad extraordinario, que los sociólogos no han podido explicarse, requiere, para su dilucidación, ser vinculado a los acontecimientos básicos que le dieron vida: el porqué de la conquista y del establecimiento de los españoles en las tierras conquistadas y el modo en que se llevó a cabo la colonización.

Una conquista puede hacerse por razones comerciales, como las que hicieron los fenicios y otros pueblos modernos; por ideal religioso, como las de los árabes; por afán de lucro, como la del Transval; por fines piráticos, como las de los normandos; por espíritu de aventura, como la de los catalanes en Grecia; por curiosidad científica, como los viajes de Hannon y de Pitheas y de los modernos exploradores; por la fuerza de expansión de los habitantes, como las de tantos pueblos de la antigüedad y la conquista de Etiopía por Italia.

En todos estos casos los pueblos que llevan a cabo una empresa de descubrimiento, conquista y colonización hállanse en un período de engrandecimiento y nunca de decadencia.

La conquista que España realizó en América tuvo las razones que hemos mencionado, excepto los fines piráticos y la fuerza de expansión de los habitantes. La densidad de su población era escasa y no la obligaba a buscar un desahogo allende los mares; pero en cambio poseía en sumo grado el espíritu de la aventura, la curiosidad científica y el afán comercial, y la impulsaba una fuerza poderosa: la competencia política con Portugal.

La rivalidad con la nación hermana fué un estímulo para ambas. La lucha en torno a la línea de Tordesillas que dividía en América las posesiones españolas y portuguesas y la carrera hacia los focos de ilusión y de riqueza, como la Sierra de la Plata, el Perú, las tierras de los chibchas, el Dorado, las amazonas, las siete ciudades de Cíbola, la ciudad de los Césares, etcétera, dotaron al pueblo español en América de una movilidad que lo llevó en breve tiempo a reconocer y posesionarse de las más apartadas regiones del Continente.

Es intersante observar cómo la investigación de las causas que decidieron la expansión de la lengua española en América demuestra la pujanza y florecimiento del pueblo que la hablaba.

Algunos sociólogos han sospechado que el descubrimiento de América coincide con el comienzo de la decadencia española y que los habitantes de España, al encontrarse, por azar, en un mundo nuevo, se establecieron en él por inercia y debilidad como el nómade que en su vagar halla una tierra en la cual le conviene quedarse.

Nada más erróneo. La conquista de América fué una de las etapas de la grandeza española. El florecimiento español cumplió su obra interna hasta 1492 y después de esta fecha comenzó a desbordarse en el interior y amplió los límites de España hasta los confines del mundo.

No fué, pues, un pueblo para el cual había comenzado su decadencia el que colonizó América, sino un pueblo en la primera etapa de su desarrollo, cuyo vigor y madurez aumentaban día a día.

América, en cambio, no ofrecía más que llamados imperios en rápida declinación y regiones desiertas o habitadas por pueblos salvajes. Nada tenían que enseñar a los colonizadores los pobres autóctonos. Las drogas, las especies, los nombres de plantas, de lugares y de animales, son aportes insignificantes comparados con la civilización que España volcó en América.

El español se fusionó con el pueblo indígena. Donde hubo contacto de blancos y americanos, el indígena terminó siempre por españolizarse. Esta españolización del indio no fué únicamente un fenómeno sociológico. El cristianismo reconoció un alma indígena y lo equiparó al español. Por su parte, las leyes protegían al salvaje colocándolo en igualdad de condiciones a los hombres nacidos en España. No es extraño, por tanto, que el español viese en el indio a un ser que le era semejante ante Dios y ante la Ley, y no vacilase, siguiendo sus impulsos fisiológicos, en formar un hogar con las mujeres indias y reconociese como parientes a todos los de su mujer. Cada hogar, gobernado por un español, era una escuela de idioma. De este modo —de familia en familia— la lengua española se arraigó desde México a la Tierra del Fuego y fué propagándose, de generación en generación.

Resumiendo los hechos expuestos, vemos que la conquista fué realizada por un pueblo que se hallaba en pleno período de grandeza, que el establecimiento de los españoles en las tierras conquistadas obedeció al hecho de que los colonizadores vieron en los indios hombres que les eran iguales por mandamientos divinos y humanos, y que la unión del pueblo español con el americano fué hecha con amor.

Este detalle, en apariencia secundario o sentimental, tiene, en cambio, una gran importancia.

Es el soplo del arte aplicado a la historia. Así como el trabajo convertido en obra artística perdura en el tiempo y se hace inmortal, mientras que la ejecución fría y mecánica ofrece una utilidad momentánea, la conquista hecha con pasión y amor tiene un arraigo profundo, y la que sólo es un alud pasa como el viento.

La conquista de América es el modelo de las conquistas y colonizaciones. La bondad de su método no reside únicamente en los excelentes propósitos que animaban las letras de las leyes —como se ha pretendido vanamente para desmerecer lo español—. La parte jurídica, desde luego, produce asombro; pero más admiración merece la labor colonizadora de los españoles. Su obra de fusión no tiene paralelo en el mundo. Ninguno de los pueblos colonizadores de los tiempos modernos ha hecho lo que hizo España. Unos son pueblos dominadores que hablan su idioma y viven su civilización al lado de pueblos dominados cuyas lenguas y culturas no reciben la más mínima influencia de quienes los dominan. Tal ocurre, por ejemplo, en la India, China, cercano Oriente, etc. Otros son pueblos que han exterminado al autóctono para imponer su lengua y cultura o se han desarrollado en regiones semidesiertas. Por todos estos motivos se comprenderá que la verdadera explicación del porqué pudo arraigarse la lengua española en el Nuevo Mundo reside en el hecho de que España no formó colonias, o sea, pueblos dominados, sino una Patria muy grande lo mismo que Roma cuando llegó a dominar el mundo occidental y dió a todos sus súbditos la ciudadanía romana.

§ 6. *El estudio de la españolización*

Hemos afirmado, al principio de estas líneas, que ningún filólogo estudió la forma en que se hizo le españolización de América. El hecho no debe sorprender, pues los filólogos, en primer término, no son historiadores. Debemos aclarar, por nuestra parte, qué significa, a nuestro juicio, estudiar "la forma en que se hizo y el porqué pudo hacerse" la expansión de la lengua española

en América. Significa, simplemente, ahondar y explicar los siguientes puntos:

1.° Razones que decidieron la conquista de América; 2.° Alicientes que impulsaron a los conquistadores de un extremo a otro del continente; 3.° Motivos que hicieron arraigar a los conquistadores en determinados lugares; 4.° La infiltración del idioma español en los idiomas indígenas por medio: *a)* de los intérpretes españoles; *b)* de los intérpretes indígenas; *c)* de los desertores y prisioneros españoles; *d)* de los misioneros; *e)* de los traficantes; 5.° La unión del español con el indígena y la vida en los hogares hispano-indígenas; 6.° Las escuelas para indígenas; 7.° La enseñanza superior a los caciques; 8.° Las casas de recogimiento para las doncellas indias; 9.° Disposiciones de los reyes y gobernadores sobre la instrucción de los indios; 10.° Ordenanzas sobre la doctrina y educación de los indios; 11.° La obra de los concilios americanos; 12.° La obra de las misiones.

Este plan, tal cual lo concebimos —único, a nuestro entender, para apreciar la forma en que se hizo la hispanización de América— no ha sido desarrollado, hasta la fecha, en conjunto, por ningún estudioso. Nuestra afirmación sublevó, hace tiempo, a un filólogo que pronto tuvo que reconocer la verdad. La cuestión lingüística de la castellanización de América, con sus aspectos históricos y sociológicos, sería tema para una obra muy útil. Pretender hacer este estudio sin desarrollar en extensos y documentados capítulos cada uno de los problemas que hemos expuesto, sería apartarse del tema, no entenderlo e ir al encuentro de un fracaso seguro. El único punto que podría agregarse, aunque en cierto modo está diluído en los capítulos enunciados, es el de la enseñanza popular en América. El P. Constantino Bayle lo ha abordado en un hermoso libro panorámico. Otros historiadores lo han tocado al investigar, cada uno en su país, los orígenes de la instrucción primaria. La enseñanza de las primeras letras, de la doctrina cristiana y de la lengua española a menudo es la misma; pero con gran frecuencia no lo es. Los curas solían enseñar la doctrina en los idiomas de los indios. Por lo común enseñaban a leer, escribir y contar en lenguas indígenas. La enseñanza pura del español fué un hecho especialísimo, único, por sus características, en la historia de la expansión de los idiomas. Fué una labor tan espiritual como la de la enseñanza de la religión. Desde el primer instante de la conquista, los frailes jerónimos recibieron orden de enseñar a los indios "a hablar romance castellano". Las encomiendas, cuyo espíritu ha sido tan incomprendido y calumniado, debían tener un maestro de escuela "que enseñe a leer y escribir a los niños, la lengua española". A mediados del siglo XVI los progresos ya eran muchos: el Padre fray Toribio de Benavente

atestiguaba que los indios habían aprendido a leer "ansí nuestro romance castellano como el latín y de tirado y letra de mano". Los Concilios ordenaban que las oraciones estuviesen colgadas "así en romance como en la lengua de los indios" y que en las escuelas de indios no se descuidase la enseñanza de "nuestra lengua española". Los misioneros enseñaban "a los muchachos las oraciones en lengua española". Los reyes insistían en que una lengua general, como la española, solucionaría los mil inconvenientes que originaba la multitud de lenguas indígenas. En Cartagena, el 28 de febrero de 1555, los religiosos, los clérigos y demás españoles que mostraren la doctrina recibieron el encargo de enseñarla "en lengua vulgar castella". El español hacía la función del latín en los pueblos autóctonos, con la diferencia trascendental de que no se corrompería ni desaparecería, como la lengua del Lacio, sino que se impondría triunfante. El 7 de julio de 1596 Felipe II se dirigió a los gobernadores de América: "Porque se ha entendido —les dijo— que en la mejor y más perfecta lengua de los indios no se pueden explicar bien, ni con propiedad, los misterios de la fe, sino con grandes absonos y imperfecciones; y aunque están fundadas cátedras donde sean enseñados los sacerdotes que hubieren de doctrinar a los indios, no es remedio bastante, por ser grande la variedad de las lenguas; y que lo sería introducir la castellana, como más común y capaz: os mando que con la mejor orden que se pudiere, y que a los indios sea de menos molestia, y sin costa suya, hagáis poner maestro para los que voluntariamente quisieren aprender la lengua castellana: que esto parece podrían hacer los sacristanes, así como en estos reinos en las aldeas enseñan a leer y escribir y la doctrina..." Aun el 10 de mayo de 1770 el rey de España recordaba a las autoridades americanas que "todo mi desvelo y el de los señores Reyes mis gloriosos predecesores, ha sido publicar leyes y dirigir reales cédulas a los virreyes y prelados diocesanos a fin de que se instruya a los indios en los dogmas de nuestra religión en castellano, y se les enseñe a leer y escribir en este idioma, que se debe entender y hacer único en esos dominios por ser el propio de los conquistadores y monarcas para facilitar la administración y facto espiritual a los naturales y que estos puedan ser entendidos de los superiores, tomen amor a la nación conquistadora, destierren la idolatría, se civilicen para el trabajo y comercio; y en mucha diversidad de lenguas no se confundan los hombres como en la torre de Babel; a cuyo fin se ha ordenado tantas veces a todas las jerarquías que se establezcan escuelas en castellano en todos los pueblos, y que los obispos y párrocos velen sobre su observancia..." Los indios rehusaban aprender el español y enviar sus hijos a la escuela. "Como sus párrocos y ministros —continuaba el rey— a quienes siempre tratan y

ven, les hablan en su lengua y les predican y explican la doctrina cristiana en ella, poco o nada se ha adelantado, ni se adelantará, sino se remedia, a causa de que los párrocos y ministros hacen alarde de estar más expeditos en los idiomas, con la frecuente comunicación con los naturales, y no hay quien promueva en los pueblos el castellano..." Entre los inconvenientes que se oponían a la expansión del español hallábanse los clérigos criollos. Estos creían que "el modo de afianzar en ellos la provisión de los curatos, y excluir a todo europeo, son los idiomas; y el otro, que extinguidos éstos, se les quitaba el título a que ordenarse..." El rey hacía en la cédula un poco de historia: "Al principio los regulares vincularon en sí los curatos, manteniendo los idiomas, y después que los regulares los han aprendido, ha sido trascendental el perjuicio, procediendo en esto contra la práctica de los conquistadores, como los romanos introdujeron su lengua en las naciones conquistadas..." "Por tanto —concluía el rey— por la presente, ordeno y mando a mis virreyes del Perú, Nueva España y Nuevo Reyno de Granada, a los Presidentes y Gobernadores y demás Ministros, Jueces y Justicias de los mis distritos y de las Yslas Filipinas y demás adyacentes" que de una vez se llegue a conseguir el que se extingan los diferentes idiomas de que se usa en los mismos dominios y sólo se hable el castellano, como está mandado".

El propósito de extinguir los idiomas indígenas es una excepción en los miles de documentos que se refieren a la enseñanza del español y al aprendizaje de las lenguas americanas. La política lingüística de los reyes de España fué siempre mixta: por una parte ordenaba la difusión del español y por la otra obligaba a los españoles a aprender los idiomas autóctonos. Era una compenetración cada vez más íntima y perfecta. El entendimiento de españoles e indígenas creó el pueblo neoamericano. Los idiomas indígenas fueron estudiados a fondo y subsisten brillantes. La lengua española dió una unidad idiomática y espiritual a gran parte del Continente. En esta forma se realizó el vaticinio misterioso de Nebrija: el autor de la primera gramática en una lengua romance, cuando profetizó el triunfo del español sobre pueblos infinitos "de peregrinas lenguas".

§ 7. *El misterio del ruiseñor.*

La historia de la geografía es la más hermosa de las historias. Durante siglos permaneció inmóvil. Los autores antiguos repetían noticias confusas, mezcla de realidad y de leyenda, que hablaban de monstruos en los países lejanos y creaban islas fantásticas sobre las ondas del mar. El cristianismo enriqueció a la geografía con elementos nuevos: el paraíso terrenal, el árbol de la vida, los ríos

sagrados, zonas inhabitables... Los navegantes no se separaban de las costas; los viajeros no se atrevían a salir de los caminos. El mundo estaba rodeado por un océano oscuro y sobre la tierra pesaba un misterio impenetrable. Pueblos de razas extrañas, caían cada tanto sobre las ciudades cristianas. La lucha a veces duraba años enteros. Después los invasores se iban y la barrera del miedo volvía a cercar las comarcas feudales.

A comienzos del siglo XIII San Francisco puso a la humanidad en marcha. Mil doscientos años estuvo el mundo cristiano paralizado en torno de sus iglesias. San Francisco enseñó a los hombres que para vencer a los infieles era preciso ir a sus tierras a hablarles de paz y de amor y no a combatirlos con las espadas. Los frailes viajeros que siguieron su ejemplo llegaron bien pronto a los extremos del mundo. Marco Polo, por el mismo camino, no dejó secretos en lo más profundo del Asia. La humanidad renació a nueva vida. Las caravanas atravesaban la India, la China, el Tibet, la Arabia. Las cartas geográficas se cubrieron de rutas larguísimas y de puertos con incontables navíos. Nacieron las novelas de viajes y los hombres empezaron a soñar con la atracción del horizonte. Hablar de los confines del mundo no era una herejía como en los siglos anteriores. Los mercaderes ocultaban los itinerarios de islas riquísimas. A veces partía un navío con rumbo desconocido y volvía a los largos meses con perfumes y sedas que nadie había visto.

Cien años duró este período de riqueza y de ensueño. Las luchas de los gengiskanidas, con su rápida decadencia, y los avances del islamismo en el Asia central cerraron las vías del Oriente a los pueblos mercaderes del Mediterráneo. Las embajadas a Tamerlán y a los príncipes del Asia no dieron resultados. Fué preciso pensar en una nueva vía. El Africa aun no estaba circunnavegada. Un hombre extraordinario halló la solución más práctica: el Oriente por el Occidente. Cristóbal Colón fué el revolucionario, el continuador de los misioneros y de los mercaderes de la plena Edad Media italiana. Los reyes de España no vieron en Colón más que a un cruzado. Para ellos, el viaje a las tierras del Asia por la ruta del Océano sólo era una prolongación de la cruzada, ocho veces secular, que acababan de sostener contra los moros. Tan seguros estaban de que el navegante genovés llegaría, por ese camino, a los extremos del Asia, que el gramático Nebrija redactó una gramática —la primera de una lengua romance que se compuso en Europa— para que los pueblos próximos a ser conquistados aprendiesen rápidamente la lengua española.

América nació de un error geográfico. Colón calculó la circunferencia terrestre un cuarto menos de lo que era en realidad. Los geógrafos de fines del siglo XV imaginaban que entre las costas

occidentales de Europa y las orientales del Asia sólo se extendía la amplitud del Océano. El mapa de Martín de Behaim, del 1492, anterior al descubrimiento, nos muestra esta concepción. Al Oeste de las Canarias, donde Colón encontró las tierras de América, los mapas de la Edad Media dibujaban unas islas misteriosas: la Antilla, la isla de las Siete Ciudades, la isla de San Brandan, la isla de la mano de Satanás. Se dijo que eran restos de la leyenda de la Atlántida, fantasías de navegantes, errores de cartógrafos. Más probable es que fuesen el resultado de viajes ignorados. Lo indudable es que esta geografía imaginaria y la certeza de dirigirse a las costas del Asia hizo soñar despiertos a los compañeros de Colón.

El hallazgo de América revolucionó los descubrimientos humanos. La ciencia petrificada durante siglos cayó en pedazos. Teorías hasta entonces aceptadas como el evangelio fueron miradas como ridículas. Miles de tomos, que habían instruido a innúmeras generaciones, fueron condenados al olvido. La revelación del Nuevo Mundo en algunos países estremeció los cimientos de los castillos. En otros la noticia pasó indiferente. Lo que más se repetía era que se habían hallado islas infinitas en las lejanas costas del Asia. Nadie se daba cuenta de la verdadera realidad de los hechos.

Los primeros cronistas, el rey de España, el Papa, suponían que Colón había vuelto de las Indias. La proeza del navegante genovés había unido los extremos del mundo. El mismo Colón fué el más convencido de este resultado imaginario. En un principio juró haber llegado a las costas del Asia y de la India. "Treinta y tres días después de mi salida de Cádiz —escribía el descubridor al tesorero Rafael Sánchez, el 4 de marzo de 1493— arribé al mar de la India..." Y en seguida, entre descripciones exactas y hermosas, incluía referencias mal interpretadas y la obsesión de viejas lecturas de los países maravillosos del Oriente: "Restan aún dos provincias que no reconocí, y de las cuales a la una llaman los indios Anam, y cuyos habitantes nacen con cola..." Hablaba de ciertos indios y explicaba: "Estos son los que se unen a ciertas mujeres que habitan solas la isla Matenim, que es la primera desde la Española a la India. Esas mujeres no se dedican a labor alguna propia de su sexo, pues usan de arcos y dardos, según se dijo de los anteriores, y se ponen por defensa láminas de cobre de que tienen grandes abundancia". Era la sugestión de las amazonas clásicas que le hacía ver a las pobres indias del Caribe como si fuesen guerreras antiguas. La identificación llega a ser absoluta en el *Diario* de a bordo glosado por el Padre Las Casas. Leemos que un indio "díjoles de una isla que se llamaba Matinino, que tenía mucho oro, y que estaba habitada de solas mujeres, a las cuales venían los hombres en cierto tiempo del año, y si parían hembra, la tenían consigo, y niño, enviábanlo a la isla de los hom-

bres". La fantasía del almirante iba más lejos: "Tengo asentado en el ánima —escribía a los reyes— que allí es el paraíso terrenal". Su convicción de que estaba cerca del paraíso y que esas comarcas eran paradisíacas se halla también en su carta al tesorero Sánchez: "Todas estas islas son muy bellas y presentan varias perspectivas; son transitables y llenas de mucha diversidad de árboles de inmensa elevación, y que creo conserven en todo tiempo sus hojas, porque las ví tan reverdecidas y brillantes cual suelen estar en España en el mes de mayo: unos colmados de flores; otros cargados de frutos, ofrecían todos la mayor hermosura a proporción del estado en que se hallaban, y según la calidad y naturaleza de cada uno. Cantaban el ruiseñor y otras varias e innumerables aves, y cantaban en el mes de noviembre, que era el tiempo en que yo registraba país tan delicioso".

El ruiseñor en América es una clave. No se trata de un error, como ha querido explicarse muchas veces, puesto que el ruiseñor no existe en el Nuevo Mundo. La mención del ruiseñor es infalible en las descripciones medievales del paraíso y Colón no pudo omitirla al hablar de sus islas maravillosas. Un jardín sin ruiseñor no hubiera sido un jardín paradisíaco. Colón no oyó con sus oídos el ruiseñor. Lo oyó con su alma y sus recuerdos y lo hizo cantar en una carta que es la primera página literaria de la literatura americana.

§ 8. *Los pasos interoceánicos.*

A medida que los descubrimientos avanzaban en el Nuevo Mundo los cartógrafos dibujaban con extraña precisión las costas e islas descubiertas; pero, al mismo tiempo, iban surgiendo por todas partes leyendas geográficas que trastornaban las mentes de los conquistadores y los arrastraban en pos de quimeras inalcanzables.

Mientras Juan de la Cosa dibujaba un mapa de una exactitud sorprendente, Colón se empeñaba en demostrar, con una información de testigos, que Cuba no era una isla, sino parte del continente asiático. El pobre descubridor murió sin comprender la grandiosidad de su hallazgo; pero no fué él solo el hacedor de leyendas geográficas, ni el iluso que corrió tras el ensueño de regiones fabulosas: miles de conquistadores se lanzaron desde fines del siglo XV hasta bien entrado el siglo XVIII a la búsqueda de pasos, de ciudades y de países que sólo existían en la imaginación de quienes los buscaban. Durante cerca de tres siglos América fué la tierra de las leyendas geográficas. Ningún otro país en el mundo, ni la Arabia de las mil y una noches, creó tantas leyendas enloquecedoras como el continente de Colón. Todo, en América, desde sus orígenes y aun antes de su descubrimiento,

habló de leyendas, de ilusiones y de esperanzas. Primero fueron las islas misteriosas del Océano —islas nunca existidas— adonde los marinos creían que siete obispos portugueses, huídos ante la invasión de los moros, se habían refugiado con los pueblos de sus siete ciudades. Fué también la isla de San Brandan, adonde llegaron por casualidad unos monjes irlandeses: isla que según la leyenda debía servir de residencia a los santos cuando el mundo entero estuviese convertido. Luego, no bien se tuvo la seguridad incuestionable de que América no era el Asia sino un continente inmenso, los marinos empezaron a buscar un paso para unir el Océano Atlántico, o Mar del Norte, al Océano Pacífico, entonces llamado Mar del Sur. El paso del Noroeste hizo perder naves y hombres. Núñez de Balboa fué el primer conquistador que envió a Andrés Garabito a descubrir este paso.

Colón también lo había buscado, en su cuarto y último viaje; pero no para trasladarse al Océano Pacífico, sino para llegar al Océano Indico. Las aventuras de Colón en este viaje, en compañía de su hermano Bartolomé y de su hijo Fernando de trece años, fueron infinitas y espantosas. En toda la literatura histórica americana no hay una página que le sea comparable en peligros, borrascas, pestes y horrores.

Mientras unos navegantes exploraban las costas del Noroeste con la esperanza de hallar un estrecho que los condujese al otro Océano, una nave portuguesa pasó en el año 1514 frente al Río de la Plata y lo confundió con el estrecho interoceánico. En 1515 el geógrafo alemán Schöner dibujó la América del Sur dividida a la altura del río de la Plata por un enorme estrecho. Juan Díaz de Solís fué enviado, entonces, a los mares de la India y de la China por el paso que figuraba en el mapa de Schöner. Así llegó al Mar Dulce el primer hombre que navegó en sus aguas. Comprobó que en vez de un estrecho era un río inmenso y terminó su vida en manos de los antropófagos.

La leyenda geográfica del paso interoceánico no decayó con el fracaso de Solís. Magallanes admitió ciegamente la existencia de un estrecho entre los dos océanos más al Sur del río de la Plata. Cuando llegó a las costas de la Patagonia unas naves se amotinaron. Los capitanes declararon que era una locura seguir hacia el Sur y que para llegar a las islas del Oriente era preciso dirigirse al Cabo de Buena Esperanza y de allí pasar a los mares de la India y de la China. Magallanes dominó la sublevación con dureza extrema: unos hombres fueron descuartizados y otros abandonados en las costas desiertas. La navegación continuó y el estrecho que hoy lleva el nombre de Magallanes por fin fué encontrado. Nadie, hasta entonces, había sospechado su existencia. Los mapas, empero, dibujaban en algunas oportunidades la ex-

tremidad meridional de la América del Sur. Ello se debía a la convicción de los geógrafos de que todos los continentes —como el Africa y la India— debían terminar en punta. Por ello la forma aproximada a la exacta en mapas anteriores al viaje de Magallanes. La intuición, en este caso, no se equivocaba.

Los pasos interoceánicos, más que una leyenda fueron una esperanza geográfica. En cuanto a las leyendas verdaderas, todas tuvieron sus fundamentos reales. Hemos escrito, en 1929, una *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*: libro hasta la fecha no superado. Hoy cambiaríamos la palabra *mito* por la de *leyenda, espejismo, ilusión* o *deformación histórica*. El alcance de cada una de estas definiciones es muy amplio y por ello no hay error en usarlas indistintamente; pero si extremamos el rigor de la clasificación, mito es el país o el personaje que la fantasía popular coloca fuera de nuestro mundo, en una región ex raterrena o en el cielo. Leyenda, espejismo, ilusión, es lo que se busca entre nosotros.

§ 9. *Focos de ilusión.*

Los conquistadores vivían rodeados de leyendas y de ilusiones infinitas. Cuando Sebastián Gaboto pasó por la costa del Brasil, en 1526, tras las huellas de Magallanes, oyó hablar a los portugueses de Pernambuco y a los náufragos de Solís refugiados en la costa de Santa Catalina, que en dirección al Occidente existía una sierra que brotaba plata. Según los portugueses de Pernambuco y los náufragos de Solís las riquezas de esa región eran fabulosas. Gaboto y sus compañeros soñaron volver a España con las naves cargadas de oro y de plata. Aquellos hombres no estaban engañados. Poco tiempo antes, un náufrago de la armada de Solís llamado Alejo García, había llegado a la Sierra de la Plata y había cargado a sus indios con enormes cantidades de plata. Estos hechos, realmente históricos, hicieron dar el nombre de Río de la Plata al río de Solís, antes que a él llegase Sebastián Caboto; cambiaron, definitivamente, el viaje de este último; torcieron la expedición de Diego García de Moguer, otro navegante que debía dirigirse al Oriente por el estrecho de Magallanes, y originaron varias expediciones portuguesas, que terminó con la fundación de Buenos Aires. La noticia de la Sierra de la Plata fué llamada una leyenda. Así lo creyeron conquistadores y cronistas por espacio de cuatrocientos años. Hoy comprobamos que el calificativo de leyenda es injusto y erróneo y que la Sierra de la Plata designaba el Potosí y las minas del alto Perú.

Otros focos de ilusión o de engaño hubo en América, más difíciles de comprender porque sólo han tenido como fundamento la

palabra de los indígenas. Fueron las noticias de gigantes, de pigmeos y de seres deformes. Los españoles oyeron hablar de monstruos en innumerables partes de América. A veces la leyenda se originaba por el hallazgo de huesos enormes de animales prehistóricos. Otras veces eran las supuestas marcas de pies y manos en las rocas las que hacían imaginar el paso de hombres fabulosos; pero en la mayoría de los casos se trataba, simplemente, de recuerdos alterados de antiguas invasiones. Los indios eran sumamente impresionables y cuando referían un hecho, para nosotros insignificante, lo convertían en algo maravilloso. Vamos a citar un ejemplo: la forma en que los indios de la Florida relataron a Alvar Núñez y a sus compañeros el paso de unos españoles que, muy poco tiempo antes, habían andado por esos mismos lugares: "Castillo vió al cuello de un indio una evilleta de talabarte de espada, y en ella cosido un clavo de herrar; tomósela y preguntámosle qué cosa era aquélla y dijéronos que habían venido del cielo. Preguntámosle más, que quién la había traído de allá, y respondieron que unos hombres que traían barbas como nosotros, que habían venido del cielo y llegado a aquel río, y que traían caballos y lanzas y espadas y que habían alanceado dos de ellos; y lo más disimuladamente que podimos les preguntamos qué se habían hecho de aquellos hombres, y respondiéronos que se habían ido a la mar, y que metieron las lanzas por debajo del agua, y que ellos se habían también metido por debajo, y que después los vieron ir por cima hacia puesta del Sol". El historiador moderno necesita de un gran discernimiento y sentido crítico para despojar los relatos de los indios de ciertas exageraciones y hallar en ellos la verdad pura.

En la Florida los indios señalaron ríos con virtudes curativas que los conquistadores transformaron en una fuente de la eterna juventud. Esta vez no fueron los indios, sino los españoles los que alteraron la verdad. La comprobación nos debe enseñar que en materia de prejuicios, tanto los llamados salvajes como los supuestos civilizados nos asemejamos grandemente. Los ríos se deslizaban entre bosques de guayacán y de xagua, maderas que desprendían tanino y daban a las aguas la propiedad de cicatrizar las heridas; pero los españoles, que no podían olvidar los relatos de la fuente de la eterna juventud, se empeñaron en afirmar que en la Florida existía la fuente más buscada del mundo.

Mientras unos españoles perseguían aguas rejuvenecedoras en las costas de la Florida, otros estaban convencidos de que en el Norte de México, en el Perú y en la cordillera de los Andes existían ciudades asombrosas. El hallazgo de grandes poblaciones indígenas como los centros de México y del Cuzco no habría tenido nada de extraño, sobre todo después de los descubrimientos realizados; pero las expediciones se encaminaban a las zonas más desiertas, donde

el misterio y el silencio eran más grandes y no existía ninguna posibilidad de hallar imperios nuevos.

Las causas creadoras de las siete ciudades del Norte de México y de la ciudad encantada de los Andes y de la Patagonia son muy diferentes. Unas y otras, sin embargo, produjeron los mismos resultados: un sinfín de expediciones que exploraron tierras desconocidas. La leyenda de las siete ciudades del Norte de México tiene un doble origen medieval e indígena. La leyenda de la ciudad errante de la Patagonia es un espejismo de la conquista. En México los españoles oyeron a los indios la tradición religiosa de que los siete pueblos nahuas habían salido de siete cuevas lejanas. Esto bastó para que acudiera a su mente la vieja leyenda de la isla de las siete ciudades. Además, unos misioneros habían revelado que en la región de Cibola había ciudades indígenas hechas de piedra con casas de varios pisos. Esta última noticia era cierta. No así la existencia de siete ciudades fabulosas, fundadas, probablemente, por los siete obispos que según la leyenda habían huído de Portugal cuando los árabes invadieron España. Pero los conquistadores tenían razones poderosas para buscar los siete pueblos maravillosos: una historia, que todos conocían, hablaba del viaje, a través del Océano, de siete obispos con todos sus feligreses: los misioneros afirmaban que habían divisado, muy a lo lejos, ciudades con casa de piedra, y los indios repetían que de siete cuevas misteriosas habían salido los pobladores de esa región. Las pruebas, en verdad, no podían ser más seguras; pero las siete ciudades nunca aparecieron.

La leyenda de la ciudad errante de la Patagonia, llamada de los Césares, tiene otro origen. En 1528, Sebastián Gaboto envió a un capitán, Francisco César, a explorar el interior. César y sus acompañantes, con la mente excitada por los relatos de la Sierra de la Plata, oyeron a los indios hablar del Cuzco: ciudad de calles larguísimas, con casas de piedra, gente vestida y enorme abundancia de plata y de oro. A su regreso a Sancti Epíritus, donde se hallaba Gaboto, y luego a España y a varias partes de América, los conquistadores divulgaron lo que habían entrevisto los Césares. Desde el Perú y otras regiones salieron muchos capitanes en busca de una ciudad que sólo era el recuerdo de lo que había sido el Cuzco en tiempo de los incas. Cuando interrogaban a los indios acerca de una ciudad lejana, los salvajes indicaban las ciudades de las cuales habían oído hablar, sin suponer que los conquistadores habían salido de esos mismos lugares. Pronto otras leyendas se agregaron al espejismo de la ciudad de Cuzco. Primero se dijo que los incas huídos del Perú para no caer en manos de los españoles se habían refugiado en esa ciudad misteriosa. Luego, cuando en las costas de Chile y en el estrecho de Magallanes se produjeron unos cuantos naufragios, empezó a referirse que los náufragos se habían salvado en

la misma ciudad. Su ubicación en esta forma, descendió desde el Norte de la Argentina hasta las regiones heladas del Sur. Hubo un tiempo en que se la buscó a lo largo de la cordillera andina y no faltaron autores que escribieron itinerarios seguros para llegar hasta sus puertas. Con los siglos la leyenda se fué transformando y enriqueciendo y terminó por convertirse en un mito, es decir, en una ciudad que ya no se encuentra en una región ignorada, sino fuera de la tierra, próxima a las nubes.

§ 10. *Las Amazonas y el Dorado*

La leyenda de las amazonas es una de las que más dieron que hablar en América. En realidad es un trasplante de la antigüedad. Cuando Colón divulgó que había visto indias guerreras y, sugestionado por la leyenda clásica, afirmó que en una isla vivían mujeres solas, los eruditos europeos, empezando por Pedro Mártir de Anghiera, no vacilaron en declarar que esas mujeres debían tener todos los atributos de las amazonas del Termodonte. Durante siglos se ha explicado en forma naturalista la leyenda de las amazonas americanas, con el cómodo argumento de que los españoles llamaban amazonas a las indias que combatían y que todo lo restante que se decía de ellas era un cúmulo de mentiras. Por primera vez en la historia crítica americana hemos sometido estas leyendas a un análisis que, a nuestro juicio, ha resuelto definitivamente el problema. Hemos comparado, en un trabajo paciente y metódico, autores modernos, cronistas y documentos. Los autores modernos se repiten unos a los otros, inventan lo que más conviene a su literatura y cometen errores históricos y folklóricos de una gravedad indecible. Los cronistas sólo reflejan un eco de los hechos auténticos y en ningún caso hay que tomarlos como guía. Los documentos, bien analizados, contienen una verdad que ningún historiador ha querido buscar. En primer término nos demuestran que los españoles nunca llamaron amazonas a las mujeres indias por el mero hecho de combatir. En segundo término prueban que muchos pormenores propios de las amazonas de la antigüedad no han sido conocidos ni por los indígenas ni por los conquistadores y son agregados de los cronistas europeos, hombres instruídos en las disciplinas clásicas. En tercer término nos revelan la existencia de unas amazonas típicamente americanas, que carecen, como hemos dicho, de algunos atributos de las amazonas de los humanistas y que sólo se parecen a ellas en ciertos rasgos superficiales, de un origen por completo diferente. En cuarto término la verdadera leyenda de las amazonas americanas no es exclusiva del río que lleva su nombre, sino de toda la cuenca amazónica, del alto Paraguay, del Chaco, de Colombia, del Ecuador y de Chile. En resumen: hemos hallado la misma leyenda de amazo-

nas formando un gran circulo en torno al Perú. Y esta leyenda, en concreto, decía que en un país lejano había muchos pueblos donde las mujeres vivían solas, en casas de piedra; que en estas casas custodiaban muchas riquezas, tejidos y provisiones alimenticias; que las mujeres se unían a los hombres una vez al año; que los niños que daban a luz los mataban o entregaban a sus padres; que las niñas las guardaban ellas y que en esos lugares abundaban las ovejas del Perú, o sea, llamas. Esas mujeres, para más datos, adoraban el sol.

No vamos a presentar y enumerar las pruebas que nos han permitido decir qué eran las amazonas americanas y nos contentaremos con exponer en síntesis, nuestros resultados. Las amazonas descriptas con detalles semejantes por los indios del centro del Brasil, del alto Paraguay, del Chaco, de Colombia, del Ecuador y de Chile, eran las mujeres del Perú y, en particular, las vírgenes del sol. Sabido es que durante la dominación incaica los matrimonios se realizaban en grupos, una vez al año, y que las vírgenes del sol vivían en grandes mansiones de piedra, sin hombres. Además de adorar al sol es notorio que tenían a su cargo la custodia de ropas, riquezas infinitas y todo género de provisiones. Los indios de las selvas, a cuyos oídos habían llegado algunos pormenores de la civilización, sabían, también, que en ese país existía el rito de sacrificar a muchos niños y que las vírgenes del sol tomaban a su cargo el cuidado de innumerables niñas. La castidad de las vírgenes del sol era sagrada y el número de las mismas, en cada población incaica de cierta importancia, pasaba hasta las quinientas. Fuera de las vírgenes del sol el inca disponía de enormes cantidades de mujeres escogidas, que eran sus esposas. En verdad, el Perú prehispánico era el país de las mujeres solas.

Estas costumbres se perdieron con la llegada de los españoles; pero los indios circunvecinos al Perú las recordaron durante muy largo tiempo. Los conquistadores no se imaginaban que se referían al imperio peruano desaparecido como un sueño, en lo más profundo de las selvas.

El brillo que durante la era prehispana irradió el Perú en toda América creó en la costa del Brasil, en el Río de la Plata, en el Paraguay y en el Chaco otra leyenda, complemento de la Sierra de la Plata y de las amazonas: la leyenda del lago donde dormía el sol. Esta leyenda enloqueció a los conquistadores del Paraguay. Domingo de Irala, Nufrio de Chaves y los demás pobladores de la Asunción estuvieron convencidos, durante años, que al otro lado del Chaco existía un imperio poderoso, con ciudades majestuosas, artífices que labraban objetos de plata y de oro y un lago en cuyo centro había una isla donde dormía el sol. En esta isla las narraciones decían que se levantaba un templo maravilloso, verdadera morada

del sol y de la luna. Martín Barco de Centenera describió este imperio de Paititi en su poema *La Argentina*.

Los críticos, como de costumbre, hablaron de mentiras de indios o de conquistadores. Cuando no se sabe descubrir la verdad lo más fácil es suponer engaños. En el Paraguay, un investigador moderno —Manuel Domínguez— fué el único que entrevió lo que se ocultaba en la relación de un conquistador llamado Hernando de Ribera. Nosotros hemos interpretado, documento por documento, todos los pormenores que se refieren al imperio de Paitití y al lago donde dormía el Sol. Ya hemos dicho que se trataba de Cuzco, del lago Titicaca, de la isla del Sol, cuyo templo en parte aun se conserva, y de la rica cultura incaica.

A menudo los historiadores se han preguntado cómo los indios podían describir tantos detalles de una región sin darse cuenta que ese país era perfectamente conocido por los cristianos. Los indios de las levas, que hablaban de oídas, repitiendo lo que les habían contado otros indios, no sabían si esas regiones ya habían sido conquistadas o no lo habían sido y, por lo tanto, no podían explicar a los españoles que lo que ellos buscaban era, precisamente, la ciudad de donde habían salido; pero en cambio había otros indios que insistían en que esos países imaginarios eran las antiguas tierras de los incas. Sus afirmaciones no podían ser más claras y más sinceras; pero los conquistadores no las creían y seguían erigiendo sus imperios de ensueño donde nunca habrían de encontrarlos. En una relación del capitán Gregorio Ximénez, de comienzos del siglo XVII, consta, por ejemplo, al hablar de la noticia tan buscada, que "los indios antiguos de Pocona han dicho siempre que son los indios ingas, que están pasada la cordillera y el río Guapay, a la parte del levante..." Los conquistadores no se conformaban con soluciones tan simples y avanzaban en dirección totalmente contraria.

Este afán de buscar en todos los rincones algo que ya no existía y que, en definitiva, no se sabía lo que era, llegó a su más alto delirio con la leyenda del Dorado. Contadas han de ser las personan, aun de mediana cultura, que no hayan oído hablar del Dorado; pero muy pocas son las que saben lo que en realidad era el Dorado y, menos aún, las que pueden afirmar si todas las expediciones que se dice que fueron en busca del Dorado partieron, en verdad, a descubrir el Dorado u otra cosa. El Dorado era un príncipe que se sumergía en la laguna de Guatavitá, en Colombia, todo espolvoreado de oro. Este rito dejó de practicarse antes que los españoles llegasen a la aldea de Guatavitá por las luchas que los indios de esta región habían tenido con los del cacique Bogotá; pero los conquistadores se enteraron de que existía un príncipe que practicaba ese rito y se lanzaron a buscarlo a través de las selvas. El príncipe nunca fué hallado, mas lo conquistadores no perdieron las es-

peranzas y siguieron andando a través de los desiertos y a lo largo de los ríos, llevados por un ansia infinita de hallar algo que ya no sabían lo que era. En efecto: el nombre Dorado pronto empezó a designar ciudades fabulosas, regiones que se suposnía inmensamente ricas, minas de oro, etc. El recuerdo del príncipe que se sumergía en la laguna de Guatavitá fué olvidado totalmente; los geógrafos ubicaron el Dorado en las Guayanas, en Venezuela y en distintas partes del Brasil, los cronistas se pusieron de acuerdo en afirmar que la mayoría de las expediciones no tenían otro fin que el de buscar el Dorado. Los estudiosos sin más fuentes que las que los cronistas repiten, por ejemplo, que Walter Raleigh salió de Inglaterra para buscar el Dorado. Los documentos, en cambio, nos revelan que Raleigh partió en busca de una mina llamada Madre del Oro. Basta que un cronista sostenga que un conquistador se propuso buscar el Dorado para que, en el noventa por ciento de los casos, se trate de todo menos que del verdadero príncipe Dorado: de minas, de montañas de oro, de ciudades y hasta de lagunas maravillosas.

Cuando la ilusión de las leyendas geográficas empezó a disiparse, con el fin del siglo XVI, los conquistadores pusieron los ojos en regiones hasta entonces olvidadas. Se habló, por ejemplo, de los chunchos, dando a esta palabra un tono de misterio. Los *chunchos* eran los habitantes de una zona situada en las cabeceras del río Beni, al Norte de La Paz y al Este de Carabaya. La palabra chunchu en un principio designó esta región; luego cambió de acepción y pasó a significar lo salvaje. La ilusión de los chunchus duró poco y los conquistadores del Alto Perú, cansados y ya fuera de su tiempo, empezaron a imaginar que habría riquezas en el pobre Paraguay. El Guairá adquirió de pronto una fama enorme con unas supuestas minas y con unas piedras que explotaban y dentro de las cuales se decía que había brillantes. Este resplandor se esfumó como todos los sueños y en los siglos XVII y XVIII sólo se peregrinó tras la sombra de la ciudad de los Césares y de leyendas menores, sin consistencia, nacidas de la fantasía. Las minas peruanas, los ganados, los yerbatales y el comercio suplantaban todos los Dorados, todos los imperios y todas las ciudades con calles de oro. Pero los historiadores y esos eternos ilusos que sueñan siempre con lo único que no es posible alcanzar, empezaron a dibujar tierras fabulosas e islas legendarias que sólo habían visto en su imaginación. Así nacieron las islas de Estotilandia, Frislandia, Icaria y Drogeo y la tierra de Norumbega o Nueva Francia, y también la tierra de la Utopía. Las primeras, según muchos críticos, pueden ser las costas de América entrevistas por navegantes clandestinos anteriores a Colón. La tierra utópica es una bella historia, llena de ironía para los eruditos y descubridores. Pero otras islas hubo, más inexistentes y más creídas que las de los mapas fantásticos: eran

las islas Pepys, descubeirtas por el navegante Cowley y señaladas por Halley frente a las costas de la Patagonia. En el siglo XIX se creía buenamente en ellas y como se había perdido su situación exacta los marinos se entretenían en buscarlas y los sabios en discutirlas. Pedro de Angelis, en 1839 —ingenuos tiempos de Rosas— escribía que "por grande que sea el crédito de los que han negado la existencia de la isla Pepys, no debe sobreponerse al convencimiento que producen las declaraciones de los que la han visitado". Estas visitas sólo habían sido en sueños; pero los sueños son el mayor aliciente de la vida y por ello podemos decir que donde no hay sueños tampoco hay triunfos y que todo sueño, como todo amor, es un encenderse y apagarse de una luz, una sonrisa de las estrellas.

§ 11. *El Cristianismo antes de Colón*

San Francisco fué el inventor de las misiones. Mientras los cruzados se desangraban en sus luchas estériles, él se dirigía a Egipto y enviaba sus frailes a Marruecos y al Oriente. La labor de los primeros apóstoles comenzaba a repetirse a los mil doscientos años del nacimiento de Cristo. Los monjes viajeros hicieron conocer en Europas las maravillas del Oriente y el viejo mundo empezó a soñar con los resplandores del Asia. Medio siglo después, Raimundo Lulio creó las escuelas de lenguas orientales para llevar la fe de Cristo a todos los ámbitos de la tierra. Los misioneros ya no partieron sin saber una palabra de las gentes que iban a convertir. Salieron a recorrer países lejanos con los idiomas bien aprendidos, listos para predicar en las lenguas del Asia o del Norte de Africa. Así llegó el hombre de Europa a los confines del mundo, en el Oriente, y así se halló frente a un mar que, lógicamente, se extendía sobre el resto del planeta hasta tocar las costas de Europa. La teoría de la redondez de la tierra hizo concebir, de este modo, el viaje al Oriente por el Occidente. Los cosmógrafos y poetas de la Edad Media lo consideraron un hecho seguro y hasta lo soñaron como realizado, siglos antes de Cristóbal Colón. Cuando América apareció en la mitad de ese camino, como una barrera insospechada que hizo fracasar el gran proyecto de unir el Occidente con el Oriente por medio de un viaje directo sobre el mar, los humanistas se dieron a pensar en los orígenes del cristianismo en las Indias Occidentales. Era natural, hasta el siglo XVII, creer que la religión cristiana había sido llevada por los apóstoles a todos los hombres del mundo. No se concebía que una creencia avanzase sola. La piedad hizo inventar tradiciones falsas que atribuían a misioneros y apóstoles imaginarios la introducción del cristianismo en muchas partes de Europa y en América. Un San Patricio, nunca existido, habría llevado el cristianismo a Irlanda. San Jacobo o Santiago lo habría difundido en

España, y su cuerpo habría ido, por el aire, desde Palestina a enterrarse en Galicia, en el Campo de las Estrellas (Santiago de Compostela). América no se libró de esta especie de ley. En los primeros tiempos, los cronistas quisieron hallar rastros del cristianismo en el Nuevo Mundo antes de Colón. Las páginas escritas para probar esta suposición hoy sólo sirven para la historia de ciertas leyendas de sabios. El argumento de la cruz —que aún impresiona a muchos divulgadores— tuvo en otros tiempos una fuerza probatoria casi definitiva. La cruz como símbolo de los cuatro puntos cardinales, de los vientos, etcétera, o como simple adorno lineal, se encuentra en los monumentos de México y en los cacharros de Santiago del Estero y es estúpido relacionarla con un cristianismo precolombino. Los sentimientos morales superiores que en algunas partes de América tenían los indígenas tampoco traen su origen de fantásticas y remotas predicaciones cristianas. El estudio de las culturas y del patrimonio espiritual de cada pueblo nos explica ésta y otras muchas candideces. El errante Pay Zumé, o Padre Tomás, de los guaraníes y chiriguanos, tan celebrado por la sabiduría de los jesuítas, con las huellas de sus pies impresas en tantas rocas, y otras "pruebas" semejantes, hoy está alineado, tranquilamente, entre hombres dioses, bien conocidos, de esos indígenas. Aun más superficiales fueron los resultados de investigadores modernos. Quienes supusieron que monjes viajeros irlandeses pudieron llegar al Nuevo Mundo —como San Brandan y otros personajes semilegendarios— viven errores comparables a los de los viejos cronistas. Las rocas escritas de Canadá y Estados Unidos, en las proximidades del Atlántico, como testimonios de tumbas cristianas, dejadas por los normandos en los siglos XI y XII, no pasan de supercherías o imaginaciones, y en cuanto a ciertos estudios filológicos, desgraciadamente modernos, empeñados en demostrar que los idiomas del Norte de América son degeneraciones de las lenguas escandinavas, sólo hemos de decir que dan a sus autores una curiosa nombradía. El cristianismo, por lo complicado de su doctrina, no corre a través de los desiertos como ciertos cuentos y tradiciones. Es una religión que, para ser transmitida, requiere el contacto personal de los hombres que la profesan con otros hombres que no la conocen. En esta forma se expandió por el Mediterráneo y Europa y llegó a América y al resto del mundo. Cuando los hombres están separados, como cualquier religión con un sistema teológico complejo, se detiene y no avanza. Por ello algunos eruditos han querido atribuir al Papa Alejandro VI, poco antes del descubrimiento de América, la posible intención de ir alcanzando, con los obispos de Groenlandia, las actuales tierras del Canadá. El obispado de Gárdar habría sido un gran paso en este camino; pero lo cierto es que no hay pruebas sólidas de tan extraordinario propósito. Colón, el descubridor, no llevó tampoco, oficialmente, el cristianismo al Nuevo Mundo en su primer viaje. Todo cuanto se ha argüído para demostrar la existencia de algún sacerdote en las carabelas descubridoras ha caído por tierra, deshecho por la crítica honesta. El cristianismo llegó en el segundo viaje, con fray Bernardo Boyl. Las controversias de otros tiempos, que discutían el nombre del primer religioso llegado a América, hoy han terminado. No fué San Pier d'Arena, español de la provincia de Toledo que vivió largo tiempo en Génova; ni fueron los mercedarios fray Juan de Solórzano y fray Juan Infante; ni el prior de La Rábida, fray Juan Pérez; fué, como es notorio, el mínimo de San Francisco de Paula, fray Bernardo Boyl. La primera misa fué dicha en La Isabela, de la Española o Santo Domingo, el 6 de enero de 1494.

§ 12. *Alejandro VI y la Cruzada Hispánica*

Colón no llevó el cristianismo al Nuevo Mundo; pero abrió para siempre su camino. Fué, como han dicho poetas, el mensajero de la fe. Los reyes vieron a Colón como a uno de sus cruzados en su lucha de ocho siglos contra los musulmanes. Isabel y Fernando dedicaron su vida a expulsar de España a los moros. Cuando ampararon el viaje de Colón lo hicieron con el únicos propósito de unir los extremos del mundo y extender su religión, sus leyes y su poderío por los confines de la tierra. Una tesis, basada en burdos errores geográficos y documentales, que atribuye a Colón y a los Reyes Católicos el único fin de alcanzar unas islas próximas a las Canarias, sólo merece sonrisa y desprecio. Quienes la sostienen, a más de ignorar todas las ideas cosmográficas de la Edad Media, se basan en la confusión, muchas veces demostrada, de creer que un paralelo era un meridiano. Este punto erróneo de partida, no analizado por los superficiales defensores de semejante teoría, es la causa de tan falsa interpretación. No perdamos tiempo en probar lo que no necesita ninguna prueba, pues es un error elemental. Más interesante es saber cómo vió o consideró el Papa Alejandro VI el descubrimiento de las tierras que hoy llamamos América. El 7 de julio de 1493, el Papa Alejandro nombró al Padre Boyl su Vicario apostólico y en la bula *Piis Fidelium*, que contiene este nombramiento, habla de América con estas palabras: "...tierras e islas que hace poco fueron por ellos (Fernando e Isabel) descubiertas, navegando hacia las partes occidentales, por el Mar Océano, desconocidas antes por todos..." Los reyes y el Papa deseaban ardientemente poblar esas tierras e islas de buenos cristianos y para ello el Papa no vaciló en dar amplias facilidades espirituales a quienes se resolviesen a cruzar el Océano: "... para que los fieles cristianos, en vista de su devoción, acudan con más facilidad a las referidas tierras e islas, sabiendo que conseguirán la salvación de sus almas, podáis

ordenarles, a cada uno de los referidos cristianos, de ambos sexos, que en persona se hayan trasladado libremente a las dichas tierras e islas, de conformidad, no obstante, con el mandato y voluntad de los dichos rey y reina, que tanto ellos como cualesquiera de los suyos pueden escoger un confesor idóneo, ya sea secular o regular, que los absuelva, como lo ha dicho, de los crímenes, pecados y delitos, aun de aquellos reservados a la Santa Sede; y de todos sus pecados que confesaren oralmente con el corazón contrito; y que, en la conmutación de votos, pueda ese tal confesor escogido, en la sinceridad de la fe, en la unidad de la Santa Iglesia Romana, en la obediencia y devoción nuestra y de los pontífices romanos nuestros sucesores que canónicamente hayan entrado al trono pontificio y canónicamente hayan permanecido en él, concederles con la dicha autoridad indulgencia y perdón, en vida una vez y en artículo de muerte, otra; asimismo, a los monasterios, lugares y casa que se erijan y se edifiquen, concedemos que puedan, lo mismo que los monjes y hermanos que residan en ellos, con la dicha autoridad y como favor especial, disfrutar y aprovecharse libre y lícitamente de todos y de cada uno de los privilegios, gracias, liberalidades, exenciones, inmunidades, indulgencias y otros indultos concedidos a los monasterios, lugares, casas, monjes y hermanos de las órdenes a las cuales se hayan concedido éstos en general, o se concedan en el futuro". (Traducción de Monseñor Sante Portalupi, en Gilberto Sánchez Lustrino, *Caminos cristianos de América*, Río de Janeiro, 1942.

Todo el proceso que condujo a realizar la empresa colombina y las primeras noticias que se tuvieron del descubrimiento de América, encuéntranse, como en un eco, en la bula del 3 de mayo de 1493, llamada *Inter cetera*, que dió a los Reyes Católicos los derechos que los portugueses tenían en el Africa con la obligación de difundir el catolicismo. En esta bula el Papa Alejandro empieza por recordar que "entre las obras que son gratas a la Divina Majestad y dignas del deseo de nuestro corazón, ocupa el primer lugar, sin duda por su prestancia, la exaltación, propagación y difusión de la fe católica y de la religión cristiana, por todas partes, sobre todo en nuestros tiempos; así como los trabajos por la salvación de las almas, el sometimiento de las naciones bárbaras y su reducción a la misma fe". Luego evoca "la reconquista del reino de Granada hecha por vosotros, en nuestros días, para gloria del nombre de Dios, librándoles de la tiranía sarracénica", y estampa estas palabras que parecen revelar propósitos desconocidos de los Reyes Católicos de emprender la conquista de la tierra, con la expansión mundial del catolicismo, antes que Colón expusiera su proyecto: "Sabemos por cierto que por estar demasiado ocupados en la expugnación y reconquista de dicho reino de Granada, no pudísteis llevar al deseado término vuestro santo y laudable propósito, que desde hace mucho teníais en mente, de buscar y descubrir algunas tierras e islas remotas y desconocidas, aún no descubiertas por otro, con el fin de someter al culto de nuestro Redentor y a la profesión de la fe católica a sus naturales y habitantes". No sabemos si esta atribución, de un intento de exploración del Océano, que no consta en ningún documento anterior a la empresa conlombina, es una gentileza del Papa —hecho poco probable— o una afirmación de los Reyes Católicos repetida, como era de práctica, por el Papa en su bula. Es muy posible esto último y no es de creer que los Reyes Católicos, tan sinceros en todas sus expresiones, por mandatos religiosos y de conciencia, lo inventaran para disminuir el mérito y la originalidad del proyecto de Colón. Toda la psicología de la lucha de los Reyes Católicos contra los moros evidencia este fin ecuménico de salir de la Península y extender el cristianismo sobre la amplitud de la tierra. La bula del Papa Alejandro descubre, pues, un propósito desconocido de los Reyes Católicos que nosotros hemos intuído y expuesto por primera vez en *Los últimos cruzados en la conquista de América* (Buenos Aires, 1942). Este hecho explica muchísimas supuestas oscuridades de la historia colombina. Ahora sabemos por qué España acogió el proyecto de Colón y no lo rechazó como Portugal, Inglaterra y Francia, y por qué esta nación llevó adelante, con tanto entusiasmo, la conquista y evangelización del Nuevo Mundo. Los Reyes Católicos no hicieron más que cumplir una empresa que ya habían iniciado con su lucha contra los musulmanes. El descubrimiento de América no empieza, por tanto, con Colón, sino con los Reyes Católicos. La empresa colombina fué una continuación de la lucha contra los moros, no sólo en el hecho en sí, cronológico, sino en el propósito superior que animó ambas misiones. Así lo sostuvimos en nuestro libro citado y ahora confirmamos nuestra interpretación con la bula que estamos analizando. He aquí cómo habla el Papa Alejandro VI: "Aún más, últimamente y con el agrado de Dios, recuperado ya el preindicado reino (de Granada), queriendo poner en ejecución vuestro deseo, proveísteis a nuestro dilecto hijo Cristóbal Colón, de naves y de hombres equipados para ese fin, no sin grandísimos trabajos, peligros y gastos, para que buscara diligentemente, por mares antes nunca navegados, esas remotas y desconocidas tierras; las cuales, al fin, después de muchos trabajos, navegando por el mar océano, hacia las partes llamadas occidentales, en la dirección de las Indias, descubrieron, con el auxilio del divino, unas islas extremadamente remotas, además de tierra firme, que nadie había descubierto aún, en las que habitan multitud de personas que viven en paz y que, como se dice andan desnudas y no comen carne..." La conquista de las tierras americanas fué para los Reyes Católicos una acción comparable, y en muchos puntos idéntica, a lo que otros reyes

españoles, sus antecesores, habían hecho con las mismas tierras de España, sometidas a los musulmanes, y con islas como las Canarias. No había interrupción ni diferencias en el estilo de las empresas. Así lo dice, también, el Papa Alejandro VI: "...y, considerando todo esto y, principalmente, la propagación y difusión de la fe católica, diligentemente como conviene a reyes y príncipes católicos, entendisteis, imitando a los reyes vuestros progenitores, de ilustre memoria, que debíais someter a nos y reducir a la fe católica con el favor de la clemencia divina, las referidas tierras e islas, así como sus naturales habitantes..." Si algún crítico quisiese anular el testimonio de la bula pontificia, en que consta que los Reyes Católicos habían proyectado el viaje colombino antes de conocer a Colón, con el argumento de que esa declaración sólo tuvo por fin justificar la donación de las nuevas tierras que el Papa hizo a los reyes, podríamos constatar que se trata de un argumento improcedente, pues en la misma bula Su Santidad deja constancia que "os concedemos, donamos y asignamos a vosotros y a vuestros herederos y sucesores, los reyes de Castilla y de León, perpetuamente, todas y cada una de las referidas tierras e islas desconocidas... que hayan sido descubiertas hasta el presente por vuestros enviados, o que se descubriesen en el futuro, siempre que no estén bajo el actual dominio de ningún príncipe cristiano, y os investimos para siempre, con la autoridad apostólica, a vosotros y a vuestros referidos sucesores y herederos, del señorío de esas tierras..." Es decir: el Papa entregaba a los Reyes Católicos las tierras que no perteneciesen a otros príncipes cristianos, fueren lo que fueren. El derecho era adquirido por el hecho material del descubrimiento. No interesaba que hubiesen proyectado el descubrimiento en otros años. Por tanto, la afirmación de que los Reyes Católicos se habían anticipado a Colón en el propósito de alcanzar el Oriente por el Occidente no fué hecha con ningún fin interesado. En aquellos momentos tampoco podía existir el fin de quitar a Colón la gloria del descubrimiento. Las ambiciones y la conciencia del triunfo o la trascendencia del hecho, aun no habían comenzado. La autorización de descubrir tierras fué dada el 4 de mayo de 1943, "hacia el Occidente e Mediodía, fabricando e componiendo una línea desde el polo ártico al polo antártico, ora las tierras firmes e islas sean halladas e se hayan de hallar hacia la India o hacia otra parte cualquiera, la cual línea diste de cualquiera de las islas que vulgarmente llaman de los Azores e Cabo Verde. Cien leguas hacia el Occidente e Mediodía..." El 25 de septiembre de 1493, el Papa amplió esta autorización "a todas y cualquier islas y tierras firmes, falladas y por fallar, descobiertas y por descobrir, que navegando o caminando hacia el Occidente o el Mediodía, son o fueren o aparecieren, ora

estén en las partes occidentales o meridionales y orientales de la India..."

§ 13. *El Patronato y la Evangelización*

Los reyes de España no fueron tan liberales como el Papa en sus permisos de partida a las nuevas tierras americanas. El Papa permitía el traslado de cualquiera persona, con tal de que hubiese confesado sinceramente su culpa. Los reyes de España no llegaban a tanto: exigían que el viajero a Indias no tuviese ni cuentas con la justicia ni mala fama ni mezcla de sangre mora o judía. Sabido es que sólo por excepción pasó algún condenado al Nuevo Mundo y que Cervantes, con todo su talento, no fué considerado suficientemente honesto para dejarlo embarcar rumbo a América. España creó una nueva España o Nueva Europa en las tierras americanas y dió vida a una nueva legislación para los indígenas e hispanoamericanos: caso único en la historia humana. Las leyes de Indias consultaban las necesidades americanas para resolver los problemas americanos. Los reyes no hicieron ninguna ley con criterio o visión europea. Los otros países fueron a colonizar con sus leyes y las impusieron a las buenas o a las malas. España, no: las fué creando a medida que se hacían necesarias. Por ello la conversión de los infieles iniciada en escala mundial por España señala el comienzo de los tiempos modernos, del mismo modo que la conversión de los infieles empezada por San Francisco y Raimundo Lulio marca el principio del renacimiento italiano. La Edad Media no fué un período de oscuridad, como tantas veces se ha dicho. Fué una larga época de evolución o revolución. El noventa por ciento de lo que hoy somos y sabemos lo debemos a la Edad Media. La religión católica, con todas sus herejías, se robusteció en los mismos siglos. Francisco Sureda Blanes (*El beato Ramón Lull*, Madrid, 1934) ha hecho una defensa precisa y hermosa de la Edad Media. La Edad Media no es una noche, sino una luz después del hundimiento del paganismo. Los tiempos modernos son la Edad Media llegada a su madurez. "El Medioevo —dice Sureda Blanes— rompió para siempre la unidad imperial haciendo posibles las nuevas nacionalidades; creó las lenguas modernas eliminando el latín, y adquirió con la suma variedad de lenguaje, una valoración de orden intelectual inagotable; inauguró la distinción entre lo temporal y lo espiritual, apoyándose en las palabras evangélicas (solamente fué retardado el éxito de esta distinción por el egoísmo siempre ambicioso de los monarcas absolutos, creación lamentable del Renacimiento) haciendo posible la mutua convivencia de todos los hombres". Florecieron las libertades y todas las formas de asociaciones; nacieron los gobiernos constitucionales y representativos; el arte hizo posible el renacimiento; palpitó

una nueva poesía; se formó una filosofía; la teología alcanzó altos vuelos; la santidad, el misticismo, el ascetismo, todas las formas de pensamiento se desarrollaron enormemente. Las mimas guerras medievales prepararon el futuro político de Europa. Sureda Blanes hace notar, con acierto, que la idea de una Edad Media oscura no aparece, como concepto, antes de 1835, en que así lo definió el diccionario de la Academia francesa. La división de la historia en edades es obra del siglo XVIII. En 1725, el profesor de Leipzig, Cellarius, fué el primero en usar la palabra medioevo en los manuales escolares. Loecher, en una obra impresa en el mismo año y en la misma ciudad, llevó la denominación a Alemania. Nuestra tesis de que el Renacimiento iltaliano no fué sólo la resurrección de lo clásico, sino, principalmente, la repetición de la obra de los apóstoles, es la visión, libre de prejuicios, de la historia. El cristianismo había degenerado en innumerables aspectos. San Francisco, en algunos puntos, como un verdadero reformador, le devolvió un tanto de su pureza. Raimundo Lulio hizo otros grandes esfuerzos para completar, o revirir, la obra de los apóstoles. El descubrimiento de América fué la culminación del Renacimiento por el vuelo que tomó el cristianismo y las alas que le nacieron a la libertad de pensar. El sueño de los apóstoles y la doctrina de Cristo se vieron próximas al triunfo total gracias a España y a Cristóbal Colón. España ensanchó el imperio cristiano e hizo por el cristianismo lo que no hicieron los mismos Papas. Tuvo a raya a los turcos y los hundió en Lepanto. Salvó el espíritu católico de una completa ruina con la contrarreforma. Echó, con el Gran Capitán, a los franceses de Italia. "Además de los reinos y dominios ocupados a los moros, sarracenos y a otros infieles, hace poco conquistaron, con el auxilio de Dios, por medio de su valiente y poderoso ejército y de su armada, preparada para combatir a los infieles, una isla notable, situada en el archipiélago llamado de las Indias o adyacentes a las mismas, la cual sometieron al propio dominio del rey y de la reina". En esta isla Española el Papa Julio II nombró los primeros obispos del Nuevo Mundo (15 de noviembre de 1504).

El Patronato significó el triunfo de la fe en las tierras de Colón. Era un derecho que correspondía a los reyes de España desde el año 1445 en que el Papa español Calixto III accedió a nombrar como arzobispos, obispos y abades a personas que fuesen del agrado del rey de Castilla. El rey creyó que se trataba de una presentación de personas y el Papa, sin discutir, nombró a los obispos presentados. Los Papas Sixto IV e Inocencio VIII quisieron negar este derecho o hábito de nombrar a los arzobispos, obispos, etcétera, a los Reyes Católicos y éstos, a pesar de su fe, se mantuvieron firmes en sus prerrogativas frente a Roma. Después de la toma de Granada, el Papa español Alejandro VI confirmó y amplió el Patronato de

los Reyes Católicos. Julio II terminó por reconocer que los Reyes de España tenían, también, amplio derecho a extender el Patronato al Nuevo Mundo (28 de julio de 1508). En la bula de esa fecha el Papa recuerda la lucha contra los moros y el descubrimiento de América como si fuesen una sola empresa: "Habiendo, hace algún tiempo, nuestro queridísimo hijo en Cristo, Fernando, ilustre rey de Aragón y de Sicilia, e Isabel, reina de Castilla y de León, de esclarecida memoria, librado a España del yugo de los moros, se internaron en el Océano para llevar el estandarte bienhechor de la cruz a tierras desconocidas e hicieron todo lo posible para que se cumpliera la sentencia que dijo: *por toda la tierra se esparció su sonido* y sometieron muchas islas y lugares desconocidos, sobre todo una entre ellas, de gran valor y pobladísima, a la cual denominaron Nueva España". El 7 de junio de 1514, el Papa León X otorgó al rey don Manuel de Portugal los derechos del Patronato y Presentación, no a perpetuidad, como a los reyes españoles, sino por cada nombramiento. Estos derechos, como es natural, los heredaron las repúblicas americanas. Pero en los actuales concordatos, la Iglesia no acepta el Patronato. En tiempos de la conquista, el Patronato dió a España un poder tan fuerte como el de Roma en el Nuevo Mundo. Gracias al Patronato y a las misiones, la historia religiosa de América es incomparablemente superior, en disciplina y santidad, a la de Europa. En América, los Reyes de España tuvieron todos los poderes eclesiásticos y al Papa sólo quedó la fe católica. Es preciso admitir que la propagación de la fe no era tanto por la fe, sino por el dominio político que ella implicaba. Imponer el catolicismo equivalía a imponer las leyes de España. Decir que toda la conquista tuvo un único fin espiritual es no saber ni historia ni nada. Por ello los reyes de España tanto defendieron al Patronato. Con él colocaban a los gobernantes espirituales donde les placía. Las autoridades militares y civiles españolas vivieron en perpetua lucha con las autoridades religiosas, como si la fe y el temor a las excomuniones no existiesen en sus espíritus. El siglo XVI —aunque parezca una paradoja— fué un siglo esencialmente liberal. Había fe en Dios, pero no sumisión al clero. Hoy es todo lo contrario: hay temor político o social a la Iglesia y hondo escepticismo interior. La Iglesia ha ganado, aparentemente, algo en fuerza política: pero Dios, por su culpa, se está derrumbando. Mucho de esto también ocurría en el siglo XVI. Felipe II encargó al virrey Toledo que prohibiese "asistir... arrimados o echados sobre los altares ni pasearse al tiempo que se dijesen las misas". Las avanzadas de los conquistadores no eran propiamente avanzadas de la fe. La conquista no tenía como fin propagar la religión católica. Esto lo podrán sostener quienes están acostumbrados a tergiversar la historia. No es la verdad. Los documentos hablan de propósitos de conversión por pura fórmula y la

realidad histórica confirma este formulismo documental. La prueba está en que la labor evangélica no se unió a la conquistadora y colonizadora y siguió un camino separado e independiente, a veces paralelo, al de los conquistadores y a menudo en pugna. Decir que las empresas de los conquistadores, que todos los descubrimientos y todas las fundaciones estaban movidas por la propaganda de la fe —repetimos— es decir un solemne despropósito. La presencia de algún cura en algunos de estos actos no autoriza a sostener tesis tan descabellada. Si la conquista hubiese sido puramente religiosa, los reyes habrían dejado al Papa el derecho de nombrar los obispos. En cambio, fué todo lo contrario. Dar la religión era dar, entonces, una unidad política. Por ello —por el verdadero fin político— se recomendaba su divulgación.

§ 14. *Misiones y misioneros*

Estas verdades no impiden reconocer otras y hermosas verdades: la labor extraordinaria de los misioneros y su espíritu maravilloso. Debemos distinguir misioneros y curas y frailes de ciudades. Los primeros eran santos por naturaleza. Los segundos eran: uno buenos, y otros, unos crápulas. La palabra parecerá dura, pero el que quiera documentos, que avise. Ni los mismos historiadores eclesiásticos, unilaterales, pueden negar que entre tantos buenos sacerdotes había gran número de ovejas con sarna. No se trataba de excepciones, como se suele decir, por disculpa, sino casi de reglas. Desde las historias críticas de la inquisición de Lea y de Medina (nótese que no citamos a Llorente) hasta las tremendas cartas pastorales de fray José Antonio San Alberto —por no escribir una bibliografía con varios miles de documentos— vemos cómo el clero sedentario se corrompía y terminaba en la ignorancia, con vicios, culpas o hijos, que era lo mejor que podía hacer. En cambio, los misioneros, solos frente al Indio, en el escenario imponente e infinito de las selvas, llevaban a cabo empresas comparables a las de los conquistadores. Era la fe quo los impulsaba y era, en primer término, su raza de españoles. Los conquistadores no se movían por la fe religiosa, sino por otros ideales, y realizaban hazañas tan desesperadas y sublimes como las de los misioneros, en cantidad, por cierto, enormemente superior a las de los santos varones. Es porque unos y otros, por encima de católicos, eran españoles, y cuando se dice español —nombre que debe pronunciarse con el sombrero en la mano— se dice héroe, santo y divino alucinado. España, primera nación del mundo en su tiempo, levó el espíritu del hombre a los mal altos grados que puede alcanzar la naturaleza humana y nada de cuanto tenga sangre española debe sorprendernos, porque, para ella, no ha existido, ni existe, lo imposible. Es así que en un continente bárbaro o salpi-

cado de culturas sangrientas, como las de México y el Perú, los españoles —conquistadores y santos— crearon una Europa en muchos puntos superior a la misma Europa. Levantaron espléndidas ciudades, catedrales soberbias, universidades famosas, palacios magníficos, etcétera: hicieron, en fin, lo que ningún otro pueblo de la tierra pudo ni siquiera soñar. "Un gobernador de la Nueva Granada —decía Gil González Dávila— que fué Andrés Díaz de Venero, fundó cuarenta poblaciones y edificó cuatrocientas iglesias, ermitas y doctrinas de indios". Los indios eran hombres con espíritu salvaje o de niños degenerados. Toda la literatura moderna que habla del indio como de un ser superior al blanco es tan injusta y errónea como esa otra literatura, de sabios ignorantes, que defienden el racismo. El indio, una vez que entra en la civilización, es tan hombre como cualquier otro hombre; pero antes de conocer el nuevo mundo espiritual de los conquistadores, salir de sus selvas o llanuras y adaptarse a la mentalidad hispánica, es una bestia o un ser incomprendido e incomprensible. Es preciso darse cuenta de estas diferencias y no dejarse alucinar por sensiblerías anacrónicas ni por las declamaciones huecas de la política indigenista. Cuando se comprende la psicología de la sociología de aquel entonces se admira, en sumo grado, la labor tenaz y sacrificada de los misioneros. Ellos tenían, con bondad, con amor y otros mil recursos, que sacar a los indios de su vida campestre, de sus religiones, de sus hábitos diarios y hacerlos actuar, como autómatas, en una existencia para ellos esclavizadora. Misioneros e indios, con sudores sangrientos, construían casas, pueblos, iglesias, sembraban, trabajaban en mil quehaceres: creaban, en fin, en un desierto, ciudades milagrosas. Los métodos para lograr tales hechos sorprendentes iban desde la música embelesadora hasta los latigazos sistemáticamente aplicados. El látigo fué el instrumento civilizador de las misiones: el más eficaz y el más amado por los padres. Los puritanos, fariseos y redactores de pasquines católicos se indignarán de estas palabras y, como de costumbre, acudirán a sus eficaces principios de calumnia para negar una verdad histórica difamando a quien la divulga. No obstante, no creemos que se atrevan a contradecir la palabra del eminente jesuita P. Constantino Bayle, el cual, en su excelente obra *La expansión misional de España* (Madrid, 1936, con *nihil Obstat*) después de traer una serie impresionante de testimonios en favor del látigo y de las continuas disposiciones de los reyes que lo prohibían, indignados, dice estas palabras: "La nota de los azotes hará torcer el gesto a algunos que la tendrán por desabios de la pedagogía añeja de la palmeta y zurriaga. Pero el hecho de que la aplicaran siempre, y todos los misioneros, algo dice en su favor; y juzgar *a priori* corre el riesgo de estrellarse con la experiencia. Conocí un Superior de Misión, que al ser nombrado, desde el camino, pro-

hibió a los misioneros el código tradicional: y después se le reían ellos cuando creían que era el primero en aplicarlo". No vamos, pues, a juzgar ni *a priori* ni *a posteriori*, sino a dejar constancia que muchos, por no decir *todos*, como el P. Bayle, eran los misioneros que obtenían sus conversiones a latigazos y que ni los reyes autorizaban este edificante sistema ni los conquistadores, salvo excepciones, matemáticamente castigadas, necesitaban vivir en paz con los indios a fuerza de látigo. En efecto, cuando Felipe II prohibió a los frailes de la Nueva España castigar tanto a los indios con el famoso látigo, el buen padre fray Pedro de Escobar, todo compungido, temblando por la salvación del alma de los indios, escribió al rey que esa orden, de no usar el látigo, era "la mayor persecución que a los naturales después que son cristianos ha venido" (Padre Baile, *ob. cit.*, p. 109). El error de las misiones fué de psicología pedagógica; no fué de buena intención ni de sacrificio en los misioneros. En las misiones se vivía automáticamente, a son de campana, *hasta para cumplir los deberes conyugales* (esperamos que alguien sea capaz de negar este hecho) y en las parroquias de indios el Concilio de Lima, convocado por Santo Toribio de Mogroviejo, disponía que "todas las noches los niños de la doctrina toquen la campana y recen en alta voz por las plazas las oraciones por las almas del Purgatorio". Con este eufórico estado de ánimo, no debe sorprender que los salvajes siguieran niños o se escaparan a la selva, expantados. cuando sus piernas aún servían para tanto. En Córdoba, un jesuita recién llegado se sorprendió de ver a los jóvenes indios cantar a la perfección con sus papeles de música en la mano; pero más se sorprendió cuando comprobó que las músicas estaban al revés y que los niños cantaban de memoria... y de miedo. No ignoramos los ataques calumniosos y subterráneos que nos han de llegar por decir estas verdades. Historia es honradez y si hay gente que, espiritualmnte, no lo es, nosotros no vamos a torcer nuestra línea de conducta moral tan recta como nuestra vida. No deben ver, ciertos fariseos del clero, en nuestra palabras, ningún ataque al catolicismo. Quien así lo viere será injusto y embustero. Admiramos históricamente y espiritualmente, el catolicismo que es nuestra cultura personal y nuestra genealogía, sin excepción, desde innúmeras generaciones. Sólo queremos hablar con un sentido, no nuevo *(nihil novarum...)*, sino verdadero, de la historia colonial en su doble aspecto civil y religioso y comprender la vida de las misiones como realmente fué y no como quieren que haya sido ciertos historiadores con tesis inútilmente preconcebidas. Las misiones fueron un fracaso, aunque esto tanto duela a varias órdenes religiosas. Todas llevaban en sí el germen del fracaso: era la ausencia completa de humanidad y al hombre se le conquista humanamente, no con otros métodos. No fracasaron, en cambio, la

casi totalidad de las ciudades, pueblos, fuertes, rancherías, campamentos, etcétera, de españoles que se unían a las mujeres indias y formaban en seguida una familia. Los conquistadores no se preocupaban de obligar a los indios a oír misa a fuerza de cepo, latigazos y otros castigos, como lo hacían los doctrineros. Vivían con ellos, a la buena de Dios, y la conversión se hacía sola, por imitación, por asimilación, con más sinceridad y éxito que las conversiones de millares de almas logradas por ingenuos misioneros con una bendición. Otros misioneros, más zorros, por no decir inteligentes, procuraban las conversiones por engaño o inconsciencia: insensiblemente hacían bailar y cantar a los indios cosas santas, es decir, la doctrina cristiana. Los indios, creyendo que cumplían con sus creencias, aprendían otra creencia. También colocaban una imagen cristiana frente a un ídolo para que la adoración se dirigiese a uno en vez del otro, y con estas puerilidades —prohibidas a menudo por los Papas sensatos— muchos misioneros quedaban satisfechos. Junto a estos procedimientos —la fe no tiene barreras— existía, en sumo grado, la sed del martirio, el afán de lograr grandes conquistas espirituales. Todo lo que los misioneros luchaban y sufrían fué inmenso para referir y comprender. El más insignificante de ellos merece un monumento. Cambiar el espíritu de millones de hombres es tarea más dificultosa que conquistar, por la fuerza a esos mismos millones. La lucha era —aunque parezca mentira— más fácil con los indios acostumbrados a cultos religiosos bien definidos que con los indios ateos, sin religión alguna o burdas supersticiones. Los primeros cambiaban con relativa facilidad de creencia; los segundos tardaban más en comprender tantos misterios. Oficialmente no se obligaba al indio a adoptar el cristianismo; pero era lícito defenderse contra sus ataques si seguía y se comportaba como bárbaro o antropófago. Esto era muy justo. El intercambio de ideas se hacía entre indígenas y misioneros por medio de los idiomas que unos y otros aprendían. Los indígenas habían aprendido el español, y los misioneros llegaban a saber hasta cinco y diez idiomas nativos. Por último se propuso —ante la enorme cantidad de lenguas americanas— que se difundiesen algunos idiomas llamados generales, como el guaraní en la costa del Brasil; el nahualt, en México y Guatemala, y el quichua, en las regiones peruanas. Las misiones llegaron a producir resultados magníficos: jesuítas, franciscanos, capuchinos, etcétera, fundaron cientos de misiones, convirtieron miles de indios y llegaron a tener miles de animales. En cambio, en el Río de la Plata y en otras partes del Nuevo Mundo, había extensiones inmensas, pueblos y verdaderas ciudades sin un sacerdote, o uno o dos. Esto es suficiente, a ciertos críticos, para explicarles el liberalismo de algunas partes de Amé-

rica. Añaden que los indios, siglos después del descubrimiento, seguían tan infieles como antes, a pesar de sus prácticas cristianas, que ocultaban sus ídolos detrás de los altares o los enterraban en las proximidades de las iglesias. El liberalismo americano no es un liberalismo pagano ni autóctono. Es un liberalismo español, crítico y filosófico, que vino de España junto con la cultura española y aquí vivió y se desarrolló frente al fanatismo y al absolutismo.

Hemos dicho, de un modo general, que todos los misioneros eran santos. Algunos pobres frailes tenían un pasado extraordinario. Fray Francisco de Pamplona, que en 1650 llevó a los capuchinos a las selvas terribles de Venezuela, había sido general de la armada de Cataluña y llamábase don Tiburcio de Redin. Todos ellos difundían la palabra de Cristo y el nombre de España en los más apartados rincones del mundo. San Francico Javier y el Padre Anchieta eran españoles que servían bajo las órdenes de Portugal. Uno se fué al Japón y a la China y el otro a las selvas del Brasil. En pleno siglo XVI otros españoles se dirigieron al Congo, a Persia, a Ormuz, al Mogol y a Etiopía. Misioneros españoles recorrieron el Norte de Africa y custodiaron, en Jerusalén, el Santo Sepulcro. Un fraile agustino, llamado Andrés de Urdaneta, que había navegado por los mares de Filipinas, fué llamado por Felipe II para que saliese de su convento y acompañase a Miguel López de Legazpi, como director de su ruta, en su viaje a Oceanía. La conquista de Filipinas fué un paso en la conquista del Japón, de China y de todo el Oriente. Quienes ponen en duda este propósito ignoran los antiguos deseos españoles, anteriores al mismo viaje de Colón, de encerrar algún día a los infieles entre el Oriente y el Occidente: ignoran el verdadero fin de la expedición colombina, destinada a las tierras de Oriente, e ignoran, por último, los esfuerzos que hizo España —sin olvidar gastos enormes— para enviar conquistadores y misioneros a todos los rincones del mundo. Ya hemos dicho que la extensión de la fe católica era, en cierto modo, la extensión del dominio español. En el último cuarto del siglo XVI la acción de los misioneros se hizo temeraria y fervorosa. Sus empresas no obedecían a un impulso oficial, sino a una inspiración superior. Los jesuítas eran los menos y los franciscanos, dominicos y agustinos, los más. Los infieles convertidos por los misioneros españoles sobrepasaban en número, largamente, a todos los otros convertidos de la tierra. La decisión de algunos misioneros alcanzaba límites inconcebibles: el padre Alburquerque quiso hacerse esclavo para penetrar en China, donde estaba prohibida la entrada de extranjeros, a menos que fuesen vendidos como esclavos. El rey de España cometió el gravísimo error en no permitir al gobernador de Filipinas, el doctor Francisco de Sande, lanzarse a la conquista de la China. Habían pasado los tiempos sublimes de las conquistas de hierro y habían comenzado los de las tratativas diplomáticas, que tantos desastres significaron para España. Los jesuítas, con los métodos a que alude su nombre, fueron los primeros en obtener éxitos en China. Las otras órdenes los criticaban y decían que los suyos no eran "pasos de Evangelio". En vez de convertir a los pobres y a las masas, se hacían recibir en los palacios y trataban de convertir primero a los reyes y a los ricos. Así se aseguraban las espaldas, o el cuello, y pensaban lograr más conversiones, por orden imperial, que empezando desde abajo. Además, asimilaban a tal modo el culto cristiano al culto pagano, que ya no se sabía cuál era uno ni cuál era otro.

Las misiones fracasaron y el Papa Clemente XI prohibió los ritos y los procedimientos de los jesuítas. Entretanto, otros españoles: San Francisco Javier, el padre Cosme de Torres y el hermano Juan Fernández, iniciaban la evangelización del Japón, y otros españoles, en un esfuerzo novelesco y estéril, trataban de conquistar Camboya. La intransigencia en China y en el Japón era espantosa. Para penetrar en sus puertos los holandeses, ingleses y demás protestantes debían ultrajar crucifijos e imágenes del Redentor. Quienes no se somentían a estas pruebas eran decapitados. España civilizó, con la introducción del cristianismo, la mitad del mundo. No conquistó toda la tierra por detenerse a crear una nueva España en el contiente americano. Si su empuje hubiese ido más lejos, y la llegada a las costas orientales se hubiese producido medio siglo antes, hoy la lengua española se extendería sobre la inmensidad de la tierra y las libertades de España habrían prendido, junto con la religión de Cristo, en todos los corazones

VII

LA INDEPENDENCIA HISPANOAMERICANA

§ 1. *La historia de las ideas.*

En otros tiempos se creía que la historia era crónica. Hoy se sabe que la historia es pensamiento y que su fin es analizar las ideas que mueven a los hombres. Todo hecho llamado histórico es en realidad una idea triunfante o fracasada. Los historiadores de América han conocido los hechos sin sospechar su naturaleza, es decir, sus ideas. En otras palabras: han anotado frases con puntos y comas, dichas en una lengua desconocida. Entre nosotros todavía no se ha hecho ni la historia de los motivos políticos —argumentos, etcétera— ni de las ideas verdaderamente políticas. Realmente puede asegurarse que la historia de América sólo ahora comienza a ser comprendida en su naturaleza y en sus ideas. Podríamos decir que pasamos a estudiar la metafísica de la historia si la historia no fuese, precisamente, esta metafísica.

La nueva historia de América abandona la parte teatral, heroica y exterior de los hechos para ir a la comprensión de los hechos, a su alma y a su esencia. No habla de números muertos, sino de las verdaderas causas ideológicas que produjeron esos muertos. La historia, así, se hará completa, será integral y se extenderá desde la idea hasta el último resultado de esa idea.

Durante años hemos creído que la independencia de América fué originada por causas económicas. Nosotros mismos —obsesionados por prédicas constantes— hemos insistido sobre el tema destacando los puntos económicos que tantos autores tomaron como causas. Hoy consideramos imcompleta la labor de los historiadores que tienen un concepto absoluto de la historia económica, materialista o marxista y creen terminada la investigación de nuestro pasado sin necesidad de conocer uno solo de los pensamientos que agitaron al pueblo de la independencia. Todo lo hecho, desde el punto de vista económico, no ha sido inútil y si no se hubiese realizado habría que repetirlo. Falta analizar la historia con otras miradas y falta conocer lo que hasta ahora no se ha conocido. Es decir: hay que mirar la historia como psicólogos e indagar las ideas de los llamados revolucionarios. Sus ideas

rara vez fueron originales. Ellas tuvieron raigambre europeas, en especial españolas. Fueron fuerzas generales dentro del mundo hispano-americano. Ignorarlas es un grave error. Algunos estudiosos tuvieron de ellas una intuición y las buscaron rehaciendo la historia del derecho español. El camino no dió los resultados apetecidos, porque el derecho es estatismo, inmovilidad. Las ideas que llevaron a la guerra civil no pertenecen a normas fijas —como el derecho— sino a ideales por realizar, a aspiraciones que luchan, se abren paso y aún no han llegado a la inmovilidad del derecho.

El desconocimiento de la génesis espiritual de la revolución americana ha hecho falsear en muchos puntos la historia. Hemos presenciado en incontables manuales, el correr de hechos mudos, sin razones, y nunca nos hemos preguntado, ante tantos acontecimientos, luchas y odios, el porqué de su existencia. Lo que hemos llegado a contestarnos, aun en obras serias, fué: necesidad de comercio. Y hemos comprobado, con no poco asombro, que esa necesidad no era realmente una necesidad ni una fuerza capaz de explicar toda una guerra civil y toda una independencia del Nuevo Mundo. Los verdaderos orígenes han sido, pues, cándidamente, satisfactoriamente, ignorados. Los historiadores, por pereza u otras causas, han preferido no indagarlos en los cerebros de los actores. Fué más cómodo dejar intacto el mundo hirviente de los ideales hispanoamericanos. Hoy la historia ahonda por igual todas las causas. Así se descubre que muchos problemas, aparentemente resueltos, no sólo están en sombras, sino que nunca fueron tocados.

El despertar de las ideas fué general en América en determinado momento. No fué una chispa encendida en un punto y de allí extendinda a todo el Continente. Fué un ideal que, en forma simultánea, aparece en mil sitios a la vez. Hombres que nunca habían oído hablar uno del otro pensaban y obraban de la misma manera. Es indudable que había en todas partes una causa común. Unos hombres respondían a un mismo llamado y, simultáneamente, otros hombres se ponían en contra. Descubrimos que se trata de principios políticos y que los problemas económicos eran desconocidos a los personajes del drama. Aun no sabemos, según los lugares, si fueron las mayorías o las minorías las que hicieron la guerra civil en América. Lo indudable es que donde una minoría alzó la voz pronto una mayoría hizo coro. Los intereses de unos y de otros si no eran opuestos eran muy diferentes. Hubo, pues, algo que movió a todos por igual, un ideal que unió a pobres y a ricos, a clericales y anticlericales y a españoles y a nativos en contra de otros seres semejantes con ideas muy distintas. La lucha fué de principios y, como tal, llevó a las armas

y al odio. Si no hubiera habido principios e ideales no habría habido lucha.

Durante la colonia los focos de ideas fueron las grandes ciudades conventuales y las ciudades con una universidad. La imprenta fué el primer vehículo de estas ideas y los puertos y los claustros los lugares donde más se debatieron. El ambiente americano agudizó los extremos. El problema de los indios y de los naturales sirvió de piedra de toque en muchísimos casos. Las teorías europeas hallaban en América el ambiente, la oportunidad y los casos para su aplicación práctica. Absolutismo y liberalismo pasaron en América de la teoría a una realidad muy diferente de la que podía ofrecer Europa. Los grandes acontecimientos históricos europeos nunca fueron ignorados en América; pero rara vez ejercieron en ella una verdadera influencia. Así ocurrió desde la revolución francesa hasta la revolución rusa. Fué América, en cambio, la que decidió los destinos de Europa y del mundo: en 1492, en 1776, en 1810, en 1918 y en 1942. El manifiesto de Marx y de Engels es uno de los primeros documentos sociológicos que da un gran valor, trascendental, al descubrimiento de América en los destinos de la humanidad. Aquí había problemas, como el justo título de la dominación, las nuevas razas, la condición jurídica de las nuevas tierras, etcétera, que en Europa nunca se habían conocido. Es por ello que hay un derecho y una sociología de Indias por completo separadas del derecho y de la sociología de Europa. El problema de la tierra fué en América un problema complejo por la condición jurídica de los que nacían en ella. El problema del comercio engendró también muchas cuestiones: no sólo por sí mismo y las leyes que lo regulaban, sino por las diferencias que admitía en las personas que comerciaban. Había causas políticas y jurídicas que influían sobre el comercio y no era el comercio que influía sobre las ideas políticas y las ideas jurídicas. No todos los comerciantes tenían las mismas ideas políticas, ni todos los ciudadanos, agricultores, universitarios, militares y clérigos.

Los gremios, las castas y las razas no uniformaban ideas. Un comerciante tenía una idea política y otro comerciante tenía otra. Lo mismo ocurría con los clérigos, militares, etcétera.

Las ideas que los colonos españoles trajeron al Nuevo Mundo se agruparon en dos amplios campos: el de la democracia y el del absolutismo. La lucha de los comuneros, en el Paraguay, es una hermosa muestra de este choque de ideas. Los que han estudiado a los comuneros no han analizado ni comprendido la génesis de sus ideas. No todos los jesuitas, tampoco, tenían la mentalidad política de los que se oponían a los comuneros. Algunos pensaban con más audacia que los mismos comuneros: ejemplo: el padre Muriel. Las ideas que despertaron a los comuneros se

unieron, más tarde, a las protestantes, enemigas de España, partidarias de la leyenda negra. Un tercer aporte fué el anticlericalismo. Hubo, así, una amalgama de democracia jurídica, de antiespañolismo y de anticlericalismo. Los españoles que profesaban estas ideas substituían el antiespañolismo por el antiabsolutismo de los Borbones. En su contra tenían a lo absolutistas antidemócratas y clericalistas. No hubo tradición del Renacimiento entre nosotros: primero porque el Renacimiento es un instante de la historia italiana y ni en España ni en el resto de Europa hubo Renacimiento, y luego porque el espíritu del Renacimiento fué en muchos aspectos contrario al espíritu español, primero, e hispanoamericano, después.

El Renacimiento fué, políticamente, absolutista, e Hispanoamérica fué, en gran parte, liberal. El liberalismo del Renacimiento era irreligiosidad, por un lado, e inmoralidad, por el otro. El Renacimiento nunca fué democrático y políticamente liberal. Por ello las doctrinas del Renacimiento nada tienen que hacer ni en España ni en América, porque Hispanoamérica tuvo su tradición propia, tanto de liberalismo como de absolutismo.

Las ideas españolas fueron en gran parte las ideas de nuestra América. Todo cuanto bullía en España bullía en América. La importación de ideas era constante. Esta importación se hizo aguda en la época de la guerra civil. Los oficiales españoles y los americanos que habían salido unidos de sus países volvían con un mundo de ideas liberales en el cerebro, dispuestos a luchar por la libertad en contra del absolutismo. Es digno de observar y tener muy en cuenta, como prueba de esta tesis, que Miranda, San Martín, Bolívar, Pueyrredón, Iriarte y tantos otros campeones de la independencia americana salieron de España con su ideología ya formada, con el fin único y preciso de luchar por la libertad. Sus confesiones, plenas y claras, no admiten discusiones sobre este particular. La independencia americana fué, pues, en su origen, una lucha por la libertad civil que separó por igual tanto a los nacidos en la Península como a los nacidos en América.

Este ideal de libertad apareció por primera vez en España y no en América. Recuérdese, por último que ningún héroe americano pensó, en sus comienzos, en la independencia política, sino en la libertad o independencia civil, y que su odio no fué contra España, sino contra el despotismo.

§ 2. *La ninguna influencia de la revolución francesa.*

El estudio de la vida y del proceso de Antonio Nariño demuestra claramente que no fué la revolución francesa la que influyó sobre su espíritu cuando tradujo los *Derechos del Hombre.*

Fueron las viejas doctrinas sintetizadas en dicha declaración. En 1795 expuso en su defensa, escrita por él y por el doctor José Antonio Ricaurte, que todos los principios contenidos en los *Derechos del Hombre*, que él había impreso y destruído, sin que pudiese hallarse un solo ejemplar, encontrábanse en innumerables libros publicados en Madrid, que circulaban libremente por España y América. Luego, con citas que abarcaban el pensamiento político desde Sócrates y Santo Tomás hasta el Conde Carli y Heinecio, demostró que la doctrina de la igualdad de los hombres había existido en todos los tiempos y había sido defendida por los grandes genios católicos. Los señores de la Audiencia sostuvieron que esas doctrinas eran perversas e hicieron la más fuerte apología de los derechos divinos de los reyes. Indignados, castigaron también al abogado defensor. El proceso de Nariño no fué, en absoluto, un proceso por la independencia, por la separación política. Nadie, entonces, pensaba en la independencia, ni Nariño ni los señores de la Audiencia. Fué una lucha cerrada entre los partidarios del derecho divino de los reyes y los defensores del derecho natural del hombre. El temor a la revolución francesa, de las autoridades españolas, no residía en la posibilidad de una independencia —pues la revolución francesa nunca la había insinuado ni para América ni para ninguna otra parte— residía en la defensa de los derechos naturales del hombre en contra del derecho divino de los reyes. Nariño fué una víctima americana, como lo fueron otros pensadores nativos de la Península. En Madrid, en 1776, existían sociedades secretas y logias masónicas que trabajaban en contra del absolutismo de los Borbones. Carlos IV estuvo a punto de ser derribado del poder por una revolución que pretendía imitar la francesa. El conde de Puñonrostro formaba parte de una logia que también defendía los derechos naturales del hombre. Carlos IV, monarca absolutista, confirmó la sentencia dada por la Audiencia de Bogotá en contra de Nariño, cuando éste acababa de cruzar la frontera y refugiarse en Francia. Nariño conoció en Parías a Miranda, que había sido oficial del ejército español, y al abate don José Marchena, empeñado en fomentar una revolución en España.

Todas las ideas revolucionarias, en favor de los derechos naturales del hombre, nacieron en España y pasaron a América con clérigos y militares. En Londres, Nariño pidió ayuda para lograr la independencia de Nueva Granada; pero el gobierno inglés sólo le ofreció ayuda para conquistar las colonias españolas. Nariño no quiso dar otros amos a su patria. La idea de la independencia se formó en él gradualmente: primero fué partidario de los derechos del hombre; luego, a causa de las persecuciones sufridas, comprendió que para lograr el triunfo de sus ideales no tenía otro

camino que luchar por la independencia. La idea de la separación política, entre tanto, era agitada por el cubano o peruano José Caro, que hacía planes para independizar al Perú. Todos obedecían, directa o indirectamente, las ideas de Miranda. Nariño da cuenta, en sus confesiones, que las únicas personas que recibieron sus ideas de libertad en Nueva Granada fueron unos eclesiásticos. Sin duda calló otros complicados; pero es significativo que lo acompañaran con entusiasmo unos curas pobres. También confiesa que nadie pensaba, en Nueva Granada, en la independencia política, sino en mejorar la condición social, a veces miserable, y disminuir los impuestos: males que se atribuían al modo de pensar y proceder del gobierno.

La independencia de América comenzó a gestarse en tiempos de Carlos III. En Gran Bretaña se forjaron proyectos para independizar las colonias americanas. La revolución de Estados Unidos, que recibió apoyo de España, indujo al rey Jorge a pensar en una rebelión igual en las tierras de Hispanoamérica. En este proyecto se cree que tomaron parte jesuítas expulsos. La Compañía de Jesús hizo lo posible para que el Nuevo Mundo no dependiese de quien la había expulsado y había logrado su extinción. Hoy es bien conocida, gracias a E. Pacheco y de Leiva, la acción de las cortes católicas en la supresión de la Compañía de Jesús y la intervención del Conde de Aranda en la redacción del breve para la supresión de los jesuítas.

La religión tenía en España un carácter nacionalista que no se halla en ningún otro país. El liberalismo clerical fué amplio y no tuvo obstáculos. El arcipreste de Hita, Calderón, Tirso de Molina y otros muchos poetas y dramaturgos atacaron y ridiculizaron el clero, beatos y beatas en plena inquisición. Con Carlos III y los pseudo liberales comienza el despotismo ilustrado español. Las Cortes cerraron sus puertas, el pueblo no volvió a exponer su voluntad y los jesuítas, últimos campeones de la libertad, fueron expulsados. En apariencia fué un triunfo de los anticlericales. En realidad fué el mayor éxito de los absolutistas. A los jesuítas los perdió su duplicidad. Defendían el regicidio en la corte y el derecho divino en las colonias. No tenían una norma general, excepto la de su propio poder. Esto los malquistó con unos y con otros. Los reyes los consideraron contrarios a su estabilidad, los vieron como enemigos y se unieron para su anulación. En América llevaban otra política que favorecía su labor: el absolutismo teocrático. No tardaron, por tanto, en chocar con los partidarios de los derechos naturales del hombre. Sin apoyo de los reyes, que los creían liberales y demócratas, y sin la simpatía del pueblo, que los juzgaba autócratas, no hallaron un solo defensor y cayeron en

el odio de las derechas y de las izquierdas, de los masones y de los absolutistas, de las otras órdenes religiosas y del Papa.

§ 3. *La discusión de la Biblia.*

Las sociedades secretas, con influencias puritanas y protestantes, hicieron una gran obra en favor de la libertad. Sus miembros estaban unidos, sobre sus patrias políticas, por ideales en gran parte masónicos que, sin dejar de ser cristianos, eran esencialmente liberales. Difícil será hallar a un campeón de la independencia que no haya pertenecido a una de estas sociedades. Las logias se organizaban en cualquier parte: en un ejército en campaña, a bordo de un barco, en un presidio, en un palacio, en una ciudad, etcétera, y lo único que enseñaban y defendían era el amor a la libertad y el odio al despotismo.

El liberalismo de Hispanoamérica tiene el mismo origen remoto del liberalismo puritano inglés. En el siglo XVIII una ola liberal cubrió Europa y empezó a dar los grandes frutos de la independencia de los Estados Unidos, de la revolución francesa y de la guerra civil hispanoamericana. El mismo espíritu, bajo distintos ropajes, palpitó en todos estos hechos. Fueron nuevas ideas sobre el estado y los derechos de las personas: mejor dicho: viejas ideas medievales de democracia e igualdad que derrocaban a las nuevas teorías absolutistas impuestas en distintas partes de Europa. La reacción liberal significó la caída de fuertes regímenes. La lucha duró casi un siglo. El liberalismo logró su triunfo máximo en 1810 y el absolutismo volvió a imponerse con el movimiento llamado de la restauración que siguió en Europa y en América unos años después.

Las discusiones sobre interpretación de la Biblia, que ocuparon durante tantos años a los pensadores de las colonias norteamericanas, no se encuentran en la historia ideológica de Hispanoamérica. Las discusiones jurídicas, sobre el derecho divino de los reyes, son las únicas que aparecen. Los pensadore puritanos buscaban en sus discusiones los derechos del hombre, el derecho natural, la igualdad política. Los hispanoamericanos tenían igual preocupación; pero hallaban la verdad sin tantas discusiones, pues la verdad estaba patente en su tradición jurídica y teológica. Hubo, pues, aunque con diferentes ropajes, una igualdad de principios, de esperanzas y de ideales en toda América, tanto inglesa como española.

Estas ideas no estaban en la alta aristocracia, ni en el alto clero, ni en los altos financistas, ni en el bajo pueblo. Estaban en la clase media, creadora del capitalismo, de la democracia y de la libertad. Esta clase tenía sus aspiraciones, era la más nu-

merosa, la que pagaba impuestos, la que comerciaba, la que formaba el grueso del ejército, la que se atribuía más justos derechos de acuerdo con el derecho natural del hombre.

En Norte América los sucesos políticos que allí ocurrían eran los mismos que se desarrollaban en Inglaterra. Igual cosa se repetía con las posesiones americanas de la Península. En Inglaterra y en Norte América el partido anglicano defendía el absolutismo del rey y de los obispos. En España y en Sud América existía igualmente este partido absolutista, con otro nombre, pero de idénticos principios. En Buenos Aires estos partidos se definieron claramente en el Cabildo: uno tuvo como portavoces al obispo Lué, a Cisneros, etcétera, y el otro, a Castelli, a Moreno, etcétera. Liniers estuvo del lado de los absolutistas. La afirmación que se atribuye al obispo Lué, de que en América debían mandar los españoles mientras quedase uno solo de ellos, es posible que se haya inventado a posteriori, por quienes se la atribuyen, o que el obispo haya querido expresar que el mando debía corresponder, siempre, a los nacidos en España, no por este mero hecho, sino, por representar los derechos divinos del rey español.

El partido presbiteriano de Norte América correspondía al partido semiaristócrata y semidemócrata que negaba el derecho divino de los reyes y confiaba en el libre sufragio. En Buenos Aires pertenecían a este partido, en un principio, Sentenach, Alzaga y sus partidarios; más tarde: Saavedra, Moreno, Rivadavia, etcétera. Por último, el tercer partido norteamericano, independiente, era el de los demócratas puros, morenistas, en Buenos Aires, federales en las provincias. La gran diferencia entre estos partidos norteamericanos y los hispanoamericanos consistía en el fondo religioso teológico, sobre el cual se apoyaban y justificaban los primeros, y en las razones jurídicas y sociológicas que servían de base a los segundos. En otras palabras: unos buscaban la justicia social en la palabra de la Biblia, y los otros, en el derecho y en la tradición histórica.

Fernando VII, mientras estuvo cautivo y se ignoraban sus ideas, fué en Hispanoamérica una bandera para todos los partidos. Cada cual imaginaba que se inclinaría por una determinada idea. Cuando Fernando VII mostró su modo de pensar, los liberales se vieron defraudados y tuvieron que arrojarse a la guerra civil y a la independencia política. Los absolutistas se sintieron apoyados por el monarca y a su vez lo defendieron con entusiasmo, dispuestos a morir por las cadenas que sostenían en su lucha contra los liberales.

Los dogmas religiosos del derecho divino o autoridad y del derecho natural o libertad, pasaron a la jurisprudencia y a la política y dividieron con igual fuerza a sus partidarios. El ideal

monárquico absolutista, contrario al autogobierno de los pueblos, era en muchos hombres —tanto nacidos en España camo en América— el más fuerte de los ideales. Lo defendían porque creían, sinceramente, que era el mejor sistema, el que más convenía a sus patrias y a sus intereses. El espíritu liberal, por otra parte, había llegado a América con los primeros conquistadores y era tan antiguo, históricamente, como la misma España. El régimen de gobierno democrático existía en España desde el siglo VI. Los primeros parlamentos españoles son un siglo más viejos que los ingleses y se remontan al XII. En el año 1169 el estado llano toma parte en las cortes de Burgos. España ocupa el primer lugar en la historia del derecho político y de la libertad, por sus tratadistas y por la acción de su pueblo. En España las leyes reglamentaban hasta los actos más insignificantes de la vida diaria; pero estas mismas leyes daban a cada individuo el derecho de ampararse en ellas en cada uno de sus puntos, de modo que cada español tenía leyes que regían su vida y, al mismo tiempo, le ofrecían amplia defensa contra cualquier acto que pretendiese lesionar sus derechos. Lo obligaban y lo defendían. Por ello el alto respeto al derecho que hubo en España. Los españoles disfrutaban de mayor número de derechos que cualquier otro habitante de la tierra. De ahí su amor a la patria, su disciplina y, simultáneamente, su individualismo: el alto concepto que cada español tenía de sí mismo, de sus deberes y de sus derechos. Era el triunfo de la más grande libertad jurídica. Además, el imperio español descansó siempre sobre las libertades de los cabildos. Se ha dicho que el pueblo americano no se gobernaba a sí mismo antes de 1810 porque los cabildos, con funciones municipales, no podían entender en cuestiones de gobierno ni de justicia. Pero ello es verdad sólo en parte: los cabildos depusieron y aprisionaron a virreyes, crearon nuevas libertades y recibieron, como representantes del pueblo, el poder que había emanado del pueblo. Este pueblo, por ejemplo en el Río de la Plata, estaba acostumbrado a elegir sus propios gobernantes cuando el rey o la audiencia, por causas diversas, no lo hacían. Una real cédula de 1537 había autorizado a los pobladores de estas regiones a elegir, en votaciones libres, a su gobernador, y la cédula fué puesta en práctica no pocas veces. No debe olvidarse que los conquistadores españoles eran por su naturaleza y sus acciones, grandes idealistas. Utópicos son los hombres que imaginan empresas imposibles, absurdas, destinadas a transformar lo existente. Idealistas son los que cumplen actos grandiosos sin alterar las formas de sus vidas. Lo conquistadores españoles son el ejemplo más perfecto de conquistadores idealistas. Llevaban sus vidas, sus costumbres, sus leyes, a través de

mundos desconocidos e inmensos, realizando las hazañas más extraordinarias con la naturalidad más sorprendente.

§ 4. *Absolutismo y liberalismo.*

No debe olvidarse que la concepción del derecho divino de los reyes es judía y oriental. Los especialistas en estos estudios no lo ignoran; pero los políticos profesionales, particularmente los de ideas totalitarias, antijudaicos, buenos ignorantes, tal vez se sorprendan al saber que obran, en su vida y en sus pensamientos, como fieles discípulos de Moisés. Los primeros hebreos imaginaron a Dios —el Dios bíblico— con todos los atributos de los monarcas autócratas del Oriente. Las leyes de Dios, o sea, de un monarca oriental, absoluto e indiscutible, son hebreas por su origen bíblico, y quienes las aceptan y defienden no hacen más que sostener una forma de gobierno judeo oriental. El derecho natural del hombre, en cambio, es cristiano, romano, católico y europeo. Predestinación y libertad corresponden al poder absoluto de Dios y a la responsabilidad que cada ser tiene sobre sus propios actos. Determinismo y libre albedrío son, en otros términos, los principios teológicos sobre los cuales se fundamentan el derecho divino de los reyes y el derecho natural del hombre, el absolutismo y la libertad en política. Según la primera doctrina, los elegidos son pocos: todos los hombres están sometidos a Dios y al rey. La voluntad de Dios y la voluntad del rey son una sola. La libertad no existe en el hombre porque no existe en la voluntad de Dios ni en el destino que fija al hombre. Estas ideas en Norte América eran defendidas por los calvinistas; en España y en Hispanoamérica, por los absolutitas.

En Sud América se debatieron, desde los orígenes, dos grandes principios: la autoridad del rey y los derechos y la libertad de los ciudadanos. El rey y las audiencias, por ejemplo, nombraban a los gobernadores; pero éstos también eran elegidos por el pueblo. Los cabildantes podían venir designados desde España; pero lo común era que los eligiese el pueblo de cada ciudad. Los reyes de España, en el siglo XVI, eran los primeros en reconocer y ordenar la realización de estos hechos. En el Río de la Plata designaron primer gobernador a don Pedro de Mendoza y a su muerte ordenaron que le sucediese en el gobierno su heredero o la persona que el pueblo eligiese libremente, de acuerdo con sus necesidades y simpatías. Los reyes de España eran los primeros, por tanto, en poner en manos del pueblo su destino político, en reconocer el derecho natural del hombre de gobernarse a sí mismo. La cédula de 1537 que dispuso estos hechos, en el Río de la Plata, sirvió para muchas elecciones de gobernadores.

Las diferencias sociales de la colonia y de los primeros años de vida independiente —los honores a Saavedra y el decreto adverso de Moreno— no eran meras fórmulas exteriores, sino la expresión de concepciones políticas diferentes. Los partidarios del boato substituían en la república el derecho divino de los reyes, y los contrarios eran los partidarios del derecho natural del hombre. Estas diferencias características las hallamos confirmadas en todas partes. Los dictadores fueron siempre partidarios de los uniformes brillantes, de las paradas grandiosas, de las mansiones fastuosas. Los dictadores contemporáneos de Sud América —herederos inconscientes del absolutismo y del derecho divino de los reyes— se muestran majestuosos, aman los uniformes llamativos y se cubren de condecoraciones. Cuando esto, por excepción, no ocurre, como en el caso del dictador Francia, en el Paraguay, el personaje se aisla, se hace invisible y se torna divino en su misterio. Otro ejemplo paralelo, de hace pocos años, fué el del presidente Irigoyen, en la Argentina.

Toda unión del ejército y del clero es un principio contrario al derecho natural del hombre y tiene —casi siempre— el fin de sostener un dictador y una dictadura, es decir, continuar la tradición del derecho divino.

Abolutistas y liberales son los representantes de los dos grandes principios sobre los cuales gira toda la historia política del hombre occidental: el derecho divino y el derecho natural.

Las doctrinas del derecho divino y el gobierno de unos pocos sobre unos muchos son —ya lo hemos dicho— de puro origen judío. Es lo que ocurrió en la historia bíblica y lo que enseña el Antiguo Testamento. Cristo fué la revolución: fué la comprensión de otras doctrinas —griegas y romanas— y su explicación significó la buena nueva, para muchos y la sorpresa y la indignación para unos pocos. El puro cristianismo es, pues, la mayoría y la libertad. La herencia del judaísmo es la minoría dictadora, el absolutismo a usanza oriental. Cristo representa el fin de la tiranía judaica para todos los que lo siguieron. Fué el primer judío que comprendió y explicó los derechos naturales del hombre. Por ello fué tan odiado y perseguido por quienes seguían al gran Dios judío, tirano inexorable, y eran, como sus inconscientes continuadores modernos, partidarios ciegos de las dictaduras. A fines de la Edad Media y en el Renacimiento volvió la doctrina absolutista del derecho divino de los reyes por el retorno que se hizo al Antiguo Testamento. Jehová. Dios que daba todas las leyes, como sus modelos, los autócratas orientales, fuí imitado por los monarcas y príncipes de Francia e Italia y unos y otros hallaron teóricos que buscaron en el Antiguo Testamento los apoyos para sus defensas. En España no se pensó con el Testamento judío, sino

con el Testamento cristiano, el evangelio de libertad y justicia. Así se explica el amor a las minorías, de los judíos, y el clamor a las mayorías de los cristianos. Los partidarios de la autoridad mosaica no pueden coincindir con los partidarios de la democracia cristiana, pues unos son déspotas y absolutistas, y los otros, demócratas y liberales.

Los municipios españoles trasplantaron a América la más pura organización democrática para las ciudades. No fueron, como tantas veces se ha dicho, una continuación de los municipios romanos. Nacieron en España, en los primeros siglos de la Edad Media, de acuerdo con el nuevo espíritu cristiano de democracia, justicia e igualdad. En América eran el gobierno del pueblo por el pueblo. Representaban la voluntad de la ciudad en general y de cada ciudadano en particular. En los Cabildos abiertos acudía todo el pueblo a expresar su opinión. El pueblo era el depositario, la fuente de poder, y en el Cabildo reasumía el poder y volvía a delegarlo. En los días de Mayo, en Buenos Aires, el Cabildo fué el recinto, junto con la Plaza Mayor, en que el pueblo reasumió el poder que hasta entonces había correspondido al Virrey, y lo delegó en una Junta provisional gubernativa.

La mentalidad política de cada habitante de América era española. El mismo anticlericalismo americano era un perfecto anticlericanismo español. Las prensas de las ciudades americanas reproducían discursos, proclamas y noticias de la Península. En América se leía y se pensaba como en España. Las ideas políticas de los españoles llegaban al Nuevo Mundo con uno o dos meses de atraso. Con razón puede decirse que la guerra civil americana, llamada impropiamente revolución, la hicieron los impresos. Nada hay en esta guerra civil que no sea puramente español. Es un error y es un trabajo inútil buscar a las ideas de los descontentos americanos, filiaciones inglesas, francesas, etcétera. Eran las ideas de la democracia cristiana y española expuestas, en innumerables obras, por juristas y teólogos. El gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo era el principio y el ideal, por ejemplo, del País Vasco. La libertad, la igualdad y la fraternidad son ideas católicas que existían en América desde la llegada de los primeros conquistadores. España fué, desde sus más remotos tiempos, el país de la libertad. Todas sus luchas fueron por la libertad. El español ha sido el hombre más individualista de la tierra, más celoso de sus derechos y prerrogativas. Este individualismo, este sentido agudo de la libertad, ha pasado a los pobladores del Nuevo Mundo y se ha mantenido en ellos hasta que inmigraciones abundantes lo diluyeron haciéndole perder su fuerza material y espiritual. Libertad y autoridad parecen ideales opuestos, y lo son en muchos casos: pero no en España, donde cada español quiere su libertad y,

al mismo tiempo, quiere la fuerza del estado. Otros aspiran a su libertad individual, no dentro del Estado, sino dentro de su región, como los separatistas o autonomistas catalanes, vascos, gallegos, etcétera. En trescientos años el obedecimiento al rey, en América, fué casi absoluto. Sólo hubo protestas aisladas que nada representan en la historia. La independencia no era concebida ni por peninsulares ni americanos, pues todos eran españoles. Cuando empezó a concebirse, los primeros gérmenes llegaron desde España. Las libertades que se disfrutaban en España y en la América hispana eran las más amplias que jamás se hayan practicado. España era la nación más preparada del mundo, con sus grandes ideas políticas y jurídicas, para dar vida a nuevos Estados. Las inmensas distancias y el aislamiento contribuyeron, en América, en los primeros tiempos, a crear la libertad y el autogobierno. Había leyes comunes; pero en cada ciudad el Cabildo regía la vida cotidiana, y el gobernador o teniente de gobernador, los otros asuntos de gobierno y de justicia. Un conquistador fundaba una ciudad y en el acto la ciudad tenía sus derechos y prerrogativas, los fundadores podían considerarse hidalgos y comenzaban a gobernarse a sí mismos con plena conciencia de su libertad.

La lucha por la independencia, en América, no fué en realidad por la independencia, sino por la libertad. Esta lucha agrupó de una parte a españoles y a americanos y de la otra a otros españoles y a otros americanos y tuvo la característica de no detenerse con el triunfo sobre los defensores del absolutismo peninsular. Se prolongó, como si la independencia nunca hubiese sido un motivo de lucha, más allá de 1810, hasta medio siglo después, y, en no pocos países, subsiste aún, más o menos veladamente, en la actualidad. El sentido de la libertad era tan fuerte que originó luchas civiles y luchas por el federalismo, a causa de que muchos caudillos, celosos de un gobierno central, querían ser libres, independientes, en sus provincias y hasta en sus ciudades. La libertad fué, así, el ideal que llevó a la gran rebelión contra España, y la independencia, el resultado político material que ella produjo. La misma lucha por la libertad la vemos prolongarse indefinidamente en Centro América, entre los unionistas y los antiunionistas, y originar luchas grandiosas entre los unitarios y los federales, en la Argentina. En este país, los unitarios creían que el federalismo era la tumba de la libertad, a causa del pésimo gobierno personal de Rosas, y los federales imaginaban que el triunfo de los unitarios habría significado su esclavitud.

Las luchas por la libertad que hubo en América en 1810 y después de esa fecha, son las mismas, por igual ideal, que hubo y hay en Europa. Ello explica por qué había españoles en uno y otro bando en lucha, porque unos defendían los ideales de libertad y

otros los del absolutismo, y porque también había americanos en uno y otro bando. No eran traidores los españoles que luchaban en contra del gobierno peninsular ni eran tampoco traidores los americano que defendían ese mismo gobierno. Todos eran sinceros en sus luchas y estaban convencidos de la excelencia de sus ideales.

En la historia de la libertad y de la justicia americanas hay que distinguir dos etapas: la primera es la del gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo, y la segunda es la de la independencia política. La primera —popularizada en nuestros tiempos por una frase de Lincoln— es muy anterior a la revolución francesa y sus ideales fueron defendidos y generalizados en el siglo XVI por teólogos y juristas entre los cuales puede recordarse a los vascos Francisco de Vitoria y Martín de Azpilcueta, y, más tarde, a los jesuitas Suárez y Belarmino. En América, los mismos ideales hallaron campeones como Antequera y Mompó, que organizaron las revoluciones de los comuneros del Paraguay. El ideal de la independencia nació como una resultante de estos ideales y se impuso a causa de circunstancias políticas muy especiales. En efecto: el caos de España, como es sabido, trajo el autogobierno de cada ciudad y provincia. Sin Napoleón y Fernando VII no habría habido independencia política en el Nuevo Mundo durante largo tiempo. Las provincias de América habrían obtenido concesión tras concesión y el imperio habría evolucionado paulatinamente. La revolución francesa no tuvo ninguna influencia en los sucesos de América y el ejemplo de Estados Unidos fué muy débil. La independencia nació de la guerra civil, y esta guerra surgió de los choques de las ideas liberales y absolutistas. América buscó su autonomía en una magnífica autoafirmación española. Si hubiera sido una colonia débil no se hubiera erguido cuando llegó su hora. Las colonias débiles languidecen indiferentes o se dejan conquistar por países extranjeros. Pero como América era España, rechazó con brío las invasiones extranjeras y cuando la Península se derrumbó, se levantó en una nueva lucha por la libertad, independencia y subsistencia. No combatió contra España, sino contra la posibilidad de ser conquistada por otros países y, especialmente, contra el absolutismo, que pretendía ahogar la auténtica tradición española. Un psicólogo historiador inglés —Cecil Jane— ha interpretado admirablemente la independencia hispanoamericana como una vuelta a los tiempos de la conquista. La independencia, realmente, tornó hombres e ideas a las épocas en que no existían diferencias entre los españoles de España y de América e indios. Con la independencia renacieron viejos ideales hispanos: pero se desobedecieron muchas leyes y por culpa de algunos tiranuelos, se cayó también en el último período de la dominación española, es

decir, en las diferencias sociales, y se persiguió al indio y se siguió teniendo, en la práctica, al negro como esclavo. Los más grandes campeones de la independencia americana fueron hombres educados en España, de ideas españolas, nacidos en tierras de España o durante la dominación hispana. Ni San Martín ni Bolívar odiaron a España, sino al absolutismo español. Uno y otro no murieron en la miseria por la ayuda que les prestaron, desinteresadamente, amigos españoles nacidos en España. Rivadavia se fué a morir a España. Rosas siempre se enorgulleció de su sangre española. El odio a España lo crearon los anticlericales, los comefrailes, etcétera. Nació de las virulencias protestantes y fué aceptado por la ignorancia de muchos católicos. Estos católicos nunca supieron que sus palabras no estaban dirigidas contra España sino contra su religión. Los gobernantes americanos que fueron enemigos de los españoles, como el mismo Rosas, ya recordado, obraron en sus actos como españoles, con métodos españoles liberales y otros como españoles absolutistas. Los escritores americanos que creyeron importar del extranjero nuevas ideas, imitaron a los españoles de su tiempo, que también fueron a buscar modelos a Francia; pero, al igual que ellos, siguieron siendo españoles en su médula y sólo tuvieron de extranjeros frases prestadas e ideas que nunca sintieron. Las instituciones políticas americanas tampoco fueron imitadas del extranjero: las hizo la historia hispanoamericana y surgieron pujantes de la guerra civil: los Congresos son los antiguos Cabildos; los Poderes Ejecutivos con sus Ministerios son las Juntas de gobierno. Todo cuanto se ha legislado posteriormente tiene sus raises en esos dos organismos.

§ 5. *La génesis filosófica de la guerra civil.*

Los problemas religiosos no inquietaron, desde el punto de vista teológico, a los habitantes de los dominios españoles en América. No había disputas como en la América del Norte. Nadie atacaba los dogmas católicos. La inquisición hallaba dos herejes por siglo y sólo cuidaba la moralidad de los clérigos que abusaban del confesionario. En muchas regiones había un fraile cada cien leguas. Las ciudades con conventos eran las pecadores. La vida civil se desarrollaba completamente separada de la religiosa. Sólo las fiestas solemnes y alguna procesión para impetrar las lluvias o aplacar las hormigas despertaban a los fieles. Cuando había rivalidades —y eran frecuentes— entre un obispo y un gobernador, nunca se trataba de cuestiones dogmáticas y heréticas, sino de asuntos de gobierno. Por lo general era el obispo quien pretendía invadir la jurisdicción civil del gobernador. Este protestaba y se defendía y entonces el obispo lo excomulgaba. En estas disputas,

el pueblo, en la mayoría de los casos, se inclinaba hacia el lado del gobernador. No hubo pueblo más liberal, en el campo católico, que el pueblo hispanoamericano. A menudo los actos religiosos eran considerados como diversiones. Los obispos comerciantes y los clérigos y frailes con aventuras sentimentales y revolucionarias eran muchísimos. La crítica más valiente, real y exacta, aunque apasionada, a la vida conventual y a las órdenes religiosas de Buenos Aires fué hecha por el Cabildo de esta ciudad y hállase inserta en sus acuerdos. Las luchas de obispos y gobernadores en el Río de la Plata, Tucumán, Paraguay y otras partes de América llegaron a momentos trágicos y cómicos. Los comuneros del Paraguay fueron los que más lucharon en favor de los derechos naturales del hombre, contra los jesuítas, defensores del derecho divino de los reyes. Las noticias secretas de Jorge Juan y Antonio Ulloa revelan el liberalismo que existía en América y la baja condición a que había descendido el clero. Cuando se originó la lucha civil americana, los hombres de Castelli asombraron a los pueblos del altiplano con su irreverencia por la religión. En el Litoral, las expediciones enviadas por Buenos Aires en contra de los caudillos se distinguieron por el poco respeto que tenían a los templos. Existía, indudablemente, un partido de ideas anticlericales desde los comienzos de lo dominación española, y otro, en extremo religioso. Estos partidos, o, más propiamente, grupos de personas con distintos criterios sobre fe religiosa, no coincidían de un modo exacto con los verdaderos partidos políticos liberal y absolutista. Había liberales masones, como San Martín, y liberales devotos, como Belgrano, y absolutistas de ideas religiosas sumamentes discutibles.

Toda América miró con indiferencia o antipatía a la inquisición. La gran penetración de libros prohibidos demuestran los verdaderos sentimietos de los españoles, que los compraban, leían y hacían circular ocultamente. El alto clero español debía al rey sus posiciones; no así el clero criollo, que no podía progresar. Se estableció, de este modo, una separación en el mismo clero: unos fueron absolutistas, es decir, fieles al rey, y los otros liberales, partidarios del derecho natural del hombre, de la democracia. Los reyes y las autoridades civiles y militares españolas fueron siempre celosas de su poder y lucharon abiertamente contra el Papa, obispos y órdenes religiosas. Nadie protestó en España y en América cuando Carlos III expulsó a los jesuítas. Su alejamiento, en general, fué visto con complacencia. Algunos autores piensan que la expulsión de los jesuítas fué un golpe tremendo en favor del liberalismo. Otros llaman a Carlos III un monarca liberal. En apariencia la independencia hispanoamericana comienza con el aniquilamiento de los jesuítas. Un autor de admirable penetración psicológica, Cecil Jane, llega a decir que Carlos III "fué el verdadero

autor de la guerra de la Independencia" y que al reorganizar sus dominios los llevó a la libertad política y a la separación. Nosotros creemos que los hechos históricos ofrecen otra interpretación. Carlos III no fué, en primer término, un monarca liberal, sino un déspota ilustrado. Obró como cualquier monarca francés aconsejado por Richelieu o discípulo de Maquiavelo. América, bajo Carlos III, no sólo adquirió libertad política, sino que perdió la que tenía. La expulsión de los jesuítas se debe, en primer lugar, a sus doctrinas regicidas. Eran enemigos de las monarquías absolutas y, por tanto, hubo que eliminarlos. Fué un duelo entre los reyes absolutos, despóticos, y los defensores del tiranicidio y regicidio. Carlos III, liberal autócrata, quiso elevar su autoridad, como los Luises de Francia, por encima de todo cuanto se opusiese; pero el liberalismo político se vió hundido.

En la América Hispana la religión nunca fué fanática ni intransigente. Había hombres tibios en religión, liberales en sus ideas y hasta enemigos personales de un obispo o de una orden: pero, a su lado, existían los buenos católicos de todos los tiempos. La religión católica salvó a Hispanoamérica de ser invadida, en no pocas ocasiones, por holandeses, ingleses y franceses protestantes. El horror a una religión contraria a la católica mantuvo unidos a los habitantes del Nuevo Mundo y les hizo rechazar, siempre con éxito, todos los ataques de ejércitos extranjeros. La guerra civil hispanoamericana no tuvo, en ningún momento, el propósito de atacar la religión católica. El liberalismo político que la inspiraba era compartido por muchos eclesiásticos. No puede negarse que había masones y miembros de logias secretas; pero estos masones lo mismo eran creyentes normales que indiferentes o librepensadores. Cuando los realistas querían combatir espiritualmente a los separatistas los llamaban impíos, antirreligiosos o protestantes. En el Alto Perú el ejército de Castelli se hizo impopular porque no supo mantenerse con corrección en las iglesias. Los generales separatistas, a veces masones y arreligiosos, para contrarrestar la propaganda realista proclamaban a la Virgen generala de sus ejércitos o le ofrendaban sus espadas o bastones de mando.

La historia militar de la independencia americana, investigada en todos los rincones, encierra para los hispanoamericanos la génesis filosófica de la fuerra civil. En Estados Unidos la filosofía de la revolución es bien conocida. Las ideas han sido seguidas a lo largo de su desarrollo, desde sus orígenes hasta el momento final. Nuestra guerra civil fué el resultado de choques de ideas y de psicologías. Durante la dominación española formamos una psicología particular, americana, diferente de la peninsular. Son conocidas las diferencias que existían entre los españoles, criollos, mestizos, mulatos, indios, negros y sus innumerable mezclas. Las ri-

validades y violencias, entre unos y otros, por cuestiones personales, fueron continuas desde los primeros tiempos de la conquista. Estas diferencias psicológicas no siempre coincidían con las ideas políticas. Las audiencias, los virreyes, los gobernadores y los obispos eran absolutistas y pensaban de un modo muy diferente a los Cabildos, a gran parte del pueblo y del bajo clero. Es por estos motivos que la guerra civil empezó mucho antes de las fechas en que se produjeron los primeros cambios políticos y sonaron los primeros tiros. La guerra civil, que condujo a la independencia, empezó con las primeras discrepancias sobre el derecho divino de los reyes, los derechos del hombre y los modos de gobernar. Los intérpretes se dividieron por sí mismos en dos grandes bandos. Las automonomías provinciales chocaron con el centralismo peninsular. La oposición a la monarquía no se manifestó nunca en América durante la dominación española. Las cuestiones comerciales, con todas sus discrepancias y choques de intereses, eran problemas que tanto afectaban a los españoles como a los americanos. No llevaban los pensamientos más allá de un cambio de resolución en las altas esferas del gobierno. Nunca un permiso comercial negado hizo pensar en la independencia ni en la decapitación de un rey, sino en la firma de otro permiso. El caso de Lope de Aguirre, el Peregrino, es el caso de un pobre loco.

No puede negarse que las restricciones comerciales impuestas desde España hacía desear a los americanos un pleno liberalismo económico. Los partidarios de este liberalismo eran por igual absolutistas y demócratas. El afán del dinero unía a todos los políticos y unificaba todos los ideales. La cuestión comercial no se rozó, en ningún momento, con la interpretación de la soberanía, con la guerra civil y con la independencia. Fueron procesos diferentes y paralelos. La llamada representación de los hacendados, de Mariano Moreno, por ejemplo, no tiene ningún valor para mostrar los deseos de independencia o libertad del pueblo de Buenos Aires. Es un documento comparable a las representaciones de Antonio de León Pinelo o del Cabildo de Buenos Aires, cientos de años antes, en que se abogaba por una mayor facilidad comercial. No podemos seguir diciendo, como tantas veces hemos repetido, que las causas económicas hicieron la independencia de América en general ni de ninguna parte en particular. Es conveniente, humilde y noble el rectificarse fundamentalmente cuando se cree haber alcanzado una nueva meta, la verdad. La independencia, en América, nació de ideales políticos que originaron una gran guerra civil.

La vida de los Cabildos refleja en gran parte las ideas de las ciudades. Entre las disposiciones de carácter edilicio, sanitario, policial, etcétera, se descubren los sentimientos del pueblo y sus ideas políticas. Son manifestaciones democráticas y liberales. El aspecto

religioso tenía siempre un carácter oficial, de cumplido, con las autoridades religiosas. Se trataba de dos poderes frente a frente que se mantenían las consideraciones obligadas. No obstante, con frecuencia ocurrían choques por el privilegio de un asiento, de un almohadón o un lugar más visible en la procesión.

Cada tanto, un informe de algún letrado, presentado al Cabildo para resolver cualquier cuestión jurídica o de principios, muestra en la ciudad la presencia de espíritus cultos, fuertemente versados en el derecho civil y eclesiástico. Sabemos que en las ciudades americanas existían buenas bibliotecas y que los libros que se editaban en España pasaban al Nuevo Mundo. Había, pues, una educación jurídica de primer orden. Los abogados, como Moreno y tantos otros, que enardecieron la guerra civil hispanoamericana, habían formado sus ideas en el más puro ambiente español. Algunos habían estudiado en España y faltaban de América desde niños. Las ideas de libertad eran, por tanto, las mismas en España y en el Continente.

No conocemos las fuentes directas de las ideas de los pensadores hispanoamericanos por la sencilla razón que no nos hemos propuesto su estudio. Los historiadores de la imprenta se han limitado a traernos noticias sobre los instrumentos utilizados, el lugar en que se hallaban y las fechas en que funcionaban. Los bibliófilos, coleccionistas, etcétera, han descripto los libros por fuera, sin preocuparse, jamás, de dar una lectura a su interior, y los historiadores de la cultura se han limitado a anotar las cantidades de libros que pasaban a la América o se imprimían en el Continente, por una parte, y a repetirnos nociones elementales sobre el desarrollo de la filosofía en Europa. Nunca la visión de conjunto y honda, en el Viejo y en el Nuevo Mundo simultáneamente; nunca el estudio, no de una filosofía mal conocida, sino de las ideas políticas y jurídicas. Una excepción —Ricardo Levene—, único nombre que aquí mencionamos porque fué el único en comprender la importancia de las ideas jurídicas en la historia hispánica de América. Fuera de este ensayo, tinieblas y desorientación; copias y repeticiones de conceptos elementales y vacíos. Los autores más eruditos parecen ser los más huecos. Todo un panorama por llenar de vida.

§ 6. *El choque de los ideales.*

No ha sido hecha la comparación de los ideales políticos que sustentaban las audiencias y los cabildos del Nuevo Mundo, y pocos han sido los críticos que han sabido distinguir el doble papel que representaban. Eran, en principio, instituciones antagónicas, enemigas. Las audiencias representaban, en el siglo XVIII, el poder real y todas las doctrinas del derecho divino de los reyes: en una

palabra: el absolutismo. Los cabildos eran los representantes del pueblo, del derecho natural del hombre: en otras palabras: de la democracia y de la libertad. Los conflictos entre audiencias y cabildos han sido comunes en América y los hubo en todas las ciudades en donde coincidieron. En estos conflictos hallábanse frente a frente las ideas absolutistas y las ideas liberales, encarnadas, por lo general, en peninsulares y criollos. Estas ideas, repetimos, no eran de importación reciente, sino tan antiguas como la historia de España. La llamada influencia de la revolución francesa hemos explicado en muchas oportunidades que no existió. Se conocieron sus hechos; pero las noticias no son influencias. Los defensores de los *Derechos del hombre y del ciudadano* no defendían tampoco la revolución, pues no compartían ni sus procedimientos ni su irreligiosidad ni otros de sus caracteres: defendían, lo cual es muy distinto, los principios contenidos en dichos derechos, antiquísimos, expuestos y sostenidos por innumerables autores españoles y europeos antes que los repitiese la Convención francesa. Más influencia tuvieron las mismas ideas liberales y democráticas llegadas desde Estados Unidos. Filadelfia fué antes y después de la revolución francesa, un centro activísimo de propaganda revolucionaria en favor de los derechos naturales del hombre. La propaganda norteamericana llegó a un mismo tiempo a Sud América y a Europa. En Sud América se hizo sentir con una intensidad más atenuada; en Francia, unida a otras causas, produjo la revolución que terminó con las cabezas reales. Los casos prácticos muestran la verdad de estas afirmaciones: en Colombia, Antonio Nariño estaba fuertemente imbuído de las doctrinas de los viejos juristas españoles y se hallaba en comunicación con amigos y revolucionarios de Filadelfia. Tradujo los *Derechos del hombre*, no por admiración a la revolución francesa, sino porque contenían los principios de libertad y democracia que tanto había leído en los juristas españoles y en los demócratas americanos. Al mismo tiempo tenía en su casa los bustos de Wáshington y Franklin y una abundante propaganda de Filadelfia. Los hechos históricos de Estados Unidos y de Francia eran un ejemplo y un estímulo; pero las ideas venían de antiguo, vivían en los Cabildos, se abrían paso en las obras jurídicas españolas, estaban en los Fueros vascos y no las ignoraba ningún conquistador. Fué la oposición absolutista de los llamados monarcas liberales españoles la que despertó ideales de libertad y democracia que antes habían constituído el espíritu general de España y de América. Cuando España fué liberal y democrática, la unidad nunca estuvo en peligro; en cambio, cuando surgió el absolutismo el imperio se derrumbó. La evolución política española en los tres siglos abundantes que se extendió su dominación en América ofrece

unas características especialísimas que sólo ha entendido un historiador inglés: Cecil Jane. En el siglo XVI, tan calumniado por propios y extraños, brilló en España la más pura libertad y democracia.

Los llamados reyes absolutistas nada podían hacer sin el consentimiento del pueblo representado en las Cortes. La inquisición era un tribunal de moralidad pública y una policía que aseguraba la unidad política del Estado. Cuando la inquisición perdió su razón de ser, se desnaturalizó y su fuerza fué aplicada a perseguir el pensamiento, hizose un arma odiosa al servicio de los absolutistas. España debe a los Borbones y a sus innovaciones la pérdida del Nuevo Mundo. No comprendieron a España y fueron unos verdaderos antiespañoles. España dejó de parecer España a los hispanoamericanos. España se desespañolizó y América siguió tan española como siempre. Jane ha comprendido cómo la libertad en América era real bajo los Habsburgos y teórica bajo los Borbones, y cómo el absolutismo era teórico bajo los Habsburgos y real bajo los borbones. Con los cambios políticos sufridos en España, los verdaderos españoles vinieron a ser los americanos, y los no españoles, los peninsulares.

La América Hispana fué individualista y democrática en el siglo XVI. Mientras la América del Norte iba conquistando este individualismo que nunca había tenido, la del Sur lo iba perdiendo y sólo ganaba en descontento y en deseo de fortificar su libertad. Llegó un instante en que la América Hispana perdió el recuerdo de sus viejas y gloriosas democracia y libertad. La prédica extranjera hizo creer a españoles y americanos que España siempre había sido despótica y contraria a la libertad. Por ello, en la época de la independencia se escribieron tantos errores y tantas calumnias sobre el pasado de España y América.

En Norte América, durante todo el siglo XVIII, los trabajadores recién llegados de Inglaterra, Escocia e Irlanda, eran vendidos o alquilados por particulares a otros particulares. En la América Hispana nunca se conocieron estas vergüenzas. Los inmigrantes españoles, primero, y de otros países, después, eran hombres libres que venían a trabajar a tierras libres o huían de países donde la libertad era perseguida. Todos amaban la libertad: por venir en busca de ella o por haberla simpre disfrutado. La libertad, en Norte América, nació, entre otras causas, del odio a los ricos de las clases miserables, de los trabajadores blancos vendidos como esclavos. En la América Hispana surgió de ideales políticos, del derecho y de la historia.

No sabemos, en Sud América, cuánto los campos han contribuído al ideal de la libertad e independencia. Los gauchos no tenían más ideas que las de vivir como holgazanes, lejos de la jus-

ticia y civilización. Seres errantes e incultos, su influencia no se dejó sentir en absoluto ni en la política ni en el derecho ni en la vida ciudadana. Los paisanos, dueños de estancias, etcétera, respondían a las autoridades u hombres de acción de las ciudades. Por otra parte, no todas las regiones de la América Hispana reaccionaron del mismo modo en la guerra civil de absolutistas y liberales. Unas se alzaron entusiastas y otras se movieron tardías, arrastradas a la lucha. El hecho se debe a intereses y a ambientes diferentes. Buenos Aires quiso gobernarse a sí mismo. Durante siglos fué la fuerza que unió, con su comercio, a todo el país argentino. Desde sus orígenes hasta la actualidad, pasando a través de la independencia, de la anarquía, de la tiranía y de la organización, ha vivido en Buenos Aires un mismo ideal de superación constante de democracia y libertad. Sus pobladores y la mayoría de sus gobernantes —exceptuando algunos gobernadores y virreyes de la época colonial y Rosas en el período independiente— lucharon siempre por una Buenos Aires cada vez mayor y en contacto íntimo con Europa. El interior de América fué el ideal de los primeros hombres de la independencia. Los caudillos, con su aislamiento, rompieron este ideal y Buenos Aires se vió forzado a volver los ojos hacia el Océano. Era la tradición de toda su vida, su destino, su fuerza. Buenos Aires siguió siendo, así, la ciudad envidiada y, simultáneamente, la ciudad imprescindible. El Paraguay tuvo el firme propósito de gobernarse a sí mismo y se aisló de todo contacto con el exterior. Otros países alcanzaron la libertad porque alguien se la consiguió. Las clases que existían en América fueron creando una concepción práctica de la igualdad, una perfecta democracia política y sociológica. Las leyes españolas contribuyeron grandemente a esta nivelación. El viejo liberalismo español se irguió contra el sistema de castas aristocráticas que crearon los nuevos métodos de los Borbones. El deseo inconsciente de republicanismo se hizo así cada vez más fuerte. Había un individualismo heredado de los conquistadores del siglo XVI que no se avenía con el imperialismo de los monarcas absolutistas de escuela francesa. Los cambios introducidos por los reyes autócratas hicieron resurgir viejos ideales que se fueron imponiendo con los métodos y las concepciones de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. La libertad y la democracia fueron buscadas por medio de logias, de conspiraciones, de ataques políticos. Las formas de lucha parecieron —y pronto se llamaron— revolucionarias. Los ideales, en cambio, eran españoles y antiguos. En esta lucha, la clase media y burguesa fué la que dió mayores elementos para el triunfo, la que obtuvo más ventajas y se impuso. El pueblo bajo no perdió nada, salvo hombres de pelea, y muchos lograron alzarse en la sociedad. Los aristócratas, como en

todos los cambios políticos, salieron perdiendo. En la Argentina, Liniers y compañeros fueron las primeras víctimas de la guerra civil. Alzaga fué fusilado por intentar apoderarse del gobierno. Saavedra fué expulsado. Rivadavia saltó al ostracismo. E idénticos hechos ocurrieron en otras partes de América hasta que, para seguir con el ejemplo argentino, subieron a un primer plano los caudillos populares, como Rosas, que pronto se transformaron en tiranos. La única concepción revolucionaria fué la de los unitarios, que pensaron crear una nación moderna, unida y fuerte. Los federales podían argüir el ejemplo de Estados Unidos; pero, en realidad, con él sólo aspiraban a mantener el único orden de cosas entonces existente. No deseaban ni concebían una verdadera nación, sino el mantenimiento de las autonomías y aislacionismos coloniales. Cada provincia federal era una enemiga de la República nueva, de la Patria unida. Todos los esfuerzos de Artigas no tuvieron otro fin que el de conservar el Uruguay con la autonomía que de hecho siempre había tenido. El Paraguay no quiso cambiar, jamás, ni los límites ni la jurisdicción de su intendencia, de su obispado, de su antigua gobernación. Cada caudillo localista era un alma colonial y absolutista que miraba con horror la organización de un Estado auténtico y no tenía otra ilusión que la de mantener sus privilegios y su pequeña jurisdicción. Rosas, en la Argentina, es el ejemplo más conocido de este antinacionalismo y antiestadismo.

§ 7. *América, conservadora.*

El despotismo que en el siglo XVIII los monarcas españoles hicieron sentir en Centro y Sud América, lo aplicaron también los reyes de Gran Bretaña en los siglos XVII y XVIII sobre sus colonias de Norte América. Según algunos funcionarios, los colonos de Boston podían estar contentos de no ser vendidos como esclavos. En 1679 se afirmó que los cuidados ingleses no tenían ningún derecho a comentar los actos del gobierno ni para elogiarlos ni para censurarlos.

Las teorías del derecho natural del hombre llegaron a Norte América con Pufendorf a John Wise. Yocke fué, más tarde, el inspirador de los revolucionarios norteamericanos. Fué el defensor de los derechos naturales del hombre en contra del derecho divino de los reyes. Los revolucionarios lo desenterraron para repetir sus máximas. Con él renació un pensamiento político tan antiguo como la Edad Media. Este pensamiento era el único que convenía a la autonomía en que realmente habían vivido las colonias. Igual situación de hecho e idénticas normas políticas encontráronse en la América Hispana. En todo el Continente ago-

nizó la teoría del derecho divino. El individualismo de los colonos contribuyó a esta decadencia de un principio que en Europa siguió hallando muchos defensores. El periodismo, tanto en la América inglesa como en la española, fué una tribuna para todas las ideas y, en especial, un conductor admirable de pensamientos en pro de la democracia y libertad. Más debe la Independencia al periodismo que a muchos generales. No hubo en la América Hispana una literatura que diera inspiraciones en la guerra civil. Los periódicos eran las lecturas más accesibles y vivificaron fundamentalmente las conciencias. Los boletines con las noticias de las conquistas de Napoleón y los sucesos de España produjeron los grandes cambios políticos y crearon las juntas de gobierno. El periodismo tuvo, en este sentido, en Hispanoamérica, una influencia inmensa. Cientos de folletos —en general reimpresiones hechas por la imprenta de Niños Expósitos— levantaron un fuerte odio contra los ingleses, a raíz de las invasiones, y luego se vieron obligados a cambiar de táctica cuando España se alió a Inglaterra en contra de Napoleón. Estos opúsculos fueron también anticlericales y crearon una conciencia religiosa en gran número de personas.

La psicología de los americanos fué cambiando sensiblemente con el correr de los años. Hay en ellos ideas comunes y antiguas, que perduran invariables a través del tiempo; pero mil rasgos adquieren formas distintas, y el americano del siglo XVI no es el americano del siglo XVII ni, menos, del siglo XVIII. Las calumnias contra España, nacidas en el extranjero, parecieron ciertas a los hispanoamericanos del siglo XVIII cuando el absolutismo de los Borbones pesó sobre ellos como nunca había pesado. Fué la deshispanización de España la que produjo la reacción americana. América, conservadora y tradicional, siguió manteniendo la vieja alma española cuando España la había substituído por otra. Los hispanoamericanos que luchaban por la libertad defendían lo que siempre habían tenido y desde medio siglo estaban perdiendo cada vez más. Revolucionario no es quien mantiene el orden establecido sino quien va en contra de ese orden. La revolución no la hicieron, por tanto, los llamados revolucionarios de la independencia hispanoamericana. La hicieron los absolutistas Borbones introduciendo el concepto del derecho divino donde siempre se había respetado el derecho natural del hombre. Cuando el absolutismo estuvo instaurado, los que pretendían volver al liberalismo fueron mirados como revolucionarios. Los hombres de la gran guerra civil no tenían más ilusiones, en el futuro, que reconquistar la democracia y la libertad perdidas. Cuando la guerra civil trajo, como resultado, la independencia, surgieron los herederos del despotismo y del absolutismo vencidos: los grandes y peque-

ños caudillos que tiranizaron naciones, provincias y ciudades. Los déspotas del Paraguay, Rosas y tantos otros caudillos y tiranuelos, fueron simples herederos del absolutismo borbónico, continuadores inconscientes del derecho divino de los reyes sobre sus personas, con las pompa, la autoridad y el misterio de los remotos monarcas orientales.

Las revoluciones las hacen los anacrónicos, con saltos hacia atrás, o los futuristas, con saltos hacia adelante. En América tenemos ejemplos de ambos estilos en abundancia. No todas las llamadas revoluciones son siempre revoluciones. Por lo general, las que se precian de serlo no pasan de aglomeraciones callejeras o golpes de cuartel. Las grandes revoluciones son las que se hacen en silencio. Carlos III revolucionó España y América implantando el absolutismo liberal. Rosas revolucionó la Argentina retrogradando el país a las épocas más intolerantes de la colonia. La verdadera revolución francesa no fué la del 1789, sino la que, en pocos años, hizo Napoleón. La llamada revolución hispanoamericana no fué revolución cuando empezó, sino cuando terminó. Comenzó siendo guerra civil y terminó siendo anarquía. Los hombres de la anarquía americana fueron todos españoles, nacidos durante el período hispánico y nutridos con las ideas de la colonia. Los hombres que aplastaron la anarquía y organizaron los países nacieron después de la guerra civil. Hay, pues, diferencias fundamentales entre los hombres de un período histórico y los de otro período histórico.

América era un todo con España. Los hispanoamericanos habían conquistado iguales derechos que los hispanopeninsulares. Los criollos del siglo XVIII y principios del XIX no tenían razones para considerarse inferiores a los españoles de España. Sólo los diferenciaban sus ideas. Los descendientes de europeos no españoles eran muchos en España; pero mucho más en América. Estos hombres, hijos o nietos de italianos, franceses, etcétera, tenían ideas claras y definidas de la democracia, de los derechos naturales del hombre y de la libertad. Basta echar una ojeada a las actas del Cabildo de Buenos Aires para ver cómo abundan los apellidos no españoles y cómo todos ellos tuvieron una gran influencia en la guerra civil y en los sucesos posteriores.

Samuel Adams sostenía que el pueblo y sus representantes podían resistir "el ejercicio abusivo de las prerrogativas legales y constitucionales de la corona" y que "cuando se dé órdenes cuyo cumplimiento sea perjuicial para el pueblo no existe la obligación de cumplirlas". El pueblo debía resolver sus propios asuntos. Estos ideales eran exactamente los mismos que sostenían los comuneros del Paraguay en el mismo siglo. Adams dió a esta doctrina, que ya habían difundido los whigs, un significado democrático.

En el Paraguay la combatieron los jesuitas que sostenían principios absolutistas, y las autoridades españolas igualmente absolutistas.

Las ideas absolutistas de los Borbones se reflejan en la política con el centralismo que impusieron a las gobernaciones americanas. Estas habíanse gobernado autonómicamente en el siglo XVI con sus gobernadores, a menudo americanos, compenetrados a fondo de los problemas y de las necesidades locales. La autoridad real era algo lejano y casi místico que no se hacía sentir en forma directa sobre los pobladores. Cada gobernador daba ordenanzas especiales para el gobierno de los indios y de los mismos españoles. La vida colonial de los primeros tiempos era democrática y libre. Los tenientes de gobernadores gobernaban como caudillos en las ciudades de segundo orden. Estas ciudades rara vez eran visitadas por los gobernadores. Muchos cumplían íntegramente su gobierno sin haber recorrido una sola vez su gobernación. Los localismos se hicieron agudos durante la colonia y adquirieron todas las características que después de 1810 definieron los localismos de las nuevas repúblicas independientes. Los Borbones quisieron destruir este estado de cosas uniendo toda la vida colonial, hasta entonces dividida en incontables autonomías locales, a un centralismo virreinal y peninsular que contrarió hábitos y sistemas bien arraigados.

Las ideas políticas y económicas de Gran Bretaña y de España en el iglo XVIII hicieron comprender las ventajas del Estado mínimo, con una autoridad reducida a lo indispensable. El Estado, según los fisiócratas, no debía intervenir en cuestiones ajenas a sus fines y debía dejar que la economía fuese la base del poder político. La riqueza no puede nacer, de ningún modo, de la tutela del Estado, sino de las iniciativas y trabajos individuales. La política debe obedecer a la economía y no la economía a la política. Los Estados absolutistas o centralizadores son contrarios a este sistema. Las ideas liberales del siglo XVIII fueron en contra de toda tutela paternal o superior y quisieron dejar a los ciudadanos una plena libertad de acción, de trabajo y de pensamiento. Estas ideas circularon ampliamente de Norte a Sud América y prepararon tanto los ideales de la revolución norteamericana como de la guerra civil en Hispanoamérica. Si la historia es realmente pensamiento, no puede negarse que Norte y Sud América tienen una historia común, porque sus ideales y sus resultados históricos fueron no sólo comparables sino semejantes. En Norte América estas ideas liberales fomentaron, después de la independencia, el aumento del capitalismo. En Sud América fueron una fuerza más en contra del centralismo y despotismo de los Borbones.

§ 8. *El españolismo de la independencia.*

Nunca pensó América con un cerebro más español que en los años de su independencia política. Sus ideas de libertad tenían hondas raíces españolas. Los gustos literarios eran en su mayoría españoles y en una mínima parte extranjeros. La literatura americana del período hispánico es de origen, influencia y carácter puramente españoles. Rudolf Grossmann, de la Universidad de Hamburgo, ha estudiado las tendencias del drama español en la América española llegando a la conclusión de que la influencia espiritual de la Madre Patria fué, en la época de la independencia, "mayor que nunca en el período colonial". Agrega: "Jamás se ha presentado una prueba más brillante de que la separación entre la madre patria y sus colonias tuvo causas externas, políticas y económicas, y no motivos internos e instintivos, que la constituída por la aparición espontánea de una literatura orientada en sentido puramente español, en la América recién libertada". En efecto: las tendencias españolas de los afrancesados y de los nacionalistas se continúan de un modo exacto en América. Todo cuanto se representaba en España se representaba en América. En Lima, en 1710, Pedro de Peralta traducía a Molière, y en 1740, Olavide tradujo a Voltaire. En 1789, Labardén, escribió un drama clasicista con un argumento de la tierra: *Siripo.* Era la modalidad de los dramaturgos españoles: patrióticos, nacionalistas, en los argumentos y sentimientos, y afrancesados en la forma. El Perú hizo resurgir la comedia española de costumbres a los pocos años de la independencia. El alma de América no dejó nunca de ser alma española.

La literatura es el espejo más fiel que tienen el pueblo, la política y las necesidades del pueblo. Nunca se equivoca. Una literatura —la del *Viejo Testamento*— predijo el nacimiento de Cristo. Otra literatura anunció la unidad de Italia. Otra literatura reflejó en el futuro la convulsión rusa. Otra literatura describió en su detalles lo que sería la última revolución española. La literatura de los proscriptos, en el Río de la Plata, sentenció y ejecutó a Rosas. Cuando una literatura predice un acontecimiento social o político es porque ese acontecimiento ya esta definido y comienza a madurar. En la América Hispana, antes de 1810, ninguna literatura aludió a la posible independencia. Se habló, en cambio, de los derechos del hombre, del pueblo, y del aborrecido despotismo. Los ideales —de religión, de nacionalidad, de política, etcétera— constituyen una patria más fuerte que las fronteras geográficas. En Hispanoamérica no hubo más oposición de ideales que los de la libertad y del absolutismo. La patria debe en-

cerrar los esfuerzos de todos los que tienen un fin común. Lo que va en contra del fin común y de la justicia común va en contra de la patria. El choque del liberalismo y del absolutismo produjo dos fines que terminaron por crear dos patrias: una absolutista y otra liberal.

Una sola fué la causa de la guerra civil en España y en América. Ello explica por qué en los puntos más alejados se produjeron, a un mismo tiempo, sin ninguna influencia recíproca, hechos análogos. El 19 de abril de 1810 Caracas proclamó su autogobierno. Un mes y días más tarde, el 25 de mayo, Buenos Aires hizo lo mismo. Al final de ese año, la *Gaceta de Buenos* Aires dejó bien claro que el movimiento de Caracas sólo aspiraba a un cambio en la política y no reconocía influencias extrañas, como las de la revolución francesa: "Si viéramos empezar aquella revolución proclamando principios de exagerada libertad, teorías impracticables de igualdad como las de la revolución francesa, desconfiaríamos de las rectas intenciones de los promovedores, y creeríamos el movimiento efecto de un partido y no del convencimiento práctico de todo el pueblo sobre la necesidad de una mudanza política". Quienes aún ven la guerra civil americana como una imitación o eco de la revolución francesa tendrán que admitir estas declaraciones como una réplica ilevantable. Los principios de la revolución francesa —la bondad natural de los hombres, la libertad, la igualdad y la fraternidad como objetos de la sociedad, y la razón como medio para llegar al bien social —no se encuentran en ningún propósito de la guerra civil hispanoamericana, ni en ningún ideal posterior, salvo la libertad inherente al derecho natural del hombre. La revolución francesa dividió las opiniones en Estados Unidos. En la América Hispana fué conocida y aborrecida en una forma unánime. Sólo en Santo Domingo obtuvo algún eco entre los esclavos negros. En otras partes interesaron los derechos del hombre, no por ser una declaración de la revolución francesa —copia casi idéntica de la Constitución de los Estados Unidos—, sino por ser la esencia de una doctrina antigua, católica y española. En Estados Unidos la revolución francesa enterró para siempre las ideas monárquicas y fué un freno para la naciente aristocracia. El nombre y el concepto de democracia se dignificación y popularizaron. La guerra entre Inglaterra y Francia dividió aún más las opiniones. Unos fueron partidarios de Inglaterra y otros de Francia, o sea, de la democracia. En la América Hispana, repetimos, la revolución francesa fué desaprobada en forma unánime.

La misma *Gaceta de Buenos Aires* explica que los supuestos revolucionarios hispanoamericanos sólo imitaban a los patriotas españoles de la Península en su lucha contra Napoleón: "Pero al

ver que lo que todos los pueblos de España han puesto en práctica, esto es, formar un gobierno interino, durante la ausencia del monarca, o en tanto no se establezca la monarquía sobre nuevas y legítimas bases, nos parece ver en el movimiento de Caracas los primeros pasos del establecimiento del imperio que ha de heredar la gloria, el saber y la felicidad del que está por perecer en el Continente de Europa a manos de un despotismo bárbaro".

Las Juntas de gobierno, en efecto, nacieron en España y se reprodujeron en América. Cada una tenía por fin gobernar su ciudad o su provincia mientras durase la prisión de Fernando VII y no se reorganizase la nación. La independencia de Caracas era considerada una medida provisional y el redactor de la *Gaceta de Buenos Aires* no dudada de que un mismo espíritu de colaboración y de amor unía a los liberales de España y de América en contra de los absolutistas de la Península y las fuerzas de Napoleón: "¿Mas, qué va a ser de la España si se separan de ella las Américas? Jamás podemos creer que las Américas, aun cuando todas siguieran el ejemplo de Caracas, se olvidarán de los que en España pelean gloriosamente contra la opresión extranjera. La proclama de Venezuela respira amor a los españoles: éste es inextinguible en los americanos. Las Américas, libres del yugo en que se las querido y quiere tener tan imprudentemente todavía, serán infinitamente más poderosas para mandar socorros a España, y los americanos no necesitarán de dependientes del fisco para auxiliar abundantemente a sus infelices compatriotas de Europa".

La unión de los hispanoamericanos liberales en contra de los absolutistas también hispanoamericanos es innegable. Manuel Moreno lo dice en una carta a López Méndez del 18 de agosto de 1811: "Caracas y Buenos Aires han sido las primeras que han levantado el estandarte de la reforma y tienen sin disputa el honor de haber sido las más discretas en conocer su riesgo, y las más animosas en adoptar los medios de prevenirlo. Casi a un mismo tiempo se les vió desterrar de su suelo al despotismo y erigir un Gobierno propio, capaz de conducirlos a la felicidad". Tampoco pueden discutirse otros principios y fines de la guerra civil hispano americana. Los liberales, partidarios de los derechos naturales del hombre, además de declararse, abiertamente, contrarios al despotismo de Fernando VII, afirmaban que los pueblos debían recuperar sus derechos usurpados y no dejarse dominar por unos absolutistas lejanos. Independencia significaba dar al pueblo lo que era del pueblo a fin de que pudiese decidir su propio destino. Esta interpretación consta, por ejemplo, en el borrador que el Gobierno de Buenos Aires preparó el 14 de marzo de 1812 con el objeto de declarar el reconocimiento de la indepen-

dencia venezolana: "Este acontecimiento extraordinario hará una época brillante en la historia de la revolución americana, y cuando las demás provincias, cansadas de sufrir la opresión del despotismo y la injusticia de envejecidas preocupaciones, imiten varonilmente el noble ejemplo de Venezuela, despreciando las miradas amenazantes con que un pequeño resto de tiranos imbéciles pretende insultarlas en los últimos momentos de su existencia, nadie podrá disputar a la antigua Caracas la gloria de haber sido el primer pueblo de la América Española que supo recobrar con energía la verdadera propiedad de sus derechos usurpados. Conquistada la Península por las armas francesas, cautivo el rey y nulas las esperanzas de que vuelva al trono de sus mayores, nadie, sino la ambición, puede oponerse a la independencia de los pueblos americanos y el que desconozca la justicia de esta empresa es un enemigo de la libertad".

En 1800, Estados Unidos habían olvidado las viejas disputas teológicas, las discusiones de política pura, las vacilaciones para aprobar la Constitución, las diferencias de clases y castas, etcétera, pues la economía libre era la base de la grandeza del Estado y de los principios liberales. El agrarismo sencillo y aristocrático empezó a ser substituído por el industrialismo y el capitalismo. En la América Hispana y especialmente en el Río de la Plata, las invasiones inglesas fueron el primer impulso y sacudimiento que recibió el virreinato en el siglo XIX. Hasta entonces el siglo XVIII se había prolongado tranquilo con ánimo de repetirse en el siglo siguiente. Las invasiones inglesas en Buenos Aires, con repercusión en Chile, Perú y otros lugares, y luego los triunfos de Napoleón forjaron una nueva mentalidad política e histórica.

La creación de las repúblicas hispanoamericanas se hizo por una simple acta. No fué preciso construirlas ni fijar sus límites. Ya estaban hechas y tenían sus límites definidos desde siglos. Pasaron de la colonia, o sea, del dominio hispano, a la independencia, sin el menor esfuerzo espiritual y sin ninguna alteración territorial. El Paraguay, por ejemplo, no disparó un tiro para lograr su independencia y en cambio combatió contra los argentinos que iban a llevarle la libertad. Esta libertad, para el Paraguay, era la sujección de sus derechos y de su autonomía por un gobierno situado a cientos de leguas y del cual había sido separado, de hecho y de derecho, desde el 1617. Las guerras sangrientas fueron de los viejos liberales hispanoamericanos en contra de los modernos absolutistas afrancesados. Cada nación se erigió sobre los límites que más estrechamente circunscribían su nacionalidad. No es cierto que las audiencias hayan servido de base, con sus límites, a las nuevas repúblicas. Las audiencias nacieron como tribunales de justicia. Sólo podían gobernar, interinamente, en caso de morir el virrey. El Presidente de la Audiencia podía ser gobernador; pero ni los oidores podían intervenir en los asuntos de gobierno ni el presidente en los de justicia. Los virreyes tampoco podían mezclarse en las cuestiones judiciales. Las funciones gubernativas correspondían a los virreyes y gobernadores. Cuando las audiencias pretendían mezclarse en asuntos de gobierno el rey las amonestaba. La real audiencia de Guatemala dió origen a las repúblicas de Guatemala, Honduras, Salvador, Nicaragua y Costa Rica. El virreinato del Perú no se dividió; pero el virreinato del Río de la Plata, con las audiencias de Buenos Aires y de Charcas, formó las repúblicas de Bolivia, de la Argentina, del Paraguay y del Uruguay. La Argentina y el Paraguay tomaron como límites los de sus intendencias y obispados. El Uruguay fué una faja de tierra que se desprendió después de la independencia de todas las otras naciones por la política de Gran Bretaña. Lo mismo ocurrió con Panamá, que debe su independencia al espíritu de sus habitantes y a la acción de Estados Unidos.

§ 9. *Las formas de gobierno*

En cada país hay muchos subpaíses. En la Argentina hay tantas Argentinas como regiones naturales y étnicas. El localismo fomentado por Rosas estuvo a punto de crear una serie, históricamente lógica, de republiquetas independientes. Fué la oposición a Rosas lo que dió unidad a la Argentina. El espíritu federal, localista, aislacionista, está en oposición, en toda América, al espíritu unitario, integralista. Ambos espíritus son perfectamente españoles. Uno es el fuerismo vasco, el conocido localismo español; el otro, el sistema administrativo, gubernamental. Por ello la lucha entre caudillos localistas, que combatían por sus intereses, y hombres de Estado que pensaban en la grandeza de la nación. Alberdi refiere que su padre se inclinó a los liberales que se oponían a los absolutistas, en la guerra civil llamada de la independencia, porque sus ideales coincidían "con su instinto vascongado de la autonomía local". Sarmiento vió en la misma guerra civil el espíritu del "individualismo vasco". Federalismo fué, en realidad, provincialismo. Los intereses y rivalidades de las provincias estimularon el federalismo. El federalismo y el caudillismo existían en América antes de 1810 y eran regímenes y sentimientos de procedencia española. Federalismo es división y división significa contentar a muchos. En un Estado federal las revoluciones difícilmente serán nacionales y a lo sumo quedarán relegadas a una provincia o a una región. Esto parece enseñar la teoría. La práctica, en cambio, es muy diferente. Estados Unidos, país confederado, tuvo una larga guerra de secesión. La federación argentina ardió en guerras ci-

viles. Los estados unidos del Brasil se han visto a menudo en el peligro de subdividirse.

El viejo espíritu unitario, integralista, español, ha luchado siempre, después de 1810 por reconstruir los antiguos límites coloniales y revivir las viejas fuerzas arministrativas españolas. El emperador Iturbide unió Guatemala a México. Bolivar quiso reconstruir el virreynato de Nueva Granada con la Gran Colombia formada por Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá. A Rosas se ha aeribuído, injustamente, el proyecto de rehacer el virreinato del Río de la Plata. El Mariscal Santa Cruz juntó Bolivia y el Perú. Muchos políticos peruanos han pensado en la conveniencia de revivir el virreinato del Perú uniendo el Perú, Bolivia y el Ecuador.

Las cuestiones de límites dividieron, con episodios sangrientos (no olvidemos Pizarro y Almagro) las gobernaciones de la colonia como si las gobernaciones fueran verdaderos Estados independientes o repúblicas modernas. Después de 1810, las mismas cuestiones de límites enfrentaron a las repúblicas como si fueran las viejas gobernaciones. En estos problemas, la separación de España nunca existió.

La forma de gobierno fué el primer problema que se presentó a los hombres que declararon la independencia. Fué un gran instante de perplejidad. Habían hecho algo que no imaginaban hacer. Tenían un destino en sus manos y no sabían cómo iniciarlo. El ejemplo republicano de Estados Unidos era muy fuerte. La monarquía constitucional ofrecía también sus ventajas. Los planes de coronar a un príncipe europeo o al descendiente de un inca eran útópicos, impracticables, antipopulares y antiamericanos. Los teóricos de la independencia eran lectores de la *Enciclopedia* francesa y de las principales obras políticas de su tiempo. La república se impuso en unas regiones de hecho y en otras de derecho. En la Argentina fué de hecho, puesto que el Congreso de Tucumán declaró que si no se consultaba al pueblo no se podía resolver ese punto. Tanto en Norte América como en Sud América las ideas políticas de origen europeo tomaron rumbos propios y llegaron a diferenciarse profundamente de sus primeras formas. Por ello el republicanismo liberal y democrático de los Estados americanos. Por ello, también, las vacilaciones de la naciones auropeas en reconocer a los nuevos Estados americanos. Las cortes aristocráticas y absolutistas no estaban dispuestas a reconocer gobiernos que sustentaban principios diametralmente opuestos a los suyos. Además, los pactos de familia, de reyes despóticos, impedían los reconocimientos aislados. El zar de Rusia, por su parte, quiso convencer a la Santa Alianza que los liberales americanos eran enemigos de la religión cristiana. Inglaterra y Portugal fueron los únicos

países que, por odio a España, reconocieron a las naciones independientes del Nuevo Mundo. La pérdida de las colonias norteamericanas hacía desear a Inglaterra que también se deshiciese el imperio español americano.

Toda América, después de la independencia, cayó en la anarquía y en las dictaduras. No hay país hispanoamericano que pueda excluirse de esta ley. Rosas, en la Argentina, no es un caso singular, como no lo es ningún otro caudillo de las nacientes repúblicas americanas. Si se endiosa, por razones políticas, a uno de estos tiranuelos, hay, por la misma razón, que hacer otro tanto con los demás. Ninguno escapa a las características vulgares de los dictadores surgidos de revoluciones y desórdenes. Todos tienen el mismo principio, la misma vida y, más o menos, el mismo fin. Cuando la anarquía cunde y generales y políticos se disputan el poder, es una regla que todos ellos terminen por ser desplazados y en su lugar se levante un dictador. Dictador y caudillo son muy diferentes. Los caudillos son provincialistas, localistas. Los dictadores representan el papel de hombres de Estado. Unos y otros son nacionalistas engañados porque creen tener siempre detrás de sí, la mayoría mientras que, en cambio, sólo tienen una minoría. Caudillos hubo muchos en América; dictadores, muy pocos: tal vez ninguno. No obstante, no hay un caudillo, provincial o nacional, que no se aplique el nombre de dictador.. En América, los caudillos han creído suya la tierra de su patria o su provincia y han gobernado a sus pueblos como a tribus o a ejércitos de peones. En la Argentina los caudillos hicieron la anarquía y se estabilizaron durante todo el tiempo que duró Rosas. En otras palabras: Rosas duró todo el tiempo que duraron los caudillos. Los caudillos fueron egoístas con el pueblo. Quisieron protegerlo, paternalmente, y, al mismo tiempo, lo relegaron a una condición de inservible o menor de edad, sólo útil, con su sumisión, para mantenerlos indefinidamente en el poder. Los caudillos no quisieron ni elecciones ni libertad para no hacer peligrar su posición. Quisieron mansedumbre, servilismo y silencio. El pueblo fué siempre despreciado por los caudillos. No hubo un caudillo que juzgase, jamás, al pueblo ser digno de regir su destino. A juicio de Rosas, el pueblo nunca estaba maduro para decidir su forma de gobierno y vivir de acuerdo con una Constitución. Los insultos que, en innumerables formas, los pueblos han recibido de los caudillos llenarían no pocos volúmenes.

Estados Unidos tuvo la suerte de no tener caudillos. En otras palabras: no tuvo hombres que subordinaran los intereses del pueblo a sus ambiciones en una forma tan amplia que impidieran el desarrollo de la nación. Por ello sus estados se fueron uniendo del Atlántico al Pacífico y del Canadá a México. En Hispanoamérica los caudillos impidieron en esta unión. El estudio de sus ideas

políticas lo muestra en forma innegable. Con la excusa de defender a los pueblos los dividieron en naciones absurdas. Los caudillos hicieron de sus ambiciones las ambiciones del pueblo, y el pueblo luchó por la ideas y las conveniencias de los caudillos creyendo que luchaban por su propia conveniencia. El pueblo, en la América Hispana, pocas veces supo lo que quiso, ni tuvo facultad para discernirlo ni pudo votarlo aunque lo hubiese sabido. Cuando habló, cuando expuso su sentir en votaciones que rara vez fueron libres, habló como el eco de la voz del dueño. Por ello no somos lo que habríamos podido ser, lo que fuimos durante la colonia y lo que son los Estados Unidos. Tres siglos vivimos en la colonia en buena paz, sin más inquietudes que alguna diferencia de límites y protestas locales por un precio alto o un permiso comercial. Rara vez tuvimos cuestiones internas que dividiesen a los pueblos que ahora forman naciones vecinas y enemigas. Los problemas y necesidades que podían hacernos ansiar la independencia, lejos de dividirnos nos unían a un hermanazgo de ideales. El absolutismo borbónico sublevó las conciencias de España y de América y surgió la guerra civil. El final fué la disgregación y la independencia. Representó, políticamente, la derrota de todos e, idealmente, el triunfo de los liberales y el hundimiento de los absolutistas. Triunfó, una vez más, como en Estados Unidos, como en Francia, el derecho natural del hombre sobre el derecho divino de los reyes. Pero las fuerzas históricas no se pierden y los problemas políticos espirituales de la colonia revivieron después de la independencia en cada región y en cada república. Los caudillos heredaron los sistemas aislacionistas y despóticos desde México a la Argentina y Chile. Cada caudillo necesitó un escenario y su campo de acción. Los mayores quisieron una república; los menores se contentaron con una provincia y hasta con un pueblo y un barrio. Tenemos los ojos sobre el suelo, a nuestros pies, y no en el horizonte. Como caudillos nos hemos encerrado en ciudades circundadas por desiertos, en provincias despobladas y en naciones aisladas. Hemos creado barreras en homenaje a aislamientos que sólo protegen a un mandatario. La historia hizo de ciertos personalismos cultos nacionales y son innumerables los pueblos que combatieron por hombres y no por ideales o auténticas necesidades. Trazamos líneas-límites en el desierto; recortamos naciones de un Continente que era una sola extensión; quisimos romper con los moldes de la colonia y heredamos desde sus divisiones administrativas hasta sus modalidades espirituales. En vez de mantener la paz colonial, convertimos las antiguas gobernaciones en estados enemigos. Hoy vivimos nuestro destino con una inmensa satisfacción histórica y nacional: en el gran drama de la guerra civil hispanoamericana hemos conquistado la libertad. Ella fué el ideal y antorcha de la lucha y hoy es el símbolo de nuestras Patrias.

VIII

LIBERTAD Y ANTILIBERTAD EN LA HISTORIA DE EUROPA Y AMERICA

§ 1. *Orígenes de la libertad política*

LA libertad política ha vivido, bajo distintas formas, desde los tiempos de Grecia y de Roma hasta la actualidad. La fuerza sólo ha regido, momentáneamente y de un modo anormal, los destinos del hombre. El valor de la *polis* fué comprendido, por primera vez, en Grecia. Platón opinaba que los filósofos —amigos del conocimiento— eran quienes debían ocuparse de la política. En su concepto, el hombre de Estado es el que asegura la justicia. Absolutismo e injusticia involucran una misma idea. Y Platón no era partidario de la democracia por la mezcla de opiniones que ofrecía. Aristóteles no se valió de mitos, como Platón, para analizar la historia. A su juicio, el Estado debía ser regido por la clase media, para que los extremos no preponderasen. Las naciones con muchos ricos o muchos pobres estaban en grave peligro. Epicuro negaba la existencia de un derecho natural. Para él sólo había acuerdos de no perjudicar y no dejarse perjudicar. Los estoicos fueron los precursores del sentido que condujo al derecho internacional de Vitoria y de Grocio. Según ellos, todos los hombres estaban unidos por su naturaleza. Sólo había una ley universal, un derecho y un Estado. En Roma, Cicerón y Séneca consideraban a todos los hombres iguales. Para Cicerón el Estado sólo podía existir si se basaba en el derecho. Cicerón defendía la igualdad de todos los hombres y la ley eterna de la naturaleza. A su entender, los hombres nacían para la justicia y el derecho sólo se basaba en la naturaleza. Ningún hombre —decía Cicerón— puede construir un gran Estado. Para hacer un gran Estado —agregaba— se precisa el genio de muchos, la experiencia de largas generaciones. Las ideas de Cicerón inspiraron a los juristas romanos de los primeros siglos y pasaron al cristianismo. En la democracia griega, cualquier ciudadano podía llegar a los más altos cargos del gobierno. Las asambleas de Atenas, llamadas *eklesia*, pasaron cos su forma y su nombre al catolicismo y crearon la *iglesia*: conjunto de todos los fieles. El derecho romano no fué un derecho para Roma, sino pa-

ra el mundo. Sus principios son los que aún nos rigen. Ellos inspiraron muchos conceptos del cristianismo. La base de la libertad individual hallábase también en el judaísmo. El catolicismo la elevó y transformó el Dios absoluto de los judíos en un Dios misericordioso y de bondad. El cristianismo reconoce a todos los hombres una misma sangre. No concibe ni admite que pueda esclavizarse el alma. El cuerpo es el cuerpo y el alma es el alma. La esclavitud era una institución del derecho civil o de gentes, no del derecho natural en el cual no existían diferencias entre los hombres. La personalidad legal de los esclavos nunca fué negada totalmente. La concepción cristiana de la esclavitud, que veía a todos los hombres iguales en su espíritu y ante Dios, fué la fuerza de los filósifos y juristas de la Edad Media. La libertad era considerada, en el cristianismo, el fundamento natural y biológico de todos nuestros actos y de la consiguiente justicia. El derecho natural está en contacto con el derecho divino: es inmutable y eterno. El derecho positivo nace de los hechos, de la costumbre, de la historia. En la Edad Media el derecho no se basaba en la voluntad de un hombre, sino en las costumbres del pueblo. Era la herencia del derecho romano, que admitía que la autoridad política pertenecía a la comunidad. En Roma era el pueblo el que daba todo su poder a los emperadores: principio de derecho que pasó a la Edad Media y a los tiempos modernos. En la Edad Media siempre se convino en que el derecho positivo no puede sobreponerse, en forma absoluta, al derecho natural. Por ello San Agustín definió el pueblo como un conjunto de hombres con intereses comunes y un mismo derecho. Ninguna ley, según San Agustín y Santo Tomás, podía concebirse sin la igualdad de todos los ciudadanos. Los hombres son diferentes por su riqueza y su capacidad, pero no por sus derechos humanos y naturales. Santo Tomás consideraba justa la resistencia contra la injusticia. Un buen rey debía defender lo justo, no lo injusto. En Roma el pueblo no hacía las leyes: las recibía de los emperadores; pero éstos las redactaban por la autoridad que les había dado el pueblo. La idea de que el Estado tiene la máxima y completa autoridad nació en el siglo XVII y fué expuesta por Hobbes.

Roma logró su enorme extensión, más que a conquistas, a la unión de ciudades Estados. Las adhesiones fueron en gran parte voluntarias, como lo prueba la llamada paz romana. El ejército romano no era un ejército de romanos, ni, menos, de italianos, sino un ejército internacional compuesto por los habitantes de innumerables regiones. Roma fué el internacionalismo de Europa. El imperio romano tuvo un estilo; pero no una raza. Las libertades de los hombres en el imuerio romano, tanto religiosas como comerciales, eran inmensas. La mancha del imperio romano no fué el

no creer en la inmortalidad del alma, como han sostenido algunos historiadores, sino la esclavitud. La esclavitud es universal y antiquísima; pero Roma no supo destruirla. El cristianismo arraigó entre los esclavos, como un consuelo y una esperanza; pero tampoco logró arrancarla del derecho romano y medieval. Por ello se ha dicho que la libertad, en la Europa feudal, no es general, sino propia de los gremios y de los seres privilegiados; que hay fundamentos de una libertad civil y no de una libertad política. Estas afirmaciones tienen sólo una parte de verdad. En Francia la libertad fué sofocada por el feudalismo y los señores feudales fueron anulados, lentamente, por los reyes. En España la libertad política era un hecho auténtico y alcanzó gran altura. El espíritu feudal, en cambio, ha vivido en Alemania hasta el siglo XIX. Cada época de la historia se caracteriza por un gran conjunto de aspiraciones comunes. La conquista de la libertad fué en la Edad Media la conquista del derecho y de la justicia. Libertad es igualdad de derechos y de deberes. Es un derecho y una necesidad. La libertad debe ser útil a la verdad, no a la mentira. El ideal de la libertad es depender de leyes dadas por el pueblo, no por un dictador. En los regímenes despóticos, el depotismo sólo es útil a una persona: el déspota. Cuando impera la tiranía no queda más libertad que la del pensamiento. Igualdad no es uniformidad. Los hombres deben ser iguales antes las leyes y frente a sus derechos y obligaciones; pero no pueden serlo en su capacidad. El catolicismo no admite la libertad religiosa: el protestantismo, sí. La libertad de pensamiento no puede ser completa si no permite el libre examen. El cristianismo fué convertido, por San Pablo, de una secta en una religión universal. El emperador Constantino tuvo la habilidad de incorporar al Estado el poder religioso. La unidad religiosa se hizo, así, unidad política, estatal, y la libertad de pensamiento empezó a tener en el concepto religioso barreras invencibles. Sólo se salvó la libertad humana por el derecho natural. Toda la Edad Media compartió la creencia de que el derecho es la base del Estado y que el derecho natural es el más fuerte de los derechos. El derecho natural era considerado como un derecho dado al hombre por Dios e ir en su contra era como ir en contra de Dios. En la Edad Media se distinguió perfectamente el rey que gobernaba de acuerdo con el derecho, y el tirano que lo hacía por su vountad. En la Edad Media, especialmente en España y en Inglaterra, los hombres libres no podían ser perseguidos por el rey, sino juzgados, en caso de ser culpables, de acuerdo con las leyes. La libertad política nació del pueblo y para el pueblo. En la Edad Media el gobierno representativo aparece, por primera vez, en España, a fines del siglo XII. Un siglo después pasa a Inglaterra y más tarde se descubre en otras partes de Europa. Italia fué la primera nación

de Europa en dar el ejemplo de los gobiernos absolutos a fines de la Edad Media. Unos civilistas italianos, basados en interpretaciones erróneas de juristas anteriores, afirmaron que el rey podía burlar todas las leyes. Las principales ciudades italianas no se dejaron dominar por tiranos como en tiempos de la dominación griega. La afirmación de que la luz viene de Oriente —*ex Oreinte lux*— encierra la seguridad de que las culturas occidentales están destinadas a perecer y ser substituídas por otras llegadas del Este. La decadencia, por ciclos, de las culturas occidentales, era bien conocida en la Edad Media, mucho antes, por cierto, que lo enunciaran Vico y Spengler. España, en la Edad Media, no ignoró la antigüedad porque sobrevivía en ellas y porque también la habían conservado los árabes. El resto de Europa, en cambio, tuvo que volver a la antigüedad por medio del Renacimiento. Más que renacimiento este hecho fué un descubrimiento. Todas las civilizaciones muertas han desaparecido porque no disfrutaban de libertades absolutas. En todas ellas empezaba por existir la exclavitud. Los gobiernos orientales basábanse en el más duro despotismo. En la Edad Media, el *feudum*, del antiguo alemán *feod*, alimento, era un modo de vida de unos pocos sobre unos muchos. La concepción católica de la historia no podía imaginar el progreso. La lucha por la libertad tenía obstáculos y también conciencia de sus dificultades y del triunfo que le correspondía.

§ 2. *De Maquiavelo a Hobbes*

San Francisco y Joaquín del Fiore fueron los primeros en concebir las ideas de renovación, nueva vida y renacimiento. Dante, en su *Vita nuova*, encierra algo más que sus propios amores. Vasari, en sus vidas de artistas, difunde el término renacimiento. San Pablo también había hablado de la nececidad de renovarse en el espíritu. Fué una nueva concepción del mundo occidental. El misticismo de los países del Norte se sumó a estas tendencias. En cuanto al derecho romano no dejó de enseñarse en la Edad Media. Las Universidades no lo desconocían y su influencia fué enorme en toda Europa. Por otra parte, si Dios creó al hombre —se razonaba— es lógico que gobierne su vida y su política. En 1324, Marsilio de Padua y Juan de Jandun sostuvieron en su obra *Defensor Pacis* que el poder de legislar sólo correspondía al pueblo. Marsilio no aceptaba la intervención del Papa en la vida del Estado. En 1347 Cola di Rienzi concibió por el primero una Italia unida y estuvo a punto de conseguirla. Más tarde recogió la idea Maquiavelo. El autor de *El Príncipe* compuso esta obra en la soledad y persecución, lleno de desgracias y de rencores, en su destierro de San Casciano. Toda su vida fué un fracaso de hombre de Estado. Sólo

supo hacerse sospechoso y conquistar antipatías. Murió en 1527. En su tumba, en 1787, su nombre lleva este epitafio: *Tanto nomini nullun par elogium* (Ningún elogio puede compararse a tanto nombre). *El Príncipe* tuvo escasa influencia en su tiempo. Lo combatieron innumerables estudiosos y sólo lo siguió algún gobernante, también fracasado. Maquiavelo no retrató a su época, retrató a César Borgia y agregó mucho de su fantasía. Captó, como quiere Croce, algunos rasgos de su tiempo, especialmente en Italia; pero no a todo su tiempo, porque Italia y, especialmente, Florencia, era muy distinta al resto de Europa. En el Renacimiento no renace Roma, sino Grecia. Surge Platón y cae el latín. La historia se escribe en lengua vulgar. El hombre mira el pasado y se mira a sí mismo. Aristóteles fué la autoridad máxima en la Edad Media: significó la palabra del maestro y el escolasticismo; Platón fué el Oriente, primero, y el Renacimiento, después. La pólvora y la imprenta se convirtieron, casi a un mismo tiempo, desde el Renacimiento, en las armas más poderosas de la humanidad. Maquiavelo, desarrolló, teóricamente muchas concepciones poéticas de Dante. El Papa, según Maquiavelo, había impedido la unidad de Italia. La religión, a su juicio, conducía a la pérdida de la libertad y a la esclavitud. Maquiavelo desdeñaba la religión que ponía la felicidad en la infelicidad y en el despego de los bienes terrestres. La religión pagana cuidaba, a la vez, el cuerpo y el alma. "Nosotros los italianos —decía Maquiavelo— le debemos, pues, a la Iglesia y a los sacerdotes, el habernos vuelto malos y sin religión; pero le debemos algo de mayor trascendencia aún y que constituye la segunda causa de nuestra ruina: esto es, que la Iglesia ha mantenido y mantiene dividida a esta provincia". Maquiavelo ha fijado, admirablemente, las caracteristicas del príncipe tirano. Son, sin variantes, por ser tan humanas y tan imprescindibles a la tiranía, las de los tiranos que lo precedieron y le sucedieron, hasta la actualidad. Los rasgos por él dibujados se ajustan a cualquier tirano, de cualquier tiempo y país. Maquiavelo reconocía que el príncipe "que tuviese como enemigos a unos pocos, fácilmente y sin muchos escándalos se asegurará, mas quien tenga como enemigo a la generalidad, no ha de poder asegurarse nunca, y cuanto más haga uso de crueldad, tanto más débil se tornará su principado". En realidad, Maquiavelo amaba las leyes, no las dictaduras: "No es suficiente, para la salud de un Estado, tener un príncipe que, mientras viva, prudentemente, lo gobierne, más necesita de uno cuyo ordenamiento sea tal que, muerto él, aún pueda sostenerse". En otra parte decía: "Debéis saber, pues, que existen dos maneras de combatir: la una con las leyes, la otra con la fuerza; la primera es propia de los hombres, la segunda de las bestias; mas como la primera, en muchas ocasiones no es suficiente, conviene recurrir a la se-

gunda". Guicciardini también vió en los Papas la causa de la falta de unidad de Italia, y era un convencido que la muchedumbre es más sabia y más constante que un príncipe. El error de Maquiavelo fué juzgar la historia y la política de acuerdo con la debilidad, las necesidades y las aspiraciones de Italia. Del resto de Europa se había poco. Además, sus verdaderas ideas han sido mal entendidas e interpretadas. Maquiavelo no inventó, como se cree, el arte de gobernar sin escrúpulos Este arte nació con César Borgia, el Príncipe, hijo del Papa Alejandro VI. Los Borgias cambiaron la concepción del mundo y del gobierno católico. El espíritu del mundo medieval quedó roto por una política de corrupción y de necesidad. Fué una concepción práctica de españoles en Italia y para Italia. Maquiavelo sólo fué un recopilador o expositor teórico de las doctrinas, y los Borgias, los inspiradores y ejecutores. El maquiavelismo no penetró en España ni tuvo influencia en Amér ca ni circuló por Estados honestos En algo fué seguido en Francia cuando su corte estaba corrompida. El borgismo o maquiavelismo o cinismo político, no debe confundirse con el derecho divino de los reyes. Gregorio Magno fué el creador de la doctrina que daba a los reyes todos los poderes de parte de Dios. Sus fuentes fueron el absolutismo bizantino y el Antiguo Testamento. En Italia el hombre descubrió su propia personalidad en el Renacimiento. En España la idea de la propia personalidad era tan antigua como la Edad Media. San Agustín, en sus *Confesiones*, llamó la atención sobre lo que hay de admirable en los hombres. Petrarca comprendió esta verdad. Pico de la Mirándola consideró al hombre libre y lo mismo hizo Montaigne en el siglo XVI (1580). En otro sentido vemos cómo San Francisco, en el siglo XIII, creó una nueva concepción de la naturaleza: amorosa, ingenua y universal. Leonardo difundió la concepción matemática y dinámica de la naturaleza. Copérnico hizo concebir el mundo como finito. Estas conquistas trajeron la reforma protestante en los primeros años del siglo XIV. Era una aspiración de los pueblos del Norte de separarse del dominio universal de Roma. El descubrimiento de América, la crisis comercial y la acción de Lutero precipitaron el hecho. A los dos años del descubrimiento de América, Italia se transformó en campo de batalla europeo. Alemania cayó en la miseria. Rusia y Dinamarca contribuyeron a la destrucción de la liga hanseática. Así nació el mundo moderno: con el desarrollo del comercio mundial y los sistemas de contabilidad, y avanzó con ellos a medida que se perfeccionaron dichos sistemas.

El absolutismo, salvo en Italia, fué un producto de los tiempos modernos, posteriores al descubrimiento de América. Los parlamentos de la Edad Media que en España y en Inglaterra significaron el más amplio liberalismo político, faltaron en Italia. En

esta península existía la libertad civil, no la política. La unidad y continuidad italianas han estado representadas, durante siglos, solamente por su tradición literaria. La literatura liberal italiana del resurgimiento no tuvo mayores ecos en Europa y en la misma Italia; pero sí una grande influencia en América. Mazzini es un ejemplo. Italia y Alemania han tenido una unidad cultural antes que estatal. Ello demuestra que la unidad espiritual es anterior a la política y tiene más valor que ella. En el siglo XVI, la razón de Estado creó una antitradición que más tarde recogió y expuso Hobbes. Para Rogelio Bacon el mundo no era del hombre abstracto, sino de los hombres en particular. En el Renacimiento y de acuerdo con el derecho natural, nació la concepción de la tolerancia. Vitoria, Albérico Gentile y Grocio extendieron el derecho internacional basados en el derecho natural. Luis XI empezó, en Francia, a aumentar el poder real. En Francia, en el siglo XVI, los principales juristas estaban de acuerdo en afirmar que era el pueblo quien confería su autoridad a los príncipes y que éstos debían gobernar obedeciendo a las leyes. El absolutismo sorprendió a los juristas franceses de los siglos XVI y XVII. Fué un absolutismo que creció y se impuso gradualmente. Los juristas continuaron defendiendo los principios del derecho que en la elaboración de las leyes asistía al pueblo. Richelieu creó en Francia el Estado absoluto. Para Richelieu el Estado debía estar sobre todas las conveniencias, justicias e injusticias personales. El pueblo debía ser dominado: no necesitaba libertades y vivía mejor con un yugo. Luis XIV fué un rey absoluto; pero la tradición liberal no murió en Francia en el siglo XVII y sobrevivió en teólogos como Fenelón. En las dictaduras, decía Fenelón, no hay pueblos, hay esclavos. La ruina de Francia comenzó con el absolutismo de Luis XIV. Tomás Hobbes, con su *Leviatán* y su célebre frase *homo hominis lupus* (el hombre es un lobo para el hombre) fué una extraña excepción en la historia política y filosófica de Inglaterra. No halló partidarios y quedó como un ejemplo. El sacudimiento de la Reforma hizo temer a Hobbes convulsiones internas. Hobbes escribió sugestionado por los casos que veía, no por la historia. Las doctrinas del Estado absoluto de Hobbes fueron refutadas por los principales juristas alemanes, sin excluir a Leibnitz. Este decía que los gobiernos dictatoriales absolutos defendidos por Hobbes serían muy buenos si los dictadores fuesen ángeles o el mismo Dios. Grocio, en el siglo XVII, fué otra excepción: no creía que el pueblo fuese dueño de la autoridad que confería a los reyes. Sin embargo, admitió siete casos en los cuales era lícito resistirles. Fué refutado con muchos argumentos: entre otros el de que ningún pueblo tiene derecho a hacerse esclavo por su voluntad. La autoridad que el pueblo confiere no es para que se vuelque en su contra. Cuando

una persona otorga un poder y quien lo recibe lo emplea mal, puede retirárselo. Tampoco debe olvidarse, por ejemplo, que el senado romano podía condenar a muerte a los emperadores. Cuando los intreses del pueblo no se adaptan a los intereses personales del gobernante, es éste y no el pueblo el que debe ceder. Bentham y Hegel combatieron en cierto modo los derechos del hombre; pero en lo que respecta al Estado no se desprendieron totalmente del derecho natural.

§ 3. *La concepción del pueblo como fuente del poder*

Ya hemos dicho que el gobierno por medio de la representación del pueblo nació en España. Las cortes españolas funcionaron desde el siglo XIV al siglo XVI con más frecuencia —dice Carlyle— que en cualquier otro país de Europa, exceptuando Inglaterra. España fué, así, la madre de la democracia. Los teólogos y juristas españoles enseñaban que el pueblo daba el poder y la autoridad a los reyes y que cuando los reyes se convertían en tiranos era lícito resistirlos. El derecho divino de los reyes aparecía rechazado rotundamente. Las monarquías eran hereditarias, a su entender, porque el pueblo lo permitía. Saavedra Fajardo defendía aún estas mismas teorías en el siglo XVII, mientras en Francia dominaba el absolutismo. En España, además de las cortes hubo el gobierno popular y democrático de los municipios. Las Cortes españolas, formadas por el pueblo, tenían los más grandes poderes. Su ejemplo despertó la libertad política de toda Europa. La concepción de la libertad política fué sostenida brillantemente por los jesuítas españoles. Sus enseñanzas hicieron escuela en Europa, especialmente en Alemania. En el siglo XVII Alemania defendió los mismos principios de libertad que existían en España. Esta nación, con su democracia, fué la única de Europa que conservó íntegra su tradición católica frente a la Reforma. Inglaterra nacionalizó en paz la religión. Los otros países cayeron en guerras. Italia tuvo que corregirse en mil excesos. La nueva teoría de que la autoridad derivaba de los reyes, los cuales la obtenían de Dios y no del pueblo —inspirada por el Antiguo Testamento— produjo en las provincias españolas de América fuertes choques. En el Paraguay se levantó en su contra la vieja concepción medieval, nacida del derecho romano, que consideraba al pueblo fuente de todo poder y que defendían bravamente los juristas vascos. Así se produjo la guerra de los comuneros. En España, el absolutismo borbónico, de origen francés, que sostenía el derecho divino de los reyes, con las teorías serviles de Le Bret y Bossuet, fué su ruina: creó la lucha de opiniones entre el ideal democrático, papular, de la España eterna, en la cual el rey obtenía el poder del pueblo, y

el ideal absolutista, extranjero y extraño, que ungía al rey con un derecho de Dios y no del pueblo. Los revolucionarios americanos defendían los viejos principios democráticos españoles, y sus contrarios se aferraban a un absolutismo antidemocrático y antipopular que había llegado a España importado de Francia. El deseo de libertad, en la España del siglo XIX, no se inspiró en la revolución francesa, sino en la tradición histórica y política de las cortes y de toda su historia y en la palabra de los juristas. El nacimiento de las repúblicas americanas se produjo del choque del absolutismo francés, borbónico, que daba a los reyes un derecho y un poder emanados de Dios, con el democratismo que reconocía al pueblo como fuente de todo poder y a los reyes como depositarios de ese poder. El mismo derecho natural despertó los derechos del hombre en la llamada revolución francesa.

Ricardo Hooker, en Inglaterra, y Juan Altusio, en Alemania, sostuvieron, a comienzos del siglo XVII, que las leyes nacen del común de las personas y que los reyes están sometidos a las leyes. En otras palabras: el rey debía estar bajo la autoridad de Dios y de las leyes. Era la concepción medieval del derecho y del poder que pugnaba contra las teorías del naciente absolutismo. La majestad, o sea, el poder soberano, residía en la comunidad. En Inglaterra, en el siglo XVII, se consideró el Parlamento como un poder soberano muy superior al rey. Era una concepción medieval y española que arrancaba de los estóicos, del derecho romano y de los Padres de la Iglesia. En la Edad Media, uno de los principios fundamentales del derecho público fué el de poner frenos a la autoridad del rey. Santo Tomás de Aquino enseñó que resistir a la injusticia era un acto justo. En la Europa del Norte y del Este la autoridad no residía en los reyes, sino en los senados o parlamentos. La única monarquía absoluta que existió en Europa en el siglo XVI fué la francesa. La autoridad divina era considerada irresponsable. Los emperadores de Alemania nunca pudieron ir más allá de lo que establecían las leyes. Milton decía que el "único soberano verdadero y suprema majestad sobre la tierra no es ningún hombre mortal, ni su imperiosa voluntad, sino la justicia". El principio de que el pueblo es el depositario de todo poder y autoridad, es una consecuencia del principio de la libertad orginaria del hombre. Lo reconoció el derecho romano, fué una realidad en la Edad Media y lo defendieron Santo Tomás y los más eminentes teólogos y juristas de la Edad Media y comienzos de los tiempos modernos. En la Edad Media se sostenía que todas las leyes contrarias al derecho natural eran nulas por sí mismas. Es por estas razones que Juan Locke consideró a lo hombres libres desde su nacimiento. Todos pueden contar con propiedades privadas, fruto de su esfuerzo y trabajo. Dios dió la tierra al hombre. Los hombres

se unen en Estado para conservar su propiedad. La unidad política, el Estado, tiene el poder que le prestan los hombres y no puede tiranizarlos. Locke es un continuador y expositor de los principios de libertad política sostenidos por los estoicos, el derecho romano y los Padres de la Iglesia. Se basaba en la tradición histórica de la Edad Media y enseñaba que nadie tiene poder absoluto y, por tanto, nadie puede transmitir a otro un poder que no posee. Locke llega a nosotros como un resumen de principios y tradiciones antiguas y medievales que, por su intermedio, pasaron íntegras al mundo moderno de los siglos XVIII y XIX, especialmente en Inglaterra, América del Norte y Francia. Locke fué así, el filósofo de la revolución inglesa del 1688. Sus teorías sirvieron de escuela liberal durante doscientos años. La revolución inglesa tuvo una enorme influencia en la revolución de los Estados Unidos, en los enciclopedistas franceses y en la revolución de 1789. La revolución inglesa de 1688 impuso de nuevo en Inglaterra la soberanía popular. E igual cosa ocurrió con la revolución francesa de 1789. La revolución francesa fué inspirada por el deseo de devolver al pueblo el poder que le correspondía y había sido usurpado por los reyes. Los ejemplos de Inglaterra y Estados Unidos fueron decisivos. Los franceses no olvidarón nunca sus tradiciones jurídicas y de libertad. En el siglo XVIII los juristas las defendieron. La revolución fué el estallido del pueblo que quiso recuperar sus derechos y libertades. La revolución francesa la hizo la historia de Francia. Montesquieu, en el siglo XVIII, fué una gran defensor de la supremacía del derecho sobre el rey. Voltaire conocía ampliamente las libertades inglesas. El no pidió nunca para Francia libertades políticas, sino libertades cívicas. Ni Voltaire ni ningún otro filósofo francés fueron realmente democráticos ni soñaron que llegaría una revolución. Ninguno pensó jamás en un gobierno del pueblo. Los filósofos franceses que prepararon, inconcientemente, la revolución, fueron aceptados en los salones y perseguidos por el gobierno. Ellos combatían el despotismo y luchaban por una monarquía ilustrada. No concebían la igualdad social. En Inglaterra, en parte, ocurría otro tanto: no existía una democracia social y sólo existía una democracia política. Voltaire opuso sus ideas a las de Bossuet. Bossuet se apoyaba en el rey, Cristo y la Iglesia: los enciclopedistas confiaban en la burguesía. Montesquieu, como Voltaire, mostrábase contrario al depotismo; pero no era un demócrata. Rousseau tampoco defendió ninguna democracia parlamentaria. Luis XIV, Luis XV y Luis XVI significaron con su absolutismo el brillo y la ruina de Francia. En la Francia de 1789, el ideal de la libertad hacía unir en los actos públicos las banderas francesas, inglesa y estadounidense. Hoy se sabe a la perfección que los *Derechos del hombre y del ciudadano*, de 1789, tuvieron como modelo la Constitución

de los Estados Unidos y fueron incluídos por Rousseau y Montesquieu, los cuales, a su vez, recibieron influencias de América y heredaron las ideas de libertad política de la Edad Media y de España. La *Declaración de los Derechos del hombre*, hecha por la revolución francesa de 1789, es la reproducción textual de los *Bill of rights* de los Estados Unidos de 1776. Jellineck lo ha probado con una exacta comparación.

§ 4. *Los principios de libertad en América*

La revolución estadounidense se basó en los principios de libertad e igualdad de toda la Edad Media y de los siglos XVI y XVII. Guido de Ruggiero ha buscado su origen en los *Covenants* de las comunidades puritanas y en el espíritu calvinista. Fué, con palabras de Mirabeau, una declaración de guerra a los tiranos. Locke apareció como el repetidor más próximo de los viejos principios emanados de los estoicos, del derecho romano y de los Padres de la Iglesia, que tanta influencia tuvieron en la Edad Media. Los firmantes de la Constitución, que no eran grandes eruditos, tuvieron a Locke como modelo de sus ideas. La supremacía del derecho fué aprendida de Montesquieu. Este autor enseñó a separar los poderes legislativo, ejecutivo y judicial. En Francia, durante la Edad Media, el poder judicial estaba separado del poder legislativo o de los parlamentos. Lo mismo ocurría en España y esto fué lo que se repitió en los Estados Unidos. En las repúblicas del Continente Americano, los parlamentos pueden hacer juicio a los presidentes y ministros y deponerlos de sus cargos. Los representantes del pueblo tienen má poder que el jefe supremo. Es una tradición española e inglesa corroborada por hechos históricos. Los principios son ideas, opiniones personales de juristas. Las tradiciones históricas son hechos, realidad, vida. América transformó en hechos históricos los principios liberales de los juristas. La autoridad política fué, para Burke, la autoridad del pueblo. "La libertad y no la servidumbre —dijo en 1775— es el remedio de la anarquía". Por ello atacó la revolución francesa y defendió la americana. La revolución francesa nunca se habría logrado sin el ejemplo y la influencia de la revolución norteamericana. Los principios de la revolución francesa —libertad, igualdad, fraternidad— hallábanse en las doctrinas clásicas y medievales: eran la voz de la Biblia, de los estoicos, del derecho romano y de la historia medieval. Los reyes ahogaron, en Francia, en los siglos XVII y XVIII, la libertad política. La revolución y las doctrinas de Estados Unidos fueron la gran revelación. Locke fué seguido. Condorcet, continuador de Locke, escribió en 1786 *De l'influence de la Revolution de l'Amerique sur l'Europe*. En sus obras revive las tradiciones de li-

bertad de la Edad Media, sin apartarse una línea de los viejos principios históricos y de la palabra de innumerables juristas que los defendieron. Insiste en la vigilancia continua del poder ejecutivo y en la necesidad de una Constitución escrita. En cuanto a los ciudadanos deben vivir y ser juzgados de acuerdo con las leyes. Todos eran principios de la Edad Media y, en especial, de España. La supremacía del derecho en primer término. Porque libertad política es, simplemente, triunfo del derecho.

Ideas y hechos históricos se contagian y se repiten. Hárrington, en el siglo XVII, influyó, por ejemplo, en la Constitución de la colonia de Carolina, de 1667, y en el siglo XVIII, en el abate Sieyés. La razón empezó en España y en Francia a tener influencia en todas las ideas. El siglo XVII combatió sistemas; el XVIII interpretó el mundo con un sentido histórico. Los juristas comprendieron que la autoridad arbitraria es la ruina de todo perfeccionamiento, y los estadistas trataron de poner de acuerdo los derechos individuales con los derechos del Estado. Los razonamientos tienen que coincidir con las necesidades. Fácil fué comprender, y comprobar, que el gobierno por la fuerza sólo es deseado por los utópicos o aventureros y admitido por los débiles o los viles. Todo pueblo que pasa por una crisis de decadencia cae en un régimen de fuerza, de dictadura, y la caída se convierte por sí misma en una salvación y en un resurgimiento con tal que el régimen de fuerza lo encamine hacia la normalidad de sus leyes y de su tradición histórica. La sociedad puede y debe limitar ciertas libertades cuando ellas dañan su constitución: pero no debe decirse que libertad es anarquía, porque la anarquía es, precisamente, la negación de la libertad. Los partidarios de la fuerza y no del derecho son en el fondo resentidos o anormales. La fuerza que sólo se basa en la fuerza y no en el derecho tiene su vida medida. En los gobiernos de fuerza, la desobediencia es una salvación, y la conspiración, una esperanza. Por ello todo amante de la fuerza debe saber resignarse a ella cuando otra fuerza lo domine. Liberalismo y nacionalismo surgieron juntos a comienzos del siglo XIX. Uno dependía del otro y en la historia de su desarrollo es imposible separarlos. Todo acto liberal es por sí mimo nacional, como todo acto romántico es siempre liberal y patriótico. El depotismo napoleónico hizo comprender y sentir estas verdades y la fuerza de opresión se convirtió por sí misma en fuerza de libertad. Mientras Inglaterra era el primer país en el mar, Francia, con Colbert, era el primero en las industrias. Más tarde, Inglaterra suplantó a Francia también en la industria y entonces Napoleón quiso crear el sistema continental. Fué, exactamente, lo que hizo la Alemania de Hitler en la primera mitad del siglo XX. Despotismo y libertad en Europa tuvieron su paralelo preciso en América. Los ideales

que en Europa impulsaron a los hombres a luchar por la libertad originaron en América idéntico resultado. El liberalismo que en España despertaron los reyes borbones absolutistas halló en las doctrinas que produjeron la revolución norteamericana un apoyo teórico y eficaz. Tomás Paine fué el maestro de los liberales españoles y sudamericanos. Paine enseñaba en 1786 que " en América el pueblo es la fuente del poder". Al mismo tiempo revivían viejas tradiciones. No era posible olvidar que el sistema de gobierno representativo nació en España, pasó a Inglaterra y fué adoptado en Europa occidental y central en los siglos XIII y XIV. Los reyes absolutistas de origen francés traicionaban el auténtico espíritu liberal español. Paine continuó a Locke y fué más lejos: la libertad del individuo debía sobreponerse, en caso de existir, a la tiranía del pueblo. La lucha civil que se originó entre liberales y absolutistas en Norte América, primero, y en Francia, después, se reprodujo en España y de España pasó al Nuevo Mundo. El derecho divino de los reyes vino a encontrarse frente al derecho divino de los pueblos.

El siglo XIX recogió la herencia de las luchas por la libertad. La América Hispana deshizo el *imperium mundi* español. Fué la lucha civil más grande de la tierra. El partido liberal surgido, en parte, de las logias masónicas combatió al partido absolutista, resguardado en los tribunales de la inquisición, e impuso sus ideales en el Nuevo Mundo. El triunfo significó la independencia, la separación política de la Península. Los absolutistas terminaron por dominar en España y en algunas repúblicas americanas hasta el extremo de tratar, a mediados del siglo XIX, de rehacer la deshecha unidad hispanoamericana. La lucha contra Napoleón en España y en América representó un fuerte impulso para el romanticismo. El romanticismo hizo comprender el espíritu de la vida y dió origen a nuevas concepciones de la historia, de la literatura, del arte, del folklore y de la ciencia. La revolución francesa fué admirada por los románticos en muchos aspectos. Las concepciones medievales se hundieron con el resurgimiento, a un primer plano, de las naciones americanas.

En 1806 fué borrado, para siempre, el nombre de Sacro Romano Imperio de la Nación Alemana. El capitalismo preparó, en pleno romanticismo —1830—, otras mentalidades en Alemania y en el resto de Europa. Alemania no fué Estado hasta el 1870-71. Antes, Alemania era muchas Alemanias. La unidad política alemana había nacido de la unión de las aduanas alemanas (Zollverein). Lutero fué el primer Hitler, el primer hombre que comprendió el destino destructor de su pueblo. No fué un demócrata, sino un partidario de príncipes y señores. Estuvo en contra de los campesinos cuando se sublevaron para hacer valer sus derechos y los llamó,

injustamente, ladrones y asesinos. El libre examen del protestantismo no tuvo la influencia que se le atribuye en la independencia alemana, en la revolución de Cromwell, en la revolución norteamericana y en la revolución francesa. La fuerza que originó estos hechos es más antigua y más honda: es la idea de democracia y libertad de la Edad Media. Ella penetró en la misma idea protestante. Nicolás de Cusa y Felipe de Hutten utilizaron la historia, los primeros, para indicar las rutas del futuro. La mirada al propio pasado fué el reconocimiento de la propia personalidad. Alemania sintió despertar su conciencia nacional cuando se separó de Roma. En cuanto a la conciencia política llegó al triunfo con la ascensión de Prusia. Los golpes de Napoleón destruyeron Alemania, pero anticiparon el gran surgimiento de Prusia. Los filósofos unificaron los espíritus. Herder preparó el romanticismo alemán con su concepción del *Volksgeit* (espíritu del pueblo). Goethe fué romántico y clásico, y Hegel, el más talentoso, concibió el pensamiento moderno en forma universal. La lucha contra la restauración resultó idéntica en Europa y en América. En 1848 los liberales alemanes iniciaron su campaña para unificar a su nación. El ideal tenía una inspiración americana. *La democracia en América*, de Alexis de Tocqueville, había sido reimpresa doce veces antes de la revolución de 1848. En América se combatía por iguales ideas. La lucha contra Rosas, en la Argentina, fué una lucha por el triunfo del nacionalismo y de la nacionalidad. Rosas, los caudillos provinciales y los otros tiranuelos de la América Hispana representaban la reacción fanática e intransigente, la vuelta al absolutismo que el triunfo de la libertad había barrido. Todo ellos eran la antítesis del romanticismo. Los opositores, en cambio, exhibían las ideas de libertad y de nacionalismo de los románticos europeos. El clero siempre se inclinó hacia el partido que lo protegía. En Francia fué en gran parte antirrevolucionario y antinapoleónico por causas bien conocidas. En América se dividió según su riqueza. Unos fueron absolutistas, y otros liberales. Ocurrió lo que en Francia, en los Estados Generales de 1789: los pobres se hicieron revolucionarios, y los ricos terminaron malamente. Italia, en el siglo XIX, también vivió, con intensidad, el ansia de la libertad. Hugo Fóscolo, en su *Jacobo Ortis*, creó una novela de amor romántica, con un personaje que se asemeja a Werther, de Goethe, pero que en realidad se lamenta de su patria desunida y cubierta de traiciones. Era el lamento de todos los italianos con un corazón italiano. Los traidores a la italianidad —siempre los hubo, los hay y los habrá— eran partidarios del absolutismo o ultramontanos. Vittorio Alfieri, gran italiano, había combatido en sus dramas a los tiranos. El odio al *bastone tedesco* sólo fué negado por los modernos traidores. Mazzini y Garibaldi —ambos

genoveses— crearon la gloriosa tradición italiana del socialismo. Sus palabras y sus acciones dieron frutos magníficos en América, especialmente en el Río de la Plata. Mazzini fué el fundador de la democracia italiana y el constructor ideal de Italia. Sus pensamientos tuvieron una enorme influencia sobre todos los opositores a las tiranías. Mazzini contribuyó, con sus ideas, a derrocar a Rosas. Fué un perfecto liberal idealista. Cavour, también liberal —sostenía "la Iglesia libre en el Estado libre"— fué su enemigo y el constructor político de Italia. Su acción tuvo un valor interno, no mundial, como la de Mazzini. Garibaldi, amigo de ambos, apareció como un empuje decisivo y militar. En el resto de Europa, el industrialismo trajo las filosofías socialista, materialista y positivista. Comte quiso hacer, utópicamente, una religión de su positivismo. Fracasó en la teoría y en la práctica. Los problemas del trabajo y de la sociedad llevaron a contemplar la vida de un modo real y no ideal. Los obreros pusieron en alto sus derechos y las revoluciones se convirtieron en sistema. Al mismo tiempo, en la América Hispana, las revoluciones tenían resultados diversos: en unos países se imponía el absolutismo; en otros, el liberalismo. En la Argentina cayó Rosas con su despotismo y comenzó una era liberal. Empezó a comprenderse una profunda observación de Guizot: la opinión la hace la clase media y no la clase baja, que no sabe hablar, ni la clase alta, que no sabe sentir. Se vió, también, con claridad, que los dictadores tratan de impresionar al pueblo con sus caminos y hospitales y en realidad hunden al pueblo en la miseria. En las dictaduras, el arte, la poesía, la crítica, todo lo que es análisis y creación, muere. Sólo vive en los opositores. Los dictadores suelen favorecer a una clase para perseguir a otra. Todos caen envueltos en las ruinas de sus patrias: Napoleón, Fernando VII, Napoleón III, Rosas, Hitler, Mussolini: nombres al azar, de todos los tiempos, cayeron en la vergüenza y con sus países. Fueron los liberales quienes salvaron sus naciones de tanta ruina.

§ 5. *Democracia y argirocracia.*

La democracia de la América del Norte, de la América del Sud, de Francia y del resto de Europa tiene raíces comunes e ideales comunes; pero ha seguido, en cada zona, un camino histórico, filosófico, jurídico y sociológico diferente. La democracia y el liberalismo de Estados Unidos arrancan desde las primeras colonias puritanas que poblaron la costa atlántica. Los inmigrantes eran descontentos de las desigualdades europeas. En 1620, al divisar las costas de Norte América, los viajeros de *Mayflower* se comprometieron a darse leyes justas e iguales. Sus primeras leyes

se inspiraron en las Sagradas Escrituras. Las ideas que hicieron posible la revolución norteamericana fueron las del *Contrato social*, las del derecho de resistencia, las de los derechos naturales y las de los derechos constitucionales. El derecho de resistencia fué defendido por Locke en 1690. Como excepción lo admitió Calvino, y Hobbes lo rechazó por completo. El puritanismo decayó con el tiempo; pero tuvo una gran influencia: empezó por no admitir ningún régimen de aspecto feudal. Cuestiones comerciales y económicas crearon desacuerdos y las ideas filosóficas hallaron una razón para ponerse en práctica. Sin el choque de los intereses no habría sido necesario acudir a tales ideas, y si las ideas no hubiesen existido no sabemos si la conformidad habría sido absoluta y si la independencia se habría producido. Las colonias inglesas de Norte América debían ser fieles al rey, no al Parlamento, pues no enviaban representantes a la Cámara de los Comunes. No podían, por tanto, acatar lo que no habían resuelto. Cuando las leyes inglesas fueron en contra de los derechos americanos, los colonos abandonaron su fidelidad al rey. Esto significó la independencia política. El acta de 1776 reconoce la igualdad de todos los hombres y de sus derechos inalienables, como la vida, la libertad y la busca de felicidad. Si un gobierno los destruye, el pueblo tiene el derecho de abolirlo. La voluntad del pueblo fué reconocida, posteriormente, como único origen del poder legal. Llegó a pensarse que ninguna ley podía comprometer a las generaciones venideras, que no la habían sancionado. La intervención del ejército fué mirada con desconfianza y el poder militar se colocó, sin excepciones, bajo el poder civil. En los primeros tiempos sólo tenían derecho al voto los propietarios. También se temió que el pueblo, como mayoría, usurpase los derechos de la minoría. El sufragio universal fué combatido por quienes pensaban que las masas no respetarían la propiedad. Cuando se implantó el sufragio universal se comprobó que los pequeños propietarios dominaban la situación. En general primó el principio de que "cuanto menos gobierno, mejor". Luego los partidos se alternaron en lo que llamaron "el turno en el poder". La experiencia de Estados Unidos fué de gran utilidad a las nacientes repúblicas americanas, en especial a la Argentina. El voto popular, para la elección de los mandatarios, fué aceptado en todas las Constituciones. Los hombres que firmaron las actas de independencia de las repúblicas hispanoamericanas eran hombres de ideas españolas y no debe olvidarse que ningún español consideró jamás a sus monarcas como a déspotas o a tiranos. No hay documentos que revelen ese juicio político, si se exceptúa la época borbónica en que se formaron los dos grandes partidos de absolutistas y liberales. El pueblo hallábase conforme con sus reyes y con sus libertades. Fué en el siglo

XVIII que empezó la disconformidad porque también cambió la actitud política de los reyes. En la historia de España y de América no existe el choque del absolutismo y del liberalismo hasta el siglo XVIII. Antes no se concebían ni esos regímenes ni esos principios. La oposición la creó el absolutismo importado y extranjero. El liberalismo fué el deseo de conservar el pasado; no fué revolucionario ni innovador, sino conservador. Los déspotas ilustrados quisieron cambiar el espíritu de España y los españoles se resistieron defendiéndose con el liberalismo. La tradición liberal, por ser la última en levantarse, pareció nueva y revolucionaria, y el absolutismo, extranjero, se creyó antiguo y propio de la historia de España. Hecha esta confusión, el concepto de la historia española quedó subvertido y los historiadores, durante dos siglos, han juzgado innumerables hechos completamente al revés. América es ingrata con los hombres vivos y generosa con los hombres muertos; pero estos hombres muertos deben tener familias que los recuerden, de lo contrario también pasan al olvido. Por ello, las repúblicas hispanoamericanas han olvidado a los liberales españoles que hicieron posible, con sus ideas, la guerra civil de donde surgió la independencia de tantas nuevas repúblicas. Parece imposible que aun haya gente que ignore o finja ignorar que todo cuanto de grande se ha hecho en el mundo ha tenido en España su comienzo o su fin. España es el pueblo que ha creado las historias más maravillosas sobre la tierra y el mar y las ideas más trascendentales. de democracia y libertad. En América la nobleza vieja, caduca y odiosa de ciertos países europeos no existe. El clero tiene escasa o nula influencia y cada día está más pobre en pensadores y hombres de talento. En cambio tienen una innegable influencia los militares y los capitalistas; pero no puede negarse que también hacen sentir su voluntad y sus derechos las clases pobres, socialistas y demócratas. En América existió una aristocracia de inmigrantes enriquecidos o descendientes de conquistadores, acostumbrados a prebendas o cargos concejiles, que rara vez alcanzaban puestos superiores y vivían con el humo y el recuerdo de una grandeza cuyo único mérito era la distancia a que se encontraba. Esta clase no fué absolutista, pues no tuvo el ingenio de llegar a tanto, y no pasó de mandona. Llamóse a sí misma conservadora por el afán de conservar tradiciones de tiempos mejores. No conservó principios filosóficos ni fortunas y todo lo que ha traído de los años coloniales son algunos escudos y pergaminos. De esta clase sólo se ocupan, hoy en día, los institutos genealógicos. Otra clase conservadora se formó en los tiempos de Rosas, enriqueciéndose a la sombra de la tiranía o luchando noblemente contra la tierra y contra el indio. Sus ideas son intolerantes por religiosas. Odian al extranjero y a los pensamientos que no se encierran en la sacristía. Su ideal po-

lítico tiene como práctica la oligarquía y el nepotismo. Su nombre de conservadores les viene muy bien por negarse, sistemáticamente, a desprenderse de sus errores, anacronismos e incontables sombras. Son una minoría de mediocres fortunas emparentadas entre sí en innumerables combinaciones. Han dado escasos talentos a la historia cultural de la nación; pero en cambio llenan las crónicas sociales con las noticias de una comida o de un parto. Su sueño de gobernar y preparar para sus hijos y nietos puestos seguros en el gobierno es tan fuerte que los lleva a fraudes, revoluciones y violencias. Cuando alcanzan el poder todos los cargos están ocupados por abuelos, padres e hijos. El país se halla, así, en manos de hombres débiles por sus ochenta o veinte años. Son productores, en gran escala, de abogados manejados por procuradores. Su ciencia política consiste en negar el voto libre y secreto y defender la coacción para obligar a los pobres a que siempre voten por ellos. Son sensibles a quien exhibe mucho dinero, aunque lo haya habido con malas artes, y juzgan los méritos de un escritor por la posición social o política que ocupa. Esta clase puede compararse a la conservadora de otros países y también a la clase conservadora francesa *pre* y *post* revolucionaria. Al igual que en todas partes, en ella hay hermosas excepciones que sería injusto olvidar o desconocer. Las clases sociales y políticas nunca son macizas: se unen en muchos puntos y a veces sólo se diferencian en principios o en matices que ellas mismas no saben definir. Además, las clases conservadoras de las repúblicas hispanoamericanas no son todas iguales. Entre ellas hay, a menudo, verdaderos abismos. La clase conservadora pedante, ignorante y estúpida de un país no es la clase conservadora, culta, liberal y cosmopolita de otro país. Lo mismo ocurre con todas las otras clases y si nos hemos referido, únicamente, a la conservadora, o así llamada, es porque se atribuye mayor antigüedad en la historia de cada país. En Francia, la revolución nació de una intensa oposición entre el absolutismo de los reyes y el liberalismo del pueblo que deseaba la convocación de los Estados Generales. La convocatoria —suprimida en 1614— se hacía cada vez más imprescindible por la situación ruinosa en que se hallaba el país a causa de sus continuas guerras. Cuando el rey convocó los Estados Generales, en 1789, el pueblo comprobó que el soberano había traicionado la patria y la cabeza real cayó. También cayeron todos sus secuaces y cómplices. No hubo, pues, verdadera revolución. Los acontecimientos se desarrollaron con lógica y con normalidad, de acuerdo a las necesidades y lo que nadie podía evitar. La revolución es el estallido, lo mismo justo que injusto, que cambia un orden de cosas por la violencia y no por la vía normal. Revolución fué la de los Estados Unidos. No fueron revoluciones ni la francesa ni las sudamericanas. El seguir apli-

cando estos nombres a hechos a los cuales no corresponden es pereza mental, inconsciencia o ignorancia. En Francia, la gran revolución de los tiempos modernos es la que hizo Napoleón. La aspiración del pueblo francés, en 1789, era la de volver a 1614, en que podía hacer valer la voluntad por medio de los Estados Generales; pero como los tiempos no reviven, ni la historia se repite, el salto no fué hacia atrás, sino hacia adelante, y Francia cayó en una especie de anarquía, primero, y en un despotismo después. Desde el 1750 los reyes de Francia concentraron en ellos y en unos pocos ministros todo el poder legislativo y el poder ejecutivo. El absolutismo francés fué una curiosidad en Europa. Hizo escuela, en España, y trajo las consecuencias que ya conocemos. El 14 de julio de 1789 el pueblo de París tomó la Bastilla. Este acto, que muchos interpretan como la revolución misma, o la expresión más teatral de la revolución, sólo fué una rebelión popular que nada cambió porque el cambio fundamental ya lo había hecho el rey al convocar los Estados Generales. Los acontecimientos del 1789 fueron un gran triunfo del liberalismo: la nobleza y el clero sufrieron golpes terribles y decisivos. Las órdenes religiosas fueron suprimidas y los bienes de la Iglesia pasaron al Estado. El abate Siéyès llegó a decir: "La nación existe ante todo y es el origen de todo. Su voluntad es siempre legal y es la ley misma. Ante ella y por ella no hay nada más que el derecho natural".

§ 6. *Las utopías modernas.*

Vivimos unos años de inmensas superficialidades. Nada se construye de duradero. Lo que se levanta hoy se derrumba mañana. Hechos y cosas no tienen más fin que el del momento. La rapidez y la prisa dirigen todos los actos y todos los pensamientos. Las guerras se suceden como esfuerzos inútiles, sin soluciones y sin otros saldos que empobrecimientos, destrucción y muerte. Todo se multiplica: los hombres, las ciencias, las armas, los vehículos, la rapidez. No avanzamos un año de vida ni profundizamos en la filosofía ni creamos una obra de arte superior a las de hace miles de años. En otros términos: nuestra vida material progresa vertiginosamente, mientras que nuestra vida espiritual gira, eternamente, en torno a los principios de siempre y de nunca: la fe y el escepticismo. La medida feliz para un país es una desgracia para otro país. Mientras unos hombres o unas naciones se elevan, otros hombres y otras naciones caen. La unificación de Francia coincidió con la caída de Alemania. El capitalismo de los ricos conduce a la igualdad de las masas y también a su lento enriquecimiento. El final de la guerra de secesión dió la libertad y el voto a los negros esclavos. El progreso es una doctrina idealista que

supone la continua perfectibilidad del hombre. Alemanes y franceses fomentaron esta idea, de por sí utópica, sin un fin próximo ni lejano y sin una realidad concreta, como una esperanza sin límites en el futuro, y ahora, otras escuelas, demuestran, filosóficamente, que el progreso es un mito y una abstracción. La crisis mundial de 1930 permitió a los desesperados y utópicos caer en los engaños del fascismo y del nazismo. Otros idealistas se rindieron al comunismo. Los hombres sensatos salvaron esta situación sin entregarse a ningún extremo. Los Estados gobernados por retrógrados que aun sueñan con métodos nazifascistas tratan de volver, inconscientemente, al derecho divino de los reyes y del poder: un paso atrás que hizo levantar en su contra a la humanidad consciente y eterna. Rusia tiene el gobierno que su historia le ha traído. Si ese gobierno quisiéramos trasplantarlo a América caeríamos en el ridículo o en la utopía. En la historia de Rusia desde el siglo VII al XII dominan los normandos. En el siglo XIII los mogoles convierten a Rusia en una tierra semiasiática. Los sistemas fuertes, tiránicos, se hacen normales. Ivan III, a fines del siglo XV y principios del XVI, expulsa a los mogoles y Europa es salvada de una invasión asiática. España, simultáneamente, la salva de un dominio musulmán. Con la caída de Constantinopla, en 1453, desaparece la segunda Roma. Moscú surge como tercera Roma e Ivan IV, el Terrible (1533-1584) toma el título de Zar, o sea, César, de todas las Rusias y salva la cristiandad en el Oriente de Europa. Ivan el Terrible es un autócrata y enemigo de influencias europeas. Miguel Romanoff (1613-45), nieto de Ivan IV, inicia la dinastía de los Romanoff. La autocracia es el sistema dominante, apoyado por el clero, los funcionarios, los terratenientes y los comerciantes. Pero I, el Grande (1689-1725) trae a Rusia los métodos alemanes. El ejército se robustece y germaniza. Rusia empieza a hacer sentir su influencia sobre Europa. La emperatriz Catalina (1762-96) sigue, como su madre Isabel, la influencia francesa. El pueblo, oprimido durante siglos, se levanta con los cosacos; pero es aplastado con crueldad. Cuando muere Alejandro I (1802-26) los levantamientos se reanudan. Mucha gente quiere imitar la revolución francesa. Nace la inteligencia rusa o partido de los intelectuales. Las revoluciones y los atentados se repiten. Siberia se convierte en depósito de deportados. El ejército vive sobre el pueblo. En 1880, Marx y Engels forman, con sus enseñanzas, las primeras generaciones de socialistas rusos. La industrialización de las ciudades da origen a los movimientos obreros de 1905. Hasta 1914, Estado y capitalistas explotan duramente a los campesinos rusos. En 1917 estalla la revolución. Es el mes de marzo. En los primeros días de abril el Estado Mayor alemán envía a San Petersburgo, en un vagón precintado, a Lenin y a veintiocho camaradas. A fines de abril llega Trosky. El 7 de noviembre, Lenin toma el poder e inicia una nueva era en la historia de su país. Esta nueva era, continuada bajo Stalin, es la eterna historia de Rusia aparentemente invertida. Para Lenin, el Estado burgués es un instrumento que tienen los capitalistas para explotar el pueblo. Según Lenin, el Estado se desvanece a medida que pasa el poder a las manos del pueblo. En la Rusia actual se dice que el dictador es el Estado proletario. El verdadero dictador es Stalin. Estamos en un paralelo tan erróneo como todos los paralelos, pero necesario para ciertas demostraciones, como en los tiempos de Ivan el Terrible, o, mejor dicho, de Ivan III, con la diferencia de los siglos, la industrialización moderna y la aspiración de extender el ideal comunista a toda Europa. No obstante, la influencia del mundo penetra en Rusia con una fuerza que no teniá en otros tiempos. No sabemos si el comunismo evolucionará o no evolucionará. La dictadura empieza por ser una dictadura en beneficio del pueblo: de un pueblo que durante toda su historia vivió bajo dictaduras y casi podríamos decir que no sabe vivir de otro modo. La revolución industrial rusa es la más poderosa y rápida de la historia humana. En Rusia hay una perfecta clase media de burócratas, técnicos y militares y una clase obrera y trabajadora. En otros países de Europa la evolución históricosocial ha sido diferente. El obrerismo llevó a Alemania al nazismo como la habría llevado al comunismo. El desarrollo industrial alemán es monstruoso desde el 1850. Su vida se transformó fundamentalmente. Después de Bismarck, Inglaterra, Rusia y Francia empezaron a cercar a Alemania. En 1914, Alemania creyó llegada la hora de su liberación. Fué la hora de su derrota: la hora que le señaló por primera vez en los tiempos modernos, que debía resignarse a su encierro o morir. La revolución alemana de 1918 no mató las fuerzas imperialistas del viejo Estado alemán. Vivieron junto a la república y prepararon la segunda guerra de 1940. Hitler, ilusionado por el fascismo, se convirtió en expresión del espíritu alemán que busca el desquite. El ejército alemán hizo posible el triunfo del nacionalsocialismo porque favorecía sus planes de rearme y servicio militar obligatorio. Hoy, Hitler y el ejército alemán son un triste recuerdo. En Francia las ideas nacionalistas estuvieron a punto de adelantar su caída. Maurice Barrés reaccionó contra el intelectualismo lógico de fines del siglo XIX. Creyó en el determinismo de la nación, y no en la libertad del pensamiento. Esta libertad era, para él, la que discute la historia o el futuro de acuerdo con la lógica. No hay lógica, sino realidades. Barrés estuvo en lo cierto en unos aspectos y vivió en un error frente a otros; por ejemplo: frente a la libertad. Confundió libertad jurídica, social, económica y política con la

lógica de los razonadores sin información, que en lugar de fundamentos, sólo tienen lógica. Barrés, Maurras, León Daudet y la *Action Française* fueron nacionalistas integrales con un odio injusto al extranjero. Frente a ellos se levantó un extraño pensador: Georges Sorel, discípulo de Proudhon. Este afirmaba, en 1852, que la guerra es un hecho divino, el signo de la grandeza del hombre. Proudhon confundía un hecho etnológico con un principio filosófico. La guerra es un signo de la grandeza del hombre, de sus complicaciones, de sus problemas, de sus errores, de sus ambiciones; pero no es un hecho divino, sino humano, como los odios, las necesidades, etc. Sorel fué socialista, liberal y lennimista, y, al mismo tiempo, un tradicionalista y un mussolinista. Admiraba el trabajo, la violencia y el mito. Distinguía la fuerza, que rechazaba, de la violencia, que aceptaba, y la utopía, que negaba, del mito, en el cual creía. Violencia era para él, heroísmo y actividad. No rehusaba la tradición y la historia. Detestaba a los demócratas burgueses y a los plutócratas. Amaba la gloria. Odiaba a los intelectuales. Llamaba epopeya a las huelgas y soñaba con la vieja gloria de Napoleón. Sorel no tuvo tanta influencia en Francia como en Italia. Sus *reflexiones sobre la violencia*, hechas conocer en Italia por Benedetto Croce antes que en Francia, inspiraron a Benito Mussolini. El *líder* italiano ansiaba apartarse del marxismo y crear una nueva filosofía. Los ingredientes los halló pronto a la mano: Sorel, por una parte, el viejo Marx, por la otra; Gabriel D'Annunzio, con sus bravatas, su cinismo y su sensualismo no faltaba en el cerebro de ningún italiano. El prehistórico Maquiavelo contribuyó poco. Todo el mundo sabe que la política de Maquiavelo se resolvió en el enorme fracaso de César Borgia. Después de Maquiavelo los políticos se sintieron decepcionados del maquiavelismo. Comprendieron lo insubstancial de su fuerza, en otras palabras: su debilidad. D'Annunzio dió a Italia un gesto y una retórica. Enseñó a glorificar la muerte, a ser elocentes, a despreciar el peligro. Creó para Italia, literalmente, lo que en España existía, biológicamente, desde toda su historia. D'Annunzio Sorel y Nietsche fueron las fuentes inspiradoras de Mussolini. En 1914 los nacionalistas italianos estuvieron a punto de hundir a Italia en su empeño de declarar a su país en favor de Austria y Alemania. El nacionalismo inducía a esta traición a los viejos ideales italianos contrarios a todo lo austriaco y alemán; pero la política neutralista de Giolitti, primero, y la exaltación latina de D'Annunzio, inducido por los franceses a hacer una gran propaganda, inclinaron los ánimos hacia el sentido tradicional italiano contrario a Austria. Mussolini no traicionó entonces los ideales romanos y latinos y se declaró, con su socialismo violento, en favor de Francia. Italia estaba en su justo camino. En cambio, en

1940, lleno de rencor por un orgullo insensato, Mussolini traicionó la causa de la latinidad y siguió aferrado a su traición y a su utopía cuando el rey y los jefes militares, en 1944, comprendieron su error y retomaron la "diritta via". Es esta una historia triste que llevó al más grande fracaso a uno de los genios de los tiempos modernos. Mussolini, por su talento literario, filosófico e histórico, por su voluntad y su habilidad de hombre de Estado y de diplomático será considerado, en el futuro, como una mentalidad superior a la de Napoleón y —en todos los puntos —a la de Hitler. Si retomamos el hilo de los sucesos vemos cómo la historia contemporánea de Italia tiene una dirección por completo contraria a la que quiso imprimirle Mussolini. En mayo de 1915 el entusiasmo de lanzarse contra Austria y Alemania derrotó al tercer dictador parlamentario de Italia: Giolitti, e Italia inició su grandeza. Hemos vivido estos sucesos y no ignoramos promenores. El ejemplo de Rusia despertó en Italia muchas ilusiones y los comunistas empezaron a multiplicarse; pero D'Annuncio abrió un horizonte nuevo con su Constitución de Fiume, convertido en Estado corporativo. Mussolini tuvo un modelo admirable. D'Annunzio, además, como dijimos, había creado, como poeta, un sensualismo de la fuerza y hasta del crimen. Había embellecido el dolor y había dado a la vida un dramatismo teatral, falso y a veces grotesco, que había hecho escuela y servido perfectamente a los nacionalistas y dictadores del fascismo. Mussolini, después de la guerra, entusiasmado con Wilson, llegó a escribir, en 1919, que Italia era el más imperialista de los pueblos. Luego, como todos los dictadores, trató muy pronto de convertirse en general. Hizo una Italia grande. Cometió errores; pero, como cualquier dictador, se creyó infalible y no confesó sus equivocaciones. Mussolini no comprendió que Estado y cultura deben compenetrarse, pues de lo contrario la nación no será una verdadera nación. Cuando el Estado pretende encaminar la nación por una senda que no es la de su tradición y su cultura, se produce lo artificioso, lo falso, lo utópico y antitradicional. La cultura languidece y pronto se llega al fracaso, como en la Italia fascista y en la Alemania nazista.

§ 7. *La obscuridad actual.*

Hitler fué un imitador de Mussolini. En 1922 Mussolini marchó sobre Roma. En 1923 Hitler no creó el espíritu del nacionalismo. Existía desde el 1870 con el triunfo sobre Francia y el odio a los judíos. Hitler fué la expresión de este espíritu, agudizado con la derrota de 1918 y exaltado por el ejemplo optimista del fascismo nacido, no de una derrota, sino del gran triunfo de Italia sobre Austria. El fascismo tuvo sus raíces en la victoria y en

la resurrección de Roma: por ello fué constructivo; el nazismo surgió del pesimismo, del odio, del deseo de venganza y de la derrota: por ello fué destructor y llevó consigo, en todo momento, su propia destrucción. El error del fascismo, de Mussolini, fué seguir las negras aspiraciones del nazismo: sus sueño utópicos de dominación mundial y su desprecio inconsciente a las naciones de América. Muertos Hitler y Mussolini se formará pronto en torno a ellos una leyenda como la que se levantó sobre la memoria de Napoleón; pero es bien —para el futuro— saber qué pensaron los contemporáneos de estos hombres cuando estuvieron en el máximo de su poder. Unos los creen genios; otros los desprecian. Fueron genios en algunos aspectos, y fueron inconscientes, ignorantes y utópicos en muchos otros aspectos. El elogio de la guerra que empezó a hacer Mussolini y copió Hitler significó uno borrachera para Italia y Alemania. Hubo locos, ilusos y cobardes que compartieron sus ideas y pronto los que no pertenecían a estas tres categorías también se fueron plegando, por inercia, por debilidad y por fe colectiva en jefes que se creían superiores y en ideales antipacifistas. Representaron todos ellos —mussolinistas e hitleristas— una época insensata en la historia de sus países, comparable a cualquiera de aquellas otras épocas en que andaban los flagelantes por las calles. La exaltación de ciertos espíritus, la ignorancia de otros y la cobardía de terceros —repetimos— cuando no las tres características unidas, llevaron a Alemania e Italia a su perdición y al mundo a una inmensa sangría. Las naciones que desencadenaron este caos lo hicieron por ambición, por envidia, por orgullo y por necesidad. Los derechos de la necesidad se levantan frente a los de la capacidad y del ahorro. La libertad hace posible el ahorro. La necesidad despoja al ahorro ajeno. La necesidad no quiere el sacrificio para sí misma; pero lo quiere doble en quien se ha sacrificado para ahorrar y a quien le exije la entrega de parte o del todo de sus ahorros. Esta exigencia, del más fuerte sobre el débil, puede conducir, tanto en personas como en naciones, a la completa desaparición del ahorro, del estímulo y de la superación. Es por ello que las naciones que invocan la necesidad basan sus derechos en la fuerza y con la fuerza tratan de lograr lo que no son capaces de alcanzar con el sacrificio, con el trabajo y con el talento. En vez de comandos económicos, estas naciones se especializan en los comandos militares. Y su afán principal es el de suprimir el razonamiento, la discusión y la libertad. No reconocen que perseguir la libertad del pensamiento es el crimen más grande de la humanidad. Es ahogar todo lo divino que tiene el hombre; es matar la única alma del hombre. La falta de libertad crea, infaliblemente, clases sociales. Estas clases, sin posibilidades de mejoras, pronto caen en guerras internas. La burguesía no puede admitir la autarquía del Estado. Burguesía significa libertad. Sin libertad no puede existir ninguna burguesía. Los gobiernos que adulan a las masas lo hacen para servirse de ellas, lanzarlas a guerras o explotarlas. Son los más grandes enemigos de la libertad y del verdadero bienestar de la nación. Cultivan el sistema del despojo y pretenden dirigir la economía. En Estados Unidos la intervención del gobierno en las industrias y en el comercio fué declarada inconstitucional por la Corte Suprema. Su vigencia fué considerada desastrosa para el capital y el desarrollo de la nación. El mismo Roosevelt comprendió que para salvar el país y la crisis tenía que inclinarse a un sistema conservador. El *New Deal* (Nuevo Trato) fué suprimido.

Una buena ley de rebaja de alquileres, creará, a los pocos años, la angustia en el país, pues la construcciones mermarán y las casas no serán refaccionadas. Hay que estimular las construcciones, las industrias, la competencia, o —lo mejor que puede hacer un Gobierno— no hacer nada, dejar que la oferta y la demanda regulen los precios, que la competencia se encargue por sí sola de rebajar la vida. Si la competencia no consigue mejoras y el gobierno es tan estúpido de intervenir, la ruina llegará pronto a las industrias, a los hogares y a la misma nación. No es cierto, como dijo Holmes, que "el estado de la naturaleza es un estado de guerra". El estado normal de la naturaleza es de libertad y de trabajo. Se puede gobernar con un poder legal y con un poder ilegal: es decir: con un poder justo y con un poder injusto. Las revoluciones no siempre son violentas. Más graves son las que se hacen en silencio. Unas generan las otras, y así vivimos: de revolución visible en revolución invisible. La revolución europea más profunda es la que comenzó con la guerra de 1914. Los conceptos medievales de las monarquías cayeron para siempre. Se vió lo anacrónico de muchas tradiciones, de muchos principios y de muchos hechos. Realmente empezó una nueva vida y un gran drama mundial. Esta vida, este drama, esta revolución, en una palabra están en el comienzo de su desarrollo. No es esta revolución la primera del mundo. La historia humana está hecha por estas revoluciones. La que vivimos es la tercera en que interviene América. La primera vez fué con su descubrimiento; la segunda, con su revolución inspiradora de la revolución francesa y de todo el continente americano, y la tercera, su intervención en los modernos destinos de Europa. El descubrimiento de América y el dominio del hombre sobre la tierra prepararon el escepticismo, la crítica y la frialdad religiosa de los tiempos modernos. No debe considerarse el descubrimiento de América un hecho material; fué un hecho espiritual, pues su existencia creó teorías y pensamientos nuevos. Las causas económicas rara vez influyen sobre las ideas po-

líticas. Estas se desenvuelven independientes tanto en paises ricos como en países pobres. Se trata de principios, de convicciones, que tampoco dependen de la cultura superior o inferior de las gentes. Son predilecciones tan violentas que sólo se hunden a cañonazos. Una idea no es francesa, ni inglesa, ni española, etcétera, porque esté expuesta por un autor francés, inglés, etcétera. La nacionalidad de las ideas es muy difícil de precisar. La mayoría arranca de los tiempos griegos y romanos y toma un cuerpo o forma definitiva en la Edad Media. Muchos supuestos creadores de ideas son simples transmisores. Todos los partidos tienen principios que sus defensores creen excelentes y por los cuales llegan a hacerse matar. Por ello en todas las naciones hay partidos que defienden la justicia, el derecho, la libertad, y partidos que luchan por el despotismo, la imposición y la esclavitud. Unos están de acuerdo con los derechos naturales del hombre, es decir, con las fuerzas nobles, buenas y superiores. Los otros siguen los dictados del despecho, de la envidia y de la maldad y sueñan con el mando absoluto de una minoría de jefes o tiranos sobre una mayoría silenciosa, obtusa y obediente. La lucha de estos principios —tan eterna como la del bien y del mal— dió origen, a comienzos del siglo XIX, a la independencia de América. Poco antes habia originado la del Norte del Continente. Nacimos, pues, a la vida independiente por el amor a la libertad. En el duelo interminable de los hombres divididos en liberales y absolutistas, nos inclinamos, al nacer, hacia los primeros y como liberales, amantes de la Patria, avanzamos con nuestro ideal.

IX

LAS EPOCAS DE LA HISTORIA DE AMERICA

§ 1. *Origen de los principios políticos.*

Los principios de libertad y antilibertad llegaron de España con los primeros conquistadores y se prolongaron en el Nuevo Mundo hasta los instantes presentes. Doble tradición espiritual y política española que da vida a la historia de España y a la historia de América en una continua oposición que dura siglos y siglos. Un principio, el de la libertad, es la tradición griega, cristiana, jurídico romana y jurídico medieval. Principio que arraiga en España y constituye su auténtica hispanidad. El otro principio, el del despotismo, es la tradición judaico oriental que encarna en los monarcas absolutos de la Edad Media y representa la negación de los derechos humanos, de los ideales de justicia y, sobre todo, del gran descubrimiento cristiano de que el hombre posee una voluntad propia, una responsabilidad que lo hace dueño de su destino, de su salvación o condenación, e impulso único de la historia. El principio despótico, de origen asiático, es extraño en Europa y, principalmente, en España, heredera del derecho romano, campeona del cristianismo y madre de los derechos fundamentales del hombre en la Edad Media. La historia del derecho y de las libertades en España muestra de un modo cronológico y sociológico que los principios de la libertad nacen y se desarrollan en España en lucha victoriosa frente a los métodos extranjeros del absolutismo. El pueblo español de la Edad Media, es esencialmente liberal en su vida política. Fueros, privilegios, cartas, aseguran la libertad de los hombres, de las ciudades y de las regiones hasta constituir en la Península un estado de carácter plurinacional indiscutible. El triunfo español de la libertad vive en lucha constante con los intentos personales de algunos reyes de imponer un absolutismo estatal o real. Estos esfuerzos individuales logran a veces su objeto y producen en el pueblo español fuertes reacciones y en el resto de Europa una adversión hacia los monarcas españoles y, de reflejo, sobre España entera, que da origen a la triste leyenda negra.

La América Hispana presenció el choque de los principios absolutistas y liberales en la isla de Santo Domingo, en tiempos de Colón y de la rebelión de Francisco Roldán. Colón impuso un gobierno de carácter absolutista y los conquistadores se rebelaron haciendo valer sus derechos individuales y sus convicciones antiesclavistas. El gobierno despótico de Colón y su invención de la esclavitud en el Nuevo Mundo decidieron a los Reyes Católicos a enviar un juez —Francisco de Bobadilla— que comprobó las denuncias de los conquistadores, aprisionó a Colón y lo mandó a España cargado de cadenas. Desde aquel entonces la lucha entre los gobiernos despóticos y los pueblos amantes de la libertad ha sido más o menos continua. No ha pasado una década sin que se haya producido algún encuentro en América. Tres siglos de colonia han contado con innumerables levantamientos populares que tenían por fin reconquistar libertades perdidas. Los historiadores han estudiado estos levantamientos con dos graves prejuicios: los han creído, en algunos casos, actos precursores de la independencia y, en todas las oportunidades, no los han estudiado de acuerdo con las ideas que los produjeron. Los ideales de independencia política son desconocidos en América hasta los primeros años del siglo XIX. Los levantamientos anteriores que se supone inspirados por el deseo de separarse de España obedecen, en realidad, a otras causas. Por lo común son rebeliones locales en contra de alguna disposición que atacaba la libertad o aumentaba los impuestos. Una crítica desapasionada ha demostrado que en todos los movimientos presentados como precursores de la independencia americana no existió el más mínimo afán separatista. Lo más que hubo, en algunos casos, fué el deseo de no obedecer ciertas disposiciones reales y hasta levantarse en contra de la autoridad del rey de España: pero este espíritu que podríamos llamar antirreal no fué en ningún caso antiespañol, ni menos separatista. Los españoles amantes de la justicia, de la igualdad y de la libertad podían llegar al extremo de discutir al monarca sus órdenes y hasta desear otro monarca, pero nunca a separarse del imperio para formar otra nación. La creación de una nueva nación en América, en tiempos de la colonia, no se halla en ningún intento ni en ninguna rebelión. No es posible señalar el más mínimo indicio en las revueltas y en los planes mal conocidos de algunos agitadores del siglo XVIII.

Se trata, siempre, de la oposición de los viejos principos liberales españoles a los principios absolutistas introducidos por los reyes Borbones. El caso más discutido, en el siglo XVI, es el de Lope de Aguirre, el Peregrino. Un examen atento de los propósitos de Aguirre nos ha demostrado que sólo defendió los principios de libertad que Felipe II había comenzado a pisotear en España

y que sus ideas políticas eran por completo antiabsolutistas, como correspondía a un vasco. El título de "príncipe" que hizo dar a Fernando de Guzmán no es el de rey ni significó proclamar la independencia de una parte de América, como creyeron algunos comentaristas: sólo equivalió a "jefe" o "primero", de los marañones, de aquel puñado de locos que recorrieron el Marañón en una balsa dando vivas a la libertad y jurando en contra del absolutismo del rey de España.

§ 2. *Influencia del derecho vasco en el Nuevo Mundo.*

En la época del descubrimiento de América, el pueblo vasco fué en España y en América el que tuvo más libertades y derechos individuales. Sabido es que el hallazgo del Nuevo Mundo hizo discutir a los juristas y teólogos el reconocimiento o la negación de la libertad y de los derechos de los habitantes del Nuevo Mundo. La libertad de los indígenas fué defendida por muchos españoles y los campeones de esta defensa fueron, primero el Padre Bartolomé de las Casas, desde el punto de vista sociológico, y luego el Padre Francisco de Vitoria, de un modo jurídico que significó la creación del derecho internacional.

La historia del derecho vasco es desconocida en América. Algunos jurisconsultos han acudido a sus fuentes como a una curiosidad. Ninguno, en particular, ha comprendido su transcendencia, no sólo en la historia universal del derecho, sino en la evolución y en la más altas manifestaciones de la lucha por la libertad.

Ciertos espíritus reducen el derecho vasco a los Fueros. Algunos comentaristas suponen que los Fueros son un conjunto de privilegios anacrónicos e injustificados. Es preciso reconocer que la ignorancia gobierna el mundo con más frecuencia que el talento. El desconocimiento trae incomprensión ,y la incomprensión, odio y lucha. Por ello los hombres superiores tratan de hacer comprender, de iluminar las mentes con palabras y obras. El derecho vasco, además, no es sólo letra muerta o histórica. Es la fuerza viva: con un valor jurídico ayer y con un espíritu imperecedero en la actualidad. Es un sentido perfecto de justicia, de equilibrio, en una palabra: de democracia. Porque democracia (no demagogia) es la máxima justicia que puede existir en el pueblo y en su gobierno. Con esta palabra —justicia— queremos significar la máxima aspiración de los pueblos y su ley suprema. Justicia es filosofía y es síntesis y expresión superior de la historia. Los hombres, se ha dicho, han luchado siempre por la libertad, y la libertad es el fin de la historia. No negamos estas afirmaciones:

pero sí queremos ampliarlas: los hombres, es decir, la historia, tienen un único e invariable fin: la justicia. Teorías y sistemas más que a la libertad han perseguido a la justicia. Quienes han ansiado la libertad y quienes han conspirado contra ella lo han hecho, precisamente, por una creencia en la justicia. Caminos opuestos, acertado el uno y equivocado el otro; pero que abarcan, y explican, la historia y sus fuerzas contrarias. Justicia sin libertad es injusticia porque la una involucra la otra, es una unión tan íntima que no sabemos cuál es la base y cual es la cúspide.

En la historia universal de la democracia —es decir, de la suprema libertad y justicia— no hay ningún país ni ninguna institución que pueda compararse al País Vasco y a sus instituciones. España, pueblo de grandes libertades, donde nacieron los derechos fundamentales del hombre, puede enorgullecerse de contar dentro de sus límites políticos el oasis de los vascos: ejemplo de una democracia tan perfecta que puede confundirse con una utopía.

El estudio de las tradiciones vascas muestra cómo sus juristas sostuvieron que el poder reside en el pueblo, cómo la familia es la base de la democracia política y cómo los Estados vascos fueron federaciones de municipios democráticos. La institución monárquica no fué concebida por la mentalidad vasca. Los vascos sólo permitieron al rey el poder judicial. Las leyes y el poder ejecutivo estuvieron siempre en manos del pueblo. En Viscaya en Guipuzcoa las clases sociales fueron desconocidas. En Alaya y en Navarra existieron labradores, hidalgos y señores feudales; pero estos últimos nacieron de influencias extranjeras y los primeros fueron pronto nivelados por el Fuero. Los llamados parientes mayores intentaron erigirse en señores feudales en Guipuzcoa y en Vizcaya; pero el pueblo reaccionó con energía y los sueños del feudalismo se derrumbaron junto con las casas torres. Las juntas Generales de Guipuzcoa llamaron "enemigos de su propia Patria" a los señores que pretendían levantarse en poder sobre el resto *Pro libertate Patria gens libera sit: Por la libertad de la Patria sea el pueblo libre.*

Los vascos no aceptaron ni en su justicia ni en su legislación la práctica medieval de los tormentos. Fué el único pueblo del mundo que los rechazó y el único del catolicismo que no dejó penetrar la inquisición. La democracia del País Vasco no puede compararse, por su superioridad, ni a la griega ni a la inglesa. El llamado *habeas corpus* británico dispone que no se pueda aprisionar a ningún hombre libre, es decir, con privilegios superiores a las demás personas. La ley XVI de la Constitución de Vizcaya ordena que no se retenga a ninguna *persona*. Los vascos defendieron los derechos naturales del hombre en forma unánime y de un modo general, sin excepción, en contraposición a casi to-

dos los pueblos de Europa que los negaban o los toleraban a determinados hombres privilegiados. Las leyes vascas no permitían el uso de títulos que implicasen un dominio sobre la tierra. Era permitido matar —y aún se estimulaba con un premio— a las personas que atentasen contra la libertad u obtuviesen del rey privilegios especiales que fuesen en contra de las leyes nacidas de la mayoría. Los vascos eran el único pueblo de Europa que imponía las leyes a sus gobernantes y no éstos al pueblo. Los vascos fueron un pueblo libre, unido al resto de España, hasta mediados del siglo XIX, sólo por el hecho de reconocer el mismo monarca que reinaba sobre el resto de la Península. Rousseau comprendió la mezcla de la fe de los vascos y de su amor a la libertad. Sus tratadistas le inspiraron sus más bellas concepciones. El espíritu de la democracia vasca ha ejercido una influencia desconocida en muchos movimientos y en muchas legislaciones. Los estudios del pasado americano no han advertido esta influencia en hechos capitales de la historia colonial.

§ 3. *Los comuneros del Paraguay.*

El movimiento revolucionario de los comuneros, en el Paraguay, en el siglo XVIII, muestra en sus ideales jurídicos y políticos un innegable origen euskérico. Se trata, en síntesis, de la doctrina de los derechos naturales del hombre que enseña que el poder reside en el pueblo y el pueblo es el verdadero soberano Nunca se han investigado, críticamente, las ideas de los comuneros paraguayos. Cuando se haga esta investigación podrá apreciarse la influencia directa de las ideas democráticas del Padre Francisco de Vitoria y del teólogo navarro Martín de Azpilcueta en las doctrinas y acciones de los comuneros paraguayos. La historia de esta revolución —escrita minuciosamente, y tendenciosamente— por el Padre jesuita Pedro Lozano, su enemigo, cuenta con comentarios monográficos; pero no con un estudio crítico definitivo. Hace años lo hemos iniciado y tal vez algún día le demos término. La revolución de los comuneros paraguayos no se relaciona en nada con la de los llamados comuneros de Colombia, cuyas protestas obedecían a razones muy diferentes, ni tiene ningún punto de contacto con la de los comuneros españoles hundidos en Villalar. Comuneros españoles y americanos están separados por el tiempo, por el espacio y por los ideales. Las posibles semejanzas son casos sencillos de convergencia política, no de dependencia directa. En cuanto a la filiación vasca de las doctrinas de Antequera y Mompox será muy fácil demostrarla en un análisis comparativo. Antequera enseñaba a exponer "con toda libertad su parecer sin dejarse arrastrar de respetos particu-

lares, sino atendiendo únicamente el bien público, como padres de la Patria", y a que cada cual votase solo, "con mayor libertad, sin recelo de su respeto". En cuanto a Mompox o Mompó, dice Lozano que "inculcaba mucho este mal hombre el poder del común de cualquier república, ciudad, villa o aldea, enseñando era más poderoso que el mismo rey: que en mano del común estaba admitir la ley o el gobernador que gustasen, porque aunque se le diese el principio, si el común no quería, podía justamente resistirse y dejar de obedecer..." El Padre Vitoria hablaba con términos muy semejantes: "La causa material del poder por derecho natural y divino está en la república", "no se transfiere al rey la potestad sino la autoridad", "la república puede entregar el poder a un mandatario", "aunque el rey sea const'tuído por la misma república (ya que ella crea al rey) no transfiere al rey la potestad, sino la propia autoridad", "basta que la mayor parte convenga en una cosa para que con derecho se realice", "la guerra debe hacerse no sólo por el parecer del rey, ni por el de unos pocos, sino por el de muchos que sean sabios y probos", "no pueden imponer los nuevos tributos sin el consentimiento de la república", "las leyes que son convenientes a la república obligan, aunque las disponga el tirano, no porque él las sancione, sino por el consentimiento de la república" y tampoco puede (los cac'ques de los indios) elegir un nuevo príncipe sin el consentimiento del pueblo".

Las ideas de Antequera y de Mompó son las del Padre Vitoria y también del doctor don Martín de Azpilcueta. Decía éste: "El reino no es del rey, sino de la comunidad y la misma potestad regia por derecho natural es de la misma comunidad y no del rey: por lo cual no puede la comunidad abdicar totalmente de este poder". Vitoria, Azpilcueta y sus repetidores Suárez y San Belarmino fueron los defensores y difundidores de los grandes principios católicos de que la investidura de la potestad pertenece al pueblo. La falta de documentos impide saber de un modo exacto si los comuneros del Paraguay, autores de una revolución de enormes consecuencias y contrarios a la acción política y económica de los jesuitas, crearon sus doctrinas de inaccesibles —para ellos— lecturas teológicas o se inspiraron en los principios, ampliamente difundidos de Francisco de Vitoria y de Martín de Azpilcueta.

Lo más probable, por no decir muy seguro, es que los tomaron de las obras de los juristas vascos. Más aún: puede sostenerse que las ideas básicas de la democracia vasca, contenidas en las obras de los autores mencionados, fueron las que inspiraron la más grande revolución americana del siglo XVIII.

He aquí aclarada la filiación jurídica y política de las revoluciones de Antequera y de Mompó. Así como hemos demostrado su ninguna relación con la revolución comunera española en contra de Carlos V, defendemos ahora su entronque directo con las ideas vascas sobre la democracia y el gobierno de los pueblos.

§ 4. *Intentos extranjeros de independencia en América.*

Poco antes de la revolución de los Estados Unidos y, en especial, en los años que siguieron a este gran acontecimiento, hubo en distintas partes de la América Española algunos intentos de independencia originados por elementos extranjeros. El 6 de junio de 1741, el almirante Vernón, que fracasó en su ataque a Cartagena, declaró que era preciso dar la independencia a las colonias españolas para crear mercados a los ingleses. Vernón hablaba de apoyar a los americanos en sus proyectos de independencia. Estos, según él habrían tenido la iniciativa algunos años antes. No se sabe si el hecho es cierto y no se conocen las ideas de los supuestos iniciadores. En 1765 hubo en Quito una rebelión contra el gobierno, los estancos y la aduana, y en 1770 el quiteño Espejo comenzó a escribir panfletos contra los gobernantes españoles. No debe sorprender si en estos ataques asoma alguna vez, como una amenaza, la idea de la independencia. En el mismo año de 1770, Raynal, publicó su *Historia filosófica* en la que anunciaba la posibilidad de la independencia americana. Se trataba, en España y en toda Europa, de la oposición liberal al absolutismo implantado por los reyes Borbones. Las medidas arbitrarias de Inglaterra producían igual descontento en Norte América.

En 1762, Pitt había propuesto fundar en las colonias inglesas unos reinos confederados con la metrópoli para evitar su independencia, e igual idea tuvo el Conde de Arande, en 1783. Los proyectos ingleses de independizar las colonias españolas se multiplicaron en Inglaterra y Estados Unidos después de la independencia de esta nación, en 1776. A veses se hablaba de la posibilidad de coronar a algún inca. Eran todos proyectos utópicos que el pueblo hispanoamericano ignoraba totalmente, salvo en la excepción de un habitante cada diez millones. En 1780 hubo unas gestiones por la independencia de Chile hechas por un tal don Juan; en el Perú se sublevó Tupac Amarú y en México hubo otra revolución. Francisco de Miranda, el precursor, también empezó a actuar en política. La conspiración de Chile, de 1780, fué llamada de los franceses, por sus dirigentes. Sus fines no han sido investigados de un modo crítico. En cuanto a los movimientos habidos en La Paz, en Arequipa y en el Cuzco, en 1780, hoy se sabe positivamente que para nada se relacionaron con la indepen-

dencia. Todos ellos estuvieron dirigidos en contra de la aduana. Las pruebas son muchas e indiscutibles. Un pasquín, hallado en La Paz, el 4 de marzo de 1780, ha dado origen a dobles interpretaciones por un error de lectura y de publicación. En él se ha querido ver un "muera el rey de España" que en realidad es un "viva". En efecto, comienza con estas palabras: "Viva la ley de Dios y la pureza de María y muera el rey de España y se acaba el Perú, pués él es causa de tanta iniquidad, si el monarca no sabe de las insolencias de sus ministros, de los robos públicos y como tienen hostilizados a los pobres". Es decir: muera el rey de España si él no sabe las insolencias de sus ministros. El autor del pasquín estaba convencido que el rey no podía ignorarlas, y agregaba: "Viva el rey y mueran todos estos ladrones públicos ya que no quieren poner enmienda en lo que se les pide". En otras ciuciudades se gritó y escribió en pasquines: "Viva el rey y muera el mal gobierno". El pueblo se levantaba contra las extorciones y clamaba la ayuda del rey. En ningún momento pensó en la independencia. Lo mismo ocurrió en Buenos Aires y otras ciudades. Se trataba, siempre, de debates internos, caseros, entre los encargados de aumentar los impuestos y las personas que debían pagarlos. Querer citar estos movimientos de separación política de España es un grave error y una tarea inútil. Si alguna vez se pensó en la independencia política fué por incitación de emisarios extranjeros: ingleses o franceses. Y estos casos apenas fueron conocidos y su importancia fué totalmente nula.

En el Río de la Plata el general inglés Guillermo Carr Berresford logró convencer a dos criollos —Manuel Aniceto Padilla, del Alto Perú, y Saturnino Rodríguez Peña, de Buenos Aires— de la necesidad de dar la independencia a esas tierras. Rodríguez Peña se entrevistó con el virrey Santiago de Liniers y con el rico comerciante vasco don Martín de Alzaga; pero ni uno ni otro siguieron sus planes. Liniers substentaba ideas confusas respecto al destino político de estas regiones. Hay indicios que hacen creer en un proyecto suyo de independencia del Río de la Plata; pero los hechos históricos han demostrado lo contrario. Liniers conspiró contra los liberales que el 25 de Mayo de 1810 ocuparon el gobierno y crearon una Junta provisional que gobernó en nombre del rey Fernando VII. La conspiración fué decubierta y Liniers fué fusilado. Este hecho, como muy bien explicó en su tiempo Mariano Moreno, desencadenó una guerra civil que se extendió a todo el virreinato del Río de la Plata y se unió al resto de la guerra llamada de la independencia.

§ 5. *La influencia norteamericana.*

La independencia de los Estados Unidos, iniciada en 1776 causó una profunda impresión en el mundo. Se trataba de un país que daba el ejemplo —por primera vez en los tiempos modernos y, en su género, en la historia— de gobernarse en forma de república. La "felicidad" alcanzada en ese país fué pronto conocida y envidiada en Europa y en América. En Francia los escritores y filósofos franceses estudiaron su desarrollo y sus conquistas con deseos de imitarlas. La *Declaración de los Derechos del Hombre*, compuesto por Tomás Jefferson, llenó de infinitas ilusiones a quienes la leyeron. Sus principios, basados en los derechos naturales del hombre, databan de los tiempos de Grecia y de Roma, de los orígenes del cristianismo y de la Edad Media española; pero nunca habían sido expuestos con tanta claridad y realizados de un modo más práctico y asombroso. En Francia, la lectura de los textos constitucionales norteamericanos despertó las ilusiones políticas de todos los hombres que ansiaban la restauración y convocatoria de los Estados Generales, suprimidos muchos años antes por el despotismo de los Reyes Borbones. En la América española los ideales políticos norteamericanos penetraron a comienzos del siglo XIX. Antes del 1800 fueron conocidos de un modo muy superficial y no tuvieron influencia apreciable. En Francia es donde más hondo se infiltraron. Benjamín Franklin, representante de la masonería de los Estados Unidos, logró hacer infinitas amistades en París e inculcar en ellas los principios democráticos y liberales de los derechos naturales del hombre. Franklin fué el primer iniciador de la revolución francesa, y la masonería, el vehículo que lo llevó al triunfo de la democracia. Es por esta razón que el clero combatió con tantas argumentos, falsos unos y tergiversados otros, el espíritu de la revolución, sus orígenes y sus fines. Una escuela clerical ha deformado por completo la historia de la libertad ocultando miles de hechos y falsificando otros, a tal punto que las corrientes ideológicas han sido invertidas; los acontecimientos, desnaturalizados, y un gran número de hombres, calumniados. Robespierre, que tanta significación tuvo en la revolución, dedicó a Franklin su primer alegato. El cardenal Rohan, Marat, Brissot y casi todos los hombres que más tarde se destacaron en los sucesos más transcendentales de la historia de Francia fueron amigos de Franklin y escucharon sus enseñanzas. La masonería llegó a extenderlos con profundidad, a dominar en todas las capas sociales y a convertirse en el principal motor de la revolución.

En el Río de la Plata hemos hallado plenas constancias de que el estado político que imperaba en Norte América era admira-

do en secreto por muchos españoles en el año 1807. Mucho contribuía a esta propaganda el periódico inglés fundado en Montevideo, *La Estrella del Sud*, escrito a la vez en dos idiomas.

En 1811 fueron conocidos los textos de las constituciones de los Estados Unidos principalmente por una traducción del venezolano García de Sena. Más tarde hubo otras traducciones que despertaron en los caudillos del Río de la Plata los deseos de aislarse en sus provincias de acuerdo con la forma política federal de los Estados Unidos. Ocurrió una extraña conjunción de ideales y tradiciones. Los caudillos argentinos mantenían despiertas las tradiciones coloniales monárquicas, antirrepublicanas y absolutistas. Vivían aislados en sus ciudades semiabandonadas, no tenían el concepto de una patria grande y unida y prolongaban el mando de los caudillos españoles de tres siglos de colonia; pero cuando descubrieron los textos constitucionales norteamericanos comprendieron que en ellos hallaban la letra que justificaba su situación y quisieron crear un estado federal que, en realidad, era una multitud de estados antirrepublicanos y antiargentinos. Cada estado federal, en efecto, era un pequeño reino o verdadera satrapía oriental. Un gobernador gobernaba paternalmente, sin constitución, sin leyes, sin jueces, sin frenos de ninguna especie, por el tiempo que lograba mantenerse, hasta que un amigo o enemigo lo asesinaba o echaba del poder para ocupar su lugar y seguir sin variantes todo el tiempo posible.

En España las Constituciones norteamricanas inspiraron a los políticos liberales españoles que en 1812, en las Cortes de Cádiz, sancionaron la nueva Constitución. La libertad, de viejo origen español y cristiano, volvió a España a través de Francia y con una fuerte forma e influencia norteamericana.

La Constitución española y las Cortes de Cádiz de 1812 fueron conocidas e imitadas, en muchos de sus principios, en la Asamblea que se celebró en Buenos Aires en 1813. En este año los representantes de las provincias argentinas se presentaron en la Asamblea con poderes en que se les autorizaba a discutir la posibilidad de establecer la independencia; pero muchos creyeron prematura una declaración de indepenedncia y la Asamblea siguió gobernando de acuerdo con los principios liberales sin decidirse a separarse de España.

§ 6. *Un proyecto vasco-catalán de independencia*

En el Río de la Plata los primeros proyectos de independencia fueron concebidos por catalanes y por vascos. Los hechos se desarrollaron en la siguiente forma. En 1807, Felipe Sentenach, Gerardo Esteve y Llanch y otros catalanes y españoles prepararon

la expulsión de los ingleses organizando un pequeño ejército y construyendo una mina que debía explotar debajo del fuerte donde se hallaban instalados los ingleses. Estos hombres, una vez expulsados los ingleses, en gran parte debido a sus esfuerzos, pensaron en independizar esta parte de América y al efecto tuvieron muchas conversaciones en la librería de un tal Tomás Valencia. La conspiración fué observada por algunas personas contrarias a la separación de España, especialmente por un tal Juan Trigo, que descubrió a las autoridades todos los pormenores un par de años después. El triunfo obtenido sobre los ingleses y el entusiasmo que despertó detuvieron el proyecto de los catalanes. Pero éstos no dejaron por ello de esperar una oportunidad propicia. También se pusieron en contacto con un rico comerciante de Buenos Aires llamado Martín de Alzaga. Este no se comprometió en forma abierta, más habló del proyecto con muchas personas que luego lo traicionaron. A fines de 1808 preparó un golpe político para quitar del gobierno al virrey Santiago de Liniers y gobernar por medió del Cabildo. Estaba en los propósitos de Alzaga declarar la independencia del Virreinato del Río de la Plata y crear en Buenos Aires una Junta de Gobierno compuesta por representantes de todos los Cabildos del interior. El golpe fué preparado con cuidado. En primer término debía exigirse la renuncia del virrey Liniers. Hombres más exaltados prepararon el asesinato de Liniers y del jefe del regimiento de patricios o soldados de la patria, Cornelio de Saavedra. El encargado de eliminar a estos jefes fué el capitán José Antonio del Texo. El día primero de enero de 1809 estalló la rebelión preparada por Alzaga y el Cabildo. Texo, gravemente enfermo, no pudo cumplir su cometido y encomendó a varios soldados, con apresuramiento, que matasen a Liniers y a Saavedra. Los soldados no lo obedecieron y, por el contrario, descubrieron el proyecto. Al mismo tiempo, Saavedra se presentó en la plaza mayor de Buenos Aires con sus hombres y desbarató el triunfo de Alzaga. Los emisarios del Cabildo ya habían obtenido la renuncia del virrey y tuvieron que rendirse. Todos fueron presos y enviados a Patagones de donde huyeron, poco después, en un barco que envió en su busca el gobernador de Montevideo.

La conspiración de los catalanes y el motín de Alzaga, en favor de la independnecia, fueron mal estudiados y nunca se reveló sus verdaderos fines. De los primeros se creyó que se trataba de calumnias de sus enemigos, y del segundo se pensó que sólo había propuesto una Junta de gobierno como las de España. Un análisis atento y desapasionado de la documentación y de los procesos demuestra la verdad de las conclusiones expuestas. Cuando Alzaga, Sentenach, Esteve y Llach y otros acusados se vieron presos no tuvieron otro remedio que negar todas las acusaciones y decir que

se trataba de calumnias. En esta forma. al cabo de largo encierro, fueron absueltos. Entre tanto, los sucesos de España originaron las elecciones del 22 y 25 de Mayo de 1810. Un gobierno p p lar comenzó a regir los destinos del Río de la Plata y la revolución de Liniers y demás absolutistas desencadenó la guera civil.

§ 7. *Otros intentos de indepedencia*

No es fácil establecer de un modo seguro qué movimientos tuvieron como fin la pura independencia, cuáles solicitaron, simplemente, ayudas o franquicias comerciales, y cuáles son puras invenciones de políticos e historiadores.

La misión que llevó a Inglaterra a Francisco de Mendiola, extraño personaje mexicano, en extremo pintoresco, tenía por fin hacer un tratado de amistad y comercio con Inglaterra. El reino de México, según este enviado, se hallaba oprimido y vejado por la corte de Madrid. Los impuestos y el despotismo anulaban "la constitución de la libertad que nos es debida y nos pone en la condición de los viles esclavos de la costa de Guinea". El enviado desapareció y los planes quedaron en la nada. En síntesis se reducían a pedir una mayor libertad.

Nueva Granada, el Perú y Chile mandaron otros personajes a Inglaterra a rogar ayuda. De Nueva Granada salió un tal Luis Vidall o Vidale, posiblemente italiano, y del Perú un Juan Antonio de Prado, también llamado Monsieur de la Tour, que según testimonios era francés y tenía el verdadero nombre de Duprés. Uno y otros proyectaban naciones independientes. Sus utopías se esfumaron sin mayor trascendencia. Nadie las conoció en su tiempo y carecieron de toda importancia. Es posible que Gran Bretaña haya fomentado esos pedidos, individuales, sin representaciones de grupos, para ampliar su propaganda en favor de una posible independencia o revolución americana.

Francisco de Miranda fué el autor de planes de independencia americana bien conocidos. Hombre extraordinario, viajero incansable, soñador, fundador de logias secretas, amante de la emperatriz de Rusia, Catalina II, general francés, destacadísimo, en las guerras de la revolución francesa, conspirador, intrigante, amigo de reyes, ministros, generales y aventureros, su vida fué una novela fantástica y sus planes fracasaron por lo utópicos. Soñó la independencia de la América española desde la orilla derecha del Misisipí hasta la Patagonia. Creía posible formar en Centro y Sud América unos Estados Unidos enormemente grandes bajo el mando de un inca. Una cámara de caciques y otra de comunes debían asesorar al emperador como legislador. Los sueños de Miranda se perdieron con sus aventuras y sus desgracias. Combatió al

lado de Bolívar y éste terminó por dejarlo caer en manos de los españoles, pues lo supuso complicado en un hurto de dinero. Miranda, después de una vida realmente novelesca, sorprendente, murió en una cárcel española, con una cadena al cuello.

Pasamos por alto algunas insurrecciones que, a juicio de quienes las reprimieron, podían tener por objeto fantásticos planes de independencia. Todas ellas fueron realmente intranscendente, locales y de proporciones insignificantes. El caballero don Antonio Nariño, de Bogotá, fué perseguido por haber traducido la declaración de los derechos del hombre en la Revolución francesa. Las autoridades no lograron hallar ni un solo ejemplar en su poder, pues los destruyó todos. Sus ideas no hicieron escuela. Además, Nariño expuso en sus defensas que los principios que él había sostenido no eran franceses, sino propios del cristianismo y de los teólogos y juristas españoles, lo cual era evidentemente cierto. Tampoco pensó Nariño en la independencia, sino en una mayor libertad. En general no interesaba en América la independencia política. Quienes sostuvieron algunos planes fugaces fueron extranjeros o elementos incitados por otros países. El problema no era el de la independencia, sino el de la libertad civil. Los habitantes del Nuevo Mundo estaban descontentos de los excesivos impuestos y del despotismo que imperaba en la Península y, de reflejo, en el Nuevo Mundo. Las protestas estaban dirigidas contra el sistema dominante y, a menudo, también contra el rey; pero no contra la unidad de la nación. Se deseaba un cambio político, no una separación de la Península ni la formación de una serie de patrias independientes. Esto último —la creación de veinte repúblicas como las que existen en la actualidad— no fué imaginado por ningún americano. El conde de Aranda propuso la formación de unos reinos americanos. Esto es lo máximo que se concibió en cuanto a nuevas naciones en el Continente americano y la concepción no pasó de un proyecto hecho por un español y no por un americano. Podemos, pues, asegurar de un modo que la historia confirma ampliamente que el ideal de los hispanoamericanos no fué el de la independencia: fué el de la libertad civil. La independencia llegó cuando se perdió la esperanza de imponer la libertad en el imperio.

La independencia del Nuevo Mundo nació del viejo principio de que el pueblo es la fuente del poder y que al pueblo corresponde su propio gobierno. Todos los constructores de América, y en especial de la Argentina, han nacido del liberalismo y han tenido ideas liberales. Sólo los tiranos, los que en una u otra forma han representado la ruina de sus patrias, han sido antiliberales. No hay excepciones y las dos corrientes de libertad y antilibertad pueden ser dibujadas de un modo nítido. Una es la de la Patria, del bien y del progreso; la otra es la de la antipatria, del mal y de los

desastres. Búsquese en la historia de cualquier país americano los hombres de una u otra corriente y se verá qué se les debe: felicidad o dolor.

El viejo principio de que el pueblo es la fuente del poder arranca de Grecia, de Roma de la Edad Media y se extiende en los tiempos modernos por Europa y América. En España lo defienden e Padre Vitoria y Martín de Azpilcueta, entre los vascos, y Suárez, Mariana y otros tratadistas en el resto de la Península. En Escocia lo sostiene Jorge Buchanan y luego lo repite, en Gran Bretaña, Juan Locke. Se forma, así, una conciencia hispano inglesa de la democracia y de la libertad que coloca el poder en el pueblo y juzga al rey como un representante o servidor del pueblo. Norte, Centro y Sud América forjan, por tanto, su ideología política y nacionalista sobre la base de un mismo pensamiento liberal y democrático. Este pensamiento constituye, desde sus orígenes hasta el presente, la unidad, indiscutible e inquebrantable, de su historia y de su destino. Es una unidad espiritual, política e ideológica que se sobrepone a sus idiomas y religiones y explica las coincidencias de innumerables hechos históricos de un extremo a otro del Continente.

Locke coincidió con los jesuitas españoles que defendían el tiranicidio y reconocían el derecho del pueblo de levantarse contra los gobiernos o mandatarios que traicionaban sus fines. Este principio de rebelión vivió en las fuerzas políticas de España y la América española con tanta intensidad como en Estados Unidos. En este país Tomás Jefferson lo estampó en la declaración de la indepenedencia. En España, en un siglo, hubo más de cien levantamientos militares que en parte obedecen a ese principio, y en América española las revoluciones contra malos gobiernos pasan de mil.

El Estado, según la concepción política del liberalismo, sólo debe proteger a los ciudadanos y defender la nación. No debe mezclarse en ninguna otra acción ni pensamiento. Ninguna fuerza ni ningún gobierno pueden crear el talento; pero sí pueden perseguirlo. Tomás Paine, en su *Sentido común,* divulgó el liberalismo inglés en Norte América. A su juicio, el orden de la sociedad no lo ha hecho ni lo hace ningún gobierno. En *Los derechos del hombre,* Paine demostró que ciertos gobiernos, con su acción equivocada, multiplican los males que deberían evitar. La opinión, debía ser, a su juicio, enteramente libre. Sus ideas religiosas lo alejaban de todo credo y lo convertían en un deista. Igualmente deista era Wáshington, Jefferson y Franklin. Jefferson sostuvo que "el mejor gobierno es el que gobierna menos". Según él, ningún gobierno debía intervenir en las opiniones de los hombres. Decía que "sólo el error necesita el apoyo del gobierno". El gobierno debe obedecer la opinión pública. Juzgaba la prensa libre como imprescindible

para la educación del pueblo. El gobierno federal sólo debía ocuparse de las relaciones exteriores.

§ 8. *El choque de principios opuestos*

Roma no inventó el derecho internacional porque no lo necesitaba ni concebía. El mundo se hallaba en sus manos y los príncipes enemigos eran tratados con la fuerza. Grecia tampoco concibió el derecho internacional por su estado perpetuo de guerra interna. En la Edad Media existió un derecho internacional tácito entre algunos príncipes cristianos y musulmanes que con frecuencia se basaba en tratados. Cuando se descubrió el Nuevo Mundo nació en seguida la cuestión del justo título. Sepúlveda defendió el imperialismo de Carlos V; Vitoria, los derechos de los indígenas a sus tierras. Sepúlveda sostenía la legalidad del justo título del emperador y la incapacidad de los indios de gobernarse a sí mismos. Toda una serie de tratadistas defendieron sus puntos de vista. El Padre Bartolomé de las Casas y el Padre Vitoria levantaban las tesis contrarias. El emperador de España y del mundo debía discutir con dos pobres frailes. Libertad mayor de expresar ideas no la hubo en la tierra. El Padre Vitoria llegaba a declarar que el acto de creer es voluntario *(quia credere est voluntati)*. Por ello se erguía contra el Papa y negaba que fuese señor temporal de todo el mundo. El Papa no tenía poder espiritual sobre los infieles. El Padre Vitoria aprendió sus doctrinas liberales en las libertades del pueblo vasco. La historia del país vasco fué también su maestra. Navarra fué invadida por Fernando el Católico en 1512 y el duque de Alba justificó la invasión por el derecho divino que el rey tenía de mandar y la obligación de los súbditos de obedecer.

El cardenal Cisneros hizo destruir los castillos de Navarra y proyectó mezclar el pueblo vasco con gente llevada de Andalucía. Es posible que Carlos V haya hecho asesinar al mariscal Pedro de Navarra por no querer plegarse a su servicio. Con él continuaron los actos de absolutismo iniciados —en la historia moderna española— por Fernando el Católico. En 1521 los vascos de Navarra hicieron causa común con los comuneros y en unión de los franceses reconquistaron Pamplona. En esta ciudad fué herido Ignacio de Loyola, partidario del emperador y del absolutismo. El futuro apóstol Francisco Javier se hallaba en aquellos instantes en el ejército de los vascos libres. Los dos vascos se encontraron más tarde en París. Ignacio volvió a España y no salió de ella, hundido en la estructuración de su orden despótica. Javier se fué a predicar al Japón, llevado por su amor a la luz y a la libertad. No debemos olvidar que Jesús, en el Sermón de la Montaña, fué el primer cristiano que predicó la libertad. En el siglo XVI ya sabemos que hu-

bo en la América española rebeliones para lograr una mayor libertad. El célebre Lope de Aguirre fué un vasco exaltado por los principios liberales. En el siglo XVII la libertad avanzó en América y en el mundo. En las universidades hispanoamericanas podía estudiarse libremente las obras de Descartes, de Newton, de Gassendi y otros autores, como Bacon y Leibnitz. Estas enseñanzas no variaron desde el siglo XVII al XIX. El odio a los jesuítas atrajo contra ellos persecuciones y calumnias. Las *Mónitas secretas* de los jesuítas fueron distribuídas en la América española a mediados del siglo XVIII. El ejemplo de Estados Unidos fué eficaz en ideas y en hechos materiales: dos años después del Congreso de Filadelfia, España concedió a América la libertad de comercio. En 1779, Victoriano de Villava sostenía en Chuquisaca que es "previa la aceptación del pueblo para que la ley tenga autoridad y comience a regir". La audiencia consideró la proposición de Villava como "subversiva de la quietud y buen gobierno e inductiva de seducción". Eran los principios del derecho natural del hombre que se oponían a los principios del derecho divino de los reyes. Estos dos principios estuvieron en pugna en la América española desde el instante mismo del descubrimiento hasta la actualidad. Unos representan el verdadero carácter de la hispanidad, por su sentido justiciero y liberal, y los otros, los de la antihispanidad y antiamericanidad, por su origen oriental y calvinista del absolutismo y de los elegidos.

Ninguna nación puede tener una perfecta unidad espiritual. Tradiciones históricas y filosóficas, intereses, clases sociales, etcétera, forman grupos de pensamientos distintos y opuestos. Todos los países, tienen inspiraciones retrógradas, principios del mal que tratan de imponerse en una lucha eterna de la injusticia contra la justicia. En Estados Unidos, por ejemplo, existió la lucha de los esclavistas y de los antiesclavistas, y en el resto de América, la lucha de las dictaduras en contra de los regímenes liberales.

En Estados Unidos la libertad no fué siempre completa. Durante la colonia hubo crueles persecuciones contra los cuáqueros y los antinomianos, y en la independencia existió la esclavitud. La América española, por la unidad de su catolicismo, no tuvo persecuciones en la colonia, y de la esclavitud, siempre benigna, se libró al declarar su independencia. La libertad fué, pues, mucho más grande en la América española que en la América inglesa. En la América española nunca se vendieron, como en la inglesa, hombres blancos esclavos. La inquisición en la América española no llegó a los extremos de los intolerantes religiosos de la América inglesa. Los hombres que hicieron la independencia, tanto de los Estados Unidos como de la América española, no se desprendieron todos de sus principios y métodos monárquicos. Muchos militares ofrecieron a Wáshington la corona real. Otro militar colocó una corona sobre la frente de Saavedra, en una fiesta, y la corona era de azúcar. Dentro de las formas republicanas de gobierno muchos políticos gobernaron absolutísticamente. Los caudillos argentinos fueron pequeños reyes en sus ciudades aldeas rodeadas por desiertos. El partido federalista, con Alejandro Hamilton, Wáshington y Adams, sostuvo la centralización política en Estados Unidos, mientras que Jefferson se opuso a ella. Sus teorías, invocadas por los federales y unitarios, en la Argentina, el país que más hondamente recogió los debates constitucionales de Estados Unidos, dieron origen, en esta parte de América, a medio siglo de luchas sangrientas. Los federalistas de Estados Unidos, partidarios del centralismo político, defendían tradiciones monárquicas. Su centralismo corresponde al unitarismo de los argentinos; pero éstos no continuaron ninguna tradición real. El colonialismo político lo prolongaron los federales argentinos con sus aislamientos provinciales.

El segundo Presidente de los Estados Unidos, Adams, tuvo unos poderes sin límites y pudo disponer de los extranjeros en forma absoluta.

Jefferson abolió las leyes contra los extranjeros; pero el espíritu que las había inspirado no desapareció. Aún vivía en el siglo XVIII. En 1830 se fundó un partido contrario a la masonería. En 1834 un partido de americanos nativos desplegó un gran odio contra los extranjeros. En 1844 revivió con otro nombre: "No sé nada", y persiguió lo mismo a los católicos que a los liberales. Su fanatismo llegó a extremos terribles. Desapareció en la segunda mitad del siglo XIX. El Ku Klux Klan, sociedad terrorista contra los negros, nació después de la guerra de secesión y reapareció —contra los negros y los católicos— después de la guerra de 1914-18. Hay, pues, en Estados Unidos una corriente antiliberal que es preciso hundir en forma definitiva. Esta corriente se puso de manifiesto en los meses que precedieron la entrada de Estados Unidos en la actual guerra mundial. Hubo grandes personalidades y masas de la población que opinaron abiertamente que Estados Unidos debía aislarse en el mundo y desentenderse de la cuestión europea.

Estos principios no estaban destinados a salvar a América de los horrores de una guerra, sino a librar a Alemania de un enemigo que representaba su ruina. Por fortuna, un gobierno liberal, presidido por Franklin Delano Roosevelt, logró inclinar el país a la guerra por la libertad y Estados Unidos puede decirse que ya ha triunfado en la gran contienda mundial .

En las repúblicas hispanoamericanas las fuertes tradiciones liberales lograron que los pueblos viesen la guerra como un mal necesario y se pronunciasen todos, sin excepción, en contra de Ale-

mania y del nazifascismo. Sólo una república, a pesar de haber roto sus relaciones diplomáticas con Alemania y Japón, ha tenido un gobierno, que a juicio de Estados Unidos y otros países americanos, ha sido decididamente nazista. Pareció demostrar este hecho la protección que prestó a diarios contrarios a la libertad y a grupos políticos que bajo el manto del nacionalismo desarrollaron una campaña extranjerizante, inspiradas por directivas germanas. El pueblo de este país, en cambio, ha sido siempre declarado enemigo de la antilibertad. Hoy, debido a varios cambios ministeriales, ese gobierno se ha inclinado, en forma abierta, en contra de Alemania.

§ 8. *La traición a la hispanidad*

Napoleón, el déspota europeo, traicionó la amistad de Fernando VII y después de penetrar en España como aliado se quedó en ella como dominador y aprisionó a su legítimo monarca. El pueblo español reaccionó en una forma heroica y maravillosa. En todos los pueblos y en todas las ciudades los verdaderos españoles se levantaron en armas, combatiendo con chuzos, con palos y viejos fusiles. Los guerrilleros surgieron como por encanto y empezaron contra el invasor una guerra agotadora de ataques y contraataques en los momentos más inesperados. En esta sublevación tomaron parte innumerables cadetes y jefes y oficiales nacidos en América que estudiaban o prestaban sus servicios en España. Los había de todas las regiones de América, especialmente de la Argentina, como los más tarde generales San Martín y Tomás de Iriarte. El pueblo salvó, pues, el honor de España en su resistencia desesperada contra los franceses. En cambio, ciertas clases nobles y clericales se declararon en seguida partidarias del rey José Bonaparte, hermano de Napoleón, y con tal de sonservar sus puestos, sus honores y prerrogativas no vacilaron en defender al rey usurpador y extranjero. Estos traidores y extranjerizantes no sólo fueron muchos aristócratas y gente de iglesia, sino masas de españoles humildes y degradados que combatían al lado de los franceses y eran más sanguinarios, en sus luchas contra sus hermanos españoles, que los mismos napoleónicos.

La traición de los afrancesados, serviles y "caras vueltas", contrastaba con el heroismo de los liberales. Se produjo, así, una lucha abierta entre afrancesados o traidores y liberales o auténticos y nobles españoles. En muchas ciudades el pueblo daba garrote en las plazas a los afrancesados que podía hallar, sin proceso y por la mera acusación de haber estado en relación con los franceses. Al mismo tiempo los afrancesados perseguían a fondo a los liberales en las poblaciones donde ellos dominaban. Las ciudades

de buenos españoles fueron creando Juntas populares de gobierno que debían cuidar la administración y justicia de la zona mientras el rey se hallase cautivo. La doctrina de los derechos naturales del hombre enseñaba que faltando el rey legítimo, el pueblo recuperaba su poder y debía gobernarse a sí mismo hasta que Su Majestad recuperase el trono. Esta doctrina era justa e indiscutible; pero en Cádiz se formó un Consejo de Regencia que pretendía gobernar sobre toda España y América sin más derecho que su propia voluntad.

Las ciudades de América, al igual que en España, se apresuraron a crear Juntas provinciales de gobierno y a defender el pueblo contra posibles ataques de los franceses. El odio a Francia, el temor de que los ejércitos napoleónicos desembarcasen en las tierras de América, fueron las causas que originaron las Juntas de las ciudades americanas. Todas tuvieron este origen y no la independencia, en forma oculta, como se enseñó, durante largo tiempo, en tantas escuelas americanas. En algunos países hubo verdaderas sublevaciones, como en México, en 1809, "para defender los derechos de Fernando VII y evitar que el reino fuese entregado a los franceses por los españoles residentes en él". Los criollos, lejos de estar en contra de los peninsulares, como se ha dicho equivocadamente, y se repite en manuales que se copian uno a los otros, defendían la hispanidad y la unidad del imperio contra los posibles ataques de los franceses. Más tarde, en México se pensó en la independencia bajo el gobierno de "un soberano de la Casa del gran Fernando" que debía ocupar "el trono de la felicidad que le preparan los sensibles americanos". América, salvo casos de excepciones, de inspiración extranjera, no pensó nunca en la independencia. Bolívar, por medio de su hermano Juan Vicente, y Francisco Antonio de Cea, en representación de la Gran Colombia, llegaron a proponer a España la creación de una Confederación Hispano Americana. Iguales planes de unión confederada, sobre la base de la autonomía de las distintas regiones españolas y americanas, acariciaron San Martín, Rivadavia y otros próceres; pero todo se estrellaron contra la testarudez de los absolutistas españoles que aún creían, ingenuamente, en un triunfo militar y en lograr una sumisión, por las armas, que les diese de nuevo un mando despótico.

América se perdió por la intransigencia de los absolutistas españoles que se empeñaron en luchar contra un partido tan poderoso como el liberal. En 1820 España intentó enviar a América un último ejército, cuyo número de combatientes habría podido, sin duda, cambiar los destinos del Río de la Plata y de América; pero la sublevación de Riego, organizada desde Buenos Aires por la masonería, impidió nuevas luchas y nuevos desastres. La inde-

pendencia de América fué un hecho por la traición del partido absolutista. El rey Fernando VII, déspota degenerado, se apresuró, en 1814, a abolir la Constitución liberal de Cádiz, a instalar de nuevo la odiada inquisición y a gobernar de acuerdo con sus caprichos. Los liberales españoles se dedicaron, pues, a conspirar contra el rey de origen extranjero, borbónico, que en su vileza llegó a firmar un tratado de amistad con Napoleón, cuando huyó de la isla de Elba, y perdió América por no conceder la libertad que tantos pueblos le pedían.

La acción de los absolutistas españoles es la de unos perfectos traidores. Su absolutismo político y su fanatismo religioso representaron la más grande traición que hombres nacidos en España hicieron a su propia Patria.

España puede decirse que, por culpa de esta gente, dejó de ser España en la Península para continuar siendo España en el Nuevo Mundo. Los liberales hispanoamericanos se concentraron, pues, en las antiguas gobernaciones y provincias del Nuevo Mundo, que poco a poco se iban convirtiendo en naciones independientes, y también se refugiaron en Londres, donde hicieron, durante años, una activa y brillante campaña en favor del liberalismo y de los viejos y maltratados ideales españoles de libertad.

§ 10. *El nacimiento de las naciones hispanoamericanas.*

En un principio nadie pensó, en América, crear Estados independientes. Los liberales luchaban contra los absolutistas para imponer en el gran imperio Hispanoamericano el sistema liberal y constitucional de gobierno. Cuando Venezuela declaró su independencia no lo hizo para constituirse en una nueva nación, sino para librarse del gobierno absolutista. Su destino futuro no estaba bien claro. En Buenos Aires, en la Asamblea que se celebró en 1813, se consideró la posibilidad de independizarse, pero se acordó postergar la discusión para otras circunstancias, pues la Asamblea era soberana y podía tomar las decisiones que quisiese. Sus primeras decisiones fueron las de destruir los instrumentos de tortura y de la inquisición, las de declarar la libertad de los esclavos, la libertad de imprenta y tomar otras medidas liberales. Hasta 1815 toda América se gobernó a nombre de Fernando VII. La guerra era civil y siempre existía la esperanza de poder mantener la unidad del imperio bajo la forma liberal. Cuando el Cabildo de Buenos Aires o el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata daba una carta de ciudadanía no la daba de argentinos, sino de americanos, por formar parte del "partido liberal". Fué solamente después de haberse convencido, de un modo que no admitía esperanzas, de que en España era imposible imponer el liberalismo, cuando los gobiernos autónomos liberales del Nuevo Mundo Hispánico empezaron a declarar su independencia. En un principio no sabían qué tierras correspondían a unos y a otros. El mariscal Sucre tuvo la idea de crear una república con el nombre de Bolívar y convocó a una asamblea para dar origen a la república de Bolivia. Bolívar protestó airadamente por esta decisión y explicó a Sucre que el Perú y la Argentina podían alegar justos derechos a esas tierras; pero —caso extraño, que sorprendió a Bolívar, a Sucre y a los políticos del alto Perú— ni el Perú ni la Argentina hicieron el más mínimo esfuerzo para mantener dentro de sus límites esa inmensa región que se desprendía para formar una nueva república. Hasta 1823 duró el dominio de los españoles en alguna parte de América. Con la victoria de Ayacucho, que obtuvo el mariscal Sucre, terminó toda resistencia española o absolutista, mejor dicho, en el Continente. Muchas repúblicas no sabían aún de un modo definitivo cuál sería su forma de gobierno. La Argentina fué una de ellas. En 1816, en el Congreso de Tucumán, cuando se propuso adoptar una forma de gobierno —pues se dudaba entre la monarquía y la república— un fraile, Justo Santa María de Oro, pidió, y obtuvo, que no se tomase ninguna decisión hasta que no se consultase la voluntad de los pueblos. Oro era un fraile de ideas liberales en materia de política. Sarmiento fué su amigo e hizo su elogio. Por esta razón se dice que Oro salvó la Argentina de caer en una nueva monarquía; pero no hay pruebas seguras de que, sin la frase de Oro, que pidió la opinión de los pueblos, los hombres de Tucumán hubiesen adoptado la forma de gobierno monárquica. Todos eran liberales y no ignoraban el ejemplo de Estados Unidos. Además, Oro no dijo en ningún momento que prefería el sistema republicano.

Las nuevas naciones resolvieron erigirse sobre los límites que habían tenido las antiguas gobernaciones, intendencias o virreinatos. Fueron adoptados los límites políticos, de gobierno, no los judiciales. Por tanto, los límites de las audiencias que eran, en todo caso, tribunales de justicia y no instituciones de gobierno, no sirvieron para dividir a las nuevas repúblicas. Este convenio internacional se llama *uti possidetis*. El *uti possidetis* es de derecho cuando se separa a las naciones de acuerdo con los límites teóricos, jurídicos, que tenían las gobernaciones sobre las cuales se erigieron en 1810. Y es *de facto*, de hecho, cuando las divisiones se hacen, no conforme a los límites *de jure*, sino sobre la base de lo que cada nación poseía en 1810 o posee en el instante del convenio. Las cuestiones de límites han sido una fuente inmensa de discordia en el Nuevo Mundo. La imprecisión de los títulos históricos y jurídicos, el conocimiento deficiente de las expediciones, fundaciones, etcétera, y, sobre todo, la mala fe y los intereses po-

derosos de ciertas repúblicas y ciertos polemistas han llevado, a menudo, los debates de límites a guerras internacionales. Cuando hay acuerdos las divisiones pueden hacerse sobre cualquier base y no debe sorprender que en algunos casos, se haya resuelto dividir dos naciones teniendo en cuenta las líneas divisorias de dos audiencias en vez de dos intendencias, gobernaciones o virreinatos; pero cuando no hay un interés de solución por parte de una nación, las discusiones se complican y es preciso adoptar un método de solución que no admita discusiones. El hecho, en efecto, era difícil hasta que nosotros hicimos nuevos descubrimientos sobre las doctrinas del *uti possidetis*. Era en los años de la guerra entre Paraguay y Bolivia por la disputa del Chaco Boreal. Bolivia sostenía la teis del *uti possidetis juris*, y Paraguay, la del *uti possidetis de facto*. Bolivia alegaba que todo el Chaco le correspondía por haber formado parte de la antigua audiencia de Charcas. Paraguay respondía que de acuerdo con ese criterio no sólo el Chaco habría pertenecido a Bolivia, sino todo el Paraguay, todo el Uruguay y gran parte de la actual Argentina, pues la audiencia no era gobernadora, sino un tribunal de justicia, y las divisiones debían hacerse entre entidades semejantes, como ser dos audiencias, dos virreinatos, dos intendencias, dos gobernaciones, y no una audiencia y parte de una intendencia, o una audiencia y un río, como pretendía Bolivia. Además, sostenía que el *uti possidetis de facto* era el único que debía imperar. Nosotros expusimos la tesis de que así como las naciones americanas habían resuelto solucionar sus cuestiones de límites de acuerdo con la doctrinas del *uti possidetis*, es decir, erigirse sobre los límites de las antiguas divisiones españolas, era preciso, también, que adoptasen el *uti possidetis, de jure* o *de facto*, que existiese en la época colonial; en otras palabras: que las cuestiones de límites se resolviesen en la misma forma en que las resolvían los Reyes de España. Nuestra propuesta pareció excelente; pero fué considerada inaplicable, pues los historiadores americanos ignoraban, sin excepción, que en tiempos de la colonia existiesen cuestiones de límites —salvo las disputas de los Pizarro y Almagro— y que tales cuestiones las hubiesen resuelto los reyes y, menos, de acuerdo con doctrinas del *uti possidetis*. El *uti possidetis*, se decía, no es colonial. Es un principio del derecho romano que empezó a invocarse después de 1810.

En un pequeño libro, *Los derechos del Paraguay sobre el Chaco Boreal y las doctrinas del uti possidetis en el siglo XVI*, descubrimos por primera vez en estos estudios cómo existían innumerables cuestiones de límites entre los gobernadores del siglo XVI y cómo los reyes de España las solucionaban todas, sin excepción, de acuerdo con el *uti possidetis de facto y no de jure*.

Las gobernaciones tenían unos límites teóricos en sus títulos y en ellos se dejaba constancia que si un gobernador comprobaba que otro gobernador había pentrado en sus límites, aún no explorados, debía dejarlo en donde se hallase. Los reyes castigaban las violaciones de territorios ya explorados y conquistados; no las penetraciones en territorios o gobernaciones ajenas no exploradas en su integridad. Con estas medidas se trataba de fomentar los descubrimientos e impedir que un gobernador, seguro con los límites enormes que le habían sido otorgados en su capitulación, dejase pasar el tiempo sin explorar, conquistar y colonizar toda la tierra que le correspondía poner bajo el dominio del rey. Nuestra demostración de que las doctrinas del *uti possidetis* eran conocidas en España desde el siglo XVI y que el único *uti possidetis* que los reyes empleaban para resolver las cuestiones de límites que a cada instante se suscitaban entre los gobernadores americanos era el *de facto* y no el *de jure*, llevó al convencimiento absoluto de que el Paraguay tenía plenos derechos sobre el Chaco Boreal y que Bolivia no podía aspirar en sus pretenciones territoriales nada más allá del río Parapiti.

Las repúblicas americanas se fueron levantando sobre los territorios de las antiguas gobernaciones o intendencias españolas, las cuales coincidían con los límites de sus obispados y fueron rectificando y ajustando sus límites en guerras, convenios y arbitrajes que no han terminado, por desgracia, en la actualidad. Muchas de estas cuestiones dieron origen a grandes guerras. Otras se solucionaron por medio del arbitraje. El ejemplo más noble de aceptación de un fallo arbitral lo dió la Argentina en su guerra con el Paraguay. La Argentina, país triunfante junto con el Brasil y el Uruguay sobre el Paraguay (1865-1870) no quiso apropiarse de todo el Chaco Boreal, conforme había sido resuelto entre la Argentina y el Brasil en un tratado secreto de amistad y alianza en el momento de declarar la guerra al Paraguay. Quiso que el Chaco perteneciese al país que realmente tuviese derecho sobre él y sometió la cuestión al fallo del Presidente de los Estados Unidos, Hayes, después de un arreglo directo con el Paraguay. Los títulos paraguayos fueron más convincentes que los argentinos y el árbitro (paraguayo) falló que el Chaco pertenecía por la historia y por el derecho al Paraguay. La Argentina acató el fallo complacida de que la justicia adjudicase el Chaco al país al cual realmente pertenecía. Pocas son las naciones de América que han seguido el ejemplo. Otras protestaron en forma brutal cuando un árbitro no les dió la razón. Hoy en día las cuestiones de límites no son tantas como en otros tiempos y es de esperar que en breve todos los países del Nuevo Mundo tengan sus fronteras perfectamente definidas.

§ 11. *El espíritu de las naciones*

En América han vivido, desde el instante de su descubrimiento, los espíritus más opuestos. El liberalismo y el absolutismo han chocado a menudo en forma violenta. De este choque nació, en 1810 y años siguientes, la independencia de las naciones del Nuevo Mundo. Cada una de ellas tuvo el espíritu de las clases dominantes y estas clases se alternaron en el gobierno en un ritmo que con frecuencia coincidió con el de las generaciones. Hubo, en efecto, generaciones liberales y generaciones absolutistas que explican, con sus antagonismos, toda la historia de la América Hispana. Unas generaciones continúan los ideales de los hombres que hicieron la independencia, que crearon las Patrias americanas y la gran Patria del Nuevo Mundo. Otras generaciones prolongan los ideales de los hombres que negaron la independencia, no por fidelidad a España, pues fieles a la España eterna eran, principalmente, los liberales, sino por amor a los métodos esclavizadores, despóticos, del derecho divino de los reyes. Unas generaciones, por tanto, son las patriotas, las liberales, las que hoy deben ser consideradas nacionalistas y americanistas, pues encarnan los principios que dieron origen a nuestras nacionalidades políticas, a nuestros gobiernos republicanos y a nuestra libertad espiritual, nacional e internacional. Las otras generaciones son, incuestionablemente, las funestas en todo sentido, porque representan la negación de todos los ideales nacionales, de todos los principios de igualdad, de justicia, de libertad y de honestidad política. A ellas se deben los fraudes en las elecciones que tanto daño han hecho al desarrollo institucional, democrático, político y social en todas las naciones hispanoamericanas. El argumento de la fuerza y de la injusticia ha dominado en los gobiernos que a sí mismos se llaman republicanos y ha constituído el sostén de familias y de individuos que gracias a la violencia han alcanzado renombres históricos. Hay en nuestra América políticos de viejas ideas monárquicas que creen honrado y hasta útil para la Patria preparar cuidadosamente elecciones fraudulentas a fin de que ciertas mayorías no alcancen nunca el poder y triunfen pequeños grupos que a sí mismos se llaman aristocráticos y han vivido, por espacio de largas generaciones, de los presupuestos nacionales, como parásitos dificilísimos de apartar. Estos políticos son los que a menudo han hecho revoluciones en nuestros países hispanoamericanos para alcanzar un gobierno y un poder que unas elecciones libres nunca les habrían dado. Los liberales han logrado dotar a las repúblicas del Nuevo Mundo de Constituciones más o menos buenas y de todos los fundamentos espirituales para asegurar la justicia y la libertad; pero los viejos elementos conservadores, que hacen del monarquismo disimulado un culto y utilizan la religión como "narcótico del pueblo", conspiran constantemente contra la formas republicanas, contra el voto libre y secreto y contra la libertad. En épocas de paz política, de tolerancia por parte de los liberales o de dominio de los conservadores es corriente oírles decir, con un descaro criminal, que todos los males han nacido del liberalismo, que las Constituciones son papeles, que hay clases nacidas para gobernar y otras para obedecer y que la fuerza, que a su juicio debe estar siempre en sus manos, encierra todas las verdades y justicias, pues Dios no puede dar la fuerza a los malos, sino a los buenos. Estos traidores a todos los ideales nacionalistas americanos cuyos fusilamientos por la espalda han sido retardados por pereza y desprecio, son los culpables del noventa por ciento de las revoluciones políticas que han mantenido las naciones del Nuevo Mundo en sus caos tan característicos de inseguridad interna y de confusión ideológica. El diez por ciento de las revoluciones americanas fué hecho por lo defensores de la libertad y de la justicia, ansiosos, por cualquier medio, cuando todos los principios justos se sienten imponentes, de retornar a la normalidad institucional y al triunfo de la libertad y de la justicia. Hay también, otro género de revoluciones: las de los absolutistas que substituyen a otros absolutistas. La segunda guerra mundial ha originado en algunos países de América levantamientos militares con fines que no siempre coinciden. Algunos cuartelazos han tenido por objeto suprimir a dirigentes nazistas, enemigos abiertos de la Patria, y llevar el país a su libertad interna y externa. Otros han sido dirigidos contra clases semiaristocráticas que habían hecho de sus países una serie de feudos y se transmitían todos los cargos por acuerdo de unos grupos insignificantes que no representaban más que las vanidades de pequeñas oligarquías. Los gobiernos militares han tenido distinta suerte. Unos han hecho un bien indiscutible a sus países. Otros los han llenado de deudas, los han malquistado con las principales naciones de América y del mundo, han perseguido la libertad y han substituído una oligarquía pseudoaristocrática por una oligarquía militar con la disciplina rota y conspiraciones constantes en el mismo ejército y en todas partes.

La Argentina ha tenido algunas revoluciones militares en su historia; pero todas ellas han sido movidas por altos fines de justicia y de honestidad política. Si a veces se cometieron errores, éstos han sido pronto y abiertamente reparados. Además, los gobiernos militares que momentáneamente han ocupado el poder lo han hecho seimpre para salvar el país de desastres económicos y devolver el libre uso de sus instituciones políticas. Un gobierno militar, por ejemplo, susbstituyó el gobierno demagógico del Pre-

sidente Irigoyen y al cabo de un año llamó a elecciones y encaminó a la República por un camino que se acercó mucho a la normalidad. Otro gobierno militar rige actualmente los destinos de la Argentina y al cabo de dos años de intentos honrados de perfeccionamiento social ha anunciado que muy pronto llamará a elecciones libres. Los militares argentinos siempre han cumplido su palabra y no dudamos que en breve el país recobrará su libertad política y elegirá a los gobernantes que realmente sean de su agrado.

§ 12. *Tiranías y anarquías*

Nunca se sabe, de un modo exacto para el futuro, cuándo una tiranía es tiranía y una anarquía es anarquía. El concepto de la historia no coincide a menudo con el de los enemigos políticos. Los hombres que proclamaron las independencias de nuestros países sostuvieron que en los tiempos coloniales se vivía bajo una dura tiranía. Estudios desapasionados de la época moderna prueban con una evidencia incuestionable que no existió la tiranía española que una política destinada a crear rápidamente un patriotismo nacionalista se empeñó en sostener. El mal gobierno que se advertía en América era el mismo que se sentía en España. No se trataba exactamente de una tiranía, sino de una gran debilidad. Era la debilidad propia de todos los llamados gobiernos fuertes que con su agudo centralismo dejan que los funcionarios cometan las mayores injusticias y los más negros abusos. Cuando en España se tuvieron las primeras noticias de las Juntas provisionales de gobierno que se iban instalando, los diarios madrileños absolutistas afirmaron que en el Nuevo Mundo había políticos que pretendían implantar una vergonzosa anarquía, que las Juntas eran todas de origen masón y que sus componentes tenían ideas judaizantes. La masonería tuvo una indudable importancia, pero no así el judaísmo, del cual no se halla el más mínimo rastro en las causas de la independencia y en la independencia misma. Por otra parte, como es bien notorio, los creadores de las Juntas provinciales de gobierno no aspiraban a sembrar la anarquía, sino todo al contrario: a imponer el orden dando a cada pueblo el poder y el gobierno que le correspondía.

Las afirmaciones de los políticos y actores apasionados y las comprobaciones de la historia no siempre coinciden y, por lo común, las de los políticos están equivocadas. Rara vez se sabe, por ejemplo, cuáles son más peligrosas: si las tiranías de las mayorías incultas o las tiranías de las minorías cultas. Tampoco puede llegarse a establecer de un modo seguro quiénes son los incultos y quiénes los cultos. Por lo común se confunde cultura con riqueza y se llama mayoría inculta a una mayoría pobre y minoría

culta a una minoría rica, mientras que los pobres a veces son cultos y los ricos, por lo común, son ignorantes cargados de petulancia y de prejuicio. Muy difícil es, en consecuencia, saber cuándo una mayoría es realmente inculta. Lo común y lo lógico es que sobresalgan los buenos y los cultos, y que éstos sean más abundantes en las mayorías que en la minorías.

La independencia, o sea, la descentralización del gobierno peninsular español en muchos gobiernos autónomos hispanoamericanos, produjo una serie de formas políticas que fueron calificadas como tiranías y anarquías. La tiranía era el esfuerzo que los continuadores de los ideales absolutistas, traidores y extranjerizantes, hacían para sojuzgar el pueblo y mantenerse en el poder. La anarquía era la confusión que en este estado de cosas originaba. La tiranía no provenía siempre del gobierno. A menudo la producían los caudillos provinciales, como en la Argentina. No hubo diferencia de fondo ni de forma en las luchas políticas que se desarrollaron, a un mismo tiempo, en España y en América. Los historiadores han estudiado las historias de la Península y del Continente como si se tratase de dos mundos diferentes y no han advertido, con una miopía o visión desconcertante, que el mundo fué uno solo, pues se trataba de idénticos hombres, de idénticas raíces ideológicas y de idénticos problemas políticos. Los traidores que existieron en América existieron igualmente en España. No olvidemos que Napoleón contó en la Península con la adhesión de ilustres personalidades, convencidas de la bondad del nuevo régimen. Estas personalidades —como Goya, Quintana, Moratín, Hermosilla, Meléndez, Valdés, Nicasio Gallego y otros— obraban por el desencanto que tenían de los gobiernos de Carlos IV y Fernando VII y por las esperanzas ocultas de que un nuevo monarca, no perteneciente a los Borbones, llevase España a altos destinos. Traicionaban la causa española por el asco que les producía esa causa y por pereza, comodidad, indiferencia e interés. La mejor gente de España pertenecía al partido liberal y había compuesto la Constitución de Cádiz. España era liberal y fanática. El fanatismo lo habían creado los Borbones. El liberalismo era la tradición vieja y auténtica del derecho español, de sus regímenes políticos y de sus más nobles ideales. Iriarte refiere que los aldeanos iban con la Constitución en el bolsillo para hacer valer sus derechos; pero había otro populacho, el de las ciudades, corrompido y degenerado, que cometía la monstrusidad, inconcebible, si no estuviese mil veces probada, de gritar "¡Vivan las cadenas!". Este populacho inmundo, vergüenza de España, existía también en América, como vergüenza del Nuevo Mundo, y era el que sostenía a los tiranuelos de las viejas provincias americanas convertidas en Estados soberanos. Los tiranos de España y América

tenían, además, el apoyo de gente distinguida. El cardenal de Borbón, en la Península, sesenta y dos diputados y el ex gobernador de Montevideo, el general Francisco Xavier de Elío, rogaron a Fernando VII que se declarase rey absoluto. Fernando abolió la Constitución liberal el 4 de mayo de 1814. Iguales medidas, con el atraso consiguiente, tomaron los absolutistas argentinos. Cuando Rivadavia hizo aprobar una Constitución que habría sido una garantía de paz y progreso para el país, los absolutistas de las provincias, caudillos de cuarto orden, sin más ideales que los de mandar salvajemente en sus provincias, como padres de tribus, sin leyes, sin cámaras, sin jueces, sin una organización del Estado y el Estado sin capital, sin Constitución, sin Congreso y sin una forma de gobierno definida, rechazaron la Constitución, sin leerla, por principio, porque afirmaban que no querían depender de ningún gobierno superior, sino gobernarse a sí mismos, en sus feudos de carácter medieval, despóticamente y perpetuamente. Las persecuciones empezaron por igual en España y en América. Los absolutistas mostraron sin disimulos todo su odio a los liberales. No hay odio más profundo que el de los partidarios de las tiranías a los que las combaten. En España los liberales fueron perseguidos como si fueran animales dañinos. Los horrores que se cometieron contra ellos no pueden ser narrados. La represión dividió a los liberales españoles en moderados y exaltados. Hubo, así, tres partidos que se hallan igualmente en América: los absolutistas de ideas intransigentes y esclavizadoras, los liberales equilibrados y los liberales furibundos. Las sociedades secretas adquirieron en España un gran desarrollo, especialmente la masonería. En la Argentina, Chile y otros países del Nuevo Mundo, además de Estados Unidos, la masonería alcanzó una fuerte importancia. La anarquía que parece en la Argentina un fenómeno local, con los levantamientos de los caudillos y los pronunciamientos de militares, nació en España. Es célebre el levantamiento de Riego y Quiroga, en Cádiz, cuando el gobierno absolutista español quiso enviar un ejército poderosísimo al Río de la Plata.

Los liberales y masones españoles, a pedido de los masones argentinos, lograron que el ejército se sublevase y no se dirigiese a combatir a los liberales americanos. Nuestra Patria argentina es deudora de un inmenso homenaje de gratitud y admiración al inmortal Riego por haber salvado la independencia de esta tierra y gran parte de América. La colaboración de elementos civiles y elementos militares con las mismas ideas empezó a hacerse común tanto en España como en América. Un autor ha sostenido la tesis de que la democracia, al hacer posibles las conquistas de puestos elevados a personas sin mayores méritos, ha sido la única creadora de los sentimientos de envidia que tan profundamente se

hallan en la vida política, social, artística, literaria, etcétera, de España y de América. Disentimos por completo de esta tesis. La verdad, a nuestro juicio, es, exactamente, justo lo contrario. La envidia la generaron en todas las capas sociales los ejemplos que a diario daban los absolutistas. El espectáculo de unos gobernantes y de unas castas que se creían superiores al resto de los mortales, que hacían su voluntad, que se transmitían de padres a hijos los empleos y honores, que miraban con desprecio a todo el mundo y acumulaban en sus manos las riquezas, sin descender nunca al pueblo, que sólo debía obedecer y admirar, es el único que despertó las más bajas pasiones, empezando por la envidia y siguiendo por el odio, con sus recursos de intrigas, delaciones, calumnias, etcétera. Los absolutistas no abrigaban otro ideal que el de conservar sus posiciones privilegiadas. No debe causarnos ninguna sorpresa, en consecuencia, el hecho de que hayan acudido a cualquier traición para no perder sus ventajas. En España, los amigos de Fernando VII llamaron a Luis XVIII de Francia y al zar Alejandro I de Rusia para que entrasen en España y aplastasen a los liberales. El Congreso de Verona, manejado por Metternich, resolvió acceder a este pedido y en 1823 los embajadores de Francia, Austria, Rusia y Prusia se dirigieron al gobierno de España para que aboliese la Constitución liberal de 1812 que la sublevación de Riego y Quiroga había vuelto a imponer. El mismo año, "cien mil hijos de San Luis", o sea, un ejército francés, avanzó en España para echar a los liberales y abolir la Constitución. España tuvo que sufrir esta inconcebible humillación por culpa de los absolutistas. Las luchas internas habían agotado el espíritu español y los franceses llegaron a Madrid sin serias resistencias. Las Cortes, último refugio de las libertades españolas, se disolvieron y los ciudadanos liberales recibieron los ultrajes más perversos. Las persecuciones fueron tan terribles y espantosamente crueles que los representantes franceses y rusos pidieron a Fernando VII que mitigase el odio de los absolutistas. El inmortal Riego, el salvador de la independencia americana, y especial, argentina, fué arrastrado por un asno y escupido por una plebe inmunda que gritaba "¡Vivan las cadenas!" y bailaba en torno a su horca. Fué gracias al embajador de Rusia que las ejecuciones espantosas empezaron a disminuir. En 1826, los partidarios de don Carlos, hermano de Fernando VII, que no tenía hijos varones, fundaron el partido carlista, ultraabsolutista, que hacía valer la ley sálica y excluía a las mujeres de la sucesión real. Esta ley era antiespañola. En España la tradición enseñaba que podían reinar las mujeres. Fernando VII se opuso al carlismo y en 1833 convocó unas Cortes que reconocieron a su hija Cristina como heredera del trono en contra de las pretensiones de su her-

mano don Carlos. En seguida murió y España quedó entregada a sus luchas de cristinos y carlistas que más tarde tomaron otras formas y dividieron, aún más profundamente, a los liberales y a los absolutistas. Los primeros fueron todo el pueblo español, fiel a su tradición, y los segundos quedaron arrinconados en los Pirineos y volvieron a renacer en épocas de persecución y tiranía.

En América los sucesos de España tuvieron un casi idéntico paralelo. No influyeron los sucesos. Hubo un mismo clima histórico y sociológico porque uno mismo era el espíritu de la Península y del Nuevo Mundo, porque idénticos eran los hombres y porque iguales principios e ideales estaban en pugna: el absolutismo por una parte y el liberalismo por la otra. Cuando los políticos del Nuevo Mundo no dependieron más del gobierno central de España, cuando no hubo autoridades que aunque corrompidas, muchas, mantenían en orden y en paz los inmensos territorios de América, las pasiones y los principios políticos no hallaron frenos y se desataron con toda su violencia. Continuó, simplemente, la lucha civil iniciada en 1810. El hecho jurídico de la independencia sólo constó en el papel y en una gran conquista democrática de carácter sociológico: la igualdad de todos los hombres. Esta igualdad se impuso asimismo en el papel, y en la práctica siguió viviendo con todas sus mezquindades y vive aún en día en muchos cerebros retrógrados. Son conocidas las diferencias sociales que existían entre blancos puros españoles, negros mestizos, mulatos, zambos, tercerones, cuarterones, etcétera. Estas diferencias eran profundas en las regiones ricas y aristocráticas, como México, Perú y Venezuela, y apenas perceptibles en las tierras de origen democrático, como el Río de la Plata y el Paraguay. En 1796 el Cabildo de Caracas protestó ante el rey porque los funcionarios españoles que llegaban de la Península protegían abiertamente a los "mulatos o pardos y toda gente vil para menoscabar la estimación de las familias antiguas, distinguidas y honradas". Los nobles caraqueños no admitían que los pardos adquiriesen "la instrucción de que hasta ahora han carecido y deben carecer en lo adelante". En 1797 el rey de España, ansioso de dinero, aprobó un arancel para que los hombres de condición más humilde pudiesen adquirir cualquier honor y distinción. La legitimación de un hijo costaba cinco mil quinientos reales. Las legitimaciones extraordinarias, por ejemplo, los hijos de clérigos, se obtenían con treinta y tres mil reales. Las legitimaciones de hijos adulterinos se solucionaban con veinticinco mil ochocientos reales. Un privilegio de hidalguía se obtenía con ciento siete mil reales; un título de Don, por mil cuatrocientos reales. Un pardo dejaba de serlo y se convertía en blanco si pagaba setecientos reales. Un quinterón lograba el mismo milagro con mil cien reales. Los Cabildos de

Caracas, Coro y Maracaibo no pusieron nunca en vigencia esta real cédula. No obstante, cuando en la guerra civil triunfaron los principios liberales, la Junta Suprema de Caracas abolió todos los aranceles para dejar de ser pardo o quinterón o ser juzgado lo mismo un hijo natural que un hijo legítimo. La igualdad de todos los hombres libres fué un hecho en el papel; pero no siempre en la realidad. Los absolutistas de otros tiempos no abjuraron de sus ideas antiigualitarias. El prejuicio de la sangre, de la tradición y de la familia llegó a producir una verdadera endogamia en las clases aristocráticas de Caracas. El precursor Francisco de Miranda fué mirado siempre con desprecio porque su padre había sido un comerciante. El Cabildo de Caracas había prohibido, en efecto, a don Sebastián de Miranda, padre de Francisco, "el uso del uniforme y bastón del nuevo batallón, apercibiéndole que si volvía a usarlos, lo pondría en la cárcel pública por dos meses, se le recogería el bastón y el uniforme que por derecho se vendería por piezas y sus productos se aplicarían a los presos de la cárcel". El culto del orgullo y de la vanidad se transmitía de padres a hijos y era fomentado en los círculos políticos de ideas absolutistas y antidemocráticas. Estos círculos o grupos descendientes de los hombres que habían visto con desagrado el triunfo de los liberales y que en la gran guerra civil por la libertad habían permanecido semiocultos, sin tomar parte en la lucha por cobardía moral, empezaron a organizarse y avanzar en los gobiernos a medida que los sucesos de 1810 iban alejándose. Fué un renacer del absolutismo bajo el disfraz republicano. La forma de gobierno republicana constaba en una Constitución que era un papel o, simplemente, no constaba en ninguna parte, como en la Argentina, y los políticos absolutistas mandaban como reyes o como caudillos vitalicios. El despotismo de los caudillos tiene en América un viejo origen. En la Argentina empezó a sublevar los ánimos liberales en el mismo siglo XVI. En 1577 los pobladores de Santa Fe se levantaron contra el mal gobierno de Diego Ortiz de Zárate Mendieta. Tres años más tarde estalló otra sublevación para ocupar los puestos del Cabildo. En 1583 hubo en Buenos Aires elecciones libres para elegir al sucesor de Garay. En 1588 el Cabildo de Córdoba protestó contra el gobernador Ramírez de Velasco que quería imponer los miembros del Cabildo. Al año siguiente fué el Cabildo de Corrientes que elevó otra protesta por la misma causa. En los primeros años del siglo XIX Mariano Moreno defendió al mismo Cabildo de Corrientes por otros hechos completamente idénticos. En tres siglos los gobernadores y tenientes de gobernadores no habían variado en sus hábitos de querer hacer elegir a los candidatos de su gusto y violar las libertades públi-

cas. Por una parte, los gobernadores, con sus métodos absolutistas, y por otra el pueblo, con su amor a la libertad.

La oposición de métodos e ideales tenía, pues, un viejo origen. Cuando las generaciones de 1810, que iniciaron la guerra civil por la independencia civil, dejaron su lugar a las generaciones que declararon la independencia política, los grupos absolutistas y los caudillos de métodos despóticos, educados en los ideales más intransigentes y monárquistas de la época colonial, se lanzaron a la conquista del poder y del gobierno para inutilizar los frutos liberales de la independencia y prolongar sus métodos absolutistas y personalistas. Así nacieron las guerras civiles del período independiente que, en realidad, fueron la continuación ininterrumpida de la guerra civil empezada en 1810. Podemos, pues, afirmar de un modo seguro que la guerra civil de 1810 se prolongó, entre absolutistas y liberales, hasta épocas relativamente recientes y, en muchos países, hasta la actualidad.

§ 13. *El absolutismo de Juan Manuel de Rosas.*

Los casos más típicos de absolutismo de la primera mitad del siglo XIX fueron los de la isla de Haití, con los negros emperadores Louverture y Christophe; del Paraguay, con José Gaspar Rodríguez de Francia, y de la Argentina, con Juan Manuel de Rosas. Los tres casos son únicos en su género e incomparables en sus aspectos exteriores, aunque idénticos en sus orígenes psicológicos y políticos. Los negros de Haití gobernaron de acuerdo con los métodos absolutistas y terribles que siempre habían conocido. Aislaron el país y sobresalieron en todas las características que ditinguen a los dictadores: obras públicas, ejército disciplinado, supuesto nacionalismo, enemistad con los paises vecinos, aislamiento internacional y endiosamiento de los mandatarios, a quienes, tarde o temprano, se presenta como víctimas de su patriotismo. José Gaspar Rodríguez de Francia fué el tirano, déspota y neurópata más notable. Estudiante de la Universidad de Córdoba, se saturó de principios calvinistas y judaizantes y gobernó de acuerdo con la doctrina de los elegidos y del poder absoluto. Sus lecturas de la historia de Roma le hicieron imitar los Consulados, triunviratos, etcétera. Aisló a su país para que no se contaminase de la anarquía que reinaba en la Argentina y para gobernar de un modo tan despótico como no se conoce otro en la historia de América. El terror fué impuesto como sistema general y espantoso y el Paraguay entero vivió postrado en el suelo, sin alzarse más que para ponerse de rodillas, hasta que la muerte libró a ese pueblo humillado de un neurópata agudo, sin una sombra de ge-

nio, que sólo se destacó por haber podido dar rienda suelta al más avanzado absolutismo.

El caso de Juan Manel de Rosas, que gobernó en Buenos Aires por espacio de unos veinte años, hasta 1852, es más civilizado, más vulgar y de acuerdo con la política absolutista española. Hijo de estancieros, tuvo una participación insignificante en las invasiones inglesas, como cualquier joven de los miles que entonces tomaron parte en aquellos sucesos; pero permaneció ausente del movimiento electoral del 25 de Mayo y de la guerra civil en que se combatió por la libertad. Nunca aprobó la independencia como triunfo de liberalismo y tuvo sus interpretaciones propias del 25 de Mayo, en que comenzó el gobierno autónomo de Buenos Aires. Las ideas de sus padres, abuelos y de él mismo eran las de absolutistas intransigentes, convencidos de los derechos divinos de los reyes y de los elegidos, de la nulidad de los derechos del pueblo y de la conveniencia de gobernar un país sin leyes, sin Congreso, sin ninguna traba que pudiese significar un obstáculo al capricho o voluntad de un supremo mandatario. Fiel a sus ideas políticas, fomentó primero la desunión y las rivalidades de los militares que se disputaban el gobierno para aumentar el caos y hacerse dar la suma del poder público. Gracias a intrigas y combinaciones pudo contar con un pequeño ejército que en aquellos momentos de confusión significaba una discreta fuerza y con él presionó al pueblo de Buenos Aires y aterrorizó a los representantes a fin de que lo eligiesen gobernador con todos los poderes imaginables. El pueblo de Buenos Aires se resistió largamente a hacer esta entrega de todos sus poderes y derechos, a despojarse de su independencia política para ponerla en manos de un solo hombre, mas se vió obligado, por la fuerza, a tomar esta extrema resolución. El gobierno de Rosas fué el de un absolutista clásico, sin ninguna originalidad. En veinte años de despotismo persiguió a todos los intelectuales, cerró las puertas al comercio, arruinó las finanzas, impidió que se aprobara una Constitución, que se fijase una Capital a la nación y que se dijese qué forma de gobierno era la que tenía el país. Las provincias comenzaron a gobernarse automáticamente, en manos de caudillos semibárbaros que estaban a punto, a cada instante, de convertir sus provincias en Estados independientes. Los hombres sensatos, los verdaderos patriotas que veían todas las conquistas de la guerra civil y de la independencia completamente perdidas, protestaron y se lanzaron a la revolución. Todas las provincias argentinas se hallaron, tarde o temprano, complicadas en este rechazo del rosismo. El país no contó un año de verdadera paz. Los mejores escritores argentinos tuvieron que emigrar al extranjero. Así se creó una Argentina unida y liberal, heredera directa de los ideales de Mayo y de la Inde-

pendencia, fuera de la Argentina territorial, aplastada por el rosismo y el caudillismo. El país perdió su independencia interior y se llenó de enemigos internacionales. Todas las repúblicas adonde se refugiaban políticos unitarios fueron atacadas por Rosas y se crearon guerras con Bolivia, Paraguay, Uruguay y Brasil. Todo decayó en la época de Rosas: las finanzas, el comercio, la instrucción pública, etcétera. No hubo leyes, no hubo ninguna conquista espiritual ni material. La Argentina perdió, por su culpa, las islas Malvinas, que fueron ocupadas por Inglaterra, y, por sus caprichos se vió envuelta en graves cuestiones internacionales con Francia e Inglaterra que bloquearon el puerto de Buenos Aires. El primer bloqueo francés y el segundo franco-inglés tuvieron por fin hacer respetar los derechos de ambas naciones, pisoteados por Rosas, y asegurar la independencia del Uruguay, invadido por las fuerzas rosistas. No es cierto que se propusieran, ambas naciones, desmembrar el territorio argentino. Es este un punto definitivamente estudiado y sobre el cual no existen dudas legítimas; mas los partidarios del absolutismo rosista falsean la historia y mienten en sus afirmaciones. La propaganda rosista, en aquel entonces, ricamente pagada, y los ataques que en Francia sufría el gobierno francés, por parte de sus enemigos políticos, hicieron creer al ilustre general San Martín, exilado en Europa, que Rosas defendía la integridad territorial de la Patria. San Martín, lejos de Buenos Aires, sin medios de información, sin haber tratado nunca a Rosas, ganado por una propaganda embustera, fué vilmente engañado y llegó a disponer, en su testamento, que el sable que lo había acompañado en sus gloriosas batallas fuese entregado, a su muerte, a Juan Manuel de Rosas. Este hecho, debido a un engaño, es traído constantemente a luz por los partidarios del absolutismo que creen, de este modo justificar veinte años de crímenes, de atraso y de vergüenza en la historia argentina.

§ 14. *Las guerras americanas.*

En la segunda mitad del siglo XIX se desarrolla, de Norte a Sud América, una era de trabajo y de nuevas luchas por la libertad. En Estados Unidos la penetración hacia el Oeste adquiere el carácter de una verdadera cruzada.

Zonas inmensas, semidesconocidas, son conquistadas a los indios, cortadas por ferrocarriles, vendidas en parcelas y pobladas rápidamente. Donde antes corrían los salvajes empiezan a erigirse ciudades. Ninguna nación en la historia del mundo tuvo el desarrollo, rápido y brillante, de Estados Unidos. Fueron creados nuevos Estados y al mismo tiempo se pensó, con intensidad, en el problema de la esclavitud. Estados Unidos como el Brasil, reco-

nocía la esclavitud negra en su territorio. La lucha contra la esclavitud mostró cuán monstruosamente los hombres son capaces de defender y hasta explicar, con razonamientos aparentemente lógicos y justos, hechos tan indefendibles como la esclavitud. Los Estados sureños ahorcaban a quienes tenían la osadía de combatir la esclavitud. En el Norte se formaron, por otra parte, sociedades de antiesclavistas dispuestas a luchar hasta la muerte para suprimir de los Estados Unidos la vergüenza antihumana de la esclavitud. La campaña de propaganda, de uno y otro lado, terminó por llevar a la guerra de secesión. La guerra significó la ruina de medio Estados Unidos, la desaparición de mansiones magníficas, el hundimiento de familias de abolengo y la división de los ciudadanos en dos bandos durante largo tiempo irreconciliables. Estados Unidos, dividido en dos naciones en guerra, dejó en muchos de sus habitantes el ideal de mantener la nación dividida. La primera y la segunda guerra mundial han borrado estos odios y estos ideales que tanto daño harían a Estados Unidos y a la estabilidad del mundo si llegaran a imponerse. La liquidación de la guerra de secesión representó una nueva época histórica en los Estados Unidos. Se pensó en el trabajo interno, en los negocios y en las industrias y en la expansión extraterritorial. El siglo de Estados Unidos llevó su bandera a luchas internacionales con México y con España que anfianzaron su poder y extendieron su dominación al Pacífico y a las Antillas.

En Sud América, la Argentina y el Brasil afrontaron problemas decisivos en la estabilidad de su grandeza. A la caída de Rosas, el general Justo José de Urquiza quiso dar al país una Constitución, mas lo hizo de un modo que inquietó, por su personalismo, a los hombres legalistas de Buenos Aires. Mucha gente creyó que Urquiza pretendía, simplemente, suplantar a Rosas en su gobierno. Urquiza tenía otras ideas: deseaba organizar el país, constituir un gobierno, fijar una capital y aprobar una Constitución; pero sus procedimientos no eran los justos, sino los que imponía su voluntad.

Estos desacuerdos originaron una guerra civil entre el Estado de Buenos Aires y las Provincias, reunidas en Confederación. La guerra terminó con una paz justa y la Constitución fué reformada en algunos detalles. Esta paz significó el alejamiento de Urquiza y el hundimiento de los caudillos que hasta entonces habían dominado en las provincias argentinas. El caudillismo se hizo historia y sólo renació en forma aislada, sin continuidad, entre elementos de tradición absolutista o simples rateros de los gobiernos provinciales, que en vez de robar un Banco o una casa de familia, hallaban más cómodo y provechoso asaltar el gobierno de una provincia.

En cuanto al Brasil, abolió la esclavitud después de la guerra que sostuvo, como aliado de la Argentina y del Uruguay, en contra del Paraguay (1865-70). Los antiesclavistas hallábanse al lado del emperador y era el mismo don Pedro II el mayor enemigo de la esclavitud. Hombre culto, de ideas democráticas, admirable en su modestia y bondad, se empeñó en suprimir la esclavitud para que su patria no fuese mirada con escarnio, y lo consiguió; pero perdió el trono. Los colonos sin esclavos y los militares de la guerra contra el Paraguay, sin ocupación, no hallaron otra salida a sus intereses y ambiciones que derribar el imperio. El imperio, además, estaba muerto de tiempo atrás. Las ideas liberales, espiritistas, positivistas, etcétera, diabólicamente mezcladas, hicieron estragos en el Brasil al par que enseñaban rumbos nuevos de cultura y de libertad. Mientras en las selvas fanáticos católicos se hacían matar por verdaderas aberraciones religiosas, como en una Edad Media trasplantada al trópico, en las ciudades se fundaban sociedades comptianas, se leía a Allan Kardec y se comprendía que el mundo no puede vivir sin libertad. De esa confusión de ideas quedó en el Brasil lo noble, lo puro y lo exacto. Desaparecieron las creencias e ideales erróneos y exaltados y la gran nación brasileña ofrece hoy el espectáculo de un mundo espiritual digno de admiración. La poesía, los estudios históricos y sociológicos, la novela y las obras de pensamiento hálianse entre las mejores de América y del mundo.

Las guerras fueron pocas en la América Hispana. En la América Central los hombres combatieron para lograr una unión y una desunión. Los partidos unionistas y antiunionistas se enfrentaron con verdadero odio. Unos querían una patria grande, la creación de unos Estados Unidos centroamericanos. Los otros, dominados por ambiciones personales, impusieron una colección de patrias pequeñas, intrascendentes en los destinos del mundo. Hoy viven felices, a menudo en manos de tiranías. En ellas palpitan magníficas fuerzas espirituales y su porvenir es realmente hermoso.

En Sud América las ambiciones personales del dictador del Paraguay, Francisco Solano López, originaron una guerra entre ese país, por una parte, y por la otra la triple alianza de la Argentina, Brasil y Uruguay. Los orígenes de esta guerra han sido estudiados en todos sus aspectos. Historiadores imparciales han visto sus orígenes remontarse a la línea de Tordesillas, trazada por el Papa Alejandro VI, en 1493, para dividir entre España y Portugal las tierras que se hallasen en el Océano. Los choques que tuvieron las fuerzas portuguesas y españolas en el Río de la Plata y Paraguay serían los antecedentes más remotos de esta cuestión. Más tarde vino la guerra entre el Brasil y la Argentina, por la posesión del Uruguay, reconocido independiente por sugestión de Gran Bretaña, y más tarde las guerras de Rosas, dictador de la Argentina, con el Brasil y el Paraguay. Rosas no estuvo directamente en guerra con el Paraguay: lo estuvo la provincia argentina de Corrientes, que obrara de un modo autónomo; pero el estado de inseguridad del Paraguay frente a la oposición rosista era idéntico. A los pocos años de la caída de Rosas una cuestión de política interna del Uruguay llevó al dictador del Paraguay a intervenir a favor de un partido. Fué el error de su destino. El Brasil tomó parte en otro sentido y las hostilidades quedaron rotas entre Brasil y Paraguay. La fuerza militar de esta nación y la falta de libertad de los diputados paraguayos, que existían sólo de nombre y aprobaban todos los actos del dictador, le hicieron creer en un triunfo seguro. La Argentina fué invadida y la ciudad de Corrientes ocupada por las tropas paraguayas. Este acto estaría agravado por no haber declarado previamente la guerra el gobierno paraguayo al gobierno argentino. Los historiadores discuten este particular y sostienen, algunos, que el Paraguay declaró previamente la guerra y en seguida inició el ataque. Lo indudable es que ni el gobierno de Buenos Aires ni nadie, en la Argentina, tuvo noticia de la declaración de guerra del Paraguay antes de la toma de Corrientes. El hecho produjo una malísima impresión y la Argentina se puso a la cabeza de la guerra contra el Paraguay. El dictador López fué vencido antes de los dos años, de un modo definitivo, y anduvo errando por la selva, acompañado por unos soldados fieles, verdaderos mártires y héroes. Los aliados ocuparon la ciudad de la Asunción y dejaron pasar el tiempo sin dar batallas aplastantes. La política brasileña aconsejaba esta prolongación por innumerables intereses. Los jefes y oficiales tenían mayores sueldos; los proveedores hacían espléndidos negocios; los esclavistas retardaban la abolición de la esclavitud, etcétera. El pobre Presidente López, exaltado, enloquecido, vagaba cometiendo hechos absurdos, ejecuciones insensatas, donaciones, a su compañera Elisa Lynch de Quatrefages, de extensiones inmensas de terreno, hasta que, por error, fué alcanzado por una patrulla y muerto bárbaramente. López dió prueba de una valentía sin límites que honra al pueblo paraguayo. El sacrificio de López no tiene parangón en América, pero fué el más inútil y antipatriótico que imaginarse pueda. Por no renunciar a su cargo y dejar que otros hombres solucionasen los errores internacionales que él cometió, llevó a su país a la más completa de las ruinas. Los hechos demostraron, en el acto, que los aliados no tenían el propósito, como él suponía, de hacer desaparecer el Paraguay. El Brasil sacó algunas ventajas territoriales. No así el Uruguay, que nada ganó y sólo tuvo que cargar con sus

gastos de guerra. La Argentina costeó, asimismo, toda la parte de la guerra que le correspondió y fijó sus límites de acuerdo con lo establecido antes de la guerra, con el Presidente paraguayo Carlos Antonio López, y lo que dispuso, en un fallo justo, el árbrito Hayes, Presidente de los Estados Unidos de Norte América.

Esta guerra ha sido totalmente olvidada en la Argentina y últimamente, en actos de acercamiento internacional, el Uruguay y la Argentina condonaron las viejas y fabulosas deudas de guerra que en teoría el Paraguay hubiera debido pagar alguna vez a ambas naciones. El afecto que en la Argentina y en el Uruguay se tiene al Paraguay es sincero y grande. No ocurre lo mismo en el Paraguay. Existe un partido que detesta a la Argentina y al que fué Presidente Mitre. Supone este partido que Mitre fué el culpable del aniquilamiento del Paraguay. Este partido está en un grave error. Mitre fué el primero en reconocer los derechos del Paraguay sobre el Chaco Boreal y en declarar que era justicia entregar el Chaco al país que tuviese mejores títulos históricos. El Paraguay debe a Mitre la decisión argentina de no conservar el Chaco como país vencedor. Además el partido anti-argentino del Paraguay comete otro error de carácter nacionalista: el Paraguay está unido históricamente a la Argentina, y su destino depende en gran parte de este país. Del mismo modo, la amistad del Paraguay podría ser a la Argentina, en circunstancias internacionales peligrosas, de una inmensa utilidad. Es por ello que los patriotas paraguayos y argentinos comprenden el valor de su unión espiritual y la fomentan con verdadero amor.

Chile, por una parte, Perú y Bolivia, por la otra, tuvieron una guerra que llamaron del Guano y que significó para el Perú la pérdida de ricos territorios sobre el Pacífico. Bolivia quedó enclaustrada y perdió todas sus esperanzas de una salida al mar después de la guerra que sostuvo contra el Paraguay por la posesión del Chaco Boreal. Esta guerra, desencadenada y preparada cuidadosamente, por Bolivia, resultó un fracaso militar indiscutible. El ejército boliviano, organizado principalmente por un general retirado alemán, Hans Kunt, combatió con heroísmo, pero fué vencido por el ejército paraguayo, grandemente inferior en número de hombres y armamentos, pero imbatible por su coraje, por su iniciativa y el talento militar de su jefe: el general Estigarribia. En esta guerra toda la razón asistía al Paraguay. El Chaco fué, desde el descubrimiento de esta parte de América, una tierra propia del Paraguay, de la gobernación, primero, y de la intendencia del Paraguay, después, cuyos límites coincidían con los del obispado de la Asunción. Esta guerra sirvió para fijar de un modo definitivo los límites del Paraguay al Oeste del Chaco y encauzar a las dos naciones en una política de educación y de

trabajo. En ambos países hubo revoluciones de carácter militarista que han alejado a algunos políticos y tratan de favorecer los intereses del pueblo. En cierto modo dominan los ideales absolutistas y las libertades hállanse momentáneamente suspendidas. No puede hablarse aún de tiranías, pues las tolerancias son grandes, lo mismo que las promesas de normalización constitucional.

Escasa transcendencia internacional tuvo un conflicto entre Perú y Chile con España. El conflicto nació de causas mal entendidas y se resolvió con el bombardeo de la capital de Chile y del puerto peruano del Callao por naves españolas. La lucha fué un duelo caballeresco en que sólo primó, de una y otra parte, el amor propio. España retardó el reconocimiento de la independencia de Chile, del Perú y del Ecuador hasta que el tiempo borró los malos recuerdos y la amistad entre las naciones americanas y la Madre Patria adquirió una solidez que nada ha de turbar.

En el siglo XX ha nacido una nueva nación americana: Panamá, y estuvo a punto de nacer otra república: Santa Cruz de la Sierra. Algunos estados sudamericanos no tienen una unidad histórica, geográfica y sociológica firme. El caso de Panamá, nacida a la vida independiente en 1903, es un ejemplo. Santa Cruz de la Sierra, rica región boliviana, con límites históricos y geográficos que la distinguen perfectamente del resto de Bolivia, proyectó varias veces su separación del gobierno del altiplano. Durante la guerra entre Paraguay y Bolivia formóse en Buenos Aires un comité de cruceños independientes que tuvo una intensa actuación y estuvo a punto de lograr la independencia política de su región. La paz firmada entre Paraguay y Bolivia aconsejó evitar nuevas complicaciones guerreras e internacionales y los trabajos de conspiración fueron suspendidos. Los intentos separatistas existen asimismo en otros países hispanoamericanos y han sido fomentados por empresas petroleras y gobiernos extranjeros. En la actualidad es difícil que revivan y logren ponerse en práctica. También es muy improbable que se produzcan las uniones de dos o más Estados. En Centro América existe un fuerte partido unionista que trabaja abiertamente por la Confederación de las Repúblicas Centroamericanas. Este partido trata de lograr lo que grandes patriotas no consiguieron en la primera mitad del siglo XIX. Sus fines son excelentes. Con la formación de una gran república centroamericana se suprimirían barreras inútiles, luchas políticas estériles, odios infundados, y se daría origen a una patria infinitamente más rica y poderosa con antecedentes históricos comunes. En Venezuela y Colombia existen soñadores que creen posible unir por segunda vez las dos naciones. No faltan quienes piensan en la conveniencia de agregar a esta Gran Colombia la república del Ecuador.

Alguna vez se habló de la posible unión de Haití y la Republicana Dominicana, mas aquí las dificultades son mayores. Chocan diferencias profundas de razas y de principios políticos. La historia divide y no une las dos fracciones de la isla. Muy improbable, por no decir imposible, es que pueda cumplirse en el futuro el sueño de algunos visionarios del Río de la Plata, que aspiran a la reconstrucción del antiguo Virreinato. La unión política, como Estados Unidos del Plata, de la Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia es de todo punto imposible en estos momentos. Nacionalismos agudos, intereses personales de políticos, temores y rivalidades de otras naciones, etcétera, no permiten ni siquiera pensar en este hermoso sueño. La unión ofrecería la más grandes ventajas económicas, sociales y políticas a todos sus habitantes. El comercio y las industrias se multiplicarían. La ausencia de barreras aduaneras permitiría un comercio infinitamente más amplio. Las guerras entre los Estados que formasen parte de la nueva nación desaparecerían automáticamente, para siempre, y los habitantes de esta república confederada disfrutarían de ventajas realmente excepcionales. Juan Carlos Gómez, en el Uruguay, a fines del siglo pasado, y otros políticos y escritores de ambas orillas del Plata han acariciado la posibilidad de unir en una sola nación a las actuales repúblicas de la Argentina y del Uruguay. Este partido fusionista existe actualmente, mas no realiza una propaganda abierta por la incomprensión general. En el Paraguay hubo, poco después de la guerra contra la Triple Alianza, un pequeño partido que consideró la posibilidad de unirse a la Argentina. El fuerte nacionalismo paraguayo rechazó indignado todos los proyectos. En Bolivia, en las regiones de Santa Cruz de la Sierra y en Tarija, no han faltado políticos que han deseado separarse de Bolivia y anexarse a la Argentina. En este acto veían la realización de viejos anhelos históricos y mayores ventajas económicas y comerciales. Los intentos han fracasado rotundamente.

Los partidos políticos desarrollan en la América Española una acción conocida y simple, de acuerdo con necesidades e ideologías a menudo antagónicas. En síntesis, hállanse frente a frente los partidos conservadores que defienden las situaciones e intereses capitalistas, las prerrogativas individuales de muchas personas, las tradiciones católicas y los sistemas de gobierno personales, de corte absolutistas, contrarios a las mayorías, al voto libre y secreto y a los derechos naturales del hombre, y los partidos liberales que tratan de alcanzar con sus beneficios y reformas una situación superior para las clases más pobres, proclaman la libertad de cultos, sustentan la igualdad para todas las personas, piden el voto libre y secreto y aspiran a la formación de gobiernos liberales, elegidos por las mayorías e inclinados a las democracias. Todos los partidos políticos de la América Hispana pueden encuadrarse dentro de una u otra de estas dos clasificaciones. Hay diferencias de grado en cada una de ellas, según los países y las tendencias personales de lo grupos directores. Los gobiernos de corte conservador son, por ejemplo, más religiosos en un país que en otro país, o más o menos proteccionistas, etcétera, según las tradiciones y las luchas locales .Lo mismo ocurre con los gobiernos liberales. En Algunas repúblicas se distinguen por su moderación, y en otras, por su extremismo. En general, donde existe un partido de tendencias agudas se levanta otro contrario con la misma agudeza. Los extremos no faltan cuando un partido comienza a dar el ejemplo de su intransigencia. Los países de gobiernos más conservadores, feudales en sus formas sociales, han visto muy pronto surgir ante ellos partidos de ideas liberales exaltadas, socialistas, comunistas y anarquistas. Las repúblicas que momentáneamente han tenido dictaduras clericales han fomentado, con su intolerancia religiosa, los ideales de libertad de cultos, de divorcio, y de anticatolicismo. Asimismo, todas las veces que un gobierno anticatólico ha tratado de suprimir órdenes religiosas y ha cortado las alas a la acción político social del clero, los elementos católicos han estrechado sus filas y han intensificado su acción. La lucha engendra lucha y crea antagonismo, incomprensión e intransigencia.

§ 15. *Los ideales antiamericanos*

Los ideales políticos extranjeros, contrarios a las tradiciones hispanoamericanas y americanas puras han penetrado profundamente en las capas sociales del Nuevo Mundo. El comunismo, el fascismo y el nazismo tienen sus partidarios entusiastas y exaltados. El socialismo disfruta de una notable antigüedad en América y, de ningún modo, debe ser confundido con el comunismo. Llegó a Estados Unidos al poco tiempo de haberlo defendido Carlos Marx y Federico Engels, hace un siglo, y halló grupos que lo acogieron y divulgaron. En la América Española se conoció un presocialismo romántico en tiempos de Rosas, en la Argentina; pero no se contó con un verdadero partido socialista hasta los primeros años del siglo XX. El comunismo se infiltró después de la revolución rusa de 1917 e hizo, en proporción, un camino muchísimo más rápido que el socialismo. Las doctrinas fascistas comenzaron con el año 1920, y las nazistas, después de 1932. Unas y otra prendieron pronto en las clases conservadoras y otras juventudes superficiales, con aspiraciones aristocráticas, pertenecientes a familias fracasadas, llena de rencores y vanidades. La esperanza de lograr por la fuerza las ventajas políticas y sociales que en otras formas jamás se alcanzarían, constituyó grupos nazifascistas que han desarrollado una acción anti-

nacionalista, antiamericana y contraria a las verdaderas tradiciones hispánicas. Estos nazistas han simpatizado con los métodos de gobierno imperantes en España, no por amor a España ni fe en la hispanidad, sino por odio a la democracia y a la libertad. Los llamado hispanófilos que reverencian la penetración nazista son los enemigos más grandes que tiene España. España no debe olvidar que es la cuna de los derechos fundamentales del hombre y de las libertades en la Edad Media y en los tiempos modernos y que América es ella misma que se rige autonómicamente e independientemente.

En la actualidad tanto la América inglesa como la América hispana no están ni con el comunismo ruso ni con los sistemas muertos nazifascistas. El comunismo no tiene ninguna raiz americana. El famoso comunismo incaico está probado que en realidad nunca fué comunismo. Nada puede justificar el comunismo en América, donde todos los habitantes son propietarios o tienen la esperanza y la posibilidad muy próxima de serlo. Las estadisticas pesimistas que hablan de miles de indios en la miseria, de enfermedades y desgracias innumerables, como bases de un hipotético comunismo, no penetran la verdadera realidad, que —en todos los casos— es por naturaleza contraria al comunismo y olvidan, sistemáticamente, la parte benéfica, rica, que hace de los paises del Nuevo Mundo auténticos paraísos donde triunfan los más capaces y donde cada habitante puede tener todo lo que desee con el solo esfuerzo de un trabajo honesto.

El capitalismo está en pleno auge, América es tierra de trabajo y de riqueza y sería un absurdo, un imposible, pretender que el libre triunfo estuviese limitado. El espíritu comunista se encuentra en ciertos gobiernos que se titulan nacionalistas y fingen proteger a los obreros. En esta protección —reducida a algunos aumentos de salarios, etcétera— hállase contenido la ruina del obrero, pues el ahogar las industrias, el comercio y la economia en general, con trabas de todo género, significa, tarde o temprano, la disminución del trabajo, el encarecimiento de la vida, la escasez de objetos de primera necesidad y, en una palabra, la miseria de la gente trabajadora. El trabajo no tiene derecho a todo lo que produce, como sostienen los marxistas, porque el trabajo es la ejecución de un pensamiento creador y organizador y es, por tanto, muy justo que este pensamiento tenga una retribución mayor que la del trabajo, pues éste es su simple obedecimiento. El trabajo nada vale por sí mismo. El hombre que trabaja sin un fin previsto por un pensamiento creador y organizador nada gana ni a nada llega. No es posible transformar, ni nivelar o igualar, las personalidades de todos los individuos que viven en el mundo o en determinada nación; pero sí crear un ambiente social en el cual todos

puedan desenvolverse dentro de la justicia y de sus capacidades y caracteres individuales. Hay un principio sagrado a todos los hombres que es el principio del derecho, y otro que representa su maldición, su esclavitud, y es el principio del absolutismo, o sea, de la iniquidad, que, en los tiempos modernos, ha encarnado en los regímenes de fuerza, tanto comunistas, como nazistas y fascistas. El espíritu de la Argentina, su voluntad nacional, es la libertad. Los hombres prominentes de la Argentina saben que los despotismos no tienen en cuenta ningún respeto a lo humano y personal, son el más grande enemigo de las naciones vecinas y la ruina interna del país que los permite. Todos los países tienen seres degenerados que encuentran razones prácticas y teóricas para defender lo que ellos llaman gobiernos fuertes, mano militar, dirección general, etcétera: hombres que encubren odios, desórdenes disimulados y, sobre todo, debilidad e injusticia. Estos seres, fracasados, rencorosos y despreciables, con alma de mujeres perdidas que aman a quien las golpea, son los mayores males que tienen los países americanos. Se les encuentra en todas las clases sociales. En las clases elevadas sueñan con aplastar a los obreros, y en las clases obreras acarician el instante en que podrán hundir a los ricos. Unos son antidemocráticos por la esperanza de destruir a las mayorías, y los otros son antidemocráticos por el odio que tienen a las minorías. Los impulsos de unos y de otros nacen en realidad del miedo. Los verdaderos liberales desprecian tanto a los primeros como a los segundos, pues saben que las desigualdades sólo dependen de la capacidad e incapacidad de cada cual, que la lucha de opiniones es necesaria como freno recíproco y que sin libertad no puede existir ni igualdad ni justicia ni enriquecimiento y bienestar de los que mejor saben trabajar, estudiar y progresar. Muchos teóricos han querido deducir que el trabajo es anterior al capital y que el capital es fruto del trabajo. Esto es cierto en apariencia; pero falso en justicia y en realidad. El capital no es fruto del trabajo, sino de la idea que hace trabajar. El capital está identificado con la idea, pues sin una idea el capital no tendría aplicación y muchos grandes capitalistas sólo lo son por haber tenido grandes ideas. El capital idea es, por tanto, anterior al trabajo y el trabajo es inferior al capital. Las afirmaciones contrarias se basan en un desconocimiento de la evolución o iniciativa-capital-trabajo y en el deseo, de una época y de unos políticos, de adular a las clases trabajadoras. Marx, en Europa, y Lincoln, en Estados Unidos, que repitió sentimentalmente sus conclusiones, han estado muy equivocados. Ni uno ni otro supieron lo que era trabajo y lo que era capital. Hoy en día, *El Capital* debe ser leido como curiosidad científica, no como consejo ni norma. Se descubre en el acto que Carlos Marx es un teórico y, más que un teórico, un ingenuo.

Marx no ha sabido jamás lo que es una industria en la práctica ni un comercio abierto al público ni su cultura asimiló la historia del comercio y de la economía. El mismo Marx llegó a reconocer que sin la acumulación de capitales —hoy sociedades anónimas— el mundo carecería de ferrocarriles. Su dirección equivocada en la interpretación del futuro económico llegó a hacerle sostener absurdos como éste: "El sistema de producción, y de acumulación capitalistas implica el aniquilamiento de la propiedad privada fundada en el trabajo personal". Un siglo intenso de producción y de acumulación capitalista ha demostrado, en todo el mundo, que la propiedad privada, fundada en el trabajo personal, lejos de aniquilarse, se ha multiplicado enormemente: todo al revés de lo sostenido por Marx en su teoría.

Los defensores científicos de la libertad no aceptan en toda su evolución el socialismo de Estado imaginado por Marx por creer que tiende al monopolio, dirección y esclavitud de todas las actividades del hombre, en una palabra: el más puro totalitarismo. Las doctrinas de Marx, como es sabido, han dado origen al socialismo y al comunismo. En contra de esta marcha, de las teorías marxistas, que la humanidad sigue a pasos agigantados, sólo pueden oponerse dos fuerzas: la del anarquismo, casi inexistente, y la de la democracia hispano-angloamericana, con su régimen de libertad económica, política y religiosa. Esta democracia puede subsistir mientras subsista el estado económico y sociólogo actual. Si desapareciese triunfarían los totalitarismos con su esclavitud más aguda. Se precisa ser loco para no comprender estos hechos y estas verdades. El comunismo y, en general, todos los totalitarismos, suprimen los individualismos. Los regímenes cooperativistas y mutualistas desarrollan el valor del individualismo con la división y colaboración del trabajo. El error más grande de los hombres es sacrificar la libertad a la seguridad, pues no puede haber seguridad donde no hay libertad. Ahora bien: la libertad no existe en un país si no se halla en el corazón de cada ciudadano. En otros términos: un país no es libre si cada ciudadano no lo es. En la libertad de los hombres está la base de todos sus actos, de sus pensamientos y de la historia. En los Estados totalitarios los hombres se igualan a los objetos y a los animales. Los gobiernos muy difícilmente pueden influir sobre las conciencias de los ciudadanos. Todas las grandes reformas han surgido de los oprimidos. Emerson sostenía que la historia no la constituyen los gobiernos, sino los hombres,el pueblo. Los gobiernos no hacen descubrimientos, obras de arte, etcétera. Son siempre los talentos individuales quienes crean todo lo que constituye la historia. Estas concepciones, fundamentalmente históricas, son las que crearon, a los pocos años

de la independencia de Estados Unidos, las doctrinas del anarquismo científico.

El anarquismo o liberalismo individualista no nació en Rusia, como supone mucha gente ignorante: nació en Estados Unidos con Josiah Warren. Este publicó en Cincinnati, en 1833, el primer periódico anarquista del mundo. Las fuentes del anarquismo son las críticas profundas que Paine y Jefferson hicieron a los gobiernos. La escuela anárquica está sostenida por autores americanos del siglo XIX. Los europeos fueron sus repetidores. El único europeo que influyó sobre algunos americanos, como Tucker, fué Stirner. Algo también inbluyó Proudhon. La resistencia al despotismo de los anarquistas se basa en las frases que escribió Jefferson en la *Declaración de la Independencia de Estados Unidos*. Los anarquistas piensan que el libre acuerdo entre los hombres y la ilustración de todos ellos pueden llegar a suprimir la autoridad. El anarquismo es el enemigo más poderoso del socialismo y, en especial, del comunismo y del nazismo. Son interesantes los estudios de Thoreau, *Acerca del deber de la desobediencia civil*, escritos en Estados Unidos, en 1846-1843, poco después de la guera con México. El anarquismo sostiene que la Iglesia Católica ordena, oficialmente, a sus fieles obedecer los poderes constituídos, aunque sean injustos y abusen de su fuerza, porque Dios es el origen de la autoridad y la soberanía deriva de él. La Iglesia no justifica ni aconseja los levantamientos contra la autoridad. En cambio, la *Declaración de la Independencia de Estados Unidos* reconoce la legalidad de las revoluciones cuando están destinadas a derribar malos gobiernos. El derecho a la revolución sólo existe en otros países *a posteriori*, para quienes triunfan en su movimiento. En cuanto al comunismo ataca la libertad porque impide el libre desarrollo de las facultades de cada persona. Todos los seres humanos son libres de aprovecharse del fruto de su trabajo. Limitar el trabajo o el resultado de ese trabajo es cortar una de las libertades más fundamentales. El privilegio de gobernar que se apropian unos pocos es, para el anarquista, una acción criminal si produce daños al pueblo, le origina miserias o lo conduce a la guerra. El acto más patriótico de esos gobernantes inconscientes es el de renunciar, abandonar sus puestos a gobiernos legales, pero estos actos, que honrarían su memoria, rara vez se producen. Muchos se creen conducidos por la opinión pública y no recuerdan que la opinión pública está formada, generalmente, por prejuicios, falsedades, traiciones y mentiras que, en secreto, poca gente comparte. La tiranía de las costumbres sólo fomenta hipocresía. Por otra parte, no todas las leyes tienen un espíritu viviente. El espíritu de algunas leyes ha muerto hace largo tiempo. No obstante, ciertos sistemas, como el anarquismo, aunque bien fundados

en su teoría, fallan por la extensión que se quiere dar a principios espirituales. La supresión del patrón oro, por ejemplo, y la teoría de basar el valor del papel moneda, no en oro, sino en productos, fué propuesta por Marx y, sobre todo por Proudhon, y los norteamericanos Greene y Warren en la primera mitad del siglo XIX; pero no ha prosperado y es muy difícil que prospere de un modo general. Fácil es decir que hay que arrojar lejos las tradiciones muertas y los dogmas rígidos. La misma revolución francesa, como todas las revoluciones, no fué decisiva y no pudo preparar las generaciones venideras. No creó una orden revolucionaria que hiciese frente a las innumerables órdenes religiosas y conservadoras que perpetúan fanáticamente los errores e injusticias de la sociedad. En Italia, el fascismo convenció a muchos espíritus y los llevó al fanatismo, pero, al mismo tiempo, levantó la oposición, tanto abierta como callada, de muchísimos otros. No es posible hacer el balance, ni antes ni después del desastre de Mussolini, por razones fáciles de comprender. El mundo está lleno de pensamientos monárquicos. Los gobiernos conservadores los perpetúan aún bajo disfraces republicanos. Los principios de la jefatura, las afirmaciones de que el mundo necesita jefes y no elecciones, son traiciones a la Patria cuando la Patria dice que se rige repúblicamente. Una sociedad perfecta debe asegurar tanto el orden como la libertad. El individualismo no puede existir en ningún pueblo si no une, al mismo tiempo, a los individuos entre sí, y las uniones no deben negar, en ningún caso, los derechos individuales. El anarquismo puede ser, a lo sumo, una escuela filosófica. En ningún momento debe llegar a la vida social y, menos, política.

§ 16. *América y las guerras mundiales*

La primera guerra mundial, de 1914 a 1918, envolvió por primera vez a América en un conflicto en el cual se ventilaban problemas aparentemente extraños al suelo americano. La guerra parecía tener fines locales. Francia reivindicaba la Alsacia y la Lorena; Italia, Trento y Triste; Inglaterra parecía defender a Bélgica; Rusia, a sus aliados atacados por Austria. Las causas son más remotas y se hallan en el sueño imperial alemán convertido en crisis por Guillermo II. Conforme a su tradición militar, Alemania venció a los países débiles que la circundan y se estrelló contra la resistencia francesa. La actitud de Italia, que no siguió a su aliada Alemania en su gran ataque a la latinidad, salvó la primera parte de la guerra. El Marne fué ganado por Francia por haber podido retirar sus fuerzas de la frontera italiana. Italia se comportó noblemente y las naciones del mundo no deben olvidar su amistad y el entusiasmo con que combatió al lado de Francia e Inglaterra.

En cuanto al triunfo, fué decidido, incuestionablemente, por Estados Unidos. Sus aportes de hombres, armas y dinero dieron la victoria a los aliados. La entrada en la guerra de Estados Unidos decidió a otros países americanos a seguir su ejemplo. La Argentina se mantuvo neutral por decisión del Presidente Hipólito Irigoyen. La neutralidad argentina estuvo justificada. Ni su territorio ni sus ideales habían sido atacados. No existían causas de ninguna especie para declarar la guerra a Alemania. Estados Unidos, en cambio, tenía en juego intereses vitales para su comercio, su industria y su seguridad internacional. El pueblo argentino, en su gran mayoría, estuvo al lado de Italia, Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Los alemanófilos fueron la minoría y el embajador alemán fué expulsado por el Presidente Irigoyen por haber faltado el respeto al ministro argentino de relaciones exteriores.

La segunda guerra mundial, iniciada en septiembre de 1939 con el bombardeo alemán de Varsovia, tiene un carácter muy diferente al de la primera conflagración. Los defensores de Alemania explican que la guerra fué inevitable para Alemania por la competencia comercial de Inglaterra y Estados Unidos, y los partidarios de Mussolini afirman que Italia se hallaba encerrada en el Mediterráneo y que su vida política, económica y colonial cada día se sentía más ahogada. Unos y otros se refieren, también, al tratado de Versalles y sostienen que fué demasiado duro, que fué inspirado por el odio, que no dejó posibilidades de resurgimiento, que era preciso borrarlo y escribir en él otras palabras. La verdad es muy diferente. El tratado de Versalles fué violado y pasó pronto a ser letra muerta. Alemania e Italia no se hallaban ahogadas por ninguna presión. La competencia comercial estaba a favor de Alemania y de Italia que tenían en sus manos gran parte del comercio del mundo con innúmeras simpatías. Las causas de la actual guerra fueron ideológicas, filosóficas y políticas. La guerra fué preparada lentamente, con años de cuidadosa organización, por Alemania y por Italia. Alemania montó fábricas que trabajaban día y noche y formó un ejército adiestradísimo. Italia organizó su marina y su aviación únicamente con fines guerreros, aseguró sus posiciones en el Oriente del Mediterráneo, conquistó Albania y Etiopía, en agresiones que indignaron al mundo por su arbitrariedad y empezó a clamar por Niza, Túnez y Córcega. Hitler y Mussolini estaban convencidos que ni Francia ni Inglaterra se hallaban en condiciones de oponerse a sus planes de expansión violenta e injusta, basada en la prepotencia y en la fuerza. A uno y a otro los inspiraba una nueva filosofía de la vida, de la justicia y de la historia. Esa filosofía nazifascista enseñaba que los pueblos débiles, incapaces de defender sus territorios, no merecían conservarlos. La fuerza era la justicia. Países escasamente poblados no tenían de-

recho a poseer enormes extensiones de tierra. Alemania debía substituir a Inglaterra, e Italia a Francia. El Japón tenía el mandato del destino de dominar en Oriente. Estados Unidos debía disminuir sus producciones para que Alemania e Italia pudiesen extender las suyas sobre el mundo. Las colonias francoinglesas debían ser distribuídas entre Alemania e Italia. Además debían primar leyes raciales: los judíos debían ser perseguidos sobre toda la tierra. Era lícito expulsarlos, confiscarles sus bienes y matarlos sin compasión. Las repúblicas pordioseras de la América Española debían ser dominadas por elementos adictos al nazifascismo.

Estos fines políticos buscaron una propaganda histórica sobre la cual basarse. Todos los países que tuvieron la vergüenza de poseer dictadores contaron con grupos de estudiosos encargados de enaltecer esos dictadores y denigrar a los hombres de espíritu liberal. La historia de las naciones americanas fué tergiversada, falsificada y envilecida. En la Argentina grupos nazifascistas de jóvenes traidores a los ideales nacionalistas se dedicaron a enaltecer la figura siniestra de Rosas y a decir que el país necesitaba un segundo Rosas que pusiera las cosas en orden. Estos jóvenes traidores, aconsejados, a menudo, por viejos fracasados y resentidos, llegaron a contar con órganos propios y propaganda en los cuales insultaron a los más grandes personajes de la historia argentina y a los escritores más ilustres de ideas liberales. También formaron centros destinados a fomentar los ideales antiargentinos, extranjerizantes, y para disfrazar sus verdaderos propósitos los llamaron "nacionalistas". Los gobiernos militares de los generales Ramírez y Farrell disolvieron estos centros pseudo nacionalistas y prohibieron la aparición de los diarios oficiales nazista y fascista y del pasquín antiargentino *El Pampero*, pagado por la embajada alemana para insultar a los próceres.

La Argentina, siguiendo su vieja política de neutralidad, no declaró la guerra a Alemania. Tampoco la declararon Uruguay, Chile y otros países del Nuevo Mundo; pero todos rompieron sus relaciones con Alemania y Japón por haber comprobado que ambos países traicionaban la hospitalidad que se les daba para dedicarse al más intenso espionaje.

En 1945, poco antes del derrumbe alemán, toda América se halló unida en un mismo estado de guerra.

El día que los alemanes entraron en París nosotros dijimos y escribimos:

"Hoy Alemania ha perdido la guerra". Mucha gente nos oyó y sonrió. Otros comentaron que estábamos locos. Los locos fueron todos aquellos que creyeron, un instante, en el triunfo alemán. Fueron, a más de locos, ignorantes. Porque el triunfo de Alemania sobre Europa o sobre el mundo sólo puede caber en cabezas alemanas, es decir, utópicas, y en cabezas ignorantes o perversas. Es preciso, en efecto, ignorar de un modo triste y lastimoso qué es Europa, qué fué su pasado, qué es su presente y qué puede y debe ser su futuro para concebir que, por medio de la fuerza, una nación europea pueda dominar a todas las otras. El día que los alemanes entraron en París el mundo se puso de pie. Si Alemania, con un talento diplomático que jamás tuvo ni tendrá, se hubiese detenido a las puertas de París, pudiendo muy bien entrar en él, y hubiese tratado la paz, hoy Alemania sería la segunda o tercera nación del mundo, después de los Estados Unidos y, probablemente, de Gran Bretaña. Pero Alemania, confiada en su fuerza entró en París y, como es lógico, perdió la guerra.

La conquista de París sirvió a los hombres sensatos para conocer a quienes eran perversos y mentalmente extraviados. Eran todos aquellos que afirmaban que Alemania ya había ganado la guerra, que Gran Bretaña resistiría tan sólo unos días o semanas y que Estados Unidos jamán entraría en la contienda y, en caso de entrar, no podría preparar en unos meses un ejército capaz de desembarcar en Europa y rechazar a los alemanes hasta París. Lindberg, por ejemplo, fué uno de estos profetas. ¡Pobres infelices los extraviados, ignorantes y torpes que pensaban y hablaban en esta forma! Ignoraban las reservas espirituales de la humanidad entera; ignoraban la fuerza, la capacidad y la constancia del pueblo inglés; ignoraban todo de lo que son capaces los Estados Unidos; ignoraban, con el ejemplo de la historia humana, que los ejércitos disciplinados a la prusiana sólo sirven para perder las guerras, y que los ejércitos que triunfan son aquellos que se improvisan, que están mandados por generales que ayer fueron oficinistas o tenderos, y que la guerra no la hacen los generales, sino los pueblos. Con este cúmulo inmenso de ignorancia, con esta incomprensión de los problemas reales, humanos, históricos y modernos, no debe sorprender que condenemos, sin ningún respeto, a quienes han dado mue tra de tanto orgullo y de tanta incapacidad. Porque es necesario confesar, reconocer humildemente, que quienes aseguraron un triunfo alemán, una derrota de Gran Bretaña y un alejamiento o fracaso rotundo de los Estados Unidos no han podido caer en errores más monstruosos. Hombres aferrados a principios, tradiciones y enseñanzas vetustas, mil veces caídas en el vacío y en el ridículo, pretendieron, una vez más, imponer en teoría y en la práctica sus convicciones, su creencia tantas veces deshecha de que la fuerza puede dominar el espíritu, de que Alemania es capaz de extenderse sobre toda Europa, de que un general, para ser buen general, debe ser nieto de generales, de que América no tiene significación en el mundo y de que la Unión es un inmenso *bluff*. Todo esto hemos tenido que escuchar, con educación y paciencia, a señores con ai-

res de pontífices, que exponían sus razones con la suficiencia de quien perdona la vida ¿Qué dicen, ahora, esos pobres ilusos? Su error y su ignorancia, desafortunadamente, tienen raíces más hondas. El creyente en el militarismo alemán, el que niega las democracias, el que desprecia a toda América y el que sostiene que América no es, en su espíritu, una sola América, no es un simple ignorante, que sin duda sabe leer y escribir, pero que no sabe pensar ni tiene un pensamiento histórico. Es algo más y algo peor: es el eslabón de una cadena que amenaza aprisionar el mundo y su cultura en la más espantosa de las monstruosidades. En la monstruosidad de suprimir al hombre su cerebro y transformarlo en un ser sin alma y sin razonamiento: no por carecer de un alma y de un cerebro, sino por tenerlos aterrorizados y encadenados. Este es el mal que espera al hombre si algún día llegará a triunfar el principio despótico del pangermanismo, de la antilibertad y de la antidemocracia.

La fe en los ideales germánicos, el desprecio a toda América, el culto a las armas como instrumentos de opresión y de absolutismo, son las expresiones populares, exteriores, de una filosofía de origen oriental y calvinista, anticristiana y antihumana, que se fundamenta en el despotismo oriental, en el principio de los elegidos, expuesto por Calvino, en el prusianismo esclavizador y en la negación de todas las conquistas espirituales que hizo la humanidad desde la filosofía griega, la doctrina de Cristo, las enseñanzas de los Padres de la Iglesia, el parlamentarismo hispano-europeo de la Edad Media y los triunfos de la independencia de América.

Quienes defienden la causa del absolutismo, de la antilibertad y de la antidemocracia son los seres más peligrosos que tiene hoy en día la humanidad. Es por su culpa que el mundo se halla dividido en dos grandes bandos que ya no saben de fronteras terrestres, sino de fronteras espirituales; que luchan, no por un trozo de tierra, sino por la imposición de un principio espiritual. Estos principios son las reglas que han de regir la marcha del mundo en el presente y en el futuro. Estos principios hoy dividen a todos los hombres en liberales y antiliberales. La lucha ya no tiene términos medios. Es una lucha a muerte. Hitler y Mussolini ni cuentan con una pulgada de tierra en el planeta en donde refugiarse. Tendrán que suicidarse o serán destrozados por sus mismos partidarios, enloquecidos de desesperación al comprobar su espantoso fracaso. Esta lucha está dirigida por Cristo, al frente de la libertad del hombre, y por el Anticristo, al frente de la antilibertad. El triunfo ya estaba predestinado desde el comienzo de los siglos. Por ello quienes creímos, desde el primer instante de esta guerra, en la derrota de los partidarios del despotismo, no hemos hecho nada extraordinario, no tuvimos ninguna inspiración original, no contamos con

ningún informe secreto. Fuimos y somos, simplemente, estudiosos del hombre y de la historia. Fuimos lógicos, sensatos, humanos; no fuimos, como los otros, perversos, ignorantes o locos —más espantosamente locos que cualquier enfermo recluido en un manicomio—. Nosotros defendemos el hombre, por ser hombre, y su pensamiento. El hombre tiene que ser, forzosamente, libre si es que quiere ser hombre y no un animal, y el pensamiento tiene que nacer de la libertad y vivir en ella si quiere ser pensamiento y no instinto, también animal. Por ello todas las doctrinas que pretenden imponer dogmas, creencias absolutas que no se basen en la libertad, son antihumanas y están destinadas al más horrendo de los fracasos. Sostenerlas es el delito más grande y espantoso que puede cometerse en el mundo y en la humanidad, y combatirlas, por el triunfo de la libertad, es la acción más noble, más santa y sublime que puede realizar el hombre sobre la tierra.

§ 17. *Las reservas de la historia*

La historia tiene reservas, buenas y malas, que se adormecen y despiertan, por períodos, y lo mismo llenan el mundo de felicidad que lo encienden de horrores. Estas reservas han vivido a saltos, unas veces, y paralelas, otras veces.

Todas se hallan en el pasado, en los ideales políticos más antiguos del mundo, que se van enriqueciendo, multiplicando y desenvolviendo a lo largo de los siglos. La historia de América tiene sus raíces en los ideales de Europa. Los idiomas no distinguen las ideas. El pensamiento liberal de Gran Bretaña tiene infinitos puntos de contacto con el pensamiento liberal de España. Hay principios comunes, una base de amor a la libertad, a la justicia y al derecho que une a pueblos diversos en el pasado y que explica maravillosamente sus alianzas políticas y militares en los tiempos presentes. En lo que se refiere a la historia política de nuestra América Española, en general, todas nuestras acciones y reacciones son de puro origen hispano. Ésta afirmación, tantas veces sostenida y tantas veces negada por patriotas y antipatriotas, podría demostrarse con un paralelo de la historia de la Península española y de la América Española. Este paralelo pondría frente a frente, en los mismos años, hechos idénticos ocurridos, por causas semejantes o, mejor dicho, una misma causa, a ambos lados del Océano. Un ejemplo: en la historia de América Hispana, muchísimas veces se ha hablado de las revoluciones ocurridas en sus ciudades en la época colonial y se ha fantaseado sobre ellas enormemente. Se ha dicho, sin ningún fundamento, que esas rebeliones tenían fines separatistas, que iban en contra del rey, que revelaban el espíritu de independencia de los americanos, etcétera, hasta

que se fué demostrando, sobre la base de los archivos, que sólo eran actos de protesta contra algún impuesto o medida económica antipopular. No hubo, pues, en las rebeliones americanas un espíritu separatista, como superficialmente se ha afirmado. Y este hecho puede confirmarse con la comprobación de que en España ocurrían idénticos sucesos. Es decir: las medidas gubernamentales que desagradaban al pueblo de la Península desagradaban al pueblo del Continente. No había diferencias entre los intereses de uno y otro lado del Océano. En 1717, por ejemplo, hubo un movimiento en Bilbao contra el gobierno central de Madrid, que pretendía abrir aduanas en Bilbao, Irún y San Sebastián. En 1719, con este motivo, Felipe V dispuso que se examinasen los títulos históricos y jurídicos en que los vascos fundaban sus libertades. Venimos a comprender que la historia de América tiene una unión espiritual con la historia del País Vasco. El hecho es fácil de explicar: los vascos vivían de acuerdo con libertades antiquísimas, tradicionales, siempre reconocidas por los reyes españoles, que les permitían gobernarse de acuerdo con los más puros principios de libertad. Este espíritu vasco de libertad es el que se encuentra en las ciudades del Nuevo Mundo que protestan por impuestos que juzgan contra derecho o excesivos. El espíritu de rebelión aparece a un mismo tiempo en las Provincias Vascas y en España. En 1601, los vizcaínos hicieron saber a Felipe II que si no respetaba sus fueros "quedaban obligados a buscar quien nos ampare y trate bien". Es una amenaza de separación e independencia política que no llega a tal extremo de gravedad en el Nuevo Mundo. En 1632, Vizcaya estuvo a punto de sapararse de Felipe IV por el estanco de la sal que quiso imponer este rey y amenazó con llamar en su ayuda a Flandes, Francia e Inglaterra. En 1640, Cataluña y Portugal intentaron separarse de España. En 1641 el duque de Medinasidonia, Gaspar Alonso Pérez de Guzmán, gobernador de Andalucía, quiso independizar esta provincia. En el mismo año, el 25 de enero, los catalanes, unidos a los franceses, vencieron a los españoles en Monjuich. No debe sorprender, por tanto, que Guipuzcoa, en 1714, se declarase independiente y en 1719 obedeciese al rey de Francia con la condición de que respetase sus fueros.

Las modernas corrientes históricas llevan a estudiar estos hechos españoles y vascos para comprender hechos paralelos del Nuevo Mundo. J. de Aralar, en *Los adversarios de la libertad vasca*, da el origen euskérico del lema "se obedece y no se cumple", que tanto se usó en América cuando había que obedecer y, al mismo tiempo, violar órdenes reales. El Fuero Viejo de Vizcaya, codificado en 1452 y jurado por los Reyes Católicos, establece que "cualquier carta que el Señor de Vizcaya diere contra Fuero de Vizcaya, que sea obedecida y no cumplida". He aquí la fuente,

única y verdadera, de un lema que se creyó propio de la América Española. El rey no podía levantarse contra las leyes vascas: es decir: el derecho divino de los reyes no debía primar sobre los derechos naturales del hombre. Estos principios se desarrollaron autonómicamente en el Nuevo Mundo. Hoy son reservas, de antiguo origen medieval vasco, que, lejos de decaer, están más vivas que nunca.

Muchas veces hemos dicho y demostrado que la libertad con sus plenos sentidos nos vino de España. Nuestra libertad es española en todas sus formas. España fué la patria de la libertad y de ella salió para todas las tierras que conquistaron y civilizaron sus hombres. No sólo las libertades políticas, jurídicas y sociales llegaron de España. También las libertades religiosas salieron de su seno. El país donde más fuertemente prendió el liberalismo fué España. La nación que más veces expulsó a los jesuitas fué España. Es, asimismo, en España donde hubo menos herejías; pero este hecho, lejos de demostrar la solidez de su religión, sirve para probar la sensatez, en materia de fe, de sus habitantes. O catolicismo lleno, sin vacilaciones, o liberalismo absoluto, también sin vacilaciones. Por ello han existido en España bandos tan opuestos y tan violentos en cuestiones religiosas. El reverso de la fe fué siempre el escepticismo más agudo, y este escepticismo es el que con tanta frecuencia han mostrado conquistadores del Nuevo Mundo, gobernadores y otras autoridades. Las luchas entre el poder civil y el eclesiástico, en América, han sido el resultado de dos competencias frente a frente: pero, también, de dos concepciones opuestas. Hubo gobernadores escépticos e impíos en grado sumo y hubo Cabildos, como el de Buenos Aires, en el siglo XVIII, que clamaron contra la corrupción de las órdenes religiosas en una forma que causa estupor.

Estudios modernos, de un especialista en temas euskéricos, J. de Aralar, en *Los adversarios de la libertad vasca* (Buenos Aires, 1942) han recordado que en el primer cuarto del siglo XIX estuvo a punto de llegar de España una doctrina político-religiosa nueva y herética, que daba al Estado un mayor dominio sobre la Iglesia y disminuía, grandemente, el poder del Papa. Fué el autor de estas doctrinas Juan Antonio Llorente, sacerdote riojano, autor, entre otras obras de la *Historia crítica de la Inquisición de España*. Llorente combatió las libertades vascas para unir el Estado español y atacó en sus raíces el fanatismo religioso. Su discurso sobre una *Constitución religiosa considerada como parte de la civil nacional*, que él presentó como escrita por *un americano*, apareció en París en 1819 y causó consternación por sus novedades y sus fundamentos. En la Argentina la refutó el deán Gregorio Funes en 1825, en su *Examen crítico de los Discursos sobre una Constitu-*

ción religiosa considerada como parte de la civil. Funes afirmó que los trabajos de Llorente no tenían otro fin "que arrojar entre nosotros la manzana de la discordia, y despertando el espíritu de la duda robarnos el depósito sagrado de nuestra verdadera religión". Nos encontramos, aquí, con un caso bien curioso. El español, que nunca estuvo en América, es un reformador religioso, un liberal que, a pesar de vestir ropas sacerdotales, lucha para aumentar el poder del Estado y disminuir el de Roma. El argentino, en cambio, había vivido en España de 1775 a 1779, había colaborado con Rivadavia en la reforma eclesiástica, tan combatida en su tiempo y hoy en día por los historiadores sectarios, y tenía ideas nacionalistas muy vagas, al punto que se llamaba colombiano y representaba los intereses de Sucre; pero no admitía que se tocase en lo más mínimo la fe católica y la autoridad romana. Las proposiciones de Llorente eran en verdad mortales para el poder de la Iglesia. Negaba el primado jurisdiccional de San Pedro y demás pontífices en cuestiones de fe, moral, disciplina y régimen, entregándolas a la autoridad ejecutiva; expresaba que las resoluciones de la Iglesia en concilios ecuménicos no tenían ningún valor sin el consentimiento del poder del Estado; sostenía que no había que aceptar los principios controvertidos entre cristianos (católicos, protestantes, etcétera) y que las decisiones de los concilios estaban por debajo de las hechas por los apóstoles; aconsejaba a los americanos obedecer únicamente los artículos de fe, preceptos morales, y las reglas de disciplina y gobierno exterior que hubiesen sido escritos en los dos primeros siglos de la era cristiana; enseñaba que no era necesario obedecer los mandamientos de oír misa los domingos y no trabajar en días festivos, confesarse, comulgar, ayunar y abstenerse de carnes, porque estos preceptos no constan en las decisiones de los apóstoles; aseguraba que ni los obispos ni los párrocos debían intervenir en impedimentos matrimoniales, pues se trataba de asuntos pertenecientes a la potestad secular, y aconsejaba otras libertades en cuestiones de divorcio, votos religiosos, etcétera.

Llorente fué combatido con dureza por los censores eclesiásticos, por buenos católicos y, en la Argentina, por el deán Funes. La *Constitución religiosa considerada como parte de la civil nacional* no prosperó, pues, en las tierras de América. El hecho tiene un significado más hondo del que a primera vista parece. En primer término demuestra que el liberalismo religioso y herético fué más agudo en España que en América, que fué propuesto por españoles a los americanos y que los americanos se mostraron más conservadores y fieles a la Iglesia Católica que los españoles. Y en segundo término nos recuerda que este liberalismo no es precisamente liberalismo, sino ardiente deseo de pureza religiosa, de retornar al cristianismo a sus orígenes apostólicos y colocar al Esta-

do sobre la Iglesia, de acuerdo —esto es lo importante— con las más antiguas tradiciones españolas.

Llorente no fué un innovador, no fué un hereje aislado ni se atrevió a proponer modificaciones tan audaces, tan protestantes en apariencia, a las naciones de América por iniciativa propia, sino porque en ellas devolvía a España y América la antigua disciplina eclesiástica de los concilios de Toledo, la verdadera tradición española alterada y modificada, insensiblemente, por influencias extranjeras. Era una vuelta a la doctrina canónica españolista que los liberales españoles, excelentes nacionalistas, quisieron imponer en agosto de 1799. En este año el primer ministro de Urquijo pidió al Papa Pío VI el restablecimiento de la antigua disciplina eclesiástica española. El Papa no accedió; mas al morir, al poco tiempo, un real decreto del 5 de septiembre de 1799 restableció en España y en América la antigua disciplina en todo lo relativo a las atribuciones episcopales, mientras no se eligiese un nuevo Papa. J. de Aralar traza muy bien la historia de estos hechos. Unos veinte prelados españoles aprobaron el real decreto de Carlos IV del 5 de septiembre de 1799 y en septiembre de 1800 el ministro Urquijo volvió a insistir ante el sucesor de Pío VI, el Papa Pío VII, quien se rehusó terminantemente. Llorente intensificó su nacionalismo religioso de 1799 a 1822, y llegó a proponer que en las ordenaciones de obispos se prescindiese de las bulas pontificias. Llorente, como muy bien explica Aralar, llegó a sobrepujar en sus aspiraciones nacionalistas al clero galicano de 1681 y se declaró partidario de las resoluciones del comité eclesiástico francés que el 12 de junio de 1790 aprobó la constitución civil del clero francés. Los liberales de Francia y de España eran los más ardientes nacionalistas, no sólo en cuestiones civiles, políticas y sociales, sino religiosas. A su entender la jurisdicción papal debía ser suprimida por completo. Todos los asuntos eclesiásticos debían estar sometidos al poder civil. Los Reyes Católicos habían sostenido en muchos puntos esta doctrina. El Patronato fué un gran paso en este sentido. Pero los católicos antinacionalistas, así como el deán Funes, que se caracterizó por su falta de sentido argentinista, se declararon contrarios a los proyectos y resoluciones de los sacerdotes y civiles partidarios del nacionalismo religioso y Roma siguió imperando, en cuestiones de fé, sobre España y sobre América.

Las Cortes generales de España, inauguradas en junio de 1819 con diputados de todas las provincias de la Península y del Nuevo Mundo, se convocaron gracias a los esfuerzos de Jovellanos, el talentoso liberal asturiano que sufrió un encierro, en la cartuja de Valdemuza, en Palma de Mallorca (1808) por odio del Príncipe de la Paz y Carlos IV. El más grande enemigo que tuvieron las Cortes, por su liberalismo, fué el absolutista mexicano Miguel de

Lardizábal. Es un hecho más, elocuentísimo, que demuestra cómo los liberales, partidarios de la igualdad jurídica y política, aun a costa de destruir las nobles y viejas libertades vascas, se hallaban lo mismo en España que en América, y más y primero en la Península que en el Continente, y cómo los enemigos de las Cortes y del liberalismo se encontraban tanto a uno como a otro lado del Océano. En una palabra: la historia de España es la historia de América y la historia de América es la historia de España. El espíritu liberal y el espíritu absolutista han vivido en forma paralela en todo el antiguo imperio español. El espíritu liberal es el más genuino, el puramente español, que ha animado la historia de América, y junto a él ha existido, también, el espíritu antiliberal, antiespañol, de origen oriental, calvinista y francés, causante de todos los choques, de todas las guerras civiles y de todas las revoluciones anticonstitucionales. Estos dos espíritus, en pugna constante, son las reservas espirituales de la historia de España y de la historia de América. Su lucha por superarse, recíprocamente, es la historia de Hispanoamérica. Esta lucha, por culpa de los métodos despóticos, ha adquirido —todas las veces que se ha producido— caracteres espantosamente violentos. En España las insurrecciones militares han sido incontables. En muchos países de América son muy raros los gobernantes que han podido terminar sus períodos de gobierno. En algunas provincias americanas, por ejemplo, en la provincia argentina de San Juan, los gobernadores han sido expulsados, asesinados o depuestos, casi sin excepciones. Laureano Vallenilla Lanz recuerda que en Bolivia, en setenta y tres años, sólo un gobernante logró cumplir su período tranquilamente. El asesinato, en Bolivia y en México, fué el medio normal para alcanzar el poder. En Bolivia, "Blanco muere asesinado a estocadas en un convento; Belzú es asesinado por Melgarejo, en el palacio de La Paz; Melgarejo es asesinado por uno de sus favoritos, en Lima; Morales es asesinado por su sobrino; Daza es asesinado por un piquete, al pisar el territorio patrio; Córdoba es asesinado en el Loreto de La Paz..." (Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo*, Barcelona, 1909). En los años que van de este siglo las revoluciones y los asesinatos no se han interrumpido. Podemos agregar el ejemplo del Paraguay, del Ecuador y otros países. Venezuela soportó a un tirano que sucedió a otros tiranos y ahora ha vuelto, con la influencia norteamericana, a la normalidad de los países civilizados. Lo mismo ha ocurrido en Centro América, donde los pueblos, con una dosis mayor de cultura, se van librando de sus tiranuelos. En la Argentina costó, exactamente, cuatrocientos años de colonia e independencia conseguir el voto libre, secreto y obligatorio: desde el 1516, en que se descubrió el Río de la Plata, hasta el 1916, en que se votó a Hipólito Irigoyen como Presidente de la República.

Irigoyen cayó, en su segunda presidencia, por una reacción de los conservadores más o menos absolutistas y por haberse convertido, él mismo, en un caudillo. Después de Irigoyen ha vuelto la lucha entre absolutistas y liberales, disfrazados, unos y otros, bajo nombres de partidos improvisados. Elementos sectarios han intentado una dictadura clerical que, por fortuna, ha desengañado a sus últimos simpatizantes. Los partidarios de un militarismo anacrónico y germanófilo están evolucionando hacia la normalidad constitucional. El constitucionalismo es, en la Argentina y en el resto de América, el fruto del más puro liberalismo, de todas sus luchas y de todas sus victorias; del hundimiento de los ideales antiespañoles y antiamericanos; en una palabra: de la historia positiva de cada patria, de cada nacionalismo, de cada tradicionalismo y de cada esperanza en el futuro. Romper el constitucionalismo, en cualquier país americano, es romper su tradición, negar su libertad, borrar, con un golpe de espada o de pluma, su historia victoriosa y liberal e instaurar la traición.

Las reservas espirituales de la historia americana se hallan, una vez más, en lucha y en crisis. Es la crisis de todos los momentos históricos: la historia misma en su constante e inevitable evolución. En esta lucha triunfan los principios santos, de la Libertad, de la justicia y de la igualdad, y sucumben, tarde o temprano, los principios diabólicos del despotismo, de la arbitrariedad y de la esclavitud. Los hombres buenos han de estar siempre por la Libertad; los perversos, inconscientes o locos por la antilibertad.

§ 18. *El futuro de América*

El futuro de América está en las conciencias de sus hombres, en el espíritu que domine de libertad o de antilibertad. Si triunfan los despotismos habrá sueños imperialistas, proyectos de reivindicaciones territoriales, de anexiones de Estados, de confederaciones basadas en la violencia y en el despojo. Las guerras incendiarán el Continente, como incendiaron el Chaco por los sueños militaristas de un general alemán, instructor del ejército boliviano. El fruto de tantos años de trabajo honrado y constante, de generaciones y generaciones de criollos y extranjeros, sucumbirá arrasado por los cañones. Dominarán bandas armadas, mandadas por generales despóticos que se llamarán ultranacionalistas y sólo serán traidores a sus patrias y a la paz de la América toda. Las repúblicas federales se subdividirán en muchos Estados y la anarquía se extenderá sobre el Continente como se extendió a raíz de la independencia, hace poco más de un siglo. América en guerra consigo misma representaría su máxima ruina, su hundimiento como último refugio de la libertad y de la humanidad desesperada. Los nazifascistas de-

rrotados ponen sus ojos en el Nuevo Mundo con la esperanza de desatar el diabolismo en sus tierras felices. Ofrecemos el campo de experimentación más fácil y codiciado para todos los desastres, para todos los sueños criminales de los incendiarios del mundo. El mal nos acecha por todas partes y el peligro se halla en cada absolutista antiliberal. Debemos estar unidos, todos los americanos, si queremos salvar nuestras patrias de nuestra propia desorientación, de nuestro propios extravíos y de nuestro propio enloquecimiento. La paz es nuestra salvación y la guerra es nuestra tumba. Nuestras cuestiones internacionales deben ser solucionadas en forma rápida y fraterna, sin complicarlas, pues cada complicación es un paso que nos impulsan a dar los intransigentes, los traidores, para llevarnos a los desastres más fantásticos. Nuestra unión no es sólo nuestra salvación: es la salvación de la humanidad. El mundo está en manos de América y todos los hombres empeñados en llevar el destino del mundo a otros continentes y a otras naciones trabajan en silencio para traer sobre América el fantasma de la guerra internacional. Nuestra unión es la última esperanza de la cultura occidental, griega, romana y cristiana. Nosotros podemos impedir que el comunismo y que el nazifascismo resurjan y avancen sobre la tierra. Ambos ismos son igualmente diabólicos Uno viene del Occidente, los otros podrían volver del Oriente. Nos salvan dos grandes océanos; pero el mal puede estallar en nuestros propios corazones. La guerra actual ha liquidado un gran peligro; el dominio alemán-nazi sobre el mundo. El final de la guerra levantará un nuevo y grave problema: el de la paz y el de la anulación definitiva de los totalitarismos. El imperio anacrónico, de origen mitológico, del Japón suscitará un mundo de cuestiones en el Oriente. Su derrota por Estados Unidos no admite discusiones; mas no sabemos cuál será la actitud que asumirá Rusia frente a la destrucción del Japón. Rusia necesita un aliado poderoso en Oriente que pueda defenderla contra cualquier avance americano. El Japón puede ser este aliado. Además, el Japón es codiciado igualmente por Estados Unidos y por Rusia. En manos norteamericanas sería una garantía más en el mundo de nuestra seguridad y cultura occidental y capitalista. Dominado por Rusia se convertiría en una base formidable del comunismo en el Oriente. Los japoneses convertidos en comunistas significarían, junto a Rusia, una fuerza capaz de conquistar el Oriente y la India y permitir a la Rusia europea la completa transformación del resto de Europa. La disgregación del imperio británico puede producirse en cualquier instante con la simple declaración de independencia de sus dominios y colonias o la supresión de la monarquía en las islas de Gran Bretaña. El futuro del mundo se halla, pues, más que nunca concentrado en el Continente americano. Estos vaticinios pueden fallar

todos por su base si la próxima paz deja subsistir una Europa semejante a la de la preguerra y Rusia sigue encerrada en sus antiguos límites. En este caso el Japón tendrá que hacer enormes concesiones a Rusia y a Estados Unidos y Gran Bretaña y el poder mundial de estas tres últimas naciones mantendrá aún por un tiempo el viejo equilibrio de las grandes potencias. La América española seguirá entonces su ruta acostumbrada con el crecimiento vegetativo de los años pasados. Las naciones arruinadas en Europa resurgirán de sus cenizas, con más o menos colonias, como Francia, Italia, Bélgica, etcétera, y Alemania, convenientemente disminuída, podrá respirar bajo un gobierno controlado por un comité mundial de las naciones vencedoras. Este futuro es el más probable y el que más deseamos. Significaría la prolongación de nuestra cultura y de nuestro mundo capitalista por dos o tres generaciones. Más adelante las tinieblas cierran todos los horizontes. No podemos vislumbrar un triunfo del despotismo porque las naturaleza humana destesta y rechaza la supremacía injusta de uno sobre muchos. No podemos asegurar un dominio amplio del liberalismo porque es cada día más fácil, a los criminales, adueñarse de las armas con las cuales esclavizar a sus semejantes. La lucha entre los dos principios del bien y del mal, ya elevada a ley universal por Zoroastro, ha de seguir en el futuro como péndulo y ritmo de la historia humana. La teoría del anarquismo científico, del liberalismo individualista, tal vez se presente, en un mundo enloquecido, como solución religiosa terrenal de la humanidad. Cuando estos tiempos lleguen no sabremos si realmente vino el reinado de Cristo o del Anticristo sobre la tierra. Lo que nunca morirá será el amor a la Libertad: el máximo bien —material y espiritual— del hombre, porque ella es la fuente de todo lo humano y todo lo divino.

X

HOMBRES DE AMERICA

§ 1. *El fundamento liberal*

Hablamos de los hombres de América y no del pueblo americano. El pueblo de América es un gran desconocido en las historias y en las obras de etnologia. Hemos investigado, en sus detalles más recónditos, la vida de los salvajes, y hemos hecho la historia, en sus causas más profundas, de las luchas de los neoamericanos. Pero la historia política no es vida social ni menos historia de los hombres como seres pensantes y creadores de historia. Debemos, pues, distinguir entre pueblo —como conjunto de hombres— y hombres aislados, conductores y, a la vez, expresiones de grupos que les dan su espíritu y son su base. No nos corresponde desarrollar, en este momento, la vieja discusión de si la historia la hace el pueblo o la construyen los héroes. Hubo una época en que se juzgaba que los héroes habian sido los hacedores de toda cultura, por no decir del mundo, y hubo otra época, de reacción democrática, en que se quiso dar esta gloria al pueblo, convirtiéndolo en héroe colectivo. La polémica tuvo sus altas y bajas. Fácil fué demostrar, por una parte, especialmente en cuestiones artísticas, que el pueblo no crea nada y que toda obra de arte —plástica o poética— nace de un artista y no de las masas. Pero no fué difícil, en otro sentido, explicar que los artistas, aun los más audaces en sus creaciones, en el fondo sólo interpretan la voluntad y el gusto del pueblo. Hay, pues, un poder de creación puesto al servicio de una estética. Cuando el poder de creación es auténtico y la estética interpretada es la que está realmente en el alma del pueblo, la obra de arte triunfa y perdura. Es el secreto de todos los estilos que han vivido la duración de este gusto popular. Y es el secreto, también, de todos los intentos de nuevos estilos que muy pronto han caido en el fracaso, por no decir en el desprecio, tanto del pueblo como de los que se creen elegidos: por ejemplo, los estilos futuristas, cubistas, dadaísta, etcétera, falsos en su concepción, en su interpretación y en su representación.

América ha tenido el don de crear en los hombres de Europa, establecidos en su suelo, ideas y actitudes que en los ámbitos del

Viejo Mundo nunca se habrían desarrollado. No se piense que nos referimos a influencias telúricas. La tierra no tiene ideas y no puede transmitir, por tanto, ideas; pero puede inspirar actitudes y pensamientos. Es, mejor dicho, un escenario para los actores que quieren representar en ella. Según los escenarios son, en consecuencia, los dramas y las tragedias. Es por ello que hombres oscuros, inadvertidos y hasta insignificantes en sus tierras de origen, adquirieron renombre imperecedero en el Nuevo Mundo y realizaron acciones que la historia contempla con admiración. El primer ejemplo lo dan los conquistadores. La psicología de los conquistadores ha sido estudiada de muchas maneras y según muchos principios. Para unos autores eran aventureros, ladrones de indios, buscadores de oro, crueles, desalmados, fanáticos e ignorantes, movidos por el oscurantismo de la religión y el afán de rapiña. Nada hicieron de mérito en América y sólo se enriquecieron explotando a los indígenas hasta que los criollos y mestizos los expulsaron en la revolución emancipadora. Frente a esta vieja escuela, cargada de errores y verdaderas monstruosidades históricas, se levanta la escuela crítica, desapasionada y honesta, que investiga y dice la verdad. Los conquistadores se nos aparecen, así, como hombres inspirados por múltiples ilusiones, en las cuales el oro representaba la mínima parte: hombres movidos por un afán maravilloso de aventuras, en el sentido noble del término, que venían a América como paladines medievales a la conquista del Santo Graal, o sino como colonos que reproducían en la Nueva España los pueblos y las instituciones de la Vieja España. Quienes han estudiado la conquista de acuerdo con la escuela de la leyenda negra no han tenido en cuenta, ni una sola vez, que la conquista se hizo a base de ideas, de profundas ideas de justicia y de legalidad. No hubo otro hecho histórico, en la historia del mundo, que generara tantas ideas, tantas discusiones teológicas y jurídicas, como el descubrimiento y la conquista de las tierras halladas por Colón. Los teólogos y juristas españoles, con su fuerte sentido de justicia, discutieron violentamente los derechos que el rey de España tenía para recibir del Papa la propiedad de las nuevas tierras y considerarse señor de los indígenas. La cuestión del justo título hizo producir pilas de volúmenes cuyo contenido pasó, en síntesis, a conocimiento del pueblo conquistador. No hubo un labriego y un soldado, en el siglo XVI, que no estuviese enterado de los principios fundamentales que esgrimían los imperialistas y los legalistas. El indio y su jurisdición jurídica y social fueron objeto de una atención profunda: tan profunda que, según el trato que debía dárseles, cada conquistador se ganaba el infierno o el paraíso. Las enseñanzas del Padre Francisco de Vitoria, en la Universidad de Salamanca, durante largos años a generaciones y generaciones de estudiantes, y las discusiones que los

Padres Montesinos, Las Casas y otros, sostenían con los negadores de las virtudes del indio, se hicieron populares y crearon una mentalidad nueva —la de la justicia social— en los hombres que de España pasaban a América. Estos problemas despertaron, al mismo tiempo, otros problemas, también jurídicos y sociales: Es decir: la cuestión del trato que debía darse a los indios hizo pensar a cada conquistador en el trato que el rey de España debía darles a ellos. El indígena tuvo, pues, la virtud de hacer sentir con más intensidad que en ningún otro tiempo, a los españoles, el amor a sus derechos, a sus libertades y a la justicia humana en general. España se convirtió, de este modo, en cada uno de sus habitantes, casi sin excepción individual —pues las discusiones no escapaban a los analfabetos e incapaces— en la cátedra más extraordinaria del mundo de estudios, investigaciones y polémicas en torno a la libertad. Quienes presentan a España y al pueblo español como a un país de absolutismos y a un pueblo sin libertad, no merecen desprecio, por su ignorancia, sino lástima por las tinieblas en que han vivido. Cada español fué, desde el siglo XVI, un defensor exaltado de su libertad, de sus derechos, de sus prerrogativas. El individualismo español asombró en todos los tiempos a los demás habitantes de Europa. Estos confundieron individualismo con orgullo y llamaron orgullosos y vanidosos a los españoles por el hecho magnífico de ser cada uno de ellos hombres libres, con derechos y libertades superiores a las de lo demás hombres de todo el mundo. Es falso que el orgullo español haya radicado en su nobleza, como han sostenido tantos autores, aun los que han combatido la leyenda negra, o en su fuerza militar y política, como han explicado otros, malamente informados. Una nobleza y una fuerza esclavas no despiertan vanidad, sino tristeza. El orgullo de la nobleza y del militarismo de cada español se fundaba en el sentido de su suprema libertad. Las libertades españolas fueron, en efecto, las más grandes de Europa. Ya sabemos —por ser un hecho elemental— que en España nacieron los derechos fundamentales del hombre y los parlamentos de la Edad Media, que los cabildos no son de origen romano, sino de puro origen hispano, y que las provincias vascas, Aragón y Cataluña tenían derechos y libertades únicas en el mundo y más grandes que las de cualquier país de los tiempos modernos. Conocidos son, también, los fueros de innumerables poblaciones y las libertades que tenían los hombres de América, con sus cabildos, formados por ellos mismos, a su entera discreción, y sus poderes para elegir gobernadores, como en el Río de la Plata, y regular su vida de acuerdo con la voluntad, siempre, de la mayoría. La historia del derecho y de la libertad en América—aunque no escrita con la precisión debida— nos enseña éstas y otras verdades. Los hombres de la conquista vivieron, pues, en el Nuevo Mundo con la obsesión de la libertad y de sus derechos individua-

les, tanto en ellos como en los indígenas. Este conocimiento, del espíritu que animó los siglos del período hispánico en el Nuevo Mundo, nos explica el porqué de ciertas luchas y de ciertos individualismos.

§ 2. *La confianza en el futuro*

El asombro del descubrimiento y de la conquista ha llegado de distintas maneras a la emoción y a la sensibilidad de nuestro tiempo. Están los testimonios directos y los testimonios indirectos. Los directos nos relatan, como Hernando Cortés, los hechos más terribles con la naturalidad más fría, o las visiones más coloridas y exactas, como Bernal Díaz, con la nostalgia más profunda. La mayor parte de los conquistadores habla en sus cartas y relaciones, cuando se dirige al rey, como si hablara a su madre o a sus hijos. No hay diferencia entre una carta al emperador y una carta al hermano. Ambos tienen el mismo trato, el mismo respeto y la misma sencillez. Existía, entonces, un alto concepto de los hombres y no existía lo que existe hoy en día: servilismo. Los testimonios indirectos, como los de Pedro Mártir de Anghiera, reflejan un asombro que a ratos toca en lo increíble, o sino, como Solís y otros, tratan de comparar la historia de la conquista a la historia de los griegos o romanos. Lo indudable es que en todas partes en todos los tiempos, hasta el siglo XVIII, palpitó en cada pecho de español la conciencia de que realizaba algo grandioso y supremo, algo digno de su libertad y de su orgullo.

Esta vanidad de ser españoles y de ser libres pasó íntegra a los criollos y mestizos. El inca Garcilaso, por una parte, educado en España, y el cronista Ruy Díaz de Guzmán, paraguayo, que nunca cruzó el Océano, expresan con igual entusiasmo su orgullo de tener sangre española, descender de conquistadores y ser conquistadores ellos mismo. Españoles de España y españoles de América cultivaban por igual su amor a la Patria común —España— y a sus patrias de nacimiento. Es por ello que la misma palabra patria indica, según los escritos y su sentido, unas veces el imperio hispanoamericano y otras la ciudad de Madrid, la ciudad de la Asunción, una provincia vascongada o la provincia del Río de la Plata. No existía espíritu separatista o ideal de crear nuevas naciones. Los hombres de América, en general y en particular, defendían la libertad y sus libertades. Todos sabían que el imperio tenía un emperador, pero que el imperio estaba formado por muchas partes y que cada parte vivía de acuerdo con sus tradiciones, sus leyes y su voluntad. Carlos V reinaba sobre las Indias, los Países Bajos, Artois, Flandes, Franco Condado, Alemania, Austria, Estiria, Carinthia, Carniola, Tirol, Cerdeña, Sicilia, Nápoles y España, y España estaba forma-

da por Castilla, Aragón, las Provincias Vascas y Andalucía. Los vascos se gobernaban según sus fueros, que no perdieron hasta el siglo XIX, después de la independencia de América, y cada español estaba por encima del emperador en sus derechos y libertades. Los vascos, por ejemplo, obligaban a cada nuevo emperador a jurar sus fueros. El rey de España no era dueño de nombrar a un obispo que no le hubiese sido propuesto por el Consejo de Indias. Las Cortes decidían la guerra y la paz, los impuestos y todo cuanto se refería al pueblo y al reino. La España imperial de los Austrias fué el país más democrático de su tiempo. Cierto es que existían nobles y eclesiásticos, pero cierto es también que el último soldado y el último pícaro tenían una soberbia admirable, fundada, como dijimos, en su libertad individual. La envidia era, pues, semidesconocida, porque, espiritualmente, todos los españoles eran ricos y el más pobre podía retar en duelo al más poderoso. Es así que cualquier conquistador obscuro, cuando se hallaba desconforme de su gobernador o de su virrey, tomaba la pluma y se dirigía directamente al rey para denunciar lo que él creía injusto. La misma empresa de la conquista nos muestra esta hermandad de ideales, esta igualdad de hombres que, no obstante, sabían mantener una firme disciplina y un perfecto respeto a sus cargos y méritos. La conquista no fué obra de aventureros, ni de misioneros ni de militares, sino del pueblo español. Fué una traslación a América de todas las clases de la Península, ricas y pobres, cultas e ignorantes, con sus virtudes y sus defectos y, sobre todo, con su principios de justicia y de libertad. Sólo así se explica que los españoles hayan introducido en América desde la caña de azúcar, las manzanas, etcétera, hasta los caballos, vacas, ovejas, etcétera, y, saltando a los bienes espirituales, hayan fundado universidades e imprentas, levantado palacios y catedrales y abierto caminos que todavía hoy se hacen imprescindibles en muchos países.

Estos españoles, que hicieron una nueva España, en el Nuevo Mundo, con los más grandes sacrificios y las más grandes ilusiones, fueron también los primeros en comprender su propia grandeza y en burlarse, a menudo, de sus propias imaginaciones. Los cronistas, innumerables, supieron hacer justicia a las hazañas de los conquistadores y colonizadores, alabar sus sufrimientos y cantar su heroísmo. La crónica de Indias fué un género nuevo en la historia de la literatura mundial. Nunca se habían compuesto tantas obras, que parecían de leyenda, sobre hechos tan ciertos y tan extraordinarios. Los libros de los cronistas equivalen, en cierto modo, a los grandes diarios de hoy en día. Cada historia de Indias es el reflejo de la mentalidad de su autor. Por ello no faltan los que al lado de los hechos espeluznantes escriben la frase graciosa o irónica, como Gonzalo Fernández de Oviedo que, en muchos puntos, se anticipó sor-

prendentemente nada menos que a Voltaire. Oviedo habla, sin creer mucho en ello, de la codicia y locura de los conquistadores, de sus esperanzas, de sus engaños y de sus sueños. Muchas de sus páginas estremecen y otras hacen sonreír como si leyéramos a Cervantes en su *Don Quijote*.

La colonización española en América inculcó a los habitantes el amor a la propiedad individual y la confianza en el futuro. No hay continente, sobre la tierra, en que las posibilidades del comunismo estén en pugna con la tradición histórica y con la realidad económica como en América. El comunismo incaico de los Ayllus está perfectamente probado que no era un comunismo absoluto y que la propiedad personal no dejaba de existir. Pero las costumbres indígenas no perduraron en su totalidad en la nueva legislación de Indias. Sólo sobrevivieron los hábitos que tenían una verdadera ventaja para los indígenas y coincidían con los principios hispanos de libertad y de justicia. Cada conquistador, en América, aprendió a confiar en sí mismo, en su capacidad, en su trabajo y en su ahorro. En este sentido la igualdad fué perfecta en todos los tiempos. Los fundadores de ciudades, por el hecho de ser fundadores, adquirían el título de hidalgos. La nobleza, por tanto, no se heredaba, sino que se conquistaba. La nobleza heredada tenía poca importancia en América y hasta era ridiculizada. En cambio, se respetaba la fortuna, porque la fortuna significaba esfuerzo personal, trabajo, honradez. El deshonesto difícilmente hacía fortuna. Los gobernadores eran sometidos a juicios de residencia, no bien terminados sus gobiernos, y cualquier persona podía acusarlos, ante el sucesor, de las irregularidades que hubiese cometido. Los particulares estaban sujetos a la observancia de las autoridades: virreyes, gobernadores, audiencias, consulados, oficiales reales, etcétera. La moral colectiva era grande y resultaba dificilísimo cometer un delito sin que fuera inmediatamente descubierto y castigado. Las gentes aprendieron a confiar, también, en los hijos y en el futuro. La confianza en el porvenir es una de las grandes características del Nuevo Mundo. En Europa no se acostumbra vender un terreno haciendo notar que con el tiempo se valorizará, porque todo ya está valorizado, y se toman en cuenta otras ventajas u otros valores, como ser utilidad, su posición, su belleza, etcétera. En América se vende y se compra especulando, no en lo que la tierra vale en la actualidad, sino en lo que valdrá en el futuro. El valor en el futuro comienza con el descubrimiento y se advierte en cada acto de cada conquistador. El mismo hábito de comprar al fiado tiene en América su fuente más intensa de difusión. En el Río de la Plata, por ejemplo, en 1537, los habitantes de Buenos Aires y la Asunción empezaron a comprar las ricas mercaderías del comerciante León Pancaldo al fiado, a cambio de cartas de obligación en que cada conquistador se comprometía a pagar determinadas sumas del primer oro o plata que hubiese en la conquista. El oro y la plata nunca se descubrieron y aquellos pagarés todavía están por levantar. En otros tiempos, terrenos vendidos a precios altísimos en regiones lejanas tuvieron los más diferentes destinos: unos se valorizaron aún más y otros no valieron, nunca, ni la décima parte del precio en que se vendieron. El futuro, es pues, una lotería; pero los americanos confían en él porque en él está su trabajo y el de sus sucesores. Los hijos son, igualmente, la esperanza de los padres, pero no con el sentido europeo, sino con un sentido superior. Los padres ahorran para los hijos y esperan que los hijos lleguen a ser lo que ellos no han sido. Las familias más humildes son la que más tienen interés en que sus hijos sean doctores o políticos afortunados. América es, pues, por su tradición, repetimos, la tierra más contraria a los principios comunistas, en que la propiedad es común a todos los trabajadores sin distinguir los más capaces y premiarlos con mayor riqueza, en que el ahorro está prohibido y la herencia no se concibe. Fomentar el comunismo en América es, simplemente, traición a la historia americana.

§ 3. *La eterna lucha por la libertad*

La conquista de América fué la empresa más metódica y perfecta de todas las que se realizaron en el mundo. Las expediciones no eran aventuras románticas, sino empresas largamente planeadas. Los hombres de América, contrariamente a lo que se presume, no son aventureros por tradición, sino hombres calculadores, metódicos, que saben muy bien adónde van y qué van a hacer. Entre las infinitas calumnias que se arrojaron sobre España está también ésta de decir que los españoles se lanzaban a América sin saber adonde iban ni a qué iban. Hoy se ha llegado a probar, por el contrario, que cada paso de cada conquistador estaba muy bien estudiado y autorizado. Las leyes españolas eran severas en la prohibición de las aventuras. Más ley había entonces en las selvas y desiertos que hoy en día en mucha poblaciones.

Las ciudades de América, lo mismo que las españolas, recibían sus títulos como si fuesen personas. Una era muy leal; la otra, muy noble; la otra, muy heroica; algunas, una y otra cosa. Todas se gobernaban libremente, por medio de sus cabildos, compuestos por representantes de los vecinos. Cada ciudad podía enviar a España a un delegado o procuradores, que defendían sus intereses en el Consejo de Indias. Cuando una disposición real no convenía, las autoridades de América ponían en práctica el viejo principio vasco de obedecer y no cumplir. Pero esto último ocurría en contadas ocasiones. Cuando una ley era inconveniente no podía desobedecerse en todas sus partes o no cumplirse de un modo definitivo. Era preciso

enviar memoriales y hasta representantes a España que hiciesen notar sus defectos y lograsen su modificación. Las protestas eran escuchadas y por lo común se lograba la enmienda. Los hombres de América sabían, por tanto, ser disciplinados y, al mismo tiempo, independientes, capaces de hacer valer sus derechos y, siempre, sus libertades.

La llegada de los reyes Borbones a España cambió el espíritu del imperio. Su dinastía y sus medidas han sido llamadas liberales porque la Iglesia no disfrutó del poderío de otros tiempos; pero la verdad es que la antigua democracia y el antiguo sentido de justicia y de libertad, de los Austrias, fué substituído por un absolutismo que convirtió a los reyes en verdaderos autócratas. El siglo XVIII presenció otro fenómeno. Al mismo tiempo, los españoles fieles a la tradición luchaban en secreto por mantener o revivir las antiguas formas liberales. Se produjo, de este modo, un choque, primero semioculto y luego abierto, entre los verdaderos demócratas, partidarios de las Cortes y de las libertades, y los absolutistas, defensores de las formas autocráticas de gobierno. La historia, por una visión equivocada de los autores eclesiásticos, ha invertido los nombres de ambos bandos o partidos, y ha llamado liberales a los absolutistas y absolutistas a los liberales. Es interesante explicar, en dos palabras, este fenómeno que, con la confusión que introduce, retarda cada vez más la comprensión de la historia de España y de América. Ya hemos dicho quiénes eran, por sus pensamientos y preferencias, los verdaderos liberales y los verdaderos absolutistas. Liberales fueron en España los seguidores conscientes o inconscientes, de los tiempos en que el pueblo gobernaba por medio de las Cortes, en que los fueros y libertades tenían toda su fuerza y cada ciudadano español podía expresar sus pensamiento y la Iglesia y la inquisición sólo perseguían a quienes faltaban a la moral o atacaban la integridad política del Estado. Absolutistas fueron los partidarios de los reyes Borbones que suprimieron las Cortes, que hicieron prácticamente nulas las libertades de los Fueros y las que disfrutaban todos los españoles, que persiguieron a quienes intentaron expresar sus pensamientos y en su política absolutista llegaron a ahogar la Iglesia y utilizaron la inquisición para perseguir a los enemigos políticos. La penetración en España de la leyenda negra y las protestas de la Iglesia, sin hablar de los jesuitas, expulsados por Carlos III, crearon el concepto de que estos reyes absolutistas eran liberales y que los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II, eran absolutistas. Nada tuvieron de liberales los Borbones, excepto sus costumbres inmorales, y nada tuvieron de absolutistas los Austrias, fuera de algunos actos, contadísimos, en defensa de los derechos de la Corona, que levantaron en su tiempo tempestades de indignación. El llamado liberalismo de los Borbones es, pues, una leyenda. Su

francesismo y su indiferencia religiosa hicieron creer que el amor a la libertad vivía en ellos, mientras que, en cambio, sólo eran repetidores de los términos: "El Estado soy yo" y "Después de mí, el diluvio". En cuanto a las decantadas reformas comerciales ellas obedecieron a un movimiento mundial y fueron proyectadas por verdaderos liberales de la vieja escuela. En síntesis, las medidas económicas estudiadas por los tratadistas españoles del siglo XVIII no hacen más que continuar, con ropajes nuevos, formas antiguas: las mismas que practicaban en el siglo XVI y que los propios Borbones habían destruído. Todos proponían restablecer el comercio, la agricultura y las industrias que existían dos siglos antes y que la política absolutista de los Borbones había anulado o destruído. Esta observación no ha sido hecha ni será comprendida después de la publicación de estas líneas. Los historiadores de la economía hispanoamericana, alucinados por los nombres de los tratadistas del siglo XVIII, creen y seguirán creyendo que se trataba de innovadores y con dificultad llegarán a admitir que todas sus teorías sólo propiciaban la vuelta a lo antiguo, un retorno al estado económico industrial y social del tiempo de los Austrias, en que imperaba la verdadera libertad.

Los hombres de España y de América, según sus tendencias, siguieron una u otra de estas corrientes: la liberal auténtica o la absolutista borbónica. Es preciso comprender a fondo los hechos referidos para explicarse el por qué de las tendencias políticas que vemos apuntar y desarrollarse más tarde hasta el extremo de encender, en el mismo imperio hispanoamericano, una guerra civil que terminó con la independencia de veinte naciones.

Los choques políticos, entre los defensores de métodos imperialistas, de corte absolutistas, y los sostenedores de los derechos naturales del hombre, de la pura libertad, aparecen en España y en América desde el pleno siglo XVI. En el Paraguay combaten Domingo de Irala y Alvar Núñez y este último es encarcelado y remitido preso a España a los gritos de "¡Libertad! ¡Libertad!" Las luchas entre el poder civil y el eclesiástico fueron comunes en América, sin excluir un solo territorio. Las dos revoluciones de los comuneros del Paraguay, de Corrientes y otras partes de América, mal estudiadas en su fondo ideológico, nos ponen frente a pueblos enteros que defendían la doctrina de la libertad como fuerza y derecho de las mayorías y enseñaban que el pueblo es la fuente de todo poder y de toda justicia. En las doctrinas de los comuneros, inspiradas en las teorías de los tratadistas vascos, que a su vez sostenían los antiguos derechos naturales del hombre, hállase toda la argumentación de los liberales hispanoamericanos que hicieron la independencia de las naciones del Nuevo Mundo.

Los hombres del período hispano en el Nuevo Mundo compartieron, pues, unos las ideas liberales de los Austrias y otros las absolutistas de los Borbones. La guerra civil que dió por resultado final la separación política de España y el nacimiento de las repúblicas americanas no hundió para siempre a los absolutistas: los dejó vivos y junto a ellos vivieron, también, en forma subterránea, sus principios despóticos. Estos principios, heredados de padres a hijos, salieron a luz en muchas oportunidades, como vuelta de los vencidos, como traiciones a la causa de la verdadera hispanidad que se salvó con la independencia americana.

§ 4. *Formación espiritual del Brasil*

Las cuestiones religiosas no fueron tan agudas en la América española como en la América inglesa. En la América española puede decirse que no hubo discusiones por herejías. La fe era amplia y sólida y los herejes americanos no cuentan con una página brillante. Hubo algún judaizante, perseguido por la inquisición, y algún luterano, que, tarde o temprano, abjuró de sus errores. Los judíos penetraron en silencio, más o menos ocultamente. Nadie se extrañaba de la presencia de algún judío y si respetaba el catolicismo no sufría persecuciones. La mayor cantidad de judíos pasó al Brasil. Sabido es que en 1492 los judíos expulsados de España se desparramaron por el Mediterráneo y buscaron refugio en Flandes, el Norte de Europa y, en especial, en Portugal. Las persecuciones que pronto se desencadenaron en Portugal los llevaron al Brasil. El Brasil fué, desde los primeros tiempos, un refugio de judíos y protestantes. La historia espiritual del Brasil ofrece complejos realmente extraordinarios. Junto a los misioneros jesuítas vivían franceses y holandeses protestantes y deambulaban judíos puros, indios llenos de supersticiones nativas y negros cargados de magia. No debe sorprender si los jesuítas hablaban de demonios en el aire y otras absurdidades y si en tiempos modernos hubo en las selvas del Brasil verdaderos dramas de la fe.

El absolutismo de los reyes portugueses se manifestó en el Brasil en la tolerancia que hubo por la esclavitud. Los esclavos negros eran importados a millares y se les hacía trabajar de sol a sol sin sombra de compasión. En este orden de cosas, la diferencia con las posesiones españolas no pudo ser más radical. Los bandeirantes de San Pablo, portugueses y judíos convertidos y vueltos a sus prácticas, emprendían excursiones que duraban años a través de las selvas. Llegaban a las misiones jesuíticas y las asaltaban, capturaban a los neófitos y los llevaban a sus plantaciones, encadenados, como animales, matando a los que se enfermaban para que no detuviesen la caravana. Los actos de horror cometidos por bandeirantes llenan páginas espantosas; pero hoy el bandeirante es un símbolo: a él se debe la expansión del Brasil hacia el Oste. Los bandeirantes, cazadores de esclavos, inhumanos en sus procedimientos, eran héroes fantásticos de las selvas. Llevaban el poder portugués a los rincones más remotos e inaccesibles, abrían rutas en la inmensidad verde, sembraban en el camino, para hallar alimento a su regreso, que a veces duraba años, y fundaban poblaciones que con el tiempo se transformaron en estaciones de la selva y ciudades importantes. La riqueza de los colonos aumentaba prodigiosamente. Simples cultivadores de caña de azúcar se hicieron millonarios con el trabajo de los esclavos y fundaron en Europa casas nobles. El oro del Brasil, llevado a Portugal, pasó a Inglaterra y dió origen a la gran industria de comienzos del siglo XIX que, a su vez, creó los problemas obreros generadores de las teorías socialistas y comunistas.

El oro, la plata y los diamantes fueron la gran riqueza del Brasil. El siglo XVIII fué en las posesiones portuguesas de América de una riqueza incomparable y en muchos puntos superior a la del antiguo Perú. El Brasil se llenó de grandes señores con concepciones imperiales, esclavistas y despóticas. Al mismo tiempo se formaba en las clases pobres un sentido opuesto, de democracia y de libertad que más tarde daría sus frutos. Los palacios, las esculturas, las iglesias magníficas llenaron las ciudades de palmeras y esclavos. Vía Portugal llegaban motivos arquitectónicos y artísticos de la India y del lejano Oriente. El imperio vivía espiritualmente en el Brasil siglos antes de que don Pedro I pensase en crearlo.

En el siglo XVIII los hombres del Brasil consiguieron grandes ventajas liberales. El odio a los jesuítas, que predicaban la paz y el bien en favor de los esclavos, había comenzado a manifestarse, con su expulsión de San Pablo, en 1641. A los pocos años, muchas ciudades del Brasil fueron equiparadas, en privilegios a sus pobladores, a las de Portugal. Los municipios de las ciudades adquirían cada vez mayor poder y se levantaban, cuando era necesario, contra los mismos gobernadores. En cuanto al pueblo, no toleraba los impuestos excesivos y saqueaba las casas de comercio. La revolución de los Estados Unidos hizo concebir a algunos soñadores la independencia del Brasil. Joaquín José da Silva Xavier, llamado Tiradentes, creyó posible, en 1789, independizar el Brasil. Su conspiración, admirablemente preparada, fué descubierta y su cuerpo, primero ahorcado, fué luego descuartizado.

§ 5. *Orígenes del liberalismo estadounidense.*

Los hombres de la América inglesa tuvieron desde los primeros tiempos de la colonización una escuela profunda de tolerancia en cuestiones de ideas políticas y religiosas. La ruptura de Inglaterra

con el Vaticano dejó establecer en Gran Bretaña una serie de sectas —puritanos, congregacionistas, presbiterianos y cuáqueros— que rivalizaban con los católicos y los anglicanos oficiales en la pureza de sus creencias. Los fieles disputaban entre sí y los políticos dividían sus simpatías entre el rey y el Parlamento, también divididos. Al igual que en el imperio hispanoamericano había partidarios de los derechos naturales del hombre y de los derechos divinos de los reyes. Pero en Gran Bretaña y sus colonias, la libertad no tenía ni la antigüedad ni las ventajas que contaba en España y en la América española. No obstante, las libertades inglesas eran grandes; pero los pobladores de Gran Bretaña ansiaban un campo abierto para sus creencias y nuevas formas de gobierno. América fué para ellos una salvación o un lugar maravilloso para los experimentos que soñaban hacer. Todos los colonos que se dirigieron a América, desde el año 1606, lo hicieron con la ilusión de librarse de cargas materiales y espirituales. En 1606, Juan Smith, en la naciente colonia de Virginia, igualó a todos los caballeros ingleses, saturados de pretensiones nobiliarias, haciéndoles saber que quien no trabajase no comería. Fué el bautismo de la igualdad para los habitantes de la América inglesa: principio que no decayó con el tiempo y que se convirtió en ley táctica para todos los habitantes. Los primeros derechos y libertades fueron dados por el rey a la Compañía de Virginia en 1623. Las luchas civiles de Inglaterra arrojaban a Norte América grandes cantidades de descontentos de uno y otro bando. Cada inmigración producía en las colonias nuevas formas liberales de gobierno. En 1649, una ley de Maryland sobre ideas religiosas declaró legalmente la tolerancia en materia de fe para todas las personas que creyesen en Jesucristo. Los insultos de los miembros de una secta a los de otra secta estaban prohibidos y multados. En 1666 hay constancias de que los católicos y los protestantes vivían en Maryland en la más completa hermandad. Las rebeliones protestantes —sin embargo— se produjeron; pero el principio de la tolerancia religiosa había llegado a ser una realidad y volvería a renacer muchas veces.

Los peregrinos del *Mayflower*, llegados a Norte América el 21 de diciembre de 1620, se comprometieron, como buenos puritanos, antes de desembarcar, a respetar las leyes y constituciones que sancionasen periódicamente para el mayor bienestar de la colonia. El acatamiento a las leyes y la negación del depotismo era el fundamento de su vida presente y futura, la base sobre la cual erigían su sociedad y el porqué se encaminaban a América. Las discusiones teológicas absorbían gran parte de la actividad material y espiritual de los colonos. Muchos disidentes se separaron de los primeros grupor y fundaron colonias, que a su vez, originaron otros centros. Así se fueron esparciendo por la costa los hombres que colonizaron los

actuales Estados Unidos, llevados por la independencia de sus ideas y dispuestos, siempre, a decir cada cual su pensamiento. No creemos necesario mencionar nombres. Hacemos la historia de los hombres en general y no de individuos, aunque alguna vez, más adelante, tengamos que referirnos, en particular, a figuras de grandes relieves. Los hombres interesan por su espíritu, por sus ideas, no por sus denominaciones. Toda la historia del mundo podría escribirse, perfectamente, con una docena de nombres, a lo sumo, y otra docena de fechas.

Las doctrinas que los comuneros hispanoamericanos sostuvieron en el Paraguay y otras partes de América en el siglo XVIII eran defendidas por Tomás Hooker en la primera mitad del siglo anterior en Norte América. En 1638, Hooker enseñaba a los pobladores de Hartford, Windsor y Wethersfield que el pueblo era la fuente del poder y que las autoridades debían ser elegidas por medio del voto libre y secreto. Las teorías de Hooker eran las mismas de los tratadistas vascos de comienzos del siglo XVI. Las fuentes de los tratadistas vascos se remontaban, a su vez, a la Edad Media y a los primeros siglos del cristianismo. El espíritu de libertad vive a través de los tiempos y da a los hombres una patria espiritual que la hermana en las distancias y en la historia. Es así como las viejas doctrinas del parlamentarismo medieval renacen en Norte América y originan, en 1643, en Boston, la primera forma norteamericana de gobierno representativo. Un Consejo de representantes debía decidir los intereses federales de Massachusetts, Plymouth, Connecticut y New Haven

El principio de la obediencia y de la libertad o sea, de la verdadera democracia, fué expuesto por Guillermo Penn, inglés, cuando concibió el proyecto de llevar a los cuáqueros a Norte América. "La libertad sin obediencia —decía— equivale a confusión, y la obediencia sin libertad, a esclavitud". Llegó al Nuevo Mundo en 1682. A comienzos del siglo siguiente era común en las colonias norteamericanas, especialmente en la ciudad de Boston, insistir en la necesidad de darse las propias leyes y no aceptar las que venían de Gran Bretaña. Todo impuesto sancionado por los políticos de Londres era discutido en Norte América y a veces rechazado. Gran Bretaña trataba de centralizar en sus manos todo el comercio de sus colonias y los pobladores de Norte América se mostraban abiertamente contrarios a esta política de absorción. Los hombres de las colonias norteamericanas habían desarrollado grandemente los principios de libertad y autodeterminación y se amparaban en una serie de doctrinas realmente inconmovibles por estar inspiradas en los derechos sagrados de la libertad. Jacobo Otis fué uno de los precursores de la revolución, pues expresó públicamente en una defensa de los comerciantes de Boston que los colonos podían rechazar las

leyes dictadas por la Metrópoli en contra de sus intereses. Era el viejo principio vasco de obedecer y no cumplir que surgía en Norte América a través de los mismos principios que habían inspirado a los tratadistas españoles. Más tarde, Patricio Henry sostuvo que el gobierno se basaba en un contrato entre el pueblo y sus gobernantes. Cuando una de las partes violaba el contrato, la otra ya no tenía la obligación de seguir cumpliendo sus compromisos. Los hombres de los actuales Estados Unidos estaban convencidos que Gran Bretaña violaba su contrato con los habitantes de las colonias y que éstas, por tanto, se hallaban en libertad de resolver por sí mismas su destino. Las ideas de estos hombres se fundamentaban, principalmente, en las teorías recogidas por Juan Locke. Otis era de Virginia, y Henry, de Massachusetts. Un mismo ideal animaba de un extremo al otro las colonias norteamericanas. Samuel Adams fué el creador de juntas locales formadas por los habitantes del lugar. Estas juntas estrecharon aún más a los norteamericanos. Las juntas representaban los deseos del pueblo y eran mal vistas por los hombres de ideas realistas y absolutistas. Es de hacer notar que al igual que en el imperio hispaonamericano, ninguno de los liberales de Norte América pensó jamás en la independencia política, en la creación de una nueva nación, hasta que las luchas y los hechos no permitieron otra solución. Tomás Jefferson, por ejemplo, sólo clamaba por los derechos de hombres que eran y debían seguir siendo libres. Los hombres de Norte América, como los de Sud América y la misma España con ideas liberales, deseaban que el gobierno de ambos imperios se rigiese de un modo liberal, de acuerdo con los derechos naturales del hombre, y no en forma absolutista, centralista, manteniendo siempre las provincias ultramarinas en una situación subordinada. Fué la intransigencia inglesa, lo mismo que la española, la que llevó a los hombres a la desesperación. En Norte América estalló la revolución; en España y en Centro y Sud América, la guerra civil. Jorge Wáshington, jefe del ejército revolucionario norteamericano, supo formar con patriotas indisciplinados un ejército admirable. El único lazo que unía a los norteamericanos a Gran Bretaña era la fidelidad jurada al rey Jorge III. Si esta fidelidad se rompía, por culpa del mismo rey, que imponía impuestos sin que ellos fuesen votados por quienes debían pagarlos, las colonias norteamericanas podían considerarse independientes. No obstante, Jefferson afirmó que hasta el mes de junio de 1775 la idea de la independencia era desconocida en Norte América. Fué un autor inglés, migrado a las colonias norteamericanas, quien dió más argumentos al proyecto de separación política: Tomás Paine. Su obra, *Sentido común*, dedicada en especial a los habitantes de América, tuvo una influencia enorme en los actuales Estados Unidos y fué traducida al español y leída ávidamente en las colonias hispanoamericanas. El 4 de julio de 1776 el Congreso de Filadelfia aprobó la independencia de las colonias norteamericanas. La declaración de la independencia, escrita por Jefferson y corregida por Adams y Franklin, es la expresión de los deseos del pueblo norteamericano amante de la libertad y de su autodeterminación. Locke fué el gran inspirador.

La revolución estadounidense tiene muchas características semejantes a las de la guerra civil de Hispanoamérica. Por ejemplo: el acto, incomprensible, para la mentalidad de nuestro tiempo, de que súbditos ingleses y españoles se declararan contrarios a sus reyes y combatieran junto a los liberales americanos, tanto del Norte como del Sud. El hecho es fácil de explicar si nos colocamos en la mentalidad de aquel entonces. Aquellos hombres no eran traidores, sino idealistas, fieles a sus dogmas; hombres que identificaban la patria con sus ideas y no con la tierra. La Patria, para ellos, estaba donde vivían sus principios. No olvidemos que los inspiradores de la revolución norteamericana fueron principalmente dos ingleses: Locke y Paine, y que entre sus grandes campeones extranjeros se cuentan Lafayette, francés; Miranda, venezolano, y Roberto Morris, inglés, que mereció el nombre de "el financista de la revolución norteamericana". Lo mismo ocurrió, como dijimos, en la América española: innumerables peninsulares se declararon partidarios de los principios liberales defendidos por los pobladores del Nuevo Mundo y se pusieron a la cabeza de sus pretensiones. Más aún: podemos decir que tanto la revolución norteamericana como la guerra civil hispanoamericana nacieron en Europa: en Inglaterra y en España. La filosofía política de la revolución norteamericana se basa, en su casi totalidad, en autores ingleses y los ideales sudamericanos tienen un puro e indiscutible origen español. Unos y otros, a su vez, arrancan de viejas doctrinas inspiradas por la filosofía griega, el cristianismo y los Padres de la Iglesia. No es extraño que el pensamiento liberal americano sea, por tanto, el mismo en el Norte y en el Sud, tanto en los años anteriores a la independencia de los Estados Unidos y de las repúblicas hispanoamericanas, como en los tiempos modernos. Para demostrar, una vez más, la influencia recíproca que hubo entre el Norte y el Sud y lo que el Sud debe al Norte hemos de recordar que el nombre de Provincias Unidas de Sud América y del Río de la Plata, con que se designó a la República Argentina en los primeros años de su independencia, es una simple adaptación del nombre de la gran república del Norte. En 1643 las colonias inglesas llamábanse Colonias Unidas de Nueva Inglaterra; en 1775, Franklin modificó el nombre en Colonias Unidas de Norte América, y, por último, en los artículos de la Confederación, se empleó el nombre Estados Unidos de América. En Buenos Aires, en 1809 y en años anteriores, se llamaba a Estados Unidos las Pro-

vincias Unidas de Norte América. Esta forma española es la que adoptaron los liberales hispanoamericanos para designar esta parte de la América española.

§ 6. *El Brasil y el Río de la Plata*

Las ideas liberales se extendían por todas las Américas y no faltaban en el Brasil, tildado de esclavista e imperialista. El rey de Portugal don Juan VI, llegado al Brasil en 1808, preparó, con sus reformas y su liberalismo, la independencia que hizo su hijo don Pedro I y la república que derrumbó a su nieto, don Pedro II. El economista José da Silva Lisboa le aconsejó abrir los puertos al comercio libre y el Brasil se puso en relación directa con todas las naciones del orbe. Era el año 1808 y la medida sirvió de ejemplo en España y en las provincias hispanoamericanas. Los economistas españoles liberales, como Jovellanos, sostenían idéntica doctrina del comercio libre. La decisión del rey don Juan VI fué inspirada por el gobierno inglés. Gran Bretaña sostenía desde antiguo la libertad de comercio y al llevar a salvo a don Juan, cuando abandonó la corte portuguesa para no caer en manos de las tropas napoleónicas, lo comprometió a permitir el más libre comercio. Esta libertad comercial es la fuerza más poderosa del imperio británico. No hay imperio en el mundo más sólido y a la vez más débil que el inglés. Su debilidad consiste en las distancias que separan sus tierras y en la autonomía que domina en cada una de las posesiones, y su fuerza hállase, precisamente, en esa autonomía y en la libertad de comercio que todas disfrutan. La unión se mantiene por medio de la libertad. Si hubiera opresión el imperio inglés se desmoronaría inmediatamente.

La política liberal que el rey don Juan VI mantenía en el Brasil no coincidía con la plenitud de sus ideas. Don Juan era en realidad un rey absolutista. Sobre él ejercía una gran influencia el ministro inglés Lord Strangford. Su mujer, la hermana de Fernando VII e hija del rey Carlos IV, la infanta doña Carlota Joaquina, desarrollaba una política que en su tiempo fué llamada intrigante y estuvo a punto de cambiar la historia de la América hispana.

La vida de la infanta Carlota Joaquina es una de las más apasionadas y menos comprendidas de la historia rioplatense. En realidad, a nuestro juicio, la historia de la revolución americana y, en especial, argentina, está por hacer desde el punto de vista ideológico. Se conoce, casi a la perfección, los nombres y vida de los actores, los documentos cambiados y los hechos de armas en que se resolvió el destino de nuestro mundo; pero se ignora, en sus verdaderos alcances, la génesis política del gran problema. Los historiadores han juzgado con el criterio de los años posteriores, cuando la independencia estaba realizada y han hablado de propósitos de independencia en unos años en que nadie —o muy poca gente— pensaba en una verdadera independencia política. Documentos, obras de la época, son leídas con una venda en los ojos o con un cristal que hace ver lo sucedido después y no lo que ocurría en los instantes en que fueron escritos. Hemos descubierto que el ideal de la independencia política no existió cuando todos dicen que existía. Debemos aclarar: a nuestro juicio la llamada lucha contra España no fué una lucha entre España y América y españoles contra americanos con los fines clásicos que se les atribuye: los primeros para mantener en la esclavitud a sus colonias y los segundos para lograr la independencia. Todas estas son frases e ideas que se repiten en manuales para niños, desde antaño, desgraciadamente, falseando la historia y la verdad. La lucha fué entre absolutistas y liberales. No era cuestión de lugar de nacimiento, sino de ideas. Había absolutistas españoles y americanos, como había liberales españoles y americanos. Los dos bandos no comenzaron a luchar en América, sino en España, y las ideas liberales no nacieron en el Nuevo Mundo, sino en España. De España pasaron a América y la lucha se generalizó a uno y otro lado del Atlántico. El 25 de Mayo de 1810 ni un solo argentino pensó en la independencia política del Río de la Plata. Todos, sin excepciones, los padres de la Patria, juraron fidelidad a Fernando VII porque lo único que perseguían era un gobierno propio y liberal. Revoluciones semejantes habían ocurrido durante el período hispánico sin que nadie, ni en tiempos de Hernandarias ni en tiempos de Cornelio Saavedra, pensase en la separación política de España. Los únicos políticos que, a raíz de las invasiones inglesas, proyectaron una separación política, independiente, de las provincias que constituyen la actual República Argentina, fueron dos españoles: un vasco, Martín de Alzaga, y un catalán, Felipe Sentenach. Pertenecían a la clase semiaristocrática y semidemocrática, de los comerciantes acaudalados. Fracasaron en sus empeños por culpa de los criollos, partidarios de Liniers, que el 1o. de enero de 1809 impidieron que se consumase la verdadera revolución política argentina. Logrado el triunfo del 25 de Mayo por el partido democrático de los criollos y españoles, las ideas de independencia no tardaron en presentarse, pero no se convirtieron en realidad, por culpa de innumerables simulaciones, hasta el 1816. En cuanto a la actuación de unos conspiradores, casi en contacto único con los ingleses —Rodríguez Peña y Manuel Aniceto Padilla— puede decirse que su influencia no tuvo repercusión popular.

El estudio de los orígenes de la independencia argentina tiene en la infanta Carlota Joaquina una página de indudable interés. No debemos olvidar, en primer término, que doña Carlota, aunque esposa del regente de Portugal, era una mujer española, hermana de Fernando VII, saturada de las ideas imperialistas de su tiempo. La

corte de Río de Janeiro se convirtió, en aquellos años, en el centro diplomático e intrigante de mayor importancia de América. Si todas aquellas intrigas, planes e ideales, como quiera llamárseles, fracasaron, fué por la intransigencia, el nacionalismo y el celo de los hombres de Buenos Aires. Hay que hacerles esta justicia. Aquellos hombres representaban la tradición argentina en toda su fuerza y en todas sus esperanzas. Querían el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo, como habían enseñado, durante siglos, las cortes y las leyes democráticas españolas. No querían estar sujetos a monarcas despóticos ni entrar en planes que significasen la sumisión a naciones extranjeras y a príncipes o reyes de otros países. La infanta Carlota Joaquina acarició varias veces la posibilidad de reunir bajo su cetro nada menos que todo el Brasil y toda la Argentina. El plan no podía ser más grandioso y bello: hubiéramos sido, los lusohispanoamericanos del Brasil y Argentina, la nación más extensa del mundo, la más rica, la más invencible, la más extraordinaria en todos los sentidos. La infanta Carlota Joaquina habría merecido, en esta nación monstruosa, honores casi divinos y su genio político habría sido ensalzado hasta lo inverosímil. Si su sueño hubiese tenido éxito, ella habría logrado un triunfo superior al de cualquier otro estadista en la historia humana. Hoy que los años han pasado y la experiencia nos demuestra, a todos, históricamente, cuán difícil es conseguir cualquier arreglo diplomático, estamos en condiciones de apreciar la inmensidad de un ideal que en su tiempo la propia infanta Carlota Joaquina sin duda no juzgaba tan grande, tan magnífico y tan imposible.

Esta imposibilidad es fácil comprenderla. El Brasil y el Río de la Plata son dos regiones del Nuevo Mundo, con unos orígenes comunes y con una historia, ligada por infinidad de nudos, pero con diferencias y tradiciones muy marcadas. Somos como dos hermanos en que cada uno conserva su personalidad y su independencia. Tan difícil era que el Río de la Plata se sujetase a un gobierno residente en Río de Janeiro como que el Brasil se sometiese a los liberales o al Cabildo de Buenos Aires. Los siglos XVI, XVII y XVIII habían mantenido una separación muy profunda entre españoles y portugueses, entre las tierras del Río de la Plata y las tierras del Brasil. La lucha contra el contrabando, las guerras por la Colonia del Sacramento, las cuestiones de límites, la guerra guaránica, los ataques de los bandeirantes, etcétera, habían creado una separación que hacían aún más profunda la distancia geográfica, el idioma y la casa de Braganza, tan alejada, en sus ideales imperialistas del nacionalismo democrático de los ciudadanos de Buenos Aires. Impresos de aquel entonces, descubiertos y estudiados por nosotros, demuestran que en Buenos Aires no se ignoraban los pormenores de todo cuanto ocurría en Europa, en Portugal y en Río de Janeiro. La llegada de

la familia real portuguesa a Río fué referida en Buenos Aires con detalles nimios, algunos ridículos, que contribuyeron a enfriar cada vez más los ánimos en contra de la familia real portuguesa. Los medios de información eran más rápidos de lo que nos imaginamos y la imprenta de los Niños Expósitos realizaba verdaderos milagros que en pocas horas ponían todos las noticias al alcance de los habitantes de Buenos Aires, de Montevideo y de las demás ciudades del Virreinato. En Brasil era una experiencia que convenía observar, pero no un poder al cual someterse. La apertura de los puertos brasileños al comercio de todo el mundo fué un hecho que, sin duda, tuvo su influencia en Buenos Aires. En cuanto a la infanta Carlota Joaquina nadie ignoraba su casamiento, a los once años, con un hombre que, como su madre, podía caer en la locura. Muchas verdades, o calumnias, respecto a su moralidad, habían sido divulgadas por sus enemigos desde el instante que ella había conspirado contra su propio marido, en Portugal, para suplantarlo en el trono y en la completa dirección de la política. El apodo de "hija de canallas" no la abandonó en mucho tiempo. Los planes de la infanta Carlota Joaquina consistían, como es sabido, en salvar, bajo su mando, las provincias americanas a fin de que, con la caída de su hermano Fernando VII y el dominio de España, de un hermano de Napoleón, no pasasen a las manos del emperador de los franceses. Toda la agitación de la infanta Carlota obedecía, pues, a un noble propósito patriótico y español que, de haberse realizado, habría tenido las más grandes e insospechadas consecuencias. Pero, como dijimos, la actitud de los hombres de Buenos Aires y Montevideo no dejó avanzar tantas esperanzas. En esta frialdad tuvo su parte el convencimiento de Buenos Aires de poder rechazar cualquier ataque francés, como había rechazado los ingleses, en el caso hipotético que se realizase, y la seguridad de que las palabras de la infanta sólo tenían por fin hacer entrar en el dominio portugués las provincias hispanoamericanas. En igual forma pensaron las autoridades de otras partes de América y en España se propaló, con cierta razón, que la infanta quería ocupar, sin derechos, el lugar de su hermano Fernando VII.

§ 7. *La infanta Carlota Joaquina y la elección del 25 de Mayo de 1810*

Todas las ideas políticas y todas las formas de gobierno tuvieron en las provincias americanas tantos defensores criollos como puros españoles. El proyecto de coronar a la Infanta Carlota Joaquina contó con partidarios en el Río de la Plata. Fueron, como es notorio, Belgrano, los hermanos Rodríguez Peña, Castelli, Passo, Vieytes, Alberti, Irigoyen y otros. Pero las verdaderas ideas polí-

ticas de estos hombres, la intervención de la diplomacia inglesa y los nuevos sucesos que se produjeron en Buenos Aires dieron al suelo con los posibles planes de coronación. Los políticos porteños, ya lo hemos dicho, no admitían el absolutismo que en su persona pretendía mantener la infanta Carlota Joaquina. Pasar de un absolutismo a otro absolutismo no era un negocio que conviene. Aquellos hombres buscaban la libertad o independencia y la infanta no estaba dispuesta ni a dar la libertad ni a renunciar a sus derechos a Portugal y Brasil. Existía, pues una diferencia fundamental de propósitos en los planes de la infanta y en los de los conspiradores de Buenos Aires. Lo lógico era que ocurriese lo que ocurrió: el fracaso de la unión, el alejamiento y las venganzas recíprocas. En 1809, la infanta todavía insistió en Buenos Aires con un emisario de fino talento y complicada vida: el diplomático y gran lector Felipe Contucci, portugués de origen florentino, sobre cuya existencia, a ratos maravillosa, tenemos en preparación un largo ensayo.

La llamada revolución del 25 de Mayo de 1810, o cambio de gobierno absolutista en liberal, inquietó profundamente a la infanta Carlota Joaquina. Quienes han estudiado este movimiento —son innumerables los autores —no han advertido un hecho transcendental: esta llamada revolución no fué en absoluto una revolución, sino un acto normal, sencillo y lógico, perfectamente conocido, previsto y legislado por los reyes de España y el derecho español. Es indiscutible, de acuerdo con toda la historia del derecho español, que el poder reside en el pueblo; en otras palabras: que el pueblo es el depositario del poder y puede darlo y quitarlo cuando lo juzga necesario. Si un monarca muere sin sucesión o hállase impedido de gobernar y no nombra sucesor, el poder vuelve al pueblo y éste puede confiarlo a una nueva persona o institución. Son las normas tradicionales del derecho natural del hombre, indiscutibles y claras. Los llamados revolucionarios de Buenos Aires no hicieron más que recuperar, como pueblo, el poder que Fernando VII había perdido y que a ellos les correspondía. La Junta de Gobierno se llamó provisional y juró gobernar en nombre del rey cautivo, Fernando VII. No se trataba de ninguna revolución, sino de un acto inevitable y natural; pero algunos políticos españoles pretendían crear una doctrina nueva, sin fundamentos, sin justicia y sin razones: que el pueblo de Buenos Aires obedeciese al pueblo de alguna ciudad española y no se gobernase a sí mismo. En efecto: pretendían que se siguiesen los mandamientos de una de las tantas Juntas que gobernaban en cada ciudad española con los mismos derechos y la misma forma que la Junta de Buenos Aires. Era, incuestionablemente, una injusticia. Los miembros de la Junta explicaron cuál fué la actitud del pueblo cuando supo que en España había desaparecido el gobierno legítimo en una comunicación fechada a los tres días de la llamada revolución —el 28 de mayo de 1810— y dirigida al marqués de Casa Irujo, ministro de España en Río de Janeiro. "La Junta central suprema instalada por sufragio, de los Estados de Europa y reconocida por los de América, fué disuelta en un modo tumultuario, subrogándose por la misma sin legítimo poder, y sin sufragio de estos pueblos, la Junta de Regencia que, por ningún título, podía exigir el homenaje que se debe al Señor don Fernando VII. No se le ocultaba cuanto la incertidumbre del Gobierno supremo podía influir en la división, y causar una apatía que rindiese estos Estados a la discreción del primero que de fuera o del interior aspirase a la usurpación de los derechos del Rey. Por eso recurrió al medio de reclamar los títulos que asisten a los pueblos para representar la soberanía, cuando el Jefe supremo del Estado, cual es el Rey, se halla impedido, y no proveyó de Regencia al Reino. Obtuvo el efecto por los medios más decentes y tranquilos, en el modo extraordinario que corresponde para reunir la voluntad general en el voto de deber reasumir la Autoridad de Gobierno de las Provincias, en los términos que manifiestan los adjuntos documentos impresos, dirigidos a instruir de la instalación de la Junta Provincial Gubernativa del Río de la Plata, por el Señor don Fernando VII para guarda y conservación de sus augustos derechos. Así lo han reconocido y jurado las corporaciones, Jefes, Ministros y funcionarios públicos, sin que haya motivo de excusar la complacencia general..." Las razones de la elección del 25 de Mayo de 1810 no pueden estar más bien explicadas. El pueblo reasumió su soberanía, como en los primeros años de la colonia, en el siglo XVI, cuando elegía un gobernador por voluntad popular, de acuerdo con una real cédula de 1537. Fueron los partidarios del absolutismo, del derecho divino de los reyes, los que crearon y desencadenaron la verdadera revolución. Entendámonos bien. La revolución no la hicieron los hombres o el partido que hasta ahora han sido llamados revolucionarios, sino los absolutistas. En otros términos: nunca hubo revolución en el Río de la Plata, sino guerra civil. Realistas, en un principio, eran todos: absolutistas y liberales. Cuando las armas dividieron a los hispanoamericanos por culpa de los absolutistas y el rey se declaró contrario a la libertad y democracia, los realistas hispanoamericanos se dividieron en realistas propiamente dichos, también conocidos con el nombre general de españoles, y en liberales o americanos. Revolución fué, en cambio, la revolución francesa. El pueblo francés, para reasumir sus derechos, tuvo que decapitar a un rey y derribar todo un orden de cosas establecido. En Buenos Aires el gobierno estaba jurídicamente acéfalo con la prisión de Fernando VII y la consiguiente falta de au-

toridad de su representante, el virrey. El pueblo argentino sólo tomó el poder que de hecho y de derecho le correspondía.

§ 8. *Los ideales de* 1810.

El movimiento o, mejor dicho, la elección de Buenos Aires, fué vista desde afuera como un acto sedicioso, como una revolución. El Brasil fué el primer país que temió el contagio político y empezó a cuidar sus fronteras. El Paraguay permaneció cerrado dentro de sí mismo, pues su pueblo se gobernaba tranquilamente, desde largos años atrás y no tenía motivos para obedecer a un Cabildo de Buenos Aires del cual nunca había dependido y de cuya gobernación se hallaba separado, nada menos, que desde el año 1617. Las razones que tuvo Buenos Aires para no obedecer a una Junta española, instalada en una ciudad de la Península, las tuvo la Asunción para no someterse a la Junta aparecida en Buenos Aires. En otras partes de América se luchaba a mano armada, como en el Norte de la Argentina y en el Uruguay, entre los irreductibles absolutistas y liberales.

El interés de la infanta Carlota Joaquina, de trasladarse a Montevideo, era el de lograr la paz y la unión entre los partidos contrarios y conservar las provincias para su hermano el rey de España don Fernando VII. Obró más que como esposa del Regente portugués, como hermana del rey español cautivo. Pero España interpretó de otro modo los afanes de la infanta Carlota Joaquina. Creyó que Portugal pensaba aprovecharse de la confusión para extender su dominio hasta el río Paraná. El 8 de agosto de 1810, el embajador español en Río de Janeiro, marqués de Casa Irujo, reconocía estos hechos y afirmaba que Inglaterra trabajaba, en silencio, por la independencia y que si los insurgentes de Buenos Aires se viesen perdidos se echarían en brazos de la infanta. Esta declaración revela una verdad muy grande: el empeño que siempre tuvo Gran Bretaña en que las colonias americanas se hiciesen independientes para poder comerciar libremente con ellas, y las esperanzas que los políticos de Buenos Aires mantuvieron, en no pocas ocasiones, sobre la infanta española. La pobre infanta fracasó, como muy bien explicó Julián María Rubio, primero: por la poca fe que en sus planes puso España; en segundo término, por la oposición que le hizo la diplomacia inglesa, y, en tercer término, por las negativas de los liberales argentinos.

La idea de la independencia política fué, incuestionablemente, una idea exterior, importada y generada desde afuera; no fué nunca una idea interna, nacional, de los verdaderos criollos. La tuvieron, como dijimos, unos españoles: Martín de Alzaga y Felipe Sentenach. En cuanto a los Rodríguez Peña y otros patriotas no hicieron más que cambiar ideas con Alzaga, por una parte, y con la infanta Carlota Joaquina, por la otra.

Tan cierta es nuestra tesis, de que la llamada revolución bonaerense no fué más que un cambio normal de gobierno, que el 1.° de agosto de 1810 en el Brasil todavía se tenía la esperanza que "nada faltaría, pues, para el sólido establecimiento de una recíproca y cordial amistad y confianza, si la actual organización del Gobierno de Buenos Aires pudiese llenar las miras que sin duda se ha propuesto en su instalación: esto es, proveer a la seguridad del Virreinato por primario objeto, y coadyuvar con mayor eficacia a la defensa de la Causa General que es el objeto principal de la Metrópoli y sus aliados. Pero la división de opiniones en la Provincias y aun en la misma Capital hacen recelar que uno y otro objeto sean igualmente inasequibles, y si por desgracia a las medidas ruidosas que se adoptan para reunir las voluntades, viniese a suceder *una guerra civil*, es muy dudoso que las mejores intenciones de usted consiguiesen establecer una forma de gobierno provisional, capaz de cumplir con las obligaciones que la Metrópoli y sus aliados tienen derecho de exigir de todos los miembros de la monarquía española".

El temor de que las diferencias de opiniones encendiesen la guerra civil halló su plena confirmación. La conspiración de los absolutistas de Córdoba, a cuyo frente se hallaba el ex virrey don Santiago de Liniers, fué la chispa que produjo el gran incendio. La Junta de Buenos Aires, inspirada por el fogoso Moreno, dió orden de derramar la primera sangre y Liniers y sus compañeros fueron las primeras víctimas de la guerra civil hispanoamericana por la libertad, y en consecuencia, por la independencia de esta parte de América. El 4 de septiembre de 1810 el gobierno de Buenos Aires era considerado en el Brasil un gobierno revolucionario por las fuertes medidas que estaba tomando. "Los revolucionarios de Buenos Aires —dice un documento— han establecido allí una especie de Inquisición de Estado: la menor palabra, la menor seña de desaprobación se castiga inmediatamente por lo menos con el destierro. De aquí y de la precaución que han tomado de desarmar a todos los europeos, resulta que la población entera de aquella desgraciada capital, gime en el terror y el sobresalto". Ya nada había que hacer. El drama había empezado. La infanta Carlota Joaquina, con un gran criterio, incomprendido por sus contemporáneos, trató una y más veces de hallar soluciones, apagar el fuego, cada vez más violento, y con un golpe de genio impedir lo que el destino habría creado en toda una época. Pero nada pudo lograr: la guerra civil, desencadenada en mil puntos del

Continente, siguió avanzando hasta que la independencia levantó veinte naciones donde antes se había extendido un inmenso imperio.

§ 9. *La independencia argentina.*

Los hombres de la llamada revolución de Mayo, es decir, los jefes que constituyeron la primera Junta de gobierno, fueron hombres de ideas liberales. Una escuela oscurantista argentina trata de renegar de los hombres que hicieron la Patria o sino deformar sus verdaderas ideas atribuyéndoles un modo de pensar que no les corresponde. Todos ellos, sin excepción, fueron españoles —algunos hijos o nietos de italianos— nacidos en América, con ideas liberales españolas y odio declarado al despotismo. El que menos podría señalarse como liberal fué el Presidente de la Primera Junta: Cornelio de Saavedra, y, no obstante, su pensamiento liberal no puede discutirse. La confusión reside en el hecho de que aquellos hombres no pensaron, en mayo de 1810, en la verdadera independencia del país. Ya hemos explicado, en otras partes, que no faltaron conspiradores y revolucionarios aislados, algunos pagados por gobiernos extranjeros —Inglaterra y Francia— y que no faltan proyectos de separación política de España; pero se trata, siempre, de casos sin conexión con el pueblo y, menos, con los hombres de la Primera Junta de Buenos Aires. Después de la independencia de 1816, todos se atribuyeron el propósito oculto de haber acariciado esa idea y haberla disimulado por razones políticas, por falta de oportunidad y otras causas. Se creó, así, la leyenda de la máscara de Fernando VII con la cual se habría ocultado el auténtioc fin de lograr la independencia política; pero esta máscara es una invención de historiadores y un recurso al cual acudieron los políticos de entonces para engalanarse, anacrónicamente, con ideas que en su momento no existieron. La aspiración de todos aquellos hombres fué la libertad civil en el inmenso imperio hispanoamericano. Este fué el único fin que tuvo, por ejemplo, Cornelio de Saavedra. Bien sabido es que él hizo fracasar la revolución de Martín de Alzaga, del 1.° de enero de 1809, que según sus propias palabras, tenía por objeto separar, políticamente, esta parte de América de la corona española. Manuel Belgrano pensó en la independencia después de 1810 y no tienen valor los documentos posteriores a esta fecha que le atribuyen ideas diferentes antes de 1810. Juan Martín de Pueyrredón aún no se sabe exactamente si durante su permanencia en España pensó en la independencia americana o en la caída de la monarquía española para declararse a favor del hermano de Napoleón, el rey José. El mismo dijo que se negó a trasladarse a Bayona, a un llamado de Napoleón; pero la situación política de aquel momento explica muy

bien este hecho. Es muy posible que Pueyrredón, contrario a Fernando VII, y perseguido en España por los enemigos de los franceses no haya tenido otro camino que arrojarse al partido que dominaba en Buenos Aires y pensar, más tarde, en la independencia. No están aún claros estos hechos y con tales sombras sólo queremos hacer notar cuánto falta investigar en el pasado ideológico de nuestra América. Por último, Mariano Moreno fué el más españolista de todos: el más liberal, práctico y sensato, el que vió con mayor claridad los problemas políticos de esta parte de América, anunció la guerra civil, la anarquía y la tiranía en forma realmente profética y acertadísima. El llamado numen de la revolución de Mayo fué, simplemente, un campeón del liberalismo español en nuestra Patria.

Los hombres de Mayo, como los que le sucedieron, se mostraron siempre partidarios de la política liberal e inmigratoria. Sabían muy bien que estas tierras no podían permanecer desiertas e incultas y que el porvenir de nuestra Patria estaba en la inmigración, en el trabajo y en la libertad. La libertad fué en todo instante, el fundamento de la historia argentina independiente, la inspiración continua de los grandes políticos argentinos y americanos, la única tradición hispanista que triunfó y sobrevivió en la Argentina y en América. Baste decir que gran parte de las resoluciones liberales de las Cortes de Cádiz, de 1812, fueron repetidas por los liberales que formaron la Asamblea bonaerense de 1813. Negar la influencia decisiva del liberalismo en la historia argentina y americana es negar la historia misma y querer sostener lo imposible y lo absurdo en una demostración que sólo puede defenderse a base de mentiras. Nos expresamos con estos términos, tal vez impropios de obras no polémicas, porque en los años que nos toca vivir, maestros degenerados, traidores natos a los ideales de nuestra historia, han formado una juventud podrida que odia al extranjero, defiende el absolutismo y combate el liberalismo. En un futuro muy próximo tedremos que esculpir, para recordar estos años, en algún momento simbólico, las palabras que el Segundo Triunvirato escribió en un decreto en que se recomendaba a los americanos eterna gratitud al funcionario español Victorián de Villava, entusiasta defensor de la libertad: "tiempo ominoso en que la concepción de un pensamiento liberal se juzgaba crimen de alta traición". Los hombres más notables de la historia argentina en el primer cuerpo del siglo XIX fueron José de San Martín y Manuel Belgrano. Liberales convencidos: masón, el primero; religioso, el segundo, pusieron sus vidas al servicio de la libertad. Fueron antifederales: doctrina que representaba, en la Argentina, el mantenimiento de los despotismos localistas y antinacionales. San Martín fué el militar más científico

de América y el hombre cuya vida moral es más elevada y pura. Belgrano representa, también, en sumo grado, la honestidad, la bondad, la diplomacia franca y noble y el amor inmenso a la Patria. En estas líneas no nos corresponde trazar sus biografías, sino hablar de sus espíritus. Aquellos hombres fueron los exponentes más elevados de nuestra vida política y, por tanto, de nuestra historia. Representan la culminación de los ideales españoles y americanos de libertad y, como resultado final, de independencia. El proceso de la independencia política que comienza, como una calumnia del Cabildo absolutista a sus enemigos liberales, en 1810, sin que los liberales abrigasen realmente ese propósito, aparece como una posibilidad en la Asamblea de 1813 y se fortifica en 1814, cuando en América se supo que Fernando VII había abrazado el absolutismo y hecho quemar la Constitución liberal de Cádiz. Desde el 1814 la indepedencia es una aspiración sólo detenida por causas políticas internacionales. Se temía la falta de apoyo de Inglaterra y el disgusto de las naciones europeas. Juan Martín de Pueyrredón y Bernardo de Monteagudo la defienden. San Martín y Belgrano la imponen a los hombres del Congreso de Tucumán. La lucha, desde años atrás, dividía cada vez más en los combates y en las ciudades en calma a los absolutistas y a los liberales. Fácil era advertir que la unión con España se hacía materialmente imposible, pues en España dominaban los absolutistas y en América se imponían, rápidamente, los liberales. Los mismos liberales españoles aconsejaban la independencia para salvar España en América. Muchos extranjeros acudieron a América para defender en alguna parte del mundo sus principios de libertad. Entre estos extranjeros había algunos marinos ingleses y norteamericanos que combatían por un ideal y, también, por estar a sueldo de un gobierno. Para no herir reputaciones no mencionaremos nombres. Algunos de estos marinos se declararon defensores entusiastas de los gobiernos despóticos, cuando también estuvieron en el poder. Su único mérito fué ser buenos servidores del Estado: *condottieri* modernos que en vez de emplearse en una ciudad italiana de la Edad Media se empleaban en una república americana.

La vida política de algunos países del Nuevo Mundo, por ejemplo de la Argentina, Chile, Uruguay, Perú, etcétera, estuvo a menudo regida por sociedades secretas. Estas sociedades eran masónicas y no de otro carácter, como pretenden sostener, en la actualidad, algunos tergirversadores profesionales de la historia. No nos referiremos a las sociedades literarias o de actuación declaradamente no masónicas. Hablamos de las que en su tiempo fueron consideradas masónicas, como la logia Lautaro, de Buenos Aires, y otras muchas. La masonería llegó a la América Hispana por dos caminos: el de Inglaterra y el de España. En Cádiz una logia masónica desparramaba iniciados por toda América. Estos iniciados fundaban logias hasta en los buques en los cuales se trasladaban al Nuevo Mundo. Las logias fundadas en América a veces actuaban de un modo independiente, sin contacto con las logias centrales. En los primeros años de la independencia muchas logias americanas estuvieron en comunicación secreta. Las célebres *Memorias* del general Tomás de Iriarte demuestran que logias del Perú, durante la dominación española, se hallaban en comunicación con logias de la Argentina, en poder de los liberales. En contra de las logias trabajaban, al servicio de los absolutistas, los tribunales del Santo Oficio de la Inquisición. Las logias masónicas hicieron, indiscutiblemente, la independencia hispanoamericana; pero este hecho no es reconocido, en la actualidad, por los historiadores sectarios, capaces de cualquier mentira con tal de negar todo lo que América debe al liberalismo. Los libros llenos de falsedades y de negaciones absurdas que con este motivo han publicado los sectarios a que nos referimos son muchos y a cada cual más embustero. En un futuro próximo servirán para demostrar hasta dónde llega el afán sectario cuando se trata de combatir la verdad y la independencia de juicio.

§ 10. *La democracia en contra del caudillismo.*

En la Argentina y en otras partes de América se produce un hecho histórico que ha sido llamado anarquía. La anarquía nace de las rivalidades de varios jefes militares o de la lucha de un gobierno central contra caudillos provinciales. Estas dos formas se encuentran en la Argentina nítidamente desarrolladas. Historiadores modernos han sostenido que el caudillismo, el federalismo, la oposición de las provincias y de los caudillos a los gobiernos unitarios es una lucha entre formas aristocráticas del poder y formas democráticas de reacción popular. Directamente se identifica el caudillismo con la democracia. A nuestro entender los historiadores que han hablado de democracia en el caudillismo se han equivocado fundamentalmente. Democracia es gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo. El caudillismo era la negación total de los derechos del pueblo y del gobierno del pueblo. El caudillo tenía un desprecio innato por el pueblo. No le permitía expresar su opinión ni en el Cabildo ni en ninguna legislatura. El disponía todo por sí mismo y regulaba la vida de los habitantes como si hubiese sido la de su propia familia. Los gobiernos paternales eran la continuación más aguda de los viejos despotismos localistas, feudales y antidemocráticos. Los caudillos que invocaban los derechos de los pueblos usaban esta frase para engañar a las masas y hacerlas combatir en su provecho. El caudillismo se opuso a

toda forma de gobierno progresista y liberal. Es preciso conocer a fondo la vida de las provincias argentinas, por ejemplo, para darse una idea de lo que era el régimen que en ellas imponían los caudillos. No había un organismo que estudiara y promulgara leyes; no había jueces; no había un sistema de rentas; no existía una educación organizada; no podía contarse con ninguna seguridad, fuera de la que ofrecía la guardia del gobernador; no había caminos, edificios de ninguna consideración, puertos, etcétera. Las carretas debían pagar un impuesto al entrar o salir de cada provincia y los viajeros tenían que pedir permisos especiales como si transitasen por Estados enemigos. Los caudillos del primer período independiente argentino y americano son los continuadores de los caudillos de la colonia. Estos hacen su aparición en el pleno siglo XVI. Son, por lo general, los tenientes de gobernadores. El aislamiento de las ciudades coloniales desarrollaba en los tenientes de gobernadores las ideas absolutistas que habían traído de España o habían bebido en la misma colonia y producían el tipo del teniente de gobernador que impone su voluntad al Cabildo y termina por ser dueño de todos los destinos. Estos tenientes de gobernadores o caudillos coloniales no se diferenciaban en lo más mínimo de los caudillos del período independiente, salvo en las luchas que sostuvieron entre sí. Eran absolutistas, "padres del pueblo", que obedecía ciegamente, por el poder con que se le oprimía, duraban veinte años en el poder y a menudo dejaban en herencia la provincia o el cargo a otro caudillo o a un miembro de su familia. El caudillismo de la época independiente es, pues, la prolongación de los métodos coloniales enemigos del liberalismo político que dió origen a la independencia republicana. La supervivencia de estos ideales absolutistas, caudillísticos, en la era republicana, chocó violentamente con los sostenedores de los ideales liberales, auténticos nacionalistas que luchaban por una patria libre y unida. La guerra civil fué, por tanto, el encuentro de las mismas fuerzas que originaron la primera o gran guerra civil hispanoamericana. La primera fué una guerra dentro del imperio entre absolutistas y liberales confundidos, en su mayor parte, con los españoles y americanos. Esta fué la guerra que, para entenderse, podemos llamar de la independencia, por su resultado final. La segunda fué un conjunto de guerras que los historiadores, por razones de método y patriotismo, no estudian en el campo inmenso del antiguo imperio hispanoamericano, sino dentro de los límites de cada nueva nación. Por ello se las llama anarquía o guerras civiles argentinas, uruguayas, chilenas, peruanas, etcétera. La diferencia es de marco geográfico y no de esencia política, idealista. Los caudillos, aunque expresasen su odio a los españoles, en realidad no hacían más que continuar los principios políticos del despotismo borbónico, y aún anterior,

contra el cual se habían levantado los liberales que hicieron la independencia. Es por estas razones que los caudillos no representan la democracia, ni el liberalismo, sino el absolutismo, el despotismo barbarizado, localista, antinacionalista y antiunionista. Son la disgregación, el egoísmo personalista y el desprecio continuo del pueblo y sus derechos.

§ 11. *La dictadura de Rosas y sus opositores*

Estas verdades se ponen muy de relieve en la Argentina durante la época llamada rosista. Juan Manuel de Rosas fué en su tiempo el caudillo máximo de la Argentina. Su triste grandeza no la tuvo por sus méritos personales, por su talento, por sus dotes de estadista, sino por la situación geográfica de la ciudad en que pudo ejercer el mando. Buenos Aires era, desde los primeros tiempos de la colonia, la ciudad de mayor importancia de esta parte de América y de toda América, después. El comercio de la actual Argentina y de las naciones limítrofes se hacía por su puerto. Rosas representaba el resurgimiento de los ideales absolutistas vencidos en 1810 y enterrados en 1816. El estudio de sus ideas políticas lo revela el más apasionado defensor del despotismo y el enemigo mayor del pueblo, de sus derechos y libertades. Rosas sostuvo toda su vida que el pueblo argentino no necesitaba una Constitución, ni leyes, ni jueces, ni comercio interior, ni instrucción elevada y organizada. Sus actos estuvieron de acuerdo con sus ideas. Mantuvo en el poder, para que, a su vez lo sostuviesen a él, a una serie indecente de caudillos provinciales que oprimían al pueblo en las formas más duras imaginables. Estos caudillos estuvieron a punto, varias veces, de convertir sus provincias en verdaderos estados. Una escuela histórica que traiciona los verdaderos ideales argentinos para colocar, en su lugar, los ideales vencidos por los hombres que crearon la Patria, pretende que a Rosas se debe la unidad nacional argentina. La afirmación no puede ser más falsa y antihistórica. Rosas estuvo a punto, varias veces, de transformar la Argentina en un conjunto de naciones independientes. La oposición que su absolutismo levantó entre los verdaderos patriotas durante todo el curso de su gobierno demuestra que la Argentina, por culpa del rosismo, pudo desorganizarse completamente y que, gracias a la unidad espiritual de los unitarios, expatriados por la tiranía, se mantuvo unida y realizó el verdadero milagro de producir la cultura más extraordinaria de América y de nuestra Patria, toda, íntegramente, fuera de la Patria. Hubo, pues, durante el rosismo, dos Argentinas: una, la tiranizada por Rosas y los caudillos, dentro de los límites geográficos, que vivió hundida, esclavizada, sin un destello de luz, y la otra, la esplendente, la

inolvidable y, en muchos puntos, jamás superada, que se desarrolló fuera de la Patria, fuera de los límites, entre los desterrados ilustres, todos liberales, creadores de una literatura, de una poesía, de una filosofía, de un derecho, de una historia que es y será la honra de la Argentina.

Los opositores a Rosas fueron en su tiempo los hombres de mayor talento, de más capacidad intelectual, militar y personal. Fuera de su tiempo siguen siendo los hombres más destacados en las ideas patrióticas y nacionalistas argentinas, es decir, liberales. Los partidarios del fraude político, los que desprecian al pueblo o sueñan con imponer en las tierras libres americanas métodos políticos y de gobierno completamente extraños a nuestra historia, fracasados en Europa, que sólo pueden dar el mando a pequeñas oligarquías absolutistas y clericales, son, sin excepción, defensores de Rosas y de los caudillos. Estos hombres fueron en su tiempo y siguen siendo en la actualidad los mayores enemigos que tiene la patria argentina y América, en general. Representan la traición continua y oculta, en acecho, constantemente, para escalar el poder y borrar, de un golpe de espada o de pluma todas las conquistas que el amor a la Libertad creó en tantos siglos de lucha colonial e independiente.

Entre los opositores a Rosas que significaron su hundimiento definitivo debemos recordar los nombres de Justo José de Urquiza, Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi: Urquiza, colaborador de Rosas en sus primeros tiempos, comprendió que la patria marchaba derechamente a la ruina más completa, que el Brasil la atacaría y que el mismo pueblo terminaría por aplastar al tirano y al enemigo máximo que tuvo la independencia argentina. Levantó un ejército formidable y marchó sobre Buenos Aires. Los enemigos de Urquiza alegan en su contra que lo acompañaron fuerzas brasileñas y que Urquiza, por tanto, cometió el error de mezclar en nuestras guerras civiles a un ejército extranjero. Se trata, como en tantísimos otros casos, de apreciaciones falsas, basadas en embustes. El ejército de Urquiza fué seguido por un pequeño destacamento brasileño que hizo el simple papel de observador. Urquiza tuvo hacia esos brasileños la más grande indiferencia, por no emplear otros términos. Baste decir que ni una sola vez habló con su jefe, que no tomaron parte en ninguna batalla y que no dispararon un solo tiro contra los argentinos que combatían en el ejército de Rosas. Si desfilaron en Buenos Aires fué para tomar parte en los festejos, como representantes de un pueblo amigo que se sumaba a la alegría de los verdaderos argentinos. Todo lo que se diga en contrario es mentira y calumnia.

Mitre, Sarmiento y Alberdi, separados, en los últimos años de sus vidas, por diferencias personales, representan la más altas cumbres del pensamiento argentino. Mitre llevó los estudios históricos a un sumo grado de perfección. Sarmiento fué el pensador más extraordinario, creador del estudio de las ideas históricas en la historia argentina, y Alberdi, verdadero fundador, en el mundo, de la geopolítica, puede considerarse, como el internacionalista más eminente de América. Al lado de estos tres hombres desarrollaron su actividad ideológica otros ilustres pensadores y estudiosos argentinos, cuya influencia en la política liberal representó el afianzamiento de la Patria en sus grandes conquistas de los años espirituales.

En la época prerosista se destacó en la Argentina la figura de Bernardino Rivadavia. Su nombre ha sido ocultado y sus ideas han sido perseguidas por haber reformado la vida del clero en la Argentina, en su tiempo en extremo relajado. Rivadavia fué un idealista y, a la vez, un hombre práctico. Puede compararse, en la excelencia de sus ideas, a Juan Martín de Pueyrredón, que como gobernante proyectó y realizó mejoras admirables para su época. Rivadavia quiso construir, muy aprisa, una Argentina nueva, capaz de competir con las naciones de Europa. Sus iniciativas, innumerables, dieron a la Argentina un alto vuelo; pero tuvo que luchar contra la oposición de los caudillos, agazapados en sus provincias-desiertos, contrarios a la Constitución y a cualquier organización nacional que significase el control de su poder, un límite a sus arbitrariedades y una posibilidad de justicia, de libertad y de igualdad en los pueblos. Los caudillos llegaron a traicionar la nación mientras se hallaba en guerra con el Brasil y lograron, de este modo, la renuncia de Rivadavia que pasó al ostracismo y a la historia como un hombre que quiso adelantarse a su tiempo. Es ésta una errónea interpretación: Rivadavia no se adelantó a su época; fué precisamente, el gobernante de su época. Fueron los caudillos quienes hicieron estériles sus esfuerzos y prepararon el país para la tiranía de Juan Manuel de Rosas. En la Argentina, hubo, pues, dos clases de hombres frente a frente, tanto en la época colonial como en todas sus otras épocas: los partidarios de los sistemas despóticos, de origen oriental o francés borbónico, extranjerizantes, enemigos de las puras y elevadas tradiciones españolas, y los defensores de la verdadera hispanidad, del espíritu liberal español que dió origen a las grandes instituciones españolas y americanas. Los caudillos no representan una época ni Rosas representa otra época, porque esas épocas fueron también las épocas de Rivadavia y de los proscriptos que dieron al país, para toda su historia, sus más hermosos brillos espirituales. No hubo una época liberal y una época absolutista. Estas épocas no se sucedieron una tras otra. En la misma época hubo hombres liberales y hombres absolutistas, pu-

ros patriotas, nacionalistas, y verdaderos traidores y antinacionalistas.

§ 12. *La independencia del Uruguay.*

La Banda Oriental del río Uruguay, una de las Provincias Unidas del Río de la Plata, tuvo en los primeros años de la lucha de los liberales en contra de los absolutistas tres hombres de distintas ideas políticas: José de Artigas, Juan Antonio Lavalleja y Fructuoso Rivera. Artigas fué el representante local de la teoría federal norteamericana recién importada en una traducción de una obra de Paine, hecha por el venezolano García de Sena, y en otros trabajos menores. La teoría Federal era conocida en las restantes Provincias Unidas y Artigas no hizo más que presentar a la Asamblea de 1813, reunida en Buenos Aires, un proyecto en cierto modo comparable al que otras provincias argentinas conocían con anterioridad. Artigas no es, como se ha creído comúnmente en nuestros países, el creador del federalismo argentino, pero es, en cambio, el hombre que logró su implantación en la Banda Oriental. Sus ideas federales iban unidas a un liberalismo político y democrático en extremo elogiable. Tuvo en su contra la realidad de los hechos que lo obligaron a convertirse en un dictador de su pueblo y de las provincias que habían adoptado el sistema federal. Su dominio terminó por convertirse en un fracaso. Las ideas federales que él difundió con tanto empeño fueron su ruina. Los caudillos de otras provincias entendieron federalismo como justificación de su aislamiento e independencia antinacional, semibárbara. Uno de estos caudillos, Francisco Ramírez, se levantó en su contra y con la ilusión de convertir su provincia —Entre Ríos— en una república más o menos independiente, lo venció en una serie de combates y obligó a huir y encerrarse en el Paraguay, donde vivió largos años como un ermitaño.

Juan Antonio Lavalleja y Fructuoso Rivera tuvieron otras ideas. Sus fines fueron políticos con distintas orientaciones. Ambos estuvieron divididos por conveniencias y luchas de simpatías políticas. Lavalleja aspiró a reincorporar la Banda Oriental a las Provincias Unidas. Por ello encabezó la cruzada libertadora de los treinta y tres orientales. Algunos historiadores uruguayos han querido sostener la tesis de que Lavalleja tuvo el propósito oculto de arrancar el Uruguay al poder del imperio del Brasil para convertirlo en nación independiente. Se trata de una tesis patriótica *a posteriori*. Ni Artigas ni Lavalleja jamás soñaron con la independencia del Uruguay. Artigas pensó en una federación descomunal, formada por las actuales repúblicas de la Argentina, Uruguay y Paraguay. Su proyecto no pasó de un sueño. Lavalleja puso en armas

el Uruguay para reincorporarlo a la Argentina. Su misma expedición fué costeada, en forma secreta, por el gobierno de Buenos Aires y las familias principales de esta ciudad. La empresa tuvo pleno éxito y la Banda Oriental, por su propia decisión, se separó primero del Brasil e incorporó inmediatamente a la Argentina. Rivera tenía otros propósitos: uno — el que puso en práctica en todo momento— fué el de servir al Brasil y reconocer la anexión del Uruguay, como provincia Cisplatina, al Brasil. El otro fué el de crear una nación indepdendiente formada por el actual Uruguay y las actuales provincias argentinas de Entre Ríos, Corrientes y Misiones. Sus planes se derrumbaron con la marcha de los hechos. Lavalleja lo tomó prisionero y Rivera no tuvo otro camino que el de adherirse a sus proyectos. La guerra entre la Argentina y el Brasil hizo intervenir a Gran Bretaña y el ministro inglés Cánning concibió —como única solución— la independencia del Uruguay. Así nació el Uruguay como república independiente, en el gobierno de Dorrego, sin que ningún uruguayo hubiese pensado en la posibilidad de tan independencia, por obra de un ministro inglés. Era el año 1828. La primera Constitución uruguaya fué jurada en 1830.

§ 13. *La independencia del Paraguay.*

Los hombres del Paraguay estaban educados en dos fuertes tendencias políticas. Unos seguían la vieja corriente liberal que a mediados del siglo XVIII tuvo tan altas manifestaciones en los comuneros. Los otros aceptaban los regímenes despóticos, aislacionistas, dictatoriales, que habían comenzado con Domingo de Irala, en el siglo XVI, habían seguido con otros gobernadores y sobrevivían en el último gobernante español de la Asunción. Es así que cuando llegaron al Paraguay las noticias de los hechos ocurridos en España y en Buenos Aires dominó en un principio la tesis de las Juntas que devolvían al pueblo todo su poder y recibían de él autorización para gobernar mientras el monarca legítimo se hallase cautivo. En 1810 una Junta convocada por el gobernador don Bernardo de Velasco reconoció al Consejo Supremo de Regencia, que la Junta de Buenos Aires no reconocía, y declaró su amistad con la Junta de Buenos Aires. Pero esta medida no implicaba ninguna subordinación, sino una absoluta autonomía. Los hombres del Paraguay estaban demasiado educados en su aislamiento geográfico, político y sociológico para someterse, de golpe, a un gobierno que ellos no habían elegido. Hallamos pues, en el Paraguay de los primeros años de la independencia, los dos sentimientos que caracterizaron y caracterizan la historia de los hechos sucedidos en la Asunción: el sentimiento autonomista, liberal, independiente, y el sentimiento aislacionista, dictatorial, despótico. Estos sentimientos

se pusieron aún más de manifiesto cuando el enviado de Buenos Aires, el general Manuel Belgrano, pretendió dominar por las armas el Paraguay, y cuando los vecinos de la Asunción y ciudades menores se reunieron el 17 de junio de 1811, para resolver su futuro político. El ejército del general Belgrano tuvo que regresar a Buenos Aires, tras una honrosa capitulación, y la asamblea acordó deponer al gobernador paraguayo, erigir una Junta de gobierno y adoptar una serie de medidas liberales. Pero junto a estos sentimientos de libertad, tradicionalmente comuneros, se hallaban los absolutistas, encerrados en el espírtu de un extraño personaje; José Gaspar Rodríguez de Francia, paraguayo doctorado en la Universidad de Córdoba, hombre imbuído de doctrinas jurídicas y teológicas que le hicieron concebir un gobierno monstruoso para el Paraguay. El doctor Francia, como Rosas, en la Argentina, poco después, no concebía un gobierno en colaboración con otras personas. Era por principio absolutista y creía la dictadura el mejor de los sistemas gubernamentales. Hablaba de igualdad y justicia y, al mismo tiempo, soñaba con aislar el Paraguay y someterle al mando unipersonal de un elegido por una fuerza superior. Revivía, pues, la antigua tradición aislacionista del Paraguay y sus formas despóticas de gobierno, con el agravante de adornarlas con doctrinas calvinistas, de los elegidos para mandar, y de intenso absolutismo. Sincero en sus creencias, renunció dos veces a formar parte de la Junta de gobierno y sólo volvió a acceder a pedidos insistentes del Cabildo y jefes militares. Un Congreso, en 1813, movido por su talento, declaró la independencia del Paraguay y dió el gobierno a dos cónsules que debían turnarse en el poder cada cuatro meses. Un cónsul fué el brigadier Fulgencio Yegros, el otro, el doctor Francia. Al año siguiente la política de Francia logró que el Congreso lo designase dictador de la República por cinco años. Francia no se sintió satisfecho. En 1816 consiguió que otro Congreso lo eligiese dictador perpetuo. Francia se convirtió, así, en un ejemplo de dictador. No supo lo que era piedad, amor, ilusión. Abrió caminos, reorganizó el ejército, fomentó los cultivos, se preocupó, inmensamente, por el bien del pueblo, pero lo sumió, al mismo tiempo, en la más negra, absurda y extraña de las esclavitudes. El Paraguay perdió todas sus libertades y vivió temblando, postrado en una vida realmente monstruosa. No se conoce en América, en sus infinitos e increíbles detalles, una dictadura más diabólica y fantástica. Las naciones vecinas le cerraron sus puertas y él se encerró, a su vez, en los antiguos límites del Paraguay, impidiendo toda penetración del exterior. Sobre su vida y su gobierno se formó pronto una leyenda. La leyenda no alcanza a los verdaderos límites que tuvo la dictadura. Francia no quiso colaboradores íntimos ni directos. Suprimió los conventos y el Cabildo y no elevó a ningún militar a un

grado superior al de capitán. Exigió una sumisión absoluta, no se casó ni tuvo amores, ni hizo jamás a nadie —ni a parientes ni a amigos— el más mínimo favor. Misántropo, neurótico, cruel, frío, insensible, duro. Su justicia era perversidad refinada; su amor a su patria era odio a su pueblo, que mantenía como se mantiene a los esclavos en un presidio inmenso. Algunos historiadores lo han querido justificar. Sólo tiene justificación para quienes aman los métodos absolutistas, esclavizadores. Durante su gobierno, el Paraguay vivió como en un sueño trágico y tenebroso.

Los hombres que le sucedieron en el gobierno fueron don Carlos Antonio López y el general Francisco Solano López, su hijo. Carlos Antonio reaccionó contra el aislamiento impuesto por Francia y dió al Paraguay una verdadera grandeza comercial, económica y política. Su error fué querer transformar a sus hijos, aún niños, en generales y almirantes. Sarmiento se burló del niño vestido de almirante que se presentó en Río de Janeiro a estudiar como cadete. El más famoso fué Francisco Solano López, educado en París, donde se entusiasmó con Napoleón III y se unió a la célebre madama Elisa Lynch de Quatrefages. El joven Francisco Solano tuvo en sus primeros años de actuación pública un prestigio bien ganado. Su intervención en los conflictos argentinos fué eficaz y mereció el aplauso de las clases dirigentes e ilustradas. Un asunto político del Uruguay llevó a Francisco Solano a una intervención armada en contra del Brasil que significó su destino. Pretendió atacar el Brasil pasando sobre territorios argentinos. El Presidente Mitre, de la Argentina, se opuso con toda razón a servir de puente en una lucha entre el Paraguay y el Brasil y Francisco Solano declaró entonces la guerra a la Argentina y, antes que la declaración llegara a Buenos Aires, cayó sobre la ciudad de Corrientes. La Argentina, el Brasil y el Uruguay, unidos en una triple alianza, combatieron al Paraguay hasta extinguir, prácticamente, a sus habitantes. La Asunción cayó y todo el Paraguay fué ocupado. Francisco Solano López, después de cometer actos insensatos, de alucinado o enloquecido, y vagar por las selvas fusilando a sus más fieles amigos, haciendo azotar a su madre y hermanas y vendiendo, por sumas imaginarias, a madama Lynch, extensiones inmensas de la Patria, para que en ella, según se dice, se salvara parte de la Patria que, a su juicio, sería anulada y repartida, fué alcanzado por una partida de soldados brasileños que lo ultimaron en la selva. López murió heroicamente. Su recuerdo se hizo legendario y hoy es símbolo de la resistencia paraguaya, del carácter indomable del soldado paraguayo y de la independencia y soberanía del Paraguay.

No fué hombre de gran inteligencia, sino un espíritu ensoberbecido, dominante, educado en la escuela más absolutista de América, convencido que cada una de su palabras y de su actos era un

golpe de genio y que, con su dirección militar, podía convertir el Paraguay en la nación más poderosa de América. Por no haber querido o sabido renunciar a tiempo llevó el Paraguay al sacrificio más estéril y fantástico de la historia del Nuevo Mundo. Su heroísmo fué grande, pero infinitamente más grande y sublime fué el de los humildes soldados paraguayos. Todos sus contrarios —argentinos, brasileños y uruguayos— hicieron su elogio con palabras palpitantes de admiración. El Paraguay fué llamado, con plena razón, país de raza de gigantes.

§ 14. *La independencia de Chile*

Los hombres que hicieron la independencia de Chile, empezando por los precursores Manuel Salas, Juan Egaña y José Antonio Rojas, fueron todos liberales convencidos. Las ideas liberales de los agitadores de Buenos Aires penetraron en el reino de Chile y hallaron espíritus que las aceptaron y divulgaron rápidamente. El proceso que condujo a la independencia fué en Chile idéntico al de muchas otras partes de América. Las noticias de España dieron por resultado la formación de una conciencia pública que se preocupaba enormemente del futuro del país. Existía el temor de que esa parte de América pudiese caer en manos de Napoleón o su hermano, el rey José, que gobernaba en España. La instalación de la junta provisional gubernativa de Buenos Aires, el 25 de Mayo de 1810, hizo nacer en Chile el deseo de levantar otra semejante. Los liberales difundían el principio de que el poder emana del pueblo y que el pueblo debía gobernarse a sí mismo por medio de una Junta. El clero se mostró contrario a esta doctrina y entonces el mendocino Juan Martínez de Rosas divulgó el *Catecismo político cristiano dispuesto para la instrucción de los pueblos libres de la América Meridional* en el que se enseñaba que el pueblo es el fundamento de toda soberanía.

La Junta creada en Santiago el 18 de septiembre de 1810 tuvo una semejanza muy grande con la de Buenos Aires, especialmente en el espíritu de algunos componentes. Lo mismo que en Buenos Aires surgió pronto una rivalidad entre la nueva Junta y la Audiencia. La guerra civil que se incubaba en Buenos Aires se incubó también en Chile. Entre tanto, Juan Egaña, peruano de nacimiento, presentó a la Junta un Plan de gobierno en el cual sostenía la tesis de que la ruina de España dejaba a las colonias americanas en libertad de constituirse autonómicamente. Las ideas sobre el futuro de América no eran claras en cada uno de los liberales que integraban las nuevas Juntas americanas. Cuando el representante de la Junta de Buenos Aires, Antonio Alvarez Jonte, llegó a Santiago, declaró en un discurso que América debía estar unida en una inmensa confederación.

La obediencia a Fernando VII no era puesta en duda por ninguno de los llamados revolucionarios. La revolución no pasaba de una guerra civil entre los partidarios de las Juntas que debían gobernar en nombre de Fernando VII y los partidarios del Consejo Supremo de Regencia que pretendía gobernar en España también en nombre de Fernando VII. El Consejo Supremo exigía que se acatasen sus órdenes. Las Juntas sostenían que eran ellas quienes debían gobernar en nombre del pueblo mientras durase la cautividad del monarca. Muy pocos hombres pensaban realmente en la independencia política, en la constitución de una nueva nación.

Los hermanos Carrera iniciaron una campaña militar para tener el gobierno en sus manos. Mucho se ha escrito sobre los Carrera y poco se ha dicho sobre sus verdaderos ideales. Unos autores los defienden basados en testimonios personales de gentes que los conocieron y consideraron unos verdaderos caballeros. Otros los atacan porque sus soldados, sin paga, capaces de cualquier depredación, robaban ganados y saqueaban ranchos. Los Carreras perseguían el poder sobre la base de sus ideas liberales. Sus aventuras constituyen una extraordinaria novela. El más famoso de los tres —José Miguel— se destacó en las luchas civiles de la Argentina. Los Carrera tuvieron en su contra el general O'Higgins, considerado el héroe máximo de Chile, y al mismo general San Martín, gran amigo de O'Higgins. Los tres hermanos murieron trágicamente: uno en un duelo, y los otros dos en Mendoza ejecutados con poca diferencia de tiempo en el mismo lugar. En cuanto a O'Higgins, su enemigo, después de una gloria fugaz se retiró al silencio y al olvido. Su voluntario ostracismo es hoy en día una de las páginas más hermosas de su biografía. El destino de estos hombres era el de los políticos de las nuevas repúblicas independientes. Las divisiones no se hacían tanto por ideales políticos, sino por razones personales. Más que a principios se seguía a jefes. Los desórdenes obligaban a menudo a gobernar por medio de dictaduras. Estas dictaduras eran prácticas, obligadas por las circunstancias y no respondían a verdaderas doctrinas dictatoriales, absolutistas. El ideal de todos aquellos hombres habría sido el de la democracia y libertad más grandes, pero al hallarse frente a los acontecimientos y a las pasiones tenían que empuñar las riendas del gobierno con mano dura. Otro carácter, en cambio tuvieron los dictadores por principios, los convencidos de la bondad de los métodos absolutistas aun cuando las circunstancias no los hacían necesarios, como Juan Manuel de Rosas, José Gaspar Rodríguez de Francia, y otros. O'Higgins gobernó como dictador, en Chile, desde el 1817 al 1823. Su dictadura no nació de sus ideas, sino de las circunstancias.

Los hermanos Carrera y otros hombres se levantaron contra esta dictadura que juzgaban, en cierto modo, una prolongación del

régimen español o absolutista. San Martín la apoyó porque comprendió que era, entonces, el único medio de mantener el orden y hacer frente al enemigo. No obstante, los procedimientos dictatoriales de O'Higgins terminaron por significar su desprestigio y su caída. Tuvo que renunciar y retirarse fuera de la Patria. Una vez más se demostró que las dictaduras no deben aconsejarse ni en los momentos de peligro. Desde entonces los hombres de Chile han dividido sus ideas entre las tendencias liberales y las tendencias conservadoras. La masonería y el liberalismo en general han hecho un largo camino. En los tiempos contemporáneos, desgraciadamente, el comunismo también se ha abierto el paso. En su contra hay fuertes contingentes de católicos y aristócratas. La lucha de clases es sorda y existe en potencia; pero más que lucha de clases se trata de una lucha de ideales políticos.

§ 15: *La independencia de México*

Las causas que originaron la independencia de las distintas regiones de América la precipitaron al mismo tiempo en México. Este país, influenciado a fondo por el clero, se alarmó enormemente cuando, en 1808, supo que los franceses dominaban en España. Los católicos mexicanos temieron por la estabilidad de su religión frente a la libertad de cultos que profesaban los franceses. En forma unánime los hispanomexicanos resolvieron no reconocer el gobierno intruso de Napoleón y aprestarse para la defensa contra cualquier ataque francés. Los mexicanos reaccionaron como los buenos españoles de la Península. No hay ninguna diferencia entre el modo de pensar de los españoles tradicionales de la Península y los hispanomexicanos de México. Unos y otros estaban de acuerdo en que en ausencia del rey el pueblo recuperaba su poder y podía gobernarse a sí mismo. En contra de estas ideas se seguían las de los absolutistas, partidarios del acatamiento ciego al Consejo de Regencia, que sostenían, lo mismo en España que en América, una inmovilidad y una espera de acuerdo con las leyes existentes. Los empleados del gobierno, especialmente los oidores, defendían la obediencia al Consejo de Regencia, y los componentes de los Cabildos aspiraban a la implantación de Juntas provisionales de gobierno como las que existían en España. El ayuntamiento de México declaró que las madres mexicanas, "cuando no quede otro recurso, ellas, con los ojos enjutos, prenderán fuego a las ciudades y los pueblos, y abrazadas con sus hijos los más pequeños se arrojarán en el centro de las llamas, para que el enemigo sólo triunfe de las cenizas y no de nuestra libertad". El enemigo eran los franceses, y la libertad era la que hasta entonces habían tenido todos los españoles y americanos, no dominados por Napoleón. La lucha entre absolutistas y

liberales, es decir entre los hombres que pretendían mantener en el poder a los funcionarios nombrados por Fernando VII antes de su cautiverio, y los hombres que aconsejaban dar al pueblo su propio gobierno por medio de Juntas, estalló en forma parlamentaria, con agrias discusiones. Los absolutistas españoles acusaban a los liberales de querer entregarse a la independencia, siguiendo el ejemplo de lo norteamericanos. Los liberales no pensaban en realidad en la independencia, sino en los derechos del pueblo y los derechos naturales del hombre, como sus hermanos españoles de la Península. Los debates jurídicos entre el ayuntamiento y la audiencia fueron cortados por la acción de los hispanomexicanos de ideas absolutistas. Gabriel de Yermo, convencido por teólogos y jurisconsultos que las mejores ideas eran las de proceder con energía a fin de salvar las tierras de América de cualquier invasión francesa y de la debilidad de los liberales, que pretendían dar el gobierno a Juntas democráticas, preparó una revolución de carácter aristocrático que embarcó al virrey Iturrigaray rumbo a España y puso el gobierno en manos absolutistas. Las conspiraciones comenzaron en seguida. Todas tenían como fin defender la tierra contra los franceses y obedecer a Fernando VII bajo un gobierno liberal. El separatismo, la independencia, no aparecen por ninguna parte. El primer levantamiento armado lo inició el cura Miguel Hidalgo, hombre de ideas liberales, que se preguntaba: "¿Creéis acaso que no puede ser verdadero católico el que no esté sujeto al déspota español? ¿De dónde nos ha venido este nuevo dogma, este nuevo artículo de fe?". La sublevación comenzó el 16 de septiembre de 1810. Ni una sola vez el cura Hidalgo habló de independencia ni dijo si el nuevo gobierno sería monárquico o republicano. Sus enemigos lo acusaron para desacreditarlo, de querer la independencia mexicana, mas lo único cierto es que Hidalgo levantó a las clases pobres y nativas del país contra las ricas y las originarias de España. Su lucha puede considerarse una guerra social. Fué ejecutado el 30 de julio de 1811 por haberse sublevado contra las autoridades constituídas e inducir a la independencia, o sea, a desobedecer al gobierno legítimo.

El movimiento de Hidalgo fué continuado por José Ignacio Rayón, defensor de los derechos de Fernando VII, de la legislación eclesiástica, del orden y del odio a Napoleón y a sus secuaces. El 20 de octubre de 1811 la Junta presidida por Rayón comenzaba sus manifiestos con estas palabras: "El Señor don Fernando VII y en su Real nombre la Suprema Junta Nacional Americana instalada para la conservación de sus derechos, defensa de la religión santa e indemnización y libertad de nuestra oprimida patria". Algunos historiadores han querido ver en los planes de Rayón, como en los de Hidalgo, un propósito oculto de independencia política y no han advertido que la palabra independencia, usada algunas veces, sólo

se refería a la facultad de actuar libremente y no a la creación de un nuevo Estado. El encabezamiento transcripto expresa todos y los verdaderos fines de la Junta de Rayón: conservación de los derechos de Fernando VII, defensa de la religión y libertad civil. No se puede hablar de propósitos de crear una nueva nación. La Junta no era mexicana, sino americana. Nótese que en las Provincias Unidas del Río de la Plata y en otras partes de América también se hablaba de un ideal americano y nunca localista.

El doctor Cos, partidario de Rayón, aconsejaba a los absolutistas españoles, en 1812, acceder a los derechos de los americanos, que eran los de convocar Cortes y darse el mando por medio de un congreso, independiente de España, pero representativo de Fernando VII. América se gobernaría independiente "y todos los habitantes de este suelo, así criollos como europeos, constituyan indistintamente una nación de ciudadanos americanos vasallos de Fernando VII, empeñados en promover la felicidad pública". Los mexicanos aspiraban, pues, a una autonomía idéntica a las de otras regiones españolas. Cuando las noticias convencieron a los americanos que Fernando VII difícilmente volvería a ocupar el trono, empezóse a pensar en la posibilidad de gobernarse sin él. La idea de la independencia total, como nación, empezó a dibujarse con mayor nitidez, impuesta por las circunstancias. El cura militar José María Morelos aceptó en principio estas ideas, pero se declaró enemigo de los extranjeros, pues su admisión podía significar un "adulterio de nuestra santa religión". La concepción de una patria mexicana, geográficamente definida, estaba lejos de cualquier proyecto. Cuando Rayón nombró a Francisco Antonio Peredo comisionado ante el Congreso de los Estados Unidos lo hizo en nombre del "supremo Congreso nacional gubernativo de los dominios de esta América Septentrional". Los mexicanos luchaban principalmente contra el absolutismo de la Península. Entre ellos no faltaban rivalidades. Morelos se dió cuenta que el imperio español se estaba deshaciendo y que cada día se hacía más difícil obedecer a Fernando VII. "Ya no hay España —decía en diciembre de 1812—, porque el francés está apoderado de ella, ya no hay Farnando VII porque: o él se quiso ir a su casa de Borbón a Francia, y entonces no estamos obligados a reconocerlo por rey, o lo llevaron a la fuerza y entonces ya no existe: y aunque estuviera, a un reino conquistado le es lícito reconquistarse y a un reino obediente le es lícito no obedecer a un rey, cuando es gravoso en sus leyes".

Eran éstas, exactamente, las doctrinas del Padre Francisco de Vitoria expuestas tres siglos antes. Los americanos, a su juicio, eran los dueños de la tierra y a ellos debían obedecer los españoles. También en esto seguía, al pie de la letra, las palabras del Padre Vitoria. No obstante, cometió, a menudo, graves infracciones contra

el derecho de gentes más elemental. Perseguía a los europeos y a los ricos simplemente por estas causas. Las Cortes de Cádiz, de 1812, ejercieron en Morelos una gran infuencia, pero él fué más allá: creía que dichas Cortes debían haber declarado la independencia como nación de cada una de las partes que componían el imperio hispanoamericano. Fué en 1814 cuando la idea de la independencia de México como nación empezó a definirse. La Constitución de ese año establece: "El Supremo Congreso Mexicano, deseoso de llenar las heroicas miras de la nación, elevadas nada menos que al sublime objeto de sustraerse para siempre de la dominación extranjera y sustituir al despotismo de la monarquía española un sistema de administración que, reintegrando a la nación misma en el goce de sus augustos imprescriptibles derechos la conduzca a la gloria de la independencia y afiance sólidamente la prosperidad de los ciudadanos..." El despotismo de la monarquía española era la causa de la separación, el motivo fundamental de la independencia. Ya no se hablaba de América, sino de México. Las doctrinas del Padre Vitoria eran las inspiradoras continuas e indiscutibles. Reveses militares pusieron al cura Morelos en poder de los absolutistas españoles y la inquisición lo declaró "hereje materialista y deísta y traidor de lesa magestad divina y humana y enemigo cruel del Santo Oficio". Morelos fué fusilado. La inquisición ahogaba todos los intentos de libertad.

Los liberales del mundo miraban con amor la lucha en México. Liberales exaltados, de distintas nacionalidades prepararon un desembarco en México en una aventura realmente fantástica. En 1817 unos trescientos hombres capitaneados por el guerrillero español Francisco Javier Mina, el cubano Infante y el mexicano Manuel Mier y Terán, desembarcaron en las costas de México. En la expedición había otros jefes españoles, como Sardá y Goñi, el conde de Ruth, alemán, un suizo: Maylefer, y un norteamericano: Young. Mina era un liberal idealista. Había combatido en Navarra contra los franceses y excitaba a los liberales hispanoamericanos a combatir con los absolutistas. Amaba a España y América y creía que una plena libertad de comercio daría a los americanos y a los españoles la riqueza que hasta entonces no habían conseguido. "Abiertos los puertos americanos a las naciones extranjeras, el comercio pasará a una clase más numerosa e ilustrada"; "libre la América, revivirá indudablemente la industria española sacrificada en el día a los intereses rastreros de unos pocos hombres". Cuando se refería a los ideales de los liberales hispanoamericanos, decía: La causa de los americanos es justa: es la causa de los hombres libres, es la de los españoles no degenerados; la patria no está circunscripta al lugar en que hemos nacido, sino más propiamente al que pone a cubierto nuestros derechos individuales". Es indudable que en Es-

paña la lucha era civil y política y se desarrollaba, fuertemente, entre absolutistas y liberales. Los liberales españoles fueron los primeros en reconocer los defectos de la administración borbónica y en exagerarlos en favor de los americanos. Cuando en 1812 se juró en Cádiz la Constitución, la divulgaron con entusiasmo en todos los pueblos y ciudades explicando que con ella la igualdad era completa, lo mismo que la libertad de cada ciudadano. Pero los absolutistas no permitieron la plena libertad de imprenta ni eligieron los diputados, a las Cortes de Cádiz, con la proporción justa que correspondía. Había grandes ventajas liberales, por una parte, y escamoteos, por la otra. Por último, la supresión de la Constitución, a la vuelta de Fernando VII, en 1814, reanudó la lucha con toda su fuerza. En enero de 1815 fué restablecida la inquisición. Era un retorno de todas las medidas absolutistas. Fué preciso que triunfaran de nuevo en España los liberales, en 1820, para que la Constitución fuese restablecida y la Inquisición deshecha. Pero en este año comenzó a actuar en la política mexicana Agustín de Iturbide, criollo, que por sus ideas absolutistas combatía en contra de los liberales. El caso de Iturbide es uno más que demuestra el carácter de guerra civil que tuvo la llamada revolución hispanoamericana. Iturbide, nacido en México, mostraba en sus ataques a los liberales hispanoamericanos más crueldad que los absolutistas nacidos en España. Cuando hablaba de su ideas absolutistas, decía: "Nada puede entibiar mi celo ni variar mi sistema formado desde un principio por el convencimiento firmísimo de la justicia de la causa que defiendo, tan noble y tan grande". El triunfo de los liberales en España decidió a Iturbide y a otros absolutistas a independizar una gran parte del Nuevo Mundo y ponerlo bajo el gobierno del rey Fernando. Este hecho explica a la perfección cómo, por culpa de la intransigencia absolutista, España perdió América. Cuando los absolutistas triunfaban en la Península, abandonaban las provincias americanas, y cuando perdían, abandonaban la Península. Iturbide se puso de acuerdo con uno de los guerrilleros mexicanos —Vicente Guerrero— y declaró la independencia de México en la población de Iguala el 24 de febrero de 1821. El nuevo Estado era un triunfo de los absolutistas: en el *Plan* de la independencia se convenía, en primer término, en defender la religión católica, y no tolerar ningún otro culto; en establecer un gobierno monárquico constitucional, con Fernando VII u otro monarca; en mantener todos sus fueros al clero secular y regular, y en gobernarse, interinamente, por medio de una Junta o Regencia. El virrey Apodaca no reconoció esta independencia, a pesar de los deseos de Iturbide de coronar a Fernando VII, y terminó por ser depuesto por sus propios partidarios. El nuevo virrey, Juan O'Donojú, representante del gobierno liberal que entonces dominaba en España, reconoció la independencia, bajo el

reinado de Fernando VII, en agosto de 1821. El 18 de mayo de 1822, Iturbide se hizo proclamar emperador. El imperio mexicano era, a juicio de Iturbide, de origen divino, defendía la religión católica y acataba una Constitución. Al mismo tiempo, el emperador reconocía que la ley es la voluntad del pueblo. El nuevo imperio era el resultado de las viejas ideas monárquicas, absolutistas, unidas a los principios del derecho natural del hombre. Por conveniencia política y evolución cultural, Iturbide dejó de amar a España para odiarla. Las dificultades económicas que agobiaban el país lo obligaron a disolver el Congreso. Esta y otras medidas de carácter absolutista originaron una revolución republicana. Fué su jefe Antonio López Santa Ana. Españoles y americanos de ideas liberales, nuevamente unidos por sus principios políticos, combatieron contra Iturbide como habían combatido contra el absolutismo borbónico. En 1823, el emperador tuvo que abandonar el país y todos sus actos fueron declarados nulos por el Congreso. El 4 de octubre de 1824 el Congreso General Constituyente sancionó la Constitución Federal calcada sobre la norteamericana. México había hallado, por fin, en el ejemplo de Estados Unidos, su verdadero destino. En cuanto al emperador Iturbide fué fusilado, oscuramente en la plaza del pueblo de Padilla, al desembarcar del barco que lo había traído de Inglaterra para recuperar el trono. Su familia oyó desde el mar los disparos convencida que eran salvas de artillería, en su honor.

§ 16. *La independencia de Centro América*

Los sucesos de España conmovieron por igual a toda América. Guatemala se estremeció con la noticia de la prisión del rey Fernando y juró defenderlo hasta morir. El amor a Fernando VII era intenso en Centro América y no se diferenciaba del que se le tenía en el resto del Continente. Cuando hubo que enviar diputados a las Cortes de Cádiz, don José María Peynado y Pezoñarte redactó unas instrucciones de intenso carácter liberal, fundadas en los derechos naturales del hombre, o sea, en la igualdad, la propiedad, la seguridad y la libertad. "La libertad —decía— es la facultad de hacer cada uno todo lo que no daña los derechos de otro. Tiene por principio la naturaleza; por regla la justicia; por garantía la ley. Su límite moral se comprende en esta máxima: "No hagas a otro lo que no quieras que te hagan". Los propósitos conservadores de la monarquía y, al mismo tiempo, de los derechos naturales del hombre, dieron origen a la creación de Juntas populares de gobierno, iguales a las de España y otras partes de América, en San Salvador, el 11 de noviembre de 1811, y en el pueblo de León de Nicaragua, el 13 de diciembre del mismo año. Es de advertir que en esta última población el jefe del pueblo era un fraile guatemalteco

llamado Benito Miguelena, y que el presidente de la primera Junta fué el obispo Nicolás García Jerez. El 22 de diciembre, un Cabildo abierto creó otra Junta en el pueblo de Granada. En 1811 la lucha entre los absolutistas y los defensores de los derechos naturales del hombre se hizo intensa, al igual que en el resto de la América Española. Al año siguiente hubo una revuelta en la ciudad de Tegucigalpa, de Honduras, porque los peninsulares habían formado el Cabildo sin un solo criollo. La Constitución de Cádiz pareció traer nuevas esperanzas. A fines de 1813 fué descubierta una conspiración contra las autoridades españolas en la capital de Guatemala. En enero de 1814 hubo otro movimiento en San Salvador. Lo dirigían los sacerdotes: Aguilar y Delgado, defensores de los derechos naturales del hombre y temerosos de que el poder napoleónico pudiese pasar a América. El regreso de Fernando VII, en 1814, hizo renacer todos los males del despotismo. El gobernador Urrutia y Montoya mantuvo los ánimos tranquilos desde 1817 a 1820. En este año fué jurada de nuevo la Constitución de Cádiz, pues los liberales habían triunfado momentáneamente en España. La independencia se proclamó en una forma que recuerda, en síntesis, los choques ideológicos ocurridos en Buenos Aires, en 1810, y en Tucumán, en 1816. Las noticias llegadas de México, con la fundación del imperio de Iturbide, hicieron convocar un Cabildo en el cual se repitieron los diálogos del obispo Lué y de Castelli: el arzobispo fray Ramón Casaus y Torres combatió fuertemente toda posibilidad de independencia, por sus ideas absolutistas, y el licenciado José Cecilio del Valle propuso que se consultara a los pueblos para saber si se debía proclamar la independencia o no se debía. Fué un español de nacimiento, José María Castilla, canónigo liberal, quien pidió que la asamblea proclamara la independencia. Trece personas, entre ellas dos frailes, subscribieron la declaración de la independencia. Era el 15 de septiembre de 1821. La declaración fué aceptada por unas ciudades e indujo a otras a declararse independientes tanto de España como de Guatemala. La proximidad del imperio mexicano terminó por anexar las ciudades de Centro América. Algunos patriotas se opusieron a esta anexión. Comenzó una guerra entre los localistas y los imperialistas. San Salvador se opuso por las armas a la anexión. En 1823, un Congreso en Guatemala creó las Provincias Unidas de Centro América. Eran las terceras provincias unidas de América: las primeras fueron las de Norte América y las segundas las del Río de la Plata. Estas provincias de Centro América se consideraron libres e independientes de España, de México y de cualquier otra potencia del antiguo como del Nuevo Mundo. Otras ciudades se declararon repúblicas independientes y algunas siguieron unidas a México. La influencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata se advierte hasta en la

bandera de las Provincias de Centro América: era igual a la Argentina: azules la primera y tercera banda y blanca la del medio, todas horizontales.

Los hombres que rigieron los destinos de las repúblicas centroamericanas lucharon por dos fines principales: unos, para mantener los cinco Estados de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica unidos en federación, y otros para hacer vivir cada país en completa autonomía e independencia. Ambiciones personales y distintos ideales políticos movieron con extrema energía todas las acciones. La república federal duró de 1825 a 1827. La guerra civil disolvió esta primera unión en 1828. Más tarde el general y escritor don Francisco Morazán logró unir de nuevo a los Estados separados. Los hombres de mayores méritos en la complicada política centroamericana fueron siempre los liberales y, entre ellos, se destaca extraordinariamente, por este tiempo, el general Morazán. Sus esfuerzos en conservar las Provincias Unidas de Centro América no pudieron ser mayores.

Su nombre es recordado como el del héroe y el campeón del pacto federal. Militar habilísimo venció en todos los combates y puede decirse que, gracias a él, existió en gran parte la Unión Centro Americana. Sus enemigos lo combatieron y terminaron por tomar prisionero. Fué fusilado, bárbaramente, el 15 de septiembre de 1842. Con él desaparecieron las esperanzas de un Estado grande y poderoso en Centro América. Los intentos posteriores no hallaron hombres de tanto entusiasmo y capacidad. Eran los años en que América toda se encontraba convulsionada por las luchas de los unionistas y federales, partidarios de la libertad y defensores del neoabsolutismo.

§ 17. *La independencia de Venezuela*

Los hombres que lucharon por el gobierno del pueblo de Venezuela lo hicieron movidos por las mismas causas que estremecieron España y el resto de América: el odio a Napoleón. La llamada revolución americana ya hemos explicado en muchas oportunidades que no fué una revolución de los hispanoamericanos contra España, sino una revolución de los españoles y de los americanos en contra de los ejércitos franceses y que sólo más tarde se hizo guerra civil entre los mismos españoles y los mismos hispanoamericanos. La revolución empezó en Madrid el 2 de mayo de 1808. En este día, como es sobradamente conocido, el pueblo español se levantó en armas contra Napoleón. Fué el comienzo de la revolución que en dos años se extendería a toda la América española. También hemos explicado, en otras páginas, que las Juntas provisionales de gobierno se crearon para hacer frente a cualquier ataque napoleónico y para que el pueblo se gobernase por medio de sí mismo mientras el rey

legítimo Fernando VII, se hallase cautivo. En Venezuela el pueblo de Caracas expulsó a los comisionados de Napoleón e inició la revolución en contra del dominio francés. No hubo la más mínima diferencia de lo ocurrido en cualquier ciudad española. La semejanza con los hechos que pocos días después se producirían en Buenos Aires, donde se ignoró lo sucedido en Caracas, es asombrosa. El Cabildo depuso al gobernador Emparán. En Buenos Aires, el Cabildo depuso al virrey Cisneros. El 19 de abril en Caracas se constituyó una Junta con diputados del pueblo y un comisionado del clero. En Buenos Aires el 25 de mayo se constituyó otra Junta con representantes del pueblo y del clero. La Junta de Caracas mandó sus representantes a las provincias y al extranjero. La Junta de Buenos Aires hizo exactamente lo mismo. Repetimos que la Junta de Buenos Aires no podía conocer los hechos de Caracas. Los diputados de las provincias concurrieron a Caracas el 2 de marzo de 1811 y el 5 de julio declararon la independencia de Venezuela. En Buenos Aires los diputados de las provincias se incorporaron a la Primera Junta, pero no llegaron a declarar la independencia. La Asamblea de 1813 estuvo a punto de hacerlo. Monteagudo lo pidió con entusiasmo, mas las circunstancias dieron otros rumbos a la historia. La guerra civil desencadenada entre absolutistas y liberales cubrió América de luchas terribles. Hay desde este momento una sola historia en todo el Continente.

La fuerza revolucionaria nacida del impulso patriótico hispanoamericano que se levantó contra el dominio napoleónico en la revolución antifrancesa más grande que vieron los siglos, es la que da un carácter uniforme a la historia de la América española. Los historiadores hispanoamericanos no han destacado bastante esta sublevación del Nuevo Mundo en contra de Napoleón ni han explicado que la palabra revolución empleada a veces por los políticos de los primeros años de la guerra civil, antes de hacerse popular, no tenía el significado de revolución contra España, sino de revolución contra el gobierno del rey José Bonaparte, hermano de Napoleón, que gobernaba en España y recibía la adhesión de muchos españoles. El carácter antifrancés de los movimientos de Caracas, México y otras partes de América no se discute. En la Argentina no ha sido suficientemente comprendido. Los testimonios, no obstante, son innumerables. He aquí dos de ellos que revelan la fidelidad a Fernando VII y el propósito de no plegarse jamás a los absolutistas y a los partidarios del rey José Bonaparte. El 25 de julio de 1810, Francisco Ortiz de Ocampo escribía a la Primera Junta: "Sólo los opresores de la voluntad de los pueblos, los que osadamente invocaban el nombre de nuestro augusto soberano el señor Fernando VII para encubrir su hidrópica sed de dominar, son los únicos que infructuosamente se deshacen para atraer a su partido infame los leales y fieles vasallos de aquel monarca desgraciado, pero creo firmemente que serán vanos sus esfuerzos y que tendré la satisfacción de anunciar a usted la libertad de unos pueblos que no merecen tener a su cabeza a unos tiranos que sólo consultan su fortuna". En estas líneas de Ortiz de Ocampo queda revelada la existencia de un partido infiel a Fernando VII, que sólo ansiaba dominar, por cualquier medida, y la de otro partido, el de los patriotas liberales. Mariano Moreno, en las instrucciones que redactó el 25 de diciembre de 1810 para don Hipólito Vieytes, enviado por la Primera Junta de Buenos Aires, a la corte del Brasil, le decía: "Manifestará las grandes intrigas que el rey José ha puesto en movimiento para que estas Provincias reciban su dominación, y el gran partido que este sistema tenía entre los mandones, los cuales conseguirían sin duda su intento si la heroica revolución de Buenos Aires quedase sin efecto". En estas mismas instrucciones, que también sirvieron para el propio Moreno, se le indicaba la conveniencia de rogar a la infanta Carlota Joaquina que enviase circulares "a los gobiernos del virreynato de Buenos Aires, manifestándoles el desagrado que le ha causado la desunión y guerra civil en que se han empeñado". La guerra civil que, según el propio Moreno, existía en las Provincias Unidas, dividía a los hombres de Venezuela. Muy pocos tuvieron realmente el proyecto de la independencia política. Francisco de Miranda fué el gran soñador que imaginó una América independiente, separada de España. Bolívar no tuvo en un principio el ideal de la emancipación política. Por lo común se juzga a los hombres de acuerdo con sus últimas ideas y no con las primeras.

Francisco de Miranda es sin duda el más extraordinario de los hombres de América en los primeros pasos de la independencia. Representa el tránsito del siglo XVIII al siglo XIX, es decir, de los ideales políticos un tanto fantásticos de una época a los concretos y bien definidos de otra época. Miranda, aventurero del mundo y del amor, de las logias secretas, de las conspiraciones, del heroísmo y de la fatalidad, tiene una de las vidas más asombrosas del Continente y un conjunto de ideales políticos confusos e imprecisos. Discípulo de las dos grandes revoluciones que estremecieron el mundo del siglo XVIII: la de Estados Unidos y la Francesa, y actor destacadísimo en esta última, se propuso convulsionar el imperio español en un esfuerzo que ninguna nación se atrevió a emprender. La fatalidad lo llevó al presidio y a la muerte. Su amigo e inconsciente perdedor, Simón Bolívar, continuó su obra con toques sobrehumanos. La guerra a muerte declarada en Venezuela entre liberales y absolutistas no tiene comparación, por su ferocidad y sus rasgos geniales, con ninguna otra de la tierra. En el Sud, el pensamiento científico y metódico de San Martín condujo las batallas de triunfo en triunfo, venciendo sistemáticamente a las fuerzas llamadas espa-

ñolas. En el Norte, Bolívar se elevó varias veces a la gloria y hundió otras tantas en la desesperación y en la derrota más negra. Los capitanes de ambos conductores muestran sus mismas características: serenos, constantes e incomprensibles, en sus variaciones, los de de San Martín; exaltados e incomprensibles en sus variaciones, los de Bolívar. Hombres de dos escuelas y de dos métodos, imprimieron a sus acciones y a la historia dos espíritus diferentes, muy difíciles de confundir. Los mismos españoles de Venezuela y de Colombia parecen distinguirse de los españoles del Perú, de Chile y del Río de la Plata. En el Sud los españoles combatieron de un modo distinto al del Norte. Fueron dos guerras que sólo tuvieron en común el ideal que las inspiró y el fin que persiguieron: el triunfo de los derechos naturales del hombre y, por tanto, de la independencia civil y política de los ciudadanos y de cada región.

Sucre y Páez sobresalen entre los compañeros y colaboradores de Bolívar. Polos opuestos en su educación y en su disciplina. El primero fué un hermano espiritual del Libertador; el segundo, un alma sin frenos, que terminó por actuar por su cuenta y no tener más ideal que el de su propio gobierno. Hombres todos ellos extraordinarios, forjaron una patria fuerte y violenta, en la cual el influjo de las personalidades no tardó en sobreponerse al de cualquier ideal. El caudillismo o absolutismo individualista de los nuevos dueños de la tierra fué el gobierno que en más de un siglo imperó en Venezuela. Bolívar murió amargado, quejándose de la ingratitud de los pueblos que él había libertado. Su obra, en lo que se refiere a la libertad, fué un inmenso fracaso. La llamada tiranía española fué substituída por otras tiranías, personales, de los caudillos y de los políticos. El gran ideal de Bolívar, de formar unos Estados Unidos Hispanoamericanos o, cuando menos, un Estado federal constituído por Venezuela, Colombia y Ecuador se derrumbó con estrépito. El Congreso de Panamá resultó un fracaso y a él no acudieron las principales naciones, empezando por la Argentina. La Asamblea Constituyente de Venezuela declaró la autonomía venezolana y la federación con Colombia y el Ecuador se deshizo. En cada república dominó un caudillo. El general Páez fué el autor de esta división. Sus ambiciones de mando significaron la ruina de una inmensa nación y el principio de una escuela de dictadores democráticos.

§ 18. *La independencia de Bolivia*

Los hombres del alto Perú, hoy república de Bolivia, forjaron sus ideas en la célebre Universidad de Charcas. Ha pasado la leyenda de que las universidades españolas y americanas seguían el pensamiento de la Edad Media y eran las más atrasadas del

mundo. Estas calumnias, difundidas por escritores enemigos de España y dueños de una profunda ignorancia, ya no pueden repetirse. Investigaciones minuciosas han revelado las obras estudiadas en las universidades hispanoamericanas y se ha podido comprobar que en ellas ocupaban los primeros puestos los autores más modernos y liberales. Todo lo contrario sucedía en las universidades del resto de Europa, empezando por la de París, en las cuales se hacía gala de un conservadorismo intelectual que asombraba por su atraso.

La ciudad de Charcas fué un ejemplo de liberalismo. En ella se destacó por sus ideas liberales, el gran jurista y pensador Victorian de Villaba. Este español ejemplar escribió en 1797 unos *Apuntes para una reforma de España, sin trastorno del gobierno monárquico y la religión*, que produjeron profunda impresión y tuvieron gran influencia en el ánimo de los estudiantes. A Villaba se le considera, justamente, como un precusor de la independencia americana. Su cultura era la de un español ampliamente versado en la historia y jurisprudencia colonial. Abogaba por el retorno al buen tratamiento del indio, conforme establecían las leyes de Indias. La administración borbónica había transformado el espíritu de la legislación indiana y la condición social de los indios había dejado de ser la benéfica y angelical del siglo XVI para convertirse en una rutina más o menos explotadora. Villaba trató de retornar a los métodos antiguos y elevar, de este modo, la condición de los indios. El liberalismo de los economistas, juristas y filósofos españoles era su base. Lo siguió con entusiasmo en sus teorías el joven Mariano Moreno, argentino, que más tarde inspiraría el movimiento liberal del mes de Mayo en Buenos Aires.

Otros discípulos, directos e indirectos, tuvo Villaba y ellos fueron los estudiantes de la Universidad. Basta decir que la mayoría de ellos fueron ardientes liberales, como el mismo Moreno, Monteagudo, Zudañes, Serrano, Anchorena y otros. Sus ideas provenían de las enseñanzas que recibían en el claustro universitario y de sus lecturas dispersas. Todos ellos pensaban como los liberales españoles de la Península. Estaba en su contra el alto clero, interesado en sus privilegios y en el sometimiento espiritual de las masas. El choque de opiniones se hizo sentir entre los oidores de la Audiencia, su propio Presidente y el arzobispo. El bajo clero, en cambio, acostumbrado a una vida irregular y ansioso de mejoras materiales se inclinaba hacia los propósitos renovadores convencido que en ellos hallaría mayor campo a sus esperanzas. Cuando en el alto Perú comenzaron a circular las noticias de España que hablaban de la invasión napoleónica, y José Manuel Goyeneche, representante de la Junta Suprema española, dió a conocer los proyectos de dominación en el Virreinato del Río de la Plata de la hermana de Fernando

VII, la infanta Carlota Joaquina, el pueblo se sublevó en defensa de su nacionalismo, dispuesto a no dejarse subyugar ni por el gobierno de Napoleón ni por el de la infanta Carlota. Así se originó el movimiento revolucionario o de protesta de Chuquisaca, del 25 de mayo de 1809. En él actuó también Bernardo Monteagudo, quien recordó toda su vida esa brillante iniciación.

De Chuquisaca el ideal de protesta contra la posible entrega al Brasil o a Napoleón se extendió a la ciudad de La Paz, donde hizo crisis el 16 de julio de 1809. El pueblo, dirigido por el cabecilla Pedro Domingo Murillo, se levantó contra las autoridades españolas a los gritos de viva Fernando VII, exigió su renuncia y la supresión de varios impuestos. Al mismo tiempo se creó una Junta Tuitiva de los derechos del pueblo. Los sublevados querían sacudir el yugo de un gobierno absolutista que oprimía el pueblo en sus intereses. Luchaban por los derechos naturales del hombre y la instalación de un gobierno esencialmente liberal. Quienes han dicho que los propósitos de los revolucionarios eran los de la independencia han confundido sus verdaderas aspiraciones. La rebelión fué considerada injusta por el virrey de Lima quien encargó al general Goyeneche que sofocara el movimiento. Tras una serie de combates, Murillo fué apresado y ahorcado en la ciudad de La Paz. En el instante de subir al patíbulo pronunció las tan conocidas y proféticas palabras: "La tea que os dejo encendida jamás se ha de extinguir".

Los hombres del alto Perú recibieron la libertad de Buenos Aires. Esta ciudad empezó a gobernarse por medio de un gobierno propio, elegido popularmente, el 25 de Mayo de 1810 y envió en seguida ejércitos a las provincias para lograr su adhesión. Las ciudades de Potosí, Chuquisaca y La Paz se adhirieron al nuevo gobierno de Buenos Aires. Un ejército bonaerense mandado por Castelli se adentró en el alto Perú difundiendo los principios de los derechos naturales del hombre y un franco liberalismo. Los oficiales del Río de la Plata llegaron a cometer excesos en contra de la religión, y se atrajeron el odio clerical. El desastre de Huaqui obligó al ejército argentino a retroceder. Sólo Belgrano pudo retener el avance español en Tucumán. El triunfo de Salta dió nuevas ventajas a los argentinos. Otras batallas y un movimiento de guerrillas mantuvieron el alto Perú, en forma alternada, bajo los generales argentinos y bajo las fuerzas del virrey de Lima. Un grupo de generales caudillos creó una serie de republiquetas en el alto Perú que se mantuvieron alejadas de la dominación española. La vida de estas republiquetas, aisladas entre sí y en lucha continua con los enemigos que las cercaban es novelesca y pintoresca en sumo grado. No ha sido hecho todavía un estudio agotador de su existencia. Ellas significaron el mantenimiento de la rebelión en el Alto Perú y una escuela de futuros caudillos y dictadores.

El alto Perú vió muy cerca su libertad cuando San Martín llegó a las costas peruanas y avanzó por tierra José Alvarez de Arenales. En 1821 San Martín proclamó la independencia del Perú. Desde entonces el alto Perú quedó librado a la suerte de sus propios hijos. El más extraordinario personaje de esta campaña fué el general Andrés Santa Cruz, que en 1823 partió de El Callao con cinco mil hombres para expulsar los restos de españoles. Junto a él iba, como segundo, otro hombre que tendría enorme trascendencia en la historia de esa parte de América: el general Agustín Gamarra. La vida del general Santa Cruz podría dar origen a una novela maravillosa. Era un indio humilde, nacido en la ciudad de La Paz y nieto de un cacique respetable. Cuando estalló la guerra civil hispanoamericana se alistó entre las filas llamadas españolas. Pronto llegó, por sus méritos, a capitán graduado de teniente coronel. En Tarija cayó en poder del general La Madrid, de las filas liberales argentinas, y fué llevado prisionero a un depósito de españoles que había en la provincia de Buenos Aires. Huyó de este campo de concentración, anduvo ocultamente por Buenos Aires, pasó a Montevideo y se embarcó rumbo a Río de Janeiro. Allí el embajador español le facilitó un viaje a España y de la Península se trasladó a La Habana, para dirigirse otra vez al Perú, a combatir en el ejército español. En La Habana, los dados y las cartas le dieron una fortuna. El general Tomás de Iriarte, que lo conoció cuando combatía en el ejército español cuenta de él que "tuvo la fortuna de hacer una gran ganancia al juego: se puso bajo un pie más espectable, contrajo buenas relaciones, se introdujo en la alta sociedad y antes de regresar al Perú visitó las Antillas". Santa Cruz se incorporó al ejército realista en los días en que el general San Martín desembarcaba en las costas peruanas. En el Cerro de Pasco fué hecho prisonero por el general Arenales y pidió ver al general San Martín. Su primera súplica fué pedir que lo agregaran al ejército libertador. San Martín, para observarlo, lo incorporó a su estado mayor. Pocas oportunidades bastaron a San Cruz para demostrar sus excelentes condiciones de militar y de fidelidad a la nueva causa. Cuando el general Bolívar pidió a San Martín un auxilio para la división del general Sucre, Santa Cruz fué el enviado y se destacó grandemente en la batalla de Pichincha. Así llegó a general de brigada y se lanzó, con Gamarra, a la liberación del alto Perú. Entró en La Paz el 17 de agosto de 1823. El 9 de diciembre de 1824 terminó la guerra en América con el triunfo del mariscal Sucre en Ayacucho. El 9 de febrero de 1825 Sucre convocó a una asamblea de representantes de las provincias para resolver la fundación de una nueva república. El decreto de Sucre fué inspirado por la realidad de los hechos: el alto Perú era una región independiente con características geográficas y espirituales muy alejadas de las Provincias Unidas del

Río de la Plata y del Perú de la costa del Pacífico. Bolívar en un principio juzgó con desagrado la convocatoria de Sucre. Pensó que el alto Perú podía ser reclamado por las Provincias Unidas o por el Perú; pero las reclamaciones no se produjeron: por el contrario, los gobiernos de ambas repúblicas expresaron sus deseos de que el alto Perú se organizase en una nueva nación. Así se fundó la república de Bolivia, el 6 de agosto de 1825. Primer Presidente fué el general Sucre.

§ 19. *La independencia del Perú*

En el Perú las sublevaciones por cuestiones de impuestos y una fuerte influencia liberal fueron muchas e inquietaron a las autoridades absolutistas. Las noticias de España y de Buenos Aires hicieron desear a los españoles y americanos un definido cambio político: pero la autoridad del virrey era muy sólida. Además, las clases elevadas se manifestaban todas en favor del absolutismo y consideraban con horror el reconocimiento de los derechos naturales del hombre. Fué preciso que el general San Martín desembarcara en las costas peruanas el 8 de septiembre de 1820. Entre sus hombres se hallaba Monteagudo, el cual expresó, años después, que en el lugar en que desembarcaron, algún día debería levantarse un monumento recordatorio. Los triunfos de San Martín y del general Arenales fueron continuos. El genio de San Martín no admitía ni errores ni derrotas. Cuando llegó a las afueras de Lima, aterrorizada por las calumnias del virrey, hizo saber a sus habitantes que entraría en la ciudad cuando ellos lo pidiesen. Todos temían saqueos e incendios. Sólo la Universidad había jurado en secreto la libertad. Siempre el liberalismo en manos de los hombres cultos. El 15 de julio de 1821 el Cabildo encabezó el acto de la independencia y la expuso en secretaría para que la firmase el pueblo. Dos mil vecinos estamparon sus firmas y el día 28 San Martín proclamó la independencia. Su protectorado fué un modelo de buen gobierno. En realidad San Martín habría consolidado más fuertemente su acción si hubiese gobernado con más energía. El mismo lo recordó en Londres, en su ostracismo, conversando con García del Río, Carlos de Alvear, Tomás de Iriarte y otros americanos. Su ministro Monteagudo, con ideas antidemocráticas, hizo lo posible para aplacar los entusiasmos excesivos de los partidos políticos y lo único que logró fué fomentar sus ambiciones, atraer el odio general sobre su persona y hacer poco grata la misma presencia del Protector. San Martín lo comprendió a su regreso de Guayaquil, donde Bolívar le negó el concurso de hombres para proseguir la lucha contra los españoles. San Martín halló el Perú anarquizado, caído en manos de los antiguos bandos de absolutistas con nombres

distintos. El Poder Ejecutivo en pugna con el Poder Legislativo. Monteagudo describió estos males en sus recuerdos políticos, achacándolos todos al predominio de las democracias. José de la Riva Agüero, elegido en 1823, presidente del Perú, llevó a cabo un gobierno brillante, pero la oposición legislativa lo hizo emigrar a Londres. Absolutistas fanáticos continuaron en su oposición aún después de Ayacucho: Rodil, en la fortaleza del Callao, e indios dispersos, en el Norte de la Sierra. Un piloto robó un barco y se lanzó por su cuenta a la piratería. En enero de 1825 Monteagudo fué muerto a puñaladas. La confusión política era grande. Bolívar soñaba con una monarquía democrática. En 1826, Páez, se insurreccionó en Colombia. En el mismo año, Bolívar dictó una Constitución para la nueva república de Bolivia. La Constitución era unitaria y establecía un presidente vitalicio e irresponsable como un autócrata con facultad de nombrar al vicepresidente. La Constitución admitía un poder legislativo dividido en tres cámaras de tribunos, senadores y censores de treinta miembros cada una. El primer presidente fué el mariscal Sucre. El 3 de septiembre de 1826, el general Santa Cruz asumió la presidencia del Perú. Su prestigio iba aumentando. Le sucedió el general La Mar, enemigo de Bolívar. El general Agustín Gamarra, desde la frontera peruana, amenazaba con invadir a Bolivia. En abril de 1828 Sucre fué depuesto y aprisionado por un motín y el general Gamarra recibió la invitación de penetrar en Bolivia. Un Congreso reunido en Chuquisaca aceptó la renuncia de Sucre y dió la presidencia al general Santa Cruz. El indio de las innumerables aventuras, que había combatido en las filas españolas en contra de los liberales, iba a convertirse en dictador de su patria, Bolivia y del Perú.

§ 20. *La independencia del Ecuador.*

El primer hombre, en la actual república del Ecuador, que luchó en Quito, por los principios liberales, fué Eugenio de Santa Cruz y Espejo. Era médico desde el año 1767 y logró formar un núcleo de liberales, como don Juan Pío Montufar, marqués de Selva Alegre, y Antonio de Nariño. Todos ellos eran partidarios de los derechos naturales del hombre y difundían ideas contrarias al absolutismo. En el Ecuador abundaban los clérigos, frailes y monjas y en general existía un espíritu fanático y absolutista. En 1795, Espejo fué encarcelado por tener planes separatistas de independencia política y haber proyectado la confiscación de los bienes del clero. La muerte de Espejo, en la prisión, no hundió sus ideas. Estas sobrevivieron en los organizadores de la revolución de 19 de agosto de 1809. Los propósitos de este movimiento fueron idénticos a los que crearon juntas provisionales de gobierno en toda España y América: formación de una junta encarga-

da de defender la tierra contra los posibles ataques franceses y gobernar en nombre de Fernando VII mientras durase su cautiverio. El presidente de esta Junta fué el marqués de Selva Alegre, el vicepresidente fué el obispo don José Cuero y Caicedo. La Junta comunicó al presidente de la Real Audiencia que sus funciones habían terminado y el 16 de agosto un Cabildo abierto, reunido en la sala capitular del convento de San Agustín, ratificó todo lo resuelto por la Junta. El Presidente de la Junta dejó bien establecido que el movimiento tenía por fin "la conservación de la verdadera religión, la defensa de nuestro legítimo monarca y la propiedad de la patria".

Es notable comprobar que todos los movimientos americanos que tuvieron como causa los sucesos de España, sin estar en contacto entre sí y carecer de plan común, se desarrollan de un modo impresionante por su semejanza y expresan propósitos idénticos, que coinciden hasta en las palabras. Este hecho, realmente extraordinario demuestra lo equivocado que han estado todos los historiadores convencidos que el fondo de las verdaderas intenciones era la indepedencia política. Se basan para ello, en las acusaciones de los absolutistas que veían en el nacimiento de esas juntas al fin de sus mandatos y empleos. La independencia, desde luego se hallaba incluida en la creación de las juntas, pues ellas debían gobernar independientes de todo otro poder; pero no era una independencia como la que se concibió más tarde: separatista, desligada de España para constituir nuevas naciones. Es preciso distinguir estos hechos y la evolución que se operó en las conciencias, en los ideales y en la política a medida que pasaron los años y los acontecimientos de la guerra civil hicieron imposible el seguir unidos a la Península dominada por los absolutistas.

En octubre de 1809, la junta de Quito tuvo que entregarse al conde de Selva Florida, criollo de nacimiento, quien devolvió el poder a la Real Audiencia. El 2 de agosto de 1810 hubo en Quito otro movimiento revolucionario, de carácter violento, por las persecuciones que había iniciado el virrey de Lima. La represión fué cruel en exceso. La guerra civil entre los liberales de Quito y el virrey Abascal no tardó en desarrollarse. El carácter de guerra civil que para nosotros tuvo la emancipación americana puede advertirse, de un modo intenso, en los sucesos del Ecuador. Aquí combatieron, frente a frente, por ideales opuestos, Pedro Montufar y Carlos Montufar, tío y sobrino, cada uno al frente de un bando. Los indios también estaban divididos según sus simpatías personales. Por fin triunfaron los absolutistas, pero las ideas liberales y republicanas habían echado hondas raíces. La división entre españoles peninsulares y criollos empezó a notarse. El 11 de diciembre de 1811 el primer Congreso de los pueblos libres declaró la independencia política de Quito. Está indepedencia merece ser estudiada con atención, pues revela lo que entonces, en muchas partes, se entendía por independencia absoluta. El diputado Carlixto Miranda, por ejemplo, presentó un proyecto de Constitución en que se establecía que el nuevo Estado se llamaría reino de Quito, que el monarca sería Fernando VII y que entre tanto gobernaría un senado supremo conservador del reino. El Estado se declaraba por completo independiente de las Cortes españolas. Es decir: que la independencia era de un gobierno y se trataba de hacer triunfar el autonomismo: algo muy comparable a la actual constitución del imperio británico. El proyecto del diputado Miranda fué rechazado y en su lugar se aceptó otro semejante, que no variaba la fidelidad a Fernando VII; pero reconocía los derechos del hombre y el derecho natural de los pueblos para gobernarse. No se trataba, como se ha creído, de ninguna influencia de la revolución francesa, sino de los principios del derecho natural comunes a toda España y América en su autogobierno por razón del cautiverio de Fernando VII.

Los hombres del Ecuador obraron como los del resto de América en sus ideales de libertad y antilibertad. Unos eran partidarios de los derechos naturales del hombre, es decir, de la tradición hispánica democrática y liberal, y los otros defendían el absolutismo, la dependencia de un gobierno fantasma de la Península cuyo origen era a todas luces ilegítimo. Así se desenvolvió en el Ecuador la misma guerra civil que tuvo lugar en el resto de América. La lucha contra los absolutistas que llevaban a cabo, triunfalmente, las fuerzas de San Martín, en el Sud, y de Bolívar, en el Norte, hicieron comprender a los quiteños que la hora de la emancipación había llegado con exceso. El 9 de octubre de 1820 un movimiento dirigido por el ecuatoriano José de Villamil, el venezolano León de Fabres Cordero y el peruano Gregorio Escobedo dió por origen un cabildo abierto que vino a realizar lo que diez años antes se había cumplido en Buenos Aires y otras ciudades americanas. Una asamblea, reunida en noviembre, resolvió declarar a la provincia de Guayaquil en entera libertad para unirse a la asociación que le conviniese, de las que se formaran en la América del Sud.

En 1821 Bolívar, y en 1822, San Martín, avanzaron en el Ecuador y, gracias al héroe argentino, la libertad se abrió paso en forma definitiva. La batalla de Pichincha, el 24 de mayo de 1822, limpió el Ecuador de españoles absolutistas. En junio Bolívar entró en Quito y decretó la anexión a Colombia. No obstante, existía un pequeño partido que deseaba la autonomía o independencia de Quito y de Guayaquil. A su lado estaban los partidarios de la anexión a Colombia y de la anexión al Perú. La decisión de

Bolívar, de incorporar Guayaquil a la república colombiana, disgustó a los partidarios contrarios y, en especial, a San Martín. Este aspiraba a que esa provincia se incorporase al Perú. Los hombres del Ecuador lograron al cabo de ocho años, el 13 de mayo de 1830, la completa autonomía de su patria. La independencia de esta provincia llegó por un proceso de descomposición de la gran Colombia. Los caudillismos y localismos se hacían cada vez más fuertes. La ausencia de un poder central, como deseaban San Martín, Monteagudo y Bolívar, hizo posible esta disgregación. Cada provincia española se fué convirtiendo en un Estado libre y Quito, Guayaquil y Cuenca siguieron este destino erigiéndose en una nueva nación.

§ 21. *La independencia de Colombia.*

En Bogotá las ideas liberales despertaron como en el resto de España y de América a fines del siglo XVIII. Antonio Nariño hizo una traducción de los *Derechos del hombre y del ciudadano* que no logró circular y le atrajo una serie de persecuciones. Esta traducción no revela en absoluto una influencia de la revolución francesa. El mismo Nariño explicó en su desgargo que tales ideas se hallaban en la mayor parte de los tratadistas y jurisconsultos españoles y eran tan antiguas como la misma historia de España.

La prisión de Fernando VII despertó la teoría de que el pueblo es la fuente del poder y debía gobernarse a sí mismo, por medio de juntas, mientras durase el cautiverio del monarca. El gobierno peninsular envió a Bogotá un comisionado regio: Antonio de Villavicencio que, casualmente, había nacido en Quito. Su llegada dió origen a un movimiento que se asemejaba extraordinariamente al que se produjo en Buenos Aires en el mes de mayo. El 20 de julio de 1810 el pueblo reunido en la plaza Mayor pidió un cabildo abierto. El virrey, al igual que en Buenos Aires, tuvo que acceder y el pueblo —sin variar una línea lo ocurrido en la capital del Plata— eligió a los miembros de una Junta Suprema. Esta junta reconoció los derechos de los hombres y a Fernando VII como monarca. El Consejo de Regencia fué rechazado. Por último —lo mismo que en Buenos Aires— se resolvió convocar un Congreso o Cortes generales con diputados de todas las provincias.

Los hombres de Colombia no aceptaron en general la invitación de la Junta Suprema de Bogotá. En Cartagena se rechazó la invitación y la ciudad se declaró independiente el 11 de noviembre de 1811. Otras ciudades empezaron a regirse también por medio de juntas autonómicas. No puede decirse que estas independencias de ciudades estuviesen destinadas a constituir tantas naciones como todas ellas. La conciencia de que España no existía y el rey se hallaba prisionero dejaba a todos los hombres en libertad de regirse en forma independiente, es decir, libres de toda sujeción a cualquier otro poder y con facultades de gobernarse a sí mismos. Este exceso de "independencias" es una prueba de la falta de una idea de nación nueva, de un estado realmente independiente. Insistimos sobre este particular porque los historiadores hasta el momento no han sabido interpretar el verdadero significado de la palabra independencia que han hallado tan a menudo en los documentos y en los propósitos de los hombres de América. La anarquía, como es natural, no tardó en llegar. Unas ciudades se pronunciaron por el Consejo de Regencia y otras por su autogobierno mientras durase el cautiverio de Fernando VII y no pasase el peligro de ser invadidas por los franceses. En poco tiempo se formaron los Estados de Cundinamarca, Cartagena, Neiva y Mariquita y las repúblicas de Antioquía y de Tunja. Otras ciudades seguían fieles a los absolutistas, como Santa Marta, Cali, Popayán y Pasto declaraban su adhesión a Fernando VII. En este período se destacan Jorge Tadeo Lozano, primer Presidente de Cundinamarca, y Antonio Nariño, el incansable soñador y fervierte partidario de los derechos naturales del hombre. El 16 de julio de 1813. Nariño hizo proclamar la independencia absoluta de Cundinamarca; pero en un combate posterior cayó en poder de los absolutistas. La suerte del virreinato de Santa Fe estuvo perdida cuando a sus costas llegó, desde España, el general Pablo Morillo. En una serie de triunfos avanzó de ciudad en ciudad fusilando, ahorcando y decapitando a todos los defensores de los derechos naturales del hombre y de las juntas autonómicas. Las mejores cabezas de Colombia rodaron por el suelo. Era el 1816. Tres años después, Bolívar logró el triunfo de Boyacá (7 de agosto de 1819) con el cual Colombia recobró su autonomía. El 17 de diciembre de 1819, el Congreso de Angostura declaró fundada la Gran Colombia con los departamentos de Cundinamarca y Venezuela. Presidente fué elegido Bolívar; vicepresidente el sabio Francisco Antonio Zea, y vicepresidente de los departamentos, el general Santander y el doctor Juan Germán Roscio. La guerra contra los absolutistas continuó en distintos lugares. Unos planes de confederación con la Madre Patria fueron rechazados por el gobierno español. Un Congreso General reunido en la ciudad de Cúcuta en mayo de 1821 resolvió adoptar en Colombia el régimen republicano. Los principios liberales se imponían cada vez con más fuerza. A ratos pasaban de la democracia y llegaban a la demagogia. En 1826 la oposición a Bolívar se hizo más fuerte por culpa de sus ideas constitucionales. Su creencia de que era posible imponer presidencias vitalicias e irres-

ponsables chocó contra los ideales del pueblo y de sus dirigentes. En Venezuela, el general Páez terminó por ser proclamado presidente de la república. Los militares, por lo común partidarios de regímenes dictatoriales, dieron a Bolívar el mando absoluto del ejército y del pueblo. En su contra se levantó en seguida el partido constitucionalista o santanderista. Con el absolutismo de Bolívar y de los militares adictos había sido inútil luchar tantos años para desligarse de la Madre Patria. Más libertades se disfrutaba en tiempos de la colonia o del imperio. Los hombres de América habían combatido para imponer los derechos naturales y la libertad. El mismo Bolívar había sido un campeón máximo de estos ideales y terminaba por negarlos todos. Cierto es que obraba de esa manera para ahogar lo que él llamaba anarquía y era, simplemente, el ansia de autogobierno que había nacido con la separación de España. El hecho es que la oposición a su persona llegó a extremos agudos. En septiembre de 1828 un grupo de conjurados intentó matarlo y pudo salvarse gracias a su amante que lo hizo huir por un balcón. Las muertes, persecuciones y destierros aumentaron. Bolívar se convirtió de lleno en un tirano. La guerra civil estalló en Popayán y una guerra internacional se declaró con el Perú. El mariscal Sucre venció al general Gamarra. Un antiguo partidario de Bolívar, el general José María Córdoba, se levantó contra la dictadura. Murió en un combate contra el general Daniel F. O.'Leary. Los amigos de Bolívar trataron de que el Libertador gobernase en Colombia hasta su muerte y luego le sucediese un príncipe europeo como monarca. Bolívar desautorizó este proyecto. Las ideas dictatoriales significaron la ruina de la gran Colombia. En Venezuela el general Páez estaba más dispuesto a volver a depender de España que de Bogotá. El general Juan José Flores trabajaba para formar otra nación con las provincias que hoy constituyen el Ecuador. Los militares, con sus manías dictatoriales, significaron la ruina de la gran Colombia. El pueblo se hartó de su mandonismo. Fué preciso prohibir que los militares pudiesen llegar a ser presidentes de la república en un período de cuatro años. El 2 de marzo de 1830, Bolívar, vencido por su enfermedad y comprendiendo lo inútil de los métodos dictatoriales, renunció su mando supremo ante el Congreso. El mariscal Sucre fué asesinado en las montañas de Berruecos. El desorden general hizo que aún se pensara en Bolívar como en una salvación; pero la muerte le llegó en Santa Marta el 17 de diciembre de 1830. Un año más tarde. la gran Colombia se había dividido en las repúblicas de Nueva Granada Venezuela y Ecuador. Los principios democráticos y liberales volvieron a imponerse, pero en los hombres del Norte de la América del Sud había quedo prendida la tentación del despotismo que da el po-

der a quien sabe apropiárselo. Los odios de los partidos siguieron dividiendo a los antiguos bandos.

§ 22. *La independencia de Haití y Santo Domingo*

La isla de Haití tiene unos orígenes históricos tan antiguos como el instante mismo del descubrimiento de América. Colón y Francisco Roldán fueron los polos antagónicos del absolutismo y del liberalismo. La isla, codiciada por corsarios y piratas, empezó a ser visitada por franceses, ingleses, holandeses y portugueses. Los primeros, más constantes, terminaron por penetrar en sus tierras y establecer un gobierno firme. Los negros constituían la mayoría de la población. En 1697 España cedió a Francia, por el tratado de Ryswick, mitad de la isla. Cuando llegaron noticias de la revolución francesa los negros de Haití pidieron ser equiparados a los blancos. Hubo rebeliones. Los blancos pretendían mantener su supremacía. El hombre que más sobresalió a raíz de estos hechos fué el esclavo negro Toussaint Louverture. La guerra de Francia con España e Inglaterra repercutió en la isla y Toussaint combatió en un principio a favor de España, pero en mayo de 1794 se volvió contra España e Inglaterra y en 1798 logró expulsarlas por completo. Toussaint tuvo que luchar contra sus mismos hermanos de raza, por ejemplo, contra André Rigaud, a quien venció en 1800. Su poder absoluto en la isla, que aún no se había separado del imperio francés, decidió a Napoleón a dominarla por completo. Su cuñado Leclerc arribó un año más tarde y pudo aprisionar a Toussaint y enviarlo a Francia. El antiguo esclavo, que había llegado a señor absoluto de la isla, murió en un presidio, por malos tratos. Leclerc, a su vez, sucumbió víctima de las fiebres, y la guerra entre franceses y negros continuó cruel y terrible. Jean Jacques Desalines hizo proclamar la independencia de Saint Domingue el 1.º de enero de 1804 y él adoptó el título de gobernador vitalicio, pero en el mes de octubre se hizo llamar emperador con el nombre de Jacobo I. Dos años después fué masacrado en una parada militar y le sucedió otro antiguo esclavo negro: Henry Christophe, que en 1811 tomó el título de rey. Al mismo tiempo, al sud de la isla, gobernaba otro esclavo convertido en presidente vitalicio, Alexandre Petion. Muerto Petion en 1818 —eternamente recordado por la ayuda que prestó a Bolívar en 1816— le sucedió en la presidencia vitalicia Jean Pierre Boyer. Hombre de cierto talento y de espíritu disciplinado se convirtió en dueño de la antigua parte francesa de la isla cuando Christophe se suicidó con una bala de oro en 1820. Al año siguiente la parte española declaró su independencia y su anexión a la Gran Colombia de Bolívar. El autor de estos

hechos fué el doctor José Núñez de Cáceres, ex rector de la Universidad y primer presidente del Estado independiente de Haití español; pero Boyer, en 1822, invadió la parte española. De este modo la isla de Haití, por obra de Boyer, fué una sola nación durante veintidós años. El viejo ensueño político de Dessalines y Christophe se había cumplido. Los límites de Haití eran el Océano.

Como en todas las dictaduras, el gobierno despótico de Boyer resultó fatal para los descendientes de los viejos conquistadores españoles. Las familias más distinguidas fueron perseguidas. Los escudos que se hallaban en los frentes de las casas fueron destruídos, y la Universidad, cerrada. Boyer, en cambio, hizo un buen gobierno para los negros y se ocupó de su instrucción. La unión de la parte española y de la parte francesa se hacía cada vez más difícil. Los blancos, descendientes de españoles, fundaron en 1838 la sociedad secreta La Trinitaria para alcanzar la independencia. El fundador de esta sociedad fué Juan Pablo Duarte. En 1843 un movimiento liberal dió por terminado el poder de Boyer. Su sucesor, Charles Riviere Herard, no pudo impedir que en 1844 se separara la parte española de Haití y el 27 de febrero se declarara fundada la república Dominicana. Durante doce años intentó, en luchas sucesivas, recuperar la parte española; pero todo fué inútil. En Haití, el presidente Soulouque, electo en 1847, se proclamó emperador con el nombre de Faustino I en 1849. Fué depuesto diez años más tarde, y la república, restaurada. En la República Dominicana, Pedro Santana fué varias veces presidente a mediados del siglo XIX. El 18 de marzo de 1861, Santana entregó a España la república para tener una ayuda contra la continua amenaza de la invasión negra de Haití. En 1863, los patriotas dominicanos proclamaron la restauración de la república. Los principales jefes fueron Santiago Rodríguez, José Cabrera y Benito Monción. España comprendió la impopularidad de su dominio y abandonó la isla, definitivamente, en 1865.

§ 23. *La independencia de Cuba.*

Los hombres del Caribe, al igual que los de otras partes de América, combatieron con entusiasmo por la libertad. Libertad significaba, a menudo, como en Haití, implantación de regímenes despóticos; pero se trataba de gobiernos propios surgidos del mismo pueblo, y no impuestos desde el exterior. Cuba fué más indiferente a las luchas por la autonomía. Sus hombres vivían entregados al trabajo y a una discreta cultura. Los sucesos de España, con la invasión napoleónica, al igual que en todas las ciudades del Nuevo Mundo, hicieron concebir entre los vecinos más destacados de La Habana el proyecto de crear una Junta popular en-

cargada de asesorar al capitán general. Francisco de Arango y Parreño escribió esta propuesta. Ella revela, como todas las aspiraciones del Continente, un hondo sentido de fidelidad a Fernando VII.

Cuestiones políticas, simples ecos de las luchas de liberales y absolutistas que tenían lugar en España, dividieron a los cubanos en bandos enemigos. En 1823, la masonería, distribuída en logias que seguían los ritos de Escocia y de York, empezó a trabajar por la independencia de Cuba. Las sociedades secretas se multiplicaron. Las conspiraciones se hicieron tan peligrosas que el gobierno español autorizó a los capitanes generales de Cuba a hacer uso de todos los poderes. Las represiones se tornaron sangrientas. Bolívar tuvo el propósito de libertar a Cuba, mas sus esfuerzos sólo hallaron comprensión en México. Muchos planes de independencia fueron descubiertos y sus ejecutores condenados a muerte. Los mismos españoles llegaron a veces a combatirse entre sí. Mientras el general Tacón, que se había distinguido por su despotismo e intransigencia en Colombia, perseguía a los cubanos negándoles todo género de libertad, el gobernador de Santiago, general Manuel Lorenzo, hacía jurar la Constitución liberal de Cádiz, de 1812. Lorenzo tuvo que embarcarse rumbo a España para combatir con Tacón. Don Jerónimo Valdés fué en 1842 el capitán general más despótico que tuvo Cuba. Su sucesor, el general Leopoldo O'Donnell, aumentó las persecuciones con muertes injustificadas. Los cubanos, a su vez, intensificaban la labor en las sociedades secretas. Contaron a menudo con la ayuda de norteamericanos, pero éstos no aspiraban todos a dar la independencia a Cuba, sino a anexarla. Uno de los primeros mártires de la independencia cubana fué el español Narciso López. En 1850, con un puñado de aventureros norteamericanos, desembarcó en las costas de Cuba. Poco después repitió la hazaña. Sus hombres se vieron divididos y él terminó agarrotado, en público, en septiembre de 1851. Otro español, idealista, que luchó por la independencia de Cuba, fué el catalán Ramón Pintó. Fué ejecutado con garrote en marzo de 1855. Al igual que en los primeros años de la independencia americana, en Cuba combatían frente a frente, a mediados del siglo XIX, liberales y absolutistas. Los primeros comprendían la justicia de la independencia: los segundos sólo pensaban en un gobierno tiránico. Cuando Cuba disfrutó de capitanes generales con ideas humanitarias y liberales, las conspiraciones disminuyeron. Así nació, en 1855, el partido llamado reformista que aspiraba a una autonomía de gobierno sin dejar de formar parte de España. Con cerca de medio siglo de atraso se tenían en Cuba los ideales de los primeros liberales hispanoamericanos de 1810. Los errores que cometieron los gobernantes españo-

les absolutistas de comienzos del siglo XIX los repitieron los de mediados del mismo siglo, por su intransigencia y despotismo. Los cubanos tuvieron que pensar en la revolución para solucionar sus problemas. Desde el 1868 al 1878 la guerra civil se extendió sobre Cuba. Carlos Manuel de Céspedes fué el genio de "la guerra grande". Francisco Vicente Aguilera puede considerarse, con Céspedes, uno de los iniciadores. Otros héroes cubanos, de la primera hora fueron Francisco Maceo y Pedro Figueredo. Este último escribió la letra del himno cubano mientras atacaba a la ciudad de Bayamo. Los españoles lo aprisionaron y fusilaron. Céspedes fué elegido capitán general. Luchó con un coraje inaudito, llegó a ser el primer Presidente de Cuba y es recordado con el nombre de Padre de la Patria. Tuvo la gloria de morir combatiendo.

El espíritu de los cubanos era el de hombres liberales, amantes de su patria y de su autogobierno. No admitían el absolutismo bajo ningún concepto y por ello surgieron entre algunos jefes desacuerdos que sólo tenían por base el temor de que alguien pretendiese adueñarse de un poder extremo. Esta fué la causa del descontento de Ignacio Agramonte y Loynaz. La Asamblea Nacional reunida en Guáimaro el 10 de abril de 1869 disipó todas las nubes. Al día siguiente funcionó una Cámara de Representantes que eligió Presidente de la República a Carlos Manuel de Céspedes, y general en jefe del ejército libertador, al general Manuel de Quesada, que había llegado a Cuba, desde Nassau, con un cargamento de armas y jóvenes cubanos. Céspedes designó a Francisco Vicente Aguilera secretario de guerra. Los desacuerdos, no obstante, continuaron, en especial entre los cubanos que residían en Estados Unidos. La revolución obtuvo triunfos espléndidos y también derrotas que hicieron disminuir grandemente sus fuerzas. En la Habana, en 1871, las autoridades españolas fusilaron a un núcleo de estudiantes acusados, injustamente, de haber profanado el cadáver del periodista español Gonzalo Castañón. El fusilamiento, injustificado, como se probó más tarde, levantó una ola de indignación. En 1873 murió combatiendo Ignacio Agramonte y ocupó su lugar Máximo Gómez. Este se hizo famoso por sus combates a machete y sus victorias brillantes y sangrientas. Céspedes murió en la lucha en 1874. A medida que desaparecía un héroe surgía otro. Existía en Cuba el ideal de la lucha con una fuerza extraordinaria. El mundo entero contemplaba este duelo a muerte entre las fuerzas españolas y grupos de sublevados que combatían como fieras. Muchos españoles declaraban sinceramente que de haber sido cubanos habrían imitado el ejemplo de aquellos hombres. España, inconscientemente, no abandonaba sus prejuicios y prefería la guerra sin cuartel a ceder los

derechos y las libertades que pretendían los cubanos. Llegados a los extremos, los cubanos no admitieron los arreglos que habrían aceptado en otros tiempos y declararon preferir la muerte a vivir sin independencia. La guerra tuvo, pues, como único fin la independencia y España trató por todos los medios de ahogar este ideal. En 1875 volvieron a nacer entre los revolucionarios las cuestiones de política personal. Estos desacuerdos debilitaron hondamente a los cubanos en armas. En 1817, el capitán general español Arsenio Martínez Campos, hombre comprensivo y profundamente humanitario, ofreció a los revolucionarios una paz que se llamó del Zanjón por el lugar en que fué convenida. El pacto fué firmado el 10 de febrero de 1878 y significó el olvido de lo pasado, la paz y la amistad entre cubanos y españoles. Un grupo de cubanos, capitaneados por Antonio Maceo, resistió a la paz, empeñados en obtener la independencia absoluta. Estos últimos rebeldes terminaron por disolverse y plegarse a la paz general.

Una figura sobresalió esplendorosa en los años que siguieron a esta paz: la de José Martí. Ardiente liberal, empezó a dirigir periódicos revolucionarios a los dieciséis años y a sufrir prisiones por su amor a la independencia. Viajó por España y por Francia y se doctoró en derecho en la Universidad de Zaragoza. Se casó en México, trabajó en Guatemala y conspiró en Cuba y en Nueva York. Desde esta ciudad envió artículos magníficos a los principales diarios de América. Su nombre se hizo pronto famoso como el de un pensador y estilista de primera fuerza. Puede ser colocado entre los mejores escritores contemporáneos del habla española y entre los filósofos de la libertad más destacados. Su acción estuvo dedicada a la independencia de su patria. Pronto se convirtió en el conductor más admirado. En 1892 Marti fundó el Partido Revolucionario Cubano, que terminó por dar la independencia a Cuba y representar el fin de la dominación española en el Nuevo Mundo. Los intentos revolucionarios fueron descubiertos y sofocados. Aquellos hombres, empezando por Martí y Máximo Gómez, nombrado director de las operaciones bélicas, tenían una constancia maravillosa. Los fracasos eran fuertes estímulos. Nada los detenía y ninguna fuerza podía hacer varias sus pensamientos. En la isla, caudillos audaces se levantaban con puñados de guerrilleros, seguros de terminar en el caldaso. El mundo empezaba a contemplar este nuevo esfuerzo por la libertad. En España los liberales proponían soluciones francas, pero los absolutistas o conservadores se empeñaban en vencer con la fuerza. La guerra adquirió un gran vuelo en febrero de 1895. Martí se puso a la cabeza de los revolucionarios que combatían en Cuba. Una bala le cortó la vida en un encuentro intrascendente. Era el 19 de mayo de 1895. Su cadáver cayó en poder de los españoles. Estos, al reconocerlo,

le dieron honrosa sepultura en el cementerio de Santiago de Cuba. Su muerte fué lamentada en España y llorada en su patria y en toda América. Hoy su vida es estudiada con admiración y sus escritos son reproducidos en antologías. Símbolo eterno del alma cubana, su nombre es inmortal en su tierra y en América.

La muerte de Martí consternó, pero no detuvo a los revolucionarios. Máximo Gómez continuó la guerra con una fe maravillosa. En junio, una Asamblea Constituyente eligió presidente de la República a Salvador Cisneros Betancourt. También fué proclamada la Constitución: pero la guerra se hallaba aún en plena lucha. Los esfuerzos de Martínez Campos, que España había enviado con la esperanza de que pacificara la isla, se hallaron contra muros de acero. Lo substituyó el general Valeriano Weyler, resuelto a ahogar en sangre la revolución. Muchos grandes jefes cubanos cayeron en la lucha. En España, entre tanto, el partido liberal subía al poder y destituía a Weyler. Sagasta trató de hacer la paz con los revolucionarios cubanos, mas los intentos fueron inútiles. Hubo desacuerdos diplomáticos con Estados Unidos que produjeron en La Habana fuertes manifestaciones en contra de esa nación. El acorazado norteamericano *Maine* llegó a la bahía para proteger a los ciudadanos estadounidenses. Muchos diarios pidieron que se retirara o que se le hiciera volar. El 15 de febrero de 1898 una bomba hizo estallar el *Maine*. Nunca se supo si la voladura fué hecha por algún español exaltado, por algún cubano ansioso de producir la guerra entre España y Estados Unidos o por los propios norteamericanos, a fin de tener un motivo para declarar la guerra a España. Lo indudable es que el gobierno español fué por completo inocente. España no combate a traición. Por otra parte, quiso la casualidad que cuando estalló el *Maine* no se hallara un tripulante a bordo. Las fuerzas norteamericanas invadieron la isla y lucharon tenazmente contra los españoles. Los actos de heroísmo fueron innumerables. El ejemplo sublime lo dió la escuadra española, encerrada en la bahía de Santiago. Provocada al combate por la escuadra norteamericana, firmemente segura de terminar hundida sin disparar un cañonazo, por ser inferior el alcance de sus balas, salió mar afuera, a buscar la muerte, para convencer al mundo que no había hecho volar el *Maine*, a traición, y probar que para los españoles la honra es la gloria más grande. Fríamente, la poderosa escuadra norteamericana hundió los pobres barcos españoles. Así terminó en América la maravillosa historia de España. Su recuerdo es el asombro más grande de la historia humana.

§ 24. *Imperio y República en el Brasil*

Los hombres del Brasil no veían con agrado su dependencia de Portugal y la opresión en que los mantenía Inglaterra. Creábase un odio denso entre portugueses y brasileños. Las logias masónicas, diseminadas en las principales ciudades del Brasil, difundían ideas liberales. Una revolución en Pernambuco, en marzo de 1817, marcó el comienzo de las hostilidades. El emperador dominó la situación y hasta pareció afianzar su gobierno con los éxitos que obtenía en el Uruguay. Al mismo tiempo, el matrimonio de su hijo don Pedro con la archiduquesa Leopoldina, hija del emperador de Austria y hermana de la mujer de Napoleón, dió mayor fuerza a su política internacional. Pero las organizaciones masónicas trabajaban activamente en procura de la libertad. Los hombres del Brasil, como los de Portugal, querían desterrar el absolutismo y gobernarse por medio de la Constitución y de un parlamento liberal. Un primer movimiento fué organizado en Portugal, en 1820, y pasó al Brasil un año después. El rey don Juan se resolvió a obedecer el llamado de las Cortes de Lisboa y volver a su patria. Se llevó consigo gran parte del tesoro y, antes de partir, recomendó a su hijo que se pusiera la corona del Brasil en la cabeza si veía que algún aventurero aspiraba a arrebatársela. Partido don Juan, su hijo recibió pronto, desde Lisboa, orden de seguir a su padre para completar su educación en Europa. Ello significaba reducir el Brasil a una colonia. Los patriotas brasileños aconsejaron a don Pedro que desobedeciese la orden y se proclamara emperador. El hombre que concibió este gran cambio político fué el sabio y poeta José Bonifacio de Andrada e Silva. Cuando se enteró de las represalias que se pensaban tomar en Portugal por la desobediencia de don Pedro le escribieron una carta firmada por él y la princesa Leopoldina. Don Pedro la recibió en el camino de Santos a San Pablo y, al leerla, se emocionó y dió un grito con el cual creó la independencia del Brasil: "¡Independencia o muerte!". Se hallaba a orillas del río de Ipiranga. Era el 7 de septiembre de 1822.

La primera lucha que tuvo que sostener el flamante emperador fué con el Parlamento. Los representantes del pueblo eran de ideas democráticas, liberales y constitucionales. Don Pedro I amaba el absolutismo. La aprobación de la Constitución colocó frente a frente a dos tendencias. José Bonifacio de Andrada e Silva trató de poner de acuerdo a los opositores. La Convención Constituyente se creía soberana de los destinos del pueblo; don Pedro se juzgaba, por herencia y por su propia voluntad, el único dueño de su trono. Las medidas contra la libertad llevaron a un extremo opuesto. Algunos diputados pensaron en la república. Empezaron las de-

portaciones y las conspiraciones. José Bonifacio de Andrada e Silva y sus hermanos, que habían inspirado muchas medidas de rigor, tuvieron que renunciar a sus puestos y atacaron a don Pedro desde la Convención Constituyente. En la lucha entre la Convención y el emperador, el ejército terminó por inclinarse hacia el emperador. Ocurrió lo que en España, cuando una parte del ejército pidió a Fernando VII que se proclamara rey absoluto y aboliera la Constitución. La Convención fué disuelta y muchos de los diputados fueron encarcelados.

Don Pedro I no era, en realidad, un absolutista. Sus ideas lo muestran como un emperador liberal. Leía a Benjamín Constant y cuando disolvió la Convención Constituyente prometió presentar un proyecto de Constitución más liberal. Así lo hizo. La Constitución reproduce frases de Constant. La aprobaron las Cámaras Municipales y el emperador la promulgó el 25 de marzo de 1824. Con ella creó un imperio liberal y democrático. El emperador lo era por derecho divino. Los diputados y senadores representaban a la nación. Los ministros eran responsables ante las asambleas. La Constitución era unitaria y no federal. Este fué uno de sus errores. Y ésa fué la causa de luchas futuras.

Don Pedro I fué dominado por la política de su tiempo. La guerra con la Argentina, que terminó por resolverse con la independencia del Uruguay, resultó un fracaso para el Brasil que, en definitiva, perdió la provincia de Cisplatina; las cuestiones dinásticas de Portugal lo envolvieron en unos intereses que ya no debían importarle y que hicieron creer a muchos políticos que proyectaban una nueva unión del Brasil con Portugal; por último, la influencia, cada vez más creciente, de masones, carbonarios y librepensadores cambiaba a fondo las ideas de los brasileños. El Brasil entero estuvo en su contra. Como epílogo se levantó el ejército y lo obligó a renunciar. Era el 7 de abril de 1831. Le sucedió su hijo don Pedro II, niño aún. Había una gran diferencia entre don Pedro I y don Pedro II. El padre había nacido en Portugal; el hijo, en el Brasil. Los brasileños tenían, por fin, un monarca auténticamente brasileño. Gobernó una regencia dominada por el jefe militar que había hecho abdicar a don Pedro I. Las ideas republicanas y liberales avanzaban cada vez más. Estallaron revoluciones en distintas partes del imperio. La guerra llamada de los farrapos, en Río Grande do Sul, duró diez años. La política que desarrollaban los regentes no satisfacía a todos los grupos políticos. Los hombres sensatos deseaban apresurar la coronación del joven don Pedro II. Empezó a reinar a los catorce años, por un golpe de audacia de los enemigos del regente, todos liberales. El joven emperador tenía una gran afición al estudio. Gobernó desde el 1840 al 1889. El imperio era, en realidad, una magnífica república. Don Pedro II se hizo amar por

nacionales y extranjeros. Era un sabio sencillo de modales y profundo de ideas. Fundó el Instituto Histórico y Geográfico del Brasil, de renombre universal. Los liberales y los conservadores se alternaron en su reinado. Don Pedro II abolió el tráfico negrero en 1850 y a los dos años se alió a las fuerzas de Justo José de Urquiza que derrocaron al dictador argentino Juan Manuel de Rosas. La alianza brasileña fué puramente simbólica. Un pequeño contingente de hombres que pasó al Uruguay no tuvo oportunidad de combatir contra Manuel Oribe, a quien venció Urquiza, y, una vez en tierras argentinas, no disparó un tiro contra las fuerzas de Rosas. Urquiza ni hablaba con los jefes brasileños y éstos tuvieron que seguir al poderoso ejército urquicista cual simples invitados. Como una condescendencia se les permitió desfilar en Buenos Aires después de los vencedores, para testimoniar el afecto de los argentinos al Brasil. La amistad argentinobrasileña se hizo, de este modo, cada vez más estrecha. El Brasil, desde siglos aspiraba a una mayor extensión y a un más fuerte dominio en el Oeste. En no pocas oportunidades, en forma secreta, envió al Paraguay emisarios encargados de fomentar algún conflicto con la Argentina. Esta política fué más o menos conocida. El poder de la Argentina mantenía el Paraguay encerrado en sus fronteras. La política de aislamiento paraguaya, comenzada ante la expedición de Belgrano, se agudizó con el dictador José Gaspar Rodríguez de Francia y cambió fundamentalmente con su sucesor, Carlos Antonio López; pero la dictadura de Rosas, en Buenos Aires, volvió a crear un distanciamiento entre la Argentina y el Paraguay. Fué en este tiempo cuando el Brasil trató de levantar el Paraguay contra la Argentina. Los intentos no tuvieron éxito. Por el contrario, la caída de Rosas y la intervención diplomática de Francisco Solano López, hijo de Carlos Antonio, en la paz entre Buenos Aires y Urquiza, firmada en el barrio de Flores, creó una nueva simpatía entre argentinos y paraguayos. Fué preciso un acontecimiento totalmente inesperado para que en la cuenca del Plata se produjese una conflagración internacional. El Brasil apoyó la acción revolucionaria del general Venancio Flores, que derrocó al Presidente del Uruguay, Bernardo P. Berro. El partido blanco, al cual pertenecía Berro, pidió ayuda al Paraguay y Francisco Solano López, apresuradamente, inició las hostilidades contra el Brasil, seguro de vencer al imperio. Para ello quiso cruzar los territorios argentinos de Misiones y solicitó la correspondiente autorización al gobierno de Buenos Aires. El Presidente Bartolomé Mitre, fundado en las más justas e incontrovertibles razones, se la negó. López, sin reflexionar, invadió la provincia de Corrientes y declaró la guerra a la Argentina. Este país, el Brasil y el Uruguay firmaron el primero de mayo de 1865 el tratado de la Triple Alianza y atacaron conjuntamente al Paraguay. Francisco Solano López y sus hombres

hicieron prodigios de valor. América entera contempló esta lucha titánica en que el Paraguay, nación en un momento poderosa, se fué derrumbando hasta parecer aniquilada. Don Pedro II tuvo un inmenso interés en el éxito de esta guerra. El talento militar de Mitre logró la victoria. El Brasil colaboró con su marina y grandes cantidades de hombres. Al final de la guerra, en 1870, el ejército brasileño había adquirido una muy grande importancia en los destinos del país. El emperador, feliz con el derrumbe del absolutismo de Francisco Solano López, quiso abolir la esclavitud en su propio país; pero tuvo en su contra los podedosos *fazendeiros*, cuya riqueza y economía se basaban en el trabajo de los esclavos. El vizconde de Río Branco logró en 1871 que el parlamento votase la ley de libertad de vientres. Era la misma ley que en Buenos Aires había nacido en 1812. Los plantadores de azúcar y de café se creyeron en la ruina y empezaron a odiar al emperador. Al mismo tiempo, la masonería hacía progresos y el clero se levantaba contra ella. Unos obispos intimaron a los sacerdotes católicos que pertenecían a la masonería que abandonasen las logias. Lo mismo hicieron con los miembros de ciertas hermandades. El gobierno ordenó a los obispos que suspendiesen sus órdenes; pero ellos se negaron y entonces el gobierno envió a la cárcel a los obispos de Olinda y de Pará. Las ideas positivistas, por una parte, y espiritistas, por otra, invadían el Brasil. El emperador era el más liberal de los brasileños. Viajaba por Europa y Estados Unidos y traía pensamientos modernistas. En un viaje del emperador a Europa, para reponer su salud, su hija Isabel hizo presentar a las cámaras el proyecto que abolía la esclavitud en el Brasil y la ley fué votada en medio de una inmensa alegría. Era el año 1888. Cuando don Pedro regresó halló al país en una gran crisis. Afortunadamente, una abundante inmigración y una hábil transformación en la economía salvaron el Brasil, mas no el imperio. Las ideas republicanas habían penetrado muy profundamente en todas las capas sociales. El ejército, en lucha contra el ministro Ouro Preto, logró que el mariscal Deodoro da Fonseca se pusiese a su frente y derribase el ministerio de Ouro Preto. El emperador no tuvo ni la energía ni el poder para anular el movimiento. Quintino Bocayuva y Botelho de Magalhaes, convencieron a Fonseca que era preciso declarar la república. Era el 15 de noviembre de 1889. El consejero Ruy Barbosa redactó el decreto número uno que creaba la República de los Estados Unidos del Brasil. La República era federal, a imitación de la de los Estados Unidos de Norte América, y en un principio hizo flamear una bandera de listas verdes y amarillas como la norteamericana.

Así terminó su imperio don Pedro II. Fué obligado a irse a Europa y vivió aún dos años, pobremente, en hoteles de segundo

orden y gastando lo menos posible para poder comprar libros. Murió en París el 2 de diciembre de 1891.

El Brasil republicano ha tenido grandes presidentes. Deodoro da Fonseca, Floriano Peixoto, Prudente de Moraes, Manuel Ferraz de Campos Salles, Francisco de Paula Rodrigues Alves, Alfonso Penna, Nilo Peçanha, Hermes da Fonseca, Wenceslao Braz Pereira Gómez, Epitacio Pessoa, Arturo Bernardes, Washington Luis Pereira da Souza y Getulio Vargas, presidente actual desde 1930. En el período republicano el Brasil se transformó en una de las naciones más importantes del mundo. Sus riquezas infinitas, sus nuevas industrias, su comercio activísimo, la cultura de sus hombres y su espíritu de constante progreso le aseguran un porvenir brillante. Ha tenido revoluciones, propias de la política, a veces personalista, de casi todos los países americanos. Sus hombres, en general de ideas liberales, han amado siempre la democracia y el liberalismo. No faltan, como en los restantes países de América, algunas excepciones; pero los gobernantes antidemocráticos, que a sí mismos se llaman democráticos, aman inmensamente a su tierra y dotan a sus habitantes de todas las ventajas imaginables. La libertad pierde a veces su esplendor. Sobre sus ruinas espirituales se levanta caminos y fábricas. Debemos aclarar que estos progresos económicos no nacen de la falta de libertad, sino de una situación mundial especial que trae a las naciones de América innumerables capitales y hombres de trabajo de la Europa destruída por Alemania. Getulio Vargas ha perseguido intensamente el comunismo. Con ello ha realizado una gran acción política. El comunismo es en los pueblos americanos un absurdo antihistórico, antitradicionalista y antihumano. Muchas veces hemos dicho estas palabras y conviene repetirlas. Nada, en América, justifica la posibilidad del comunismo. Es una degeneración de la teoría marxista que ni en la misma Rusia —el país más apto del mundo, por su historia, su pobreza y su espíritu, para el comunismo— puede subsistir.

En el Brasil republicano se han destacado ilustres personalidades. En primer término mencionamos al barón de Río Branco. José María de Silva Paranhos, el más profundo conocedor de la historia de los límites del Brasil, de la cartografía colonial y del derecho internacional en el Brasil. Su autoridad llegó a ser inmensa en su tiempo. El Brasil le debe sus fronteras actuales y trabajos magníficos de erudición histórica. Santos Dumont dió impulsos definitivos a la navegación aérea. Osvaldo Cruz extinguió la fiebre amarilla en Río de Janeiro. Olavo Bilac, con su célebre poema, *El cazador de esmeraldas*, llevó el interés de la literatura a los temas nacionales e inició la exaltación del bandeirante. Euclides da Cunha, en su célebre obra *Los sertones*, descubrió los dramas espirituales, surgidos del fanatismo religioso, que se desarrollaban en lo profundo de las selvas.

Machado de Assis adquirió fama imperecedera de estilista. No hablamos de los vivos. Entre ellos hay hombres que ya han alcanzado la inmortalidad.

§ 25. *Venezuela*

La independencia y la organización definitiva de cada país hispanoamericano dejaron cada república en manos de sus políticos y de sus ideales. Los viejos principios, heredados de España, liberales y absolutistas, encarnaron en hombres que pretendieron imponerlos como leyes inquebrantables. Los choques originaron revoluciones y guerras civiles. Así es la historia de la América española en su último siglo de desenvolvimiento. En Venezuela, el general José Antonio Páez inauguró los gobiernos llamados personales. Como la mayoría de los dictadores, tuvo orígenes humildísimos. Alcanzó una cultura en edad madura. Supo ser hábil en la guerra y en la paz. No lo pudo vencer Bolívar y dominó la política a su gusto. Expatriado, viajó por Buenos Aires y murió en Nueva York, de ochenta y tres años, magnífico en su energía. Su caudillismo fué de carácter conservador. Le sucedió una oligarquía liberal que llevó a la presidencia a los hermanos Monaguas, José Tadeo y José Gregorio.

En estos gobiernos de fuerza, con parlamentos cerrados, conservadores y liberales sólo trataron de mantenerse en el poder. En materia de religión, unos eran semiesclavos del clero y otros lo perseguían. Estas pequeñas oligarquías generaron una guerra civil que duró cinco años y sólo terminó con la implantación del sistema federal. En esta guerra empezó a destacarse la personalidad de Antonio Guzmán Blanco. Electo vicepresidente del general Juan Crisóstomo Falcón, en 1863, llegó a la presidencia en 1870 después de haber viajado como diplomático por Europa. Su presidencia la conquistó por medio de una revolución en la que demostró talento militar. Su obra de gobierno fué fecunda y liberal: suprimió los seminarios clericales, impuso el matrimonio civil, desarrolló la instrucción e inauguró caminos y ferrocarriles. La masonería contó con todo su apoyo y no debe sorprender que los conventos hayan sido extinguidos. Fué a Europa varias veces, con altos cargos diplomáticos, gastando sumas enormes. En su patria fundó la Academia de la Lengua, editó grandes colecciones de obras y documentos históricos y colaboró en diarios como crítico literario. Su talento era afeado por su ambición. Se hizo llamar: "Ilustre Americano" y otorgar títulos y honores que le hubieran llegado igualmente si él no los hubiese exigido. Ejemplo moderno de caudillo y gobernante, mezcla de dictador y de demócrata. Quiso el bien de su patria y su cultura. Con gran acierto puso un freno a la influencia clerical y llevó su país a un alto grado de esplendor. Entre sus sucesores se

destacó Cipriano Castro, revolucionario audaz y genial. Fué amigo, desde joven, de un hombre oscuro, nacido de lo más bajo del pueblo y llamado Juan Vicente Gómez. Castro sobresalía como revolucionario y conductor militar; Gómez, como amigo de los trabajadores. Una confusión política permitió a Castro, desde Colombia, avanzar con unos pocos hombres, en 1899, y penetrar en Venezuela. Todas sus batallas con las fuerzas del gobierno fueron victorias. Castro ocupó la presidencia, más tuvo que dominar continuas revoluciones. Fué un dictador muy inferior a Guzmán Blanco. No tenía su cultura ni sus brillos. Gustaba extraordinariamente del baile y de las mujeres. A su sombra, silenciosamente, fué ganando infinitos partidarios su segundo, el general Juan Vicente Gómez. Enfermo, fué a curarse a Europa y dejó en el mando a Gómez como vicepresidente. Gómez se hizo elegir presidente en 1910 y desde entonces gobernó en forma cruel y despótica. En algunas oportunidades hizo la comedia de abandonar la presidencia, por breve tiempo, a otras personas, quedando él como jefe supremo del ejército. Llegó a ser indiscutiblemente, el dictador más famoso de nuestro tiempo. Venezuela entera estuvo en sus manos. Sus incontables hijos naturales ocuparon los puestos más destacados. Reunió una de las fortunas más grandes de América. El país progresó en riqueza y en caminos. No tuvo una sola deuda externa e interna, mas la libertad no existió en ninguna forma y las cárceles se vieron llenas, constantemente, de presos políticos. Los intelectuales de toda América combatieron ese sistema que era una vergüenza para el Continente. En Venezuela se vivió entre delaciones y venganzas, adulando al presidente y a sus amigos y temblando de miedo. Todas las revoluciones abortaron contra el poder terrible de este hombre y las redes que había extendido sobre el país. La mayor parte de los escritores venezolanos tuvieron que expatriarse o fueron hundidos en prisiones. Otros lograron vivir y publicar obras de gran valor. Dícese que Gómez se propuso morir en el aniversario de la muerte de Bolívar. Casualmente falleció el 17 de diciembre de 1935. El Estado se incautó de su fortuna que llegaba a quinientos millones de bolívares. Fueron sus sucesores, en la presidencia, dos generales de talento y honradez, que aman a su patria: Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita. Una revolución, estallada el 18 de octubre de 1945, encamina a Venezuela hacia nuevos destinos. El gobierno quedó constituído por una Junta Revolucionaria que preside el señor Rómulo Betancourt.

§ 26. *Colombia*

Colombia, como república de la Nueva Granada, tuvo en su primer presidente, el general Francisco de Paula Santander, un gobernante enérgico, liberal y progresista. No se dejó dominar ni

por el clero ni por influencias extranjeras. Su liberalismo atrajo sobre él calumnias y ataques. Tal vez reaccionó con demasiada energía, mandando matar a sus opositores más duros. Los tiempos y, en especial, el fanatismo de ciertos elementos exigían estas medidas. Gobernó desde el 1832 al 1837. Cuando dejó la presidencia estalló una guerra civil promovida por los católicos que no admitían la supresión de algunos conventos. La paz renació con la elección presidencial del general Tomás Herrán, en 1841. Fué promulgada una nueva Constitución que desagradó a los liberales. Su sucesor, en 1845, el general Tomás Cipriano de Mosquera, mostró, como otros dictadores de América, grandes condiciones de caudillo colonial y estadista moderno. Tuvo la inteligencia de hacer colaborar en el gobierno a sus opositores. El país experimentó un fuerte impulso en todos los órdenes. Su sucesor, en 1849, el general José Hilario López, dió al país nuevas conquistas liberales, como ser la abolición de la esclavitud, de la pena de muerte en cuestiones políticas y de vergüenza pública en delitos civiles. Los jesuitas fueron expulsados y perseguidos aún más allá de las fronteras. La lucha religiosa se agravó intensamente. En la presidencia de Obando, los fanáticos hallaron por un instante a un sostenedor. Fué depuesto y le sucedió un hombre de orden y sensatez: Manuel M. Mallarino. Mariano Ospina, que fué presidente de 1857 a 1861, realizó un mal gobierno por falta de tacto y comprensión. Permitió el regreso de los jesuítas y excitó de este modo las pasiones liberales. El general Mosquera organizó una revolución que expulsó de nuevo a los jesuitas y al nuncio apostólico, ocupó los conventos y significó un terrible golpe para los católicos. Mosquera llegó a ser presidente en cuatro oportunidades, elegido siempre por fuerzas liberales. Dejó de gobernar en 1867, en que fué deportado al Perú. Los presidentes que le sucedieron no estuvieron, en ningún momento, a su altura, ni representaron en la historia lo que él representó. Rafael Núñez presidió la república de Colombia desde 1878 a 1880 y de 1884 a 1886, como resultado de una guerra civil entre liberales y católicos y por voluntad de estos últimos. El partido tradicionalista llevó a Núñez otras veces a la presidencia. Transformó en centralista el sistema federal de la nación. La iglesia tuvo una enorme influencia en el Estado y el poder ejecutivo adquirió mayor amplitud. El gobierno del vicepresidente, jefe del poder ejecutivo, Miguel Antonio Caro, no logró unir a los liberales y conservadores. El liberalismo, lejos del gobierno, se mantenía intransigente. Estalló una guerra civil en 1895 y otra de 1899 a 1902. El jefe del poder ejecutivo, en este período caótico de la historia de Colombia, fué José Manuel Marroquín. Su talento de estadista y sus dotes de orador no fueron suficientes para imponer la paz interna e impedir la declaración de la independencia de Panamá el 3 de noviembre de 1903. El general Rafael Reyes tuvo

la misión de reorganizar a Colombia, agotada por las guerras civiles entre liberales y conservadores. Las ideas religiosas, con todos sus alcances políticos, estuvieron a punto de deshacer por completo esta república. Reyes logró, en parte, levantar el país, pero tuvo que renunciar por la antipatía que despertó su período presidencial fijado en diez años y el excesivo poder que había acumulado en sus manos. Sus sucesores, en estos últimos veinte años, mostraron mayor calma en sus pasiones políticas, solucionaron viejas cuestiones de límites, establecieron relaciones diplomáticas con Panamá y otros países y trajeron para la república una época de franco renacimiento. Los partidos liberal y conservador, no obstante, no han abandonado totalmente sus rencores. Un hombre que estuvo a punto, en dos oportunidades, de llegar a la presidencia, fué el notable poeta Guillermo Valencia, admirado en toda América. Después de la presidencia del doctor Alfonso López ha sido elegido, a primeros de mayo de 1946, el doctor Mariano Espina Pérez.

§ 27. *Ecuador*

Juan José Flores, general de la guerra de la independencia, fué el primer presidente de la república del Ecuador, nacida sobre la antigua presidencia de Quito el 13 de mayo de 1830. La Constitución del nuevo Estado nacionalizó a todos los colombianos y extranjeros al servicio del Ecuador e hizo posible, por tanto, la presidencia de Flores, oriundo de Venezuela. El Ecuador debe a Flores su primera formación. Militar desde los quince años, demócrata por su nacimiento, ansioso de cultura por haber carecido de ella en su juventud, ordenado y conservador por la fortuna de su mujer, tuvo que hacer frente a la pobreza del país y a las cuestiones internacionales. La falta de dinero obligó al gobierno a falsificar moneda. La debilidad del país no le permitió imponerse a las exigencias de otras naciones. Una fuerte oposición se levantó en su contra; pero muchos opositores fueron misteriosamente asesinados. En 1835, Flores llevó a la presidencia a Juan Vicente Rocafuerte y él se puso al frente del ejército. El nuevo presidente fomentó la instrucción en todas sus ramas y declaró que el país no estaba en condiciones de gobernarse democráticamente. La dictadura, por tanto, fué violenta. Al final de su presidencia, en 1839, Flores resultó electo nuevamente para la primera magistratura. Una nueva Constitución dió a la presidencia ocho años de duración y facultades extraordinarias para reprimir las llamadas conmociones internas. Los liberales y demócratas se consideraron esclavos con esta Constitución. Las conspiraciones fueron continuas. Por fin, una revolución dió por tierra con la dominación floreana y el presidente dictador se fué a Europa con una buena renta. Entre sus sucesores se destacó uno de sus amigos, el general José María Urbina. Fué presidente de 1852 a 1856; pero su

influencia se hizo sentir antes y después de estas fechas. Sus ideas eran liberales y se opuso, tenazmente, a la vuelta de los jesuítas. Decretó la libertad de los negros y a los que formaban parte de su guardia personal los denominaba "mis canónigos". Al final de su presidencia dejó el puesto a un amigo, el general Francisco Robles, que se manifestó muy débil e incapaz. La oposición dirigida, principalmente, por un senador exaltado, Gabriel García Moreno, terminó en una revolución. En 1859 una asamblea popular eligió un triunvirato compuesto por García Moreno, Pacífico Chiriboga y Jerónimo Carrión para que anulase el poder de Urbina y de Robles. García Moreno se hizo nombrar director de la guerra y levantó el clero en contra de los militaristas. Este personaje, anormal, cruel y funesto, tiene en el Vaticano un busto como defensor de la fe. Había heredado de sus antepasados odios y manías. Un fraile se encargó de su educación y le inculcó ideas criminales contra los liberales. Viajó por Europa y fué, indudablemente, un estudiante aprovechado; pero su locura religiosa con formas lúcidas, lo transformó en una fuerza incontenible. Se arrojó sobre Urbina y Robles; pero éstos lo deshicieron. Huyó entonces fuera del país y cuando supo que un general había entregado al Perú una parte del Ecuador no vaciló en solicitar la protección de Francia y de España y en llamar a su antiguo enemigo, a quien había jurado matar, el general Flores. Este vino del extranjero, venció a Urbina y dió el poder a García Moreno. Una asamblea, presidida por Flores, eligió a García Moreno presidente de la República para el período de 1861 a 1865. Durante su mandato no vaciló en fusilar rapidísimamente a sus enemigos políticos y conspiradores. Le sucedieron dos amigos, tolerantes con el liberalismo. Juan Montalvo, poeta de grandes vuelos y polemista famoso, atacó el fanatismo de García Moreno; pero éste, viendo su influencia semiperdida, dió un golpe de estado en 1869 e hizo aprobar una Constitución que ahogaba la libertad y exigía, para ser ciudadano ecuatoriano, ser católico. El país se llenó de conventos y los odios se hicieron tan violentos que un colombiano, Faustino Lemus Rayo, se acercó el 6 de agosto de 1875 a García Moreno y lo mató a machetazos. García Moreno fué un patriota, no por amor a su patria, sino por amor al fanatismo. La obsesión religiosa inspiró todos sus pasos. Si quiso la grandeza del Ecuador fué para servir a la religión. A su muerte volvieron los liberales, empezando por el general Urbina. El presidente Veintemilla, que gobernó de 1876 a 1883, cayó también en la dictadura y persiguió cruelmente a sus enemigos políticos. Juan Montalvo lo hizo blanco de sus célebres *Catilinarias*. Cando quiso prolongarse en el poder, una revolución lo obligó a huir del país. Su sucesor, Plácido Caamaño, maltrató y fusiló a sus enemigos políticos, con las más variadas excusas, desde el 1884 al 1888. El nuevo presidente, Antonio Flores

Jijón, educado en Europa, hizo lo posible por imponer orden y paz. El Ecuador se normalizó en su vida política e internacional y los estudios alcanzaron un gran brillo. Sus sucesores no tuvieron igual suerte hasta que ocupó la presidencia el caudillo liberal Eloy Alfaro. Su poder se hizo sentir de 1895 a 1901 y de 1906 a 1911. En estos períodos el liberalismo llegó a extremos indefendibles contra la religión. Hubo una verdadera persecución religiosa debido a la intolerancia que reinaba en el ambiente; pero también se hicieron prodigios de administración, se construyeron ferrocarriles y se dió a la cultura un fuerte impulso. De 1901 a 1905 y de 1912 a 1916 gobernó en el Ecuador otro caudillo liberal, Leonidas Plaza Butiérrez. Este impuso leyes modernas y beneficiosas, como las de matrimonio civil y de divorcio y confiscó los latifundios que se hallaban en poder de órdenes religiosas. En 1906, una Constitución auspiciada por Alfaro borró todas las declaraciones que se referían a la religión del Estado. En 1911, una guerra civil entre Alfaro y Plaza puso fin al alfarismo. El glorioso general Alfaro fué hecho pedazos por el pueblo de Quito en 1912. Después de estos sucesos el Ecuador se vió hundido en una grave crisis económica. Un grupo de plutócratas dirigió los destinos de la república hasta 1925. En este año, un movimiento militar dió fin a la llamada dominación bancaria. Juntas de civiles y militares se hicieron cargo del poder y terminaron por entregar la presidencia provisional al médico Isidro Ayora. La adminstración de Ayora se caracterizó por lo resuelta y dictatorial. Ahogó los intentos revolucionarios y llamó a una misión de técnicos financistas norteamericanos para que proyectaran leyes de bancos, moneda, aduanas, etcétera. Luego fomentó la instrucción pública, dió al país una Constitución liberal que reconocía una gran poder a las cámaras, abrió caminos y construyó grandes obras; pero la crisis mundial de 1930, que hizo caer al presidente Irigoyen en la Argentina, levantó una revolución que en 1931 llevó a la dimisión del doctor Ayora. Produjéronse en seguida hondos desacuerdos políticos. En 1934 el pueblo eligió presidente al doctor José María Velasco Ibarra, hombre de fervientes ideas liberales y democráticas, orador brillante y poseedor de una honda cultura. En un viaje que realizó por América, recibió en todas las capitales entusiastas manifestaciones de aprecio. Su obra de gobierno comenzó por ser activa y eficaz. El Ecuador contó con un presidente renovador; pero unos militares descontentos y un choque con el senado, prepararon su caída. El presidente depuesto volvió a viajar por América y organizó varias revoluciones que fracasaron. Entre tanto, el Ecuador vivió unos años de completo desorden político. En 1940 fué elegido presidente el profesor liberal Carlos Arroyo del Río, hombre de talento y excelentes intenciones. Hizo un buen gobierno; pero la opinión pública que estaba con el doctor Velasco

Ibarra lo llevó nuevamente al poder, en 1944. El actual presidente tomó justas medidas con los militares que dejan los cuarteles para intervenir en política. Su gobierno se distingue por su amor a la cultura, a las obras públicas y a todas las iniciativas que signifiquen un progreso para su patria. Ha sido reelegido el 11 de agosto de 1946.

§ 28. *Perú*

En el Perú, el general José La Mar fué substituído en el gobierno por el general Agustín Gamarra. Este lo abandonó en su lucha contra Bolívar, en 1828, y al año siguiente consiguió que el Congreso le entregara la presidencia. Al igual que Rosas, unos años después, en la Argentina, tenía en su mujer, doña Francisca Zubiaga, a una colaboradora admirable. Ambos esposos eran unos políticos de primer orden. Gamarra combatió secretamente a Sucre y aduló el ejército para tener una fuerza incondicional. Su fin principal, no bien estuvo en el gobierno, fué el de someter a los caudillos locales y jefes de partidas armadas. Recorrió las provincias, mientras su mujer, politiqueaba en Lima. Dictó leyes magníficas y sensatas, hizo apalear a periodistas que lo atacaban violentamente y deportó a políticos enemigos. La oposición liberal terminó por conquistar la opinión pública. En 1822 el pueblo eligió su sucesor a Luis José de Orbegoso. Gamarra no se resignó a entregar el mando y sobrevino una guerra civil. Ambos contendientes se dirigieron al dictador de Bolivia, Andrés Santa Cruz, en busca de ayuda. Entre tanto, un joven general de ideas nacionalistas, Felipe Santiago Salaberry, se levantó contra la intervención boliviana. Nuevas guerras. Salaberry cayó prisionero y el Congreso lo mandó fusilar. Así pudo hacerse la confederación Perú-Boliviana, compuesta por los tres Estados del Norte peruano, Sud peruano y Bolivia. Santa Cruz fué el Protector de los tres Estados unidos, cada uno con un presidente. La unión y la paz dieron resultados magníficos; pero ni Chile ni la Argentina aceptaron con agrado ese enorme poder que se levantaba en el Norte. Rosas declaró la guerra a Santa Cruz basado en que daba hospitalidad a los políticos unitarios y en la excusa de que una provincia argentina ansiaba anexarse a Bolivia. Los ejércitos argentinos batieron fácilmente a los bolivianos. Más grave fué la guerra con Chile. El ejército chileno estaba reforzado por peruanos, que odiaban a Santa Cruz y la unión con Bolivia. Entre estos peruanos destacabáse el general Ramón Castilla. Este derrotó a Santa Cruz y deshizo la Confederación. Gamarra volvió a la presidencia del Perú en el año 1840; pero murió en noviembre del año siguiente. Sobrevino una lucha anárquica entre varios generales y de ellas surgió, en 1843, el general Manuel Ignacio de Vivanco. Lo animaban grandes ideales. El pueblo lo seguía con entusiasmo.

Sus innovaciones eran apresuradas. Al mismo tiempo exigía una fidelidad exagerada. Temía conspiraciones contra su persona y dejaba matar a sus enemigos. Así se cubrió de odios y se atrajo la revolución. Entre tanto, el general Ramón Castilla entró en el Perú desde Chile y batió a Vivanco. Empezó a gobernar en abril de 1845. Su período ha de ser recordado eternamente. Reorganizó el Perú sobre bases de honradez, de trabajo y de orden. Era amigo de San Martín, con quien cambió cartas inolvidables, y tenía un agudo talento de estadista. Liberal y enérgico, sobresalía en sus instintos de mestizo y de europeo. Sabía hacer la guerra como buen estratega y vencer por cualquier medio los obstáculos. No le faltaban vicios, como el del juego, y algunas debilidades que sus enemigos magnificaban. Muchas y excelentes leyes le debe el Perú de su tiempo. Hizo prodigios en cuestiones conómicas. Fomentó las industrias y la colonización. Inauguró ferrocarriles y líneas telegráficas. La Argentina no debe olvidar que en 1850 dió un decreto en que se disponía la erección de un monumento a su amigo San Martín. En 1851 le sucedió el general J. Ruffino Echenique, de ideas conservadoras. Echenique se destacó por sus cuestiones diplomáticas. Defendió los intereses peruanos con talento y energía; pero no supo suprimir la esclavitud y tomar otras medidas liberales. La masonería minó su gobierno. En 1854, los liberales, con el general Castilla a la cabeza, se lanzaron a la revolución. Castilla asumió el poder al año siguiente e inició una serie de persecuciones contra sus enemigos. Al mismo tiempo trabajó todo lo posible para mejorar las condiciones económicas, diplomáticas y culturales del país. Sus enemigos le reprocharon abandonar a los liberales para pasarse a los conservadores. Los cronistas modernos dicen que su mayor defecto fué no haber evolucionado. Cuando dejó el gobierno, el Perú se vió envuelto en la guerra contra España. Hubo momentos de confusión; pero los hombres que rápidamente pasaron por el gobierno mantuvieron en alto el honor peruano. Debemos señalar, entre 1868 y 1872, la presidencia de José Balta, que vinculó el Perú a grandes firmas comerciales europeas y preparó las industrias del país. Los negocios de aquel entonces, como muchos de otras partes de América, se caracterizaban por las inmensas sumas que envolvían y los abusos de costumbre. Al final de su presidencia, el partido llamado civil., o sea, liberal, impuso en agosto de 1872 al presidente Manuel Pardo. En su gobierno tuvo que sofocar veintiocho revoluciones y cuartelazos. Al mismo tiempo dió impulso a la instrucción pública, enormemente abandonada, y mejoró las relaciones internacionales, sobre todo con los países de Europa. Su sucesor, en 1876, fué el general Mariano Ignacio Prado, el mismo que había combatido contra los buques españoles en 1866. No fué afortunado en su segundo período presidencial pues tuvo que hacer frente a la guerra contra

Chile por causa del guano. En esta guerra hicieron prodigios de valor Miguel Grau, comandante del buque *Huáscar*, y Francisco Bolognesi, defensor del fuerte de Arica. Ambos murieron en sus puestos. Bolivia fué aliada del Perú; pero la superioridad militar de Chile no admitió derrotas y ambos países tuvieron que firmar la paz en condiciones muy desventajosas. Después de la guerra varios generales se sucedieron en la presidencia: Iglesias, Cáceres, todos con fines patrióticos, sin lograr sus nobles propósitos por las guerras internas. Morales Bermúdez preparó el regreso de los civiles. Nicolás Piérola, conocido por su actuación en la guerra contra Chile, subió a la presidencia en 1895. Fué un dictador empeñado en convertir el Perú en una nación moderna. Reorganizó el ejército y los impuestos y llamó a colaborar a las juventudes. Construyó edificios y solucionó cuestiones internacionales. Otro gran presidente fué José Pardo, de 1904 a 1908. El Perú le debe mejoras de toda índole debidas a su visión moderna de los problemas. La cultura alcanzó un alto nivel. Fué su sucesor su ministro de hacienda, el doctor Augusto B. Leguía, que habría de destacarse en su segunda presidencia. Su segunda presidencia se inició en 1919, derribando a Pardo, que había vuelto al poder en 1915. Leguía conspiró desde Europa y tornó al poder con ánimos renovadores. Para imponerse tuvo que convertirse en dictador. Consagró el Perú al Corazón de Jesús y hundió en cárceles terribles a sus enemigos políticos. Fué como la mayoría de los dictadores, un gobernante excelente que dió a su país todo lo que necesitaba, excepto libertad y bienestar. La oposición dentro y fuera del país fué enorme. Algunos hombres de talento lo acompañaron, pero los más estuvieron, lógicamente, en su contra. Se hizo reelegir y llegó a creerse un genio. Quien no compartía sus opiniones era perseguido o encarcelado. La adulación era lo único que lo vencía. El brillo de su gobierno se debe, principalmente, a enormes empréstitos. Con ellos levantó edificios y construyó parques. El ejército fué reforzado grandemente: todo reflejaba orden y prosperidad; pero la vida sin libertad se hacía imposible y el ejército puso fin a su gobierno en 1930. Tres años más tarde fué elegido presidente el General Oscar R. Benavides que significó para el Perú el máximo de su bienestar. La labor de este presidente es elogiable desde todos los puntos de vista. Hubo orden, progreso, mejoras innumerables y libertad. La cultura, las relaciones internacionales, la economía y, sobre todo, la libertad, encontraron sus cauces definitivos. El mariscal Benavides demostró que la tiranía de los dictadores es inútil y que se puede llevar un país a un alto grado de poder y perfección sin necesidad de ahogar los impulsos más nobles que tiene el hombre. En 1939, le sucedió el doctor Manuel Prado Ugarteche, y en 1945, el actual Presidente del Perú, el doctor José Luis Bustamante Rivero, que continúa brillantemente el camino de progreso y libertad.

§ 29. *Bolivia*

La historia de Bolivia, después de la renuncia y partida de Sucre, entra en un período dominado por el general Andrés de Santa Cruz. Ya hemos expuesto sus antecedentes. Bolivia se hallaba por completo anarquizada y desorganizada. Este estado de cosas y el prestigio que disfrutaba le permitieron recibir el mando supremo, en La Paz, el 19 de mayo de 1829. En seguida se dedicó a calmar el país, a organizar obras de importancia y a atraerse las simpatías de la prensa y de los últimos enemigos. Pronto llegó a adquirir un dominio absoluto sobre el ejército y la nación. Con estas ventajas le fué fácil intervenir en la lucha surgida en el Perú entre Agustín Gamarra y Orbegoso, batir a Salaberry, que se oponía a la unión del Perú con Bolivia y realizar, por fin, esa unión o confederación Perú-Boliviana en octubre de 1836. Santa Cruz fué electo supremo protector vitalicio de la Confederación con derecho a nombrar su sucesor. La forma monárquica de este gobierno y la fuerza que con el tiempo podía alcanzar la nueva nación desagradaron a los políticos liberales y democráticos y a las repúblicas de la Argentina y Chile. Chile y la Argentina declararon la guerra a la Confederación. En un principio Santa Cruz disipó los peligros; pero pronto las fuerzas argentinas vencieron a las bolivianas y una expedición chilena al mando del general Bulnes derrotó su ejército en el pueblo de Yungay en enero de 1839. Su caída significó un gran desorden y el encumbramiento del general José Ballivian. Este llegó al poder en medio de la desorientación política y la ayuda del general Gamarra, que lo apoyó con el ejército peruano. Pero la discordia no tardó en surgir entre los dos generales. El pueblo boliviano defendió a Ballivian frente al invasor Gamarra y el primero batió al segundo, y le dió muerte, en el pueblo de Ingavi en noviembre de 1839. Así pudo Ballivian gobernar con cierta calma, acudiendo al espionaje y a las delaciones de todos los dictadores. Hizo votar una nueva Constitución que hacía irresponsable al presidente de sus actos y se dedicó un poco a elevar la cultura y la instrucción primaria. A los tres años, el presidente Castilla, del Perú, fomentó la revolución en contra de Ballivian. Hubo una serie de revueltas en las cuales empezó a destacarse la personalidad del general Manuel Isidoro Belzú. Este fué nombrado ministro del presidente general José Miguel Velasco; pero al corto tiempo organizó una revolución y se sentó en la presidencia. Belzú gobernó demagógicamente, adulando a la plebe y persiguiendo, con crueldad, a sus nemigos políticos. Tuvo que aplastar varias revoluciones y se salvó por milagro de unos tiros

que le dispararon en la cabeza. Las venganzas de Belzú fueron terribles. La oposición, al mismo tiempo, creció desmesurada. Harto de luchas, Belzú renunció en 1855 y dejó la presidencia a su yerno, el general Jorge Córdoba. A los dos años le quitó el poder, con una revolución, José María Linares. Este gobernante, educado en Europa e inspirado por grandes ideas, depuró el clero, sumido en todos los vicios, hizo economías y dió alas a la educación. Pero la enorme oposición de los caudillos lo obligó a gobernar en forma dictatorial. Los curas y otros políticos tramaron una conspiración. Linares supo vencerla e hizo fusilar a los enemigos, sin perdonar a un fraile. La gritería terminó por calmarse, viendo el pueblo que el gobierno era excelente. Una enfermedad empezó a postrarlo. Quiso llamar a elecciones, pero sus más fieles ministros lo depusieron del gobierno y obligaron a emigrar a Chile, moribundo, cubriéndolo de calumnias. En 1861 fué elegido presidente el general José María de Achá. Gobernó en forma oscura hasta 1864, en que fué derrocado por una revolución. El general Mariano Melgarejo, su audaz sucesor, gobernó despóticamente hasta 1871. Un golpe revolucionario llevó a Belzú de nuevo al palacio presidencial. Melgarejo, sin fuerzas para resistirle, se presentó con un grupo de amigos en el palacio, se acercó a Belzú y a los militares que lo rodeaban, semiembriagados, con las copas en alto, y mientras le extendía la mano un tiro hizo desplomar a Belzú. Inmediatamente Melgarejo salió al balcón y la muchedumbre lo aclamó. Sensible, en grado extremo, a las adulaciones, se dejó dominar por los diplomáticos de Chile y del Brasil que lo colmaron de honores y le hicieron firmar tratados en que Bolivia cedía inmensas extensiones de su territorio. Otro general, Agustín Morales, hizo saltar a Melgarejo de la presidencia. Ocupó su lugar y al año siguiente fué asesinado con cinco tiros. El caos de costumbre y un presidente que pasó a la historia por sus derrotas en la guerra con Chile, a causa del guano: el general Hilarión Daza. Su sucesor, el general Narciso Campero, no pudo detener los triunfos chilenos. En 1888 ocupó la presidencia Aniceto Arce, hombre emprendedor, a quien Bolivia debe el ferrocarril de Antofagasta a Oruro. En 1892 le sucedió Mariano Baptista, culto y famoso por sus discursos. Su gobierno no logró destacarse. Menos brillo tuvo el de Severo Fernández Alonso, iniciado en 1896. El general José Manuel Pando firmó la paz con Chile, que representó el encierro de Bolivia, y llegó a un acuerdo, por la cuestión de los territorios del Acre, con el Brasil. El coronel Ismael Montes gobernó con sabias ideas de política interna y externa. El doctor Eliodoro Villazón continuó este buen gobierno y cedió la presidencia otra vez a Montes, que en 1913 volvió de París con grandes proyectos bancarios. La creación del Banco de la Nación trajo serias consecuencias y hubo un descontento general en el país. El sucesor de Montes, José Gutiérrez

Guerra, fué elegido en 1917 y cayó por una revolución en 1920. Bautista Saavedra, profesor, diplomático y hombre de indudables méritos, tuvo que hacer frente a la oposición del partido que presidía el doctor Daniel Salamanca. Le fué preciso acudir a la dictadura y para impedir la elección de Salamanca hizo elegir a Hernando Siles con su hermano Abdón Saavedra como vicepresidente. Siles trató de atraerse a todos los partidos y lo que logró fueron muchas adulaciones. También tuvo que desterrar a sus opositores; pero los estudiantes lo derrocaron del gobierno en junio de 1930. Una junta militar permitió la elección de Daniel Salamanca. Un general alemán, utópico e incomprensivo, y una serie de políticos ambiciosos, lo convencieron de la necesidad de declarar la guerra al Paraguay para terminar con la cuestión del Chaco. Bolivia, llena de deudas, pero con reservas inmensas de minerales, creyó muy fácil dominar a la pequeña república paraguaya y se lanzó a la aventura del Chaco con sueños de penetrar en la Asunción. El resultado fué que los paraguayos llegaron a los confines del Chaco, venciendo en todos los combates. Salamanca renunció y el vicepresidente José Luis Tejada Sorzano ocupó su lugar. El coronel David Toro, hombre inteligente, patriota y enérgico, derrocó a Tejada en 1935. A los dos años, otro coronel, Germán Busch, extremadamente joven, lo aprisionó y desterró a Chile. Toro pasó a la Argentina y empezó a conspirar. Busch fué asesinado misteriosamente a los dos años y el general Quintanilla entregó la presidencia, ganada en buenas elecciones, al general Enrique Peñaranda, ex jefe en la guerra del Chaco, quien la dejó, por la fuerza de una revolución, al mayor Gualberto Villarroel el 20 de diciembre de 1943. Su gobierno, de tendencia nazisfoide, le atrajo las antipatías de los intelectuales y de las clases cultas. Fué muerto y colgado de un farol, en una revolución popular, el 21 de julio de 1946.

§ 30 *México*

La historia de México pasa del imperio a la república con el general Antonio López de Santa Anna. A él se debe el ejemplo de los grandes gobiernos personales. Caudillo presidente, hizo de las revoluciones un modo de política y de vida. Combatió contra las fuerzas norteamericanas, en defensa de Texas, y por sus apresuramientos militares cayó prisionero y tuvo que firmar tratados que en libertad no habría firmado. A él se deben las luchas sin cuartel y compasión, los fusilamientos en masa y los métodos guerrilleros que han hecho de la historia política de México una historia típica en el Nuevo Mundo. Empezó a sobresalir en 1822, con un acto de traición a Iturbide, y actuó de las más diversas maneras hasta el 1855. Vió subir y bajar presidentes y él también presidió a México varias veces. El desorden político de esta na-

ción aumentaba constantemente. Historiadores como Lucas Alamán se han quejado del paso a la independencia. Al igual que Rosas, en la Argentina, Alamán sostenía que la independencia sólo había traído guerras civiles, anarquía, miseria y crueldad. En México, la calma de la colonia fué substituída, realmente, por un caos de pronunciamientos militares. Estos pronunciamientos tienen un matiz indiscutiblemente español. La falta de unidad política, las luchas entre centralistas y deferalistas, debilitaron la nación y permitieron a países extranjeros inaugurar la práctica de presentarse con sus escuadras a cobrar deudas y a reclamar por ataques a sus súbditos. Por otra parte, las luchas religiosas dividían cada vez más profundamente a los hombres de México. Unos eran liberales, descreídos e irrespetuosos de las ceremonias religiosas. Los otros eran fanáticos, creyentes ciegos en milagros y demás beaterías. La lucha se tornaba intransigente por ambas partes. Se hacía, de este modo, cada vez más desconocida la tolerancia y, con ella, el perdón y la piedad. Cuando estallaba una revolución las matanzas constituían el placer y la recompensa de los vencidos. Los conventos una vez eran saqueados y otras recibían inmensas donaciones. Entre tanto, Estados Unidos pobló la región de Texas, fomentó la independencia política y aceptó más tarde su incorporación como un nuevo Estado. México, consumido por las revoluciones, fué a la guerra, proclamando su derecho a mantener una parte incuestionable de su territorio. En medio de la lucha los pronunciamientos se sucedían y Santa Anna volvió a la presidencia. Sus esfuerzos para conservar Texas fracasaron todos y tuvo que emigrar. En 1848 se firmó la paz y México cedió a los Estados Unidos Texas, Nuevo México, Alta California y otras regiones. Por undécima vez, en agosto de 1855, Santa Anna volvió a ocupar la presidencia de México. Volvía con sueños de grandeza. Lujos y gastos inútiles y enormes. Una revolución lo echó del poder, para siempre. El que fué todopoderoso vivió hasta los ochenta y dos años, en la pobreza, contemplando el desorden de su patria que él, en gran parte, había creado. Le sucedieron nuevas luchas y un choque violento de dos presidentes que significaron dos destinos: Benito Juárez y Miguel Miramón: uno, liberal; el otro, conservador. La influencia religiosa era la causa principal de estos desastres. El gobierno liberal dió pasos decisivos: separación absoluta de la iglesia y del Estado y retiro de la representación diplomática en el Vaticano. Los afanes estadounidenses de extenderse sobre nuevas tierras hallaron en Juárez un negociador dispuesto a algunas cesiones. Era, desgraciadamente, la mejor política que podía observarse en aquellos momentos. Con la amistad de Estados Unidos se detenían ambiciones de otros países, como Francia. Inglaterra, España y Francia enviaron sus

buques a las costas de México. La guerra de secesión que existía en Estados Unidos, por causa de la esclavitud, y el temor que tenía Francia de que Estados Unidos llegase, algún día, a dominar México y Sud América, hizo concebir al emperador Napoleón III la aventura de coronar a un príncipe amigo como emperador de México. El elegido fué el archiduque Maximiliano de Austria. De los países europeos que juzgaron este proyecto, el más sensato fué el español. Su conocimiento de los asuntos americanos le hizo declarar, abiertamente, que semejante empresa era una locura. Los buques españoles e ingleses, llegados frente a México en enero de 1862, volvieron a sus patrias en abril. Los franceses no abandonaron sus proyectos. Desembarcaron treinta mil hombres e hicieron retroceder a Juárez. Los mismos mejicanos de ideas absolutistas y católicos resolvieron llamar a Maximiliano para que los gobernase como emperador. Maximiliano abandonó sus derechos y comodidades en Austria y embarcó con su mujer, la flamante emperatriz Carlota, rumbo a México. Agasajos, deslumbramiento, grandes esperanzas e ilusiones y comienzo de una lucha sorda. Juárez y los Liberales mexicanos no admitían la comedia de un imperio. Maximiliano no amaba el despotismo; pero la infuencia de los políticos absolutistas y el clero, que exigía el retorno de todas sus prerrogativas, lo llevaron a crueldades y medidas que sublevaron en su contra al pueblo antes indiferente. Los liberales fueron llamados bandidos y perseguidos como si lo fueran. Esta situación no pudo ser eterna. Francia terminó por retirar sus fuerzas y abandonar a Maximiliano. Carlota enloqueció y el emperador fué fusilado por disposición de Juárez. Así terminó, para siempre, el imperialismo en México. Era el año 1867. En 1872 murió Juárez y ocupó la presidencia Sebastián Lerdo de Tejada. Su sucesor, por medio de una revolución, fué Porfirio Díaz. Liberal y demócrata en extremo, se hizo un dictador habilísimo. Primero admitió que pasara un período sin ocupar al presidencia; luego reformó la Constitución y por último se quedó en el gobierno por espacio de treinta años. Su mandato se hizo famoso. No tenía ideales fijos, excepto los de gobernar paternalmente. Admitía la ayuda y la colaboración de todos los partidos. Siempre estaba dispuesto a recibir a quien se le acercaba y a combatir a los enemigos. Durante su gobierno México progresó grandemente. Llegaron enormes capitales extranjeros, la inmigración aumentó en sumo grado, abriéronse caminos, instaláronse industrias, la agricultura y la minería recibieron fuertes impulsos y el comercio hizo entrar en el país mucha riqueza. La instrucción y la cultura progresaron en forma magnífica. Al lado de los intelectuales positivistas y liberales se desarrollaron otros de ideas conservadoras y clericales. México debe mucho a la forma amplia de gobierno de

Porfirio Díaz, pero también a la influencia norteamericana y europea y al carácter de los tiempos modernos. En 1910, Francisco I. Madero derrocó a Díaz mediante una revolución y ocupó su lugar. Murió asesinado, en medio de otra revolución en 1913. El presidente Huerta fué substituído un año más tarde por Venustiano Carranza. Este hizo un buen gobierno. Sus ideas liberales le atrajeron el odio de los católicos. No obstante, desarrolló una política de tolerancia religiosa y sólo tomó medidas para impedir que el clero influyera con exceso en la vida civil y política. Muchas leyes contrarias a la Iglesia no fueron puestas en práctica. Tuvo en su contra al célebre caudillo Pancho Villa y un rozamiento internacional con Estados Unidos que había comenzado con el presidente anterior, Huerta. Los norteamericanos invadieron México y ocuparon importantes ciudades. Carranza ofreció resistencia y llamó en su ayuda la intervención amistosa de la Argentina, Brasil y Chile, que terminaron por poner fin al conflicto; pero Villa siguió luchando contra los norteamericanos y llegó a cometer actos semivandálicos. El presidente Wilson, de Estados Unidos, resolvió entonces enviar a México al general Pershing, que más tarde mandaría las fuerzas norteamericanas en la guerra de Europa. Terminado el conflicto, en forma satisfactoria para ambos países, ocupó la presidencia, por medio de una revolución, el general Alvaro Obregón. Cuatro años más tarde, en 1924, se produjo una lucha armada entre Plutarco Elías Calles y Adolfo de la Huerta. Venció el primero. Su política antirreligiosa, dirigida en gran parte por las logias masónicas, levantó un fuerte conflicto con el clero y el Vaticano. El clero incitó a la rebelión. Hubo un atentado contra el general Obregón dirigido por un jesuíta. Otro católico, exaltado, mató a Obregón poco después. El gobierno acudió a los fusilamientos. Entretanto, las cuestiones políticas originaron revoluciones que llevaron a la presidencia a varios candidatos. Emilio Portes Gil, presidente provisional en 1928, fundó el partido nacional revolucionario. Calles dominó la situación política hasta que en 1934 fué elegido el general Lázaro Cárdenas. En este tiempo los desacuerdos religiosos se fueron calmando; pero ni el gobierno ni la iglesia abandonan sus posiciones. A Cárdenas se debe, en 1938, la expropiación de las compañías extranjeras de petróleo. Estados Unidos admitió la expropiación justa. Inglaterra tuvo mayores exigencias y sobrevino una ruptura de relaciones exteriores. Más tarde estos conflictos se solucionaron. Cárdenas emprendió con entusiasmo una segunda orientación de la reforma agraria. Esta tenía antecedentes sin trascendencia definitiva. Se había dado a los agricultores pequeños trozos de terreno que por lo común quedaban sin cultivar por falta de medios. Con Cárdenas el Estado se encargó de distribuir

grandes extensiones para que fuesen cultivadas en forma colectiva. Al mismo tiempo se desarrollaron enormemente la irrigación y el crédito agrícola. La vida de los obreros ha sido mejorada grandemente. En 1940 ocupó la presidencia el general Manuel Avila Camacho, cuyo gobierno ha sido excelente. En julio de 1946 las elecciones, muy discutidas, dieron el triunfo al candidato del partido revolucionario institucional, doctor Miguel Aleman, apoyado por el gobierno. El nuevo presidente es hombre joven y de gran cultura.

§ 31. *Guatemala, El Salvador y Honduras*

Las repúblicas de la América Central han llevado una vida política en parte convulsionada y en parte sometida a dictaduras. Pocos hombres se han destacado con brillos de inmortalidad. Rafael Carrera, en 1847, desligó a Guatemala de la federación Centroamericana y la declaró una república independiente. En el mismo año el general Serapio Cruz proclamó la independencia del Estado de los Altos. Esta independencia no se hizo posible hasta el año siguiente y así nació la república de El Salvador. Rafael Carrera fué el hombre que más se destacó, desde 1840, en Guatemala y en Centro América. En 1854 fué declarado presidente vitalicio de Guatemala. Murió en 1865 y en sus años de dominio absoluto de Guatemala se dedicó principalmente a combatir a los presidentes de las repúblicas vecinas porque daban asilo a sus enemigos políticos. Las revoluciones fueron continuas: unas por rivalidades políticas y otras por choques religiosos. El partido liberal llegó al poder en 1871, gracias a los esfuerzos del general Miguel García Granados. El general Julio Rufino Barrios fué otro liberal que significó para Guatemala una fuerza de progreso y cultura. La oposición de los elementos conservadores y fanáticos lo obligó a gobernar a menudo en forma absolutista. Nacionalizó los bienes eclesiásticos, decretó la libertad de cultos, abolió y prohibió toda clase de conventos y fomentó la instrucción pública, los caminos y los adelantos modernos. Barrios hizo lo posible para lograr la unión de las cinco repúblicas centroamericanas, pero no lo consiguió. Estados Unidos se desentendió del problema y las ambiciones de los caudillos locales cubrieron de obstáculos la realización del proyecto. En 1885 trató de lograr la unión por medio de la fuerza. Declaró la guerra a El Salvador y pasó sus fronteras; pero una bala terminó con su vida y sus proyectos unionistas. Uno de sus sucesores, el general Manuel Lisandro Barillas gobernó en forma dictatorial y en lucha con la Iglesia. El general José María Reina Barrios empezó a gobernar, como presidente, en 1892. Sus medidas no pudieron ser mejores, todas en bien del país; pero al final de su gobierno quiso prolongarse en el mando

y esto le atrajo profundas antipatías. Fué muerto de un tiro en 1898. El licenciado Manuel Estrada Cabrera, que le sucedió, gobernó sabiamente, desarrollando la instrucción pública y elevando el poder y la economía de Guatemala. Fué derrocado en 1920. Desde entonces pocos presidentes han terminado sus períodos. Hubo revoluciones y desórdenes. La situación se normalizó con la dictadura del general Jorge Ubico, electo en 1931.

El actual presidente de Guatemala, Juan José Arévalo, preparó un plan de federación de las repúblicas Centroamericanas que mereció por parte del presidente de El Salvador, don Salvador Castañeda Castro, la más amplia acogida. Ambas repúblicas se hallan momentáneamente unidas. Es de desear que la unión se extienda a las restantes repúblicas de Costa Rica, Nicaragua y Honduras. Si se logra esta unión, que en junio de 1945 parecía muy posible en los países mencionados, la nueva república llevaría el nombre de República Federal Centroamericana. Ojalá que esta magnífica iniciativa sea pronto una realidad y las repúblicas centroamericanas nunca vuelvan a dividirse.

En la república de El Salvador, el general Francisco Malespín, que comenzó a gobernar en 1844, mantuvo el país en revoluciones y guerras con las repúblicas vecinas. En 1848, el presidente Doroteo Vasconcelos puso mucho empeño en lograr la unión de las repúblicas Centroamericanas. Las diferencias religiosas hicieron perder la presidencia a Gerardo Barrios, que empezó a gobernar en 1860. El clero logró que el general Carrera, de Guatemala, invadiera El Salvador y expulsara a Barrios. Fué fusilado en 1865. Esta muerte dió motivo al presidente de Honduras, José María Medina, de ideas liberales, para proteger a los liberales salvadoreños, permitirles la invasión de su patria y derrocar al presidente. En 1876 se inauguró el gobierno de Rafael Saldivar. Por sus buenas condiciones de gobernante fué reelegido varias veces. Soñó con la vuelta de la federación Centroamericana y ayudó al general Barrios, de Guatemala, en sus proyectos. Una revolución llevó al poder, en 1865, al general Francisco Menéndez. Este mandatario hizo un gobierno excelente. Siempre será recordado con cariño y admiración. En 1890 murió al saberse derrocado por un general a quien él había protegido. Sobrevino una revolución y Guatemala invadió el territorio para suprimir del poder a los hermanos Ezeta, uno de los cuales se había proclamado presidente. Los dos hermanos gobernaron despóticamente hasta el 1894, en que otra revolución les arrojó del país. Entre los últimos presidentes hay que mencionar a Manuel Enrique Araujo, que hizo un buen gobierno y murió asesinado en 1913, y el general Maximiliano Hernández Martínez que subió a la presidencia por medio de

otra revolución en 1931. Actualmente gobierna la república el general Salvador Castañeda Castro.

El sistema de las revoluciones, de los pronunciamientos militares y de los asesinatos políticos que hemos señalado en la historia de la América Hispana y, en especial, en Centro América, se continúa en Honduras y en Nicaragua. En Honduras sobresalió el doctor Juan Lindo desde el 1947. Este personaje había sido presidente provisional de El Salvador en 1840. Su gobierno fué noble y limpio. En 1850 combatió contra Guatemala aliado a El Salvador. Dos años más tarde fué sustituído por el general Trinidad Cabañas, que trató, inútilmente, de revivir la federación Centroamericana. Al mismo tiempo Cabañas se vió obligado a defenderse de los ataques del presidente de Guatemala, pero no pudo resistirlos y tuvo que emigrar del país. Cabañas fué un gobernante digno de elogio por el interés que demostró en favorecer la instrucción y desarrollar la minería. El general Santos Guardiola, uno de sus sucesores, combatió con éxito al aventurero norteamericano Walker e hizo un gobierno que fué un modelo de tolerancia política y religiosa. Murió asesinado por su guardia de honor. En 1862 comenzó a gobernar el general don José María Medina. Fracasó en sus intentos de construir un ferrocarril interoceánico y después de ser reelegido cayó prisionero en un combate contra fuerzas de El Salvador. El licenciado Céleo Arias, elegido presidente provisional en 1872, fué derrocado por los mismos gobiernos de Guatemala y de El Salvador, en 1874, que lo habían llevado al mando. El sucesor, Ponciano Leiva, terminó del mismo modo: por haberse hecho poco grato a la confianza de Guatemala, que temía una alianza de Honduras y El Salvador. Sobrevino una verdadera anarquía, en que los generales se pasaban el poder. El orden renació cuando el doctor Marco Aurelio Soto se hizo cargo del gobierno. El presidente general Luis Bográn, que sucedió a Soto en 1883, adhirió en 1885 al proyecto del presidente de Guatemala que reconstruía la antigua federación Centroamericana. Dejó de gobernar en 1891 y entregó el mando al general Ponciano Leiva. Este no pudo impedir la anarquía que trajeron las revoluciones y renunció en 1893. El doctor Policarpo Bonilla, que llegó a presidente con el apoyo de Nicaragua en 1894, volvió a insistir en el ideal de unir a las repúblicas centroamericanas. Fracasó por incomprensión y ambiciones partidistas. Siguió la práctica de otros presidentes centroamericanos, de ayudarse unos a otros, y envió un ejército a Nicaragua para sostener en el mando a su amigo José Santos Zelaya. Pudo terminar su período presidencial y en 1899 lo substituyó el general Terencio Sierra. Hizo un buen gobierno, protegiendo la agricultura y construyendo vías de comunicación, pero cometió el error de querer impedir que en-

trara a mandar su sucesor, el general Manuel Bonilla, que empezó a gobernar en 1902. Este presidente hizo nuevos e inútiles esfuerzos para reconstruir la federación Centroamericana. En 1906, una cuestión de límites entre Honduras y Nicaragua llevó a la guerra a estas dos repúblicas y a El Salvador, que se alió a Honduras. Triunfó Nicaragua y Bonilla renunció. En 1916 gobernó Francisco Bertrand. Su empeño de mantener el estado de sitio, por haber declarado la guerra a Alemania, y poder gobernar despóticamente, le trajo una revolución que lo hizo salir del país. En 1919 fué elegido presidente el general Rafael López Gutiérrez. La vieja idea de revivir la federación Centroamericana pareció realizada en enero de 1921, con una conferencia de plenipotenciarios que se celebró en Costa Rica; pero en el mes de diciembre un cambio de gobierno en Guatemala decidió a esta nación a separarse del pacto. Lo mismo hizo Honduras. Nuevos presidentes y nuevas revoluciones no interrumpieron el ritmo anormal de esta república. En 1933 subió a la presidencia el general Tiburcio Carías Andino que gobernó con energía e indudable patriotismo.

§ 32. *Nicaragua, Costa Rica y Panamá*

Nicaragua declaró su absoluta independencia de la federación Centroamericana el 30 de abril de 1838. En 1842 volvió a unirse a Honduras y El Salvador; pero esta unión no impidió que en 1844 el presidente de El Salvador, general Malespín, con fuerzas salvadoreñas y hondureñas invadiera Nicaragua y en enero del año siguiente hiciera una verdadera masacre en la ciudad de León. Malespín tuvo que abandonar Nicaragua y pasar a Honduras para defenderse del vicepresidente de El Salvador que se había alzado con la presidencia. En el mismo año de 1845, un presidente nicaragüense, José León Sandoval, llegó al extremo de reducir los gastos de la instrucción pública para construir iglesias. En 1847, Inglaterra se convirtió en protectora de los indios llamados mosquitos, que habitaban en la costa atlántica, y les permitió constituirse en un Estado independiente y gobernado por un rey ridículo. El rey Moscoso y un mulato de nombre Hodgson, que le hacía de consejero, apoyados por dos naves de guerra inglesas, se apoderaron del puerto de San Juan del Norte. Las tropas nicaragüenses recuperaron la población; pero otros barcos ingleses amenazaron desembarcar fuerzas y emprender la conquista de Nicaragua. El Salvador protestó contra esta agresión a Centro América y el ministro Palmerston, comprendiendo lo absurdo de su intento, terminó por abandonar sus empeños de conquista. Influyeron en esta decisión las medidas tomadas por Colombia y Estados Unidos. Entre tanto, las rivalidades políticas llenaban a Nicaragua de revoluciones. En 1854 gobernaban en Nicaragua dos

presidentes: Francisco Castellón, en el Estado de León, y Frutos Chamorro, en el de Granada. El primero contrató al norteamericano Byron Cole y doscientos hombres armados para que lo ayudasen en la lucha civil. Cole traspasó el contrato a Willian Walker, en 1855. Este aventurero, natural de Tennesse, era médico, abogado y periodista. Cierta vez se dirigió al Estado mexicano de Sonora y pretendió convertirlo en una república independiente. Cuando llegó a Nicaragua no tenía más de cincuenta y ocho compañeros. El presidente Castellón lo nombró coronel y, a su muerte, el sucesor de Castellón, Patricio Rivas, lo elevó a general. Así llegó Walker a dominar en Nicaragua y pensó en invadir las otras repúblicas centroamericanas. Su ejército se hacía cada vez más numeroso con aventureros que llegaban de los Estados esclavistas de Norte América. Pronto se halló en guerra con Costa Rica, cuyo presidente, don Juan Rafael Mora, formó un ejército de nueve mil hombres. Con esta fuerza obtuvo algunos triunfos y avanzó en Nicaragua. En abril de 1856, en la ciudad nicaragüense de Rivas, Walker y sus hombres se hallaban refugiados en un edificio inexpugnable. Aquí surgió el héroe nacional de Costa Rica. Un humilde soldado, nacido en Alajuela, de nombre Juan Santamaría, se ofreció a incendiar el edificio y morir en la acción si el gobierno le prometía cuidar a su madre. El edificio fué incendiado, Santamaría murió heroicamente y Walker y sus hombres tuvieron que huir. Ante estos hechos las demás repúblicas centroamericanas se aliaron a Nicaragua. En julio de 1856, Walker se hizo presidente de Nicaragua y permitió en seguida la esclavitud. Todos los ejércitos de Centroamérica se hallaron en lucha contra Walker. Éste fué vencido muchas veces; pero se retiró dejando arrasadas las poblaciones. En 1857, después de largas luchas, Walker y el jefe de los ejércitos aliados, José Joaquín Mora, hicieron un arreglo de paz y Walker pudo salir de Centroamérica jurando no regresar jamás. Se dirigió a Panamá y faltando a su promesa, volvió a Nicaragua y dió algunos combates; pero un buque de guerra norteamericano lo tomó preso y lo llevó a Estados Unidos. En 1860 se embarcó por tercera vez, en Nueva Orleans y se dirigió a Honduras, donde conquistó el puerto de Trujillo. Fracasó en su empresa y quiso refugiarse en un buque inglés; pero éste lo entregó a los hondureños que lo fusilaron en septiembre de 1860. La historia de Nicaragua siguió entre revoluciones y cambios de presidentes. Un buen presidente fué el general Máximo Jerez, que hizo lo posible por reunir a las repúblicas centroamericanas en una federación. El general Tomás Martínez, elegido en 1857, hizo un excelente gobierno. Los presidentes sucesivos, casi todos generales, trataron de hacer progresar a su país. El general José Santos Zelaya dirigió largo tiem-

po la política interna y externa de Nicaragua. A sus gestiones se debe la reincorporación de la Mosquitia, idiotamente convertida en reino por los ingleses. Guerreó contra El Salvador y Honduras y cuidó la hacienda pública; pero fué derrocado por una revolución preparada en Estados Unidos que dió la presidencia, en 1909, al general Juan J. Estrada. Su sucesor, en 1911, Adolfo Díaz, contrató un fuerte empréstito con un banco de Nueva York. Fueron hipotecados los ferrocarriles y las aduanas. Los presidentes que sucedieron a Díaz estuvieron entregados a la política norteamericana. En 1912 entraron en Nicaragua, para proteger a los connacionales, unos cuatrocientos soldados norteamericanos. El patriota César Augusto Sandino se sublevó contra la ocupación norteamericana y se refugió en los montes, desde donde atacaba, por medio de guerrillas, a las fuerzas estadounidenses que iban aumentando. La rebelión de Sandino despertó la simpatía de toda América. Estados Unidos se limitó a ocupar las principales ciudades de Nicaragua y a defenderse contra los ataques de sorpresa. En ningún momento quiso iniciar una guerra formal. Por último, retiró todas las tropas. Sandino bajó entonces de los montes con sus partidarios para entregarse a la vida de trabajo. Un día que salía de la casa del presidente Juan Bautista Sacasa, con quien acababa de almorzar, fué asesinado a tiros por la guardia nacional. Sacasa fué derrocado por el jefe de la guardia, el general Atanasio Somoza. En la actualidad rige los destinos de la república el doctor Mariano Argüello Vargas.

Costa Rica comenzó a gobernarse autonómicamente el 14 de noviembre de 1837. El 30 de agosto de 1848 la república se desligó de un modo definitivo de la federación Centroamericana y adoptó una bandera y un escudo. El presidente, José María Castro, que gobernaba en aquellos años, recibió el título de fundador de la república. En 1849 comenzó a gobernar don Juan Rafael Mora, comerciante que se vió obligado a hacer frente, con éxito, a la invasión del norteamericano Walker. Mora solucionó también una grave cuestión de límites con Nicaragua. En 1859, Mora fué reelecto por tercera vez. Su gobierno liberal tuvo que hacer frente a ciertas pretensiones del clero y a los intereses de los usureros que veían con desagrado la fundación de un banco nacional. Organizóse una revolución que arrojó del país a los hombres que habían salvado la patria cuando se produjo la invasión de Walker. Mora intentó una contrarrevolución, pero fué vencido y fusilado. La muerte de Mora fué ordenada por su hermano político, el presidente doctor José María Montealegre. Su sucesor, Jesús Jiménez, disolvió el Congreso y rompió las relaciones diplomáticas con las repúblicas vecinas que le exigían la

entrega del general Barrios, ex presidente de El Salvador. En su segunda presidencia, después de la de José María Castro, quiso debilitar el poder militar, que se había especializado en revoluciones, como en el resto de Centroamérica; pero en 1870 el coronel Tomás Guardia, con un golpe de audacia, lo derrocó del gobierno y convocó una asamblea que lo elevó a general y le dió la presidencia. Guardia siguió gobernando como jefe del ejército aun cuando ocupasen la presidencia otras personas. Construyó algunos ferrocarriles y se preocupó del bienestar de su patria. El general Próspero Fernández, que subió a la presidencia en 1882, salvó al país de verdaderos desastres financieros, impuso la enseñanza laica y prohibió el funcionamiento de conventos y casas del mismo carácter. En 1886 entró a gobernar don Bernardo Soto. Él y su ministro Mauro Fernández hicieron progresar enormemente la instrucción pública y la cultura superior. El pueblo quiso intervenir en las nuevas elecciones y lo logró en parte, pues las fuerzas políticas personalistas se hallaban siempre en pugna. El presidente electo en 1890, José Joaquín Rodríguez, faltó a sus promesas y disolvió el Congreso, proclamándose dictador. Al final de su gobierno dió libertades para la elección presidental y así fué elegido Rafael Iglesias en 1894. Éste tuvo que recibir y desacatar el fallo que el presidente de Francia dió en la cuestión de límites con Colombia. Más tarde, para evitar luchas de candidatos, propuso como presidente a Ascensión Esquivel. El nuevo mandatario quiso solucionar los límites con la nueva república de Panamá, pero no lo logró. En 1906 ocupó la presidencia Cleto González Víquez, al cual se le debe el edificio de la Biblioteca Nacional. Fueron sus sucesores Ricardo Jiménez, que obtuvo un empréstito de treinta y cinco millones de francos, y Alfredo González, que fué derrocado en 1917 por el general Federico A. Tinoco. Éste venció varias revoluciones y fusiló a sus jefes, lo cual produjo horror en toda América. Estados Unidos declaró que no reconocería su gobierno y lo obligó a abandonar el país. En 1920 el presidente Julio Acosta se vió acosado por la cuestión de límites con Panamá. Al año siguiente se produjo una corta invasión panameña que fué rechazada. Estados Unidos dió un fallo en favor de Costa Rica. En otra cuestión con Inglaterra, el presidente de la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos, nombrado árbitro, también dió la razón a Costa Rica. Los últimos presidentes fueron Ricardo Jiménez, creador del Banco Hipotecario e iniciador de muchas obras públicas, Cleto González Víquez, Ricardo Jiménez Oreamuno, León Cortés Castro y Teodoro Picado.

Los primeros intentos de independencia hiciéronse sentir en Panamá en 1819. El coronel José de Fabregas, nacido en Panamá,

aunque al servicio del ejército español, formó en el Cabildo una Junta que declaró la independencia del Istmo el 28 de noviembre de 1821. Algunos de los firmantes opinaban que el Istmo debía constituir una nación independiente, pero otros sostenían que debía formar parte de la república de Colombia. En 1830, cuestiones locales agitaron de nuevo el problema de la independencia del Istmo. La autonomía de Panamá duró dos meses, al cabo de los cuales volvió a unirse a Colombia. Al año siguiente hubo otras propuestas de independencia absoluta que no prosperaron. Estalló una guerra civil y no volvió a hablarse de independencia hasta el 1840, en que una Junta la proclamó el 18 de noviembre. Las amenazas del gobierno colombiano hicieron fracasar este esfuerzo. En 1855, el Congreso de Nueva Granada convirtió el Istmo en Estado de Panamá. La autonomía conseguida no pareció suficiente a los panameños, y en 1860 estuvo a punto de realizarse la independencia con el apoyo de Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Los trabajos de Fernando de Lesseps, el constructor del canal de Suez, para dar a Panamá otro canal que uniese los dos océanos, se vieron interrumpidos en 1888 con la quiebra de la compañía que los realizaba. En 1903, Estados Unidos convino con el gobierno de Colombia la apertura de un canal interoceánico; pero Colombia no ratificó el tratado. Este hecho convenció a los panameños de lo necesario que era proclamar su independencia. Hicieron gestiones en Wáshington y, una vez asegurado el apoyo norteamericano, declararon la independencia de Panamá el 3 de noviembre de 1903. Unos buques de guerra norteamericanos impidieron los movimientos de Colombia para sofocar la desmembración de su territorio. Primer presidente fué Manuel Amador Guerrero. Hubo escasas revoluciones. Los presidentes han tratado de disminuir los compromisos contraídos con Estados Unidos: único constructor del canal. Panamá ha hecho grandes progresos materiales e intelectuales y domina entre sus hijos un fuerte patriotismo. El actual presidente es el señor Enrique A. Jiménez.

§ 33. *Haití, Santo Domingo, Puerto Rico y Cuba.*

Haití se ha gobernado como república desde el 1859 hasta la fecha. Sus presidentes llegaron al poder, en la mayoría de los casos, por medio de revoluciones. Las ideas liberales y absolutistas se alternaron en el gobierno. El país ha cambiado unas doce veces de Constitución. En 1915, la guerra civil obligó a Estados Unidos a ocupar el país. La vida de los negros era pobre y estaba sumida en la ignorancia. Existían muchas supersticiones. No obstante, los haitianos ricos demostraron poseer una cultura original y fecunda. Los estudios hechos por hijos de Haití sobre el pasado y las costumbres de su patria son en extremo valiosos. Haití ha

evolucionado grandemente bajo la supervisión de Estados Unidos. En 1934 las últimas fuerzas norteamericanas se retiraron por completo. Actualmente Haití es una república culta y progresista. Tiene su Universidad e instituciones históricas y geográficas de prestigio. El presidente Stenio Vincent hizo un gobierno que mereció gran aprecio. Su sucesor el doctor Elie Lescot, que desempeñaba el mando desde 1941, fué depuesto por una revolución el 12 de enero de 1946. El 16 de agosto del mismo año una Asamblea Constituyente eligió presidente al señor Zumarsais Estime.

La República Dominicana inició una nueva era con la presidencia de Ignacio María González en 1874. Libre de toda presión estadounidense y entregada al trabajo de sus hijos, la república vió en su suelo bancos, telégrafos y grandes industrias. La educación y la cultura, en especial, reciben nuevos impulsos. Se multiplicaron los diarios y abundaron los poetas y literatos. Las pasiones políticas no siguieron el mismo camino. La escuela de las revoluciones hizo cambiar de presidentes, cada pocos meses, durante varios años. Revoluciones, pronunciamientos, traiciones, destituciones, etcétera, daban un espectáculo curiosísimo. Cada presidente o cada partido, de acuerdo con sus ideas, hacía aprobar una nueva Consttiución. Liberales y absolutistas se sucedían en el poder con todos sus odios y venganzas. En 1880 fué presidente, durante dos años, un presbítero de nombre Fernando Arturo de Meriño. Primero gobernó de acuerdo con las leyes; luego se hizo dictador. Le sucedió un general, Ulises Heureaux, que se apoderó otras veces de la presidencia hasta que unos jóvenes lo asesinaron en 1899. Durante sus gobiernos ahogó las luchas políticas y todas las libertades. Trató de desarrollar la industria del azúcar y lo logró en parte, pero, al mismo tiempo, sobrevino una fuerte crisis. Lo único que progresaba era el estudio. Los dominicanos hallaban un consuelo a su falta de libertad entregándose a las letras y a la meditación poética. Las deudas exteriores también aumentaban prodigosamente. Fué necesario entregar las aduanas a la administración norteamericana en 1907. En 1914 Estados Unidos envió expertos y comisionados para que aconsejasen en la administración pública y cuidasen las elecciones. Los desacuerdos políticos llegaron a tal extremo que en 1916 Estados Unidos tuvo que mandar tropas a Santo Domingo para imponer el orden. El presidente electo, el doctor Francisco Henríquez y Carvajal, hombre de positivos méritos y hermano del notable poeta y literato, Federico Henríquez y Carvajal, abandonó la presidencia y la patria para hacer campaña, en toda América, en favor de la libertad. Durante seis años, hasta 1922, los hermanos Henríquez y Carvajal, Max Henríquez Ureña, Tulio M. Cestero y otros eminentes escritores dominicanos

pidieron que Estados Unidos retirase sus fuerzas de Santo Domingo. En 1922 ocupó la presidencia, por acuerdo de los partidos, Juan Bautista Vicini Burgos. Dos años después lo substituyó Horacio Vázquez, que supo prolongarse en la presidencia hasta 1930. En este año comenzó a gobernar el generalísimo Rafael Leonidas Trujillo. En dos oportunidades ha sido substituído en la presidencia por los doctores Jacinto Bienvenido Peynado y Manuel de Jesús Troncoso de la Concha, ambos universitarios de indiscutido talento. El generalísimo Trujillo gobierna actualmente en forma dictatorial y ha dado a su país todo género de progresos económicos, industriales y culturales.

Puerto Rico cambió la bandera española por la de Estados Unidos en 1898. La isla empezó a ser gobernada, militarmente, por un general norteamericano. El partido que luchaba por la independencia y a cuyo frente se hallaba el doctor Julio J. Henna apenas fué escuchado. También fracasó en sus pedidos de independencia el notable pensador y escritor portorriqueño Eugenio María de Hostos. Los "ciudadanos de Puerto Rico" no tenían otra denominación y no sabían a qué nación pertenecían hasta que Luis Muñoz Rivera, destacado escritor y poeta, logró que el Congreso de Estados Unidos concediera la ciudadanía norteamericana a los portorriqueños en 1917. Un Comisionado Residente representa a la isla en el Congreso de Wáshington. Una Cámara de senadores y otra de diputados votan las leyes. El gobernador de la isla y otros altos funcionarios son nombrados directamente por el Presidente de Estados Unidos. El gobernador, a su vez, nombra a funcionarios menores con la aprobación del senado. Actualmente hay varios partidos políticos en la isla y no falta uno, bastante poderoso, que exige la independencia absoluta. La cultura, las industrias y la economía en general han progresado inmensamente con la administración norteamericana. La Universidad de Puerto Rico es respetada en toda América por los altos estudios que en ella se desarrollan. La figura intelectual de mayor representación en Puerto Rico ha sido, indudablemente, Eugenio María de Hostos. Actualmente florecen los poetas y no faltan críticos, novelistas y folkloristas de grandes méritos.

Cuba dejó de ser española el 1.º de enero de 1899. Comenzó a gobernarla el mayor general del ejército norteamericano Juan R. Brooke con un consejo de gobierno compuesto por cubanos. La isla renació de entre ruinas. A fines de 1899 substituyó a Brooke el general Leonardo Wood, médico y general de tan excelentes condiciones como su predecesor. Las primeras elecciones municipales, y de representantes se hicieron bajo la dirección norteamericana. La

Constitución fué aprobada en 1901. A ella hubo que agregar una enmienda presentada por el senador de Conneticut, Orville Platt, que aseguraba la tutela o supervisión de Estados Unidos en la política de la isla para salvaguardar su independencia. A fines de 1901 fué electo el primer presidente de Cuba, el antiguo general revolucionario Tomás Estrada Palma. En mayo de 1902 se alejaron las fuerzas norteamericanas y Cuba comenzó su vida libre. Estados Unidos conservó algunas bases para sus naves. Estrada Palma hizo una administración de grandes economías; pero cometió el error de deslucir su prestigio con la imposición de su reelección en 1905. Las revueltas estallaron en distintas partes de la isla. Estrada Palma aumentó su error pidiendo buques de guerra, para dominar la situación, a Estados Unidos. El presidente Teodoro Roosevelt se negó cordialmente a ello y envió dos comisionados para que pusieran de acuerdo a los cubanos. La intransigencia de los partidos hizo inútiles los esfuerzos de conciliación y Estados Unidos tuvo que intervenir la isla en septiembre de 1906. La intervención duró hasta el 28 de enero de 1909 en que empezó a gobernar el presidente electo general José Miguel Gómez. Su administración fué mala, y su política, débil. Fomentó las obras públicas y la cultura. Su gran gesto fué permitir elecciones libres y entregar el poder, sin aspirar a una reelección, en 1913, al antiguo guerrero, el mayor general Mario G. Menocal. Este hizo un gobierno discreto y permitió la ley del divorcio. Al final de su período perdió en las elecciones; pero acudió al fraude y volvió a ocupar la presidencia. El partido liberal se sublevó con el ex presidente José Miguel Gómez a la cabeza, mas el apoyo norteamericano al gobierno hizo estéril la sublevación. Menocal declaró la guerra a Alemania en 1917 e implantó el servicio militar obligatorio. En 1920 permitió unas elecciones fraudulentas para que llegara al poder Alfredo Zayas. Este demostró carácter en sus tratos con Estados Unidos y llegó a romper las relaciones diplomáticas. Supo razonar con los descontentos e hizo frente, como pudo, a la crisis económica que aquejaba al país. También tuvo el acierto de no prolongarse en el poder y dar elecciones libres. En 1925 subió a la presidencia el general Gerardo Machado. Su origen era modesto. De soldado, en las guerras libertadoras, llegó a los más altos grados. Supo hacerse amigos en todas las esferas. En los primeros años de su gobierno realizó importantes obras públicas. Caminos y palacios embellecieron las ciudades de la isla. Los caminos y el ejército eran verdaderos modelos. El país entero aplaudía su gobierno. Cuando llegó al final de su presidencia, malos amigos le aconsejaron la reelección. Era el año 1928. Fácil le fué conseguir otros seis años de gobierno; pero la oposición lo volteó en 1933. Desde tres años antes, un descontento general minaba la ciudad de

La Habana. El espíritu revolucionario y hambriento que se hacía sentir en Europa y América, con millones de desocupados y debilidad de gobierno, se desarrolló también en Cuba. Las bombas estallaban en las plazas y calles centrales. La Universidad fué clausurada. El presidente acudió a la tiranía. Vino el espionaje y no faltaron los tormentos para arrancar declaraciones. En 1931 el general Menocal se puso al frente de una revolución. Hubo un instante en que el triunfo pareció seguro; pero defectos de organización lo hicieron fracasar. Machado dió indultos y trató de calmar la oposición, mas todo fué inútil. Los atentados y venganzas personales se repetían. Hubo una serie de asesinatos, de ilustres personalidades políticas, que impresionaron a la población. Estados Unidos envió al embajador Summer Welles para que mediara entre el gobierno y los opositores. La mediación resultó inútil. Aumentaron las huelgas y los crímenes. Por fin, el 12 de agosto de 1933, el ejército se sublevó a instigación del sargento Fulgencio Batista que al poco tiempo tomó el grado de coronel. El ejército, dominado por cabos y sargentos, llamó a presidir la república a Carlos Manuel de Céspedes y Quesada; pero a los veinte días fué substituído por el doctor Ramón Grau San Martín. En octubre de 1933 cuatrocientos jefes y oficiales se encerraron en el Hotel Nacional de La Habana para resistir al ejército sublevado. Dos buques de guerra cañonearon tranquilamente el hotel hasta que los jefes y oficiales enarbolaron bandera blanca. A los cuatro meses de gobierno cayó el doctor Grau San Martín. Lo destituyó el coronel Batista y puso en su lugar, por veinticuatro horas, al ingeniero Carlos Hevia, quien cedió el sitio al coronel Carlos Mendieta. Gobernó como presidente provisional desde enero de 1934 a diciembre de 1935. El coronel Batista, jefe del ejército, supo imponer el orden y acallar los intentos anárquicos que, al igual que en otras partes del mundo, trataban de sembrar el desconcierto y el caos. Mantuvo en el poder al presidente y normalizó la vida institucional. Durante la presidencia de Mendieta el embajador Manuel Márquez Sterling y el secretario de Estado Cosme de la Torriente lograron que el Congreso de Estados Unidos aboliese la llamada enmienda Platt que autorizaba la intervención de Estados Unidos en la política cubana. Mendieta renunció en diciembre de 1935 y ocupó su lugar el diplomático José A. Barnet. En 1936 subió a la presidencia, en elecciones libres, el doctor Miguel Mariano Gómez Arias. Su empeño en no admitir ninguna presión del ejército le valió la destitución por parte de las cámaras. Ocupó su lugar el vicepresidente Federico Laredo Bru. En octubre de 1940 fué elegido presidente de la república el coronel Fulgencio Batista que tanta transcendencia tiene en la historia contemporánea de Cuba. Actualmente ha vuelto a la presidencia el doctor Ramón Grau San Martín.

§ 34. *Estados Unidos*

Estados Unidos tuvo su primer gran presidente en la persona de Jorge Washington. Johan Adams fué el vicepresidente. Era el año 1789. Desde ese instante comenzaron a definirse dos tendencias en la vida política norteamericana: la de Jefferson, demócrata, partidario de un gobierno sin demasiados poderes, y la de Hamilton, aristócrata, convencido de la necesidad de un gobierno sin restricciones. Un partido sostenía que la fuerza de una nación depende del bienestar de sus ciudadanos, y otro explicaba que es la energía del Estado la que logra la felicidad de los habitantes. Otros hombres, como Madison, lograron agregar unas enmiendas a la Constitución y en ellas empezaron por establecer la separación del Estado y de la iglesia. Hamilton era el técnico de la economía y de las finanzas. Las deudas de la nueva nación produjeron fuertes descontentos por razón de los impuestos. La palabra y la autoridad de Washington salvaron la situación. Jefferson y Hamilton seguían discutiendo la interpretación de la Constitución. El primero exigía su obedecimiento al pie de la letra; el segundo deseaba interpretarla con mayor amplitud. Los partidarios de Jefferson se llamaron antifederales; los de Hamilton, federales. Unos y otros, con Washington a la cabeza, estuvieron de acuerdo en extender las fronteras de Estados Unidos para asegurar su futuro y permanecer neutrales en los desacuerdos surgidos entre España e Inglaterra. La misma neutralidad se guardó frente a los conflictos de Francia con Inglaterra. El sucesor de Washington, en 1796, fué John Adams. Washington se despidió de su pueblo recomendando a todos indiferencia por los asuntos extranjeros y gran amor e interés por la propia patria: en una palabra: aislacionismo. El presidente Adams, instigado por el partido federal, firmó unas leyes contra los extranjeros y las sediciones que le daban unos enormes poderes. Los antifederales o republicanos las atacaron como antidemocráticas. Fueron tachadas también las anticonstitucionales. Jefferson sostuvo que los Estados podían desacatar leyes federales. Las tales leyes fueron abolidas por una resolución tomada en Kentucky y Jefferson subió a la presidencia en 1800. Con su elección cambió radicalmente la política de Estados Unidos. El partido federalista se hundió. Jefferson gobernó de 1801 a 1809. Sus ideas no podían ser más democráticas. Sostenía los principios más avanzados de justicia, igualdad, economía en la administración pública y alejamiento del Estado en las cuestiones ciudadanas. Redujo el ejército y la marina. Estrechó amistad con Inglaterra y compró a Francia la Luisiana. La guerra existente entre Napoleón e Inglaterra significó un rudo golpe para el comercio norteamericano. Al mismo tiempo, los in-

gleses abordaban barcos estadounidenses y retiraban a los marineros nacidos en Inglaterra. Jefferson, deseoso de conservar la paz, ordenó suspender la navegación a los puertos de Europa. En cambio, los sucesos sudamericanos permitieron comerciar con las colonias españolas. El sucesor de Jefferson, Jaime Madison, siguió, en líneas generales, la misma política. Pero pronto, hechos nuevos le hicieron proyectar un fuerte ejército y una fuerte armada. En 1812 Estados Unidos se decidió a declarar la guerra a Inglaterra. Esta guerra inútil, que en su momento fué considerada una segunda guerra de la independencia, duró hasta 1815. Los choques en la frontera de Canadá resultaron favorables a los ingleses. En cambio los norteamericanos triunfaron en el mar y lograron muchas presas por medio de corsarios. La guerra no inquietaba a los comerciantes. Estos vendían y compraban todo género de mercancías por medio de permisos que concedían las autoridades inglesas y barcos con otras banderas. Muchos cargamentos que los corsarios norteamericanos aseguraban haber apresado para vender en Estados Unidos los habían, simplemente comprado. Este comercio decayó en 1813. En 1814 y 1815 los ingleses, después de haber aplastado a Napoleón, triunfaron también en América. Los ingleses llegaron a Washington y se adueñaron de otras ciudades. La paz volvió a los enemigos al estado anterior a la guerra. El nuevo presidente, Jaime Monroe, elegido en 1817 y 1821, por dos períodos de cuatro años, vió desarrollarse enormemente a su patria. Los caminos, los buques a vapor y la inmigración aumentaban día a día. El secretario de Estado John Quincy Adams, logró que España cediese la península de la Florida. Monroe presionó a Inglaterra para que se opusiese a los planes de intervención en América de los gobiernos absolutistas de Europa que también eran enemigos de los liberales españoles. En 1823, expuso la política de Adams en un mensaje que pasó a la historia con el nombre de doctrina Monroe. Esta doctrina no hace más que repetir el viejo principio español, desarrollado por el Padre Francisco de Vitoria en el siglo XVI, de que América debe ser para los americanos y que éstos no necesitan interesarse por los asuntos europeos. Los hechos posteriores han hecho evolucionar a menudo esta doctrina. Adams, cuando fué presidente, mantuvo a su país alejado también de las cuestiones hispanoamericanas y no concurrió al Congreso de Panamá reunido por Bolívar. Estados Unidos temía que los hispanoamericanos, todos antiesclavistas, presionaran para la abolición de la esclavitud en el Norte de América. El problema de la esclavitud comenzaba a agitarse sordamente. No constituía aún un temor, pero sí una preocupación. En 1829 subió a la presidencia el general Andrés Jackson. Hombre demócrata, amigo del pueblo, sencillo y rudo, supo hacerse reelegir en 1832. En sus presidencias tuvo que hacer

frente a las doctrinas constitucionales que interpretaban los derechos de los Estados como superiores a la Constitución. También tuvo que afrontar la crisis del Banco de los Estados Unidos y la venta alarmante de tierras públicas. En 1840 fué elegido presidente el general Harrison. Murió un mes más tarde y lo substituyó el vicepresidente Tyler. En su gobierno se hizo grave la cuestión de Texas. Esta provincia había comenzado a recibir una colonización de inmigrantes norteamericanos con Moisés Autin, en 1821. Seis años más tarde, México anexó Texas a la provincia de Coahuila y en 1830 prohibió la entrada de norteamericanos. Los residentes en Texas protestaron y en 1836 la provincia se erigió en Estado independiente. El héroe de esta creación fué un aventurero de nombre Samuel Houston. Pronto fué elegido presidente de la república y Estados Unidos reconoció en 1837 a la nueva nación. En 1844 Texas ofreció su anexión a Estados Unidos: pero la anexión fué rechazada. El nuevo presidente, Jaime E. Polk, logró que Estados Unidos aceptase la anexión de Texas en 1845. Este hecho, la subsiguiente cuestión de límites con México y una serie de reclamaciones de ciudadanos norteamericanos establecidos en México terminaron por producir una guerra con esta república. En el año 1847 las fuerzas norteamericanas entraron en la ciudad e impusieron a la nación vencida la pérdida de extensos territorios que hoy forman los Estados norteamericanos de California, Nevada, Utah, Arizona, Nuevo México y una zona de Colorado y Wyoming. Polk consiguió también extender los derechos de Estados Unidos sobre Oregón, disputado por Inglaterra. En dos años la política expansionista de Polk cuadruplicó el territorio de los Estados Unidos. El hombre que llevó al triunfo las fuerzas norteamericanas en su guerra con México fué el general Zacarías Haylord. Su campaña le valió una gran popularidad que lo consagró presidente de la Unión en 1849. Murió al cabo de un año, cuando los debates sobre la esclavitud comenzaban a adquirir una fuerte intensidad. Hubo discusiones acaloradísimas sobre la admisión de nuevos Estados esclavistas o antiesclavistas. La Unión se vió dividida en dos grandes bandos: el del Norte, antiesclavista, y el del Sur, esclavista. Eran dos concepciones políticas y humanitarias que se hallaban frente a frente. Los esclavistas defendían la esclavitud con innumerables razonamientos y se manifestaban dispuestos a acudir a las armas, en una enorme guerra civil, si se pretendía suprimir la esclavitud en sus Estados. Los contrarios hacían valer los principios liberales y humanitarios que presentan a la esclavitud como una vergüenza del género humano y también amenazaban invadir a los Estados esclavistas. Los Estados del Sud votaron leyes que condenaban a la pena de muerte a quien hablase en contra de la esclavitud. En los estados del Norte se formaron sociedades de toda

índole para lograr la libertad de los esclavos, lo mismo a mano armada que por medio de la predicación. Los sudistas basaban su riqueza y bienestar en el sistema de la esclavitud. Los campos bien sembrados; las mansiones, de madera, en su mayoría, todas pintadas de blanco, con sus columnas estilo griego y su vida suave y romántica. Nadie concebía que los miles de negros dejasen de ser esclavos. Los nordistas, dedicados al trabajo libre y productivo, con sus industrias florecientes y su cultura liberal y puritana, veían con horror que en la Unión existiese el cáncer de la esclavitud. Las polémicas se hicieron cada vez más agrias. En síntesis, puede afirmarse que los hombres más notables de Estados Unidos estuvieron en contra de la esclavitud. Otros, de ideas esclavistas, que en su época gozaron de gran prestigio, han pasado a la historia como tristes ejemplos de las aberraciones a que conducen ciertas ideas. Cuando fué elegido presidente de la Unión, Abraham Lincoln, en 1860, el Estado de Carolina del Sur se declaró separado de la Confederación Norteamericana. En enero del año siguiente otros Estados se separaron de la Unión: Georgia, Alabama, Florida, Missisipi, Luisiana y Texas. Lincoln empezó a gobernar el 4 de marzo de 1861. A los pocos días comenzó la guerra entre el Norte y el Sur. Virginia, Arkanzas, Tennessee y Carolina del Norte se plegaron a los esclavistas. La guerra civil o de secesión duró desde el año 1861 al 1865. Los jefes militares más destacados de esta guerra fueron el general Roberto Lee, que dirigió las fuerzas sudistas, y el general Ulises S. Grant, que estuvo al frente de las nordistas. El fin de la guerra sirvió para demostrar que los Estados Unidos constituían una nación indivisible y que la esclavitud había sido hundida para no resurgir nunca más. Lincoln fué muerto por un loco, el 14 de abril de 1865, mientras se hallaba en un teatro. Ocupó su lugar el vicepresidente Andrés Johson. Su gran tarea fué la de reconstruir los Estados vencidos. Algunos políticos sostenían que debía tratárseles de otro modo, más duro y vengativo. Johnson no olvidó que formaban parte de la Unión y que una vez abolida la esclavitud era necesario darles nueva vida para el bien común de los Estados Unidos. En 1869, el vencedor en la guerra civil, el general Grant, subió a la presidencia de la Unión.

La abolición de la esclavitud significó en los Estados sudistas un cambio fundamental en su economía y en su psicología. Los principios de igualdad no llegaron nunca a ser perfectos entre blancos y negros. En el Sur se fundó una sociedad secreta, llamada Ku-Klux-Klan, destinada a sembrar el terror entre los negros y hacerse justicia por su mano. La nueva economía coincidió con el moderno desarrollo del mundo. Estados Unidos no tuvo ya más problemas internos y se dedicó a intensificar su política internacional americana. Durante la presidencia de Jaime Garfield, el secretario de Estado Jaime G. Blaine llevó a cabo una hábil diplomacia tendiente a convertir los Estados Unidos en hermano mayor de las naciones americanas. A él se debe la preparación de la primera conferencia panamericana que se realizó en Washington, en 1889, siendo presidente Grover A. Cleveland. Los negocios y las industrias adquirieron un gran desarrollo. Se formaron muchas sociedades anónimas, la inmigración aumentó y el poder militar, naval y económico de Estados Unidos la convirtió en una de las primeras naciones del mundo. El llamado imperialismo de la Unión empezó a manifestarse con la intervención en Cuba, donde los patriotas cubanos luchaban por la independencia. El presidente Guillermo Mackinley dió fin a la guerra de Cuba y obtuvo la ocupación de las islas Filipinas mediante la entrega de veinte millones de dólares a España. Estados Unidos también adquirió la isla de Puerto Rico y otras islas menores. En 1900 fuerzas norteamericanas llegaron a Pekín para proteger las legaciones extranjeras. Hawai pasó a poder de los Estados Unidos desde 1898. El imperialismo de Mackinley le valió su reelección en 1900. Vicepresidente fué Teodoro Roosevelt. Este llegó a la presidencia en 1901, cuando un anarquista asesinó a Mackinley en la exposición de Buffalo. Roosevelt logró que los filipinos fuesen considerados ciudadanos de los Estados Unidos. En 1901 apoyó a Venezuela en contra de las exigencias de Alemania, Italia e Inglaterra. En 1903 reconoció la independencia de Panamá. Al año siguiente consiguió la fiscalización de una faja de diez millas de ancho, en Panamá, para construir el canal interoceánico. Al mismo tiempo ocupó la República Dominicana para imponer el orden y el pago de deudas. El imperialismo de Roosevelt sobre la América Española le atrajo fuertes antipatías. Se generalizó un odio hacia Estados Unidos que en muchas repúblicas aún no se ha disipado. El sucesor de Roosevelt, Guillermo H. Taft, inició en 1909 una política distinta. Le preocuparon mayormente, y con razón, los asuntos económicos internos. En 1913 fué elegido presidente el historiador, filósofo y profesor universitario Woodrow Wilson. Durante sus dos presidencias tuvo lugar la primera guerra mundial. Sabido es que la intervención de Estados Unidos en esta guerra apresuró grandemente el triunfo de Inglaterra, Francia, Italia, Austria-Hungría y Turquía. Antes de entrar en la guerra, Wilson tuvo que enviar a México fuerzas del ejército para solucionar desacuerdos políticos. La intervención de la Argentina, Brasil y Chile dió fin a este conflicto. Estados Unidos empezó entonces a desenvolver su excelente política del buen vecino. Wilson fué uno de los hombres más talentosos de Estados Unidos. Organizó la paz y la Sociedad de las Naciones. La marcha del mundo hizo fracasar ambas iniciativas. El final de la guerra colocó a Estados Unidos a la cabeza

del movimiento mundial, tanto en industrias como en comercio. Su crecimiento se hizo portentoso. Una gran crisis, que se extendió a todo el mundo, dejó sentir sus efectos. Al mismo tiempo, el resurgimiento de Alemania y la complicación de los problemas europeos presentaron de nuevo el peligro de una segunda guerra mundial. Los presidentes Harding, primero, y Kellog, después, trataron por todos los medios de solucionar la crisis política internacional. Iguales esfuerzos cumplió Coolidge. Entre 1929 y 1933 es cuando más se hizo sentir la crisis económica. Gobernó en este periodo Heriberto Hoover. En 1933 fué electo presidente Franklin Delano Roosevelt. Por primera vez en la historia de Estados Unidos un presidente fué reelecto cuatro veces. Su talento de estadista logró triunfar de las más grandes dificultades internas y externas. Suprimió la ley seca que prohibía el uso de bebidas alcohólicas y había dado origen a grandes organizaciones de contrabandistas que pronto se convirtieron en delincuentes. Supo encarar con éxito la gravísima crisis que aumentaba los millones de desocupados. Estos fueron empleados en innumerables trabajos y obras públicas y el país ganó en caminos y todo género de mejoras. Rebajó el valor del oro para fomentar el comercio. Roosevelt fué tomando en sus manos, como una especie de dictador, la solución rápida de los conflictos de los obreros con los patronos. Creó más de setecientos códigos del trabajo; pero la Corte Suprema los declaró inconstitucionales y quitó al presidente la facultad de dictar códigos cuya promulgación pertenecía al poder legislativo. En general. Roosevelt trató de favorecer a los agricultores pobres con dinero de los industriales y comerciantes. La Corte Suprema declaró muchas medidas y muchas leyes contrarias a la Constitución; pero Roosevelt, si bien fué en contra de unos intereses, levantó otros, más extensos, y la nación salió airosa de la enorme crisis mundial. En 1937 Roosevelt inició su segunda presidencia y dió principio a una nueva política interna y externa. La amistad del buen vecino americano fué cultivada con esmero. El comercio internacional se desarrolló con la supresión de algunos impuestos. Cuba y Santo Domingo se vieron libres de toda influencia norteamericana. Sus esfuerzos para el mantenimiento de la paz, tanto en América como en el mundo, no pudieron ser mayores. El principio de no intervención en la política interna de otros paises fué aceptado unánimemente. También se resolvió, en varias conferencias panamericanas, no reconocer la anexión de territorios conquistados por la fuerza. La conflagración europea desencadenada por Hitler hizo declarar a las repúblicas americanas, a iniciativa de Roosevelt, la americanización de una zona del Atlántico dentro de la cual no se admitían actos de guerra. Estados Unidos trató de no intervenir en la contienda mundial, pero las teorías nazifascistas y el peligro

que corría el mundo con su triunfo, decidieron al pueblo norteamericano a reelegir por tercera vez a Roosevelt, en 1940, y a entrar en la guerra poco después. La tercera elección de Roosevelt mostró cuán noble se ha tornado la lucha política en Estados Unidos. El candidato a presidente derrotado, Wendell Willkie, se convirtió en el primer colaborador de Roosevelt y llevó a Gran Bretaña un mensaje de adhesión del presidente reelecto a Wiston Churchill. La entrada de Estados Unidos en la guerra mundial permitió la cuarta reelección de Roosevelt. Este gran presidente, con la adhesión formidable del pueblo de Estados Unidos, derrotó a Alemania cuando su poder era más grande. A Estados Unidos se debe la conquista del Norte de Africa y el desembarco en Europa con la aplastante victoria de los aliados. No nos corresponde, en estas páginas, hacer la historia de esta guerra que en nuestros años nadie ignora. Ella, no obstante, con el tiempo será tergiversada y los defensores de los ideales antihumanos hallarán el medio, antes de medio siglo, de hundir la verdad y levantar sobre ella todo género de mentiras. No importa: estamos acostumbrados, los liberales del mundo, a luchar contra calumnias e infamias y a triunfar contra todas las maldades. Roosevelt fué, junto con Churchill, el hacedor de la victoria aliada. Su parálisis y sus enfermedades no le impidieron viajar en avión desde Estados Unidos al Africa, a Rusia y a Persia. El mundo estuvo en sus manos y prácticamente vió la victoria en todo su esplendor. Un día —el 12 de abril de 1945— en su casa de campo, en Estados Unidos, mientras reposaba un instante de sus infinitas tareas, su corazón desgastado y su presión arterial, altísima, le dieron muerte en pocos segundos. El mundo se conmovió y en todas las ciudades se tributaron los más grandes homenajes a su memoria. Automáticamente comenzó a desempeñar la presidencia de la Unión el vicepresidente, Harry Truman: hombre de orígenes modestísimos, antiguo soldado de la guerra del 1914-1918, que en pocos años hizo una brillante carrera política. Entretanto, los ejércitos aliados arrollaban las últimas defensas nazifascistas. La humanidad de nuestro siglo ha sido testigo de cómo el fantástico poderío militar alemán sucumbió, palmo a palmo, frente a la indiscutible superioridad americana, inglesa y rusa. Alemania invadida fué estrechada en un cerco terrible que sumió en una locura desesperada a los últimos fanáticos nazistas y fascistas. El 8 de mayo de 1945 cesó el fuego en Europa con la rendición incondicional de las fuerzas germanas. El fin de Hitler, Mussolini y los grandes jefes del horrendo sistema creado por ellos no pudo ser más desastroso, triste y absurdo. Hitler dícese que se suicidó o si no que murió bajo los escombros de Berlín, dirigiendo la última defensa. Antes de su muerte circularon noticias de fuente sueca

que aseguraban la salvación, en un lugar desconocido, de Hitler y la comedia de un "doble" que se haría matar para hacer creer al mundo de que el jefe alemán había muerto. Antes de la muerte de Hitler comenzó, pues, a formarse la leyenda de su fin. Lo indudable es que su cadáver no fué hallado y nadie sabe, con seguridad, si está muerto o vive disfrazado y oculto en algún rincón de Alemania. Mussolini fué sorprendido junto con una amiga, ciega admiradora suya, el dirigente Starace y otros jefes mientras trataba de cruzar la frontera suiza. Hasta el último instante pidió la salvación de su vida, mas fué fusilado y colgado de los pies en una plaza, en medio de la multitud. Junto a él fueron expuestos los cadáveres de su amiga y de Starace. Las masas de Milán, enloquecidas, desfilaron frente a los cadáveres cubriéndolos de insultos. Impresionantes fotografías han difundido por el mundo estos hechos hasta ayer inconcebibles. América unida, mientras tanto, prepara en San Francisco la organización de la paz y del orden presente. Sólo algunas nubes con Rusia, por los problemas de Polonia y las pretensiones, injustas, de Yugoslavia sobre Trieste, inquietan el horizonte; pero no es creíble que Stalin se atreva a romper su amistad con el resto de la tierra, bajo el signo de América. Las reuniones diplomáticas solucionarán estas cuestiones para bien de todos los pueblos. El Japón, bombardeado sistemáticamente, se rindió, aterrado, cuando vió desaparecer ciudades enteras bajo el efecto inconcebible, fantástico, de las bombas atómicas, y firmó su rendición incondicional a los aliados el día primero de septiembre de 1945. América decidió, una vez más, el triunfo aplastante de la libertad. El mundo de hoy y del mañana comienza a ser, en todo, un magnífico mundo liberal anglohispanoamericano.

§ 35. *Canadá.*

El Canadá fué sacudido por luchas religiosas y políticas desde el año 1791 en que una ley lo dividió en dos provincias. El choque de católicos con protestantes y los deseos de los canadienses de origen francés de ser gobernados por medio de representantes, levantaron la oposición de los canadienses ingleses y protestantes. En 1812 los norteamericanos fracasaron en su empeño de conquistar el Canadá en su lucha contra Inglaterra. En los primeros años del siglo XIX, Guillermo L. Mackenzie inició una fuerte campaña para que el Canadá se gobernase autonómicamente. Roberto Baldwin era partidario de un gabinete ministerial semejante al de Gran Bretaña. Mientras se debatían estos problemas, el parlamento inglés autorizó al gobernador del Canadá a disponer de ciertos fondos sin consultar la asamblea canadiense. Luis José Papineau

y Mackenzie se rebelaron en distintos lugares del Canadá, mas fueron vencidos prontamente. Inglaterra envió entonces al Canadá a Lord Durham, para que estudiase la situación política. Durham declaró en 1830 que en el Canadá luchaban abiertamente franceses e ingleses y que era preciso dar a unos y a otros un gobierno representativo y liberal. En 1839 llegó al Canadá como gobernador Carlos Poulett Thompson, el cual no tardó en comprender que las dos provincias en que estaba dividido el Canadá debían unirse y ser gobernadas por medio de un gobernador y un consejo legislativo, nombrados por el rey, y una asamblea elegida por el pueblo. Su propuesta fué aprobada y comenzó a ponerse en práctica en 1841. En el mismo año se crearon los municipios. La conquista del autogobierno no pareció suficiente a los reformadores. Estos quisieron un gobierno responsable: hecho que no se logró hasta el 1848. Las rivalidades entre los canadienses de origen francés y los de origen inglés se hicieron cada vez más agudas. Algunos exaltados quisieron unir parte del Canadá a los Estados Unidos. Estos peligros decidieron al gobierno inglés a conceder mayores franquicias comerciales a los canadienses y a permitir la navegación de ciertos ríos a los norteamericanos. Las libertades logradas por las dos provincias canadienses se impusieron también en Nueva Escocia, en Nueva Brunswick y en Terranova en 1848 y 1858. Los partidarios de anexarse a los Estados Unidos cedían terreno si se federalizaba a las provincias canadienses. La idea de la federalización se fué abriendo camino hasta que el gobierno inglés la aprobó en 1867. El Canadá superior se llamó provincia Ontario; el Canadá inferior, provincia de Quebec, y Nueva Escocia y Nueva Brunswick conservaron sus nombres. Terranova no entró en la federación. El gobierno federal se estableció en la ciudad de Ottawa. En 1870 entró a formar parte de la Confederación la provincia de Manitoba; en 1871, la de Columbia Británica, y en 1873, la provincia de la isla del Príncipe Eduardo. Terranova no se adhirió a la Confederación hasta el 1927. El voto secreto fué conseguido en 1874. A fines del siglo XIX recrudecieron las divergencias entre católicos y protestantes. Los bienes de los jesuítas dieron origen a no pocas discusiones. En 1890 el liberal Wilfredo Laurier, de origen católico, llegó a primer ministro y declaró que la Iglesia no debía intervenir en política y era preciso alcanzar un gobierno completamente autónomo. La idea de la anexión a Estados Unidos despertó en muchas circunstancias, sobre todo en momentos de crisis económica; pero no alcanzó una verdadera posibilidad. Las reciprocidades comerciales dilataron siempre esta unión. Por otra parte, la inmigración norteamericana y europea aumentó el trabajo y las riquezas del país. Cuando se produjo la guerra de 1914 el Canadá concurrió con voluntarios hasta

que en 1917 la conscripción se hizo obligatoria. Al final de la guerra, el Canadá exigió que se le reconociesen los derechos de representación de cualquier nación independiente. En la Sociedad de las Naciones no faltó la representación del Canadá. En 1918 se levantaron algunas voces pidiendo la independencia del Canadá. La idea de anexión a los Estados Unidos ha decaído frente a la total autonomía. En 1927, el Canadá envió un ministro plenipotenciario a Estados Unidos. Desde entonces otros ministros y cónsules fueron acreditados en otros países. La actual guerra mundial obligó a Gran Bretaña a ceder a Estados Unidos varias bases navales y aéreas en las costas de Terranova por un espacio de muchos años. Canadá es en la práctica una nación independiente que reconoce como soberano al rey de Gran Bretaña; pero que se gobierna por sí misma. La dividen cuestiones religiosas, que coinciden con las raciales. Los canadienses de origen francés y católicos aspiran a constituir una república Laurentina en el valle del río San Lorenzo con la provincia de Quebec. Por su parte, los canadienses de origen angloamericano no pierden sus esperanzas de dominar sobre los canadienses de origen francés o si no anexarse a los Estados Unidos. El futuro de esta nación es, pues, inseguro, dadas las tendencias políticas y religiosas en juego. Sólo una ola liberal, en ambos bandos, podría dar una unidad y un firme futuro al Canadá.

§ 36. *Chile.*

Chile logró una restauración oligárquica en 1831 con la presidencia de Joaquín Prieto y el ministerio de Diego Portales. Este gobierno fué antimilitarista y fuertemente conservador. La Constitución de 1833 convirtió al presidente en un autócrata irresponsable de sus acciones. El espíritu dictatorial que imperaba en la Argentina y en toda América no dejaba de dominar también en Chile. Como en todas las dictaduras, el gobierno —principalmente por obra de Portales— alardeó de nacionalismo, honradez y trabajo. El mantenimiento del orden justificó todas las violencias. En 1836 el general Ramón Freire intentó una revolución que fracasó y lo entregó al gobierno. Portales quiso la muerte de Freire, pero la Corte Marcial sólo lo condenó al destierro. Entonces, para evitar el peligro de otras revoluciones, declaró la guerra al mariscal Andrés de Santa Cruz, que había constituído la Confederación Perú-Boliviana. Santa Cruz amparaba a los enemigos de los gobiernos dictatoriales de Chile y de la Argentina y por ello se atrajo la enemistad de ambas naciones, la guerra y su pronta derrota. La guerra a la Confederación Perú-Boliviana, declarada en 1836, permitió a Portales vengarse de sus enemigos y ejercer una

tiranía sin límites. Sus excesos terminaron por producir una conspiración militar que lo asesinó el 6 de junio de 1837. La guerra contra Santa Cruz llegó, en un principio, a un punto muerto por debilidad del jefe militar Manuel Blanco Encalada e intrigas del guatemalteco Antonio José de Irisarri. Un nuevo ejército, dirigido por el general Manuel Bulnes, derrotó definitivamente a Santa Cruz en la batalla de Yungay el 20 de enero de 1839. Esta victoria produjo gran entusiasmo y el pueblo, con plena conciencia de su autoridad, exigió la supresión de las facultades extraordinarias otorgadas al presidente. El vencedor de Yungay, Manuel Bulnes, fué elegido para ocupar la presidencia y gobernó con liberalidad y talento. A su amparo se refugiaron en Chile hombres extraordinarios, Andrés Bello, venezolano, y los argentinos perseguidos por Rosas: Mitre, Sarmiento, Alberdi, Frías, Gutiérrez, López y otros. Pronto se iniciaron luchas violentas en los diarios, entre los espíritus liberales, chilenos y argentinos, y los ultramontanos. El ministro Montt hizo progresar rápidamente los estudios superiores y la instrucción pública. Bulnes fué reelecto en 1846 e hizo lo posible para amordazar a la prensa, que criticaba sus actos. Lo antipopular de esta medida le aconsejó tomar rumbos más liberales, y así lo hizo impulsando la instrucción pública, los ferrocarriles y las obras públicas en general. Al mismo tiempo se tomó la sabia medida de prohibir los votos religiosos antes de los veinticinco años. Las ideas socialistas y liberales, a veces mal enfocadas y con extremos sectarios, empezaron a penetrar en las clases inferiores de la sociedad y se levantaron contra la candidatura presidencial de Manuel Montt. Hubo motines y cuartelazos. Por fin estalló una violenta revolución; pero Montt logró dominar todas las situaciones y empezar a gobernar en 1851. El clero adquirió una gran influencia y el país vió imponerse de nuevo la Compañía de Jesús. El régimen de los mayorazgos, que entregaba íntegra una fortuna al mayor de los hijos, quedó anulado y las fortunas se repartieron entre todos los herederos. Montt hizo en general un buen gobierno: dió impulsos a las obras públicas y a la cultura. La economía mereció serios cuidados y Andrés Bello pudo terminar el Código Civil, que se promulgó en 1855. Entretanto, los elementos conservadores, que veían en el presidente al enemigo de sus mayorazgos y otras prerrogativas, y el partido liberal, que lo juzgaba un autócrata, se unieron para lograr su renuncia. Hubo motines y manifestaciones populares. Montt logró dominarlas con severidad y terminó por hacerse odioso a gran parte de la población. En 1861 fué electo presidente José Joaquín Pérez. Con él renació un régimen liberal. Su presidencia se vió abocada a la guerra con España, nacida de malentendidos circunstanciales, que dió por resultado el bombardeo de algunos edi-

ficios públicos de Valparaíso. Las fuerzas liberales consiguieron algunas ventajas en la declaración de la libertad de cultos. Los ferrocarriles y las líneas de navegación progresaron sensiblemente y en 1867 fué promulgado el Código de Comercio. En 1871 subió a la presidencia Federico Errázuriz. El clero, cada vez más influyente, persiguió a los maestros y profesores liberales; pero el gobierno encaró problemas tan agudos como la separación de la iglesia y del Estado, el matrimonio civil, la laicización de los cementerios y la supresión del fuero eclesiástico. Lentamente se fueron consiguiendo otras conquistas de carácter liberal, como una mayor libertad de imprenta, ciertas incompatibilidades para el clero y la reforma del senado que se convirtió en un cuerpo electivo. También fueron desminuidas las facultades extraordinarias que el Congreso podía otorgar al presidente. En 1875, Aníbal Pinto, liberal, fué elegido presidente. Su gobierno tuvo que estudiar la cuestión de límites con la Argentina, que había llegado a momentos de gravedad, y llevar la guerra al Perú y Bolivia por un desacuerdo sobre la explotación del guano. Un aumento de diez centavos, que el gobierno de Bolivia impuso a la compañía chilena explotadora de las salitreras, sobre cada quintal de guano, terminó por hacer estallar la guerra en 1879. El Perú se defendió con extraordinario heroísmo, pero la valentía del ejército chileno obtuvo triunfo tras triunfo y Lima fué ocupada. Sucedió a Pinto, en 1881, Domingo Santa María, liberal que firmó la paz con el Perú y hundió la influencia que hasta entonces había tenido el clero. Las relaciones con la Santa Sede fueron interrumpidas y el presidente no proveyó ninguna vacante eclesiástica. Su autoritarismo se vió reducido por leyes que aseguraban el *habeas corpus* y un clamor popular que se levantó contra el poder presidencial. En 1886 fué elegido presidente José Manuel Balmaceda. Hombre ambicioso e inteligente, supo administrar con acierto la riqueza que producía el salitre y construyó edificios, ferrocarriles y caminos. La instrucción pública mereció toda su atención y el Estado experimentó en general un sensible progreso. La lucha de los partidos, no obstante, lo enemistó con el Congreso y gran parte de la población. Así llegó a convertirse en dictador y a producir una revolución. La escuadra se hizo a la mar, sublevada, y el presidente asumió todos los poderes. Los opositores organizaron en Iquique una Junta de gobierno que fué avanzando sobre otras provincias mientras la opinión pública del resto del país se pronunciaba en contra del presidente. Este cometió actos que exaltaron el pueblo y vió como su ejército era batido por los sublevados. El 19 de septiembre de 1891, refugiado en la legación argentina, se disparó un tiro en el corazón. El nuevo presidente, Jorge Montt, fué dominado por

el Congreso que se dedicó a interpelar a los ministros y terminó por convertirse en una oligarquía. La administración pública sufrió grandemente con la intromisión de los diputados y senadores que pretendían enterarse de cualquier detalle referente a sus provincias. En 1896 ocupó la presidencia Federico Errázuriz Echaurren. Murió en 1901 y le sucedió Germán Riesco. En su tiempo se produjeron en Chile movimientos de carácter obrero comparables a los que estallaban en otras partes de América y del mundo. El gobierno no supo reaccionar con energía ni para sofocarlos ni para aliviar la miseria de las clases trabajadoras. Pedro Montt ocupó la presidencia de 1896 a 1910. Su sucesor, el vicepresidente Elías Fernández Albano, murió en el mismo año y dejó su lugar al ministro más antiguo, Emiliano Figueroa Larrain. Ni uno ni otro pudieron aliviar la pobreza reinante. El nuevo presidente, Ramón Barros Luco, cayó en la misma indiferencia o incapacidad. La influencia plutocrática llevó al poder a Juan Luis Safuentes, que muy poco hizo frente a la grave situación social. Hubo intentos comunistas, que fueron sofocados, y en 1920 las clases populares elevaron a la presidencia a Arturo Alessandri. Su gobierno tuvo que luchar contra la crisis que volvía a dominar en el país. El ejército censuraba a los ministros y los actos del poder ejecutivo. En 1924 Alessandri se vió obligado a renunciar y ausentarse fuera del país. Ocupó su lugar una Junta de gobierno, compuesta por el general Luis Altamirano y los señores Bennett y Nef. Esta Junta disolvió el Congreso y aceptó la renuncia del presidente; pero éste fué repuesto en 1925 por un movimiento militar que encabezó el mayor Carlos Ibáñez. El presidente aumentó algunos impuestos, fundó el Banco Central de Chile e hizo aprobar por mayoría una nueva carta fundamental. Esta Constitución reforzó el Poder Ejecutivo y disminuyó sensiblemente la influencia de las Cámaras. La separación de la iglesia y del Estado quedó sancionada y se adoptaron otras medidas de carácter liberal. Entre tanto la amistad del presidente Alessandri y del ministro de la guerra, Coronel Carlos Ibáñez, se deshizo por la negativa del segundo a renunciar a su cargo de ministro mientras se hacía propaganda para su candidatura presidencial. Ante la negativa de Ibáñez, el presidente hizo renuncia de su cargo. También renunció Ibáñez, quien siguió el ejemplo del presidente, y entonces surgió la candidatura de Emiliano Figueroa Larrain, el cual subió a la presidencia a fines de 1925. El nuevo gobierno se vió enturbiado por desacuerdos de los ministros. La influencia del coronel Ibáñez, que seguía al frente del ministerio de la guerra, era muy grande. Estos hechos determinaron la renuncia del presidente y la elevación del coronel Ibáñez a la presidencia de la nación en 1926. El nuevo presidente gobernó en forma dictatorial, con gran honesti-

dad, pero sin libertades. Hizo buenas obras públicas y pésimos negocios por cuenta del Estado. En 1930 el presidente creó un Congreso a su gusto y este congreso le otorgó plenos poderes administrativos. Los decretos leyes de todas las dictaduras hicieron más daño que bien. El eterno sistema del espionaje y las delaciones terminó por sublevar la opinión pública y el presidente se vió obligado a renunciar y salir de la patria en julio de 1931. Las nuevas elecciones fueron disputadas entre el ex presidente Alessandri y Juan Esteban Montero. Triunfó este último; pero la oposición de Alessandri lo hizo renunciar el 4 de junio del año siguiente. Una junta de gobierno, creada apresuradamente, estuvo a punto de implantar el comunismo. Surgió una verdadera anarquía de opiniones y fuerzas contrarias. Muchos capitales huyeron al extranjero y se temió un cambio radical en la política y sociedad chilenas; pero por fortuna fué elegido presidente Alessandri y el orden se restableció. Un gobierno que unió varias tendencias políticas contentó en parte a la mayoría de los partidos. El presidente tuvo que acudir a las facultades extraordinarias para sofocar posibles intentos revolucionarios. También se ocupó, con sumo interés de los problemas salitreros y de cuestiones económicas. En general mejoró todos los ramos. Compañías extranjeras fueron nacionalizadas. Se construyeron magníficos edificios y se firmaron excelentes tratados de comercio y amistad con varias naciones. En 1935 las mujeres tuvieron acceso a las urnas en las votaciones municipales. El aumento del costo de la vida creó un ambiente de desconformidad que obligó al presidente a restringir la libertad de los ciudadanos en sus reuniones y en la manifestación de sus opiniones. El poder presidental se hizo así más intenso y excitó por tanto la opinión pública. El partido socialista creció rápidamente y en abril de 1937 llevó a la presidencia a Pedro Aguirre Cerda. Su administración, inclinada hacia la izquierda, se vió interrumpida por su muerte. Su sucesor, el doctor Juan Antonio Rios, comenzó un gobierno excelente; pero murió en junio de 1946. Ocupó su lugar el señor Alfredo Duhalde.

§ 37. *Paraguay.*

El Paraguay comenzó su segunda vida o vida contemporánea después de la guerra de 1870 y la Constitución que se aprobó en ese año. Las luchas políticas no se diferenciaron de las de otras partes de América. El presidente Cirilo Antonio Rivarola no duró un año en el gobierno. Tuvo que disolver el Congreso para defender a su ministro de hacienda Juan B. Gill, y renunciar. Gill logró hacerse elegir presidente, pero pronto fué obligado a retirarse. La Asunción estaba ocupada por los ejércitos de la Argentina, Brasil

y Uruguay y el país se rehacía muy lentamente. No obstante, los intelectuales y políticos paraguayos lograron firmar buenos convenios de límites con las naciones triunfantes. La Argentina consintió en someter el Chaco Boreal al arbitraje de los Estados Unidos y aceptó el fallo adverso que lo adjudicaba al Paraguay. En 1873 y 1874, el presidente Jovellanos tuvo que hacer frente a tres revoluciones dirigidas por el general Bernardino Caballero y Cándido Bareiro. En 1874 Juan B. Gill preparó otra revolución. Poco después estalló otra revolución encabezada por José Dolores Molas. En el mismo año subió a la presidencia Gill. Sus medidas económicas fueron muy criticadas. Otra revolución en 1875. Al año siguiente salieron del Paraguay los ejércitos de ocupación. En este mismo año de 1876, una conjuración asesinó al presidente en la calle. También fué muerto su hermano. El vicepresidente Higinio Uriarte dominó el movimiento y ocupó el poder. Poco después fué substituído por Cándido Bareiro. En 1879 unos destacados políticos, que se hallaban presos y entre los cuales figuraba el ex canciller Facundo Machain, fueron asesinados en la cárcel. El presidente murió en 1880 y el Congreso nombró presidente provisional al general Bernardino Caballero. Este general, famoso en la guerra de la Triple Alianza, fué uno de los gobernantes más destacados del Paraguay. Se mantuvo en el poder hasta 1886. Al él se debe la fundación de Villa Florida, San Bernardino y Villa Hayes, creó el registro civil, abrió escuelas, inauguró los tranvías, logró acuerdos financieros con los acreedores ingleses, dió vida a la Oficina de estadística y a la Junta municipal de Asunción y becó a veinte estudiantes en Buenos Aires y Montevideo. Las industrias renacieron y el Paraguay se levantó de sus ruinas. En 1886 le sucedió el general Patricio A. Escobar que, en lo posible, continó la obra del general Caballero. En 1887 fueron fundados los partidos liberal y nacional republicano. José Segundo Decoud dió la idea de la fundación de la Universidad Nacional de Asunción, inaugurada en 1889. En estos años, Carlos Casado inició en el Chaco la industria del tanino. En 1890 fué presidente Juan G. González, que hizo un buen gobierno con obras públicas, la fundación de Ypacaray, la adopción del Código de comercio argentino y otras medidas. Al año siguiente no faltó una revolución. Otra revolución lo depuso en 1893. El vicepresidente Marcos Morínigo dió la presidencia, al año siguiente, al general Juan B. Eguzquiza. Este gobernante fundó la Escuela Normal y la Escuela de Agricultura, compró una vieja y magnífica quinta que había pertenecido a los López y, con la colaboración del sabio suizo Moisés Bertoni, la convirtió en Jardín Botánico. También creó la Caja de Conversión. En 1898 ocupó la presidencia Emilio Aceval, hermano de Benjamín, el talentoso historiador y negociador en las cuestiones de límites. Este

presidente fundó la Guardia Nacional y el Consejo de Higiene, hizo promulgar la ley del matrimonio civil y adoptó el sistema métrico decimal. En el Chaco fueron fundados dos fortines. La instrucción pública progresó grandemente. Una revolución militar terminó con el gobierno de Aceval en 1902. Presidente fué el coronel Juan A. Ezcurra, último gobernante del partido llamado colorado. Ezcurra intensificó la vida intelectual del Paraguay y vió debatirse la crítica histórica en torno al gobierno de Carlos Antonio y Francisco Solano López. En su época comenzaron a destacarse hombres de gran talento: como Cecilio Baez, Manuel Domínguez, Fulgencio R. Moreno, Antolín Irala, Francisco C. Chaves, Antonio Sosa, Pedro Peña, Benigno Ferreyra, Emiliano González Navero, Manuel Gondra, Antonio Taboada, Juan Silvano Godoy y otros. En 1904 una revolución popular, acompañada por los intelectuales, llevó al poder al partido liberal y a la presidencia a Juan B. Gaona. Este presidente creó la Escuela Militar y la Dirección de Vias de Comunicación. Al año siguiente el Congreso lo depuso y nombró en su lugar a Cecilio Baez. El nuevo presidente puede considerarse como el gobernante de más talento que tuvo el Paraguay. Profesor universitario, autor de obras notables de historia, sociología, derecho, filosofía y crítica en general, profesaba ideas liberales y positivistas y ejerció durante largos años una enorme influencia sobre la juventud paraguaya. Combatió doctrinariamente la tiranía de Francisco Solano López y en los últimos años de su vida, con nuevos entusiasmos, defendió los derechos del Paraguay sobre el Chaco Boreal. A él se deben la fundación del Banco Paraguayo, la formación moderna del ejército y otras grandes mejoras. En 1906 le sucedió el general Benigno Ferreyra. Su preocupación fueron los ferrocarriles, las obras públicas, el envío de estudiantes a Europa y la fundación del Banco de la República. La cuestión de límites con Bolivia, agudizada desde años atrás, llegó a un momento de estabilidad. En 1908, el mayor Albino Jara declaró una revolución y subió a la presidencia el vicepresidente Emiliano González Navero. Varias ciudades empezaron a contar con sus intendencias municipales, las obras públicas y el telégrafo progresaron y en la Asunción se fundó el Museo Godoy. En 1908 y 1909 estallaron otras dos revoluciones que terminaron por ser vencidas. Manuel Gondra empezó a destacarse como hombre de Estado. En 1910 fué electo presidente; pero cayó al año siguiente frente a una revolución organizada por el coronel Jara que pasó a la presidencia con carácter provisional. Fueron sus ministros los dos hombres más talentosos del Paraguay: Manuel Domínguez y Cecilio Baez. Al mes de la revolución de Jara (febrero de 1911) se sublevó Adolfo Riquelme. Obtuvo algunos éxitos y puso en peligro al gobierno, pero Jara lo derrotó en marzo y Riquelme

murió en el combate. En el mes de julio, los desaciertos de Jara lo obligaron a renunciar por imposición de sus más íntimos amigos. Entró a la presidencia Liberato Rojas. El partido liberal, a cuyo frente se hallaban políticos y militares destacados, organizó una fuerte revolución por medio de un empréstito extranjero y la compra de un barco y tras rudos combates puso sitio a la Asunción. Rojas fué depuesto por sus partidarios y substituído por Pedro Peña. A los pocos días los revolucionarios impusieron como presidente provisional a Emiliano González Navero. Entretanto, el coronel Jara intentó otra revolución y fué derrotado por el comandante Adolfo Chirife. Jara murió por las heridas recibidas. En agosto fué electo presidente Eduardo Schaerer. En su presidencia empezaron a recorrer la Asunción los tranvías eléctricos, se construyeron muelles en los puertos de Concepción, Encarnación y Pilar, se impuso el servicio militar obligatorio, se distribuyeron entre agricultores grandes cantidades de tierra, se mejoraron las finanzas, se impulsó la instrucción pública, se abrió la escuela militar, se contrató una misión militar alemana y se levantaron edificios públicos. En 1915 fué dominado un intento revolucionario. Schaerer hizo un excelente gobierno y dejó la presidencia en 1916 a Manuel Franco. También cumplió un buen gobierno y logró la ley electoral con voto secreto. Murió en 1919 y le sucedió el vicepresidente José P. Montero. A él se deben excelentes medidas en los estudios normales y en la administración de la justicia. Organizó la Asistencia pública, fundó el Fortín Dorado y el pueblo Coronel Martínez. El nuevo presidente, Manuel Gondra, tuvo que afrontar una grave crisis, fundó colonias mennonitas en el Chaco y dictó la ley orgánica de los maestros. En 1921 una revolución llevó al poder a Eusebio Ayala. Su gobierno tuvo que luchar, durante un año y dos meses, contra las fuerzas revolucionarias mandadas por Adolfo Chirife e instigadas por Eduardo Schaerer. Tuvo que renunciar y ocupó su lugar Eligio Ayala. Este también renunció para defender su candidatura presidencial y lo substituyó Luis Alberto Riart. En 1924, Eligio Ayala subió a la presidencia. Su gobierno fué excelente. Hizo desaparecer un déficit de cien millones de pesos, estabilizó el cambio, fundó la Facultad de Ingeniería, trajo profesores extranjeros y una misión militar francesa y preparó la defensa del Chaco contra los avances silenciosos de Bolivia. En 1928 inició su presidencia José P. Guggiari. Su administración superó todas las anteriores. El Paraguay llegó a ser, definitivamente un país perfectamente organizado. Los hospitales, la policía, las comunicaciones, los estudios, los bancos, los puertos, la distribución de tierras, las industrias, la marina y el ejército, mejoraron grandemente. Una misión militar argentina fué puesta al frente de la Escuela Superior de Guerra. La Universidad llegó a

contar cinco Facultades y la ciudad de la Asunción se vió embellecida por grandes mejoras. Entretanto, el 5 de diciembre de 1928, se produjo un choque de patrullas paraguayas y bolivianas en el Chaco. Los esfuerzos de las naciones amigas evitaron la guerra; pero ésta estalló el 15 de junio de 1932. El 15 de agosto del mismo año comenzó a gobernar el presidente Eusebio Ayala. Las repúblicas americanas y la Sociedad de las Naciones fracasaron en sus intentos de solucionar la cuestión de límites paraguayo-boliviana. Bolivia se mostró intransigente ante todas las propuestas si en primer término no se le entregaba un puerto en el río Paraguay. La falta de derechos sobre el Chaco Boreal, por parte de Bolivia, era notoria a todos los historiadores medianamente cultos; pero los políticos bolivianos, amparados en su material bélico y en la confianza que les inspiraba el general Hans Kundt, preferían avanzar por los caminos de la guerra. El Paraguay supo hacer frente, y ante el asombro de América, comenzó a derrotar, en batallas magníficas, a los ejércitos bolivianos. El talento militar del mariscal José Félix Estigarribia supo vencer la superioridad de hombres y de armas de los bolivianos. El presidente Ayala llegó a la altura de un gran hombre de Estado y de un admirable organizador. La guerra terminó cuando el mariscal Estigarribia hubo obtenido las últimas victorias en los confines del Chaco y las fuerzas bolivianas se hallaban al pie de los contrafuertes de los Andes. Una Conferencia de Paz, reunida en Buenos Aires, empezó a tratar las condiciones finales de la terminación de la guerra a comienzos de 1936. En febrero del mismo año una revolución organizada principalmente por combatientes del Chaco derribó a Ayala y elevó como presidente provisional al coronel Rafael Franco. Este hizo importantes obras públicas, distribuyó tierras, continuó los trabajos para la solución de la paz con Bolivia y fomentó la exaltación histórica y nacionalista de Francisco Solano López. El 13 de agosto el ejército y la armada se pronunciaron en contra del coronel Franco y lo obligaron a dirigirse al extranjero. La presidencia fué entregada al rector de la Universidad, Félix Paiva, quien distribuyó los ministerios, salvo el de guerra, entre los profesores más distinguidos de la Universidad. En julio de 1938 fué firmada la paz definitiva con Bolivia. En 1939 subió a la presidencia el héroe del Chaco, mariscal José Félix Estigarribia. En febrero de 1940, el mismo Estigarribia dió un golpe de Estado para disolver las cámaras y presentar al país una nueva Constitución. Murió en el mes de agosto, en un accidente de aviación, cuyas causas no se conocen con exactitud. La presidencia fué ocupada por el general Higinio Morínigo quien suprimió los partidos y gobierna el país inspirado por sus ideales patrióticos.

§ 38. *Uruguay.*

El Uruguay juró su Constitución el 18 de julio de 1830. La política comenzó a estar dividida entre los partidos del presidente provisional, el general Juan Antonio Lavalleja, y del general Fructuoso Rivera. En octubre de 1830 fué elegido presidente constitucional el general Rivera. Su gobierno empezó a ser inquietado por las sublevaciones de indios, que movían sus enemigos. En 1832, Lavalleja y el general Eugenio Garzón se sublevaron. Rivera los venció. Al año siguiente, el coronel argentino Manuel Olazábal penetró en el Uruguay y obtuvo algunos éxitos; pero Rivera también lo obligó a huir al Brasil. En 1834, Lavalleja volvió a organizar otra revolución que no prosperó. En marzo de 1835 fué elegido presidente el general Manuel Oribe. Era uno de los treinta y tres orientales, con un brillante pasado. Su amistad con el dictador argentino Juan Manuel de Rosas lo sostuvo contra las ambiciones de Rivera que tenía el cargo de comandante de la campaña. En 1835, Oribe suprimió el cargo de Rivera y le pidió una rendición de cuentas por los gastos hechos en su presidencia. Rivera se unió entonces a los unitarios, enemigos de Rosas, y al general argentino Juan Lavalle y declaró una revolución en 1836. Rosas intervino en la lucha y mandó al Uruguay quinientos hombres dirigidos por Lavalleja. En el mismo año, Oribe ordenó que sus partidarios y empleados nacionales llevasen una cinta blanca con la inscripción "Defensor de las leyes". Así se formó el partido blanco, en contraposición al colorado, de Rivera y los unitarios. El color rojo fué adoptado por Rivera en la batalla de Carpintería para diferenciarse de los contrarios. Este color no lo unía absolutamente en nada a los rosistas argentinos que también se distinguían por el rojo. Rivera y Lavalle fueron vencidos en la batalla de Carpintería por las fuerzas adictas a Oribe; pero Rivera logró otros triunfos a mediados de 1838. El presidente Oribe renunció en octubre y se refugió en Buenos Aires, donde halló la protección de Rosas. Su gobierno no fué malo y se destacó por buenas medidas. En Buenos Aires, el presidente renunciante alegó que su renuncia era nula, pues la había hecho presionado por fuerzas francesas que bloqueaban al tirano Rosas. En el Uruguay el poder ejecutivo fué desempeñado por el presidente del Senado, Gabriel A. Pereira, hasta que en marzo de 1839, Rivera fué elegido presidente constitucional. El odio a Rosas le hizo unirse a Corrientes y declarar la guerra al dictador argentino en marzo de 1839. Pascual Echagüe, gobernador de Entre Ríos, dominó a Corrientes y avanzó en el Uruguay, pero Rivera lo derrotó en Cagancha en diciembre de 1839. Al mismo tiempo, Rivera solicitó de los franceses el desem-

barco de quinientos hombres para que defendiesen a Montevideo contra cualquier ataque de Rosas. Francia hizo la paz con Rosas y retiró sus fuerzas del Uruguay. Rivera no se desalentó y en los últimos meses de 1842 comenzó una campaña en contra de Entre Ríos. Oribe, que se hallaba al servicio de Rosas, le salió al encuentro y lo venció en Arroyo Grande en diciembre del mismo año. Oribe avanzó hasta Montevideo y cercó la ciudad en febrero de 1843. El general argentino, José María Paz, uno de los más grandes estrategos y tácticos de América, fortificó Montevideo en corto tiempo y Oribe no pudo tomarla en todo el tiempo que duró la llamada guerra grande. Rivera terminó su período presidencial en marzo de 1843 y no pudiéndose hacer elecciones lo substituyó el vicepresidente Joaquín Suárez. Oribe, en el campo sitiador, instaló una legislatura que en seguida le otorgó, como a Rosas, las facultades extraordinarias. La lucha era lenta y sin alternativas. En Montevideo la ciudad vivía llena de sacrificios, pero con muchos entusiasmos. Los extranjeros —franceses, italianos, españoles, argentinos y de otras nacionalidades—, se sentían cada vez más unidos por su amor a la libertad. Es una leyenda la versión de que Francia e Inglaterra pretendieron alguna vez apoderarse de Montevideo o de Buenos Aires en este tiempo. Las dos naciones exigían a Rosas la independencia del Uruguay y alguna satisfacción por ciertos hechos discutibles ocurridos en la Argentina. El general Justo José de Urquiza, que en 1845 aun se hallaba a las órdenes de Rosas, penetró en el Uruguay y venció a Rivera el 27 de marzo en la localidad de India Muerta. Fué una derrota terrible que costó el degüello inútil a cientos de prisioneros. Rivera huyó al Brasil y ya no volvió a tener la influencia de otros tiempos. Los políticos de Montevideo comprendieron que para librarse de la presión de Oribe y de las continuas amenazas de Rosas debían derribar a este último y así se acercaron al Brasil y al gobernador de Entre Ríos, Justo José de Urquiza, para formar una alianza en contra de Rosas. Urquiza aceptó, no por conveniencia personal, sino por la sinceridad de sus ideales y el deseo de dar a su patria libertad y Constitución, y se pronunció contra Rosas el 1.° de mayo de 1851. Urquiza invadió el Uruguay y fué derrotando a las fuerzas de Oribe. El Brasil, aliado de Urquiza, llegó tarde a la victoria final contra Oribe. En seguida, Urquiza cruzó el Paraná y avanzó sobre Buenos Aires. Sarmiento ha descripto admirablemente la campaña del ejército grande. Rosas, como es sabido, cayó aplastado, con toda su tiranía, el 3 de febrero de 1852. El Uruguay quedó políticamente desorganizado. El 15 de febrero empezó a gobernar como presidente el presidente del senado Bernardo P. Berro. El 1.° de marzo fué elegido presidente titular Juan Francisco Giró. La oposición del partido blanco terminó por desencadenar la

revolución y la anarquía. En septiembre de 1853 renunció el presidente y entró a gobernar un triunvirato compuesto por Lavalle, Rivera y el coronel Venancio Flores. Los antiguos rivales y héroes de la independencia no llegaron a encontrarse. Lavalle murió y Rivera permaneció alejado. Flores dominó la situación momentáneamente. En noviembre tuvo que sofocar un movimiento en la campaña y delegar el mando en el general César Díaz. Este aprovechó el interinato para hacer fusilar al ex presidente Berro y oprimir a sus enemigos políticos con una fuerte dictadura. Flores volvió en enero de 1854 y el partido blanco solicitó la intervención armada del Brasil para asegurar el orden político. Los gastos de sostenimiento del ejército brasileño y otros desórdenes originan en agosto de 1855 otra revolución. Flores, que había sido elegido presidente para completar el período de Giró, se vió obligado a renunciar en septiembre y dejar el cargo al presidente del senado, Manuel Basilio Bustamante. La paz firmada entre Flores y Oribe permitió la elección, en marzo de 1856, de Gabriel A. Pereyra, del partido colorado. El partido blanco lanzó otra revolución. A su frente se hallaba el general César Díaz. El general Anacleto Medina sorprendió a los revolucionarios en Quinteros y, por órdenes del gobierno, hizo fusilar bárbaramente, al general Díaz y a otros ciento cincuenta y uno de aquellos hombres. La muerte de personalidades tan destacadas indignó al país. En 1860 subió a la presidencia Bernardo P. Berro. Hizo un buen gobierno, fundó una serie de pueblos y puso a raya las pretensiones clericales. Entretanto, el general Flores preparaba una revolución en la Argentina y en 1863 invadió el Uruguay. La guerra civil se tornó aguda y Berro, aconsejado por su ministro Juan José de Herrera, cometió el despropósito de pedir la ayuda al dictador del Paraguay, Francisco Solano López. El 18 de julio de 1864, fué elegido presidente del senado Atanasio C. Aguirre. La Argentina, el Brasil e Inglaterra, por medio de sus ministros, trataron de hacer firmar la paz a Aguirre y a Flores, pero Aguirre se empeñó en no aceptar y la guerra continuó. El Brasil apoyó a Flores y éste, después de rudos combates, pudo llegar frente a Montevideo. El nuevo presidente del senado, Tomás Villalba, firmó la paz y Flores ocupó la presidencia. Entretanto, el Paraguay había creído imprescindible intervenir en los asuntos uruguayos y cometió el error de atacar al Brasil y pedir un permiso a la Argentina para cruzar por los territorios de Misiones. El presidente Mitre se opuso y Francisco Solano López declaró la guerra a la Argentina e invadió la provincia y ciudad de Corrientes. Desencadenada la guerra. Flores firmó con la Argentina y el Brasil el tratado de la Triple Alianza el 1.° de mayo de 1865. En junio partió con dos mil hombres a los campos de batalla y dejó en el gobierno a Francisco A. Vidal. Flores volvió en

octubre de 1866 y pasó la presidencia, el 15 de febrero de 1868, al presidente del Senado, Pedro Varela. Unos días después estalló una revolución dirigida por Bernardo Berro. Flores fué asesinado mientras se dirigía al fuerte. Sus partidarios, como venganza, mataron el mismo día a Berro. Para completar la situación dramática apareció el cólera. El 1.° de marzo de 1868, las elecciones dieron el triunfo a Lorenzo Batlle. Al año siguiente quebraron nueve bancos y se levantó en armas el coronel Timoteo Aparicio. En mayo de 1872, ocupó la presidencia el presidente del senado Tomás Gomensoro, quien gobernó muy sabiamente hasta marzo de 1873 en que fué elegido presidente José Ellauri. Este se propuso fomentar el desarrollo del país, pero en enero de 1875, en una elección de alcalde ordinario, intervino con la fuerza armada el coronel Lorenzo Latorre. Este se adueñó pronto del poder e hizo todo lo que pasó por su mente. Su tiranía no tuvo límites. Muertes, torturas, proscripciones, etcétera, y, al mismo tiempo, como en todas las dictaduras, mientras la libertad yacía oprimida y las personalidades más destacadas debían vivir en silencio o en presidio, se levantaron edificios, se promulgaron varios códigos, se elevó a obispado el vicario apostólico y se hizo aparecer como presidente constitucional, desde 1880 a 1882, a Francisco Vidal. Latorre no pudo seguir ejerciendo su influencia y tuvo que dejar que ocupara el poder el general Máximo Santos: tiranuelo despilfarrador, odiado por todo el mundo. Al final de su periodo hizo elegir presidente a Vidal, para seguir dominando el país por su intermedio, y volvió por segunda vez a la presidencia. Empezaron las conspiraciones. Un teniente le hirió de un balazo en el rostro. La opinión pública, unánime en su contra, lo obligó a renunciar y dirigirse a Europa en noviembre de 1886. Le sucedió el general Máximo Tajes: hombre bien intencionado, que puso fin al militarismo y administró con honradez los fondos públicos. En 1890 subió a la presidencia Julio Herrera y Obes. Gobernante de gran talento y prestigio, supo dominar las viejas influencias militares y salvar el país de una crisis tremenda. Su defecto fué el de permitir los abusos en las elecciones. Le sucedió Juan Idiarte Borda en 1894. A los dos años, el caudillo Aparicio Saravia, del partido blanco, se levantó en la campaña. La revolución tomó más vuelo en 1897. Hubo combates sangrientos. Idiarte Borda fué asesinado en agosto del mismo año y ocupó su lugar el presidente del senado Juan Lindolfo Cuestas. Su primera medida fué hacer la paz con Saravia. En febrero de 1898 disolvió las Cámaras y se convirtió en dictador. Sumió el país en las sombras políticas de la dictadura y fácil le fué sofocar los intentos de motines y hacerse elegir presidente constitucional en 1899. En 1901 hizo colocar la primera piedra del puerto de Montevideo. Administró los bienes públicos con cordura y permitió la

elección de José Batlle y Ordóñez. Este presidente fué el más extraordinario de la historia del Uruguay. Liberal convencido y brillante, había combatido contra la tiranía de Santos en los diarios y con las armas. Político práctico y entusiasta. Sabía enardecer las multitudes con su prédica de ideales lógicos y accesibles que los fanáticos y absolutistas se empeñaban en rechazar. El partido blanco se opuso a sus medidas de gobierno y a sus normas sociales. La revolución blanca iniciada por Aparicio Saravia terminó con el triunfo de los colorados y la muerte de Saravia a consecuencia de una herida. Hizo progresar la enseñanza, los ferrocarriles, la construcción del puerto, levantó obras públicas, inauguró los tranvías eléctricos y convirtió las deudas. Su gobierno, como la mayoría de los gobiernos liberales, fué excelente. En 1907 entró a gobernar el presidente Claudio William. En su tiempo el Uruguay discutió sus límites con la Argentina, en Río de la Plata, y con el Brasil. Fué creada la Alta Corte de Justicia, los pueblos contaron con intendencias municipales, el puerto de Montevideo fué inaugurado y las Cámaras aprobaron las leyes de divorcio y supresión de la pena de muerte. En 1910 dos breves revoluciones dieron fin al gobierno de William y el 1.° de marzo de 1911 inició su segunda presidencia Batlle y Ordóñez. La labor desarrollada en este período fué magnífica en todos los aspectos. El Uruguay vió aumentar en forma sorprendente su comercio, su prestigio internacional, su unidad interior, su cultura, sus industrias, su economía y todo cuanto se refiere al bienestar social. Sólo se advirtió la oposición clerical. El presidente propuso la creación de un gobierno colegiado, o sea, del poder ejecutivo representado por una Junta de nueve personas llamada Junta Nacional de Gobierno. Hubo grandes debates en torno a este proyecto. El nuevo presidente, Feliciano Viera, que empezó a gobernar en 1915, vió implantarse el sistema colegiado por un acuerdo de la Convención. El poder ejecutivo fué dividido en la rama unipersonal, encomendada al presidente de la República, y en otra colegiada, integrada por un Consejo Nacional de Administración de nueve miembros. Al presidente correspondía la dirección del ejército, de las relaciones exteriores y de la policía. El voto secreto y la autonomía municipal fueron asegurados. También se implantó la jornada de ocho horas de trabajo. Desde entonces se sucedieron en el poder los siguientes presidentes: Baltasar Brum, en 1919; José Serrato, en 1923; Juan Campisteguy, en 1927; Gabriel Terra, en 1931, que disolvió el parlamento y el Consejo Nacional, se proclamó dictador en 1933 y se hizo reelegir en 1934 con una nueva Constitución de poder ejecutivo unipersonal; el general y arquitecto Alfredo Baldomir, en 1938, y Juan José de Amézaga, en 1942.

El Uruguay es una de las repúblicas más liberales y progresis-

tas del mundo. Declaró la guerra a Alemania en el conflicto de 1914-1918 y en la actual contienda mundial. Siempre se ha pronunciado en favor de la cultura y libertad y en contra de los regímes despóticos. Muchos de sus hombres han alcanzado un relieve continental y han dado altos ejemplos a las demás naciones de América.

§ 39. *Argentina.*

Después de Estados Unidos, la Argentina es la república americana que más ha avanzado en la cultura y en las grandes conquistas liberales. En ella se han debatido desde la llamada colonia hasta la actualidad las dos tendencias antagónicas del absolutismo y del liberalismo. La Patria, su espirtu, su presente y su futuro nacieron del amor a la libertad y de la práctica del liberalismo. La antipatria, o sea, el despotismo, los regímenes contrarios a la libertad, el sectarismo, etcétera, han encarnado en muchos hombres, por lo común de ideas borbónicas, hasta la caída de Rosas, y de pensamientos nazistoides, en los tiempos contemporáneos, que han hecho un daño inmenso a la nacionalidad, a la unidad espiritual del país y a su auténtica tradición histórica y liberal. El derrumbe grotesco y vergonzoso de Juan Manuel de Rosas, en 1852, se debió a la campaña ideológica de los liberales románticos y unitarios que forjaron una grande Argentina fuera de la Argentina y una perfecta unidad espiritual y cultural argentina en las patrias extrañas donde estaban desterrados por la tiranía rosista. A la caída de Rosas se encontraron las fuerzas opuestas de los triunfadores: por un lado Justo José de Urquiza, electo primer presidente constitucional el 20 de noviembre de 1853, y los hombres que le eran adictos, y por el otro los jóvenes unitarios, liberales y románticos, que habían luchado por un gobierno democrático y representativo y no compartían los procedimientos ejecutivos de Urquiza. El espíritu político de Urquiza ni ha sido bien estudiado ni, menos, ha sido bien comprendido. La historia de las ideas sólo comienza entre nosotros y la masa enorme de los papeles que se refieren a su obra de gobierno, a sus proyectos y pensamientos aun no ha sido sometida a un análisis riguroso. Cuando se haga se comprenderá que Urquiza tuvo nobles y elevadas ideas, que amó su patria más de lo que se supone y que su cultura y firmeza política se fueron formando poco a poco, desde los tiempos en que atendía una almacén de campaña, como el más humilde de los comerciantes provincianos, hasta aquellos otros tiempos en que estuvo al servicio de Rosas, en que se declaró en su contra y en que tuvo en sus manos gran parte de los destinos del país. En esta lenta evolución, el político de pueblo se fué elevando a un

gran estadista. Sus ideas, por otra parte, no fueron siempre las suyas, sino las de hombres —unos grandes y otros pequeños— que se hallaban a su lado. Tenía, indudablemente, una educación ejecutiva de corte absolutista y personal. No pudo desprenderse, en toda su vida, de la creencia de que era preciso gobernar de un modo paternal y autoritario. No obstante, comprendió que el país debía tener su Constitución, sus cámaras y sus leyes, e hizo aprobar la Constitución e instalar el Congreso contra todos los obstáculos y sin detenerse en detalles de procedimiento. Su santa impaciencia dió a la Argentina en menos de un año lo que Rosas no fué capaz de pensar en treinta. Mientras un hombre —Rosas— hacía todos los esfuerzos imaginables para que el país no tuviese jamás una Constitución, unas leyes y un gobierno nacional, otro hombre —Urquiza— le entregaba Constitución, leyes y gobierno y ponía el país en marcha, de un modo definitivo, que sólo alterarían, en nuestro tiempo, los errores de militares bien intencionados y de políticos ambiciosos. Urquiza halló el país deshecho por la administración rosista, feudal y federal de las provincias. A golpes de maza construyó ferrocarriles, caminos, edificios, escuelas, puertos, etcétera. Impulsó la instrucción primaria, secundaria y superior en forma admirable, trajo colonos y fundó obras históricas y geográficas y no hubo una actividad provechosa para el país que no recibiese de su mano su ayuda material y su estímulo espiritual. En Buenos Aires la libertad trajo idénticos impulsos renovadores. Las letras, las artes, el comercio, las industrias, la inmigración: todo floreció maravillosamente después de haber sido barrida la tiranía. Un desacuerdo sobre la forma en que había sido aprobada la Constitución dividió a la ciudad y provincia de Buenos Aires del resto de la Confederación. Los hombres de principios, como Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento y el uruguayo Juan Carlos Gómez, se oponían a la unión a la Confederación mientras no se retocase la Constitución y no se resolviese otra diferencia sobre el número de diputados que debían sentarse en el Congreso. El gobierno de Paraná, capital de la Confederación, resolvió dictar una ley, llamada de los derechos diferenciales, que disminuía los derechos de importación a las mercaderías europeas desembarcadas en el puerto de Rosario y los aumentaba para las que procedían de Buenos Aires. En esta forma gran parte del comercio se encauzó directamente hacia el puerto de Rosario, que se desarrolló con amplitud; pero los políticos de Buenos Aires juzgaron que la ley era un ataque. En 1859, el gobernador del Estado de Buenos Aires, Valentín Alsina, tomó medidas contra los derechos diferenciales. Otra serie de acontecimientos determinaron a la Confederación y al Estado de Buenos Aires a acudir a las armas. Urquiza se puso al frente del ejército confederado; Mitre fué

nombrado del ejército de Buenos Aires. El encuentro en los campos de Cepeda, el 23 de octubre de 1859, dió en parte la victoria a Urquiza y Mitre pudo retirarse, con el ejército intacto, a Buenos Aires. Urquiza avanzó hasta San José de Flores y exigió la renuncia de Alsina. La paz fué firmada con la mediación del hijo del presidente del Paraguay, Francisco Solano López, el día 11 de noviembre. Buenos Aires se incorporó a la Confederación con el derecho de proponer las reformas a la Constitución. En 1860 fué electo presidente Santiago Derqui. Llegó al poder con grandes ideales, que en parte empezó a realizar, pero una revolución en San Juan y el rechazo de los diputados bonaerenses al Congreso Nacional, por no haber sido elegidos conforme a la Constitución, tornaron a poner frente a frente a la Confederación y al Estado de Buenos Aires. Mitre, como gobernador de Buenos Aires, y Urquiza, como jefe del ejército confederado, volvieros a encontrarse con las armas en la mano. La batalla, en los campos de Pavón, fué un triunfo decisivo para Mitre. Urquiza perdió toda su influencia nacional en el futuro, Derqui se retiró a Montevideo y Mitre fué encargado del gobierno de la nación en carácter provisional. El 17 de septiembre de 1861 puele afirmarse que comienza la historia contemporánea de la Argentina bajo el signo de Mitre.

Mitre es el creador de la Argentina contemporánea. Ningún otro hombre ha tenido tanta transcendencia como él en la formación de la Argentina de hoy. Si ahondamos con auténtica imparcialidad la construcción de nuestra patria después de la caída de Rosas, llegamos a comprobar que Mitre fué el arquitecto más activo. Él dió a la nación la organización perfecta y definitiva. Él corrigió nuestra Constitución y agregó a ella párrafos trascendentales, que hacen más sólida nuestra vida atcual. El impidió que el caudillismo siguiera anarquizando nuestro suelo y estableció en la Argentina un gobierno más digno y honesto. Él supo defender la Patria en los años de sus más grandes peligros, cuando las fronteras estaban en juego y no se había experimentado una amenaza semejante desde la época de la indepedendencia. Él creó entre nosotros, con el ejemplo de su propia obra, la pasión por los estudios históricos, filosóficos, bibliográficos y numismáticos. Mitre fué uno de los contados gobernantes argentinos que subieron pobres al poder y bajaron pobres. En los años de su vida se le reconoció en toda América como a uno de los historiadores más profundos, como a uno de los internacionalistas y constitucionalistas de vistas más claras, y como a uno de los gobernantes, en períodos difíciles, de mayores aciertos políticos. Fué el primer presidente argentino que surgió de elecciones sin fraude. Tipógrafo y escritor, dió el ejemplo admirable de su honradez y de su pobreza. La

historia argentina le debía sus más altos triunfos; las letras, sus mejores obras; el país, una organización perfecta, calma y prosperidad. El nada debía a la Patria, fuera del honor de servirla, y por ello volvió a su diario, cuando dejó la presidencia, como redactor y polemista, para orientar a las multitudes. Buenos Aires y la nación entera se sorprendieron de este acto y de esta vida que más avanzaba en la gloria se hacía más pura y elevada. Los amigos reunieron una suma y con ella compraron una casa, amplia y modesta, con mucho espacio para libros, en la calle San Martín, entonces número ciento cuarenta y cuatro, el 23 de enero de 1869. Así empezó a vivir el gran historiador y estadista en la casa en donde habría de morir. La amuebló a su gusto, con los muebles que aún hoy el público contempla. Colgó cuadros de artistas argentinos y extranjeros, radicados en el país, ordenó sus colecciones de medallas y monedas y colocó en los anaqueles de una gran sala, en el primer piso, su espléndida biblioteca americanista. Esta biblioteca había sido, y siguió siendo, su única fortuna. Biblioteca hecha con amor y talento. Cada libro era leído y estudiado. Muchos llevan anotaciones suyas. Son su vida prendida a ellos en los momentos más solitarios y profundos. La biblioteca aun conserva la emoción de las manos del general. Algunos libros nadie los ha vuelto a leer después que él los leyó. La casa de Mitre fué en su tiempo el centro de estudios históricos, filosóficos y numismáticos de mayor autoridad en la Argentina. A ella acudían los estudiosos del país y del extranjero en busca de una luz. Llegaban también los políticos cuando la República se hallaba en peligro. No faltaban los amigos que recordaban batallas lejanas. Es la casa, en la Argentina, que encierra más emociones históricas y humanas y que conserva, con más fidelidad, el espíritu de su dueño. Durante su edad madura, Mitre fué encerrando en su hogar todas sus ilusiones. Había allí un tesoro de sombras y de ensueños. Quien recorre sus salas aun advierte este hechizo humano e imborrable en los detalles de su escritorio, en sus manuscritos, en los sillones donde se sentaba a meditar. A su muerte, la casa no fué desmantelada. El Gobierno hizo de ese templo de una vida un templo del estudio. Es un Museo que lleva su nombre. Asiento de la Junta de Historia y Numismática Americana, hoy Academia Nacional de la Historia, y de la Institución Mitre. La Argentina tiene en este hogar-museo la máxima expresión de su talento. Hoy que la muerte permite sobre el nombre de Mitre todos los juicios y todas las discusiones, se llega a la conclusión de que en nuestra patria no tuvo continuadores. Los hombres de nuestro tiempo contemplan con admiración aquella figura verdaderamente extraordinaria y reconocen que fué un ser de capacidad y energía inimitables. Fácil es igualar ciertas obras. Los hombres de las generaciones posteriores a Mitre

podremos descollar en alguna rama de la ciencia o de la política: pero ninguno ha podido, ni puede, alcanzar la autoridad y el dominio que él tuvo en el gobierno de los pueblos, en la guerra, en la historia, en el derecho, en las letras, en la filosofía y en tantas otras ciencias. Caso único, no sólo en nuestra Patria, sino en América y en el mundo. Mitre es más admirado a medida que más se le estudia. Quienes lo niegan, por pasiones políticas, es porque lo ignoran. La incomprensión es la causa de infinitas injusticias e innumerables errores. Cuando se habla de Mitre con juicios de segunda mano, cuando se repite lo que se ha oído a sus contrarios, se tiene de Mitre una visión falsa y absurda; pero cuando se leen sus miles de cartas, muchas de las cuales son verdadero estudios; cuando se pasan las hojas de sus volúmenes, cargados de sabiduría, cuando se conoce su actuación en la guerra, en la paz, en las revoluciones, en todos los instantes en que nuestra patria jugó su destino, entonces se comprende que Mitre es un maestro de argentinidad: nuestra guía en el presente y en el porvenir.

España reconoció la indepedencia argentina en 1863. En el mismo año se comenzó a aplastar los últimos restos del caudillismo armado que sublevaban las provincias y pretendían reinstalar el feudalismo. En 1865 se desencadenó la guerra de la Argentina, Brasil y Uruguay en contra del Paraguay. Hemos hablado de este proceso al ocuparnos de la historia paraguaya. Mitre gobernó hasta el 1868, en que ocupó la presidencia otro gran argentino: Domingo Faustino Sarmiento. La elección de Sarmiento fué hecha en la forma más libre y segura. No hubo presiones de ningún género, como no las hubo en la elección de Mitre ni en la elección de Hipólito Irigoyen. Todas las otras elecciones presidenciales han estado más o menos viciadas de fraude. Sarmiento no puede compararse con Mitre por la diversidad de sus tendencias intelectuales. Sarmiento no fué numismático, ni erudito, ni filólogo, ni historiador puro; fué en América el fundador de la ciencia que suele llamarse sociología, de la ciencia moderna que se concibe como sociología de las ideas y el más asombroso conocedor de la historia considerada como pensamiento. Los verdaderos y sorprendentes méritos de Sarmiento no han sido estudiados en sus formas más puras. Se le ha destacado por su amor a la educación y por su entusiasmo en fundar escuelas. También se alabó su fecundidad poligráfica, su constancia, su amor a la libertad y su sentido moderno de la cultura y de la vida. No se dijo que se anticipó en un siglo a las actuales concepciones de los más eminentes filósofos de la historia. Sus escritos tienen un mérito imperecedero, pues representan la fuente de ideas más inagotable de la historia argentina y americana. La campaña en favor de la libertad que sostuvo desde Chile en

contra de Rosas y que siguió desarrollando toda su vida dió formas definitivas al sentido de la argentinidad y a la concepción de argentinidad como sinónimo de libertad. Su obra de gobierno, la terminación de la guerra con el Paraguay, la solución de desacuerdos internacionales, etcétera, se funden con la historia argentina. Su obra, en cambio, tiene un valor americano y mundial en muchísimos aspectos. Sólo ahora comienza a ser apreciada con un criterio nuevo y profundo. Su único error fué apoyar oficialmente la candidatura de Nicolás Avellaneda para sucederle en la presidencia. Avellaneda tenía un valor superior de hombre culto, hábil y patriota. Sarmiento lo comprendió y ante el temor de que por causas diversas no pudiera llegar a la presidencia se encargó de asegurar la elección. Avellaneda empezó a gobernar en 1874. Su elección desagradó, por la forma en que había sido hecha, a muchas personalidades y a gran parte del pueblo. Mitre organizó una revolución que fracasó. Dos años después Avellaneda se convenció que para bien del país debía reconciliarse con los partidos opositores. La unión hizo un gran bien a la patria dividida y sumida en una crisis económica. El gran mérito de la presidencia de Avellaneda fué el de haber ocupado todas las tierras de la Patagonia en poder de los indios. La campaña guerrera estuvo confiada al general Julio A. Roca, quien pudo considerar terminada la lucha contra los indios a orillas del Río Negro el 24 de mayo de 1879. Hasta entonces los salvajes habían constituído una amenaza continua sobre pequeñas poblaciones, fortines, estancias y viajeros. Era una vergüenza nacional que el país no fuese dueño de las tierras que los españoles habían conquistado y recorrido en todas direcciones. Juan Manuel de Rosas acostumbró a los indígenas a vivir a costa del gobierno, con grandes dádivas, para tenerlos de su lado, y utilizarlos en los ataques a las estancias de unitarios. Las prácticas de Rosas fueron continuadas después de su caída cada vez con menos intensidad hasta que se acordó batir a los indígenas y recuperar las tierras argentinas. El ejército limpió el desierto de salvajes y los campos empezaron a ser ocupados por grandes estancias. Los indígenas se relegaron hacia el Sur y vivieron sometidos, con su poder guerrero roto para siempre. En 1880 el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Carlos Tejedor, organizó una revolución de grandes alcances. El presidente y sus ministros se retiraron al vecino pueblo de Belgrano donde, al final, se hizo la paz. El resultado de esta lucha fué que la ciudad de Buenos Aires quedó federalizada y convertida en capital federal de la República Argentina. Nuestra patria no había tenido una capital en un sentido oficial y definitivo hasta ese momento. Rivadavia había estado a punto de lograr este mismo hecho, pero la oposición de los caudillos se lo impidió. Rosas nunca quiso transformar Buenos

Aires en capital del país. Fueron necesarios tantos acontecimientos para que la ciudad señalada por la historia, la geografía, el comercio y el destino pudiera llegar a ser reconocida como verdadera capital de la Argentina.

El sucesor de Avellaneda fué el general Julio A. Roca. Comenzó a gobernar en 1880. Tenía en su carrera brillantes momentos. Había contribuído a sofocar revoluciones y había sido el pacificador del desierto. Su talento político, su astucia para tratar a los hombres, pusieron en sus manos una enorme influencia política. La Argentina se hallaba en un camino abierto de constante progreso. La inmigración y la riqueza crecían con rapidez. Roca continuó, por medio de otros generales, la expulsión de los indios y la colonización de tierras. Este país era el que más promesas y posibilidades ofrecía en toda América. El progreso del país se debió en gran parte a la acción liberal del gobierno. Los elementos clericales intentaron acercarse al gobierno e imponer sus pretensiones; pero el presidente llegó a expulsar al nuncio e hizo posible la promulgación de leyes que aseguraron la instrucción y el bienestar general. La enseñanza fué declarada laica. Fué creado el registro civil en contra de una tremenda oposición de personajes anacrónicos y sectarios. El primer intendente de la ciudad de Buenos Aires, Torcuato de Alvear, transformó el aspecto edilicio de la capital. Dardo Rocha fundó la ciudad de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires. La vieja cuestión de límites con Chile fué resuelta a satisfacción de ambos países. En 1886 sucedió a Roca, Miguel Juarez Celman. Su gobierno ha sido largamente discutido e incomprendido. El presidente tuvo buenas ideas. Las relaciones internacionales con el Brasil y el Uruguay se afianzaron noblemente. Juarez Celman gobernó de acuerdo con los principios liberales y la ley del matrimonio civil pudo ser un hecho en 1889; pero careció de rigidez administrativa. Sus amigos se aprovecharon del momento y de su confianza para realizar grandes robos y despilfarros. El brillo que disfrutaba el país comenzó a apagarse de pronto. La corrupción administrativa llegó a extremos jamás conocidos. Se inició la oposición. Grandes tribunos como Aristóbulo del Valle, Leandro L. Alem, Lucio Vicente López y otros agitaron la opinión pública. En 1890, con la colaboración de Mitre y nuevos grupos de hombres destacados, se formó el partido político Unión Cívica. Su fin era el de suprimir los males administrativos de un modo radical, yendo a las raíces y extirpando todas las corrupciones. En el mes de julio de 1890 estalló una revolución militar y popular dirigida por los políticos mencionados y el general Manuel J. Campos. Los combates duraron dos días. Hízose una paz que representó oficialmente, el triunfo del gobierno: pero ninguno de los sublevados fué castigado y el Congreso y la opinión pública

exigieron la renuncia del presidente. Juárez Celman se retiró a la vida privada y ocupó su lugar el vicepresidente Carlos Pellegrini. Con él comenzó una nueva era. Hiciéronse sacrificios administrativos, logróse el apoyo de muchas fortunas y el país recobró su prestigio completamente arruinado. Pagáronse las deudas exteriores y en 1891 fué fundado el Banco de la Nación. Pellegrini es, como otros presidentes argentinos de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, un hombre inolvidable. Recto, noble y patriota, luchaba por el bien de la nación y no por sus intereses particulares. En su tiempo, al lado de Alem —tribuno que entusiasmaba a las masas— comenzó a destacarse Hipólito Irigoyen. Fué Irigoyen un hombre a quien la mayor parte de los argentinos que en la actualidad aún tienen menos de medio siglo ha llegado a conocer y a discutir. No obstante, no hay en la historia argentina otro personaje más impenetrable, extraño, extraordinario y fácil para la leyenda. Se cree, con sobrados fundamentos que aquí sería largo exponer, que era hijo de Juan Manuel de Rosas. Su vida fué siempre sencilla, pobre, y a la vez encerrada, misteriosa y poderosa. Nunca estuvo casado y tuvo hijos e hijas que aún viven. Nunca, o casi nunca, habló en público, y arrastró durante más de cincuenta años la mayor parte del país. Las clases cultas y ricas lo despreciaban, llamaban "compadrito", "peludo", "mano santa", "brujo", "el viejo", etcétera, y, al mismo tiempo hombres cultísimos y millonarios se ponían a sus órdenes, incondicionalmente. Irigoyen pasó su vida conspirando. Fué el más grande conspirador de la Argentina y, sin duda, de América. Sabía conspirar en el ejército —él, que no era militar—, en los ambientes miserables —él, que no era tan pobre—, en las clases plutócratas —él, que no era tan rico—, y entre toda clase de políticos —él, que no tuvo ningún partido, excepto el de sí mismo—. El pueblo, cierta vez pretendió asaltar el Jockey Club, reducto de los enemigos de Irigoyen y de las clases burguesas, y se descubrió que Irigoyen era socio desde largos años. Toda la vida se le llamó doctor y en ninguna universidad constan sus estudios. Sabía ser humilde con el hombre sencillo e inaccesible con el orgulloso. Protegía al pobre por un raro afán de proteger. Las múltitudes lo seguían y esperaban que llegase al gobierno para obtener un buen empleo. Jamás admitió ser elegido diputado, senador, etcétera —salvo en una ocasión de la cual se arrepintió toda su vida—, y cuando se le ofreció la presidencia, con el voto de una inmensa mayoría, pretendió rechazarla, como Rosas, en otros tiempos, hasta que la aceptó y gobernó, también como Rosas, con todos los poderes en una mano. En 1892, cuando Irigoyen aún estaba lejos de la presidencia y era un simple conspirador, fué elegido presidente Luis Sáenz Peña. Tuvo la dicha de tener como competidor a su propio hijo Roque

Sáenz Peña. El presidente estaba cansado, sus muchos años lo mantenían enfermo y lo hacían a veces intolerante. Sus ministros renunciaban o eran obligados a renunciar. En nueve meses pasaron por los ministerios veintitrés ciudadanos. El partido radical organizó una revolución en 1893 que fué sofocada, pero el Congreso no siguió las directivas del presidente y lo llevó a renunciar. Subió a la presidencia el vicepresidente José Evaristo Uriburu. Con gran tino e inteligencia política, el presidente logró encaminar el país, reformar la Constitución en lo relativo a la proporción de electores para diputados y someter la cuestión de límites con Chile, que había vuelto a agravarse, al fallo del rey de Gran Bretaña. En 1898 el general Roca ocupó por segunda vez la presidencia. El prestigio que disfrutaba como general y el temor de una guerra con Chile decidieron al pueblo a votar su candidatura. Roca supo rodearse de ministros muy buenos, elegidos entre las personalidades más brillantes del país, y firmar, en mayo de 1902, en el Estrecho de Magallanes, los pactos con Chile que aseguraron, para siempre, la paz con esta república. También fortificó la amistad con el Brasil. En 1904 llegó a la presidencia Manuel Quintana. Hombre de grandes virtudes, descendiente de nobles y antiquísimas familias argentinas y españolas, supo reprimir la revolución radical de febrero de 1905 y, al mismo tiempo, realizar actos tan trascendentales como la fundación de la Universidad de La Plata. Murió, por su avanzada edad, en 1906 y le sucedió el vicepresidente José Figueroa Alcorta. El nuevo presidente demostró un carácter inquebrantable. Venció la oposición que le hacía el Congreso mandándolo clausurar por los bomberos en enero de 1908. Ahogó, en noviembre de 1909, los movimientos anarquistas que habían estallado en Buenos Aires y produjeron el asesinado del jefe de policía, Ramón L. Falcón, una bomba en pleno teatro Colón, etcétera; rompió las relaciones diplomáticas con Bolivia, por haber desacatado, este país, el fallo arbitral que dió la Argentina en su cuestión de límites con el Perú; llegó a un acuerdo, con el Uruguay respecto a la jurisdicción de las aguas; festejó el primer centenario de la república en 1910, y protegió la explotación del petróleo, descubierto en Comodoro Rivadavia. En octubre del mismo año de 1910 inició su gobierno el presidente Roque Sáenz Peña. Su obra más importante, que lo hizo inmortal entre los argentinos, fué la ley del voto libre, obligatorio y secreto. Hasta el año 1912, en que se votó por primera vez de acuerdo con esta ley, en la Argentina eran las fuerzas oligárquicas las que decidían las elecciones. Todos los abusos estaban permitidos. A veces las elecciones se convertían en batallas campales; otras veces presionaba el gobierno, o, simplemente, un estanciero. La ley del voto libre y secreto terminó con las aberraciones políticas que habían imperado

hasta ese momento. El mal no era sólo de nuestra patria, sino de América toda. En otros países los abusos eran aún mayores. Es por ello que hubo tantas revoluciones en el Continente. Las farsas de las elecciones daban los más altos cargos y mejores empleos a los más incapaces, sólo por ser ricos o influyentes. Los parentescos, las amistades, el dinero y, como consecuencia, la falta de independencia moral, el servilismo, la traición y todas las bajezas eran las fuerzas que permitían alcanzar posiciones codiciadas. Los méritos propios, el estudio, el trabajo, la honradez, nada valían. La ley Sáenz Peña terminó con estas vergüenzas nacionales. Cuando se puso en práctica, por primera vez, en 1912, triunfaron, en las mayorías, los radicales, y en las minorías, los socialistas. Subieron, así, al Congreso hombres elegidos realmente por el pueblo y no impuestos por otros políticos. Mucha gente, en tiempos de Sáenz Peña, criticó esta ley y la creyó una utopía. Es explicable que esto ocurriese en aquel entonces. Los hábitos tradicionales, las ambiciones arraigadas, la poca cultura del pueblo, empecialmente en los campos, y otras muchas razones, hacían considerar irrealizable el voto secreto de un modo definitivo. Pronto, no obstante, la práctica demostró que el voto libre y secreto era la más grande conquista de nuestra historia después de la independencia nacional y que sin voto libre la misma independencia no estaba justificada y era un bien incompleto y falseado. Los hombres sin bajas ambiciones, sin intereses políticos inconfesables y de auténtico valer, se declararon todos en favor de la ley Sáenz Peña. Ella siguió imperando hasta la actualidad y seguirá mientras exista un argentino verdadero, fiel a su historia y a los ideales que crearon nuestra patria. Sólo se han levantado en su contra los enemigos de la Patria, de la democracia y del liberalismo; los espíritus amantes de las dictaduras inútiles, de las oligarquías explotadoras y de las conquistas por la fuerza y no por la razón. El voto libre y secreto representa la culminación de los ideales de libertad que despertaron las conciencias de los hombres del 25 de Mayo y del 9 de Julio y de todos los liberales americanos que hicieron la independencia de sus naciones. No puede hablarse de independencia nacional si los ciudadanos carecen de independencia en sus almas y no pueden elegir a los mandatarios y representantes que quieren; tampoco puede hablarse de libertad si no hay libertad para resolver su propio destino. Quienes combaten la ley Sáenz Peña en la Argentina, con argumentos traicioneros, capciosos y falsos, merecen ser considerados antiargentinos, partidarios de regímenes contrarios a los ideales de nuestra historia, verdaderos extranjerizantes y enemigos de los derechos humanos y civiles que corresponden a cada ciudadano de nuestra tierra. Sáenz Peña murió en 1914 y subió a la presidencia el vicepresidente Victorino de la Plaza.

Su gobierno tropezó con las dificultades que creó en el mundo la guerra europea que estalló en el mismo año. En 1916 las elecciones libres en todo el país dieron el triunfo a Hipólito Irigoyen. En esta primera presidencia, Irigoyen gobernó sabiamente. La falta de educación cívica, contenida y maltratada durante un siglo por las clases conservadoras que se amparaban, para sus extorsiones políticas, en la falta del voto libre y secreto, había formado un pueblo ansioso de libertad civil y dispuesto a otros excesos no bien tuvo en sus manos la fórmula para dominar. El partido radical dió una unidad política al país. Frente a él los otros partidos, especialmente el conservador, significaron pequeñas minorías sin trascendencia. Decir "Soy radical" equivalía, en cierto modo, a decir "Soy argentino". El partido radical unió a pobres y a ricos, a católicos y a ateos, a partidarios de Francia y a partidarios de Alemania en la gran guerra mundial. Todos tenían una bandera humana: Irigoyen, y todos confiaban en una sola inteligencia —en la de Irigoyen— y esperaban las órdenes que únicamente debía dar Irigoyen. El presidente pasaba, con su voluntad, por encima de la de todos sus ministros y las Cámaras esperaban su palabra para obedecerla ciegamente. El firmaba lo mismo el nombramiento de un embajador que el de un portero. La administración, no obstante, siguió su ritmo más o menos habitual. En las provincias los maestros y empleados públicos llegaron a cobrar sus sueldos con nueve meses de atraso, cuando no más. Irigoyen fundó la Universidad del Litoral, combatió el juego, protegió los yacimientos petrolíferos fiscales, mantuvo la neutralidad frente a la guerra mundial e intervino todas las provincias, excepto la de Santa Fe, para hacer triunfar a su partido. Los vicios de los partidos vencidos iban trasladándose al partido vencedor. El radicalismo, que desde el 1890 había soñado la pureza administrativa y la auténtica libertad electoral, empezó a caer en los mismos defectos que tanto había combatido. A pesar de las críticas justificadas que podrían hacerse al primer gobierno de Irigoyen, su triunfo fué muy provechoso a la nación y significó, como dijimos, la culminación ideológica de nuestra historia. En 1922, resultó electo, por indicación de Irigoyen y voto unánime del partido radical, Marcelo T. de Alvear, antiguo amigo de Irigoyen y devoto radical, hijo del célebre intendente Torcuarto de Alvear y nieto del general de la guerra de la independencia. Alvear hizo gobierno elogiable, digno y progresista. Fué uno de los grandes gobernantes que tuvo el país. Liberal y democrático por su espíritu y aristocrático por sus maneras, fué amigo de reyes, en sus largas permanencias en Europa, y de humildes artistas y hombres de ciencia entre nosotros. Se interesó siempre con amor por las necesidades del pueblo y eligió a sus ministros y colaboradores entre gente digna de verdaderos méritos. Su error

—imposible de evitar— fué el de permitir que el partido radical volviese a elegir a Irigoyen para la presidencia. En 1928 subió de nuevo Irigoyen a la Casa de Gobierno. El país entero votó su candidatura. Nunca ningún presidente obtuvo más votos que Irigoyen en aquella oportunidad; pero el presidente estaba muy anciano, muy fatigado y enfermo. Sus ministros decepcionaron. Eran hombres desconocidos, sin méritos visibles, que no osaban levantar cabeza frente al presidente y esperaban que él resolviese todos los problemas, aun los más insignificantes y de simple trámite. Pronto la administración pública se detuvo en una forma inconcebible. Miles y miles de expedientes y de cartas quedaron sin firmar y sin contestar. El presidente perdía un día en preparar un borrador y se olvidaba de las decisiones más importantes. Una camarilla de políticos bajos, indignos y explotadores rodeó al presidente, lo engañó, alucinó y dirigió todos sus pasos. Al mismo tiempo se formó una verdadera industria que consistía en hacerse pagar para obtener una firma, una resolución, el despacho de un expediente, el más simple trámite administrativo. Todas estas inmundicias eran practicadas por empleados subalternos, irresponsables, con pleno desconocimiento de sus jefes y de la gente responsable, que nada podía hacer por estar atada a la voluntad de Irigoyen. El presidente llegó a ser, sin saberlo, el dictador más fuerte que tuvo la Argentina. Pero era un dictador sin voluntad, engañado miserablemente y aislado de sus viejos amigos, de los hombres de bien y del clamor popular. El caudillo que había estado más de medio siglo en contacto diario y directo de las muchedumbres, que era amado del pueblo como un ídolo, llegó a ser el hombre más aislado, más invisible, y esto lo perdió. En 1930 el ministro de guerra, general Luis Dellepiane, pudo hacer saber a Irigoyen que se conspiraba en el ejército y en otras partes del país. Irigoyen sonrió y contestó que él se había pasado la vida conspirando, que nadie sabía hacer revoluciones mejor que él, y que contaba con el apoyo total del pueblo y que nadie lo voltearía. La conspiración siguió avanzando. El pueblo estaba desengañado y asqueado de ver las oficinas llenas de empleados inútiles, de saber, a cada instante, que se nombraba en todos los cargos públicos a cientos de personas que cobraban buenos sueldos, que los dineros públicos se malgastaban, que el desorden administrativo, las "coimas" y otros abusos habían llegado a límites fantásticos. En el mismo Congreso los diputados y senadores pensaron en la necesidad patriótica de hacer juicio político al presidente y entregar la presidencia al vicepresidente Enrique Martínez. Esta hubiera sido la solución mejor para el porvenir de la patria. La Constitución prevé estos hechos y los soluciona admirablemente. Si el país hubiera podido seguir la Constitución y cambiar de presidente por medios legales y constitucionales, la

paz no habría vuelto a alterarse y la Argentina no habría sufrido las consecuencias políticas que se fueron desencadenando más tarde; pero el afán conspirador de unos políticos despechados y de otros verdaderamente patrióticos dió por tierra con la legalidad constitucional y alteró, para un largo período que aún no ha terminado, la normalidad civil. Un general de prestigio, José Félix Uriburu, se unió a unos políticos conservadores mal vistos por el pueblo y el 6 de septiembre de 1930 salió a la calle con los cadetes del Colegio Militar. Quienes hemos vivido, muy de cerca, estos acontecimientos, no olvidamos lo que ellos realmente fueron y representaron. La revolución de septiembre fué un paseo en automóvil entre dos filas de gente que miraba sonriente el desfile y aplaudía como en una tarde de carnaval. Sólo hubo un pequeño tiroteo desde una de las ventanas del Congreso al pasar los cadetes por la Plaza de Mayo. Luego todo se transformó en una gran fiesta. Las casas vendedoras de aparatos de radio, dejaban oír las músicas más heterogéneas, especialmente tangos, y el público desfilaba por la Avenida de Mayo o se detenía a ver cómo un grupo de muchachones incendiaba el diario radical "La Epoca". La pobre casa de Irigoyen también fué asaltada y desvalijada. El presidente intentó resistir trasladándose a un cuartel de La Plata. Estaba enfermo de gravedad y el día anterior había delegado el mando en el vicepresidente Enrique Martínez. Este esperó al general Uriburu y a las fuerzas que lo acompañaban en la Casa de Gobierno, rodeada de público que invadía los salones y deseaba contemplar cualquier escena. Muchos fotógrafos pudieron recoger el momento en que Uriburu exigió a Martínez la entrega del poder. Ante la fuerza, el vicepresidente, solo, sin un arma ni un amigo a su lado, hizo la entrega simbólica del gobierno y fué detenido. El presidente provisional comenzó a gobernar con las mejores intenciones. Suprimió a cientos de empleados parásitos, que cobraban sueldos con las excusas más inverosímiles, y empleó a sus parientes y amigos con buenos emolumentos. La administración se puso de nuevo en marcha. El país respiró y los radicales, socialistas y otros políticos, primero avergonzados y luego indignados, empezaron a hablar pestes de lo que ellos llamaban "la tiranía". En el gobierno de Uriburu, como en la mayoría de los gobiernos, hubo ministros y funcionarios excelentes y otros que no pasaron de perfectos infelices. Estos últimos fueron los que más lo desacreditaron. No obstante, la administración de Uriburu fué honrada y correcta. El país había estado tan atónito con los desórdenes de la segunda presidencia de Irigoyen que la vuelta a la normalidad burocrática pareció algo sorprendente. Uriburu y algunos políticos conservadores que lo rodeaban, cometieron el grave error de vetar al partido radical y, al mismo tiempo, llamar a elecciones libres en la provincia de Buenos Aires. Esta ingenuidad les hizo asistir al espectáculo de un pleno triunfo radical el 5 de abril de 1931. La Argentina, democrática y liberal, detestaba —y sigue detestando— los regímenes de fuerza y se volcó íntegra en contra del gobierno provisional. Uriburu tuvo que anular las elecciones y seguir gobernando de facto. Hubo un instante en que proyectó modificar la Constitución para suprimir el voto libre y secreto, pero los generales más destacados y sensatos, verdaderos patriotas, le aconsejaron que no lo hiciese y se lo impidieron. Por último, enfermo de una úlcera al estómago, Uriburu resolvió convocar a elecciones y retirarse a la vida privada. Concurrieron dos candidatos: Lisandro de la Torre, por la Alianza de los Socialistas y Demócratas Progresistas, y el general Agustín P. Justo, por el Partido Demócrata Nacional. Los radicales, ante la prohibición de presentar ciertos candidatos, resolvieron no concurrir a las elecciones. Algunos sectarios hicieron una campaña de difamación y anónimos, especialmente difundidos entre las mujeres, en contra del candidato liberal Lisandro de la Torre, y el gobierno apoyó con todos los fraudes al general Justo. Este salió electo y comenzó a gobernar en febrero de 1932. El gobierno de Justo devolvió al país la normalidad y merece, por mil razones, grandes elogios. Justo era hombre de notable cultura, poseedor de una magnífica biblioteca americanista y escritor erudito y preciso. Apoyó todas las manifestaciones de cultura y el país pocas veces alcanzó un nivel tan elevado de riqueza, libertad y prestigio intelectual. La república estrechó sus vínculos internacionales con las naciones de América y Europa. Sólo los radicales, por una incuestionable razón de principios, prepararon dos revoluciones que fueron descubiertas y sofocadas sin mayor esfuerzo. Algunos políticos de nota e intelectuales de gran autoridad fueron encarcelados por breve tiempo y pronto recobraron la libertad. El presidente Justo hizo un viaje al Brasil y el presidente Vargas devolvió la visita. También estuvo en Buenos Aires el presidente de los Estados Unidos, Roosevelt. La guerra paraguayo-boliviana terminó gracias a los oficios del gobierno argentino, que reconoció el triunfo del Paraguay e invitó a ambos países a firmar la paz en Buenos Aires. El presidente auspició Congresos de historia y literatura y transformó la antigua Junta de Historia y Numismática Americana en Academia Nacional de la Historia. En su tiempo se fundaron importantes instituciones históricas y culturales. Las rentas nacionales aumentaron grandemente y el país vivió, en general, una época inolvidable.

Las fuerzas políticas conservadoras convencieron a Justo, del mismo modo que habían convencido a Uriburu, de la necesidad de impedir la vuelta de la gran masa radical. Las elecciones de 1937 fueron fraudulentas en todo el país, salvo en la ciudad de

Buenos Aires, y resultaron electos presidente y vicepresidente Roberto M. Ortiz y Ramón S. Castillo. Ortiz empezó el gobierno en febrero de 1938. El brillo de la presidencia de Justo continuó por un tiempo, debido, principalmente, a los hombres que se hallaban al frente de las instituciones culturales más destacadas del país; pero pronto se advirtió en el presidente los avances de una grave enfermedad. Ortiz fué quedándose ciego y abandonó cada vez más el gobierno. Políticos sin escrúpulos hicieron escandalosos negociados de tierras y se dejaron sobornar por poderosas casas y compañías comerciales. La muerte de la esposa del presidente agravó su mal. Llegó un instante en que tuvo que delegar el mando en el vicepresidente Ramón S. Castillo y vivir por completo encerrado y ciego. Muchos políticos intentaron convencer al presidente de la necesidad de renunciar; pero Ortiz se negó con extraña energía. Pocas personas han entendido el porqué y la elevación de esta negativa. Algunos la atribuyeron a la ambición de seguir en el cargo. Es una calumnia. Ortiz era hombre sencillo, superior y noble. Su propósito de no abandonar la presidencia obedecía a la esperanza de llegar con vida al final de su período y dar al país unas elecciones totalmente libres. Pero la muerte le impidió cumplir su suprema ilusión. Castillo quedó como presidente constitucional, reformó el ministerio y cambió de rumbo político. Entretanto los escándalos de cohechos, sobornos, etcétera, se unieron a la revelación de inmoralidades descubiertas entre los cadetes del Colegio Militar. El país sonreía de desprecio. El expresidente Justo se rodeaba de partidarios que confiaban en su persona para hacer estallar una revolución. La guerra europea, por otra parte, dividía a los argentinos en germanófilos y aliadófilos. La creencia de que Alemania tenía asegurado el triunfo creó una gran cantidad de nazistas y fascistas. Los argentinos patriotas se unieron en sus ideales de democracia y libertad. La cuestión de la neutralidad argentina empezó a agitar los espíritus. Mucha era la gente que deseaba la declaración de guerra a Alemania; pero ciertos grupos nazistoides hacían los más grandes esfuerzos para que el país se mantuviese neutral, es decir, que favoreciese, con su neutralidad, a los países del Eje. Políticos de dudoso criterio llegaron a proponer públicamente que no se realizasen más elecciones y que el presidente Castillo continuase otro período, o indefinidamente, en el poder. A estos extremos se rebajó el espíritu nacional. Y hubo otras degradaciones: políticos corrompidos prepararon una enorme elección fraudulenta en todo el país para ocupar los puestos que ellos más apetecían, suprimiendo, con una ficción electoral y gubernamental, todas las libertades. El problema de la guerra mundial seguía alterando los espíritus. La influencia nazista y fascista aumentaba con la colaboración de los eternos

traidores que existen en todas partes. Pseudo-nacionalistas, sectarios del clericalismo, rosistas y gauchistas iniciaron campañas de calumnia y difamación contra los pensadores argentinos de más renombre que defendían el liberalismo tradicional de la Patria. Hubo polémicas históricas e ideológicas que dividieron los ánimos y crearon odios. Justo avanzaba en sus planes revolucionarios y Castillo, desde el gobierno, trató de hacer una revolución con el ejército para sofocar la que preparaba Justo. Los planes revolucionarios de Castillo se extendieron entre los militares; pero de pronto se tornaron inútiles con la muerte, por un síncope cardíaco, mientras se hallaba cenando con sus hijos, del ex presidente Justo. La revolución proyectada por Castillo quedó, pues, sin el fin que la había despertado, mas el ejército no se dió por satisfecho. La revolución era necesaria contra los políticos sin conciencia que pretendían adueñarse del poder y del país. Hubo conversaciones de representantes militares con el presidente Castillo para que cambiase sus ministros. Castillo se mantuvo inflexible y en una oportunidad, aprisionó a su ministro de guerra, el general Pedro Pablo Ramírez, que le ofrecía una solución digna, de acuerdo con los ideales renovadores del ejército. El hecho determinó en el acto el movimiento del ejército y el 4 de junio de 1943 Buenos Aires se despertó con la noticia de que las tropas de Campo de Mayo avanzaban sobre la ciudad a las órdenes del general Arturo Rawson. El público, sin la menor intranquilidad, salió a la Avenida de Mayo para ver el desfile. Las fuerzas militares sólo tuvieron un contratiempo, al entrar en la ciudad, pues la Escuela de Mecánica, que no había sido informada del movimiento, opuso una resistencia que duró unos minutos y produjo algunos muertos y heridos. El desfile de las tropas se realizó en medio de la calma e indiferencia general. No hubo las pequeñas escenas de entusiasmo que se observaron en la llamada revolución de Uriburu ni tampoco el pueblo se entretuvo en silbar y divertirse como en un carnaval conforme ocurrió en la misma revolución. Unos regimientos avanzaron lentamente hacia la Casa de Gobierno y sus jefes la ocuparon con las puertas abiertas. El Gobierno, compuesto por el presidente y sus ministros, realizó el acto más difícil de definir de la historia argentina: huyeron todos, en una pequeña embarcación, sin equipaje, rumbo al Uruguay. Nunca, jamás, ningún gobernante —excepto Juan Manuel de Rosas— se escapó del país con todos sus ministros ni Rosas halló adictos que lo acompañasen. La huída, propalada por radio, causó en el pueblo la impresión que es de suponer. Cuando el presidente y sus ministros supieron que podían regresar porque nadie pensaba cortarles las cabezas, volvieron, sonriendo, y se fueron a sus casas. No todos, porque algunos fueron encarcelados, acusados de faltas que más tarde fué difícil comprobar. El

presidente Rawson nombró en seguida un ministerio que en parte no agradó a la mayoría de los argentinos. Desde ese momento la historia se hace demasiado próxima para ser referida y, menos, para ser juzgada. Prometemos escribirla, algún día, con muchos detalles y revelaciones que hemos ido estudiando en el terreno y recibiendo de sus principales actores. Ahora sólo podemos recordar que, por causas que en su oportunidad descubriremos, el general Rawson renunció a los pocos días a la presidencia y lo substituyó el general Pedro Pablo Ramírez. El gobierno mostró una verdadera fiebre de innovaciones. Todos los días salían decretos que reformaban leyes, disposiciones, ordenanzas, etcétera. Muchos militares creyeron, ingenuamente, que los civiles eran incapaces de gobernar o eran todos deshonestos. Las reparticiones nacionales, sin excluir hospitales, fueron intervenidas. Muy pocos fueron los puestos a cuyo frente no se puso a algún militar y cada nuevo jefe se creyó en la obligación de investigar y rehacer todo lo hecho. Como es lógico, no aparecieron más que pequeñas irregularidades y las investigaciones, por el contrario, sirvieron para descubrir lo excelente de muchos administradores. Pero la parte grave de este brusco cambio político fué la influencia ideológica que empezó a hacerse sentir en el gobierno y, de reflejo, en el pueblo. Los militares se habían levantado en armas asqueados de los fraudes electorales y de la perpetuación de muchas familias en los puestos directivos. La revolución tuvo, pues, un fin noble, altamente patriótico. No hubo un militar que no haya estado bien inspirado y no haya hecho justicia en las posiciones desempeñadas. La falta de experiencia, la improvisación de ciertos cargos, los anónimos que todos los enemigos se enviaban recíprocamente, produjeron algunas confusiones y algunos errores que el gobierno se apresuró a rectificar. El pueblo argentino, tan sutil en sus juicios y tan conocedor de la capacidad de cualquier hombre, hizo chistes graciosos y tomó a menudo en broma innumerables disposiciones que al día siguiente eran modificadas. Se advertía, en todas partes, el apresuramiento y una indudable desorientación; pero también se notaba, repetimos, la buena fe y el afán de mejorar todas las cosas para bien de la patria y de sus ciudadanos. Todo esto es disculpable y hasta elogiable, pues fué inspirado por fines superiores, que sólo tendían a favorecer la condición del pueblo. Lo que hizo daño al gobierno y a las ideas de muchos argentinos, fué la propagación nazista, pseudonacionalista y rosista que empezaron a desarrollar, fanáticamente y furiosamente, los enemigos de la libertad, los germanófilos y los partidarios de los sistemas absolutistas. Diarios infectos se dedicaron, en forma sistemática, a calumniar a los escritores y políticos liberales, a predicar la neutralidad y

a querer exaltar valores nacionales que nunca han existido. Todos los elementos absolutistas, nazistas y lo más intolerante del rosismo y obscurantismo se acercaron al gobierno a ofrecer sus servicios, a prometer la regeneración del país, a explicar que querían devolver a la patria la independencia y la soberanía perdidas e imponer la religión que las costumbres necesitaban. Tantas promesas, en apariencia sinceras y bien intencionadas, hallaron una acogida franca y patriótica. El obscurantismo, representado por unos personajes ridículos, y el nazismo disfrazado de rosismo y gauchismo, penetraron en los establecimientos de educación, en las Universidades y en otras instituciones. Muchos militares, políticos y civiles que nunca habían pertenecido a ningún partido, se vieron obligados a conspirar. Hubo conspiraciones grandes y pequeñas, peligrosas unas e indiferentes las otras. Todas fueron conocidas por el gobierno que las dejó desahogarse por sí mismas, excepto en alguno casos en que fué preciso encarcelar a sus promotores para mantener la tranquilidad pública. Al mismo tiempo, desacuerdos de tendencias de los propios militares produjeron una serie inquietante de renuncias de ministros, gobernadores, interventores y funcionarios. Por fin el general Ramírez dejó la presidencia al general Edelmiro J. Farrel, como resultado de una discusión entre militares que algún día se referirá, y el gobierno tomó una nueva orientación. Hemos de agregar que muchas directivas provenían de asesores ocasionales y otras de una especie de congreso de jefes y oficiales que funcionaba en Campo de Mayo y era conocido con el nombre de Gou (Gefes y oficiales unidos). Sobre el Gou se fantaseó largamente y se le atribuyeron innumerables resoluciones. Lo indudable es que el presidente Farrel y el vicepresidente, nombrando poco después, coronel Juan Domingo Perón, han sido siempre los principales ideadores de todas las resoluciones. El patriotismo de ambos mandatarios, estrechamente unidos en la amistad y en la acción, no puede ser mayor. La guerra mundial los preocupó enormemente. Influencias nazifascistas, nacionalistas, rosistas y obscurantistas llevaron al gobierno a sostener, durante largo tiempo, una posición de neutralidad que terminó por malquistar la Argentina con todos los países de América. Un malentendido patriotismo, defendido por los grupos nazinacionalistas, hizo hablar de "soberanía", "independencia", etcétera, y evocar la figura de Rosas y su resistencia a solucionar cuestiones sencillísimas con naciones extranjeras para mantenerse indefinidamente en el poder. La neutralidad argentina estuvo a punto de causar daños irreparables a nuestra Patria. Una larga serie de profesores y escritores eminentes que pidió al gobierno —en tiempos de Ramírez— la guerra con los países del Eje fué exonerada de todos sus cargos. Hombres de fama mundial quedaron durante cerca de dos años sin un empleo

y sin un sueldo, viviendo de nuevos trabajos y de ayudas de amigos. El hecho, por lo severo e incomprensible, produjo en América verdadero estupor. Tan funestas fueron las consecuencias del asesoramiento de nazinacionalistas que el gobierno, con gran inteligencia, comprendió que para bien de la Patria debía alejar a los elementos nazistas, nacionalistas, rosistas y obscurantistas. El clero perdió su influencia y los nazirrosistas empezaron a ser alejados de los puestos públicos. La medida atrajo hacia el gobierno a gran parte de los disidentes. Los diarios que por haber expuesto una opinión fueron cerrados y castigados —como rara vez se hizo en el país— fueron los primeros en aplaudir estas decisiones. La unidad de los países de América y el autoaislamiento en que se había sumido la Argentina hicieron comprender al gobierno que la salud y el futuro de la Patria exigían otra actitud internacional. Algunos miembros del gobierno, eran por confesión propia, contrarios a la política de Estados Unidos, al americanismo y al liberalismo; pero tuvieron el patriotismo de acallar sus sentimientos personales y resolverse a declarar la guerra a Alemania y al Japón. La declaración de guerra a las naciones del Eje no fué recibida con el entusiasmo delirante con que se festejó, meses antes, la reconquista de París. Mucha gente dijo que el gobierno, declaradamente aislacionista, no debía haber cambiado de opinión y que la actitud correcta habría sido la de entregar el poder a la Suprema Corte de Justicia a fin de que declarase la guerra y llamase a elecciones libres; pero quienes así hablaban no comprendían que la declaración de guerra fué precipitada por el acta de Chapultepec y la actual conferencia de San Francisco, y que el gobierno comprendió que para salvar la Argentina, colocarla en el concierto de las naciones unidas y vencedoras y satisfacer, sobre todo, los grandes y verdaderos anhelos de la casi totalidad del pueblo argentino, era preciso declararse de una vez en favor de los aliados y de América. Con esta declaración de guerra al nazifascismo la Argentina volvió a la ruta tradicional de su democracia y libertad, recuperó el honor por un momento ofuscado y se reintegró al panamericanismo del cual nunca hubiera debido salir. El gobierno perdió el triste apoyo de nazistas, absolutistas, rosistas, sectarios y demás traidores al verdadero nacionalismo argentino; pero ganó la adhesión entusiasta de los buenos argentinos: liberales, demócratas y amantes de la unión internacional con las naciones amigas de Europa y de América. Día vendrá en que podremos hacer, tranquilamente el balance de nuestra historia contemporánea y diremos al pueblo que ha ganado la Patria en este tiempo. Entretanto, el país se halla en un momento profundo de renovación social, política e intelectual. Los hombres pasan: unos caen y otros se elevan. Asistimos al derrumbamiento de nombres que hasta ayer eran poderosos y hoy se descubre su

pequeñez y la farsa en que habían vivido y asistimos a la formación de una generación con ideas nuevas, con una mentalidad adaptada a los problemas de la actualidad y no envejecida en las luchas de caudillos, sin otro ideal que la caza de un empleo. Aún subsisten estos defectos y subsistirán, sin duda, eternamente; pero reconocemos que las generaciones que asisten a este momento argentino y mundial serán, en el futuro, muy distintas a las que pasaron. La Argentina aprende, ahora más que nunca, a amar la Libertad.

§ 40. *La enseñanza de América.*

Una visión, rápida, a la historia de América, nos muestra un panorama trágico, de múltiples colores e infinitas enseñanzas. No hallamos, en un siglo y medio, escasamente, de independencia y vida constitucional, los triunfos que soñaron los padres de nuestras patrias. ¿Dónde están la libertad, la justicia y la igualdad por las cuales lucharon y murieron? Los ideales absolutista y liberal que desencadenaron la guerra civil de donde surgieron nuestras naciones y nacionalidades han seguido oponiéndose, en cada república, sin un segundo de reposo, sin compasión para los pueblos y sin ánimos de rendirse en ningún momento. No hay un país que no haya tenido revoluciones, guerras civiles, cuartelazos, motines y polémicas políticas agudas y terribles. Desde el Canadá al Estrecho de Magallanes la lucha por la libertad y por el poder ha sido continua en todo tiempo. Las pasiones y los ideales han dividido a los hombres en mil encuentros. Los odios han llegado a los más grandes extremos. Muchas naciones muestran vivo el estado de ánimo que existió en el imperio español en el instante de su disgregación. Hay políticos y partidos que no vacilan en dividir la patria en dos naciones con tal de dominar en una de ellas. Las fronteras interesan menos que los ideales. En algunos países son contados los presidentes que han logrado terminar los períodos para los cuales fueron elegidos. Otros han vivido sin una Constitución durante largos años y la mayoría ha cambiado sus constituciones innumerables veces para satisfacer ambiciones y tendencias. Los hombres han luchado por intereses mezquinos, pero más por amor a sus creencias políticas. La inmoralidad administrativa ha producido revoluciones justas; pero éstas han sido siempre las menos. Los países se desgastan en el choque de las dos viejas fuerzas del bien y del mal, que corresponden al liberalismo y al absolutismo. El triunfo obtenido por los liberales en 1810 todavía no es completo. Los vencidos no han muerto del todo y se levantan cada tanto de entre las cenizas para intentar el sometimiento de los hombres y la esclavitud de los espíritus. Políticos visionarios y sectarios de determinados dogmas no vacilan en ensangrentar sus patrias para hacer

estériles los frutos conseguidos con la desmembración del imperio español y la independencia de las repúblicas americanas. Creen posible anular los esfuerzos de nuestros padres, de todos los héroes de la patria, e imponer de nuevo los métodos absolutistas y fanáticos que sucumbieron para siempre con el nacimiento político de nuestras naciones. Verdaderos traidores a la causa nacional de cada país americano, atentan de continuo contra la independencia civil y espiritual de cada ciudadano. Independencia no es sólo una circunscripción geográfica; es, en especial, libertad de pensamiento, de creencias y de elección de los propios gobernantes. Todos los sistemas políticos de origen oriental, absolutista, que se oponen a los principios liberales deben ser perseguidos y extirpados de un modo total. Nuestra historia y nuestra tradición hispanoamericana nos lo ordenan con la voz de todos los muertos que dieron sus vidas por nuestra gloria de naciones libres. Somos, los americanos, liberales por naturaleza y por imposición de nuestra historia. Nuestro liberalismo no es marxista; es de puro origen español. España fué la cuna de los derechos fundamentales del hombre. Cada español cultivó el orgullo de su individualismo, de su libertad y de sus derechos. No hubo en el mundo ser más libre y profundamente orgulloso de su libertad que el español. Nosotros, hispanoamericanos, hemos heredado ese individualismo y ese liberalismo y no podemos desprendernos de ellos so pena de convertirnos en traidores de nuestra propia naturaleza. La libertad española no niega la jerarquía. Jerarquía y libertad en nada se contradicen; por el contrario, se complementan y se explican. La libertad abre los caminos a todos los triunfos y deja las más altas metas a los más capaces. La libertad es todo lo contrario al comunismo, que limita el capital, prohibe la herencia y corta las alas a las empresas individuales. El absolutismo es en España y en América un género de gobierno extraño y extranjero. No fué conocido en España en sus épocas gloriosas y penetró ampliamente con los reyes Borbones, de origen francés. A él se plegaron, en España y en América, los afrancesados y traidores. Los españoles y americanos puros no pueden compartir, si quieren ser fieles a sus más nobles tradiciones, un sistema de gobierno que significó la ruina de su imperio y los sumió en guerras civiles, revoluciones y una inquietud perpetua, que aún los tiene atenazados. Sólo la libertad y el triunfo de los mejores pueden devolver a España y a las naciones americanas su felicidad perdida. Esta lucha es la que corresponde al auténtico nacionalismo hispanoamericano. El nacionalismo que no coincide con el más auténtico liberalismo es, en América, antinacionalismo y traición pura. Por ello la libertad fué y será siempre el supremo ideal de los americanos.

LOS ULTIMOS ACONTECIMIENTOS

En estos últimos años —1945 y 1946— América ha seguido el ritmo de su vieja historia. En forma impresionante, como a comienzos del siglo XIX, las noticias vertiginosas de Europa y del Oriente han mostrado a los americanos cuán débiles son los regímenes que no se fundamentan en la libertad. El triunfo de las democracias es en todas partes aplastante. Los últimos reyes pierden sus coronas. Italia ha dicho adiós a la Casa de Saboya y ha implantado la república. En América los gobiernos despóticos y totalitarios están cayendo uno a uno. Las repúblicas de Centro América han expulsado a sus dictadores. Haití, que no tenía revoluciones desde el año 1915, se sublevó contra el presidente Elie Lescot y lo substituyó con una Junta de gobierno democrática formada por militares y civiles. En otros países, las revoluciones luchan por un mejoramiento social y por la implantación de gobiernos justos. Una revolución depuso del mando, en Venezuela, al general Medina Angarita. En el Brasil, otra revolución hizo terminar el gobierno de Getulio Vargas, pero dejó en la presidencia al candidato oficialista, el general Eurico Gaspar Dutra. En México ha subido a la suprema magistratura el doctor Enrique Alemán que, en cierto modo, representa una reacción contra los partidos ultraliberales. En Colombia ha triunfado en las elecciones el candidato conservador, doctor Mariano Ospina Pérez. En Chile, la muerte del presidente Ríos elevó al poder al vicepresidente Alfredo Duhalde. En el Paraguay hubo un intento de revolución en contra del general Morínigo; en el Uruguay hubo otro intento revolucionario sin mayores consecuencias. También acaba de fracasar una sublevación en Venezuela que pretendía derribar la Junta de gobierno. En Bolivia fracasó una revolución en contra del teniente coronel Villarroel; pero otra acaba de colgar su cadáver en la vía pública. Así empiezan a terminar en América los dictadores.

El panorama político de la América española en el año 1945 y en los meses que corren (enero-agosto) de 1946 es impresionante por las inquietudes que revela. El continuo aumento de los precios

de los artículos de primera necesidad y la forma fácil en que, por medio de huelgas, los obreros consiguen mejoras en sus sueldos, han creado un clima de violencia y de malestar que no se advertía en años pasados. Los antiguos odios entre nazistoides y liberales aún subsisten. Rusia no parece atemorizada por la bomba atómica, cuyo secreto conserva Estados Unidos, y muestra exigencias que, sin ser demasiado fuertes, hacen comprender que no admite la desmembración de Alemania y que, por tanto, el problema de la ruina del mundo aún no está resuelto.

Estados Unidos se ha visto azotado por enormes huelgas que han tenido, como ejemplo, su repercusión en otras partes de América y, especialmente, en la Argentina. En nuestro país la vida se ha desenvuelto mejor que en ninguna otra región de la tierra. Somos el pueblo más tranquilo, más rico y más sano del mundo. La cultura florece entre nosotros en forma magnífica. El equilibrio de las pasiones se hace cada día más firme. Unas elecciones libres han dado el triunfo al coronel Juan Domingo Perón. El nuevo presidente, inspirado por un gran amor a la democracia y al pueblo trabajador, ha emprendido una serie de reformas que le han valido el aplauso de una parte de la población. Tiene en su contra a los capitalistas, industriales y comerciantes que ven disminuídas sus operaciones y sus rápidos progresos. El gobierno del general Perón es demasiado reciente para ser juzgado. El tiempo nos mostrará el fruto de su entusiasmo, de su labor y de sus esperanzas. El público discute a muchos de sus colaboradores; pero los cambios políticos que se anuncian han de dejar satisfecha a la mayoría del país. Por primera vez la república no va a tener deuda exterior y los intereses que se pagaban al extranjero quedarán entre los habitantes que se suscriban al empréstito. Las industrias, debido al esfuerzo privado y a las continuas demandas que llegan del extranjero, hacen muchos progresos. Las reservas de la Argentina son inmensas. El pueblo es uno de los más trabajadores de la tierra y, con su labor y su ahorro, salva cualquier situación. La libertad es plena. No obstante, la paz interior no es definitiva. Hay partidos políticos que no se resignan a su derrota. La crítica al gobierno se torna intensa en ciertas publicaciones. El ideal de una tranquilidad política perfecta es semiutópica en cualquier país. Los debates son reunidos cuidadosamente por algunos historiadores que, con el tiempo escribirán una historia completa y real de la Argentina contemporánea. Nosotros hacemos votos para que los hechos que estamos viviendo se desenvuelvan en la forma más provechosa para el gran pueblo argentino. No somos políticos profesionales y nunca hemos hecho política, excepto en el campo de las ideas liberales y democráticas, que defendemos con fervor. Por ello nada nos ata ni nadie nos cohibe. Al igual que nuestros compatriotas argentinos y americanos, observamos y estudiamos. Prometemos para un futuro próximo una historia detallada de los sucesos actuales. Ojalá que nuestras páginas tengan que ser todas de elogio a los hombres que rigen nuestro destinos desde el gobierno, desde la oposición y desde la calle en que se mezclan los hombres apolíticos que contemplan y juzgan.

FIN

Terminóse de imprimir esta obra el 20 de octubre de 1948, en los Talleres Gráficos de la Cía. General Fabril Financiera, S. A., Iriarte 2035, Buenos Aires.

EX LIBRIS Scan Digit



The Doctor